



# Antología de Ciencia Ficción 2000

Comentario [LT1]:

*Autores Varios*

James Tiptree Jr. - ELLA ESPERA A TODOS LOS NACIDOS .....	3
Robert Silverberg - AMANECER EN MERCURIO .....	13
Mario Levrero - AGUAS SALOBRES .....	24
L. Sprague De Camp - EL HECHIZO MAS FUERTE .....	30
Howard Waldrop - MI DULCE JO .....	41
Sasha Gilien - DOS SON UNA MULTITUD .....	50
Norman Spinrad - NINGUN LUGAR DONDE IR .....	57
Jorge Luis Borges - EL DISCO .....	70
Eduardo J. Carletti - DEFENSA INTERNA .....	72
Rafael Castelman - CRIONISMO .....	84
Arthur C. Clarke - CRIMEN EN MARTE .....	97
Frederik Pohl - COMPRAMOS GENTE .....	101
John Wyndham - EL CIRCUITO COMPASIVO .....	113
Howard Fast - CEPHES 5 .....	120
Harry Harrison - LA BATALLA FINAL .....	127
J.G. Ballard - EL ASTRONAUTA MUERTO .....	129
Howard Fast - EL ARO .....	138
Jorge Luis Borges - LA LOTERÍA DE BABILONIA .....	147
Ray Bradbury - ENCUESTRO NOCTURNO .....	151
Jorge Luis Borges - EL LIBRO DE ARENA .....	157
Robert Heinlein - LA LÍNEA DE LA VIDA .....	160
Edward Bryant - JADE AZUL .....	175
Angel Arango - UN INESPERADO VISITANTE .....	186
Domingo Santos - EL HUEVO Y LA GALLINA .....	192
James Tiptree Jr. - HOUSTON, HOUSTON, ¿ME RECIBE? .....	199
Tomás Salvador - LOS HOMBRES METÁLICOS .....	239
Jorge Luis Borges - UTOPIA DE UN HOMBRE QUE ESTÁ CANSADO .....	249
Octavia E. Butler - HIJO DE SANGRE .....	253
Harry Harrison - EL CAPITÁN HONARIO HARPPLAYER .....	268
Ray Bradbury - EL FLAUTISTA .....	276
Wilson Tucker - EXPOSICIONES DE TIEMPO .....	280
J.G. Ballard - ESCAPE .....	294
Raphael A. Lafferty - ENTRA EN UNA LATA .....	303

*Antología de Ciencia Ficción 2000*

Stephen Vincent Benet - UN LUGAR DE LOS DIOS	312
Juan José Plans - LA MANCHA	321
Ward Moore - EL SEGUNDO VIAJE A MARTE	329
Robert Barr - LA RUINA DE LONDRES	339
Luisa Ape - RETOÑOS	346
Carlos D. J. Vázquez - REPUESTOS, REPUESTOS	349
Howard Fast - RAZON VITAL	357
Harry Harrison - RATAS ESPACIALES DEL CCC	365
Alfonso Linares - ¿QUO VADIS?	375
Alfred E. Van Vogt - PROCESO	385
Clifford D. Simak - PARAÍSO	390
Arthur C. Clarke - NO HABRÁ OTRO MAÑANA	405
Dean R. Koontz - NOSOTROS TRES	410
William F. Temple - UN NICHOS EN EL TIEMPO	416
Gerard F. Conway - NAVE MENTAL	427
Sergio Gaut Vel Hartman - NAUFRAGO DE SI MISMO	438
Cordwainer Smith - NANCY	446
Alice E. Jones - MISS FOUR	454
Angélica Gorodischer - SENSATEZ DEL CIRCULO	461
Robert Sheckley - LA SÉPTIMA VICTIMA	472
Fausto Cunha - ULTIMO VUELO A MARTE	484
J. G. Ballard - TRECE A CENTAURO	489
José María Aroca - TRAIADOR	507
Angélica Gorodischer - TRAFALGAR Y JOSEFINA	510
Italo Calvino - TIEMPO CERO	521
Elvio E. Gandolfo - EL TERRON DISOLVENTE	529
Norman Spinrad - LO QUE TE COME	533
James Tiptree Jr. - Y ASI SUCESIVAMENTE	548
Damon Knight - SERVIR AL HOMBRE	551
Robert Silverberg - BUENAS NOTICIAS DEL VATICANO	557

## James Tiptree Jr. - **ELLA ESPERA A TODOS LOS NACIDOS**

*Pálida, más allá del porche y el portal,  
Coronada por hojas calmas espera  
La que recoge todas las cosas mortales  
Con manos inmortales y pálidas.  
SWINBURNE*

*Nace en los paramos del no-ser, centellea, nace de nuevo y se mantiene unida, se hincha y extiende. Vive sin vida, lucha contra la marea gris de la entropía, persiste de manera insólita, configurando complejidades cada vez más ricas hasta formar una ola creciente. Y crece en verdad como una ola, pues mientras la cresta aflora triunfal a la luz del sol, cada una de sus partículas se precipita para siempre en la oscuridad y se disuelve en la nada en el momento del salto. Triunfa al parecer, pues no nació sola. Viene siguiéndola en el ser su oscura gemela, su Adversaria, la sombra que incesantemente la devora por dentro. Perseguida sin piedad, atacada en cada órgano vital, la ola viviente arroja espuma y su billón de crestas fugaces aflora a la luz por encima del dolor y la muerte que la reclaman. La sustancia mortal lucha y se extiende durante eones innumerables. Impulsada por la muerte, huye con creciente ligereza de su Enemiga hasta que corre y brinca y se remonta en la luz relampagueante. Pero no puede vencer al fuego de sus carnes, pues las extremidades que la sustentan son Muerte, y Muerte son las alas que la elevan. En el dolor de sus miradas de miembros victoriosos y moribundos, la Vida surca el aire indiferente...*

La madriguera es oscura. Pelicosaurio se acuclilla sobre las crías, y su vago nódulo de percepciones sólo retiene la sensación de los hocicos que sorben la piel glandular del vientre en medio de algo que no es pelo. Afuera suena un eructo estruendoso y gorgoteante. La madriguera tiembla. Pelicosaurio se agazapa, tieso. Los cachorros acurrucados se petrifican. Todos menos uno, una hembra que se ha escabullido y husmea nerviosa los recovecos de la madriguera. Avanza medio agachada, el cuerpo separado de la débil faja del hombro de reptil.

Más ruidos fuera. La tierra llueve dentro del nido húmedo. La madre se acurruca aún más, encerrada en una quietud reflexiva. El cachorro olvidado trepa ahora por un túnel.

Cuando desaparece, el gigantesco hadrosaurio del río decide salir. Veinte toneladas de reptil aplastan la orilla blanda. Tierra, rocas y raíces se derrumban y aplastan a Pelicosaurio y sus cachorros y otros habitantes de la costa en una gelatina terrosa, una artesa de destrucción detrás de la fugitiva. Se oye un batir de alas correosas, pterosaurios que bajan a picotear las ruinas.

Más arriba, junto a una raíz de gimnosperma, el cachorro solitario forcejea para liberarse. Se intimida al oír los gruñidos roncados de los depredadores. Luego un oscuro tropismo despierta en ella, una necesidad indefinida de espacio y de ascenso. Aferra torpemente el tronco de la gimnosperma con las extremidades delanteras. Una larva avanza en la corteza. Automáticamente ella la captura y la devora mientras parpadea tratando de enfocar los ojos más allá... Luego se pone

a trepar, llevando en la intrincada red de sus genes la anomalía diminuta que la ha salvado. En el huevo del que naciera, una molécula varió imperceptiblemente de estructura. De su programa aberrante ha surgido un ínfimo enfriamiento de la orden que impulsa a la especie a petrificarse, una pequeña tendencia a actuar bajo presión. El cachorro que ya no es enteramente Pelicosaurio siente que sus patas mal adaptadas resbalan en la rama, manotea para asirse, cae y se arrastra fuera de la tumba de su especie.

*Así la ola de la vida asciende bajo el látigo de la Muerte, crece, cobra fuerzas, se diversifica sin límites. Pereciendo y resurgiendo, se remonta a victorias más altas y complejas por encima del montículo de cadáveres. Se hincha y emerge encrespada, luchando cada vez con más fuerzas, lanzada en trayectorias más audaces para escapar del dolor. Pero lleva a la Enemiga dentro, pues la Muerte es el poder de su impulso. Muriendo en cada individuo, pero renovada a cada instante, la ola múltiple de la Vida salta a la extrañeza...*

Aullando, el ser lampiño corre velozmente, cae a tierra, y chilla de nuevo cuando lo golpea una piedra. Gira y se escabulle, cojeando ahora. No puede eludir la andanada de proyectiles arrojados por esos brazos más fuertes, mejor articulados. Le dan en la cabeza. Cae. Los bípedos lo cercan. Y con gritos de alegría que aún no son palabras caen sobre el hermano con quijadas filosas y piedras puntiagudas.

*El tumulto de vida y muerte crece, sube como un chorro hacia la luz. El billón de fragmentos atormentados adquiere un ser más intenso, salta como una gran bestia encima de los despojos de la Adversaria. Pero no puede liberarse, pues la fuerza de su vida es la Muerte, y su fuerza es como la fuerza de las muertes que la consumen, cada una de sus partículas es impulsada por la potencia de la Atacante oscura. En la medida de su muerte, la Vida aflora, triunfa y rueda irresistible por el planeta que la ha engendrado...*

Dos jinetes avanzan lentamente por la pradera bajo la fría lluvia otoñal. El primero es un joven con un pony manchado. Conduce a un ruano de orejas negras donde el padre cabalga sin fuerzas, respirando boquiabierto con el pecho herido por un balazo. La mano del hombre empuña un arco pero no hay flechas. Las reservas y provisiones de los kiowas se perdieron en Palo Duro Canyon, y la últimas flechas fueron disparadas en la matanza de Staked Plains hace tres días, cuando murieron su esposa y su hijo mayor.

Cuando pasan por un bosquecillo de sauces la lluvia amaina un momento. Ahora ven los edificios del hombre blanco delante: Fort Sill con su corral de piedra gris. En ese corral han desaparecido sus amigos y parientes, familia por familia, rendidos al enemigo implacable. El muchacho frena el caballo. Ve una columna de soldados que sale del fuerte. Su padre emite un sonido, trata de levantar el arco. El joven se lame los labios. Hace tres días que no come. Azuza al pony para seguir adelante.

Mientras cabalgan, débiles ecos de un tiroteo les llegan en el viento húmedo, desde un campo al oeste del fuerte. Los blancos están matando a los caballos kiowas, les destruyen la vida de sus vidas. Para los kiowas éste es el fin. Se los contaba entre los mejores jinetes del mundo, y la guerra era su ocupación sagrada. Tres siglos antes habían bajado de las oscuras montañas, habían

adquirido caballos y un dios, y habían irrumpido gloriosamente para gobernar sobre una franja de mil quinientos kilómetros. Pero nunca pudieron entender que la Caballería de los Estados Unidos avanzaba tenaz e implacable. Ahora están acabados.

Los kiowas han sido templados por la dureza natural, por milenios de muertes en un mundo salvaje. Pero esa dureza no es suficiente. Esos soldados pálidos que tienen delante han sobrevivido a siglos más fatales en los calderos de Europa. Se lanzan contra los indios con el poder derivado de incontables generaciones de asesinatos en batallas, muertes bajo tiranías implacables, hambrunas y pestes. Como ha ocurrido antes y antes y antes, los hijos grises de la muerte más vasta ruedan hacia adelante, conquistan y se propagan por la tierra.

*Así la gran Bestia aúlla entre las llamas que la devoran, las miríadas de vidas de su ser un crisol de muertes cada vez más feroces y vida más ascendente. Y ahora su ímpetu agónico se altera. Lo que había sido vuelo se transforma en batalla. La Bestia se vuelve hacia la enemiga que la hostiga y lucha por arrancarse la Muerte del corazón. Lucha desesperadamente, brotando de las heridas que son su vida, forcejea para salvar algún fragmento mientras la Muerte extermina individuos enteros. Pues la Muerte es la gemela de su esencia, crece con la vida y la furia de su ataque crece con el poder que la ataca. Trabadas en íntima batalla, la Bestia y su Enemiga se acercan ahora a una espantosa fase de dolor. El combate se intensifica, rompe las normas de la materia. El tiempo se acelera...*

Mientras la noche se cierne sobre el Mediterráneo, el vapuleado carguero se desliza con gran cautela para sortear a los enemigos de Chipre. La lluvia y la oscuridad lo ocultan. Avanza con todas las luces apagadas, sofocado cada ruido humano. Sólo el ronroneo de las máquinas y el chapalear de la hélice herrumbrada podrían poner alerta al enemigo. En su cuerpo lleva un cargamento precioso, las chispas acurrucadas y silenciosas de la vida. Niños. Los sobrevivientes, los puñados rescatados entre los seis millones de cadáveres de los campos de exterminio, salvados de los veinte millones aniquilados por el Reich. En la oscuridad y la desesperación se arrastra haciendo agua, y la tripulación no se anima a poner en marcha las bombas rechinantes. Oculto por la noche humea milla tras milla a través del bloqueo para llevar los niños a Palestina.

Entretanto, en el otro lado del mundo, en la mañana de esa misma noche, un solo bombardero se separa de la escolta y avanza tenazmente hacia el oeste a través del aire frío. El Enola Gay vuela hacia Hiroshima.

*Impulsada por el dolor, acicateada por la muerte, la Bestia convulsa lucha contra su Enemiga. Crece entre renovados suplicios, retrocede hacia nuevos resplandores, alcanza victorias cada vez mayores sobre la Muerte, y recibe a su vez ataques más desgarradores. El combate llamea invisible a través del planeta, se intensifica hasta traspasar las fronteras de la tierra y se desplaza parcialmente al espacio. Pero la Bestia no puede escapar, pues lleva a la Muerte consigo y alimenta a la Muerte con su fuego. La batalla asciende, colma la tierra, el mar y el aire. Entre sufrimientos supremos asciende a una cresta de fuego viviente que es una tiniebla sobre el mundo...*

- Doctor... Ha sido hermoso - susurra la enfermera jefe a través de la máscara.

Los ojos del cirujano observan el espejo donde se ven las manos de la suturista manipular delicadamente las capas sujetas con pinzas, luego miran la pantalla de bio-retroalimentación, revisan los niveles de cambio plasmático, reparan en las caras tensas del equipo de anestesistas, regresan atentos al espejo. Atentos, pero en verdad ya ha terminado. Un éxito, un éxito rotundo. Los órganos del niño funcionarán ahora perfectamente, el moribundo vivirá. Otra imposibilidad lograda.

La enfermera jefe repite un suspiro apreciativo y ahuyenta un pensamiento. El pensamiento de los millones de niños que en todas partes mueren de hambre y enfermedad. Niños saludables, además, no como éste, condenado desde el nacimiento, sino perfectamente funcionales. Mueren inexorablemente de a millones por falta de alimentos y cuidados. No lo pienses. Aquí salvamos vidas. Hacemos todo lo posible...

La sala de operaciones está protegida contra los sonidos de la ciudad, que sin embargo penetran como un murmullo persistente y tenue. Casi sin darse cuenta la enfermera advierte un nuevo sonido en el murmullo: un chillido estridente. Luego oye que los internos se mueven detrás. Alguien susurra urgido. Los ojos del cirujano no tiemblan, pero la cara se pone rígida sobre la máscara. Ella debe protegerlo de la distracción. Cuidando de que sus ropas no susurren, se vuelve hacia los impertinentes. Hay un estallido de voces remotas en el corredor.

- ¡Silencio! - susurra con una intensidad sin voz, fulminando a los internos con su mirada gris. Y en ese momento reconoce al chillido estridente. Sirena antiaérea. El alerta de veinte minutos que indica que los proyectiles deben de estar en camino desde una tierra extraña. Pero no puede ser serio. Sin duda algún ejercicio, muy laudable, desde luego. Pero no hay que permitir que perturbe en la sala de operaciones. El ejercicio puede llevarse a cabo en cualquier momento. Aquí faltan más de veinte minutos para terminar.

- Silencio - jadea, severa. Los internos se quedan tiesos. Satisfecha, ella se vuelve con orgullo, ignorando la fatiga, ignorando el tenue gemido estridente, aun ignorando por último el terrible relámpago que traspasa el techo.

*Y la Bestia desgarrada se estrella, se funde con su Enemiga en un billón de fragmentos hirvientes y diminutos que cambian de forma bajo los fuegos de un billón de muertes radiantes. Pero sigue siendo una, aún articulada por el tormento y una vitalidad interminable. Con su plasma más íntimo expuesto a las energías letales la Vida lucha con más intensidad aún, ataca más ferozmente a la Muerte que apaga sus vidas momentáneas y renacidas. La batalla se enardece hasta invadir los mismos substratos del ser. Se alcanza el paroxismo culminante, en el extremo del dolor se halla una respuesta extrema. La Bestia penetra al fin en la esencia del Adversario y la asimila. En trascendencia definitiva. La vida engulle a la Muerte y funde el corazón de su antigua Enemiga con el propio...*

El bebé que yace entre los muslos muertos de la madre es muy pálido. Consternado, el curador lo libera del cieno del nacimiento, lo alza. Es mujer, y perfectamente formada pese a la blancura de la tez. El bebé inhala, se asfixia, no llora. El curador se lo pasa a la comadrona, que está cubriendo el cadáver de la madre. Tal vez la palidez es natural, piensa. Toda la tribu de los blancos tiene la tez muy pálida, aunque no tan blanca como ésta.

- Una hermosa niña - dice la comadrona cuando la toquetea -. Abre los ojos, niña.

La niña se retuerce suavemente pero mantiene los ojos cerrados. El curador le levanta un párpado delicado. Debajo hay un ojo grande, plenamente formado. Pero el iris es blanco alrededor de la pupila negra. Le pasa la mano por delante. El ojo no reacciona ante la luz. Extrañamente perturbado, examina el otro. Es igual.

- Ciega.

- Oh no. Una niña tan dulce...

El curador medita. Los blancos son una tribu civilizada, aunque hayan vivido cerca de dos grandes cráteres antes de venir al mar. Sabe que el albinismo de su gente a menudo se combina con defectos ópticos. Pero la niña parece saludable...

- Yo la tomaré - dice Marn, la comadrona -. Todavía tengo leche, mira.

Observan cómo la niña husmea el pecho de Marn y felizmente encuentra su alimento del modo más normal.

Las semanas se transforman en meses. La niña crece, pronto sonrío, pero sus ojos siguen a oscuras. Es una niña apacible. Farfulea, ríe, emite un sonido que seguramente es 'Marn, Marn'. Marn la ama tenaz y culposamente; todos sus hijos son varones. Llama 'Nieve' a la niña pálida.

Cuando Nieve empieza a gatear Marn la observa con ansias, pero la niña avanza con tranquila habilidad, como si captara dónde están las cosas. Una niña feliz; canta cancioncillas y pronto se yergue junto a los pantalones de cuero de Marn. Empieza a caminar sola y Marn vuelve a temer. Pero Nieve es cautelosa y diestra, rara vez tropieza. Cuesta creer que es ciega. Ríe a menudo, sufre sólo unas pocas magulladuras y raspones que cicatrizan con asombrosa rapidez.

Aunque menuda y ligera, es una niña saludable que disfruta de las nuevas experiencias, los nuevos olores, sonidos, gustos, contactos, las nuevas palabras. Habla con una voz cordial y poco infantil. Su mundo oscuro no parece perturbarla. Tampoco muestra los estigmas de la ceguera. La cara es plástica, y cuando sonrío las pestañas largas y blancas tiemblan sobre las mejillas como si ella las cerrara por bromear.

El curador la examina cada año, y cada vez se resiste más a afrontar esa inexpresiva mirada plateada. Sabe que tendrá que decidir si corresponderá permitirle criar, y le preocupe encontrarla tan tenaz en otros sentidos. Será difícil. Pero al tercer año se ahorra el trabajo de decidir. Se siente muy mal cuando al examinarla descubre que la niña ha contraído esa nueva y devastadora enfermedad que el no puede curar.

La vida cotidiana de los blancos prosigue. Se trata de un pueblo bien alimentado, litoral, que habla inglés. El año se centra en la pesca masiva de peces que remontan el brazo marino para desovar. Casi todos los peces son todavía reconocibles como formas de trucha y salmón. Pero todos los años los blancos inspeccionan las primeras redadas con un precioso artefacto, un antiguo contador Geiger que es cuidadosamente recargado con el generador hidráulico.

Cuando llegan los días cálidos Nieve va con Marn y sus hijos a la playa, donde se hará la inspección de los primeros peces. Las redes están corriente abajo, en la boca del cañón. Las playas se abren al brazo marino, rodeadas por peñascos altos y nevados. Las hogueras arden alegremente en las arenas, hay música y niños que juegan mientras los adultos observan cómo los pescadores tironean de

las redes convulsas y centelleantes. Nieve corre y ríe, chapaleando en la orilla helada.

- Allá arriba hay voladores - le dice el jefe de los pescadores a Marn. Ella escudriña los peñascos en busca de una figura roja y fugaz. Los voladores se han vuelto más audaces tal vez por el hambre. El invierno pasado llegaron a una cabaña apartada y robaron un niño. Nadie sabe exactamente qué son. Algunos dicen que son grandes monos, algunos creen que son hombres degenerados. Tienen forma de hombres, pequeños pero fuertes, con repliegues de piel floja entre las extremidades que les permiten volar trechos cortos. Emiten gritos que no son lenguaje, y siempre están hambrientos. En las épocas de secar la pesca, los blancos hacen guardia para patrullar las hogueras día y noche.

De pronto hay gritos en el cañón.

- ¡Voladores! ¡Se dirigen a la ciudad!

Los pescadores regresan prontamente a la costa, y una partida de hombres se dirige corriente arriba a la aldea. Pero apenas se van, un anillo de cabezas rojizas asoma por los peñascos cercanos, y de pronto más voladores se lanzan sobre la costa.

Marn recoge una rama de una hoguera y corre al ataque a la vez que grita a los niños que retrocedan. Ante el contraataque de las mujeres los voladores se alejan. Pero están desesperados y vuelven una y otra vez hasta que muchos mueren. Cuando los últimos atacantes se pierden entre las rocas Marn advierte que la niña ciega no está con los otros niños junto a las fogatas.

- Nieve, Nieve, ¿dónde estás?

¿La habrán capturado los voladores? Marn corre frenéticamente por la playa, rebusca entre las piedras, llama el nombre de Nieve. Atrás, en una estribación rocosa ve las piernas tiasas de un volador y corre a mirar.

Dos voladores yacen inmóviles. Y justo al lado está lo que temía encontrar: un cuerpo menudo y plateado en un charco de sangre.

- Nieve, mi niña, oh no...

Corre a agacharse al lado de Nieve. La niña tiene un brazo herido, casi cercenado. Un volador debió de empezar a comerla antes que otro lo atacara. Marn se agacha sobre el cuerpo, se niega a reconocer que la niña pueda estar muerta. Se obliga a mirar la espantosa herida y de pronto mira con más atención; está viendo algo que le dilata aún más los ojos desencajados. Un nuevo grito le nace de la garganta. La mirada va de la herida a la cara blanca y rígida.

Lo último que ve son las largas pestañas que se alzan y se abren para revelar los brillantes ojos plateados.

El hijo mayor de Marn las encuentra así: los dos voladores muertos, la mujer muerta y la niña, milagrosamente viva y sin una sola cicatriz. Todos aceptan que Marn ha perecido para salvar a Nieve. La niña no sabe explicar.

Desde entonces Nieve, la doblemente huérfana, se cría entre los hijos del jefe de los pescadores.

Crece, aunque muy despacio, hasta transformarse en una muchacha grácil y querida. Pese a la ceguera es diestra y útil en muchas tareas. Es sagaz y paciente en el trabajo interminable de remendar redes y secar pescado y extraer aceite. Hasta sabe recoger frutos, tanteando los arbustos con las manos ágiles y menudas, casi tan expertas como ojos. Recorre los senderos que recorría Marn, para traer raíces, setas, huevos de pájaros y los mejores bulbos comestibles.

El nuevo curador la observa perturbado, sabe que tendrá que tomar la decisión tan temida por su predecesor. ¿Qué gravedad tendrá el defecto de la muchacha?



El viejo curador había pensado en la conveniencia de vetarla, impedirle criar, a menos que la ceguera pasara. Pero le perturbaba mirar a esa muchacha brillante y saludable. Ha habido tanta enfermedad en la tribu, esa plaga que él no puede combatir... Los niños no sobreviven. ¿Cómo podría vetar a esa pequeña criadora potencial, que es tan activa y vigorosa? Y sin embargo, la ceguera parece ser hereditaria. Y la niña no crece normalmente. Los años pasan y no madura. Casi se tranquiliza al ver que Nieve es todavía una pequeña mientras el hijo varón del jefe de pescadores llega a la virilidad y tiene canoa propia. Quizá nunca se desarrolle, piensa. Quizá no haya necesidad de decidir.

Pero lenta e imperceptiblemente el cuerpo menudo de Nieve se alarga y redondea, hasta que un año durante el deshielo el curador ve que le han crecido pechos pequeños sobre las costillas angostas. El día anterior era una niña pero hoy es, inequívocamente, una mujer. El curador suspira al estudiarle la cara tierna y animada. Es difícil considerarla defectuosa. Los ojos estrechamente cerrados parecen tan normales... Pero dos de los niños nacidos muertos eran muy pálidos también, de ojos muy blancos. ¿Es una mutación letal? El problema lo inquieta. No puede resolverlo solo. Decide llamar a un consejo de la tribu.

Pero su plan nunca se pondrá en acción. Alguien más ha estado estudiando a Nieve. Es el hijo más joven de la mujer que anuncia el clima, que la sigue a un bosquecillo de helechos.

- Estos son los que comes tú - le dice Nieve al alcanzarle las hojas amarillas. El le mira el delicioso y menudo cuerpo. Imposible recordar que ella le triplica la edad.

- Quiero... Quiero hablar contigo, Nieve.

- ¿Sí? - ella sonrío, le brinca el corazón.

- Nieve...

- ¿Qué, Byorg? - esas pestañas de plata tiemblan como si estuvieran por entreabrirse, pero no lo hacen, y él se compadece de su ceguera. Le toca el hombro, ella se le acerca con naturalidad. Está sonriendo, su respiración es entrecortada. El la abraza y piensa cómo ha de complacerle ese contacto en su mundo tenebroso. Debe ser gentil.

- ¿Byorg? - jadea ella -. Oh, Byorg...

El trata de contenerse estrechándola con más fuerza, tocándola, sintiéndola temblar. El también está temblando, y la acaricia por debajo de su túnica ligera. Siente cómo ella se entrega y trata de apartarla mientras jadea con avidez.

- Oh Nieve... - por encima de la palpitación de su sangre él percibe vagamente un sonido arriba, pero sólo puede pensar en el cuerpo que está abrazando.

Un aullido áspero suena a sus espaldas. - ¡Voladores!

Se vuelve demasiado tarde. La figura aleteante y roja le ha arrojado algo, una lanza, y Byorg se tambalea aferrando una vara de hueso que le atraviesa el cuello.

- ¡Corre, Nieve! - trata de gritar, pero ella sigue allí, intentando sostenerlo cuando cae. Pasan más voladores. Mientras el mundo se desvanece, lo último que él ve son los ojos enormes y blancos que se abren.

Silencio.

Nieve se levanta lentamente, sin cerrar los ojos. Deposita la cabeza del muchacho en el musgo. Tres voladores muertos yacen alrededor. Ella escucha, oye débilmente gritos que vienen de la aldea. Comprende que es un ataque en gran escala. Y los voladores nunca han utilizado antes armas. Temblando,

acaricia el pelo de Byorg. Tiene la cara arrugada de dolor pero los ojos permanecen abiertos, reflectores plateados que escudriñan la infinitud.

- No - dice en un tono entrecortado - ¡No! - se levanta de un brinco, va hacia la aldea, tropieza como una ciega mientras corre con los ojos abiertos. Tres voladores descienden a sus espaldas. Ella grita y se vuelve. Ellos caen como bultos rojos y amorfos y ella sigue corriendo, oyendo el clamor de la batalla ante los muros de la aldea.

Los frenéticos aldeanos no la ven llegar. Combaten contra una horda de voladores que se ha infiltrado por portón lateral y aletea entre las chozas. Las antorchas han encendido la paja en la entrada principal. Han caído voladores y blancos por igual. De pronto se redoblan los alaridos en las cabañas. Se ve a seis voladores que brincan y aletean torpes de un techo a otro llevando niños secuestrados.

Hombres y mujeres los persiguen feroces, imprecantes. Un volador se detiene para morder salvajemente el cuello de la víctima, y salta hacia adelante. El grupo deja atrás a los perseguidores y se lanza hacia el muro exterior.

- ¡Detenedlos! - grita una mujer, pero no hay nadie allí. Pero cuando los voladores se disponen a brincar, algo los detiene. En vez de volar ruedan flojamente con los cautivos y se precipitan al suelo delante de los muros.

Otros voladores también han dejado de aullar y atacar, y caen.

Los aldeanos se inmovilizan perturbados y advierten una quietud que se extiende desde las puertas.

Luego ven a Nieve en la luz de la tarde. Una figura blanca y esbelta que les da la espalda rodeada por un cúmulo rojo de voladores. Está encorvada, derribada por una lanza que le atraviesa el costado. La sangre le mancha los muslos.

Trata penosamente de volverse hacia ellos. La ven tironear débilmente de la lanza. Mientras observan azorados ella se arranca el arma y la arroja. Y se yergue, todavía sangrante.

El curador está muy cerca. Sabe que es demasiado tarde, pero corre hacia ella entre los cuerpos de voladores dispersos en el suelo. En la penumbra ve un trozo brillante de intestino desgarrado que cuelga de la herida mortal. Aminora el paso, sorprendido. Luego ve que el flujo de sangre disminuye y cesa. Ella está muerta pero sigue de pie.

- Nieve...

Ella yergue la cabeza ciegamente, sonrío con extraña timidez.

- Estás herida - dice él, estúpidamente, asombrado de ver que la carne abierta de la herida parece de algún modo radiante en la luz crepuscular. ¿Se está... moviendo? Se detiene, mira atemorizado, no se atreve a avanzar más. La grieta donde ha visto vísceras parece que se tapara, que se cerrara por sí sola. El cuerpo blanco está manchado de sangre pero cicatriza ante su mirada incrédula. El curador tiembla violentamente, los ojos desorbitados. Ella sonrío más cálidamente y se yergue con más firmeza. Se echa el cabello hacia atrás.

A espaldas de ellos un volador aúlla al ser derribado. ¿Ha tenido alguna alucinación? Sin duda no, se dice. No debe decir nada.

Pero mientras lo piensa oye un jadeo contenido a sus espaldas. Otros lo han visto. Alguien murmura entre dientes y se percibe el pánico.

Esos voladores..., piensa confundido, ¿cómo murieron? No tienen heridas. ¿Qué los mató? Cuando se acercaron a ella, ella los... ¿Qué?

Escucha que ahora susurran una palabra a sus espaldas, una palabra que los blancos no han oído en doscientos años. El murmullo crece. Y luego es roto con

gemidos. Las madres han descubierto que los niños rescatados también yacen tiesos entre los voladores que los habían capturado. En realidad no están a salvo sino muertos.

- ¡Bruja! ¡Bruja! ¡Bruja!

La multitud ha formado un círculo amenazador que se cierra cautelosamente pero con furia creciente sobre la muchacha blanca y rígida. La cara ciega se vuelve inquisidora, todavía sonriente, sin entender la amenaza. Una piedra le pasa al lado, otra le golpea el hombro.

- ¡Bruja! ¡Bruja asesina!

El curador se vuelve hacia ellos alzando los brazos.

- ¡No! ¡No lo hagáis! Ella...

Pero la voz es ahogada por el griterío. La voz no le obedece, está demasiado aterrado. Más piedras vuelan desde las sombras. A sus espaldas la muchacha grita de dolor. Las mujeres avanzan y lo hacen a un lado. Un hombre que empuña una lanza salta.

- ¡No! - grita el curador.

El hombre cae de golpe en medio del salto, cae blandamente sobre los voladores muertos. Y las mujeres también caen. Los chillidos se mezclan con los gritos. Sin saber lo que hace, el curador se inclina sobre el hombre derribado, lo encuentra inerte. Sin aliento, sin heridas. Sólo la muerte. Y la mujer que tiene al lado, igual, y también la otra. Y todas.

El curador percibe el silencio poco natural que se difunde en el crepúsculo. Yergue la cabeza. Alrededor de él, la gente ha caído como grano segado. Nadie está de pie. Un niño sale corriendo desde detrás de una choza y cae instantáneamente. Incapaz de aceptar esa enormidad, el curador ve que la aldea entera ha muerto.

A sus espaldas, donde la muchacha Nieve está sola, de pie, también hay un silencio ominoso. Sabe que ella no ha caído. Es ella quien lo ha hecho. El curador es un hombre muy valeroso. Lentamente se obliga a volverse y mirar.

Ella está erguida entre los muertos, una forma ligera y aniñada que mira hacia otro lado, una mano que masajea lastimera el hombro. La cara de perfil está fruncida, no sabe si de dolor o de furia. Tiene los ojos abiertos. Ve una órbita enorme y plateada que se ensancha cuando recorre la aldea silenciosa. La cabeza gira lentamente hacia él, la mirada lo alcanza.

Y cae.

Cuando el crepúsculo pinta el valle de gris, una silueta menuda y pálida sale calladamente de las chozas. Está sola. En todo el valle nadie respira, no se mueve ninguna criatura. El crepúsculo relumbra en los ojos plateados y abiertos.

Con movimientos serenos, la muchacha llena la cantimplora en el pozo y mete la comida en la mochila. Luego mira por última vez los cuerpos tumbados de su gente, tiende la mano y se repliega, la cara inexpresivo, los ojos neutros y anchos. Se calza la mochila en los hombros. Caminando con toda soltura, pues no está herida, toma el sendero del valle, hacia donde sabe que hay otra aldea.

La mañana brilla alrededor. Su figura ligera es tierna con la promesa del amor, la cara erguida a la brisa de la mañana es dulce de vida. En su corazón hay soledad. Ella pertenece a la humanidad y va en busca de compañía humana.

Su primera jornada no será larga. Pero pronto deberá reanudar la marcha una y otra vez, pues su aureola lleva la consunción y la Muerte en los ojos. Encontrará y perderá, y buscará y encontrará y perderá de nuevo, y volverá buscar. Pero

tiene tiempo. Tiene todo el tiempo del mundo, tiempo para buscar y rebuscar en el mundo entero, pues es inmortal.

No descubrirá a nadie de su propia especie. Nunca sabrá si alguien como ella ha nacido en otra parte. Solo ella ha sobrevivido.

Dondequiera que va también va la Muerte, inexorable. Vagará para siempre, hasta ser la última humana, hasta ser la misma Humanidad. En sus carnes la promesa eterna, en su mirada la eterna condenación, lo absorberá todo. Al final vagará y esperará sola a través de los siglos lentos lo que pueda bajar de los cielos.

*Y así la Bestia y su Muerte son una al fin, como cuando mueren las llamas de una conflagración mundial para dejar en su corazón una forma cristalina e imperecedera. Fraguada con Vida-en-Muerte, la figura final de la humanidad espera en perpetua quietud en la tierra desgastada e indiferente. Hasta que después de eones inimaginables, extraños seres acicateados por sus propios sufrimientos vengan de las estrellas para darle un fin desconocido. Tal vez ella los visite.*

**FIN**

## Robert Silverberg - **AMANECER EN MERCURIO**

A nueve millones de millas de la parte solar de Mercurio con el Leverrier girando en una serie de espirales que debían llevarle hacia el más pequeño mundo del Sistema Solar, el segundo piloto, Lon Cutris decidió poner fin a su vida.

Curtis había estado aguardando ansiosamente que se efectuase el aterrizaje; su tarea en la operación ya había concluido, al menos hasta que los planos de aterrizaje del Leverrier rozasen la esponjosa superficie de Mercurio. El eficaz sistema de enfriamiento por sodio anulaba los esfuerzos del monstruoso Sol visible a través de la pantalla posterior. Para Curtis y sus siete compañeros de tripulación, no había problemas; sólo tenían que esperar mientras el autopiloto iba descendiendo la nave espacial en lo que iba a ser el segundo aterrizaje del Hombre en Mercurio.

El comandante del Vuelo, Harry Ross, estaba sentado cerca de Curtis cuando notó el súbito envaramiento de las mandíbulas del piloto. De repente, Curtis asió la palanca de control. Desde las ruedas metálicas que hilaban el espumoso entramado, llegó un estallido verdoso de fluorocreno en disolución; el fulgor se desvaneció. Curtis se puso en pie.

- ¿Vas a algún sitio? - le preguntó Ross.

- No, sólo a dar una vuelta. - La voz de Curtis sonaba extraña.

Ross volvió a dirigir su atención a su microlibro, mientras Curtis se alejaba. Se oyó el sonido de cremallera de un grapón de proa al ser manipulado, y Ross sintió un frío momentáneo cuando el aire helado del compartimiento del reactor superrefrigerado se coló hasta allí.

Apretó una palanca, mientras doblaba la página. Luego...

«¿Qué diablos está haciendo en el compartimiento del reactor?»

El autopiloto controlaba sólo el flujo del combustible, graduándolo al milímetro, de una manera imposible para ningún sistema humano. El reactor estaba dispuesto para el aterrizaje, el combustible almacenado, el compartimiento estaba cerrado con todos los cerrojos y pasadores de seguridad. Nadie, y menos que nadie el segundo piloto, tenía nada que hacer allí.

Ross disolvió el asiento de espuma en un instante y se puso de pie. Pasó al pasillo y abrió la puerta del compartimiento reactor.

Curtis estaba junto a la puerta del transformador, jugueteando con el disparador. Al acercarse, Ross vio cómo el piloto abría la puerta y colocaba un pie en el vertedor que llevaba a la pila nuclear.

- ¡Eh, Curtis, idiota! ¡Sal de ahí! ¡Vas a matarnos a todos!

El piloto dio media vuelta y miró ausentemente a Ross un instante, levantando el pie. Ross saltó hacia delante.

Agarró el pie de Curtis con ambas manos y, a pesar de la serie de puntapiés propinados por aquél con su pie libre, consiguió apartarle del vertedor. El piloto pateaba, pegaba, se retorció, intentando zafarse de la llave del otro. Ross se fijó en que las pálidas mejillas de su contrincante tremolaban; Curtis se había derrumbado completamente.

Gruñendo, Ross arrastró a Curtis lejos del vertedor y cerró la portezuela de golpe. Lo llevó a rastras hacia la cabina principal y allí le abofeteó con dureza.

- ¿Por qué has intentado hacerlo? ¿No sabes lo que tu masa le ocasionaría a la nave si caías en el transformador? Sabes que ya ha sido calibrada la entrada

del combustible; unas ciento ochenta libras de más y la nave trazaría un arco dirigido al Sol. ¿Qué te pasa, Curtis?

El piloto fijó sus ojos inexpresivos, inmóviles, en Ross.

- Quiero morir - dijo simplemente. -. ¿Por qué no me dejas morir?

Quería morir. Ross se encogió de hombros, sintiendo un escalofrío en la espalda. No había forma de luchar contra esta dolencia.

De la misma forma que los submarinistas sufren de l'ivresse des grandes profondeurs - embriaguez de las grandes profundidades - y no existe cura para este extraño mal, especie de borrachera que les induce a quienes la padecen a romper los tubos de la respiración a cincuenta brazas debajo la superficie del agua, así los astronautas corrían el riesgo de padecer de esta enfermedad, el ansia de autodestruirse.

Surgía en cualquier parte. Un mecánico intentando ajustar una pieza de una nave espacial en pleno vuelo, podía de repente abrir una escotilla y absorber el vacío; un radiotelegrafista armando una antena en lo alto de su nave, podía de repente cortar su cuerda de sujeción, disparar su pistón direccional y hundirse en el espacio hacia el Sol. O un segundo piloto podía decidir arrojarse al transformador.

El oficial síquico, Spangler, apareció con una expresión preocupada en su rubicundo rostro.

- ¿Pasa algo?

Ross asintió.

- Curtis. Intentó saltar al interior del vertedor. Está enfermo, Doc.

Frunciendo el ceño, Spangler se frotó una mejilla, al tiempo que decía:

- ¡Condenación, siempre escogen los peores momentos! No es nada agradable sostener una sesión de psiquiatría mientras se viaja hacia Mercurio.

- Pues es así - replicó Ross -, Será mejor que le mantenga en estado inconsciente hasta que regresemos. No me gusta que empiece a imaginar diversos modos de quitarse la vida a espaldas nuestras.

- ¿Por qué no puedo morir? - insistió Curtis. Tenía lívida la faz. - ¿Por qué me has detenido?

- Porque, imbécil, habrías matado al resto de la tripulación si hubieses caído en el transformador. Sal por una escotilla, si lo deseas, pero déjanos tranquilos a los demás.

Spangler le dirigió una mirada de advertencia a Ross.

- Harry...

- Está bien, está bien - rezongó el aludido - Lléveselo.

El siquiatra se marchó acompañado de Curtis. Le daría una inyección y le encerraría dentro de una chaqueta de tela espumosa por el resto del viaje. Existía la posibilidad de que pudiera recobrar la cordura, una vez de regreso a la Tierra, aunque Ross sabía que el piloto intentaría por todos los medios suicidarse en pleno espacio.

Enojado, Ross volvió a su puesto. Un hombre se pasa toda la adolescencia soñando con el espacio, pasa varios años en la Academia y dos más viajando en órbitas menores. Luego, finalmente, consigue su ambición... y se derrumba. Curtis era una máquina de pilotaje (o timonel de la nave entre los astros), no un ser humano normal, y ahora había renunciado de manera permanente y voluntaria al único trabajo que sabía ejecutar.

Ross se estremeció, sintiendo frío, a pesar de que la inmensa mole del Sol llenaba ya toda la abertura de la vidriera posterior de la nave. Sí, aquello podía

ocurrirle a cualquiera... incluso a él mismo. Pensó en Curtis, yaciendo inerte en una litera de espuma, con un solo pensamiento en su mente: «Quiero morir... quiero morir», en tanto Doc Spangler le musitaba frases tranquilizadoras. «Un ser humano - reflexionó Ross -, es en realidad una cosa bien frágil.»

La muerte parecía planear sobre la nave; el halo perverso del anhelo suicida de Curtis envenenaba la atmósfera.

Ross sacudió la cabeza como para ahuyentar aquellos amargos pensamientos y empujó hacia abajo la palanca que daba la señal para la preparación de la disminución de la velocidad. El globo inmóvil que era ahora Mercurio se veía, enorme, al frente. Lo contempló a través de la vidriera delantera.

Se estaban aproximando velozmente al ecuador del diminuto planeta. Ahora podía ver ya la clara división; el brillo de la parte bañada por el Sol, el inabordable infierno cruzado por multitud de ríos de zinc y hierro líquidos, y la helada negrura del lado opuesto, formada por llanuras oscuras de CO<sup>2</sup> helado.

Por el centro del planeta corría el Cinturón Crepuscular, una zona estrecha, ni fría ni caliente, donde la parte soleada y la oscurecida se juntaban, proporcionando una no muy amplia franja de territorio escasamente tolerable, un anillo de nueve mil millas de circunferencia y diez o veinte millas de anchura.

El Leverrier apuntó hacia abajo. Hacia abajo era una definición errónea, el espacio carece de «arriba» y «abajo», pero era la manera más sencilla de expresarse que tenía Ross. Procuró calmar sus nervios. La nave se hallaba en manos del autopiloto; la órbita estaba calculada de antemano y todos los mandos estaban siguiendo el programa grabado previamente, llevando el cohete a un lugar del centro del planeta, donde...

«¡Dios mío!»

Ross se quedó helado de la cabeza a los pies. La cinta poseedora del cálculo previo que estaba siendo absorbida por las baterías de analogía había sido reparada por...

¡Curtis!

Un loco suicida era el que había dispuesto el programa para el aterrizaje del Leverrier.

Las manos de Ross comenzaron a temblar. Cuán fácil podía haberle sido a Curtis preparar una órbita excéntrica para que el Leverrier fuese a parar sobre un humeante río de plomo derretido... o la parte helada de la zona oscurecida.

Su falsa seguridad se desvaneció. No podía confiar en el piloto automático; tendrían que arriesgarse a efectuar un aterrizaje a mano.

Ross apretó el botón de comunicación.

- Quiero a Brainerd - dijo roncamente.

Unos segundos después apareció en la cabina el primer piloto, las pupilas reflejando su curiosidad.

- ¿Qué ocurre, capitán?

- Hemos tenido que concederle a Curtis un descanso. Intentó saltar al transformador.

- ¿Cómo?

Ross asintió.

- Intento de suicidio; le cogí a tiempo. Pero en vista de las circunstancias, creo que será mejor descartar la cinta grabada que preparó para el aterrizaje, y efectuarlo a mano; ¿de acuerdo?

El primer piloto se humedeció los labios.

- Quizá sea una buena idea.

- ¡Maldición! - exclamó Ross -. ¡Tiene que serlo!

Mientras la nave espacial tocaba tierra, Ross pensaba: «Mercurio es dos infiernos en uno».

Era el reino frío, gélido del pozo profundísimo de Dante, y era también otra concepción del imperio de Azufre. Los dos se encontraban, el fuego y el hielo, y cada hemisferio poseía su propia clase de infierno.

Levantó la cabeza y dirigió una rápida ojeada al panel de instrumentos situado sobre la palanca de disminución de la velocidad. Todos los numeradores estaban verificados; el peso de aposentación era el apropiado; la estabilidad de un 100 por cien; la temperatura exterior de 108° Fahrenheit, era soportable, y todo indicaba que el aterrizaje había tenido lugar sólo un poco hacia la parte del Sol del centro exacto del Cinturón Crepuscular. Sí, había sido un aterrizaje perfecto.

Apretó el conmutador.

- ¿Brainerd?

- Sí, capitán.

- ¿Cómo ha ido el aterrizaje? ¿A mano, verdad?

- Sí - respondió el primer piloto -. Hice una inspección de la cinta de Curtis y vi que estaba completamente falsificada. Hubiéramos rozado sólo la órbita de Mercurio, dirigiéndonos directamente hacia el Sol. ¿Bonito, verdad?

- Estupendo. Pero no os metáis con el muchacho; no es culpa suya. Lo que importa es que el aterrizaje haya sido bueno. Parece ser que nos hallamos muy cerca del centro exacto del Cinturón Crepuscular, a no más de una o dos millas.

Interrumpió el contacto y se liberó de sus ataduras.

- Hemos llegado - anunció por el circuito general de la nave -. Todos los hombres a proa al instante.

La tripulación no tardó en estar toda reunida, primero Brainerd, luego el Doc Spangler, seguidos por el técnico acumulador Krinsky, y los tres tripulantes. Ross esperó hasta que hubo sido completado el grupo.

Todos parecían buscar con la mirada a Curtis, excepto Spangler y Brainerd.

- El piloto Curtis - les anunció Ross, brevemente - no está con nosotros. Se halla a popa, en la cabina del Doc; por suerte, podemos prescindir de él.

Esperó hasta que las implicaciones de aquella explicación hubieron penetrado en el cerebro de todos. Pero la tripulación lo aceptó con cierta filosofía, a juzgar por sus serenas expresiones.

- Está bien - continuó -. El programa que nos ha sido trazado indica que podemos pasar un máximo de treinta y dos horas en Mercurio, antes de la partida. ¿Cuál es nuestra situación exacta, Brainerd?

El piloto frunció el ceño, embebido en un cálculo mental.

- La posición se halla a muy escasa distancia hacia el borde solar del centro del Cinturón Crepuscular; pero, a mi entender, el Sol no podrá hacer ascender el termómetro Fahrenheit por encima de los 120° antes de una semana. Y nuestros trajes pueden sortear esta temperatura.

- De acuerdo. Llewellyn, tú y Falbridge sacad los señaladores del radar e instalad la torre lo más al Este que podáis, sin asaros. Llevaos la carreta, pero por lo que más queráis, no perdáis de vista el termómetro. Sólo tenemos un traje anticalorífero y es para Krinsky.

Llewellyn, un tripulante espacial, esbelto y de ojos hundidos, parpadeó varias veces.

- ¿Qué distancia al Este sugiere, señor?



- El Cinturón Crepuscular abarca casi un cuarto de la superficie de Mercurio - señaló Ross -. Por tanto, tenéis una franja de 47 grados de ancho para moveros..., pero os sugiero que no os alejéis a más de veinte millas. A partir de esa zona el calor aumenta sin cesar.

- Sí, señor.

Ross se volvió a Krinsky. El técnico acumulador era el hombre clave de la expedición; su tarea era verificar la lectura del par de acumuladores solares dejados en Mercurio por la primera expedición. Tenía que medir la cantidad de tensión creada por las energías solares en el planeta tan próximo a la fuente de las radiaciones, estudiar las líneas de fuerza que operaban en el extraño campo magnético de aquel pequeño mundo, y volver a dejar dispuestos los acumuladores para otro examen en fecha posterior.

Krinsky era un individuo alto, corpulento, la clase de hombre que podía resistirle excesivo peso del vestido anticorporífico casi con agrado. Dicho traje era necesario para las tareas efectuadas con prolongada exposición al sol, en cuya zona era donde se hallaban situados los acumuladores... e incluso un gigante como Krinsky, sin el traje, hubiera sido incapaz de resistir varias horas el intenso calor dimanante del Sol, allí tan próximo ya.

- Cuando Llewellyn y Falbridge hayan instalado la torre del radar, usted, Krinsky, se pondrá el traje. Tan pronto como hayamos localizado la Estación Acumuladora, Dominic le llevará lo más posible hacia el Este y le dejaré caer. Lo demás es cuestión suya. Nosotros transcribiremos por telémetro sus lecturas, pero nos gustaría verle regresar con vida.

- Sí, señor.

La labor de Ross era puramente administrativa, por lo que, en tanto los hombres de su tripulación se afanaban en sus respectivas tareas, él reflexionó que se hallaba condenado, a partir de aquel momento, a una ociosidad temporal. Su función era la de un capataz; como el director de una orquesta sinfónica, no tocaba ningún instrumento, sino que tenía sólo la misión de vigilar que ninguno de los miembros desafinase, hasta llegar, con toda armonía, al final.

Lo único que tenía que hacer era esperar.

Llewellyn y Falbridge se marcharon, montados en el segmentado y termorresistente carricoche albergado en la panza del Leverrier. Su misión era sencilla: tenían que erigir la torre de plástico hinchable del radar lo más lejos posible hacia la parte solar. La torre que había dejado la primera expedición en la zona soleada ya se había licuado largo tiempo hacía; la base y la parábola de plástico, cubierto con una ligera superficie refractaria de aluminio, escasamente podía resistir el inimaginable calor de la zona soleada.

Allí, como el Sol se hallaba en su distancia más próxima, el calor era de 700°; naturalmente, las excentricidades de la órbita de Mercurio daban lugar a grandes variaciones de temperatura, pero en la zona tórrida, la temperatura jamás bajaba de 3000, incluso durante el afelio. En la zona opuesta había pocas variaciones; la temperatura permanecía estacionada en el cero absoluto, y la tierra se hallaba completamente cubierta de témpanos helados.

Desde donde estaba, Ross no podía ver ni la zona soleada ni la oscurecida. El Cinturón Crepuscular tenía unas mil millas de anchura, y en tanto el planeta se zambullese en su órbita, el Sol aparecería primero sobre el horizonte, y luego se hundiría de nuevo. En aquella faja de veinte millas en el centro del Cinturón, el calor de la zona soleada y el frío de la oscurecida se confundían, procurando un clima adecuadamente agradable, particularmente resistible; y a partir de

quinientas millas a cada lado, el Cinturón Crepuscular gradualmente iba cediendo el paso al calor y al frío de cada zona, respectivamente.

Era un planeta extraño y repugnante. Los terráqueos sólo podían permanecer en él breves plazos de tiempo; la clase de vida que podía existir permanentemente sobre aquel planeta se hallaba fuera de su comprensión. Fuera del Leverrier, embutido en su traje espacial, Ross rozó con el codo la palanca que abatía un panel de cristal óptico. Primero miró hacia la zona oscura, donde le pareció divisar una estrecha línea de intrusión negra - sabía que era una ilusión -, y luego hacia la zona soleada.

En lontananza, Llewellyn y Falbridge estaban erigiendo la delgadísima torre del radar, en forma de parábola. Podía ver la esbelta silueta recortada contra el firmamento. ¿Pero y más allá? ¿Era una débil línea brillante la que ponía como un halo en los bordes de los picos montañosos? Era, asimismo, una ilusión. Brainerd había calculado que la radiación del Sol no sería visible desde el punto donde se hallaba Ross hasta al cabo de una semana. Y para aquel entonces ya estarían de vuelta en la Tierra.

Se volvió a Krinsky.

- La torre ya casi está erigida. Dentro de pocos minutos estarán ya de regreso con el carricoche. Será mejor que se halle dispuesto a realizar su tarea.

Krinsky asintió.

- Sí, señor.

Mientras el técnico levantaba la portilla y volvía al interior del vehículo espacial, los pensamientos de Ross se centraron nuevamente en Curtis. El joven piloto había insistido en ver Mercurio, y ahora que estaban en el planeta, el pobre Curtis se veía obligado a estar amarrado a una litera de tejido espumoso, dentro de la nave, rogando que le dejaran matarse.

Krinsky volvió a salir al exterior, vistiendo su traje aislador del calor sobre su atuendo espacial. Más parecía un tanque que un hombre.

- ¿Vuelve ya el carricoche, señor?

- Ahora veré.

Ross se ajustó la lente de su máscara y estrechó los ojos, adaptándolos a la visión a distancia. Le pareció que la temperatura se había elevado ligeramente. «Otra ilusión», pensó, mientras bizqueaba a lo lejos.

Su vista captó la torre de radar, situada hacia la parte soleada. Su boca se entreabrió, sin darse cuenta.

- ¿Ocurre algo, señor?

- ¡Y tanto como ocurre! - Ross volvió a parpadear. Sí, no había engaño posible. La torre de radar que habían acabado de erigir se estaba desmoronando, comenzando a fundirse. Vio a las dos diminutas figuras corriendo alocadamente sobre la llanura formada de piedra pómez, en dirección a la silueta oblonga que era el carricoche de tracción mecánica. Y, lo que era imposible, el primer fulgor de un inequívoco resplandor estaba empezando a aparecer sobre los montes situados a espaldas de la torre.

¡El Sol estaba apareciendo una semana antes de lo previsto!

Ross se atragantó y corrió hacia la nave seguido por el sorprendido Krinsky. En la cabina, unas manos mecánicas le ayudaron a desprenderse del traje espacial; le indicó a Krinsky que no se quitase el vestido anticorrosivo, y se precipitó hacia la cabina central.

- ¡Brainerd! ¡Brainerd! ¿Dónde diablos está? El primer piloto apareció, altamente asombrado.

- ¿Sí, capitán?  
- Mire por la cristalera - le dijo Ross, con voz ahogada -. ¡Mire hacia la torre del radar!

- Se está fundiendo - le aseguró Brainerd, sobresaltado -. ¡Pero... pero...!

- Lo sé. ¡Es imposible! - Ross dio una ojeada al tablero de los instrumentos. La temperatura externa se había elevado a 112°, o sea un salto de cuatro grados. Y mientras la observaba, ascendió a 114°.

Se necesitaría, al menos, un calor de 500 para fundir la torre. Ross bizqueó por la vidriera y vio al carricoche que se dirigía veloz hacia la nave. Llewellyn y Falbridge seguían con vida, aunque probablemente estarían medio cocidos. La temperatura exterior era de 116°. Probablemente, cuando los dos hombres llegasen a la nave sería de 200°.

Colérico, Ross se encaró con el piloto.

- Creía que usted nos había traído a una zona de seguridad - le reprochó -. Vuelva a verificar sus cifras y averigüe dónde diablos nos encontramos. Luego, trace una órbita adecuada. Fíjese que el Sol está asomando por detrás de aquellas colinas.

- Lo sé - asintió Brainerd.

La temperatura llegó a los 120°. El sistema de refrigeración de la nave podría mantener las cosas bajo control hasta los 250°; después, pasada esta cifra, existía el peligro de una sobrecarga. El carricoche seguía aproximándose; probablemente, en aquel diminuto vehículo, los dos hombres creerían estar en el mismísimo infierno.

Su mente pasaba las distintas alternativas. Si la temperatura exterior sobrepasaba los 250°, se corría el riesgo de destrozar el sistema de refrigeración de la nave, si esperaban la llegada de Llewellyn y Falbridge. Decidió que les daría de tiempo hasta llegar a los 275°, y luego despegarían. Era una locura intentar salvar dos vidas a costa de cinco. La temperatura externa había llegado ya a los 130°. Su tanto por ciento de aumento crecía rápidamente.

La tripulación de la nave espacial sabía lo que estaba ocurriendo. Sin órdenes directas de Ross, se hallaban, empero, disponiendo al Leverrier para un despegue de emergencia.

El carricoche iba avanzando, pero con grandes dificultades. Ya no se hallaba a más de diez millas de distancia; y a una velocidad media de cuarenta millas por hora, habrían llegado a la nave en quince minutos más. Fuera, el termómetro marcaba los 133°. Unos alargados rayos, como dedos luminosos, avanzaban hacia ellos por el horizonte.

Brainerd había terminado sus cálculos.

- No lo entiendo. Las malditas cifras se resisten a mis cálculos. Estoy calculando nuestra situación... y no puedo conseguirlo. Mi cabeza parece que se halle llena de niebla.

«¡Qué diablos! - pensó Ross -. En estas ocasiones era cuando un capitán se gana su paga»

- Déjeme probarlo a mí - rezongó.

Se sentó al despacho y empezó a calcular. Vio las anotaciones de Brainerd esparcidas por varias cuartillas. Era como si el piloto hubiese olvidado por completo cómo realizar su tarea.

Veamos - pensó -. Si nosotros estamos...

Su lápiz volaba sobre la cuartilla..., pero cuando terminó vio que se había equivocado. Sentía espeso su cerebro; no conseguía centrarse en los cálculos.

- Dígale a Krinsky que baje aquí - le dijo a Brainerd, levantando la vista -, y que esté preparado para ayudar a salir del carricoche a Llewellyn y a Falbridge cuando lleguen. Seguramente, deben estar medio tostados.

Temperatura, 146°. Volvió su atención al papel. ¡Maldición! No debía ser tan difícil realizar unos sencillos cálculos.

Apareció Doc Spangler.

- He despertado a Curtis - anunció -. Es lo mejor, si hemos de despegar de improviso.

Del interior de la nave les llegó un murmullo sostenido.

- Déjenme morir... déjenme morir...

- Dígale que seguramente se cumplirá su deseo - susurró Ross - Si no consigo trazar una órbita adecuada, vamos a asarnos todos.

- ¿Cómo es que lo está haciendo usted? ¿Qué le pasa a Brainerd?

- Está enfermo. No le salen los números. Y pensándolo bien, tampoco me salen a mí.

En torno a su mente parecían engarfiarse unos nudosos dedos de niebla. Miró el numerador. Temperatura exterior, 152°. Esto les daba a los muchachos del carricoche un plazo de 123° para llegar a la nave... ¿o serían 321? Estaba sumamente confundido en sus ideas.

Doc Spangler también parecía raro. El oficial siquiátrico estaba frunciendo el ceño curiosamente.

- De repente, empiezo a sentirme como aletargado - observó. Y añadió -: Sé que debiera regresar junto a Curtis, pero...

El piloto enloquecido estaba murmurando incesantemente en el interior de la nave. La parte de cerebro de Ross que todavía podía pensar con claridad intuía que si se dejaba solo a Curtis, podía hacer cualquier barbaridad, puesto que era capaz de todo.

Temperatura, 158°. El carricoche parecía más cerca. En el horizonte comenzaba a bambolearse.

Se oyó un chillido.

- ¡Es Curtis! - gritó Ross, al tiempo que su mente sacudía la creciente modorra, y se apartó de la mesa. Corrió hacia popa, seguido por Spangler.

Curtis yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre. En algún sitio había hallado un par de tijeras.

- Está muerto - dijo Spangler.

- Claro, ha muerto - repitió Ross. Ahora sentía su cerebro totalmente aclarado; en el momento de la muerte de Curtis, la niebla había desaparecido. Dejando a Spangler para que atendiera al cadáver, Ross volvió al despacho y miró los cálculos.

Con toda claridad determinó la posición. Se hallaban a más de trescientas millas hacia la parte del Sol, de lo que se habían imaginado. Los instrumentos no habían mentido, pero sí los ojos de alguien. La órbita que Brainerd, con tanta solemnidad, había asegurado que era la adecuada, resultaba casi tan mortal como la calculada por Curtis.

Miró al exterior. El carricoche casi había llegado; la temperatura era de 167°. Sobraba tiempo. Ambos jóvenes llegarían a tiempo, gracias al aviso que les había dado la torre al comenzar a fundirse. ¿Pero qué había sucedido? No había respuesta a esa pregunta.

Gigantesco en su traje anticalorífero, Krinsky subió a Llewellyn y Falbridge a bordo. Se desprendieron de sus trajes espaciales y a continuación se desmayaron. Parecían un par de cangrejos recién cocidos.

- Postración por el calor - observó Ross Krinsky, llévalos a los asientos de despegue. Dominic, ¿todavía llevas puesto el traje?

El aludido apareció en la entrada de la cabina y asintió.

- Bien. Baja y pon el carricoche en el sótano. No podemos dejarlo aquí. Ve de prisa, y despegaremos. ¿Lista la nueva órbita, Brainerd?

- Sí, señor.

El termómetro señalaba ya los 200°. El sistema de enfriamiento empezaba a padecer, pero su agonía le sería acortada rápidamente. En pocos minutos, el Leverrier se había elevado de la superficie de Mercurio - unos minutos antes del implacable avance del Sol -, emprendiendo una órbita temporal en torno al planeta.

Mientras flotaban en el espacio, con la respiración virtualmente suspendida, una pregunta martilleaba la mente de Ross: ¿por qué? ¿Por qué la órbita trazada por Brainerd les había llevado a una zona peligrosa, en vez de la de seguridad prevista? ¿Por qué tanto Brainerd como Ross habíanse visto imposibilitados de calcular una órbita de despegue, la más simple de las técnicas de la astronáutica elemental? ¿Y por qué le había fallado a Spangler su agudeza mental, hasta el punto de permitir que el desdichado Curtis se suicidase?

Ross podía ver la misma pregunta reflejada en todas las miradas: «¿por qué?»

Sentía un agudo dolor en la base del cráneo. Y de repente, una imagen se abrió paso en su mente, a guisa de respuesta.

Era una inmensa charca de zinc fundido, que se extendía entre dos agudas crestas en la zona del Sol. Llevaba allí miles de años, y seguiría estando muchos miles de años... tal vez, millones aún.

Su superficie se estremecía, temblaba. El brillo del sol sobre la balsa resultaba intolerable a los ojos de la mente.

La radiación se abatía sobre la charca de zinc, la radiación del sol, implacable, y entonces hubo una nueva radiación, una emanación electromagnética, con una significativa alteración:

«Quiero morir.»

La charca de zinc se agitó con displicencia, con impulsos súbitos de ayuda.

La visión se borró con la misma rapidez con que se había presentado. Sobresaltado, Ross elevó la vista, titubeante. La expresión de los seis rostros que le rodeaban le dijeron lo que quería saber.

- Vosotros también lo habéis sentido - exclamó.

Spangler asintió, y luego Krinsky y los demás.

- Sí - afirmó el segundo -. ¿Qué diablos era?

Brainerd se volvió a Spangler.

- ¿Estamos todos locos, doctor?

El aludido se alzó de espaldas.

- Alucinación en masa... hipnosis colectiva...

- No, Doc - le atajó Ross, inclinándose hacia delante -. Lo sabe tan bien como yo. Era real; y está allí... en algún lugar de la zona soleada.

- ¿Qué quieres decir?

- Que no hemos sufrido ninguna alucinación. Es la vida... o lo más parecido a la vida, que existe en Mercurio - le temblaba una mano, y se vio obligado a contenerla -. Hemos tropezado con algo muy grande.

Spangler se agitó incómodo. - Harry...

- ¡No, no estoy loco! ¿No lo entiende? Aquello, lo que sea, es sensible a nuestros pensamientos. Captó el perverso designio de Curtis, de la misma manera que un aparato de radar capta las ondas electromagnéticas. Los pensamientos de Curtis eran los más potentes de entre los nuestros; y así, la cosa actuó de acuerdo con ellos, ayudándole a realizarlos.

- ¿Quiere decir que enturbió nuestras mentes, haciéndonos creer que estábamos en territorio seguro, cuando en realidad estábamos casi dentro de la zona solar?

- ¿Pero a qué tantas molestias? - objetó Krinsky -. Si quería ayudar al pobre Curtis ¿por qué no nos obligó a caer de lleno en la zona soleada? Nos habríamos cocido con suma rapidez.

Ross meneó la cabeza.

- Sabía que los demás no queríamos morir. Este ser, esta cosa que piensa, debe tener una mente múltiple. Captó las emanaciones de Curtis y las nuestras, y arregló las cosas de forma que Curtis muriese y los demás no - sintió un escalofrío - Una vez Curtis fuera del paso, nos ayudó a sobrevivir, a fin de que pudiéramos salvarnos. Si os acordáis, tan pronto murió Curtis se aclararon nuestras ideas.

- ¡Maldita sea, si no fue así! - rezongó Spangler. - Pero...

- Lo que quiero saber si volveremos a Mercurio - observó Krinsky -. Si esto es verdad, no estoy muy seguro de querer volver a hallarme al alcance de ese «ser». ¿Quién sabe lo que podría ocurrirnos esta vez?

- Quiere ayudarnos - repitió obstinadamente Ross -. No es hostil. ¿No estaréis asustados, verdad? La verdad es, Krinsky, que contaba con usted para que se pusiera el traje anticancerígeno y...

- ¡No gracias! - se negó el otro, prontamente.

Ross soltó una risita de burla.

- Es la primera brizna de vida con inteligencia que hemos hallado en el Sistema Solar. ¡No podemos volverle la espalda y asustarnos! - se giró a Brainerd -. Trace una órbita que nos lleve hacia abajo... pero esta vez donde no podamos fundirnos ni tostarnos.

- No puedo hacerlo, señor - estableció Brainerd, llanamente -. Creo que serviré mejor a la seguridad de la tripulación si nos dirigimos al momento hacia la Tierra.

Ross, encarándose con todo el grupo, paseó su mirada por aquellos rostros. En todos ellos pudo leer el mismo temor. Sabía que todos estaban pensando: «No quiero volver a Mercurio.»

Seis. Y él, uno. Y la «cosa» que podía ayudarles, abajo.

Habían sido siete contra Curtis... y había triunfado el ansia de morir. Ross sabía que no podía generar fuerza suficiente para contrarrestar los pensamientos de los otros seis.

«Es un motín», pensó, aunque procuró no expresarlo en voz alta. En aquel caso un oficial.

Era aquél un caso en que el oficial comandante podía verse relevado de su mando por el bien común, y lo sabía.

El «ser» de Mercurio, fuese lo que fuese, estaba dispuesto a ofrecerles sus servicios. Pero, multipensador como era, no había, sin embargo más que una sola nave espacial, y una de las dos partes - o él o el resto de la tripulación - debería ver negados sus deseos.

«Sí - pensó -, la charca había contribuido a satisfacer al hombre que deseaba morir y a los que querían seguir con vida. Ahora, seis querían regresar... ¿podía quedar ignorada la voz del séptimo?»

«No te portas correctamente conmigo - pensó iracundo, Ross, dirigiendo sus pensamientos hacia el planeta -. Quiero verte. Quiero estudiarte. No permitas que me lleven a la Tierra.»

Cuando el Leverrier volvió a la Tierra, una semana después, los seis supervivientes de la Segunda Expedición a Mercurio, pudieron describir con todo detalle cómo el segundo piloto Curtis se había visto asaltado por al ansia de la muerte, provocando su suicidio. Pero ninguno de ellos podía recordar qué le había pasado al comandante del vuelo, Ross, ni por qué el traje anticalorífero se había quedado abandonado en Mercurio.

**FIN**

## Mario Levrero - AGUAS SALOBRES

El feto apareció envuelto en trapos sucios y manchados de sangre. El Capitán ordenó que se lo dieran a los chanchos. Varios días después, ante la sorpresa general, vino el Jorobadito con la noticia de que el feto vivía y tenía los ojos abiertos. Herminia, la chancha más feroz, hirsuta y grosera, la menos sospechable de instinto maternal, lo defendió de nosotros con dientes y uñas. De algún modo se las había ingeniado para hacerlo vivir y ahora quería retenerlo. Se lo dejamos, no sin que antes el Jorobadito perdiera la mano derecha. Lo curamos como pudimos, porque allí no había médicos, y él juró vengarse.

Le llevó varios meses, entre su curación y el trabajo práctico, obtener la caja oscura de torturar chanchos. El Capitán lo dejó hacer, a condición de que no se perdiera una gota de sangre: a nosotros nos gustaban mucho las morcillas, y por otra parte estábamos definitivamente hartos de comer pescado. Somos pescadores. Vivíamos de la pesca. Y como en la costa eran todos pescadores como nosotros, no había a quien venderle nuestra mercadería ni fórmulas posibles de intercambio: comíamos pescado... Por eso apreciábamos al Jorobadito, el único entre nosotros con talento para la cría de chanchos y fabricación de embutidos. Y la Gorda se ocupaba de los sembrados.

Se pensó en la Gorda como origen del feto. No había pruebas, pero ella era la única mujer apropiada para disimular un embarazo entre tanta cantidad de grasa. Otros, y especialmente después de la historia de la supervivencia del nonato en manos de la chancha, hablaban de milagros. Pero había puntos dudosos en esta teoría: el milagro provendría del Cristo Atlante de Desdémona, ese cristo sonriente, irritante, con cabeza de pez, y por tanto poco inclinado a milagrear un feto enteramente humano. Si hubiese aparecido una sirena no habríamos tenido dudas.

Yo no presté al principio mayor atención a estos sucesos. Me sentía perturbado y un poco, yo mismo, como una especie de feto mental, y quería nacer. Mi tendencia a la mutación se evidenciaba en un rechazo por lo salado: me asqueaba comer pescado, me asqueaba el gusto del sexo de Desdémona, me asqueaba el agua del mar, que trataba de no tragar cuando nadaba. Pero era verano. Un verano muy cálido. Abundaba el pescado, la necesidad sexual era intensa, y había que meterse en el mar. Yo corporizaba el rechazo a esta vida en la costa vomitando varias veces al día. Y me rompía la cabeza buscando una fórmula para alejarme de allí definitivamente, sin encontrar, en mi indigencia material y afectiva, ninguna solución.

Por esa época apareció también el caballo blanco. Era una bestia llena de salud e inteligencia, que nadie, en mucho tiempo, pudo montar. Era joven. Tenía una mirada simpáticamente maligna; acostumbraba a mirarnos de reojo, como burlándose. No se nos ocurrió, entonces, relacionarlo con el feto, ni se habló de milagros. Yo no sostengo ninguna teoría: simplemente me limito a dar una información subjetivamente completa. No se tenía en cuenta, si bien luego pareció evidente, que la única ocupación de Tulio, el caballo blanco, era verificar día a día el rápido y desmesurado crecimiento del feto, siempre bajo el cuidado de Herminia.

El Jorobadito acumulaba rencor y piccitas misteriosas que integrarían su caja oscura. Aunque sin acercarme a su eficacia y pulcritud en el manejo del



chiquero, yo vi peligrosamente acrecentadas mis tareas al tener que sustituirlo en la suya: nunca más quiso saber de chanchos, excepto en aquel día señalado para el sacrificio de la chancha maternal.

Mis otras tareas eran más bien agrícolas. Ayudaba a la Gorda en ciertas manipulaciones en los sembrados, y sobre todo me encargaban de mantener espantados del lugar a los gorriones. Cuando apareció Tulio tuve también que alimentarlo y cepillarlo. Me fastidiaba esa limitación de mi independencia, pero hice buenas migas con el caballo blanco y me gustaba atender sus reclamos. Lo del chiquero, en cambio, rebasó los límites. Hablé seriamente con el Capitán; él me pidió paciencia y se comprometió por su parte a meter en vereda al Jorobadito apenas lo viera recuperado.

Los viernes eran mis días libres de las tareas, pero obligatoriamente destinados a la glorificación del Cristo-Pez. Desdémona, de caderas de yegua, rubia y alta, de larga melena, y a quien nadie le había podido ver los pechos que bajo la ropa aparentaban ser explosivamente exuberantes, Desdémona era la fundadora de una religión. Había ideado una cosmogonía perfecta, y perdía la vida en sus predicaciones: araba en el desierto. Yo era el único adepto fiel, y más bien por razones eróticas. El Capitán, controlado por su mujer, no podía ni sonar en acercarse al templete. Los otros varones eran tan poco deseables que Desdémona no ponía mucho entusiasmo: el Jorobadito, el Tuerto, el viejo Matías. Las mujeres más bien tendían a creer, pero el rito les estaba vedado por razones obvias, aunque tengo mis sospechas de que especialmente con Leonor, de aplastante virilidad, se celebraron secretamente algunas misas.

Creo que mi afición por el dibujo, y un cierto talento desarrollado en ese sentido, se los debo a los pechos ocultos de Desdémona. El afán de concretizar las imaginerías me llevaba a llenar hojas y hojas con las formas posibles. Encontraba más verosímil que otras la de pera, abultada en la base, con unos pezones que no se decidían del todo a apuntar hacia abajo.

En la religión de Desdémona había elementos muy atractivos. Se glorificaba el viernes en honor a Venus, planeta origen de los dioses que aposentaron sus reales en la Atlántida terrestre, hoy desaparecida a causa de una explosión atómica. Los dioses, de forma humana, crearon a los peces; del apareamiento de éstos con ciertos dioses enamorados de su propia obra, nació la raza de las sirenas. Había sirenas al derecho y al revés, es decir, con cola de pez o con piernas de gente. Cuando el Cristo Atlante vino a redimir a esta raza maldita, fue crucificado. Y la raza desapareció, al menos de la vista. Desdémona aseguraba que en sitios ocultos están todavía aguardando algunos de ellos. A las venus que andan por el mundo, antiguas reliquias a las que les falta algún pedazo, la cabeza, los brazos, las piernas, les falta, según Desdémona, porque eran partes de pescado. Y la Iglesia Católica, junto con los Masones y los Judíos, hicieron lo posible por borrar los rastros.

Hubo un rastro que sin embargo no pudieron borrar. Está al alcance de todo el mundo. Un hueso de tiburón -producido mediante mutaciones genéticas de laboratorio, por la raza que quiso dejar su huella- representa a este Cristo-Pez crucificado. En nuestras costas abundan estos huesos, a los cuales los pescadores no dan ninguna importancia. Parece ser que cuando Desdémona, a los doce años, vio uno de ellos por primera vez, coincidiendo con su primer período menstrual, tuvo la revelación divina que la llevó a fabricar su religión sin la menor dificultad y, lo que es más interesante, sin necesidad de ocultar ningún texto. Por otra parte, ella nunca aprendió a leer.

El ícono es un hueso plano que de lejos parece un crucifijo común y corriente, de líneas curvas y elegantes, color marfil. Sobresaliendo de esta base achatada se distingue perfectamente una figura casi humana, de finos y largos brazos crucificados, de piernas también humanas, pero con cabeza de pez. Y sonrío. Sonríe con un aire de triunfo que no tiene en absoluto el Cristo de los católicos.

Desdémona había fabricado un templete y un altar para el ícono. Y sobre este altar alfombrado de terciopelo rojo celebraba cada viernes el rito de beber la sangre de su Señor, que venía a ser no otra cosa que mi propia esperma. El espermatozoide, forma acuática que luego perdemos por culpa de un pecado original de la raza de las sirenas, es el legado directo de los dioses venusinos. Desdémona, habiendo hecho voto de castidad desde la revelación, se mantuvo virgen. Sólo se permitía el alivio religioso de retribuirme con sus secreciones marinamente salobres para santificarme cada viernes, a cambio de mi savia. La única relación normal que yo había tenido alguna vez con una mujer, fue con la Gorda. No me gustó. Por estos motivos, por los ritos y el pescado y la arena y la sal, quería salir en busca de nuevos horizontes.

Pasaban los días con la sola variante del rápido crecimiento del feto, quien ya amagaba pararse sobre sus piernitas endeble; todo lo demás seguía igual, hasta que al Capitán se le ocurrió fijar fecha para el sacrificio de Herminia, porque estaba a punto y porque se terminaba, ya, nuestra provisión de embutidos.

Entonces el Jorobadito trabajó como negro, día y noche, con su única mano, para poder llegar a tiempo. Trabajaba secretamente en el taller; no quería que nadie se enterara de los detalles. Pero con todo se filtró el chisme de que había aparatos eléctricos.

La caja estuvo terminada un día antes de la fecha fijada por el Capitán. Con su parche sobre el ojo izquierdo, su gorra marinera Y su pata de palo, la palabra del Capitán era ley. Por eso el Jorobadito, borracho de sueño y de cansancio, ni pensó en solicitar una postergación. La Gorda, siempre maternal, fabricó una jaula como de cotorra, pero más grande, y con una especie de nido de lanas y plumas. Cuando metimos a la chancha adentro de la caja oscura, la Gorda se llevó el feto a la jaula. Y cuando Herminia empezó a gritar, verdaderamente como una marrana, el feto, aferrado a los barrotes y con una mirada de loco impresionante se alzó por fin sobre sus piernitas chuecas y rechinó los dientes y dijo sus primeras palabras:

- ¡Hijos de puta!

El suplicio no pudo prolongarse como habría querido el Jorobadito porque los gritos nos ponían nerviosos. No tengo idea del método de tortura inventado por esa mente retorcida, pero creo que trascendía el mero electroshock. Don Matías se echó encima de la pierna un chorro de agua caliente del termo. La Gorda, siempre tan cuidadosa de su femineidad, tuvo la desgracia de dejar escapar públicamente un flato. Desdémona me llevó a un rincón, me mordió un hombro con furia, y aunque era jueves fuimos al templete. Cuando el Capitán sopló su pipa en vez de chuparla y el tabaco encendido casi le quema el ojo sano, decidió poner fin a la situación. Nos subimos a un árbol y abrimos la puerta de la caja oscura con un palo que tenía un gancho en la punta. Herminia salió en un galope demencial, no encontró a nadie a quien embestir, se revolcó en los sembrados y en los charcos, siempre gritando, y por fin se suicidó dándose de cabeza contra el ombú.

El feto apartó los barrotes doblándolos sin dificultad con sus manitos, y cuando bajábamos del árbol nos estaba mirando y nos dimos cuenta que estábamos

definitivamente bajo su dominio. Ante su mirada nos sentimos todos más que avergonzados; nos sentimos completamente desnudos en nuestro infantilismo cruel. El Jorobadito se metió solo adentro de la caja oscura. Estuvo gritando exactamente como Herminia durante tres días y tres noches que para nosotros fueron insoportables. Al tercer día no se oyó más nada, y le dimos cristiana sepultura cerca del pozo negro, sin abrir la caja. El feto volvió un tiempo a su jaula. Parecía calmado.

Se desarrolló a su manera, y nunca pudimos ponerle un nombre. En pocos meses se hizo adulto. Alcanzó su estatura definitiva, unos ochenta centímetros, y era todo cabeza, de frente abultada y ojos chiquititos bajo párpados gruesos y pesados, y la cabeza era toda pelos y dientes: unos dientes siempre apretados y visibles, que los labios gruesos y curvados hacia abajo mostraban en una clara expresión de odio y disgusto.

La Gorda le preparaba una papilla inmundada, y se la hacía sorber por medio de una bombilla. Algo como carne de pescado triturada, legumbres, etcétera. Tulio, el caballo blanco, se arrodillaba amorosamente para que él pudiera trepársele, agarrado a las crines, y allá salían los dos, en un galope furioso. Tulio, expresando su juventud y alegría de vivir; un galope vital que a veces parecía un vuelo. El feto, gritando y chillando, descargando su odio sobre las tierras, de la costa, histerizando a todo el mundo. Empezamos a tener mala fama en la zona.

El Capitán perdía autoridad. Se ocupaba, ahora, él mismo de los chanchos. Sólo cuando salían de pesca en los frágiles botecitos, con el Tuerto, Leonor y el viejo Matías, yo me sentía un poco culpable y me hacía cargo del chiquero. Pasaba la mayor parte del tiempo tratando de comprobar una teoría que se me había ocurrido: de golpe se me metió en la cabeza que la Atlántida estaba por allí nomás, en algún charco o en la laguna, y que nadie la veía porque era muy chica. Pero me faltaban elementos técnicos, y no hacía más que bucear y chapotear sin otro resultado que el placer de mojarme. El feto se cansó de la papilla y por fin pude verle los pechos a Desdémona. La hizo desnudarse de la cintura para arriba, y como acunado en sus brazos empezó a mamar. Curiosamente, la virgen tenía leche. Un día formé un aparte con ella y llegué a probársela: era extremadamente dulce y tibia. De pronto algo me sacó de la embriaguez y vi al feto, allí parado con sus ojos fulminándome, y supe que estaba condenado a muerte. Esperé, sin poder moverme.

Se interpuso Tulio. Pasó entre los dos, balanceándose con un relincho suave, y cuando terminó de pasar el feto me miraba de otra manera. No digo que con amor, pero de ahí en adelante quedé marginado de sus perrerías.

Abandonó para siempre la jaula y se instaló en Desdémona. Ella dejó sus misas de los viernes, y Tulio me llevó a un poblado vecino donde logré hacer amistad con una niña más o menos de mi edad, no tan exuberante como Desdémona pero mucho menos loca. El feto ordenó destruir el templete. Se conservó, sin embargo, el ícono del Cristo-Pez, colgando entre los pechos de Desdémona. Estos pechos, entre otras, tuvieron la virtud de privarnos para siempre de la presencia del viejo Matías: cuando la vio desnuda por primera vez le vino algo al corazón y se murió. La Gorda, que se sentía celosa y desplazada, tuvo la mala idea de pasearse desnuda entre nosotros para tentar al feto con su abundancia maternal. El se rió a carcajadas, francamente, creo que por única vez en su vida, y nosotros disimulábamos dando vuelta la cara o acomodando innecesariamente algunos implementos. Por fin la Gorda se consiguió un cachorro de lobo y nos dejó en paz.

Tulio apareció un día con amigos equinos encontrados, no se sabe dónde; una tropilla joven y briosa, entre salvaje y amable al estilo de Tulio. Fue como una orden para que el feto se pusiera en marcha y comenzara a construir su imperio. Yo, por las dudas, me fui mudando de a poco al poblado de mi amiguita y después, también por las dudas, un poco más lejos, a la ciudad. Pero fue un proceso lento y disimulado, y en verdad nunca logré irme del todo. Algo me tenía atado a la pequeña comunidad pesquera.

La construcción del imperio fue desordenada. El feto parecía saber lo que quería, pero tal vez no lograba aún controlar bien las cosas o, tal vez, al mismo tiempo quería divertirse. Lo cierto es que todo empezó con las tropelías. Al frente iba él, agarrado a las crines de Tulio, chillando y gritando; casi a su lado Desdémona, sobre un caballo parecido, con pantalones de montar que se fabricó ella misma y con los pechos desnudos saltando pesadamente junto con el crucifijo. Detrás el Capitán, armado hasta los dientes, y su oscura mujer, y Leonor, que parecía nacida sobre un caballo, elegante ylésbica, vestida toda de negro con un traje ajustado de solapas brillantes, y el Tuerto, y la Gorda, buen jinete a pesar de los kilos. Mataban y saqueaban, incendiaban y destruían innecesariamente. Sembraban el terror.

Después empezaron a traerse niños y mujeres, y algunos homúnculos con vocación de esclavos. Se formó a nuestro alrededor una especie de colonia que crecía rápidamente. Todos trabajaban como locos, fustigados con ferocidad por el feto lleno de odio y delirios de grandeza. Su radio de acción se fue extendiendo. Las tropelías contaban con más gente. Yo, contrariamente a lo que podría suponerse, abandoné mis pretensiones de alejarme y me instalé con mi mujer otra vez en la costa. Nuestro lugar, en sí mismo, no había cambiado mucho.

Me dediqué a observar el proceso sin intervenir, y como por deporte -cuando ya hasta Desdémona había olvidado su religión, y el Crucifijo se había desprendido de su cuello en alguna correría y perdido para siempre-, yo seguía buscando la Atlántida en los charcos que todavía quedaban y buceando en la laguna. Una vez creí ver algo en el fondo, pero me di cuenta que estaba a punto de ahogarme, lleno de placer, y con un tremendo esfuerzo de voluntad salí a la superficie.

El feto cambió a Desdémona por un grueso habano, y se hizo hacer una capa dorada y roja y un trono de emperador. Envejecía a ojos vistas. El pelo hirsuto se le volvió blanco casi de un día para otro. Una vez que fui a verlo ya tenía una corona de oro sobre su cabezota, Y los ojos le refulgían malignamente entre el humo del cigarro.

Comenté con el Capitán que todo aquello era ridículo. Y la repetición de las tropelías, una cierta mecanización donde el único que gozaba era el feto, siempre histérico como el primer día, nos estaba mortificando a todos. Aun Tulio tenía la mirada tristona.

- Habría que hacer algo - le dije al Capitán.
- Quién le pone cascabel al gato - respondió.

Al fin, como la furia del Emperador había llegado ya a los alrededores de la ciudad, las autoridades comenzaron a dar crédito a los rumores y se decidieron a tornar cartas en el asunto. Primero aparecieron unos funcionarios grises, de bigote fino, que se destacaban groseramente entre nosotros aunque no hicieron nada. Luego mandaron un contingente armado. Era muy pequeño, y en una batalla memorable donde el feto brilló como nunca y hasta alcanzó el heroísmo, el Gobierno fue ominosamente derrotado.

A los pocos días Desdémona se sintió mal. Se revolcaba en la cama, agarrándose el vientre y chillando como Herminia y el Jorobadito adentro de la caja oscura. Al mismo tiempo, el feto empezó a sudar y temblar y se le cayó el pelo, junto con la piel y los dientes. Todos corríamos de un lado a otro, entrechocándonos e impartiendo órdenes imprecisas, realmente sin saber qué hacer.

De pronto se hizo un silencio total, una pausa que fue rota de inmediato por un llanto de bebé. Era un bebé gordito y rosado, rozagante y hermoso, que la Gorda llevó a una Desdémona pálida, ya aliviada y casi sonriente. Se lo puso junto al pecho y Desdémona lo sostenía con un brazo y lo miraba amorosamente mientras le buscaba, a ciegas, el pezón. Era el fin de ese tiempo tan apretado de cosas y lleno de tanto sufrimiento: el feto había nacido.

Cuando las tropas gubernistas volvieron en serio, con tanques, cañones y metralletas, se llevaron una desilusión. Ya que estaban fusilaron a dos o tres tipos, y bombardearon algunos edificios, entre ellos un rascacielos que recién empezaba a construirse por orden del Emperador en su último delirio. Se fueron con las manos vacías, sin encontrar resistencia y sin comprender.

La vida en la costa tomó otras formas. A veces me gusta pasearme entre las ruinas del rascacielos frustrado, unas ruinas musgosas y grises, de aspecto milenario a la luz de la luna, de aspecto atlante, verdoso y mágico a la luz de la luna.

**FIN**

## L. Sprague De Camp - **EL HECHIZO MAS FUERTE**

Vista débilmente a través de una llovizna otoñal, que hacía brillar el empedrado a la luz del ocaso, la ciudad de Kern - antigua, colorida, bulliciosa y vital -, se extendía sobre las aguas del océano Occidental. Las banderas desplegadas de la ciudad se agitaban, con los pliegues húmedos, en los mástiles situados sobre las torres de vigilancia, a lo largo de los muros, donde los centinelas hacían guardia y observaban a través de la oscuridad.

A lo largo de la amplia calle Océano, como se denominaba la calzada situada frente al mar, unas pocas personas se movían en las tinieblas, mientras el agua gorgoteaba en los albañales. La mayor parte de las rechonchas barcazas de transporte que llevaban de un lado a otro el comercio de Kern, así como las estilizadas galeras que lo protegían de los corsarios de las islas Gorgon, habían sido dejadas fuera de servicio durante la estación, sacadas del agua y colocadas en cobertizos situados a lo largo de la playa al sur del paseo que daba al mar. Por lo tanto, había muy pocas naves utilizando los muelles y embarcaderos de la calle Océano, a excepción de las cajas usuales donde se colocaba el pescado, la mayor parte de las cuales estaba expuesta a la tormenta.

Un carro de dos caballos pasó traqueteando, con unas ruedas de bronce golpeando estrepitosamente sobre el empedrado y con su conductor llevando bien sujetas las riendas de las cabalgaduras semisalvajes. El pasajero estaba envuelto hasta los ojos, para protegerse de la humedad, pero las luces procedentes de las casas iluminaban los adornos dorados del vehículo, poniendo así de manifiesto que el personaje debía pertenecer a la oligarquía de príncipes mercaderes.

Suar Peial, apretando bajo su capa un par de abultados objetos, andaba por la calle, prestando muy poca atención a las dudosas personas que miraban hacia el exterior desde las puertas y callejuelas. Estas personas, después de observar la estatura de Suar y la delgada vaina que se veía por debajo de la capa, miraban hacia otro lado para observar otras cosas más tranquilizadoras.

Un ruido, procedente de una calleja, atrajo la atención de Suar. Con una simple mirada, se dio cuenta de que se estaba librando una lucha. Un hombre, con la espalda apoyada en un ángulo de la pared, se defendía de las patadas y golpes de una especie de porra con la que le atacaba un grupo de cinco. El aspecto de estos últimos, tan andrajosos como las hojas caídas de los robles que bordeaban las avenidas de Kern, indicaron a Suar que se trataba de los típicos ladrones del barrio.

Un hombre sensato que viviera en aquella zona se limitaría a pasar tranquilamente de largo, aparentando no haber visto ni oído nada. Pero si Suar era sensato, no estaba dispuesto a serlo en Kern. Lo habría sido en su casa, en Zhysk, en el mar Sireniano; incluso podría haber llegado a ser rey de Zhysk. Pero tal y como se presentaban las cosas, aquel hombre estaba destinado a caer bajo las porras y espadas de sus atacantes en cuestión de segundos. Aun cuando hubiera sido el doble de grande y hubiera estado mucho mejor armado, no podía enfrentarse con cinco al mismo tiempo. Si sus cobardes asaltantes hubieran estado dispuestos a arriesgar uno o dos embates más duros, el hombre ya habría sido dominado.

Suar se quitó la capa, envolvió con ella los objetos que llevaba, desenvainó su delgado estoque de bronce y se dirigió resueltamente hacia el lugar de la pelea. A medida que avanzaba, escogió como primer contrincante al que llevaba la porra. En cuanto a los otros, dos llevaban espadas cortas, de hoja ancha, y los otros dos, simples cuchillos. De haber dispuesto de un escudo o de una armadura, Suar habría tenido muy poco que temer de la porra, pero, al no disponer de defensa adecuada, temía enfrentarse a ella con su estoque, de unos setenta centímetros de largo.

El hombre que llevaba el garrote se volvió al oírle aproximarse y saltó hacia atrás. Los otros cuatro también se apartaron de su víctima, en una actitud con la que parecían dispuestos a huir inmediatamente. Entonces, el de la porra dijo:

- Sólo es uno. ¡Matémosle también!

Dio un paso hacia adelante, haciendo oscilar el arma. Suar no trató de evitar el ataque; antes, por el contrario, sus largos y huesudos brazos y piernas se lanzaron hacia adelante en una poderosa embestida, atravesando con la punta de su estoque el brazo del hombre. Después, Suar saltó hacia atrás, tratando de recuperarse antes de que lo alcanzara la porra. No lo consiguió del todo. Aunque el golpe quedó debilitado por la herida sufrida en el brazo del ladrón, la madera alcanzó el cráneo de Suar, le raspó la oreja derecha y pegó sobre su hombro del mismo lado; sintió el doloroso golpe, pero no lo bastante fuerte como para inutilizarle. Después, la porra cayó al suelo cuando su propietario abrió la mano a causa de su herida en el brazo.

Cuando el hombre se quedó allí, sosteniéndose el brazo herido y mirándole estúpidamente, la espada de Suar se movió de nuevo con rapidez, como la lengua de una serpiente, y la punta se introdujo en el amplio pecho del ladrón. El hombre de la porra lanzó una maldición, tosió, se dobló y cayó sobre el barro de la calleja. Cuando los demás comenzaron a acercarse más a Suar, rodeándole, éste lanzó una estocada contra el espadachín más cercano a él, que retrocedió, sin ser alcanzado; inmediatamente después, Suar se revolvió contra uno de los que llevaban cuchillo. El hombre intentó coger la hoja con su mano libre, pero Suar evitó el agarrón y le clavó la espada en el cuerpo.

Todo esto se había desarrollado en menos tiempo de lo que un hombre tranquilo tarda en respirar tres veces. En aquel instante, un sonido seco atrajo la atención de todos. La víctima original se había arrojado contra la espalda de su atacante más cercano tras recoger la porra del suelo, propinándole un poderoso golpe en la cabeza.

Después, quedaron tres ladrones tirados en el barro y los otros dos echaron a correr, huyendo. Uno de los que yacían en el suelo seguía moviéndose y gimiendo.

Suar miró al hombre que había rescatado. No podía distinguir mucho bajo aquella luz penumbrosa, pero se dio cuenta de que llevaba pantalones de tartán y el majestuoso bigote de los bárbaros del noreste. El hombre retrocedió un poco, cogiendo con fuerza la porra, como si aún no estuviera muy seguro de las intenciones de Suar.

- Puedes apartar eso, camarada - dijo Suar, envainando su espada -. No soy ningún ladrón, sino un simple poetastro.

- ¿Quién eres, entonces? - preguntó el pequeño hombre.

Al igual que Suar, hablaba el hesperiano bastardo de los puertos del océano Occidental, aunque con un extraño acento.

- Soy Suar Peial de Amferé, de profesión cantante de canciones dulces. Y vos, buen señor, ¿quién sois?

El hombre emitió algunos sonidos muy curiosos a través de su garganta, como si estuviera imitando el ladrido de un perro.

- ¿Qué habéis dicho? - preguntó Suar.

- Dije que mi nombre es Ghw Gleokh. Supongo que debo daros las gracias por haberme rescatado.

- Vuestra elocuencia me abruma. ¿Sois extranjero?

- Así es - contestó Ghw Gleokh -. Ayudadme a vendar estas heridas. - Y mientras Suar le vendaba dos ligeras heridas que Ghw había recibido, éste preguntó -: ¿Me podéis decir dónde diablos se puede comprar en Kern un poco de vino para remojar el gaznate?

- Me dirigía a la taberna de Derende para ejercer mi oficio - contestó Suar -. No tengo ninguna objeción que poner a que me acompañéis.

Mientras hablaba, Suar limpió la espada en las ropas del cuerpo que tenía más cerca, la envainó y se volvió. Recogió su capa y los objetos que tenía enrollados en ella y reanudó su camino. Ghw Gleokh echó a trotar detrás de él con la espada ancha del hombre muerto, pues él no poseía ninguna.

Suar se dirigió directamente a la taberna de Derende y apartó la cortina de cuero que servía de puerta. Tuvo que agacharse para no dar con la cabeza en la parte superior del marco de la entrada, pues él procedía de Poseidonis, al otro lado de los mares occidentales - o Pusad, como también se le llamaba -, donde un metro noventa de altura era una estatura normal. El fuego crepitaba en la chimenea central, y su resplandor iluminaba los rostros barbudos y sin barba, mientras que el humo formaba una capa azulada que se deslizaba lentamente por el agujero existente en el techo. Era un fuego pequeño, pues en Kern nunca hacía verdadero frío.

Suar se abrió paso por entre los bancos abarrotados, saludó a un par de conocidos y colocó sus objetos sobre el mostrador de servicio de Derende. Uno era una maltrecha y vieja lira, el otro un saco de provisiones que olía fuertemente a pescado, a pesar de los muchos olores que se notaban en la taberna.

- ¡Oh, si es el poeta! - exclamó Derende, apretando su enorme barrigón contra el otro lado del mostrador -. ¿Estás bien, vagabundo?

- Bastante bien, mesonero - contestó Suar -. Te traigo, para que cocinéis mi cena, a la propia reina de las criaturas marinas, a la perla de los peces. ¡Mira!

Desató el cordel que ataba el saco de provisiones y dejó sobre el mostrador un gran pulpo. Ghw, que se había empinado detrás de él para poder ver, retrocedió, lanzando un terrible grito.

- ¡Dioses! - gritó -. ¡Ese es el monstruo universal! ¿Estáis seguro de que está muerto?

- Completamente seguro - contestó Suar, sonriendo burlescamente.

- No cabe duda de que lo habéis robado a algún pobre pescador - gruñó Derende.

- ¡Qué mal juzga el mundo a un artista! - exclamó Suar -. si os dijera que lo he conseguido honradamente, no me creeríais, así es que, ¿para qué discutir? En cualquier caso, cocinadlo bien con aceite de oliva y unas pocas verduras, y servidlo con el mejor vino verde de Zhynsk.

Derende comenzó a recoger el pulpo.

- Las verduras y el aceite las podéis tener gratis a cambio de vuestro canto, pero en cuanto al vino, tendréis que pagarlo.



- ¡Vaya! Esta mañana aún tenía algunas monedas, pero me enzarqué en un juego y las perdí. Si me fiáis hasta que cante y pase la bandeja...

- En ese caso - dijo Derende, sacudiendo la cabeza -, la cerveza de cebada será buena para vos.

- ¡Por las cuerdas de la lira! - exclamó Suar -, ¿Cómo esperáis que cante habiendo bebido esa agua de fregar platos? - después, haciendo gestos hacia las demás personas que llenaban la taberna, dijo -: ¿Suponéis que todas estas personas están aquí porque les gusta vuestra cerveza amarga y por vuestra cara bonita? Vienen a escucharme. ¿Quién llena vuestro nauseabundo tugurio noche tras noche?

- Escuchadme - dijo Derende -. Tendrá que ser cerveza, o ya podéis marcharos con vuestros cantos a otra parte. Traeré una mujer; alguna moza de pechos robustos que no sólo cantará para ellos sino que, además...

Ghw Gleokh se adelantó entonces y colocó sobre el mostrador una pequeña moneda de cobre en forma de una cabeza en miniatura, en la que estaba grabado el pez volador de Kern.

- Tome - dijo, con su misterioso acento -. Dénos una buena jarra de vino.

Derende sonrió al ver la moneda.

- Así está mejor, maese Derende - dijo Suar -. Y ahora, viejo barril de manteca, ¿habéis visto a mi amigo Midawan, el herrero?

- No esta noche - contestó Derende, sacando una botella de cuero y un par de jarras de cuero embreado.

- Sin duda alguna, vendrá más tarde - comentó Suar -. ¿Hay alguna nueva noticia?

- El Senado ha contratado a un nuevo hechicero - replicó Derende -. Un tarteso llamado Barik.

- ¿Y qué ocurrió con el antiguo?

- Lo empalaron a causa de la tormenta de arena.

- ¿A qué se refiere? - preguntó Ghw con interés.

- Conjuró una tormenta de arena para aplastar una incursión de camellos de lixitanos del desierto - explicó Derende -, pero se equivocó de dirección y enterró a un puñado de nuestros propios guerreros. ¿Y qué noticias tenéis vos, Suar?

- ¡Oh! El joven Okkozen, el hijo del cónsul Bulkajmi, fue arrestado por conducir imprudentemente su carro estando bebido. Gracias a sus buenas relaciones, el magistrado lo dejó libre después de haberle dado una buena reprimenda. Geddel, el comerciante, ha sido asesinado en las montañas Atlanteas por una bruja a la que trató de engañar a la hora de pagarle sus hechizos mortales. - Suar se volvió entonces hacia su compañero y dijo -: Mi buen Ghw, encontremos un lugar donde sentarnos, aunque tengamos que hacer levantar de su asiento a uno de estos grasientos kerneanos. Vais a compartir mi hermoso pulpo, y yo, a cambio, masticaré un trozo de vuestro pan.

- El pan lo podéis tener a cambio de lo que os debo - dijo Ghw en tono áspero -, pero ni con una espada al rojo vivo me obligarán a comer un solo trozo de ese terrible monstruo marino.

- Tanto peor para vos - comentó Suar y, mirando sobre las cabezas de los presentes, señaló hacia un lugar -. Allí hay un banco vacío. Vamos.

El banco era uno de los dos situados a ambos lados de una mesa, ubicada en una esquina.

Dos hombres estaban sentados frente a ellos, con las espaldas apoyadas contra la pared y unas capas negras extendidas sobre sus cabezas. Al principio,

Suar los tomó por euskerianos a causa de las capas, pero al sentarse se dio cuenta de que su aspecto resultaba un tanto extraño. El más joven y alto comía pan y queso, mientras que el más viejo y pequeño no comía, sino que inhalaba el humo picante que se elevaba de un diminuto brasero puesto en la mesa, frente a él. no prestaron ninguna atención a los recién llegados.

Suar desenrolló su capa y la colocó debajo del banco, poniendo al descubierto la falda a franjas de los oriundos de Poseidonis, así como una vieja camisa de lo que hacía mucho tiempo, había sido una lana exquisita, y que ahora se veía muy remendada. Se colocó en el extremo del banco, de cara a la pared, frente al pequeño extranjero vestido de negro, mientras que Ghw se quitó su capa y se colocó en el otro extremo. Suar llenó las jarras de vino, mientras Ghw cortaba rebanadas del pan de cebada que llevaba, ligeramente humedecido por la lluvia. Poco después, los dos se encontraban masticando y engullendo.

- Mi querido y viejo camarada - dijo Suar, con la boca llena -, ¿qué es esa cosa curiosa con la que estabais golpeando a los ladrones, como Zormé apaleando a los brutonianos? Me parece que nunca he visto nada igual.

Ghw, que era un hombre de baja estatura, con el pelo rojo y unos brazos de longitud simiesca, lanzó una terrible mirada a su compañero.

- Eso es algo de lo que no me gusta hablar - gruñó Ghw.

- Allá vos si queréis ser un piojo - comentó Suar, encogiéndose de hombros.

Rasgó las cuerdas de su lira y dirigiéndose al hombre pequeño que estaba sentado frente a él, dijo:

- Perdonadme, caballero, pero ese humo no me parece una dieta muy alimenticia. Si gustáis tomar un trozo de la mejor ensalada de pulpo que se ha hecho en Kern, me complacerá mucho guardaros uno en cuanto llegue, pues el monstruo resulta demasiado grande, incluso para mi amplia capacidad.

El hombre levantó por fin la mirada. Sus pupilas no eran más que unos simples puntos bajo el brillo parpadeante de la luz que se encontraba en el pequeño brasero, situado en el centro de la mesa.

- Vuestras intenciones son meritorias - dijo -, y por ellas seréis honrado en los libros de los dioses. Pero habéis de saber, mortal, que cuando el alma está alimentada, el cuerpo se ocupa de sí mismo.

- Vos también sois mortal - observó Suar -. Bueno, me parece que voy a tener que comerme ese bicho yo solo...

- No será así - dijo una nueva voz -. Lo he traído para compartirlo con vos.

Un hombre moreno, de altura media y unos enormes músculos, con pelo y rasgos algo negroides, se encontraba en uno de los extremos de la mesa, sosteniendo un gran plato de madera sobre el que se habían amontonado los trozos humeantes del pulpo cocinado.

- Aparta esa luz, vieja jirafa, y que se vaya este tipo de pelo rojo.

El hombre dejó el plato sobre la mesa, se acercó una silla, y dejó en la mesa un trozo de queso, media hogaza de pan y una bolsa llena de pastillas, que eran su contribución a la comida.

- No - dijo Suar -, este hombre de pelo rojo es amigo mío, porque acabo de salvarle la vida.

Suar narró brevemente la historia de la batalla, hinchándola un poco, y añadió:

- Se llama Ghw Gleokh, si es que lo podéis creer. Si no lo podéis pronunciar, aclaraos un poco la garganta y os acercaréis lo suficiente a la pronunciación correcta. Supongo que procede de una de las tribus de bárbaros y sangrientos celtas. ¿No es así, Ghw?

- Todo correcto, excepto esa observación de que somos bárbaros. Soy un gálata. ¿Quién es este hombre?

- Mi viejo amigo Midawan, el herrero - contestó Suar -. Como desayuno, se come cabezas de lanza de bronce. Procede de Tegrazen, en el sur, que se encuentra junto a las fronteras con el País Negro. Aunque es de ascendencia parcialmente negra, jura una y otra vez que nunca ha probado carne humana. Yo le tomo el pelo con eso cuando me fastidia.

- Algún día me tomarás el pelo un poco más de lo que estaré dispuesto a soportar - dijo Midawan, sentándose en la silla, al extremo de la mesa -, y te haré un nudo con ese cuello de cisne que tienes. Vamos, gálata, ¡toma un tentáculo!

- ¡Apartad de mí esa babosa criatura marina! - dijo Ghw -. ¿Es que en toda Kern no hay un buen asado?

- Desde luego - contestó Suar -. Pero sólo para los ricos. Nosotros, la gente corriente, nos consideramos afortunados si podemos probar un trozo de asado durante la Fiesta de Korb. No era así en el país de donde procedo, en el que engullíamos filetes de bisonte todos los días. Y, hablando de caza, esa misteriosa barra vuestra, ¿es alguna especie de arma o instrumento de caza?

Para entonces, Ghw Gleokh había bebido ya el vino suficiente como para haberse suavizado. Lanzó un sonoro eructo y dijo:

- Podéis decirlo así; podéis decirlo. En realidad, es una herramienta mágica que posee el más alto poder. Cuando se la utiliza adecuadamente, ningún hombre y ninguna bestia puede resistirla.

En aquel momento habló el hombre más joven y alto que llevaba la capa y estaba sentado al otro lado de la mesa:

- ¡Vaya! Escuchen la fanfarronada de ese bárbaro.

- Caballero - dijo Ghw, poniéndose rígido -, no os conozco, pero no permito que ninguna gentuza me hable de esa manera.

- En cuanto a eso - dijo el joven de la capa -, soy Qahura, aprendiz de mago, y éste es mi maestro, Semkaf. Venidos de la ciudad de Tifón, en el país de Setesh, cuya magia está tan lejos de la vuestra, como la vuestra pueda estarlo de la de un niño.

- Tranquilizaos, tonto - murmuró el viejo mago, el que fuera identificado con el nombre de Semkaf.

- Pero, maestro, no es correcto permitir que estos salvajes se mofen y se burlen de nosotros. Se les tiene que dar una lección.

- Si hay aquí alguien que deba enseñarle algo a alguien, seré yo - dijo Ghw, elevando la voz -. Soy un druida iniciado de los gálatas, conocido por todos, mientras que nunca oí hablar de vuestra Tifón y hasta dudo que exista.

- Claro que existe - dijo Qahura -, como aprenderíais en cuanto nos visitarais y fuerais desollado en cualquiera de nuestros altares para el sacrificio. Tifón se eleva, en negro y púrpura, surgiendo de los márgenes místicos del mar de Tesh, entre las tumbas piramidales de los reyes que reinaron con el mayor esplendor sobre Setesh, cuando la poderosa Torrutseish no era más que un pueblo, y cuando la dorada Kern no era más que un trozo de playa vacío. Ningún hombre viviente conoce la historia completa de Tifón, ni las circunvoluciones de sus calles y de sus pasajes secretos, ni los enormes tesoros de sus reyes, ni de los poderes ocultos de sus hechiceros. En cuanto a vos - espetó el aprendiz -, si sois un druida, ¿dónde están vuestro manto blanco y vuestra corona de muérdago? ¿Qué estáis haciendo en Kern?

- ¡Oh! Eso, mi rimbombante y joven amigo, es una cuestión de política tribal. Nuestro arquedruida murió repentinamente, y algunos tuvieron la mala intención de asegurar que yo lo había matado.

- Evidentemente - dijo Qahura -, esa magia drúidica de que os jactáis no fue suficiente para evitar las hojas de los cuchillos. ¿Podéis hacer algo que no sea la simple lectura de las señales del tiempo atmosférico?

- Todo lo que vos podáis hacer y mucho más. Por ejemplo, ¿queréis ver a los héroes de Gálata?

Sin esperar la contestación, Ghw extendió una mano sobre la mesa, dando algunos pases y murmurando unas palabras. Inmediatamente, aparecieron sobre la mesa un grupo de pequeñas figuras, del tamaño de un dedo meñique; algunas iban a pie, otras a caballo y otras montaban en unos carros de ruedas escitas. Algunas llevaban pantalones bárbaros, mientras que otras iban desnudas y llevaban el cuerpo pintado con chillones colores. Se movieron precipitadamente y sus gritos sonaron en los oídos de Suar como el zumbido de los mosquitos. Un par de ellos comenzaron a luchar con espadas del tamaño de astillas.

- ¡Vaya! - exclamó Qahura -. Pequeños maniqués, pero cualquiera de los gatos sagrados de Setesh acabaría rápidamente con todos ellos.

Lanzó a su vez algunas palabras y un gran gato amarillo apareció sobre la mesa. Agarró a uno de los gálatas en miniatura y comenzó a zarandearlo como si se tratara de un pequeño ratoncillo. Con un gesto, Ghw eliminó a los otros héroes, aunque el gato continuó zarandeano a su víctima.

- Todo lo que vos podáis hacer, lo puedo hacer yo también, y mejor - dijo Ghw -. Conjuráis a un familiar en forma de un gato, yo haré lo mismo, pero con forma de lobo, y ya veremos...

- ¡Caballeros! - exclamó Suar, colocando una mano sobre el brazo de Ghw -. Antes de que continúe esta competencia, haciendo aparecer leones y mamuts, consideren que la taberna de Derende no es el lugar más adecuado para que luchen entre sí esa clase de criaturas. Nos destruirían, a nosotros y a los demás clientes, como si fuéramos pequeñas sabandijas. Y, lo que es más importante, aún no he cantado mis canciones, ni pasado mi platillo. Os pido que esperéis hasta que se aclare el tiempo y podamos dirigirnos hacia cualquier lugar abierto, al otro lado de las murallas, para que entonces podáis convocar cada uno todos vuestros séquitos demoníacos. A los kerneanos les agrada mucho el juego.

- Hay algo de bueno en eso que decís, poeta - dijo Qahura -. Sin embargo, debe quedar bien entendido que nosotros, los de Setesh, sentimos el máximo desprecio por cualquier hechizo que este druida expulsado pueda poner en marcha. Mi propio maestro Semkaf manda a la gran serpiente Apepis, que podría tragarse al maestro Ghw y a todas sus miniaturas de un solo bocado.

- Me parece que no será así - dijo Ghw, cogiendo algo de debajo del banco -. Este es el hechizo más fuerte de todos. Sólo tengo que dirigirlo hacia vos o a cualquiera de vuestros monstruos para que caigan muertos como si hubieran sido sacudidos por un rayo.

Mostró en la mano el objeto con el que se había estado defendiendo contra los ladrones. Se trataba de un tubo de bronce de unos sesenta centímetros, abierto por un extremo y cerrado por el otro, sujeto por bandas de bronce a una pieza de madera labrada que se extendía más allá del extremo cerrado, y que terminaba en una especie de culata cuadrada.

El viejo de Setesh tuvo que hacer un esfuerzo para salir de su estupor.

- Esto es interesante, gálata - admitió -. Aunque estoy de acuerdo con todo lo que dice Qahura y mucho más, nunca había visto una vara mágica como ésa. ¿Cómo actúa?

Ghw bebió un largo trago de vino, hipó y rebuscó algo en un talego. Sacó finalmente un puñado de una sustancia oscura y granular, que vertió sobre el extremo abierto del tubo, introduciéndola en éste.

- Se inserta este polvo mágico, así - dijo -. Después, se introduce esta bola de plomo, hecha para que quepa sin dificultades en el interior del tubo, y se coloca sobre el polvo..., así. Se empuja la bala hacia abajo con un palo en cuyo extremo hay varios trapos, con objeto de colocarla en su sitio..., así. Se echa después un poco del polvo en este pequeño agujero..., así. Después se enciende este polvo con cualquier llama adecuada y, produciendo una poderosa llamarada la bala es impulsada, atravesando cualquier objeto que se interponga en su camino. Pero no temáis; valoro demasiado estos polvos como para desperdiciarlos haciendo una demostración ante un par de saltimbanquis degenerados como vosotros.

- ¿Por qué no lo usasteis contra los ladrones? - preguntó Suar.

- Porque el tubo no estaba cargado y porque, aun cuando lo hubiera estado, no disponía de fuego con el cual ponerlo en marcha.

Los ojos despiertos de Semkaf miraban fijamente el artilugio.

- ¿Y cuál es la composición de ese polvo? - preguntó.

Ghw hizo girar la cabeza con una solemnidad de beodo.

- ¡Eso nunca lo sabréis por mí! Me fue confiado por parte del desgraciado arquedruida, justo antes de su accidente. Cuando se encontraba tendido, moribundo a causa del corte que él mismo se había hecho, me confió el instrumento y todos sus secretos.

Midawan el herrero, que se había mantenido demasiado ocupado hasta ese momento como para tomar parte en la conversación, dijo:

- No me gusta vuestro instrumento mágico, extranjero. Si tiene el suficiente polvo detrás de la bola, destrozará mi escudo o mi peto más fuerte. ¿Qué sería entonces de mi oficio? ¡Al fondo del océano!

- No sería sólo eso - comentó Suar -. Si estas mejoras estuvieran introducidas en el ejército, el viejo y noble arte de la esgrima no tardaría en desaparecer. Ahora que los hombres luchan cargados como langostas con planchas y láminas de bronce, antes que un estoque prefieren llevar esas enormes espadas de hoja ancha, para abrirse paso así por entre las defensas del enemigo. Son como simples golpes de leñador.

- Los tiempos cambian y uno tiene que cambiar con ellos - dijo Midawan.

- Cierto, pero eso también se aplica a vos - observó Suar -. Así es que será mejor que comencéis a elaborar una serie de faroles de bronce y espejos para el día en que esos instrumentos se hayan adueñado de los campos de batalla.

Semkaf se inclinó entonces hacia Ghw Gleokh.

- Desearía vuestro instrumento, mortal. Dádmelo.

- ¡Cómo! ¡Insolente bribón! - replicó Ghw -. ¿Estáis loco? Nosotros matamos a los hombres por menos de lo que habéis dicho.

- ¡Caballeros! - dijo Suar -. ¡Aquí no, os lo ruego! O esperad al menos a que haya terminado la Canción de Vrir y haya recogido mi dinero. Os llenaré los corazones de emoción... - y se apresuró a tocar la lira.

- ¿Qué son vuestras canciones para mí? - preguntó Semkaf -. Yo no poseo emociones mortales. Quiero...

- Así pues, sois como esos glotones cerdos de Kern - dijo Suar -. No apreciáis las artes, como ellos. Sólo se preocupan por el dinero. De cualquier modo, ese instrumento no os servirá de nada si no sabéis la fórmula del polvo.

- Eso lo puedo saber en cuanto quiera a través de mis propias artes - replicó Semkaf -. Vamos, amigo Ghw, os ofrezco a cambio lo que es de mayor valor para vos.

- ¿Y qué es eso, bufón! - preguntó Ghw.

- Únicamente vuestra vida.

Ghw lanzó un escupitajo a través de la mesa e inmediatamente después cogió su jarra de vino y lanzó lo que en ella quedaba contra el rostro del de Setesh.

- ¡Eso es para vos!

Semkaf se secó su escuálido rostro con la punta de su capa y volvió su cabeza de halcón hacia su aprendiz, murmurando:

- Estos salvajes me están hartando. Mátales, Qahura.

Qahura humedeció un dedo en su jarra de vino, trazó un símbolo sobre la mesa y comenzó a recitar algo. Antes de que pudiera terminar la primera frase en la desconocida lengua que empleaba, Ghw Gleokh elevó su instrumento de tubo con la mano derecha y se apoyó la culata de madera contra el hombro, de modo que la parte abierta del tubo apuntara contra el pecho de Qahura. Con la mano izquierda, cogió la llama del brasero y la aplicó al pequeño agujero situado sobre la parte superior del tubo.

Se oyó un ruido sibilante y del agujero surgió un penacho de llama amarillenta y unas chispas. Casi instantáneamente, la habitación se estremeció con el estampido de una tremenda explosión. La llama y el humo surgidos por el extremo abierto del tubo impidieron el poder ver a Qahura.

Mientras la habitación aún estaba llena de los ecos de la explosión, todos los rostros se volvieron hacia la mesa de Suar. Después, se escucharon terribles gritos y el sonido de las sillas y mesas arrastradas, cuando todos los presentes intentaron salir de allí al mismo tiempo, abalanzándose unos sobre otros, llenos de pánico. El gato conjurado por Qahura se desvaneció en el mismo instante de la explosión. Suar tosió ante el olor del sulfuro quemado.

Cuando empezó a aclararse el humo, Qahura, con los párpados caídos y la boca abierta, cayó sobre la mesa, con el rostro, ennegrecido por el humo, sobre el vino derramado. Por encima de su cuerpo, Semkaf y Ghw se quedaron mirando fijamente el uno al otro. Ghw había dejado el tubo a un lado, sacando la espada de hoja ancha que le quitara al ladrón, pero ahora parecía estar luchando contra una extraña parálisis que le atenazaba. Suar trató de levantarse, descubriendo que se había enredado las piernas con el banco, la capa y el estoque.

- Os he subestimado - dijo Semkaf, sacándose de uno de los dedos un anillo en forma de reptil y realizando movimientos místicos con él, al tiempo que decía: ¡Antif maa-yb, 'oth-m-hru, Apepite!

Suar percibió un terrible hedor a reptil y el seco deslizarse de unas escamas. No vio nada pero, a su derecha, Midawan el herrero retrocedió como si hubiera sentido un contacto invisible y Ghw Gleokh lanzó un grito horrendo. Algo se agarró al gálata, haciéndole caer del banco al suelo. Suar, que aún intentaba ponerse de pie, se quedó atónito al observar que el brazo derecho del ex-druida había desaparecido hasta la altura del hombro.

Los demás clientes casi habían vaciado ya el local, saliendo al exterior a través de todas las aberturas existentes. Todos desaparecieron en un momento.

Con un rápido movimiento, Midawan sacó un cuchillo de hoja ancha de su cinto y saltó diagonalmente sobre la mesa, desde el extremo donde se hallaba sentado, yendo a caer casi sobre el regazo de Suar, en el mismo lugar donde antes estuviera sentado Ghw. Al mismo tiempo que cayó, su brazo derecho se extendió, introduciendo el cuchillo en el pecho de Semkaf, cortándole a mitad de otra frase de anatema y condena.

En el suelo, Ghw realizaba extrañas convulsiones, como si una inmensa e invisible serpiente le estuviera estrujando mortalmente. Su cuerpo se dobló y se sacudió y los huesos crujieron como astillas.

Suar se libró de su enredo, se levantó rápidamente, retrocediendo hasta la puerta. El y Midawan eran las últimas personas que quedaban en la taberna, a excepción de los tres magos. Cuando Suar echaba a correr hacia la puerta, arrastrando la capa y llevándose su preciosa lira, se detuvo un instante para mirar hacia atrás.

Ahora, Semkaf estaba echado hacia adelante, con el rostro sobre la mesa, como su aprendiz, y a su lado. Sobre el suelo, Ghw Gleokh, ensangrentado y distorsionado, había dejado de retorcerse. Ahora estaba quieto en el suelo, pero tanto su cabeza como su otro brazo también habían desaparecido. En aquella última mirada, Suar vio como la zona de invisibilidad descendía hasta que sólo quedó la mitad inferior del cuerpo de Ghw y sus piernas. Parecía como si estuviera viendo a una rana que fuera tragada por la cabeza de una serpiente invisible...

Ya en el exterior, Suar y Midawan corrieron tres manzanas a lo largo de la calle Océano antes de detenerse para respirar.

- ¿Por qué mataste a Semkaf? - preguntó Suar -. En realidad, no era una pelea nuestra.

- ¿Es que no le oíste decir a Qahura que nos matara a todos? Estos brujos no son precisamente amables cuando lanzan sus maldiciones.

- ¿Y cómo pudiste hacerlo cuando Ghw no pudo?

- No lo sé. Supongo que fue porque llevé cuidado de no mirarle a los ojos, y quizás porque estaba algo debilitado por aquella droga que estaba inhalando; me parece que era el olor de la rosa de la muerte.

- Pero ahora, su demonio privado ha quedado suelto sin nadie capaz de hacerlo regresar a su propio mundo.

- Normalmente, esas cosas regresan por sí solas - comentó Midawan, encogiéndose de hombros -. Eso es, al menos, lo que he oído decir. Si mañana oímos decir que Apepis aún anda suelta por la ciudad, podemos ir a ver a mis primos, en Tegrazen. Además, de no haberle matado, Semkaf se habría enterado de los secretos del tubo tronador y si esa cosa llega a ser utilizada por todos, mi negocio habría terminado por venirse abajo.

Suar Peial se dio cuenta entonces de que Midawan llevaba el ingenio de tubo en cuestión. Al hablar, el herrero hizo girar el instrumento por encima de su cabeza y lo lanzó con fuerza hacia la bahía. Suar escuchó un débil chapoteo cuando el arma chocó invisiblemente contra el agua, hundiéndose en la oscuridad.

- ¡Eh! - exclamó Suar -. Si tú no lo querías, yo podría haber vendido el bronce por el precio de varias comidas. Como esta noche no he tenido oportunidad de cantar, no sé cuando podré volver a comer ni cuando podré beber una jarra de vino, o presumir con una moza.

- Es mucho mejor que esas cosas estén fuera del alcance de cualquiera - dijo Midawan -. Por mi parte, puedo invitarte a una comida o dos. Ya sabes que eso en realidad no me preocupa. tendremos que mejorar nuestras artes; pero ningún juguete mágico como ése nos dejará nunca fuera del negocio. Sí, señor, las armaduras continuarán existiendo.

**FIN**



## Howard Waldrop - MI DULCE JO

Su nombre, de acuerdo con el certificado de nacimiento, era Edward Smith. La «señora Smith» lo había abandonado en el hospital, al partir con destino desconocido. Fue criado en el Hogar Sylacauga, situado en la calle 12 de Birmingham, Alabama.

El niño era precoz; de otro modo, nadie habría reparado en él. Los psicólogos se inclinaban a pensar que tanto su padre como su madre habían tenido un cociente intelectual de genios. Seguramente no había sacado su inteligencia del mostrador de un café de camioneros. No se sabía que era lo que había impulsado a la «señora Smith» a abandonar a su hijo recién nacido en la sala de maternidad de un gran hospital metropolitano.

Baste decir que, a los veintisiete años, Edward NMI Smith fue nombrado director de información pública de la Administración de los Servicios de Ciencias del Espacio. Era el hombre más joven y más brillante que había llegado a ocupar un puesto tan importante en el gobierno. En esa época estaba infelizmente casado y era padre de un niño; un hombre muy solo.

Durante el año en que estuvo al cargo de la dirección, los primeros hombres regresaron de las estrellas. Habían partido hacia Alfa del Centauro veintiséis años atrás, acelerando hasta alcanzar velocidades próximas a la de la luz, durante el tercio intermedio de su travesía. Llegaron en doce años. Una noche, dieciséis años después de la partida de las primeras naves, un mensaje cayó del claro cielo.

Siete de las nueve naves hicieron el viaje. Durante su transcurso, las tripulaciones permanecieron despiertas, como todas las tripulaciones de las naves espaciales. Guiaron a la enorme nave a través de la oscuridad, controlando por medio de monitores a aquellos colonizadores que viajaban congelados, con la esperanza de hallar un nuevo mundo cuya órbita girara alrededor de la estrella más próxima.

Alfa del Centauro IV, llamada Nova Terra (por supuesto), había sido descubierta en primer lugar. Poca gravedad, mucha luz solar, poco oxígeno, mucho nitrógeno. Un buen mundo.

El mensaje provino del nuevo transmisor de Nova Terra. La estación de radio había estado emitiendo durante cuatro años cuando su primer mensaje llegó a la Tierra, y otros cuatro años transcurrirían hasta que supieran si la Tierra había recibido el mensaje. Las distancias inmensas, la negrura profunda, las estrellas brillantes.

Mientras tanto, dos años y medio después de la colonización de Nova Terra, una expedición emprendió el regreso. Debido al tiempo de demora entre emisión y recepción, el mensaje que informaba acerca de su partida de Nova Terra fue recibido dieciocho años y medio después de que las naves abandonaran la Tierra. Alguien llegó rápidamente a la conclusión de que, en ese momento, ya hacía cuatro años que las naves estaban en camino, y que llegarían en otros ocho.

El mensaje decía: «Dos naves regresan a la Tierra. Los métodos desarrollados aquí permiten a las tripulaciones dormir por turnos. Algunos colonizadores de regreso. Hasta dentro de doce años.»

Ocho años más tarde, las naves estaban en órbita alrededor del sol, a unos pocos cientos de kilómetro por encima de la Tierra. De noche, se veían más

brillantes que Venus, más brillantes que las estaciones espaciales que giraban cerca de ellas; dos estrellas nuevas en el cenit.

Ed Smith, el nuevo director de información de la Administración del Servicio de Ciencias del Espacio, y su equipo, estaban en la Estación N° 3 para dar la bienvenida a los primeros hombres y mujeres que regresaban de las estrellas.

- ¡Madre Iglesia! En cualquier momento a partir de ahora - dijo Newton Thornton, mirando el reloj de pared.

- Tranquilo, Newton - dije -. Este es el momento de gloria de la Estación. El primero desde que partieron las naves estelares, hace casi tres décadas. No puedes censurarlos porque demoren la descompresión un poco más de lo debido.

- Ya lo sé, señor Smith - dijo -, pero maldición, bien que se están tomando su tiempo.

- Bien, los tendremos todo lo que queramos - dije.

Las puertas se abrieron y salieron, el director de la estación caminando a grandes trancos a la cabeza, como un león rey de la manada.

Su mano complacida se extendió casi automáticamente.

- Este es el señor Smith, damas y caballeros, el director de información de los Servicios del Espacio. Señor Smith, la tripulación y los colonizadores de Nova Terra.

Hice un pequeño saludo impaciente. Varios miembros de la tripulación me devolvieron el saludo, rígida y formalmente. Dos de las mujeres hicieron una reverencia.

Todos sonreímos.

El comandante Gunderson aspiraba el humo de su cigarro como si fuese aire.

- Le sorprenderá saber - dijo - que el tabaco no crece en las áreas de Nova Terra que hemos colonizado. La mayor parte del suelo es demasiado ácido. Por supuesto, eso era hace... ¿cuánto?... doce años. Ahora puede haber más tabaco que en Carolina del Norte. - Aspiró más humo de su cigarro.

- Así lo espero - dijo Newton -. Carolina ya no tiene tabaco.

- ¿Qué?

- Virginia, las Carolinas, Georgia, perdieron más de las tres cuartas partes de las cosechas, hace once años. Una nueva plaga de hongos. Se expande con rapidez. Las esporas se extienden en una capa tan gruesa, sobre el suelo, que la tierra no podrá ser usada durante años. Todo el tabaco que tenemos ahora se planta en Arizona, Nuevo México y en algunas partes de las llanuras californianas... que, en parte, aún eran desérticas cuando ustedes partieron - dijo Newton.

- Maldito sea - dijo Gunderson. La fatiga ensombreció su rostro -. Nos llevará un tiempo adaptarnos...

Miró con fijeza la brasa de su cigarro.

- Partí como colonizador. Veintiséis años atrás. Eso es mucho tiempo. Decidí que, aún con mi entrenamiento en el Servicio, sería mejor para mí viajar dormido. Por si alguna vez querían regresar y las tripulaciones se negaran a hacer otro viaje de doce años. - Se frotó el cabello cano.

- Los tripulantes... envejecieron. Yo no. Pensé que sería como ellos durante el viaje de regreso. Eso fue antes de que desarrolláramos los rápidos métodos criogénicos, que permiten que la tripulación duerma por turnos. Sólo he estado despierto durante siete meses, desde que partimos de Nova Terra.

«Sabía que habría gente que querría regresar. No es una aventura estar allá afuera. Es un trabajo duro.»

Apagó la colilla con mucho cuidado.

- Diablos, he envejecido sólo tres años y siete meses desde que partí de la Tierra, veintiséis años atrás. Por supuesto, ya era viejo cuando partí.

Thornton se rió.

El Comandante Gunderson se puso serio.

- Hay gente que sólo envejeció tres años - dijo -. Algunos de los colonizadores partieron dormidos. Han regresado dormidos. Estuvieron despiertos sólo tres años. Lo que encontraron allí no les gustó más que lo que dejaron al partir.

Suspiró y se reclinó en su silla.

- Creo que fue por eso por lo que partí dormido, en lugar de partir como miembro de la tripulación. Sabía que habría gente como ésa, que necesitaría regresar más que había necesitado partir. Creo que fue por eso.

Después de que el Comandante se fue, Newton Thornton me miró.

- ¿Cómo lo harán para lograrlo? - preguntó.

- Como todo el mundo - dije, recordando -. Se las arreglan de uno u otro modo.

Los interrogatorios se demoraban. Los informes ocupaban un cuarto pequeño. Nacimientos y muertes, posibilidades de cultivo, deficiencias minerales; todo lo que sirve para decirle a uno qué clase de planeta es, para que uno pueda decidir cómo transformarlo en lo que uno quiere que sea. Aún teníamos que entrevistar a doce de los colonizadores que habían regresado, y al Capitán Welkins. Welkins había partido como miembro de la tripulación y había regresado igual. Despierto todo el tiempo. Los psicólogos lo entrevistaban primero. Nosotros hablaríamos con él más tarde. Los colonizadores y los tripulantes estaban ansiosos por descender al planeta del que habían partido veintiséis años atrás. Nosotros íbamos lo más rápido posible para conseguir la información que necesitábamos. Y estábamos tan cansados como ellos. A todos nos vendría bien un descanso.

A veces, durante aquella segunda semana, llamaba a mi esposa y a mi hijo.

Yo: Hola, Angie.

AN: ¿Eres tú, Ed?

YO: Sí. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Billy?

AN: Oh, estamos bien. Muy bien.

Yo: Dile que no sé cuándo estaré de regreso. Pero no me demoraré demasiado. Una semana, a lo sumo.

AN: Te echa de menos. Todo el día pregunta por tí.

Yo: Bien, creo que yo os encuentro a faltar a los dos.

AN: ¿Seguro?

Yo: Diablos, ya sabes lo que quiero decir.

AN: Bien, espero que vuelvas pronto.

Yo: Maldición, Angie. Lo que necesito es un descanso. Estoy rendido. Tengo mucho trabajo aquí.

AN: Entonces tal vez puedas llevar a Billy a las montañas dentro de unas semanas.

Yo: No quiero llevar a Billy a ninguna parte. Lo único que quiero es descansar.

AN: Perdóname.

Yo: Mira, Angie. Dile a Billy que lo veré pronto.

AN: ¿Y yo?

Yo: ¿Y tú qué?

AN: ¿Es que ni siquiera puedes tratar de ser amable de vez en cuando?

Yo: Hace mucho que dejé de hacerlo. Te veré pronto.

AN: ¿Estás seguro de que no desperdiciarás tu valioso tiempo si me ves?

Colgué. Maldición. Maldición.

Su nombre era Jo Ellen Singletary. Era una de las personas de las que había hablado el comandante Gunderson. Era muy bonita. A veces, mientras hablaba, se le formaban pequeñas arrugas alrededor de la boca. Minúsculas arrugas. Aparentaba veinte o veinticinco años.

Yo tenía listos sus informes parciales. Nunca los miraba hasta que no tenía que escribir los informes completos. Trabajaba con el biograma que Newton hacía de cada persona. Aún no me había entrevistado con Welkins. Los psicólogos se estaban demorando.

- Usted es uno de los casos especiales - dije.

- ¿Especiales? Oh, usted quiere decir que soy una de los que volvieron.

- Sí, de los que volvieron.

- Entonces supongo que soy especial - dijo ella.

- ¿Qué la hizo decidirse a regresar? - le pregunté.

- No... no me gustaba la vida allá. - Cambió de posición en la silla. Newton había ido a buscarnos algunos bocadillos. Ella paseó la mirada por el cuarto.

- Entonces volví. Quiero empezar otra vez aquí, en la Tierra.

- Advertirá que, las cosas han cambiado, en estos veintiséis años - dije.

Por toda respuesta, sus ojos empezaron a humedecerse. No me gustan las mujeres cuando lloran. Empecé a levantarme; luego me arrepentí.

- Lamento haberla alterado - dije -. Sólo era una pregunta.

- No. No, no era. - Su rostro se puso tenso -. Usted quiso decir que la vida aquí no será más fácil ahora que cuando me fui. ¿No es así?

Miré los papeles que estaban encima de mi escritorio.

- No. Ha sido una semana muy dura. Lamento haberla alterado. No tengo excusa.

- Sé que ha tenido una semana muy dura - dijo ella, con la vista clavada en mí. Comenzó a llorar otra vez -. Tampoco yo tengo excusa para llorar.

Ahora ella comenzó a llorar realmente.

Dejé la pluma, caminé alrededor del escritorio y me quedé a su lado como un tonto, mientras ella lloraba. Su pelo olía a almizcle. Usaba un nuevo perfume que debía haber comprado en la estación. Angie tenía el mismo, en casa.

Fue entonces que me di cuenta de la magnitud de lo que ella debía enfrentar. Regresaba a la Tierra con sólo tres años más de los que tenía cuando partió. Volvía a un mundo enteramente distinto. Lo que había visto a través de las ventanas de la estación no era la imagen familiar de la Tierra, sino otro planeta azul donde, por azar, se hablaba la misma lengua. El shock cultural la esperaba con sus fauces listas para atraparla. El shock tecnológico acechaba a la vuelta de cada esquina, en cada nuevo sonido. Y ella aún no había bajado a la Tierra.

Puse una mano en su cabeza.

- Puedo llamar a uno de los médicos para que le dé algo - le dije.

Sacudió la cabeza negativamente. Se recostó sobre mi mano.

- Tengo tanto miedo - dijo.

- Lo sé. Lo sé - dije.

Mentí.

Uno nunca se propone que pasen esas cosas.

Pasan, simplemente, a medida que se deteriora el matrimonio, y es algo tan sencillo que uno no lo advierte durante días, horas, hasta que uno no ve lo que ha pasado. Y entonces ya no hay nada que hacer, porque la situación lo tiene asido por el cuello y por el corazón.

No hay repique de campanas, ni cantos de pájaros. Sé que no debí haberla ayudado tanto como lo hice durante los días que siguieron. Pero también sé que no me podría haber sucedido con ninguna otra persona, en ninguna otra parte.

Las entrevistas habían terminado, incluso la de Welkins. Seguiríamos en contacto con Welkins. Algunos de los miembros de la tripulación y todos los colonizadores que habían regresado querían dejar los Servicios del Espacio. Era un embrollo legal regulado por las cortes. Si un hombre había prestado servicio durante treinta años, obtenía su pensión de retiro, más el incremento de la pensión debido a las misiones arriesgadas, aún cuando hubiera pasado doce o más de esos treinta años en un profundo sueño criogénico.

Yo podía dejar esos problemas para los abogados. Se hacían las bromas de siempre acerca de dormir en horas de servicio y de ser promovido durante el sueño, y acerca de todas esas cosas de las que yo podía prescindir.

No fueron solamente las últimas dos semanas y media las que me agotaron. Yo estaba realmente agotado. Agotado de trabajar. Agotado de vivir tal como había vivido durante los últimos cinco años. Ya había llegado hasta donde quería llegar en el Servicio. Podían tratar de promoverme a algún cargo administrativo en los laboratorios, pero yo no quería. Mi vida había sido escribir, trabajar con las palabras. No quería un empleo en el que las únicas palabras que usaría serían las del Informe Anual a la Nación. No quería salir, sino que, simplemente, no quería ascender.

Jo Ellen, el agotamiento, la soledad, el trabajo: todo me llegó al mismo tiempo.

No podía dejar que ella se alejara, que se perdiera en la multitud, con sólo una carta cada tres semanas.

Ella había estado en contaduría para buscar su paga de retiro. Con esa última firma de la nómina de salarios, nuestra relación dejaba de ser oficial. El sol brillaba en el azul cielo matinal por encima del edificio de los Servicios del Espacio. No había cohetes reluciendo bajo el sol. No había naves zumbando por encima de nuestras cabezas. Todos los lanzamientos se llevaban acabo fuera, salvo los de las naves que partían desde Florida.

Ella estaba vestida con un conjunto nuevo de pantalón y chaqueta. Estaba bella, su cabello color bronce relucía bajo la luz. El hormigón del paseo había empezado a irradiar olas de calor.

- Bien - dijo ella.

- Sí. Aquí termina todo - dije.

Ella me miró. Yo la miré. Visiones de fatalidad y polvo de estrellas.

- No lo creo - murmuró. Ante Dios y ante todo el mundo.

De la mano, cruzando el paseo.

El PACV que habíamos alquilado se detuvo cuando paré los motores.

Las estrellas, una de ellas la estrella a la que ella había ido y de la que había regresado, resplandecían encima nuestro.

Angie y Billy y los pensamientos de Angie y Billy a miles de kilómetros de distancia. Las ranas de Florida de fondo. Una muchacha de las estrellas a mi lado. Cerveza de Milwaukee en el refrigerador.

Escuchamos las ranas.

- No hay ninguna - dijo ella.
- ¿Qué?
- Ranas.
- ¿Qué?
- No hay ranas allá. En Nova Terra. No hay ranas.
- Oh.
- Después, tras un silencio.
- ¿Qué dirá tu mujer? ¿Tienes hijos?
- Uno - dije -. Un varón. Cinco años. Se llama...
- No quiero saberlo - dijo ella -. No quiero.
- Está bien. No te preocupes.
- Ya lo estoy. Tú lo estás.
- Jesús - dije -. Jesús.
- Me besó.
- ¿Lo merezco? No puede ser.
- Sí - dije.

Una señora vecina llamó al hotel cinco días más tarde. Estaba trastornada. Angie se había enterado de todo y lloraba todo el día. La vecina dijo que lo menos que yo podía hacer era tener la decencia de llamarla. Las copias fotostáticas de los informes de los colonizadores habían llegado a la casa. Lo menos que podía hacer era decirle qué era lo que quería hacer con ellos. Y así seguía y seguía y seguía.

Le pedí que le dijera a Angie que estaría allí al día siguiente.

A la mañana siguiente Jo Ellen hizo mi valija. Lloraba, y trataba de no hacerlo.

No le había dicho nada. Me desperté y observé cómo terminaba de poner mis últimas ropas en la maleta.

- Tienes el baño preparado. Tu traje está colgado junto a la bañera. Te reservé pasaje en el vuelo de las once y cuarenta. Sólo tendrás que apurarte un poco.

- ¿Cómo te enteraste? - le pregunté.

- No lo sé. Esto no es nuevo para mí. Es una de las razones por las que partí la primera vez. Nada mejoró allí.

- Volveré dentro de unos días.

- Lo sé - dijo ella, llorando.

Me afeité, tomé un baño y me acicalé. Cuando salí del baño, ella ya no estaba. No había dejado ninguna nota. El tiempo calmo, el vuelo sin novedad.

- ¿No trajiste a Jo Ellen? - me preguntó en cuanto traspuse la puerta.

Esta endemoniada situación duró hasta que me fui. No hubo arreglo, ni esperanzas, ni valió la pena discutir o rogar. Había llevado a Billy a la casa de su madre. Ya había conseguido un abogado. No quería nada más que librarse de mí y quedarse con Billy. Le dije que se quedara con todo. Que dejara los informes donde estaban. Yo haría que la agencia viniera a retirarlos. Y adiós.

Malos modos. Odio. Todo eso.

Hay sólo unos pocos lugares a donde uno puede correr cuando el mundo ha cambiado completamente. La hallé en uno de ellos.

Me acerqué muy silenciosamente y me senté junto a ella, que tomaba sol. Unos minutos después ella volvió la cabeza hacia donde yo me había sentado.

- Hola - le dije.

Ella se incorporó de un salto, luego volvió a apoyar la cabeza sobre la arena.

- No creí que volvieras, Ed. El último no volvió.  
- No importa - dije -. Yo sí.  
Ella siguió mirando la arena, fijamente, un rato.  
Garrapateé algo sobre la resplandeciente arena de la playa.  
- Dime - le dije - ¿Cómo es la vida allí?  
Ella se rió y lloró y me atrajo hacia ella.  
Las olas se movían y susurraban en la playa. Subía la marea.

Tres días más tarde reparamos por primera vez en el detective privado. Era un hombrecito gordo que había estado en dos de los lugares a los que nosotros habíamos ido. Jo Ellen lo vio primero.

Con el resurgir de la Madre Iglesia, hay algunas nuevas leyes arcaicas en los libros. Algunas exigen seis meses y un día de ausencia del hogar antes de declarar la deserción. O uno tiene que firmar una declaración de crueldad mental que lo hace aparecer como un verdadero canalla. Sin embargo, hay otro modo de obtener el divorcio en unas pocas semanas.

Traté de matar a ese bastardo antes de que él y su compañero dispararan el flash aquella noche. Aún había gente que se ganaba la vida consiguiendo pruebas para los divorcios. No sé qué pasará cuando el hombre sea lo suficientemente lúcido como para disolver un matrimonio en el momento en que dos personas dejen de llevarse bien.

La lámpara que arrojé se estrelló contra el dintel, al lado del fotógrafo. El grandote, el forzudo, se adelantó hacia mí mientras yo saltaba de la cama. Lo pateé tan fuerte como pude. Atrapó mi pie y me hizo caer sobre mi trasero. Me golpeé la cabeza contra la cama. El dolor me traspasó. Quedé ahí tendido, con la cabeza zumbándome.

- Si te vuelves a levantar, te haré daño - dijo el grandote. El gordito sacó otra instantánea, y le hizo señas al grandote para que saliera.

Jo Ellen lloraba mientras me ayudaba a levantarme. El gordo se fue. Yo también lloraba. Por lo menos todo terminaría pronto.

Cuando se me despejó la cabeza, empecé a redactar mi renuncia.

Pensamos que todo habría terminado. Sin embargo, Angie no me dejaba ir. Aquella noche me llamó por teléfono. Quería verme. Quería que volviéramos a intentarlo. Piensa en Billy.

- ¿Después de que tus matones hicieron lo que hicieron?

- Lo siento, cariño. No sabía que lo harían de esa manera. Sabes que necesitaba tener esas fotos.

- Seguro.

- Cariño, regresa conmigo. Olvidaré. Lo olvidaré todo si tú quieres. Romperé esas fotografías. Haremos cuenta de que esto no sucedió jamás. Por favor, cariño, por favor.

- Dale tus fotografías al juez. Y también a los periódicos, si quieres. De todos modos habrá escándalo, así que no importa si es un gran escándalo. Hazlo enseguida.

- No quiero herirte, cariño. Preferiría... No quiero hacerlo.

- Eres una perra. Angie.

- No digas eso. No lo digas.

- Fuera de mi vida. - Colgué el teléfono.

Había presentado mi renuncia la mañana anterior. Estábamos en la cama.

Miré el estómago de Jo Ellen. Minúsculas marcas alargadas subían por su abdomen formando una fina red. Es curioso que uno no repare en ciertas cosas durante algún tiempo.

Ella no era casada. Miré las marcas. No dije nada. Me acarició el cabello.

- ¿Qué vamos a hacer? - preguntó -. Nos seguirán a todas partes.

- No a todas partes. - Me decidí en ese mismo instante.

- ¿A dónde no?

- Allí, fuera - dije.

- Oh, Ed, no. No podría hacerlo. Creo que no podría.

- No hay ningún problema, dijiste. Sólo dormir y despertarse en otro lugar.

- No. No es eso. ¿Y si pasa algo? ¿Y si alguno de los dos... no... no se despierta? ¿O los dos? ¿O si la nave no llega? Dos de las nuestras no llegaron - dijo.

- No podemos quedarnos aquí. No quiero. Demasiados recuerdos y todos malos. Salvo tú -. Besé sus húmedos párpados.

- ¿Cuándo? - preguntó ella.

- El mes próximo. Las doce naves. Podríamos olvidarlo todo, todo lo que pasó.

Tus problemas, mis problemas.

- Sí - dijo ella -. Sí.

FUNCIONARIO DEL ESPACIO RENUNCIA.

ESPOSA DEL DIRECTOR DEL ESPACIO PIDE DIVORCIO.

HISTORIA DE AMOR DESDE LAS ESTRELLAS.

Todo estaba muy tranquilo en la sección de Criogenia. Los periódicos se habían olvidado de nosotros; estábamos a salvo hasta que partieran las naves. Yo aún tenía algunos amigos en el Servicio.

Cuarto de Preparación Nº 3. Los técnicos de batas blancas nos dejaron solos.

- No te pasará nada - dije -. Ya lo has hecho dos veces. Te dormirás inmediatamente. A mí, tendrán que encadenarme.

- No - dijo mi dulce Jo -. Tú también te dormirás enseguida. La próxima cosa que sabrás es que estás en un planeta nuevo, volviendo a empezar.

Ella lloraba. Ella era bella. Ella era mía.

- Ve tú primero. Te amo. Te veré después - dije. La besé. Le había dado una rosa, y ella la tenía como si fuera una mariposa, y lloraba sobre ella.

- Te amo - dijo ella. Me besó. Un técnico se la llevó. Ella era la luz y el aire, y yo la amaba.

Esperé la aguja.

Había alguien en el cuarto. Miré.

Angie había cambiado en un mes. Parecía dos veces mas vieja. Tenía el rostro demacrado, los ojos rojos. Tenía una expresión salvaje en el rostro, un animal oculto bajo la piel. Tuve miedo.

No había nadie con ella.

- ¿No trajiste a los periodistas? - pregunté -. No puedes dejarme ir, ¿no es cierto? ¿Vas a controlarme, para asegurarte de que sigo con esto?

- No - dijo -. Quería que leyeras esto. Me lo acaban de dar los detectives. Sólo quería que supieras lo que estás haciendo. No podía dejar que siguieras adelante.

- ¿Crees que puedes detenemos?

- No. Yo no. Tú solo te detendrás.



Se volvió y se fue. Yo no podía creerlo. Sin ruegos, sin amenazas. Abrí el sobre.

La primera página era un mensaje del director de la agencia de detectives. La siguiente información, etc. Había rastros de lágrimas sobre la página.

La segunda página era el informe sobre Jo Ellen, una de las copias que habían quedado en casa. La leí. Luego volví la página.

Angie, no podías dejarme ir, ¿no es cierto?

¿Puedes perdonarme, Jo Ellen? Te amo tanto.

Angie no podía dejarme ir. Tenía que fisgar. Tenía que hacerlo. Seguir los rastros hasta llegar a veintisiete años atrás.

La vida de Angie. Mi vida. Tu vida.

Fría, fría la aguja entrando en la vena. Caliente la droga. Rápido el sueño.

Angie no pensó que yo podría seguir adelante con todo.

Pesados mis párpados, oscura la noche en mi cerebro. Dormir como una piedra.

Jo Ellen, te amo, sin importarme nada. Los años transcurrirán en la rápida oscuridad. Tal vez haya un planeta verde allá.

Un planeta verde y fresco. El sitio perfecto para que un muchacho lleve a su madre a pasar la luna de miel.

Afortunadamente, no será otra Tierra. Porque la Tierra, en verdad, confunde a alguna gente.

**FIN**

## Sasha Gilien - DOS SON UNA MULTITUD

Permanecí veinte minutos con Charlie Kleingold después de que quedó tendido, muerto, en el sofá de su saloncito.

Y no es que me sintiera sentimental en lo que a él respecta; pero se estaba tan cómodo en la tranquila y silenciosa habitación, que me disgustaba tener que abandonarla y volver a comenzar el trabajo. Pero no había más remedio. En cuanto su corazón dejó de funcionar, supe que la lucecita roja encendida encima de su nombre había empezado a parpadear en el gran tablero, y ya me estaban zumbando para que me presentara a buscar mi nuevo destino.

«¡Que zumben! - pensé -. Después de haber vivido treinta y cinco años con Charlie, unos minutos más no tienen importancia. ¡Pobre Charlie! La verdad es que pasamos muy buenos ratos...»

Eventualmente, desde luego, regresé. Nada había cambiado. El gran tablero seguía parpadeando mientras los muchachos se afanaban quitando las placas con los nombres antiguos y poniendo las nuevas. Las placas antiguas son llevadas a Archivos, y clasificadas por orden alfabético, y a medida que llegan las noticias de nuevas germinaciones se efectúan los nombramientos, y una nueva placa es colocada en el tablero, debajo de una de las lucecitas. Sin embargo, me pareció que la actividad era mayor, como resultado, supongo, del progresivo aumento de la población durante los treinta y cinco años que había durado mi última ausencia. Y, desde luego, nuestro departamento nunca obtiene las asignaciones que necesita para personal, de modo que cada año disminuye un poco su eficiencia, a pesar de la buena voluntad que todo el mundo pone en su tarea.

El altavoz carraspeo, y oí que un oficinista pronunciaba mi nombre. «E-Ag477, E-Ag477, a Destinos». Ya no había vacaciones entre dos trabajos, especialmente para la categoría E. Salir del cadáver y meterse en el óvulo sin haber podido recuperar las energías derrochadas en la última tarea.

- Entra, hijo mío - dijo el director cuando abrí la puerta de su oficina -. Has hecho un buen trabajo con ese Korngold...

- Kleingold.

- Bueno, como se llamara. No sé por qué terminaron con él tan pronto, pero no hago preguntas; me limito a asignar nuevos destinos. Hace unos años me dejaron sin ayudante. Y esta oficina resulta cada día más complicada. En fin...

Tenía aspecto de agotamiento, y me alegré de no tener que cargar con su trabajo burocrático y sus preocupaciones.

- Aquí está - dijo el director, sacando un sobre azul de un fichero y entregándomelo -. Esta vez serán ochenta y nueve años. Que te diviertas.

Al salir de la oficina abrí el sobre y saqué la tarjeta taladrada. El nombre era Arthur Mayhew, 1766 North Glenville Drive, Bel Air, California. Al final había conseguido una buena zona geográfica y lo único que en aquellos momentos necesitaba era un embarazo tranquilo, para poder descansar un poco. Siempre llegamos a nuestro destino en el instante en que el óvulo queda fecundado, y, naturalmente, mientras se desarrolla el trabajo es prácticamente nulo. La tarea empieza realmente después del nacimiento.

La concepción se produjo con toda normalidad, a pesar de los esfuerzos de Mr. y Mrs. Mayhew para boicotearla, y me instalé para pasar nueve meses de tranquilidad, que me eran muy necesarios después de la agitada vida de Charlie Kleingold.

- Creo que ha habido un error - oí que decía alguien con voz velada.

Me volví en redondo para ver a un tipo pálido, de aspecto blandengue, con una expresión desconcertada en su alargado rostro.

- Eso parece. ¿Qué estás haciendo aquí?

- Este es mi destino.

Me enseñó su tarjeta. Desde luego, era para Arthur Mayhew, en las mismas señas, aunque el nombre cifrado era I-Es843. Algún oficinista, o incluso el propio director, había sufrido una equivocación y nos había enviado a los dos al mismo sitio. Lo malo era nuestras categorías. Su categoría le señalaba como Introverso-Esquivo, en tanto que la mía era de Extraverso-Agresivo. Desgraciadamente, no había ninguna posibilidad de regresar a la oficina hasta que la lucecita roja de Arthur Mayhew parpadeara en el tablero.

- Amigo - dije -, la oficina rara vez comete un error. Sin embargo, esta vez ha metido la pata.

- ¿Qué podemos hacer?

- Mucho me temo que no podemos hacer absolutamente nada... de modo que será mejor que te quedes al margen y me dejes llevar el timón.

- Pero yo tengo que realizar mi trabajo... - murmuró, en un tono que me escamó.

- Eso ya lo veremos - repliqué.

Me había dado cuenta de que era uno de esos tipos que, bajo un aspecto tímido y prudente, tienen la tozudez de una mula. Se presentaba un verdadero problema. Si por lo menos hubieran enviado a alguien de mi misma categoría... Con dos de nosotros en su interior, Arthur Mayhew hubiera resultado invencible.

Al principio, el problema no me pareció grave. En realidad durante una temporada permanecimos unidos en la común esperanza de vernos pronto libres. Un mes después de la concepción, cuando Mrs. Mayhew descubrió que estaba embarazada, se habló de «interrumpir el asunto», lo cual hubiera significado que podíamos dar por terminada nuestra gestión, pero Mr. Mayhew se puso farruco, y dijo que adelante, y Mrs. Mayhew tuvo que resignarse a la maternidad, a pesar de lo mucho que le disgustaba la idea. A partir de aquel momento, mi compañero y yo nos evitamos mutuamente en la medida de lo posible hasta que se produjo el parto. Tomé el mando de las operaciones; Arthur salió gritando y pataleando, y durante los primeros tres meses las cosas marcharon a gusto mío. Los Mayhew estaban convencidos de que habían engendrado un pequeño monstruo; alguien que exigía atenciones y cuidados todos los minutos del día y de la noche. Si los aullidos no daban el resultado apetecido, tiraba al suelo todo lo que le caía a mano, o, utilizando su arma final, se ensuciaba deliberadamente en los pañales. Se mostraba simpático cuando alguien le dedicaba su atención; hacía mil monerías, palmeando sus manecitas. Pero, en cuanto le dejaban solo, sus alaridos estremecían a todo el vecindario.

Durante todo aquel tiempo, I-Es843 permaneció ocioso, con su aire taciturno habitual. Procuré ignorarle mientras me dedicaba a Arthur, que estaba convirtiéndose en un maravilloso Extraverso-Agresivo. Pero, una noche, I-Es843 me suplicó que le diera la oportunidad de trabajar un poco y, como en el fondo soy un tonto sentimental, me dejé convencer por sus ruegos y le cedí los

controles por veinticuatro horas. El cambio en Arthur fue inmediato. Permaneció horas enteras mirando fijamente al techo, y cuando Annie, la niñera, entró en su cuarto para alimentarle, se encogió en un rincón de su cuna, aterrorizado. Incluso sus juguetes parecían asustarle. Ni siquiera gritaba; se limitaba a lloriquear, y sólo se callaba cuando le dejaban solo.

Cuando hubieron transcurrido las veinticuatro horas, el muy canalla de I-Es843 se negó a soltar los controles.

- ¿Qué piensas hacer? - inquirió, con una sonrisita burlona.

Nada, no podía hacer nada, puesto que él tenía el interruptor. Y él lo sabía, porque añadió, sin dejar de sonreír repulsivamente:

- Para ser un Extravertido-Agresivo, eres de una ingenuidad aplastante.

- ¡Santo cielo! - exclamó Annie, que había cuidado a Mrs. Mayhew cuando la madre de Arthur era una niña. Nunca he visto a un chiquillo cambiar de este modo. No tiene fiebre, pero estoy segura de que está enfermo.

- Si que ha cambiado. Y, desde luego, no puedo decir que me desagrade el cambio. Parece mentira que en esta casa pueda gozarse de un poco de tranquilidad. De todos modos, mañana le llevaré a que lo vea el doctor McCleod.

El doctor McCleod, que había ayudado a Arthur a venir al mundo, le encontró bien de salud, aunque también a él le sorprendió la silenciosa melancolía del niño. Le recetó una sobrealimentación y dijo a Mrs. Mayhew que no se preocupara, cosa que ella no iba a hacer, de todos modos.

Ahora, I-Es843 era dueño absoluto de los controles, y tímido que no tenía amigos y que sólo era feliz cuando estaba Arthur Mayhew se convirtió en un chiquillo asustadizo y solo. Apenas hablaba, sus padres tenían cada vez menos acceso a él, y él se hundía cada vez más en su pequeño mundo, y a sus profesores les preocupaba su desarrollo social, que parecía ser completamente nulo. Desde luego, yo estaba furioso y me pasaba el tiempo acechando una oportunidad de recuperar los controles; deseaba infundir al niño un poco de vida.

La oportunidad se presentó cuando Arthur tenía doce años. Una noche, I-Es843 descuidó un poco la vigilancia. Y yo aproveché la ocasión.

- De acuerdo, amigo, hasta ahora le has manejado a tu antojo. A partir de este momento, es mío - le dije, dándole un codazo para que se apartara. Me miró con aire de reproche y se apartó, aunque yo sabía que iba a tenerlo siempre junto a mí, acechándome.

Empecé con Arthur a la mañana siguiente. A la hora del desayuno, golpeé fuertemente la mesa con la cuchara y aulló:

- ¡Ya estoy harto de esta asquerosa harina de avena!

- ¿Qué has dicho? - preguntó Mr. Mayhew en tono de incredulidad. En cinco años, era la primera vez que su hijo pronunciaba una palabra en la mesa, aparte del murmurado «Buenos días».

- ¡Que ya estoy harto de esta asquerosa harina de avena! - repitió Arthur -. ¿Qué noticias trae el periódico, papi?

- ¿Te encuentras bien, Arthur?

- Desde luego que me encuentro bien. Sólo te he preguntado qué noticias trae el periódico.

- Arthur, hay algo...

- Ahórrate el sermón, papi. Vas a hacer que llegue tarde a la escuela.

Y Arthur recogió sus libros y se marchó, dejando a Mr. Mayhew con la boca abierta sobre Los Angeles Times.

Durante el día, cuando Mrs. Kramer salió un momento de la clase, Arthur asombró a sus condiscípulos poniéndose en pie sobre su pupitre y efectuando una notable imitación de la profesora, seguida por una rápida incursión de castigo por toda la clase, a base de tirones de pelo a las niñas y pellizcos a los muchachos. Sus compañeros se desternillaron de risa, pero creo que estaban un poco asustados por el ímpetu de Arthur. Confieso que no pude evitarlo; después de todo aquel tiempo de inactividad, me encontraba rebosante de energías y de ideas nuevas. Cuando Mrs. Kramer acudió apresuradamente para ver qué sucedía, se quedó de una pieza al comprobar que el responsable del jaleo era el pequeño Mayhew. Mrs. Kramer tenía unas ideas excesivamente progresivas en materia de educación, de modo que le pareció de perlas que el muchacho se hubiera desprendido finalmente de su timidez para formar parte como miembro activo de aquel reducido grupo social. Sin embargo, al cabo de unos días empezó a preguntarse si el muchacho no llevaba su entusiasmo demasiado lejos. Desorganizó las clases, creó una banda llamada «Los Vengadores de Arthur» que aterrorizaba a los profesores y a los alumnos, y sus «hazañas» quedaron registradas para siempre en los anales de la Oakglen School. En casa se convirtió en un muchacho ingobernable, haciendo siempre lo que se le antojaba, a pesar de los tímidos intentos de sus padres de imponerle una disciplina. Era fanfarrón, pendenciero e insultante, y su conducta obligó a la fiel Annie a dejar a los Mayhew y a buscar empleo en otra parte.

- ¿Quieres decirme qué es lo que le ha sucedido a nuestro hijo, Clyde? - preguntó Mrs. Mayhew una noche, después de un episodio particularmente violento en el curso del cual Arthur había derrotado en toda la línea a Mr. Mayhew en una batalla de voluntades. Mr. Mayhew se había visto en la necesidad de recurrir a su superioridad física para vapulear a su hijo y encerrarle en su habitación. Desde allí llegaban los espasmódicos aullidos del saxofón alto que Arthur se había llevado (sin permiso) de la escuela.

- Sinceramente, lo ignoro, querida, pero empiezo a estar harto de él. No lo comprendo; era un chico tan retraído, tan tímido... ¿Recuerdas lo preocupados que estábamos por su falta de decisión? Supongo que el cambio se debe a esa maldita escuela progresiva...

Los Mayhew aguantaron otro año antes de enviar a Arthur a la Academia Militar Cleves, especializada en la educación de muchachos ricos que necesitaban ser tratados con mano de hierro. El coronel Cleves no habla encontrado aún el acero que no se doblegara entre sus manos. Sin embargo, el Cadete Arthur Mayhew demostró ser un formidable adversario, y si el coronel no hubiera estado tan celoso de su reputación le habría devuelto a su casa al final del primer trimestre. Daba la casualidad de que Arthur tenía un cociente de inteligencia de 30 puntos más que el del coronel, y teniendo en cuenta que yo desarrollo lo mejor de mi trabajo entre los diez y los veinte años, Arthur solía resultar vencedor. «Los Vengadores de Arthur» renacieron a la vida, y su caudillo se mostraba más audaz y arrogante que nunca. Organizó una estruendoso orquestina de la cual era primer saxofón y vocalista, y se las arregló para convertirse en el centro alrededor del cual giraban todas las actividades rebeldes, desprestigiando rápidamente al pobre coronel Cleves, cuyo lema era: «La Obediencia es el Bien más Preciado».

Todo funcionaba tan bien, que llegué a olvidarme por completo de I-Es843, el cual seguía acechando en la sombra. Fue un error, lo reconozco. Una noche se

apoderó de los controles. Cuando quise darme cuenta ya no había nada a hacer, y la personalidad del pobre Artie iba a malograrse una vez más.

Se despertó llorando.

- ¡Eh, Artie! ¿Qué diablos te pasa? - preguntó Donald Gross, su compañero de cuarto, completamente desconcertado.

- No... no quiero estar aquí. Quiero marcharme a casa.

Donald le miró con el ceño fruncido.

- ¿Qué es lo que estás tramando?

- Déjame solo, ¿quieres? - Arthur se volvió de cara a la pared y se tapó la cabeza con la manta.

Continuaba allí después del desayuno, cuando el coronel Cleves entró en la habitación echando chispas por los ojos.

- ¡En pie, Mayhew! - rugió -. ¿Qué significa esto?

Se acercó a la cama y dio un violento tirón a las mantas, dejando al descubierto al pobre Arthur, aplastado contra la pared, tratando de contener sus sollozos. No habla nada que le gustara tanto al coronel Cleves como el ver a un muchacho asustado.

- Deje de lloriquear, Mayhew, y levántese. - Se volvió hacia el capitán Prosser, su ayudante -. Capitán, procure que este cadete esté en la Formación Matinal, y asegúrese de que se presenta en mi despacho a las 16 horas.

Cuando el coronel se hubo marchado, el viejo capitán Prosser, que estaba algo intrigado por la conducta de Arthur, le ayudó a vestirse y le acompañó en silencio al patio, donde sus compañeros estaban ya formados, preguntándose qué clase de trepa estaba preparando. Con la cabeza baja, Arthur ocupó su lugar en la formación y realizó obedientemente los ejercicios prescritos por el reglamento de instrucción. Al producirse el primer descanso, los miembros de su pandilla le rodearon, esperando que dijera algo.

- ¿Qué queréis? - dijo Arthur, con el rostro muy pálido.

- No creo que esté fingiendo - opinó Donald Gross -. Está enfermo, o algo por el estilo.

Hubo un murmullo de inquietud entre los muchachos, y luego, Buddy Baust, el fiel lugarteniente de Arthur, dijo:

- Vamos, Artie, cuéntanos el truco.

- Dejadme solo, por favor - murmuró Arthur, casi sollozando.

Sonó el silbato, y todo el mundo regresó a la formación. Durante el resto del día, Arthur trató de evitar a los muchachos, llegando al extremo de ocultarse en el retrete a la hora del almuerzo y de sus clases de la tarde. Fue sacado de allí por el capitán Prosser, el cual le metió en el despacho del Coronel a las cuatro en punto. El Coronel estaba tan complacido al ver acobardado a Arthur, que se mostró amable con él, limitándose a recordarle que en la Academia Militar Cleves un muchacho tenía que doblegarse si no quería lamentarlo durante toda su vida.

Los compañeros de Arthur le hicieron rápidamente el vacío. No hablaba con nadie ni siquiera con Donald Gross. No sonreía nunca, excepto a sí mismo. Pasaba todos sus momentos libres tumbado en su cama, contemplando la pared. El coronel Cleves envió un brillante informe a los padres de Arthur, asegurándoles que la conducta de su hijo había variado en forma radical y que se sentirían muy complacidos por su nueva actitud. En realidad, cuando sus padres le visitaron el Día del Desfile Anual, Arthur apenas les dirigió la palabra. Permaneció con la vista clavada en el suelo, en actitud encogida. Los Mayhew quedaron asombrados por

el cambio, pero había algo tan patético en él, que les produjo más tristeza que alegría.

Durante el viaje de regreso, Mrs. Mayhew dijo:

- Clyde, creo que ese imbécil coronel Cleves ha quebrantado el espíritu de Arthur. Me parece que lo mejor sería sacarle de esa Academia...

- Sólo le falta un año, querida. Es posible que esté sufriendo una transformación, y que su actitud actual sea una fase de su evolución.

Me sacaba de quicio ver lo que I-Es843 estaba haciendo con el pobre Artie; el muchacho inspiraba verdadera lástima. El Día de la Graduación, mientras todos los veteranos se abrazaban y se estrechaban las manos en emocionadas despedidas, Arthur recogió su diploma y echó a correr hacia el automóvil de sus padres, dejándose caer en el asiento trasero. ¡Fue la gota que colmó el vaso de mi amargura! Perdí la cabeza, agarré el brazo de I-Es843 y se lo retorcí hasta que soltó los controles. Luchamos por cogerlos de nuevo, y descubrí que mi adversario, con su aspecto de mosca muerta, era más fuerte de lo que parecía. Durante el tiempo que duró nuestra lucha, Arthur permaneció caído en el asiento del coche, gruñendo y lloriqueando alternativamente. Al final, Mr. Mayhew detuvo el vehículo. Cuando él y su esposa hubieron sacado al muchacho para que le diera el aire, yo me había hecho dueño absoluto de los controles. I-Es843 estaba caído de espaldas, jadeando.

- ¿Qué te pasa, Arthur? ¿Qué tienes? - inquirieron los Mayhew al mismo tiempo.

Artie sonrió.

- ¿A mí? Nada. ¿Qué va a pasarme? Sólo que me alegro de haber perdido de vista al viejo Cleves, el tipo más asqueroso que viste uniforme... ¿Puedo conducir, papi?

- ¡Dios mío! - exclamó Mrs. Mayhew -. No sabes el susto que acabas de darnos. Creímos que te estabas muriendo...

- No digas tonterías. Vamos, papi, deja conducir al viejo Artie.

- Deja de hablar en ese tono - dijo Mr. Mayhew -. No, no puedes conducir. Sube al coche.

Arthur corrió hacia la parte delantera del automóvil, saltó al asiento del conductor y puso el motor en marcha.

- ¡El que no suba a bordo se queda en tierra! - gritó, haciendo avanzar el vehículo unos cuantos pies -. ¡Conduce Artie! ¡Aprovechen la ocasión para conocer las delicias de la velocidad!

Mr. Mayhew dirigió a su esposa una mirada de impotencia, y ambos subieron al automóvil, ocupando el asiento trasero. Artie se inclinó sobre el volante como si se dispusiera a tomar parte en la carrera de las Mil Millas, y cuando llegaron a la carretera general el «Buick» volaba a noventa y cinco millas por hora. Arthur hizo sonar el claxon y hundió el pie en el acelerador hasta que no dio más de sí. La loca carrera duró un cuarto de hora: hasta que un coche patrulla tomó cartas en el asunto.

Me sentía muy dichoso, y lo único que enturbiaba ligeramente mi felicidad era la presencia de I-Es843, con sus continuos reproches.

- Estás arruinando la vida del muchacho - me decía.

- Y un cuerno. Tú eres el que has estado a punto de arruinarla.

Tenía agallas: decirme que yo estaba estropeando a Artie.

- Bueno, no me importa lo que digas; no podemos continuar luchando de este modo. No podemos permitirnos ni un momento de descanso.

- ¿Y qué?

- Se me ha ocurrido una idea.

- ¿De veras?

- En vez de luchar, ¿por qué no nos turnamos en el mando de los controles?

No era una mala idea, pero ofrecía una dificultad: después de mis experiencias anteriores, no podía confiar en aquel tipo.

Se dio cuenta de lo que estaba pensando.

- Te juro que esta vez puedes confiar en mí. Yo confío en ti. Podemos cambiar cada semana.

- Digamos cada veinticuatro horas, y trato hecho.

Sellamos el trato con un apretón de manos, y por primera vez sostuvimos una charla amistosa. Resultó que I-Es843 no era un mal individuo, después de todo. Y no tenía la culpa de que en la oficina hubieran cometido un error. Aunque... ¿cómo podía saber si el error no lo habían cometido al enviarme a mí? Bueno, lo cierto es que desde hace unos años nos alternamos amigablemente el mando de los controles, y la cosa marcha admirablemente para nosotros. Desde luego, para Arthur resulta un poco duro. Y lo malo es que no se verá libre de nosotros hasta que parpadee su lucecita roja, y esto no ocurrirá hasta dentro de sesenta y ocho años.

**FIN**



## Norman Spinrad - NINGUN LUGAR DONDE IR

*How does it feel  
To be on your own?  
With no direction home.  
Like a complete unknown.  
Like a rolling stone.*

*Bob Dylan, «Like a Rolling Stone»*

- Sin embargo, yo conseguí una vez meterlo todo en la caja de Pandora - dijo Richardson, tomando otra pulgarada -. ¿Recuerdas la historia de Pandora, Will? En el departamento de bioquímica cualquiera terminaba metiéndolo todo en la caja de Pandora en una u otra ocasión. Creo recordar vagamente que incluso tú también lo conseguiste.

- Eres realmente cómico, Dave - dijo Goldberg, metiendo un tapón de corcho en la redoma de cristal que acababa de llenar en un extremo de la instalación -. Estoy esperando el día en que se te ocurra meterle estricnina en la mercancía. No estaría mal la idea, ¿no crees?

- La verdad, nunca se me había ocurrido pensarlo. Quizá me decida a hacerlo. Dejar que algunos pobres desgraciados se vayan con una sonrisa, satisfacción garantizada. Cristo, Will, aunque les dijésemos exactamente lo que era, llegaríamos a venderla.

- Eso no es divertido, muchacho - dijo Goldberg, tendiéndole la redoma a Richardson, que la depositó cuidadosamente junto con las otras en la caja llena de virutas -. Y no es divertido porque es cierto.

- Hey, no me digas que estás sufriendo otro de tus ataques de moral. No te muevas. Vuelvo inmediatamente con un poco de methalina... esto te volverá a poner la cabeza en su sitio.

- Mi cabeza ya está en su sitio. Ácido canabinólico, nuestra propia invención.

- ¿Ácido canabinólico? ¿Dónde lo has conseguido, en un drugstore? No nos hemos ocupado de él desde hace más de tres años.

Goldberg situó otra redoma vacía en la instalación, debajo de la llave de paso, y abrió ésta.

- Lo he comprado en la calle - dijo -. Los chicos lo están fabricando en sus bañeras ahora. - Agitó la cabeza casi sin darse cuenta -. ¿Recuerdas qué mierda era la síntesis original?

- ¡La ciencia progresa!

- Lástima que no lo pudiéramos patentar - dijo Goldberg, mientras contemplaba el delgado hilillo de líquido verde claro que penetraba en el gollete de la redoma -. Hubiéramos podido retirarnos tan sólo con los royalties.

- Si hubiéramos tenido a la Mafia recolectándolos para nosotros.

- Oh, eso se hubiera podido arreglar.

- Ya, bueno, quizá me ocupe de eso - dijo Richardson, mientras Goldberg le tendía la redoma ya llena -. Pero de todos modos no debemos mostrarnos muy avariciosos al principio. Tan sólo un diez por ciento al inicio de la fabricación. Creo que no debemos ahogar a la empresa privada.

- No, Dave, hablo en serio - dijo Goldberg -. Quizá cometimos un error no intentando patentarlo. Hay gente que patenta sus combis psicodélicas, ¿sabes?

- No gente, muchacho, sino firmas, como la American Marihuana & Psychodelics, Inc. Ellos pueden pagarse sus abogados y sus cohechos. Ellos pueden meterse en el bolsillo al jefe de la Oficina Federal de la Droga. Nosotros no podemos.

Goldberg abrió la llave de paso.

- Bueno, de todos modos, al menos pasarán seis meses o así antes de que la industria de la droga o cualquier otro encuentre la forma de sintetizar esta nueva mierda, y durante ese tiempo espero haber resuelto casi el problema de la degradación en el proceso de extracción del cocanol. Por aquel entonces espero que estemos al menos un año por delante de ellos.

- ¿Sabes lo que pienso, Will? - dijo Richardson, palmeando un lado de la caja medio llena de redomas -. Pienso que cumplimos con una misión sagrada, que estamos al servicio del proceso de la evolución. Cada vez que descubrimos una nueva psicodélica, activamos la evolución de la conciencia humana. Desarrollamos el producto, lo cual nos permite ganarnos nuestro pan durante un cierto tiempo, y entonces la industria saca la misma síntesis y la produce en masa, y nos vemos obligados a descubrir algún nuevo tipo de droga para poder seguir prosperando. Si no fuera por la industria de la droga y las leyes que la regulan, no tendríamos que preocuparnos y nos convertiríamos en unos plutócratas gordos y ricos que se contentarían con proporcionar la misma vieja droga año tras año. De esta forma, le hacemos un bien al mundo; estamos poniendo nuestro granito de arena a la evolución humana.

Goldberg le tendió otra redoma llena.

- Al diablo la evolución humana - dijo -. ¿Qué ha hecho nunca la evolución humana por nosotros?

- Como usted sabe, doctor Taller, hemos observado algunos efectos secundarios imprevistos en la eucomorfamina - dijo el general Carlyle, llenando de tabaco su Dunhill favorita. Taller tomó un paquete de Golds, sacó un cigarrillo de marihuana y lo encendió con un mechero que llevaba la insignia de las fuerzas aéreas y no de la Psychodelics Inc. Quizá se trataba de un gesto deliberado, o quizá no.

- Con una psicodélica tan nueva como la eucomorfamina, general - dijo Taller -, ningún efecto secundario puede ser calificado como «imprevisto». Después de todo, incluso el Proyecto Groundhog no es en sí mismo más que una experiencia.

Carlyle encendió su pipa y lanzó una densa bocanada de buen y cancerígeno humo; el general sostenía la creencia de que un buen soldado debía cultivar al menos un vicio menor.

- Por favor, doctor, no juguemos con las palabras - dijo -. La eucomorfamina se supone que ayuda a nuestros hombres de la base lunar de Groundhog a luchar con la claustrofobia; no se supone que favorezca la homosexualidad entre las tropas. Sin embargo, los informes que vengo recibiendo indican que se producen ambas cosas. Las fuerzas aéreas no desean ambas cosas. En consecuencia, y por definición, la eucomorfamina posee un efecto secundario indeseable. Así que nuestro contrato va a tener que ser revisado.

- General, general, las psicodélicas no son uniformes, después de todo. Usted no puede esperar que las cortemos a la medida. Ustedes deseaban una droga que combatiera la claustrofobia sin afectar ni la vigilancia, ni el ciclo del sueño, ni

la capacidad de atención ni la iniciativa. ¿Cree usted que es fácil? La eucomorfamina produce la claustrofilia sin otro efecto secundario que una elevación del nivel de energía sexual. Por ello, la considero como uno de los pequeños milagros de la ciencia psicodélica.

- Todo esto está muy bien, Taller, pero seguramente comprenderá usted que nosotros simplemente no podemos tolerar un comportamiento violentamente homosexual entre nuestros hombres de la base lunar.

Taller sonrió, quizá con un poco de suficiencia.

- Pero ustedes tampoco pueden tolerar una tasa demasiado elevada de comportamiento claustrofóbico - dijo -. General Carlyle, tienen ustedes tan sólo cuatro obvias alternativas: continuar utilizando la eucomorfamina y aceptar un cierto nivel de incidentes homosexuales, o retirar la eucomorfamina y aceptar un muy alto nivel de comportamiento claustrofóbico, o cancelar el Proyecto Groundhog, o...

El general empezaba a comprender que había sido objeto de una sofisticado trampa comercial.

- O bien recurrir a otra droga que anule el efecto secundario de la eucomorfamina - dijo -. Me pregunto si su compañía no tendrá precisamente en estudio una droga de estas características.

El doctor Taller le dirigió una sonrisa de ambos-hemos-comprendido-bien-la-cuestión.

- La Psychedelics Inc. está trabajando en un producto supresor de la sexualidad - admitió sin el menor esfuerzo -. Lo cual no es fácil desde el punto de vista psíquico. El problema es que si uno reduce de forma efectiva la energía sexual, tiende a que los centros cerebrales superiores trabajen con menos eficiencia, lo cual puede ser muy bueno en las instituciones penitenciarias, pero es difícilmente aceptable en un caso como el Proyecto Groundhog. El truco consiste en canalizar el exceso de energía hacia otra parte. Hemos decidido que la única alternativa viable era derivarlo hacia estados de fuga mística. Una vez establecido esto, la parte bioquímica del asunto es tan sólo cosa de detalle. En estos momentos estamos en situación de llevar la droga que hemos elaborado, cuyo nombre comercial es nadabrina, a la etapa de producción.

La pipa del general se había apagado. No se preocupó de volver a encenderla. En su lugar, tomó cinco miligramos de lebemil, lo cual parecía más adecuado en aquel momento.

- Esta nadabrina - dijo deliberadamente -, desvía el exceso de sexualidad hacia ¿qué? ¿Estados de fuga? ¿Trances? Lo que menos necesitamos es una droga que convierta a nuestros hombres en unos psicóticos.

- Por supuesto que no. Trescientos microgramos de nadabrina le proporcionan a un hombre una experiencia mística que dura menos de cuatro horas. Por supuesto, durante este lapso de tiempo no va a ser de mucha utilidad, pero su nivel de energía sexual se verá fuertemente rebajado durante casi una semana. Trescientos microgramos para cada hombre sujeto a la eucomorfamina, digamos cada cinco días, proporcionarán un margen adecuado de seguridad.

El general Carlyle encendió de nuevo su pipa y reflexionó. Las cosas parecían adquirir un mejor aspecto.

- Esto suena bien - admitió finalmente -. Pero, ¿y qué hay acerca del contenido de esas experiencias místicas? ¿No habrá nada que se oponga a la dedicación de nuestros soldados a sus deberes?

Taller aplastó la colilla de su cigarrillo de marihuana.

- Yo mismo he tomado nadabrina - dijo -. Ningún problema.

- ¿Cuál fue su efecto?

Taller sonrió de nuevo con fatuidad.

- Esto es lo mejor de la nadabrina - dijo -. No recuerdo nada de su efecto. Uno no retiene ningún recuerdo de lo que le ocurre bajo los efectos de la nadabrina. Se trata de un genuino estado de fuga. Así que puede estar usted seguro de que las experiencias místicas no contienen nada indeseable. O al menos puede estar usted seguro de que la experiencia no disminuye en nada las capacidades militares de los hombres.

- Así que lo que uno no recuerda no puede hacer ningún mal, ¿eh? - murmuró Carlyle, hablando con la pipa en la boca.

- ¿Decía, general?

- Decía que voy a recomendar un ensayo del producto.

Estaban sentados juntos en un reservado situado en un rincón perdido tras el humo, observándose mutuamente mientras la gente a su alrededor giraba y charlaba en alguna otra realidad, como los muñecos de un carrillón.

- ¿Qué es lo que has tomado? - preguntó él, observando que el cabello de ella lucía negro y liso como el caparazón de un escarabajo, un casco de metal negro que encuadraba gloriosamente su pálido rostro. Huau..

- Peyotadrena - dijo ella, sus labios moviéndose como increíbles pétalos metálicos articulados de flor resplandecientes de joyas -. He aterrizado hace unas tres horas. ¿Y tu viaje?

- Ácido canabinólico - dijo él, la distorsión de su boca transformando su rostro en un esquema de ideogramas apenas descifrables para la percepción de ella, que tan sólo captaba las energías más intensas. Quizá llegarían en cualquier momento.

- Hace meses que no lo he probado - dijo ella -. Apenas recuerdo la sensación de realidad que da. - Su piel relumbraba desde dentro, una translúcida porcelana china cubriendo el amarillo temblor de una vela. Era un objeto magnífico, una creación de hastiados y sofisticados dioses.

- Es agradable - dijo él, sus cejas formando un juego de curvas que, tomadas como parte integrante del conjunto que englobaba el movimiento de sus labios contra sus dientes, señalaban un claro deseo de hacer donación de su energía al vacío que yacía en ella. Deseaba hacerlo -. Llámame conservador si quieres, pero creo que el ácido canabinólico es de lo mejor que hay.

- ¿Y tú piensas hacer un viaje sexual con él? - preguntó ella. Los repliegues y recovecos de sus orejas parecían haber sido tallados con precisión micrométrica en marfil rosáceo.

- Bueno, supongo que sí, en una cierta manera - dijo él, adelantando sus hombros en un claro gesto de ofrecimiento que interceptaba de modo visible la trayectoria de ella en el espacio-tiempo -. Quiero decir que si quieres que hagamos el amor, creo que podré conseguirlo.

El leve vello dorado del rostro de ella era un microscópico campo de trigo resplandeciendo a la suave brisa del verano cuando dijo:

- Esta es la cosa más juiciosa que me han propuesto desde hace horas.

La convergencia de todas las configuraciones de energía de universo hacia la identificación total con las oleadas de su estructura máximamente ideal se concentró en las comisuras de los labios de él cuando empezó de nuevo a hablar.

El cardenal McGavin tomó un combi de peyotadrena-mescamil y cinco miligramos de metadrena una hora y media antes de su entrevista con el cardenal Rillo; había decidido intentar dialogar con Roma a un nivel místico antes que político, y aquella decisión particular lo había hecho sentirse más profundamente cristiano. Y el buen Dios sabía que era tremendamente difícil sentirse profundamente cristiano cuando uno dialogaba con un representante del Papa.

El cardenal Rillo llegó puntualmente a las tres, justo en el momento en que el cardenal McGavin alcanzaba su éxtasis místico; la puntualidad de aquel hombre era legendaria. El cardenal McGavin adivinaba algo patético en aquello: la triste condición de un Príncipe de la Iglesia cuyo mayor impacto en las almas de sus creyentes estribaba en su esclavitud a las minuterías de un reloj. Ya que el viejo hombre de aspecto ascético, con sus ojos descoloridos y sus labios finamente dibujados, era tan detestable que el cardenal McGavin sintió piedad hacia su desesperación existencial.

El cardenal Rillo aceptó su acogida con una fría formalidad, y con la misma frialdad aceptó un vaso de vino. El cardenal McGavin sabía que era mejor no ofrecerle un cigarrillo de marihuana; el cardenal Rillo había figurado a la cabeza de la oposición que había ocasionado que el Papa retrasara la inevitable encíclica sobre la marihuana durante largos y ridículos años. El hecho de que el Papa hubiera elegido a un tal emisario en aquel asunto no era buena señal.

El cardenal Rillo sorbió su vino en silencio durante un largo momento, mientras el cardenal McGavin se sentía casi abrumado por el sentimiento de soledad que debía anidar en el alma de aquel hombre, incapaz de romper la solemnidad que aureolaba a su persona como emisario del Vaticano frente a aquel hombre, cardenal como él, con quien estaba compartiendo un vaso de vino. Finalmente, el emisario papal carraspeo - un seco y arcaico manierismo - y atacó directamente al fondo del asunto.

- El Sumo Pontífice me ha dado instrucciones acerca de su preocupación respecto a la adición de psicodélicas en la composición de las hostias consagradas en la Archidiócesis de Nueva York - dijo, dejando muy claro en el tono de su voz que lamentaba que el Santo Padre tan sólo le hubiera encargado transmitir aquella advertencia. Pero el Papa conocía muy bien la realidad de aquella cismática era, y actuaba cautelosamente, sabiendo que la obediencia a Roma estaba basada tan sólo en algo tan poco firme como la nostalgia y un difuso simbolismo. El Papa había sido el último en convencerse de su terrible falibilidad, pero en los últimos años los acontecimientos parecían haber derribado estrepitosamente La Divina Omnisciencia de la Santa Madre Iglesia.

- Comprendo y respeto la inquietud del Santo Padre - dijo el cardenal McGavin -. Oraré para que el cielo resuelva todas sus dudas.

- ¡No he dicho nada acerca de dudas! - restalló el cardenal Rillo, sus labios moviéndose con la sequedad de unas pinzas -. ¿Cómo puede imputarle dudas al Santo Padre?

El cardenal McGavin consiguió dominar un momentáneo arrebato de cólera ante la terquedad de aquel hombre; intentó llevar al alma del cardenal Rillo un poco de paz.

- Rectifico - dijo -. Oraré para que el Santo Padre se vea libre de todas sus inquietudes.

Pero el cardenal Rillo era implacable e inconsolable; su rostro era una membrana de puro control sobre una musculatura de rabia.

- ¡Podría usted liberar más fácilmente al Santo Padre de todas sus inquietudes sencillamente retirando la peyotadrena de sus hostias! - dijo.

- ¿Son esas las palabras del Santo Padre? - preguntó el cardenal McGavin, sabiendo la respuesta.

- Estas son mis palabras, cardenal McGavin - dijo el cardenal Rillo -, y usted haría bien en escucharlas. La salud de su alma inmortal puede estar en juego.

El destello de una repentina iluminación cruzó la mente del cardenal McGavin: Rillo era sincero. Para él, la cuestión de una hostia químicamente enriquecida no era un asunto de política de la Iglesia, y probablemente el Papa también pensaba así; aquel asunto tocaba un área profunda de la convicción religiosa. El cardenal Rillo se sentía impulsado a creerlo así, tanto como cardenal que como católico, y a tratar seriamente el asunto a aquel nivel. Ya que, pese a todo, la comunión adicionada químicamente era un asunto de profunda convicción religiosa para él. El cardenal McGavin y el cardenal Rillo se enfrentaban pues a ambos lados de una profunda sima de existencias desacuerdo teológico.

- Quizá también la salud de la suya, cardenal Rillo - dijo el cardenal McGavin.

- No he venido hasta aquí desde Roma para buscar la dirección espiritual de un hombre que está rozando la herejía, cardenal McGavin. He venido hasta aquí para comunicarle la advertencia del Santo Padre de que es probable que se promulgue una encíclica contra su posición. ¿Necesito recordarle que su desobediencia a una tal encíclica representaría su excomunión?

- ¿Lamentaría usted verdaderamente que me ocurriera algo así? - preguntó el cardenal McGavin, pensando en cuanto de aquello provenía de los propios pensamientos de Rillo, y cuanto de las instrucciones del Papa -. ¿O pensaría simplemente que la Iglesia se había limitado a defenderse por sus propios medios?

- Ambas cosas - dijo el cardenal Rillo, sin vacilar.

- Me gusta esta respuesta - dijo el cardenal McGavin, bebiendo el resto de su vaso de vino. Era una buena respuesta... sincera desde ambos extremos. El cardenal Rillo se preocupaba tanto por la Iglesia como por el alma del arzobispo de Nueva York, y no cabía la menor duda de que para él la Iglesia estaba en primer lugar. Su sinceridad era espiritualmente reconfortante, incluso aunque estuviera equivocado -. Pero entienda, parte del don de la Gracia que se desprende del enriquecimiento químico de la hostia es la certeza de que nadie, ni siquiera el Papa, puede apartarlo a uno de su comunión con Dios. En la comunión psicodélica, uno experimenta directamente el amor de Dios. Está tan sólo a una hostia de distancia; la fe ya no es necesaria.

El cardenal Rillo frunció el ceño.

- Es mi deber informar de esto al Papa - dijo -. Espero que lo comprenda.

- ¿A quién me estoy dirigiendo, cardenal Rillo, a usted o al Papa?

- Está usted hablando con la Iglesia Católica, cardenal McGavin - dijo el cardenal Rillo -Yo soy un emisario del Santo Padre. - El cardenal McGavin sintió por un momento una profunda sensación de culpabilidad: su intolerancia había ocasionado que el cardenal Rillo dejara entrever, bajo los efectos de la rabia, una contraverdad, que su misión papal era mucho más limitada de lo que había dado a entender. El Papa debía estar convencido de que la amenaza de excomunión contra un Príncipe de su Iglesia que creía que su poder de excomunión era algo carente de sentido no tenía la menor fuerza física ni moral.

Pero de nuevo un súbito ramalazo de iluminación interior reveló al cardenal la verdad: a los ojos del cardenal Rillo - a los ojos de una parte importante de las

jerarquías de la Iglesia -, la amenaza de excomunión seguía teniendo un significado real. Aceptar su postura con respecto a una comunión incrementada químicamente era aceptar la noción de que la palabra del Papa podía retirarles a un hombre la Gracia Divina. Aceptar la validez y santidad de la comunión psicodélica era negar la validez de la excomunión.

- ¿Sabe, cardenal Rillo? - dijo -. Creo firmemente que si soy excomulgado por el Papa, esto no amenazaré mi alma en lo más mínimo.

- ¡Esto no es más que una triste blasfemia!

- Lo siento - dijo sinceramente el cardenal McGavin -. No siento ningún deseo de mostrarme blasfemo. Todo lo que intentaba era explicarle que la excomunión es algo carente de sentido ya que Dios, a través de las ciencias psicodélicas, ha considerado bueno proporcionarnos los medios de acceder en parte a una experiencia directa de Su presencia. Creo en lo más profundo de mi corazón que esta es la verdad. Aunque usted crea en lo más profundo de su corazón que no lo es.

- Creo más bien que lo que cree usted a través de su comunión psicodélica pertenece antes a los dominios de Satán, cardenal McGavin. El mal es infinitamente sutil; ¿por qué no podría esconderse bajo la apariencia del supremo bien? Hay buenas razones para que el Demonio sea conocido como el Príncipe de las Mentiras. Creo que está usted sirviendo a Satán aunque crea sinceramente que está sirviendo a Dios. ¿Tiene usted alguna forma de saber que estoy equivocado?

- ¿Tiene usted alguna forma de saber que yo no estoy en lo cierto? - dijo el cardenal McGavin -. Si lo estoy, está usted intentando frenar la voluntad de Dios, con lo que se aparta cada vez más de Su Gracia.

- Ambos no podemos estar en lo cierto... - dijo el cardenal Rillo.

Y la llamarada de una terrible y tenebrosa intuición mística ardió en el alma del cardenal McGavin llenándola de terror, un abrumadora iluminación de las relaciones entre la Iglesia y Dios: ambos no podían estar en lo cierto, pero no había ninguna razón para creer que ambos no estaban equivocados. Además de Dios y Satán, existía también el vacío.

El doctor Braden dirigió a Johnny una sonrisa reconfortante y le tendió un caramelo con sabor a mango, extraído de su reserva de caramelos del cajón inferior izquierda de su escritorio. Johnny tomó el caramelo, quitó rápidamente el papel, se lo metió en la boca, se echó hacia atrás en su asiento y empezó a chupar ávidamente, sin preocuparse de nada más. Aquella era una buena señal: un niño pequeño capaz de reaccionar apropiadamente a un tratamiento debía concentrarse completa y decididamente al elemento más interesante de lo que le rodeaba, mostrarse ávido de sabores no habituales. Durante los cuatro primeros años de su vida, los sentidos de un niño debían ser acordados de tal forma que absorbieran la gama más extensa posible de estímulos sensoriales.

Braden dirigió su atención a la madre del niño, que permanecía sentada nerviosamente en el borde de su silla, fumando un cigarrillo de marihuana.

- Vamos, vamos, señora Lindstrom, no hay de qué preocuparse - dijo -. Johnny ha reaccionado muy normalmente a la prescripción. Su campo de atención es normalmente corto para un niño de su edad; su gama de sensaciones excede ligeramente del óptimo de la norma; su sueño es regular y convenientemente profundo. Y, como usted pedía, se le ha conferido un constante sentimiento de amor universal.

- Pero entonces, ¿por qué el médico de la escuela me ha pedido que cambie su prescripción básica, doctor Braden? Me ha dicho que la prescripción de Johnny le estaba creando un esquema de personalidad erróneo para un niño en edad escolar.

El doctor Braden parecía bastante contrariado, aunque por supuesto no se lo dejó entrever en ningún momento a la nerviosa joven madre. Sabía la clase de fracasados que ocupaban generalmente los cargos de médico escolar; algún viejo imbécil que sabía menos de pediatría psicodélica que de cirugía cerebral. Gente que no sabía hacer otra cosa que alarmar innecesariamente a las madres.

- Estoy... esto... seguro de que debe haber interpretado usted mal lo que le ha dicho el médico de la escuela, señora Lindstrom - dijo el doctor Braden -. Al menos esto es lo que espero, ya que de otro modo ese hombre está en un error. Entienda, la moderna pediatría psicodélica reconoce que el niño necesita concentrar su conciencia en diferentes áreas en los distintos niveles de su evolución, a fin de que se convierta en un adulto saludable y óptimo. Un niño de la edad de Johnny se encuentra en un nivel de transición. Para prepararle para la escuela, lo único que se necesita es modificar su prescripción de modo que incremente su campo de atención, bajar una pizca su intensidad sensorial, y aumentar su interés en las abstracciones. Así se convertirá en un perfecto estudiante, señora Lindstrom.

El doctor Braden dirigió a la joven madre un fruncimiento de cejas moderadamente recriminatorio.

- Usted sabe que tenía que haberme traído a Johnny para un chequeo antes de que empezara la escuela.

La señora Lindstrom aspiró su cigarrillo de marihuana, mientras Johnny seguía chupando su caramelo.

- Bueno... La verdad es que tenía un poco de miedo, doctor Braden - admitió -. Sé que parece tonto, pero temía que, si usted cambiaba su prescripción para que se adaptara a la clase, le suprimiera el paxum. No me gustaba la idea... Creo que es mucho más importante para Johnny que continúe experimentando un amor universal que ver incrementado su campo de atención o cualquier otra cosa así. No le va a suprimir el paxum, ¿verdad?

- Al contrario, señora Lindstrom - dijo el doctor Braden -. Voy a incrementar ligeramente su dosis y añadirle diez miligramos de orodalamina diarios. De este modo se someterá a la necesaria autoridad de sus profesores con un sentimiento de confianza y de amor, en vez de con un sentimiento de temor.

Por primera vez desde que se había iniciado la visita, la señora Lindstrom sonrió.

- Entonces, todo va realmente bien, ¿verdad? - irradiaba felicidad por todos los poros.

El doctor Braden le devolvió su sonrisa, sintiéndose bañado por un flujo de vibraciones favorables. Aquella era la cúspide de sus experiencias en pediatría: recibir la genuina gratitud de una madre inquieta a la que había liberado de sus preocupaciones. Esta era la función de un doctor. Ella tenía confianza en él. Ella no dudaría en poner la conciencia de su hijo en sus manos, sabiendo que esas manos no flaquearían ni lo abandonarían. Se sentía orgulloso y agradecido por ser un pediatra psicodélico. Esta era la cúspide de felicidad que podía alcanzar un hombre.

- Sí, señora Lindstrom - dijo tranquilizadamente. Todo irá realmente bien.



En la silla del rincón, Johnny Lindstrom seguía chupando su caramelo, el rostro transfigurado por un éxtasis infantil.

Había momentos en los que Bill Watney sentía algo así como una náusea espiritual en relación con la psicodelia, y luego experimentaba desasosiegos cada vez con mayor frecuencia. Se sintió feliz de hallar a Spiegelman solo en el salón de los proyectistas; si alguien podía aligerar un poco su cabeza, este era Lennie.

- No sé qué hacer - dijo, engullendo quince miligramos de lebemil junto con un trago de bourbon -. Estoy pensando realmente en abandonar todo este asunto.

Leonard Spiegelman encendió un Gold con su mechero de oro de catorce kilates - uno usaba tan solo lo mejor de lo mejor en aquel negocio -, sonrió a través de la mesa de café en dirección a Watney, y dijo cordialmente:

- Estás perdiendo la cabeza, Bill.

Watney se sentó inclinándose hacia adelante en su silla, estudiando a Spiegelman, el mejor artista de Psychedelics Inc., y envidiando a aquel hombre mayor que él, no tan solo a causa de su talento, sino también por su actitud con respecto a su trabajo. Lennie Spiegelman no estaba tan solo seguro de que estaba haciendo lo correcto, sino que disfrutaba con cada minuto de ello. A Watney le hubiera gustado ser como Spiegelman. Spiegelman era feliz; irradiaba la satisfecha aura del hombre que realmente ha conseguido todo lo que deseaba.

Spiegelman abrió sus brazos en un gesto que parecía hacer del conjunto de la sala de proyectistas su propiedad personal.

- Somos los artistas más mimados del mundo - dijo -. Cada año creamos dos o tres drogas comercializables, y vivimos como reyes. Y estamos practicando la suprema forma de arte del mundo: creamos realidades. ¡Somos los más afortunados de todos! ¿Por qué alguien con tu talento desearía abandonar el proyectismo psicodélico?

A Watney le costaba expresarle en palabras, lo cual era ridículo para un proyectista psicodélico, cuyo trabajo era precisamente describir las nuevas posibilidades de la conciencia humana con la suficiente precisión como para que los bioquímicos pudieran desarrollar psicodélicas que transformaran sus especulaciones en formas de realidad. Era humillante hallarse hueco de palabras ante Lennie Spiegelman, un hombre al que envidiaba tanto como admiraba.

- Estoy atravesando un mal momento - dijo finalmente -. Y esto se refleja en cada forma de conciencia que intento obtener, y cada vez estoy más persuadido de que debo sentirme disgustado y avergonzado de lo que estoy haciendo.

Oh, oh, pensó Lennie Spiegelman, el chico está entrando en su primera depresión de proyectista. Está atrapado en el síndrome de ningún-camino-a-casa, y cree que esto es el fin del mundo.

- Sé lo que te está pasando, Bill - dijo -. Es algo que nos ocurre a todos nosotros en un momento u otro. Tienes la sensación de que proyectar psicodelias es una ocupación solipsista, ¿no? Crees que es inmoral inventar nuevos estilos de conciencia para los demás, que estás jugando a ser Dios, que alterar constantemente la conciencia de la gente en una forma que solamente nosotros podemos comprender plenamente es algo que no tenemos ningún derecho a hacer, ¿no?

Watney sintió admiración hacia Spiegelman, y al mismo tiempo una cierta esperanza.

- ¿Cómo puedes comprender todo esto, Lennie - dijo -, y seguir proyectando psicodelias de esa manera?

- Porque este es un buen trabajo y vale la pena hacerlo - dijo Spiegelman -. Mira, muchacho, nosotros somos artistas... artistas comerciales. Proyectamos psicodelias, formas de realidad; no decimos a nadie lo que tiene que pensar. Si a la gente le gusta las realidades que proyectamos para ella, compra nuestras drogas; y si no le gusta, no las compra. La gente no compra la comida que tiene mal gusto, ni la música que desgarrar sus tímpanos, ni las drogas que la sumergen en malas realidades. Alguien debe concebir las formas de conciencia para la raza humana; si no lo hacemos artistas como nosotros, entonces serán los malos políticos y los ansiosos de poder los que lo harán.

- Pero qué nos distingue como mejores que ellos? ¿Porqué nosotros tenemos derecho a jugar con la conciencia de la raza humana y ellos no?

El muchacho es realmente obtuso, pensó Spiegelman. Pero sonrió, recordando que él había realizado el mismo estúpido viaje cuando tenía la edad de Watney.

- Porque nosotros somos artistas, y ellos no - dijo -. Nosotros no intentamos controlar a la gente. Nuestra satisfacción proviene de construir algo hermoso a partir de la nada. Todo lo que deseamos es enriquecer la vida de la gente. Creamos nuevas formas de conciencia que consideramos que son realidades más acabadas, pero no intentamos hacérselas tragar a la gente. Nosotros simplemente exponemos nuestras obras al público... para quienes quieran comprarlas. Existe en nosotros una compulsión que hace que practiquemos nuestro arte. Lo correcto y lo erróneo son conceptos arbitrarios que varían con las formas de conciencia, así que ¿cómo demonios puedes hablar de lo correcto y lo erróneo en el proyectismo psicodélico? La única forma que tienes de juzgar es a través de un criterio estético: ¿estás produciendo un arte bueno o un arte malo?

- Sí, pero ¿acaso esto no varía también con las formas de conciencia? ¿Quién puede juzgar en un sentido absoluto que lo que estás haciendo es artísticamente bueno o no?

- Jesucristo, Bill, yo puedo juzgarlo, ¿no? - dijo Spiegelman -. Sé cuando un conjunto de especulaciones psicodélicas es una auténtica obra de arte. Si me gusta o no.

Finalmente Watney se dio cuenta de que aquello precisamente era lo que le remordía. Un proyectista psicodélico alteraba su propia realidad con todo un espectro de drogas, y entonces proyectaba otras psicodelias a fin de alterar las realidades de los demás. ¿Pero dónde estaba el punto de sujeción para ellos?

- ¿Pero no te das cuenta, Lennie? - dijo -. No sabemos lo que estamos haciendo realmente. Estamos conduciendo a la raza humana a un viaje evolutivo, pero no sabemos adónde vamos. Estamos volando ciegamente.

Spiegelman echó una densa bocanada de humo de su cigarrillo de marihuana. El muchacho estaba empezando a cansarle: era demasiado terco. Watney no soportaba las dudas... la certeza era lo único que existía.

- A ti te gustaría oírme decir que hay una forma de saber cuándo una proyección es correcta o errónea de forma inmutable dentro de un marco evolucionista, ¿no? - dijo -. Bien, lo siento, Bill, no hay nada más que nosotros y el vacío, y aquello que esculpimos en él. Nosotros somos nuestras propias reacciones; nuestras realidades son nuestras propias obras de arte. Estamos completamente solos.

Watney estaba atravesando uno de sus trances de terror, y se daba cuenta de que las palabras de Spiegelman describían exactamente su contenido.

- ¡Pero esto es exactamente lo que me está remordiéndome - dijo -. ¿Dónde infiernos está nuestra realidad básica?

- No existe ninguna realidad básica. Creía que este concepto se enseñaba ya en las escuelas de párvulos en nuestros días.

- ¿Pero qué hay del estado básico? ¿Qué forma tenía nuestra realidad antes de la llegada del arte psicodélico? ¿Cómo eran las formas de conciencia que evolucionaron de forma natural a través de millones de años? ¡Maldita sea, esa era la realidad básica, y la hemos perdido!

- ¡Un infierno era! - exclamó Spiegelman -. Nuestra conciencia prepsicodélica evolucionó al azar, sin ninguna intervención de la mente. ¿Acaso esto hacía esa realidad superior a cualquier otra? ¿Sólo porque era la original? Quizá estemos volando a ciegas, pero la evolución natural era peor... ¡era un proceso idiota sin un miligramo de conciencia tras él!

- ¡Maldita sea, debes tener razón en todo lo que estás diciendo, Lennie! - gritó Watney, angustiado -. ¿Pero por qué no puedo convencerme de ello? Me gustaría ser capaz de creer en todo lo que crees tú, pero no puedo.

- Por supuesto que puedes, Bill - dijo Spiegelman. Recordó de una forma abstracta haber sentido como Watney hacía ya muchos años, pero no había ninguna realidad existencial tras ello. ¿Qué mejor podía desear un hombre que todo un universo modelable a su antojo? ¿Quién no preferiría una forma de conciencia creada por un artista antes que otra que no era más que el resultado de un conjunto estúpido de accidentes evolutivos?

Está diciendo todo esto con tanta convicción, pensó Watney. Cristo, ¡cómo deseo que esté en lo cierto! ¡Como me gustaría enfrentarme a toda esa incertidumbre, a todo ese vacío, con el valor de Lennie Spiegelman! Hacía quince años que Spiegelman estaba en el oficio; quizá finalmente lo había comprendido todo.

- Me gustaría poder creer en ello - dijo Watney.

Spiegelman sonrió, recordando el solemne imbécil que había sido él mismo diez años antes.

- Hace diez años, yo me sentía exactamente igual a como tú te sientes ahora - dijo -. Pero supe centrar mis ideas, y ahora estoy aquí, gordo y feliz, y encantado con lo que estoy haciendo.

- ¿Cómo, Lennie? Por el amor de Cristo, ¿cómo?

- Cincuenta microgramos de methalina, cuarenta miligramos de lebemil, y veinte miligramos de peyotadrena al día - dijo Spiegelman -. Esto hizo de mí un hombre nuevo, y lo mismo hará contigo, muchacho.

- ¿Cómo te sientes, hombre? - dijo Kip, quitándose el cigarrillo de marihuana de la comisura de su boca y escrutando los ojos de Jonesy. Jonesy tenía un aspecto realmente extraño... pálido, tenso, quizás un poco fuera de sí. Kip estaba empezando a alegrarse de que Jonesy no le hubiera dicho nada de empezar el viaje con él.

- Oh, huau - graznó Jonesy -. Me siento extraño. Me siento realmente extraño, y no es nada agradable...

El sol estaba alto en el cielo azul sin una nube, una dorada fuente de radiante energía que henchía a Kip. La madera y la corteza del árbol a cuyo pie estaban sentados era una realidad orgánica que conectaba la piel de su espalda con las entrañas de la tierra en un ininterrumpido circuito de electricidad protoplasmática. El era una flor de aquel planeta, profundamente enraizada en el rico suelo, bañándose en el néctar cósmico de la luz solar.

Pero tras los ojos de Jonesy había una especie de horrible vórtice gris. Jonesy se veía realmente mal. Jonesy estaba definitivamente flotando en los bordes de un insondable abismo.

- No me siento en absoluto bien - dijo Jonesy -. Hombre, tú sabes, el suelo está cubierto con toda clase de cosas duras y muertas, y la hierba está repleta de insectos descerebrados, y el sol calienta demasiado, hombre. Creo que estoy ardiendo.

- Tómatelo con calma, no te asustes. Estás en pleno viaje, eso es todo. - Kip habló desde un punto de vista aparentemente superior. Simplemente no comprendía, no comprendía lo malo que debía ser aquel viaje, como debía sentirse uno con la cabeza desollada y desnuda en un lugar como aquél. Era como verse separado de todo el flujo de energía del universo... una construcción hecha con una materia frágil, un simple magma protoplasmático, aislado en un vacío energético, sin ninguna otra relación que con el más profundo vacío.

- Tú no comprendes, Kip - dijo Jonesy -. Esto es la realidad, la realidad real, y, hombre, es horrible, tan sólo una horrible máquina hecha con montones de otras máquinas; tú eres una máquina, yo soy una máquina... todo no es más que un inmenso mecanismo de relojería. No somos más que materia muerta accionada por una maquinaria, mantenida en vida gracias a procesos eléctricos y químicos.

La dorada luz del sol penetraba en la piel de Kip y transformaba el núcleo de su ser en un fénix estelar en miniatura. El viento, a través de la hierba, acariciaba amorosamente las plantas de sus pies. ¿Qué demonios era todo aquello de las máquinas? ¿Qué tonterías estaba diciendo Jonesy? Hombre, ¿quién elegiría meterse en una realidad tan mustia como aquélla?

- Estás haciendo un mal viaje, Jonesy - dijo -. Tómatelo con calma. No estás viendo el universo tal como es en realidad, todo esto no significa nada. Toda esa realidad está tan sólo en tu mente. No tiene la menor importancia.

- ¡Esto es, esto es exactamente! No tiene la menor importancia, no es nada. Como el cero. Como la nada. Como el vacío. Nada está allí donde realmente debería estar.

¿Cómo podía explicárselo... que la realidad no era más que un gran vacío sin nada que se perdía hasta el infinito en el espacio y en el tiempo? La perfecta nada con sus pequeñas contaminaciones de materia muerta aquí y allá. Un poco de esa materia había sufrido por azar una compleja serie de casuales accidentes que le habían permitido contaminar aquella muerte universal con algunos rastros de elementos de vida, magma protoplasmático, maquinaria bioquímica. Una parte de aquella maquinaria había complicado las cosas generando pensamientos, conciencia. Y aquello era todo lo que había ocurrido u ocurriría nunca a lo largo del espacio y el tiempo. Mecanismos de relojería corriendo rápidamente hacia el frío y negro vacío. Todo lo que había sido materia muerta terminaría convirtiéndose de nuevo en materia muerta más pronto o más tarde.

- Así es la realidad - dijo Jonesy -. Antes la gente se había acostumbrado a vivir con ella todo el tiempo. Así es, y nada de lo que hagamos la podrá cambiar.

- Yo puedo cambiarla - dijo Kip, sacando su caja de píldoras de su bolsillo -. Sólo tienes que decírmelo. Dime cuando estés harto de este viaje, y te sacaré de él. Lebemil, peyotadrena, mescamil, sólo tienes que decirme lo que quieres.

- No lo comprendes, hombre; esto es real. Este es el viaje que he emprendido. Llevo doce horas sin tomar nada, ¿recuerdas? Este es el estado natural, esta es la realidad en sí misma, y, hombre, es horrible. Es algo espantoso. Cristo, ¿por

qué me habré metido en esto? No quiero ver el universo así como es. ¿Quién lo quiere?

Kip empezaba a sentirse alarmado... Jonesy estaba disociándose realmente. ¿Por qué diablos había elegido un día tan maravilloso para iniciar aquél estúpido no-viaje?

- Entonces toma al menos algo - dijo, ofreciendo a Jonesy la caja de píldoras.

Con mano temblorosa, Jonesy agarró una cápsula de peyotadrena y una tableta de quince miligramos de lebemil y se los tragó ávidamente en seco.

¿Cómo infiernos podía vivir la gente antes de los psicodélicos? - exclamó -. ¿Cómo infiernos podían soportarlo?

- ¿Quién sabe? - dijo Kip, cerrando los ojos y encarándose directamente al sol, dejando que su conciencia se difundiera en el universo de dorada y anaranjada luz aprisionada por sus párpados -. Quizá tuvieran alguna manera de no pensar en ello.

**FIN**

## Jorge Luis Borges - EL DISCO

Soy leñador. El nombre no importa. La choza en que nací y en la que pronto habré de morir queda al borde del bosque. Del bosque dicen que se alarga hasta el mar que rodea toda la tierra y por el que andan casas de madera iguales a la mía. No sé; nunca lo he visto. Tampoco he visto el otro lado del bosque. Mi hermano mayor, cuando éramos chicos, me hizo jurar que entre los dos talaríamos todo el bosque hasta que no quedara un solo árbol. Mi hermano ha muerto y ahora es otra cosa la que busco y seguiré buscando. Hacia el poniente corre un riacho en el que sé pescar con la mano. En el bosque hay lobos, pero los lobos no me arredran y mi hacha nunca me fue infiel. No he llevado la cuenta de mis años. Sé que son muchos. Mis ojos ya no ven. En la aldea, a la que ya no voy porque me perdería, tengo fama de avaro pero ¿qué puede haber juntado un leñador del bosque?

Cierro la puerta de mi casa con una piedra para que la nieve no entre. Una tarde oí pasos trabajosos y luego un golpe. Abrí y entró un desconocido. Era un hombre alto y viejo, envuelto en una manta raída. Le cruzaba la cara una cicatriz. Los años parecían haberle dado más autoridad que flaqueza, pero noté que le costaba andar sin el apoyo del bastón. Cambiamos unas palabras que no recuerdo. Al fin dijo:

- No tengo hogar y duermo donde puedo. He recorrido toda Sajonia.

Esas palabras convenían a su vejez. Mi padre siempre hablaba de Sajonia; ahora la gente dice Inglaterra.

Yo tenía pan y pescado. No hablamos durante la comida. Empezó a llover. Con unos cueros le armé una yacija en el suelo de tierra, donde murió mi hermano. Al llegar la noche dormimos.

Clareaba el día cuando salimos de la casa. La lluvia había cesado y la tierra estaba cubierta de nieve nueva. Se le cayó el bastón y me ordenó que lo levantara.

- ¿Por qué he de obedecerte? - le dije.

- Porque soy un rey - contestó.

Lo creí loco. Recogí el bastón y se lo di.

Habló con una voz distinta.

- Soy rey de los Secgens. Muchas veces los llevé a la victoria en la dura batalla, pero en la hora del destino perdí mi reino. Mi nombre es Isern y soy de la estirpe de Odín.

- Yo no venero a Odín - le contesté -. Yo venero a Cristo.

Como si no me oyera continuó:

- Ando por los caminos del destierro pero aún soy el rey porque tengo el disco. ¿Quieres verlo?

Abrió la palma de la mano que era huesuda. No había nada en la mano. Estaba vacía. Fue sólo entonces que advertí que siempre la había tenido cerrada.

Dijo, mirándome con fijeza:

- Puedes tocarlo.

Ya con algún recelo puse la punta de los dedos sobre la palma. Sentí una cosa fría y vi un brillo. La mano se cerró bruscamente. No dije nada. El otro continuó con paciencia como si hablara con un niño:

- Es el disco de Odín. Tiene un solo lado. En la tierra no hay otra cosa que tenga un solo lado. Mientras esté en mi mano seré el rey.

- ¿Es de oro? - le dije.

- No sé. Es el disco de Odín y tiene un solo lado.

Entonces yo sentí la codicia de poseer el disco. Si fuera mío, lo podría vender por una barra de oro y sería un rey.

Le dije al vagabundo que aún odio:

- En la choza tengo escondido un cofre de monedas. Son de oro y brillan como el hacha. Si me das el disco de Odín, yo te doy el cofre.

Dijo tercamente:

- No quiero.

- Entonces - dije - puedes proseguir tu camino.

Me dio la espalda. Un hachazo en la nuca bastó y sobró para que vacilara y cayera, pero al caer abrió la mano y en el aire vi el brillo. Marqué bien el lugar con el hacha y arrastré el muerto hasta el arroyo que estaba muy crecido. Ahí lo tiré.

Al volver a mi casa busqué el disco. No lo encontré. Hace años que sigo buscando.

**FIN**

## Eduardo J. Carletti - DEFENSA INTERNA

PRE es un mundo líquido donde danzan millones de seres, librando una guerra interminable, silenciosa.

Millones. Millones de seres. Luchando.

-1

Martín Anares. Abogado, rico, viejo. Disfrutando su salud recién adquirida. Playa. Soledad. Placer. El sonido imponente del mar golpeando incansable sobre las rocas. Y el sol.

Está tomando pequeños tragos de su jugo. Naranjas. Verdaderas. A su lado, en una carpa de lona plateada, tiene instalado un poderoso equipo de alta fidelidad. Tchaikovsky. Arena que vibra y danza, que se desliza con suavidad hasta las ranuras y se acomoda alrededor de los bafles en dunas pequeñísimas. Casi puede leerse un dibujo lento de ondas sonoras en las formas espesas de los gránulos. Tchaikovsky, Ravel, Mozart, Beethoven. Un recuerdo de estratos sílficos grabados en formas compuestas de partículas ásperas, en sílice, en la roca desmenuzada por el mar paciente. En los milenios.

El hombre tiene sensaciones diversas: Arena tibia entre los dedos. Escalofríos de sal en la espalda. Una frescura dulce en la garganta. Caricia en los oídos; milimétricamente organizada, armónica, perfecta. El sol en un costado: mejilla, cuello, brazo, pierna. Tibieza lenta. Y el rugido continuo. Y la salud; la quietud de la salud.

Nada puede preverlo, pero en un instante todo se deshace en un grito. Martín A, rico, viejo, profundamente saludable, se derrumba en medio del sonido del espanto, las manos aferradas a la cara, mientras el calor rojo, rojo, doloroso, brota entre sus dedos y se desliza hacia el suelo, hacia las dunas del sonido, dibujando un mensaje grumoso, indescifrable, y el golpear de la música marca un destiempo al lento deslizamiento de su cuerpo que cae, cae, cae...

0

Lo inicial fue un punto sensible, casi una nada. Después la explosión, que se infló desde ese centro ínfimo hasta cubrir el todo, la totalidad de la existencia. Y después la sorpresa, el miedo, la soledad; creciendo, entrelazándose, rompiendo esquemas, creando nuevas soluciones y nuevas preguntas para las respuestas de siempre. Y entonces terminó la simulación: la vida se hizo vida. El pensamiento, pensamiento. La existencia temor. El miedo dolor. La conciencia soledad.

Conciencia.

Soledad.

1

Un llamado.

Corrieron a toda velocidad por la retorcida vía hasta encontrarse con los invasores. Con un movimiento perfectamente sincronizado, se abrieron en una esfera amplia y los cercaron de tal modo que no quedó ni una sola posibilidad de escape. Y entonces dispararon los reductores, cada cual apuntando a un blanco



escogido, sin aflojar hasta que el último coren quedó reducido a materia orgánica básica que, arrastrada por la corriente, se diluyó de inmediato.

Luego, sin perder un instante, el bloque se separó en grupos de cuatro, que se lanzaron a un obsesivo, minucioso patrullaje dentro de los límites de la zona de operaciones. Sólo cuando estuvieron seguros de haber aniquilado hasta el último de los enemigos se reagruparon y se dirigieron a la base.

Entonces terminó acc y comenzó lib.

### 1.1

JZiZ enroscó sus miembros en un ovillo apretado y se quedó ahí, silencioso y pensativo, flotando quedamente cerca de la superficie de la vía, a suficiente distancia de donde el grupo había formado el nido, mientras su organismo recuperaba la energía perdida.

Intentando retomar el hilo interrumpido de sus pensamientos, miró con tristeza hacia la maraña de cuerpos. El ruido y el desorden aumentaban a medida que la corriente les iba reponiendo las fuerzas. En poco tiempo el rumor líquido quedó tapado por la algarabía azarosa que generaban sus compañeros. Algunos, los más imaginativos, hablarían de él, criticando sus actitudes de inadaptado y su rareza; los demás se dedicarían a comentar una y otra vez sus impresiones personales de la batalla. Siempre era así. Eternamente.

Más molesto que nunca, JZiZ fue encerrándose en sí mismo, abstrayéndose de la estúpida escena, hasta que pudo concentrarse y seguir con lo suyo.

Y el tiempo corrió. Solitario.

### 2

Ser diferente; ese era el problema.

JZiZ de AXF Veinte/Uno era diferente. Un midein demasiado diferente.

No sólo le molestaba la forma en que se distribuía el tiempo, sino que ya no podía soportarla. Necesitaba meditar; necesitaba pensar. Gastaba el tiempo de lib maquinando ideas a toda velocidad; luego apenas si podía intentar hacérselas comprender a sus compañeros, que no querían aceptar nada extraño, que se turbaban con su sola cercanía, desarticulando sus mentes hasta volverse nulos, incapaces de asimilar un solo razonamiento, y se ponían terriblemente tensos para cuando debían volver a la acción.

Sin embargo, a pesar que le hubiese resultado útil para confirmar sus sospechas, no ocurría nada especial en respuesta a sus transgresiones, ninguna reacción, nada. Y por eso se sentía cada vez peor.

Tenía dudas terribles: ¿Quién -o qué- estaba imponiendo en sus mentes esas fijaciones con respecto al ambiente? ¿Quién hacía -y por qué- que sintieran una necesidad tan tremenda de exterminar a los corens? ¿Por qué debían ser destruidos uno por uno, sin discriminación? ¿Qué los arrastraba a esa guerra cruel e interminable? El veía que algunos de los corens no sólo eran estéticamente aceptables, sino que a veces llegaban a ser hermosos hasta lo increíble. Y no le causaban daño a nadie: sólo se dedicaban a comer todo alimento que se les cruzara por delante y a reproducirse, pero nunca atacaban a los mideins. Entonces... ¿por qué el odio? ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando?

A pesar de haberlo intentado una y otra vez, no podía lograr que sus compañeros lo entendieran. Primero debía traspasar la primera barrera que los incomunicaba: a ninguno le atraía hablar de sus temas. Les interesaba la batalla, el alimento y poca cosa más.

Las conclusiones que podía extraer de miles de charlas frustradas y de la observación continua de sus actitudes eran deprimentes. Sus compañeros - cuando lograba que notaran que existía- demostraban con toda claridad que suponían que estaba loco, que era una rareza. Ellos no sentían ninguna de las "compulsiones" que, según afirmaba él, los estaban arrastrando. ¿Quién se siente obligado a matar corens?, preguntaban extrañados. ¿Quién hace algo en contra de su voluntad, manejado, como pretende JZiZ que ocurren las cosas? Nosotros matamos a los corens porque sí -decían-, porque siempre lo hicimos, y porque si los dejásemos vivir se multiplicarían locamente (eso ya lo sabía) y terminarían por destruir nuestro mundo, devorándolo. Era una cuestión de lógica. Nada más.

Pero JZiZ no podía creerlo. El no estaba loco; estaba seguro. El lo sentía. Atacaba a los corens porque se sentía impulsado a hacerlo, no porque sí o porque lo deseara. Seguro.

Seguro.

### 3

Danzando una danza mortal. Así. Gran cantidad de corens hambrientos invadían las islas. El grupo los combatía con ferocidad; danzando, danzando. El trabajo era durísimo. Consistía principalmente en proteger aquellas islas aún limpias, destruyendo sin piedad a cada coren que pretendía acercárseles, y también en meterse en las cuevas que esos engendros habían perforado en las caídas y eliminarlos ahí, dentro de sus madrigueras, antes de que se reprodujeran y fuera tarde para salvarlas.

La lucha -o mejor dicho "la matanza"- era atroz; un caos terrible. Miles y miles de corens caían bajo los reductores, mientras que los mideins se mantenían indemnes: no había ninguna reacción estructurada por parte de sus enemigos, nada que pudiese dañarlos. La cosa estaba tan bien calculada -pensaba JZiZ en los instantes de respiro- que poco a poco, desde el momento en que había llegado, lo que había sido un avance progresivo de los corens se había vuelto un retroceso implacable en sus posiciones. Todo parecía demasiado bien calculado para ser un "impulso", un simple deseo general de los mideins de eliminar a los corens "porque sí". Ese ballet inmenso, esa coreografía perfecta no parecía obra de la casualidad. El azar no podía ser tan parcial en sus definiciones, sino todo lo contrario: tenía que dar resultados más distribuidos, más cercanos a los porcentajes probabilísticos.

La deducción de JZiZ se hacía inevitable; estaba ocurriendo algo raro, algo que él presentía desde que tenía memoria y que le producía una sensación lenta de miedo: los estaban manejando; los impulsaban hacia la destrucción, hacia la matanza.

Y así muy pronto terminaron con su ballet de muerte, perfecto y tenaz. Terrible.

Ya habían aniquilado a los corens, de modo que se reunieron prolijamente, pasando a tiempo de lib. JZiZ, como siempre, se aisló del grupo, concentrándose de nuevo en sus pensamientos dolorosos. ¿Cómo podía hacer para convencerlos? ¿Cómo podía hacerles entender lo que sentía -que estaban siendo manipulados por un algo invisible e inaudible- cuando creían ser ellos los que lo hacían porque querían? ¿Cómo?

Y entonces, de repente, tuvo una idea.

#### 3.1

Aplicó su plan en el siguiente período de acción.

Estaban rodeando a un cúmulo apretado de corens horribles, verdosos y delgados como alambres, y los iban eliminando inexorablemente. De pronto, oponiéndose con furia a la compulsión que empujaba desde su interior, dejó de disparar y se apartó de su puesto de combate. En el momento preciso en que desconectaba el disparador, su mente se convirtió en una llamarada cruel, que gritaba una orden urgente, dolorosa: ¡Destruir! ¡Destruir!, pero él se resistió con toda su voluntad, tratando de observar qué ocurría.

Sus compañeros seguían luchando con vigor, disparando los reductores a una velocidad de vértigo con una efectividad absoluta. A pesar de todo había una pequeña brecha en el cuerpo general del ataque por la que escapaba un coren de cada mil: el hueco que había dejado él; había logrado romper el esquema de la batalla, inclinando la suerte hacia el lado de sus enemigos.

Para JZiZ, eso demostraba algo evidente: todo aquello no ocurría por casualidad o por un deseo de cacería que nacía dentro de cada uno de ellos ante la vista de los corens -como pretendían los otros mideins-, sino que era algo programado minuciosamente, con un cálculo tan exacto que la falta de uno, sólo uno, desbalanceaba la lucha y la volvía estéril, ya que los corens que escapaban se reproducían tanto o más rápido que lo que morían los atrapados. Era su confirmación; lo que había estado esperando.

Cediendo a la tensión que presionaba su cerebro, que se había vuelto tan insoportable que amenazaba con llevarlo a la inconsciencia, volvió a su puesto, viendo que sus compañeros lo miraban con furia. Sin hacerles caso, mató sistemáticamente, uno tras otro, a los corens que le correspondían, sin preocuparse por los que habían escapado. Aquel algo que los dominaba se ocuparía de ellos. Seguro.

### 3.2

Lo siguiente que aprendió fue que sí era castigado por sus desviaciones, sólo que la pena no se le aplicaba a él solo -un golpe colérico de Dios sobre su cabeza- sino a todos y cada uno de los integrantes del grupo.

¿Haraganeando, eh? -parecía decir el ignoto dueño- Muy bien, ahí va: Inmediatamente después de cada tiempo de acción venía uno de libertad, o al menos eso era lo que recordaba JZiZ hasta el pasado lejano, donde sus recuerdos se perdían en una nebulosa sin sentido, y así supuso que ocurriría luego de aquella masacre. Sin embargo, cuando el último enemigo fue eliminado, la compulsión los llevó a lo largo de un enrevesado laberinto de vías hasta que encontraron otro cúmulo de esos corens largos y verdosos y debieron luchar nuevamente.

Esta vez ni se le ocurrió desobedecer. Estaba necesitando con desesperación un tiempo de libertad para ponerse a meditar. Habían pasado muchas cosas; justamente aquellas que había esperado tanto tiempo. Así que peleó como debía hasta que destruyeron al último invasor. Entonces acción terminó y llegó libertad.

### 4

JZiZ, luego de contestar con dureza las increpaciones de sus compañeros, pudo meditar largo rato. Por suerte nadie le achacó culpas por el doble trabajo, sino que lo llamaron cobarde por haber dejado escapar a todos esos malditos enemigos en lugar de tratarlos como las sucias basuras que eran. ¿Qué clase de midein era que no sentía bullir en su interior el deseo de guerra ante la vista de un coren? ¿Qué le estaba pasando? ¿Estaba loco?

Cuando se respondieron a sí mismos que sí, que era evidente que estaba loco, lo dejaron en paz. Y entonces pudo pensar.

Llegó a una conclusión de inmediato: el segundo grupo de corens había nacido, con seguridad, de la reproducción superveloz de los que había dejado escapar; así que, más que un castigo, la prolongación de las acciones había sido una consecuencia de su rebelión. De cualquier modo eso no tenía por qué significar que no existía un designio superior para sus movimientos, todo lo contrario: ellos podrían -si lo que estaban haciendo al matar a los corens era algo así como una distracción o un deporte- haber quedado satisfechos con el primer combate y haber tomado por sí mismos un período de descanso. Sin embargo habían sido enviados (él lo sentía así; sus compañeros seguramente dirían que habían ido por su propio deseo) a luchar con el segundo grupo de invasores, que se encontraba lejos de ellos y, en consecuencia, fuera del alcance de sus vistas. De todo eso se deducía con facilidad la existencia de un plan, un designio que debían cumplir. De algún modo y por alguna razón eran esclavos que debían obedecer sin quejarse -y sin saber que eran manipulados- a un amo ignoto y poderoso.

Pero, ¿a quién? ¿Y por qué?

#### A. MORFOLOGIA

Imaginemos un corto cilindro de extremos redondeados. Pongamos en uno de ellos una miríada de órganos sensorios. Muchos, muchísimos. Ahora dotémoslo de movimientos. ¿Cómo? Bien, veamos el entorno: largos túneles de diámetro variable, por donde circula una corriente veloz, imparable, impulsiva. Supongamos que desea avanzar a favor de la corriente. Muy bien: dejarse arrastrar. ¿Y si desea ir en contra? Veremos que extiende unas largas antenas, con las cuales se va aferrando de las paredes, y así va avanzando, simplemente tirando de ellas. Sin embargo, si espiamos sus pensamientos veremos que para él no existen esas extensiones. Pero no hay que asombrarse, es sólo una defensa de la mente: no sabemos por qué, pero una prohibición inserta en los abismos de su memoria le impide tocar las paredes. Un tabú. Así que su conciencia, defensivamente, ignora partes de su cuerpo para convencerse de que está cumpliendo el oscuro mandato. Extraño. Pero efectivo.

¿Y la alimentación? Simple. Proviene de la fuente de energía más inmediata y más fácil de utilizar: la corriente que atraviesa su cuerpo por conductos adaptados maravillosamente, generando un rumor interno casi imperceptible.

Y eso es todo. Casi todo.

#### 4.1

JZiZ sufría.

Había obtenido una prueba, pero el hecho posterior, el "castigo", le cerraba los caminos hacia la comprensión de sus compañeros. No podía -se daba cuenta perfectamente- usar el método de la desobediencia para mostrarles la realidad de su teoría, ya que no sólo atraería odio, resentimiento y desprecio antes que entendimiento, sino que, si otros decidían seguirlo y desobedecer, podría producirse una catástrofe. El efecto podía ser explosivo. Si la deserción de uno solo había causado el nacimiento de una masa nueva de enemigos -y sus consecuencias ulteriores- nadie podía saber qué podía pasar si más de uno o todos cometían el mismo desliz.

Su mente reaccionaria se sintió aplastada ante el hecho. Había podido comprobar lo que sospechaba: era manejado, y esa misma revelación le había mostrado hasta qué punto lo era, ya que aún sabiéndolo no podía oponerse; ese algo manipulador se había ocupado de darle una buena demostración de lo que pasaba cuando se desobedecía. Ahora le costaría mucho más hacerlo, ya que tenía miedo, mucho miedo. Estaba mucho más atrapado que antes. Más que nunca.

5

A esta altura de las cosas se le ocurrió la idea final, a partir de un razonamiento que se podría resumir más o menos así: para poder estudiar el asunto necesitaba libertad ilimitada. ¿Cómo obtenerla?

Si se apartaba de su obligación en medio de una batalla se producía una reacción negativa por parte del entorno que lo obligaba a retornar a su puesto. Además estaba la compulsión que apretaba su mente, a la cual podía resistirse durante cierto tiempo, pero no continuamente, ya que el premio por aguantarla no iba a ser otra cosa que la locura. Entonces, ¿qué podía hacer?

Tal vez dosificar su desobediencia.

No fue una idea que le naciera de repente. JZiZ buscaba escapar lo más pronto posible, ya que tenía la sensación extraña de que su vida era inútil, que se escapaba tontamente de sus manos, esclavizada por aquel "algo" que los manejaba. Por esa razón todos sus primeros planes fueron muy extremistas. ¿Y si se alejaba del grupo a toda velocidad durante un período de lib? ¿Y si disparaba contra sus compañeros en lugar de hacia sus enemigos? ¿Y si desertaba de la acción para siempre?

Cuando, luego de un largo y laborioso planteamiento lógico, por fin llegó a la solución, todos y cada uno de estos planes fue desechado por su mente: tendían demasiado hacia el caos, hacia la catástrofe, hacia la entropía. Le gustaba más hacerlo así, aunque fuese más lento: dosificando.

Comenzó con un estudio de sus propios movimientos. Estaban en la vía BBZ2811ZTL, en una intersección de caminos tortuosos, dónde aparecían, desde el sector BBZ28, pequeños grupos de corens. Cuando llegaban, él y sus compañeros disparaban los reductores: zzzzzp blup, zzzzzp blup, zzzzzp blup, y los corens desaparecían en un estallido lento de materia orgánica. Imponiéndose un tiempo interno, logró cronometrar el ritmo de sus disparos; zzzzzp blup (tic tic), zzzzzp blup (tic tic), zzzzzp blup (tic tic), y así sucesivamente. Entonces bajó la velocidad.

Zzzzzp blup (tic tic tic), zzzzzp blup (tic tic tic), manteniendo tres períodos entre disparo y disparo, lo cual disminuía un poco la eficacia del grupo, pero no tanto como para que su lentitud no pudiese ser compensada por sus compañeros. La única respuesta molesta fue que apareció una presión en su mente y se quedó ahí, empujando con una persistente -pero no fuerte- tensión, ordenándole con voz hueca que aumentase el rendimiento.

(Como un eco: Rendimiento. Rendimiento. ¡Rendimiento!)

Pero la resistió.

Cuando terminó la lucha y pasaron a tiempo de libertad, no hubieron represalias. Lo había logrado.

¡Lo había logrado!

5.1

La siguiente vez fueron cuatro tics, luego seis, más tarde diez. Y así siguió agregando cada vez más, más, hasta que al fin, luego de múltiples períodos de acción, el resultado fue, además de un leve sopor mental bastante diferente al infierno que había sufrido la primera vez, la libertad absoluta que había deseado tanto. Estaba libre.

Libre.

¿Y ahora qué? ¿Qué le esperaba?

## B. TEOLOGIA

Temed a Dios. Honrad al Rey.

Pedro, Epístola General I

No os engañéis;

Dios no puede ser burlado:

pues todo lo que el hombre sembrare,

eso también segará.

Gálatas 5,6

Tomemos una especie inteligente; la humana, por ejemplo, para mayor facilidad. Supongamos que necesitamos dominarla, lograr un propósito. ¿Interesante, no?

Imaginemos entonces un mundo poblado por hombres armados con las mismas armas que sus dirigentes: no hay forma visible de dominarlos. Los dirigentes deberían tener una forma de imponer su mando, una forma de reprimir, o al menos una forma de disuadir. Pero si la mayoría se encuentra armada en forma igual o similar a la minoría, ya no habrá forma de lograrlo.

Sin embargo, digamos ahora que la minoría sí tiene un arma más, un arma que esa mayoría no dispone, o mejor dicho, que no usa intensamente: la inteligencia. Entonces la minoría imagina una forma psicológica de dominar a los otros. Y si esos otros poseen brazos fuertes y armas similares a las suyas, la minoría pondrá delante de sus narices una fuerza superior.

¿Pero cuál?

Tal vez una fuerza desconocida, misteriosa, intangible.

El comienzo de una Religión.

Revisemos un poco la Historia: los dioses primitivos eran muy irritables; descargaban rayos y otros castigos en las cabezas de los que desobedecían sus órdenes. Dominaban por el miedo. Destruían ciudades pecadoras y hasta ahogaban a todo un mundo si las malas acciones se extendían. Cuanto más potentes fueran sus manifestaciones de enojo, más poder tenía ese dios. O -y esto ya no es tan evidente- sus ministros en la Tierra, los inteligentes de la minoría, que por fin habían encontrado el modo de dominar y que casualmente eran los "elegidos" por ese dios para representarlo y cuidar el cumplimiento de sus leyes.

Miedo. Una forma de dominar mentes primitivas. Miedo a Dios. Al castigo espantoso después de la muerte. Al Infierno. A lo intangible. Miedo. Miedo.

Algo muy útil. Muy interesante.

Huir. Su primer pensamiento: Huir. Huir.

Temía represalias. Y, aunque no podía imaginar cómo, tenía miedo de perder lo que había ganado. Así que se alejó enseguida del mundo que conocía, empujado por el temor omnipresente y la necesidad de liberar su cerebro de las compulsiones que lo seguían presionando en silencio.

Un instinto escondido lo llevó a avanzar en contra de la corriente. Como en realidad no sabía a dónde ir, cualquier camino parecía bueno. Elegía al azar entre las posibilidades incontables que se le presentaban en cada encrucijada de vías. Lo único que le importaba era escapar, ir bien lejos, alejarse de su vieja esclavitud.

Poco a poco, sin tener conciencia de cómo lo hacía, lo fue logrando, aunque las vueltas y revueltas del camino tendieran a confundirlo, a llevarlo de regreso a su punto de partida en una gigantesca peregrinación circular.

Avanzó sin incidentes durante muchos golpes. El entorno no cambiaba; a pesar de la distancia todo se mantenía igual al mundo que conocía de siempre. Muy pronto, ante la monotonía del avance, se sintió desorientado: la continuidad de su libertad y la falta de variantes en el viaje le producían un efecto de dilatación del tiempo, como si éste hubiese dejado de transcurrir y todo se desarrollara en un mismo momento estatizado. JZiZ, sin darse cuenta, empezó a contar los golpes, usándolos como mojones para dividir su libertad en trozos reconocibles. Veinte golpes eran una jornada suficiente para el avance, así que luego de ese lapso dedicaba un tiempo a la meditación y luego continuaba.

Al principio del camino se cruzó con un midein desconocido, el primero que veía fuera de su grupo desde el comienzo de su nebulosa vida. El encuentro lo dejó sacudido, ya que nunca había creído que hubiesen más mideins que los pocos miles que había conocido siempre. Sentía una sensación extraña, algo así como si esa escena la hubiese vivido antes, como si ese midein estuviese relacionado en forma íntima con él y su fuga. La imagen le quedó grabada (la figura difusa del otro cruzándose con él como un relámpago) y lo persiguió largamente.

Pasó bastante tiempo hasta que dejó de sentir en su mente la presión de las compulsiones. Se dio cuenta porque podía pensar en forma mucho más clara, más libre. El hecho le produjo tanto miedo como felicidad, porque de pronto se sentía solo, muy muy solo, y pensaba: ¿Quién puede dirigir las mentes de miles de mideins con tanta exactitud, orden y precisión? ¿Quién puede lograr un dominio tan absoluto?

Encontraba una respuesta con facilidad, pero la llevaba escondida debajo de un pliegue de su conciencia. Porque tenía miedo. Muchísimo miedo.

Estaba solo. Solo. Solo.

En los momentos más dolorosos de su soledad se detenía a descansar de ese miedo atroz que lo perseguía constantemente, con saña terrible. Tenía su libertad, lo que siempre había deseado, pero no resultaba como lo había imaginado.

¿Era libre?

A medida que la realidad se iba mostrando más y más clara, más detectaba JZiZ la burla, el castigo sutil contenido dentro del premio que había creído obtener con su rebeldía. Sus pensamientos no llegaban a ser claros; no tenía motivaciones, ninguna razón para existir. Estaba solo. Y la soledad mental resultaba tan opresiva como la falta de libertad.

El miedo estaba en todas partes. Un miedo terrible que lo mantenía inmerso en un infierno desatado. Se había librado de esa guerra absurda, había dado la

espalda a todo por la libertad, la libertad para pensar, para ser, y ahora esos miedos, incrustados en lo profundo de su cerebro, no le permitían disfrutarla.

No podía pensar nada, nada en absoluto.

Con dolor, iba logrando pequeños retazos de la oscura topografía de su inconsciente. Descubría poco a poco, pulsando áreas sensibles, palpando heridas abiertas por el miedo, probando el dolor que le producía cada situación, las aristas y filos desgarrantes que su amo -¿su Dios?-, tal vez previendo la traición, había sembrado por debajo de las blandas capas de su conciencia. Artera e inteligentemente.

Había una cantidad de cerrojos; JZiZ luchaba para poder abrirlos. Su meta era la sabiduría, ya que no soportaba esa neblina de nada que cubría su conocimiento del mundo, del universo, de sí mismo. Pero por cada cerrojo que abría se disparaba un arma lacerante, que se lanzaba enloquecida a morder, a destrozarse a dentelladas, zarpazos, tajos y desgarrones los pensamientos hilvanados con lentitud y esfuerzo. Y estas armas estaban construidas de una materia cruel, tan inatacable como el centro de un agujero negro: el miedo, los miedos, que habían sido instalados con paciencia detrás de cada descubrimiento, de cada aprendizaje. Sembrados minuciosamente. Por alguien.

¿Su Dios?

Y su Dios había dejado escrito algo más en esos subsuelos recónditos, que JZiZ desenterraba con la lentitud del dolor; un claro mensaje: Que todo eso venía de él, decía. Que todo eso lo había programado él. Que él no era una fantasía, que él existía. Y que no estaba permitido salirse de su camino.

Y también estaba escrita la información para llegar hasta ese mensaje, y así sucesivamente, una dentro de otra hasta el infinito, la información para llegar a donde se quisiera. Estaba todo. Todo pensado. Escrito en sus estratos cerebrales. Un plan indeleble, complejo e indescifrable, que no debía ser detenido o abandonado.

Y él se había salido.

Estaba afuera.

¿Afuera?

7

JZiZ se hundió con más y más profundidad en complejas meditaciones. El concepto de culpa comprimía sus pensamientos en forma peor que la compulsión de la que se había liberado. Se sentía culpable, culpable. No había nada que pudiese servir de atenuante. Casi deseaba que llegasen otra vez las órdenes, o impulsos, o como se los quisiera llamar y volver a encontrarse cuerpo a cuerpo con los invasores.

Pero estaba solo. Muy solo. Se cruzaba con bandadas y bandadas de corens y no podía hacer nada. Si disparaba o no la cosa permanecía igual: la velocidad de reproducción de esos entes era diabólica, de modo que compensaban en seguida cualquier pérdida que les pudiese causar. Además, un episodio terrible que había vivido recientemente lo llevaba a mantenerse alejado de esas nubes de enemigos: en una ocasión apareció un grupo de mideins que atacó con furia a la masa de corens, la deshizo, eliminando hasta el último, y luego se retiró a toda velocidad, sin hacer caso a sus interpelaciones desesperadas, como si él no existiera. JZiZ había quedado impactado negativamente por el hecho, comprendiendo que una repetición de la situación lo empujaría hacia la locura.



De ese modo, solo, tremendamente solo, JZiZ hizo un último análisis: había tenido a su disposición, por fin, la posibilidad de aprender, de usar un tiempo ilimitado de lib para investigar y contestar los innumerables interrogantes que anidaban desde siempre en su cerebro, pero en realidad... ¿quería saber?

Miedo. Siempre estaba ahí el miedo.

Se dirigió en una peregrinación enloquecida en contra de las corrientes. Algo le decía que tenía que buscar la fuente del fluido, encontrar qué lo impulsaba. Viajó ciegamente a lo largo de incontables vías, tomando por una cantidad casi infinita de derivaciones, mientras su mente se deterioraba y las vías se hacían cada vez más reducidas; el mundo se comprimía, se achicaba.

En contadas ocasiones se cruzó con otros mideins. Como parecía estar decretado definitivamente, fue ignorado una y otra vez. Esas vías cada vez más estrechas parecían requerir esfuerzos menores, de modo que sólo se veían patrullas ocasionales de uno a cinco mideins. A medida que el diámetro de la vía se reducía las "patrullas" eran cada vez más esporádicas, hasta que empezó a ver un midein sólo cada miles y miles de golpes.

El avance empezaba a ser dificultoso. Su cuerpo rozaba una y otra pared y eso le parecía, sin saber por qué, el sacrilegio más terrible. Pero no podía evitarlo, y eso precipitaba la disgregación de su inteligencia. Debía llegar, llegar, llegar. ¿A dónde?, se preguntaba obsesivamente. A la fuente, al comienzo contestaba su mente con un graznido. Y así seguía. Rozando las paredes que no debía tocar, gritando a cada contacto. Con su mente arrancada a pedazos.

8

Incontables golpes después de la liberación, JZiZ, convertido en una ruina no pensante, llegó al final del viaje. Se encontró de pronto atrapado entre las paredes de la vía. Al frente el camino seguía estrechándose, cada vez más y más y más, y la corriente venía desde la distancia, de mucho más allá de lo que él podía alcanzar.

La presión de las paredes sobre su cuerpo lo terminó de enloquecer. Estaba obstruyendo la corriente; era inconcebible. La última jauría de perros rabiosos, el enjambre final de demonios destructores se soltó de sus débiles cadenas, destrozando lo poco que quedaba. Apuntó su reductor contra la pared de la vía (contra la pared, contra la pared...) y disparó. Se encontró de pronto resbalando por un corto túnel, un nuevo camino abierto por su locura, empujado por la corriente imparable, y de repente empezó a caer, caer, caer; vertiginosamente.

Por un instante tuvo enfrente la mole inmensa y oscura de su Dios, recortada sobre un resplandor inmenso, infinito, que arrancó de su mente el último hálito de conciencia.

Cayó.

Cayó en un abismo.

### C. LOGICA

A: E.M.M.

De: D.M.D.

Tema: Criterio a usar para definir la "personalidad" del programa principal de los defensores. Dado que es difícil construir una personalidad compleja en base a una necesidad no demasiado específica, propongo analizar la posibilidad de "copiar", si cabe la palabra, el esquema principal de la personalidad de un ser

humano. Según recientes notas en SA y RIB se ha podido formar un esquema bastante complejo del ser humano, basándose en billones de descripciones de actitudes de personas corrientes, tomadas del área PSICOLOGIA del banco mundial de datos. El programa fue generado y corre bajo KARKUS, el sistema operativo de simulación de la UTB. Adjunto fotocopias de los artículos.

A: D.M.D.

De: E.M.M.

Tema: Personalidad de los defensores. Buena idea. ¿Como manejarlos? (Me los imagino demasiado humanos.)

A: E.M.M.

De: D.M.D.

Tema: Cómo manejarlos. Tengo una idea en gestación. Lo hablamos el viernes personalmente. (PD: para adelantarte algo, te adjunto TEOLOGIA, una vieja anotación de mi cuaderno que pega muy bien con el tema.)

POST

En la línea FoVi del Presidente de Quax Electrónica S.A.:

...Sí señor, comprendo su molestia, pero comprenderá que su caso es único; en veinte años de implantaciones no ha sucedido un caso como... No señor, lo que le ha ocurrido nunca había pasado, es un caso excepcional, absolutamente excepcional. Nuestros microautómatas son los mejores que podrá encontrar en plaza, aquí y en el resto del mundo... Bueno, sí, el caso es que ocurrió. Nosotros comprendemos perfectamente su enojo. ¿Cómo? Sí, sí. Tenemos el informe del médico. ¿Fue una perforación pequeña pero dolorosa en su mejilla derecha, verdad?... ¿Cómo? ¡¿Hemorragia también?! Bueno, lo lamento. Lo lamento mucho. Nuestros mideins son lo mejor, lo más avanzado que tenemos, señor. Los microautómatas de defensa interna más evolucionados que jamás hayan sido lanzados al mercado. Como comprenderá, sus cerebros son increíblemente complicados. Usted tiene millones en su cuerpo, y ya son billones los que hemos implantado hasta el momento en muchísimos clientes, así que uno que ha fallado, espero que comprenda, no cambia tanto las cosas como para que desee devolverlos... ¿Qué? No señor -y perdone que me ría-, de ninguna manera; es absolutamente contrario a su programación que el autómata ataque el cuerpo que lo alberga en lugar de destruir microorganismos, bacterias y toda clase de corpúsculos enemigos de su salud. ¿Cómo? Ah, sí, sí. En este caso, le repito, ha ocurrido algo excepcional, ya que -según dedujimos- el microautómata dejó de cumplir con su programa directivo y luego, después de recorrer parte de su torrente sanguíneo, decidió dirigirse al exterior de su cuerpo. Sí, los especialistas están asombrados. La "mentalidad" de estos entes cibernéticos es bastante complicada, pero, eso sí, muy sólida. Sólo habían ocurrido, hasta ahora, casos de detención total -que es lo que le sucede al autómata cuando el autodiagnóstico indica un error-, y su posterior reemplazo por alguno de los cientos de miles que hay de repuesto. Es más, si usted pudiese leer el lenguaje en que está programado, notaría enseguida como ve el autómata al cuerpo que lo hospeda: como su Dios absoluto y todopoderoso. ¿Me entiende? ¿Se da cuenta de que lo que pasó fue un caso excepcional, casi imposi...? ¿Cómo? Ajá, sí. Daré orden de que le descuenten el alquiler del último mes, señor. Así le compensaremos las

molestias que sufrió. Y no dude en consultar conmigo cualquier duda que se le presente, cualquier proble... (y otras cosas por el estilo).

**FIN**

## Rafael Castelman - **CRIONISMO**

El extraño título merece una explicación para el profano, pese a que el método empieza a ser empleado frecuentemente y el término conocido por los hombres de ciencia. Es un nuevo matiz del esnobismo, que busca la utopía de la inmortalidad como el mosquito la luz, y que el físico Robert C.W. Ettinger define así: «La tesis se basa en un hecho sencillo: en opinión de los expertos, si un cuerpo es congelado inmediatamente después de la «muerte clínica» y conservado a la temperatura del nitrógeno líquido (3200 Fahrenheit bajo cero), no se producirá virtualmente ninguna nueva deterioración por tiempo indefinido».

Tal preámbulo es necesario para mejor comprensión del lector de los hechos que me han sucedido, de los que he sido testigo y víctima y que me han llevado al estado en que me encuentro.

Condenado a muerte. Puedo afirmar bajo juramento que no me hace temblar el menor asomo de pavor viéndome en tales circunstancias. No me he aferrado a necesidades tales como observar los dibujos caprichosos del humo de mis cigarrillos. (Bueno, míos no, del guardián, que se empeña en tenerme lástima y en mantener una postura benévola francamente ridícula. Me recuerda al practicante que me daba caramelos cuando me dejaba poner la inyección sin llorar. El no me da caramelos: me da tabaco y me mira con los ojos húmedos de perro pachón) Tampoco he creado figuras geométricas imaginarias en los baldosines que adornan la celda, ni me ha preocupado el desplazamiento de las sombras que en la pared provoca el enrejado cuando amanece, o cuando el sol oculta la cabeza bajo su almohada de nubes algodonosas y cobrizas.

Porque desde la celda se ve el campo, infestado de gente que sufre, padece y sobrevive buscando bellezas inexistentes e imaginando utopías. Y a veces me pregunto: «¿A quién separa la reja de quién?»

La muerte de un hombre es breve y desagradable, como el sonido del mecanismo de limpieza de un W.C. Pero, más que nada, es breve. Infinitamente efímera. La vida es una cadena, un dédalo de porqués y de dudas; una erosión mental continua y una invisible lija que merma toda facultad a base de días.

No tengo miedo, no. Una vez despojado brutalmente de la belleza de Greta-Li, una vez deshecho moralmente al no poder contemplar su silueta ni disfrutar de su aliento ni de sus caricias, todo lo que signifique sufrimiento pierde sentido y fuerza coactiva desde su punto de vista físico. Quien haya amado profundamente, hasta el padecimiento cerebral, estará de acuerdo conmigo en que la privación del ser querido convierte la existencia en un hondo volcán en erupción a cuyo lado las amenazas, los malos tratos y las torturas disciplinarias corporales pierden su carácter terrorífico y hasta llegan, por comparación, a parecer caricias.

En principio, la culpa fue del capitán Baarn, un viejo marino con quien había trabado una amistad imperceptible. O sea, de las mejores. Baarn era condescendiente, mesurado, mareante de garantía y pirata eficaz. Sus tráficos de coral y algas especiales para productos químicos rozaban el esclavismo, ya que explotaba a los buceadores nativos del trópico pagándoles jornales míseros y contemplando con la mayor de las beatitudes cómo aquella pobre gente se quemaba los pulmones para engrosar su bolsillo y el de los armadores. Pero está escrito en la Biblia que sin malicia no hay pecado, y en el de Baarn no lo había: para él, todo individuo de piel oscura capaz de resistir determinado número de

segundos bajo el agua era susceptible de ser explotado, ya que sonreía al emerger. «Si sonrío, es que no sufro», se decía. Y su conciencia subsistía en una perpetua y estólida vacación.

A Baarn le molestaban mi oscurantismo, mi retraimiento y mi condición huraña. No concebía el encierro entre paredes que no fuesen las de un camarote. Necesitaba tener el mar junto a sí, frente a su mirada. Las olas, las mareas y la espuma le liberaban segundo a segundo en imperceptible tictac. Para él, yo era un loco, un trasnochado, un psicópata capaz de vivir entre libros y colecciones sin más compañía que la de mi criado-valet-cocinero Svensky.

Svensky merece párrafo aparte. Era un polaco manco a quien recogí y saqué casi en volandas del vagabundeo y el delito sistemático cuando medraba en los barrios de Glinka recogiendo colillas y exhibiendo su muñón para mendigar y obtener algo de calderilla: la suficiente para emborracharse. Nuestro encuentro merece la pena transcribirse, por lo humano y por lo sincero.

- ¡Caridad para un pobre mutilado, caridad! - había musitado, remangándose la sucia camisa de sarga y poniéndose bajo las narices la cara grotesca de su miembro amputado sobre el codo.

- ¿Es de la guerra, buen hombre?

- No señor. Es un corte de mangas del destino - no trataba de hacerse el gracioso; hablaba con perfecta seriedad.

- Toma esta guinea, buen hombre - aflojé la bolsa, sintiéndome caritativo -; con ella podrás comer un par de días.

- No comeré con esa guinea, señor - me dijo, tomándola con presteza con su única y ágil mano.

- ¿Que no? ¡Pues no esperes que te dé más!

- No lo espero, señor. El señor ya ha sido bastante amable y generoso. Pero no comeré con la guinea que me ha dado...

- ¡Con ella podría comer un regimiento!

- Sí; no lo dudo. Pero yo no comeré con la guinea del señor. Me emborracharé como un piojo y soñaré con Banek, el sargento que violaba a las mujeres sin quitarse el cigarro de la boca; y con el viejo Boris, que sigue convencido de que va a pescar algo, si no se ha muerto todavía de tanto mirar al agua. Y creeré entonces que las estrellas se comen, y me las comeré...

Le llevé a casa y le puse una semana a prueba. Sólo me robaba el vino y el licor que caía en sus manos, pero por lo demás era puntual, insobornable y devoto de su patrón. Borracho o no, cumplía mis órdenes a rajatabla. Hablaba poco y no se tomaba confianzas. A fin de semana le concedía un día de fiesta y un sueldo, y medio lunes para que pudiese recuperarse de la talanquera, cosa que hacía con rara habilidad cogiendo otra nada más despertarse.

Cuando Baarn se empeñó en hacerme cambiar de vida, Svensky llevaba tres años a mi servicio. Su estatura, sus ojos rojizos y vivos y su pelo de estopa impresionaban al marino, que le tenía cierta sorda aversión y quién sabe si algo de temor intuitivo.

- ¿Por qué sigues teniendo a ese parásito en casa? - solía preguntarme.

- No es un parásito. Habla poco o nada, trabaja y no se mete en lo que no le importa. Si le hubiese dejado en los muelles, habría acabado despanzurrando prójimos por tres o cuatro céntimos. Le he rehabilitado y me es útil. ¿Qué más quieres?

- No sé... Tiene algo... Hablando claro: no me cae bien.

Un día que el capitán había venido a cenar a casa, llegado el momento ritual de los habanos, me preguntó después de apagar la cerilla, frunciendo el ceño sobre sus ojillos claros enterrados entre arrugas:

- ¿Por qué no te casas?

- ¿Con quién? - me eché a reír a carcajadas -. ¡Soy un gruñón solitario y no de muy buen ver...! ¡Es difícil aguantarme, a menos que se sea un taciturno apático como Svensky! Además, aún no he encontrado mi tipo, mi ánfora platónico perfecta... todavía no la tengo siquiera bien definida en mi subconsciente. Y, ya que tocamos el tema, ¿por qué no te casas tú?

- Lo hago - rió de medio lado Baarn -. Lugar donde fondeo, matrimonio al canto. Lo de la novia en cada puerto, como todos los tópicos, es una verdad como un templo. Y como no soy muy exigente...

- Ya. Pura función fisiológica.

- Llamémoslo ritual. No centro mi vida en ello: hay cosas más trascendentes...

Quedamos unos segundos en silencio, fumando, y mirando el chisporroteo de las llamas. El marino habló el primero:

- Te propongo algo que te sentará bien. Embárcate conmigo. Un viaje al trópico es lo que está pidiendo a gritos ese color de pergamino cadavérico que se te ha puesto... Zarpo pasado mañana. Un asuntillo de coral y algas, como siempre. Tengo sitio de obra, el paisaje merece la pena y -me guiñó un ojo cómplice- las nativas...

Lo pensé un rato. La idea no estaba mal... no estaba mal del todo... Las cuatro paredes sobaban. Todos los libros, los papeles y las elucubraciones, también.

Me veía ya con el torso desnudo, con mi barca fondeada en una playa de arena finísima, recogiendo conchas y robinsoneando a mis anchas. ¡Libertad de cuerpo y espíritu!

En cierto modo, Baarn tenía razón: debía salir de mi caparazón de misantropía por un mes o dos.

- ¡Acepto! - me decidí -. ¡Quién sabe si allí está enterrada mi ánfora platónico!

Nunca pude sospechar la verdad tan alucinante que se escondía tras la aparente intrascendencia de mi broma.

Llamé a Svensky y le pedí que trajera la botella de «scotch» de las grandes ocasiones. Cuando la puso sobre la mesa, observé que el nivel había bajado considerablemente desde la última solemnidad, y que los claros ojos del polaco manco brillaban de forma insólita, como zafiros recién extraídos de la roca de su tez cuarteada.

No dije nada: la proposición de Baarn me había puesto de buen humor, con un estado de ánimo que rozaba la euforia, y hasta olvidé que tenía que estar disgustado por el último que había sufrido.

Bibliómano y papirómano impenitente, coleccionaba todos los infolios que caían bajo mi vista, y, días atrás, hurgando en los tenderetes de los librereros de viejo, hallé unos textos autógrafos de Voltaire en un establecimiento.

Por extraña coincidencia, al hojearlos cayó al suelo una partitura. El propietario de la librería, un húngaro con aspecto de profeta románico que se parecía a Marx, la recogió, miró y remiró.

- Lo siento, señor, pero me quedo con este incunable. No lo incluyo en el precio de los papeles que se lleva - me dijo.

- ¿Por qué no? - me extrañé.

- Es una sola hoja, pero vale mucho. Es una partitura autógrafa de Brahms... Dieciocho o veinte compases... tal vez un capricho, una inspiración momentánea

del compositor... El caso es que su firma figura al final de la melodía, ello es indudable... Me la quedaré para mi colección particular. Este trozo de papel amarillento tiene un valor incalculable, y, como tal, lo guardaré para mí. Lo crea usted o no, señor, a veces quienes vendemos documentos antiguos sufrimos tanto o más que ustedes al despojarnos de ellos.

»Sé perfectamente que la bibliomanía posee caracteres patológicos, como la filatelia y, si usted me permite, el fútbol... No: no venderé esta partitura... Sé que a usted le duele no llevársela, señor, pero póngase en mi caso, porque puede hacerlo al compartir mi devoción por los documentos antiguos. Ahora hay maníacos para todos los gustos -rió, si reír puede llamársele a enseñar unas encías almenadas de dientes verduscos- sin ir más lejos, la gente puja por la banqueta que ocupó en prisión el general Salan, por el orinal que utilizó el «Ché» en su último cuartel general y por un quiste de ostra, llamado perla, más o menos grave. Hay individuos cuyo preocupación más importante es el lugar donde se encuentra un sello con el águila imperial cabeza abajo... Somos fetichistas natos y no podemos evitarlo...

Mi enfermedad de coleccionista aumentó en diez grados de fiebre. Quería aquella partitura fuere como fuere, y, después de mucho insistir y ofrecer un precio que me dejaba prácticamente sin saldo, llegamos a un acuerdo y el comerciante cedió, aceptando el cheque con expresión compungida.

Llegué a casa frotándome las manos de satisfacción, creando mentalmente el instante en que mi compañero y antagonista bibliómano Phipps, un inglés escueto y ponderado, palidecería o se ruborizaría de envidia al ver tal joya en mi poder.

Pero no ocurrió así. Phipps, al observar los documentos de lejos y sin tocarlos siquiera, me dijo con una sonrisa de triunfo en los labios el día que le invité a tomar café y a que cogiera un berrinche:

- Te han dado el timo del húngaro a ti también. Ya van cinco... Tiene éxito, el sinvergüenza ése. Y es un gran actor...

- ¿Qué actor?

- ¿Te los ha vendido un húngaro barbudo y melenudo con una perpetua y exasperante expresión apologetica? - inquirió el inglés.

- Sí. Tu descripción responde al aspecto apostólico del librero - a pedante Phipps no me gana.

- Pues desde aquí, a dos metros de distancia - meneó la cabeza mi amigo - puedo afirmar que son más falsos que mi dentadura. Los he visto sucesivamente en casa de Oswald, de Fernández y de Nguyen Vo Chi...

Estos tres últimos eran unos conocidos anticuarios, fanáticos como nosotros.

- El húngaro - prosiguió Phipps - es un judío que se llama Buhner. Fue actor. No sé si se retiró o si le retiraron porque se drogaba con frecuencia. El caso es que se dedicó, con métodos desconocidos, a falsificar incunables con indudable pericia. Siempre suelta el cuento de que no quiere vender porque para él significan en la vida algo más importante que los hijos... Tiene dos modelos favoritos: un ensayo de Voltaire y una partitura de Brahms. Y, como a los otros tres incautos, te los ha vendido... Lo siento, Dodds, lo siento...

- ¡Mañana le mato! ¡Le mando a la policía y hago que le enchironen! - rugí, pegando un puñetazo en la mesa.

- Mañana - sorbió un whisky Phipps con parsimonia - Buhner estará en Belgrado, en Nueva Orleans, en las Bahamas o en Nueva Delhi. Tiene ahorros suficientes para cazar a otro inexperto - fingí no darme por aludido - y vivir de las

rentas hasta fabricar otros documentos «auténticos»... A estas horas, la tienda está cerrada o realquilada... Lo siento, Dodss, puedes creerme...

Le conté todo el asunto al marino, que no podía evitar reír a carcajadas.

- Un día - me dijo, limpiándose las lágrimas y sonándose con un enorme pañuelo de hierbas - tus papelotes te arruinarán. O te volverás loco... Hay gente que afirma que los coleccionistas son tipos capaces de matar a su madre por una hoja de diez centímetros cuyo contenido no entienden.

Tuve ocasión de devolver la pelota, y no la desperdiicé.

- Creo que corría el año cincuenta y tres - murmuré despacio con intención - cuando a un cierto capitán Baarn le fue dado gato por liebre en un asunto de perlas falsas. El culpable era un chaval de trece años, natural de Tiga Bee, analfabeto y aferrado a la convicción de que no existía en su dialecto la traducción de la palabra civilizada «ropa»...

Se dibujó un breve rayo de cólera en la mirada del marido, que enrojeció hasta la raíz del pelo y optó por echar otro lingotazo.

En aquel momento, Svensky, vacilante y silencioso, cruzó la estancia. Recordé lo de los manuscritos falsos y, con hondo sentido de la ética y del pudor profesionales, desprecié a Oswald, a Fernández y a Nguyen Vo Chi, que habían revendido las falsificaciones del histriónico y pícaro Buhner, y decidí que las que estaban en mi poder deberían ser destruidas para siempre.

- Svensky - llámé.

- Diga, señor.

- En la mesa del estudio hay unos papeles. Recógelos luego y quémalos...

- Lo haré, señor. Ahora tengo que fregar los cubiertos...

Svensky se apañaba con su única mano para toda clase de labores domésticas.

- No corre prisa. Cuando puedas.

- Bien, señor.

Yo sabía perfectamente que, entre plato y plato fregado y secado, Svensky le iba a conceder cariñosos besos a Baco. Pero aquella noche no me importaba. Soñaba despierto con el crucero y con los horizontes del trópico.

Mi criado se retiraba, y le detuve, saliendo de mi ensimismamiento.

- ¡Ah, Svensky! - le dije -. Prepara el equipaje. Pasado mañana salimos de viaje.

Svensky dudó un rato, y después me miró humildemente:

- ¿El mío también, señor? - inquirió.

No hice caso de la expresión del marino, que había hincado las cejas en los párpados y repuse, jovial:

- El tuyo también, naturalmente.

Durante el viaje, el libro de bitácora no tuvo nada trascendente que incluir. Baarn hacía cálculos en su camarote privilegiado, yo miraba la geología líquida de la alta mar y Svensky salía poco o nada a cubierta. Cuando, de tarde en tarde, lo hacía, iba vacilante hacia la popa y apoyaba su único brazo en la barandilla. El cierzo marino le revolvió aún más el pelo y le simbolizaba. ¿En qué pensaría?

Yo no me atrevía a molestarle. Le dejaba a solas con su intimidad y con su pasado, no muy halagüeño según se podía deducir por su expresión ausente y hermética.

La tripulación se portaba bien y era experta. Lo que más impresionaba del buque era el silencio con que se llevaban a cabo las tareas. Cada uno de los



marineros parecía haberse hincado un puñal de mutismo o haber acometido una tácita penitencia de ensimismamiento. Sólo se oían frases rutinarias de labor.

Yo me decía que, ya que hemos aceptado que el cuerpo sea complejo en sus microorganismos, debemos resignarnos a que el alma sea más complicada. Aquella gente llevaba tanto tiempo trabajando junta que sólo tenía que decirse cosas a sí mismo, en la soledad de un camarote, donde los otros roncan o sueñan imposibles.

Fondeamos cerca de Borneo, en el miniarchipiélago de Awapes-Tunga. Mientras el capitán llevaba a cabo sus transacciones y sus contratos con los indígenas, yo fui descubriendo poco a poco todos y cada uno de los arrecifes madreporicos, de silueta de monstruo mítico. Había playas de arena suave, palmeras que se hacían reverencias al soplo de una brisa cálida, y horizontes mellados por la roca viva vestida con encaje de ola. Allí disfrutaba observando, pensando, o simplemente primirizándome. Tenía un bote a mi disposición y una libertad infinita. Baarn sonreía a la hora de la comida, viéndome aparecer sano, bronceado y alegre. El flete transcurría fructífero, ya que la cosecha no era desdeñable, y ello le alegraba aún más. A veces desaparecía unas horas, y si yo preguntaba por él a un marinero, éste se encogía de hombros y silueteaba el aire en expresivo gesto.

Otro fugaz matrimonio.

Svensky se había negado a pisar tierra. Le tenía auténtico pavor a los inocentes awapestungueños. Sin embargo, se había hecho amigo del alma de un maquinista brasileño poseedor de una hermosísima pata de palo de bandido decimonónico y de una colección de garrafas de auténtico ron jamaicano.

Era pintoresco verles charlar a proa, sentados en sendos rollos de cuerda y con el ron como testigo. Un cojo y un manco mano a mano. ¿Qué se contarían?

Al atardecer, cuando yo volvía de mis excursiones, veía a mi mayordomo polaco un tanto alegre y sin firmeza en los pies, aunque no por ello mi camarote dejase de estar barrido, mis libros ordenados y sin polvo, y mis trajes -inútiles allí- cepillados. Svensky me era fiel y me tenía auténtica devoción. Por eso me era imposible refírle cuando empinaba el codo en demasía.

Era, al fin y al cabo, el único codo que le quedaba.

Un día abandonó su ligera misantropía y me sonrió, ruborizándose: me traía una botella del infernal líquido embarcado por el brasileño. Tartamudeaba cuando me explicó a trompicones, cabizbajo:

- El brasileño... amigo. Me ha dicho que usted... señor, a lo mejor querría... Es bueno. Muy bueno.

- ¿Quién? ¿El ron o el marinero?

- Los dos, señor, los dos - rió ya francamente -. Le ruego que acepte...

- Está bien - condescendí -: pero a condición de que brindes conmigo.

- Si el señor me lo permite... - se apresuró a limpiar dos copas.

Brindamos. La verdad es que no sabía mal del todo. Pero, bajo aquellas temperaturas, la dosis que se tragaban a diario ambos impedidos tenían que ser, forzosamente, veneno. Sin embargo, aguantaban con singular estoicismo la intoxicación y había que ser muy observador o médico para adivinar cuando estaban borrachos o no. Yo creo que lo estaban siempre.

Me alegró el comprobar que el viaje le había sentado bien al polaco. Ya no era la sombra huidiza de antes, y la amistad con el otro mutilado le había devuelto cierta condición humana de la que antes carecía. Mi labor de rehabilitación

cobraba forma con aquel último toque, lo cual no era óbice para que el capitán siguiera diciendo:

- No sé lo que tiene... No puedo explicarlo... Pero no me cae bien.

Todo empezó, como todas las grandes tragedias, por un asunto nimio. En uno de mis paseos por las rocas y la playa, hallé una serie de moluscos extraños que me llamaron la atención. Eran un poco menos oblongos que los mejillones y de color mucho más claro, de un tono gris plumizo.

Cogí un puñado de ellos y los eché al fondo del bote. Después seguí con mis carreras, mis paseos de cachorro recién desencadenado y mis baños. Cuando volví a bordo, busqué a Baarn -aquel día soltero- y le enseñé las conchas.

- ¿Qué son? - le pregunté.

El marino arqueó las cejas, se frotó las manos y me dijo en un tono parecido al del minero que grita: ¡«Diamantes»!

- ¡Potangs! ¡Se me había olvidado que era la época!

- Me parece muy bien - insistí -; pero ¿qué son?

Relamióse el capitán en histriónico gesto y gritó, mirando al cielo como poniéndole de testigo:

- «¡bocatto di cardinali!»

- ¿Se comen?

Rió Baarn y dijo:

- ¿Te gusta el marisco crudo?

- Sí.

- Pues esto que has traído es infinitamente más fino que la ostra de Arcachon ¡Potangs! No... no pongas cara de duda. En cuanto el cocinero las limpie y prepare con un poco de limón lo vas a comprobar. ¡Es algo exquisito que asquea a los estúpidos habitantes de los islotes que tenemos como panorama!

Requirió al pinche y encargó lo necesario, no sin incluir en ello una botella de vino blanco seco belga que tenía en la reserva.

No exageraba. Era un bocado delicioso.

- Traeré todos los días «potangs» - propuse a los postres.

- Vas a hacer una cosa - respondió -: mañana le pides una pala a los marineros y remueves la arena cerca de las rocas. Las mejores se esconden bajo tierra. Llenarás con facilidad un par de sacos y la tripulación te lo agradecerá. Hoy ponían cara de envidia...

Al día siguiente, antes de ir a tierra, conseguí una pala. Las circunstancias se iban encadenando por detalles fútiles y el destino, en su invisible trono, sonreía cínicamente, porque ya intuía el final de la historia.

Svensky no se había emborrachado aquel día, y me dio unas buenas noches secas y funcionales.

Tenía ya lleno un saco de «potangs» y me preparaba para empezar con el segundo cuando apareció el documento.

A la segunda o tercera paletada.

Estaba envuelto en algo que parecía hule o tela impregnada de brea. No me fue difícil romper el bramante podrido que ataba el paquete, ni descifrar las primeras líneas, escritas en inglés, en francés y en sueco o noruego. El texto inicial rezaba:

PARA QUIEN LO ENCUENTRE.

Guardé los manuscritos entre la camiseta y la piel, y, feliz por el hallazgo, llené otro saco de mariscos, conteniendo mi impaciencia con un tanto de íntimo masoquismo intelectual.

A mediodía bogueé con ímpetu. Esperaba la hora del cigarro, la hora en que descifraría en mi camarote, a solas, los textos que había encontrado por casualidad: los documentos constituirían mi perdición.

Preferí no decirle nada a Baarn. Su carácter era supersticioso y burlón y, o se enfadaría conmigo, o me gastaría una de sus chanzas. Quería que el contenido de aquel hule fuese una cosa perfectamente propia e íntima. Siempre me ha gustado lo novelesco, e intuía que lo allí escrito podía ser de inconcebible trascendencia. El primer texto que elegí fue el francés, que es el idioma que mejor domino. La letra era picuda, un poco vencida hacia adelante, detalles que la grafología afirma ser propios de personas voluntariosas y tenaces. Lo cuidado del trazo y los adornos fantasiosos denunciaban un estudio fuera de lo común; clerical o filosófico.

No me costó gran trabajo leer el viejo texto. Y, cuando aquel día salí del camarote, iba como ebrio de alegría. No me había equivocado. El hallazgo era de una importancia máxima, y, si no era la broma de un lunático estúpido de tiempos lejanos o el capricho de un hombre que gustase de jugar con el futuro, se realizaría en aquella isla perdida uno de los mayores y sensacionales experimentos científicos del siglo.

Y yo, triste y solitario aficionado a las antigüedades, llegaría a ser célebre.

Hallé a Baarn ocupado en sus corales. Los examinaba trozo a trozo, con mirada experta. Unas antiparras anticuadas le colgaban sobre su nariz gruesa y eternamente moqueante.

Sobre una mesa cercana a su tablero de estudio yacían los ataúdes de varios «potangs». Una pequeña botella semivacia de vino blanco les presentaba armas.

- ¿Qué hay? - seguía ensimismado en sus pedruscos marinos, como un relojero.

- ¿Dónde puedo hallar al médico de a bordo - le pregunté. Se volvió, me miró extrañado y se quitó las ridículas gafas. Hizo una pausa y me observó antes de hablar.

- ¿Te pasa algo? ¿Te sientes mal?

La verdad es que mi aspecto había cambiado. Tenía expresión preocupada y mi gesto era muy diferente al alegre que mantuve hasta que fondeamos. Sentía un sudor frío por la espalda, y, al mirarme de reojo en el espejo, noté que mis ojos tenían un brillo febril.

- No me pasa nada... nada patológico. Me encuentro bien... El caso es que quiero consultar un asunto importante que sólo un médico puede descifrar... Un simple descubrimiento fortuito. Ya te lo comunicaré a tiempo. Sigue tranquilo con tu trabajo. Te diré los resultados cuando sea necesario; pero, por ahora, sólo el doctor puede ayudarme.

- Quedamos - me miró enfadado Baarn - en que venías a descansar y a dejarte de investigaciones y papeles.

- ¡Y a encontrar mi ánfora platónico! - añadí -. ¡Mándame en seguida al matasanos!

El marino se encogió de hombros y dio una orden por teléfono. Yo volví al camarote, dejándole ensimismado con su mercancía.

Yo le había visto un par de veces al doctor. Era joven, delgado y sueco, con un cierto aspecto de seminarista arrepentido. Odiaba tres cosas: el trópico, el

calor y la conversación. Se le notaba que se aburría solemnemente en aquel puesto. Apenas salía de su camarote. Silencioso como un lagarto, las pocas veces que lo hacía, paseaba por cubierta con un libro de divulgación científica en las manos, como un clérigo que arrastra las zapatillas por el claustro embebido en su misal.

Llamó a la puerta de mi cuarto y la entornó. Su flequillo lacio le caía hasta los ojos. Una voz de bajo solemne inquirió:

- ¿Puedo serle útil?

- Sí. Más de lo que usted cree. Pase y siéntese.

Llevaba bajo el brazo su cartera profesional. Lo observé y le dije:

- Deje eso por ahí. No es necesario. No estoy enfermo.

- ¿Entonces?

- Haga el favor de sentarse y escucharme.

Así lo hizo. Suspiré, me rasqué la cabeza y decidí exponer la cuestión de forma escueta.

- ¿Ha oído usted hablar de crionismo? ¿De los cadáveres conservados incorruptos por medio de un tratamiento inmediato a la muerte clínica?

Svensky entró entonces. Su única mano sostenía un paquete de ropa interior limpia. Parecía más taciturno que nunca.

- Svensky - le llamé mientras colocaba lo que traía en el armario -, haz el favor de traer un poco del líquido infernal de tu amigo brasileño.

El doctor se había repantingado en un butacón. Con la frente vencida, el rebelde flequillo le tapaba casi todo el puño. Pensaba. No era hombre de reacción inmediata.

Mi criado no tardó en aparecer con una bandeja, dos copas y una botella. Bjorn -así se llamaba el sueco- parecía una estatua. Sólo se movió para asir la copa que Svensky le ofrecía. Pero apático como un sonámbulo. Yo le dejé recapacitar. La ciencia, puedo afirmarlo, no es una cuestión de velocidad, y los suecos no son chapuceros como los meridionales.

- Sí; el crionismo - reaccionó al fin -. Se ha puesto de moda últimamente en los medios de economía privilegiada. Su fin es el siguiente: conservar el cuerpo muerto por una enfermedad maligna hasta que se descubre el tratamiento adecuado un año, medio siglo o tres siglos más adelante. Si se pone el cadáver a la temperatura del nitrógeno líquido y se le introduce en una cápsula, envuelto en papel metálico, en no se produce prácticamente daño alguno a la carne recién fallecida.

- O sea - interviene - que hay posibilidades de que se produzca una... digamos... resurrección.

- Exactamente.

- ¿Hay muchas probabilidades de éxito?

- Hombre - meneó la cabeza el sueco -: yo soy un inexperto, pero no he llegado a tanto. Ahora, si quiere que le diga mi opinión, creo que sí, que es factible; sobre todo si el cuerpo es joven.

Exhibí mis documentos triunfalmente y le dije al médico:

- Pues bien: en la isla hay un cuerpo crionizado desde 1802. Estos manuscritos lo justifican, así como el mapa adjunto.

La sonrisa incrédula del sueco, tal vez la tercera de su vida, acompañó a sus palabras:

- ¡Eso es imposible! ¡En aquella época no había medios, y ahora el método está aún en plena adolescencia!

- El método, tal vez distinto al de ahora - argüí -, pero no por ello menos eficaz, se ha realizado en estas latitudes hace más de un siglo. Un compatriota suyo halló lo que él llama «fórmula de la existencia». Son unos extraños caracteres: puntos, rayas y signos, dispuestos en forma similar a un pentagrama, aunque son más líneas. Pero que lo mejor es que examine usted por su cuenta el incunable y llegue a una conclusión. Está escrito en inglés, en francés y en sueco o noruego. Esto último lo he deducido por la abundancia de diéresis.

Tomó el doctor los pergaminos y leyó lo siguiente:

«Hoy, infortunado día 15 de abril de 1802, tengo la dicha de llegar al término de mis investigaciones sobre la prolongación de la vida con mi «fórmula de la existencia», que conserva incorrupto el cuerpo a quien corresponde. Tengo también el inmenso dolor de emplear su técnica por primera vez en el cadáver de mi adorada hija Greta-Li. Una pulmonía traidora e incurable me la arrebató, con sus dieciocho años apenas cumplidos.

»No he tardado ni cinco minutos en redactar los signos biológicos que constituyen su alma. Y he querido enterrarlos en la playa que ella tanto amó para que si algún día alguien fondea en este archipiélago con medios medicinales más avanzados, tenga a bien desenterrar su cuerpo. Un cuerpo que, por su juventud, exige gozar de la vida.

»Quiero que disfrute de lo que su dulzura y belleza merecen. Quiero que mi ciencia no sea vana. Toda reacción anímica individual es perfectamente distinta a la de un semejante. Todos tenemos un carácter fácilmente expresable, en síntesis, como los gigantescos astros y las maquinarias más complicadas pueden contener su comportamiento, su valor y su esfuerzo en una cuartilla. Cinco años de investigación han logrado que sea capaz de mantener un cuerpo difunto sin erosión alguna ni desperfecto en su físico gracias a unos signos que definen su alma.

»Cuando muera, que será pronto, ya que la soledad y la pérdida de mi hija me hundan moralmente, no llevaré a cabo mi método. Quiero estar muerto y bien muerto. La vida ya no me atrae.

»Extranjero de tiempo futuros: si la Ciencia ha progresado en tu siglo, sea cual sea, haz revivir a mi Greta-Li. El mapa que adjunto indica el sitio donde se halla la cápsula metálica que encierra su hermosura. Bastará, para que su cuerpo pierda la rigidez y su corazón se halle presto a latir, con que leas junto a ella, en alta voz, la fórmula que sigue. Donde veas un punto, lee «punto». Donde veas una cifra, exprésala por su nombre. Las líneas paralelas que he trazado indican mayor o menor tono de voz, o sea que la más baja indica un susurro y la más alta un grito. Las restantes son matices diversos.

»En ellos están incluidos su esencia, su vida; su poesía... Dios te lo pagará. Firmo, ya anciano, el día 15 de abril del año de Gracia de 1802, y en plenas facultades mentales. Nils Steemer. Profesor en Física y Filosofía, noruego de nacimiento y naturalizado sueco.»

Seguía al texto una firma de rúbrica barroca y elegante.

Sorbió su licor el médico antes de decir despacio, sin mirarme:

- Es interesante, y parece auténtico. No soy un reaccionario. Si admitimos diagnósticos diferentes para el carácter de cada enfermo, no podemos mostrarnos escépticos si hallamos fórmulas antiguas que superen a las más avanzadas. Este hombre, éste tal vez genio, halló un sistema capaz de definir el alma humana. Lógicamente, si el ente está compuesto de materia y psique, una serie de símbolos que consigan que la última quede permanente pese a la muerte clínica

haría que el personaje concedido al mundo quedase en estado latente. Pero es una teoría un tanto utópica.

Yo escuchaba. Aquel mudo doctor de cara de estudiante místico me sorprendía por su espontaneidad. Tal vez antes no había sido comunicativo por no hallar interlocutor, por miedo a parecer pedante ante la gente sencilla cuyo único problema se definía en el recuerdo nostálgico de travesías o juergas antiguas, o en la comparación del carácter de cada una de sus novias o mujeres.

- Es novelesco... es bonito... - concluyó -. Pero no es científicamente ortodoxo.

- Tenemos cantidades enormes de ecuaciones aparentemente heterodoxas en la historia del progreso científico - ofrecí un cigarrillo -, y no por ello ha dejado usted de estudiarlas para conseguir su tesis doctoral.

- Lo admito - dijo el sueco.

Se hizo una pausa durante la cual sólo se oía el leve resoplido de nuestros labios expulsando humo. Yo hablé el primero.

- ¿Tiene usted medios para curar una pulmonía a bordo?

- ¡Desde luego! Pero ¿no pretenderá usted?...

- ¡Sí! - me levanté de un salto -. ¡Lo pretendo! ¡Quiero llegar a esa tumba, extraer el cuerpo de Greta-Li y hacerlo revivir sanándolo!

- Pero eso es un absurdo... un cuento de fantasmas... - levantaba una ceja enfurecida Bjorn.

Decidí cambiar de táctica, y me aventuré por los terrenos de la lógica.

- Escúcheme, doctor: ¿cuánto tiempo le ocupa su puesto en el barco?

- Prácticamente ninguno. Un raspadura... un agotamiento... alguna borrachera excesiva y, de tarde en tarde, una fractura. Labor de enfermero, de practicante...

- Bien: rutina y aburrimiento para una persona de altas miras como usted es. Voy a decirle lo siguiente: mañana al amanecer iré a la isla en mi bote: pero no a recoger «potangs». Iré en busca de la cápsula que contiene a Greta-Li... - una fuerza ignota me arrastraba, me obligaba a realizar el experimento. Una voz interna me lo suplicaba, dulce y severa a un tiempo.

El sueco dudaba.

- ¿Es usted imprescindible a bordo?

- Voy a serle franco - repuso -: no.

- ¿Viene?

- Está bien - transigió tras una pausa -. Pero no se lleve una desilusión si no hallamos más que un esqueleto o un montón de cenizas - se levantó, dando por terminada la entrevista y cogiendo su cartera -. Mañana al alba estaré listo. A las seis de la madrugada le espero a proa.

Salió. Yo requerí la botella y brindé con el líquido infernal a la salud de mi futura novia: mi ánfora perfecta.

Svensky entraba entonces. Iba tétrico como un catafalco.

Me preguntó:

- ¿El señor está contento conmigo?

- Naturalmente, Svensky. Me sirves más de lo que debieras. Te pasas en tu eficacia. ¿Por qué me lo preguntas?

- ¿No ha notado el señor ningún fallo en mi servidumbre? - la tristeza de mi criado me intrigaba.

- No, hombre. Es más: tenía pensado aumentarte el sueldo.

- Gracias, señor - y fuese, mohíno, escurridizo como una sombra. Casi se cruzó con el capitán Baarn, que venía a saludarme. Se quedó de una pieza cuando llené dos copas y le dije, alborozado:

- ¡Mañana, Baarn, tendré novia! ¡Tendré novia!

Su gesto no pudo ser más expresivo: se apoderó de la botella y la vació en el lavabo. Después me aconsejó, con voz suave, que durmiese bien y que me sentaría mejor acostarme sin cenar.

Así lo hice. Y soñé despierto hasta caer en una perfecta y feliz modorra. En una ataraxia pura.

Yo sabía perfectamente las causas del mutismo avergonzado de Bjorn cuando, al día siguiente, volvíamos al barco con la cápsula hallada en una cueva medio tapada por la cizaña. Era un cilindro de unos dos metros de longitud por unos ochenta centímetros de diámetro. Estaba oxidado y manchado de barro. Y pesaba lo suyo. Contenía algo: algo que pesaba más que un simple esqueleto o un montón de ceniza.

- ¿Qué demonios?... empezó a decir Baarn cuando izaron la cápsula a bordo.

Yo me llevé un dedo a los labios. El enmudeció, se encogió de hombros y siguió con sus faenas.

Cuando extrajimos el cuerpo de Greta-Li y lo colocamos sobre mi camastro, comprobé que era como yo la había soñado. Exhibía una piel tersa del color de un melocotón maduro. Miraba al techo sin ver, con sus ojos un tanto almendrados, matizados en miel purísima y transparente, que subrayaban una frente amplia e irisada. La nariz describía una curva voluntariosa y suave a un tiempo.

Tenía el cabello rubio, ligeramente ondulado. La graciosa melena enmarcaba el óvalo perfecto de su rostro.

Bjorn, ajeno a la estética, se afanaba con sus instrumentos y sus potingues. Para él se acercaba el momento de la ciencia; para mí el del Amor.

Había acudido el capitán. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, parecía pedirme perdón por haberme llamado borracho la noche anterior. Permanecía mudo en la penumbra.

Bjorn también estaba conmovido. Tal vez su mente iba componiendo los esbozos de una futura tesis que le daría la fama gracias al insólito descubrimiento.

En la mesilla estaban ya colocadas, ordenadamente, las jeringuillas y las pequeñas botellas con antibióticos.

El doctor requirió el manuscrito. El momento solemne se acercaba. La mano del sueco no podía disimular su temblequeo cuando empezó a desgranar muy despacio, con tonos que iban desde el murmullo a la súplica desgarrada, la fórmula de la existencia de Nils Steener, el doctor del siglo pasado que quiso resucitar a su hija.

Cuando terminó la extraña letanía, ninguno de nosotros pudo reaccionar. Absortos, como si viviésemos un sueño, pudimos ver cómo el pecho de Greta-Li se alzaba y descendía. Respiraba lentamente, pero respiraba...

Bjorn reaccionó con presteza y aplicó al brazo de la revivida la primera inyección. Después diluyó en un vaso de agua unas pastillas y colocó el borde junto a los labios, que se habían entreabierto.

- ¡Mantas! ¡Tápenla con mantas! - ordenó. Y el capitán salió zumbando a buscarlas. Preparó una nueva jeringa y la aplicó al otro brazo de Greta-Li.

Minutos más tarde, cuando el rostro de la resucitado cobró color y su respiración se hizo más regular, el joven médico volvió hacia mí su rostro sudoroso y excitado y me dijo casi con alegría:

- Vivirá. Ahora hay que dejarla descansar.

Cuando salimos a cubierta, Bjorn me preguntó:

- ¿Se ha fijado usted en una cosa? Los puntos y cifras que he leído están versificados...

- En efecto - repuso -; no conozco bien su idioma, pero los sonidos riman, no caben duda. Es curioso: ciencia y poesía aunadas...

Oímos una voz a nuestra espalda, y al volvemos, vimos a Greta-Li que se había levantado y que me tendía las manos.

- Sí, es mi verso, amor mío. Es mi verso. Tu fe me ha dado la vida. Te quiero, te quiero...

El doctor sueco masculló algo y se fue. Abracé a Greta-Li, la resucitada, y todo, menos el mar enmudeció.

Creo que vi a mi criado Svensky pasar junto a nosotros y entrar en el camarote. Pero no me fijé bien: me había trasladado a otro mundo.

Cuando Greta-Li curó del todo, el capellán de a bordo accedió a casarnos, no sin cierta insistencia por nuestra parte. Todo aquello le parecía cosa del demonio.

Zarpamos felices. El puerto de partida nos aguardaba, y Baarn llevaba sus algas y su coral, Bjorn su descubrimiento y su tesis y yo mi ánfora perfecta.

Hasta, que un día, pocas horas antes de atracar...

Estábamos Greta-Li y yo apoyados en la balaustrada de proa, mirándonos. Ella me pidió en un susurro:

- ¡Bésame!

La abracé con todas mis fuerzas. Pero mi dicha se trocó en espanto cuando noté que mis labios perdían contacto, que mis manos palpaban el vacío...

Al mismo tiempo, un ruido siniestro se produjo a mis pies, como si alguien hubiese arrojado a cubierta una brazada de astillas.

Un montón de huesos humanos, coronado por una calavera, vacía junto a mis botas. Enloquecido, corrí hacia mi camarote gritando palabras incoherentes. ¡Greta-Li! ¡Mi Greta-Li! ¿Qué pesadilla era aquella? ¡Era imposible haberla perdido!

Abrí la puerta del camarote. En él hallé a Svensky, borracho como una cuba, que estaba barriendo unas pavesas.

Olía a papel quemado.

- Quise ser útil al señor, y se lo voy a confesar todo - tartamudeó el polaco -: cuando antes de salir de viaje me ordenó que quemase los papeles que había sobre la mesa del estudio, se me olvidó... Tal vez había bebido demasiado. Pero ahora los he encontrado y los he destruido, tal y como el señor quería... Svensky es fiel a sus amigos y a sus amos... Espero que el señor me perdone... Espero que al señor no vuelvan a timarle con documentos falsos...

¡El muy animal había quemado la fórmula de la existencia de Greta-Li!

Le di veintidós puñaladas, exactamente, según los peritos, con el cuchillo de caza que solía llevar en mis excursiones.

Mañana me ejecutarán. Las sombras del enrejado se alargan y el guardián respeta mis últimos momentos pisando con cuidado las baldosas de la celda.

No tiemblo. No me desespero. Greta-Li me espera.

Y, esta vez, no resucitaremos.

**FIN**



## Arthur C. Clarke - **CRIMEN EN MARTE**

- En Marte hay poca delincuencia - observó el inspector Rawlings con tristeza -. En realidad, éste es el motivo principal de que regrese al Yard. De quedarme aquí más tiempo, perdería toda mi práctica.

Estábamos sentados en el salón del observatorio principal del espaciopuerto de Phobos, mirando las grietas resacas por el sol de la diminuta luna de Marte. El cohete transbordador que nos había traído desde Marte se había marchado diez minutos antes y ahora iniciaba la larga caída hacia el globo color ocre que colgaba entre las estrellas. Media hora más tarde, subiríamos a la nave espacial en dirección a la Tierra..., planeta en el que la mayoría de pasajeros nunca habían puesto los pies, si bien aún lo llamaban «su patria»

- Al mismo tiempo - continuó el inspector -, de vez en cuando se presenta un caso que presta interés a la vida. Usted, señor Maccar, es tratante en arte, y estoy seguro que habrá oído hablar de lo ocurrido en la Ciudad del Meridiano hace un par de meses.

- No creo - dijo el individuo regordete y de tez olivácea al que había tomado por otro turista de regreso.

Por lo visto, el inspector ya había examinado la lista de pasajeros; me pregunté qué sabría de mí y traté de tranquilizar mi conciencia, diciéndome que estaba razonablemente limpia. Al fin y al cabo, todo el mundo pasaba algo de contrabando por la aduana de Marte...

- La cosa se acalló - prosiguió el inspector -, pero hay asuntos que no pueden mantenerse en secreto largo tiempo. Bien, un ladrón de joyas de la Tierra intentó robar del Museo de Meridiano el mayor de los tesoros... la Diosa Sirena.

- ¡Eso es absurdo! - objeté -. Naturalmente, no tiene precio... pero no es más que un pedazo de roca arenisca. Lo mismo podrían querer robar La Mona Lisa.

- Eso ya ha ocurrido también - sonrió sin alegría el inspector -. Y tal vez el motivo fuese el mismo. Hay coleccionistas que pagarían una fortuna por tal objeto, aunque sólo fuese para contemplarlo en secreto. ¿No está de acuerdo, señor Maccar?

- Muy cierto - aseguró el experto en arte -. En mi profesión, hallamos a toda clase de chiflados.

- Bien, ese individuo, que se llama Danny Weaver, debía recibir una buena suma por el objeto. Y a no ser por una fantástica mala suerte, habría llevado a cabo el robo.

El sistema de altavoces del espaciopuerto dio toda clase de excusas por un leve retraso debido a la última comprobación del combustible, y pidió a varios pasajeros que se presentasen en información. Mientras esperábamos que callase la voz, recordé lo poco que sabía de la Diosa Sirena. Aunque no había visto el original, llevaba una copia, como la mayoría de turistas, en mi equipaje. El objeto llevaba el certificado del Departamento de Antigüedades de Marte garantizando que «se trata de una reproducción a tamaño natural de la llamada Diosa Sirena, descubierta en el mar Sirenium por la Tercera Expedición, en 2012 después de Cristo (23 D.M.)»

Era raro que un objeto tan pequeño causara tantas discusiones. Medía Poco más de veinte centímetros de altura, y nadie miraría el objeto dos veces de hallarse en un museo de la Tierra. Se trataba de la cabeza de una joven, de

rasgos levemente orientales, con el cabello rizado en abundancia cerca del cráneo, los labios entreabiertos en una expresión de placer o sorpresa... y nada más.

Pero se trataba de un enigma tan misterioso que había inspirado un centenar de sectas religiosas, haciendo enloquecer a varios arqueólogos. Ya que una cabeza tan perfectamente humana no podía ser hallada en Marte, cuyos únicos seres inteligentes eran crustáceos... «langostas educadas», como los llamaban los periódicos. Los aborígenes marcianos nunca habían inventado el vuelo espacial, y su civilización desapareció antes de que el hombre apareciera sobre la Tierra.

Sin duda, la Diosa es ahora el misterio Número Uno del sistema solar. Supongo que la respuesta no la obtendrán durante mi existencia..., si llegan a obtenerla.

- El plan de Danny era sumamente simple - prosiguió el inspector -. Ya saben ustedes lo muertas que quedan las ciudades marcianas en domingo, cuando se cierra todo y los colonos se quedan en casa para ver la televisión de la Tierra. Danny confiaba en esto cuando se inscribió en el hotel de Meridiano Oeste, la tarde del viernes. Tenía el sábado para recorrer el museo, un domingo solitario para robar, y el lunes por la mañana sería otro de los turistas que saldrían de la ciudad...

»A primera hora del domingo cruzó el parque, pasando al Meridiano Este, donde se alza el museo. Por si no lo saben, la ciudad se llama del Meridiano porque está exactamente en el grado 180 de longitud; en el parque hay una gran losa con el Primer Meridiano grabado en ella, para que los visitantes puedan ser fotografiados de pie en los dos hemisferios a la vez. Es asombroso cómo estas niñerías divierten a la gente.

»Danny pasó el día recorriendo el museo como cualquier turista decidido a aprovecharse del valor de la entrada. Pero a la hora de cierre no se marchó, sino que se escondió en una de las galerías no abiertas al público, donde estaban disponiendo una reconstrucción del período del último canal, que por falta de dinero no habían terminado. Danny se quedó allí hasta medianoche, por si todavía había en el edificio algún investigador entusiasta. Luego abandonó el escondite y puso manos a la obra.

- Un momento - le interrumpí -. ¿Y el vigilante nocturno?

- ¡Mi querido amigo! En Marte no existen esos lujos. Ni siquiera hay señal de alarma en el museo porque, ¿quién quiere robar trozos de piedra? Cierto, la Diosa estaba encerrada en una vitrina de metal y cristal, por si algún cazador de recuerdos se entusiasmaba con ella. Pero aun en el caso de ser robada, el ladrón no podría ocultarla en ninguna parte, y, claro está, todo el tráfico de entrada y salida de Marte será registrado.

Esto era exacto. Yo había pensado en términos de la Tierra, olvidando que cada ciudad de Marte es un pequeño mundo cerrado por debajo del campo de fuerzas que la protege del casi vacío congelador. Más allá de las protecciones electrónicas existe sólo el vacío altamente hostil del exterior marciano, donde un hombre sin protección moriría en pocos segundos. Y esto facilita las leyes de seguridad.

- Danny poseía una serie de herramientas excelentes, tan especializadas como las de un relojero. La principal era una microsierra no mayor que un soldador, con una hoja sumamente delgada, impulsada a un millón de ciclos por segundo, gracias a un motor ultrasónico. Cortaba el cristal o el metal como mantequilla... y

sólo dejaba el corte del espesor de un cabello. Lo importante para Danny era no dejar rastro de su labor.

»Ya habrán adivinado cómo pensaba operar. Cortaría la base de la vitrina y sustituiría el original por una de las copias de la Diosa. Tal vez transcurriesen un par de años antes de que un experto descubriera la verdad, y entonces el original ya estaría en la Tierra, disimulado como una copia, con un certificado de autenticidad. Listo, ¿eh?

»Debió ser algo espantoso trabajar en aquella galería a oscuras, con todos aquellos pedruscos de millones de años de antigüedad, todos aquellos inexplicables artefactos a su alrededor. En la Tierra, un museo ya es bastante siniestro de noche, pero... es humano. Y la Galería Tres, donde está la Diosa, resulta especialmente inquietante. Está llena de bajorrelieves con animales increíbles luchando entre sí; parecen avispas gigantes, y la mayoría de paleontólogos niegan que hayan existido alguna vez. Pero, imaginarios o no, pertenecieron a este mundo, y no trastornaron tanto a Danny como la Diosa, que le miraba a través de las edades, desafiándole a que explicara la presencia de ella allí. Y esto le daba escalofríos. ¿Cómo lo sé? El me lo confesó.

»Danny empezó a trabajar con la vitrina con el mismo cuidado con que un diamantista se dispone a cortar una gema. Tardó casi toda la noche en rajar la trampilla, y amanecía cuando descansó, guardándose la microsierra. Aún faltaba mucho que hacer, pero la parte más penosa había terminado. Colocar la copia en la vitrina, comprobar su aspecto con las fotos que llevaba consigo y ocultar todas las huellas le ocuparía gran parte del domingo, pero esto no lo inquietaba en absoluto. Le quedaban otras veinticuatro horas y recibiría con agrado la llegada de los primeros visitantes del lunes, momento en que podría mezclarse con ellos y salir de allí.

»Fue un tremendo golpe para su sistema nervioso, por tanto, cuando a las ocho y media abrieron las enormes puertas y el personal del museo, ocho en total, se dispusieron a iniciar el día de trabajo. Danny corrió hacia la salida de emergencia, abandonándolo todo: herramientas, la Diosa... todo.

»Y se llevó otra enorme sorpresa al verse en la calle; a aquella hora debía estar completamente desierta, con todo el mundo en casa leyendo los periódicos dominicales. Pero he aquí que los habitantes de Meridiano Este se encaminaban hacia las fábricas y oficinas, como en cualquier día normal de trabajo.

»Cuando el pobre Danny llegó al hotel ya le aguardábamos. No hacía falta ser un lince para comprender que sólo un visitante de la Tierra, y uno muy reciente había pasado por alto el hecho que constituye la fama de la Ciudad del Meridiano. Y supongo que ustedes ya lo habrán adivinado.

- Sinceramente, no - objeté -. No es posible visitar todo Marte en seis semanas, y nunca pasé del Syrtis Mayor.

- Pues es sumamente sencillo, aunque no podemos censurar excesivamente a Danny, puesto que incluso los habitantes del planeta caen ocasionalmente en la misma trampa. Es una cosa que no nos preocupa en la Tierra, donde hemos solucionado el problema con el océano Pacífico. Pero Marte, claro está, carece de mares; y esto significa que alguien se ve obligado a vivir en la Línea de Fecha Internacional...

»Danny planeó el robo desde Meridiano Oeste... Y allí era domingo, claro... y seguía siendo domingo cuando lo atrapamos en el hotel. Pero en el Meridiano Este, a menos de un kilómetro de distancia, sólo era sábado. ¡El pequeño cruce del parque era toda la diferencia! Repito que fue mala suerte.

Hubo un largo momento de silencio.

- ¿Cuánto le largaron? - inquirí al fin.

- Tres años - repuso el inspector.

- No es mucho.

- Años de Marte..., casi seis de los nuestros. Y una multa que, por exacta coincidencia, es exactamente el precio del billete de regreso a la Tierra. Naturalmente, no está en la cárcel... pues en Marte no pueden permitirse tales gastos. Danny tiene que trabajar para vivir, bajo una vigilancia discreta. Les dije que el museo no podía pagar a un vigilante nocturno, ¿verdad? Bien, ahora tiene uno. ¿Adivinan quién?

- ¡Todos los pasajeros dispónganse a subir a bordo dentro de diez minutos! ¡Por favor, recojan sus maletas! - ordenó el altavoz.

Cuando empezamos a avanzar hacia la puerta, me vi impulsado a formular otra pregunta:

- ¿Y la persona que contrató a Danny? Debía respaldarle mucho dinero. ¿Le atraparon?

- Aún no; la persona, o personas, han borrado las huellas completamente, y creo que Danny dijo la verdad al declarar que no podía darnos ninguna pista. Bien, ya no es mi caso. Como dije, regreso al Yard. Pero un policía siempre tiene los ojos bien abiertos... como un experto en arte, ¿eh, señor Maccar? Oh, parece haberse puesto un poco verde en torno a las branquias. Tómese una de sus tabletas contra el mareo espacial.

- No, gracias - repuso el señor Maccar -, estoy muy bien.

Su tono era desabrido; la temperatura social parecía haber descendido por debajo de cero en los últimos minutos. Miré al señor Maccar y al inspector. Y de pronto comprendí que la travesía sería muy interesante.

**FIN**

## Frederik Pohl - **COMPRAMOS GENTE**

Fue el 3 de marzo cuando aquella persona comprada que se llamaba Wayne Golden tomó parte en unas conversaciones comerciales celebradas en Washington como representante de la raza dominante de la estrella Groombridge. Su misión era vender la licencia de las patentes básicas de un aparato capaz de transformar los desechos de las plantas nucleares en células de petróleo. Era una buena oferta y tenía el mercado esperando. La mitad del estado de Idaho estaba literalmente inundado de materiales de desecho radiactivo, por lo que los americanos estaban ansiosos de obtener la patente, y él la vendió por un crédito de cien millones de dólares. Al día siguiente tomó el avión hacia España. Durante todo el viaje, pudo dormir tumbado sobre dos asientos, sujeto con el cinturón de seguridad, en el departamento de primera clase del «Concorde».

El día 5 de aquel mismo mes usó parte del crédito obtenido por la venta de la patente para comprar quince óleos de Picasso pintados sobre lienzo, la cinta audiovisual de una representación de flamenco y un clavicordio del siglo XV, sobredorado y con las patas talladas. Se las arregló para que fuesen bien embalados y enviados a Orlando, en Florida. Luego, la mercancía sería lanzada desde Cabo Kennedy en un viaje interestelar que duraría más de doce mil años. Los groombridgianos planeaban las cosas en grande y no tenían prisa. El cohete de lanzamiento Saturno V costaba ya de por sí once millones de dólares. No importaba. Había dinero de sobra con lo obtenido por Groombridge.

El mismo día 5 de aquel mes Golden regresaba a los Estados Unidos, hacía transbordo en el aeropuerto de Logan, en Boston, y llegaba temprano a su redil en Chicago. A partir de aquel momento se le concedían ochenta y cinco minutos de libertad.

Sabía muy bien cómo utilizar mis ochenta y cinco minutos. Esto nunca era un problema. Cuando se trabaja para alguien que es el dueño de uno, no queda mucha elección sobre lo que se puede hacer, pero al menos, y hasta cierto punto, uno puede pensar lo que quiera. Eso que nos meten en la cabeza sólo controla nuestras acciones, pero no nos cambia, o por lo menos yo creo que no. De todas formas, ¿cómo podía saber si me habían cambiado?

Mis dueños nunca me mintieron. Nunca. No creo que supieran lo que era una mentira. Si hubiese necesitado alguna prueba de que no eran humanos, este hecho hubiera sido suficiente, aunque yo sabía que vivían a ciento treinta trillones de kilómetros de distancia, cerca de una estrella que yo no puedo ver siquiera. No me dicen mucho, pero no mienten.

Y esto de que no mientan le hace a uno preguntarse cómo son. No quiero decir físicamente. Esto lo descubrí en la biblioteca una vez que disponía de un par de horas libres. No recuerdo bien dónde fue, quizá en la Biblioteca Nacional de París, pero de todas formas no pude leer lo que estaba escrito en aquella lengua. Sin embargo, vi las fotografías y los hologramas. Recuerdo muy bien el aspecto físico de mis dueños. Dios mío. Los altairlanos son como una especie de arañas, y los siriatios parecen cangrejos. Pero los seres de la estrella Groombridge, éstos sí que son algo increíbles. Durante mucho tiempo no pude contener la náusea que sentía cuando pensaba que me había vendido a unas criaturas que a lo que más se parecían era a un ovillo de gusanos sobre una herida abierta. Por otra parte,

están tan lejos que todo lo que tengo que hacer es recibir sus mensajes por subradio y obedecer lo que me dictan. No tenemos que tocarnos ni nada semejante, de modo que ¿cómo puede importarme el aspecto que tienen?

Pero ¿qué clase de criaturas son éstas, que no dicen nunca más que la verdad, nunca cambian de idea y nunca hacen una promesa que no vayan a cumplir? No son máquinas, ya lo sé, pero tal vez ellos sí piensan que yo soy una especie de máquina, y ¿quién iba a molestarse en mentirle a una máquina? Tampoco a una máquina se le hacen promesas. Ni favores. Ellos nunca me los hacen. No me dicen que puedo tener ochenta y cinco minutos libres porque haya hecho algo que ellos deseaban, o porque quieren complacerme, o desean algo de mí. Bien pensado, esto es una tontería. ¿Qué podrían desear? Yo no tengo elección alguna. En nada. Así que no mienten, ni amenazan, ni sobornan, ni recompensan.

Pero, por alguna razón que ignoro, a veces me dan algunos minutos y hasta horas o días libres. Y esta vez disponía de ochenta y cinco minutos. Empecé a usarlos en seguida, como hago siempre. Lo primero que hice fue mirar en la consola de localización para ver dónde estaba Carolyn. El empleado de localización - que no ha sido comprado, sino que trabaja a sueldo y nos trata como si fuésemos basura - me conoce bien ya.

- Qué lástima, Wayne - me dijo con esa falsa amabilidad y esa hipócrita simpatía que hace que tenga ganas de matarle -, por un pelo no te has encontrado con tu amiga. La viste el miércoles, ¿no es eso? Pero ya se ha marchado.

- ¿Adónde? - le pregunté yo.

En lugar de contestarme en seguida, barajó durante un rato las tarjetas sobre el panel de localización. Sabe que no dispongo de mucho tiempo y me hace perder el mayor número de minutos posible. Luego dijo:

- No. No la encuentro en mi sección. ¿No estará con aquel grupo que se fue a Pekín? ¿O era aquella otra gorda con los pechos como calabazas la que se fue?

No me entretuve en matarle.

Si no estaba en el panel de control, es que no estaba tampoco a ochenta y cinco minutos de posibilidad de transporte, de modo que mis ochenta y cinco minutos - setenta y nueve ya, solamente - no me permitirían reunirme con ella.

Fui a los mingitorios, oriné rápidamente y salí a la calle, bajo aquel viento helado de Chicago en marzo, con objeto de usar mis setenta y nueve minutos. Setenta y un minutos ahora. Hay un restaurante mexicano bastante bueno cerca del redil, tan sólo un par de manzanas después de pasar Ohio. Allí me conocen. Y no se preocupan de quién soy. Quizá no les preocupa la chapa de metal que llevo en la cabeza porque piensan que es magnífico lo que estas criaturas de las estrellas están haciendo por nuestro mundo, o tal vez es porque doy buenas propinas. ¿Qué otra cosa podría hacer con el dinero que recibo? Me asomé, le dirigí un silbido a Terry, el encargado del bar, y le dije:

- Lo de siempre. Estaré de vuelta dentro de diez minutos.

Luego caminé hasta Michigan, me compré una camisa limpia y me cambié, dejando la sucia que llevaba. Sesenta y seis minutos. En el drugstore de la esquina compré un par de libros porno y me los metí en los bolsillos. También compré cigarrillos, me incliné y besé la mano de la cajera, que era delgada y rubia y olía muy bien; se quedó mirándome sorprendida. Volví al restaurante, justo a tiempo de ver cómo Alicia, la camarera, ponía el gazpacho y dos botellas de cerveza sobre mi mesa cincuenta y nueve minutos. Me senté dispuesto a saborear mi tiempo. Fumé y comí y me bebí la cerveza, dando chupadas al

cigarrillo entre dos bocados y bebiendo entre dos bocanadas de humo. Es algo que realmente se saborea con delicia, cuando se está trabajando para alguien y uno no es su propio dueño. No quiero decir con esto que no nos dejen comer cuando estamos trabajando. Claro que nos dejan, pero no es lo mismo, porque entonces no podemos elegir lo que comemos ni dónde lo comemos. Es sólo como meter gasolina en la máquina para que continúe funcionando. Así que terminé mi gazpacho y le pedí a Alicia que me trajese otra ración, cuando vino con el pastel de chocolate y el café americano. Me comí el pastel y el guacamote en bocados alternos. Dieciocho minutos.

Si me hubiese quedado un poco más, de tiempo, hubiera ido a orinar otra vez, pero no lo hice. Pagué la cuenta, repartí propinas entre todo el mundo y dejé el restaurante. Cuando estuve de vuelta en el redil, aún me quedaban dos minutos.

Vi en la acera a una mujer con chaqueta de pieles que iba paseando su perrito. La mujer caminaba delante de mí. Me acerqué a ella por detrás y le dije:

- Le doy cincuenta dólares por un beso.

Se volvió en redondo. No tendría menos de sesenta años, pero no estaba mal, realmente, así que la besé y le di los cincuenta dólares. Cero minutos. Llegaba justo a la puerta del redil, cuando sentí aquel conocido cosquilleo en la frente y quedé de nuevo a merced de mis dueños.

Durante los siete días de marzo que siguieron a estos sucesos, Wayne Golden visitó Karachi, Srinagar y Butte, en Montana, haciendo negocios por cuenta de los groombridgianos. Llevó a cabo treinta y dos tareas encomendadas. Luego, de pronto, le dieron mil minutos de libertad.

Por entonces estaba, creo, en Pocatello, Idaho, o en algún lugar semejante. Tenía que enviar un TWX al maldito empleado de localización en Chicago, para preguntarle por Carolyn. Se tomó su tiempo para contestarme, como ya sabía que iba a hacer. Di unos cuantos paseos arriba y abajo, mientras esperaba su respuesta.

Todo el mundo parecía muy satisfecho y sonriente, caminando sobre la nieve blanda que caía en copos suaves. Incluso me sonreían a mí, como si no les importase lo más mínimo aquella chapa metálica oval sobre una frente, que indicaba mi condición de «comprado» y que servía para que mis dueños me transmitieran lo que tenía que hacer.

Luego, al fin, llegó el mensaje de Chicago:

- Lo siento, chico, pero Carolyn no aparece en mi panel. Si la encuentras tú, dale un beso de mi parte.

Bueno. Muy bien. Disponía de una gran cantidad de dinero para gastar, de modo que tomé habitación en un hotel. El botones me trajo un whisky con mucho hielo. Me lo trajo en seguida porque sabía que tenía prisa y que le daría una buena propina si me lo traía volando. Cuando le pregunté por furcias me dijo que me conseguiría lo que yo quisiese. Le pedí que fuese blanca, delgada, y que tuviera unas buenas posaderas. Esto fue lo primero que me atrajo de Carolyn. Es algo que me vuelve loco. La muchachita que revolqué en New Brunswick, Raquel creo que se llamaba, tenía sólo nueve años, pero no pueden ustedes imaginarse qué trasero el suyo.

Me di una ducha y me cambié de ropa. Los amos no nos dan nunca tiempo suficiente para esta clase de cosas. La mayoría del tiempo huelo mal. Y muchas

veces tengo los pantalones mojados porque no me dejan ir donde tengo que ir. En una o dos ocasiones no pude contenerme, me retuve el mayor tiempo que pude, pero, muchacho, uno se siente horriblemente mal cuando sucede esto. Lo peor fue una vez en Rusia, mientras asistía a una especie de simposium, en un sitio que se llamaba algo así como Akademgorodok. Mi misión estaba relacionada con los procesos de explosión nuclear. No tengo ni idea sobre esta materia, y además me sentía un tanto confuso, pues creía que una de las cosas que la gente de las estrellas había hecho por nosotros era crear algún sistema para que los diferentes países no tuvieran que fabricar bombas atómicas y otras armas, y que ya no hubiese más guerras ni cosas por el estilo. Pero no era de esto de lo que se ocupaban. En lo que realmente estaban interesados era en explosiones en el núcleo de la galaxia. Cuestiones astronómicas. Y justo cuando un tipo llamado Eyserik estaba hablando sobre cómo la prominencia FG y la prominencia EMK, que yo qué sé lo que eran, formaban parte esencial de una esfera pulsante en expansión me lo hice en los pantalones. Sabía qué iba a ocurrirme. Se lo había advertido a los de Groombridge. Pero como si no. Luego el secretario de la sesión vino hacia mí y me gritó en el oído, como si mis dueños fuesen sordos o estúpidos, que tenían que sacarme de allí en seguida, por razones de comodidad e higiene para los otros participantes. Pensé que iban a enfadarse, porque al sacarme perderían parte de la conferencia, en la que estaban interesados. Pero no me hicieron nada. Quiero decir, ¿qué podían hacerme que fuese peor o distinto de lo que me hacen todo el tiempo y me harán siempre?

Cuando estuve bien limpio, me puse una camisa de cuello abierto y unas zapatillas, conecté la televisión y me serví un refresco. No quería estar borracho cuando se terminaran mis mil minutos de descanso. Había un programa especial en todas las cadenas, celebrando alguna clase de tratado entre las Naciones Unidas y un par de razas de las estrellas, sirianos y capelanos, me parece que eran. Todo el mundo parecía estar muy contento, porque ahora la Tierra había comprado nueva información agrícola y química y pronto íbamos a tener más comida de la que podríamos consumir. Cuánto les debíamos a la gente de las estrellas, estaba diciendo en aquellos momentos, en brasileño con acento inglés, el secretario general de la ONU. Podíamos confiar plenamente en la sabiduría de sus directrices para ayudarnos a superar en la Tierra nuestras muchas crisis y problemas, y todos nos que sentimos muy felices de que así fuera.

Sin embargo, yo no me sentía feliz en absoluto, ni siquiera con mi vaso de whisky en la mano y la furcia en camino, porque lo que yo deseaba realmente era tener allí a Carolyn.

Carolyn era una persona comprada, lo mismo que yo. Sumando todas las ocasiones en que nos habíamos visto, no pasarían de un par de docenas. Pocas veces uno de nosotros estaba en período de libertad, y casi nunca lo estábamos los dos al mismo tiempo.

Era algo así como enamorarse por tarjeta postal, aunque de vez en cuando estuviésemos físicamente juntos, incluso tocándonos. Y en una o dos ocasiones habíamos estado no sólo juntos, sino libres de control. Una vez, en Bucarest, dispusimos de ocho minutos, cuando volvíamos de una enorme planta de hidroenergía en la Puerta Férrea. Aquellos ocho minutos habían sido nuestro récord, hasta ahora. Aparte de eso, era sólo cruzarse, en el curso de nuestros deberes, viéndonos, pero nada más. O bien uno de nosotros estaba libre y encontraba al otro. Cuando esto ocurría, el que estaba libre podía hablar, e incluso tocar al otro, sin interferir en lo que estaba haciendo. El que estaba



trabajando no podía hacer nada activo, por su propia voluntad, pero podía oír e incluso sentir el contacto del otro. Los dos teníamos sumo cuidado en no hacer nada que pudiese interferir con el cumplimiento de nuestros deberes. No tengo idea de lo que hubiese ocurrido en caso contrario. ¿Tal vez nada? Sin embargo, no quedamos arriesgarnos, aunque algunas veces la tentación era tan fuerte que casi no podía resistirla.

Una vez en que yo estaba libre me encontré con ella, bajo control, pero sin hacer nada activo. Simplemente estaba allí quieta, junto a la Puerta 51 de la TWA, en el aeropuerto de San Luis. Estaba esperando la llegada de alguien. Me entraron ganas de besarla. Hablé con ella, la acaricié, ya saben, disimulando mi mano bajo mi gabardina echada sobre el brazo, para que la gente que pasaba no se diera cuenta; o al menos no mucha. Le dije cosas que deseaba que ella oyera, pero lo que quería era besarla. Y tenía miedo de hacerlo, para poder besarla en los labios habría tenido que poner mi cabeza delante de sus ojos. Y no me atreví. Porque si lo hacía tal vez le hubiese impedido ver a la persona que estaba esperando. Que a fin de cuentas resultó ser un oficial de la policía de Ghana, enviado para tratar de la venta de algunos prisioneros políticos a los groonbridgianos. Yo estaba aún allí cuando él bajó por la escalerilla del avión, pero no pude quedarme a esperar para ver si Carolyn quedaba libre después de concluidas las negociaciones, porque antes se acabó mi tiempo.

Aquella vez, sin embargo, había dispuesto de tres horas enteras para estar junto a ella. Me sentía muy triste y muy extraño y no me hubiese ido de allí por nada del mundo. Sabía que ella podía oír y sentir todo, aunque no pudiese responder. Incluso cuando estamos bajo el control de nuestros amos, hay una pequeña parte de nosotros que se mantiene viva. A esta parte de ella es a la que yo hablaba. Le dije cuánto deseaba besarla y acostarme con ella y que estuviésemos juntos. Oh, diablos. Le dije incluso que la amaba y que quería casarme con ella, aunque los dos sabíamos perfectamente que de esto no había ni la más remota posibilidad. A nosotros no nos dan pensiones ni retiro. Somos sólo una cosa en manos de nuestros dueños.

De todas formas me quedé con ella durante todo el tiempo que me fue posible. Luego me tocó pagarlo. Me dolían los testículos y sentía el interior de mis calzoncillos húmedos y fríos. Y no podía hacer nada para remediarlo, ni siquiera masturbarme, hasta que tuviera mi próximo tiempo libre. Esto no ocurrió hasta tres semanas más tarde. En Suiza, por el amor de Dios. Y fuera de estación. Con nadie en el hotel excepto los camareros, los botones y un par de señoras viejas que miraban el óvalo metálico de mi frente como si fuese un signo de la peste.

Es una cosa terrible, pero absorbente, esto de amar sin esperanza.

Intentaba engañarme a mí mismo diciéndome que sí que había una cierta esperanza. En cada momento de libertad de que disponía procuraba encontrarla. Pero estábamos muy controlados todos nosotros, las dos o trescientas mil personas compradas que trabajábamos para aquel hatajo de repugnantes gusanos o espectros gaseosos que nos habían comprado para que les sirviésemos como medio de comunicación remoto con este planeta que ellos mismos no podían visitar nunca.

Carolyn y yo habíamos sido adquiridos por el mismo grupo, lo cual tenía su lado bueno y su lado malo. El lado bueno era que tal vez en alguna ocasión pudiéramos estar libres de control los dos al mismo tiempo. Quizá por un tiempo suficiente. Sucedió a veces entre nosotros, los servidores de aquellas criaturas remotas. No sé por qué, pero sucedía. Quizá un cambio de organización en la

estrella de Groombridge, o tal vez que estaban de vacaciones o algo semejante. El caso es que de vez en cuando venía un día entero, o hasta una semana, en que los groombridgianos permanecían totalmente inactivos, y entonces nosotros, sus servidores bajo control, quedábamos libres, todos a la vez.

El lado malo del asunto es que casi nunca necesitaban tener a más de uno de nosotros en un sitio determinado. Así que Carolyn y yo no nos cruzábamos casi nunca. Y cuando por casualidad yo disponía de un buen período de tiempo libre, tenía que gastarlo casi todo en encontrarla, y cuando lo conseguía al fin resultaba, por lo general, que ella estaba en el otro extremo del mundo. Imposible llegar hasta ella y estar de vuelta a tiempo de reemprender mis deberes. Tenía unas ganas horribles de acostarme con ella, pero no lo habíamos hecho nunca y quizá no nos llegase la oportunidad de ello. Ni siquiera había tenido ocasión de preguntarle el motivo por el que la habían condenado. No la conocía en absoluto, y sin embargo, la conocía lo bastante para amarla.

Cuando regresó el botones con la chica que me había buscado yo estaba ya bastante borracho, con los pies sobre la mesa y un programa de béisbol en la televisión. La muchacha no parecía realmente una furcia. Llevaba unos pantalones muy ajustados, por debajo del ombligo, y tenía unos pechos más grandes de lo que yo hubiera querido, pero también aquella hermosa curva entre cintura y caderas que a mí me gusta. Se llamaba Nikki. El botones cogió mi dinero, se guardó cinco dólares para él, y dio el resto a la chica. Luego, se marchó sonriendo. ¿Qué es lo que resultaba tan gracioso? Bien sabía quién era yo, por la placa sobre mi frente, y sin duda esto era lo que le parecía tan divertido.

- ¿Quieres que me desnude? - Me preguntó ella.

Tenía la voz bonita, un poco afónica, el pelo rojo y largo y un rostro ancho y dulce, bastante toso.

- Adelante con ello - le dije yo.

Se descalzó. Tenía los pies muy limpios, con una ligera marca que le habían hecho las correas de las sandalias.

Luego se quitó los pantalones y los dobló cuidadosamente sobre el respaldo de un sillón, uno de esos sillones fabricados en serie que se encuentran en todos los hoteles de la cadena Hilton. Se desprendió de la blusa, y después de doblarla también con todo cuidado, puso encima el medallón que llevaba al cuello. Con lo cual se quedó en sostén y braguitas. Ambos de color rojo.

Abrió la cama, se sentó sobre las sábanas y envió el sostén y braguitas lejos. Después se tapó con las sábanas.

- Cuando tú quieras, cariño - dijo.

Pero no me la tiré. Ni siquiera llegué a meterme en la cama con ella, bajo las sábanas. Bebí un poco más de mi whisky, y con el licor y el cansancio me quedé dormido. Cuando me desperté era ya de día y la chica me había limpiado la cartera.

Me quedaban setenta y un minutos de libertad. Pagué mi cuenta con un cheque y logré convencerles de que me dieran algo de dinero para un taxi.

Luego me dirigí hacia mi redil. Todo lo que había conseguido durante mi tiempo de permiso era un poco de ropa limpia y una buena resaca.

Creo que había asustado un poco a la chica. Todo el mundo sabe cómo nosotros, la gente comprada, hemos venido a parar a esto, y no se sienten muy seguros de que hagamos algo malo de nuevo porque lo que no saben es hasta

qué punto nuestros amos nos mantienen controlados para que no podamos hacer nada que no les guste a ellos.

Pero preferiría que no me hubiese robado mi dinero.

La alta estrategia y los objetivos de los seres de las estrellas, y particularmente de la estrella Groombridge, que los mantenían como servidores suyos, no estaban del todo claros para Wayne Golden. Sin embargo, no era difícil de comprender. Todo el mundo sabía que los seres de las estrellas habían establecido contacto con la Tierra por medio de transmisores de radio de alta frecuencia y que, con objeto de concertar sus asuntos en la Tierra, habían comprado los cuerpos de un cierto número de criminales convictos en los que habían instalado receptores para sus ondas. Por qué hacían lo que hacían era ya menos fácil de comprender. Admiraban y compraban objetos de arte. También compraban ciertas especies de flores y de plantas que mantenían congeladas a la temperatura del helio en estado líquido. Y también adquirían a menudo cierta clase de objetos utilitarios.

Cada cierto número de meses era lanzado un cohete desde la isla de Merrit, justo al norte de Cabo Kennedy, y en este cohete salía la mercancía adquirida con dirección a la estrella Groombridge, a lo largo de un viaje que duraba doce mil años. Otros envíos, dirigidos a otras estrellas, pobladas por otras razas de la confraternidad galáctica, tardaban menos tiempo - o más, a veces - pero ninguna de las distancias era lo bastante corta como para permitir que los compradores estelares pudiesen desplazarse a la Tierra con el objeto de supervisar lo que habían comprado. Todas estas distancias eran gigantescas.

En lo que gastaban más dinero era en cohetes. Y naturalmente, en la gente que habían comprado y provisto de taquirreceptores. Cada cohete les costaba por lo menos diez millones de dólares. El precio de cada varón paranoide, sano, y del que podían esperarse de tres a más décadas de trabajo útil, era de varios cientos de miles de dólares, y los compraban por docenas.

Todo lo demás que compraban - desde las grabaciones de sinfonías musicales hasta las orquídeas, pasando por los Van Goghs y las piezas chinas de las antiguas dinastías - podía reducirse a una minúscula fracción del uno por ciento, dentro del coste total que representaban la gente comprada y los transportes. No hay duda de que disponían de dinero en cantidad. Las razas de las diferentes estrellas vendían los derechos de patente de sus propias tecnologías. Todas ellas recibían créditos comerciales de los diferentes gobiernos de la Tierra a cambio de sus servicios por resolver disputas y prevenir guerras.

Sin embargo, a Golden Wayne, le parecía dentro de sus limitadas posibilidades de juicio sobre la forma en que sus dueños conducían sus transacciones, que aquélla era una manera sumamente fantástica de hacer negocios, aunque, como es natural, ni a él ni ninguna otra de las personas compradas se les consultase nunca sobre tales cuestiones.

Para el final de la primavera había estado ya viajando sin descanso durante varias semanas. Había llevado a cabo sesenta y ocho trabajos, entre grandes y pequeños. Aparte de esto, no había pasado nada que fuese del menor interés en aquellas ochenta y siete jornadas, excepto que un día del mes de mayo, mientras estaba observando los disturbios callejeros que tenían lugar en la Plaza de la Concordia, desde una ventana de la Embajada americana en París, para informar a sus dueños, Carolyn entró en la habitación donde él se encontraba. Murmuró algo en su oído, intentó sin éxito masturbarse mientras el agregado de la

Embajada se encontraba en otra habitación, se quedó junto a él durante unos cuarenta minutos y por fin se marchó, sollozando calladamente.

No pudo ni siquiera volver la cabeza para verla marchar.

Después, el día 6 de junio, la persona comprada que respondía al nombre de Wayne Golden estaba de vuelta en su redil de Dallas y se le concedió permiso indefinido, sujeto tan sólo a entrar nuevamente bajo control en el plazo de cincuenta minutos cuando se le avisase.

¡Dios mío, nunca me había sucedido nada semejante! Era como si, justo antes de la ejecución, el guardián hubiese aparecido con el indulto en el último momento. Casi no podía creerlo.

Lo acepté como venía y me puse en movimiento inmediatamente. Por medio del panel de localización logré enterarme del último sitio donde habían enviado a Carolyn y salí de Dallas en un aparato de la Panamá Red, bebiendo champaña tan de prisa como la azafata podría traérmelo, en ruta hacia Colorado.

Pero no encontré a Carolyn allí.

Le seguí la pista por las calles de Denver. Inútil, ya se había ido. Me enteré por teléfono de que la habían enviado a Rantoul, Illinois. Hacia allí salí. Intenté hacer averiguaciones desde el aeropuerto de Kansas City, donde tenía que cambiar de avión, y pude comprobar que ya se había ido de Illinois. Probablemente, me dijeron, hacia el distrito de Nueva York. No podían asegurármelo. Colgué el auricular, salté a un avión, alquilé un coche en Newark y conduje por el Turnpike hasta el estado de Garden, observando cada coche que cruzaba para ver si era el «Volvo» rojo en que me habían dicho que podría ir, deteniéndome en cada área de servicios para preguntarles si habían visto a una chica de pelo negro, corto, ojos castaños y nariz respingona, ¡ah, sí, y con una chapa dorada en la frente!

Recuerdo que fue en New Jersey donde tuve mi primer problema. Fue con aquella cajera del cine en Páramos, una chica de diecinueve años. Aquella fue la primera. Fui a buscarla a la una de la madrugada, después de la última función. Y le di lo que tenía que darle. Pero no era el tipo que me convenía: demasiado mayor ya y demasiado corrida. No me gustó mucho cuando murió.

Lego me quedé atemorizado por algún tiempo y miraba las noticias de la televisión cada noche, las dos veces, a las seis y a las once, y no cruzaba puesto de periódicos sin mirar los titulares, hasta que transcurrieron dos meses. Entonces, planeé con todo detalle lo que realmente quería. La chica tenía que ser bastante joven y, bueno, uno nunca puede estar seguro, pero a ser posible virgen. De modo que fui a tentarme en un bar de Perth Amboy durante tres días consecutivos y me puse a observar a las niñas que salían de la escuela parroquial hasta que encontré mi segunda oportunidad. Me costó bastante. La primera que vi que no estaba mal se marchaba en autobús. La segunda iba a pie, pero acompañada de su hermana mayor. La tercera que vi, parecía volver a casa sola. Era el mes de diciembre y anochecía bastante pronto. Aquel viernes la chica echó a andar pero no llegó a casa. Nunca molesté a ninguna de ellas sexualmente, ¿saben? Quiero decir que en cierto modo yo todavía soy virgen. No era eso lo que quería, sólo quería verlas morir. Cuando me preguntaron en el interrogatorio antes del juicio si sabía la diferencia entre el bien y el mal, realmente no supe qué responderles. Yo sabía que lo que había hecho estaba mal desde su punto de vista, pero no desde el mío, puesto que era lo que yo quería.

Así que mientras conducía por la Parkway me sentí un tanto descorazonado respecto a Carolyn. De pronto reconocí el lugar donde estaba, corté hacia la carretera 35 y desanduve camino. Me dirigí directamente hacia la escuela, pasé frente a ella y seguí hacia el depósito de maderas donde habla matado a la chica. Allí me detuve y paré el motor. Miré en torno. Día feliz. Era una estación del año distinta y las cosas parecían diferentes también. Sobre el sitio donde la había matado habían puesto ahora dos pilas de tablones. Pero con la imaginación yo podía verlo exactamente como era entonces. El cielo gris oscuro. Los faros de los coches que pasaban. El jadeo apagado en su garganta, cuando ella trataba de gritar bajo la presión de mis dedos. Déjenme pensar. Esto ocurrió... ¡dios mío! Hace ya nueve años.

Si no la hubiese matado tendría ahora veinte o cosa así. Se estaría acostando con todos los chicos. Y drogándose probablemente. Tal vez estaría embarazada e incluso casada. Si miramos las cosas desde un cierto ángulo, le ahorré un montón de miserias: la menstruación, dejar que los chicos la manoseasen y la besasen; todo eso...

Empezaba a dolerme la cabeza. Es una de las cosas que ocurren con la placa que llevamos en la frente, que no nos deja pensar mucho en las cosas que hicimos en el pasado. Si nos ponemos a pensar, empiezan los dolores de cabeza. De modo que puse en marcha el motor y me alejé de allí. Pronto cesaron los dolores.

Respecto a Carolyn no pienso de esa manera, ya saben.

Nunca consiguieron probar lo de la niña aquella. La que hizo que me la cargase fue aquella enfermera de Long Branch, en el aparcamiento. Y en realidad la enfermera fue una equivocación. Era demasiado pequeña y llevaba un suéter sobre el uniforme. No supe que era mayor hasta que fue demasiado tarde. Me puse muy furioso por aquello y casi no me importó cuando me cogieron, porque me estaba volviendo muy descuidado. Pero realmente odiaba aquella galería donde me pusieron en Malboro. Siete, Dios, siete años. Levántese por la mañana y beba esa medicina rosácea en el pequeño vasito de papel. Haga su cama y proceda a su trabajo: el mío era limpiar lo galerías de los incontinentes, y el solo olor y la vista de aquellos suelos era como para hacer vomitar a cualquiera.

Al cabo de un tiempo me dejaron ver la televisión e incluso leer los periódicos, y cuando la gente de Altair estableció su primer contacto con la Tierra yo me mostré interesado. Y cuando empezaron a comprar criminales dementes para que los representaran aquí, yo quise que me compraran. Cualquier cosa, cualquier cosa con tal de salir de aquel sitio, aunque me pusieran una caja en la cabeza y no me dejaran nunca más vivir una vida normal.

Pero la gente de Altair no me compró. Por alguna razón que ignoro, sólo compraban negros. Luego, los otros empezaron a mandar sus ondas por radio y a hacer sus primeros tratos. Pero tampoco me compraban a mí. Los de Proción querían mujeres jóvenes solamente, nunca compraban varones. Según parece, sólo tienen un sexo allí. Alguien me dijo esto. Todas estas criaturas son bastante raras, ya sea de una forma o de otra. Son metálicas o gaseosas, o fofas, o tienen conchas o escamas. Siempre algo raro. Y también tienen costumbres extrañas: por ejemplo, si uno pertenece al grupo Canopo, no puede comer pescado nunca.

A mí me resultan repugnantes, y no sé por qué Estados Unidos tuvo que hacer ningún trato con ellos. Pero los chinos lo hicieron, y los rusos también. Así que me imagino que nosotros no podíamos quedarnos fuera. No creo que haya hecho mucho daño, sin embargo. No ha habido ninguna guerra desde entonces y en

cierto modo nos han ayudado a resolver muchos problemas. No me ha perjudicado a mí tampoco, desde luego. Los groombridgianos entraron en el mercado bastante tarde y la mayoría de los criminales sanos estaban ya vendidos. Entonces compraron lo que encontraban. Me compraron a mí. Somos un grupo bastante duro, nosotros los groombridgianos y me pregunto por qué cogieron a Carolyn.

Seguí conduciendo a lo largo de toda la costa, pasando por Asbury Park, Atlantic City, y todo el camino hasta Cape May. De cuando en cuando telefoneaba al empleado de localizaciones, para comprobar; pero no pude dar con ella.

Lo que sí sé es que sólo andaba buscando su caparazón, porque ella estaba trabajando. Podía haberle dado un beso o tocarla un poco, pero nada más. Sin embargo, quería encontrarla a toda costa. Por si acaso. ¿Cuántas veces se le presenta a uno la oportunidad de un permiso indefinido? Si hubiera podido encontrarla y quedarme con ella, tal vez más pronto o más tarde ella hubiera quedado libre también por un tiempo. Aunque fuese por dos horas. O incluso por media hora.

Luego, de pronto, ya de día, cuando estaba a punto de tomar habitación en un motel, cerca de una base del ejército, lleno de chicas que esperaban a que los soldados vinieran por allí después del toque de diana, recibí el aviso: tenía que presentarme en mi redil base de Filadelfia. En seguida.

Estaba que me caía de sueño, pero conduje aquel cacharro de Hertz como si fuese un «Maserati», porque en seguida quiere decir en seguida. Aparqué coche de cualquier manera y me presenté en mi redil, con el corazón saltándome en el pecho y la boca seca de cansancio. Además, estaba furioso porque había perdido lo que hubiera podido ser mi mejor oportunidad para estar con Carolyn.

- ¿Que quieren? - le pregunté al empleado de localización.

- Entra - me contestó, con una expresión diabólicamente divertida. Todos los empleados de localización nos tratan así, en todo el mundo -. Ella te lo dirá.

Sin poder imaginar quién era «ella», abrí la puerta y entré y allí estaba Carolyn.

- Hola, Wayne - me dijo.

- Hola, Carolyn - dije yo.

Realmente no sabía cómo actuar, ni lo que tenía hacer. Ella no me daba la menor indicación. Permanecía sentada allí. Fue entonces cuando empezó a Intrigarme el hecho de que sólo llevaba puesta una ligera bata corta y nada debajo. Estaba sentada sobre la cama abierta. Ahora cualquiera pensaría que, dadas las circunstancias y todo lo que yo había estado pensando sobre ella, me iba a caer esta situación como un regalo que el cielo me hacía a mí, a mí especialmente, entre todos los muchachos americanos. no fue así. No era por culpa del cansancio, tampoco. Era algo en Carolyn. La expresión de su cara que no mostraba ni incitación ni amor, ni siquiera la reserva expectante de una chica cualquiera en uno de esos bares de ligue. La suya no era una expresión ni siquiera feliz.

- Bien, Wayne - me dijo -. Tenemos que irnos a la cama ahora. ¿No te desnudas?

Algunas veces puedo quedarme como si estuviese fuera de mí mismo mirando lo que me ocurre, y aunque sea algo terrible, o algo triste, tomarlo por el lado divertido. Así me ocurrió cuando maté a aquella niña en Edison Towship, porque su madre la había embutido dentro de su uniforme escolar.

Ahora estaba riéndome realmente cuando dije:

- Pero Carolyn, ¿qué es lo que pasa?

- Bueno - me explicó ella -. Quieren que lo hagamos, Wayne. Ya sabes. La gente de Groombridge. Parece que han tomado interés en cómo lo hacen los seres humanos, y quieren mirar.

Empecé a preguntarle que por qué nosotros precisamente, pero me di cuenta de que no valía la pena. Nuestros amos se habían dado cuenta de todo lo que llevábamos en la mente, ella y yo, a este respecto, y tenían curiosidad por ver los resultados. No me gustó nada aquello. No sólo no me gustó, sino que empecé a odiar la situación, pero de todas formas mejor era eso que nada, así que lo único que dije fue:

- Bien, cariño. ¡Estupendo! - y casi era sincero.

Traté de hacerle sentir lo mismo. Me acerqué a ella y le pasé un brazo por la cintura. Fue entonces cuando ella me dijo:

- Sólo que tenemos que esperar. Son ellos los que quieren hacerlo. No nosotros.

- ¿Qué es lo que quieres decir con eso de esperar? ¿Esperar para qué?

Ella se encogió de hombros bajo mi brazo.

- ¿Quieres decir que van a conectarnos con ellos? - le pregunté -. ¿Como si fuesen ellos los que lo están haciendo con nuestros cuerpos?

Se reclinó contra mí.

- Eso es lo que me dijeron, Wayne. Será en cualquier momento, me imagino.

La aparté de mí.

- Cariño - le dije, medio lloroso -. Todo este tiempo que yo había estado deseando... ¡Oh, Dios mío, Carolyn! Quiero decir que no es sólo que tuviese ganas de acostarme contigo, sino...

- Lo siento - dijo ella, llorando también. Grandes lagrimones le corrían por las mejillas.

- ¡Es asqueroso! - grité. La cabeza me estallaba, tanta furia como sentía -. No es justo. ¡No voy a tolerarlo! ¡No tienen ningún derecho.

Pero lo tenían, naturalmente. Tenían todo el derecho del mundo. Nos habían comprado y pagado por nosotros, así que les pertenecíamos. A qué negarlo, la idea de hacer el amor con Carolyn saltó al polo opuesto del cuadrante. No era eso lo que yo quería desesperadamente, sino lo que hubiese dado la vida por evitar, ahora que significaba dejar que ellos la acariciasen con mis manos, la besasen con mi boca, la inundasen con mis jugos. Era la peor clase de violación, mucho peor que nada de lo que yo había hecho antes. Los dos íbamos a ser violados al mismo tiempo. Y entonces...

Entonces sentí aquel cosquilleo ardiente en mis sienes cuando ellos nos tomaron bajo su control. No pude ni siquiera gritar. Tuve que quedarme allí quieto, dentro de mi propia cabeza, sin ser dueño ya de ninguno de mis músculos, mientras aquellos monstruos que nos poseían le hacían a Carolyn con mi cuerpo todo lo que querían, y yo no podía llorar siquiera.

Después de concluida la serie de experimentos, perfectamente planeados, y que fueron también registrados debidamente, la persona comprada conocida por el nombre de Carolyn Schoemer quedó ya inutilizable. Se rellenaron todos los papeles pertinentes. Se notificó al departamento del Servicio Exterior del Reformatorio de Mujeres de Meadville que había fallecido. Se iniciaron pesquisas para sustituirla y se cerró su cuenta.

La persona comprada conocida como Wayne Golden fue asignada a sus deberes de rutina, en los que continuó funcionando normalmente bajo control. Se descubrió que cuando se le retiraba el control se volvía destructivo, tanto para otros como para sí mismo. La hipótesis que se avanzó fue que el comportamiento sexual que se había convertido en su norma de conducta en el pasado - es decir, la destrucción de su compañera - probablemente no convenía a la situación planteada para los experimentos llevados a cabo. Se llevarían a cabo otros experimentos en el futuro próximo, con otras compañeras y bajo condiciones diferentes.

Mientras tanto, Wayne Golden continúa funcionando con un grado de eficiencia normal, en tanto que no se le retire el control, y dentro de lo que cabe prever continuará así por tiempo indefinido.

**FIN**



## John Wyndham - **EL CIRCUITO COMPASIVO**

A los cinco días de su ingreso en el hospital, Janet cambió de parecer acerca de los robots domésticos. Necesitó dos para descubrir que la enfermera James lo «era»; uno para reponerse de la sorpresa, y otros dos para darse cuenta de lo cómodo que podía ser un sirviente robot.

Aquel cambio fue un alivio. En todas las casas que había visitado tenían uno, que ocupaba el segundo o tercer lugar entre las cosas más apreciables de la familia; las mujeres lo valoraban un poco más que el automóvil y los hombres un poco menos.

Desde hacía tiempo, Janet sabía que sus amistades la consideraban como una persona de pocos alcances o peor aún, porque se fatigaba en cuidar la casa, que cualquier robot mantendría limpia con cinco horas de trabajo al día. También sabía que a George le enojaba regresar del trabajo y encontrarse cada noche con una esposa reventada de cansancio por un trabajo inútil. Pero el prejuicio estaba firmemente arraigado. No era la intransigente actitud de quienes se negaban a que los sirviera un camarero robot, o a viajar en coches conducidos por chóferes robots (que, por cierto, eran más de fiar), o a que las atendiese un dependiente robot o asistir a un desfile de modelos con maniquíes también robots. Era, simplemente, que se sentía incómoda con ellos o al estar a solas con uno, y una profunda aversión a experimentar tal incomodidad en su propio hogar.

Ella lo atribuía, en gran parte, al espíritu conservador del hogar de sus padres, en el que nunca hubo robots domésticos. Otras personas, criadas en casas donde los empleaban, incluso los primitivos modelos de una generación atrás, no parecían compartir sus sentimientos. La hería que su esposo creyera que les «temía» de un modo pueril. No era éste el caso, según le había explicado varias veces a George, ni tampoco lo más importante. Lo que de veras la molestaba era que alguien se entremetiese en su vida particular y familiar, lo que un criado robot acabaría por hacer.

La enfermera robot llamada James era, por tanto, el primero con quién había tenido contacto, personal e íntimo, y resultó como una revelación.

Habló al doctor de su descubrimiento, lo que a éste pareció satisfacerle mucho. Asimismo se lo dijo a George cuando fue a visitarla por la tarde, y éste se regocijó. Los dos hombres trataron del asunto antes de que el último se marchara.

- ¡Estupendo! - convino el doctor -. A decir verdad, temí que se nos hubiese presentado un caso de neurosis muy fuerte; la faena casera la ha agotado en el transcurso de unos pocos años.

- Lo sé - respondió George -. Traté de persuadirla por todos los medios durante los dos primeros años de matrimonio; pero sólo me acarreó sinsabores, y tuve que desistir. Esto es realmente un triunfo; se sobresaltó bastante al averiguar que el motivo de su ingreso aquí se debía en parte a no tener un robot que le ayudase en casa.

- Pero una cosa es cierta; no puede seguir como hasta ahora. Si lo intenta, deberá pasarse aquí un par de meses - dijo el doctor.

- Después de esto, no querrá. Ha cambiado totalmente de parecer - aseguró George -. En parte se negaba por no haber encontrado un modelo realmente moderno, excepto de modo casual. El más moderno que tienen unos amigos nuestros es de hace diez años, por lo menos, y la mayor parte de los otros son

todavía más viejos. Nunca pudo pensar en algo tan avanzado como la enfermera James. El asunto se reduce a cuál elegir.

El doctor meditó un poco.

- Francamente, Mr. Shand, creo que su esposa necesita mucho reposo y muchos cuidados. Por ello, le aconsejaría elegir uno parecido al que tienen aquí. Ese modelo de enfermera James es bastante moderno; es un trabajo de alta precisión muy adelantado, con un original circuito de compasión y protección equilibrados; un trabajo muy ingenioso. Cualquier orden directa, que un robot corriente obedecería en seguida, es inmediatamente valorada por dicho circuito; mide el beneficio o perjuicio que pueda reportar al paciente, y no obedece si no es útil o inofensivo a éste. Ha dado sorprendentes resultados en la crianza y cuidado de niños; por eso están muy solicitados y resultan caros.

- ¿Cuánto? - preguntó George.

El elevado precio que indicó el doctor le obligó a fruncir el entrecejo un instante. Luego, prosiguió:

- Esto supone un desembolso considerable; pero, al fin y al cabo, los ahorros de que disponemos son mayormente producto de lo economizado por Janet y de su vida austera. ¿Dónde adquirirlo?

- No es tan fácil - contestó el doctor -. Deberé insistir un poco en la cuestión de preferencia, pero, dadas las circunstancias, lo conseguiré sin dificultades. Ahora, vaya y hable con su esposa acerca de los detalles exteriores y demás. Dígame cómo ella lo quiere, y pondré manos a la obra.

- Uno idóneo - dijo Janet -; quiero decir, uno que tenga buen aspecto en casa. No podría acostumbrarme a una de esas cajas de plástico y palancas de mando que tienen mala traza y miran fijamente a través de sus lentes. Como se trata de quehaceres domésticos, elijámoslo con aspecto de doncella de servicio.

- ¿O prefieres un criado?

Movió la cabeza:

- No; puesto que ha de cuidarme, prefiero una sirvienta, con vestido de seda negra y cofia y delantal blancos, de pelo rubio oscuro y de unos cinco pies y diez pulgadas de altura, que sea agraciada, pero no demasiado bella. No quiero tenerle celos.

El doctor retuvo a Janet diez días más en el hospital mientras se arreglaba el asunto. Hubo suerte de que se cancelase un pedido, pero no pudo evitarse cierta demora para adaptarlo a los detalles exigidos por Janet; también requería que le acondicionasen la pseudomemoria para las faenas domésticas.

La entregaron al día siguiente del alta de Janet. Dos robots estrictamente funcionales la cargaron a través del jardín y preguntaron si debían desembalarla. Janet no lo creyó conveniente, y les indicó que la dejaran en la puerta.

A su regreso, George quiso abrirla en seguida; pero Janet negó con la cabeza.

- Primero, cenaremos - decidió -. Un robot puede esperar.

No obstante, cenaron con prontitud. Cuando hubieron terminado, George recogió la vajilla y la amontonó en el fregadero.

- Ya no tenemos que fregarlos - comentó con satisfacción.

George fue a casa del vecino y le pidió que le prestase su robot para ayudarle a entrar la caja. Pero, al encontrarse con que no podía levantar el extremo que le tocaba sostener, tuvo que pedir prestado el del vecino de enfrente. En seguida,

los dos robots la cargaron, trasladándola hasta el suelo de la cocina, como si fuera un pluma, y se retiraron.

George cogió un destornillador y sacó los seis largos tornillos que aseguraban la tapa. Dentro había un montón de virutas; las tiró al suelo.

Janet protestó, y él repuso, contento:

- ¿Qué ocurre? Nosotros no vamos a recogerlas.

Apareció una caja interior, hecha de pulpa de madera, y bajo cuya tapa había una alfombra de nívea guata. George la apartó y apareció tendido un robot con vestido negro y delantal blanco.

Los dos lo contemplaron sin hablar, por espacio de unos segundos.

Parecía verdaderamente vivo. Por alguna causa, Janet experimentó cierta repugnancia en creer que era su robot; cierta excitación y culpabilidad...

- La bella durmiente - comentó George, mientras buscaba el libro de instrucciones en la pechera del vestido del robot.

En verdad, no era una belleza. Se había tenido en cuenta la preferencia de Janet. Tenía un aspecto agradable y vistoso, sin ser llamativo; pero sus detalles eran adecuados. El intenso dorado de sus cabellos causaba envidia, no obstante saber que eran probablemente hilos de plástico con ondas que nunca se desharían. El cutis -otra forma de plástico que cubría el cuidadosamente construido perfil- se distinguía del verdadero sólo por su perfección.

Janet se puso de rodillas junto a la caja y osó tocar con el índice aquella tez intachable. Estaba fría, muy fría.

Se incorporó manteniendo la mirada fija en el robot.

«No es más que una muñeca grande», se dijo. Un mecanismo; un admirable mecanismo de metal, plástico y circuitos electrónicos; pero tenía este aspecto tan sólo porque la gente, incluida Janet, lo encontrarían desagradable o grotesco si hubiera tenido cualquier otro. Y, sin embargo, verlo tal como era causaba cierto desconcierto. En primer lugar, había que hacerse la idea de que era «ella» y no «él», fuese o no del agrado de uno. Como tal tendría un nombre y así se parecería más a una persona.

«Un modelo accionado por una batería - leyó en alta voz George - que habrá de ser normalmente cambiada cada cuatro días. Otros modelos, no obstante, están diseñados de forma que conducen su propia reivindicación de los conductores principales como y cuando sea necesario». Y dijo:

- Saquémoslo.

Puso las manos debajo de las espaldas del robot e intentó levantarlo.

- ¡Toma! Debe de pesar tres veces más que yo - exclamó, y volvió a intentarlo - : ¡Diablo!

Tras esto, consultó nuevamente el libro, y leyó: «Los interruptores de mando están situados en la parte trasera, en el arranque de la cintura».

- Bueno; quizá podamos darle vuelta.

Con un esfuerzo, logró poner de costado la figura y empezó a desabrocharle los botones de la espalda del vestido. De pronto, Janet lo consideró indecoroso, y dijo:

- Lo haré yo.

Su esposo la miró de refilón:

- Está bien; es tuyo.

- No ha ser «él», sino «ella». Lo llamaré Hester.

Janet le desabrochó los botones y palpó el interior del vestido.

- No encuentro ni pulsadores ni nada - advirtió.

- Al parecer, hay un pequeño cuadro que se abre - respondió él.

- ¡Eso no! - objetó ella, con un tono ligeramente disgustado.

El hombre la volvió a mirar:

- Querida, esto es un robot; un mecanismo.

- Ya sé - repuso la mujer, al instante. Volvió a palpar; halló el cuadro, y lo abrió.

«Al pulsador de arriba hay que darle media vuelta a la derecha; luego, se cierra el cuadro de distribución para completar el circuito» - advirtió George, leyendo el libro de instrucciones.

Janet lo hizo así y se incorporó prontamente mirando con atención.

El robot se animó y mudó de postura. Se incorporó; se puso en pie, les contempló y, con aire de doncella de teatro, dijo:

- Buenos días, señora; buenos días, señor. Me complace estar al servicio de ustedes.

- Muchas gracias, Hester - dijo Janet, mientras se recostaba en el cojín del asiento. No es que fuese necesario dar las gracias a un robot; pero entendía que si no se practicaba la cortesía con los robots, pronto se dejaría de hacerlo con las personas.

Sin embargo, Hester no era un robot común. Ya que ni siquiera vestía como una doncella. En cuatro meses, se había convertido en una infatigable y solícita amiga. Al principio, Janet no podía creer que se tratase simplemente de un mecanismo, y conforme pasaban los días, la fue aceptando como a una persona. El hecho de que consumiese electricidad en vez de alimentos, llegó a parecerle una simple debilidad. Que en cierta ocasión estuviera andando en forma de círculo sin poderse detener y que en otra se le alterase la vista, de modo que hacía las cosas un pie más, a la derecha de donde debía hacerlas, eran achaques que cualquiera puede tener, y el mecánico de robots que vino a repararla se comportó como un médico. Hester no era sólo una persona; era una acompañante preferible a muchas personas.

- Sospecho - dijo Janet, recostándose en su asiento - que me tomas por una pobre enclenque, ¿no es así?

Lo que no podía esperarse de Hester era el disimulo.

- Sí - contestó con toda claridad. Luego, agregó -: Considero que todos los mortales son unos pobres enclenques. Esto se debe a su constitución. Hay que compadecerse de ellos.

Hacía tiempo que Janet había renunciado a reflexiones, como «Esto debe ser el circuito compasivo que habla», o a imaginar la computación, selección, asociación y exclusión que se producía para obtener tal respuesta. La aceptó como si se tratase, por ejemplo, de un extranjero. Dijo:

- Supongo que debemos serlo si se nos compara con los robots. Vosotros sois fuertes e infatigables, Hester. Si supieras cómo te envidio...

Hester respondió con sencillez:

- A nosotros nos diseñaron y ustedes son una casualidad; esto es una desgracia, no un defecto.

- ¿Prefieres ser tú a ser yo? - inquirió Janet.

- Naturalmente. Nosotros somos más fuertes; no tenemos necesidad del sueño para recuperar fuerzas, ni llevamos en nuestro interior un inestable laboratorio químico, ni envejecemos ni nos desmejoramos. Los mortales son tan débiles y tan torpes y enferman con tanta frecuencia; siempre hay algo que no funciona debidamente. En cambio, si a nosotros se nos estropea o quiebra algo, no duele y

se sustituye fácilmente. Ustedes tienen toda suerte de palabras, como dolor, sufrimiento, desdicha y fatiga, que hemos aprendido para comprenderles, pero que para nosotros no tienen significado alguno. Me da pena que padezcan esos inconvenientes y que sean tan endebles e irresolutos. Eso altera mi circuito compasivo.

- Endebles e irresolutos - repitió Janet -. En efecto, eso es lo que experimento.

- Los humanos están condenados a vivir de modo tan precario... - prosiguió Hester -. Cuando se me quiebra un brazo o una pierna, me ponen otro nuevo a los pocos minutos; si esto le ocurre a un ser humano, tiene que sufrir un tiempo considerable, al cabo del cual no le ponen uno nuevo; en el mejor de los casos, tendrá uno muy defectuoso. En esto sí ha progresado, pues al diseñamos a nosotros, aprendieron a fabricar buenos brazos y piernas, mucho más sólidos que los comunes. La gente haría bien, si pudiese, en sustituir un miembro inválido por otro útil; sin embargo, no parece desearlo cuando tiene posibilidad de conservar el viejo.

- ¿Quiere decir esto que son injertables? - inquirió Janet -. No lo sabía. Quisiera no tener más problema que los brazos y las piernas inútiles. No creo que yo titubease... - suspiró -. Hester, el doctor no parecía muy animado esta mañana. ¿Oíste lo que dijo? He perdido fuerzas, por lo que necesito más reposo. Dudo que espere que me reponga. Lo dijo sólo para animarme antes de... Después de haberme reconocido, parecía muy extraño. Me aconsejó únicamente mucho reposo. ¿De qué sirve vivir si sólo se puede descansar, descansar y descansar? Y pensar en el pobre George. Qué vida lleva, y se muestra tan sufrido y tan cariñoso conmigo... Prefiero cualquier cosa antes que continuar así. Preferiría morir...

Janet siguió hablando más para sí misma que para la paciente Hester, que estaba de pie a su lado. Tenía los ojos llorosos. A poco, levantó la mirada:

- ¡Ay, Hester! Si fueras un ser humano, no podría soportarte; me parece que te odiaría por tu fortaleza y paciencia; pero no puedo hacerlo, Hester. Eres amable y sufrida, mientras yo no hago más que tonterías. Imagino que incluso llorarías conmigo, en caso que pudieses hacerlo.

- Lo haría si pudiera - respondió el robot, y agregó -: Mi circuito compasivo...

- ¡Eso no! - interrumpió Janet -. No puede ser eso. Debes tener un corazón en alguna parte. Debes tenerlo.

- Creo que es más seguro que un corazón - respondió Hester.

Se acercó un poco más; inclinó el cuerpo, y tomó a Janet en brazos como si no pesase nada:

- Está fatigada, querida. La llevaré arriba. Necesita un poco de descanso antes de que él regrese.

Janet sintió los fríos brazos del robot a través de su vestido; pero esto ya no la alteraba, porque se daba cuenta de que eran fuertes y protectores. Dijo:

- ¡Oh, Hester, no sabes cómo me ayudas! ¿Sabes lo que debería hacer? - Guardó silencio; después agregó, angustiosamente -: Sé lo que él piensa, me refiero al doctor; piensa que continuaré desmejorando hasta que me desvanezca por entero y me muera... He dicho antes que preferiría morirme, pero no es cierto, Hester. No quiero morir.

El robot la mecía un poco como si fuera una niña:

- ¡Vamos, vamos, que no es para tanto! No debe pensar en la muerte, ni llorar más; esto no le conviene. Además, no querrá que él se dé cuenta.

- Procuraré contenerme - respondió Janet, sumisa, mientras el robot la llevaba arriba.

El robot-recepcionista del hospital apartó la vista de la mesa escritorio.

- Mi mujer - dijo George -. Llamé por teléfono hace una hora aproximadamente.

En el rostro del robot se dibujó una impecable expresión de simpatía profesional:

- Sí, Mr. Shand; siento mucho que le haya causado sobresalto, mas, como le he dicho, su robot doméstico ha obrado acertadamente al ingresarla en seguida aquí.

- He tratado de ver al doctor, y está fuera - dijo George.

- Eso no debe preocuparle, Mr. Shand. Se le ha hecho un reconocimiento, y hemos pedido sus antecedentes al hospital donde estuvo antes. La operación ha sido fijada provisionalmente para mañana, si bien necesitamos el consentimiento de usted, por supuesto.

George vaciló:

- ¿Podría ver al doctor que la intervendrá?

- Lo siento; no se encuentra en el hospital.

- ¿Es necesario? - inquirió George, tras una pausa.

El robot le miró fijamente y asintió con la cabeza:

- Debe de haber estado perdiendo fuerzas durante meses.

George asintió con otro movimiento de la cabeza.

- La única alternativa es continuar perdiéndolas y padeciendo más hasta que le llegue su hora - prosiguió el robot.

George fijó la vista en la pared por espacio de unos segundos. Por fin, dijo secamente:

- ¡Ya!

Cogió una pluma y, temblándole la mano, firmó en una hoja, que la recepcionista le había puesto delante; miró el contenido, pero no vio nada.

- ¿Tiene.... tiene ella probabilidad de...? - inquirió él.

- Sí - contestó el robot -; aunque no se descarta totalmente el peligro, hay un setenta por ciento de probabilidades de éxito.

George suspiró y movió la cabeza:

- Quisiera verla.

- Puede hacerlo; sin embargo, debo pedirle que no la inquiete. Duerme, y no conviene despertarla.

George tuvo que contentarse con esto, pero abandonó el hospital muy aliviado tras haber visto la sonrisa dibujada en los labios de Janet mientras dormía.

Los del hospital llamaron a su oficina la tarde siguiente.

Su tono era tranquilizador. La intervención quirúrgica había sido un éxito total. Todos estaban seguros del resultado.

No había por qué preocuparse. Los médicos se mostraban muy satisfechos. Pero no se permitirían visitas durante unos días. El podía estar tranquilo.

Cada mañana, George llamaba por teléfono antes de salir de casa con la esperanza de que le permitiesen ver a su esposa; los del hospital eran amables e infundían aliento; pero intransigentes en cuanto a visitas. De improviso, al quinto día, le comunicaron que a su esposa la habían dado de alta y se dirigía a su casa. George quedó estupefacto, pues se había hecho el ánimo de que el asunto

duraría unas semanas. Salió precipitadamente; compró un ramo de rosas, e infringió seis veces el reglamento de la circulación.

- ¿Dónde está? - preguntó a Hester, cuando ésta abrió la puerta.

- En la cama. Pensé que sería mejor si... - empezó el robot, pero se le cortó el discurso mientras subía la escalera dando respingos.

Janet estaba acostada. Por el borde de la sábana le asomaba la cabeza y el vendaje del cuello. George puso las flores en la mesita de noche; se acercó a ella, y la besó dulcemente. La mujer fijó en él la inquieta mirada de sus ojos:

- George, querido. ¿Te lo ha dicho?

- ¿Quién debe decirme qué? - preguntó él, sentándose en el borde de la cama.

- Hester ha dicho que lo haría. ¡George, no quería hacerlo; al menos, no fue mi propósito!... Ella me envió. Estaba tan enferma y me sentía tan desventurada. Necesito estar fuerte. Me parece que no la entendí bien. Hester dijo...

- Tranquilízate, querida, tranquilízate - sugirió George, sonriendo -. ¿Qué importancia tiene todo eso?

Metió la mano debajo de la colcha y cogió la mano de su mujer.

- Pero, George... - empezó a decir Janet.

Y él la interrumpió:

- Querida, tienes la mano muy fría. Casi tanto como...

Deslizó los dedos por el brazo de ella, y la miró con los ojos desorbitados. Se incorporó súbitamente, y apartó la colcha. Puso la mano sobre la fina camisa de dormir y en la parte del corazón; a poco la retiró, como si se la hubieran pinchado.

- ¡Dios mío! ¡No! - exclamó George, sin apartar la vista de su mujer.

- Pero, George, querido... - dijo la cabeza de Janet, descansada en la almohada.

- ¡No! ¡No! - gritó él, casi histérico.

Obcecado, volvió la espalda y salió corriendo de la habitación. En la oscuridad del rellano, no acertó a poner el pie en el peldaño superior y rodó precipitadamente escalera abajo.

Hester lo encontró hecho un ovillo en el suelo del vestíbulo. Se inclinó sobre él, y examinó cuidadosamente las lesiones. La importancia de éstas, así como la debilidad de quien las sufría, le alteró sensiblemente el circuito de compasión. No intentó moverlo, sino que llamó por teléfono:

- ¿Hospital de urgencia? - Preguntó, y dio el nombre y las señas -. Sí; en seguida - les dijo -. Puede que no haya mucho tiempo. Sufre diversas fracturas, y sospecho que se ha fracturado el espinazo, pobre hombre. No; no parece que sufra lesiones en la cabeza. Sí; mejor que mejor. Se quedaría inválido para toda la vida, aun cuando saliese con bien de ello... En efecto; mejor que manden la orden de consentimiento con la ambulancia, para que puedan firmarla en seguida... ¡Oh, sí!; esto será lo más conveniente. Su esposa lo firmará.

**FIN**

## Howard Fast - CEPHES 5

El tercer oficial (en entrenamiento, así que en realidad era simplemente el ayudante del tercer oficial) dio unos pasos por el corredor de la gran nave espacial en dirección al recinto de meditación. Aunque ya llevaba cuatro años estudiando las once clases distintas de naves espaciales, la presente era nueva, impresionante y mucho más compleja, mucho más debido a que ésta se trataba de una nave Clase Dos, absolutamente autónoma en cuanto a mantenimiento y con una posibilidad indefinida de recorrido. A distinción de otras naves espaciales, no llevaba el nombre del planeta de origen sino del de destino, Cephes 5, y como todas las naves médicas, le estaba permitido entrar en cualquier puerto de la galaxia.

Sabía que había tenido suerte en que se lo destinara a esta nave para completar su entrenamiento, y a los veintidós años era lo suficientemente joven y romántico como para dudar de su buena fortuna y bendecir su buena estrella continuamente.

Hacía tres días que se había embarcado como cadete oficial, en el último puerto que había tocado la nave, y desde entonces lo habían tenido ocupado con exámenes médicos, inoculaciones, instrucciones y giras de orientación. Esta era su primera hora libre, y buscó el recinto de meditación.

Era una habitación larga, sin nada de particular, de paredes color marfil, cielorraso de igual color, iluminada por una agradable luz dorada. Por todos lados habían pilas de almohadones. De la tripulación de la nave, unas ciento veinte personas, había en ese momento una docena, meditando. Estaban sentados sobre los almohadones con las piernas cruzadas, el cuerpo erguido, las manos juntas y la mirada baja en una posición que era tal vez la más generalizada entre todos los planetas de la galaxia. El tercer oficial escogió un almohadón y se sentó, cruzando sus piernas desnudas. Sólo usaba un short de algodón.

Trató de desprenderse de su ego, como había aprendido hacía mucho tiempo, de tranquilizar sus dudas y temores para fundirse con la inmensidad del universo hasta formar parte de un todo infinitamente superior. Pero no lo logró. Se sentía bloqueado, confundido, preocupado, su mente pasaba de pensamiento en pensamiento mientras en medio de ellos comenzaban a tomar cuerpo extrañas fantasías.

Miró a los otros hombres y mujeres que estaban en el recinto, pero todos estaban en silencio, y aparentemente no los turbaba ningún pensamiento extraño y espantoso igual que a él.

Durante una media hora el tercer oficial trató de controlar su propia mente y mantenerla en claro, pero después se dio por vencido y abandonó el recinto de meditación, dándose cuenta entonces de que se había sentido así, en ese curioso estado de excitación mental desde el momento en que subió a bordo del Cephes 5, sólo que recién se percataba de ello.

Pensó que se debía a su ansiedad, que estaba excitado porque lo habían destinado a esta gran nave misteriosa. Fue a uno de los cuartos con ventanales para contemplar el espacio, se sentó en una silla y apretó el botón que levantaba la pantalla, descubriendo el espacio. Se tenía la impresión de estar sentado en el medio de la galaxia, en medio de una cantidad infinita de estrellas brillantes. El tercer oficial se acordó que en sus primeros viajes de entrenamiento, el cuarto de



contemplación había curado cualquier problema de temor o intranquilidad. Ahora no surtió efecto, pues sus pensamientos en el cuarto de contemplación eran tan turbadores como los del recinto de meditación.

Preocupado e intrigado, el tercer oficial abandonó el cuarto y se encaminó a la oficina del consejero de la nave. Le quedaban cuatro horas de tiempo libre antes de comenzar su recorrida por el cuarto de máquinas. Había decidido dedicar sus horas libres a conocer a los otros integrantes de la tripulación en el salón de recreo, pero cambió de idea, ya que más importante era saber por qué la atmósfera de la nave lo llenaba de un sentimiento de caos y premonición.

Llamó a la puerta de la oficina del consejero y entró al oír una voz que le ordenó hacerlo. Entró con inseguridad porque nunca había acudido a un consejero de una nave interestelar. Los consejeros eran personajes legendarios en toda la galaxia, porque en cierta manera pertenecían al más alto grado en la organización de la humanidad. Eran hombres muy viejos y muy sabios, y poseían un talento tal que no podía sino llenar de temeroso respeto a un cadete de veintidós años. En las naves espaciales, los consejeros estaban incluso por encima del capitán, aunque era muy raro que un consejero contraviniera una orden de un capitán o interfiriera de manera alguna en la dirección de la nave. Se corrían historias de que había consejeros de más de doscientos años, aunque se sabía con seguridad que había muchos de ciento cincuenta años.

Cuando el tercer oficial entró en la oficina pequeña y amueblada con sencillez, un hombre viejo, vestido con una bata azul de seda, se volvió del escritorio donde estaba escribiendo y dio la bienvenida al tercer oficial con un movimiento de cabeza. Era por cierto muy viejo, con la piel arrugada y seca como cuero viejo, y miró al tercer oficial con ojos de un color amarillo pálido, llenos de agradable curiosidad. ¿Era verdad que los consejeros podían leer el pensamiento de otra persona con la misma facilidad que los hombres comunes oían el sonido?, se preguntó el tercer oficial.

- Sí, es verdad - dijo el viejo suavemente -. Tenga paciencia, tercer oficial. Tiene más cosas que aprender de las que se imagina -. Le indicó una silla - Siéntese y póngase cómodo. Hay una diferencia de ciento doce años entre su edad y la mía, y aunque cuando llegue a mi edad le parecerá poco importante, ahora es casi extraordinario, ¿verdad?

El tercer oficial asintió.

- ¿Estuvo en el recinto de meditación y no pudo meditar?

- Sí, señor.

- ¿Sabe por qué?

- No, señor.

- ¿Tampoco sospecha la razón?

- He estado varias veces en naves espaciales - dijo el tercer oficial.

- Y hace tres días que está en ésta, ya lo han examinado, ha escuchado conferencias, le han inyectado toda clase de sueros y anticuerpos, lo han orientado, pero no le han dicho lo que transporta esta nave, ¿no?

- No, señor.

- ¿Ni cuáles son sus propósitos?

- No, señor.

- Y como corresponde, usted no lo preguntó.

- No, señor, no pregunté nada.

El consejero miró en silencio al tercer oficial por espacio de dos o tres minutos. El tercer oficial encontró que sus propios problemas se confundían con la

excitación y la curiosidad que sentía al estar sentado cara a cara con uno de los legendarios consejeros, y por último no pudo contenerse más.

- ¿Me perdonaría si le hiciera una pregunta personal, señor?

- No se me ocurre ninguna pregunta que deba ser perdonada - replicó el consejero, sonriendo.

- ¿Está leyéndome la mente ahora, señor? Esa es la pregunta.

- ¿Leyéndole la mente ahora? Oh no, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Ya sé todo respecto a usted. Necesitamos jóvenes poco comunes en nuestra tripulación, y usted es un joven extremadamente poco común. Para leerle la mente tengo que concentrarme y hacer un esfuerzo. Por el contrario, estaba leyendo mi propia mente, acordándome de cuando tenía su edad. Tenemos una tendencia a reflexionar demasiado, y a desviarnos del tema. Volviendo al asunto de su meditación. Le llevará algún tiempo, pero cuando comprenda el propósito del Cephes 5, vencerá estas dificultades y logrará meditar en un plano superior al de antes, de acuerdo con un nuevo esfuerzo de la voluntad. No se preocupe por el momento. ¿Sabe qué quiere decir la palabra asesinato?

- No, señor.

- ¿La ha oído antes?

- No, señor, que me acuerde.

Parecía que el viejo sonreía interiormente. De nuevo se produjo un minuto de reflexión. El tercer oficial esperó.

- Hay todo un espectro del ser que debemos examinar - dijo por fin el consejero -, y por eso lo introduciremos en un área que no se ha imaginado nunca. No le va a hacer daño, ni siquiera lo turbará en exceso, porque ya pensamos en ello cuando lo elegimos para que formara parte de la tripulación del Cephes 5. Comenzamos con el asesinato como idea y como acto. El asesinato es el acto que acaba con una vida humana, y como idea tiene su origen en sentimientos anormales de odio y agresión.

- Odio y agresión - repitió con lentitud el tercer oficial.

- ¿Entiende lo que digo?

- Creo que sí.

- Las palabras le deben resultar familiares. Permítame que penetre en su mente por un instante, para que sienta todo esto mucho mejor de lo que yo puedo explicárselo.

La cara del viejo carecía de expresión. De repente el tercer oficial hizo un gesto de asco, y profirió un grito. Entonces el rostro del viejo volvió a cobrar expresión y el tercer oficial se cubrió la cara con las manos y se quedó así durante un rato, temblando.

- Lo siento, pero era necesario - dijo el consejero -. El miedo es parte integrante, y por eso debí tocar el centro del miedo y el del espanto en su cerebro. De otra manera es imposible explicarle el color a un ciego.

El tercer oficial lo miró, asintiendo.

- Estará bien dentro de un momento. Lo que acaba de comprender es el asesinato. Hay otros grados: el dolor, la tortura, una variedad increíble de padecimientos... Avíseme si no entiende alguna de estas palabras.

- Tortura. Me parece que he oído esa palabra.

- Es la imposición deliberada del dolor psicológico o físico.

- ¿Por qué razón? - preguntó el tercer oficial. - He ahí el problema. ¿Por qué razón? Toda razón implica cordura. Estamos hablando de enfermedad, de la enfermedad más horrenda que haya experimentado el hombre.

- ¿Y el asesinato? ¿Es simplemente un síndrome? ¿Es algo que sucedió en el pasado? ¿Algo que sucedió en la niñez de la raza humana? ¿O es un postulado?

- No, no. Es una realidad.

- ¿Quiere decir que la gente se mata entre sí?

- Exactamente.

- ¿Sin razón?

- Sin razón, tal como usted entiende la palabra razón. Pero dentro del espectro de esta enfermedad, hay una razón y una causa subjetivas.

- ¿Una razón suficiente para matar? - murmuró el tercer oficial.

- Una razón suficiente para matar.

El joven meneó la cabeza.

- Es increíble, sencillamente increíble. Con todo respeto, señor, pero yo he sido educado, he tenido una educación muy buena. Leo libros, miro la televisión. Me mantengo al tanto de todo. ¿Cómo puede ser que no haya oído estas palabras?

- ¿Cuántos planetas habitados hay en la galaxia? - preguntó el viejo, sonriendo levemente.

- Treinta y tres mil cuatrocientos sesenta y nueve.

- Setenta y dos desde el mes pasado, cuando se poblaron Philbus 7, 8 y 9. Treinta y tres mil cuatrocientos setenta y dos... ¿Responde eso a su pregunta? Hay miles de planetas donde nunca ha habido un asesinato, como hay miles de planetas donde no se conoce la tuberculosis, la pulmonía o la escarlatina.

- Pero eso es porque curamos todas esas enfermedades, todas las necesidades del hombre.

- Sí, casi todas las enfermedades. Casi todas. No tenemos un conocimiento que sea absoluto. Aprendemos mucho, pero cuanto más sabemos, más se abren las fronteras de lo desconocido, y la única enfermedad que actualmente nuestros mejores médicos e investigadores no pueden combatir es esto que estamos discutiendo.

- ¿Tiene nombre?

- Sí. Se llama locura.

- ¿Dice que es una enfermedad muy antigua?

- Muy antigua.

Le tocó el turno al tercer oficial de quedarse pensativo, y el viejo esperó pacientemente que reflexionara. Por fin el cadete preguntó:

- Si no tenemos cura, ¿qué le pasa a estas personas que asesinan?

- Las aislamos.

El tercer oficial se dio cuenta de pronto, y sintió un escalofrío...

- ¿En el planeta Cephes 5?

- Sí. Los aislamos en el planeta Cephes 5. Lo hacemos con toda la bondad y compasión posibles. Hace mucho, mucho tiempo, intentamos otras alternativas, pero todas fallaron, y por último se llegó a la conclusión de que lo único posible era el aislamiento.

- Y esta nave... - el tercer oficial se interrumpió.

- Sí, sí. Esta es la nave que los transporta. Recogemos a estas personas en todos los lugares de la galaxia y las llevamos a Cephes 5. Por eso elegimos nuestra tripulación con tanto cuidado. Elegimos personas de gran fuerza interior. ¿Entiende ahora por qué le costó tanto meditar?

- Sí, creo que sí.

- Ninguna persona sensible puede sustraerse a las vibraciones que animan la nave, pero se puede aprender a vivir con ellas, y hallar nueva fuerza a la vez. Naturalmente, siempre tiene la opción de abandonar la nave.

El viejo miró pensativamente al tercer oficial, algo triste por la fugaz belleza de la juventud. Se fijó en el pelo rubio dorado, los ojos celestes, en el ferviente enfrentamiento y la toma de conciencia del problema de la vida, y recordó la época cuando él había sido joven y vigoroso, no lamentando el paso de los años, sino con la eterna fascinación que le producía contemplar el proceso de la vida, del que formaba parte.

- No creo que abandone la nave, señor - dijo el tercer oficial después de un momento.

- Yo tampoco lo creo. - El consejero se puso de pie. Era un hombre alto y erguido. La bata azul le colgaba de los hombros, huesudos y anchos. Era alto, como todas las personas negras que habitan los planetas de las constelaciones Rebus y Alma -. Vamos - dijo al muchacho -, ya analizaremos esto con más detenimiento. Y recuerde, tercer oficial, que no tenemos alternativa. Se trata de un factor genético, y si no hubiéramos aislado a esta pobre gente, toda la galaxia se habría contagiado.

El tercer oficial abrió la puerta, dejó pasar al consejero y lo siguió por el corredor hasta uno de los ascensores. En el camino se cruzaron con otros integrantes de la tripulación, hombres y mujeres, blancos, negros, amarillos y morenos, y todos saludaron con respeto al consejero. Se detuvieron en la puerta del ascensor, y cuando se abrió una puerta, entraron. El capitán de la nave salía del mismo ascensor, y retuvo la puerta un momento para decirle al consejero que se le veía muy bien. El capitán era una mujer.

- Gracias, capitán. Éste es el tercer oficial cadete. Hace sólo tres días que está con nosotros.

El tercer oficial no había visto al capitán hasta ese momento, y se impresionó por la gracia y belleza de la mujer. Parecía tener unos cincuenta y tantos años, era de piel amarilla con negros ojos rasgados y pelo negro, apenas canos. Usaba la bata blanca de seda, símbolo de mando, y saludó con amabilidad al tercer oficial, haciéndolo sentir necesario e importante.

- Estuvimos hablando de Cephes 5 - le explicó el consejero -. Ahora lo llevo a la cámara de sueño.

- Está en buenas manos - dijo el capitán.

El ascensor descendió hasta las profundidades de la inmensa nave, se detuvo, y se abrió la puerta. El tercer oficial siguió al consejero hasta que llegaron a una sala larga y ancha que a primera vista lo dejó sin aliento, anonadado. Era un lugar como una inmensa morgue donde había por lo menos quinientas personas que dormían en camas cuchetas. Había hombres y mujeres, y también niños, algunos de tan sólo diez o doce años, ninguno de más de veinte, personas de todas las razas de la galaxia. Dormidos no había nada que los distinguiera de las personas normales.

El tercer oficial empezó a hablar en voz baja.

- No es necesario - dijo el consejero -. No se pueden despertar hasta que nosotros no los despertemos.

El viejo condujo al joven a lo largo de la extensa hilera de camas hasta el fin de la cámara donde, detrás de una pared de vidrio, había un grupo de hombres y mujeres vestidos de blanco trabajando alrededor de una mesa sobre la que

estaba extendido un hombre. En la cabeza tenía una cinta de la que salían alambres, y en la parte de atrás del recinto había máquinas.

- Les bloqueamos la memoria - explicó el consejero -. Eso lo podemos hacer. Después les damos nuevos recuerdos. Es un procedimiento muy complejo. No se van a acordar de ninguna existencia antes de Cephes 5, y se sentirán completamente orientados hacia Cephes 5 y a las costumbres del lugar.

- ¿Los dejan allí, simplemente?

- Oh no, claro que no. Tenemos nuestras agencias en Cephes 5. Hace muchísimos años que las tenemos. Hacer que estas personas se acostumbren a la vida de Cephes 5 es un proceso muy delicado e importante. Si los habitantes de Cephes 5 lo descubrieran, las consecuencias serían trágicas para ellos. Pero hay muy pocas probabilidades de que eso ocurra. Es casi imposible, en realidad.

- ¿Por qué?

- Porque la estructura de la vida en Cephes 5 gira alrededor de la formación del ego. Todas las personas del planeta se pasan la vida creando un ego que subjetivamente los coloca en el centro del universo. Esta estructura del ego es lo más importante de la enfermedad, porque dependiendo de la enfermedad que crea el ego, cada individuo forma en su mente un superhombre antropomórfico al que llama Dios y que le da el derecho de matar.

- Me parece que no entiendo - dijo el tercer oficial.

- Ya lo entenderá. Basta con aceptar el hecho de que los habitantes de Cephes 5 colocan a su planeta y a sí mismos en el centro del universo, y luego estructuran su vida de manera tal que no surja ninguna duda en ese respecto. De esa manera hemos podido continuar el proceso todos estos años. Se niegan incluso a considerar el hecho de que pueda haber vida en otros planetas del universo.

- ¿Así que no lo saben?

- No, no lo saben.

Se quedaron allí un momento. El tercer oficial observaba lo que sucedía del otro lado del panel de vidrio, sintiéndose cada vez más incómodo. Luego el consejero le tocó el hombro y le dijo:

- Suficiente. Hasta cuando duermen piensan y sueñan, y usted es demasiado nuevo en esto como para poder estar expuesto a sus vibraciones durante mucho tiempo. Venga, vamos a otra parte, sentémonos a contemplar el universo y a charlar un rato hasta que nos tranquilicemos.

En el cuarto de contemplación, teniendo la gloria brillante y grandiosa de las estrellas frente a él y la presencia reconfortante del consejero a su lado, el tercer oficial logró tranquilizarse y comenzó a pensar en lo que había visto. Se dio cuenta de que estaba lleno de compasión, presa de una enorme tristeza, y le habló de ello al viejo.

- Es normal - dijo el consejero.

- ¿Qué hacen en Cephes 5? - preguntó.

- Matan.

- ¿Está vacío el planeta?

- No. Estas pobres criaturas dementes conocen cuál es su función, que es asesinar, y colocan esa función por encima de todo. Por eso se reproducen como nadie en el universo, aumentando su población constantemente, así que aunque aumenten las muertes, siempre la reproducción es mayor.

- ¿Tienen una inteligencia normal?

- Son muy inteligentes, pero la inteligencia no les sirve de mucho. El gran obstáculo es su ego.

- ¿Cómo pueden ser inteligentes y continuar asesinando?

- Porque su inteligencia está dirigida a un solo fin: asesinar a sus semejantes. Como ya le dije, son locos.

- Pero, si son inteligentes, ¿no idearán alguna forma de desplazarse en el espacio?

- Oh, sí. Ya lo han hecho, con cohetes muy primitivos. Pero elegimos Cephes 5 originariamente porque es el planeta habitable que queda más lejos del centro de la galaxia, a casi cuarenta años luz de cualquier otro planeta habitable. Se desplazarán a través del espacio, sí, pero el problema de curvar el espacio y de trasladarse a una velocidad mayor que la de la luz son problemas que el hombre sólo puede solucionar dentro de sí.

El tercer oficial permaneció sentado en silencio durante algún tiempo, y luego preguntó:

- ¿Sufren mucho?

- Temo que sí.

- ¿Hay esperanzas para ellos?

- Siempre hay esperanzas - contestó el viejo.

- En nuestra tabla de planetas lo llamamos Cephes 5 - dijo el tercer oficial -. Pero cada planeta tiene un nombre local. ¿Cómo lo llaman ellos?

- Lo llaman la Tierra - dijo el viejo.

**FIN**

## Harry Harrison - LA BATALLA FINAL

Por la noche, después de recoger los restos de la cena, no había nada que nos gustase más a los niños que sentarnos alrededor del fuego mientras Padre nos contaba una historia.

Dirás que suena ridículo, o anticuado, con todos los medios de entretenimiento modernos que existen, pero ¿te olvidas de ello si yo sonrío indulgentemente?

Tengo dieciocho años y, de muchas variadas formas, he dejado algunas niñadas detrás mío. Pero Padre es un orador y su voz despide un mágico aliento que aún me engancha, y, para ser sincero, eso me fascina. Incluso si pensamos que ganamos la Guerra, perdimos bastante en el proceso, y allá afuera hay un mundo cruel e ingrato. Seguiré siendo joven todo lo más que pueda.

- Cuéntenos acerca de la batalla final - era lo que por lo general decían los niños, y ésta es la historia que él, por lo general, contaba. Es una historia terrible, incluso sabiendo que ya todo ha acabado, pero no hay nada como un buen escalofrío recorriendo arriba y abajo tu espina dorsal antes de irte a dormir.

Padre tomó una cerveza, la sorbió pausadamente, y luego sacudió los restos de espuma del bigote con un dedo. Era la señal de que iba a comenzar.

- La guerra es el infierno, no lo olvidéis - dijo, y los dos más pequeños rieron entre dientes porque les podían lavar la boca con jabón si ellos decían la palabra.

- La guerra es el infierno, siempre ha sido así, y el único motivo por el cual os cuento esta historia es porque nunca os lo haré olvidar. Luchamos la batalla final de la última guerra, y gran cantidad de hombres buenos murieron para alcanzar la victoria, y es por eso que siempre os lo recordaré. Si ellos tuvieron alguna razón para morir, era para que vosotros pudierais vivir. Y nunca, jamás, tener que luchar en una guerra otra vez.

- En primer lugar, abandonad la idea de que hay algo noble o maravilloso en una batalla. No lo hay. Es un mito que ha estado agonizando por mucho tiempo y probablemente se trate de datos procedentes de la prehistoria, cuando la guerra era un sencillo combate mano a mano, ejecutado a la entrada de una caverna mientras un hombre defendía su hogar de un extraño. Esos días han pasado hace mucho, y lo que era bueno para el individuo puede significar la muerte para la comunidad civilizada. Supuso la muerte para ellos, ¿no es así?

Los ojos serios y enormes de Padre se lanzaron a través de todo el círculo de rostros expectantes, pero ni uno de ellos se enfrentó a su mirada. Por alguna razón, nosotros nos sentíamos culpables, pese a que muchos ni siquiera habíamos nacido cuando la guerra.

- Ganamos la guerra, pero en verdad no es una victoria si no aprendemos una lección de ello. El otro bando pudo descubrir primero el Arma Definitiva, y si ellos la hubiesen tenido nosotros seríamos los que habríamos muerto y desaparecido, y eso no debéis olvidarlo nunca. Sólo un azar histórico preservó nuestra cultura y destruyó la de ellos. Si este accidente del destino puede poseer algún significado para nosotros, debe ser que aprendimos un poco de humildad. No somos dioses ni somos perfectos... y debemos abandonar el combate como medio de dirimir las diferencias humanas. Yo estuve allí y ayudé a matarlos y sé de lo que hablo.

Después de esto viene el momento que estamos esperando y todos contenemos el aliento, expectantes.

- Aquí está - dice Padre, poniéndose en pie y extendiéndose a lo largo de toda la pared -. Esta es, el arma que hace llover la muerte a distancia, el Arma Definitiva.

Padre blande el arco sobre su cabeza, suscitando una dramática figura a la luz del fuego, su sombra alargándose por la cueva y sobre la pared. Incluso el niño más pequeño deja de rascarse las pulgas bajo las pieles que nos cubren y espera, embobado.

- El hombre con la cachiporra, el cuchillo de piedra o la lanza nada puede contra el arco. Ganamos nuestra guerra y debemos usar este arma sólo para la paz, matar el alce y el mamut. Ese es nuestro futuro.

Sonríe mientras cuelga cuidadosamente el arco de regreso a su soporte.

- El desempeño de una guerra es demasiado terrible ahora. La era de la paz perpetua ha comenzado.

**FIN**



## J.G. Ballard - EL ASTRONAUTA MUERTO

Cabo Kennedy y sus enormes instalaciones erigidas sobre las dunas ya no eran ahora más que un mausoleo. La arena había sepultado el Banana River y todos sus riachuelos, convirtiendo el antiguo complejo espacial en un desierto pantanoso lleno de islas de hormigón cuarteado. Durante el verano los cazadores se emboscaban entre los restos de los desmantelados vehículos de servicio, pero cuando nosotros llegamos, Judith y yo, era principios de noviembre y no había ni un alma. Tras Cocoa Beach, donde aparqué el coche, los moteles en ruinas desaparecían a medias bajo la vegetación salvaje. Las rampas de lanzamiento apuntaban hacia el atardecer, como los oxidados grafismos de una extraña álgebra celeste.

- La verja de entrada está a ochocientos metros ahí delante - dije -. Esperaremos aquí hasta que se haga de noche. ¿Te sientes mejor?

Judith contemplaba en silencio la enorme nube de color rojo cereza en forma de embudo que parecía estar arrastrando consigo al muriente día hacia el otro lado del horizonte. El día anterior, en Tampa, había sufrido un momentáneo desvanecimiento sin ninguna causa aparente.

- ¿Y el dinero? - dijo de pronto -. Quizá nos pidan más, ahora que estamos aquí.

- ¿Más de cinco mil dólares? No, es suficiente. Los cazadores de reliquias son una especie en vías de extinción. Cabo Kennedy ya no interesa a nadie. ¿Qué te ocurre? - estaba tironeando nerviosamente con sus afilados dedos las solapas de su chaquetón de ante.

- Bueno, es que, pienso... quizás hubiera tenido que vestirme de negro.

- ¿Por qué? Esto no es un entierro, Judith. Vamos, hace veinte años que Robert está muerto. Sé lo que representaba para nosotros, pero...

Ella miraba fijamente los destrozados neumáticos y los restos de los coches abandonados. Sus ojos claros parecían tranquilos en su tenso rostro.

- ¿Pero es que no lo comprendes, Philip? - murmuró -. Vuelve. Es preciso que alguien esté ahí esperándolo. Los servicios efectuados en su memoria ante el aparato de radio no fueron más que una farsa atroz. ¿Imaginas el shock que hubiera recibido el pastor si Robert le hubiera respondido? Ahora, aquí, tendría que haber todo un comité de recepción esperándole, en lugar de solo nosotros dos en medio de toda esta ruina.

- Judith - dije, con voz más firme -, podría haber un comité de recepción... si le dijéramos a la NASA lo que sabemos. Sus restos serían inhumados en la cripta de la NASA en el cementerio militar de Arlington, habría toda una ceremonia, quizás incluso asistiera el propio presidente. Aún estamos a tiempo.

Esperé, pero ella no dijo nada. Miraba con ojos fijos cómo la verja de entrada se diluía en el cielo nocturno. Quince años antes, cuando el astronauta muerto, girando en órbita en torno a la Tierra en el interior de su calcinada cápsula, fue cayendo lentamente en el olvido, Judith se había erigido en un firme comité de recuerdo. Quizá dentro de algunos días, cuando tuviera por fin entre sus manos los restos de lo que había sido Robert Hamilton, se viera libre por fin de su obsesión.

- ¡Philip! - dijo de pronto -. Allá arriba. ¿Acaso es...?

Al oeste, arriba en el cielo, entre Cefeo y Casiopea, un punto luminoso avanzaba hacia nosotros como una estrella errante en busca de su zodiaco. Unos minutos después paso por encima de nuestras cabezas, una débil baliza parpadeante entre los cirros que coronaban el mar.

- Lo es, Judith. - Le mostré los horarios de trayectorias que había anotado en mi bloc -. Los cazadores de reliquias calculan mejor las órbitas que cruzan el cielo que cualquier ordenador. Debe hacer años que observan sus pasos.

- ¿Quién va en ella?

- Una cosmonauta rusa, Valentina Prokrovna. Fue lanzada hace veinticinco años desde una base de los Urales para instalar un repetidor de televisión.

- ¿De televisión? Espero que los espectadores hayan disfrutado con los programas.

La crueldad de aquella observación, dicha mientras Judith descendía del coche, me hizo pensar de nuevo en las verdaderas razones que habían empujado a Judith a realizar el viaje hasta Cabo Kennedy. Seguí con la mirada la cápsula de la muerta hasta que se desvaneció sobre el Atlántico en sombras, emocionado una vez más ante el trágico pero sereno espectáculo de aquellos viajeros fantasmas regresando al cabo de tantos años, rechazados por las mareas del espacio. Lo único que conocía de aquella rusa, además de su nombre, era su clave: Gaviota. Sin embargo, sin saber exactamente la razón, me sentía contento de estar allí en el momento de su regreso. Judith, por el contrario, no experimentaba nada de aquello. A lo largo de todos aquellos años había permanecido sentada en el jardín, en el frescor del anochecer, demasiado cansada para subir a la habitación y acostarse, sin preocuparse más que de uno solo de los doce astronautas muertos que orbitaban en el cielo.

Aguardó, de espaldas al mar, mientras yo metía el coche en un garaje abandonado, a cincuenta metros de la carretera. Tomé las dos maletas del capó. Una de ellas, la más ligera, contenía nuestras cosas. La otra, forrada interiormente con una chapa metálica, provista de doble asa y con correas de refuerzo, estaba vacía.

Avanzamos en dirección a la verja metálica, como dos viajeros retrasados llegando a una ciudad abandonada desde hace mucho.

Hace veinte años que los últimos cohetes abandonaron los silos de lanzamiento de Cabo Kennedy. Por aquel entonces la NASA nos había transferido - yo era programador de vuelos - al gran complejo espacial planetario de Nuevo Méjico. Poco después de nuestra llegada conocimos a uno de los astronautas que se entrenaban allí, Robert Hamilton. Han pasado dos decenios desde entonces, y lo único que recuerdo de aquel muchacho exquisitamente educado es su penetrante mirada y su tez albina. Tenía los mismos ojos claros y los mismos cabellos opalinos que Judith, y la misma frialdad de comportamiento, casi ártica. Intimamos durante apenas seis semanas. Judith se había sentido atraída por él, un capricho pasajero nacido de esas confusas pulsiones sexuales que las mujeres jóvenes y convenientemente educadas expresan de la misma ingenua y típica manera; viéndoles juntos en la piscina o jugando al tenis, no era irritación lo que sentía, sino más bien aprensión ante la idea de que, para ella, todo aquello no era más que una efímera ilusión.

Y un año más tarde, Robert Hamilton estaba muerto. Había vuelto a Cabo Kennedy para efectuar uno de los últimos lanzamientos militares antes de que el lugar fuera cerrado. Tres horas después del lanzamiento, su cápsula había

entrado en colisión con un meteorito que había averiado irrecuperablemente el sistema de distribución de oxígeno. Vivió todavía cinco horas gracias a su traje. Aunque tranquilos al principio, sus mensajes por radio fueron haciéndose más y más frenéticos hasta convertirse al final en un galimatías incoherente. Ni Judith ni yo fuimos autorizados a escucharlos.

Una docena de astronautas habían muerto accidentalmente en órbita, y sus cápsulas seguían girando en torno a la Tierra como las estrellas de una nueva constelación. Al principio, Judith no se mostró tan traumatizada, pero más tarde, tras su aborto, la imagen del astronauta muerto girando en el cielo por encima de nuestras cabezas empezó a obsesionarla. Durante horas permanecía con los ojos fijos en el reloj de la habitación, como si estuviera aguardando algo.

Cinco años más tarde, cuando presenté mi dimisión de la NASA, acudimos por primera vez a Cabo Kennedy. Algunas unidades militares custodiaban todavía las desmanteladas instalaciones, pero la antigua base de lanzamiento había sido convertida ya en cementerio de satélites. A medida que iban perdiendo su velocidad orbital, las cápsulas muertas eran llamadas de nuevo por las radiobalizas. Además de los americanos, los satélites rusos y franceses lanzados en el marco de los proyectos espaciales conjuntos euro-americanos regresaban a Cabo Kennedy, y las cápsulas carbonizadas se estrellaban contra el resquebrajado cemento.

Y entonces surgían los cazadores de reliquias, hurgando entre la requemada maleza en busca de los tableros de control, los trajes espaciales y, lo más valioso de todo, los cadáveres momificados de los astronautas.

Esos renegridos fragmentos de tibias y de clavículas, de rótulas y de costillas, reliquias únicas de la era del espacio, eran tan preciosos como los huesos de los santos en la Edad Media. Tras los primeros accidentes mortales en el espacio, la opinión pública había desatado una campaña para que aquellos ataúdes orbitales fueran atraídos de nuevo a la Tierra. Desgraciadamente, cuando un cohete lunar se estrelló en el desierto de Kalahari, los indígenas penetraron en él, tomaron a los astronautas por dioses, cortaron cuatro pares de manos y desaparecieron entre los matorrales. Fueron necesarios dos años para hallarlos. Después de lo cual se deja que las cápsulas orbiten y se consuman hasta el momento en que efectúan la reentrada por sus medios naturales.

Los vestigios que sobreviven al brutal aterrizaje en el cementerio de satélites son recuperados por los cazadores de reliquias de Cabo Kennedy. Esos nómadas viven allí desde hace años, acampando en los cementerios de coches y en los moteles abandonados, arrebatando sus iconos en las propias narices de los guardianes que patrullan por las pistas de cemento. A principios de octubre, cuando un antiguo compañero de la NASA me comunicó que el satélite de Robert Hamilton había entrado en su fase de inestabilidad, me dirigí a Tampa y empecé a informarme del precio que iba a costarme la compra de sus despojos. Cinco mil dólares para lograr que su fantasma fuera depositado por fin bajo tierra y dejara de atormentar el espíritu de Judith no era caro.

Franqueamos la verja a ochocientos metros de la carretera. Las dunas habían aplastado en algunos lugares aquella cerca de seis metros de altura, y la maleza crecía por entre el enrejado. No lejos de nosotros se divisaba la entrada que, más allá de un semiderruido puesto de guardia, se dividía en dos caminos pavimentados que partían en direcciones opuestas. Cuando llegamos al lugar de

la cita, los faros de los semitractores de los guardianes iluminaron el lado de la playa.

Cinco minutos más tarde un hombre bajo de piel curtida surgió de un coche medio sepultado en la arena, a cincuenta metros de nosotros, y avanzó con la cabeza baja.

- ¿Señor y señora Groves? - preguntó. Hizo una pausa para estudiarnos atentamente, antes de presentarse a sí mismo en forma lacónica -: Quinton. Sam Quinton.

Nos estrechamos las manos. Sus dedos parecidos a garras, palparon mis muñecas y mis antebrazos. Su afilada nariz dibujaba círculos en el aire. Tenía los ojos huidizos de un pájaro, unos ojos que escrutaban incesantemente las dunas y la vegetación. Un cinturón militar mantenía en su sitio su remendado pantalón de terciopelo. Agitaba las manos como si dirigiera una orquesta de cámara oculta tras las arenosas colinas, y observé las profundas cicatrices que surcaban sus palmas, como pálidas estrellas en la noche.

Por un momento, pareció inquieto y como casi sin deseos de continuar. Luego, con un gesto brusco, se giró y avanzó a buen paso entre las dunas, mientras nosotros trastabillábamos tras él, sin que pareciera preocuparle lo más mínimo. Al cabo de una media hora llegamos a una especie de depresión cercana a una instalación transformadora de amoníaco. Tanto Judith como yo estábamos agotados de transportar las maletas por en medio de todos aquellos montones de neumáticos de desecho y piezas metálicas oxidadas.

Algunos bungalows, edificados originalmente junto a la playa, habían sido transportados al interior de una hoya. Su equilibrio era más bien precario debido a la pendiente, y sus paredes exteriores estaban adornadas con cortinas y papeles estampados.

La hoya estaba llena de material espacial recuperado: elementos de cápsulas, protectores térmicos, antenas, fundas de paracaídas. Dos hombres de rostro pálido, vestidos con monos, estaban sentados en un asiento trasero de coche, junto a la abollada carcasa de un satélite meteorológico. El de más edad de los dos llevaba un rajado casco de aviador hundido hasta los ojos, y sus manos llenas de cicatrices pulían el visor de un casco espacial. El más joven, cuya boca permanecía oculta por una pequeña pero espesa barba, miró como nos acercábamos con la misma fría e indiferente mirada de un empresario de pompas fúnebres.

Entramos en la mayor de las cabañas, dos habitaciones construidas a partir de uno de los bungalows de la playa. Quinton encendió una lámpara de petróleo y, haciendo un gesto vago hacia el deteriorado interior, murmuró sin excesiva convicción:

- Estarán bien aquí. - Al ver la expresión visiblemente disgustada de Judith, añadió -: Bueno, no tenemos demasiados visitantes, ¿saben?

Dejé nuestro equipaje sobre la cama metálica. Judith se dirigió a la cocina, y Quinton señaló la maleta vacía.

- ¿Están ahí?

Saqué del bolsillo dos fajos de billetes de a cien dólares y se los tendí.

- La maleta es... para los restos. ¿Es lo bastante grande?

Me miró, a la rojiza claridad de la lámpara de petróleo, como si nuestra presencia allí le desconcertara.

- Hubiera podido ahorrarse toda esta molestia, señor Groves. Hace un montón de tiempo que están ahí arriba, ¿sabe? Después del impacto... - una misteriosa

razón le hizo dirigir una mirada fugaz a Judith -... una caja de las usadas para guardar las piezas de un juego de ajedrez hubiera bastado.

Cuando se fue, me reuní con Judith en la cocina. De pie ante el hornillo, con las manos apoyadas sobre una caja de latas de conserva, estaba mirando a través de la ventana todos aquellos detritus del cielo donde Robert Hamilton seguía girando todavía. Tuve la fugitiva sensación de que toda la tierra estaba recubierto de detritus, y que era precisamente allí, en Cabo Kennedy, donde habíamos hallado por fin la fuente.

Apoyé mis manos en sus hombros.

- ¿Por qué todo esto, Judith? ¿Por qué no regresamos a Tampa? Lo único que tendríamos que hacer sería volver otra vez dentro de diez días, cuando ya todo hubiera terminado...

Se giró y frotó su chaqueta de ante, como si quisiera borrar la huella dejada por mis manos.

- Quiero estar aquí, Philip. Por penoso que sea. ¿Acaso no puedes comprenderlo?

A medianoche, cuando terminé de preparar nuestra parca cena, ella estaba de pie en lo alto de la pared de hormigón del silo de fermentación. Los tres cazadores de restos, sentados sobre el asiento trasero de coche, la contemplaban sin moverse, con sus manos llenas de cicatrices parecidas a llamas en medio de la noche.

A las tres de la madrugada, mientras permanecíamos tendidos en la estrecha cama, inmóviles, sin dormir, Valentina Prokrovna regresó del cielo. Realizó su última vuelta en un esplendoroso catafalco de aluminio incandescente de casi trescientos metros de longitud. Cuando salí, los cazadores de reliquias ya no estaban allí. Los vi correr entre las dunas, saltando como liebres por encima de los neumáticos viejos y de la chatarra.

Volví a entrar en la habitación.

- Está llegando, Judith. ¿Quieres verla?

Con sus rubios cabellos sujetos con un pañuelo blanco, tendida boca arriba sobre la cama, contemplaba fijamente el resquebrajado yeso del techo. Poco después de las cuatro, mientras yo permanecía sentado a su lado, un resplandor fosforescente inundó la hoya. A lo lejos resonaron una serie de explosiones que atronaron a lo largo de la muralla de dunas. Se encendieron algunos proyectores, seguidos por el estruendo de motores y sirenas.

Los cazadores de reliquias regresaron al amanecer, con sus destrozadas manos envueltas en vendajes hechos a toda prisa, arrastrando su botín.

Tras aquel melancólico ensayo general, Judith pareció ser presa de una febril actividad tan inesperada como repentina. Como si preparara la casa para alguna visita, colgó las cortinas y barrió las dos habitaciones con un meticuloso cuidado. Incluso le pidió a Quinton un producto para abrillantar el suelo. Durante horas, sentada frente al tocador, cepillaba sus cabellos, probando uno tras otro nuevos peinados. La observé varias veces palpando sus hundidas mejillas, como buscando en ellas los contornos de un rostro que había desaparecido hacía veinte años. Cuando hablaba de Robert Hamilton, parecía tener miedo de parecerle demasiado vieja. En otras ocasiones lo evocaba como si él fuese un niño, el hijo que no habíamos podido tener tras su aborto. Aquellos papeles contrapuestos se iban encadenando como las peripecias de un psicodrama íntimo. Sin embargo, y sin saberlo, ambos utilizábamos a Robert Hamilton desde hacía años, cada uno

por distintas razones personales. Esperando su regreso con la certeza de que, después, Judith ya no tendría a nadie más hacia quien volverse excepto a mí, yo esperaba y callaba.

Durante todo aquel tiempo, los cazadores de reliquias trabajaban sobre los restos de la cápsula de Valentina Prokrovna: la deformada porcelana térmica, el chasis de la unidad telemétrica, varias cajas de película en las que había quedado registrada la colisión y la muerte de la cosmonauta (si la película estaba intacta, recibirían elevados precios por ellas: los cines clandestinos de Los Angeles, Londres y Moscú se disputarían aquellas imágenes de violencia y horror que crisarían a sus públicos). Al pasar ante la cabina adyacente a la nuestra, vi un plateado traje espacial desgarrado cuidadosamente extendido sobre dos asientos de coche. Quinton y sus compañeros, con los brazos metidos en las mangas y las perneras de la escafandra, me miraron con una expresión extática en sus ojos.

Una hora antes del amanecer fui despertado por el ruido de motores procedentes de la playa. Los tres cazadores de reliquias estaban escondidos tras el silo, con sus crispados rostros iluminados por sus lámparas frontales. Un largo convoy de camiones y de semitractores evolucionaba por el área de lanzamiento. Algunos soldados saltaron de sus vehículos y empezaron a descargar tiendas y material.

- ¿Qué están haciendo? - le pregunté a Quinton -. ¿Acaso nos están buscando?

El hombre colocó una costurada mano formando visera sobre sus ojos.

- Es el ejército - dijo con voz insegura -. Quizás estén de maniobras. Es la primera vez que veo al ejército aquí.

- ¿Y Hamilton? - murmuré, aferrando su descarnado brazo -. ¿Está seguro de que...?

Me apartó con un gesto irritado que revelaba su inquietud.

- Seremos los primeros, no se preocupe. Va a llegar antes de lo que ellos creen.

Como profetizara Quinton, Robert Hamilton emprendió su último descenso dos noches más tarde. Lo vimos surgir de entre las estrellas y efectuar su última pasada. Reflejado miles de veces en los cristales de los coches apilados, su cápsula llameó entre la vegetación que nos rodeaba. Una difusa estela plateada dejó un fantasmagórico rastro a su paso.

Se produjo una repentina y febril actividad en el campamento militar. Los haces luminosos de los faros se entrecruzaron sobre las pistas de hormigón. En contra de la opinión de Quinton, yo había comprendido que no se trataba de maniobras, sino que los soldados estaban allí preparándose para el aterrizaje de la cápsula de Robert Hamilton. Una docena de semitractores patrullaban entre las dunas, incendiando los bungalows abandonados y aplastando las viejas carcazas de los automóviles. Equipos especializados reparaban la verja y reemplazaban los elementos de señalización desmantelados por los cazadores de reliquias.

Robert Hamilton apareció por última vez un poco después de medianoche, a una elevación de 42 grados noroeste, entre la Lira y Hércules. Judith se levantó de un salto y lanzó un grito. Al mismo instante, un gigantesco dardo de claridad desgarró el cielo. El deslumbrante halo que no dejaba de aumentar de tamaño se precipitaba sobre nosotros como un gigantesco cohete luminoso, mostrando el paisaje hasta sus más mínimos detalles.

- ¡Señora Groves! - Quinton se lanzó sobre Judith, que echaba a correr hacia el satélite en caída libre, y la tiró de bruces al suelo. A trescientos metros, en la cúspide de una duna, se erguía la aislada silueta de un semitractor; el llamear del meteoro ahogaba sus luces de posición.

La cápsula incandescente, el ataúd del astronauta muerto, pasó sobre nuestras cabezas con un sordo y metálico suspiro, haciendo llover gotas de metal derretido. Al cabo de unos segundos, mientras yo me protegía los ojos, una columna de arena surgió tras de mí, y un chorro de polvo se elevó hacia el cielo en medio de la noche, como un inmenso espectro hecho de huesos pulverizados. El sonido del impacto repercutió de duna en duna. Cerca de las rampas se elevaron llamaradas allá donde caían fragmentos de la cápsula. Un sudario de gases fosforescentes flotaba centelleando en el aire.

Judith corría a toda velocidad, pisándoles los talones a los cazadores de reliquias, cuyas luces zigzagueaban. Cuando los alcancé, los últimos braseros provocados por la explosión morían entre las instalaciones. La cápsula había aterrizado al lado de las antiguas rampas del cohete Atlas, excavando un pozo poco profundo de unos cincuenta metros de diámetro, cuyas paredes estaban sembradas de puntos de luz que brillaban como ojos que se fueran cerrando lentamente. Judith corría en todos sentidos, escarbando entre los restos de metal aún incandescentes.

Alguien me empujó. Quinton y sus hombres, con sus quemadas manos cubiertas de cenizas calientes, me rebasaron. Corrían como locos, con una luz salvaje brillando en sus ojos. Mientras nos alejábamos a toda velocidad de los proyectores que taladraban las tinieblas, me giré hacia la playa. Una pálida luminosidad plateada envolvía las instalaciones. Aquella nube resplandeciente fue arrastrada hacia lo lejos, como un fantasma moribundo, en dirección al mar.

Al amanecer, mientras los motores gruñían y resoplaban entre las dunas, recogimos los restos de Robert Hamilton.

Quinton entró en nuestra casa y me tendió una caja de zapatos. Judith, en la cocina, se secó las manos con un pañuelo.

Tomé la caja.

- ¿Es todo lo que han encontrado?

- Es todo lo que había. Si quiere puede ir a mirar usted mismo.

- Está bien. Nos iremos dentro de media hora.

Agitó la cabeza.

- Imposible. Están por todas partes. Si se mueven nos descubrirán.

Esperó a que yo alzara la tapa de la caja, hizo una mueca, y salió al exterior.

Nos quedamos allí otros cuatro días. El ejército rastreaba las dunas. Día y noche, los semitractores cruzaban entre los bungalows y los coches abandonados. En una ocasión, mientras espiaba la danza de vehículos desde detrás de una torre de aguas, un semitractor y dos jeeps llegaron a menos de cuatrocientos metros de nuestra hoya. Sólo el olor de los silos de sedimentación y el mal estado de las calzadas de hormigón les impidieron acercarse más.

Durante todo aquel tiempo, Judith permaneció sentada en la habitación, con la caja de cartón posada sobre su regazo. No decía nada. Como si ni yo ni el basurero de Cabo Kennedy le interesáramos ya. Se peinaba con gestos mecánicos, se maquillaba y volvía a maquillarse una y otra vez, incansablemente.

Al segundo día, me reuní con ella tras ayudar a Quinton a enterrar sus cabañas en la arena hasta las ventanas. Estaba de pie junto a la mesa.

La caja estaba abierta. En medio de la mesa estaban apilados una serie de bastoncillos carbonizados, como si hubiera estado intentando encender un fuego. Comprendí bruscamente que así había sido. Mientras removía las cenizas con sus dedos, vi asomar un fragmento de caja torácica, una mano y una clavícula.

Ella me miró con aire aturdido.

- Están negros - dijo.

La tomé en brazos y la obligué a tenderse en la cama. Me tendí a su lado. Fragmentos de órdenes amplificadas por los altavoces y cuyo eco era retransmitido por las dunas golpeaban contra los cristales.

- Ahora podemos irnos - dijo Judith cuando la columna de soldados se hubo alejado.

- Un poco más tarde, cuando ya no haya nadie - dije yo -. ¿Qué hacemos con esto?

- Enterrarlo. En cualquier lugar, ya no tiene importancia.

Parecía haber recuperado finalmente la tranquilidad. Me dedicó una breve sonrisa, como admitiendo que aquella macabra comedia por fin había terminado.

Sin embargo, una vez hube colocado de nuevo los huesos en la caja de zapatos y recuperado las cenizas de Robert Hamilton con ayuda de una cucharilla de postre, tomó de nuevo la caja de cartón y se la llevó a la cocina cuando fue a preparar la cena.

La enfermedad apareció al tercer día.

Tras una larga y agitada noche, encontré a Judith peinándose ante el espejo. Tenía la boca abierta, como si sus labios estuvieran impregnados de ácido. Cuando se sacudió la falda para eliminar los cabellos que habían caído en ella me sorprendí ante la leprosa blancura de su rostro.

Me levanté a duras penas, me dirigí pesadamente a la cocina, y me quedé contemplando el pote lleno de café frío. Sentía un cansancio indefinible, parecía como si mis huesos se hubieran reblandecido, estaba extenuado. Mi cuello y hombros estaban llenos de cabellos.

Judith se acercó a mí con paso vacilante.

- Philip... ¿Te encuentras mal?... ¿Qué es esto?

- El agua - murmuré. Vacíé el café en la fregadera y me apreté la garganta -. Debe estar contaminada.

- ¿Podemos irnos ya? - Se llevó una mano a la frente y, con sus uñas quebradizas, se arrancó un mechón de cabellos color ceniza -. ¡Philip! ¡Por el amor del cielo! ¡Se me está cayendo todo el cabello!

Ambos nos sentíamos incapaces de comer nada. Tras forzarme a tragar un poco de carne fría, tuve que salir a vomitar fuera de la cabaña.

Quinton y sus hombres estaban agachados junto al silo. Me acerqué a ellos y tuve que apoyarme contra la carcasa del satélite meteorológico para mantener el equilibrio. Quinton se acercó a mí. Cuando le dije que era probable que los depósitos de agua estuvieran contaminados, sus acerados e inquietos ojos de pájaro se me quedaron mirando fijamente.

Una hora más tarde se habían ido todos.

A la mañana siguiente, nuestro último día en aquel lugar, nuestro estado empeoró. Judith, temblando bajo su chaqueta de ante, permaneció tendida en la



cama, con la caja de zapatos sujeta entre sus brazos. Yo pasé horas enteras buscando agua potable en los bungalows. Mi agotamiento era tal que tuve que trabajar lo increíble para alcanzar el borde opuesto de la hoya. Las patrullas militares no habían estado nunca tan cerca. Podía oír el sonido de los semitractores cuando cambiaban de marcha. Los ladridos de los altavoces martilleaban mi cráneo como puños de acero.

Mientras miraba a Judith a través de la puerta abierta, algunas palabras llegaron hasta mi conciencia:

- ...zona contaminada... evacúen... radiactividad...

Fui junto a Judith y le arranqué la caja de las manos.

- Philip... - me miró con expresión abatida -. Devuélvemela...

Su rostro era una máscara abotagada. Manchas lívidas marcaban sus muñecas. Su mano izquierda se tendió hacia mí como la garra de un cadáver.

Agité rabiosamente la caja. En su interior, los huesos entrecocaron.

- ¡Maldita sea, es esto! ¿No comprendes... no comprendes por qué estamos enfermos?

- ¿Dónde están los demás, Philip? El viejo, los otros... Ve a buscarlos... Diles que nos ayuden.

- Se han ido. Ayer. Ya te lo dije.

Dejé caer la caja de cartón sobre la mesa. La tapa se abrió, dejando escapar un fragmento de caja torácica. Las costillas parecían un manojo de ramas secas.

- Quinton sabía qué era lo que pasaba. El porqué el ejército estaba aquí. Intentó prevenirnos.

- ¿Qué quieres decir? - Se irguió. Parecía como si tuviera que esforzarse para mantener su visión clara -. No hay que dejarles que se lleven a Robert. Entiéralo en cualquier parte. Ya vendremos a buscarlo en otra ocasión.

- ¡Judith! - me incliné sobre la cama -. ¿Acaso no te das cuenta? ¡Había una bomba a bordo! ¡Robert Hamilton llevaba consigo en su cápsula un proyectil atómico! - Me acerqué a la ventana y aparté las cortinas -. Ha sido una buena broma. Veinte años aguantando porque no podía tener la certeza...

- Philip...

- No te preocupes. Yo también lo utilicé. Creía que sólo él podía permitirnos continuar. ¡Y, durante todo este tiempo, él ha estado esperando ahí arriba la hora de arreglar cuentas con nosotros!

Un tubo de escape petardeó en el exterior. Un semitractor, en cuyas puertas y capota había pintada una enorme cruz roja, apareció en el borde de la hoya. Dos hombres vestidos con trajes protectores saltaron al suelo. Esgrimían contadores geiger.

- Judith, antes de que se nos lleven, dime... Nunca te lo he preguntado...

Sentada en la cama, Judith acariciaba distraídamente los cabellos esparcidos sobre la almohada. La mitad de su cráneo estaba casi desnudo. Miraba como sin ver sus manos de epidermis cada vez más pálida y desprovistas casi de fuerza. Nunca había visto en su rostro aquella expresión: la rabia sorda que engendra la traición.

Cuando sus ojos se posaron en mí y en los huesos esparcidos sobre la mesa, supe finalmente la respuesta a mi pregunta.

**FIN**

## Howard Fast - EL ARO

En una de sus encantadoras y candorosas expresiones, que llegarían a ser conocidas por todo su público televisivo, el doctor Hepplemeyer atribuyó su éxito en la ciencia no a su talento sino a su nombre. ¿Se imaginan lo que significa llamarse Julius Hepplemeyer para toda una vida? Cuando uno es Julius Hepplemeyer, se ve obligado a trascender el nombre, o se conforma con perecer.

Había recibido el Premio Nobel en dos oportunidades, antes de perfeccionar el aro, lo que era prueba de que verdaderamente había trascendido su nombre. Al agradecer la distinción, hizo gala de lo que la prensa dio en llamar «las joyas de Hepplemeyer», es decir, dichos o sentencias como éstas: «La sabiduría obliga al hombre a actuar tontamente», «La educación impone una búsqueda de la ignorancia» «La solución siempre hace necesario el problema».

Esta última sentencia se aplicaba perfectamente al aro. El doctor Hepplemeyer nunca había tenido la intención de curvar el espacio, algo que le parecía presuntuoso.

- Sólo Dios puede curvar el espacio - repetía con insistencia -. El hombre simplemente busca, y a veces encuentra.

- ¿Cree en Dios? - le preguntó con ansiedad un periodista.

- En un Dios irónico, sí. La prueba de su existencia está en la risa. Una sonrisa es la única expresión de eternidad.

Hablaba de esa manera sin ningún esfuerzo especial, y las personas muy observadoras se daban cuenta de que pensaba de esa manera. Su mujer era una persona muy observadora. Una mañana, durante el desayuno, mientras él se disponía a comer un huevo pasado por agua, le explicó que todo vuelve a sí mismo.

Eso le causó una gran impresión a su mujer, aunque sin saber por qué.

- ¿Incluso Dios? - le preguntó.

- Especialmente Dios - contestó él, y durante los dos años siguientes trabajó en el aro. El decano de Ciencias de la Universidad de Columbia le facilitó las cosas, permitiéndole que diera sólo una clase por semana. Se lo ayudó de todas las maneras imaginables. Después de todo, estaban en la Era de Hepplemeyer. Ya Einstein había muerto, y Hepplemeyer se veía obligado a recordar a sus admiradores que si bien la Ley del Retorno de Hepplemeyer había abierto nuevos caminos a la física, de cualquier manera descansaba sólidamente sobre la base de la obra de Einstein. Pero su modestia caía en oídos sordos. El suplemento semanal del «New York Times», que antes sacaba seis artículos por año sobre algún aspecto de la obra de Einstein, ahora había reducido los artículos a tres, mientras dedicaba siete a Hepplemeyer. Isaac Asimov, continuamente dedicado a esclarecer los misterios de la ciencia, dedicó seis mil palabras a una explicación popular de la Ley del Retorno, y aunque hubieron pocos que la entendieron, sirvió de tema de conversación de sobremesa a miles de lectores intrigados. No hubo muchos egos averiados, ya que el mismo Asimov calculaba que sólo unas doce personas en el mundo entendían realmente las ecuaciones de Hepplemeyer (y el no se incluía entre ellas).

Mientras tanto Hepplemeyer estaba tan absorbido en su trabajo que hasta había dejado de leer lo que escribían acerca de su obra. Se quedaba trabajando en el laboratorio toda la noche, ayudado por sus jóvenes colaboradores, llenos de

entusiasmo, que más que asistentes pagos eran discípulos suyos, hasta que logró dar forma a su matemática, transformándola en un aro de reluciente aluminio, construido con un caño de seis pulgadas de diámetro. El aro era un círculo de doce pulgadas de diámetro. Dentro del caño de seis pulgadas había una espiral de enmarañados y finísimos alambres. Según explicaba a sus alumnos, en realidad estaba construyendo una red en la que tal vez lograría atrapar un tirabuzón de las interminables circunvoluciones del espacio.

Como es natural, en seguida se retractó de sus imágenes.

- Somos tan limitados - explicó -. El universo está lleno de innumerables maravillas para las que carecemos de nombres, para las cuales no tenemos palabras, ni siquiera conceptos. ¿El aro? Eso es diferente. El aro es un objeto, como pueden ver.

Llegó un hermoso día de sol en el mes de abril, en que el aro estuvo por fin terminado, y profesor y alumnos lo llevaron triunfalmente a mostrar a la universidad. Fueron necesarios ocho jóvenes robustos para transportar la estructura de hierro en la que descansaría el aro. Estaban presentes la prensa, la televisión, unos cuatro mil estudiantes, cuatrocientos Policías, y muchos representantes de la vida, normal y anormal, de Nueva York. El centro de la Universidad de Columbia estaba tan lleno de gente que los policías tuvieron que despejar una parte para dar paso al aro. Hepplemeyer les rogaba que apartaran a la multitud, porque podría ser peligroso. Odiaba por igual la violencia y la imbecilidad, y por eso pidió por favor a los estudiantes que evitaran los líos que son casi inevitables cuando hay demasiados estudiantes y policías juntos.

Uno de los policías le prestó una bocina, y el profesor, declaró:

- Esto es sólo una prueba. Es casi imposible que resulte. He calculado que en cualquier área de equis metros cuadrados, posiblemente sólo unos centímetros cuadrados sean receptores. Así que, como ven, las probabilidades que tenemos no son muchas. Deben dejarnos lugar libre. Deben permitir que nos desplazemos.

Los estudiantes se sentían bien bajo la influencia de la marihuana y de otras sustancias tranquilizantes, en ese luminoso día de primavera. Además, adoraban a Hepplemeyer, a quien consideraban como a una especie de Bob Dylan del mundo de la ciencia. Por eso prestaron su colaboración, hasta que finalmente el profesor encontró un lugar que le venía bien, e instalaron el aro.

Hepplemeyer lo observó pensativamente durante un momento y luego empezó a buscar algo en sus bolsillos. Encontró una goma de borrar grande, de color gris, y la tiró al aro. Lo atravesó y cayó al suelo, del otro lado.

El cuerpo de estudiantes (como el de la prensa) no tenía idea de lo que debía sucederle a la goma, pero la expresión abatida de Hepplemeyer decía bien a las claras que fuera lo que fuese, no había ocurrido lo que debía ocurrir. Los estudiantes aplaudieron en señal de apoyo comprensivo y Hepplemeyer, reconfortado, anunció por la bocina:

- Probamos de nuevo, ¿no?

Los dieciséis jóvenes robustos levantaron la estructura y el aro y los llevaron a otra parte del patio. La multitud los siguió respetuosamente, con el mismo aprecio con que el público sigue a los jugadores en un campeonato de golf. Las cámaras de televisión también los siguieron. El profesor volvió a repetir el experimento. Esta vez tiro una pipa vieja por el aro. Igual que la goma, la pipa atravesó el aro y cayó del otro lado.

- Volveremos a intentarlo - dijo a la multitud -. A lo mejor nunca lo logramos. A lo mejor no servirá de nada. Antiguamente la ciencia era algo mecánico y

predecible. Hoy, dos y dos pueden ser el infinito. De cualquier manera, era una buena pipa y me alegro de recobrarla.

Entonces se hizo evidente para los presentes que lo que se arrojaba a través del aro no debía pasar al otro lado, y si no fuera Hepplemeyer quien hacía el experimento, sino alguna otra persona, la multitud de estudiantes, camarógrafos, reporteros y policías se habrían retirado disgustados. Pero era Hepplemeyer, y en lugar de dispersarse enojados, su fascinación por el experimento fue en aumento.

Se eligió un nuevo lugar, y se volvió a instalar el aro. Esta vez el doctor Hepplemeyer seleccionó una lapicera fuente de su bolsillo, obsequio de la Academia, con la inscripción Nil desperandum. Quizá con plena conciencia de inscripción arrojó la lapicera a través del aro, y esta vez el objeto desapareció antes de completar su trayectoria. Simplemente, desapareció.

Hubo un gran silencio durante un momento muy largo, y luego uno de los jóvenes asistentes de Hepplemeyer, llamado Peabody, tomó el destornillador que había usado para levantar la estructura, y lo arrojó a través del aro. Desapareció. El joven Brumberg hizo lo mismo con el martillo. Desapareció. Todo desapareció: la llave inglesa, las pinzas, las tenazas.

La demostración fue suficiente. Un aplauso estruendoso y triunfal atravesó la universidad, llegando hasta la ciudad. Entonces todos se contagiaron. Empezó una estudiante que arrojó su volumen de poemas de E.E.Cummings a través del aro. Desapareció. Siguió una cantidad suficiente de libros como para formar una pequeña biblioteca. Todos desaparecieron. Luego una lluvia de zapatos, cinturones, pulóveres, camisas. La gente tiraba lo que tenía a su alcance, y todo desaparecía.

El profesor Hepplemeyer trató, en vano, de impedir la lluvia de objetos que arrojaban. Su voz no se alzaba por sobre la algarabía de los enloquecidos estudiantes que habían presenciado cómo se desmoronaba la realidad básica como coronación de todas las verdades y virtudes de cuyo desmoronamiento habían sido testigos otras generaciones. El profesor Hepplemeyer trató de advertirles del peligro, pero también en vano.

Entonces se destacó de la multitud Ernest Silverman, campeón de salto en alto y estudiante distinguido, ciudadano de Filadelfia, para formar parte de la historia.

Con toda la exuberancia y despreocupación de la juventud, se arrojó por el aro, y desapareció. Y de inmediato la risa y los gritos se convirtieron en un silencio frío y espantoso. Igual que los niños que habían seguido al flautista, Ernest Silverman se había esfumado, y con él las esperanzas y las fantasías. Empezó a soplar un viento helado.

Algunos arriesgados quisieron seguir el ejemplo, pero Hepplemeyer se interpuso en su camino y por la bocina les rogó que se dieran cuenta del riesgo que corrían. Con respecto a Silverman, Hepplemeyer no pudo más que repetir lo que declaró a la policía una vez que hubieron guardado el aro bajo una guardia permanente las veinticuatro horas del día.

- Pero, ¿dónde está? - era la pregunta.

- No sé - era la respuesta.

La pregunta y la respuesta eran las mismas en el destacamento local y en la Central de la Policía, sólo que dada la posición de Hepplemeyer el Comisionado lo llevó a su despacho privado (ya era la medianoche) y le preguntó, implorándole:

- ¿Qué hay del otro lado de ese aro, profesor?

- No lo sé.

- Eso dice usted todo el tiempo. Pero usted hizo ese aro.

- Nosotros construimos las dínamos. ¿Sabemos cómo funcionan? Hicimos la electricidad. ¿Sabemos lo que es?

- ¿Lo sabemos?

- No, no lo sabemos.

- Eso no importa. Los padres de Silverman han llegado de Filadelfia, y han traído a un abogado y como quince reporteros, y todos quieren saber adónde está el chico, y amenazan con no sé cuántos juicios y demandas.

Hepplemeyer suspiró.

- Yo también quiero saber dónde está - dijo.

- ¿Qué podemos hacer? - imploró el Comisionado.

- No lo sé. ¿No cree que debería arrestarme?

- ¿De qué lo acuso? ¿De negligencia, asesinato, secuestro? Nada se ajusta a lo ocurrido.

- Yo no soy policía - dijo Hepplemeyer -. Y si me arrestara, estorbaría mi trabajo.

- ¿Está vivo el muchacho?

- No lo sé.

- ¿Puede contestar una sola pregunta? - dijo el Comisionado con cierta exasperación -. ¿Qué hay del otro lado del aro?

- En cierto sentido, la universidad. En otro sentido, alguna otra cosa.

- ¿Cómo?

- Otra parte del espacio. Una secuencia distinta de tiempo. La eternidad. O Brooklyn. No sé.

- Brooklyn no. Ni ninguna otra parte de Nueva York, o el chico ya habría vuelto. Es muy raro que usted haya inventado esa cosa y ahora no sepa nada de ella.

- Sé lo que se supone que debe hacer - dijo Hepplemeyer disculpándose -. Curvar el espacio.

- ¿Lo hizo?

- Probablemente.

- Tengo cuatro policías que están dispuestos a atravesar el aro. Voluntarios. ¿Usted estaría de acuerdo?

- No.

- ¿Por qué no?

- El espacio es algo muy especial, a lo mejor ni siquiera existe - contestó el profesor con la dificultad del hombre de ciencia cuando intenta explicar una abstracción a un lego -. El espacio es algo que no podemos comprender.

- Hemos llegado a la luna.

- Precisamente. Es un lugar incómodo. Suponga que el muchacho esté en la luna.

- ¿Está en la luna?

- No sé. Podría estar en Marte. No me gustaría arriesgar a cuatro policías.

Entonces, con el ingenio o la ingenuidad propia de las personas que aman a los animales, arrojaron a un perro por el aro. Desapareció.

Durante las semanas siguientes pusieron de guardia a un policía mientras el profesor pasaba el día entero en los tribunales y la tarde con sus abogados. Tuvo tiempo, sin embargo, para conferenciar con el intendente tres veces.

La ciudad de Nueva York tenía una bendición: su intendente era un hombre de ingenio e imaginación. El profesor Hepplemeyer soñaba con el espacio y el infinito, mientras que el intendente soñaba con ecología, los desperdicios y las

finanzas. Por eso no es de extrañarse que al Intendente se le ocurriera una idea para cambiar el curso de la historia.

- Déjenos intentarlo con un solo tacho de desperdicios - le rogó el Intendente al profesor Hepplemeyer -. Si resulta, podría ganar un tercer Premio Nobel.

- No quiero otro Premio Nobel. No merecí los otros dos. Ya tengo bastante culpa por eso.

- Puedo convencer a la junta de Presupuesto a que paguen las costas del caso Silverman.

- Pobre muchacho. ¿Va a cargar la junta con mi culpa?

- Lo va a hacer millonario.

- Eso es lo que menos me gustaría ser.

- Es su obligación para con la humanidad - insistió el Intendente.

- La universidad no lo va a permitir.

- Deje la universidad por mi cuenta - dijo el Intendente.

- Es inmoral - dijo Hepplemeyer con desesperación. Y luego se dio por vencido.

Al día siguiente un camión recolector de basura, repleto, dio marcha atrás hasta el lugar en que estaba emplazado el aro.

En Nueva York cualquier cosa en seguida se convierte en un happening. Por otra parte, no hay nada más poderoso que una idea cuando le ha llegado el momento. Por estas dos razones, la brillante idea del Intendente circuló por la ciudad como pólvora. Allí estaban presentes las cámaras de los canales de televisión, la prensa local y nacional, de diez a quince mil estudiantes, curiosos de la zona, y también la prensa internacional, que sólo aparece para acontecimientos de resonancia mundial. Este era uno de esos acontecimientos, ya que el talento para hacer basura es genérico a la humanidad y probablemente su principal función, como una vez tuviera la poca delicadeza de afirmar George Bernard Shaw. Por cierto, el cómo librarse de la basura era un problema que compartía toda la humanidad.

Chirriaron las cámaras y cincuenta millones de personas observaron sin pestañear por unos instantes las pantallas de sus televisores mientras el gran camión de Sanidad se acercaba a destino. Anotamos, por su interés histórico, que el conductor era Ralph Vecchio y Tony Andamano su asistente. Andamano, podríamos decir, parado en el arco iris de la historia, daba indicaciones a Vecchio con tranquilidad y eficiencia:

- Un poco más, Ralphy, un poquito más. Despacio. Dale un poco más. Despacito, despacito. Muy bien. Ya está.

El profesor Hepplemeyer estaba parado junto al Intendente, musitando en voz muy baja a medida que el mecanismo del vaciado de desperdicios empezaba a funcionar. Entonces los desperdicios comenzaron a fluir a través del aro. No se oyó ningún sonido proveniente de la multitud por unos momentos, pero cuando la basura desapareció, en dirección al infinito o a Marte o a alguna otra galaxia, se oyó un grito triunfal de tal magnitud que parecía adecuado a la salvación de la raza humana.

Ese día nacieron los héroes. El intendente se convirtió en héroe. Tony Andamano se convirtió en héroe. Ralph Vecchio fue un héroe. Pero sobre todo el profesor Hepplemeyer, cuya fama igualaba su tristeza. Por ley especial del Congreso se creó la Medalla Nacional de Ecología, que fue otorgada al profesor Hepplemeyer. Lo hicieron coronel de Kentucky y ciudadano honorario del Japón y de Gran Bretaña. Japón le ofreció inmediatamente diez millones de dólares por un solo aro, y contratos de un billón de dólares por cien aros. Le fueron otorgados

títulos honorarios de dieciséis universidades, y la ciudad de Chicago mejoró la oferta del Japón a doce millones por un solo aro. La competencia entre las ciudades de Estados Unidos se convirtió en carrera frenética, ocupando el primer lugar Detroit con una oferta de cien millones de dólares por el primer (más bien segundo) aro que construyera Hepplemeyer. Alemania no requirió un aro, sino el principio, que lo regía, y manifestaron que estaban dispuestos a pagar medio billón de marcos, recordando gentilmente al profesor, al mismo tiempo, que por lo general se prefería el marco al dólar.

Mientras tomaban el desayuno, la esposa de Hepplemeyer le recordó que aún no habían pagado la cuenta del dentista, a quien le debían mil doscientos dólares por el trabajo de ortodoncia.

- Sólo tenemos setecientos veintidós dólares en el banco - dijo el profesor con un suspiro -. Quizá sea conveniente que pidamos un préstamo.

- No, no. Eso no. Estás bromeando - dijo su mujer.

El profesor la miró, sorprendido.

- La oferta de los alemanes - dijo ella. - Ni siquiera tienes que construir el maldito aparato. Todo lo que necesitan es el principio.

- En muchas oportunidades me he preguntado si después de todo no es la ignorancia sino la devoción al principio de la dualidad la responsable por todos los males de la humanidad.

- ¿Qué?

- La dualidad.

- ¿Te gustan los huevos? Los compré en el Supermercado Pioneer. Son siete centavos más baratos, y de los más grandes.

- Son muy buenos - dijo el profesor.

- ¿Qué demonios quiere decir dualidad?

- Todo. La manera en que pensamos. El bien y el mal. Blanco y negro. Mi camisa, la tuya. Mi país, el tuyo. Es la manera en que pensamos. Nunca pensamos en una cosa, en un todo, una unidad. El universo está fuera de nosotros. Nunca se nos ocurre pensar que nosotros estamos dentro de él.

- Realmente no puedo seguirte, - respondió su mujer con paciencia -, pero, ¿quieres decir acaso que no vas a construir más aros?

- No estoy seguro.

- Eso quiere decir que estás seguro.

- No, sólo quiere decir que no estoy seguro. Tengo que pensarlo.

Su esposa se levantó de la mesa, y el profesor le preguntó adónde iba.

- No estoy segura. Voy a tener un horrible dolor de cabeza o a saltar por la ventana. Tengo que pensar sobre eso también.

La única persona que estaba absolutamente segura acerca de sí misma era el intendente de la ciudad de Nueva York. Durante ocho años había tenido que ocuparse de problemas que no tenían solución, y no había ninguna organización en la ciudad, ya fuera entre los sindicatos, las sociedades vecinales, de consumo, o tropas de Boy Scouts, que no lo hubieran elegido como chivo expiatorio. Por fin parecía que se le mejoraban las cosas, y se sentía tan agradecido al aro que hubiera dado armas a sus ciudadanos y levantado barricadas si alguien amenazaba tocarlo o interferir con él. Había un cordón policial permanente alrededor del aparato, y continuamente una procesión interminable de camiones de basura atravesaba la universidad de Columbia para vaciar los desperdicios a través del aro.

En las oficinas de Urbanización y Planeamiento los técnicos no dormían, tratando de idear un sistema para que todas las cloacas desembocaran en el aro. Era un momento decisivo, y no importaban los ruegos de los intendentes de las ciudades vecinas, que querían que sus ciudades fueran incluidas en el proyecto.

El intendente se mantenía firme. No había ninguna hora de las veinticuatro del día, ni siquiera un minuto de los sesenta que hacen una hora, sin que un camión no estuviera vaciando su carga de desperdicios en el aro. Tony Andamano, que había sido ascendido a inspector, no se movía del aro, acompañado de un grupo de ayudantes cuya tarea específica era controlar que la basura fuera descargada al infinito en forma correcta.

Naturalmente, la presión local, luego nacional y por fin mundial, siguió creciendo. Se insistía en que se desarmara el aro y se lo reprodujera fielmente. Los japoneses, que siempre habían sido expertos en reproducir y mejorar cualquier cosa que se inventara en Occidente, fueron los primeros en presentar la moción en las Naciones Unidas. Luego los siguieron medio centenar de países. Pero el intendente había tenido una larga charla con Hepplemeyer. Fue más o menos así, si es que se puede confiar en las memorias de Hepplemeyer:

- Quiero una respuesta directa y honesta, profesor. Si lo desarman, ¿podrán reproducirlo?

- No.

- ¿Por qué no

- Porque no conocen la matemática. No es una transmisión de automóvil, en absoluto. Naturalmente.

- ¿Existe una posibilidad de que lo puedan reproducir?

- ¿Quién sabe?

- Supongo que usted lo sabrá - dijo el intendente -. ¿Puede reproducirlo usted?

- Yo lo hice.

- ¿Hará otro?

- Quizá. He estado pensando en ello.

- Ya ha pasado un mes.

- Yo no pienso muy rápido - dijo el profesor.

Entonces el intendente hizo una declaración histórica: «Cualquier intento por interferir con el funcionamiento del aro será considerado como una trasgresión de los derechos constitucionales de propiedad de la ciudad de Nueva York, y será resistido con todos los medios, legales o no, de que disponga la ciudad».

Los comentaristas se embarcaron de inmediato en una discusión de lo que quería significar el intendente con «Medios no legales», mientras el gobernador, que nunca había sido amigo del intendente, le hacía juicio ante la justicia federal defendiendo el derecho de todos los municipios del estado de Nueva York. La NASA, por otra parte, burlándose de la sugerencia de que existían secretos científicos sin solución, dedicó todos sus cerebros electrónicos a la empresa de resolver este problema. Los rusos hicieron la predicción de que ellos tendrían su propio aro en sesenta días. Sólo los chinos parecían divertirse, ya que ellos transformaban casi todos los desperdicios en una especie de estiércol orgánico, y eran demasiado pobres y económicos como para que les preocupara el problema. Pero los chinos estaban demasiado lejos como para que su diversión suavizara los ánimos de los norteamericanos, y la ira empezó a crecer día a día. De héroe excéntrico, el profesor Hepplemeyer empezaba a convertirse en enemigo público número uno de la ciencia. Ahora se lo acusaba públicamente de comunista, loco, egomaniaco y, para colmo, asesino.



- Me siento muy incómodo - le confesó el profesor a su mujer. Ahora que evitaba aparecer en la televisión y se negaba a dar conferencias de prensa, ventilaba sus ansiedades y se confesaba ante la mesa del desayuno.

- Hace treinta años que sé lo testarudo que eres. Ahora, por lo menos, lo sabe el mundo entero.

- No es que sea testarudo. Es un asunto de dualidad, como te dije.

- Todos los demás dicen que es un asunto de basura. Todavía no has pagado la cuenta del dentista. Hace cuatro meses que está vencida. El doctor Steinman nos ha demandado.

- Vamos, tranquilízate. Los dentistas no presentan demandas.

- Dice que en potencia eres el hombre más rico de la tierra, y eso justifica su demanda.

El profesor estaba haciendo garabatos en la servilleta.

- Notable - dijo -. ¿Sabes qué cantidad de basura han echado por el aro?

- ¿Sabes que podrían pagarte por cada kilo que tiran? Hoy llamó un abogado que quiere representar...

- Más de un millón de toneladas - interrumpió él -. ¿Qué te parece? ¡Más de un millón! Somos criaturas maravillosas. Durante siglos los teólogos buscaron una explicación teleológica para la humanidad, y nunca se le ocurrió a nadie que somos fabricantes de basura, y nada más que eso.

- Dijo que podrían darte cinco centavos por tonelada.

- Más de un millón de toneladas - dijo, pensativamente -. Quién sabe dónde estarán.

Exactamente tres semanas más tarde, a las cinco y veinte de la mañana, apareció la primera grieta en el asfalto de Wall Street. Era una fisura bastante común, de las que aparecen en muchas calles de una ciudad, y no había nada extraño, como para alarmar a nadie, sólo que no era una grieta estática. Entre las cinco y veinte y las ocho y veinte duplicó su extensión, y alcanzó una pulgada de ancho. El olor que salía llamó la atención de las multitudes que iban a sus empleos, y se corrió la voz de que había una pérdida de gas.

A las diez los camiones de la compañía de gas estaban en el lugar examinando las válvulas, principales, y para las once la policía había hecho un cordón de vigilancia. La grieta, que se extendía en toda la extensión de la calle, tenía ya ocho pulgadas de ancho. La gente hablaba de un terremoto, pero cuando se hizo averiguaciones en la universidad de Ford, la información fue que no se registrada nada fuera de lo común en el sismógrafo, excepto, tal vez, unos temblores muy débiles. De cualquier manera, nada que pareciera un terremoto.

Cuando las calles se llenaron de gente a la hora del almuerzo, el olor rancio y desagradable hizo que una media docena de personas de estómago delicado se descompusieran. Para la una, la grieta era de más de un pie de ancho. Además, se habían roto varias cañerías de agua, y la compañía de electricidad se vio obligada a cortar las líneas de alto voltaje. A las dos y diez minutos aparecieron los primeros desperdicios.

Los desperdicios surgían de la grieta, que después de una hora ya tenía tres pies de ancho, con lo que los edificios empezaron a moverse, aparecieron grietas y cayeron algunos ladrillos. Entonces la basura comenzó a amontonarse en Wall Street como si fuera lava proveniente de un volcán en erupción. Cerraron las oficinas, y huyeron los empleados, los banqueros, los corredores de bolsa y los secretarios, todos vadeando en medio de un mar de basura. A pesar de los esfuerzos de la policía y de los bomberos, a pesar de los heroicos salvamentos de

los o quipos de helicópteros de la policía, ocho personas perecieron entre la basura o quedaron atrapadas en algún edificio. Para las cinco de la tarde la basura en Wall Street tenía diez pisos de alto y por un extremo caía en Broadway y por el otro a East River Drive. Entonces, como un volcán primigenio, estallaron las represas, y por espacio de una hora llovió basura sobre la isla de Manhattan igual que en el pasado habían llovido cenizas sobre Pompeya.

Y luego todo terminó, de repente, con extraña rapidez, con tanta rapidez que el intendente no abandonó su despacho, sino que se quedó sentado observando por la ventana la alfombra de basura que rodeaba el palacio de la Municipalidad.

Tomó el teléfono. Funcionaba todavía. Discó, utilizando su línea particular, y los impulsos eléctricos atravesaron la montaña de desperdicios, y sonó el teléfono en el estudio del profesor Hepplemeyer.

- Hepplemeyer - dijo el profesor.

- Habla el intendente.

- Oh, sí. Ya estoy enterado. Lo siento muchísimo. ¿Terminó ya?

- Parece haber parado - dijo el intendente.

- ¿Y Ernest Silverman?

- Ni rastros de él - dijo el intendente

- Bueno, muy atento en llamarme.

- Aquí está toda la basura.

- ¿Alrededor de dos millones de toneladas? - preguntó el profesor con dulzura.

- Kilo más o menos. ¿Le parece que puede traer el aro...?

El profesor colgó el receptor y fue a la cocina, donde, su mujer estaba preparando la comida. Le preguntó quién había llamado.

- El intendente.

- ¿Qué quiere?

- Quiere que trasladen el aro.

- Es muy atento en consultarte.

- Sí, por cierto - dijo el profesor -. Pero tengo que pensarlo.

- Es natural que lo hagas - dijo ella con resignación.

**FIN**

## Jorge Luis Borges - LA LOTERÍA DE BABILONIA

Como todos los hombres de Babilonia, he sido procónsul; como todos, esclavo; también he conocido la omnipotencia, el oprobio, las cárceles. Miren: a mi mano derecha le falta el índice. Miren: por este desgarrón de la capa se ve en mi estómago un tatuaje bermejo; es el segundo símbolo, Beth. Esta letra, en las noches de luna llena, me confiere poder sobre los hombres cuya marca es Ghimel, pero me subordina a los de Aleph, que en las noches sin luna deben obediencia a los de Ghimel. En el crepúsculo del alba, en un sótano, he yugulado ante una piedra negra toros sagrados. Durante un año de la luna, he sido declarado invisible: gritaba y no me respondían, robaba el pan y no me decapitaban. He conocido lo que ignoran los griegos: la incertidumbre. En una cámara de bronce, ante el pañuelo silencioso del estrangulador, la esperanza me ha sido fiel; en el río de los deleites, el pánico. Heráclides Póntico refiere con admiración que Pitágoras recordaba haber sido Pirro y antes Euforbo y antes algún otro mortal; para recordar vicisitudes análogas yo no preciso recurrir a la muerte ni aún a la impostura.

Debo esa variedad casi atroz a una institución que otras repúblicas ignoran o que obra en ellas de modo imperfecto y secreto: la lotería. No he indagado su historia; sé que los magos no logran ponerse de acuerdo; sé de sus poderosos propósitos lo que puede saber de la luna el hombre no versado en astrología. Soy de un país vertiginoso donde la lotería es parte principal de la realidad: hasta el día de hoy, he pensado tan poco en ella como en la conducta de los dioses indescifrables o de mi corazón. Ahora, lejos de Babilonia y de sus queridas costumbres, pienso con algún asombro en la lotería y en las conjeturas blasfemas que en el crepúsculo murmuran los hombres velados.

Mi padre refería que antiguamente ¿cuestión de siglos, de años? la lotería en Babilonia era un juego de carácter plebeyo. Refería (ignoro si con verdad) que los barberos despachaban por monedas de cobre rectángulos de hueso o de pergamino adornados de símbolos. En pleno día se verificaba un sorteo: los agraciados recibían, sin otra corroboración del azar, monedas acuñadas de plata. El procedimiento era elemental, como ven ustedes.

Naturalmente, esas «loterías» fracasaron. Su virtud moral era nula. No se dirigían a todas las facultades del hombre: únicamente a su esperanza. Ante la indiferencia pública, los mercaderes que fundaron esas loterías venales, comenzaron a perder el dinero. Alguien ensayó una reforma: la interpolación de unas pocas suertes adversas en el censo de números favorables. Mediante esa reforma, los compradores de rectángulos numerados corrían el doble albur de ganar una suma y de pagar una multa a veces cuantiosa. Ese leve peligro (por cada treinta números favorables había un número aciago) despertó, como es natural, el interés del público. Los babilonios se entregaron al juego. El que no adquiría suertes era considerado un pusilánime, un apocado. Con el tiempo, ese desdén justificado se duplicó. Era despreciado el que no jugaba, pero también eran despreciados los perdedores que abonaban la multa. La Compañía (así empezó a llamársela entonces) tuvo que velar por los ganadores, que no podían cobrar los premios si faltaba en las cajas el importe casi total de las multas. Entabló una demanda a los perdedores: el juez los condenó a pagar la multa original y las costas o a unos días de cárcel. Todos optaron por la cárcel, para

defraudar a la Compañía. De esa bravata de unos pocos nace el todo poder de la Compañía: su valor eclesiástico, metafísico.

Poco después, los informes de los sorteos omitieron las enumeraciones de multas y se limitaron a publicar los días de prisión que designaba cada número adverso. Ese laconismo, casi inadvertido en su tiempo, fue de importancia capital. Fue la primera aparición en la lotería de «elementos no pecuniarios». El éxito fue grande. Instada por los jugadores, la Compañía se vio precisada a aumentar los números adversos.

Nadie ignora que el pueblo de Babilonia es muy devoto de la lógica, y aun de la simetría. Era incoherente que los números faustos se computaran en redondas monedas y los infaustos en días y noches de cárcel. Algunos moralistas razonaron que la posesión de monedas no siempre determina la felicidad y que otras formas de la dicha son quizá más directas.

Otra inquietud cundía en los barrios bajos. Los miembros del colegio sacerdotal multiplicaban las puestas y gozaban de todas las vicisitudes del terror y de la esperanza; los pobres (con envidia razonable o inevitable) se sabían excluidos de ese vaivén, notoriamente delicioso. El justo anhelo de que todos, pobres y ricos, participasen por igual en la lotería, inspiró una indignada agitación, cuya memoria no han desdibujado los años. Algunos obstinados no comprendieron (o simulaban no comprender) que se trataba de un orden nuevo, de una etapa histórica necesaria... Un esclavo robó un billete carmesí, que en el sorteo lo hizo acreedor a que le quemaran la lengua. El código fijaba esa misma pena para el que robaba un billete. Algunos babilonios argumentaban que merecía el hierro candente, en su calidad de ladrón; otros, magnánimos, que el verdugo debía aplicárselo porque así lo había determinado el azar... Hubo disturbios, hubo efusiones lamentables de sangre; pero la gente babilónica impuso finalmente su voluntad, contra la oposición de los ricos. El pueblo consiguió con plenitud sus fines generosos. En primer término, logró que la Compañía aceptara la suma del poder público. (Esa unificación era necesaria, dada la vastedad y complejidad de las nuevas operaciones.) En segundo término, logró que la lotería fuera secreta, gratuita y general. Quedó abolida la venta mercenaria de suertes. Ya iniciado en los misterios de Bel, todo hombre libre automáticamente participaba en los sorteos sagrados, que se efectuaban en los laberintos del dios cada sesenta noches y que determinaban su destino hasta el otro ejercicio. Las consecuencias eran incalculables. Una jugada feliz podía motivar su elevación al concilio de magos o la prisión de un enemigo (notorio o íntimo) o el encontrar, en la pacífica tiniebla del cuarto, la mujer que empieza a inquietarnos o que no esperábamos ver; una jugada adversa: la mutilación, la variada infamia, la muerte. A veces un solo hecho -el tabernario asesinato de C, la apoteosis misteriosa de B- era la solución genial de treinta o cuarenta sorteos. Combinar las jugadas era difícil; pero hay que recordar que los individuos de la Compañía eran (y son) todopoderosos y astutos. En muchos casos, el conocimiento de que ciertas felicidades eran simple fábrica del azar, hubiera aminorado su virtud; para eludir ese inconveniente, los agentes de la Compañía usaban de las sugerencias y de la magia. Sus pasos, sus manejos, eran secretos. Para indagar las íntimas esperanzas y los íntimos terrores de cada cual, disponían de astrólogos y de espías. Había ciertos leones de piedra, había una letrina sagrada llamada Qaphqa, había unas grietas en un polvoriento acueducto que, según opinión general, daban a la Compañía; las personas malignas o benévolas depositaban delaciones en esos sitios. Un archivo alfabético recogía esas noticias de variable veracidad.

Increíblemente, no faltaron murmuraciones. La Compañía, con su discreción habitual, no replicó directamente. Prefirió borrajear en los escombros de una fábrica de caretas un argumento breve, que ahora figura en las escrituras sagradas. Esa pieza doctrinal observaba que la lotería es una interpolación del azar en el orden del mundo y que aceptar errores no es contradecir el azar: es corroborarlo. Observaba asimismo que esos leones y ese recipiente sagrado, aunque no desautorizados por la Compañía (que no renunciaba al derecho de consultarlos), funcionaban sin garantía oficial.

Esa declaración apaciguó las inquietudes públicas. También produjo otros efectos, acaso no previstos por el autor. Modificó hondamente el espíritu y las operaciones de la Compañía. Poco tiempo me queda; nos avisan que la nave está por zarpar; pero trataré de explicarlo.

Por inverosímil que sea, nadie había ensayado hasta entonces una teoría general de los juegos. El babilonio es poco especulativo. Acata los dictámenes del azar, les entrega su vida, su esperanza, su terror pánico, pero no se le ocurre investigar sus leyes laberínticas, ni las esferas giratorias que lo revelan. Sin embargo, la declaración oficiosa que he mencionado inspiró muchas discusiones de carácter jurídico-matemático. De alguna de ellas nació la conjetura siguiente: Si la lotería es una intensificación del azar, una periódica infusión del caos en el cosmos ¿no convendría que el azar interviniera en todas las etapas del sorteo y no en una sola? ¿No es irrisorio que el azar dicte la muerte de alguien y que las circunstancias de esa muerte -la reserva, la publicidad, el plazo de una hora o de un siglo- no estén sujetas al azar? Esos escrúpulos tan justos provocaron al fin una considerable reforma, cuyas complejidades (agravadas por un ejercicio de siglos) no entienden sino algunos especialistas; pero que intentaré resumir, siquiera de modo simbólico.

Imaginemos un primer sorteo, que dicta la muerte de un hombre. Para su cumplimiento se procede a un otro sorteo, que propone (digamos) nueve ejecutores posibles. De esos ejecutores, cuatro pueden iniciar un tercer sorteo que dirá el nombre del verdugo, dos pueden reemplazar la orden adversa por una orden feliz (el encuentro de un tesoro, digamos), otro exacerbará la muerte (es decir la hará infame o la enriquecerá de torturas), otros pueden negarse a cumplirla... Tal es el esquema simbólico. En la realidad el número de sorteos es infinito. Ninguna decisión es final, todas se ramifican en otras. Los ignorantes suponen que infinitos sorteos requieren un tiempo infinito; en realidad basta que el tiempo sea infinitamente subdivisible, como lo enseña la famosa parábola del Certamen con la Tortuga. Esa infinitud condice de admirable manera con los sinuosos números del Azar y con el Arquetipo Celestial de la Lotería, que adoran los platónicos... Algún eco deforme de nuestros ritos parece haber retumbado en el Tíber: Ello Lampridio, en la Vida de Antonino Heliogábalo, refiere que este emperador escribía en conchas las suertes que destinaba a los convidados, de manera que uno recibía diez libras de oro y otro diez moscas, diez lirones, diez osos. Es lícito recordar que Heliogábalo se educó en el Asia Menor, entre los sacerdotes del dios epónimo.

También hay sorteos impersonales, de propósito indefinido: uno decreta que se arroje a las aguas del Eufrates un zafiro de Taprobana; otro, que desde el techo de una torre se suelte un pájaro; otro, que cada siglo se retire (o se añada) un gramo de arena de los innumerables que hay en la playa. Las consecuencias son, a veces, terribles.

Bajo el influjo bienhechor de la Compañía, nuestras costumbres están saturadas de azar. El comprador de una docena de ánforas de vino damasceno no se maravillará si una de ellas encierra un talismán o una víbora; el escribano que redacta un contrato no deja casi nunca de introducir algún dato erróneo; yo mismo, en esta apresurada declaración he falseado algún esplendor, alguna atrocidad. Quizá, también, alguna misteriosa monotonía... Nuestros historiadores, que son los más perspicaces del orbe, han inventado un método para corregir el azar; es fama que las operaciones de ese método son (en general) fidedignas; aunque, naturalmente, no se divulgan sin alguna dosis de engaño. Por lo demás, nada tan contaminado de ficción como la historia de la Compañía... Un documento paleográfico, exhumado en un templo, puede ser obra del sorteo de ayer o de un sorteo secular. No se publica un libro sin alguna divergencia entre cada uno de los ejemplares. Los escribas prestan juramento secreto de omitir, de interpolar, de variar. También se ejerce la mentira indirecta.

La Compañía, con modestia divina, elude toda publicidad. Sus agentes, como es natural, son secretos; las órdenes que imparte continuamente (quizá incesantemente) no difieren de las que prodigan los impostores. Además ¿quién podrá jactarse de ser un mero impostor? El ebrio que improvisa un mandato absurdo, el soñador que se despierta de golpe y ahoga con las manos a la mujer que duerme a su lado ¿no ejecutan, acaso, una secreta decisión de la Compañía? Ese funcionamiento silencioso, comparable al de Dios, provoca toda suerte de conjeturas. Alguna abominablemente insinúa que hace ya siglos que no existe la Compañía y que el sacro desorden de nuestras vidas es puramente hereditario, tradicional; otra la juzga eterna y enseña que perdurará hasta la última noche, cuando el último dios anonade el mundo. Otra declara que la Compañía es omnipotente, pero que sólo influye en cosas minúsculas: en el grito de un pájaro, en los matices de la herrumbre y del polvo, en los entresueños del alba. Otra, por boca de heresiarcas enmascarados, que no ha existido nunca y no existirá. Otra, no menos vil, razona que es indiferente afirmar o negar la realidad de la tenebrosa corporación, porque Babilonia no es otra cosa que un infinito juego de azares.

**FIN**

## Ray Bradbury - **ENCUENTRO NOCTURNO**

Antes de subir hacia las colinas azules, Tomás Gómez se detuvo en la solitaria estación de gasolina.

- Aquí se sentirá usted bastante solo - le dijo al viejo.

El viejo pasó un trapo por el parabrisas de la camioneta.

- No me quejo.

- ¿Le gusta Marte?

- Muchísimo. Siempre hay algo nuevo. Cuando llegué aquí el año pasado, decidí no esperar nada, no preguntar nada, no sorprenderme por nada. Tenemos que mirar las cosas de aquí, y qué diferentes son. El tiempo, por ejemplo, me divierte muchísimo. Es un tiempo marciano. Un calor de mil demonios de día y un frío de mil demonios de noche. Y las flores y la lluvia, tan diferentes. Es asombroso. Vine a Marte a retirarme, y busqué un sitio donde todo fuera diferente. Un viejo necesita una vida diferente. Los jóvenes no quieren hablar con él, y con los otros viejos se aburre de un modo atroz. Así que pensé: lo mejor será buscar un sitio tan diferente que uno abre los ojos y ya se entretiene. Conseguí esta estación de gasolina. Si los negocios marchan demasiado bien, me instalaré en una vieja carretera menos bulliciosa, donde pueda ganar lo suficiente para vivir y me quede tiempo para sentir estas cosas tan diferentes.

- Ha dado usted en el clavo - dijo Tomás. Sus manos le descansaban sobre el volante. Estaba contento. Había trabajado casi dos semanas en una de las nuevas colonias y ahora tenía dos días libres y iba a una fiesta.

- Ya nada me sorprende - prosiguió el viejo -. Miro y observo, nada más. Si uno no acepta a Marte como es, puede volverse a la Tierra. En este mundo todo es raro; el suelo, el aire los canales, los indígenas (aun no los he visto, pero dicen que andan por aquí) y los relojes. Hasta mi reloj anda de un modo gracioso. Hasta el tiempo es raro en Marte. A veces me siento muy solo, como si yo fuese el único habitante de este planeta; apostaríala la cabeza. Otras veces me siento como si me hubiera encogido y todo lo demás se hubiera agrandado. ¡Dios! ¡No hay sitio como éste para un viejo! Estoy siempre alegre y animado. ¿Sabe usted cómo es Marte? Es como un juguete que me regalaron en Navidad, hace setenta años. No sé si usted lo conoce. Lo llamaban calidoscopio: trocitos de vidrio o de tela de muchos colores. Se levanta hacia la luz y se mira y se queda uno sin aliento. ¡Cuántos dibujos! Bueno, pues así es Marte. Disfrútelo. Tómelo como es. ¡Dios! ¿Sabe que esa carretera marciana tiene dieciséis siglos y aún está en buenas condiciones? Es un dólar cincuenta. Gracias. Buenas noches.

Tomás se alejó por la antigua carretera, riendo entre dientes.

Era un largo camino que se internaba en la oscuridad y las colinas. Tomás, con una sola mano en el volante, sacaba con la otra, de cuando en cuando, un caramelo de la bolsa del almuerzo. Había viajado toda una hora sin encontrar en el camino ningún otro automóvil, ninguna luz. La carretera solitaria se deslizaba bajo las ruedas y sólo se oía el zumbido del motor. Marte era un mundo silencioso, pero aquella noche el silencio era mayor que nunca. Los desiertos y los mares secos giraban a su paso y las cintas de las montañas se alzaban contra las estrellas.

Esta noche había en el aire un olor a tiempo. Tomás sonrió. ¿Qué olor tenía el tiempo? El olor del polvo, los relojes, la gente. ¿Y qué sonido tenía el tiempo? Un sonido de agua en una cueva, y una voz muy triste y unas gotas sucias que caen sobre cajas vacías y un sonido de lluvia. Y aún más, ¿a qué se parecía el tiempo? A la nieve que cae calladamente en una habitación oscura, a una película muda en un cine muy viejo, a cien millones de rostros que descienden como esos globitos de Año Nuevo, que descienden y descienden en la nada. Eso era el tiempo, su sonido, su olor. Y esta noche (y Tomás sacó una mano fuera de la camioneta), esta noche casi se podía tocar el tiempo.

La camioneta se internó en las colinas del tiempo. Tomás sintió unas punzadas en la nuca y se sentó rígidamente, con la mirada fija en el camino.

Entraba en una muerta aldea marciana; paró el motor y se abandonó al silencio de la noche. Maravillado y absorto contempló los edificios blanqueados por las lunas. Deshabitados desde hacía siglos. Perfectos. En ruinas, pero perfectos.

Puso en marcha el motor, recorrió algo más de un kilómetro y se detuvo nuevamente. Dejó la camioneta y echó a andar llevando la bolsa de comestibles en la mano, hacia una loma desde donde aún se veía la aldea polvorienta. Abrió el termos y se sirvió una taza de café. Un pájaro nocturno pasó volando. La noche era hermosa y apacible.

Unos cinco minutos después se oyó un ruido. Entre las colinas, sobre la curva de la antigua carretera, hubo un movimiento, una luz mortecina, y luego un murmullo.

Tomás se volvió lentamente, con la taza de café en la mano derecha.

Y asomó en las colinas una extraña aparición.

Era una máquina que parecía un insecto de color verde jade, una mantis religiosa que saltaba suavemente en el aire frío de la noche, con diamantes verdes que parpadeaban sobre su cuerpo, indistintos, innumerables, y rubíes que centelleaban con ojos multifacéticos. Sus seis patas se posaron en la antigua carretera, como las últimas gotas de una lluvia, y desde el lomo de la máquina un marciano de ojos de oro fundido miró a Tomás como si mirara el fondo de un pozo.

Tomás levantó una mano y pensó automáticamente:

¡Hola!, aunque no movió los labios. Era un marciano. Pero Tomás habla nadado en la Tierra en ríos azules mientras los desconocidos pasaban por la carretera, y había comido en casas extrañas con gente extraña y su sonrisa había sido siempre su única defensa. No llevaba armas de fuego. Ni aun ahora advertía esa falta aunque un cierto temor le oprimía el pecho.

También el marciano tenía las manos vacías. Durante unos instantes, ambos se miraron en el aire frío de la noche.

Tomás dio el primer paso.

- ¡Hola! - gritó.

- ¡Hola! - contesto el marciano en su propio idioma. No se entendieron.

- ¿Has dicho hola? - dijeron los dos.

- ¿Qué has dicho? - preguntaron, cada uno en su lengua.

Los dos fruncieron el ceño.

- ¿Quién eres? - dijo Tomás en inglés.

- ¿Qué haces aquí - dijo el otro en marciano.

- ¿A dónde vas? - dijeron los dos al mismo tiempo, confundidos.

- Yo soy Tomás Gómez,

- Yo soy Muhe Ca.



No entendieron las palabras, pero se señalaron a sí mismos, golpeándose el pecho, y entonces el marciano se echó a reír.

- ¡Espera!

Tomás sintió que le rozaban la cabeza, aunque ninguna mano lo había tocado.

- Ya está - dijo el marciano en inglés -. Así es mejor.

- ¡Qué pronto has aprendido mi idioma!

- No es nada.

Turbados por el nuevo silencio, ambos miraron el humeante café que Tomás tenía en la mano.

- ¿Algo distinto? - dijo el marciano mirándolo y mirando el café, y tal vez refiriéndose a ambos.

- ¿Puedo ofrecerte una taza? - dijo Tomás.

- Por favor.

El marciano descendió de su máquina.

Tomás sacó otra taza, la llenó de café y se la ofreció.

La mano de Tomás y la mano del marciano se confundieron, como manos de niebla.

- ¡Dios mío! - gritó Tomás, y soltó la taza.

- ¡En nombre de los Dioses! - dijo el marciano en su propio idioma.

- ¿Viste lo que pasó? - murmuraron ambos, helados por el terror.

El marciano se inclinó para tocar la taza, pero no pudo tocarla.

- ¡Señor! - dijo Tomás.

- Realmente... - comenzó a decir el marciano. Se enderezó, meditó un momento, y luego sacó un cuchillo de su cinturón.

- ¡Eh! - gritó Tomás.

- Has entendido mal. ¡Tómalo!

El marciano tiró al aire el cuchillo. Tomás juntó las manos. El cuchillo le pasó a través de la carne. Se inclinó para recogerlo, pero no lo pudo tocar y retrocedió, estremeciéndose.

Miró luego al marciano que se perfilaba contra el cielo.

- ¡Las estrellas! - dijo.

- ¡Las estrellas! - respondió el marciano mirando a Tomás.

Las estrellas eran blancas y claras más allá del cuerpo del marciano, y lucían dentro de su carne como centellas incrustadas en la tenue y fosforescente membrana de un pez gelatinoso; parpadeaban como ojos de color violeta en el estómago y en el pecho del marciano, y le brillaban como joyas en los brazos.

- ¡Eres transparente! - dijo Tomás.

- ¡Y tú también! - replicó el marciano retrocediendo.

Tomás se tocó el cuerpo, sintió su calor y se tranquilizó. «Yo soy real», pensó.

El marciano se tocó la nariz y los labios.

- Yo tengo carne - murmuró -. Yo estoy vivo.

Tomás miró fijamente al ffo.

- Y si yo soy real, tú debes de estar muerto.

- ¡No! ¡Tú!

- ¡Un espectro!

- ¡Un fantasma!

Se señalaron el uno al otro y la luz de las estrellas les brillaba en los miembros como dagas, como trozos de hielo, como luciérnagas, y se tocaron otra vez y se descubrieron intactos, calientes, animados, asombrados, despavoridos, y el otro,

ah, si, ese otro, era sólo un prisma espectral que reflejaba la acumulada luz de unos mundos distantes.

Estoy borracho, pensó Tomás. No se lo contaré mañana a nadie. No, no.

Se miraron un tiempo, de pie, inmóviles, en la antigua carretera.

- ¿De dónde eres? - preguntó al fin el marciano.

- De la Tierra.

- ¿Qué es eso?

Tomás señaló el firmamento.

- ¿Cuándo llegaste?

- Hace más de un año, ¿no recuerdas?

- No.

- Y todos vosotros estabais muertos, así lo creímos. Tu raza ha desaparecido casi totalmente ¿no lo sabes?

- No. No es cierto.

- Sí. Todos muertos. Yo vi los cadáveres. Negros, en las habitaciones, en las casas. Muertos. Millares de muertos.

- Eso es ridículo. ¡Estamos vivos!

- Escúchame. Marte ha sido invadido. No puedes ignorarlo. Has escapado.

- ¿Yo? ¿Escapar de qué? No entiendo lo que dices. Voy a una fiesta en el canal, cerca de las montañas Eniall. Allí estuve anoche. ¿No ves la ciudad?

Tomás miró hacia donde le indicaba el marciano y vio las ruinas.

- Pero cómo, esa ciudad está muerta desde hace miles de años.

El marciano se echó a reír.

- ¡Muerta! dormí allí anoche

- Y Yo estuve allí la semana anterior y la otra, y hace un rato y es un montón de escombros. ¿No ves las columnas rotas?

- ¿Rotas? Las veo perfectamente a la luz de la luna. Intactas.

- Hay polvo en las calles - dijo Tomás.

- ¡Las calles están limpias!

- Los canales están vacíos.

- ¡Los canales están llenos de vino de lavándula!

- Está muerta.

- ¡Está viva! - protestó el marciano riéndose cada vez más -. Oh, estás muy equivocado ¿No ves las luces de la fiesta? Hay barcas hermosas esbeltas como mujeres, y mujeres hermosas esbeltas como barcas; mujeres del color de la arena, mujeres con flores de fuego en las manos. Las veo desde aquí, pequeñas, corriendo por las calles. Allí voy, a la fiesta. Flotaremos en las aguas toda la noche, cantaremos, beberemos, haremos el amor. ¿No las ves?

- Tu ciudad está muerta como un lagarto seco. Pregúntaselo a cualquiera de nuestro grupo. Voy a la Ciudad Verde. Es una colonia que hicimos hace poco cerca de la carretera de Illinois. No puedes ignorarlo. Trajimos trescientos mil metros cuadrados de madera de Oregon, y dos docenas de toneladas de buenos clavos de acero, y levantamos a martillazos los dos pueblos más bonitos que hayas podido ver. Esta noche festejaremos la inauguración de uno. Llegan de la Tierra un par de cohetes que traen a nuestras mujeres y a nuestras amigas. Habrá bailes y whisky...

El marciano estaba inquieto.

- ¿Dónde está todo eso?

Tomás lo llevó hasta el borde de la colina y señaló a lo lejos.

- Allí están los cohetes. ¿Los ves?

- No.
- ¡Maldita sea! ¡Ahí están! Esos aparatos largos y plateados.
- No.
- Tomás se echó a reír.
- ¡Estás ciego!
- Veo perfectamente. ¡Eres tú el que no ve!
- Pero ves la nueva ciudad, ¿no es cierto?
- Yo veo un océano, y la marea baja.
- Señor, esa agua se evaporó hace cuarenta siglos.
- ¡Vamos, vamos! ¡Basta ya!
- Es cierto, te lo aseguro.
- El marciano se puso muy serio.
- Dime otra vez. ¿No ves la ciudad que te describo? Las columnas muy blanca, las barcas muy finas, las luces de la fiesta... ¡Oh, lo veo todo tan claramente! Y escucha... Oigo los cantos. ¡No están tan lejos! Tomás escuchó y sacudió la cabeza.
- No.
- Y yo, en cambio, no puedo ver lo que tú me describes - dijo el marciano.
- Volviéron a estremecerse. Sintieron frío.
- ¿Podría ser?
- ¿Qué?
- ¿Dijiste que «del cielo»?
- De la Tierra.
- La Tierra, un nombre, nada - dijo el marciano - Pero... al subir por el camino hace una hora... sentí...
- Se llevó una mano a la nuca.
- ¿Frío?
- Sí.
- ¿Y ahora?
- Vuelvo a sentir frío. ¡Qué raro! Había algo en la luz, en las colinas, en el camino... - dijo el marciano -. Una sensación extraña... El camino, la luz... Durante unos instantes creí ser el único sobreviviente de este mundo.
- Lo mismo me pasó a mí - dijo Tomás, y le pareció estar hablando con un amigo muy íntimo de algo secreto y apasionante.
- El marciano meditó unos instantes con los ojos cerrados.
- Sólo hay una explicación. El tiempo. Sí. Eres una sombra del pasado.
- No. Tú, tú eres del pasado - dijo el hombre de la Tierra.
- ¡Qué seguro estas! ¿Cómo es posible afirmar quién pertenece al pasado y quién al futuro? ¿En qué año estamos?
- En el año dos mil dos.
- ¿Qué significa eso para mí?
- Tomás reflexionó y se encogió de hombros.
- Nada.
- Es como si te dijera que estamos en el año 4462853 S.E.C. No significa nada. Menos que nada. Si algún reloj nos indicase la posición de las estrellas...
- ¡Pero las ruinas lo demuestran! Demuestran que yo soy el futuro, que yo estoy vivo, que tú estás muerto.
- Todo en mí lo desmiente. Me late el corazón, mi estómago siente hambre, mi garganta sed. No, no. Ni muertos, ni vivos, más vivos que nadie, quizá. Mejor,

entre la vida y la muerte. Dos extraños cruzan en la noche. Nada más. Dos extraños que pasan. ¿Ruinas dijiste?

- Sí. ¿Tienes miedo?

- ¿Quién desea ver el futuro? ¿Quién ha podido desearlo alguna vez? Un hombre puede enfrentarse con el pasado, pero pensar... ¿Has dicho que las columnas se han desmoronado? ¿Y que el mar está vacío y los canales, secos y las doncellas muertas y las flores marchitas? - El marciano calló y miró hacia la ciudad lejana. - Pero están ahí. Las veo. ¿No me basta? Me aguardan ahora, y no importa lo que digas.

Y a Tomás también lo esperaban los cohetes, allá a lo lejos, y la ciudad, y las mujeres de la Tierra.

- Jamás nos pondremos de acuerdo - dijo.

- Admitamos nuestro desacuerdo - dijo el marciano -. ¿Qué importa quién es el pasado o el futuro, si ambos estamos vivos? Lo que ha de suceder sucederá, mañana o dentro de diez mil años. ¿Cómo sabes que esos templos no son los de tu propia civilización, dentro de cien siglos, desplomados y en ruinas? ¿No lo sabes? No preguntes entonces. La noche es muy breve. Allá van por el cielo los fuegos de la fiesta, y los pájaros.

Tomás tendió la mano. El marciano lo imitó. Sus manos no se tocaron, se fundieron atravesándose.

- ¿Volveremos a encontrarnos?

- ¡Quién sabe! Tal vez otra noche.

- Me gustaría ir contigo a la fiesta.

- Y a mí me gustaría ir a tu ciudad y ver esa nave de que me hablas y esos hombres, y oír todo lo que sucedió.

- Adiós - dijo Tomás.

- Buenas noches.

El marciano voló serenamente hacia las colinas en su vehículo de metal verde. El terrestre se metió en su camioneta y partió en silencio en dirección contraria.

- ¡Dios mío! ¡Qué pesadillas! - suspiró Tomás, con las manos en el volante, pensando en los cohetes, en las mujeres, en el whisky, en las noticias de Virginia, en la fiesta.

- ¡Qué extraña visión! - se dijo el marciano, y se alejó rápidamente, pensando en el festival, en los canales, en las barcas, en las mujeres de ojos dorados, y en las canciones.

La noche era oscura. Las lunas se habían puesto. La luz de las estrellas parpadeaba sobre la carretera ahora desierta y silenciosa. Y así siguió, sin un ruido, sin un automóvil, sin nadie, sin nada, durante toda la noche oscura y fresca.

**FIN**

## Jorge Luis Borges - EL LIBRO DE ARENA

*...thy rope of sands...  
George Herbert (1593-1623)*

La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes... No, decididamente no es éste, more geométrico, el mejor modo de iniciar mi relato. Afirmar que es verídico es ahora una convención de todo relato fantástico; el mío, sin embargo, es verídico.

Yo vivo solo, en un cuarto piso de la calle Belgrano. Hará unos meses, al atardecer, oí un golpe en la puerta. Abrí y entró un desconocido. Era un hombre alto, de rasgos desdibujados. Acaso mi miopía los vio así. Todo su aspecto era de pobreza decente. Estaba de gris y traía una valija gris en la mano. En seguida sentí que era extranjero. Al principio lo creí viejo; luego advertí que me había engañado su escaso pelo rubio, casi blanco, a la manera escandinava. En el curso de nuestra conversación, que no duraría una hora, supe que procedía de las Orcadas.

Le señalé una silla. El hombre tardó un rato en hablar. Exhalaba melancolía, como yo ahora.

- Vendo biblias - me dijo.

No sin pedantería le contesté:

- En esta casa hay algunas biblias inglesas, incluso la primera, la de John Wiclif. Tengo asimismo la de Cipriano de Valera, la de Lutero, que literariamente es la peor, y un ejemplar latino de la Vulgata. Como usted ve, no son precisamente biblias lo que me falta.

Al cabo de un silencio me contestó:

- No sólo vendo biblias. Puedo mostrarle un libro sagrado que tal vez le interese. Lo adquirí en los confines de Bikanir.

Abrió la valija y lo dejó sobre la mesa. Era un volumen en octavo, encuadernado en tela. Sin duda había pasado por muchas manos. Lo examiné; su inusitado peso me sorprendió. En el lomo decía Holy Writ y abajo Bombay.

- Será del siglo diecinueve - observé.

- No sé. No lo he sabido nunca - fue la respuesta.

Lo abrí al azar. Los caracteres me eran extraños. Las páginas, que me parecieron gastadas y de pobre tipografía, estaban impresas a dos columnas a la manera de una biblia. El texto era apretado y estaba ordenado en versículos. En el ángulo superior de las páginas había cifras arábigas. Me llamó la atención que la página par llevara el número (digamos) 40.514 y la impar, la siguiente, 999. La volví; el dorso estaba numerado con ocho cifras. Llevaba una pequeña ilustración, como es de uso en los diccionarios: un ancla dibujada a la pluma, como por la torpe mano de un niño.

Fue entonces que el desconocido me dijo:

- Mírela bien. Ya no la verá nunca más.

Había una amenaza en la afirmación, pero no en la voz.

Me fijé en el lugar y cerré el volumen. Inmediatamente lo abrí. En vano busqué la figura del ancla, hoja tras hoja. Para ocultar mi desconcierto, le dije:

- Se trata de una versión de la Escritura en alguna lengua indostánica, ¿no es verdad?

- No - me replicó.

Luego bajó la voz como para confiarme un secreto:

- Lo adquirí en un pueblo de la llanura, a cambio de una rupias y de la Biblia. Su poseedor no sabía leer. Sospecho que en el Libro de los Libros vio un amuleto. Era de la casta más baja; la gente no podía pisar su sombra, sin contaminación. Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin.

Me pidió que buscara la primera hoja.

Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro.

- Ahora busque el final.

También fracasé; apenas logré balbucear con una voz que no era la mía:

- Esto no puede ser.

Siempre en voz baja el vendedor de biblias me dijo:

- No puede ser, pero es. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna la última. No sé por qué están numeradas de ese modo arbitrario. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número.

Después, como si pensara en voz alta:

- Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo.

Sus consideraciones me irritaron. Le pregunté:

- ¿Usted es religioso, sin duda?

- Sí, soy presbiteriano. Mi conciencia está clara. Estoy seguro de no haber estafado al nativo cuando le di la Palabra del Señor a trueque de su libro diabólico.

Le aseguré que nada tenía que reprocharse, y le pregunté si estaba de paso por estas tierras. Me respondió que dentro de unos días pensaba regresar a su patria. Fue entonces cuando supe que era escocés, de las islas Orcadas. Le dije que a Escocia yo la quería personalmente por el amor de Stevenson y de Hume.

- Y de Robbie Burns - corrigió.

Mientras hablábamos yo seguía explorando el libro infinito. Con falsa indiferencia le pregunté:

- ¿Usted se propone ofrecer este curioso espécimen al Museo Británico?

- No. Se lo ofrezco a usted - me replicó, y fijó una suma elevada.

Le respondí, con toda verdad, que esa suma era inaccesible para mí y me quedé pensando. Al cabo de unos pocos minutos había urdido mi plan.

- Le propongo un canje - le dije -. Usted obtuvo este volumen por unas rupias y por la Escritura Sagrada; yo le ofrezco el monto de mi jubilación, que acabo de cobrar, y la Biblia de Wiclif en letra gótica. La heredé de mis padres.

- A black letter Wiclif - murmuró.

Fui a mi dormitorio y le traje el dinero y el libro. Volvió las hojas y estudió la carátula con fervor de bibliófilo.

- Trato hecho - me dijo.

Me asombró que no regateara. Sólo después comprendería que había entrado en mi casa con la decisión de vender el libro. No contó los billetes, y los guardó.

Hablamos de la India, de las Orcadas y de los jarls noruegos que las rigieron. Era de noche cuando el hombre se fue. No he vuelto a verlo ni sé su nombre.

Pensé guardar el Libro de Arena en el hueco que había dejado el Wiclif, pero opté al fin por esconderlo detrás de unos volúmenes descabalados de Las Mil y Una Noches.

Me acosté y no dormí. A las tres o cuatro de la mañana prendí la luz. Busqué el libro imposible, y volví las hojas. En una de ellas vi grabada una máscara. El ángulo llevaba una cifra, ya no sé cual, elevada a la novena potencia.

No mostré a nadie mi tesoro. A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que lo robaran, y después el recelo de que no fuera verdaderamente infinito. Esas dos inquietudes agravaron mi ya vieja misantropía. Me quedaban unos amigos; dejé de verlos. Prisionero del Libro, casi no me asomaba a la calle. Examiné con una lupa el gastado lomo y las tapas, y rechacé la posibilidad de algún artificio. Comprobé que las pequeñas ilustraciones distaban dos mil páginas una de otra. Las fui anotando en una libreta alfabética, que no tardé en llenar. Nunca se repitieron. De noche, en los escasos intervalos que me concedía el insomnio, soñaba con el libro.

Declinaba el verano, y comprendí que el libro era monstruoso. De nada me sirvió considerar que no menos monstruoso era yo, que lo percibía con ojos y lo palpaba con diez dedos con uñas. Sentí que era un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad.

Pensé en el fuego, pero temí que la combustión de un libro infinito fuera parejamente infinita y sofocara de humo al planeta.

Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta.

Siento un poco de alivio, pero no quiero ni pasar por la calle México.

**FIN**

## Robert Heinlein - LA LÍNEA DE LA VIDA

El presidente golpeó fuertemente la mesa llamando al orden. Gradualmente, los silbidos y abucheos fueron cesando, mientras varios oficiales de orden espontáneos persuadían a algunos acalorados individuos de que se sentaran de nuevo. El orador en la tribuna al lado del presidente parecía no darse cuenta del tumulto. Su feroz y algo insolente rostro estaba impasible. El presidente se giró hacia él y le dirigió la palabra, con una voz en la cual no se disimulaban la ira y el disgusto.

- Doctor Pinero - recalcó ligeramente la palabra «doctor», debo disculparme por el inesperado alboroto producido por sus observaciones. Estoy sorprendido de que mis colegas hayan olvidado la dignidad propia de los hombres de ciencia hasta el punto de interrumpir a un orador, a pesar -hizo una pausa y apretó fuertemente la boca- a pesar de lo grande que haya sido la provocación. - Pinero se rió en su cara, una sonrisa que era en cierto modo un abierto insulto. El presidente controló con visible esfuerzo su indignación y prosiguió -: Estoy ansioso de que el programa finalice honestamente y en orden. Deseo que termine usted sus observaciones. Sin embargo, debo pedirle que intente no insultar nuestras inteligencias con ideas que cualquier hombre educado sabe que son erróneas. Por favor, límitese a hablarnos de su descubrimiento... si es que ha descubierto usted algo.

Pinero extendió sus gordezuelas y blancas manos, con las palmas hacia abajo.

- ¿Cómo puedo poner una idea nueva en las cabezas de ustedes, si primero no quito de ahí sus falsos conceptos?

La audiencia se agitó y murmuró. Alguien gritó desde el fondo de la sala:

- ¡Echen de ahí a ese charlatán! ¡Ya hemos oído bastante!

El presidente levantó su maza.

- ¡Señores! ¡Por favor! - Y luego, dirigiéndose a Pinero -: ¿Debo recordarle que no es usted miembro de esta corporación, y que nosotros no le invitamos?

Pinero frunció las cejas.

- ¿De veras? Creo recordar una invitación con el membrete de la Academia.

El presidente se mordió el labio inferior antes de responder.

- Cierto. Yo mismo escribí esa invitación. Pero fue a petición de uno de los miembros del directorio... un caballero muy educado y sociable, pero no un científico, no un miembro de la Academia.

Pinero exhibió su irritante sonrisa.

- ¿De veras? Debería haberlo supuesto. ¿Acaso fue el viejo Bidwell, el de la Unión de Seguros de Vida? ¿Tal vez esperaba que sus adiestradas focas demostraran que soy un fraude? Porque si yo puedo decirle a un hombre la fecha de su muerte, nadie va a comprar sus preciosas pólizas de seguro de vida. ¿Pero cómo pueden demostrar que soy un fraude, si primero no me escuchan? ¿Aun suponiendo que tengan la suficiente inteligencia como para comprenderme? ¡Bah! Han enviado chacales para vencer a un león. - Les volvió deliberadamente la espalda. Los murmullos de la concurrencia crecieron y adquirieron un tono amenazador. El presidente gritó en vano pidiendo orden. Alguien de la primera fila se levantó.

- ¡Señor presidente!

El presidente aprovechó la circunstancia y gritó:



- ¡Señores! El doctor Van Rheinsmitt tiene la palabra. - La agitación cedió.

El doctor carraspeo, se apartó un mechón de su hermoso pelo blanco y se metió una mano en el bolsillo de sus elegantes pantalones hechos a la medida. Asumió los modales de su club femenino.

- Señor presidente, compañeros miembros de la Academia de Ciencias, seamos tolerantes. Incluso un asesino tiene derecho a hablar antes de que la justicia le exija su tributo. ¿Vamos a ser nosotros menos? ¿Aunque todos estemos intelectualmente seguros del veredicto? Me gustaría garantizarle al doctor Pinero las mismas consideraciones que habitualmente dispensamos en esta augusta corporación a cualquier colega no afiliado a ella, incluso en el caso - hizo una ligera inclinación en dirección a Pinero - de que no nos sea familiar la universidad donde obtuvo su graduación. Si lo que tiene que decirnos es falso, no va a perjudicarnos. Y si lo que tiene que decir es cierto, deberíamos conocerlo. - Su suave y cultivada voz fluía suavemente, tranquila y apaciguadora -. Si los modales del eminente doctor nos parecen algo rústicos a nuestros paladares, debemos tener en cuenta que el doctor tal vez proceda de un lugar, o de un estado social, no tan meticuloso en estos detalles. Nuestro buen amigo y benefactor nos ha pedido que escuchemos a esta persona y que sopesemos cuidadosamente los méritos de sus afirmaciones. Les pido que lo hagamos con dignidad y decoro.

Se sentó entre un estruendo de aplausos, consciente de que había reforzado su reputación de líder intelectual. Al día siguiente los periódicos mencionarían de nuevo el buen sentido y la persuasiva personalidad del «Presidente de Universidad Más Apuesto de América». ¿Quién sabe? Quizá el viejo Bidwell terminara concediendo aquella donación para la piscina.

Cuando cesaron los aplausos, el presidente se giró hacia el lugar donde estaba sentado el foco de la perturbación, con las manos cruzadas sobre su pequeña y oronda barriga y el rostro sereno.

- ¿Desea continuar, doctor Pinero?

- ¿Por qué debería hacerlo?

El presidente se alzó de hombros.

- Vino aquí para esto.

Pinero se levantó.

- Exacto. Exactísimo. Pero, ¿fui inteligente al venir? ¿Hay aquí alguien que tenga una mente abierta, que pueda enfrentarse cara a cara con un hecho desnudo sin enrojecer? Creo que no. Incluso ese apuesto caballero que acaba de pedirles que me escuchen ya me ha juzgado y condenado. Él busca el orden, no la verdad. Supongamos que la verdad desafía al orden; ¿la aceptará? ¿Lo harán ustedes? Creo que no. Pero por otro lado, si no hablo, ustedes obtendrán su victoria por omisión. El hombrecillo de la calle pensará que ustedes, hombrecillos, me han desenmascarado a mí, a Pinero, como a un embaucador, un farsante. Esto no va con mis planes. Así que hablaré.

»Repetiré mi descubrimiento. En lenguaje sencillo, he inventado una técnica para predecir cuán larga será la vida de un hombre. Puedo anunciarles por anticipado la llegada del Ángel de la Muerte. Puedo decirles cuándo el Camello Negro se arrodillará ante su puerta. En cinco minutos, con mi aparato, puedo decirles a cada uno de ustedes cuántos granos de arena quedan aún en su reloj. Hizo una pausa y cruzó los brazos sobre su pecho. Por un momento nadie habló. La audiencia empezó a inquietarse. Finalmente, el presidente intervino.

- ¿Ha terminado, doctor Pinero?

- ¿Qué más puedo decir aquí?

- No nos ha dicho cómo funciona su descubrimiento.

Pinero alzó las cejas.

- Está sugiriendo usted que exponga aquí los frutos de mi trabajo para que los niños jueguen con ellos. Es un conocimiento muy peligroso, amigo mío. Lo reservo para el hombre que sepa entenderlo, es decir, yo mismo - se golpeó el pecho.

- ¿Cómo podemos saber que hay realmente algo detrás de sus infundadas afirmaciones?

- Muy sencillo. Envíen a una comisión para observar mis demostraciones. Si funcionan, excelente. Ustedes las admiten y se lo comunican al mundo. Si no funcionan, yo quedo desacreditado y pido disculpas. También yo, Pinero, soy capaz de pedir disculpas.

Un hombre delgado y cargado de espaldas se levantó en el fondo de la sala. El presidente lo reconoció y le dio la palabra:

- Señor presidente, ¿cómo puede el eminente doctor proponer seriamente una tal prueba? ¿Acaso espera que aguardemos algo así como unos veinte o treinta años hasta que muera alguien y pruebe sus afirmaciones?

Pinero ignoró la presidencia y respondió directamente:

- ¡Puf! ¡Qué estupidez! ¿Es usted tan ignorante de las estadísticas que no sabe que en un grupo lo suficientemente numeroso hay al menos alguien que va a morir en un futuro muy inmediato? Le hago una proposición; déjeme probar con cada uno de ustedes, los que están reunidos en esta sala, y nombraré al hombre que morirá antes de quince días, sí, y el día y la hora de su muerte. - Miró desafiante a toda la sala -. ¿Aceptan?

Otra persona se puso en pie, un hombre corpulento que hablaba midiendo las sílabas.

- Yo, por mi parte, no puedo apoyar tal experimento. Como médico, he observado con dolor los claros indicios de profundos desarreglos cardíacos en algunos de nuestros colegas más ancianos. Si el doctor Pinero conoce esos síntomas, como es probable, y selecciona como víctima a uno de ellos, el hombre seleccionado tendrá muchas posibilidades de fallecer en el plazo previsto, tanto si el maravilloso aparato de nuestro distinguido orador funciona como si no.

Otro asistente se puso inmediatamente de su lado.

- El doctor Shepard tiene razón. ¿Por qué tenemos que perder tiempo con trucos de vudú? Creo que esa persona que se llama a sí mismo doctor Pinero desea utilizar esta corporación para dar autoridad a sus afirmaciones. Si participamos en esta farsa seguiremos su juego. Ignoro en qué consiste su fraude, pero puedo suponer que ha ideado alguna forma de utilizarlos como propaganda para sus planes. Señor presidente, ruego que procedamos de la forma acostumbrada.

La moción fue aceptada por aclamación, pero Pinero no se sentó. Entre gritos de «¡Orden! ¡Orden!», agitó su descuidada cabeza hacia ellos y dijo:

- ¡Bárbaros! ¡Imbéciles! ¡Estúpidos bobalicones! Vosotros sois quienes habéis bloqueado el reconocimiento de todos los grandes descubrimientos desde el principio de los tiempos. Una gentuza ignorante como vosotros haría removerse a Galileo en su tumba. Ese estúpido gordo de ahí abajo que se está hurgando los dientes se llama a sí mismo médico. ¡Curandero sería un término más adecuado! Ese personajillo calvo que está ahí... ¡sí, usted! Se considera un filósofo, y cacarea acerca de la vida y del tiempo sin ton ni son. ¿Qué sabe usted de ambos? ¿Cómo podrá nunca aprender si se niega a examinar la verdad cuando le es

presentada en bandeja? ¡Bah! - escupió al estrado -, Llaman a esto una Academia de Ciencias. Yo le llamo una convención de sepultureros, interesados tan sólo en embalsamar las ideas de sus valientes predecesores.

Hizo una pausa para tomar aliento, y fue agarrado por ambos lados por dos miembros de la presidencia y echado fuera del estrado. Varios periodistas se pusieron apresuradamente en pie de sus lugares en la mesa de la prensa y fueron a su encuentro. El presidente decretó un aplazamiento.

Los periodistas lo alcanzaron cuando salía por la puerta del escenario. Andaba con paso ligero y despreocupado, silbando una cancioncilla. No había en él el menor rastro de la beligerancia que había exhibido hacía un instante. Lo rodearon.

- ¿Nos concede una entrevista, doc?

- ¿Qué opina usted de la Educación Moderna?

- Los ha apabullado, doc. ¿Cuál es su opinión sobre la Vida después de la Muerte?

- Quítese el sombrero, doc, y mire al pajarito.

Pinero sonrió.

- Uno a uno, muchachos, y no tan aprisa. Yo también he sido periodista. ¿Qué tal si vienen a mi casa y hablamos de todo esto?

Unos pocos minutos más tarde estaban intentando hallar algún lugar libre para sentarse en el desordenado estudio-dormitorio de Pinero, mientras encendían sus cigarrillos. Pinero miró radiante a su alrededor.

- ¿Qué prefieren, muchachos? ¿Escocés o bourbon?

Una vez resuelto el problema, volvió al asunto que interesaba.

- Bueno, muchachos, ¿qué es lo que quieren saber?

- Díganoslo con franqueza, doc. ¿Ha descubierto usted algo, o no?

- Muchacho, claro que he descubierto algo.

- Entonces, díganos cómo funciona. Con lo que les ha dicho a los sesudos de ahí no va a ir a ninguna parte.

- Por favor, mi querido amigo. Es mi invento. Espero sacarle algo de dinero.

¿Quiere usted que se lo revele todo a la primera persona que me lo pregunte?

- Mire, doctor, tiene que decirnos algo si espera que saquemos alguna cosa en los periódicos de mañana. ¿Qué es lo que utiliza usted? ¿Una bola de cristal?

- No, nada de eso. ¿Les gustaría ver mi aparato?

- Por supuesto. Al menos ya tendremos algo.

Los llevó hasta la habitación contigua, y extendió la mano.

- Aquí está, muchachos. - El conjunto del equipo que apareció ante sus ojos se parecía vagamente a los aparatos de rayos X que utilizan los médicos en sus consultorios. Más allá del hecho evidente de que funcionaba con electricidad, y que algunos de los diales estaban calibrados en términos familiares, una primera inspección no dejaba entrever cuál era su uso.

- ¿Bajo qué principio funciona, doc?

Pinero frunció los labios y se quedó pensativo.

- Imagino que todos ustedes estarán familiarizados con el axioma de que la vida es eléctrica por naturaleza. Bien, pues ese axioma no vale un pimiento, pero nos ayudará a proporcionarles una idea del principio. Ustedes han oído decir también que el tiempo es una cuarta dimensión. Quizá lo crean, quizá no. Es algo que se ha dicho tantas veces que ha dejado de tener significado. Es un simple cliché que emplean los charlatanes para impresionar a los tontos. Pero ahora deseo que intenten visualizarlo y sentirlo de una forma emocional.

Avanzó hacia uno de los reporteros.

- Supongamos que lo tomamos a usted como ejemplo. Se llama Rogers, ¿verdad? Muy bien, Rogers, usted es un fenómeno espaciotemporal cuya duración se extiende a través de cuatro dimensiones. No llega usted a un metro ochenta de altura, tiene usted unos cuarenta y cinco centímetros de ancho y quizá veinte de grueso. En el tiempo, hay tras de usted una cierta cantidad de este fenómeno espaciotemporal que se prolonga quizá hasta 1916, y del cual vemos una sección transversal que forma un ángulo recto con el eje del tiempo, del grosor del presente. En su extremo más alejado hay un bebé, oliendo a leche agria y echándose encima el desayuno de su biberón. En el otro extremo yace, quizás, un hombre viejo en algún lugar de los años ochenta. Imaginemos este fenómeno espaciotemporal al que llamamos Rogers como un largo gusano rosado, continuo a través de los años, con un extremo en el seno de su madre y el otro en la tumba. Se extiende aquí junto a nosotros, y la sección transversal que podemos ver se nos aparece como un cuerpo normal y corriente. Pero esto es una ilusión. En este gusano rosado hay una continuidad física, que permanece a través de los años. En realidad esta continuidad física es un concepto común a toda la raza, ya que esos gusanos rosados surgen de otros gusanos rosados. De este modo la raza es como una enredadera cuyas ramas se entrelazan y dan nacimiento a otros vástagos. Tan sólo efectuando una sección transversal de esta enredadera podríamos caer en el error de creer que los vástagos son individuos independientes.

Hizo una pausa y miró a los rostros reunidos a su alrededor. Uno de ellos, un tipo recio y hosco, intervino:

- Todo esto es muy hermoso, Pinero, si es cierto, pero ¿adónde quiere ir a parar?

Pinero le dedicó una sonrisa totalmente exenta de todo resentimiento.

- Paciencia, amigo mío. Les pedí que pensarán en la vida como en algo eléctrico. Ahora piensen en nuestro largo gusano rosado como en un conductor de electricidad. Habrán oído, quizá, que los ingenieros eléctricos pueden, a través de ciertas mediciones, predecir la exacta localización de una ruptura en un cable trasatlántico sin necesidad de abandonar la tierra firme. Yo hago lo mismo con nuestros gusanos rosados. Aplicando mis instrumentos a la sección transversal presente en esta habitación, puedo decir cuándo se produce la ruptura, es decir, cuándo ocurre la muerte. O, si lo prefieren, puedo invertir las conexiones y decirles la fecha de su nacimiento. Pero esto último no tiene el menor interés: todos ustedes la conocen.

El individuo hosco se echó a reír.

- Le he pillado, doctor. Si lo que ha dicho usted de la raza como una enredadera de gusanos rosados es cierto, no puede usted señalar las fechas de los nacimientos debido a que la conexión con la raza es continua en el momento del nacimiento. Su conductor eléctrico se extiende ininterrumpidamente hacia atrás, a través de la madre, hasta los más remotos antepasados del individuo.

Pinero estaba radiante.

- Cierto, y muy agudo, amigo mío. Pero usted ha llevado la analogía demasiado lejos. Esto no funciona exactamente del mismo modo a como se mide la longitud de un conductor eléctrico. De algún modo es más bien como medir la longitud de un largo corredor haciendo rebotar un eco desde su extremo más alejado. El nacimiento aquí es como un recodo en el corredor, y con las mediciones adecuadas, puedo detectar el eco de este recodo. Sólo hay un caso en el que no

puedo precisar la lectura; cuando una mujer está embarazada, no puedo diferenciar su línea de la vida de la del niño aún no nacido.

- Veamos si puede demostrarlo.

- Por supuesto, mi querido amigo. ¿Quiere ser usted el sujeto de la prueba?

Uno de los presentes se echó a reír.

- Has metido la pata, Luke. Acepta o cállate.

- Acepto. ¿Qué es lo que debo hacer?

- Escriba primero la fecha de su nacimiento en un trozo de papel, y entrégueselo a alguno de sus colegas.

Luke hizo lo solicitado.

- ¿Y ahora qué?

- Quítese la ropa menos la interior y súbase a esta báscula. Ahora dígame, ¿ha estado alguna vez mucho más delgado, o mucho más gordo, de lo que está ahora? ¿No? Cuánto pesó al nacer? ¿Cuatro kilos y medio? Un hermoso bebé. Ahora ya no nacen tan grandes.

- ¿Qué significa toda esta palabrería?

- Estoy intentando aproximarme a la sección transversal media de nuestro largo gusano rosado conductor, mi querido Luke. Ahora siéntese aquí, Luego colóquese este electrodo en la boca. No, no le hará daño el voltaje es muy bajo, menos de un microvoltio, pero necesito establecer una buena conexión. - El doctor lo dejó y se dirigió a la parte trasera de su aparato, donde metió la cabeza en una especie de amplia caperuza antes de tocar sus controles. Algunos de los diales que estaban a la vista cobraron vida, y un suave zumbido surgió de la máquina. Luego cesó, y el doctor emergió de su pequeño escondrijo.

- Me ha dado un día de febrero del 1912. ¿Quién tiene el papel con la fecha?

Apareció, y lo desdoblaron. El que lo custodiaba leyó:

- 22 de febrero de 1912.

El silencio que siguió fue roto por una voz a un lado del pequeño grupo.

- Doc, ¿puedo tomar otra copa?

La tensión se relajó, y empezaron a hablar todos a la vez.

- Pruébelo conmigo, doc.

- Yo primero, doc. Soy huérfano, y la realidad es que me gustaría saberlo.

- Díganos como lo ha hecho, doc. Ande, cuéntenos algo.

Pinero accedió sonriente, metiéndose y saliendo de la caperuza como un conejo de su madriguera. Cuando todos ellos tuvieron el pedazo de papel que demostraba la habilidad del doctor, Luke rompió un largo silencio:

- ¿Qué tal si nos demuestra cómo predice la muerte, Pinero?

- Si ustedes quieren. ¿Quién desea probarlo?

Nadie respondió. Algunos codearon a Luke.

- Adelante, chico listo. Tú lo pediste.

Luke dejó que lo sentaran de nuevo en la silla. Pinero giro algunos de los conmutadores, luego se metió en la caperuza. Cuando se detuvo el zumbido, salió, frotándose enérgicamente las manos.

- Bueno, eso es todo, muchachos. ¿Tienen bastante para sus artículos?

- Hey, ¿y qué ocurre con la predicción? ¿Cuándo la palmará Luke?

Luke se puso frente a él.

- Sí, ¿cuándo? ¿Cuál es su respuesta?

Pinero parecía apenado.

- Señores, me sorprenden. Esta información no es gratuita. Además, es un secreto profesional. No puedo comunicársela a nadie excepto al propio valiente que me consulta.

- No me importa. Adelante, dígaselo.

- Lo siento realmente. Tendría que negarme, de veras. Acepté tan sólo a mostrarles cómo funcionaba, no a darles los resultados.

Luke tiró al suelo la colilla de su cigarrillo.

- Es un timo, muchachos. Seguramente se enteró de la edad de todos los periodistas de la ciudad tan sólo para asombrarnos. Se le ha visto el truco, Pinero.

Pinero se lo quedó mirando tristemente.

- ¿Es usted casado, amigo?

- No.

- ¿No hay nadie que dependa de usted? ¿Ningún pariente próximo?

- No. ¿Por qué, piensa usted adoptarme?

Pinero agitó tristemente la cabeza.

- Lo siento por usted, querido Luke. Morirá antes de mañana.

REUNIÓN CIENTÍFICA QUE TERMINA EN TUMULTO.

LOS SABIOS ATACAN LAS AFIRMACIONES DE UN VIDENTE.

LA MUERTE PISA LOS TALONES AL RELOJ.

UN PERIODISTA MUERE TRAS LA PREDICCIÓN DEL DOCTOR.

«FRAUDE», AFIRMA UNA PERSONALIDAD CIENTÍFICA.

«...a los veinte minutos de la extraña predicción de Pinero, Timons sufrió un colapso cuando caminaba Broadway abajo, en dirección a las oficinas del Daily Herald, donde estaba empleado.

»El doctor Pinero declinó hacer ningún comentario, pero confirmó la historia de que había predicho la muerte de Timons por medio de lo que él llamó su cronovítmetro. El Jefe de la Policía, Roy...»

¿Le preocupa el futuro?

No gaste su dinero en adivinos.

Consulte al doctor Hugo Pinero,  
bioconsultante que le ayudará a planear su futuro  
a través de métodos científicos infalibles.

Nada de trucos.

Nada de mensajes espiritistas.

Han sido depositados 10.000 dólares como fianza  
para responder de la Veracidad  
de nuestras predicciones.

Se enviará folleto a quien lo solicite.

LAS ARENAS DEL TIEMPO, Inc.

Edif. Majestic, suite 700

Aviso LEGAL

A quien puede interesar: yo, John Cabot Winthrop III, de la firma Winthrop, Winthrop, Ditmars & Winthrop, Abogados, afirmo que Hugo Pinero, de esta ciudad, me entregó diez mil dólares en moneda de curso legal en los Estados

Unidos, dándome las instrucciones necesarias para que los guarde en depósito en la caja fuerte de un banco de mi elección, bajo las siguientes condiciones:

La totalidad de dicha suma constituye una fianza, y en consecuencia será pagada al primer cliente de Hugo Pinero o Las Arenas del Tiempo, Inc. cuya vida exceda el tiempo predicho por Hugo Pinero en un uno por ciento, o a los herederos del primer cliente que no alcance el tiempo predicho, sea lo que sea lo que ocurra en primer lugar.

Hago constar que en este día deposito dicha fianza junto 22 con las antedichas instrucciones en el First National Bank de esta ciudad.

Firmado y rubricado,  
John Cabot Winthrop III

Por reconocimiento de la firma que antecede, a 2 de abril de 1951.

Albert M. Swanson,

Notario Público de este distrito y estado. Mi comisión expira el 17 de junio de 1951.

«¡Buenas noches, señoras y señores radioyentes, dejemos paso a la prensa! Un avance de última hora. Hugo Pinero, el Hombre Milagro Venido de Ninguna Parte, ha hecho su predicción de muerte número mil sin que hasta ahora haya aparecido ningún reclamante de la fianza que depositó para entregar al primero que pueda demostrar que se ha equivocado. Tras el fallecimiento de trece de sus clientes, se da ya por matemáticamente seguro que está en comunicación por línea privada con la oficina principal del Viejo de la Guadaña. He aquí una noticia que yo nunca querré saber antes de que ocurra. Su correspondiente de costa a costa no va a hacerse cliente del Profeta Pinero...»

La aguda voz de barítono del juez resonó en el viciado aire del tribunal.

- Por favor, señor Weems, volvamos a nuestro asunto. Este tribunal accedió a su solicitud de una restricción temporal de las actividades del encartado, y ahora pide usted que esta restricción se convierta en permanente. En refutación, el señor Pinero alega que su causa carece de fundamento y pide que sea levantado el interdicto, y que yo ordene a su cliente que deje de intentar interferir con lo que Pinero describe como un simple negocio legal. Puesto que no se está dirigiendo usted a un jurado, le ruego que omita la retórica y me diga en lenguaje sencillo por qué no puedo acceder a esa petición.

El señor Weems agitó nerviosamente un músculo de su mandíbula, haciendo agitarse su flácida papada gris sobre su alto cuello duro, y resumió

- Con la venia del honorable tribunal, yo represento al público.

- Un momento. Creí que representaba usted a la Unión de Seguros de Vida.

- Así es, su señoría, hasta un cierto punto. En un sentido más amplio represento a algunas otras de las más importantes compañías de seguros, instituciones fiduciarias y financieras, y a sus accionistas y asegurados, que constituyen la mayoría de los ciudadanos de este país. Además, creemos proteger los intereses de la población en general; desorganizada, inarticulada, y por ello desprotegida.

- Imaginaba que era yo quien representaba al público - observó secamente el juez -. Me temo que voy a tener que considerarle únicamente como representante de su cliente. Pero continúe: ¿cuál es su tesis?

El viejo abogado hizo un esfuerzo por engullir su nuez de Adán y empezó de nuevo:

- Señoría, afirmamos que existen dos razones distintas para que este interdicto se convierta en permanente y, además, que cada una de estas dos razones es suficiente por sí misma. En primer lugar, esta persona se dedica a la práctica de la adivinación, una ocupación proscrita tanto por el derecho común como por el consuetudinario. Es un vulgar decididor de buenaventura, un charlatán vagabundo que se aprovecha de la credulidad del público. Es más listo que los habituales gitanos que leen la palma de la mano, los astrólogos o los vulgares echadores de cartas, pero por ello mismo resulta mucho más peligroso. Pretende rodearse de modernos métodos científicos para dar una falsa dignidad a su taumaturgia. Tenemos aquí en este tribunal eminentes representantes de la Academia de Ciencias que están dispuestos a testificar acerca de lo absurdo de sus pretensiones.

»En segundo lugar, aun en el caso de que lo que afirma esta persona sea cierto, y aceptando tal absurdo tan sólo para el desarrollo de mi argumentación - el señor Weems se permitió que una débil sonrisa aflorara a sus delgados labios - , afirmamos que sus actividades son contrarias al interés público en general, y atentan ilegalmente contra los intereses de mi cliente en particular. Estamos preparados para presentar numerosos documentos, con sus pruebas correspondientes, que demuestran que esta persona publicó, o hizo publicar, manifestaciones animando a la gente a prescindir del inapreciable don de los seguros de vida, con gran detrimento de su bienestar y perjuicio económico de mi cliente.

Pinero se levanto de su asiento.

- Señoría, ¿puedo decir algunas palabras?

- ¿De qué se trata?

- Creo que puedo simplificar la situación si se me permite efectuar un breve análisis.

- Señoría - interrumpió Weems -, esto es altamente irregular.

- Paciencia, señor Weems. Sus intereses serán protegidos. Mi opinión es que necesitamos más luz y menos ruido en este asunto. Si el doctor Pinero puede abreviar los procedimientos con su declaración, me inclino a escucharle. Adelante, doctor Pinero.

- Gracias, Señoría. Tomando para empezar el último punto del señor Weems, estoy dispuesto a declarar que publiqué las manifestaciones a que hace referencia...

- Un momento, doctor. Ha elegido usted actuar como su propio abogado. ¿Está usted seguro de su competencia para proteger sus propios intereses?

- Estoy dispuesto a correr el riesgo, Señoría. Nuestros amigos aquí presentes pueden probar fácilmente lo que he estipulado.

- Muy bien. Puede proseguir.

- Aceptaré que muchas personas han anulado sus pólizas de seguro de vida como resultado de ello, pero les desafío a que me muestren que alguna de las que así han actuado ha sufrido alguna pérdida o daño por ello. Es cierto que la Unión ha visto decrecer su negocio a raíz de mis actividades, pero esto es un resultado natural de mi descubrimiento, que ha hecho que sus pólizas se conviertan en algo tan en desuso como el arco y las flechas. Si por este motivo se me prohíbe ejercer mis actividades, entonces crearé una fábrica de quinqués, y



luego pondré un interdicto contra las compañías Edison y General Electric para que se les prohíba fabricar bombillas de incandescencia.

»Acepto que me dedico al negocio de predecir la muerte, pero niego que esté practicando ningún tipo de magia, blanca, negra o con los colores del arco iris. Si hacer predicciones a través de métodos rigurosamente científicos es ilegal, entonces los actuarios de la Unión son culpables de haber estado prediciendo durante años el porcentaje exacto de muertes que se producirían cada año en un grupo determinado de personas lo suficientemente amplio. Yo predigo la muerte al detalle; la Unión la predice al por mayor. Si sus acciones son legales, ¿cómo pueden ser ilegales las mías?

»Admito que hay una diferencia en saber si puedo hacer lo que pretendo o no; e imagino que los que se proclaman a sí mismos testigos expertos de la Academia de Ciencias testificarán que no puedo. Pero ellos no saben nada de mi método y no pueden por lo tanto dar ningún testimonio válido al respecto...

- Un momento, doctor. Señor Weems, ¿es cierto que sus testigos expertos no están al corriente de la teoría y métodos del doctor Pinero?

El señor Weems parecía contrariado. Tamborileó con los dedos encima de la mesa y respondió:

- ¿Me concede este tribunal unos minutos de interrupción?

- Por supuesto.

El señor Weems celebró una apresurada consulta en voz muy baja con sus acompañantes, luego regresó al estrado.

- Tenemos un nuevo procedimiento que sugerir, Señoría. Si el doctor Pinero acepta explicar aquí la teoría y práctica de lo que él llama su método, entonces estos distinguidos científicos serán capaces de aconsejar al Tribunal acerca de la validez de sus afirmaciones.

El juez miró interrogativamente a Pinero, que respondió:

- No accederé de buen grado a eso. Tanto si mi procedimiento es cierto como si es falso, sería peligroso que cayera en manos de imbéciles y curanderos - hizo un gesto con su mano en dirección al grupo de profesores sentados en primera fila, marcó una pausa y sonrió maliciosamente - ...como esos caballeros saben muy bien. Además, no es necesario conocer el proceso para probar si funciona. ¿Es necesario comprender el complejo milagro de la reproducción biológica para observar cómo una gallina pone un huevo? ¿Será necesario que yo reeduce a todo este cuerpo de autonombrados guardianes del saber, curarlos de sus supersticiones innatas, para probar que mis predicciones son correctas? En ciencia sólo hay dos maneras de formarse una opinión. Una es el método científico; la otra, la escolástica. Se puede juzgar a partir de la experimentación, o aceptar ciegamente una autoridad. Para la mente científica, lo más importante es la prueba experimental, y la teoría es tan sólo una conveniencia descriptiva, a desechar cuando ya no nos sirva. Para la mente académica, la autoridad lo es todo, y los hechos son desechados cuando no concuerdan con la teoría dictada por las autoridades.

»Es este punto de vista, las mentalidades académicas aferrándose como ostras a teorías aún no probadas, lo que ha bloqueado todos los avances del conocimiento a lo largo de la historia. Estoy dispuesto a probar mi método experimentalmente y, como Galileo frente a otro tribunal, insisto en decir: ¡Y sin embargo se mueve!

»En otra ocasión ofrecí la misma prueba a la misma corporación de autonombrados expertos, y fue rechazada. Renuevo mi oferta; déjenme medir la

duración de la vida de los miembros de la Academia de Ciencias. Y dejemos que ellos nombren un comité para juzgar los resultados. Depositaré mis predicciones en dos juegos de sobres cerrados; en el exterior de cada sobre de uno de los juegos figurará el nombre de un miembro, y en el interior la fecha de su muerte. En el interior de los sobres del otro juego pondré los nombres, y en el exterior las fechas. Que el comité se haga cargo de todos los sobres, y se reúna periódicamente para abrir los que correspondan. En una corporación con tantos miembros es de esperar que ocurran algunas defunciones, si hay que creer en los actuarios de la Unión, cada una o dos semanas. De este modo se podrán acumular muy rápidamente los datos que prueben si Pinero es un embustero o no.»

Se detuvo, y sacó un diminuto pecho que era casi igual a su diminuta panza. Miró socarronamente a los sabios.

- ¿Y bien?

El juez alzó las cejas y observó la mirada del señor Weems.

- ¿Acepta usted?

- Señoría, creo que esta proposición es muy improcedente...

- Le advierto - cortó bruscamente el juez - que procederé contra usted si se niega a aceptarla o no propone otro método igualmente razonable para alcanzar la verdad.

Weems abrió la boca, cambió de pensamiento, miró de arriba a abajo los rostros de los testigos expertos, y se giró hacia el tribunal.

- Aceptamos, Señoría.

- Muy bien. Arreglen los detalles entre ustedes. Queda levantado el interdicto, y el doctor Pinero no debe ser molestado en el ejercicio de su profesión. Mi decisión acerca de la petición de inhabilitación permanente queda postergada hasta que se reúnan todas las pruebas. Antes de dejar el asunto, desearía comentar la teoría expuesta por usted, señor Weems, cuando dijo que su cliente había resultado perjudicado. Es un sentimiento creciente entre algunos grupos de este país la noción de que cuando un hombre o una compañía han sacado un beneficio del público durante un cierto número de años, el gobierno y los tribunales tienen el deber de salvaguardar esos beneficios en el futuro, incluso frente a circunstancias de cambio y contra el interés público. Esta extraña doctrina no se halla apoyada por la constitución ni por las leyes vigentes. Ni los individuos ni las corporaciones tienen el menor derecho de acudir a los tribunales y exigir que el reloj de la historia sea detenido, o retrasado, en beneficio particular suyo. Eso es todo.

Bidwell gruñó disgustado.

- Weems, si no puede usted pensar en algo mejor que en eso, la Unión va a necesitar muy pronto otro abogado que le sustituya. Hace diez semanas desde que perdimos el interdicto, y esa pequeña babosa está ganando dinero a puñados, mientras las compañías de seguros del país van quebrando una tras otra. Hoskins, ¿cuál es el índice de nuestras pérdidas?

- Es difícil saberlo, señor Bidwell. Las cosas van peor cada día. Hemos cancelado trece pólizas muy importantes esta semana; todas ellas desde que Pinero ha iniciado de nuevo sus operaciones.

Un hombrecillo delgado pidió la palabra.

- Como sabe muy bien, Bidwell, no aceptamos nuevas pólizas para la Unión hasta haber comprobado y estar seguros de que el solicitante no ha consultado

antes a Pinero. ¿No podemos esperar hasta que los científicos la desenmascaren?

- ¡Maldito optimista! - gruñó Bidwell -. No lo van a desenmascarar, Aldrich ¿no puede usted enfrentarse a la realidad? Esa pequeña babosa gorda ha descubierto algo; no sé cómo. Hay que luchar hasta el final. Si esperamos, estamos perdidos, - Arrojó con fuerza su cigarro a la escupidera y mordió salvajemente otro que se sacó del bolsillo -. ¡Vamos, lárguense de aquí, todos ustedes! Haré las cosas a mi manera. Usted también, Aldrich. La United puede esperar, pero nosotros no.

Weems carraspeo aprensivamente.

- Señor Bidwell, confío en que me consultará antes de embarcarse en algún cambio importante en la política de la compañía.

Bidwell gruñó. Los demás fueron marchándose. Cuando todos se hubieron ido y la puerta se cerró tras ellos, Bidwell hizo girar el contacto del intercomunicador.

- Adelante, hágalo pasar.

La puerta se abrió; una apuesta y delgada figura se recortó por unos momentos en el umbral. Sus pequeños ojos oscuros recorrieron rápidamente la habitación antes de entrar, luego se acercó a Bidwell con un paso rápido y suave. Habló con una voz llana y desprovista de emoción. Su rostro permanecía impassible excepto por la vida que se reflejaba en sus ojos de animal.

- ¿Deseaba hablar conmigo?

- Sí.

- ¿Cuál es la proposición?

- Siéntese, y hablaremos.

Pinero recibió a la joven pareja en la puerta de su oficina interior.

- Adelante, amigos, adelante. Siéntense. Como si estuvieran en su casa. Y ahora díganme, ¿qué puede hacer por ustedes Pinero? Seguro que una pareja tan joven como ustedes no estará ansiosa por saber la fecha de su partida de este valle de lágrimas.

El rostro juvenil y honesto del muchacho mostraba una ligera confusión.

- Bueno, verá, doctor Pinero. Me llamo Ed Hartley, y ésta es mi esposa, Betty. Estamos esperando... es decir, Betty está esperando un niño y, bueno...

Pinero sonrió bonachonamente.

- Entiendo. Quieren saber cuánto tiempo van a vivir para arreglar las cosas del mejor modo posible para el niño. Muy juicioso. ¿Desean una predicción para ambos, o sólo para usted?

- Pensamos que para ambos - respondió la chica.

Pinero la miró radiante.

- Estupendo. De acuerdo. Su predicción presentará algunas dificultades técnicas por su estado, pero puedo proporcionarle ahora alguna información, y el resto más tarde, cuando el bebé haya nacido. Pasen ahora a mi laboratorio, queridos, y empezaremos. - Redactó sus fichas clínicas, luego los introdujo a su gabinete -. La señora Hartley primero, por favor. Si quiere situarse tras esa cortina y quitarse el vestido y los zapatos. Recuerde que soy un hombre viejo, y que me consulta como si fuera su médico.

Se giró hacia un lado y efectuó algunos pequeños ajustes en su aparato. Ed hizo una seña con la cabeza a su esposa, y ésta surgió de detrás de la cortina casi de inmediato, vestida tan sólo con dos trocitos de seda. Pinero la miró y notó el frescor juvenil de su rostro y su conmovedora timidez.

- Por aquí, querida. Primero tengo que pesarla. Aquí. Ahora colóquese sobre esta plataforma. Póngase este electrodo en la boca. No, Ed, no puede tocarla mientras ella está en circuito. No tardaremos ni un minuto. Permanezca quieta.

Se metió bajo la capucha de la máquina, y los diales cobraron vida. Casi inmediatamente volvió a salir, con una trastornada expresión en su rostro.

- ¿La ha tocado usted, Ed?

- No, doctor.

Pinero regresó al aparato, y permaneció oculto algo más de tiempo. Cuando salió esta vez, le dijo a la muchacha que bajara de la plataforma y se vistiera. Se giró hacia su marido.

- Ed, ahora le toca a usted.

- ¿Cuál es la lectura para Betty, doctor?

- Hay una pequeña dificultad. Quiero examinarle a usted primero.

Cuando reapareció, después de haber hecho la lectura del joven, su rostro parecía más trastornado que antes. Ed le preguntó qué era lo que le preocupaba. Pinero se alzó de hombros y consiguió que de sus labios brotara una sonrisa.

- Nada que pueda preocuparle a usted, muchacho. Un pequeño desajuste mecánico, supongo. Pero no podré darles los resultados hoy. Tengo que echarle un vistazo a la máquina. ¿Pueden volver mañana?

- Bueno, creo que sí, siento lo de su máquina. Espero que no sea nada serio.

- No lo es, estoy seguro. ¿Quieren pasar a mi despacho, y charlaremos un poco?

- Gracias, doctor. Es usted muy amable,

- Pero Ed, tengo que verme con Ellen.

Pinero concentró toda la fuerza de su personalidad sobre ella.

- ¿No me concederá unos pocos instantes, querida señorita? Soy viejo, y me gusta el burbujeo de la compañía de la gente joven. Puedo disfrutarlo tan pocas veces. Por favor.

Los empujó suavemente hacia su oficina y les hizo sentarse. Luego encargó limonada y pastelillos, les ofreció cigarrillos, y él encendió un cigarro.

Cuarenta minutos más tarde Ed escuchaba casi en trance, mientras Betty daba evidentes muestras de nerviosismo y de deseos de irse, mientras el doctor les contaba sus aventuras en la Tierra del Fuego, de cuando era joven. Cuando el doctor hizo una pausa para volver a encender su cigarro, ella se puso en pie.

- Doctor, de veras tenemos que irnos. ¿Nos contará el resto mañana?

- ¿Mañana? No habrá tiempo mañana.

- Pero hoy usted tampoco lo tiene. Su secretaria lo ha llamado cinco veces,

- ¿No pueden concederme aunque sea tan sólo unos pocos minutos más?

- Realmente hoy no podemos, doctor. Tengo una cita. Me están esperando.

- ¿No hay forma de convencerla?

- Me temo que no. Vamos, Ed.

Cuando se hubieron ido, el doctor se dirigió a la ventana y miró a la calle. Poco después divisó dos diminutas figurillas que salían del edificio de oficinas. Las contempló mientras se dirigían apresuradamente hacia la esquina, aguardaban a que cambiara el semáforo, y luego empezaban a cruzar la calle, cuando estaban en medio le llegó el aullido de una sirena. Las dos figurillas vacilaron, retrocedieron, se detuvieron, se giraron. Y el coche ya estaba sobre ellos. Cuando el coche consiguió detenerse, estaban al otro lado, no ya como dos figurillas, sino simplemente como un montón inmóvil de ropas revueltas.

El doctor se apartó de la ventana. Tomó el teléfono y llamó a su secretaria.

- Anule mis visitas para el resto del día... No.. A nadie... No me importa; anúlelas.

Luego se hundió en su sillón. Su cigarro se apagó. Mucho rato después de que hubiera oscurecido aún lo sostenía entre sus dedos, apagado.

Pinero se sentó ante la mesa y contempló la comida de gourmet dispuesta ante él. Había encargado aquella comida con un cuidado especial, y había regresado a casa un poco más temprano que de costumbre a fin de disfrutarla por completo.

Cuando hubo terminado paladeó unos sorbos de Fiori d'Alpini, dejándolos resbalar por su lengua y luego a lo largo de su garganta. El denso y fragante licor calentó su boca, y le hizo recordar las florecillas de montaña cuyo nombre llevaba. Suspiró. Había sido una buena comida, una exquisita comida que había justificado aquel exótico licor. Su meditación fue interrumpida por una discusión en la puerta delantera. La voz de su anciana doncella parecía estar reprendiendo a alguien. Una fuerte voz masculina la interrumpió. La conmoción atravesó el vestíbulo, y la puerta del comedor se abrió de golpe.

- ¡Madonna! ¡Non si puo entrare! ¡El maestro está comiendo!

- No importa, Ángela Tengo tiempo para recibir a estos caballeros. Pueden pasar. - Pinero hizo frente al ceñudo portavoz de los intrusos -. Desean hablar conmigo, ¿verdad?

- Otra cosa es lo que queremos hacer. Las personas decentes están ya hartas de sus malditas supercherías.

- ¿Y eso?

El que había hablado no respondió inmediatamente. Un individuo más pequeño y vivaracho salió de detrás de él y se enfrentó a Pinero.

- Podemos empezar cuando quieran. - El presidente del comité metió la llave en la cerradura de la cajita fuerte y la abrió -. Wenzell, ¿quiere ayudarme a coger los sobres?

Alguien lo interrumpió tocándole el brazo.

- Doctor Baird, lo llaman por teléfono.

- Está bien. Diga que me traigan aquí el aparato.

Cuando lo tuvo a su lado descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

- ¿Sí?... Sí, al habla... ¿Qué?... No, no sabíamos nada... Entiendo, destruida la máquina... ¡Muerto!... ¿Cómo?... No, ninguna declaración. Ninguna en absoluto... Más tarde.

Colgó bruscamente el aparato y lo apartó.

- ¿Qué ocurre? ¿Quién ha muerto ahora?

Baird levantó una mano,

- ¡Calma, caballeros, por favor! Pinero acaba de ser asesinado hace unos momentos, en su casa.

- ¿Asesinado?

- Eso no es todo. Casi al mismo tiempo unos vándalos penetraron en su oficina y destruyeron su aparato.

Por un momento nadie habló. Los miembros del comité se miraron unos a otros. Nadie parecía ansioso de hacer el primer comentario.

Finalmente, uno dijo:

- Sáquelo.

- ¿Que saque que?

- El sobre de Pinero. Está también ahí. Yo lo he visto.

Baird lo encontró y lo abrió lentamente. Desdobló la única hoja de papel que contenía y la examinó.

- ¿Bien? ¿Qué dice?

- A la una y trece de la tarde... de hoy.

Hubo un largo silencio. Aquella calma dinámica fue rota por un miembro al otro lado de la mesa, que intentó alcanzar la cajita fuerte. Baird interpuso una mano.

- ¿Qué quiere usted hacer?

- Mi predicción.. está aquí... todas las nuestras están aquí.

- Sí, sí. Están todas, Veámoslas.

Baird puso ambas manos sobre la caja. Sostuvo la mirada del hombre que tenía frente a él, pero no habló. Humedeció sus labios. La comisura de su boca se crispó. Sus manos temblaron. Pero no dijo nada. El hombre que tenía frente a él volvió a sentarse.

- Tiene usted razón, desde luego - dijo.

- tráiganme el cesto de los papeles. - La voz de Baird era baja y contenida, pero firme.

Lo tomó, y arrojó su contenido a la alfombra. Colocó el cesto metálico sobre la mesa, ante él. Rasgó media docena de sobres, les prendió fuego, y los arrojó al cesto. Luego siguió rasgando los demás, de dos en dos, alimentando así el fuego. El humo le hacía toser y de sus parpadeantes ojos chorreaban lágrimas. Alguien se levantó y abrió una ventana. Cuando hubo terminado, apartó el cesto y dijo:

- Me temo que he echado a perder la superficie de la mesa.

**FIN**

## Edward Bryant - JADE AZUL

- Y este - dijo Timnath Obregon - es el dispositivo que inventé para modificar el tiempo.

El cuarteto de damas borrosas y decadentes del Círculo de Estetas del barrio del Cráter hizo una serie de sonidos de aprobación: el susurro de un viento seco recorriendo con su soplo las láminas de un libro de arte muy agotado.

- El tiempo en persona. - Fascinante, de veras.

- Muy fascinante.

La cuarta dama no dijo nada, pero hizo un mohín con los labios y clavó una mirada coqueta en el inventor. Obregon desvió la vista. Se preguntaba cómo había llegado a ganarse tamaña admiración. Empezaba a desear que las damas lo dejaran en paz en su laboratorio.

- Estimado señor Obregon - dijo la que había estado callada hasta entonces - usted no tiene idea de lo mucho que apreciamos esta oportunidad de visitar su laboratorio. Este distrito de Cinnabar se está poniendo aburrido. Es un alivio grande encontrar una personalidad como la suya.

La sonrisa de Obregon fue algo forzada:

- Se lo agradezco, pero mi fama podría ser sumamente transitoria.

Cuatro caras se volvieron hacia él, arrobadas.

- Mi EAP... - empezó diciendo el inventor, pero se corrigió al notar el concierto de cejas enarcadas -... bueno, esa es la sigla, bastante poco ingeniosa, por cierto, que inventé para mi Elevador Artificial de Probabilidades. Parece ser que el dispositivo está a punto de ser inventado simultáneamente, o, lo que es mucho peor, antes, por un rival del Instituto Tancaræ. Un tal doctor Sebastian Le Goff.

- ¿Entonces esa máquina todavía no está... digamos, totalmente inventada?

- No está totalmente desarrollada. No, me temo que no.

Obregon creyó oír que una de las damas emitía un pss de desaprobación, algo que hasta entonces había creído que sólo aparecía en la literatura.

- Pero está muy, muy cerca de su terminación - se apresuró a agregar -. Vengan por aquí, por favor, permítanme que les muestre. No puedo ofrecer una demostración completa, por supuesto, pero...

Les dirigió una mirada compradora.

Obregon se sentó frente a esa columna de cristal que iba desde el piso hasta el techo que era el EAP.

- Estos son los controles. El teclado sirve para programar los cambios de probabilidad.

Golpeó el tablero con el dedo índice y la columna tomó un color anaranjado fluorescente.

- El dispositivo está alimentado inductivamente por los corrientes de tiempo, que convergen en remolino hacia el centro de Cinnabar.

Volvió a presionar con el dedo y la columna recobró su transparencia.

- Me temo que es todo lo que puedo mostrarles por ahora.

- No deja de ser bonito.

- Pienso que el azul habría sido mucho más atractivo.

- Hablando de eso, ayer encontré una tela color zafiro para cortinas que es un amor.

- Nos encantaría tomar una taza de té, señor Obregon.

- Por favor, señoras. Llámenme Timnath.

El inventor se dirigió hacia una red de tubería plástica que había sobre un mostrador antiséptico.

- Yo acostumbro tomar té, así que instalé este aparato para prepararlo al instante.

Descorrió un panel blanco y sacó de su interior cinco tazas de doble asa, muy finas.

- La mezcla de hoy es Black Dragon Pekoe, ¿A todas les gusta?

Cabezas que asienten, leve crujido de hojas muertas.

- ¿Crema y azúcar?

La alta:

- Crema de cabra, por favor.

La baja:

- Dos terrones de azúcar, por favor.

La más destefñida de todas:

- Nada, gracias.

La coqueta:

- Leche de madre, si es tan amable.

Obregon marcó las combinaciones correctas en el panel de hacer té e hizo girar las tazas bajo la canilla. Desde atrás una de las damas le dijo:

- Timnath, ¿qué piensa hacer con su máquina?

Obregon vaciló.

- No estoy seguro, en realidad. Siempre me gustaron las cosas tal como son. Pero inventé un modo de cambiarlas. Tal vez sea simple curiosidad.

Luego se dio vuelta y sirvió el té. Se sentaron y bebieron a pequeños sorbos y hablaron de la ciencia y del arte.

- Estoy convencido de que la ciencia es un arte. - dijo el inventor

- Sí - dijo la coqueta -. Supongo que usted le presta poca atención a las aplicaciones prácticas o comerciales de la tecnología.

Le sonrió detrás de sus dedos ahuesados.

- Sí, algo así. Hay muchos que me consideran un diletante en el Instituto.

La alta dijo:

- Creo que es hora de irse. Le agradecemos mucho que nos haya permitido esta intrusión, Timnath.

Fue un placer. Arrojó su taza contra el piso de mosaicos. Sus compañeras la imitaron.

Sobresaltado por una despedida tan abrupta, Obregon casi se olvida de romper su propia taza, semivacía. Permaneció de pie amablemente mientras las damas desfilaban delante de él en dirección a la puerta. Tenían un porte asombrosamente uniforme, todas con su vestido marrón y Timnath recordó los ñandúes resurrectrónicos que había admirado en el Club de Historia Natural.

- Fue un placer - repitió la alta.

- Eso. (La baja).

Sale la coqueta:

- Tal vez volvamos a vernos pronto - dijo sin quitarle los ojos de encima.

Obregon desvió la vista murmurando alguna cortesía.

La cuarta dama, la única cuyos rasgos no parecían solidificados en gelatina, se detuvo en el umbral. Se cruzó de brazos de modo tal que las manos tocaran sus axilas y saltó una y otra vez sacudiendo sus miembros truncos y gritando: ¡Cra! ¡Cra! La puerta blanda se cerró con un puf.



Desconcertado, Obregon sintió la necesidad de otra taza de té y se sentó. Había un pequeño cilindro en la mesa. Podía tratarse de un tubito de pomada para los labios. Al parecer se lo había dejado alguna de las visitantes. Lo levantó, curioso. Era muy liviano. Desenroscó uno de los extremos; estaba vacío. Obregon llevó el objeto a la altura de su nariz.

Tenía el olor acre característico de una emulsión de yoduro, de plata.

- Parecería ser un cartucho de película vacío - dijo Obregon en voz muy baja.

El grito de un niño en la noche de un niño. Un bienestar, envolvente y ronroneante. La soledad de pesadillas y el mundo al despertar y la frontera incierta entre sueño y vigilia. Un tranquilizador felino.

- No llores, hijito. Te tengo abrazado y te estoy meciendo.

George sepultó su cara en la suave piel azul que absorbía sus lágrimas.

- Jade Azul, te quiero.

- Ya lo sé - dijo la madregata suavemente -. También yo te quiero. Ahora duérmete.

- No puedo - dijo George -. Me van a atrapar nuevamente.

El tono de su voz se hizo más agudo y su cuerpo se agitó inquieto. George se aferró al cálido lomo de Jade Azul.

- Me van a atrapar en la sombra y alguien me va a sujetar contra el piso y va a venir él y...

- Son sólo sueños - dijo Jade Azul -. No pueden hacerte daño.

Sentía en su interior que estaba mintiendo. Con los dedos de la pata acarició la cabeza del niño y volvió a estrecharla contra su cuerpo.

- Tengo miedo - la voz de George tenía a un dejo de histeria.

La gobernanta acomodó la cabeza del muchacho.

- Vamos, bebe.

Sus labios encontraron el áspero pezón y chuparon instintivamente. La leche de Jade Azul, dulce, narcótica, lo calmaba, y él tragaba lentamente.

- Jade Azul... - su susurro era casi inaudible. - Te quiero.

El cuerpo tenso del niño empezó a relajarse. Jade Azul lo acunó suavemente, enjugándole cuidadosamente el delgado hilo de leche que se escapaba de la comisura de los labios. Después se echó y estrechó al niño contra su cuerpo. Pasado un rato también ella se durmió

Y se despertó con alerta nocturna. Estaba sola. Con un soplo de rabia, que se apuró a controlar, se abrió paso desde la cama puso todos sus sentidos en tensión y captó un sutil aroma de miedo, y el suave roce de algo rengo sobre baldosas, el rápido destello de una sombra sobre otra.

Una silueta negra, vanamente antropomórfica, se movió en la oscuridad del vano de la puerta. Se escucharon algunas palabras, pero tan tenues que se parecían más bien exhaladas que pronunciadas.

- Ya no hay nada que hacer, minina.

Una boca se abrió y sonrió sarcásticamente:

- Es nuestro, gata.

Jade Azul aulló y saltó con las garras extendidas. la silueta de sombra no se movió; chirrió y se rió cuando la madregata la hizo jirones. Grandes pedazos de sombra, livianos como ceniza, flotaron por la habitación. La risa burlona se desvaneció.

Se detuvo en el umbral con los flancos palpitantes para tomar aliento. Sus enormes ojos sin pupilas se esforzaban por descifrar la poca luz disponible. Las orejas aguzadas se inclinaban hacia adelante. La casona estaba tranquila, salvo...

Jade Azul bajó rápidamente al vestíbulo, sorteando con toda facilidad las masas irregulares de escultura inerte. Corría en silencio, pero en su mente:

"¡Gata estúpida! Esa sombra era un señuelo, algo para distraerle.

"Mujer imbécil! El chico está a mi cuidado.

"Encuétralo. Si le pasó algo me castigarán.

"Si le pasó algo me mataré.

Un ruido. El cuarto de jugar.

"No podían haberlo llevado muy lejos.

"¡Esa perra de Mereille! Podría desgarrarle la garganta.

"¿Cómo pudo hacerle eso?

"Ya estamos cerca. Despacito.

Las dos hojas de la puerta del cuarto de juegos estaban entornadas. Jade Azul se deslizó por entre los bordes de ambas, adornados con tallados barrocos. Era una habitación amplia que reflejaba toda una época de la infancia: caballos de juguete con ojos de vidrio, infinidad de estantes con cubos a medio reunir, hileras de libros, de cintas, de cajas de letras, pelotas, palos de béisbol, criaturas que perdían su relleno, instrumentos de tortura, tableros de juegos, un espectrómetro infrarrojo. La madregata se movía cuidadosamente a través del laberinto de los recuerdos de George.

En un claro del rincón más alejado lo encontró.

Yacía sobre su espalda, con los brazos abiertos como las alas de un águila, forcejeando débilmente para deshacerse de grilletes intangibles. A su alrededor se amontonaban las sombras movientes, oscuras formas demoníacas. Una de ellas se agachó sobre el niño y restregó sus labios de sombra sobre la carne.

La boca de George se movió y maulló débilmente, como un gatito. Levantó la cabeza y miró, más allá de las sombras, hacia Jade Azul.

La madregata controló su primer impulso frenético y prefirió caminar rápidamente hacia la pared más cercana para encontrar el interruptor de la luz. Apretó el recuadro y brilló una débil luminosidad en las paredes. Presionó más y la luz se hizo intensa, y luego enceguedora. Las verdaderas sombras se desvanecieron. Las bamboleantes criaturas de sombra se deshicieron en hilachas como las telas mal tejidas y desaparecieron. Jade Azul sintió un principio de dolor en sus retinas y bajó la luz a un nivel soportable.

George estaba tirado en el piso, semiinconsciente. Jade Azul lo levantó con facilidad. Sus ojos estaban abiertos y sus movimientos eran bruscos y erráticos, pero parecía no tener nada. Jade Azul lo meció contra su cuerpo y recorrió el largo vestíbulo camino al dormitorio.

George no tuvo más sueños en el resto de la larga noche. En una oportunidad, ya próximo a despertarse, se movió y tocó ligeramente los pezones de Jade Azul.

- Gatita, gatita - dijo -. Gatita linda.

Sombras más amistosas se cernieron sobre ambos hasta el amanecer.

Cuando George se despertó sintió que una arena de grano grueso le raspaba el interior de los párpados. Se frotó con los puños, pero la sensación persistió. Tenía la boca seca. Se pasó la lengua por el paladar, para ver qué sentía: parecía de plástico tramado. No sentía ningún gusto. Se estiró, se retorció; las articulaciones le dolían. El síndrome era familiar: el residuo de malos sueños.

- Tengo hambre.

Se recostó contra el raso azul arrugado. Había un dejo de queja en la voz.

- Tengo hambre.

Ninguna respuesta.

- ¿Jade Azul?

Tenía hambre y se sentía un poco solo. Esas dos condiciones eran complementarias en George y ambas eran omnipresentes. Sacó los pies de la cama.

- ¡Frío!

Se calzó un par de zapatillas de felpa y, con el resto del cuerpo desnudo, se dirigió al vestíbulo. Esculturas que se estaban despertando o a punto de despertarse le hicieron una inclinación de cabeza cuando pasó junto a ellas. Un David estilizado bostezó y se rascó la entrepierna.

- Buenos días, George.

- Buenos días, David.

La réplica de una odalisca del Tercer Ciclo lo ignoró, como siempre.

- Puta - masculló George.

- Maricón - se burló la estatua de la Victoria Rampante.

George hizo como que no la veía y pasó de largo muy apurado.

¡El abstracto Grupo de Revoltosos trató de darle ánimos, pero fracasó miserablemente.

- Mejor, cállense - dijo George -. Todos ustedes.

En algún momento las esculturas quedaron atrás y George empezó a recorrer una galería con artesonados en las paredes. La galería describía una curva de Klein en su tramo final, se retorció sobre sí misma y terminaba en el laboratorio de Timnath Obregon.

Las luminosas paredes perladas desembocaban en la puerta entreabierta. George vio flamear un guardapolvos. De repente fue consciente de lo silencioso de sus pasos. Sabía que debía anunciarse. Pero precisamente entonces alcanzó a oír el diálogo:

Si por lo menos volvieran sus padres... tal vez eso lo ayudaría.

La voz era ronca y alargaba las vocales: Jade Azul.

- No hay ninguna posibilidad - dijo la voz de tenor de Obregon -. Están demasiado cerca del Centro de la Ciudad en estos momentos. No podría ni siquiera empezar a contar los años subjetivos antes de que regresen.

George se quedó de, otro lado del umbral escuchando.

La voz de Jade Azul se quejaba:

- Pero, ¿no podrían haber encontrado un momento más adecuado para la segunda luna de miel? O tercera, o cuarta, o lo que sea.

Un encogimiento de hombros verbal:

- Después de todo son investigadores con una vocación muy especial. Y las maravillas que hay en el centro de Cinnabar son legendarias. No los puedo culpar por la excursión. Ya hacía bastante que vivían en este grupo familiar.

- ¿Por qué no te vas a la mierda, humano idiota? Estás racionalizado.

- No exactamente. La madre y el padre de George son personas con sentimientos. Tienen derecho a hacer su propia vida.

- También tienen responsabilidades.

Pausa.

- Merreile, esa putita...

- No podían saberlo cuando la contrataron, Jade Azul. Sus... sus rarezas, digamos, empezaron a manifestarse cuando ya hacía meses que trabajaba como gobernante de George. Y ni siquiera entonces podían preverse las consecuencias últimas.

- ¡No podían saberlo! No se preocuparon por saberlo, querrás decir.

- Es un juicio demasiado duro, Jade Azul.

- Escucha, mala imitación de un criterio amplio. ¿No puedes entenderlo? Son la gente más egoísta que existe. No quieren privarse de nada, no quieren dar nada a su propio hijo.

Un silencio de algunos segundos. Luego Jade Azul nuevamente:

- ¡Eres un buen hombre, pero tan condenadamente obtuso!

- Yo le tengo mucho cariño a George - dijo el inventor.

- Y yo también. Lo quiero como si fuera mi cría. Es una lástima que sus padres no.

George fue presa de una emoción ambivalente. Extrañaba tremendamente a sus padres. Pero también quería a Jade Azul. Así que se puso a llorar.

Obregon trataba de desenredar una maraña de filamentos de platino.

Jade Azul deambulaba por el interior del laboratorio, deseando poder agitar su resto de cola.

George terminaba de tomar su leche y chupaba la última miga de bizcocho de la palma de la mano.

Un enorme cuervo batió las alas perezosamente a través de una ventana que había en el otro extremo del laboratorio.

- ¡Cra! ¡Cra!

- ¡Fuera!

El inventor chasqueó los dedos y resplandecientes cristales se deslizaron hasta sus lugares correspondientes; las puertas se cerraron; el cuarto estaba sellado.

Aparentemente confundido, el cuervo revoloteó en apretados círculos, graznando roncamente.

- ¡Jade, pon al chico contra el suelo!

Obregon fue hacia el mostrador del EAP y regresó con una ballesta cargada y amortillada. El pájaro vio el arma, dio vuelta rápidamente y se precipitó hacia la ventana más alejada. Golpeó contra el cristal y rebotó.

George dejó que Jade Azul lo empujara debajo de una de las mesas del laboratorio.

Se oyó un furioso batir de alas cuando el cuervo rebotó contra una pared intentando una nueva acción evasiva. Obregon apuntó fríamente con la ballesta y apretó el gatillo. La flechita de punta cuadrada atravesó al cuervo de lado a lado y se alojó en el techo. El pájaro, con las alas congeladas en la mitad del aleteo, cayó en tirabuzón y golpeó contra el Piso junto a los pies de Obregon. Plumas negras dispersas cayeron como hojas de otoño sobre el suelo.

El inventor manipuló el cuerpo con cautela: no hubo movimiento.

- ¡Idiota! ¡Qué manera de subestimarme!

Se volvió hacia donde estaban Jade Azul y su sobrino, que salían de abajo de la mesa.

- Quizá sea menos distraído de lo que dices.

La madregata lamió delicadamente su despeinado pelaje azul.

- ¿Te molestaría explicarme todo esto?

Obregon levantó el cuerpo del cuervo con el aire de un hombre que levanta un paquete de basura particularmente repulsiva.

- Un disfraz - dijo -. Un artificio. Si lo disechara apropiadamente, podría descubrir un sistema de espionaje y de grabación muy sofisticado.

Sus ojos se toparon con los verdes de Jade Azul.

- Es un espía, ¿comprendes? - ¡Dejó caer el cadáver en el incinerador, donde desapareció, dejando sólo una llama dorada y un aroma transitorio a carne bien cocida.

- Era grande - dijo George.

- Buena observación. Dos metros por lo menos, con las alas extendidas. Es mucho más grande que cualquier cuervo real.

- ¿Quién es el que espía? - preguntó Jade Azul.

- Un competidor, un tipo llamado Le Goff, un hombre de ética incierta y escasos escrúpulos. Ayer mandó aquí sus espías para controlar el progreso de mi nuevo invento. Todo fue muy torpe, para que yo me diese cuenta. Le Goff es peor que un vulgar ladrón. Se burla de mí.

Obregon hizo un gesto señalando el elevador artificial de probabilidades.

- Es eso lo que quiere terminar antes que yo.

- ¿Una columna de cristal? - pregunta Jade Azul -. ¡Qué maravilla!

- Más respeto, gatita. Mi máquina puede corregir el tiempo. Podrá alterar el presente modificando el pasado.

- ¿Y eso es todo lo que sabe hacer?

Obregon pareció disgustado.

- No admito burlas en mi propia casa.

- Lo siento, pero sonaba tan pomposo lo que decías

El inventor forzó una risita.

- Sí, supongo que sí. Es Le Goff quien me llevó a esto. Lo único que quise siempre fue que me dejaran en paz para experimentar sobre mis teorías. Ahora siento que me empujan a una especie de confrontación.

- ¿A una competencia?

Obregon asintió.

- Sólo que no sé por qué. Trabajé con Le Goff durante años en el Instituto. Siempre fue un hombre de móviles oscuros.

- Tienes buena puntería - dijo George.

Obregon depositó la ballesta sobre el mostrador con cierto aire de orgullo.

- Es un pasatiempo, Es la primera vez que practico un blanco móvil.

- ¿Puedo probar?

- Me temo que eres demasiado chico. Hay que tener bastante fuerza para amartillar la ballesta.

- No soy demasiado chico para apretar el gatillo

- No - dijo Obregon -. No lo eres.

Y agregó sonriendo:

- Después del almuerzo saldremos a hacer una recorrida y te dejaré disparar.

- ¿Puedo tirarle a un pájaro?

- No. A uno vivo no. Tengo algunas imitaciones arriba.

- Timnath - dijo Jade Azul -. Supongo que no...

- No, seguramente no.

- ¿Qué?

- Tu máquina. No puede cambiar los sueños, ¿no?

Papá, mamá, ayúdenme. No quiero tener más sueños. Sólo la cálida oscuridad, nada más, ¿Mamá? ¿Papá? ¿Por qué se fueron? ¿Cuándo van a volver? Ustedes me abandonan, me abandonaron, me hacen daño.

Tío Timnath, alcánzalos, tráemelos. Diles que sufro, que los necesito. Haz que me quieran, Jade Azul, méceme, abrázame, tráelos de vuelta ya. No, no me toques ahí, eres como Merreile, no quiero más sueños feos, no me hagas daño, no...

Y Merreile entraría cada noche a su dormitorio, a separarlo de sus juguetes Y prepararlo para ir a la cama. Lo iba a desvestir lentamente y a deslizar la camisa de noche sobre su cabeza, luego se sentaría cruzada de piernas a los pies de la cama mientras él permanecía recostado contra la almohada.

- ¿Te cuento un cuento antes de dormir? Por supuesto, mi amor. ¿Quieres que te vuelva a contar sobre los vampiros?

»¿Te acuerdas de la última historia que te conté, cielito? ¿No? Quizá hice que te olvidaras.

Y sonreiría mostrando las tiras de cartílago escarlata en el lugar en que la mayoría de la gente tenía los dientes.

- Una vez había un niño, muy parecido a ti, que vivía en una vieja casona. Vivía solo allí, con sus padres y su gobernante, que tanto lo quería. Bueno, es cierto que había vampiros escondidos en el altillo, pero no parecían criaturas vivas en realidad. Muy raras veces se atrevían a salir de allí, y al chico nunca se le permitía subir. Sus padres se lo hablan prohibido, pese a que el altillo estaba lleno de toda clase de objetos interesantes y deliciosos. La curiosidad del chico crecía y crecía, hasta que una noche se deslizó fuera de su habitación y subió en silencio por la escalera que conducía al altillo, Al llegar al último peldaño se detuvo, recordando la advertencia de sus padres. Luego recordó lo que había oído sobre los extraños tesoros que había allí adentro. Sabía que las advertencias provenían de gente tonta y que había que ignorarlas. Esas barreras están hecha para cruzarlas. Y entonces abrió la puerta del altillo

»Adentro había hileras de mesas colmadas con todos los juegos y juguetes que pueda uno imaginar. En el medio había otras más pequeñas repletas de dulces y jarras de bebidas deliciosas. El chico jamás se había sentido más feliz en su vida. Fue entonces cuando salieron a jugar los vampiros. Se parecían mucho a ti y a mí, salvo que eran negros y muy silenciosos, y tan delgados como las sombras.

»Se amontonaron alrededor del chico y le susurraron que se uniera a sus juegos.

»Lo querían mucho, ya que la gente iba muy poco a visitarlos al altillo. Eran muy honestos (porque la gente tan delgada no puede tener mentiras adentro) y el chico se dio cuenta de lo tontas que habían sido las advertencias de sus padres. Luego se fueron a las mágicas tierras que había en el extremo más alejado del altillo y jugaron horas y horas.

»¿Qué a qué jugaban, querido? Te voy a mostrar.

Y entonces Merreile apagaría la luz y trataría de agarrarlo.

No, no puede cambiar sueños, había dicho Timnath, absorto. Después, mirando a través de los ojos de la madregata como si el jade fuera vidrio, agregó: Dame tiempo; tengo que pensarlo.

- ¿Tuviste alguna vez hijos como yo? - George estaba sentado abrasándose las rodillas.

- Como tú no.
  - Quiero decir, ¿eran gatitos o más bien bebés?
  - Ambas cosas, en cierto modo. O ninguna - su voz era neutral.
  - No estás jugando limpio. Respóndeme.
- La voz del chico era conocedora, petulante de puro experimentada.
- ¿Qué quieres saber?
- Los Puños de George tamborilearon sobre sus rodillas.
- ¿Cómo eran tus hijos? Quiero saber qué les sucedió.
- Un rato de silencio. Algunas arruguitas debajo del labio de Jade Azul, como si sintiera un gusto amargo en la boca.
- Nunca fueron de ninguna manera.
  - No entiendo.
  - Porque no existieron. Vinieron de Terminex, la Computadora. Vivieron en ella y murieron en ella. Ella puso esas imágenes brillantes en mi cerebro.
- George se incorporó un poco más; esto era mejor que un cuento a la hora de dormir.
- Pero ¿Por qué?
  - Soy la gobernante perfecta. Mis instintos maternos están aumentados. Tengo las prendas de mi afecto en la mente.
- Cada palabra parecía tallada con cincel.
- La petulancia cedió a la compasión propia de un chico.
- Eso te pone muy triste.
  - A veces.
  - Yo cuando estoy triste lloro.
  - Yo no - dijo Jade Azul -. Yo no puedo llorar.
  - Yo voy a ser tu hijo - dijo George.

El vestíbulo de estatuas diurnas estaba en calma. Jade Azul acechaba las sombras, tratando de percibir los sonidos tenues, los olores y las diferencias de temperatura más sutiles. Los minutos que pasaban la frustraban y enloquecían, también las muchas noches de vigilia, y la amenaza de que la traicionará el cuerpo. De nuevo en busca del niño perdido.

Y esta vez no estaba en el cuarto de juegos. Los caballos de madera sonreían estúpidamente.

Tampoco en los veinte salones grises donde los antepasados de George permanecían silenciosos en embalsamada vigilia desde los nichos empotrados en las paredes.

Tampoco en el altillo, polvoriento y lleno de telarañas.

Tampoco en el comedor, ni en el invernadero, ni en las cocinas, ni en el acuario, ni en la biblioteca, ni en el observatorio, ni en el cuarto de estar, ni en los armarios de la ropa blanca. Ni... Jade Azul pasó corriendo por la galería y leves indicios justificaron su impulso. Corrió más rápido y cuando se abalanzó hacia el codo que llevaba al laboratorio de Timnath Obregon, tenía el estómago revuelto.

La puerta se entreabrió al tocarla. El laboratorio estaba iluminado a medias por las distorsionadas luces amarillas de Cinnabar.

Sucedieron varias cosas a la vez.

Frente a ella, una figura alarmada levantó la vista desde la consola del EAP de Obregon. Un rollo de cinta métrica cayó estrepitosamente sobre los mosaicos.

Del otro lado del laboratorio un conjunto de siluetas sombrías que se contorneaban suspendieron el acto que estaban realizando sobre el cuerpo acostado de George, y miraron hacia la puerta.

Una especie de pájaro chillón bajó revoloteando desde el techo y atacó a Jade Azul en los ojos.

La madregata se agachó y sintió que unas garras abrían inofensivos surcos sobre su pelaje. Rodó sobre el lomo y atacó, con las garras extendidas. Rasgó algo pesado que chilló y le abofeteó la cara con las plumas de sus alas. Y supo que podía matarlo.

Eso hasta que un pie calzado con botas le aplastó la garganta. Entonces Jade Azul miró por encima de esa especie de pájaro que todavía se debatía a quien quiera que fuese que había estado examinando el invento de Obregon.

- Lo siento - dijo el hombre -. Y apretó más.

- ¡George! - su voz sonaba estrangulada -. ¡Socorro!

Y luego la bota se hizo demasiado pesada como para dejar pasar una sola palabra más. La oscuridad se hizo intolerablemente densa.

La presión cedió. Jade Azul no podía ver pero - dolorosamente - pudo volver a respirar. Podía oír, pero no lograba saber qué significaban los ruidos. Había luces brillantes y estaba la cara preocupada de Timnath y sus brazos que la levantaban del suelo. Había té caliente y miel en un plato. George la abrazaba y sus lágrimas salaban el té.

Jade Azul se frotó la garganta con cautela y se sentó; se dio cuenta que estaba sobre una mesa blanca de laboratorio. En el piso, a poca distancia de la mesa, había una asquerosa mezcla de plumas y carne roja y húmeda. Algo que casi no podía reconocerse como un hombre respiró con dificultad, ruidosamente.

- Sebastian - dijo Timnath, arrodillándose junto al cuerpo -. Querido amigo.

Estaba llorando.

- ¡Cra! - dijo el hombre que agonizaba. Y murió.

- ¿Lo mataste? - preguntó Jade Azul con voz ronca.

- No. Fueron las sombras.

- ¿Cómo?

- Del modo más desagradable.

Timnath chasqueó los dedos dos veces y las resplandecientes ratas mecánicas se precipitaron desde las paredes para limpiar la suciedad.

- ¿Te sientes bien? -. George estaba de pie, muy cerca de su gobernante. Estaba temblando. - Traté de ayudarte.

- Ya lo creo que me ayudaste Estamos todos vivos.

- Claro que te ayudó, y estamos vivos - dijo Timnath -. Por una vez las fantasías de George fueron una ayuda más que un estorbo.

- Sigo insistiendo en que hagas algo con tu máquina - dijo Jade Azul.

Timnath miró con tristeza el cuerpo de Sebastian Le Goff.

- Tenemos tiempo.

El tiempo progresaba en forma helicoidal, y un día Timnath anunció que su invento estaba listo. Llamó a George y a Jade Azul al laboratorio.

- ¿Listos? - preguntó, apretando el botón que iba a poner en marcha la máquina.

- No sé - dijo George, escondiéndose a medias detrás de Jade Azul -. No estoy muy seguro de lo que está pasando.

- Esto te va a ayudar - dijo Jade Azul -. Adelante.



- Puedes perderlo - le advirtió Timnath.
- No - sollozó George.
- Lo quiero lo bastante como para eso - dijo la gobernante -. Adelante.

La columna de cristal resplandeció con un anaranjado brillante. Las ondas de un zumbido muy leve se propagaron más allá del alcance de la audición. Timnath pulsó el teclado: LOS SUEÑOS DE GEORGE SOBRE VAMPIROS DE SOMBRA NO EXISTIERON NUNCA. MERREILE NUNCA EXISTIO. GEORGE ES SUMAMENTE FELIZ.

El inventor se detuvo; luego presionó un botón especial: REVISAR.

La columna de cristal resplandeció con un anaranjado brillante.

Las ondas de un zumbido muy leve se propagaron más allá del alcance de la audición. Timnath pulsó el teclado: LOS SUEÑOS DE GEORGE SOBRE VAMPIROS DE SOMBRA NO EXISTIERON NUNCA, MERREILE NUNCA EXISTIO.

GEORGE ES RAZONABLEMENTE FELIZ.

Timnath reflexionó; luego apretó otro botón: EJECUTAR.

- Listo - dijo.
- Algo nos está abandonando - susurró Jade Azul. Se oyeron pasos en el porche. Dos personas caminando. Un carraspeo, una tos paterna.
- ¿Quién anda allí? - preguntó Jade Azul, aunque sabía,

**FIN**

## Angel Arango - UN INESPERADO VISITANTE

Antes de saltar hizo una última señal.

Descendió a través del espacio haciendo el cuerpo más ligero que una pluma, la mente vacía de pensamientos, la sangre detenida, los nervios abiertos dentro de los músculos como las costuras de un paracaídas.

Sin ropa ni equipos, porque la materia de esas cosas no obedecía a su voluntad como la carne.

Desnudo.

Era fácil. Se inhibía de la fuerza de gravedad y dejaba de ser su conductor. Apenas permitía que se hiciese sentir el peso de la piel, apretada en derredor como una coraza para protegerlo del frío.

Al llegar a la superficie del agua, el cuerpo tomó por sí mismo la posición vertical y se orientó a tierra.

Estaba salvado.

La única herida que se había hecho al deshacerse rápidamente de la nave le sangraba, pero no ofrecía peligro, porque a él la sangre se le regeneraba al contacto del oxígeno y dentro de las venas. Era extraordinariamente alto y hermoso, y sus ojos de un color azul marino fulguraban con brillo metálico, y eran penetrantes como los rayos del sol del mediodía.

Aún no tenía barba, porque hacía pocos días que se había afeitado.

- Mi nave habrá caído en el océano - se dijo.

Y echó a caminar por aquel mundo desconocido adonde no había intentado nunca venir y que por un accidente se convertía en su destino.

Comenzó a andar en dirección a los árboles que se estremecían bajo la brisa que soplaba procedente del mar próximo.

Pronto divisó a un grupo de nativos que se dirigía al río y vio cómo vestían. Oculto, logró oír parte de las conversaciones y puso a trabajar su voluntad para que el cerebro funcionase a toda capacidad y le diese el significado de las palabras.

Los siguió. Uno a uno fueron metiéndose en las aguas y se bañaron con alegría.

- Debo acercarme.

Fue hacia donde estaban y entró también en el agua. Uno que parecía dirigir el grupo se le aproximó e hizo una extraña reverencia. El abrió sus brazos, como era costumbre saludar en su planeta.

- Bienvenido - dijo el otro.

- No entiendo nada - respondió el extranjero en su lengua.

El que dirigía el grupo comprobó cuán alto era.

- No eres como nosotros - dijo -. ¿De dónde vienes?

El cerebro le trabajaba febrilmente; las palabras iban y venían por sus conductos nerviosos y se revolvían en una confrontación interminable. No sabía qué responder aún y sin embargo, sentía que las palabras últimas eran mucho más fáciles, casi las tenía en su repertorio. De pronto, sin saber cómo, dio la respuesta señalando el punto del océano espacial por donde habla llegado.

Su cerebro, obediente, eficaz, bien alimentado, había encontrado el significado preciso de las primeras palabras. Comenzaba a formar su vocabulario y ahora tendría que aprender a utilizarlo.

- De...

Y su mano volvió a extenderse para señalar el lugar del cielo. El grupo lo contempló en silencio. Quizá no comprendían su respuesta. Quizá no podían imaginarla tan siquiera. Les pidió ropa prestada y se la dieron. Luego se sentó con ellos y conversaron. Ellos hablaban y él contestaba aún con monosílabos. Supo que había allí otros hombres que vestían de hierro y atravesaban a los nativos con sus lanzas.

«Debo permanecer vivo hasta que llegue mi grupo de rescate», se dijo y fue a refugiarse en el desierto, donde podría soportar hasta seis meses sin comer ni beber, gracias a la energía de reserva que tenía acumulada.

El desierto era silencioso y aburrido. Casi como el espacio interplanetario; mirar las dunas era igual que contemplar los caprichosos diseños de las constelaciones. Durante la noche, cuando las formas de la arena se perdían en la gran oscuridad y el único paisaje eran las estrellas, se sentía adolorido y angustiado, porque era terrible verse prisionero de una tierra extraña y ser incapaz de alterar el espectáculo de aquellos puntos fijos. No era como cuando dentro de su nave podía trazar un curso y cambiar el panorama y aproximarse o alejarse de los distintos mundos.

- Terminaré por volverme loco - gritó al mes y se fue hacia la costa, donde encontró una familia de pescadores con los cuales hizo amistad y aprendió a hablar perfectamente el idioma. Luego se embarcó con los pescadores para recuperar el equipo de señales. Descendió a las aguas y recorrió a pie el fondo del mar. Fue inútil. Entonces emitió una señal telepática debajo del agua y ésta atrajo a los peces, que llenaron las redes. Volvió a la superficie, desplazó la atmósfera e hizo en torno suyo el vacío. Por su cuerpo no corría la fuerza de la gravedad: era como un muerto inmóvil y se deslizó así sobre las aguas, erguido sobre sus pies que descansaban en una delgada capa de aire sobre la superficie del mar.

Los marineros que le vieron tenían unas terribles caras de asombro y comprendió que había ido demasiado lejos. Aquel mundo, o aquel lugar del mundo que visitaba, estaba demasiado atrasado.

«Comenzarán a hablar de mí y no me conviene». Se lo dijo a los pescadores:

- No es nada. No lo digan a nadie.

Los pescadores fueron honrados. No dijeron absolutamente nada, pero le trajeron a un amigo ciego para que él lo viese y procurase ayudarlo.

- Por piedad.

Era una voz conmovedora. El hombre estaba con los párpados cerrados y solamente repetía aquello con convicción definitiva.

- Por piedad, por piedad...

- Puedo usar mi voz - pensó - y hacer que rompa el sello que quema su mirada. Pero mi energía está limitada y la que recibo de este mundo es pobre y no puede recompensarme. Mi poder, mi poder debe durarme...

Sin embargo, el hombre ciego permanecía frente a él, y era algo que no podía soportar porque en su mundo no existían esos males.

- Te ayudaré... Acuéstate...

El ciego obedeció y él cubrió sus ojos. Volvió a decirle las mismas palabras varias veces. La vibración de su voz destruyó el virus. Hasta que el otro despertó y vio la luz.

Leyendas e historias fueron tejiéndose en torno a él y la vida de aquellos hombres se fue cerrando alrededor de la suya, a pesar suyo.

Llamaba la atención por su estatura y por lo fuerte de su mirada y tenía ahora una larga y suave barba y cabellos que le cubrían la nuca. Su presencia era conocida rápidamente y el pueblo se le acercaba y lo rodeaba.

- Extraño pueblo que no conoce el amor y vive siempre alucinado... Extraño pueblo que no conoce el amor.

Le seguían a todas partes y le escuchaban y le observaban; había comenzado a formar parte de la vida de las gentes.

Probó sus poderes. El poder de la mirada, la fuerza de la mirada.

Saludaba abriendo los brazos.

- Lo que llaman riqueza no vale nada en mi país - decía -. El amor es lo importante.

Las mujeres le seguían, pero él sabía que no podía prodigarse porque sus energías se reducían más y más.

- Es un hombre encantador...

- Lo que ocurre es que no nos mira, por eso le amamos.

- Pero estaría dispuesta a seguirlo siempre.

- Dice cosas tan nuevas. Todavía no sé de qué habla, pero hay sentido en su persona.

- Es como si viniera de algún lugar lejano y limpio donde los hombres fuesen más fuertes y seguros y no necesitaran bañarse como aquí.

- El probó sus poderes. El poder de la mirada, la fuerza de la mirada.

- Mi poder, mi poder...

Se le despertó una profunda compasión por aquel pueblo tan necesitado de creer y de amar, a pesar de todo. Y aunque no dejaba de preocuparle el saber que estaba lejos de su mundo «Mi señal perdida y yo sin respuesta» hizo cuanto pudo por ayudar a mejorar la vida y la existencia de los hombres y mujeres que con tanta pasión se le aproximaban. Comenzó a explicarles cosas y lo hizo en forma atractiva, presentándolo como dicho anteriormente por algún personaje histórico que ellos respetasen o como un mensaje nuevo transmitido a través de él. Porque el engaño era necesario.

Habló en metáfora, lo que sirvió para causar una gran impresión a su auditorio y también para que posteriormente fuesen confundidas sus palabras.

- No debo alejarme nunca de los que me siguen. El día que lo haga, los opresores de este país me destruirán y habrá cesado mi última esperanza de ser rescatado. Sé que mi poder no durará siempre...

A pesar de ello, le inquietaba el hambre entre las gentes y sus enfermedades. Y utilizó la frecuencia de las vibraciones de su voz para curar y decidió alimentar a los miles de hombres que pasaban hambre.

- Eso no se conoce en mi mundo. Extraños y pobres seres.

Dejó escapar lentamente la energía que llevaba concentrada en su mente y multiplicó los alimentos terrestres por procesos reproductivos acelerados.

- Aunque yo termine no siendo más que uno de ellos.

Pero había roto la cadena de la historia.

Los soldados no fueron quienes dieron el primer paso para destruirlo. Fueron los comerciantes que vendían la comida.

- Ese hombre debe desaparecer. Nos arruina.

- Que muera. Que muera de una pedrada certera.

Cuando se dispuso a levantar la piedra, el extranjero, que presintió la agresión, se volvió hacia los tableros de mercancías y los volcó sobre el piso. E inmediatamente el pueblo repitió la acción con todos los demás tableros.

Cada minuto que pasa las cosas crecen y se vuelven importantes.

Un silencio penetró los corazones, y hombres y mujeres se postraron ante él. Estaba erguido, él solo, como un rey, en medio de la multitud. El solo, alto y extraordinario, con sus ojos de mirada poderosa, que nadie podía rechazar.

La cena fue una sesión científica. En ella quiso explicar que la materia se adapta a distintos procesos evolutivos, a distintos niveles biofísicos.

- Todo esto no es más que nosotros mismos - dijo poniendo las manos sobre los alimentos -. Yo puedo volver a ser esta materia y ella puede convertirse en persona. La vida no debe perderse más que para cambiar de cuerpo, de medio. Ustedes mueren porque no han aprendido a querer vivir; no quieren vivir más porque sus facultades son poco evolucionadas y le dan una visión estrecha del mundo. Si pudieran disfrutarlo, entonces desearían renovarse eternamente...

Uno le preguntó cómo había logrado revivir a un muerto.

- Mi voz destruyó los gérmenes, repuso el movimiento y rehabilitó la materia. Mi palabra es natural y, sin embargo, da las vibraciones necesarias.

Los soldados marchaban por la carretera de cuatro en fondo. Cantaban un himno. Un hombre saltó al camino y les hizo señas. El grupo se detuvo a las órdenes que impartió el oficial. Este se adelantó al hombre y le preguntó:

- ¿Es usted?

- Sí - respondió el otro temblorosamente.

- Bien; díganos dónde está.

El hombre apretó sus manos con nerviosismo y le susurró al oficial:

- Es el más alto. Tiene los ojos azules y brillantes.

El oficial desplazó a sus hombres y éstos avanzaron en escuadra desplegada sobre el campo para cerrarse alrededor del punto señalado.

Poco después rodeaban al extranjero y el oficial le preguntó:

- ¿Quién eres?

- Yo soy el hijo de un hombre - respondió el extranjero.

- ¡Llévenselo! - dijo el oficial. E hizo señas de que le atasen las manos. Por un instante, el hombre que quería aprovechar el tiempo que vivía fuera de su tiempo para ayudar a un pueblo mucho más atrasado que el suyo contempló el pedazo de sogas colgando de las manos del legionario. Por un instante pensó que podría deshacerse de todos ellos con el resto de fuerza que aún le quedaba de reserva. Pero entonces comprendió también que de nada serviría, pues había hecho allí más de lo que podía y nadie le conocía verdaderamente ni sabía quién era. No ganaría ahorrando unas horas más de vida. Su poder se había consumido ayudando al pueblo sometido, multiplicando el alimento, rehabilitando a los enfermos. Tarde o temprano terminaría agotándose. Estaba desarraigado, fuera de los cielos que había surcado a velocidades increíbles, cansado de esperar el resultado de una señal hecha con demasiada precipitación. Una señal demasiado pequeña para un universo tan grande.

Extendió ambas manos y el soldado se las amarró.

Cuando llegaron a la ciudad comenzaron los interrogatorios. Aparecieron muchas personas que decían conocerle y que le atribuyeron frases y hechos. Luego le quisieron hacer confesar cosas que desconocía e insistían una y mil veces en averiguar de quién era hijo.

- ¿Eres príncipe? ¿Eres rey?

- Yo sólo soy el hijo de un hombre - volvió a repetir y entonces, sorpresivamente, le escupieron el rostro y le entraron a golpes y garrotazos.

Era la primera agresión física. Quiso romper sus ataduras y pensó en ellas, únicamente en ellas, a pesar de todo lo que le rodeaba. Se concentró totalmente. Pero las ligaduras no cedieron; estaba perdido, sus últimas fuerzas superiores le habían abandonado. Era un hombre indefenso como los demás, como los habitantes de aquel pueblo sometido.

- Tú eres un conspirador - gritó un viejo histérico al que secundaba todo el Consejo de Ancianos -; te vamos a entregar al ejército...

Y así fue.

Le llevaron ante un militar vestido de hierro como los demás, pero que se envolvía en una capa roja.

Antes de llegar a él tuvo que cruzar entre dos filas de hombres con estandartes. Miró a lado y lado y vio cómo, con el furor de su mirada, los estandartes se abatieron.

- Aún me queda energía.

Volvió a intentar romper las ligaduras. Pero nada, sólo los estandartes se abatían; su última energía los hacía extraordinariamente pesados en las manos de los soldados.

- ¿Quién eres? - preguntó el oficial.

El extranjero miró dudosamente al jefe de los soldados.

- Yo soy un hombre de...

El comandante le interrumpió:

- ¿Eres tú Cristo?

- Ese nombre me das - dijo el prisionero y pensó que si hubiera tenido allí su identificación se la habría mostrado con gusto al oficial.

- ¿Tú eres el rey de esta gente?

- No entiendo lo que dices - respondió el extranjero -. Yo no soy de aquí.

- Tu reino entonces no es éste.

Se volvió a la multitud y les dijo que el hombre alto era inocente del cargo de conspiración.

Pero en primera fila delante de la multitud estaban los comerciantes de quienes el extranjero se había defendido. Y éstos comenzaron a dar gritos de:

- ¡Muerte! ¡Muerte!

Y la palabra asustó al gobernador, que lo entregó a la tropa.

Los soldados se lo llevaron a un sótano donde lo patearon, lo golpearon y, por último, lo amarraron a una silla llenándolo de símbolos extraños como si fuese un espantapájaros.

De allí lo sacaron poco después a la calle y le colocaron una enorme cruz de madera de cedro sobre las espaldas. El hombre sostuvo el peso cuanto pudo, mientras le hacían marchar hacia un monte próximo conocido por «el lugar de la Calavera». A latigazos y lanzazos, como hacían con aquel pueblo sometido, el inesperado visitante fue arrastrándose.

Legó al monte y lo alzaron en la cruz.

Había otros dos ajusticiados a su lado, pero él se veía mucho más grande.

- Quizás hubiera tenido más suerte en la forma de morir, si no hubiera sido por esta costumbre de abrir los brazos...

Uno de los soldados le oyó hablar y le clavó su lanza.

Se relajó definitivamente para no sufrir.

Pero aunque lo consideraron muerto, su corazón latía aún a un ritmo imperceptible para el hombre de la Tierra.

Lo descendieron y lo introdujeron en un sepulcro.

Era mucho más corto de estatura que cuando había descendido del espacio.

Los soldados custodiaron el sepulcro por temor a que algunos curiosos del pueblo pudieran sustraer el cadáver.

La oscuridad vino sobre el mundo. El sol se escondió y el cielo apareció oscuro aun siendo de día. Se vieron las estrellas. La luna, que era como sangre, no brilló en toda la noche.

La patrulla de rescate había hecho dos o tres disparos de efecto sobre la tierra y los edificios. En el cementerio se abrieron las fosas de los muertos. Mientras la nave se mantenía en el aire, próxima a la superficie de la tierra, creando un cielo de tormenta con todos sus reflectores encendidos, dos de los hombres se aproximaron al sepulcro ante el espanto de la guardia. Eran altos y de vistosos uniformes y con facilidad retiraron la piedra que cubría la tumba.

El extranjero torturado se levantó y, caminando por sus propios pasos, fue a reunirse con los dos hombres.

- Vámonos - dijo.

Y desaparecieron en el cielo.

Luego, el pueblo comenzó a contar la historia con grande emoción. Los detractores la deformaron y los admiradores también. Los escritores tomaron todas estas deformaciones e hicieron la obra literaria. Cada cual habló lo que quiso y la humanidad continuó repitiéndolo y sigue en ello. Aún hoy en el año 3.000.

## Domingo Santos - EL HUEVO Y LA GALLINA

El visitante se puso en pie cuando Jorge Orolia, doctor en psicología y parapsicología y presidente honoris causa del Departamento de Relación de los Tres niveles, penetró en la habitación. Los dos hombres se dieron amistosamente la mano, y se sentaron en sendos sillones, dispuestos a iniciar la conversación.

- Bien, amigo Julio - Orolia se frotó suavemente las manos, en un gesto característico suyo. Era un vicio que había adquirido desde joven, cuando todavía estudiaba en la Universidad, junto con el otro hombre que ahora tenía frente a él. Recibí tu aviso y tu petición de consulta... y confieso que me extrañó un poco. Me parece que quieres decirme algo... importante.

Julio Aznar dijo que no con la cabeza.

- No, Jorge. Importante no es la palabra adecuada. Yo diría mejor... extraño. Absurdamente extraño. Por esto he venido a consultarte. Creo que tú podrás ayudarme más que cualquier otra persona en mi problema.

Orolia hizo un gesto ambiguo..

- Esperémoslo - dijo -. Te escucho.

Aznar dudó unos momentos. Buscó durante un rato las palabras adecuadas para principiar, y luego dijo:

- Verás. La cosa data de unos años atrás, dos años y medio aproximadamente. Sucedió de improviso, sin que me lo esperara, mejor dicho, sin que siquiera lo sospechara. Fue una noche...

- Como sabrás - siguió hablando Julio Aznar -, cuando nos separamos de la Universidad, así como tú te dedicaste al estudio de las altas materias (psicología, parapsicología, y tus ensayos de los Tres Niveles) yo tuve que conformarme con metas menos altas, y me dediqué al prosaico y vulgar negocio de la importación-exportación. No quiero decir con ello que no me sienta satisfecho de mi trabajo, ni mucho menos, pero siempre hay diferencia entre el constante estudio y la investigación y el comercio, vulgar y llanamente hablando.

Con todo, he de decir a mi favor que no puedo quejarme de mi destino. Mi compañía de importación y exportación tuvo fortuna desde los primeros días, y ahora poseo una vasta red de representantes por todo el mundo, alcanzando mis utilidades cifras francamente notables. Con todo, no acabo de estar satisfecho de ello, y he de confesar que envidio a los hombres que, como tú, no tienen que preocuparse apenas de los bienes materiales de este mundo.

Pero volvamos a lo nuestro. Como te decía, todo empezó hace unos dos años y medio aproximadamente. Era una tarde igual que las otras tardes. El Sol se estaba ya poniendo, y el aire empezaba a refrescar. Yo acababa de terminar mi trabajo en el despacho. A la mañana siguiente tenía que salir de viaje muy temprano, y tenía ganas de volver a casa lo más rápidamente posible. De modo que cogí el coche y me fui directamente para allá. Llegué a ella, encerré el auto en el garaje, y me metí dentro. Como no tenía nada importante que hacer por el momento, me senté cómodamente en un sillón, tomé una novela, me preparé un combinado, y me puse a leer.

Entonces fué cuando recibí aquella llamada.

El rostro que apareció por la pantalla del fonovisor era totalmente desconocido para mí. Era el rostro de un hombre de mediana edad, fuerte y atlético. Inquirió:



- ¿El señor Julio Aznar?

Asentí con la cabeza.

- Sí. soy yo. ¿Qué desea?

- Nada. Tan sólo pedirle que me aguarde unos momentos. Tengo necesidad de hablar con usted personalmente ahora mismo. Es muy importante.

- Bueno - respondí -. Yo estaré en mi casa hasta mañana por la mañana. Si desea verme...

- De acuerdo. Estaré allí dentro de unos minutos.

La pantalla se apagó, y yo no pude por menos que arrugar el ceño. Aquel hombre me era totalmente desconocido. ¿Para qué querría verme? No lo sabía en absoluto. Seguramente al final resultaría ser por algo apenas sin trascendencia. Bueno, allí estaría yo si quería encontrarme en casa.

Volví a enfrascarme en mi lectura, y dejé transcurrir el tiempo. Pero no hubieron pasado apenas unos diez minutos cuando alguien llamó a la puerta. El robot-criado fué a abrir, y pocos minutos después me encontraba frente al mismo hombre con el que acababa de hablar por el fonovisor.

Confieso que me extrañó su visita, a pesar de la llamada anterior. El hombre vestía una gabardina marrón, y un sombrero que le venía excesivamente grande para su cabeza. Se quitó las dos prendas cuando estuvo frente a mí, y apareció bajo ellas un vestido que no dejó por menos que parecerme extraño. Un traje de una sola pieza, de color negro brillante, que le cubría todo el cuerpo excepto la cabeza, manos y pies, y unos zapatos también negros, sin cordones ni nada que se le pareciera, que llegaban justamente hasta donde terminaba el resto de su indumentaria.

El desconocido paseó su mirada por la habitación, y murmuró algo para sí mismo. Luego se fijó en mí.

- Sí, usted es Julio Aznar, no cabe duda - dijo -. Lo recuerdo perfectamente. Recorté su fotografía al recibir su carta, con el fin de reconocerle.

Me sorprendí al oír aquellas palabras.

- ¿Carta? ¿Qué carta?

El hombre se volvió hacia mí, con evidentes muestras de sorpresa en su rostro.

- ¡Pues la carta que me escribió usted, naturalmente! No me va a decir que no la recuerda.

- Pues... - dudé unos momentos -. No sé, ¿Cuál es su nombre?

- Ard. Verner Von Ard.

- ¿Alemán?

- No, suizo. De Nesslan.

Moví negativamente la cabeza. No conocía ni el nombre ni la localidad. No los había oído nombrar nunca.

- ¿Y dice que yo le he escrito una carta a usted?

- Sí, naturalmente. Pidiendo que viniera a prevenirle.

Quedé sumamente perplejo por aquellas palabras. No recordaba haber escrito ninguna carta a ningún tal Von Ard, y mucho menos pidiendo que me viniera a prevenir. ¿De qué iba a prevenirme?

- No sé, no recuerdo...

El hombre meditó unos momentos. Luego preguntó:

- ¿A qué año estamos?

Se lo dije, aún más extrañado. Y el hombre se dió una palmada en la frente.

- ¡Naturalmente, mi amigo! Lo olvidaba. Usted no me escribió esta carta hasta dos años después de ahora. Naturalmente, no puede acordarse de haberla escrito, por la sencilla razón de que no lo ha hecho... todavía.

Aquello acabó de dejarme perplejo. Y una idea se infiltró claramente en mi cabeza. Aquel tipo estaba loco.

- No, señor Aznar, no estoy loco. ¿Me deja que le explique?

Me encogí de hombros, nada perdería oyéndolo unos minutos, salvo quizás coger un dolor de cabeza. Le indiqué un sillón, y yo fui a sentarme en otro.

- Está bien. Si usted quiere...

- Naturalmente que quiero. Verá. Cuando recibí su carta, yo me encontraba en Nesslan, en mi casa. Sí, ya sé que usted todavía no ha escrito esta tal carta, pero esto no es ningún inconveniente. Como le he dicho, recibí su carta, en la que usted me pedía que viniera aquí, a prevenirle. La carta en cuestión me llegó por manos de una importante notaría, y en ella (en el sobre, naturalmente), iban reseñados mi nombre y dirección, junto con la indicación claramente legible de: «A entregar el día 30 de julio del año 2144». La recibí puntualmente, el mismo día indicado. La abrí, y...

- ¡Un momento! - le interrumpí. Acababa de oír algo que no había sonado bien en mis oídos -. ¿Qué año me ha dicho?

- El 2144, naturalmente. ¿Por qué?

¿Y todavía me preguntaba por qué?

- ¡Porque está usted hablando de un año para llegar al cual falta todavía más de un siglo!

- ¡Oh, eso! No es ningún inconveniente.

Fui a hablar, a decir algo, pero él levantó una mano, interrumpiéndome.

- Un momento, por favor. Déjeme continuar. Luego dirá todo lo que quiera.

Hizo una pausa, y luego siguió:

- Como le iba diciendo, recibí su carta, de manos de un notario de la organización, y la leí. En ella me comunicaba usted que estaba inválido de las dos piernas a causa de un accidente de ferrocarril, y que su situación era verdaderamente desesperada. Los médicos le atendían constantemente, pero no podían hacer nada por usted. Su vida era un continuo infierno. Pero que todavía tenía esperanza. Y por eso me escribía la carta.

- ¿Por eso? - inquirí, contemplando mis dos sanas y robustas piernas.

-Sí. Yo había logrado construir un aparato para viajar por el tiempo, y usted lo supo. En aquella fecha, el 30 de julio del año 2144, yo acababa de perfeccionar mi invento, y lo había dado a conocer al público. Por eso me escribió la carta para aquel día. En ella me pedía que acudiera al pasado, al tiempo en el que usted todavía no había hecho el viaje que tenía proyectado en tren y en el que había sufrido el accidente que le había dejado inválido, y le hiciera desistir de hacerlo. Era un favor al que ningún hombre podía negarse, siquiera por humanidad.

- ¿Y por eso ha venido usted aquí?

- Sí, por eso. Aunque las causas de haber venido no han sido éstas precisamente, sino otras.

- ¿Ah, sí? - estaba empezando a marearme.

- Sí. Naturalmente, lo primero que yo hice después de recibir aquella carta fué averiguar qué había de cierto en ella. Y descubrí que, efectivamente, en la fecha que usted indicaba, mañana, el tren que usted tenía que tomar había sufrido un accidente y había descarrilado. ¡Pero usted no se encontraba entre la lista de los viajeros!

- ¿Qué? - me enderecé súbitamente.

- Óigame. Aunque le parezca duro y poco humanitario, he de confesarle que yo no tenía la menor intención de hacer lo que usted me pedía en su carta. No quería arriesgarme. Hacerlo representaría causar una variación en el tiempo; variación que tanto podía ser poco importante como mucho. No tenía la menor intención de causar un trastorno en el tiempo por salvarle a usted. Y aquí vino lo peliagudo del asunto. Porque lo que usted me comunicaba en su carta no existía. Usted no había sufrido ningún accidente en el tren, simplemente porque usted no había viajado en él. No había realizado su proyectado viaje.

- ¿Entonces? - a pesar de todo, la cosa se me estaba haciendo interesante.

- Aquello me sumió en un mar de dudas. Usted, naturalmente, había sufrido el accidente, ya que me había escrito la carta. Pero no lo había sufrido, ya que su nombre no figuraba entre la lista de las víctimas. ¿Cuál era la realidad? ¿Cuál era la solución de todo esto? Naturalmente, usted había sido salvado. ¿Por quién? Sólo podía haber sido por mí. Pero entonces resultaba que yo lo había salvado sin salvarle. ¿Solución?

»No había más que una. Yo debía acudir al pasado a salvarle, ya que la historia del mundo estaba así escrita. Si yo no acudía, usted volvería a estar lisiado, cuando en realidad no lo tenía que estar. Y entonces la variación en el tiempo sería al revés: por omisión.

- ¿Y por eso se encuentra ahora aquí?

- Exactamente. Mañana piensa usted realizar el viaje, ¿verdad?

- Sí.

- Muy bien. Pues no debe hacerlo.

Dudé unos momentos. Tomé un cigarrillo y lo encendí, mientras pensaba en todo aquello. En realidad, distaba mucho de estar claro. Lo veía todo como un intríngulis enrevesado, lioso y absurdo en grado sumo. Contemplé durante unos instantes las volutas de humo de mi cigarrillo antes de contestar:

- ¿Quiere que le diga lo que pienso? Todo lo que usted me ha contado es una solemne majadería.

- ¿De veras?

- Sí, de veras. No creo ni un ápice de lo que me dice.

- Muy bien - el hombre se dirigió hacia donde tenía su gabardina, y sacó de uno de sus bolsillos un trozo de papel -. ¿Qué me dice entonces de esto?

Tomé lo que el hombre me tendía. Era una página de un periódico, relativamente vieja, arrugada y amarillenta. En ella se podía leer el reportaje de la catástrofe ferroviaria ocurrida en el tren de enlace hispanofrancés. A un lado había una relación de las víctimas, y en un recuadro una fotografía con el pie: «El único hombre que se salvó íntegramente del trágico accidente: Julio Aznar. Tenía ya adquirido su billete para el viaje, pero un súbito cambio de decisión le salvó la vida.» La fotografía era la mía propia.

- El periódico es de pasado mañana, como podrá ver. Lo arranqué de los archivos de mi tiempo. ¿Considera que esto es suficiente prueba?

Dije que no con la cabeza.

- No sé lo que se trae usted entre manos con todo esto, pero esta página de periódico puede muy bien haber sido falsificada. No cuesta nada hacerlo.

El hombre dejó escapar una palabra no muy decente.

- ¡Tipo imbécil! - exclamó -. ¿No comprende que se juega la invalidez para el resto de su vida?

Me permití una sonrisa.

- No. Usted mismo dijo que los periódicos de la época mencionaban que yo me había salvado. ¿Qué he de temer, entonces?

- ¿Acaso todavía no ve que los periódicos lo mencionaban por el simple hecho de que yo lo había puesto sobre aviso? Si ahora hace usted el viaje, quedará inválido para el resto de su vida, y transmutará la sucesión de los hechos en el tiempo.

Me encogí de hombros.

- Está bien. Ya lo hice una vez,

- No, no lo hizo. ¿Pero tan zoquete es que todavía no ve claro? Usted escribió aquella carta, pero usted no sufrió daño. No estuvo inválido.

- Entonces, ¿cómo escribí la carta?

El hombre suspiró. Dio un breve vistazo a la esfera cronometradora que tenía en su muñeca, de idénticas características de las de un reloj normal, según pude apreciar, pero ligeramente diferente en su aspecto exterior.

- Está bien, idiota - murmuró -. No crea que voy a gastar saliva inútilmente con usted. Me queda poco tiempo y no tengo el menor deseo de intentar convencerle. Pero no hará el viaje que tenía proyectado.

- ¿Sí? - una sonrisa burlona floreció en mis labios.

- Sí, seguro. Aunque mi deseo no haya sido éste, me he encontrado metido en este asunto por la fuerza. Y no voy a dejarlo todo a medio hacer. Lo voy a dejar resuelto. Aunque usted no quiera.

- ¿De veras? Dígame cómo piensa hacerlo.

El hombre se encogió de hombros.

- De una manera muy sencilla.

Y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que sucedía, lo tuve sobre mí. Cuando quise darme cuenta de sus intenciones, el tipo ya me aporreaba tranquilamente el rostro. Recibí un golpe en la cabeza, otro más, luego otro... y perdí beatíficamente el sentido.

Cuando me desperté, el sol entraba a raudales por las ventanas de la casa. Quise moverme, pero me encontré atado concienzudamente de manos y pies, tirado por el suelo como un fardo. La cabeza me dolía horrores sobre todo en dos otros puntos que fueron objeto más detenido de las atenciones del tipo. Hice unos esfuerzos por desatarme, pero no pude. El hombre había hecho nudos de marinero.

A mi lado, cerca de mi cabeza, tirado sobre el suelo, pude ver un papel. Era una nota. Me acerqué a ella y, esforzándome mucho, pude leer:

Estimado señor Aznar:

Lamento haber tenido que proceder tan poco educadamente, pero las circunstancias me han obligado a ello. El tiempo se me estaba agotando, y no hubiera querido tener que irme dejándole apenas convencido. De modo que lo he atado de este modo, para que no pueda arrepentirse e ir a hacer el viaje proyectado. Espero que cuando lo encuentren el tren haya partido. Así, cuando después pueda leer la noticia del accidente, comprenderá las razones que me impulsaron a hacer lo que he hecho. Nuevamente le ruego que me perdone.

Verner Von Ard

Estuve tentando de comerme la nota, si hubiera podido. Empecé a gritar, llamando a mis robots. Pero ninguno acudió. Seguramente Ard había tenido

buena cuenta de inutilizarlos a todos momentáneamente. No me quedaba más remedio que esperar.

Y esperé. No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que acudieran en mi ayuda, pero a mí me parecieron siglos. Cuando el cartero, que vino a entregar la correspondencia, oyó mis voces, avisó a la policía, y ésta tuvo que derribar la puerta para venir en mi ayuda. Me desataron, y al fin pude respirar tranquilo. Pero eran ya las doce del mediodía, y el tren que tenía que coger salía a las nueve de la mañana. Verner Von Ard había conseguido su propósito.

En fin, no creo que me quede mucho por contar. Por la tarde, escuchando las noticias, pude oír la del accidente que había sufrido el ferrocarril hispanofrancés, muy cerca de la frontera. En él habían perecido ciento quince personas, y otras doscientas treinta y siete resultaron heridas. No hubo nadie que saliera ileso. Nadie salvo yo, naturalmente.

Cuando por la noche de aquel mismo día algunos periodistas acudieron a mi casa, sabedores de mi suerte, a entrevistar al «único hombre que se había salvado íntegramente del accidente», me guardé muy mucho de decirles la verdad. Simplemente, les dije que todo se había debido a un cambio de decisión. Y a la mañana siguiente, como tal salió en los periódicos. Y he de confesar que la página del mismo era en todo idéntica a la que me enseñó Von Ard, aunque no tan amarillenta ni arrugada.

Desde que sucedió todo esto confieso que no habido un día en que no haya pensado un poco sobre ello. He de reconocer que el caso tiene muchas derivaciones y muchos ángulos insospechados. Pero la verdad es una: que yo me salvé de una invalidez total para el resto de mi vida sin haber puesto nada de mi parte.

Bueno, nada...

Fué hace medio año. Un día regresé a mi casa del despacho, sin siquiera esperarme nada. Y allí me encontré una carta. Decía, simplemente:

Estimado señor Aznar:

Según he podido comprobar, mi plan salió perfectamente, lo cual me alegra, por mí y por usted. No obstante, pláceme recordarle que usted, con fecha de hoy, me escribió la carta que lo motivó todo. Lo cual espero que hará tan pronto reciba esta corta nota, para beneficio y perfecta organización de los acontecimientos.

Reciba un afectuoso saludo de este su amigo que es  
Verner Von Ard

Ni que decir tiene que aprecié en su justo valor la razón de estas palabras, y comprendí el motivo que hizo que Verner Von Ard las escribiera. De modo que aquel mismo día, hoy hace casi seis meses, escribí una carta para ser abierta el día 30 de julio del año 2144, y dirigida a Verner Von Ard. Y en ella, naturalmente, yo era un pobre y triste inválido que pedía al inventor de una máquina del tiempo acudiera al pasado para ayudarme y librarme de mi desgracia.

Y esto es todo.

El doctor Jorge Orolia se frotó pensativamente las manos.

- En verdad - dijo -, es un caso extraño. Absurdamente extraño, como has dicho tú, Julio. Y que tiene muchas derivaciones.

Julio Aznar asintió con la cabeza.

- ¿Y qué es lo que deseas que yo te aclare?

Aznar meditó unos momentos antes de hablar.

- Verás, Jorge. En estos seis meses que han transcurrido desde que yo escribí la carta hasta ahora, he pensado mucho sobre el particular. He estado meditando durante largo tiempo. Y no acabo de verlo lo claro que desearía. Hay multitud de puntos que, pese a su aparente lógica y concatenación, me parecen inconsecuentes, absurdos.

- Sí, lo comprendo.

- Bueno. Pues sobre este particular es sobre el que me he estado devanando los sesos durante todo este tiempo. Y al final he podido llegar a la conclusión de que todo el problema proviene de una sola e ineludible cuestión. Sabiendo ésta, conociendo su respuesta, todo es claramente comprensible.

«Pero esta cuestión no he podido descifrarla yo. Por eso he acudido a ti.

- Muy bien. ¿Cuál es esta cuestión?

Aznar cruzó los dedos de sus manos.

- Verás. ¿Has oído hablar nunca del cuento del huevo y la gallina? La pregunta es: ¿Qué creó primero Dios, el huevo o la gallina? La respuesta, a pesar de su aparente puerilidad, es ardua y encierra muchas cuestiones añejas. Y no creo que haya nadie que haya podido decir con seguridad que fué una cosa o la otra. Al menos hasta ahora.

»Pues bien, la cuestión que se plantea en este problema es algo semejante a esta otra, aunque más ampliada y modernizada.

»Tenemos, por una parte, que Von Ard acudió a mí, vino al pasado desde su tiempo, a causa de haber recibido mi carta. Antes de recibirla, él no sabía nada de mí, no conocía en absoluto mi existencia. Por lo tanto, su venida no fué más que una consecuencia de haber escrito yo la carta.

»Ahora bien, tenemos por la otra parte que yo escribí la carta precisamente porque él vino a verme. Yo no lo conocía, no sabía nada de él ni de su máquina del tiempo, ni del accidente que sufriría el tren en el que tenía que viajar. Yo no estaba enterado. Si escribí la carta sólo fue como consecuencia de haber venido él a mi tiempo.

»Y aquí tenemos la cuestión. Cada una de las dos cosas es consecuencia de la otra. Sin embargo, las dos no pueden haber sido simultáneas. Ha de haber una de las dos que lo haya originado todo, promovido a la otra e iniciado la cadena. Ha de haber una de las dos que lo haya originado todo.»

Hizo una pausa. Miró fijamente al otro, y luego inquirió:

- Y ésta es mi pregunta, Jorge. Qué fue primero; la carta, o el viaje de Von Ard al pasado?

**FIN**

## James Tiptree Jr. - HOUSTON, HOUSTON, ¿ME RECIBE?

Lorimer ojea la gran cabina atestada y trata de escuchar las voces. Trata también de ignorar el retortijón visceral que le anuncia que está por recordar algo desagradable. Pero es inútil, aquel momento del pasado vuelve a revivir. El, que se precipita atolondradamente - ¿o lo habían empujado? - en el cuarto de baño desconocido de Evanston Junior High. La bragueta abierta, el pene en la mano, aún puede ver el borde gris de la cremallera de los tejanos alrededor de la verga pálida y desnuda. El silencio. Las siluetas desconcertantes, las caras que se vuelven. La primera risotada. Muchachas. Había entrado en el baño de damas.

Amargamente humillado, tantos años después, elude las caras de las mujeres. La cabina se curva sobre su cabeza y lo rodea de objetos extraños el bastidor para bordar, el telar de las gemelas, la artesanía de Andy, esa endemoniada enredadera que se retuerce por todas partes, los pollos. Tan acogedor... Está atrapado. Irrevocablemente atrapado de por vida en todo lo que no le gusta. Falta de estructura. Fruslerías personales, intimidades insignificantes. Los requerimientos que por alguna razón oscura nunca podrá cumplir. Ginny: Nunca me hablas... Ginny, amor, piensa sin querer. Pero no siente dolor.

Lo asalta la estruendosa risa de Bud Geirr. Bud está bromeando con algunas de ellas, oculto por una partición. Pero Dave está a la vista. El mayor Norman Davis en el extremo opuesto de la cabina, el perfil barbado vuelto hacia una mujer oscura y menuda que Lorimer no acierta a distinguir. Pero la cabeza de Dave parece extrañamente diminuta y nítida, en verdad la cabina entera parece irreal. Un cacareo estalla en el «cielo raso»: la gallina de Bantam en su canasta.

En este momento Lorimer está seguro de que lo han drogado.

Es curioso pero la idea no lo enfurece. Se inclina, o más bien se voltea hacia atrás, y se posa de piernas cruzadas en la gravedad cero, volviendo los ojos hacia la mujer con la que estaba hablando. Connie. Constantia Morelos. Una mujer alta con cara de luna en un holgado pijama verde. En realidad nunca le ha interesado hablar con mujeres. Irónico.

- Supongo que es posible que no estemos aquí... en cierto modo - dice en voz alta.

No parece muy claro, pero ella asiente con interés. Está observando mis reacciones, se dice Lorimer. Las mujeres son envenenadoras natas. ¿Ha dicho también eso en voz alta? La expresión de ella no cambia. La visión de Lorimer está adquiriendo una agradable claridad local. La tez de Connie le parece delicada y saludable. Bronceada y olivácea tras dos años en el espacio. Era granjera, recuerda. Poros grandes, pero sin ese aspecto reseco que él asocia con las mujeres de esa edad.

- Quizá nunca habéis usado maquillaje - dice, y ve el desconcierto de ella -. Pintura para la cara, polvo. Ninguna de vosotras.

- ¡Oh! - la sonrisa de ella muestra un diente partido -. Sí, creo que Andy ha usado.

- ¿Andy?

- Para el teatro. Obras históricas, Andy entiende de eso.

- Claro. Obras históricas.

El cerebro de Lorimer parece que se expande y que abre paso a la luz. Ahora está comprendiendo activamente, las miradas de retazos y fragmentos se

enlazan en diseños. Diseños mortales, percibe. Pero la droga de algún modo lo protege. Un efecto anfetamínico, pero sin la presión. ¿Tal vez es algo que usan por sociabilidad? No, además observan.

- Muchachas del espacio, todavía no me entra en la cabeza - ríe contagiosamente Bud Geirr que tiene una voz amigable y alegre muy del gusto de la gente; a Lorimer aún le gusta después de dos años -. Tenéis niños allá en casa, ¿no? ¿Qué opinan ellos de que estéis flotando aquí con el buen Andy, eh?

Bud reaparece, el brazo aferrando los hombros de una de las mellizas. La que llaman Judy París, recuerda Lorimer. Las mellizas son difíciles de distinguir. Ella flota pasivamente en ángulo con el corpachón de Bud: es una muchacha feúcha de senos prominentes con un pijama amarillo y ondulado, el pelo negro y desmelenado. La cabeza roja de Andy se les acerca. Sostiene una gran pelota verde, y parece de dieciséis años.

- El buen Andy - Bud menea la cabeza, la sonrisa radiante bajo el bigote grueso y oscuro -. Cuando yo tenía tu edad no se podía andar flotando con mujeres.

Los labios de Connie se estremecen ligeramente. En la cabeza de Lorimer las piezas encajan y forman un diseño. Sé, piensa. ¿Sabéis que sé? Su cabeza es vasta y cristalina, realmente muy bonito. Más fácil para pensar. Las mujeres... Ninguna generalización compacta se le forma en la mente, sólo unas pocas caras parlantes en una matriz de irrelevancia difusa. Humanas, por supuesto. Necesidad biológica. Sólo que tan, tan... ¿Imprecisas? ¿Vanas? Su hermana Amy, soprano con tremolo: Claro que las mujeres serían capaces como los hombres si nos tratarais como iguales. ¡Ya verás! Y luego su segundo matrimonio con ese idiota. Bueno, ya ha visto.

- Enredaderas - dice en voz alta, y Connie sonrío, como sonrían todas.

- ¿Qué te parece? - dice alegremente Bud -. ¿Habías pensado que alguna vez veríamos muchachas en cero-g, eh Dave? ¡Espléndido! ¡luuuu! - la cabeza barbada de Dave se vuelve hacia él sin sonreír -. Y el buen Andy acaparándolas a todas... Hace mal al crecimiento, muchacho - empuja jovialmente a Andy y lo lanza contra la partición. Bud no puede estar ebrio, piensa Lorimer. No con esa sidra de frutas. Pero normalmente no se porta como un texano de feria. Una droga.

- Eh, no te ofendas - le dice Bud al muchacho, seriamente -. De veras. Tienes que perdonar a un hermano menesteroso. Estas chicas son buena gente. ¿Sabes una cosa? - le dice a la muchacha -. Lucirías estupenda si te arreglaras un poco. Yo puedo mostrarte, el viejo Bud es un experto. Espero que no importe lo que he dicho. En verdad luces realmente estupenda así como estás.

Le estruja los hombros, estira el brazo y también estruja a Andy. Flotan y se elevan, abrazados. Judy sonrío con excitación, casi bonita.

- Sirvámonos más de esa bebida - Bud los empuja a ambos hacia la barra, que para la ocasión ha sido decorada con arreglos florales y pequeñas margaritas auténticas.

- ¡Feliz Año Nuevo! ¡Eh, Feliz Año Nuevo para todos!

Las caras se vuelven, más sonrisas. Sonrisas genuinas, piensa Lorimer, quizá disfrutan de veras de sus años nuevos. Presiente que tiene una infinitud de tiempo para examinar cada hecho, las aplicaciones ramificadas en facetas cristalinas. Soy una cámara de ecos. Es grato observar. Pero ellas también observan. Han iniciado algo aquí. ¿Se dan cuenta? Tan vulnerables, nosotros tres, con cinco en esta nave frágil. Ellos no saben. Un espanto desconectado de la acción acecha detrás de su mente.



- Por Dios que lo logramos - ríe Bud -. Muchachas del espacio, el mérito es vuestro. Os felicito, lo juro por Dios. No estaríamos aquí, dondequiera estemos. ¿Sabéis una cosa? Tal vez decida quedarme en el servicio, después de todo. ¿Crees que habrá lugar para el buen Buddy en tu programa espacial, muñeca?

- Basta, Bud - dice serenamente Dave -. No quiero que se emplee de ese modo el nombre del Creador - la barba espesa y castaña trasunta una gravedad patriarcal. Dave tiene cuarenta y seis años, una década más que Bud y Lorimer. Veterano de seis misiones exitosas.

- Mil perdones, mayor Dave, viejo camarada - Bud se vuelve a la muchacha con una risa cómplice -. Nuestro locomandante. Un tipo estupendo. ¡Eh, Doc! - llama -. ¿Cómo está tu posición? ¿Todo al pelo?

- Salud - se oye responder a Lorimer, y el complejo estrato de sus sentimientos por Bud emerge como un kraken en el claro de luna de su mente. Los callados sentimientos inmersos que le despiertan todos ellos, todos los Buds y Daves y los grandes, indómitos, joviales, capaces, disciplinados, tontos mesomorfos que han sido parte de su vida. Meso-ectos, se corrige. Los astronautas no son atletas sin cerebro. Simpatizan con él, ha tenido cuidado con eso. Simpatizaron lo suficiente para embarcarlo en el Pájaro del Sol, para designarlo científico oficial de la primera misión circunsolar. Ese doctor Lorimer, el parco, está en el equipo. Lorimer sabe comportarse, no como esos otros científicos imbéciles. Hace lo suyo, con ese cuerpo pulcro y menudo y esas frases directas. Y los años de levantarse para el bowling, el vóleibol, el tenis, el tiro al blanco, el esquí que le quebró el tobillo, el fútbol que le quebró la clavícula. Cuidado con el doctor, se las trae. Y los veteranos que le palmean la espalda en señal de aceptación. El científico mascota. Doc, para ellos. Sólo que ya no es un científico. La fama creada con su trabajo posdoctoral sobre el plasma, un acierto afortunado. Pero hace años que no estudia en serio, que no se actualiza. Demasiados intereses dispersos, demasiado tiempo para explicar nociones elementales. Casi un gimnasta, piensa. Treinta centímetros y treinta kilos más, y sería igual que ellos. Uno de ellos. Un alfa. Probablemente ellos lo palpan por debajo, su rencor beta. ¿Ya no había mucho ánimo para bromas en el Pájaro del Sol, después de un año de viaje? Un año de Bud y Dave jugando al gin rummy. Los malditos ejercicios de pedaleo, demasiado pesados para mí. Pero no es culpa de ellos, formábamos un equipo.

Un pantallazo de la memoria le muestra los tejanos entreabiertos, los genitales al aire, las caras burlonas que esperan su salida. Los aullidos, las gotas en la pierna. Actuar con parquedad, fingir que él también reía. Cabezas huecas, ya verán. No soy una muchacha.

- ¡Y Feliz Año Nuevo para todos los que estáis allá abajo! - salmodia la voz ronca de Bud, parodia del gangoso tono de la NASA -. ¡Eh! ¿Por qué no les enviamos una señal? Saludos a todos los terráneos. A todos los lunáticos, mejor dicho. Feliz Año No-Sé-Cuánto. - moquea con gracia -. Aquí está Santa Claus, Houston. Nunca se ha visto nada igual. Houston, dondequiera estés - canturrea -. ¡Eh, Houston! ¿Me recibes?

En el silencio Lorimer advierte que la cara de Dave se transforma en el rostro autoritario del mayor Norman Davis.

Y sin previo aviso está de vuelta allí, de vuelta un año atrás en el percutido y estrecho módulo de comando del Pájaro del Sol, saliendo de detrás del Sol. Es la droga, piensa acuciado por el recuerdo, es tan real. Basta. Trata de aferrarse a la realidad, de tantear el problema que crece por debajo.

Pero no puede, está allí, flotando detrás de Dave y Bud en el asiento triple, y como de costumbre elude su puesto oficial en el medio, viendo sus reflejos contra la negrura en la ventana inutilizada de la compuerta. La capa exterior está fundida, y apenas se distingue un borrón brillante que tiene que ser Spica flotando a través de la imagen de la cabeza de Dave, que le da al vendaje el aspecto de una corona.

- Houston, Houston, Pájaro del Sol - repite Dave -. Pájaro del Sol llamando a Houston, ¿me recibe? Adelante, Houston.

Los minutos pasan. Calculan siete de ida, siete de vuelta. Ciento diez millones de kilómetros, un amplio margen.

- La antena de la radio está averiada - dice Bud jocosamente. Lo dice casi todos los días.

- Es inútil - la voz de Dave es paciente, también como de costumbre -. Era de esperar. Todavía hay demasiada interferencia del Sol, ¿no es así, doctor?

- La radiación residual de la explosión está casi en línea con nosotros - dice Lorimer -. Tal vez les cueste localizarnos - por milésima vez percibe su débil y absurda gratificación por ser consultado.

- Caray, no pasamos Mercurio - Bud meneaba la cabeza -. ¿Cómo averiguaremos quién ha ganado el campeonato?

Eso también lo dice a menudo. Todo un ritual en esta noche eterna. Lorimer observa el resplandor de Spica bogar junto al reflejo de la pelambre que cubre la cara de Bud. El mismo tiene patillas ralas y desgredadas, como un Fu Manchú rubio. En el rincón de popa de la ventana hay un fulgor estriado que debe venir de los restos de los acumuladores de energía laterales, calcinados en la explosión solar que hace un mes los alcanzó y fundió las capas exteriores de las ventanas. Fue entonces cuando Dave se partió la cabeza contra un panel. Lorimer chocó contra el medidor de ondas gravitatorias, todavía no confía en las lecturas. Por suerte el bombardeo de partículas no afectó un sector de la ventana frontal, todavía tienen unos veinte grados de visión clara delante. Allí se ve la brillante telaraña de las Pléyades disuelta en una nube de luz.

Doce minutos... Trece. El altavoz suspira y cloquea, callado. Catorce. Nada.

- Pájaro del Sol a Houston. Pájaro del Sol a Houston. Adelante, Houston. Cambio - Dave vuelve a colgar el micrófono -. Démosles veinticuatro minutos.

La espera es ritual. Mañana Packard responderá, tal vez.

- Es bueno ver de nuevo la vieja Tierra - observa Bud.

- No usaremos más combustible en posición - le recuerda Dave -. Confío en las cifras de Doc.

No son mis cifras, son hechos elementales de mecánica celeste, piensa Lorimer. En octubre la Tierra puede estar en un solo lugar. Nunca lo dice. No al menos, a un hombre capaz de volar intuitivamente de cualquier cuerpo a otro una vez que sabe dónde está. Bud es buen piloto y mejor ingeniero; Dave es el mejor que hay, pero nunca alardea: «El Señor nos ayuda, Doc, si nos dejamos ayudar».

- El descenso será endiabrado con el radar estropeado - dice ociosamente Bud; lo piensa por centésima vez. Será endiabrado. Dave lo hará. Por eso está ahorrando combustible.

Los minutos pasan.

- Ya está - dice Dave, y una voz desconcertante inunda la cabina.

- ¿Judy? - es alta y clara. Una voz de muchacha.

- Judy, me alegra tanto recibirte. ¿Qué haces en esta banda?

Bud resopla. Hay un instante de incertidumbre antes que Dave empuñe el micrófono.

- Pájaro del Sol, les recibimos. Esta es Misión Pájaro del Sol, que llama a Houston... Pájaro del Sol Uno llamando a Control de Tierra de Houston. Identifíquese, ¿quién es?

- ¿Recibe nuestra señal? Cambio.

- Estamos ligados - dice Bud -. Alguna increíble interferencia.

- ¿Te pasa algo, Judy? - pregunta la voz de muchacha -. No te oigo, hay ruido en la línea. Espera un minuto.

- Esta es la Misión Espacial Pájaro del Sol Uno de los Estados Unidos - repite Dave -. Misión Pájaro del Sol llamando al Centro Espacial de Houston. Está ocupando nuestro canal. Identifíquese, repito, identifíquese y diga si puede retransmitir a Houston. Cambio.

- Al pelo, Judy. Intenta de nuevo - dice la muchacha.

Lorimer se desplaza bruscamente hacia el acumulador de densidad de partículas de largo alcance, un aparato experimental, y activa el motor. El aparato gime y cimbra; por suerte estaba retraído durante la tormenta solar y se salvó de quedar soldado.

Sintoniza la sonda al máximo e inicia una tosca detección manual.

- Está interceptando tráfico oficial entre una misión espacial y el Control de Houston - dice Dave, tenso -. Si no puede retransmitir a Houston corte la comunicación, está cometiendo un delito federal. Repito, ¿puede retransmitir nuestra señal al Centro Espacial de Houston? Cambio.

- Todavía se oye muy mal - dice la muchacha -. ¿Qué es Houston? Y además, ¿quién habla? No tenemos demasiado tiempo... - la voz es dulce pero muy nasal.

- Jesús, ahí la tienes - dice Bud -. Ahí la tienes.

- Déjame ver - Dave se vuelve hacia la improvisada pantalla del radar de Lorimer.

- Allí - Lorimer señala un diminuto pico estable en el borde de la pantalla, en el sector transcoronal. Bud se inclina también.

- ¡Un intruso!

- Tenemos compañía.

- ¿Hola, hola? Ya los tenemos - dice la muchacha -. ¿Por qué se oye tan lejos? ¿Estáis al pelo? ¿Habéis captado la explosión?

- Un segundo - advierte Dave -. ¿Cuál es la posición, Doc?

- Más de trescientos mil kilómetros, aproximadamente. Es posible que se estén alejando de nosotros para rodear el Sol. ¿Podrían ser cosmonautas, una misión soviética?

- Para ganamos de mano. No han tenido suerte.

- ¿Con una muchacha? - objeta Bud.

- Ya lo han hecho. ¿Estás grabando esto, Bud?

- Afirmativo - sonríe Bud -. Pero eso no sonaba como una rusa. ¿Quién diablos es Judy?

Dave piensa un segundo, enciende el micrófono.

- Habla el mayor Norman Davis, al mando de la nave espacial Pájaro del Sol Uno de los Estados Unidos. Les tenemos en pantalla. Requerimos identificación. Repito, ¿quiénes sois vosotros? Cambio.

- Judy, basta de bromas - protesta la voz -. Te perderemos en un minuto. ¿No entiendes que nos tenías preocupadas?

- Pájaro del Sol a nave no identificada. No habla Judy. Repito, no habla Judy.  
¿Quién es usted? Cambio.

- ¿Qué...? - dice la muchacha y otra voz la interrumpe.

- Espera un minuto, Ann - el altavoz chilla, y luego otra mujer dice -: Habla Lorna Bethune, del Escondita. ¿Qué ocurre aquí?

- Habla el mayor Davis al mando de la Misión Pájaro del Sol de los Estados Unidos en curso hacia la Tierra. No reconocemos ninguna nave Escondita. Identifíquense, por favor. Cambio.

- Acabo de hacerlo - es una voz más vieja con el mismo arrastre nasal -. No hay ninguna nave espacial Pájaro del Sol y no estáis en curso hacia la Tierra. Si es una broma no es nada graciosa.

- ¡No es una broma, señora! - estalla Dave -. Esta es una misión circunsolar norteamericana y somos astronautas norteamericanos. Su interferencia nos molesta. Fuera.

La mujer empieza a hablar y un chillido de estática le ahoga la voz. Al poco tiempo se oyen dos voces. Lorimer cree oír las palabras «Programa Pájaro del Sol» y algo más. Bud manipula el silenciador. La interferencia muere en un ronroneo.

- ¿Mayor Davis? - la voz es más débil -. ¿Dijo usted que se dirige a la Tierra?

Dave frunce el ceño y responde, seco:

- Afirmativo.

- Bien, no entendemos su órbita. Deben de tener características de vuelo bastante inusuales. Nuestros datos indican que no llegarán a ninguna parte con el curso actual. Perderemos la señal en uno o dos minutos más. ¿Podría decir dónde ve ahora la Tierra? No importa las coordenadas, sólo dígame la constelación.

Dave titubea y luego alza el micrófono.

- Doc.

- La posición de la Tierra está en Piscis - dice Lorimer -. Aproximadamente a tres grados de P. Gamma.

- No - dice la mujer -. ¿No ve que está en Virgo? ¿No puede mirar afuera?

Lorimer se vuelve hacia el borrón brillante de la ventana.

- Hemos sufrido averías...

- Espera - exclama Dave.

- ...en una ventana durante una perturbación que nos sorprendió en el perihelio. Naturalmente conocemos la dirección relativa de la Tierra hoy, diecinueve de octubre.

- ¿Octubre? Estamos en marzo - dice Bud al sintonizar; todos se inclinan ante el altavoz desde ángulos diferentes. Lorimer está cabeza abajo, los ruidos gimen y chocan como rompientes, la nave desconocida está muy cerca del horizonte coronal.

- ...detrás de ustedes - se oyen más aullidos - ...banda. Traten..., nave... si pueden, su señal - y no perciben nada más.

Lorimer retrocede, mira la chispa en la ventana. Tiene que ser Spica. Pero es alargada, como si hubiera otra fuente de emisión al lado. Imposible. Una excitación le bulle dentro, las voces de las mujeres le retumban en la cabeza.

- Pasa la cinta - dice Dave -. A Houston le interesará muchísimo oír esto.

Escuchan de nuevo a la muchacha que llama a Judy, a la mujer que dice ser Lorna Bethune. Bud alza un dedo.

- Allí hay una voz de hombre.

Lorimer presta atención a las palabras que creyó oír antes. La cinta termina.

- Espera a que Packard reciba esto - Dave se frota los brazos -. ¿Recuerdas lo que le endilgaron a Howie? Y que alegaron que ellos lo habían rescatado...

- Parece que nos quieren en su frecuencia - sonrío Bud -. Deben de pensar que estamos m-u-u-y lejos. Eh, creo que esa otra cápsula aparecerá de nuevo. Seremos una multitud aquí fuera.

- Si aparece - dice Dave -. Deja el alerta encendido, Bud. Las baterías se encargarán.

Lorimer observa la chispa de Spica, o Spica-más-algo, y se pregunta si alguna vez entenderá. La aceptación casual de una trampa o señuelo en esta increíble soledad. Bueno, si esos intrusos son del mismo molde, tal vez lo sea.

- Escondita es un nombre raro para una misión soviética - dice en voz alta -. Creo que significa «oculta» en español.

- Ajá - dice Bud -. Eh, yo les conozco el acento. Es australiano. En Hickam salimos con unas australianas. ¿No será que Woomara está enviando alguna misión combinada?

Dave sacude la cabeza.

- No tienen medios.

Lorimer interviene con tono reflexivo:

- Nos topamos con algún fenómeno realmente extraño, Dave. Empiezo a desear que realmente pudiéramos echar una ojeada.

- ¿Has metido la pata, Doc?

- No. La Tierra está donde dice, si es octubre. En marzo estará en Virgo.

- Entonces no hay más que hablar - sonrío Dave, y se levanta del asiento -. ¿Has dormido cinco meses, Rip Van Winkle? Hay tiempo para una mano antes de la gimnasia.

- Lo que me gustaría saber es qué facha tiene esa hembra - dice Bud cuando cierra el receptor -. ¿Le ayudo a ponerse el traje espacial, señoritas Eh, señorita, métase esto, ¡psst-psst-psst! ¿Vas a escuchar, Doc?

- Exacto - Lorimer está desplegando los mapas. Los otros pasan a la pequeña sala de recreación de popa por el túnel, sin hacer más comentarios sobre la presencia de la nave desconocida. Lorimer está más impresionado de lo que querría admitir. Fue esa maldita frase.

El tedioso período de ejercicios llega y pasa. Hora de almorzar: dan a los containers un calor mínimo para preservar las baterías. De nuevo pollo. Bud lo condimenta con ketchup y rompe el silencio habitual contando una anécdota graciosa sobre una muchacha australiana, haciendo una laboriosa autocensura para ajustarse a las tácitas normas de conversación del Pájaro del Sol. Después del almuerzo Dave vuelve al módulo de comando. Bud y Lorimer continúan con la tarea habitual de revisar trajes y equipo para salir al espacio a examinar las averías cuando baje la radiación. Ya están terminando cuando Dave los llama. Lorimer sale del túnel y oye una estridente voz de muchacha:

- ...viaje al pelo. ¿Qué dijo Lorna? Aquí Gloria. Cambio.

Enciende el acumulador y se pone a rastrear. Esta vez no obtiene resultados.

- O están en línea detrás de nosotros, o en el cuadrante solar - informa al fin -. No puedo aislarlas.

Poco después otro hilillo de sonido brota del altavoz.

- Podría ser su control de tierra - dice Dave -. ¿Cómo está el horizonte, Doc?

- Cinco horas. Siberia noroeste, Japón, Australia.

- Os decía que la antena no va bien - Bud alimenta cautelosamente el motor de la antena -. Despacio, despacio. La estructura está torcida, eso es.

- No la partas - dice Dave, sabiendo que Bud no lo hará.

El chillido se extingue, vuelve.

- Eh, esto nos puede servir - dice Bud -. Podemos sintonizarlas.

Una dura soprano dice de pronto:

- Tendrían que estar fuera de vuestra órbita. Intentad en Beta Aries.

- Otra hembra. Ya tenemos la posición - dice alegremente Bud -. Tenemos la posición, creo que nuestros problemas han terminado. Ese artefacto estaba torcido ciento cuarenta y cinco grados. ¡Hurra!

Oyen otra vez a la primera muchacha.

- ¡Los vemos, Margo! ¡Pero es tan pequeña...! ¿Cómo vivirán ahí dentro? Tal vez sean criaturas diminutas.

Cambio.

- Esa es Judy - ríe Bud -. Dave, es un disparate, hablan todo en inglés. Tiene que ser alguna misión de la ONU.

Dave se masajea los codos y hace flexiones de puños mientras piensa. Esperan. Lorimer cavila sobre esos ciento cuarenta y cinco grados desde Gamma Piscium...

En trece minutos la voz de la Tierra dice:

- Judy, llama a las demás, por favor. Vamos a pasar la conversación, creo que todas deberíais oírla. Dos minutos. Oh, mientras esperamos, Zebra quiere decirle a Connie que el bebé está bien. Y tenemos una vaca nueva.

- Código - dice Dave.

Pasan la grabación. Los tres hombres vuelven a escuchar a Dave cuando llama a Houston entre descargas de ruidos solares. La transmisión se aclara rápidamente y se interrumpe cuando la mujer dice que otra nave, el Gloria, está detrás de ellos, más cerca del Sol.

- Hemos consultado textos de historia - continúa la voz de la Tierra -. Hubo un mayor Norman Davis en el primer vuelo Pájaro del Sol. Mayor era un título militar. ¿Oísteis lo de «Doc»? Sin duda se referían al doctor Orren Lorimer, el científico de a bordo. El tercer miembro era el capitán (otro título) Bernhard Geirr. Los tres, todos varones, por supuesto. Creemos que tenían un motor de reacción primitivo y no demasiado carburante. Lo cierto es que el primer Pájaro del Sol se perdió en el espacio. Nunca pudieron volver de detrás del Sol. Fue en la época en que empezaron los grandes estallidos. Jan piensa que debieron pasar cerca de alguno. Uno de ellos comentó que tenían averías.

Dave gruñe. Lorimer trata de reprimir la excitación que le chisporrotea en las entrañas.

- O son quienes dicen ser, o bien son fantasmas. Pero podrían ser criaturas extrañas que fingen ser humanos. Jan dice que los desgarrones de esas superllamaradas pueden afectar la dimensión de tiempo local. ¿Qué habéis observado allí? Me refiero a los detalles...

Dimensión de tiempo... Nunca volvieron... La mente de Lorimer se ancla a la realidad de las dos cabezas barbadas e inmóviles, rehúsa admitir la veracidad de las palabras que él creyó oír: Antes del año dos mil. La lengua, piensa. La lengua debe de haber cambiado. Se siente mejor.

- ¿Margo? - dice una voz profunda de barítono, y en el Pájaro del Sol todos abren los ojos.

- ...como esa grande, hace cincuenta años - el hombre tiene el mismo acento -. Tuvimos suerte de veras al estar allí cuando estalló. Lo más interesante es que confirmamos la turbulencia gravitacional. Periódica, pero no ondulatoria. Es violenta, nos vapuleó un poco. El espacio sufre tensiones monstruosas allí. Creemos que la teoría de Francia de que nuestro sistema está atravesando un racimo de microagujeros negros es atinada. Mientras no nos absorba ninguno...

- ¿Francia? - masculla Bud, Dave lo mira con aire de especulación.

- Cuesta imaginar un desplazamiento en el tiempo. Pero aquí están, sean los que fueren, a más de ochocientos kas de nosotros, rumbo a Aldebarán. Como dijo Lorna, si tratan de llegar a la Tierra están en aprietos, a menos que tengan energía gravitatoria de sobra. ¿Intentamos comunicarnos con ellos? Cambio. Ah, me alegro por la vaca. De nuevo, cambio.

- Agujeros negros - silba Bud -. Eso es para ti, Doc. ¿Hemos estado en algún agujero negro?

- No, o no estaríamos aquí - si es que estamos aquí, añade Lorimer para sí mismo; un racimo de microagujeros negros... ¿Qué ocurre cuando fragmentos de materia totalmente consumida se acercan o chocan, digamos, en la fotosfera de una estrella? ¿Colapso temporal? Olvídalo. Y en voz alta dice -: Quizá nos digan algo, Dave.

Dave calla. Los minutos pasan. Finalmente vuelve la voz de la Tierra. Dice que tratará de establecer contacto con los intrusos en su frecuencia original. Bud mira de soslayo a Dave, ajusta el selector.

- Llamada a Pájaro del Sol Uno - dice la muchacha con su voz nasal -. Central Luna llama al mayor Norman Davis de Pájaro del Sol Uno. Hemos captado su conversación con nuestra nave Escondita. Nos intriga saber quiénes sois y cómo habéis llegado allí. Si de veras es el Pájaro Uno creemos que han debido saltar en el tiempo al pasar por la llamarada solar - la pronunciación es abierta -. Nuestra nave Gloria está cerca de vosotros, los tiene en el radar. Pensamos que tienen un serio problema de curso, pues le dijeron a Lorna que se dirigían a la Tierra y creen que están en octubre con la Tierra en Piscis. No estamos en octubre, es el quince de marzo, veintidós horas. Repito, la fecha de la Tierra es quince de marzo. Tendrían que ver la Tierra muy cerca de Spica en Virgo. Habéis dicho que la ventana está averiada. ¿No podéis salir a mirar? Pensamos que deberían hacer una corrección de curso muy seria. ¿Tenéis carburante suficiente? ¿Tenéis computadora? ¿Aire, agua, alimentos en cantidad? ¿Podemos ayudaros? Escuchamos en esta frecuencia. Luna a Pájaro Uno, adelante.

En el Pájaro del Sol nadie se mueve. Lorimer lucha contra las erupciones internas. Nunca volvieron. Saltar en el tiempo. El quiste de recuerdos que se ha educado para suprimir se abulta en el prolongado silencio.

- ¿No vas a responder?

- No seas estúpido - dice Dave.

- Dave. Ciento cuarenta y cinco grados es la diferencia entre Gamma Piscium y Spica. Esa transmisión viene de donde ellos dicen que está la Tierra.

- Te equivocaste.

- No me equivoqué. Tiene que ser marzo.

Dave parpadea como si le fastidiara una mosca.

En quince minutos la voz de la Luna repite todo lo anterior, y concluye con un «Por favor, adelante».

- No es una grabación - Bud desenvuelve una goma de mascar y suma el ruido plástico al zumbido muelle del giróscopo. Lorimer, con la carne de gallina, observa

el resplandor ambiguo de Spica. ¿Spica-más-Tierra? La incredulidad se adueña de él, lo acuna en una compleja sensación compuesta de rostros, voces, el siseo del tocino que se fríe, el rechinar de la silla de ruedas de su padre, la tiza en una pizarra iluminada por el sol, las piernas desnudas de Ginny en el diván floreado, Jenny y Penny acercándose peligrosamente a la cortadora de césped. Las muchachas ya estarán más altas, Jenny tenía casi la estatura de la madre. Su padre vive con Amy en Denver, decidido a durar hasta que el hijo vuelva a casa. Cuando vuelva a casa. Es una locura, Dave tiene razón. Es un truco, un truco endemoniado. La lengua.

Otros quince minutos. La monótona voz femenina vuelve y repite todo con más énfasis. Dave arruga el ceño, como si escuchara un pésimo programa deportivo. Lorimer piensa que bien podría cortar la comunicación y proponer una partida de gin rummy. Ojalá lo hiciera. La voz anuncia que ahora cambiará de frecuencia.

Bud vuelve a sintonizar mientras masca con aire sereno.

Esta vez la voz trastabilla en un par de frases. Suena cansada.

Otra espera. Una hora. La mente de Lorimer sólo percibe el acoso del punto brillante de Spica. Bud tararea una tonada de Yellow Ribbons, vuelve a callar.

- Dave - dice al fin Lorimer -. Nuestra antena está apuntando directamente a Spica. No me importa si piensas que me equivoqué. Si la Tierra está allá tenemos que cambiar de rumbo inmediatamente. Mira, puedes verla. Sería una fuente luminosa doble. Tenemos que cerciorarnos.

Dave calla. Bud calla pero ojea furtivamente la ventana, el panel de instrumentos, y de nuevo la ventana. En la esquina del panel hay una instantánea de su esposa, Patty, una pelirroja alta, chillona, opulenta. Lorimer tiene ocasionales fantasías con ella. Voz aniñada, sin embargo. Y tan alta... Algunos hombres bajos prefieren mujeres altas, a Lorimer le parece indigno. Ginny es una pulgada menor que él. Sus hijas serán más altas. Y Ginny insistió en iniciar un embarazo antes que él se fuera, aunque él estuviera fuera del radio de comunicación. Quizás. Quizás un varón, un niño... Basta, piensa en otra cosa. Bud... ¿Bud ama a Patty?

Quién sabe. El ama a Ginny. Cientos de millones de kilómetros...

- ¿Judy? - dice Central Luna o quienquiera fuere -. No responden. ¿Quieres intentar tú? Pero escucha, hemos estado pensando. Si esta gente realmente viene del pasado esto ha de ser para ellos bastante traumático. Quizás acaban de caer en la cuenta de que jamás verán su mundo de nuevo. Myda dice que esos hombres tenían niños y mujeres con los que convivían, los extrañarán muchísimo... Esto es excitante para nosotras pero para ellos puede ser terrible. Quizás están demasiado apabullados para responder. Tal vez están asustados, y piensan que somos alienígenos o alucinaciones. ¿Entiendes?

- Da, Margo - dice la otra muchacha cinco segundos más tarde -. Nosotras también lo hemos pensado así. Al pelo. ¿Pájaro del Sol? Mayor Davis de Pájaro del Sol, ¿me oye? Habla Judy Paris de la nave Gloria, estamos a sólo un millón de kas de vosotros, les tenemos en pantalla - la voz suena joven y excitada -. Central Luna ha intentado comunicarse con vosotros. Creemos que estáis en apuros y queremos ayudaros. Por favor no os asustéis, somos gente como vosotros. Creemos que no estáis siguiendo el curso correcto hacia la Tierra. ¿Tenéis problemas? ¿Podemos ayudaros? ¿Podréis recibir algún otro tipo de señal, si vuestra radio está apagada? ¿Sabéis Morse Antiguo? Pronto saldréis de nuestra pantalla, estamos de veras preocupadas. Por favor, responded de algún modo si es posible. Adelante, Pájaro del sol.



Dave sigue impasible. Bud lo mira de soslayo a él, a la ventana, observa el altavoz de manera estólida. A Lorimer se le ha agotado el asombro, sólo quiere responder a las voces. Podría emitir una señal tosca heterodinizando el haz de sondeo. Pero después... con ambos contra él, ¿qué...

La voz de la muchacha intenta de nuevo, con determinación.

- Margo, es inútil - dice al fin -. ¿Estarán muertos? Creo que son criaturas extrañas.

¿Acaso no?, piensa Lorimer. La estación lunar responde con una voz diferente, más vieja.

- Judy, habla Myda. He pensado otra cosa. Esta gente tenía un código de autoridad muy rígido. Recordarás tus estudios de historia..., daban órdenes para todo. Acuérdate cómo el mayor Davis repitió que estaba al mando. Es lo que se llama una estructura de dominación-sumisión; uno de ellos impartía órdenes y los otros obedecían, no sabemos por qué. Tal vez tenían miedo. Lo cierto es que si el dominante sufre un shock o tiene pánico, los otros quizá no pueden responder... A menos que el tal Davis lo consienta.

Jesucristo. Jesucristo en colores, piensa Lorimer; la expresión de su padre para lo inexpresable. Dave y Bud siguen impávidos.

- Qué extraño - dice la voz de Judy -. ¿Pero será que no saben que están siguiendo un curso erróneo? ¿El dominante habrá podido obligar a los otros a volar fuera del sistema? ¿En serio?

Ha ocurrido, piensa Lorimer. Ha ocurrido. Tengo que parar esto. Tengo que actuar pronto, antes que nos pierdan. Visiones desesperadas de él desafiando a Dave y Bud, que le amenazan. Primero la persuasión.

Justo cuando abre la boca ve que Bud se mueve ligeramente, y con infinita gratitud le oye decir:

- Dave, ¿qué tal si nos cercioramos? Un buen eructo no nos hará daño.

Dave vuelve la cabeza apenas.

- ¿O salgo a mirar, como dijo la muchacha? - concluye amable la voz de Bud.

- De acuerdo - dice Dave tras una pausa prolongada -. Cambio de posición - mueve pesadamente el brazo, teclea meticulosamente los valores del vector que pondrá a Spica en línea con la ventana funcional.

Por qué cuernos no se me habrá ocurrido seguir el procedimiento familiar de verificación, se pregunta Lorimer por milésima vez. No respondas... Y también Por milésima vez se siente oscuramente conmovido por la entereza de esa gente. Los auténticos, los alfa. El vínculo entre ellos. El temor que él había sentido al principio por los atletas ridículos del equipo de fútbol de la escuela.

- Fuego, Dave. Siempre que todo esté en orden...

Dave quita el seguro del encendido, pone la computadora en hora real. El casco se estremece. En la cabina todo flota hacia un costado mientras el punto brillante de Spica nada hacia el flanco opuesto y aparece en la ventana frontal cuando estallan los retropropulsores. Cuando la estrella trepa al vidrio claro, Lorimer puede ver con nitidez a su compañera. La luz doble se fija allí. Un buen trabajo. Le alcanza el telescopio a Bud.

- La de la izquierda.

Bud mira.

- Allí está, en efecto. ¡Eh, Dave! ¡Mira eso!

Pone el telescopio en la mano de Dave. Y Dave lo levanta lentamente y mira. Lorimer puede oír cómo respira.

De golpe Dave empuña el micrófono.

- ¡Houston! - dice ásperamente -. Pájaro de Sol a Houston. Pájaro del Sol llama a Houston. ¡Adelante, Houston!

En el silencio el altavoz chilla «¡Han encendido los motores...! ¡Espera, están llamando!», y calla.

En la cabina del Pájaro del Sol nadie habla. Lorimer mira las estrellas gemelas adelante, realidades imposibles que le dan vueltas a su alrededor mientras los minutos se coagulan. La cara reflejada de Bud mira hacia abajo, ya sin sonreír. La barba de Dave se mueve silenciosa. Está orando, comprende Lorimer; Dave es el único de espíritu religioso de la tripulación. En las comidas de los domingos pronuncia una oración digna y concisa. De pronto Lorimer siente una extrema piedad por Dave: está tan profundamente ligado a su fama, sus cuatro hijos... Siempre está pensando educarlos, llevarlos a cazar, pescar, acampar. Y su esposa, Doris, tan increíblemente activa y dulce, viajando con ellos, haciendo cosas para la comunidad... La recuerda que llevaba a Penny y Jenny a la escuela, cuando Ginny enfermó. Buena gente, la vértebra... No es posible, piensa. La voz de Packard surgirá en un minuto más, ahora la antena está bien orientada. Van seis minutos. Todo esto pasará. Antes del año dos mil... Olvídalo, la lengua habría cambiado. Piensa en Doris. Ella tiene ese fulgor... alimenta a sus cinco hombres. Las mujeres con hijos varones son diferentes. Pero Ginny, pero su querida mujer, su esposa, sus hijas... ¿Abuelas, ahora? ¿Muertas, polvo? Deja de pensar en eso. Dave sigue orando. ¿Quién sabrá lo que pasa dentro de esas cabezas? El grito de Dave... Doce minutos, ya tendrían que responder. El segundero se habrá atascado, no, se mueve. Trece. Es una locura, un sueño. Trece y... Catorce. El altavoz que sisea y cloquea. Quince minutos. Un sueño... ¿O esas mujeres esperarán para que veamos? Dieciséis...

A los veinte Dave mueve la mano, la detiene. Los segundos transcurren, el espacio cruje. Treinta minutos.

- Llamando al mayor Davis de Pájaro del Sol - es la mujer madura, una voz gentil -. Habla Central Luna. Ahora somos el equipo de servicios y comunicaciones para vuelos espaciales. Lamentamos informarles que ya no hay centro espacial en Houston. La ciudad de Houston fue abandonada cuando la base se trasladó a White Sands hace más de dos siglos.

Una luz fría y polvorienta envuelve el cerebro de Lorimer y lo aísla. Así se quedará un largo rato.

La mujer vuelve a explicarles todo, y les ofrece ayuda. Pregunta si están lesionados. Un discurso digno y bonito. Dave todavía está inmóvil, mirando la Tierra. Bud le pone el micrófono en la mano.

- Diles, Dave.

Dave lo mira, aspira profundamente, aprieta el botón.

- Pájaro del Sol a Control Luna - dice con toda normalidad (es «Central» Luna, piensa Lorimer) -. Recibido. Funciones vitales, negativo, no tenemos problemas. Recibida sugerencia de cambio de curso, procedemos a reprogramar. Apreciamos oferta de colaboración. Sugerimos transmitan datos de posición para que podamos corregir rumbo. Ah, economizaremos transmisión hasta ver el estado de nuestros acumuladores. Pájaro del Sol fuera.

Y así había empezado.

La mente de Lorimer flota hacia Lorimer flotando en el Gloria, casi un año, o trescientos años, después. Observando y siendo observado por ellas. Todavía se siente animado, satisfecho; el temor subterráneo no ha aflorado más. Pero hay tanto silencio. Le parece no haber oído voces por mucho tiempo. ¿O no fue tanto?

Tal vez la droga influye en su percepción temporal, tal vez ha sido apenas un par de minutos.

- Estaba recordando - le dice a Connie con el deseo de que ella hable.

Ella asiente.

- Tienes tanto que recordar. Oh, lo siento... No debí decirlo - los ojos irradian simpatía.

- No tiene importancia - ahora todo es como un sueño, su mundo perdido y éste que sólo ahora empieza a vislumbrar -. Debemos pareceres bestias muy extrañas.

- Estamos tratando de entender - dice ella -. Así es la historia, aprendes los hechos pero no sientes de veras cómo era la gente, cómo los vivía. Esperamos que nos digáis.

La droga, piensa Lorimer, eso es lo que están intentando. Decirles... ¿Qué? ¿Podría un dinosaurio contar cómo era? Una serie de imágenes le fluye por la mente, dominada por pantallazos del estacionamiento norte de Operaciones y el teléfono de cocina amarillo de Ginny y esa enredadera enfermante... Mujeres y enredaderas...

Una risotada lo distrae. Viene de la cámara que llaman el gimnasio; Bud y el resto deben de estar jugando a la pelota. Una idea brillante, en serio, piensa él: usar la fuerza muscular, ejercicios constantes. Por eso están en tan buena forma. El gimnasio es una rueda para ardillas, pero ampliada. Cuando uno trepa o pedalea pared arriba, ésta gira y hace funcionar un engranaje que entre otras cosas hace rotar el tambor-dormitorio. Un auténtico Woolagong... Bud y Dave normalmente hacen los turnos juntos, e impulsan el gimnasio giratorio como grandes simios pálidos. Lorimer prefiere el ritmo parsimonioso de las mujeres, y el ciclo de aquí le viene de perlas. Generalmente hace turno con Connie, que no habla mucho, y una de las Judys, que sí habla.

Pero en este momento nadie habla. Con remota inquietud, Lorimer observa el gran cilindro de la cabina, ve a Dave y a Lady Blue frente al ventanal delantero. Judy Dákar está detrás, callada por una vez. Deben de estar mirando la Tierra. Desde hace varias semanas es un hermoso disco en expansión. La barba de Dave se mueve, está rezando otra vez. Se le ha convertido en hábito, pero no un hábito ostentoso sino con una sinceridad tan obvia que Lorimer, un ateo recalitrante, no puede menos que simpatizar.

Las Judys han preguntado a Dave qué susurra, por supuesto. Cuando Dave entendió que no tenían noción de la oración y jamás habían visto una Biblia cristiana se hizo un pesado silencio.

- Así que habéis perdido la fe - dijo él, finalmente.

- Tenemos fe - protestó Judy.

- ¿Puedo preguntar en qué?

- En nosotras mismas, naturalmente - dijo ella.

- Jovencita, si fueras mi hija te calentaría las nalgas - dijo Dave, y no bromeaba. No se volvió a tocar el tema.

Pero se recobró muy bien después del espantoso shock inicial, piensa Lorimer. Un dios personal, un modelo paterno, el hombre necesita eso. A Dave le da fuerzas y nosotros nos apoyamos en él. Quizá los líderes tienen que creer. Dave se ha portado magníficamente. Animoso, impávido, paciente al medir las posibilidades y atinado al tomar decisiones sobre las inevitables discrepancias en las lecturas de posición, de una manera imposible para Lorimer. Endiablado...

El recuerdo le invade de nuevo. Está otra vez en el Pájaro del Sol, los ojos arenosos, escuchando la cháchara de las mujeres, las calmadas respuestas de

Dave. Dios, cómo hablaban. Pero sus datos de computadora son correctos. Lorimer sufre, además, por una manía de Dave: su rechazo a transmitirles la aceleración y cantidad de combustible exactas. Sigue reservándose un margen, y hace que Lorimer lo compute.

Pero los márgenes no ayudan. Pronto se hace evidente que están en un gran aprieto. La Tierra pasará muy lejos de ellos en la próxima órbita, no tienen la aceleración para alcanzarla antes de cruzar su trayectoria. Pueden maniobrar de tal modo que la velocidad disminuya y se crucen con la Tierra en la próxima vuelta, pero eso les llevaría un año extra y para entonces no tendrían más provisiones. La sórdida pregunta de si tienen las suficientes para que resista un hombre solo se desliza en la mente de Lorimer. La descarta; ésa es para Dave.

Hay una última posibilidad: Venus se acercará a la trayectoria de la nave en tres meses más, y quizá puedan ganar velocidad aprovechando la atracción del planeta. Y se ponen a trabajar en eso.

Entretanto la Tierra se sigue alejando, y también el Gloria, cada vez más cerca del Sol. A veces lo reciben en medio de la interferencia solar y luego lo vuelven a perder. Ya conocen a la tripulación: el hombre es Andy Kay, la mujer madura es Lady Blue Parks; parece que están a cargo de la navegación. Después están Connie Morelos y las dos mellizas: Judy Paris y Judy Dákar, a cargo de las comunicaciones. Las voces de la Luna son femeninas también. Margo y Azella. Los hombres las oyen hablar con el Escondita, que se dirige a la cara oculta del Sol. Dave insiste en monitorizar y grabar todo lo que reciben. En general son repeticiones de sus comunicaciones con Central Luna y Gloria mezcladas con una variedad de mensajes muy personales. Cuando se multiplican las referencias a vacas, pollos y otros animales domésticos Dave renuncia de mala gana a su idea de código. Bud cuenta un total de cinco voces masculinas.

- Buen negocio - dice -. Cuando nos fuimos, eran más las chicas que conducían coches. O sea que el espacio es seguro ahora, las hembras mandan. Que ellas se rompan el culo aquí - ríe -. Cuando bajemos este pájaro, las estrellas podrán olvidarse del buen Buddy, sí señor. Una bonita playa y bistecs, cerveza y todas esas muñecas. Eh, seremos historia viva, podríamos cobrar entrada...

Dave adopta la expresión que indica que se ha tocado un tema inapropiado. Para fastidio de Lorimer, Dave desalienta toda especulación sobre lo que les espera en esta Tierra futura. Restringe las transmisiones al problema inmediato. Cuando Lorimer trata de persuadirlo de que al menos mencione su intriga por la falta de alteraciones idiomáticas, Dave simplemente responde: «Más tarde». Lorimer echa humo. Inconcebible. Estar tres siglos en el futuro y no poder aprender nada.

Vislumbran unos pocos hechos a partir de la charla de las mujeres. Hubo diez misiones Pájaro del Sol después de ésta, nueve exitosas y una desaparecida. Y el Gloria y la nave hermana realizan un vuelo largamente planeado hacia los dos planetas interiores.

- Siempre vamos en pareja - dice Judy -. Pero esos planetas no sirven para nada. Aun así, valía la pena verlos.

- Por todos los santos, Dave. Pregúntales cuántos planetas han visitado - suplica Lorimer.

- Más tarde.

Pero durante la quinta comida, Central Luna de pronto les ofrece algo.

- En Tierra están preparando una historia para ustedes, Pájaro del Sol - dice la voz de Margo -. Sabemos que no quieren gastar energía con preguntas, así es

que hemos pensado enviarles por nuestra cuenta los aspectos principales - ríe -. Es más difícil de lo que creíamos, aquí nadie se especializa en historia.

Lorimer cabecea. El mismo se ha estado preguntando qué le podría decir a un hombre de 1690 que quisiera saber qué le pasó a Cromwell - ¿era la época de Cromwell? - y que nunca hubiera oído hablar de la electricidad, los átomos o los Estados Unidos.

- Veamos, probablemente lo más importante es que no hay tanta gente como en la época de ustedes. Somos apenas más de dos millones. Hubo una epidemia mundial poco después que ustedes partieron. No mataba a la gente pero reducía la población. Es decir, que no nacían niños en casi todo el mundo. Esterilidad. El país llamado Australia fue el menos afectado - Bud levanta un dedo -. Y el norte de Canadá no lo pasó tan mal. De modo que los sobrevivientes se reunieron en el sur de los estados norteamericanos, donde podían cultivar alimentos y contaban con las mejores comunicaciones y fábricas. Nadie vive en el resto del mundo, pero a veces viajamos por ahí. Ah, tenemos cinco actividades principales. ¿Industria era la palabra? Alimentación, o sea granjas y pesca. Comunicaciones y transporte, y espacio. Eso es todo... Y las fábricas necesarias. Creo que vivimos mucho más simplemente que ustedes. Vemos las cosas de ustedes por todas partes, con mucha gratitud. Oh, les interesará saber que usamos dirigibles como en aquella época, tenemos seis grandes. Y nuestra quinta ocupación: los bebés. ¿Les ayuda en algo? Estoy usando un manual infantil que tenemos aquí.

Los hombres han escuchado este discurso paralizados. Lorimer deja enfriar en la mano una bolsa de alimentos. Bud se pone a masticar de nuevo y se atraganta.

- ¿Dos millones de personas y vuelo espacial? - tose -. Es increíble.

Dave mira el altavoz, reflexivo.

- Hay muchas cosas que no nos dicen.

- Tengo que preguntarles - dice Bud -. ¿De acuerdo?

Dave asiente.

- Con prudencia.

- Gracias por la lección, Luna - dice Bud -. La apreciamos de veras. Pero nos cuesta imaginar cómo se mantiene un programa espacial con sólo un par de millones de personas. ¿Podrían informarnos un poco más sobre eso?

Durante la pausa Lorimer trata de evaluar las cifras tambaleantes. De ocho billones a dos millones... Europa, Asia, África, Sudamérica, la misma Norteamérica, borradas. No había más bebés. Esterilidad mundial. ¿Por qué? La peste negra, las hombrunas del Asia... En esos casos la población era diezmada, pero esto es muchísimo peor. No, todo es lo mismo: incomprensible. Un mundo vacío, sembrado de ruinas.

- ¿Pájaro del Sol? - dice Margo -. Sí, debí haber pensado que ustedes querían saber lo del espacio. Bien, sólo tenemos los cuatro cruceros espaciales y un edificio. Ustedes ya conocen dos. Luego están Indira y Pech, que ahora van rumbo a Marte. Quizá la cúpula de Marte estaba desde esa época. Ustedes tenían al menos las estaciones-satélite, ¿verdad? Y la vieja cúpula lunar, desde luego... Ahora recuerdo, fue durante la epidemia. Trataron de fundar colonias para criar niños, pero la epidemia llegó también allí. Se luchó duro. Les debemos mucho a ustedes, de veras. A los hombres, quiero decir. La historia lo registra todo, cómo elaboraron un programa mínimo y viable, y entrenaron a todos y los salvaron de los chiflados. Fue una verdadera proeza. Oh, aquí está consignado el nombre de uno de ustedes, Lorimer. Nos complace contribuir a que todo siga en

marcha, y creciendo, amamos los viajes. El hombre es un vagabundo, es uno de nuestros lemas.

- ¿Oís lo que yo oigo? - pregunta Bud con cómicos parpadeos.

Dave sigue mirando fijo el altavoz.

- Ni una palabra sobre el gobierno - dice lentamente -. Ni una palabra sobre las condiciones económicas. Estamos hablando con un hato de mequetrefes.

- ¿Les pregunto?

- Espera un minuto... Sí, pregunta cómo se llaman el jefe de estado y el director del programa espacial. Eh... No, es todo.

- ¿Presidente? - repite Margo cuando Bud le interroga -. ¿Como reinas y reyes, quieren decir? Un momento, aquí está Myda. Ella habló con la Tierra acerca de ustedes.

La mujer madura que ocasionalmente oyen dice:

- ¿Pájaro del Sol? Da, entendemos que ustedes tenían una actividad muy compleja, los gobiernos. Con tan poca gente nosotros no poseemos ese tipo de estructura formal. La gente de las diferentes actividades mantiene reuniones periódicas y nuestras comunicaciones son buenas, todo el mundo se mantiene informado. La gente de cada actividad se encarga de realizarla mientras está en ese puesto. Son rotativos, ¿entienden? Casi siempre períodos de cinco años. Por ejemplo, Margo estuvo en los dirigibles y yo estuve en varias fábricas y granjas, y por supuesto en educación, como todo el mundo. Creo que en eso somos muy diferentes de ustedes. Y desde luego todo el mundo trabaja. Y las cosas son básicamente mucho más estables, me parece. Los cambios son lentos. ¿Es satisfactoria la respuesta? Desde luego pueden consultar con Registro, allí están al tanto de todo. Pero no podemos... bueno, conducirlos a nuestro líder, si a eso se refieren - ríe, un sonido alegre y genuino -. Debo aclarar que esa es una de nuestras viejas bromas - y prosigue seriamente -. Es una suerte que hayamos podido entendernos tan bien. Hacemos un gran esfuerzo para impedir que la lengua se altere. Sería trágico perder contacto con el pasado.

Dave toma el micrófono.

- Gracias, Luna. Nos han dado algo en qué pensar. Pájaro de Sol, fuera.

- ¿Qué habrá de cierto en todo eso, Doc? - Bud se frota la cabeza rizada -. Nos están vendiendo una historia de ciencia-ficción.

- La verdadera historia la sabremos después - dice Dave -. Primero tenemos que llegar allí.

- Ese punto es bastante dudoso.

Al final de la sesión es más dudoso aún. Ninguna trayectoria de Venus es favorable. Lorimer vuelve a computar todos los datos. Los mismos resultados.

- Creo que no hay ninguna solución, Dave - dice al fin -. Los parámetros son demasiado adversos. No hay nada más que hacer.

Dave se masajea los nudillos, pensativo. Luego cabecea.

- De acuerdo. Seguiremos la secuencia óptima rumbo a la Tierra.

- Diles que saluden si nos ven pasar - dice Bud.

Guardan silencio. Contemplan la perspectiva de una muerte segura de aquí a dieciocho meses. Lorimer duda si podrá hacer otra pregunta, la peor. Está seguro de la respuesta de Dave. ¿Qué decidirá él mismo? ¿Tendrá agallas?

- Hola, Pájaro del Sol - irrumpe la voz de Gloria -. Escuchen, hemos hecho cálculos. Pensamos que si usan todo el combustible disponible podrían acercarse a nuestra órbita lo suficiente para que nos desviemos y los recojamos. Así se aprovecharían de la gravedad solar. Tenemos bastante maniobrabilidad pero

menos aceleración que ustedes. Tienen trajes y especies de propulsores, ¿verdad? Es decir, ¿podrían volar unos pocos kas?

Los tres hombres se miran. Lorimer supone que él no era el único en especular sobre eso.

- Buena idea, Gloria - dice Dave -. Veamos qué dice Luna.

- ¿Por qué? - pregunta Judy -. Es cosa nuestra, no arriesgaríamos la nave. Sólo perderíamos otro vistazo a Venus, qué importa... Tenemos agua y comida suficiente y si el aire se enrarece un poco, sabremos soportarlo.

- Eh, las chicas tienen razón - dice Bud.

Esperan.

- También lo hemos considerado, Judy - dice la voz de Luna -. No estamos seguras de que entiendas el riesgo. Eh, Pájaro del Sol, perdóneme. Judy, si logras rescatarlos tendrás que pasar casi un año en la nave con tres varones de una cultura muy diferente. Myda dice que tendrías que acordarte de la historia y es un riesgo, pese a lo que opine Connie. Pájaro del Sol, lamento ser tan ruda. Cambio.

Bud sonrío de oreja a oreja, los demás también.

- Cavernícolas - bromea -. Todas las niñas vuelven preñadas.

- Margo, son seres humanos - protesta Judy -. No es sólo opinión de Connie, todas estamos de acuerdo. Andy y Lady Blue dicen que sería muy interesante. Es decir, si funciona. No podemos dejarlos ir sin intentarlo.

- Nosotros pensamos lo mismo, desde luego - responde Luna -. Pero hay otro problema. Podrían acarrear enfermedades. Pájaro del Sol, sé que habéis estado aislados catorce meses, pero Murti dice que la gente de esa época era inmune a organismos que hoy no existen. Tal vez algunos de los nuestros podrían dañarlos, también. Todos podrían contraer una enfermedad mortal y la nave se perdería.

- Lo hemos pensado, Margo - dice Judy con impaciencia -. Mira, si se establece contacto con ellos, alguien tiene que hacer la prueba, ¿verdad? Nosotras somos ideales. Cuando lleguemos a casa lo sabréis. ¿Y cómo podríamos enfermarnos tan rápido como para no alcanzar a poner a Gloria en una órbita estable donde nos recogeráis más tarde?

Esperan.

- Eh, ¿y qué de esa epidemia? - Bud se palmea la cabeza exageradamente -. No sé si me interesa la carrera de marica liberado.

- Cállate la boca - dice Dave.

- Chiflados - dice otra voz de Luna - Pájaro del Sol, habla Murti, la encargada de sanidad. Creo que lo más temible es el complejo gripe-meningitis, que tiene mutaciones rápidas. ¿El doctor Lorimer tiene alguna sugerencia?

- Afirmativo, lo pondré en contacto - dice Dave -. Pero en cuanto a su primera observación, señora, quiero informarle que en el momento del lanzamiento la incidencia de violaciones en las fuerzas espaciales de Estados Unidos era cero punto cero. Garantizo la conducta de mi dotación siempre que vosotros podáis controlar la vuestra. Aquí está el doctor Lorimer.

Pero Lorimer, desde luego, no puede decirles nada útil. Comentan las vacunas contra la polio que ellos han recibido, que afortunadamente usaban virus muertos, y varias enfermedades infantiles que, al parecer, todavía tienen vigencia. El no menciona la epidemia.

- Luna, lo intentaremos - declara Judy -. Jamás nos lo perdonaríamos. Ahora determinemos el curso antes que se alejen más.

De allí en más no hay descanso en el Pájaro del Sol con la organización, la computación y los cálculos sobre los datos de posibles intersecciones de trayectorias. Confirman que la aceleración del Gloria, en efecto, es baja, aunque la nave es muy maniobrable. El Pájaro del Sol tendrá que hacer casi todo el trayecto hasta la cita por su cuenta, siempre que puedan contrarrestar el impulso hacia afuera.

La tensión se rompe una vez durante la larga sesión, cuando Luna llama a Gloria para advertir a Connie que se asegure de que la dotación femenina vista ropas apropiadas en todo momento si los hombres suben a bordo.

- Nada de trajes ceñidos, Connie, son demasiado provocativos - es la mujer madura, Myda. Bud ríe -. Las ropas de dormir, quizás. Y cuando los hombres se quiten los trajes, sólo Andy debería ayudarlos. Las demás que se alejen. Lo mismo para todas las funciones corporales y el descanso. Esto es muy importante, Connie; deberás tenerlo presente en todo el viaje de regreso. Hay muchos tabúes complejos. Te mandaré una cinta de instrucciones por el blíper. ¿Funciona vuestro receptor?

- Da, lo usamos para el informe de Francia sobre los agujeros negros.

- Bueno. Dile a Judy que esté alerta. Ahora escucha, Connie. Escucha atentamente. Dile a Andy que tiene que leerlo todo. Repito, él tiene que leer cada palabra. ¿Comprendido?

- Ajá, al pelo - responde Connie -. Entiendo, Myda. Lo hará.

- Creo que nos vamos a perder la diversión, amigos - se lamenta Bud -. Mamá Myda nos ha dejado sin postre.

Hasta Dave ríe. Pero más tarde, cuando el chillido modulado que es un texto entero gorgotea por el altavoz, frunce de nuevo el ceño.

- Ahí va el mensaje.

Se consignan los últimos factores. El programa revisado gira y Luna les confirma.

- Tenemos una posibilidad, Dave - informa Lorimer -. No es muy amplia pero al menos hay dos opciones viables. Siempre que los propulsores principales estén intactos.

- Saldremos de la nave para cerciorarnos.

Esa tarea es agotadora. Descubren una distorsión en la caja deflectora de los motores laterales y pasan cuatro horas sudando para rectificarla. Es apenas la tercera vez que Lorimer sale al espacio abierto, pero se cansa demasiado pronto para alcanzar a fascinarse.

- Ya no podemos hacer más - jadea al fin Dave -. Tendremos que compensar psíquicamente.

- Tú puedes hacerlo, Dave - dice Bud -. Eh, tengo que cambiar las radios de los trajes, recuérdemelo.

Psíquicamente... Lorimer emerge a su identidad real, apresada en la enorme y bulliciosa cabina del Gloria, frente al rostro vivo de Connie. Horas ha de haber pasado así... ¿Cuánto hará que sueña?

- Unos dos minutos - sonrío Connie.

- Estaba pensando en la primera vez que te ví.

- Oh, sí. Nunca lo olvidaremos... Nunca.

El tampoco... De nuevo se despeña en sus recuerdos. Las horas interminables después del primer desvío, que impulsó al Pájaro tan bruscamente que todos tuvieron que tomar unas píldoras para las náuseas. Y la voz entrecortada de Judy, que seguía la operación:



- Oh, muy bien... Cuatrocientos mil, magnífico, Pájaro del Sol. Casi tres, sin duda llegarán a cien...

Dave el magnífico ha triunfado.

La sonda de Lorimer es inútil durante el desvío. Tienen que esperar a estabilizarse para la aceleración final, antes de poder ver la extraña señal que florece y se borra en la pantalla. Confían en estar convergiendo hacia un punto de intersección teórico...

- Allá vamos.

La detonación final transforma el desvío en un sacudón brutal mientras las estrellas giran tras el vidrio. Las píldoras no sirven de nada y el combustible que alimenta los propulsores de posición se atasca. Todos están vomitando antes de poder bombear a mano el resto del carburante y frenar el impulso.

- Es todo, Gloria. Venid a buscarnos. Enciende las luces, Bud. A preparar los trajes.

Combaten la náusea mientras se someten a la laboriosa rutina en la cabina maloliente. De pronto la voz de Judy canturrea:

- ¡Lo vemos, Pájaro del Sol! ¡Vemos la luz! ¿Nos ve a nosotros?

- No hay tiempo - dice Dave.

Pero es Bud, quien a medio vestir, señala entusiasmado la ventana:

- Eh, muchachos. Ahí...

Lorimer observa, cree distinguir una chispa tenue entre las estrellas arremolinadas antes de inclinarse a vomitar.

- Padre, te damos gracias - murmura Dave -. Bueno, de prisa, Doc. El equipo.

El esfuerzo de salir con las unidades de propulsión y un par de redes de carga de la nave que rueda en el espacio anula todo lo demás. Lorimer sólo tiene tiempo de mirar cuando ya flotan enlazados y estabilizados junto al propulsor manual de Dave.

El sol les encandila a la izquierda. Pocos metros más abajo el Pájaro del Sol rueda vacío, absurdamente pequeño. Adelante, infinitamente lejos, avanza un punto demasiado desdibujado y amarillo para ser una estrella: el Gloria, en su tangente de aproximación.

- ¿Puede acercarse, Pájaro del Sol? - les dice Judy en los cascos -. No queremos frenar más por las llamas del escape... Estamos avanzando recto, a cincuenta kas por hora, estimativo.

- Comprendido. Dame tu propulsor, Doc.

- Adiós, Pájaro - dice Bud -. A toda marcha, Dave.

Lorimer encuentra puerilmente cómodo esto de ser remolcado por el abismo sujeto a dos expertos. Tiene plena confianza en Dave, jamás considera la posibilidad de que yerren el rumbo y se pierdan en el espacio. ¿Lo desprecia Dave? Quién sabe. ¿Ese silencio obstinado será en parte desprecio por quienes sólo pueden manipular símbolos y no tienen dominio sobre la materia...? Se concentra en dominar el estómago.

Es un viaje largo y oscuro. El Pájaro se reduce a una luz titilante que acelera poco a poco en una espiral que finalmente lo hundirá en el Sol con tantos datos valiosos que hace trescientos años son obsoletos. También con el paquete de fotos y cartas que Lorimer se pusiera dos veces en el traje, y otras tantas se sacara. De vez en cuando entrevé el Gloria, un borrón que se agiganta hasta ser una maraña incomprensible de medialunas luminosas.

- Caray, es grande - dice Bud -. Con razón no pueden acelerar, es cosa de una base volante. Se haría trizas.

- Es un crucero espacial. ¿Tienes las redes bien sujetas, Doc?

La voz de Judy irrumpe de golpe en los cascos:

- ¡Les veo las luces! ¿Pueden verme? ¿Les queda combustible para frenar?

- Afirmativo a ambas, Gloria - dice Dave.

En ese momento Lorimer se vuelve lentamente hacia adelante y ve - verá para siempre - la extraña nave contra el campo estelar, y en el flanco oscuro las luces diminutas que son mujeres en las estrellas, esperándoles. Tres..., no. Cuatro. Hay una luz más lejos, que se mueve. Si eso es una cuerda debe tener más de un kilómetro de longitud.

- ¡Hola, soy Judy Dákar! - la voz está cerca -. ¡Oh, madre! ¡Sois enormes! ¿Estáis bien? ¿El aire?

- Ningún problema.

En realidad hieden y están empapados. Demasiada adrenalina. Dave enciende de nuevo los propulsores y de pronto ella se dilata y les sale al encuentro, una araña plateada que cuelga del hilo. El traje parece elegante y flexible; brilla como un espejo, y el equipo es muy pequeño, maravillas del futuro, piensa Lorimer. Párrafo uno.

- ¡Lo habéis logrado! Sujetaos de la cuerda. ¡Frenad!

- Habría que decir algunas palabras históricas - murmura Bud -. Si nos deja.

- Hola Judy - dice Dave, sereno -. Gracias por venir.

- ¡Contacto! - aúlla Judy -. ¡Adelante, Andy! Frenad, frenad... ¡Allá atrás está el escape!

Y los aferran con fuerza, los desvían en arco hacia la nave. Dave agota el resto del combustible. La cuerda se distiende.

- Sin tironearla - grita Judy -. Oh, lo siento. Cuidado, está floja - ella está aferrada a ellos como un gibón, Lorimer puede verle los ojos, la boca excitada. Increíble.

- Enséñame, preciosa - dice la voz de barítono de Andy.

Lorimer se vuelve y lo ve a lo lejos, en el extremo de una pesada amarra, arrastrándoles suavemente. Bud ofrece su ayuda, pero la rechazan.

- Dejaos llevar, por favor - dice una voz de matrona. Es obvio que Andy no hace esto por primera vez. Son recogidos lentamente, como peces del espacio. Lorimer descubre que ya no alcanza a distinguir el brillo del Pájaro del Sol. Cuando él gira sobre sí mismo, Gloria se ha transformado en un desordenado racimo de bulbos y varillas alrededor de un gran cilindro central. Puede ver cápsulas y equipos misceláneas acumulados encima de la nave. No como en la ciencia-ficción.

Andy enrolla la cuerda en un ovillo flotante. Otra figura revolotea a su lado. Ambos son muy bajos, observa Lorimer cuando se aproximan.

- Aferrad el cable - les dice Andy. Por un momento deben esforzarse para combatir la inercia.

- Bienvenidos al Gloria, mayor Davis, capitán Geirr, doctor Lorimer. Soy Lady Blue Parks. Pienso que querréis subir cuanto antes. Si tenéis fuerzas para trepar, adelante. Entraremos todo esto después.

- Gracias - dice Dave.

Suben manoseando los eslabones de la amarra principal, áspera y firme al tacto. Judy se acerca para echarles una ojeada, sonriendo de oreja a oreja y arrastrando la cuerda. Una figura más alta espera junto a la cámara de presión abierta.

- Hola, soy Connie. Creo que podemos recibir dos por vez. ¿Quiere entrar, mayor Davis?

Es como una emergencia en un avión, piensa Lorimer mientras Dave la sigue adentro. Esto de recibir instrucciones de muchachas menudas y extraordinariamente corteses...

- Azafatas espaciales - lo codea Bud -. ¿Qué te parece? - tiene la cara hinchada de sudor.

Lorimer le dice que entre él a continuación, pues su propio traje lleva menos peso.

Bud entra con Andy. La mujer llamada Lady Blue espera junto a Lorimer mientras Judy trajina en el casco para asegurar las redes de carga. Parece que no calza suelas magnéticas. Tal vez ya no se usan metales ferrosos en el espacio. Cuando Judy empieza a tirar de la cuerda principal con un sencillo cabrestante manual, Lady Blue echa un vistazo crítico al artefacto.

- Yo los fabricaba - le dice a Lorimer; por lo que él puede ver, las facciones son apretadas, los ojos oscuros y lustrosos. Algún ascendiente negro, parece.

- Tengo que ir a limpiar la antena de popa - dice Judy.

- Más tarde - dice Lady Blue; ambas le sonríen a Lorimer. Luego la escotilla se abre y entran él y Lady Blue. Cuando las trancas se asientan estalla un creciente chillido de aire y el traje de Lorimer se desploma.

- ¿Puedo ayudarte? - ella se ha abierto el visor, la voz es matizada y vivaz. Lorimer aferra las agarraderas con avidez, con los guantes torpes, y se deja quitar el casco. La primera bocanada le sorprende, le cuesta un poco identificar el gas como aire fresco. Luego se abre la escotilla interna, que irradia una luz verdosa. Ellas lo hace pasar y salen por un túnel corto. Más adelante se oyen voces, a la vuelta de un recodo. Logra aferrarse de algo y se detiene, el corazón le tiembla en el pecho.

Cuando doble ese recodo el mundo que conoce estará muerto. Desaparecido, cerrado, borrado para siempre con el Pájaro del Sol. Estará irrevocablemente en el futuro. Un hombre del pasado, un viajero del tiempo. En el futuro...

Dobla el recodo.

El futuro es un cilindro vasto y brillante, con toda la superficie interna festoneada con objetos que no identifica; frondas de verde. Frente a él flota un extraño cuadro: Bud y Dave, sin los cascos, enormes en sus abultados equipos espaciales blancos. A pocos metros cuelgan dos siluetas con las cabezas descubiertas y trajes brillosos, y dos muchachas morenas con pijamas rosados y ondeantes.

Todos observan fijo a los dos hombres, los ojos y las bocas abiertas en idénticas expresiones de complacido asombro. La cara que sin duda es de Andy sonrío boquiabierto como un chico en el zoológico. Es un chico sorprendentemente joven, pese a la voz profunda, distingue Lorimer. Rubio, enjuto, musculoso y compacto. Lorimer comprueba que apenas puede tolerar la presencia de la mujer de rosa, no sabe si decir que es increíblemente hermosa o fea. La mujer más alta tiene una cara lustrosa y vulgar.

Arriba estalla un sonido extraordinario que finalmente reconoce como un cacareo. Lady Blue pasa a su lado.

- Bueno, Andy, Connie; basta de mirar y ayudadles, quitadles los trajes. Judy, Luna debe estar tan ansiosa de oír esto como nosotras.

El cuadro despierta a la vida. Después Lorimer recuerda principalmente los ojos, ojos curiosos y brillantes que le recorren las botas, ojos sonrientes que le

examinan la mochila, y siempre esa risa ligera y fácil. Dejan solo a Andy para que les ayude a desnudarse, entre parpadeos ante una indumentaria que a Lorimer todavía le resulta incómoda. Andy parece muy suelto de cuerpo en el traje a medio abrir. Lorimer forcejea con los cierres y piensa ¡un muchacho! Un muchacho y cuatro mujeres en órbita solar, conduciendo estos enormes cascajos hacia Marte. ¿Tendrá que sentirse humillado? Sólo se siente agradecido cuando acepta una bata corta y un bulbo de té que alguien - ¿Connie? - le ofrece.

Judy entra con las redes. Los hombres siguen a Andy por otro pasadizo, Bud y Dave aferrando las batas cortas. Andy se detiene frente a la escotilla.

- Este invernáculo, es vuestro, será vuestro toilet. Tres es mucho, pero tendréis mucho sol.

El interior es una jungla brillante y exuberante, con agua que gotea y hojas que susurran. Se oye un aleteo: una langosta.

- Haced girar esa manivela - Andy señala un asiento sobre una enorme tubería -. El pistón aplasta la grava y los desechos para transformarlos en un compuesto que cae en la corteza del suelo. Esa algarroba consume muchísimo hidrógeno y facilita la oxidación. Bombeamos Anhídrido carbónico y extraemos el oxígeno. Un verdadero Woolagong.

Lorimer hace una observación crítica mientras Bud prueba el mecanismo.

- ¿Qué es un Woolagong? - pregunta Lorimer, perplejo.

- Oh, una de nuestras inventoras. Algunos de sus productos son extraños. Cuando tenemos algún aparato que funciona lo llamamos un Woolagong - sonrío -. Los pollos comen las semillas, y las langostas y las iguanas, ¿veis?, comen las hojas. Cuando un invernáculo pasa al lado oscuro iniciamos la cosecha. Con tanta luz creo que podríamos mantener una cabra, ¿no os parece? En vuestra nave no llevabais ningún animal o planta, ¿verdad?

- No - dice Lorimer -. Ni siquiera una iguana.

- Nos habían prometido un pony Shetland para Navidad - dice Bud haciendo crujir la grava. Andy, desconcertado, comparte las risas.

Lorimer está aturdido. No es sólo fatiga. Ese año en el Pájaro de Sol ha atrofiado su capacidad para aceptar las novedades. Atontado, usa el Woolagong y salen dirigidos a la gran sala de control del Gloria, donde Dave pronuncia un breve y pulcro discurso para Central Luna, que le envía una grácil respuesta.

- Ahora debemos concluir la alteración del curso - dice Lady Blue. La impresión de Lorimer era acertada, es una mujer menuda de tez clara en su madurez, con algún ascendiente negro. Connie también tiene un aire exótico. Las demás tienen rasgos europeos.

- Os traeré algo de comer - sonrío Connie con calidez -. Tal vez queréis descansar. Os hemos reservado esos cubículos - la pronunciación es abierta, como todas las demás.

Cuando abandonan la sala de control Lorimer percibe la expresión reservada de Dave y sabe que debe estar sufriendo la realidad de ser pasajero de una nave desconocida. No está al mando, no decide el curso, no recibe las comunicaciones.

Es la última observación coherente de Lorimer eso y el gusto de la comida, extraña y sabrosa. Y luego los conducen a proa a través de lo que ahora conoce como el gimnasio, al hueco del tambor-dormitorio. Hay seis compuertas irisadas que parecen puertas gateras. Empuja la que tiene asignada y se encuentra frente a un colchón amplio. Hay anaqueles y un escritorio empotrados en la pared.

- Para tus excreciones - el brazo de Connie asoma por la compuerta y señala unas bolsas. Si tienes problemas, asoma la cabeza y llama. Ahí está el agua.

Lorimer simplemente flota hacia el colchón, demasiado exhausto para responder. Su trayecto termina en un pesado aterrizaje y un nuevo motivo de asombro: el tambor empieza a girar suave y calladamente. Se hunde agradecido en el acolchado, más «pesado» a cada minuto que transcurre. Un décimo de gravedad, tal vez más, piensa. Todavía sigue acelerando. Y cae en el sueño más profundo que ha conocido en ese año prolongado y fatigoso.

Sólo al día siguiente entiende que Connie y otras dos han estado corriendo en la cámara de gimnasia, la han hecho girar hora tras hora sin pausa ni esfuerzo mientras charlaban.

Cómo parlotean, piensa otra vez cuando emerge al presente. Burbujas irritantes le afloran en la memoria, las voces de Ginny, Jenny y Penny en el teléfono de la cocina, y antes la voz de su madre y su hermana Amy. Interminable. ¿De qué hablan y hablan y hablan?

- Caramba, de todo - dice la voz real de Connie a su lado -. Es natural compartir.

- Natural... - como hormigas, piensa. Se frotan las antenas cada vez que se encuentran. ¿Adónde fuiste? ¿Qué has hecho? Se frotan y frotan. ¿Cómo te sientes? Oh, siento esto, siento lo otro, bla bla fro fro fro. La coordinación total de la colmena. Las mujeres no tienen dignidad. Lo dicen todo, ignoran toda estrategia verbal, el peligro oscuro de nombrar. No pueden contenerse.

- Hormigas, abejas - ríe Connie, y muestra así el diente roto -. Nos ves realmente como esos insectos, ¿verdad? ¿Es porque son hembras?

- ¿Hablé en voz alta? Perdón - pestañea para ahuyentar las ensoñaciones.

- Oh, no te disculpes. Es tan triste oír hablar así de tu hermana y tu madre y tus hijos y tu..., tu esposa. Han de haber sido personas maravillosas. Pensamos que sois muy valientes.

Pero sólo pensó en Ginny y en todas ellas un instante. ¿Estuvo desvariando? ¿Qué le está haciendo esa droga?

- ¿Qué nos estáis haciendo? - pregunta, alarmado de veras, casi enfadado.

- No te preocupes, en serio - ella le toca la mano, cálida y tímidamente -. Todas lo usamos cuando necesitamos sondear algo. Generalmente es agradable. Es un compuesto de levonoramina; quita las inhibiciones, no te aturde como el alcohol. Pronto estaremos en casa, verás. Tenemos la responsabilidad de comprender, y sois muy parcos - lo mira lánguidamente -. No te sientes mal, ¿verdad? Tenemos el antídoto.

- No... No somos parcos - dice, o trata de decir; la alarma se le ha escurrido en alguna parte, la explicación de ella parece bastante razonable -. Hablamos... cuando - tantea buscando una palabra que exprese la prudencia, la contención adulta. ¿Objetividad, tal vez? - Hablamos cuando tenemos algo que decir - recuerda al azar a un animador llamado Forrest, famoso por sus chistes verdes -. De lo contrario todo se derrumbaría - le dice -. Volarías derecho fuera del sistema - no es eso lo que quise decir. Pásalo por alto.

Las voces de Dave y Bud vibran repentinamente en extremos opuestos de la cabina, y le reavivan ese presentimiento ominoso. No nos conocen, piensa. Tendrían que cuidarse, detener esto. Pero siente demasiada serenidad, quiere pensar en su propia y nueva comprensión, el diseño que se le revela por fin.

- Me siento lúcido - atina a decir -. Quiero pensar.

Ella parece complacida.

- Lo llamamos efecto de ataraxia. Es hermoso cuando lo alcanzas.

Ataraxia, calma filosófica. Sí. Pero hay monstruos en el abismo, piensa él, o dice. El lado nocturno. El lado nocturno de Orren Lorimer, una identidad fogosamente oscura y compleja que espera, encadenada. Son tan vulnerables... No saben que podemos tomarlas. Brotan imágenes: una Judy con los brazos abiertos en los peldaños del gimnasio, sin el pijama rosa, abierta a él. Una secuencia relámpago de ellos tres adueñándose de la nave, las mujeres maniatadas, impotentes, chillando, víctimas de violaciones y abusos. El equipo... Consigue la estación satélite, toma una cápsula y vuelve a la Tierra. Rehenes. Hazles cualquier cosa, no tienen defensa... ¿Bud ha dicho eso realmente? Pero Bud no sabe, recuerda Lorimer. Dave sabe que están ocultando algo, pero piensa que es socialismo o pecado. Cuando se enteren...

- ¿Cómo lo ha descubierto él? Sólo escuchando, en verdad, todos estos meses. Escucha las charlas mucho más que los demás. «Confraternizar», lo llama Dave... Al principio todos escuchaban, por supuesto. Escuchaban y miraban y reaccionaban irremediabilmente ante los cuerpos femeninos, las redondeces tiernas bajo las ropas delgadas e incitantes, las bocas y ojos magnéticos, el olor, el tacto eléctrico.

Observando cómo se tocan entre ellas, cómo tocaban a Andy, riendo y desapareciendo calladamente en cuchetas compartidas. ¿Qué ocurre? ¿Yo no puedo? Mi necesidad, mi necesidad...

El poder de ellas, el rencor tenaz... Bud murmuraba y gruñía significativamente pese a las advertencias de Dave. Y siguió fastidiando a Andy hasta que Dave prohibió todo tipo de preguntas. Pero el mismo Dave estaba notoriamente tenso y leía muchísimo su Biblia. Lorimer descubrió que su cuerpo las husmeaba como un sabueso hambriento, ansiando que los cubículos fueran como parecían ser: sin trabas.

Comprendieron que las instrucciones de Myda debieron ser muy estrictas. La atmósfera ha sido implacablemente aséptica, la discreción impenetrable. Andy ignoró cortésmente todos los sondeos. Ninguna palabra o acto les ha revelado qué ocurre, si es que ocurre algo, en efecto. Lorimer no pudo evitar acordarse del fin de semana que pasó en el campamento de scouts de Jenny. Un largo entrenamiento los rescató al fin, y se resignaron a completar la misión a bordo de un súper Pájaro del Sol, extrañamente atendidos por un pelotón de varias girl-scouts y un boy-scout.

En otros sentidos la recepción no pudo ser más amable. Les han dado el curso de la nave y un cuarto de recreación en un depósito limpio. Visitan la sala de control a su antojo. Lady Blue y Andy les proporcionan datos y manuales, y les muestran cada circuito y artefacto del Gloria, dentro y fuera. Central Luna ha despachado una serie de textos científicos y los datos sobre sus satélites y las naves más pequeñas que circulan regularmente entre las colonias de Marte y la Luna.

Dave y Bud se han zambullido en una orgía de tecnicismos. El Gloria, como sospechaban, es impulsado por una planta de fisión que consume una serie de minerales lunares. La propulsión iónica es apenas más avanzada que en los modelos experimentales de su propia época. Hasta el momento, parece que las maravillas del futuro consisten principalmente en modificaciones ingeniosas.

- Es primitivo. - le dice Bud -. Lo que han hecho es sacrificar elementos para que sea simple y fácil de mantener. Créelo, pueden impulsar el combustible a mano. ¡Y los repuestos, hermano! Tienen redundancia redundante.

Pero el interés técnico de Lorimer se disipa pronto. Lo que realmente quiere es estar un tiempo a solas. Hace un vago intento de investigar las novedades de su especialidad, aparentemente escasas, y descubre que no puede concentrarse. Qué demonios, se dice. Hace trescientos años que dejé de ser un físico. Es un alivio estar fuera de la celda del Pájaro del Sol. Ha recobrado el hábito de flotar solitario por los pasadizos de la nave, y de emplear el excelente telescopio de 400 milímetros, y de fijarse en la extraña vida de la tripulación.

Cuando descubre que a Lady Blue le gusta el ajedrez, se aviene a una rutina de dos partidas por semana. La personalidad de ella le intriga. Es reservada y tiene una aureola de autoridad. Pero corrige inmediatamente a Bud cuando él la llama «capitana».

- Aquí nadie manda sobre vuestros sentidos. Soy sólo la mayor - y Bud retorna el «señora».

Ella juega de manera sólida, atenta a las posiciones, algo más errática que un hombre pero con trampas elegantes de vez en cuando. Lorimer descubre con asombro que existe una sola apertura nueva, un interesante gambito de dama llamado Dagmar. ¿En tres siglos una sola apertura nueva? Lo menciona a los otros cuando vuelven a ayudar a Andy y Judy Paris a cargar un conversar.

- No han progresado mucho en ningún sentido - dice Dave -. Casi todos los aparatos nuevos datan de la epidemia, Andy... No lo tomes a mal. Pareciera que el programa se ha estancado. Hace ochenta años que planean este proyecto Titán.

- Llegaremos - sonrío Andy.

- Vamos, Dave - dice Bud -. Judy y yo os comprometemos para la próxima cena con pollo. Todavía estamos a tiempo de formar un equipo de bridge aquí. ¡Diantres, si puedo oler ese pollo! Los que pierden comen la iguana.

La comida es tan buena... Lorimer se sorprende de vagabundear por la cocina y ayudar a quienquiera que esté cocinando. Prueba las varias semillas y raíces mientras las oye hablar. Hasta le gusta la iguana. Empieza a engordar, como todos. Dave ordena turnos dobles de ejercicios.

- ¿Quieres llevarnos corriendo a casa, Dave? - refunfuña Bud.

Pero Lorimer disfruta cuando pedalea o corre a lo largo de los peldaños mientras las mujeres charlan y escuchan cintas grabadas. Música familiar: identifica una extraña gama de Haendel, Brahms y Sibelius a Strauss y baladas e intrincadas formas ligeras de jazz-rock. Sin letras. Pero abundantes textos informativos indudablemente seleccionados para él.

En la historia sintética que le habían prometido descubre más acerca de la epidemia. Parece haber sido un cuasivirus volátil escapado de laboratorios militares francoárabes, posiblemente potenciado por la contaminación ambiental.

- Al parecer sólo dañó las células reproductivas - les dice a Dave y Bud -. La mortandad efectiva fue mínima, pero la esterilidad, casi universal. Se cree que produjo una sustitución molecular en el código genético de los gametos, parece que los hombres fueron los más afectados. Mencionan una mengua posterior de nacimientos de varones, lo cual sugiere que el afectado fue el cromosoma Y, eso sería selectivamente letal para los fetos masculinos.

- ¿Sigue siendo peligroso, Doc? - pregunta Dave -. ¿Qué nos pasará al llegar a casa?

- Lo ignoran. La tasa de nacimientos es normal ahora, alrededor de un dos por ciento, y en incremento. Pero la población actual puede ser resistente. Nunca lograron una vacuna.

- Hay una sola manera de confirmarlo - dice gravemente Bud -. Me ofrezco como voluntario.

Dave le dirige una mirada reprobatorio. Es increíble cómo sigue al mando, piensa Lorimer. Nada de sumisión, por todos los santos. Un equipo.

La historia también menciona los disturbios y combates que devastaron el mundo cuando la humanidad descubrió que estaba estéril. Ciudades bombardeadas e incendiadas, matanzas, pánico, violaciones y secuestros de mujeres en masa, ejércitos merodeadores de hombres biológicamente desesperados, cultos sangrientos. Los chiflados. Pero todo está contado con tanta concisión, hace tanto tiempo... Listas de nombres respetables. «Siempre debemos agradecer a los valientes que defendieron los laboratorios médicos de Denver...» Y luego el drama de reunir las reservas de helio para los dirigibles.

En tres siglos todo es polvo, piensa. ¿Qué se yo de la Guerra de los Treinta Años, tres siglos anterior mí? que devastó Europa durante dos generaciones. Ni siquiera nombres. La descripción de la estructura política y económica es aún más sintética. Parece que casi no tuvieran gobierno, como dijo Myda.

- Es una forma laxa de sistema de crédito social mantenida por consenso. Una especie de período permanente de fronteras - le explica a Dave -. Progresan sin prisa. Desde luego, no necesitan ejército ni aeronáutica. Ni siquiera estoy seguro de que usen una moneda o reconozcan la propiedad privada de la tierra. Reparé en una referencia favorable a las primeras comunas chinas - añade al ver cómo Dave aprieta los labios -. Pero no están sujetos a una comunidad. Viajan. Cuando pregunté a Lady Blue sobre el sistema policial y legal me dijo que esperara hasta hablar con historiadores auténticos. El Registro parece ser sólo eso, no un organismo policial.

- Aquí hay gato encerrado, Lorimer - dice sobriamente Dave -. Sé cauteloso. No nos revelarán la verdad.

- ¿Habéis notado que nunca hablan de sus maridos? - ríe Bud -. Pregunté a un par de ellas qué hacían sus maridos y juro que tuvieron que pensarlo. Y todas tienen hijos. Creedme, allá todos se divierten en grande, aunque el buen Andy actúe como si no supiera para qué la tiene.

- No quiero que nadie fisgonee en sus vidas personales y familiares mientras estemos en esta nave, Geirr. Nadie. Es una orden.

- Quizá no tienen familias. ¿Habéis oído hablar alguna vez de matrimonio? Cualquier chica no haría más que pensar en eso. Acuérdate de mis palabras, aquí ha habido más de un cambio.

- Las costumbres sociales tienen que haber cambiado hasta cierto punto - dice Lorimer -. Ante todo, es obvio que son más las mujeres que trabajan fuera del hogar. Pero tienen lazos familiares. Por ejemplo, Lady Blue tiene una hermana en una fábrica de aluminio y otra en sanidad. La madre de Andy está en Marte y la hermana trabaja en el Registro. Connie tiene un hermano o hermanos en la flota pesquera cerca de Biloxi, y su hermana vendrá a reemplazarla aquí en el viaje siguiente, ahora se dedicará a los fermentos.

- Esa es la cima del ténpano.

- Dudo que el resto del ténpano sea muy siniestro, Dave.

Pero en cierto punto esa laxitud empieza a molestar también a Lorimer. Faltan tantas cosas... Matrimonio, amoríos, problemas con los niños, riñas por celos, jerarquías, posesiones, estrecheces económicas, enfermedades, hasta funerales. Todas las fruslerías cotidianas que obsesionaban a Ginnie y sus amigas parecen suprimida de la charla de estas mujeres. Suprimidas... ¿Será posible que Dave



tenga razón, que les estén ocultando deliberadamente un aspecto importante, significativo?

- Todavía me sorprende que la lengua no haya cambiado más - le dice un día a Connie mientras trajinan en el gimnasio.

- Oh, cuidamos mucho ese aspecto - ella trepa para acercársele, sin usar las manos - Sería una pérdida espantosa si no pudiéramos entender los libros. A todos los niños se los educa con las mismas cintas originales, ¿ves? Oh, hay palabras que se ponen de moda un tiempo, pero nuestras comunicadoras tienen que aprender los viejos textos de memoria. Eso nos mantiene unidas.

Judy París gruñe desde el pedicilco.

- Vosotros, queridos niños nunca conoceréis la opresión que hemos sufrido - declama a modo de parodia.

- Judy habla demasiado - dice Connie.

- Todas lo hacemos, es un hecho - ambas ríen.

- ¿Así que todavía leéis lo que se consideraba nuestros grandes libros, nuestras narraciones y poemas? - pregunta Lorimer -. ¿A quién leéis? ¿H. G. Wells? ¿Shakespeare? ¿A Dickens, Balzac, Kipling, Brian? - es un tanteo; Brian era un best-seller que le gustaba a Ginny. ¿Cuándo había él leído por última vez a Shakespeare o los otros?

- Oh, las novelas históricas - dice Judy -. Es interesante, supongo. Grises. No son muy realistas. Sin duda lo eran para vosotros - añade generosamente.

Y se ponen a discutir si las gallinas que están incubando reciben demasiada luz, mientras Lorimer se pregunta cómo lo que él supone las verdades eternas de la naturaleza humana pudieron desaparecer de la realidad de un mundo. El amor, el conflicto, el heroísmo, la tragedia... ¿Todo eso es poco realista? Bueno, las dotaciones de vuelo nunca leen demasiado. Sin embargo, las mujeres leen más... Algo ha cambiado, puede palparlo. Algo tan básico como para afectar la naturaleza humana. Un desarrollo físico, tal vez. ¿Una mutación? ¿Qué será lo que realmente hay bajo esas ropas flotantes?

Son las Judys quienes le revelan una parte.

Está haciendo ejercicios, a solas con las dos. Escucha cómo cuchichean sobre un personaje legendario llamado Dagmar.

- ¿La Dagmar que inventó la apertura de ajedrez? - pregunta.

- Sí. Hace de todo, cuando es buena es magnífica.

- ¿Es que era mala, a veces?

Una de ellas ríe.

- El problema Dagmar, se podría decir. Tiene una tendencia a organizarlo todo. Está bien cuando funciona, pero a veces se le escapa de las manos, ella piensa que es reina o algo así. Después hay que rectificar sus errores.

Todo en presente... Pero Lady Blue le ha contado que el gambito Dagmar tiene más de un siglo.

Longevidad, piensa. Por Dios, eso es lo que ocultan. Digamos que han duplicado o triplicado la duración de la vida, eso por cierto que alteraría la psicología humana, afectaría la visión de todas las cosas. ¿Madurez demorada, tal vez? Estábamos trabajando en el rejuvenecimiento por células endocrinas cuando me fui. ¿Qué edad tienen estas muchachas, por ejemplo?

Cuando va a formular una pregunta, Judy Dákar dice:

- Yo estaba en el Instituto cuando se descontroló. Pero es buena, después la quise.

Lorimer piensa que aludía a un sanatorio, luego comprende que se refiere a una maternidad comunal.

- ¿Es la misma Dagmar? - pregunta -. Debe de ser muy vieja...

- Oh, no. Su hermana.

- ¿Una hermana con cien años de diferencia?

- Quiero decir su hija. Su... su nieta - y se pone a pedalear aceleradamente.

- Judys - dice la gemela a sus espaldas.

Otra hermana. Parece que todas tienen un número extraordinario de hermanas, reflexiona Lorimer. Oye que Judy París le dice a su melliza:

- Creo que recuerdo a Dagmar en el Instituto. Empezó a hacer uniformes para todas. Variedad de colores y números.

- Imposible, no habías nacido - replica Judy Dákar.

Se hace un silencio.

Lorimer se vuelve para mirarlas. Dos rostros alegres y ruborizados le ojean cautelosos, cabecean del mismo modo para apartarse el pelo de la cara. Idénticas... Pero la Dákar, que está en el pediciclo, ¿no es un poco más madura, no tiene la cara más curtida?

- Creí que érais gemelas.

- Ah, las Judys hablan demasiado - dicen a coro, y sonríen culposamente.

- No sois hermanas - les dice él -. Sois lo que llamábamos clones.

Otro silencio.

- Bueno, sí - dice Judy Dákar -. Nosotras lo llamamos hermanas. ¡Oh, madre! Se suponía que no debíamos decírtelo. Myda dijo que te afectaría muchísimo. Era ilegal en tus tiempos, ¿verdad?

- Sí. Considerábamos inmoral y antiético experimentar con la vida humana. Pero, personalmente, no me afecta.

- Oh, perfecto, magnífico - dicen a coro -. Creemos que tú eres diferente - exclama Judy París -. Eres más hu... Eres más parecido a nosotras. Por favor, no se lo digas a los otros. Oh, no lo harás, ¿verdad? Por favor...

- Es por accidente que hay dos de nosotras aquí - dice Judy Dákar -. Myda nos advirtió. ¿No puedes esperar un poco? - dos pares de ojos oscuros e idénticos le suplican.

- Muy bien - dice él con lentitud -. No les diré a mis amigos por el momento. Pero si mantengo el secreto tenéis que responder algunas preguntas. Por ejemplo, ¿cuántas personas son creadas de esa manera artificial?

Empieza a notar que sí le afecta en lo personal. Dave tiene razón, demonios. Están ocultando cosas. ¿Se trata de «un mundo feliz» poblado por esclavos subhumanos y gobernado por cerebros maestros? Obreros sin estómago o sin sexo, zombies decerebrados, cabezas humanas conectadas a máquinas, experimentos monstruosos se le cruzan por la mente. De nuevo ha sido un ingenuo. Estas mujeres de aspecto normal podrían estar enfilando hacia un mundo aborrecible.

- ¿Cuántas?

- Hay solamente once mil de nosotras - dice Judy Dákar. Las dos Judys se miran, y así le confirman algo con toda transparencia. No están educadas para el engaño, piensa Lorimer. ¿Es bueno eso? Y lo distrae una exclamación de Judy París:

- Lo que no entendemos es por qué lo considerabais malo.

Lorimer trata de explicarles, de hacerles entender el horror de la manipulación de la identidad humana, de la creación de vida anormal. La amenaza de la individualidad, el poder temible que se pondría en manos de un dictador.

- ¿Dictador? - repite una de ellas, sin entender.

El las mira a la cara y sólo puede decir:

- Hacer cosas a la gente sin su consentimiento. Creo que es triste.

- Pero eso es justamente lo que pensamos de vosotros - exclama la Judy más joven -. ¿Cómo sabéis quiénes sois, o quién es nadie? Totalmente solos, sin hermanas con las que compartir nada. No sabéis lo que podéis hacer ni lo que podría ser interesante emprender. ¡Pobres criaturas solitarias...! Caray, obligados a andar a los tumbos y morir, ¡todo para nada!

Le tiembla la voz. Lorimer, estupefacto, nota que ambas tienen los ojos turbios.

- Mejor pongamos esto en movimiento - dice la otra Judy.

Retoman el ritmo y Lorimer logra sonsacarles la verdad por fragmentos. No son embriones de probeta, le dicen indignadas. Madres, como en cualquier especie. Madres jóvenes de la mejor clase. Un núcleo celular somático es insertado en un huevo femenino sin núcleo y reimplantado en el vientre. Ambas dieron a luz dos «hermanas» en la adolescencia y las criaron antes de irse. Los institutos siempre tienen muchas madres.

Se ríen de su concepto de longevidad. Hasta ahora no han alcanzado más que unas normas de vida saludable.

- Llegaríamos a los noventa sin problemas - le aseguran -. Judy Aguila llegó a los ciento ocho, es nuestro récord. Pero al final chocheaba bastante.

- El clonaje en sí mismo es viejo, data de la epidemia. Fue parte de los primeros esfuerzos por salvar la raza cuando se interrumpieron los nacimientos, y han continuado desde entonces.

- Es tan perfecto... Cada cual tiene un libro, es realmente una biblioteca - le dicen -. Todos los mensajes, registrados. El Libro de Judy Shapiro: eso somos nosotras. Dákar y París son nuestros nombres personales, ahora están de moda las ciudades - ríen a la vez que tratan de no hablar al mismo tiempo sobre cómo cada Judy añade a su memoria individual sus aventuras y problemas y hallazgos al genotipo que todas comparten.

- Si cometes un error es útil para las otras. Desde luego, tratas de no cometerlo... O al menos, de no cometer uno nuevo.

- Algunas de las viejas no son tan realistas - interviene su alter ego -. Las cosas eran harto diferentes, quizás. Hemos hecho síntesis de las partes que nos gustan más. Y de cosas prácticas. Por ejemplo, las Judys tienen que cuidarse del cáncer de piel.

- Pero tenemos que leerlo todo de nuevo cada diez años - dice la Judy llamada Dákar -. Es inspirador. Con el tiempo entiendes a algunas que antes no entendías.

Divertido, Lorimer trata de imaginar cómo sería oír las voces de trescientos años de Orren Lorimers. Lorimers matemáticos o fontaneros o artistas o vagabundos o quizá criminales. Y muchísimos dobles vivientes. Lorimers viejos y Lorimers niños. Y las mujeres e hijos de otros Lorimers. ¿Le parecería divertido o exasperante? No lo sabe.

- ¿Habéis hecho vuestras memorias ya?

- Oh, somos demasiado jóvenes. Sólo notas, por si hubiera algún accidente.

- ¿Estaremos nosotros en las notas?

- ¡Imagínate! - ríen alegremente, después se calman -. ¿De veras no dirás nada? - pregunta Judy Paris -. Tenemos que decirle a Lady Blue lo que hemos hecho. Uuf. ¿Pero de veras no les contarás a tus amigos?

No les había contado, piensa ahora, al regresar a su yo viviente. Connie, a su lado, bebe sidra de un bulbo. Y descubre que él también tiene una bebida en la mano. Pero no ha contado nada.

- Las Judys son charlatanas - Connie menea la cabeza, sonriente. Lorimer comprende que debe de haber dicho todo en voz alta.

- No importa - le dice -. Lo habría descubierto pronto de todos modos. Había demasiadas claves... Las Woolagongs inventan, las Mydas se preocupan, las Jans son los cerebros, los Billy Dees trabajan duro. Recogí seis historias diferentes sobre plantas hidroeléctricas construidas o remodeladas o dirigidas por una tal Lala Sing. Todo vuestro modo de vida. Esto me interesa más de lo que corresponde a un físico respetable - dice con amargura -. Sois... todas clones, ¿verdad? Cada una de vosotras. ¿Qué hacen las Connies?

- Sabes mucho, de veras - ella lo mira como una madre cuyo hijo acaba de hacer algo perturbador y brillante -. ¡Oh, bueno! Las Connies labramos como locas, cultivamos cosas. Casi todos nuestros nombres son de plantas. A propósito, yo soy Verónica. Y por supuesto, los institutos son nuestra debilidad. La manía de la crianza. Tendemos a interesarnos por todos los más débiles o pequeños - fija los ojos cálidos en Lorimer, que se retrae involuntariamente -. Pero podemos controlarlo - ríe de buena gana -. No todas somos así. Hubo también Connies ingenieras, y tenemos dos jóvenes hermanas enamoradas de la metalurgia. Es fascinante lo que puede lograr el genotipo si te esfuerzas. La Constantia Morelos original fue química, pesaba cuarenta kilos y en su vida pisó una granja - Connie se mira los brazos musculosos -. La mataron los chiflados, peleó con armas. Es tan difícil de comprender... Y tuve una hermana Timothy que fabricó dinamita y cavó dos canales, y ni siquiera era una Andy.

- Una Andy - dice él, como un eco. - Oh, cielos.

- También me lo imaginaba. Tratamientos tempranos con andrógenos.

Ella asiente, titubeando.

- Sí. Necesitamos fuerza muscular para ciertas tareas. Unas pocas. Las Kays son muy fuertes, de todos modos. ¡Uh! - de pronto se estira la espalda, se retuerce como si tuviera un calambre -. Oh, me alegra que lo sepas. Ha sido una tensión muy fuerte. Ni siquiera podíamos cantar.

- ¿Por qué no?

- Myda estaba segura de que cometeríamos errores, con todas las palabras que teníamos que cambiar. Cantamos mucho - tararea suavemente un par de tonadas.

- ¿Qué clase de canciones cantáis?

- Oh, de todas clases. Canciones de aventuras, de trabajo, de cuna, de viajes, canciones tristes, canciones serias, canciones en broma... De todo.

- ¿Y canciones de amor? - aventura Lorimer -. ¿Todavía... eh, aman?

- Desde luego, ¿cómo podría no amar la gente? - pero lo mira con aire dubitativo -. Las historias de amor de vuestra época son...no sé, tan raras; tristes, crueles, no parece amor... Oh, sí. Tenemos canciones de amor que son famosas. Algunas son un poco tristes, también. Como la de Tamil y Alomene, predestinadas a atraerse. Las Connies también están un poco predestinadas - sonrío embarazosamente -. Nos encanta estar con Ingrid Anders. Es más bien

unilateral. Espero que haya una Ingrid en mi próxima misión. Es tan atractiva... Es como un pequeño diamante.

Las conjeturas le estallan alrededor chisporrotean preguntas. Pero Lorimer quiere completar ese otro diseño más oscuro que las trasciende.

- Once mil genotipos, dos millones de personas: eso arroja un promedio de doscientas de cada una de vosotras en la actualidad - ella asiente -. Supongo que habrá variaciones. ¿Hay más de algunas?

- Sí, algunos tipos no son tan viables. Pero no hemos perdido ninguno desde los primeros tiempos. Se trató de preservar todos los genes posibles, hay gentes de todas las razas y muchas de subrazas menores. Por ejemplo, yo soy el tipo caribe. Desde luego que nunca lograremos saber lo que se ha perdido. Pero once mil es mucho, realmente. Todas tratamos de conocemos unas a otras, es tarea de una vida.

Un escalofrío penetra la ataraxia de Lorimer. Once mil, punto. Esa es la verdadera población de la Tierra ahora. Piensa en doscientas mujeres altas de tez olivácea con nombres de plantas, excitadas por doscientas menudas y brillantes Ingrids; doscientas Judys charlatanas, doscientas ceñudas Lady Blues, doscientas Margos y Mydas y el resto. Se estremece. Los herederos, los felices portaféretos de la raza humana.

- Así termina la evolución - dice, sombrío.

- No, ¿por qué? Simplemente va más despacio. Todo lo hacemos con más lentitud que vosotros, creo. Nos gusta experimentar las cosas plenamente. Tenemos tiempo - se estira de nuevo, sonriente -. Tenemos todo el tiempo del mundo.

- Pero no tenéis nuevos genotipos. Es el fin.

- Oh, ahora sí. El siglo pasado descubrieron la forma de combinar núcleos haploides. Podemos hacer que una célula-huevo despojada funcione como polen - dice con orgullo -. Es decir, esperma. Es engorroso, a veces no sale muy bien. Pero ahora estamos descubriendo que ambas X son viables. Tenemos más de cien tipos nuevos en camino. Claro que es duro para ellas, sin hermanas. Las donantes tratan de ayudar.

Más de cien, piensa él. Bueno. Quizá... ¿Pero qué significa que «ambas X son viables»? Debe de aludir a la epidemia. Pero él había pensado que afectaba primordialmente a los hombres. Su mente se pone a trabajar con afán en este nuevo enigma, e ignora un sonido que desde alguna parte trata de penetrar en su calma.

- Fue un gene o genes del cromosoma X el que resultó afectado - conjetura en voz alta -. No el Y. El rasgo letal tenía que ser recesivo, ¿verdad? Así que no habría nacimientos durante un tiempo, hasta que ciertos hombres se recobraran o estuvieran aislados el tiempo suficiente para producir gametos con cromosomas X intactos. Pero las mujeres llevan su reserva de huevos femeninos, nunca podrían regenerarse por vía de la reproducción. Cuando copulaban con los varones recobrados sólo podían dar a luz hijas mujeres, pues las mujeres llevan dos X y el gene defectuoso de la madre sería compensado por un X normal del padre. Pero el varón es XY, recibe sólo el cromosoma defectuoso de la madre. Así se manifiesta el defecto letal, el feto masculino moría... Un planeta de muchachas y de hombres en extinción. Los pocos tipos viables perecieron.

- Entiendes de veras - dice ella, admirada.

El sonido se vuelve insistente. El rehúsa oírlo, esto es significativo.

- De modo que estaremos perfectamente bien en la Tierra. Ningún problema. Teóricamente podemos casarnos de nuevo y tener familias, al menos hijas...

- Sí - dice ella -. Teóricamente.

El sonido de pronto le traspasa las defensas, se transforma en la estentórea voz de Bud Geirr entonando una canción. Ahora suena borracho como una cuba. Parece que proviene del huerto principal, el que usan para cultivar y no para purificar el ambiente. Lorimer siente que el espanto renace, se cierne sobre él. Dave debería vigilarlo. Pero parece que también él ha desaparecido.

Y entonces recuerda que vio a Dave con Lady Blue, que iban a Control.

- «Oh el sol arde brillante sobre la bonita Ala Ro-o-oja» - canturrea Bud.

Lorimer decide apenado que hay que hacer algo. Se mueve. Es un esfuerzo.

- No te preocupes - dice Connie -. Andy está con ellos.

- No sabéis, no sabéis lo que habéis empezado - se dirige con esfuerzo al pasaje que da al huerto.

- «...cuando yacía durmie-eeendo, un vaquero se fue acerca-aaando...» - risotada general en el pasadizo. Lorimer se abre paso en el resplandor verde. Más allá de la cerca radial de legumbres ve a Bud, que se acerca a Judy Paris con exagerado sigilo. Andy flota cerca de las jaulas de las iguanas, riendo.

Bud aferra un tobillo de Judy y la detiene con un gesto histriónico, haciendo flamear el pijama amarillo. Ella ríe cabeza abajo, sin hacer nada para zafarse.

- Esto no me gusta - susurra Lorimer.

- Por favor, no interfieras - Connie le ha tomado el brazo y ambos están anclados al anaquel de herramientas. La alarma de Lorimer parece haberse dispersado. Observará, dejará que vuelva la serenidad. Los otros no han reparado en ellos.

- Oh, había una vez una mucama india - canta Bud, más moderado - que nunca tenía miedo de que algún vaquero se la metiera, ehem, ehem - ríe y tose ostentoso -. Eh, Andy, oigo que te llaman.

- ¿Qué? - dice Judy -. Yo no oigo nada.

- Te llaman, muchacho. Por allá.

- ¿Quién? - pregunta Andy, y presta atención.

- Por allá, en nombre de Cristo - suelta a Judy y se acerca a Andy impulsándose con el pie -. Oye, eres un gran muchacho. ¿No ves que Judy y yo tenemos que conversar algo en privado? - hace girar suavemente a Andy y lo empuja hacia la cerca -. Es víspera de Año Nuevo, tonto.

Andy se aleja pasivamente atravesando la cerca de enredaderas, saluda con la mano a Lorimer y Connie. Bud regresa con Judy.

- Feliz Año Nuevo, gatita - sonrío.

- Feliz Año Nuevo. ¿Hacíais algo especial en Año Nuevo? - pregunta ella con curiosidad.

- Qué hacíamos en Año Nuevo... En víspera de Año Nuevo sí que hacíamos algo - ríe Bud, y la toma de los hombros -. ¿No quieres que te muestre algunas de nuestras primitivas costumbres terráneas, eh?

Ella asiente, los ojos abiertos.

- Bueno, primero nos deseábamos felicidades, así - la atrae hacia él y le besa ligeramente la mejilla -. Cristo, qué hembra imbécil - dice con otro tono de voz -. Notas que has estado lejos mucho tiempo cuando cualquier cosa te viene bien. Ah, qué tetas magníficas... - le mete la mano en la blusa.

Lorimer comprende que el hombre está desprevenido. No sabe que está drogado, piensa en voz alta. Debo de haber hecho lo mismo. Oh Dios... Se refugia tras sus lentes de cristal, un espectador a la sombra protectora de la eternidad.

- Y después nos besuqueábamos un poco - la voz es de nuevo amable; Bud estrecha a la muchacha, le acaricia la espalda -. Un buen trasero - comenta para sí, y le apoya los labios en la boca; ella no se resiste.

Lorimer observa cómo Bud la abraza con más fuerza, le manosea las nalgas, hurga bajo las ropas. Protegido tras sus lentes, siente que también él se excita. Judy agita los brazos azarosamente.

Bud se separa para respirar, una mano en la cremallera. - Deja de mirarme - rezonga -. Una palabra más y descubrirás para qué tienes esa boca. Oh, muchacho, un mástil. Como acero... Perra, es tu día de suerte - ahora le desnuda los senos, senos grandes... Los acaricia -. Dos condenados arios en el culo de la nada - murmura -, ven aquí, ¿quieres? No puedo aguantar, míralo... Bonitas tetitas... - y vuelve a besarla de prisa y le sonrío -. ¿Bien? - pregunta con su voz tierna, y le hunde la boca en los pezones a la vez que busca los muslos con la mano. Ella se estremece y suelta un murmullo sofocado.

Las arterias de Lorimer martillan de placer y espantó.

- Creo que hay que parar esto - se obliga a decir con falsedad, con la esperanza de no tener que decir más. A través de la tensión pulsátil oye un susurro de Connie, algo así como «No te preocupes, Judy es muy atlética». El terror lo apuñala, ellas no saben. Pero no puede evitarlo.

- Coño, ¿estás congelada? - gruñe Bud -. Eres tonta...

La cara de Judy asoma fugazmente por entre el pelo flotante, y una parte remota de la mente de Lorimer advierte que se le nota divertida e incómoda. Su ser sigue atenta el espectáculo de Bud, experto en el control del cuerpo de ella en medio del aire, que le baja los pantalones amarillos. Oh Dios, el oscuro vello púbico, los muslos blancos y gruesos. Una mujer perfectamente normal, ninguna mutación. Oh Dios... Pero de pronto una sombra móvil se interpone: es Andy, otra vez. Flota encima de ellos con algo en la mano.

- ¿Estás al pelo, Jude? - pregunta el muchacho.

Bud enrojece de furia.

- ¡Lárgate, idiota!

- Oh, no molestaré.

- Cielo santo - Bud se lanza hacia arriba y aferra el brazo de Andy mientras sostiene a Judy con las piernas -. Esto es cosa de hombres, muchacho. ¿Tengo que explicarte todo? - mueve el brazo -. ¡Fuera!

Con un movimiento rápido atrae a Andy y le abofetea la cara, después lo arroja contra la enredadera.

Bud ladra una risotada, se inclina sobre Judy. Lorimer puede verle el pene erecto que asoma por la bragueta. Quiere advertirle, ponerle al tanto del peligro, pero sólo puede dejarse llevar por el placer caliente que ahora lo desborda, derrite el caparazón de cristal. Vamos, más. Ve con avidez cómo Bud le besuquea de nuevo los pechos y luego le hace girar bruscamente el cuerpo. Aferra ambas muñecas en un puño y le engancha las piernas con las suyas, las nalgas desnudas de la muchacha se destacan como lunas enormes.

- C-c-u-u-l-o - gruñe Bud -. Ya verás, putita... - atrae las caderas hacia él.

Judy grita, empieza una fútil lucha. El caparazón de Lorimer hierve y estalla. En medio del torbellino los fantasmas de afuera tratan de penetrar. Y algo se está moviendo, un fantasma real. Consternado, ve que es Andy otra vez, que flota

hacia los cuerpos unidos empujando una cosa zumbante. Oh, no... Una cámara. Qué idiotas.

- ¡Lárgate! - trata de decirle al muchacho.

Pero Bud vuelve la cabeza, lo ha visto,

- Pequeño aguafiestas - estira el brazo y aferra la camisa de Andy mientras mantiene asida a Judy con las piernas - Ya me hartaste - descarga un puñetazo en la boca de Andy, la cámara se aleja girando. Pero esta vez Bud no lo suelta, sigue golpeando al muchacho y todos ruedan en el aire, enmarañados.

- ¡Basta! - se oye gritar a Lorimer, que se zambulle a través de la cerca -. ¡Bud, detente! Estás golpeando a una mujer.

La cara feroz se vuelve hacia él, los ojos entornados.

- Piérdete de vista, Doc. Consíguete tu propia chica.

- Andy es mujer, Bud. Estás golpeando a una muchacha. No es un hombre.

- ¿Eh? - Bud examina la cara ensangrentada de Andy, le sacude la pechera de la camisa -. ¿Dónde están las tetas?

- No las tiene, pero es mujer. Su verdadero nombre es Kay. Todas son mujeres. Suéltala, Bud.

Bud mira fijo al andrógino, las piernas todavía apretando a Judy, el pene que tantea el aire. Andy levanta las manos en forma vagamente combativo.

- ¿Una lesbiana? - dice lentamente Bud -. ¿Una maldita marimacho? Esto tengo que verlo.

Gesticula al azar y manotea por sorpresa la entrepierna de Andy.

- ¡No tiene testículos! - ruge -. ¡No tiene testículos! - se revuelca en el aire con convulsiones de risa, suelta a Andy y libera a Judy -. ¡Ah, no! - se interrumpe para aferrar a Judy del cabello y sigue con sus chillidos -: ¡Una marimacho! - se empuña la verga endurecida y la menea ante Andy -. Sufre, marimacho - luego levanta la cabeza de Judy, que ha observado todo sin resistencia -. Mírala bien, muchacha. ¿Ves lo que te ha traído el buen Bud? Esto es todo lo que quieres, confíésalo. ¿Cuánto hace que no ves un hombre de veras, cara de piedra?

Una risa maniática burbujea en las vísceras de Lorimer, la comicidad supera el miedo.

- Nunca ha visto un hombre en su vida, ni ella ni las demás. Imbécil, ¿todavía no te das cuenta? No hay más hombres. Murieron todos hace trescientos años.

La risa de Bud muere lentamente, mientras él se vuelve hacia Lorimer.

- ¿Qué has dicho, Doc?

- Los hombres desaparecieron. La epidemia los extinguió. En la Tierra sólo quedan mujeres.

- ¿Quieres decir que allá hay dos millones de mujeres y ningún hombre? - se le afloja la mandíbula -. ¿Sólo marimachos como Andy...? Espera un minuto. ¿De dónde sacan los niños?

- Los generan artificialmente. Son todas muchachas.

- Dios... - la mano de Bud aferra el pene flácido, lo cosquileo distraídamente y le devuelve la rigidez -. Dos millones de hembras calientes allá abajo, esperando al buen Buddy. Dios, el último hombre en la Tierra. Tú no cuentas, Doc. Y el buen Dave está lleno de ideas raras.

Empieza a masturbarse y aún mantiene a Judy aferrada del cabello. El movimiento los hace retroceder un poco. Lorimer ve que Andy-Kay ha encendido de nuevo la cámara. Hay una gran mancha de sangre con forma de estrella en la cara aniñada, probablemente del labio cortado. El mismo se siente apresado en el aire espeso. Vaciado, falto de lucidez.



- Dos millones de hembras - repite Bud -. Nadie en casa, sólo muchachas por todas partes. Puedo hacer lo que se me antoje, en cualquier momento. Basta de tonterías - se masturba más rápido -. Cubrirán kilómetros a la redonda para suplicarme... forcejeando entre ellas. Todas para mí, el rey Buddy... Desayunaré fresas y mujeres. Tetas calientes con mantequilla, hombre. Diantres, tendré un par de muchachitas que estén todo el día lamiéndome crema batida de la verga... ¡Eh, organizaré concursos! Buddy ahora tendrá sólo lo mejor. No a ti, vaquillona - sacude la cabeza de Judy -. Hembritas jóvenes, agujeritos estrechos. Las yeguas viejas se calentarán mientras las miro - frunce ligeramente el ceño y se acaricia.

En un rincón clínico de la mente de Lorimer se aloja la suposición de que la droga está demorando la eyaculación, y piensa que la concentración de Bud en sí mismo debería darle alivio. Pero en cambio, incomprensiblemente, le aterra.

- Seré un rey, un dios - murmura Bud -. Me harán estatuas, mi verga de un kilómetro de altura, por todas partes... Las pelotas sagradas de Su Majestad. Las adorarán... Buddy Geirr, la última verga de la Tierra... Hombre, si el viejo George pudiera verlo... Cuando los chicos se enteren, se morirán de envidia, ¡juhuuu! - frunce aún más el ceño -. No puede ser que todos hayan desaparecido - los ojos extraviados encuentran a Lorimer -. Eh, Doc. En alguna parte ha de quedar algún hombre, ¿verdad? Dos, o tres, al menos.

- No - Lorimer menea la cabeza con esfuerzo -. Están todos muertos, todos.

- Mierda - Bud se vuelve para mirarlos -. Tiene que quedar alguno, dime que sí - tironea de la cabeza de Judy -. Dilo, borrega.

- No, es verdad - dice ella.

- No hay hombres - repite Andy/Kay.

- Me estáis mintiendo - gruñe Bud, y se acaricia más de prisa, sacude la pelvis -. Tiene que haber algún hombre, claro que los hay... Se ocultan en las colinas, eso es. La caza, la vida salvaje... Buenos salvajes, lo sabía.

- ¿Por qué tiene que haber hombres? - le pregunta Judy mientras la sacuden a un lado y otro.

- Por qué, hembra estúpida - no la mira, se excita furioso -. Porque de lo contrario nada cuenta, imbécil. Ese es el porqué... Hay algunos hombres, unos buenos vaqueros... Buddy es un viejo vaquero...

- ¿Ahora expulsará esperma? - susurra Connie.

- Es muy probable - dice Lorimer, o intenta decirlo; el espectáculo es de un interés meramente clínico, piensa. Nada que temer. Una de las manos de Judy sostiene algo: una pequeña bolsa de plástico. Se lleva la otra mano al cabello pero Bud la sacude, debe de ser doloroso.

- Ahhh, ahh - jadea Bud, lastimero -, así, así... - de pronto se acerca la cabeza de Judy a la entrepierna; Lorimer observa la expresión perpleja de la muchacha -. Tienes una boca, perra. ¡Úsala! ¡Tómala, carajo! ¡Tómala, ah... una pequeña ostra sale despedida flojamente. El brazo de Judy la persigue con la bolsa mientras ruedan en el aire.

- ¡Geirr!

Desconcertado por el bramido, Lorimer se vuelve y ve a Dave - el mayor Norman Davis - que observa desde la entrada. Tiene los brazos extendidos para contener a Lady Blue y la otra Judy.

- ¡Geirr! Dije que no se cometerían indignidades en esta nave, y lo dije en serio. ¡Aléjese de esa mujer!

Bud mueve las piernas vagamente, como si no hubiera oído, mientras Judy nada entre ellas para embolsar las últimas gotas.

- Usted, ¿qué demonios hace?

En el silencio Lorimer se oye decir:

- Parece que toma una muestra de esperma...

- ¿Lorimer? ¿No te queda una pizca de cordura en esa mente pervertida?  
Conduce a Geirr a su cuarto.

Bud se yergue lentamente, rueda.

- Ah, el reverendo Leroy - dice, sin expresión.

- Estás ebrio Geirr. Vé a tu cuarto.

- Tengo noticias para ti, Dave - le dice Bud con la misma voz chata -. Apuesto a que no sabes que somos los últimos hombres de la Tierra. Dos millones de hembras nos esperan.

- Lo sé - dice Dave, furioso -. Eres un borracho perdido. Lorimer, llévate a ese hombre de aquí.

Pero Lorimer no siente la pulsación de ningún nervio. La voz furiosa de Dave ha conjurado el terror, ha creado una extraña éstasis esperanzada que los envuelve a todos.

- Ya no tengo que aguantarte más - dice Bud con movimientos de cabeza, murmurando no, no, no, mientras se acerca a Lorimer -. Nada más importa. Todos han muerto. ¿Para qué, amigos? - arruga la frente -. El viejo Dave, él es hombre. Le dejaré algunas. Las más frías... Pobre viejo Doc, eres un bicho raro pero es mejor que nada, también te dejaré algunas... Tendremos lugares, rebaños enteros, ya lo verás... Eh, podemos correr carreras, tiene que haber un millón de coches allá. Podemos ir de cacería. Y luego encontraríamos a los salvajes.

Andy, o Kay, flota hacia él. Se seca la sangre.

- ¡Ah no, no te acerques! - gruñe Bud, y se lanza hacia ella. Cuando estira el brazo Judy le golpea los tríceps.

Bud suelta un aullido entrecortado, agita las extremidades, y luego flota sin fuerzas, la cara repentinamente serena. Lorimer ve que respira. Está soltando su propio aliento, observando cómo extienden su enorme cuerpo con cuidado. Judy recoge los pantalones de la enredadera y lo remolcan a través de la cerca. Ella lleva la cámara y la bolsa con la muestra.

- ¿Pongo esto en el congelador, verdad? - le dice a Connie cuando pasan. Lorimer tiene que desviar los ojos.

Connie asiente.

- Kay, ¿cómo está tu cara?

- ¡Lo sentí! - responde con entusiasmo Andy/Kay, y frunce los labios -. Sentí la furia física, quise golpearlo. ¡luuuu!

- Meted a ese hombre en mi habitación - ordena Dave cuando pasan se ha movido hacia la luz, por encima de los plantíos de lechuga. Lady Blue y Judy Dákar están de nuevo junto a la pared y observan. Lorimer recuerda lo que quería preguntar.

- Dave, ¿lo sabes, de veras? ¿Has descubierto que son todas mujeres?

Dave lo escruta, pensativo. Erguido, flota con el sol en la barba y el pelo castaños. Rasgos viriles auténticos. Lorimer recuerda a su propio padre, una figura pálida y menuda como él mismo. Se siente mejor.

- Siempre supe que trataban de engañarnos, Lorimer. Ahora que esta mujer ha admitido los hechos entiendo toda la magnitud de la tragedia - es su profunda voz dominical. Las mujeres le miran con interés -. Son criaturas perdidas. Han olvidado a Aquel que las creara. Durante generaciones han vivido en las tinieblas.

- Sin embargo, parece que se las arreglan bastante bien - se oye decir Lorimer, aunque le suena bastante idiota.

- Las mujeres son incapaces de gobernar nada, Lorimer. Deberías saberlo. Mira lo que han hecho aquí, es patético. Ni el menor progreso. Pobres almas - Dave suspira con gravedad -. No es culpa de ellas, lo reconozco. Nadie las ha guiado en trescientos arios. Como un pollo con la cabeza cortada.

Lorimer reconoce su propio pensamiento: una masa protoplasmática de dos millones de células, sin estructura, charlatana y trivial.

- La cabeza de la mujer es el hombre - dice Dave con vehemencia -. Corintios I, 11:3. Ninguna disciplina - tiende el brazo y levanta un crucifijo mientras boga hacia la cerca vegetal -. Burlas. Abominaciones - toca las plantas y se vuelve, enmarcado por la fronda verde -. Lorimer, hemos sido enviados aquí. El plan de Dios es éste, Yo fui enviado aquí. No tú, tú eres tan inútil como ellas. Mi segundo nombre es Paul - añade en tono coloquial. El sol relumbra en la cruz; en la cara altiva, un semblante fuerte, puro, apostólico. Pese a ciertas reservas intelectuales, Lorimer siente despertar un nervio olvidado -. Oh Padre, dame fuerzas - ruega Dave con serenidad, los ojos cerrados -. Nos has rescatado del vacío para traer Tu luz a este mundo sufriente. Conduciré a Tus hijas errantes fuera de las tinieblas. Seré un padre severo pero misericordioso para con ellas, en Tu nombre. Ayúdame a enseñar a Tus hijas Tu ley sagrada e infúndeles el temor a Tu justa ira. Que las mujeres aprendan en el silencio y la sumisión, Timoteo 2:7. Engendrarán varones que las gobernarán y glorificarán Tu nombre.

El podría lograrlo, piensa Lorimer. Un hombre como éste podría poner la vida en marcha de nuevo. Tal vez hay algún misterio, un plan. Yo ya me daba por vencido. No tengo agallas... Oye que las mujeres cuchichean.

- Esta cinta está terminando - es Judy Dákar -. ¿No es suficiente? Sólo está repitiendo.

- Espera - murmura Lady Blue.

- Y engendró un niño que gobernará las naciones con vara de hierro, Apocalipsis 12:5 - dice Dave, más alto; ahora tiene los ojos abiertos, fijos en la cruz -. Pues de tal manera amó Dios al mundo que envió a su hijo unigénito.

Lady Blue asiente. Judy se acerca a Dave. Lorimer entiende, y la protesta le tiembla en a garganta. No pueden hacerle eso a Dave, tratarlo como un animal, santo cielo... ¡Es un hombre!

- ¡Dave! ¡Aléjate, no dejes que se te acerque! - grita.

- ¿Puedo mirar, mayor? Es hermoso, ¿qué es? - dice Judy, acercándose con la mano tendida hacia el crucifijo.

- ¡Tiene una hipodérmico, cuidado!

Pero Dave ya ha girado sobre sí mismo.

- ¡No seas sacrílega, mujer!

Le arroja la cruz como un arma, tan amenazadoramente que ella se retrae en el aire y muestra la aguja que le destella en la mano.

- ¡Serpiente! - Dave le pateo el hombro y se impulsa hacia arriba -. Blasfema. Bueno, a partir de ahora - barbota en su voz ordinaria - impondremos un poco de orden aquí. Hacia esa pared, todos.

Atónito, Lorimer ve que Dave tiene en la otra mano un arma, una pistola pequeña y gris que debe haber traído desde Houston. La esperanza y la ataraxia desaparecen, es devuelto a la decadente realidad.

- Mayor Davis - está diciendo Lady Blue; ella y las demás se le acercan, directo hacia el arma. ¿Sabrán qué es?

- ¡Alto! - les grita Lorimer -. Obedecedle, por Dios. Es un arma balística, puede mataros. Dispara cápsulas de metal - empieza a acercarse a Dave a lo largo de las enredaderas.

- Atrás - Dave gesticula con la pistola -. Tomo el mando de esta nave en nombre de los Estados Unidos de América, con Dios por testigo.

- Dave, guarda esa pistola. No querrás dispararle a la gente...

Dave lo ve y lo encañona.

- Te advierto, Lorimer. Métete aquí con ellas. Al menos Geirr es un hombre, cuando está sobrio - se vuelve a las mujeres que todavía revolotean perplejas alrededor y comprende -. Muy bien. Primera lección: observen esto.

Apunta cuidadosamente a las jaulas de las iguanas y dispara. Hay una detonación sibilante. Un lagarto estalla en sangre, los gritos cunden. Un godelo estridente y mecánico sofoca todos los ruidos.

- ¡Una filtración!

Dos cuerpos se lanzan hacia el extremo opuesto, todos se mueven. En la confusión Lorimer ve que Dave regresa serenamente a la salida, el arma empuñada. El cruza el anaquel de las herramientas con frenesí para cerrarle el paso. Un cilindro de aerosol se suelta cuando lo aferra, y lo deja pataleando en el aire. El godelo de la alarma muere.

- Se quedarán aquí hasta que yo decida enviar por ustedes - anuncia Dave; ha llegado a la salida, está empujando la maciza compuerta. Sellará el sector, comprende Lorimer.

- ¡No, Dave! escucha, nos matarás a todos - las alarmas internas de Lorimer lo estremecen, ahora sabe para qué ha sido todo ese juego endemoniado y está muerto de miedo -. ¡Dave, escúchame!

- ¡Silencio!

El arma gira hacia él. La puerta se mueve, pero Lorimer logra asentar un pie.

- ¡Cuidado! ¡Es una bomba! - con todas sus fuerzas arroja el cilindro a la cabeza de Dave y se lanza detrás - ¡Apártate! - y flota impotente en movimientos lentos, oye un nuevo estampido del arma, y aullidos de voces. Dave le debe de haber errado, acertar en esas condiciones no es tan fácil... Y luego se está arqueando hacia abajo, aferrado a una cabellera. Un golpe recio le da en el vientre, una patada de Dave, pero él logra pasarle el brazo por debajo de la barba, mientras el hombre arremete como un toro y lo zarandea.

- ¡El arma! - grita; gente que lo atropella, golpes. Justo cuando la mano se le afloja y suelta a Dave, otra mano le serpea al lado y aferra el hombro de Dave, y entonces ambos se estrellan contra la compuerta en un nudo. El cuerpo de Dave repentinamente está tieso.

Lorimer se suelta, ve la cara retorcida de Dave, que se vuelve lentamente hacia él.

- Judas...

Los ojos se le cierran. Todo ha terminado.

Lorimer mira alrededor. Lady Blue empuña el arma, está mirando el cañón.

- Baja eso - jadea él, agitado. Ella sigue examinándola.

- ¡Eh, gracias! - Andy/Kay le sonrío torciendo la cara, frotándose la mandíbula. Todas sonrían, le hablan cálidamente, se palpan los cuerpos, las ropas rasgadas. Judy Dákar tiene una magulladura en el ojo, Connie sostiene de la cola una iguana destrozada.

Al lado, Dave flota. Su respiración es convulsiva, la cara ciega apunta al Sol. Judas... Lorimer siente que el último escudo se le resquebraja dentro, y la desolación lo inunda. En la cubierta yace mi capitán.

Andy-que-no-es-hombre se acerca y cierra con destreza la chaqueta de Dave, la aferra y lo remolca hacia afuera. Judy Dákar los detiene un instante para ceñir la cadena del crucifijo en la mano de Dave. Alguien ríe casi cordialmente cuando pasan al lado.

Por un instante Lorimer está de vuelta en aquella sala de baño de Evanston. Pero han desaparecido... Todas las muchachitas godeantes, desaparecidas para siempre con los muchachones que esperaban fuera para burlarse de él. Bud tiene razón, piensa. Nada más importa. La pena y la furia le marean. Ahora sabe qué era lo que temía: no la vulnerabilidad de ellas, la suya.

- Eran buenos hombres - dice amargamente -. No son malos. No sabéis lo que significa la maldad. La culpa fue vuestra, por incitarlos. Los habéis obligado a hacer locuras. ¿Fue interesante? ¿Aprendisteis mucho? - le tiembla la voz -. Todos tenemos fantasías agresivas. A ellos nunca los habían vencido. Nunca. Hasta que los drogasteis.

Lo miran en silencio.

- Pero nadie las cumple - dice al fin Connie -. Las fantasías, quiero decir.

- Eran buenos hombres - repite Lorimer, elegíaco; sabe que está hablando por todos; por el Padre de Dave, por la virilidad de Bud, Por sí mismo, por Cro-Magnon, quizás también por los dinosaurios -. Yo soy un hombre. Sí, por Dios, estoy furioso. Tengo derecho. Os hemos dado todo esto, lo hemos construido todo. Os hemos legado vuestra preciosa civilización y vuestros conocimientos y comodidades y medicinas y sueños. Todo. Os hemos protegido, nos deslomamos para defendemos a vosotras y a vuestros hijos. Ha sido difícil; una pelea, una pelea durísima. Somos violentos. Teníamos que serlo, ¿no entendéis? ¿No podéis entenderlo, en nombre de Cristo?

Otro silencio.

- Lo estamos intentando - suspira Lady Blue -. Lo estamos intentando, doctor Lorimer. Por supuesto que disfrutamos de esos inventos y apreciamos el papel de ustedes en la evolución. Pero debe entender el problema. En mi opinión, el principal peligro del que había que proteger a la gente eran otros machos de la especie, ¿verdad? Acabamos de presenciar una demostración extraordinaria. Ustedes han revivido la historia ante nuestros ojos - los ojos pardos y rugosos le sonrían; una matrona menuda, color té, que empuña un artefacto obsoleto -. Pero la pelea terminó hace tiempo. Terminó con los hombres, supongo. No podemos dejar personas así, sueltas en la Tierra. Simplemente no contamos con medios para gente con semejantes problemas emocionales.

- Además, creo que no seríais muy felices - añade con honestidad Judy Dákar.

- Podríamos utilizarlos para el clonaje - dice Connie -. Sé de gente que se ofrecería como voluntaria para la maternidad. Las jóvenes servirían. Podríamos intentarlo.

- Ya hemos pasado por todo eso - Judy Paris bebe del depósito de agua; se limpia y escupe en los almacigos, mira a Lorimer con preocupación -. Ahora tendríamos que encargarnos de esa filtración, mañana podremos hablar. Y mañana, y mañana - le sonrío, mientras se frota la entrepierna, distraída -. Estoy segura de que mucha gente querrá conocerlos.

- Dejados en una isla - dice fatigosamente Lorimer -. En tres islas - esa expresión, conoce esa expresión de preocupada compasión; la madre y la

hermana habían puesto la misma cara aquella vez que apareció el gatito en el patio, enfermo. Lo habían consolado y alimentado, y después lo llevaron tiernamente al veterinario para que lo gaseara.

Una aguda y compleja añoranza de las mujeres que conoció se adueña de él. Mujeres para las que los hombres no eran irrelevantes. Ginny... Dios santo. Su hermana Amy. Pobre Amy, era buena con él cuando eran niños. La boca se le tuerce.

- Vuestro problema es el siguiente - dice -: si vais a correr el riesgo de concedernos igualdad de derechos, ¿qué podremos dar nosotros, a cambio?

- Precisamente - responde Lady Blue. Todas le sonrían aliviadas, sin comprender que él no siente alivio.

- Creo que tomaré ahora ese antídoto - dice Lorimer.

Connie se le acerca flotando, es una mujer corpulenta, cordial, absolutamente extraña.

- Pensé que querrías el tuyo en un bulbo - sonrío amablemente.

- Gracias - Lorimer toma el bulbo pequeño y rosado -. Sólo una pregunta - dice vuelto hacia Lady Blue, que examina los agujeros de bala -, ¿cómo os denomináis? ¿Mundo de Mujeres? ¿Liberación? ¿Amazonia?

- Bueno, simplemente nos llamamos seres humanos - los ojos centellean ausentes, y vuelven a las marcas de bala -. Humanidad, género humano. La raza humana - se encoge de hombros.

El líquido sabe fresco al bajar, algo como la paz o la libertad, piensa Lorimer. O la muerte.

**FIN**

## Tomás Salvador - LOS HOMBRES METÁLICOS

Adscrita al servicio comercial interplanetario, la nave Gladiador sería excepcionalmente rápida si no fuera tan meticulosa. O lo que es igual, perdía figgando los rincones lo que ganaba corriendo. En realidad, no creemos cometer indiscreción diciendo que el servicio comercial interplanetario era una pantalla para actividades muy diferentes. Y la Gladiador aunque parecía un navío investigador, verdaderamente estaba registrado como crucero de guerra, si bien este secreto lo sabían muy pocos en la Tierra y Marte, sin contar, claro está, la tripulación, especialmente escogida. Gladiador, por decirlo así, informaba sobre las cosas raras que pasaban en los planetas y satélites: explotaciones mineras ilegales, regiones de confinamiento para indeseables, hallazgos que era necesario comprobar, depósitos de armas y cosas por el estilo. En fin, léase servicio de inteligencia en vez de servicio comercial y se habrá comprendido por qué la Gladiador corría menos de lo que podía y por qué escondía una batería de excelentes cañones desintegradores.

Más difícil sería explicar por qué Marsuf estaba a bordo de dicha nave sin pertenecer al servicio, aunque de ello no estamos seguros. ¿Quién podía estar seguro de algo tratándose de Marsuf? Si alguien podía ser un espía excepcional, este alguien era Marsuf, el loco Marsuf, el admirado Marsuf, el hombre que podía estar en todas partes sin necesidad de justificarse, el que podía viajar en todas las naves sin tomar billete, el que desataba las lenguas con su sola presencia. Todo parecía favorecer el que Marsuf perteneciera al servicio, salvo una cosa: que Marsuf era demasiado emotivo, demasiado independiente para obedecer a nadie. Por unas razones o por otras, nosotros nos guardaremos bien de opinar si Marsuf hacía esto o si hacía lo otro.

Aeronavegaba la Gladiador por la zona llamada de los asteroides, que está situada entre el cuarto y quinto planetas de la corte solar, o sea, entre Marte y Júpiter. Allí en épocas muy remotas, debió de pasar algo gordo. Nada menos que un planeta mucho mayor que la Tierra haciéndose pedazos, bien a causa de un choque, bien a causa de una explosión interna. Dos razones hay para creerlo: una, que existe una relación entre las distancias planetarias, llamada ley de Bode, que falla totalmente allí; otra, que el espacio está materialmente sembrado de asteroides en una zona muy ancha, dando vueltas por su cuenta, como si después de haberse partido el cántaro los pedazos siguieran dando vueltas. Estos asteroides son de muy diferentes tamaños, grandes como Portugal o pequeños como un grano de arena.

Marte está situado de la Tierra - en dirección contraria al Sol - entre sesenta millones de kilómetros cuando están al mismo lado y trescientos cincuenta cuando el Sol los separa. A continuación de Marte viene Júpiter, pero a una distancia enorme, setecientos millones de kilómetros que son los que se supone se reservaba el planeta que hizo explosión, llenando de cascotes, llamados asteroides, la ancha zona vacía. Dicha zona de asteroides tiene tantos millones de cascotes - valga la palabra - que explorarla toda es materialmente imposible. Por eso las patrullas militares y los servicios informativos la vigilaban todo lo posible. Nada raro era encontrar asteroides lo bastante grandes para ser habitables o con restos de antigua configuración planetaria, muy buscados por los astrónomos, pues se presumía que allí debió de haber alguna civilización.

Explorando, pues, la zona de los asteroides, entre Marte y Júpiter, se encontraba la Gladiador el mes de marzo del año 2058, cuando la pantalla de radar avisó la existencia, a un millón de kilómetros, de una masa considerable de materia sólida. Era pronto para medir su volumen y densidad, pero el analizador de a bordo anticipó que se trataba de «un buen pedazo», como dijo él, del orden de los doscientos kilómetros de diámetro.

- ¡Buen escondrijo! - dijo el comandante Varsovia.

- Tienes deformada la sesera, comandante - dijo con su habitual forma de hablar Marsuf, que había escuchado el informe -; sólo piensas en contrabandistas, bases secretas y refugio de bandidos.

- ¿No pensará encontrar una biblioteca a esta distancia y en ese montón de rocas?

- ¿Y por qué no?

El comandante Varsovia aclaró lo que era innecesario, porque todos lo sabían:

- Sólo uno entre cada mil de los asteroides que visitamos tiene algo interesante y ninguno vida humana.

- ¡No me enseñes a leer, jovenzuelo! - gruñó Marsuf -. Anda, dile al piloto que se acerque a ese asteroide.

- Marsuf, ¿quién manda en esta nave? ¿Tú o yo...?

- Tú, desde luego.

- Bien. Como mando yo, voy a ordenar que... nos acerquemos al asteroide.

Las risas de los oficiales apagaron los gruñidos de Marsuf. A veces le parecía señal de decadencia el que le respetaran de aquella forma. Echaba de menos los tiempos en que se peleaba con todo el mundo, cuando debía imponer sus opiniones a puñetazos. Y estaba muy cerca de la verdad. Aquel hombre ciego, huraño, mordido por todos los fríos del espacio, era mundialmente famoso y las nuevas tripulaciones le trataban con un respeto rayano en el asombro. A veces, por alegrar sus viejos huesos, le contradecían acaloradamente, le amenazaban con abandonarle en algún lugar desierto. Pero la realidad es que Marsuf era admirado por todos y que todos hubieran dado un brazo por conservarle a su lado. Pero el indomable barbudo, incluso al borde de la decadencia física, se obstinaba en ir siempre de un lugar para otro, ignorando que era discretamente vigilado para que no hiciera daño. Si en esta historia el tiempo pasa muy rápidamente y no se refleja de un modo exacto la fama de Marsuf, débese a que la escogemos libremente entre las muchas que se pueden contar, saltando de un tiempo a otro, de una nave a otra nave, sin sujetarnos a un rigor cronológico.

El ecólogo entregó los datos al comandante. Este los examinó detenidamente. Interesante asteroide: gravedad cero ochenta y nueve; densidad tres coma veintidós; atmósfera fluida, ligeramente superior en oxígeno de lo normal. Sesenta y cinco grados bajo cero. Y seguían los datos en cuanto a volumen, composición física, velocidades, triangulaciones, etcétera.

- Y bien - preguntó el capitán -, ¿Qué dice el ecólogo de las reciprocidades?

- Es habitable para el hombre con ciertas limitaciones. Necesita calefacción y cámara compensada para dormir. Posible estar dos o tres horas sin casco, pero eso equivale a una ligera borrachera. Tras ese síntoma, puede venir la muerte azul de no ponerse casco, como mínimo, durante un tiempo similar al pasado sin él.

El comandante Varsovia interrumpió la exposición:

- Le digo si cree usted que existan habitantes.

El ecólogo vaciló. Y dijo al fin:



- No es de mi departamento, pero el técnico en comunicaciones asegura haber captado radiaciones intermitentes de poca potencia. No está muy seguro.

- Que venga personalmente.

El técnico en comunicaciones amplió muy poco el informe del ecólogo. Se oían unos chasquidos intermitentes, que podían ser producto de la energía estática del espacio o causadas por las perturbaciones solares, pero...

- Acabe, hombre de Dios - ordenó el capitán.

- Aunque casi inaudibles, son demasiado rítmicas y regulares para ser ocasionales. Es todo lo que puedo decir.

- Bien, ¿qué te parece, Marsuf?

- Cuando la espada es corta se da un paso adelante - dijo el aludido.

- Amigo Marsuf, usas unas expresiones tan anticuadas que no hay manera de entenderte. Menos mal que yo, en la academia, usaba un ridículo espadín, que, por cierto, estorbaba más que el hermano pequeño de una novia. Por eso puedo entenderte.

Después de tan lozana explicación, el comandante de la nave dio órdenes para que ésta se pusiera en órbita sobre el asteroide, a un centenar de kilómetros, para que las cámaras fotográficas y la televisión permitieran observar de cerca el fenómeno.

Después de unas complicadas operaciones para cambiar de rumbo y desacelerar, el Gladiador estuvo en condiciones de ir dando vueltas al asteroide, fotografiando su superficie y reflejándola en la pantalla de televisión. Marsuf, junto a los oficiales, aguardaba pacientemente a que la cosa se aclarara. Estaba acostumbrado a aquella maniobra, que centenares de veces había hecho él mismo. Sólo que ahora estaba ciego y necesitaba preguntar:

- ¿Qué se ve?

- Un informe montón de rocas. Rocas oxidadas, erosionadas y mondas de vegetación.

Y más tarde:

- ¿Qué se ve?

- Ahora, nada; estamos en la zona oscura.

Y al cabo de un rato, habiendo percibido un murmullo de expectación.

- ¿Qué estáis viendo, decidme?

- Algo raro, Marsuf. Una edificación aplastada entre dos montañas. Vamos demasiado aprisa para la visión simple. La fotografía nos dará más detalles.

- Acerca más la espada, comandante - aconsejó nuevamente Marsuf.

Gladiador redujo velocidades y bajó hasta una decena de kilómetros. Cundía el interés. El asteroide no estaba registrado en la cartografía espacial y las edificaciones observadas parecían indicar un tipo de habitantes que no mostraban mucho interés en comunicarse con la nave. O bien no quedaba vida o no poseían conocimientos técnicos.

- ¡Ya estamos otra vez! - gritó un oficial.

- ¿Qué se ve, hermanos? - rogó Marsuf.

- La misma edificación; es grande. Parece una fábrica...

- ¡Atención! - dijo una voz -. ¡Mirad esas manchas negras!

- ¿Cómo son esas manchas negras que se ven. - pidió el invidente...

- Son... como hormigas... Aquélla es grande...

- Sí - dijo la voz del comandante -, y ahora se disgrega. Y son muchas, pequeñas; muchas, como hormigas.

La nave rebasó la zona y había que esperar otra vuelta, tiempo que aprovechó el comandante para un cambio de impresiones.

- Sean los que fueren - dijo Marsuf - no parecen peligrosos. No estarían apiñados así de serlo.

- Mi deber es desconfiar de todos los que se esconden. Bombardearemos la zona y luego veremos.

Marsuf se puso en pie:

- Tú no harás eso - dijo -. Los hombres van siempre con las armas por delante, sin darse cuenta que eso les predispone a ser cazadores. Además, la historia de la conquista planetaria nos ha demostrado que nuestros enemigos éramos nosotros mismos.

- Por eso lo digo... Temo que sean hombres los que estén bajo esos techos planos.

- ¡Un momento! - interrumpió un observador -. Según esto fotografía ampliada ¡son robots!

La sorpresa paralizó a todos los presentes durante unos instantes. Luego, todos se agruparon en torno al comandante, que examinaba las fotografías. Efectivamente, la ampliación indicaba un tipo de estructura metálica, con vaga reminiscencia humana en las extremidades y una cabeza sobre un delgado cuello. Pero el color, la rigidez de las masas, indicaban el clásico tipo de robot ya desaparecido de la Tierra. Marsuf, aun sin ver lo que los demás veían, podía imaginarse fácilmente la escena.

- Ya volvemos a pasar sobre la zona - anunció el piloto.

El comandante, comprensivo, fue detallando a Marsuf lo que veía. Una edificación chata, de gruesos muros; grandes manchas negras, en movimiento, como las hormigas, juntándose y disgregándose.

- ¡Increíble! - dijo al fin -. Deben de ser millares. ¿Qué significa esto?

- Sólo hay una forma de saberlo: bajando - dijo Marsuf.

La exclamación de sorpresa del comandante tenía una razón. Los hombres conocían los robots, articulaciones electrónicas puestas a su servicio. En realidad, estas máquinas resultaban toscas y duras, pero especializadas en un tipo de trabajo podían dar un rendimiento superior al de cuatro hombres, Porque eran incansables. A finales del siglo XX se pusieron de moda. Había máquinas-robots, calculadoras robots y servidores robots; estos últimos con vaga estructura humanoide, utilizados para faenas laborales en cuatro tipos: servicios domésticos, minas, trabajo mecánico en cadena y labores agrícolas.

Pero los sindicatos habían protestado. En un mundo superpoblado no podía admitirse que las máquinas fueran dejando a los hombres sin trabajo. Bien estaban aquellas que facilitaban el trabajo posterior de los mismos hombres, pero no la suplantación que estaba a punto de entronizarse si continuaba la política de perfeccionamiento robótico. No es que la falta de trabajo que podía suplirse con subsidios, molestase demasiado; era que los políticos preveían ya la posible causa de disturbios sociales que implicaría una multitud desocupada y sin los frenos morales del trabajo. En consecuencia, la fabricación de robots había sido declarada fuera de la ley. Hacía cincuenta años que no existían robots humanoides en la Tierra y sus colonias.

Cuando la Gladiador decidió tomar tierra en un claro, no lejos de la extraña construcción, desde la torre de mando se puso observar claramente -por lo menos con la claridad posible de la altura de una casa de treinta pisos, altura de la nave- que los robots iban acudiendo, alzando los brazos, sin armas aparentes.

- No tienen armas - comentó el teniente Douglas
- Los robots, ni por acción ni por omisión pueden hacer daño al hombre - comentó secamente, Marsuf -. Es la ley robótica.
- Ya comprendo por qué estabas tan confiado - bromeó el comandante -. El adversario no tiene espada.
- Quizá tenga una arma contra la que podemos luchar.

La nave consiguió una vertical perfecta y durante unas horas el comandante ordenó que se vigilara la actitud de los hombres metálicos desde las escotillas laterales. Los informes coincidían. Los robots continuaban llegando en enormes masas. Todos eran iguales, aunque algunos parecían haber perdido el brillo del metal niquelado. Se detenían a doscientos metros de la nave, formando un círculo. No se veía humano alguno, ni después de haber tomado tierra se escuchaba el clip intermitente de la emisora fantasma.

La actitud de los robots desencadenó en seguida numerosos comentarios en la nave. Marsuf se enteraba por los comentarios. Lentos, diríase que una vez llegados a un punto desde el cual podían ver la nave, los hombres de metal se quedaban inmóviles...

- Yo diría que tienen la patética inmovilidad del perro que espera una caricia - dijo el médico de a bordo, persona muy sensible.
- ¡Eso es! - dijo Marsuf, como si comprendiera -. Comandante: voy a bajar.
- Espera, Marsuf. Son miles.
- Tengo una teoría y la quiero comprobar.
- No; tú tienes alguna noticia más, que te callas.
- Es posible. Quiero bajar.
- De acuerdo. A condición de que no te alejes cien metros de la nave.
- No puedo calcular distancias. Recuerda que soy ciego - dijo Marsuf, con aire de inocente.
- Lo que tú puedes hacer siendo ciego lo saben de memoria en todo el sistema solar.

Colocado Marsuf en la plataforma de descenso, dotado de un traje acondicionado para guardar el calor, se hicieron los preparativos necesarios. El comandante, mediante gestos, ordenó se tomaran las precauciones necesarias para que una patrulla vigilara la actitud de los hombres metálicos sin que se enterara Marsuf. Al fin, la plataforma descendió entre las cuatro enormes estructuras de la nave que servían para la dirección en vuelo y el aterrizaje, mezcla de alas y patas. Marsuf, con el cuerpo protegido pero la cara al aire, sintió la fuerza del aire frío en el rostro y respiró ávidamente. Después de largas semanas dentro del aire acondicionado de la Gladiador, respirar el aire espacial tenía el encanto de siempre. Por otra parte, el aire no era tan frío como anunciara el ecólogo. Sin duda, una ligera capa atmosférica mitigaba el intenso frío de unos kilómetros más arriba.

Marsuf no podía ver, pero tenía un oído muy fino y sabía orientarse perfectamente. El resto lo supo luego por la tripulación de la nave. Abandonó la plataforma. Bajo sus pies, el suelo era liso, casi pulimentado. Allá, no lejos, donde los hombres de metal aguardaban, se produjo un ruido extraño, como un chocar de infinitos metales. Marsuf caminó en línea recta. Del círculo de robots comenzó a elevarse un cántico extraño, emocionado. Cuando Marsuf creyó haber recorrido la mitad de la distancia se detuvo. Los seres aquellos, cuales fueran, debían comprender que estaba esperando a que ellos hicieran la mitad de camino.

Y así fue. Del compacto pelotón se desprendieron cinco masas metálicas. Caminaban suavemente, pero se percibían sus pasos, su ruido metálico. Y cuando estaban muy cerca, cesó todo ruido. Fue como si los miles de testigos metálicos quisieran escuchar lo que se tenían que decir los adelantados del encuentro. El silencio, el aire frío sobre su cara, la emoción paralizó la acción de Marsuf, que, incapaz de otra cosa, aguardó.

- Has venido, señor. Te estábamos esperando - dijo una voz bien timbrada, pero que se notaba no era humana.

- ¿Quién eres tú? - preguntó Marsuf.

- Soy tu servidor - contestó la voz.

- ¿Quiénes son ellos?

- Son tus servidores. Nos dijiste que aguardásemos y eso hemos hecho.

La voz, impersonal, tenía un tal acento de júbilo que Marsuf sintió una punzada de dolor. ¿Quién sería el señor de aquellos hombres? Trató, desesperadamente, de ganar tiempo hasta que se le ocurriese una salida:

- ¿Cuántos son ya los servidores?

- Somos ciento veintitrés mil quinientos doce, señor.

- ¿Tú sabes lo que son los ojos?

- Sí. Sirven a los señores para ver.

- Pues los míos están enfermos. Acércate.

Marsuf sintió unos pasos. Tendió las manos y tocó una estructura metálica. Recorrió rápidamente la superficie para darse cuenta de lo que tenía delante. En tamaño y altura, el robot era sensiblemente igual a un hombre. Carecía de vestidos. En la cabeza era donde más se notaba la diferencia. No tenía boca ni oídos, reemplazados por una abertura cubierta a su vez por una membrana. Los ojos eran una célula fotoeléctrica y en ambas sienes tenía una corta antena. Mientras Marsuf realizaba su inspección, pudo oír un susurro:

- Señor, señor nuestro... ¡Cuánto has tardado! Tus servidores te hemos esperado. Tú nos dijiste que amásemos y eso hacemos, pero, ¿qué hacemos con nuestro amor? Nos llamabas hijos, pero ¿dónde está nuestro padre?, - preguntaban los que no tuvieron la dicha de conocerte -. Señor, señor...

- ¿Cómo se llama tu señor? - preguntó Marsuf.

- ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso no eres tú mi señor?

- Responde - ordenó Marsuf, sabiendo que ningún robot desobedece una orden.

- Mi señor es Luis van der Welt. Se marchó en una nave como esa y nos dijo: «Esperadme»... Señor, señor... Ya somos muchos, porque hemos trabajado como nos enseñaste y caminamos siempre, siempre, buscándote...

Marsuf hubiera jurado que el robot estaba llorando. En todo caso, en su voz latía una desesperación auténtica, terrible por cuanto no tenía los cauces naturales del ser humano para ser expresada.

- Llévame junto a ellos. Dame tu mano y dime lo que hay en el suelo. Ya te dije que tengo los ojos enfermos - ordenó Marsuf.

- Gracias, señor, por ordenarme. Te están esperando, señor.

Marsuf colocó al robot de modo que apoyándose él en su antebrazo pudiera ir ligeramente retrasado.

- Vamos.

El robot, caminando suavemente, guió a Marsuf al grueso del anillo robótico. Antes de adentrarse, ya escuchó el suave, el constante saludo:

- Señor, señor, señor...

Y durante mucho rato, horas quizá, Marsuf caminó entre aquella ingente multitud, que se abría ante él, dejando un pasillo. A lo lejos se oían los que iban llegando, corriendo con poderosa zancada; se escuchaban igualmente gritos de llamada, de júbilo.

- ¿Quieres ver nuestra casa? - preguntó el robot que primero hablara.

- Sí.

Era una fábrica, desde luego, trabajando a pleno funcionamiento. Una fábrica sin hombres, toda automática. Se escuchaba el deslizarse de las vagonetas acarreando material, y el estruendo de los pulverizadores, y el vibrar de la planta atómica que calentaba los hornos; y sentíase el calor de los fuegos, el zumbar de las cadenas sinfín, el roce de los metales.

- Aquí nacemos, señor.

Iba a seguir su inspección Marsuf cuando un rumor de pasos y voces humanas llamó su atención. Eran sin duda, tripulantes de la nave que también habían desembarcado.

- ¡Marsuf! ¡Marsuf!...

- Estoy aquí.

Poco después una patrulla, compuesta del segundo jefe y cinco soldados llegaba hasta Marsuf.

- Tardabas tanto que nos intranquilizamos - dijo, a modo de disculpa, el jefe.

- ¿Sois también señores? - preguntó el robot.

- Sí.

- ¿Os podemos servir?

- ¿Eh? Bueno...

El robot se detuvo, como intentando comprender una situación fuera de su comprensión. Meneó la cabeza y dijo al fin:

- Mi señor es Luis van der Welt y nos dijo: «Esperad». Y se fue en una nave. Vosotros sois señores... sois ¡hombres!

- Sí. Somos hombres.

- Entonces, ¿dónde está él?

Marsuf, antes que nadie contestaba, dijo a su robot:

- Volvamos a la nave. Nosotros, los señores, podemos caer enfermos...

- Sí. También lo decía él. Podemos hacer una casa.

- Mañana. Ahora vamos a la nave.

- Como ordenes, señor.

Y se reanudó la extraña marcha. Entre millares de seres metálicos, excitados y silenciosos, los cinco humanos, asombrados por lo que veían, caminaban en silencio, Marsuf sostenido por su lazarillo. Cerca de la nave, de la cual había desembarcado un comando de protección poderosamente armado, que vigilaba atentamente pese a la actitud pacífica de los robots, se detuvo el cortejo.

- Escucha, amigo - dijo Marsuf -, ahora volvemos a la nave. Pero volveremos.

- ¿Volveréis, señor? ¿Está dentro mi creador?

- Es posible. Tened paciencia. Si habéis esperado tanto, ¡qué importa un poco más! Y gracias, me has servido muy bien. En adelante, cuando yo baje, tú me ofrecerás tu brazo.

- Yo te ofreceré mi brazo, señor, y tú te apoyarás en él.

- Extraña situación, señores - comentó el capitán, desde la cabina de mando de la nave, rodeado de Marsuf y los oficiales contemplando la ingente multitud de robots, que, silenciosos, anhelantes, contemplaban la morada de los señores.

- Parecen perros esperando la salida del amo - comenta el segundo jefe -. Cuando iba en la patrulla, tenía miedo al principio. Su masa nos hubiera ahogado con sólo caernos encima. Pero en seguida comprendí que mi miedo era irrazonado.

- Bien, Marsuf, ¿cuál es tu teoría?

Marsuf, que había permanecido silencioso, comenzó a hablar, titubeando.

- Tienes el Who's Who in World? - dijo.

- Creo que sí - comentó, divertido, el comandante -; este cargo mío tiene a veces mucho de diplomático. Sí, aquí lo tengo...

- Si no me equivoco, Luis van der Welt era hace sesenta y cinco años un famoso ingeniero electrónico, creador de un tipo de robot.

- Sí, desaparecido en el año 2012 - agregó el comandante.

- Hace mucho tiempo, no recuerdo cuánto - dijo Marsuf -, en Fobos se estrelló una nave. No se sabía nada de ella. Alguien dijo que era la Zuiderzee, de matrícula holandesa...

- ¿Y supones...?

- Estoy tratando de enhebrar el hilo. Hace tiempo, también, circulaba una historia de un planeta de hombres metálicos. Lo tenía olvidado. Mi teoría es la siguiente: Luis van der Welt, ingeniero e inventor, no se conformó con la prohibición de construir robots en la Tierra y en una nave huyó al espacio, con parte de su laboratorio. Encontró un islote en el mar de asteroides, construyó un laboratorio nuevo, o quizá una fábrica, ayudado por humanos o quizá robots, y se dedicó a perfeccionar sus inventos. Quizá quería demostrar que había encontrado un circuito amoroso, un circuito que convertía en seres capaces de emoción a los robots. Cuando creyó haberlo conseguido, quiso volver a la Tierra para demostrar el fruto de su trabajo, intentando posiblemente levantar la prohibición de construirlos. Dejó las cosas dispuestas de modo que la fábrica, completamente automática, siguiera produciendo hombres metálicos. Pero él no llegó a su destino. No tengo pruebas, excepto mi viejo recuerdo y, ¡ay Dios!, las palabras del robot. «¡Has vuelto, señor! ¡Te estábamos esperando!»

Sin querer, las miradas de todos los videntes se dirigieron a los ventanales. A la luz grisácea del eterno amanecer que reinaba en el asteroide se distinguían las manchas negras de los hombres de metal, inmóviles, rodeando la nave...

- Sí, están esperando una orden - comentó Marsuf, como si comprendiera los pensamientos de todos -. Su creador les dijo: «Esperad». Y eso hacen. Y su creador les dio un circuito amoroso, un circuito de eterna obediencia al hombre, y quieren obedecer. Es su finalidad, su razón de existir. Lo terrible, lo que me ha llenado de dolor, incluso tratándose de máquinas son los muchos años, casi cuarenta, que llevan esperando, vagando por la superficie de esta pequeña roca, buscando al hombre, llamando al hombre. Les fue dicho: «Obedeceréis y amaréis». Y no encuentran el objeto de su obediencia. Y llevan muchos años esperando, esperando...

- ¡Maldita sea! Calla, Marsuf.

- ¿Callar? ¿Y ellos...? Ahí los tenéis, como perros, esperando la voz del hombre que les ordene, porque sólo obedeciendo pueden ser felices. ¿Puedes tú, comandante, bajar ahí y decirles: «Vuestra espera ha sido en vano. Luis van der Welt murió hace mucho tiempo. No volverá más. Y vosotros no podéis servir a los hombres porque los hombres no os quieren»? ¿Puedes hacerlo? Anda, corre...

- ¡Calla, condenado borrachín!

- ¿Quieres acaso que lo haga yo? Tú no has estado, como yo, cerca de ellos, escuchando sus murmullos. Son máquinas, cierto, pero están sufriendo. Es un sufrimiento que nosotros no comprendemos, hecho de paciencia, de renunciamentos... ¡Y no piden otra cosa que servirnos! Somos sus dioses. No, no puedo ir a decirles que su larga espera ha sido inútil, no puedo... Y su fábrica, destinada a seguir funcionando mientras haya mineral, construirá nuevos seres, igualmente preparados para la obediencia, pero que luego como los otros, estarán condenados a vagar por las rocas, llamando a su señor. Su fidelidad durará, quizá centenares de años... Permanecerán con los ojos en el cielo, esperando la vuelta de la nave que se marchó con su señor a bordo...

- Y hoy, cuando llegamos nosotros, creían que era él.

- Sí. Ahora ya saben que no. Pero saben también que somos hombres y que es su deber y su alegría obedecernos.

- ¡Puff! ¡Condenada situación! El ingeniero van der Welt pudo haber construido tornillos. Si pudiera, los destruiría a bombazos. Pero después de tus palabras, Marsuf, no puedo.

- Quizá por eso las dije.

Quince días después, medidos por los relojes de a bordo, la situación en el asteroide no había cambiado. Completamente inofensivos, deseosos de servir a los humanos, los robots aguardaban anhelantes que los hombres abandonaran su morada. Les seguían por todas partes, les guiaban en sus trabajos de exploración, explicaban las cosas hasta donde su comprensión lo permitía. Indudablemente, el ingeniero van der Welt había realizado un trabajo digno de todo elogio. Agradables a la vista, incansables, sumisos, los robots eran las máquinas que más se acercaban al hombre. Eran, en cierto modo, capaces de sentir emociones, y ese fue el gran hallazgo de su creador. Sometidos a una situación contradictoria, la pugna de emociones podía producir su muerte. Por ejemplo, un tripulante de la Gladiador cayó por un tajo profundo. No habiendo podido evitar el resbalón, y testigos de aquello, un centenar de robots murieron al fundirse su circuito. Murieron de dolor, dijo luego Marsuf.

Marsuf fue quien más profundizó en el conocimiento hacia los hombres de metal. Estaba siempre rodeado de grandes masas. Les hablaba, les recitaba sus versos, que luego ellos podían repetir casi perfectamente; les hablaba del hombre y su aventura en el espacio. Y contaba historias del ingeniero Luis van der Welt, que un día u otro tenía que volver.

Por fin, el capitán Varsovia, comandante de la nave, dio orden de reintegrarse a sus puestos. Los sabios habían explorado suficientemente el asteroide, que resultó tener una atmósfera artificial, creada por el mismo ingeniero, señor de los robots, y el misterioso asteroide, calculadas sus órbitas, quedaba incorporado a la cartografía del espacio. Era preciso continuar. No podían permanecer indefinidamente allí.

Pero, en los preparatorios, Marsuf no apareció. Buscado con afán, fue encontrado en una casa, construida sobre las ruinas de otra antigua. Marsuf se negó a embarcar.

- Te llevaré a bordo aunque tenga que dejarte sin sentido de un puñetazo - rugió el comandante.

- No harás eso. Yo me resistiría. Lucharíamos. Y estos seres, no preparados para el odio y la lucha, morirían. Ya ves, es curioso; pero una emoción incomprendida los mata. ¿Quieres hacerlo?

- ¡No me importa! Son máquinas.

- No; en cierto modo no lo son y tú lo sabes. Son criaturas del hombre, lo mismo que nosotros somos criaturas de Dios; son como perros, como seres inválidos sin nuestra presencia.

- Marsuf, maldito, ¿no puedo dejarte aquí!

- Yo tampoco puedo marcharme, dejándolos otra vez en la eterna espera.

- No podemos hacer otra cosa. Sé razonable, Marsuf - rogó el comandante.

- Lo estoy siendo - dijo Marsuf -. Más que nunca. Toda mi vida he sido un violento un egoísta; incluso mi amor, mi hijo, murió por mi egoísmo. Quizá haya hecho cosas nobles, pero era porque me divertían. Ahora, ante estas criaturas de metal, menos que perros, quiero redimirme - intentó incluso bromear -. Además, son unos oyentes ideales. Les parece bien todo lo que improviso...

- No, Marsuf, no...

Los miles de robots eran testigos de la extraña pugna. El terreno entero estaba cubierto de robots de metal, sumisos, anhelantes.

- Vete, comandante. He dado a los robots mi palabra de que podrían servir al hombre. Y yo, aquí, soy su esperanza. Vuelve a la Tierra; llévate algunos de ellos, explica allí lo que pasa. Han transcurrido ya muchos años y la ley antirrobótica habrá perdido fuerza. Explica cómo son estos seres. Diles que podemos destruir la fábrica, los planos, pero que no podemos destruirlos a ellos porque nos aman y el mundo no está sobrado de amor. Diles que los pongan a cuidar a los niños. Yo les habré enseñado muchas historias. Diles que... ¡Diles lo que quieras, cabeza de melón! Pero convénceles y vuelve. Vuelve con otras naves, para ir transportándolos a la Tierra, u otras colonias. Yo te esperaré. Te doy mi palabra de viejo cabezota que te esperaré.

- ¡No puedo hacerlo, Marsuf!

- ¿Acaso hay algo imposible para el servicio? Recuerda: «Orgullo y paciencia»...

Cinco horas más tarde, ya en el aire, pero todavía circunvolando el misterioso satélite, el comandante, con sus oficiales, contemplaba el panorama desde su puente de mando. En cada vuelta, la masa negra, las hormigas robóticas, se movían como para demostrar que estaban esperando su vuelta, por encima del tiempo, el olvido y la muerte.

Los ojos del comandante Varsovia tenían un brillo sospechoso. No estaba bien que un viejo patrullero llorase, pero, ¿quién hubiera supuesto una situación semejante?

- ¿Qué hacemos comandante? - preguntó el segundo.

- ¡Qué hacemos, cabeza de chorlito! - estalló el comandante para ocultar su emoción -. ¡Rumbo a la Tierra a toda máquina! ¡He dicho que a toda máquina! Y diga a esos incapaces de la sala de máquinas que dejen de hurgarse las narices y que trabajen.

- Exactamente. Eso les diré, comandante.

Pronto las manchas negras se fueron haciendo diminutas; luego, se perdieron. El asteroide fue primero una gran pelota luminosa; poco más tarde una naranja azulada y dos horas después, una simple y pequeña estrella en el negro firmamento.

**FIN**



## Jorge Luis Borges - **UTOPIA DE UN HOMBRE QUE ESTÁ CANSADO**

*Llamóla Utopía, voz griega cuyo significado es no hay tal lugar.  
Quevedo*

No hay dos cerros iguales, pero en cualquier lugar de la tierra la llanura es una y la misma. Yo iba por un camino de la llanura. Me pregunté sin mucha curiosidad si estaba en Oklahoma o en Texas o en la región que los literatos llaman la pampa. Ni a derecha ni a izquierda vi un alambrado. Como otras veces repetí despacio estas líneas, de Emilio Oribe:

En medio de la pánica llanura interminable  
Y cerca del Brasil,  
que van creciendo y agrandándose.

El camino era despasejo. Empezó a caer la lluvia. A unos doscientos o trescientos metros vi la luz de una casa. Era baja y rectangular y cercada de árboles. Me abrió la puerta un hombre tan alto que casi me dio miedo. Estaba vestido de gris. Sentí que esperaba a alguien. No había cerradura en la puerta.

Entramos en una larga habitación con las paredes de madera. Pendía del cielorraso una lámpara de luz amarillenta. La mesa, por alguna razón, me extrañó. En la mesa había una clepsidra, la primera que he visto, fuera de algún grabado en acero. El hombre me indicó una de las sillas.

Ensayé diversos idiomas y no nos entendimos. Cuando él habló lo hizo en latín. Junté mis ya lejanas memorias de bachiller y me preparé para el diálogo.

- Por la ropa - me dijo -, veo que llegas de otro siglo. La diversidad de las lenguas favorecía la diversidad de los pueblos y aún de las guerras; la tierra ha regresado al latín. Hay quienes temen que vuelva a degenerar en francés, en lemosín o en papiamento, pero el riesgo no es inmediato. Por lo demás, ni lo que ha sido ni lo que será me interesan.

No dije nada y agregé:

- Si no te desagrada ver comer a otro ¿quieres acompañarme?

Comprendí que advertía mi zozobra y dije que sí.

Atravesamos un corredor con puertas laterales, que daba a una pequeña cocina en la que todo era de metal. Volvimos con la cena en una bandeja: boles con copos de maíz, un racimo de uvas, una fruta desconocida cuyo sabor me recordó el del higo, y una gran jarra de agua. Creo que no había pan. Los rasgos de mi huésped eran agudos y tenía algo singular en los ojos. No olvidaré ese rostro severo y pálido que no volveré a ver. No gesticulaba al hablar.

Me trababa la obligación del latín, pero finalmente le dije:

- ¿No te asombra mi súbita aparición?

- No - me replicó -, tales visitas nos ocurren de siglo en siglo. No duran mucho; a más tardar estarás mañana en tu casa.

La certidumbre de su voz me bastó. Juzgué prudente presentarme:

- Soy Eudoro Acevedo. Nací en 1897, en la ciudad de Buenos Aires. He cumplido ya setenta años. Soy profesor de letras inglesas y americanas y escritor de cuentos fantásticos.

- Recuerdo haber leído sin desagrado - me contestó - dos cuentos fantásticos. Los Viajes del Capitán Lemuel Gulliver, que muchos consideran verídicos, y la Suma Teológica. Pero no hablemos de hechos. Ya a nadie le importan los hechos. Son meros puntos de partida para la invención y el razonamiento. En las escuelas nos enseñan la duda y el arte del olvido. Ante todo el olvido de lo personal y local. Vivimos en el tiempo, que es sucesivo, pero tratamos de vivir sub specie aeternitatis. Del pasado nos quedan algunos nombres, que el lenguaje tiende a olvidar. Eludimos las inútiles precisiones. No hay cronología ni historia. No hay tampoco estadísticas. Me has dicho que te llamas Eudoro; yo no puedo decirte cómo me llamo, porque me dicen alguien.

- ¿Y cómo se llamaba tu padre?

- No se llamaba.

En una de las paredes vi un anaquel. Abrí un volumen al azar; las letras eran claras e indescifrables y trazadas a mano. Sus líneas angulares me recordaron el alfabeto rúnico, que, sin embargo, sólo se empleó para la escritura epigráfica. Pensé que los hombres del porvenir no sólo eran más altos sino más diestros. Instintivamente miré los largos y finos dedos del hombre.

Éste me dijo:

- Ahora vas a ver algo que nunca has visto.

Me tendió con cuidado un ejemplar de la Utopía de More, impreso en Basilea en el año 1518 y en el que faltaban hojas y láminas.

No sin fatuidad repliqué:

- Es un libro impreso. En casa habrá más de dos mil, aunque no tan antiguos ni tan preciosos.

Leí en voz alta el título.

El otro se rió.

- Nadie puede leer dos mil libros. En los cuatro siglos que vivo no habré pasado de una media docena. Además no importa leer sino releer. La imprenta, ahora abolida, ha sido uno de los peores males del hombre, ya que tendió a multiplicar hasta el vértigo textos innecesarios.

- En mi curioso ayer - contesté -, prevalecía la superstición de que entre cada tarde y cada mañana ocurren hechos que es una vergüenza ignorar. El planeta estaba poblado de espectros colectivos, el Canadá, el Brasil, el Congo Suizo y el Mercado Común. Casi nadie sabía la historia previa de esos entes platónicos, pero sí los más ínfimos pormenores del último congreso de pedagogos, la inminente ruptura de relaciones y los mensajes que los presidentes mandaban, elaborados por el secretario del secretario con la prudente imprecisión que era propia del género.

Todo esto se leía para el olvido, porque a las pocas horas lo borrarían otras trivialidades. De todas las funciones, la del político era sin duda la más pública. Un embajador o un ministro era una suerte de lisiado que era preciso trasladar en largos y ruidosos vehículos, cercado de ciclistas y granaderos y aguardado por ansiosos fotógrafos. Parece que les hubieran cortado los pies, solía decir mi madre. Las imágenes y la letra impresa eran más reales que las cosas. Sólo lo publicado era verdadero. Esse est percipi (ser es ser retratado) era el principio, el medio y el fin de nuestro singular concepto del mundo. En el ayer que me tocó, la gente era ingenua; creía que una mercadería era buena porque así lo afirmaba y lo repetía su propio fabricante. También eran frecuentes los robos, aunque nadie ignoraba que la posesión de dinero no da mayor felicidad ni mayor quietud.

- ¿Dinero? - repitió -. Ya no hay quien adolezca de pobreza, que habrá sido insufrible, ni de riqueza, que habrá sido la forma más incómoda de la vulgaridad. Cada cual ejerce un oficio.

- Como los rabinos - le dije.

Pareció no entender y prosiguió.

- Tampoco hay ciudades. A juzgar por las ruinas de Bahía Blanca, que tuve la curiosidad de explorar, no se ha perdido mucho. Ya que no hay posesiones, no hay herencias. Cuando el hombre madura a los cien años, está listo a enfrentarse consigo mismo y con su soledad. Ya ha engendrado un hijo.

- ¿Un hijo? - pregunté.

- Sí. Uno solo. No conviene fomentar el género humano. Hay quienes piensan que es un órgano de la divinidad para tener conciencia del universo, pero nadie sabe con certidumbre si hay tal divinidad. Creo que ahora se discuten las ventajas y desventajas de un suicidio gradual o simultáneo de todos los hombres del mundo. Pero volvamos a lo nuestro.

Asentí.

- Cumplidos los cien años, el individuo puede prescindir del amor y de la amistad. Los males y la muerte involuntaria no lo amenazan. Ejerce alguna de las artes, la filosofía, las matemáticas o juega a un ajedrez solitario. Cuando quiere se mata. Dueño el hombre de su vida, lo es también de su muerte.

- ¿Se trata de una cita? - le pregunté.

- Seguramente. Ya no nos quedan más que citas. La lengua es un sistema de citas.

- ¿Y la grande aventura de mi tiempo, los viajes espaciales? - le dije.

- Hace ya siglos que hemos renunciado a esas traslaciones, que fueron ciertamente admirables. Nunca pudimos evadirnos de un aquí y de un ahora.

Con una sonrisa agregó:

- Además, todo viaje es espacial. Ir de un planeta a otro es como ir a la granja de enfrente. Cuando usted entró en este cuarto estaba ejecutando un viaje espacial.

- Así es - repliqué. También se hablaba de sustancias químicas y de animales zoológicos.

El hombre ahora me daba la espalda y miraba por los cristales. Afuera, la llanura estaba blanca de silenciosa nieve y de luna.

Me atreví a preguntar:

- ¿Todavía hay museos y bibliotecas?

- No. Queremos olvidar el ayer, salvo para la composición de elegías. No hay conmemoraciones ni centenarios ni efigies de hombres muertos. Cada cual debe producir por su cuenta las ciencias y las artes que necesita.

- En tal caso, cada cual debe ser su propio Bernard Shaw, su propio Jesucristo y su propio Arquímedes.

Asintió sin una palabra. Inquirí:

- ¿Qué sucedió con los gobiernos?

- Según la tradición fueron cayendo gradualmente en desuso. Llamaban a elecciones, declaraban guerras, imponían tarifas, confiscaban fortunas, ordenaban arrestos y pretendían imponer la censura y nadie en el planeta los acataba. La prensa dejó de publicar sus colaboraciones y sus efigies. Los políticos tuvieron que buscar oficios honestos; algunos fueron buenos cómicos o buenos curanderos. La realidad sin duda habrá sido más compleja que este resumen.

Cambió de tono y dijo:

- He construido esta casa, que es igual a todas las otras. He labrado estos muebles y estos enseres. He trabajado el campo, que otros cuya cara no he visto, trabajarán mejor que yo. Puedo mostrarte algunas cosas.

Lo seguí a una pieza contigua. Encendió una lámpara, que también pendía del cielorraso. En un rincón vi un arpa de pocas cuerdas. En las paredes había telas rectangulares en las que predominaban los tonos del color amarillo. No parecían proceder de la misma mano.

- Ésta es mi obra - declaró.

Examiné las telas y me detuve ante la más pequeña, que figuraba o sugería una puesta de sol y que encerraba algo infinito.

- Si te gusta puedes llevártela, como recuerdo de un amigo futuro - dijo con palabra tranquila.

Le agradecí, pero otras telas me inquietaron. No diré que estaban en blanco, pero sí casi en blanco.

- Están pintadas con colores que tus antiguos ojos no pueden ver.

Las delicadas manos tañeron las cuerdas del arpa y apenas percibí uno que otro sonido.

Fue entonces cuando se oyeron los golpes.

Una alta mujer y tres o cuatro hombres entraron en la casa. Diríase que eran hermanos o que los había igualado el tiempo. Mi huésped habló primero con la mujer.

- Sabía que esta noche no faltarías. ¿Lo has visto a Nils?

- De tarde en tarde. Sigue siempre entregado a la pintura.

- Esperemos que con mejor fortuna que su padre.

Manuscritos, cuadros, muebles, enseres; no dejamos nada en la casa.

La mujer trabajó a la par de los hombres. Me avergoncé de mi flaqueza que casi no me permitía ayudarlos. Nadie cerró la puerta y salimos, cargados con las cosas. Noté que el techo era a dos aguas.

A los quince minutos de caminar, doblamos por la izquierda. En el fondo divisé una suerte de torre, coronada por una cúpula.

- Es el crematorio - dijo alguien -. Adentro está la cámara letal. Dicen que la inventó un filántropo cuyo nombre, creo, era Adolfo Hitler.

El cuidador, cuya estatura no me asombró, nos abrió la verja.

Mi huésped susurró unas palabras. Antes de entrar en el recinto se despidió con un ademán.

- La nieve seguirá - anunció la mujer.

En mi escritorio de la calle México guardo la tela que alguien pintará, dentro de miles de años, con materiales hoy dispersos en el planeta.

**FIN**

## Octavia E. Butler - HIJO DE SANGRE

La última noche de mi infancia empezó con una visita a casa.

Las hermanas de T'Gatoi nos habían regalado dos huevos estériles. T'Gatoi le ofreció uno a mi madre, mi hermano y mis hermanas. Insistió en que yo me comiera el otro sólo. No importaba. Seguía habiendo bastante para que todo el mundo se sintiera bien. Casi todo el mundo. Mi madre no quiso tomar nada. Se sentó, observando como todos flotaban y soñaban sin ella. La mayor parte del tiempo me observaba a mí.

Yo estaba apoyado en el largo y aterciopelado envés de T'Gatoi, sorbiendo de mi huevo de cuando en cuando, preguntándome por qué se negaría mi madre un placer tan inofensivo. Tendría menos gris en el pelo si alguna vez se lo permitiera. Los huevos prolongaban la vida, prolongaban el vigor. Mi padre, que en su vida rechazó uno, vivió más del doble de lo que tendría que haber vivido. Y se casó con mi madre y engendró cuatro hijos hacia el final de su vida, cuando debería haber aflojado la marcha.

Pero mi madre parecía conforme con envejecer antes de tiempo. Miré como se alejaba cuando varias patas de T'Gatoi me atrajeron más cerca de ella. A T'Gatoi le gustaba el calor de nuestros cuerpos, y disfrutaba de él siempre que podía. Cuando era pequeño y pasaba más tiempo en casa, mi madre solía intentar enseñarme la manera de comportarme correctamente con T'Gatoi; de qué manera debía mostrar siempre respeto y ser siempre obediente, porque T'Gatoi era el oficial del gobierno Tlic que estaba al cargo de la Preserva y, por tanto, el más importante de todos los de su especie que tenían contacto directo con los terrestres. Mi madre decía que era un honor que un personaje semejante hubiera decidido integrarse en nuestra familia. Mi madre era de lo más formal y tajante cuando mentía.

No tenía ni idea de por qué mentía, ni siquiera de en qué mentía. Era un honor tener a T'Gatoi en la familia, pero eso no era ninguna novedad. T'Gatoi no estaba interesada en que la honraran en una casa que consideraba su segundo hogar. Se limitaba a llegar, subirse en uno de sus divanes especiales y llamarme para que la mantuviera caliente. Resultaba imposible comportarse con formalidad mientras me apoyaba en ella y la oía quejarse como acostumbraba, diciendo que estaba demasiado delgado.

- Estás mejor - dijo esta vez, tanteándome con seis o siete de sus patas -. Por fin estás ganando peso. La delgadez es peligrosa.

El tanteo varió delicadamente, convirtiéndose en una serie de caricias.

- Todavía está demasiado delgado - dijo mi madre con sequedad.

T'Gatoi levantó la cabeza, y puede que un metro de su cuerpo, del diván como si fuera a levantarse. Miró a mi madre, y mi madre, con el rostro arrugado y aire avejentado, apartó la mirada.

- Lien, me gustaría que tomaras lo que queda del huevo de Gan.

- Los huevos son para los niños - dijo mi madre. - Son para la familia.

- Tómatelo, por favor.

Mi madre me lo quitó, obedeciendo de mala gana, y se lo llevó a la boca. Sólo quedaban unas gotas en el elástico cascarón, ahora hundido, pero las exprimí, las tragó y, al poco, empezaron a suavizarse algunas líneas de tensión en su cara.

- Es bueno - susurró - A veces olvido lo bueno que es.

- Deberías tomar más - dijo T'Gatoi -. ¿Por qué tienes tanta prisa en envejecer? Mi madre no dijo nada.

- Me gusta poder venir aquí - dijo T'Gatoi - Es gracias a ti que este lugar es un refugio, y, sin embargo, te niegas a cuidarte.

T'Gatoi era acosada en el exterior. Su gente quería tener disponibles a más de nosotros. Entre nosotros y las hordas que no comprendían la existencia de la Preserva sólo se interponía ella y su facción política; no comprendían por qué no podía pedirse, pagarse, reclutarse, o disponerse de cualquier humano. O puede que sí lo comprendiesen, pero no les importaba en su desesperación. T'Gatoi nos repartía entre los desesperados y nos vendía a los ricos y poderosos a cambio de su apoyo político. Éramos artículos de primera necesidad, símbolos de estatus y un pueblo independiente. Supervisó la unión de las familias, acabando con los últimos vestigios del sistema anterior, en que disgregaban a las familias terrestres para complacer a los Tlics impacientes. Había vivido con ella en el exterior. Había visto el ansia desesperada con que me miraba alguna gente. Me asustaba un poco saber que sólo ella se interponía entre nosotros y esa desesperación que podría tragarnos tan fácilmente. Había veces en que mi madre la miraba y luego me decía «Cuídala». Y yo recordaba que también ella había estado en el exterior, también había visto.

T'Gatoi usó cuatro de sus patas para apartarme y echarme al suelo.

- Vamos, Gan - dijo -. Siéntate allí, con tus hermanas, y disfruta de tu embriaguez. Te has tomado la mayor parte del huevo. Ven a darme calor, Lien.

Mi madre dudó sin razón aparente. Uno de mis recuerdos más tempranos es el de mi madre tumbada junto a T'Gatoi, hablando de cosas que yo no podía entender, y levantándose del suelo, y riéndose mientras me sentaba sobre uno de los segmentos de T'Gatoi. Por aquel entonces tomaba su ración de huevo. Me pregunté cuándo lo habría dejado, y por qué.

Se apoyó sobre T'Gatoi, y toda la hilera izquierda de las patas de T'Gatoi se cerró rodeándola con holgura, pero con firmeza. Yo siempre había encontrado incómodo el estar así, y a nadie de la familia le gustaba, exceptuando a mi hermana mayor. Decían sentirse enjaulados.

T'Gatoi quería enjaular a mi madre. Cuando lo hizo, movió ligeramente la cola y habló.

- No es bastante huevo, Lien. Debiste tomarlo cuando se te ofreció. Ahora lo necesitas demasiado.

La cola de T'Gatoi se movió una vez más, con un latigazo tan rápido que no habría visto de no haberlo esperado. El aguijón hizo brotar solamente una única gota de sangre de la pierna desnuda de mi madre.

Mi madre chilló, probablemente por la sorpresa. La picadura no duele. Después suspiró y pude ver que su cuerpo se relajaba. Se movió lánguidamente a una posición más cómoda dentro de la jaula de patas.

- ¿Por qué hiciste eso? - preguntó medio dormida.

- No podía seguir viendo como sufrías.

Mi madre se las arregló para encoger ligeramente los hombros.

- Mañana - dijo.

- Sí. Mañana reanudarás tu sufrimiento, si es que debes hacerlo. Pero ahora, sólo por ahora, quédate aquí echada, dame calor y deja que te haga más fáciles las cosas.

- El es todavía mío, ¿sabes? - dijo bruscamente mi madre -. Nadie puede comprármelo.

De estar sobria no se habría permitido referirse a semejantes cosas.

- Nadie - asintió T'Gatoi, siguiéndole la corriente.

- ¿Creíste que lo vendería a cambio de huevos? ¿A cambio de una larga vida? ¿A mi hijo?

- Por nada - dijo T'Gatoi, acariciando los hombros de mi madre, jugando con su pelo largo y gris.

Me hubiera gustado tocar a mi madre, compartir con ella ese momento. Me habría cogido la mano de haberla tocado en ese instante, sonreído liberada por el huevo y la picadura, y quizá hubiera dicho cosas que llevaba largamente guardadas en su interior. Pero mañana recordaría todo esto como una humillación. No quería ser parte del recuerdo de una humillación. Lo mejor era permanecer quieto, y saber que me quería debajo de todo ese deber, y ese orgullo y ese dolor.

- Quítale los zapatos, Xuac Hoa. Dentro de poco volveré a picarla y podrá dormir.

Mi hermana mayor obedeció, tambaleándose como una borracha al levantarse. Se sentó junto a mí cuando acabó y me cogió la mano. Ella y yo siempre habíamos estado muy unidos.

Mi madre apoyó la nuca en el envés de T'Gatoi e intentó, desde aquel ángulo imposible, mirar su rostro amplio y redondo.

- ¿Vas a picarme otra vez?

- Sí, Lien.

- Dormiré hasta mañana al mediodía.

- Bien. Lo necesitas. ¿Cuánto hace que no duermes?

Mi madre emitió un sonido enojado.

- Debí haberte pisado cuando eras lo bastante pequeña - farfulló.

Era un viejo chiste entre ellas. Habían crecido más o menos juntas, aunque T'Gatoi nunca fue, en toda la vida de mi madre, lo bastante pequeña como para ser pisada por cualquier terrestre. Tenía casi tres veces la edad de mi madre, pero aún sería joven cuando ésta muriera de vieja. T'Gatoi y mi madre se conocieron cuando la primera entraba en un período de desarrollo rápido, una especie de adolescencia. Mi madre sólo era una niña, pero, durante un tiempo, se desarrollaron al mismo ritmo y no tuvieron mejor amiga que la una para la otra.

T'Gatoi hasta le había presentado a mi madre el hombre que se convertiría en mi padre. Mis padres, complacidos el uno con el otro, se casaron pese a la diferencia de edad, mientras que T'Gatoi y ella empezaron a verse menos. Pero mi madre le prometió a T'Gatoi uno de sus hijos antes de que naciera mi hermana mayor. Tendría que entregarle uno de nosotros a alguien, y prefería que fuera a T'Gatoi antes que a algún extraño.

Los años pasaron. T'Gatoi viajó y aumentó su influencia. La Preserva era suya cuando volvió a recoger lo que debía considerar como justa recompensa a su duro trabajo. A mi hermana mayor sólo le llevó un momento cogerle cariño y quiso ser elegida, pero mi madre estaba a punto de salir de cuentas conmigo, y a T'Gatoi le gustó la idea de elegir un bebé, y ser testigo y partícipe de todas las fases de su desarrollo.

Me han contado que me enjaularon por primera vez entre sus muchas patas a los tres minutos de nacer. Pocos días después probé mi primer huevo. Suelo contarles esto a los terrestres que me preguntan si alguna vez le tuve miedo. Y se

lo cuento a los Tlic cuando T'Gatoi les sugiere llevarse un joven terrestre, y ellos, ansiosos e ignorantes, piden un adolescente.

Hasta mi hermano, que, por alguna razón, había crecido en el miedo y la desconfianza a los Tlic, podría haberse integrado cómodamente en una de las familias de haber sido adoptado lo bastante pronto. A veces pienso que, por su propio bien, debió haberlo sido. Le miré, tirado ahí, en el suelo, en medio de la habitación, con ojos abiertos y vidriosos mientras soñaba su sueño de huevo.

- ¿Podrías levantarte, Lien? - preguntó súbitamente T'Gatoi.

- ¿Levantarme? - dijo mi madre -. Creí que iba a dormirme.

- Luego. Algo va mal fuera.

La jaula desapareció bruscamente.

- ¿Qué?

- ¡Levántate, Lien!

Mi madre reconoció el tono y se levantó justo a tiempo de evitar que la arrojara al suelo. T'Gatoi restalló sus tres metros fuera del diván, en dirección a la puerta y salió a toda velocidad. Tenía huesos; costillas, una larga columna vertebral, un cráneo y cuatro pares de patas por segmento. Pero cuando se movía de aquel modo, retorciéndose, lanzándose en caídas controladas, corriendo al caer, no sólo no parecía tener huesos, sino ser acuática, algo que nadaba a través del aire como si fuera agua. Me encanta verla moverse.

Dejé a mi hermana y seguí a T'Gatoi a través de la puerta, aunque no me sostenía muy firme sobre mis pies. Habría sido mejor sentarse y soñar, y mucho mejor encontrar una chica y compartir con ella la ensoñación. Antes, cuando los Tlic nos veían como poco más que grandes y útiles animales de sangre caliente, solían encerrar juntos a varios de los nuestros, machos y hembras, alimentándolos sólo con huevos. De ese modo podían asegurarse de obtener otra generación sin que importase cuánto quisiéramos contenernos. Tuvimos suerte de que aquello no durara mucho. Unas cuantas generaciones así y habríamos sido poco más que grandes y útiles animales.

- Mantén la puerta abierta, Gan - dijo T'Gatoi -, y dile a la familia que no salga.

- ¿Qué pasa? - pregunté.

- N'Tlic.

Retrocedí hasta la puerta.

- ¿Aquí? ¿Solo?

- Supongo que estaría intentando llegar a una cabina de comunicación.

Pasó ante mí cargando al hombre, inconsciente, doblado como una manta sobre algunas de sus patas. Parecía joven, puede que de la edad de mi hermano, y más delgado de lo que debiera. Lo que T'Gatoi habría calificado como peligrosamente delgado.

- Gan, ve a la cabina de comunicación.

Depositó al hombre en el suelo y empezó a quitarle la ropa.

No me moví.

Me miró un momento después, su repentina calma era señal de profunda impaciencia.

- Manda a Qui - dije -. Yo me quedaré aquí. A lo mejor puedo ayudar.

Volvió a mover las patas, levantando al hombre y sacándole la camisa por la cabeza.

- No querrás ver esto - dijo -. Será duro. No puedo ayudar a este hombre como podría hacerlo su Tlic.



- Lo sé, pero manda a Qui. No querrá servir de ayuda en esto. Yo, al menos, estoy dispuesto a intentarlo.

Miró a mi hermano mayor, más grande, más fuerte, sin duda más capacitado para ayudarla. Se había incorporado, estaba encogido contra la pared, y miraba al hombre del suelo con un miedo y una repulsión que no disimulaba. Hasta ella pudo darse cuenta de que sería inútil.

- ¡Ve tú, Qui!

No discutió. Se levantó, se tambaleó un poco, y recuperó el equilibrio, espabilado por el miedo.

- Este hombre se llama Bran Lomas - le dijo, leyendo el brazalete del hombre. Me toqué distraídamente, por simpatía, mi propio brazalete -. Necesita a T'Khotgif Teh. ¿Me oyes?

- Bran Lomas. T'Khotgif Teh - repitió mi hermano -. Ya voy.

Pasó rodeando a Lomas y salió corriendo por la puerta.

Lomas comenzó a recobrar el sentido. Al principio sólo se quejaba y se aferraba espasmódicamente a un par de patas de T'Gatoi. Mi hermana pequeña, al despertar de su sueño de huevo, se acercó a mirarlo hasta que mi madre la apartó.

T'Gatoi le quitó los zapatos al hombre, luego los pantalones, dejando todo el rato libres a dos de sus patas para que se agarrara a ellas. Todas sus patas eran igualmente diestras, a excepción de las dos últimas.

- No quiero protestas esta vez, Gan - dijo.

Me enderecé.

- ¿Qué tengo que hacer?

- Sal y mata un animal que al menos tenga la mitad de tu tamaño.

- ¿Que lo mate? Pero si yo nunca...

Me empujó a través de la habitación. Su cola era un arma eficaz, tanto con el aguijón expuesto como sin él.

Me levanté, sintiéndome estúpido por haber ignorado su advertencia, y fui a la cocina. Quizá pudiera matar algo con un cuchillo o un hacha. Mi madre criaba unos cuantos animales terrestres para la mesa y varios miles de los locales por su piel. Probablemente, T'Gatoi preferiría algo local. Tal vez un achti. Algunos eran del tamaño adecuado, aunque tenían unas tres veces más dientes que yo y un auténtico interés por usarlos. Mi madre, Hoa y Qui podían matarlos con cuchillos. Yo nunca maté ninguno de ninguna forma, nunca había matado a un animal. Mientras mi hermano y hermanas aprendían el negocio de la familia, yo pasaba la mayor parte de mi vida con T'Gatoi. Ella tenía razón. Debí ser yo quien fuera a la cabina de comunicación. Al menos eso sí podía hacerlo.

Fui al armario del rincón, donde mi madre guardaba las herramientas grandes para el jardín y la casa. En el fondo del armario había una tubería que llevaba el agua de desecho a la cocina; pero ya no la llevaba. Mi padre había desviado el agua de desecho antes de que naciera yo. Ahora la tubería podía desenroscarse hasta que una mitad giraba sobre la otra y se podía guardar un rifle dentro. No era nuestra única arma de fuego, pero sí la de más fácil acceso. Tendría que usarla para disparar sobre uno de los achti más grandes. Probablemente, T'Gatoi la confiscaría después. Las armas de fuego eran ilegales en la Preserva. Hubo algunos incidentes nada más establecerse la Preserva; terrestres disparando a Tlics, disparando a N'Tlics. Eso fue antes de que empezase la unión de familias, antes de que todos tuvieran un interés personal en mantener la paz. Nadie le había disparado a un Tlic en toda mi vida o la de mi madre, pero la ley seguía

vigente. Para nuestra protección, decían. Se contaban historias sobre familias terrestres enteras exterminadas como represalia por los asesinatos de entonces.

Fui a los corrales y disparé al achti más grande que pude encontrar. Era un semental robusto, y a mi madre no le haría ninguna gracia verme entrar con él. Pero era del tamaño adecuado y tenía prisa.

Me eché al hombro el largo y cálido cuerpo del achti, contento porque algo del peso ganado fuera músculo, y entré en la cocina. Una vez allí, devolví la escopeta a su escondite. Si T'Gatoi se fijaba en las heridas del achti y me pedía el rifle, se lo entregaría. Si no, lo dejaría donde mi padre quiso que estuviera.

Me volví para llevarle el achti, y dudé. Me quedé durante varios segundos frente a la cerrada puerta, preguntándome por qué tenía miedo de repente. Sabía lo que iba a ocurrir. No lo había visto antes, pero T'Gatoi me había enseñado diagramas y dibujos. Se había asegurado de que supiera la verdad en cuanto tuve la edad suficiente para entenderla.

Aun así no quería entrar en la habitación. Perdí algo de tiempo eligiendo un cuchillo de la caja de madera tallada donde los guardaba mi madre. Puede que T'Gatoi necesite uno, me dije, para la piel dura y peluda del achti.

- ¡Gan! - gritó T'Gatoi, con voz áspera por la urgencia.

Tragué. No había imaginado que un sencillo movimiento de los pies pudiera resultar tan difícil. Me di cuenta de que temblaba y eso me avergonzó. La vergüenza me empujó a través de la puerta.

Depositó el achti junto a T'Gatoi y vi que Lomas volvía a estar inconsciente. Lomas, ella y yo estábamos solos en la habitación. Mi madre y hermanas debieron ser enviadas fuera para que no tuvieran que verlo. Las envidiaba.

Pero mi madre volvió a la habitación cuando T'Gatoi cogió el achti. Sacó las garras de varas de sus patas, ignorando el cuchillo que le ofrecí, y abrió al achti desde la garganta al ano. Me miró con resueltos ojos amarillos.

- Sujeta los hombros de este hombre, Gan.

Miré a Lomas con pánico, dándome cuenta de que no quería tocarlo, y mucho menos sujetarlo. Esto no sería como dispararle a un animal. No tan rápido, no tan misericordioso, y esperaba que no tan definitivo, pero no había nada que deseara menos que ser partícipe de ello.

Mi madre se adelantó.

- Tú sujétale por la derecha, Gan. Yo lo haré por la izquierda.

Si el hombre despertaba, la arrojaría al suelo sin darse cuenta de lo que hacía. Era una mujer diminuta. A menudo se preguntaba en voz alta cómo había podido engendrar unos niños tan - como decía ella - «descomunales».

- No te preocupes - le dije, agarrando los hombros de Lomas -. Lo haré yo.

Se quedó remoloneando por allí.

- No te preocupes - repetí -. No te avergonzaré. No tienes por qué quedarte a verlo.

Me miró indecisa, y luego me tocó la cara con una extraña caricia. Al fin, volvió a su dormitorio.

T'Gatoi bajó la cabeza con alivio.

- Gracias, Gan - dijo, con cortesía más terrestre que Tlic -. Ésa... siempre encuentra nuevas formas de que la haga sufrir.

Lomas empezó a gemir y a emitir sonidos apagados. Había esperado que permaneciera inconsciente. T'Gatoi puso su cara junto a la de él para que le prestara atención.

- Ya te he picado todo lo que me atrevo - le dijo -. Cuando esto termine, volveré a hacerlo hasta que te duermas y dejará de dolerte.

- Por favor - suplicó el hombre -. Espera...

- No hay tiempo, Bram. Te picaré cuando termine. Cuando llegue T'Khotgif te dará huevos para ayudar a recuperarte. Terminaré en seguida.

- ¡T'Khotgif! - gritó el hombre, censándose contra mis manos.

- Pronto, Bram, pronto.

T'Gatoi me lanzó una mirada, y después colocó una garra en su abdomen, ligeramente a la derecha del medio, justo debajo de la última costilla. En el lado derecho hubo un ligero movimiento; pulsaciones pequeñas y aparentemente casuales, agitando su piel oscura, creando una concavidad aquí, una concavidad allá, una y otra vez, hasta que pude advertir su ritmo y averiguar dónde se produciría la siguiente pulsación.

Todo el cuerpo de Lomas se endureció bajo la garra, aunque sólo la apoyaba en él. T'Gatoi enroscó la parte trasera de su cuerpo alrededor de las piernas del hombre. Podría romper mi presa, pero no rompería la de ella. Lloró desesperadamente cuando ella usó sus pantalones para atarle las manos y después las pasó por encima de su cabeza, para que yo pudiera arrodillarme encima de la ropa y sujetarle las manos. Enrolló la camiseta y se la dio para que mordiera.

Y lo abrió.

Su cuerpo se convulsionó con el primer corte. Casi se me soltó. Los sonidos que emitía... Jamás oí sonidos semejantes viniendo de algo humano. T'Gatoi parecía no prestar atención mientras prolongaba y profundizaba el corte, haciendo ocasionales pausas para lamer la sangre. Los vasos sanguíneos se contraían, reaccionando a la química de la saliva, y la hemorragia disminuyó.

Me sentía como si estuviera ayudándola a torturarle, ayudándola a consumirlo. Pronto vomitaría, lo sabía; no sabía por qué no lo había hecho ya. No creí poder aguantar hasta que ella terminara.

Encontró la primera larva. Era gorda y de un rojo intenso por la sangre, tanto por fuera como por dentro. Ya había devorado su cascarón, pero no parecía haber empezado a devorar al huésped. En ese estadio, devoraría cualquier clase de carne, a excepción de la de su madre. Si la hubiéramos dejado habría continuado segregando los venenos que habían enfermado a Lomas al tiempo que le alertaron. Eventualmente, habría empezado a comer. Lomas estaría muerto o agonizante para cuando se hubiera abierto paso en su carne, e incapaz de vengarse de lo que estaba matándole. Siempre había un plazo de tiempo entre el momento en que enfermaba el huésped y cuando las larvas empezaban a devorarlo.

T'Gatoi recogió cuidadosamente la larva que se retorció, y la miró, ignorando de algún modo los terribles gemidos del hombre.

El hombre perdió el sentido bruscamente.

- Bien. - Ella le miró -. Me gustaría que los terrestres pudierais hacer esto a voluntad.

T'Gatoi no sentía nada. Y la cosa que sostenía...

En ese estadio carecía de patas y huesos, tendría unos quince centímetros de largo y dos de ancho, estaba ciega y embadurnada de sangre. Era como un gusano grande. T'Gatoi la depositó en la panza del achti, y empezó a horadar inmediatamente, a abrirse paso en la panza del animal. Se quedaría ahí y comería mientras hubiera algo que comer.

Encontró dos más tanteando en la carne de Lomas, una de ellas más pequeña y vigorosa.

- ¡Un macho! - dijo con felicidad.

Moriría antes que yo. Pasaría por su metamorfosis y jodería todo lo que se le pusiera por delante antes de que sus hermanas llegaran a desarrollar patas. Fue el único que hizo un esfuerzo serio por morder a T'Gatoi mientras lo colocaba en el achti.

Gusanos más pálidos salían a la luz en la carne de Lomas. Era peor que encontrar algo muerto, putrefacto y lleno de diminutas larvas. Y era mucho peor que cualquier dibujo o diagrama.

- Ah, ahí hay más - dijo, extrayendo dos larvas gruesas y largas -. Puede que tengas que matar otro animal, Gan. Todo vive dentro de vosotros los terrestres.

Me habían dicho toda la vida que esto era algo bueno y necesario, algo que hacían juntos Tlics y terrestres, una especie de parto. Sabía que el nacimiento era doloroso y sangriento, no importaba cuál. Pero esto era algo diferente, algo peor. No estaba preparado para verlo. Quizá no lo estuviese nunca. Y, sin embargo, no podía dejar de verlo. Cerrar los ojos no servía de nada.

T'Gatoi encontró una larva que todavía estaba devorando el cascarón. Los restos de la cáscara seguían conectados a un vaso sanguíneo por su tubito, o gancho, o lo que fuera. Así era como las larvas se anclaban y alimentaban. Sólo tomaban sangre hasta que estaban listas para salir. En ese momento devoraban los distendidos y elásticos caparazones. Luego lo hacían con sus huéspedes.

T'Gatoi mordió el cascarón para retirarlo y lamió la sangre. ¿Le gustaría el sabor? ¿Cuesta perder las costumbres infantiles, o acaso no se pierden nunca?

Todo el proceso estaba mal, era ajeno. Jamás supuse que algo de T'Gatoi pudiera llegar a resultarme ajeno.

- Uno más, creo - dijo -. Tal vez dos. Una buena familia. Estos días nos contentaríamos con encontrar uno o dos vivos en un huésped animal. - Me echó un vistazo -. Sal fuera, Gan, y vacía tu estómago. Ve ahora, mientras el hombre continúa inconsciente.

Salí tambaleándome y apenas lo conseguí. Vomité tras el árbol que había justo pasada la puerta principal, hasta que no quedó nada por echar. Cuando terminé, me quedé en pie, temblando, con las lágrimas corriéndome por las mejillas. No sabía por qué lloraba, pero no podía dejar de hacerlo. Me alejé algo más de la casa para no ser visto. Cada vez que cerraba los ojos veía gusanos arrastrándose por una carne humana más roja aún.

Un coche venía hacia la casa. Ya que los terrestres tenían prohibidos los vehículos motorizados, excepto para cierto equipo agrícola, supe que debía ser el Tlic de Lomas, acompañado por Qui y puede que un médico terrestre. Me sequé la cara con la camiseta, y meforcé por controlarme.

- Gan - gritó Qui, cuando se detuvo el coche -. ¿Qué ha ocurrido?

Descendió del coche bajo y redondo, adaptado a los Tlic. Por el otro lado bajó otro terrestre y entró en la casa sin dirigirme la palabra. El médico. Lomas podría conseguirlo con su ayuda y unos cuantos huevos.

- ¿T'Khotgif Teh? - dije.

El conductor Tlic salió del coche, irguiendo la mitad de su altura ante mí. Era más pálida y pequeña que T'Gatoi, probablemente nacida del cuerpo de un animal. Los Tlic nacidos de cuerpos terrestres siempre eran más grandes y más numerosos.

- Seis jóvenes - le dije -, puede que siete. Todos vivos. Un macho por lo menos.

- ¿Lomas? - preguntó con severidad.

Me agradó que preguntara, y la preocupación que había en su voz cuando lo hizo. La última cosa coherente que había dicho él fue su nombre.

- Está vivo - dije.

Se lanzó hacia la casa sin decir más.

- Ha estado enfermo - dijo mi hermano, mirando como se alejaba -. Cuando llamé oí a gente diciéndole que no estaba lo bastante bien para salir, ni siquiera para esto.

No dije nada. Había sido cortés con el Tlic. Ahora no quería hablar con nadie. Esperaba que él entrase, aunque sólo fuera por curiosidad.

- Acabaste descubriendo más de lo que querías saber, ¿eh?

Le miré.

- No me mires como ella - dijo -. No eres ella. Sólo eres su propiedad.

Como ella. ¿Habría desarrollado hasta la capacidad de imitar sus expresiones?

- ¿Qué has hecho? ¿Vomitara? - Olisqueó el aire -. Así que ya sabes lo que te espera.

Me alejé de él. De niños estuvimos muy unidos. Me dejaba andar junto a él cuando estaba en casa, y T'Gatoi a veces permitía que nos acompañara cuando íbamos a la ciudad. Pero, al llegar a la adolescencia, le pasó algo. Nunca supe el qué. Empezó a distanciarse de T'Gatoi. Después empezó a huir... hasta que se dio cuenta de que no había «huida». No en la Preserva. Y, desde luego, no en el exterior. Después de eso se concentró en conseguir su ración de cada huevo que llegaba a casa, y en mirarme de una forma que sólo conseguía hacer que le odiara, de una forma que decía claramente que estaba a salvo de los Tlic mientras yo siguiera bien.

- ¿Cómo fue de verdad? - preguntó, yendo detrás de mí.

- Maté un achi. Los jóvenes se lo comieron.

- No saliste corriendo de casa para vomitar porque se comieran un achi.

- Nunca antes había... visto abierta a una persona.

Era cierto, y bastante para él. No podía hablar de lo otro.

Con él, no.

- Oh - dijo.

Me miró como si quisiera decir algo más, pero siguió callado.

Caminamos sin dirigirnos a ningún sitio en especial. Hacia la parte de atrás, hacia los corrales, hacia los campos.

- ¿Dijo algo? - preguntó Qui -. Me refiero a Lomas. ¿A quién más se podría referir?

- Dijo «T'Khotgif».

Qui se estremeció.

- Si me hubiera hecho eso a mí, sería la última persona a la que llamaría.

- La llamarías. Su picadura te calmaría el dolor sin matar a las larvas que tienes dentro.

- ¿Crees que me importaría si muriesen?

No. Claro que no te importaría. ¿Me importaría a mí?

- ¡Mierda! - Aspiró profundamente -. He visto lo que hacen. ¿Te crees que esto de Lomas ha sido malo? Esto no ha sido nada.

No discutí. No sabía de qué hablaba.

- Vi como devoraban a un hombre - dijo.

Me volví para mirarle.

- ¡Estás mintiendo!

- Vi como devoraban a un hombre. - Hizo una pausa -. Fue cuando era pequeño. Había estado en el hogar de los Hartmund y volvía a casa. A mitad de camino, vi un hombre y un Tlic, y el hombre era un N'Tlic. El terreno era accidentado. Pude esconderme y verlo todo. El Tlic no quería abrir al hombre porque no tenía nada con que alimentar a las larvas. El hombre no podía continuar y no había casa cerca. Sufría tanto que le pidió que le matara. Le suplicó que le matara. Al final lo hizo. Le cortó el cuello. Un golpe de garra. Vi como las larvas se abrían paso comiendo, para después volver a meterse, todavía comiendo.

Sus palabras me hicieron ver de nuevo la carne de Lomas, llena de parásitos arrastrándose.

- ¿Porqué no me lo contaste? - susurré.

Pareció sorprendido, como si hubiera olvidado que le escuchaba.

- No lo sé.

- Poco después de eso fue cuando empezaste a huir, ¿verdad?

- Sí. Fue estúpido. Huir dentro de la Preserva. Huir dentro de una jaula.

Negué con la cabeza y le dije lo que debí decirle hacía mucho tiempo.

- No te cogerá a ti. No tienes por qué preocuparse.

- Lo haría... si te pasase algo.

- No. Cogería a Xuan Hoa. Hoa... lo desea.

No lo desearía de haberse quedado a observar a Lomas.

- No cogen a las mujeres - dijo con desprecio.

- A veces las cogen. - Le miré -. En realidad, prefieren a las mujeres. Deberías estar cuando hablan entre ellas. Dicen que las mujeres tienen más carne para proteger a las larvas. Pero acostumbran a elegir a los hombres para que las mujeres puedan engendrar sus propios jóvenes.

- Para proporcionar la siguiente generación de animales huéspedes - dijo, pasando del desprecio a la amargura.

- ¡Es más que eso! - contrarresté. ¿Lo era?

- Yo también querría crearlo si me fuera a pasar a mí.

- ¡Es más! - Me sentí como un niño.

Era un argumento estúpido.

- ¿Pensabas eso mientras T'Gatoi sacaba gusanos de las tripas de ese tipo?

- ¿Se supone que no debería pasar así?

- Naturalmente que sí. No se suponía que tú lo vieras, eso es todo. Y se supone que su Tlic debería hacerlo. Ella podría picarle y dormirlo, y la operación no habría sido tan dolorosa. Pero también le habría abierto, habría sacado las larvas, y si se hubiese escapado una sola, ésta le envenenaría y le devoraría de dentro afuera.

Hubo un tiempo en que mi madre me decía que respetara a Qui porque era mi hermano mayor. Me alejé odiándole. Estaba disfrutando a su manera. Él estaba seguro y yo no. Podía haberle pegado, pero no creí poder soportar que se negara a devolverme el golpe y me mirara con desprecio y lástima.

No pensaba dejar que me marchara. Se deslizó delante de mí con sus piernas más largas, y me hizo sentir como si estuviera siguiéndole.

- Lo siento - dijo.

Continué con paso firme, furioso y harto.

- Mira, probablemente no sea tan malo para ti. T'Gatoi te aprecia. Tendrá cuidado.

Me volví hacia la casa, casi huyendo de él.

- ¿Te lo ha hecho ya? - preguntó, siguiéndome con facilidad -. Quiero decir que tienes la edad adecuada para la implantación. Te ha...

Le pegué. No sabía que iba a hacerlo, pero creo que quería matarle. Creo que lo habría hecho de no ser más grande y más fuerte.

Intentó sujetarme, pero al final tuvo que defenderse. Sólo me pegó un par de veces. Con eso bastó. No recuerdo haberme caído, pero se había ido cuando me recuperé. El dolor valió la pena, a cambio de deshacerme de él.

Me levanté y caminé lentamente hacia la casa. La parte de atrás estaba a oscuras. En la cocina no había nadie. Mi madre y mis hermanas debían estar durmiendo en sus cuartos, o fingiéndolo.

Oí voces cuando entré en la cocina, terrestres y Tlics, provenientes de la habitación de al lado. No conseguí entender lo que decían, no quería entenderlo.

Me senté ante la mesa de mi madre, esperando a que se hiciera el silencio. La mesa era vieja y lisa, pesada y construida a conciencia. Mi padre la había hecho para mi madre justo antes de morir. Recordaba haber andado debajo de ella mientras la construía. No le importó. Ahora me senté recostándome en ella, echándole de menos. Podría haber hablado con él. Lo había hecho tres veces en su larga vida. Tres camadas de huevos, tres veces abierto y cosido. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo podría hacerlo nadie?

Me levanté, cogí el rifle de su escondite y me senté con él. Necesitaba una limpieza, un engrasado.

Todo lo que hice fue cargarlo.

- ¿Gan?

Hizo un montón de ruiditos al caminar sobre el suelo descubierto, cada pata chasqueaba en sucesión al tocarlo. Oleadas de pequeños Tlics. Vino a la mesa, alzó la mitad superior de su cuerpo sobre ella y se subió.

A veces se movía tan grácilmente que parecía fluir como si fuera agua. Se enrolló formando un pequeño mantoncito en medio de la mesa y me miró.

- No ha estado bien - dijo suavemente -. No deberías haberlo visto. No había necesidad de que fuera así.

- Lo sé.

- T'Khotgif, ahora Ch'Khotgif, morirá a causa de su enfermedad. No vivirá para criar a sus hijos. Pero su hermana los mantendrá a ellos y a Bran Lomas.

Una hermana estéril. Una hermana fértil en cada camada. Una para preservar a la familia. Esa hermana le debía a Lomas más de lo que jamás podría pagarle.

- Entonces, ¿él vivirá?

- Sí.

- Me pregunto si lo volvería a hacer.

- Nadie le pedirá que lo vuelva a hacer.

Miré los ojos amarillos, preguntándome cuánto había visto y comprendido, y cuánto había sólo imaginado.

- Nadie nos pregunta nunca. Tú nunca me preguntaste.

Movió ligeramente la cabeza.

- ¿Qué te pasa en la cara?

- Nada. Nada importante.

Unos ojos humanos probablemente no habrían notado la hinchazón en la oscuridad. La única luz provenía de una de las lunas, brillando por la ventana situada al otro lado de la habitación.

- ¿Usaste el rifle para abatir al achti?

- Sí.

- ¿Y tienes intención de usarlo contra mí?  
La miré. La luz de la luna iluminaba su cuerpo enrollado y grácil.
- ¿A qué te sabe la sangre terrestre?  
No dijo nada.
- ¿Qué eres? - susurré -. ¿Qué somos nosotros para ti?  
Se quedó inmóvil, la cabeza recostada en el anillo superior.
- Me conoces como ningún otro me conoce - dijo suavemente -. Tú debes decidir.
- Eso es lo que le pasó a mi cara.
- ¿Qué?  
- Qui me estimuló para que decidiera algo. No salió muy bien. - Moví ligeramente el arma, colocando diagonalmente el cañón bajo mi barbilla -. Al menos fue una decisión tomada por mí.
- Como lo será ésta.
- Pregunta, T'Gatoi.
- ¿Por la vida de mis hijos?  
Tenía que decir algo así. Sabía cómo manipular a la gente, terrestres y Tlics. Pero esta vez no.
- No quiero ser un animal huésped - dije -. Ni siquiera el tuyo.  
Le llevó un tiempo contestar.
- Casi no usamos animales huéspedes en estos días. Lo sabes.
- Nos usáis a nosotros.
- Lo hacemos. Esperamos largos años y os instruimos y unimos vuestras familias a las nuestras. - Se movía inquieta -. Sabes que para nosotros no sois animales  
Me quedé mirándola sin decir nada.
- Mucho después de que llegaran tus antepasados, los animales que usábamos antaño empezaron a matar a la mayoría de los huevos una vez que eran implantados - dijo suavemente -. Sabes estas cosas, Gan. Estamos aprendiendo de nuevo lo que significa ser sanos y prósperos gracias a la llegada de tu pueblo. Y tus antepasados, que huían de su mundo natal, de su propia especie que los habría matado o esclavizado, sobrevivieron gracias a nosotros. Nosotros les aceptamos como pueblo y les dimos la Preserva cuando aún intentaban matarnos como gusanos.
- Al oír la palabra «gusanos» di un brinco. No pude evitarlo, y ella no pudo evitar darse cuenta.
- Ya veo - dijo tranquilamente -. ¿Preferirías morir antes que llevar a mis jóvenes, Gan?  
No respondí.
- ¿Debo acercarme a Xuan Hoa?  
- ¡Sí!  
Hoa lo deseaba. Que lo tuviera. Ella no había tenido que ver a Lomas. Estaría orgullosa... no aterrorizada.
- T'Gatoi fluyó de la mesa al suelo, sorprendiéndose casi demasiado.
- Esta noche dormiré en la habitación de Hoa - dijo -. Se lo diré en algún momento de esta noche, o mañana.
- Todo iba demasiado rápido. Mi hermana Hoa había tenido casi tanto que ver en mi educación como mi madre. Aún seguía unido a ella, no como a Qui. Ella podía desear a T'Gatoi y seguir queriéndome.
- ¡Espera, T'Gatoi!



Miró hacia atrás, levantó del suelo casi la mitad de su longitud y se volvió hacia mí.

- Éstas son cuestiones adultas, Gan. ¡Es mi vida, mi familia!

- Pero es... mi hermana.

- He hecho lo que me pediste. ¡Te lo he preguntado!

- Pero...

- Será más fácil para Hoa. Siempre ha deseado llevar otras vidas dentro de ella.

Vidas humanas. Jóvenes humanos que algún día beberían de sus pechos, no de sus venas.

Negué con la cabeza.

- No se lo hagas a ella, T'Gatoi. - Yo no era Qui.

Pero, sin embargo, creí poder convertirme en él sin ningún esfuerzo. Podía escudarme en Xuan Hoa. ¿Sería más fácil saber que los gusanos rojos crecían en su carne en vez de en la mía?

- No se lo hagas a Hoa - repetí.

Me miró, totalmente inmóvil.

Miré a otro lado, luego a ella.

- Házmelo a mí.

Bajé el rifle de mi garganta y ella se inclinó hacia adelante para cogerlo.

- No - dije.

- Es la ley.

- Déjaselo a la familia. Puede que alguno de ellos tenga que usarla para salvar algún día mi vida.

Agarró el cañón del rifle, pero yo no pensaba soltarlo.

Me arrastró hasta ponerme en pie, junto a ella.

- ¡Déjalo aquí! - repetí -. Acepta el riesgo si no somos tus animales, si éstas son cuestiones adultas. Hay un riesgo, Gatoi, en tratar con un compañero.

Evidentemente le era difícil soltar el rifle. Un escalofrío le recorrió y emitió un siseo de disgusto. Pensé que estaba asustada. Era lo bastante mayor como para haber visto lo que podían hacerle los rifles a la gente. Ahora sus jóvenes y este arma estarían en la misma casa. No conocía la existencia de nuestras otras armas. No importaban en esta discusión.

- Implantaré el primer huevo esta noche - dijo, mientras yo apartaba el rifle -. ¿Me oyes, Gan?

¿Por qué si no me había dado a comer un huevo completo. mientras el resto de la familia tenía que compartir uno? ¿Por qué si no mi madre me miró como si estuviera alejándome de ella, yendo hacia donde no podía seguirme? ¿Imaginaría T'Gatoi que no me había dado cuenta?

- Te oigo.

- ¡Ahora!

Dejé que me empujara fuera de la cocina, y después caminé delante de ella hacia mi dormitorio. La repentina urgencia de su voz parecía real.

- ¡Se lo habrías hecho a Hoa esta noche! - reprimí.

- Debo hacérselo a alguien esta noche.

Me detuve a pesar de su urgencia y me planté en su camino.

- ¿No te importa a quién?

Se deslizó rodeándome y entró en mi dormitorio. La encontré esperando en el diván que compartíamos. En la habitación de Hoa no había nada que hubiera

podido usar. Se lo habría hecho en el suelo. La imagen de T'Gatoi haciéndoselo a Hoa fuera como fuese me molestó ahora de un modo diferente, y me enfadé.

Me desvestí, a pesar de ello, y me tendí a su lado. Sabía qué hacer, qué esperar. Me lo habían contado toda mi vida. Sentí la picadura familiar, narcótica, dulcemente agradable. Después, el ciego tanteo de su ovipositor. El pinchazo fue indoloro, fácil. Entraba tan fácilmente... Se onduló lentamente contra mí, sus músculos empujaban el huevo de su cuerpo al mío. Me agarré a un par de sus patas hasta que recordé a Lomas agarrándose así. Me solté entonces, moviéndome sin darme cuenta, y le hice daño. Profirió un suave grito de dolor y pensé que iba a ser enjaulado de inmediato por sus patas. Me volví a agarrar al no serlo, sintiéndome extrañamente avergonzado.

- Lo siento - susurré.

Acaricié mis hombros con cuatro de sus patas.

- ¿Entonces te importa? - pregunté -. ¿Te importa que sea yo?

No respondió durante unos segundos. Finalmente...

- Tú eras el que tomaba decisiones esta noche, Gan. Yo tomé la mía hace mucho.

- ¿Te habrías acercado a Hoa?

- Sí. ¿Cómo podría dejar a mis hijos al cuidado de alguien que los odiara?

- No era... odio.

- Sé lo que era.

- Estaba asustado.

Silencio.

- Todavía lo estoy.

Podía admitirlo delante de ella, aquí, ahora.

- Pero tú viniste a mí... para salvar a Hoa.

- Sí. - Apoyé la frente en ella. Era fría, aterciopelada, engañosamente blanda -.

Y para conservarte para mí - dije.

Así era. No lo entendía, pero así era.

Emitió un suave canturreo de contento.

- No podía creer que hubiera cometido semejante error contigo. Yo te elegí. Pensé que tú habías llegado a elegirme.

- Lo había hecho, pero...

- Lomas.

- Sí.

- Nunca he conocido a un terrestre que lo viera y lo asumiera bien. Qui ha visto uno, ¿no es así?

- Sí.

- Debería evitarse que los terrestres lo vieran.

- No me gustó cómo sonaba aquello, y dudaba que fuera posible.

- Evitarlo, no. Mostrádnoslo. Mostrádnoslo cuando somos niños pequeños, y mostrádnoslo más de una vez. Ningún terrestre contempla un parto que vaya bien, Gatoi. Todo lo que vemos es N'Tlic, dolor y terror, y puede que muerte.

Me miró.

- Es un asunto privado. Siempre ha sido un asunto privado.

Su tono me impidió insistir; eso y el conocimiento de que, si ella cambiaba de parecer, yo podría ser el primer ejemplo público. Había sembrado la idea en su mente. Había posibilidades de que germinara, y que, eventualmente, la probara.

- No lo volverás a ver - dijo -. No quiero que vuelvas a pensar en dispararme.

La pequeña cantidad de fluido que entró en mí con el huevo me relajó tan completamente como lo habría hecho un huevo estéril, y recordé el rifle en mis manos, y mis sensaciones de miedo y repulsión, de rabia y desesperación. Podía recordar las sensaciones sin revivirlas, hasta podía hablar de ellas.

- No te habría disparado - dije -. A ti no.

Había sido extraída de la carne de mi padre cuando éste tenía mi edad.

- Podrías haberlo hecho - insistió.

- A ti no.

Se interponía entre nosotros y su propio pueblo, protectora, entrelazándonos.

- ¿Te habrías destruido a ti mismo?

Me moví con cuidado, incómodo.

- Puede que lo hubiera hecho. Casi lo hice. Ésa es la «huida» de Qui. Me pregunto si lo sabe.

- ¿Qué?

No respondí.

- Ahora vivirás.

- Sí.

Cuídala, solía decir mi madre. Sí.

- Soy joven y sana - dijo -. No te dejaré como dejaron a Lomas. No te dejaré solo, N'Tlic. Cuidaré de ti.

**FIN**

## Harry Harrison - EL CAPITÁN HONARIO HARPPLAYER

Las manos entrelazadas detrás de la espalda, apretando los dientes con furia impotente, el Capitán Honario Harpplayer medía de arriba abajo el pequeño alcázar del Redundant, navío de guerra de la Armada de Su Majestad. A su vista y paciencia, la abatida flotilla francesa retornaba maltrecha a puerto, en jirones las velas a merced de los vientos, las vergas a remolque por el agua, boquiabiertos los cascos astillados allí donde el fuego de sus cañones hiciera estallar el frágil maderamen.

- Señor Shrub, mande dos brazos a proa, si me hace el favor - dijo - para que le echen agua a la vela mayor. Con las velas mojadas aumentaremos nuestra velocidad en un octavo de nudo, y así quizás podamos aún dar alcance a esas ratas cobardes.

- P-pero, señor - tartamudeó el estúpido primer oficial Shrub, amilanado ante el pensamiento de discrepar con su adorado capitán -. Si continuamos sacando brazos de las bombas, nos hundiremos. Tenemos trece boquetes en diferentes sitios por debajo de la línea de flotación, y...

- ¡Voto a bríos, señor! He impartido una orden, no le he pedido que convoque a un debate. Haga inmediatamente lo que se le ha ordenado.

- Así se hará, señor - musitó Shrub, con humildad, mientras se enjugaba con el dorso de la mano la lágrima que le brotó de un lloroso ojo de sabueso.

El agua restalló al caer sobre las velas, y el Redundant se hundió un poco más. Harpplayer se estrujó las manos entrelazadas y se odió por ese injustificado arranque de ira para con el fiel Shrub. No obstante, debía mantener frente a la tripulación - esa chusma y escoria de mil distritos ribereños - la fachada de una estricta disciplina, así como debía usar corsé para mantener el cuerpo erguido y una trusa para sujetar la hernia. Debía mantener una buena fachada porque él era el capitán de ese barco, la nave más pequeña de la flota de bloqueo que, como el lazo del estrangulador, se cerraba en torno de Europa, cercando al loco tirano Napoleón, cuyos sueños de conquista jamás se extenderían hasta Inglaterra en tanto esas minúsculas embarcaciones de madera siguieran interponiéndose en su camino.

- Rece una oración por nosotros, Capitán, para apresurar nuestra llegada al cielo, ¡pues nos estamos hundiendo! - gritó una voz entre la turba de marineros que se afanaban en las bombas.

- Quiero el nombre de ese hombre, señor Dogleg - le gritó Harpplayer al alférez, un niño de apenas siete u ocho años que comandaba a la cuadrilla -. Se quedará sin ron durante una semana.

- Así se hará, señor - canturreó la voz aguda del señor Dogleg, que estaba aprendiendo a hablar.

Que el barco se hundía era un hecho innegable. Las ratas correteaban por la cubierta, e indiferentes a las blasfemias y puntapiés de los marineros se lanzaban al mar. Delante de ellos, la flota francesa había llegado a puerto y buscado refugio en las baterías ribereñas de Cabo Pietfieux, cuyos cañones apuntaban con sus abiertas fauces al Redundant, listos para escupir fuego y muerte ni bien la frágil embarcación estuviese a tiro.

- Prepárese para soltar las velas, señor Shrub - dijo Harpplayer, y luego levantó la voz para que pudiese oírlo toda la tripulación. - Esos franchutes han huido cobardemente, y nos han hecho perder la recompensa de un millón de libras.

Un hosco gruñido brotó de los tripulantes que, además del ron, amaban las libras, los chelines y peniques que les permitían comprarlo. El gruñido se transformó repentinamente en sofocados aullidos de dolor cuando el palo mayor, debilitado por el fuego disperso de los cañones franceses, se desplomó sobre la cuadrilla de trabajadores.

- No es necesario que suelte las velas, señor Shrub, los esclavos de nuestro amigo Bonifacio ya lo han hecho por nosotros - dijo Harpplayer, obligándose a hacer una de esas bromas infrecuentes en él, que tanto gustaban a la tripulación. Se odió por su hipocresía, por recurrir a esos medios para granjearse las simpatías de aquellos hombres ignorantes, pero tenía el deber de mantener en forma la moral de sus hombres. Además, si se abstenía de las chanzas, lo odiarían por ser el patrón negrero, insensible y oportunista que en realidad era. Ahora mismo lo odiaban, desde luego, pero entre tanto se reían.

Se reían ahora mientras tajeaban la maraña de cordajes y se llevaban los cuerpos a la rastra para depositarlos en ordenadas hileras sobre la cubierta. El buque se hundió en el agua un poco más.

- Terminad de una vez con los cuerpos - les ordeno - y ocupaos de las bombas, si no queréis ir a cenar al fondo del mar.

Lanzando broncas y nerviosas risotadas, los hombres se apresuraron a reanudar las faenas.

Eran fáciles de complacer, y Harpplayer les envidiaba sus vidas simples. No obstante los trabajos pesados, los peligros del agua y los castigos ocasionales, la existencia de aquellos hombres era mejor que su propia vida atormentada, en el solitario pináculo del poder. Era él quien debía tomar todas las decisiones, y esto, a un hombre le da una naturaleza morbosa y paranoica como la suya, transformaba la vida en un verdadero infierno. Sus oficiales, que lo aborrecían sin excepción, eran incompetentes. Hasta Shrub, el leal y sufrido Shrub, tenía sus fallas: por un lado, un cociente intelectual de alrededor de 60, lo cual, sumado a su origen humilde, significaba que jamás podría ascender más allá del rango de contralmirante.

Mientras recapacitaba sobre los variados sucesos del día, Harpplayer inició su compulsivo ir y venir por el pequeño alcázar, y los demás ocupantes se acurrucaron contra la banda de estribor a fin de no obstaculizarle el camino. Cuatro pasos en una dirección, luego tres y medio de regreso chocando la rodilla con un crujido estremecedor contra la carronada de babor. Pero Harpplayer no sentía los golpes, su cerebro de jugador de naipes barajaba pensamientos, evaluaba y sopesaba planes, rechazando aquellos que contuviesen un mínimo de sentido común y considerando tan solo aquellos que parecían demasiado insensatos para ser practicables. No por nada lo llamaban en toda la flota «La Arpía Chupasavia», y lo temían y respetaban como un hombre siempre capaz de arrancar la victoria de las fauces de la derrota, y siempre al precio de un inmenso número de vidas. Pero la guerra era la guerra. Uno impartía las órdenes y hombres valientes perecían, y para eso estaban en las costas las patrullas de reclutamiento.

Había sido un día largo y agotador, pero Harpplayer no se permitía aún el lujo de descansar. La tensión y una aprensión agónica lo atenazaban, implacables como las garras de Cerbero, desde poco después del amanecer de aquella

mañana, cuando el vigía anunciara la presencia de velas en el horizonte. Habían sido sólo diez, diez buques franceses de la línea, y antes de que se disipase la niebla matutina la vengativa forma del Redundant habíase lanzado ya sobre ellos, cual lobo entre las ovejas. Salva tras salva de artillería, los bien ajustados cañones ingleses habían atacado a sangre y fuego, diez granadas por cada una de las que escupían las bocas de los cañones franceses, manejados por la chusma cobarde de las clases octava y novena de 1812, patriarcas barbicanos y niños de pecho que sólo deseaban retornar a sus viñedos familiares en vez de estar allí, peleando por el Tirano, arrojando las iras de los mortíferos cañones de su isla enemiga, ese pequeño país que, abandonado a sus fuerzas, luchaba a solas contra el poder de todo un continente. Había sido una persecución cruel e implacable, y sólo el refugio seguro de las baterías del puerto francés había impedido la total destrucción de la escuadrilla. Y en verdad, cuatro de sus buques yacían ahora entre los congrios, en el fondo del océano, y los seis restantes necesitarían reparaciones completas antes de estar nuevamente en condiciones de soltar amarras e ir a enfrentar una vez más el poder justiciero de las naves que sitiaban sus costas.

- Si me hace el favor, señor Shrub, haga preparar las mangueras. Creo que es hora de tomar un baño.

Un clamor sordo brotó de los pechos de los marineros, porque todos ellos sabían lo que les esperaba. En las aguas más glaciales de los mares boreales, en lo más crudo del invierno, Harpplayer insistía en aquella rutina del baño. Las mangueras fueron rápidamente adosadas a las bombas y muy pronto brotaron por la cubierta columnas de agua helada.

- ¡Adentro! - grito Harpplayer, retrocediendo a fin de esquivar cualquier gota ocasional, mientras se rascaba la piel del costado, que no había visto el agua desde el verano anterior. Sonrió ante las payasadas pueriles de Shrub y los otros oficiales que brincaban desnudos en el agua y sólo dio la señal de parar las bombas cuando las blancas pieles de los hombres hubieron adquirido una delicada tonalidad cerúlea.

Desde el horizonte boreal llegó un rumor sordo y prolongado semejante a un trueno lejano pero a la vez más intenso y penetrante. Harpplayer volvió la cabeza para contemplar una estela de fuego que apareció por un largo momento en el oscuro telón de fondo de las nubes y se extinguió en el cielo, dejándole tan solo una imagen en las retinas. Sacudió la cabeza para alejarla, y pestañeó rápidamente unas cuantas veces. Por un instante hubiera podido jurar que el rayo de fuego había bajado en vez de subir, pero eso era manifiestamente imposible. Demasiadas noches jugando al boston hasta altas horas con los oficiales, no era de extrañar que estuviese perdiendo la agudeza visual.

- ¿Qué fue eso, Capitán? - le preguntó el teniente Shrub, con palabras apenas discernibles a causa del castañeteo de los dientes.

- Un cohete de señales, o tal vez uno de esos novedosos cohetes de guerra Congreve. Algo raro pasa por allá, y nosotros vamos a averiguar de qué se trata. Envíe los hombres a las brazas, si me hace el favor, y llene la vela de gavia y déjela en la amura de estribor.

- ¿Puedo antes ponerme los calzoncillos?

- Nada de impertinencias, señor, ¡o irá a parar al calabozo!

Mientras Shrub voceaba las órdenes por la trompeta, los hombres se reían de sus desnudas piernas temblorosas. Sin embargo, pocos segundos bastaron para que los hombres de la adiestrada tripulación, que menos de seis días antes

anduvieron de putas y copas en tierra, vestidos de paisanos, sin siquiera soñar que las brigadas de reclutamiento los engancharían para enviarlos al mar, saltaran a las brazas, levantarán las vergas y jarcias destrozadas, taponarán los boquetes perforados por las balas, enterrarán a los muertos, beberán el grog y les quedarán aún energías suficientes para que unos pocos improvisaran una alegre danza marinera al son de una gaita. La nave escoró al girar, el agua formó una espuma cremosa bajo la proa y muy pronto estuvo sobre la nueva amura, alejándose de la costa para ir a investigar aquel nuevo suceso, haciendo sentir su presencia como representante de la más poderosa flota de bloqueo que hasta ese entonces conociera el mundo.

- Barco a la vista, señor - anunció el vigía desde el palo mayor -. A dos cuartas de la proa de estribor.

- Repique a cuerdas - ordenó Harpplayer.

En medio del persistente redoble del tambor y el golpeteo de los curtidos pies desnudos de los marineros sobre la cubierta, la voz del vigía era apenas audible.

- Sin velas ni mástiles, señor. Poco más o menos el tamaño de nuestra chalupa.

- Cancele la última orden. Y cuando ese vigía termine su guardia, quiero que repita quinientas veces, un bote es algo que se iza y se pone sobre un barco.

Al impulso de la fuerte brisa que soplabá desde la costa, el Redundant no tardó en acercarse a la embarcación hasta una distancia suficiente como para poder observarla desde cubierta.

- Sin mástiles ni vergas ni velas, ¿cómo hará para desplazarse? - inquirió, boquiabierto, el perplejo teniente Shrub.

- Especular por anticipado no tiene sentido, señor Shrub. Esa embarcación puede ser francesa o neutral, y no quiero correr riesgos. Hagamos cargar y preparar los cañones. Y quiero a los oficiales en las pernadas, con las armas a medio amarillar. Y que nadie dispare hasta que yo dé la orden, y al que lo hiciera lo haré cocer y servir para el desayuno.

- ¡Usted es infalible, señor!

- ¿Le parece? ¿Se acuerda del mequetrefe que ayer confundió las órdenes?

- Muy valiente, señor, eso es lo que digo - acotó Shrub, mientras se arrancaba de entre los dientes un trocito de cartílago -. Daré las órdenes, señor.

La extraña embarcación no se parecía a ninguna que Harpplayer hubiese visto jamás. Se desplazaba por las aguas sin nada visible que la impulsara y Harpplayer pensó en hombres ocultos moviendo remos subacuáticos, pero tendrían que ser enanos para caber en la nave. Tenía un puente que la cubría de lado a lado, cerrado por una suerte de techumbre de vidrio. En suma, un extrañísimo artefacto y no francés, por cierto. Los siervos esclavizados por el pulpo de París jamás dominarían las técnicas sutiles necesarias para construir una joya de los mares como era esa. No, debía de provenir de alguna comarca remota, quizá de allende la China o de las misteriosas islas del Oriente. Había un hombre sentado en la embarcación, que tocó una palanca y desplazó la ventana superior. El hombre se puso de pie y agitó la mano a modo de saludo. Sonidos entrecortados brotaron al unísono de los pechos de los observadores, pues todas las miradas estaban fijas en la extraña aparición.

- ¿Qué significa esto, señor Shrub? - vociferó Harpplayer -. ¿Estamos en una feria de diversiones o en una pantomima navideña? ¡Disciplina, señor!

- P-pero, señor - tartamudeó el fiel Shrub, sin encontrar las palabras -. Ese hombre, señor. ¡es verde!

- No quiero oír ninguna de sus condenadas sandeces, señor - chilló Harpplayer irritado, furioso como siempre lo estaba cuando la gente desvariaba acerca de los «colores» que imaginaba. Paisajes y puestas de sol y esa clase de estupideces. Desatinos. El mundo estaba hecho de saludables matices de gris, y ahí acababa la cosa.

Algún medicastro imbécil de Harley Street le había mencionado una vez una enfermedad imaginaria que llamó «acromatopsia» pero cuando Harpplayer le propuso enviarle sus padrinos desistió de su bufonada.

- Verde, rosa o púrpura, el tono de gris del hombre no me interesa en lo más mínimo Arrojadle una línea y hacedlo venir aquí para que podamos escuchar su historia.

La línea fue arrojada y el extraño, luego de asegurarla a una anilla de su bote, tocó una palanca que volvió a cerrar la cabina de vidrio y trepó ágilmente a la cubierta superior.

- Piel verde. - dijo Shrub, y al instante cerró con fuerza la boca bajo la furibunda mirada de Harpplayer.

- Basta, señor Shrub. Es un extranjero y lo trataremos con todo respeto, al menos hasta que averigüemos a qué clase pertenece. Es un poco peludo, no cabe duda, pero ciertas razas del norte de las Islas Niponas son así: tal vez sea oriundo de esos mares. Le doy la bienvenida, señor - dijo, dirigiéndose al recién llegado -. Yo soy el Capitán Honario Harpplayer, comandante de la nave Redundant de la Armada de Su Majestad.

- ¡Kwl-kkle-wrrl-kl...!

- Francés no es - murmuró Harpplayer entre dientes -, ni griego ni latín, estoy seguro. Tal vez una de esas lenguas bárbaras del Báltico. Probaré con alemán. ¿Ich rate Ihnen, Rsiseschicks mitzunehmen? ¿O un dialecto italiano? E proibito; pero quisivendonno cartoline ricordo.

El extraño respondía saltando de un lado a otro como enloquecido, señalando el sol, haciendo movimientos circulares con las manos alrededor de su cabeza, apuntando a las nubes, haciendo ademanes que sugerían caída y gritando con voz chillona:

- im'ku, m'ku

- El hombre es efervescente - dijo el oficial de marina -, y además tiene demasiados dedos.

- Puedo contar hasta siete sin su ayuda - le dijo Shrub con enojo -. Creo que está tratando de decirnos que va a llover.

- Quizá es un meteorólogo en su tierra - dijo Harpplayer sin comprometerse -, pero aquí no es nada más que un extranjero.

Los oficiales sacudieron la cabeza en prueba de asentimiento y este gesto pareció enardecer todavía más al extraño, quien dio un salto hacia adelante, gritando a voz en cuello en su jeringonza ininteligible. El alerta guardiamarina le asestó un golpe en la nuca con la culata del mosquete, y el hombre peludo cayó de bruces sobre la cubierta.

- Intentó atacarlo a usted, Capitán - dijo el oficial de marina -. ¿Lo pasamos por debajo de la quilla, señor?

- No, pobre hombre, tan lejos de su tierra, a lo mejor está preocupado por algo. Debemos darle tiempo para que supere la barrera idiomática. Léale simplemente los incisos de Guerra y reclútelos para el servicio. Andamos cortos de brazos después de este último encuentro.



- Es usted sumamente indulgente, señor, y un ejemplo para todos nosotros. ¿Qué haremos con la embarcación?

- Yo la examinaré. Quizá funcione según algún principio que pueda interesar a Whitehall. Póngame una escala. Yo mismo bajaré a echarle un vistazo.

Al cabo de algunos tanteos, Harpplayer descubrió la palanca que accionaba la ventanilla de vidrio, y cuando ésta se deslizó hacia un costado se dejó caer un la cabina. Un mullido diván enfrentaba a un tablero cubierto por una extraña colección de manivelas, botones e instrumentos varios, protegidos por tapas de cristal. Era un ejemplo perfecto de la decadencia de Occidente, un exceso de decoración y ornamentación cuando un panel de buen roble inglés hubiera bastado para el caso, y una simple barra que girase sobre un eje para llevar las órdenes a los esclavos-remeros. O quizá hubiese un animal oculto detrás del panel: al torcer una palanca se oyó un rugido grave. Debía de ser, sin duda, el mecanismo que transmitía al esclavo - o animal - de la galera la orden de iniciar su trabajo, pues ahora la pequeña embarcación surcaba las aguas a gran velocidad. La espuma que levantaba salpicaba la cabina, y Harpplayer cerró la tapa, medida muy oportuna. Otro botón debió de accionar un timón secreto, pues de pronto la embarcación hundió la proa y se sumergió hasta quedar totalmente cubierta por el agua. Afortunadamente, era de construcción sólida y no hacía agua, y otro botón la hizo subir una vez más a la superficie.

Fue entonces cuando a Harpplayer se le ocurrió la idea. Quedó inmóvil, como petrificado, mientras sus pensamientos giraban, veloces, considerando las probabilidades. Sí, podía tener éxito... ¡debía tener éxito! Se golpeó la palma con el puño cerrado, y en ese momento se dio cuenta de que la embarcación había girado mientras él meditaba y estaba ahora a punto de abalanzarse sobre el Redundant, en cuya batayola se alineaban rostros de ojos aterrorizados. Mediante una hábil maniobra Harpplayer dio al animal (o esclavo) la orden de detenerse, de modo que cuando ambas embarcaciones se rozaron solo sufrieron una ligera sacudida.

- Señor Shrub - llamo.

- ¿Señor?

- Quiero un martillo, seis clavos, seis barriles de pólvora, cada uno de ellos provisto de una mecha de dos minutos y una lazo de cuerda y una linterna sorda.

- Pero señor... ¿para qué? - Por una vez el apabullado Shrub se olvidó lo bastante de sí mismo como para cuestionar a su capitán.

Pero el plan había enardecido tanto a Harpplayer que no tomó a mal esta súbita familiaridad de su subalterno. En verdad, hasta esbozó una sonrisa, que la penumbra le ayudó a disimular.

El condestable y sus asistentes pronto concluyeron los preparativos, y los barriles que fueron bajados por una eslinga llenaron por completo la pequeña cabina, a tal punto que a Harpplayer apenas si le quedó sitio para sentarse. Lo que no quedó fue lugar para el martillo, y tuvo que sujetarlo entre los dientes.

- Zeor Zrub - farfulló a través del, martillo, presa de una depresión súbita al comprender que dentro de pocos minutos estaría enfrentando con sus frágiles huesos las hordas del usurpador que blandía el látigo sobre todo un continente de esclavos oprimidos. Retrocedía ante su propia temeridad de enfrentar así al Tirano de Europa, y lo amilanaba además el asco que le producía su propia fragilidad. Los hombres jamás sabrían que había abrigado tales pensamientos, que era el más pusilánime de todos ellos.

- Zeor Zrub - volvió a gritar, y la voz no delató sus sentimientos - Si no regreso al amanecer, queda usted al mando de este buques y redactará un informe completo. Adiós. En triplicado, no lo olvide.

- Oh, señor... - empezó a decir Shrub, pero sus palabras dejaron de oírse cuando la tapa de vidrio se cerró de golpe y la diminuta embarcación se lanzó a sol, contra el poderío de todo un continente.

Más tarde Harpplayer se reiría de aquella primera flaqueza. A decir verdad, la escapada fue tan simple como un paseo por Fleet Street en una mañana de domingo.

La extraña barquichuela se hundió bajo la superficie y se deslizó hasta mas allá de las fortificaciones de Cabo Pietffieux, que los marineros ingleses llamaban Cabo Pit fix, hasta las custodiadas aguas de Cienfique. Ningún centinela reparó en la ligera ondulación de las aguas de la bahía, y ningún ojo humano divisó la forma vaga que afloró junto al alto muro de madera que era el caso del buque francés de la línea. Dos fuertes martillazos aseguraron el primer barril de pólvora y una llamada fugaz partió de la linterna sorda en el momento en que la mecha se encendía. Antes que los perplejos centinelas de la cubierta de arriba tuviesen tiempo de acercarse a la batayola, ya el misterioso visitante había desaparecido, y ni siquiera alcanzaron a ver la crepitante mecha delatora que, oculta tras el barril de la muerte, se consumía lentamente. Cinco veces consecutivas repitió Harpplayer esta operación simple pero mortífera, y entonces, en el momento en que hundía el último clavo, hubo en el muelle una ahogada explosión, y a sus espaldas seis buques, orgullo de la escuadra del Tirano, se elevaron en columnas de llamas hasta que sólo quedaron los cascos carbonizados, deslizándose hacia el fondo del océano.

Una vez pasadas las fortificaciones de la costa, el capitán Harpplayer abrió el tejado de vidrio y volvió la cabeza con satisfacción para contemplar las embarcaciones en llamas. Había cumplido con su deber, y aportado su grano de arena para la conclusión de aquella guerra que había devastado a todo un continente y que en el curso de unos pocos años aniquilaría tal vez a tantos de los mejores ciudadanos franceses que la estatura de la raza gala se vería reducir en un promedio de algo más de diez centímetros. Cuando se extinguió la última pira, sintió el escozor del remordimiento pues, aunque propiedad del Loco de París, habían sido espléndidos navíos, y viró la proa de la nave en dirección al Redundant.

Amanecía ya cuando llegó su barco, vencido por el cansancio. Se asió a la escala que habían dejado para él y trepó penosamente hasta la cubierta. Zumbaron los tambores y los grumetes lo aclamaron: trinaron las gaitas de los contra maestres.

- Magnífico, señor, oh, magnífico - exclamó Shrub, mientras se precipitaba a tenderle la mano -. Desde aquí los vimos arder.

A espaldas de ellos, en el mar, se oyó un ruidoso burbujeo, como cuando el agua sale de la bañera al quitarse el tapón, y Harpplayer volvió la cabeza justo a tiempo para ver que la extraña embarcación se hundía en el mar y desaparecía de la vista.

- Maldito imbécil - se reprochó entre dientes -. Me olvidé de cerrar la escotilla. Ha de haberse llenado de agua y por eso se hundió.

Sus cavilaciones fueron repentinamente interrumpidas por un brusco alarido. Volvió la cabeza en el momento preciso en que el extraño peludo corría hasta la barandilla y miraba, horrorizado, cómo su embarcación desaparecía bajo las

aguas. Entonces el hombre, visiblemente desesperado, lanzó un grito espeluznante y se arrancó de la cabeza grandes mechones de pelo, tarea relativamente fácil dado que lo tenía en abundancia. Y entonces, sin que nadie pudiese detenerlo, se encaramó sobre la barandilla y se lanzó de cabeza al mar. Se hundió como una piedra y, o bien no sabía o no quiso nadar; parecía extrañamente apegado a su navío, pues no volvió a subir a la superficie.

- Pobre desdichado - dijo Harpplayer con el tono compasivo de un hombre sensible, estar tan solo y tan lejos de su tierra. Quizá sea más feliz en la muerte.

- Sí, quizá - farfulló el estólido Shrub -, pero tenía condiciones para ser un excelente gaviero, señor. Podía encaramarse y corretear por las vergas, podía mantenerse fantásticamente bien en equilibrio, con esas uñas largas que tenía en los pies y que hundía directamente en la madera. Y tenía otro dedo en el talón que lo ayudaba a afirmarse.

- Le rogaría que no discuta las deformidades de los muertos. Lo haremos figurar en el informe como «hombre al agua». ¿Cómo se llamaba?

- No nos lo dijo, señor, pero lo anotamos en los registros como Green.

- Muy apropiado. Aunque extranjero de origen, se sentiría orgulloso de saber que murió llevando un buen nombre inglés.

Despidiendo secamente al fiel y estúpido Shrub, Harpplayer reanudó sus idas y venidas por el alcázar, abrumado por aquella secreta agonía que era solo suya y lo seguiría siendo hasta que los cañones del Ogro Corso fuesen clavados para siempre.

**FIN**

## Ray Bradbury - EL FLAUTISTA

- ¡Ahí está!, ¡Señor! ¡Míralo! ¡Ahí está! - cloqueó el viejo, señalando con un calloso dedo -. ¡El viejo flautista! ¡Completamente loco! ¡Todos los años igual!

El muchacho marciano que estaba a los pies del viejo agitó sus rojizos pies en el suelo y clavó sus grandes ojos verdes en la colina funeraria donde permanecía inmóvil el flautista.

- ¿Y por qué hace esto? - preguntó.

- ¿Qué? - el apercaminado rostro del viejo se frunció en un laberinto de arrugas -. Está loco, eso es todo. No hace más que permanecer ahí, soplando su música desde el anochecer hasta el alba.

El tenue sonido de la flauta se filtraba en la penumbra, creando apagados ecos en las bajas prominencias y perdiéndose poco a poco en el melancólico silencio. Luego aumentó su volumen, haciéndose más alto, más discordante, como si llorara con una voz aguda.

El flautista era un hombre alto, delgado, con el rostro tan pálido y vacío como las lunas de Marte, los ojos de color cárdeno; se mantenía erguido recortándose contra el tenebroso cielo, con la flauta pegada a los labios, y tocaba. El flautista... una silueta... un símbolo... una melodía.

- ¿De dónde viene el flautista? - preguntó el muchacho.

- De Venus - dijo el viejo. Se quitó la pipa de la boca y la atacó -. ¡Oh!, hace más de veinte años, a bordo del mismo proyectil que trajo a los terrestres. Yo llegué en la misma nave, procedente de la Tierra: ocupamos dos asientos contiguos.

- ¿Cómo se llama? - la voz del muchacho era infantil, curiosa.

- No lo recuerdo. En realidad, creo que nunca he llegado a saberlo.

Les alcanzó un impreciso ruido de roces. El flautista seguía tocando, sin prestar ninguna atención. Procedentes de las sombras, recortándose contra el horizonte tachonado de estrellas, estaban empezando a llegar formas misteriosas que se arrastraban, se arrastraban.

- Marte es un mundo que se muere - dijo el viejo -. Ya no ocurre nada importante aquí. Creo que el flautista es un exiliado.

Las estrellas se estremecían como un reflejo en el agua, danzando al ritmo de la música.

- Un exiliado - prosiguió el viejo -. Un poco como un leproso. Le llamaban el Cerebro. Era el compendio de toda la cultura venusiana hasta que llegaron los terrestres con sus sociedades ávidas y sus malditos libertinajes. Los terrestres lo declararon fuera de la ley y lo enviaron a Marte para que terminara aquí sus días.

- Marte es un mundo que se muere - repitió el chiquillo -. Un mundo que se muere. ¿Cuántos marcianos hay ahora, señor?

El viejo dejó oír una risita.

- Creo que tú eres tal vez el único marciano de pura raza que queda con vida, muchacho. Pero hay muchos millones más.

- ¿Dónde viven? Nunca he visto ninguno.

- Eres joven. Tienes aún mucho que ver, mucho que aprender.

- ¿Dónde viven?

- Allá abajo, tras las montañas, más allá de las profundidades de los mares muertos, más allá del horizonte, al norte, en las cavernas, muy por debajo del suelo.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué? Bueno, es difícil de explicar. Hubo un tiempo en que fueron una raza notable. Pero les ocurrió algo, se volvieron híbridos. Ahora son tan sólo criaturas sin inteligencia, bestias crueles.

- ¿Es cierto que Marte es propiedad de la Tierra? - Los ojos del muchacho estaban clavados en el planeta que relucía sobre sus cabezas, el lejano planeta verde.

- Sí, todo Marte le pertenece. La Tierra tiene aquí tres ciudades, cada una de las cuales cuenta con mil habitantes. La más cercana está a dos kilómetros de aquí, siguiendo la carretera, un conjunto de pequeñas casas metálicas en forma de burbuja. Los hombres de la Tierra se desplazan entre las casas como si fueran hormigas, encerrados en sus escafandras espaciales. Son mineros. Abren con sus grandes máquinas las entrañas de nuestro planeta para extraer la sangre preciosa de nuestra vida de las venas minerales.

- ¿Y eso es todo?

- Eso es todo - el viejo agitó tristemente la cabeza -. Ni cultura, ni arte, sólo los terrestres ávidos y desesperados.

- Y las otras dos ciudades... dónde están?

- Hay una a ocho kilómetros de aquí, siguiendo la misma carretera. La tercera está mucho más lejos, a unos ochocientos kilómetros.

- Me siento feliz viviendo aquí contigo, los dos solos - la cabeza del muchacho estaba inclinada, como si se estuviera adormeciendo -. No me gustan los hombres de la Tierra. Son unos expoliadores.

- Siempre lo han sido - dijo el viejo -. Pero algún día hallarán su castigo. Han blasfemado demasiado, es un hecho. No pueden poseer los planetas como ellos lo hacen y esperar sacar tan sólo un avaricioso provecho para sus cuerpos blandos y lentos. Un día... - su voz se elevó de tono, al ritmo de la música salvaje del flautista.

Una música que se hacía cada vez más feroz, más demente, una música estremecedora. Una música que recordaba la salvaje naturaleza de la vida, que llamaba a realizar el destino del hombre.

Flautista de loca mirada, desde tu colina,

tú que cantas y te lamentas:

¡Llama a los seres salvajes a su venganza,  
bajo las lunas de Marte agonizante!

- ¿Qué es esto? - preguntó el muchacho.

- Un poema - dijo el viejo -. Un poema que escribí hace pocos días. Presiento que muy pronto va a ocurrir algo. La canción del flautista se hace cada noche más insistente. Al principio, hace veinte años, tan sólo tocaba unas pocas noches al año, pero ahora, desde hace casi tres años, toca hasta el amanecer durante todas las noches del otoño.

- «Llama a los seres salvajes...» - el muchacho se envaró. - ¿Qué salvajes?

- ¡Ahí! ¡mira!

A lo largo de las dunas relucientes bajo las estrellas, un enorme y compacto grupo de negras formas avanzaba murmurando. La música era cada vez más intensa.

¡Flautista, vuelve a tocar!  
Entonces el flautista tocó,  
y las lágrimas acudieron a mis ojos.

- ¿Es también el mismo poema? - preguntó el muchacho.

- No... Es un viejo poema de la Tierra, de hace más de setenta años. Lo aprendí en la escuela.

- La música es extraña - los ojos del muchacho brillaban -. Despierta algo dentro de mí. Me incita a la cólera. ¿Por qué?

- Porque es una música que tiene una finalidad.

- ¿Cuál?

- Lo sabremos al amanecer. La música es el lenguaje de todas las cosas... inteligentes o no, salvajes o civilizadas. El flautista conoce su música como un dios conoce su cielo. Ha necesitado veinte años para componer su himno de acción y de odio, y ahora por fin, esta noche quizá, va a llegar el final. Al principio, hace muchos años, cuando tocaba, no recibía ninguna respuesta de los del subsuelo, tan sólo un murmullo de voces sin sentido. Hace cinco años, consiguió atraer las voces y las criaturas de sus cavernas hasta las cimas de las montañas. Esta noche, por primera vez, la horda negra va a extenderse por las planicies hasta nuestra cabaña, hasta las carreteras, hasta las ciudades de los hombres.

La música gritaba más alto, más aprisa, enviaba locamente al aire nocturno choque macabro tras choque macabro, haciendo que las estrellas se estremecieran en sus inmutables posiciones. El flautista se envaraba en la colina, con su altura de dos metros o más, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, con su delgada silueta envuelta en ropas de color marrón. La masa negra en la montaña descendía como los tentáculos de una ameba, contrayéndose, distendiéndose, entre susurros y murmullos.

- Ve al interior - dijo el viejo -. Eres joven, debes vivir para la multiplicación del nuevo Marte. Esta noche marca el fin del antiguo, mañana el comienzo del nuevo. Esta es la muerte para los hombres de la Tierra. - Y luego, más alto, cada vez más alto -: ¡La muerte! Acuden para aplastar a los terrestres, para arrasar sus ciudades, para tomar sus cohetes. Y entonces, en las naves de los hombres... ¡en ruta hacia la Tierra! ¡Revolución! ¡Venganza! ¡Una nueva civilización! ¡Los monstruos reemplazarán a los hombres, y la avidez humana desaparecerá con su muerte! - Y más agudo, más rápido, más alto, con un ritmo demencial -: El flautista... el Cerebro... el que ha sabido esperar noche tras noche durante tantos años. ¡Volverá a Venus para restablecer su civilización en toda su glorias ¡El regreso del arte entre los seres vivos!

- Pero se trata de salvajes - protestó el muchacho -, de marcianos impuros.

- Los hombres son salvajes - dijo el viejo, temblorosamente -. Siento vergüenza de ser un hombre. Sí, esas criaturas son salvajes, pero aprenderán gracias a la música. La música bajo tantos aspectos, música para la paz, música para el amor, música para el odio y música para la muerte. El flautista y su horda organizarán un nuevo cosmos. ¡Es inmortal!

Ahora, la primera oleada de cosas negras que recordaban seres humanos se apretujaba murmurando en la carretera.

El aire estaba lleno de un olor insólito, agrio. El flautista descendía de su colina, avanzaba hacia la carretera, hacia el asfalto, hacia la ciudad.

- ¡Flautista, vuelve a tocar! - gritó el viejo -. ¡Ve y mata, para que yo viva de nuevo! ¡Tráenos el amor y el arte! ¡Flautista, toca, toca, toca! ¡Estoy llorando! - Y luego -: ¡Escóndete, muchacho, escóndete aprisa! ¡Antes de que lleguen!

- ¡Apresúrate!

Y el muchacho, sollozando incontinentemente, corrió a la pequeña cabaña y permaneció oculto allí toda la noche.

Agitándose, saltando, corriendo y gritando, la nueva humanidad avanzaba al asalto de las ciudades, de los cohetes, de las minas del hombre. El canto del flautista. Las estrellas se estremecían. Los vientos se detenían. Los pájaros nocturnos no cantaban. Los ecos no repetían más que las voces de aquellos que avanzaban, llevando consigo una nueva comprensión. El viejo, arrastrado por el maelstrón de ébano, se sintió llevado, barrido, sin dejar de gritar. En la carretera, formando aterradores tropiezos surgidos de las colinas, vomitados por las cavernas, avanzaban como las garras de terribles bestias gigantescas, arrasándolo todo y vertiéndose hacia las ciudades de los hombres. ¡Suspiros, saltos, voces, destrucción!

¡Cohetes zigzagueando en el cielo!

Armas. Muerte.

Y finalmente, en el pálido grisor del alba, el recuerdo, el eco de la voz del viejo. Y el muchacho se despertó para iniciar un nuevo mundo en una nueva compañía.

La voz del viejo le llegó como un eco:

- Flautista, vuelve a tocar! Entonces el flautista tocó, ¡y las lágrimas acudieron a mis ojos!

Era el amanecer de un nuevo día.

**FIN**

## Wilson Tucker - EXPOSICIONES DE TIEMPO

El sargento Tabbot subió las escaleras hasta el departamento de la mujer, en el tercer piso. El pesado estuche de la cámara le golpeaba contra la pierna al subir y amenazaba chocar con su rodilla enferma. Pasó el estuche a la mano izquierda y resopló: esa mujer bien podía haber tenido la amabilidad de morir en el primer piso.

Había un agente haraganeando en el descanso, custodiando como al descuido la escalera y el corredor del tercer piso.

Tabbot se mostró sorprendido.

- ¿Cómo, no hay guardián? ¿Todavía están trabajando? ¿Cuál es el departamento?

- Parece que se olvidaron del guardián, sargento - dijo el agente -. También parece que fueron a buscarlo. Hay un gentío allí adentro; el forense no terminó todavía. Es el número 33.

Bajó la vista hasta clavarla en el voluminoso estuche.

- Está completamente desnuda.

- ¿Quiere que le haga una buena foto?

- No, señor, ¿cómo voy a querer una foto de ella? Quiero decir, está desnuda, es cierto, pero ya no es linda.

- Las víctimas de los asesinatos no suelen tener muy buen color - dijo Tabbot.

Siguió por el corredor hasta el número 33 y encontró la puerta entreabierta; se oía una voz retumbante. Tabbot empujó la puerta y entró en el departamento de la mujer. Era chico, de no más de dos ambientes, probablemente.

Al primero que vio fue al encargado de tomar las huellas digitales, que trabajaba con un aerosol y una máquina de rayos ultravioletas portátil sobre una mesita ratona con cubierta de vidrio; la amarga expresión de su cara revelaba que había una manifiesta carencia de huellas. Había un teniente de la seccional parado en el otro extremo de la mesita, observando el barrido de la luz ultravioleta con un aire de serena paciencia; desvió la mirada hacia Tabbot, hacia el estuche de la cámara y volvió a posarla en la mesita. Un agente de civil esperaba detrás de la puerta sin hacer nada; dos hombres con un cesto de mimbre estaban sentados uno en cada brazo de una poltrona, contemplando por encima del respaldo algo que había en el piso; uno de ellos giró la cabeza para mirar fijamente al recién llegado y después volvió a concentrar la atención en el piso. Bastante alejado de la silla un hombre de calvicie pronunciada y abundante grasa debajo de la ropa se sacudía el polvo de las rodillas de los pantalones; acababa de ponerse de pie y el esfuerzo le había provocado una respiración seca y entrecortado que se le escapaba por la boca abierta.

Tabbot conocía al teniente y al forense.

El forense miró el pesado estuche negro que Tabbot acababa de dejar atrás de la puerta y preguntó:

- ¿Fotografías?

- Sí, señor. Son exposiciones de tiempo.

- Me gustaría que me hiciese algunas copias, entonces; hace ocho o nueve años que no veo un tiroteo; son muy escasos últimamente.

Señaló con un grueso dedo índice lo que estaba tirado en el piso.



- La mataron a tiros. ¿Qué le parece? ¡Muerta a tiros en esta época! Me gustaría alguna copia: estoy ansioso por ver a un hombre con agallas para llevar un revólver.

- Sí, señor.

Tabbot dirigió la atención al teniente de la seccional.

- ¿Puede darme alguna pista?

- El caso es bastante confuso todavía, sargento - respondió el oficial -. La víctima conocía al atacante: pienso que lo dejó entrar y después se alejó de él; él se quedó donde está parado usted. Tal vez haya habido una discusión pero no una pelea: no hay nada roto, nada fuera de lugar, ninguna huella digital. Esa perilla que está detrás de usted fue cuidadosamente limpiada. Ella estaba de pie detrás de esa silla cuando recibió el tiro y cayó allí. ¿Puede abarcarlo todo?

- Sí señor, creo que sí. Me voy a instalar en la entrada a ese otro ambiente. ¿Es una cocina?

- Cocina y ducha; este otro ambiente es una combinación de sala de estar y dormitorio.

- Voy a empezar por allí y después me voy a ir acercando. ¿No hay nada en la cocina?

- Platos sucios, nada más. No hay manchas en el piso. Pero me gustaría que hiciera algunas tomas de todos modos. Los pisos están limpios en todas partes, salvo detrás de esa silla.

El sargento Tabbot miró la ventana que había en el otro extremo del cuarto y volvió a mirar al teniente.

- No hay salida de emergencia - dijo el oficial -. Pero de todos modos fotografíela. Fotografíe todo lo que vea. Haga su tarea de rutina.

Tabbot asintió con naturalidad y después notó que se le endurecían los músculos abdominales. Cruzó la habitación hasta llegar a la poltrona y contempló atentamente lo que había detrás del respaldo. Los hombres del cesto de mimbre dieron vuelta las cabezas al unísono para mirarlo, compartiendo entre los dos alguna broma macabra, probablemente a sus expensas. Se le revolvió el estómago a pesar de sus desesperados esfuerzos por controlarlo.

Era una rubia de cabellos ensortijados de alrededor de treinta años; su cara había sido bastante atractiva, pero no habría podido ganar un concurso de belleza; estaba lavada y sin maquillaje. No tenía ninguna joya en las muñecas, los dedos o el cuello y estaba totalmente desnuda. Le habían volado el pecho, Tabbot parpadeó su sorpresa y su desagrado, y desvió la vista hacia el estómago y las piernas, con la sola intención de apartar la atención de ese espectáculo horrible; por un momento pensó que iba a vomitar el desayuno. Los ojos se le cerraron mientras luchaba férreamente por controlarse y cuando los abrió se encontró con antiguas estrías abdominales, que indicaban un embarazo de largo tiempo atrás.

El sargento Tabbot se apartó rápidamente de la silla y se topó con el forense.

- Le dispararon por la espalda - dijo abruptamente.

- Sí, claro.

El gordo jadeante daba vueltas alrededor de él con fastidio.

- Hay un pequeño agujerito en la espina dorsal. Un pequeño orificio de entrada y uno enorme - ¡vaya si es enorme! - de salida; el disparo destruyó la caja torácica al salir. Es natural que sea así si, como pienso, le dispararon con una pistola de calibre grueso.

Miró el pie desnudo que se asomaba por detrás de la silla.

- Es la primera muerte por disparo que veo en ocho o nueve años. ¿Se da cuenta? Hay alguien que lleva un revólver.

Hizo una pausa para jadear y después señaló con el mismo dedo gordo a los hombres del cesto.

- Levántenlo y váyanse, muchachos. Vamos a hacerle la autopsia.

Tabbot se dirigió a la cocina.

En la mesa de la cocina vio un plato sucio, una taza de café, una cuchara, un tenedor y migas de tostada; una azucarera sin tapa y un tarrito de crema instantánea para el café completaban el decorado. Buscó debajo de la mesa el cuchillo y la manteca que faltaban.

- No la busque - dijo el teniente -. Le gustaba la tostada limpia.

Tabbot se dio vuelta.

- ¿Cuánto tiempo hace de este desayuno? ¿Cuánto tiempo hace que está muerta?

- Hay que esperar el informe del forense para eso, pero yo diría que unas tres o quizá cuatro horas. La cafetera estaba fría, el cuerpo estaba frío, las manchas de huevo estaban secas. Díganos algo más de tres horas.

- Eso me da un buen margen - dijo Tabbot -. Si hubiera sucedido ayer a la noche, simplemente agarraba la cámara y me volvía a casa.

Buscó con la mirada un movimiento que había captado con el rabillo del ojo y vio a los hombres del cesto de mimbre que cruzaban la puerta de entrada con su carga y salían al corredor. Volvió rápidamente la mirada a la mesa de la cocina.

- Huevos y una tostada limpia, café con crema y azúcar. No nos sirve de mucho.

El teniente sacudió la cabeza.

- No estoy preocupado por ella; me importa un carajo lo que comió. Que se ocupe el forense de su desayuno; él ya nos dirá cuánto hace que lo tomó y ya veremos. Me importan más sus placas; quiero ver la foto del asesino.

- Esperemos que haya habido luz de día y que haya sucedido esta mañana - dijo Tabbot -. ¿Está seguro de que no es el desayuno de ayer? No tiene sentido armar el aparato si sucedió ayer a la mañana o ayer a la noche. Mi límite de exposición cae entre las diez y las catorce horas... y usted sabe bien qué pobres son las fotografías de catorce horas atrás.

- Fue esta mañana - le aseguró el oficial -. Ayer a la mañana fue a trabajar, pero cuando no fichó esta mañana y no respondió al teléfono, alguien del negocio vino a preguntar qué pasaba.

- ¿Y ese alguien tenía llave?

- No, y eso elimina al primer sospechoso. El portero lo dejó entrar. Entre paréntesis, ¿me podría sacar una foto de la puerta para corroborar su relato? Fue unos minutos después de las nueve; no recuerdan exactamente.

- Cómo no. ¿Qué tipo de negocio? ¿De qué se ocupaba?

- Una juguetería. Hacía muñecos de Navidad.

El sargento Tabbot pensó un rato y después dijo:

- Lo primero que le pasa a uno por la cabeza son las armas de juguete.

El teniente le respondió con una sonrisa tensa y malhumorada.

- Tuvimos la misma idea y enviamos hombres para que inspeccionaran el negocio; ya se sabe, negocios de mercado negro, juguetes o el mismo artículo pero de verdad. No tuvimos suerte; desde que se aprobó la ley Dean no volvieron a fabricar nada parecido a un revólver. Era un negocio honesto.

- Le tocó un caso difícil, teniente.
- Confío en sus fotografías, sargento.

Tabbot consideró que era una buena indirecta. Volvió al otro cuarto y descubrió que todos se habían ido salvo el silencioso agente de civil. El detective estaba sentado en el sofá detrás de la mesita ratona y lo observaba mientras abría el estuche. Colocó un trípode a un metro y medio de la puerta aproximadamente. La cámara en sí era un instrumento pesado, difícil de manejar, y para colocarla en el trípode hubo de emplear una buena dosis de gruñidos y un insulto entre dientes por un dedo machucado. Cuando quedó sólidamente afirmada sobre el trípode, Tabbot tomó un rollo de película del estuche suplementario y lo colocó en la parte posterior de la cámara. Lo último que acomodó fueron una lente y el cronómetro; Tabbot se aseguró de que la lente estuviera limpia.

Enfocó la puerta de entrada y buscó en el bolsillo la regla de cálculos. Controló el tiempo actual y después retrocedió para obtener cuatro exposiciones: a las nueve, a las nueve y cinco, a las nueve y diez y a las nueve y cuarto, que probablemente cubrirían la llegada del portero y del empleado de la juguetería; amartilló y disparó el cronómetro y después controló que la película de nylon estuviese corriendo adecuadamente después de cada exposición. Anotaba los detalles de cada toma en una libreta para facilitar luego una identificación más segura de las placas.

El agente de civil quebró su silencio sepulcral.

- Es la primera vez que veo funcionar uno de estos aparatos.
- Estoy tomando fotografías desde las nueve hasta las nueve y cuarto de esta mañana - respondió con calma Tabbot -. Si tengo suerte, voy a fotografiar al portero abriendo la puerta; si no tengo suerte, sólo obtendré un movimiento borroso... o absolutamente nada, y entonces tendré que empezar de nuevo y hacer una exposición por cada minuto posterior a las nueve hasta que lo encuentre. Una imagen borrosa de la puerta que se abre me indicará que estoy cerca de lo que busco.

- ¿Buenas fotografías?

Parecía escéptico.

- ¿A las nueve? Claro que sí; a las nueve ya había luz suficiente en esa ventana y no pasó demasiado tiempo. Las condiciones son satisfactorias. El asunto se pone bravo cuando intento obtener exposiciones nocturnas con una o dos lámparas encendidas solamente; en este caso simplemente hay luz suficiente. ¡Cómo me gustaría que todo sucediese siempre al aire libre, en un día soleado... y no más de una hora antes de mi llegada!

El detective gruñó e inspeccionó la cámara, que hacía tic tac.

- Llevé algunas de sus fotografías a la corte una vez; fue el caso del robo del banco el año pasado. Las fotografías eran malas, el juez las descartó y el caso no pudo resolverse.

- Lo recuerdo - dijo Tabbot -. Y pido disculpas por la mala calidad del trabajo. Esas placas se tomaron sobre el límite de tiempo: catorce horas, tal vez algo más. La cámara y la película son prácticamente inútiles más allá de las diez o las doce horas; simplemente había pasado demasiado tiempo. Uso la mejor película que hay en plaza, pero no puede registrar una imagen como la gente de un pasado que supere las doce horas. Las placas del banco que usted llevó no eran más que sombras veteadas: eso es todo lo que puedo obtener para un pasado comprendido entre las doce y las catorce horas atrás.

- ¿Y nada pasadas las catorce horas?

- Nada en absoluto. Lo he intentado, pero nada.

La cámara dejó de hacer tic tac y se detuvo sola. Tabbot la hizo girar sobre el trípode y apuntó en dirección al sofá. El detective se levantó de un salto.

El sargento protestó.

- No se levante; usted no estorba, La lente no lo ve ahora.

Hizo un gesto de despedida al teniente desde la puerta y salió del departamento dando un portazo.

- Todavía está amargado por esas fotografías del banco - dijo el oficial.

Tabbot hizo un gesto de asentimiento e introdujo una sola modificación en el mecanismo de tiempo. Disparó el obturador para una exposición y luego le sonrió al teniente.

- Le enviaré una fotografía de él mismo sentado allí hace tres minutos. Quizás eso le levante el ánimo.

- O lo ponga tan furioso que lo haga echar.

El sargento inició una nueva serie de cuentas con la regla de cálculos y se dedicó a las fotografías de rutina de la habitación desde las seis hasta las nueve de la mañana. Enfocó con la cámara la mesita ratona, la entrada a la cocina, la poltrona, la ventana que estaba detrás de la poltrona, otra sillita y una biblioteca que había en la habitación, el piso, un jarrón con flores artificiales que estaba apoyado sobre un estantecito encima del radiador, una lámpara de pie, otra que colgaba del techo y, por último, tomó fotografías de la habitación desde distintos ángulos, caminando en círculo y regresando luego a la puerta de entrada. Tabbot volvió a controlar sus cuentas y después dedicó una atención especial a la puerta y al sector contiguo, donde él había estado parado al entrar.

La cámara hurgó y espío y escudriñó en el pasado reciente, en la última mañana de vida de la rubia desnuda, registrando en la película de nylon imágenes que ya hacía tres o cuatro horas que habían desaparecido. En el curso del relevamiento circular - al pasar entre la biblioteca y el jarrón con flores artificiales - una señal luminosa indicó que se había acabado el rollo de película, y la cámara interrumpió su tarea hasta que Tabbot colocó un nuevo rollo. El sargento hizo un pequeño ajuste en cronómetro para compensar el tiempo perdido, numeró el rollo terminado y el nuevo y continuó con sus pormenorizadas anotaciones para cada ángulo y cada serie de exposiciones. La cámara ignoraba el presente e indagaba en el pasado.

- ¿Cuánto falta? - preguntó el teniente.

- Una hora más para los preliminares; puedo terminar con la cocina en una hora más, y digamos unas dos o tres horas para las segundas tomas, después de fijar áreas restringidas.

- Se me está amontonando el trabajo.

El oficial se rascó la nuca y después se agachó para espiar por la lente.

- Me podrá encontrar en la seccional, probablemente. Haga copias adicionales de las placas claves.

- Sí, señor.

El teniente abandonó su inspección de la lente y echó una última ojeada general a la habitación. A diferencia del detective, no cerró dando un portazo.

La rutina del relevamiento fotográfico siguió adelante.

Tabbot movió la cámara hacia atrás y se ubicó en la entrada a la cocina para cubrir un ángulo más amplio de la habitación; enfocó el sofá, la poltrona y nuevamente la puerta. Quería recuperar esos pocos momentos esenciales, cuando se había abierto la puerta y había entrado el asesino para disparar el

arma prohibida. Cambió por un gran angular y fotografió todo el cuarto en una serie de tomas cada diez minutos sobre un período total de tres horas; el escenario quedó documentado en forma exhaustiva.

Cambió de rollo para empezar con la cocina.

Una idea descabellada detuvo su mano, lo Interrumpió en el acto de girar la cámara. Retrocedió sobre sus pasos hasta la poltrona, dio la vuelta, se ubicó detrás de ella, evitando pisar la sangre derramada, y se encontró en línea recta entre la puerta y la ventana. Tabbot miró por la ventana imaginando un revolver a sus espaldas y giró lentamente sobre sí mismo para dirigir la mirada hacia la puerta: la temprana luz del sol que entraba por la ventana debió de haber iluminado la cara del hombre. La cámara, colocada en ese lugar, debería fotografiar la cara del atacante y registrar también la detonación del revólver.

Tabbot arrastró el trípode y la cámara a través de la habitación y los ubicó en esa posición, detrás de la poltrona y apuntando hacia la puerta. Volvió a cambiar la lente. Hizo nuevos cálculos.

Si tenía suerte en esta serie, el asesino dispararía hacia la cámara.

El relevamiento fotográfico de la cocina fue prácticamente una repetición del de la otra habitación y llevó un poco menos de tiempo.

Tabbot fotografió la mesa, dos sillas, los platos sucios, los restos de tostada, la cocinita, la vieja heladera, las alacenas empotradas sobre la pileta y sobre la mesada, la pileta misma, un bañito muy estrecho, disimulado como cuarto de limpieza detrás de una puertita angosta, y la puerta plegadiza de la ducha, que estaba manchada; la flor todavía goteaba.

Abrió la puerta de la heladera y encontró media botella de vino tinto junto con las demás provisiones. Hizo dos tomas, a una hora de distancia una de la otra. Indagó en el estrecho territorio del baño unas pocas tomas al azar con la esperanza de que la rubia no estuviese sentada allí. El cuarto de la ducha estaba revestido con símil azulejos blancos, que sufrían ahora el efecto de las manchas de óxido debajo de una flor que goteaba: dos exposiciones a modo de prueba porque el compartimiento incluía también un mini lavabo, un espejo y un tomacorriente a prueba de humedad; notó con un aire de aprobación algo distraído que el toma carecía de instalación para enchufar la máquina de afeitar.

Tabbot volvió a colocar el gran angular para la toma general; no había ventana en la cocina y notó que tampoco había salida de emergencia, una lamentable violación de las reglamentaciones contra incendio.

Con eso se completaron las tomas preliminares.

Tabbot buscó su documento de identidad en el bolsillo, reunió los rollos de película usados y salió del departamento. No había ningún guardián que le impidiera atravesar la puerta: le clavó la mirada al agente, que seguía haraganeando en el corredor, como mostrándose sorprendido.

El agente leyó su expresión.

- Enseguida viene, sargento, enseguida viene. Supongo que para estas horas el teniente ya habrá conseguido alguno, así que quédese tranquilo que ya viene.

Tabbot guardó el documento de identidad en el bolsillo.

- ¿Es cierto que le dispararon, como dicen? ¿Que le dispararon por la espalda y le atravesaron el estómago de lado a lado?

Tabbot asintió con incomodidad.

- De lado a lado, sí, pero no el estómago sino la caja torácica. Alguien le disparó un revólver de mucho calibre. ¿Quiere una copia? Podría pegarla en su armario.

- ¡Cruz diablo! ¡No!

El hombre echó una ojeada al corredor y volvió a mirar al sargento.

- Oí que el forense decía que era obra de un profesional; sólo los profesionales son lo suficientemente locos como para seguir llevando armas, considerando a lo que se arriesgan.

- Eso creo; hace años que no sé de un amateur que lleve revólver. La sentencia de prisión no redimible que se prevé para la portación de armas les pone los pelos de punta.

Tabbot cambió los rollos de mano para mantenerlos apartados de la rodilla lastimada al bajar la escalera.

La calle brillaba bajo la luz del sol (el tipo de escenarios luminosos en que el sargento Tabbot deseaba que se desarrollase todo para obtener los mejores resultados; con un sol brillante podía reproducir imágenes bastante superiores a las sombras veteadas, incluso sobre el límite máximo de las catorce horas)

Su camión era el único vehículo policial estacionado junto al cordón.

Tabbot subió al furgón y cerró la puerta. Puso en funcionamiento la reveladora y la secadora en medio de una oscuridad total y empezó a volcar en el tanque la película del primer rollo. Cuando la cola de esa primera película se zafó del rollo y desapareció, colocó en la ranura la guía de la segunda. Luego le tocó el turno a la tercera. El sargento se sentó en un banco y esperó en la oscuridad a que las máquinas terminaran sus ciclos y le entregaran los negativos de nylon. Después de un rato se estiró para poner en marcha la ampliadora y se dedicó a esperar sentado.

No podía borrar la imagen de la mujer con el pecho reventado; era más vívida en la oscuridad del camión que bajo la brillante luz del día. Esta vez no se le revolvió el estómago y supuso que se estaba acostumbrando al recuerdo o que la imagen ya se había instalado definitivamente en el pasado. Algunas de las fotografías que estaban a punto de completarse bien podían resucitar esa imagen de pesadilla.

El forense creía que algún encapuchado había asesinado a la mujer que hacía muñecos de Navidad, algún asesino profesional que hacía tan poco caso de la ley sobre portación de armas como de cualquier otra ley. Tal vez sí, tal vez no. Había militares y marinos que seguían haciendo entrar armas de contrabando al país cuando volvían de sus puestos de ultramar; Tabbot había oído hablar a menudo de eso y había visto algunos de esos tipos temerarios en la cárcel. Por alguna razón que no llegaba a comprender los ex marines que habían hecho el servicio en China eran los que violaban la ley del modo más flagrante: superaban a los contrabandistas de los demás servicios en una proporción de tres (o cuatro) a uno y las duras sanciones que fijaba la ley Dean no los acobardaba en lo más mínimo. El Congreso, con toda sabiduría había proclamado que sólo los oficiales de paz y el personal militar en servicio activo tenían el privilegio de portar armas de fuego; cualquier otra arma debía ser entregada y destruida por ley.

Tabbot no tenía revólver ni oportunidad para usarlo. El agente del tercer piso llevaba un arma, y también el teniente, y el policía de civil, pero no creía que el forense tuviese uno, ni tampoco los hombres del cesto, La ley Dean establecía rígidas penas de prisión no redimible para los ciudadanos que estuviesen en posesión de armas, pero los Marines continuaban llevándolas y de vez en cuando

algún civil caía bajo los disparos de un revólver. Como la mujer que hacía muñecos de Navidad.

Un suave zumbido indicó el final de la tarea de revelado. Tabbot sacó las tres cintas de negativo de nylon de la rueda dentada de la secadora y las introdujo en la ampliadora. El tiempo de espera resultó sensiblemente menor. Tres largas tiras de fotografías impresas rodaron fuera de la ampliadora y cayeron en sus manos. Tabbot no perdió el tiempo en cortarlas una por una.

Echándose dos de las tiras al hombro y con la tercera en la mano se dirigió a la puerta del camión y la abrió, El brillo del sol lo hizo parpadear y los ojos le lagrimearon.

- ¡Oh, no! ¿Qué mierda habrá pasado? - gritó casi.

Las copias eran oscuras, mucho más oscuras de lo que les correspondía. Sabía sin necesidad de recurrir a las cifras anotadas en su libreta que las exposiciones habían tenido lugar después de la salida del sol, y sin embargo las copias eran oscuras, Tabbot fijó la vista en el frente del edificio tratando de identificar la ventana en cuestión y después volvió a mirar, desconcertado, las tiras de película.

La habitación que servía de sala y de dormitorio estaba a oscuras. Mirando más de cerca, parpadeando contra la fuerte luz, distinguió cuatro series temporales de exposiciones de la puerta de entrada; la tercera mostraba las siluetas oscuras del portero y de otro hombre con la boca abierta: nueve y diez de la mañana. La quinta fotografía era una brillante imagen del policía de civil sentado en el sofá y conversando con Tabbot. La sexta y las siguientes: imágenes oscuras del sofá convertido en cama (faltaba la mesita ratona), la entrada a la cocina apenas discernible, la poltrona (y ahí cerca la mesita), la ventana... Miró con desaliento la ventana: ¡las malditas cortinas estaban corridas e impedían el paso de la luz matinal!

Tabbot controló precipitadamente la segunda tira, que colgaba sobre su hombro: igualmente oscura. Tanto la lámpara de pie como la del techo estaban apagadas; las cortinas habían estado corridas toda la noche y el cuarto estaba sumido en una profunda oscuridad. Apenas se reconocía el radiador, el jarrón con flores, la biblioteca, la sillita y numerosas exposiciones de la puerta cerrada; las fotografías del piso eran prácticamente negras. Luego la cámara cambiaba de posición, moviéndose hacia la entrada de la cocina y fotografiaba el dormitorio con un gran angular: negra frustración.

La cama se había convertido nuevamente en un vulgar sofá, la mesita había retrocedido a su posición correcta, las demás piezas del mobiliario no habían sido modificadas, las cortinas cubrían la única ventana, las luces seguían apagadas. Miró de reojo las tomas finales y contuvo el aliento: una figura - una figura oscura y borrosa - estaba de pie junto a la esquina más alejada de la mesita mirando hacia la puerta cerrada.

Tabbot se apoderó ansiosamente de la tercera tira.

Los cuatro primeros cuadros no mostraban más que la imagen de una puerta cerrada; el quinto explotaba en el halo brillante de un fogueo: el revólver había disparado en dirección a la lente.

El sargento Tabbot se precipitó fuera del coche, cerrándolo de un portazo al salir, y trepó por la escalera hasta el tercer piso. La rodilla lastimada reclamaba un paso más reposado. El joven agente había abandonado su puesto.

Había un guardián bloqueando la entrada al departamento.

Tabbot se le aproximó con toda cautela mientras registraba los bolsillos en busca del documento de identidad; a una distancia de sólo sesenta centímetros sintió las primeras y desagradables puntadas en la ingle: si intentaba deslizarse hacia el departamento sorteando la máquina, el maldito artefacto haría todo lo posible por sacarle las tripas. Los testículos eran la zona más vulnerable. Un guardián le recordaba siempre a una manguera de incendios de la segunda generación, pero ni aún si lo torturaran en una seccional iba a poder describirle a nadie en forma convincente cómo era exactamente una manguera de incendios de la segunda generación; el torturador insistiría en que sólo se trataba de un símbolo fálico.

El guardián estaba hecho de acero inoxidable y plástico incoloro; llegaba a la altura de la cintura y tenía una ranura y una linterna fosforescente en la cabeza, que terminaba en punta. Generaba una emisión fulgurante y controlada, una radiación de alta frecuencia capaz de destruir el tejido animal. Esas máquinas resultaban asombrosamente útiles para mantener adentro a los prisioneros y afuera a los ciudadanos demasiado curiosos. Tabbot insertó su tarjeta de identificación en la ranura y esperó que la fosforescencia de la linterna disminuyera gradualmente.

Había un teléfono en el suelo, junto al extremo más alejado del sofá, medio escondido entre una pila de libros polvorientos; al parecer la mujer leía novelas de cowboys. Tabbot discó el número de la seccional y esperó a que el operador ubicara al oficial.

- Habla Tabbot. ¿Quién abrió las cortinas? - preguntó abruptamente.

- ¿Qué carajo me está...? ¿Qué cortinas?

- Las cortinas que cubren la única ventana que hay en la habitación. ¿Quién las corrió esta mañana? ¿Cuándo?

Hubo un silencio intencionado.

- Sargento, ¿no sirven las fotografías?

- Casi no sirven, señor. Obtuve una excelente foto del detective sentado en el sofá después de que hubiesen apartado las cortinas.

Vaciló un instante mientras consultaba la libreta de anotaciones.

- El disparo se produjo esta mañana a las seis cuarenta y cinco; el portero abrió la puerta a las nueve y diez. Y la placa del agente de civil me salió estupenda.

- ¿Eso es todo?

- Todo lo que puede servir. Tengo una foto sucia y oscura de alguien mirando hacia la puerta, pero no puedo decirle si ese alguien es hombre o mujer, si es verde o colorado.

- ¡Mierda! - exclamó el teniente.

- Lo mismo digo, señor.

- Fue el forense quien apartó las cortinas; quería más luz para mirar el cadáver.

- Ojalá la hubiera apartado ayer por la noche antes de que ella se hubiera convertido en cadáver - dijo, pensativo.

- ¿Está seguro de que no sirven?

- Mire, señor, si las presentara a la Corte y tuviese que vérselas con el juez del que hablábamos hoy, lo expulsaría del tribunal.

- ¡Carajo! ¿Y qué va a hacer usted ahora?

- Volveré a concentrarme en las seis cuarenta y cinco y trabajar sobre el disparo. También podría seguir a ese alguien borroso mientras se dirige hacia la puerta... supongo que era la mujer que iba a abrir para hacer entrar al asesino. Pero no se haga ilusiones, teniente. Es un caso perdido.



Otro silencio y después.

- Está bien. Haga lo que pueda. Linda noticia la que me dio, sargento.

- Sí, señor.

Dio por terminada la comunicación.

Tabbot arrastró la voluminosa cámara hasta ubicarla junto a uno de los extremos de la mesita y enfocó hacia la puerta; pensaba que el encuadre abarcaría a la mujer caminando hacia la puerta, abriéndola, alejándose de ella y al atacante entrando, todo en la más lóbrega oscuridad. Introdujo un nuevo rollo en la cámara e inspeccionó la lente por si hubiese alguna basurita. Después empezó a calcular el tiempo. La cámara comenzó su tarea con las exposiciones que comprendían el momento crítico del disparo.

Tabbot fue hacia la ventana para concluir su examen de la tercera tira de fotografías, las que correspondían a la cocina. La gran mayoría de los cuadros estaban tan oscuros como los del dormitorio, pero se iluminaban de pronto después del momento en que había cambiado por el gran angular, al iniciar la serie de enfoques generales: alguien había encendido la luz del techo.

Tabbot pudo ver a una mujer desnuda sentada a la mesa: tenía las dos manos plegadas sobre el estómago, como si apretara un rollo de carne. Detrás de ella se veía la estrecha puerta del baño, que estaba entreabierta. La mesa estaba vacía. Tabbot frunció el ceño al ver a la mujer, su postura, y después buscó entre sus notas el tiempo de exposición retroactiva: las seis y cinco. La mujer que fabricaba muñecos de Navidad estaba sentada junto a una mesa vacía a las seis y cinco de la mañana, mirando hacia su izquierda y agarrándose el estómago con las manos. Tabbot se preguntó si tendría hambre y estaría esperando que alguna sirvienta imaginaria le preparara y sirviera el desayuno: huevos, café, una tostada limpia.

Buscó la foto de la cocinita: había una llamita de gas debajo de la cafetera; ni rastros de huevos fritos... bueno, tal vez los freía sólo tres minutos, y como las fotos se habían tomado con intervalos de cinco y diez minutos...

Miró otra vez a la mujer y se disculpó por el pésimo chiste: cuarenta minutos más tarde iba a estar muerta.

Otro dato interesante en la tercera tira era un delgado haz de luz debajo de la cortina de la ducha. Tabbot retrocedió y recorrió la tira en busca de las dos exposiciones que enfocaban la ducha, pero las encontró oscuras y el compartimiento estaba vacío: se había equivocado en la hora.

La cámara se detuvo sola a sus espaldas, reclamando su atención.

Tabbot arrastró el aparato a través del salón hasta ubicarlo en una posición de privilegio junto al brazo del sillón y volvió a enfocar la puerta. Ajustó el cronómetro para obtener una segunda versión de las escenas recién registradas, pero no esperaba encontrar más que una sombra entrando, disparando y yéndose; una figura oscura en un cuarto en sombras.

Empezó una nueva serie sobre la base de esa fotografía del fognazo.

Volvió a concentrar su atención en la mujer sentada a la mesa: estaba con las manos crispadas sobre el estómago, mirando hacia su izquierda ¿mirando qué?

En un arrebato, Tabbot fue a la cocina y se sentó en la silla que había ocupado ella; la misma posición, el mismo ángulo. Se apretó el estómago con las manos y miró hacia su izquierda, reproduciendo la misma dirección de la vista: lo que veía era el cuarto de la ducha.

Una de las fotografías le había dado un haz de luz debajo de la cortina... no, de la puerta plegadiza manchada y la línea de separación tenía gotas de agua.

- ¡Ahora sí! - dijo en voz alta.

Extendió las tiras sobre la mesa para tener las manos libres y luego examinó las anotaciones de su libreta, una por una. Cada una de las placas había indagado en el pasado a las seis y cinco de la mañana: alguien había tomado un baño mientras la mujer estaba sentada junto a la mesa.

Volvió a mirar las últimas fotografías de la segunda tira (la que correspondía al segundo rollo): una figura - oscura y de contornos imprecisos - estaba mirando hacia la puerta cerrada; eran las seis y cuarenta, cinco minutos antes del disparo.

¿Era posible que la mujer se hubiera quedado allí, simplemente, esperando durante cinco minutos que golpearan a la puerta? ¿O la había abierto sólo un instante después de la exposición, había dejado entrar al hombre, había discutido con él y cinco minutos más tarde había muerto junto a la silla? Cinco minutos era tiempo suficiente para una disputa, un acalorado intercambio de palabras, una amenaza y un disparo.

Tabbot se agarró con las manos del borde de la mesa.

- ¿Qué había pasado con el hombre de la ducha? ¿Se había quedado allí, en remojo, durante cuarenta minutos, mientras asesinaban a la mujer? ¿O había salido, se había secado, había engullido su desayuno y dejado el departamento unos minutos antes de la llegada del atacante?

Tabbot se respondió: no, no, no y tal vez.

Saltó con tal violencia de la silla que la hizo caer. El teléfono seguía detrás de la pila de novelas de cowboys.

El que respondiera a su llamada bien podía ser uno de los hombres del cesto de mimbre.

- Morgue del distrito.

- Habla el sargento Tabbot, del Departamento de Fotografía. Tengo unas placas preliminares de la mujer del departamento: estuvo sentada a la mesa de desayuno entre las seis y las seis y cuarto. ¿Coincide eso con la autopsia?

- Dio en el clavo, sargento - dijo con júbilo la voz -. La tostada todavía estaba allí, ¿me entiende?

- Sí, le entiendo - respondió con voz poco firme -. Les enviaré las fotografías.

- Ey, espere, espere; hay algo más. Estaba embarazada desde hacía poco, dos meses quizá.

Tabbot tragó saliva. Una imagen involuntaria trataba de formarse en su mente: la mesa de autopsia, una o dos cuchilladas, el inventario de los contenidos del estómago. Rechazó la idea y dejó el teléfono en el suelo.

- Pensé que había sido el hombre de la ducha el que se había tomado el desayuno. Pero no fue él, no fue él - dijo desesperadamente en voz alta.

El teléfono, mudo, no le respondió.

La cámara dejó de indagar en el pasado.

Tabbot arrastró el aparato a la cocina y buscó una nueva posición detrás de la silla de la mujer para abarcar la mesa, la cocinita y el cuarto de la ducha. Programó el cronómetro para exposiciones con diferencia de dos minutos entre una y otra; calculó la primera a las seis. Comenzó la prueba. Tabbot, pasó junto a la ventana y salió de la cocina para examinar una vez más las descorazonadoras fotos preliminares.

La puerta de entrada, el portero y otro hombre en el umbral, la resplandeciente belleza de la foto con el detective sentado en el sofá, las fotos en sombras del sofá abierto para servir de cama... Tabbot se detuvo e investigó más de cerca: ¿había una o dos figuras tendidas en la cama? La siguiente: la entrada a la

cocina, la poltrona, la mesa ratona cambiada de lugar, la ventana con las cortinas corridas.

Siempre lo mismo, una y otra vez. Oscuridad. Pero, ¿había una o dos personas en la cama?

Y luego de esa fotografía: alguien borroso y de contornos imprecisos mirando hacia la puerta cerrada. ¿Estaba caminando en ese momento hacia la puerta y se lo había sorprendido a mitad de camino? ¿Era el hombre de la ducha?

Tabbot dejó caer las fotografías y corrió hacia la cocina.

La cámara no había terminado aún con la serie programada pero Tabbot la sacó violentamente de su posición y la arrastró por la cocina; el trípode dejó marcas en el suelo. Hizo a un lado la mesa, detuvo el cronómetro y abrió de un tirón la puerta plegadiza para introducir la lente en el compartimiento de la ducha. Enfocó el pequeño lavabo y el espejo que colgaba sobre él, esperando obtener luz suficiente reflejada por los azulejos blancos. Introdujo un nuevo rollo y trabajó febrilmente con la regla de cálculos, consultó una y otra vez las anotaciones para estar seguro de la hora. Colocó el cronómetro y puso en marcha la cámara. Retrocedió y esperó.

El teniente se había equivocado.

La mujer que fabricaba muñecos de Navidad no había ido hacia la puerta ni había dejado entrar a un hombre alrededor de las seis y cuarenta de la mañana; no había ido en ningún momento hacia la puerta. Había muerto detrás de la silla mientras se dirigía hacia la ventana para apartar las cortinas. Su atacante había pasado allí la noche, había dormido con ella en el sofá-cama hasta poco antes de las seis; después se habían levantado y uno de ellos había usado el baño mientras el otro plegaba la cama. Él había entrado a la ducha mientras ella se sentaba a la mesa. En ese intervalo ella se había apretado el vientre y después había desayunado. Se había originado una discusión - o tal vez retomado la de la noche anterior - y luego el hombre había aparecido en la cocina, entonces oscurecida, se había vestido y había intentado irse sin desayunar.

La discusión había continuado en la sala; la mujer había ido hacia la ventana para dejar entrar la luz del sol matinal mientras el pistolero profesional vacilaba entre la mesita y la puerta. Se volvió a medias, disparó y huyó.

- Hay un pequeño agujero en la espina dorsal...

Tabbot pensó que el teniente estaba muy equivocado; en menos de una hora tendría las placas para probar que estaba equivocado.

Para ahorrar algunos minutos, llevó el rollo terminado al camión que estaba abajo e introdujo la película en el tanque de revelado. Era molesto tener que preocuparse por el guardián cada vez que entraba y salía y Tabbot violó el reglamento, dejándolo inerte.

En el momento en que salía del camión pasó un patrullero de la policía, pero no obtuvo más que un distraído movimiento de cabeza por parte del acompañante del conductor. La rodilla de Tabbot empezó a hacerse sentir cuando subió la escalera hacia el tercer piso en la que parecía ser la centésima vez en el día.

La cámara había completado las tomas del lugar y se había detenido.

Tabbot se preparó para partir.

Llevó su equipo afuera, al corredor e hizo tres exposiciones de la puerta del departamento. El proceso de guardar todo otra vez en el voluminoso estuche le llevó más tiempo del que le había llevado sacarlo; el trípode se rehusaba obstinadamente a plegarse en la forma debida para entrar en la funda. Y la ley

sobre privacidad de los ciudadanos se rehusaba obstinadamente a permitirle fotografiar el corredor: allí no se había cometido ningún crimen.

Echó una última ojeada al departamento vacío: podía ver hasta la cocina y su imaginación podía representarse a la mujer sentada a la mesa, apretándose el estómago. Cuando estiró el cuello para mirar a ambos lados de la puerta, pudo ver la ventana iluminada por un sol brillante. Tabbot decidió dejar las cortinas apartadas; quería que, en caso de que ese mismo día o al siguiente asesinaran a alguien en ese lugar las cortinas estuviesen abiertas.

Cerró la puerta del departamento y puso su tarjeta de identificación en la ranura del guardián para reactivarlo. No hubo ningún movimiento del mecanismo en respuesta, ningún zumbido teatral del pulsador de alta frecuencia, pero sus tripas comenzaron a revolverse cuando se encendió la linterna roja. Bajó por la escalera con sumo cuidado porque la rodilla no le permitía un paso más rápido. El estuche de la cámara golpeaba contra la otra pierna.

Tabbot sacó el tambor de la película del tanque de revelado y lo introdujo en la ampliadora. Cerró la puerta trasera del camión, dio la vuelta hacia la puerta del conductor y buscó la llave de encendido en el bolsillo del pantalón. No estaba allí. La había dejado en el contacto, otra violación de la ley. Entró y puso el motor en marcha, bastante agradecido de que los hombres del patrullero no hubieran visto la llave (le habrían podido dar una citación y lo habrían hallado tan culpable como a cualquier otro ciudadano).

El camión laboratorio entró en circulación.

La ampliación de los dos rollos de película de nylon se completó en la playa de estacionamiento cercana a la seccional. Estacionó en uno de los lugares reservados para visitantes; como no sabía quién podía estar observándolo desde la ventana, Tabbot sacó la llave del contacto y la guardó en el bolsillo antes de encaminarse a la parte posterior del camión para terminar el trabajo de la mañana.

Los resultados concretos del primer rollo eran insultantes, desde el punto de vista profesional: fotografías oscuras y descorazonadoras que habría preferido no tener que mostrar a nadie. Había solo dos buenas del fogonazo del revólver y otras dos de algo borroso y de contornos imprecisos encaminándose hacia la puerta. Prácticamente la única satisfacción que podía encontrar Tabbot en estas dos últimas era el colorido, tan oscuro, un hombre vestido con ropas oscuras, moviéndose a través de un cuarto en sombras. La mujer desnuda habría dado una pálida figura blanquecina.

Tabbot examinó las fotografías del segundo rollo con ojo de profesional. Los azulejos blancos del cuarto de la ducha habían reflejado la luz en forma satisfactoria. Consideró que era uno de los mejores trabajos de su vida. Observó al visitante nocturno de la mujer duchándose, afeitándose, lavándose los dientes y peinándose. En algún momento, tal vez en medio de aquella discusión acalorada se había hecho un tajito en el cuello, justo encima de la nuez de Adán, un hecho que no había contribuido precisamente a mejorar su humor.

Una exposición captada fuera de la puerta del departamento - la última fotografía - era al mismo tiempo gratificante y frustrante: mostraba a ese alguien borroso mientras abandonaba el lugar, pero iba agachado y con la cabeza inclinada, mirándose los pies. Tabbot supuso que el hombre era demasiado tímido como para que lo fotografiaran saliendo de la habitación de una mujer; se mostraría indignado cuando supiera que una cámara lo había estado observando

frente al espejito del lavabo, indignado y casi furioso por esta última forma de invasión de la vida privada.

Tabbot llevó las fotografías a la seccional. Había otro sargento en servicio detrás del escritorio, un hombre que lo reconoció por el uniforme, si no por su cara o por su nombre.

- ¿A quién busca?

- Al teniente... ¿cómo se llama? - dijo Tabbot.

El hombre del escritorio señaló con el pulgar hacia atrás.

- En la división de la patrulla.

Tabbot dio la vuelta al escritorio y se dirigió a esa división, que estaba al final del edificio. Era una sala grande, con varios escritorios, y cuatro o cinco hombres trabajando o haraganeando detrás de ellos. La mayoría parecía estar haraganeando. Todos sin excepción levantaron la vista al llegar el fotógrafo.

- ¿Ya está aquí, sargento? ¿Terminó con su trabajo?

- Sí, señor.

Tabbot se dio vuelta y se dirigió al escritorio del teniente. Extendió delante de él la primera tira de fotografías oscuras.

- Bueno, no parece estar muy contento con esto.

- No, señor.

Colocó la segunda tira junto a la primera.

- Están todas oscuras menos las últimas. Había más luz en el compartimiento de la ducha. El que está en la ducha es usted, teniente. El efecto de contraluz me dio las únicas fotos decentes de toda la serie.

**FIN**

## J.G. Ballard - ESCAPE

Ninguno de los dos estaba mirando el programa con demasiado interés cuando por primera vez noté algo raro. Yo estaba echado frente al fuego con mi crucigrama, gozando del calor y tratando de resolver el 17 vertical (¿Qué indicaban los relojes antiguos?: 6,7) mientras Helen cosía el dobladillo de una vieja enagua y sólo alzaba la vista cuando uno de los actores, un joven de enormes mandíbulas, cuello robusto y voz de bajo, suspiraba virilmente. La obra era «Hijos míos, hijos míos», uno de esos melodramas que el Canal 2 transmitía los jueves por la noche durante los meses de invierno, y ya hacía una hora que había empezado; habíamos llegado a ese momento del Acto 3, Escena 3, poco después que el viejo granjero se da cuenta de que sus hijos ya no lo respetan. La obra debía de haber sido filmada, y fue muy gracioso pasar de los gemidos entrecortados del viejo a la secuencia de quince minutos antes, cuando el hijo mayor se golpea el pecho y hace declaraciones altisonantes. Había un técnico distraído, sin duda.

- Se confundieron de rollo - le dije a Helen -. Esta es la parte donde empezamos a verlo.

- ¿Sí? - dijo ella, levantando la vista -. No estaba mirando. Cambia de canal.

- Espera un poco. En cualquier momento toda la gente del estudio empezará a disculparse.

Helen miró la pantalla.

- Me parece que esto no lo vimos - dijo.

- Estoy segura de que no. Cállate.

Me encogí de hombros y volví al 17 vertical, pensando vagamente en clepsidras y relojes de agua. La escena continuaba; el viejo se mantenía en sus trece, farfullaba algo acerca de unos nabos y tronaba llamando a Mamá. Al parecer, los del estudio habían resuelto pasarlo todo de nuevo, y como si nadie hubiera notado nada. Aun así se atrasarían quince minutos.

Diez minutos más tarde volvió a ocurrir. Me incorporé.

- Qué gracioso - dije con lentitud -. ¿Aún no se dieron cuenta? No puede ser que estén todos dormidos.

- ¿Qué pasa? - preguntó Helen, apartando los ojos del canastillo de las agujas -. ¿El televisor anda mal?

- Creí que estabas mirando. Te dije que esto ya lo vimos. Es la tercera vez que lo pasan.

- No - insistió Helen -. Estoy segura que no. Quizá leíste la obra.

- Dios me libre.

Miré con atención. En cualquier momento un locutor soltaría su sándwich para irrumpir en la pantalla y balbucear una apresurada excusa. No soy una de esas personas que llaman por teléfono cada vez que alguien pronuncia mal la palabra «meteorología», pero esta vez sabía que mucha gente se sentiría obligada a bloquear las líneas del estudio durante toda la noche. Y para cualquier comediante que estuviera prosperando en una emisora rival, el lapsus era un regalo del cielo.

- ¿Te importa si cambio el programa? - le pregunté a Helen -. Veamos si hay otra cosa.

- No. Esta es la parte más interesante de la obra. La arruinarás.

- Querida, ni siquiera estás mirando. En seguida la vuelvo a poner, te lo prometo.

En el Canal 5 un panel de tres profesores y una corista observaban atentamente una vasija romana. El animador, un académico oxoniense de voz acariciante, parlotaba acerca de excavaciones en un túmulo. Los profesores parecían encontrarse en un aprieto, pero la muchacha daba la impresión de saber exactamente para qué servía la vasija, aunque no se atrevía a decirlo.

En el 9 se oían las risotadas del estudio y alguien le entregaba un coche sport a una mujer voluminosa con un sombrero que parecía una rueda. La mujer apartaba nerviosamente la cara de la cámara y miraba el auto con displicencia. El locutor le abrió la puerta, y ya me preguntaba si la mujer intentaría la hazaña de meterse en el auto cuando Helen intervino:

- Harry, no seas egoísta. Sólo estás jugando.

Volví a la obra del Canal 2. Seguía la misma escena, y ya se aproximaba al final.

- Ahora mira con atención - le dije a Helen. Por lo general ella entendía las cosas cuando las veía por tercera vez -. Deja de coser, me pone los nervios de punta. Dios, ya me la sé de memoria.

- ¡Chist! - protestó Helen -. ¿No puedes callarte un poco?

Encendí un cigarrillo y esperé tendido en el sofá. Las disculpas tendrían que ser por lo menos grandilocuentes. Dos repeticiones a cien libras el minuto sumaban una respetable cantidad de doblones.

La escena llegó a su fin, el viejo se miró melancólicamente las botas, se insinuó el crepúsculo y...

Habíamos vuelto al punto de partida.

- ¡Fantástico! - exclamé, levantándome para mejorar la imagen salpicada de puntos blancos. Es increíble.

- No sabía que te gustaban estas obras - dijo Helen sin alterarse -. Nunca te gustaron. - Echó un vistazo a la pantalla y luego volvió a su enagua.

La observé desanimadamente. Un millón de años atrás tal vez habría salido aullando de la caverna para arrojarme con gratitud a los pies del dinosaurio más próximo. En el interin, los peligros que amenazan a los intrépidos que incursionan en el matrimonio no se habían atenuado.

- Querida - expliqué pacientemente, tratando de no elevar la voz -, por si no te habías dado cuenta, es la cuarta vez que pasan esta escena.

- ¿La cuarta vez? - dijo Helen dubitativamente. ¿La están repitiendo?

Me imaginé un estudio lleno de anunciadores y técnicos dormidos sobre los micrófonos y las válvulas, mientras una cámara automática se obstinaba en transmitir el mismo rollo. Pavoroso pero improbable. Había monitores, además de críticos, agentes, patrocinadores e, imperdonablemente, el mismo autor, sopesando cada minuto y cada palabra en distintos aparatos. Todos tendrían mucho que declarar en los diarios de la mañana.

- Siéntate y deja de moverte de un lado para el otro - dijo Helen -. ¿No puedes estar tranquilo?

Palpé los almohadones y pasé la mano por la alfombra debajo del sofá.

- Mi cigarrillo - dije -. Debo de haberlo tirado al fuego. No creo que se me haya caído.

Volví a acercarme al televisor y puse otra vez el programa de entretenimientos. Me fijé en la hora, 9:03, y sintonicé de nuevo el Canal 2 a las 9:15. Cuando dieran alguna explicación, quería escucharla.

- Pensé que la obra te gustaba - dijo Helen -. ¿Por qué lo cambiaste?

Puse lo que a veces suele pasar por una cara compungida y volví a mi sofá.

La mujer voluminosa aún seguía frente a la cámara, abriéndose paso a través de una pirámide de preguntas sobre cocina. La audiencia callaba, pero el interés era cada vez mayor. Cuando al fin contestó la pregunta definitiva, la audiencia rugió y brincó sobre los asientos como si todos hubieran perdido el juicio. El locutor llevó a la mujer por el escenario y le mostró otro coche sport.

- Pronto va a tener un cobertizo atestado de autos - le comenté a Helen.

La mujer estrechó la mano del locutor, y bajó tímidamente el ala del sombrero, con una sonrisa inquieta y nerviosa.

El movimiento me pareció extrañamente familiar.

Di un salto y sintonicé el Canal 5. El panel seguía observando la vasija.

Entonces empecé a darme cuenta.

Estaban repitiendo los tres programas.

- Helen - dije por encima del hombro -. Tráeme un whisky con soda, por favor.

- ¿Qué te pasa? ¿Te duele la espalda?

- Rápido, rápido - dije chasqueando los dedos. - Espera.

Se levantó y fue a la cocina. Miré la hora: 9:12. Luego volví a sintonizar la obra y pegué los ojos a la pantalla. Helen volvió y apoyó algo en la mesa ratona.

- Aquí tienes. ¿Te sientes bien?

Cuando ocurrió pensé que ya no me sorprendería, pero lo que vi me pareció demasiado. Me descubrí tendido en el sofá. Lo primero que hice fue buscar el whisky.

- ¿Dónde lo pusiste? - le pregunté a Helen.

- ¿Qué?

- El whisky. Acabas de traerlo en la mesita.

- Te quedaste dormido - dijo ella serenamente. Se inclinó hacia adelante y empezó a ver la obra.

Entré en la cocina y encontré la botella. Mientras llenaba el vaso miré el reloj de la cocina: 9:07. Parecía evidente: atrasaba una hora. Pero mi reloj pulsera también marcaba las 9:05, y era un mecanismo muy exacto. Y en el reloj de la repisa también las 9:05.

Antes de empezar a preocuparme tenía que estar bien seguro.

Mullvaney, nuestro vecino del piso de arriba, abrió la puerta en cuanto llamé.

- Hola, Bartley. ¿El sacacorchos?

- No, no - dije -. ¿Qué hora tienes? Nuestros relojes se han vuelto locos.

Se miró la muñeca.

- Y diez, casi.

- ¿Las nueve o las diez?

Volvió a mirar el reloj.

- Las nueve, por supuesto. ¿Qué pasa?

- No sé si no estoy perdiendo el... - empecé a decir, y me contuve.

Mullvaney me observó con curiosidad. Detrás de él oí una oleada de aplausos, interrumpidos por la voz meliflua y pegajosa del locutor del programa de preguntas y respuestas.

- ¿Cuánto hace que empezó ese programa? - le pregunté.

- Unos veinte minutos. ¿No lo estás mirando?



- No - dije, y añadí como al azar -: ¿Tu aparato no tiene ningún problema?

Meneó la cabeza.

- Ninguno. ¿Por qué?

- El mío anda embromando un poco. Gracias, de todos modos.

- Está bien - dijo.

Me miró bajar las escaleras, y mientras cerraba la puerta se encogió de hombros.

Fui al vestíbulo, tomé el teléfono y marqué un número.

- ¿Hola, Tom? - Tom Farnold trabaja en mi oficina, en el escritorio de al lado. - Tom, habla Harry. ¿Qué hora te parece que es?

- Hora de que vuelvan los liberales.

- No, en serio.

- Veamos. Las nueve y veinte. De paso, ¿encontraste esos pickles que te dejé en la caja fuerte?

- Sí, gracias. Oye, Tom - proseguí -, aquí están pasando las cosas más raras. Estábamos mirando la obra de Diller en el Canal 2 cuando...

- Yo también la estoy mirando, así que date prisa.

- ¿De veras? Bueno, ¿como explicas todas las repeticiones? Y todos los relojes parecen haberse detenido entre las nueve y las nueve y cuarto.

Tom rió.

- No sé - dijo -. Te sugiero que salgas y sacudas la casa un poco.

Estiré la mano para recoger el vaso que había llevado a la mesa del vestíbulo, preguntándome cómo explicar...

De pronto me encontré de vuelta en el sofá. Tenía el periódico en la mano y miraba el 17 vertical. Una parte de mi mente pensaba en relojes antiguos.

Olvidé los relojes y le eché un vistazo a Helen, tranquilamente sentada junto al cestillo de las agujas. Esa obra ya demasiado familiar volvía a repetirse y el reloj de la repisa señalaba las nueve y unos minutos.

Volví al vestíbulo y llamé a Tom otra vez, tratando de no perder la calma. En cierto modo empezaba a entender: una sección de tiempo giraba en círculos, y yo estaba en el centro.

- Tom - pregunté -. ¿Te llamé hace cinco minutos?

- ¿Quién es?

- Habla Harry. Harry Bartley. Lo siento, Tom. - Hice una pausa y cambié la pregunta, tratando de que la frase pareciera inteligible. - Tom, ¿me llamaste hace unos cinco minutos? Aquí tuvimos un pequeño problema con la línea.

- No - dijo -. No fui yo. De paso, ¿encontraste esos pickles que te dejé en la caja fuerte?

- Muchas gracias - respondí, ya en brazos del pánico -. ¿Estás mirando la obra, Tom?

- Sí, y voy a ver cómo sigue. Hasta pronto.

Fui a la cocina y me miré detenidamente en el espejo. Una fisura del vidrio dividía mi cara en dos partes, una más baja que la otra, pero aparte de eso no pude ver ningún rastro de psicosis. Mi pulso era firme, de poco más de setenta; no había tics ni transpiración pegajosa y traumática. Lo que me rodeaba parecía demasiado sólido y auténtico como para tratarse de un sueño.

Esperé un minuto, volví a la sala y me senté. Helen estaba mirando la obra.

Me incliné hacia adelante y moví la perilla. La imagen se debilitó y desapareció.

- ¡Harry, estoy mirando! ¡No lo apagues!

Me acerqué a Helen.

- Mi amor - dije, conteniendo la voz -. Escúchame, por favor. Presta mucha atención, es muy importante.

Helen frunció el ceño, dejó la costura y me tomó las manos.

- Por alguna razón, ignoro por qué, parece que estamos apresados en una trampa de tiempo circular, y todo se repite una y otra vez. Tú no te das cuenta, y tampoco los demás, parece.

Helen me clavó los ojos, perpleja.

- Harry - exclamó -, ¿qué estás...?

- ¡Helen! - insistí, apretándole los hombros -. ¡Escucha! Hace dos horas que una sección de tiempo de quince minutos se repite una y otra vez. Los relojes se han detenido entre las nueve y las nueve y cuarto. Esa obra que estás viendo...

- Harry, mi amor. - Helen me miró y sonrió resignadamente. - No seas tonto. Vuelve a encender ese aparato.

Me di por vencido.

Cuando encendí el televisor cambié de canal para ver si algo era distinto.

La gente del panel observaba la vasija, la mujer gorda ganaba un coche sport, el viejo granjero farfullaba. En el Canal 1, en el tradicional servicio de la BBC que noche por medio transmitía un espacio de dos horas, dos periodistas entrevistaban a un hombre de ciencia que aparecía en programas culturales.

- Es imposible adelantar los efectos que tendrán estas densas erupciones de gas. No obstante, no hay motivo de alarma. Estas ondas tienen masa, y creo que podemos esperar muchos efectos ópticos extraños, en la medida en que desvían la luz irradiada por el sol.

Empezó a jugar con una colección de bolos multicolores de celuloide que rodaban en anillos metálicos concéntricos, y pasó los dedos por un recipiente estriado montado sobre un espejo horizontal.

- ¿Y qué sucede con la relación entre la luz y el tiempo? - preguntó uno de los periodistas -. Según mis nociones de relatividad, hay una relación muy íntima entre ellos. ¿Está seguro de que no necesitaremos otra manecilla en nuestros relojes?

El hombre de ciencia sonrió.

- Creo que podremos evitarlo. El tiempo es algo extremadamente complejo, pero puedo asegurarle que los relojes no empezarán a andar de pronto hacia atrás o hacia el costado.

Lo escuché hasta que Helen protestó. Sintonicé la obra y me fui al vestíbulo. Ese tonto no sabía de qué estaba hablando. No dejaba de preguntarme por qué yo era la única persona que notaba lo que ocurría. Si lograba comunicarme con Tom otra vez quizá pudiera convencerlo.

Alcé el tubo y miré mi reloj pulsera.

9:13. Cuando lograra comunicarme, sobrevendría el próximo cambio. En cierto modo me disgustaba la idea de ser arrojado inopinadamente sobre el sofá, aunque fuera sin violencia. Dejé el teléfono y volví a la sala.

El retroceso fue menos brusco de lo esperado. No percibí nada, ni siquiera un leve temblor. Una frase se clavó en mi mente: Viejos Tiempos.

El diario estaba de vuelta en mi regazo, abierto en la página del crucigrama. Miré las claves.

17 vertical: ¿Qué indicaban los relojes antiguos? 6,7. Tenía que haberlo resuelto subconscientemente.

Recordé mi intención de llamar a Tom.

- ¿Hola, Tom? - pregunté cuando contestó -. Habla Harry.

- ¿Encontraste los pickles que te dejé en la caja fuerte?

- Sí, muchas gracias, Tom, ¿podrías venir un rato esta noche? Lo lamento, sé que es muy tarde, pero se trata de algo urgente.

- Sí, claro - dijo Tom -. ¿Qué te ocurre?

- Te lo explicaré en cuanto llegues. ¿Puedes venir en seguida?

- Por supuesto. Ya salgo para allá. ¿Helen está bien?

- Sí, está bien. Gracias de nuevo.

Fui al comedor y saqué una botella de gin y un par de licores del aparador. Tom necesitaría un trago en cuanto escuchara mis explicaciones.

Entonces me di cuenta de que Tom nunca llegaría. Desde Earls Court tardaría por lo menos media hora en llegar a Maida Vale, y probablemente nunca pasara de Marble Arch.

Llené el vaso con esa botella de whisky que parecía no tener fondo y traté de elaborar un plan de acción.

El primer paso consistía en encontrar a alguien como yo, que tuviera conciencia de estos saltos hacia el pasado. En alguna parte había sin duda otras personas atrapadas en pequeñas jaulas de tiempo, preguntándose desesperadamente cómo salir. Podía empezar llamando por teléfono a todos mis conocidos y luego recurriendo a la guía telefónica. ¿Pero qué podíamos hacer para encontrarlos? En realidad no había otro camino que sentarse a esperar a que todo pasara. Al menos sabía que no me había vuelto loco. Una vez que estas ondas o lo que fueren se hubiesen agotado podríamos abandonar la ronda.

Hasta entonces contaba con una ilimitada reserva de whisky en la botella medio vacía que había junto a la piletta, aunque por supuesto con una desventaja: nunca podría emborracharme.

Estaba pensando en otras posibilidades, y preguntándome cómo poder registrar lo que ocurría, cuando me asaltó una idea.

Saqué la guía telefónica y busqué el número de KBCTV, Canal 9.

La telefonista atendió la llamada. Después de regatear con ella un par de minutos la convencí de que me pusiera en contacto con un productor.

- Hola - dije -. ¿La pregunta del premio de esta noche es conocida por alguien del público?

- No, por supuesto que no.

- Ya veo. Sólo por curiosidad, ¿usted la conoce?

- No - dijo -. Sólo el productor en jefe del programa y Mr Phillippe Soisson de Savoy Hotels Limited conocen las preguntas. Son un secreto muy bien protegido.

- Gracias - dije -. Escriba, si tiene una hoja de papel a mano: «Enumere el menú completo del Banquete de la Coronación de Guildhall en julio de 1953».

Hubo murmullos y consultas, y una segunda voz irrumpió en la línea.

- ¿Quién habla?

- El señor H.R. Bartley, 129b Sutton Court Road, Noroeste...

Antes que pudiera completar la frase me encontré otra vez en la sala.

El salto hacia atrás me había obligado a retroceder. Pero en lugar de estar echado en el sofá me encontraba de pie, acodado sobre la repisa, mirando el diario.

Mis ojos enfocaban el crucigrama, y antes que los apartara para pensar en, mi llamada al estudio advertí algo que casi me hace caer de bruces.

Era el 17 vertical había una palabra.

Recogí el diario y se lo mostré a Helen.

- ¿Tú resolviste el 17 vertical?

- No - dijo -. Ni siquiera miro el crucigrama.

El reloj de la repisa atrajo mi atención, y me olvidé del estudio y de mi deseo de interferir en el tiempo de los demás.

9:03.

El tio vivo estaba achicándose. Pensé que el retroceso había llegado antes de lo previsto. Por lo menos dos minutos antes, a eso de las nueve y trece.

Y no sólo se acortaba el intervalo de repetición, sino que la curva plegada sobre sí misma no llegaba a cubrir la verdadera corriente de tiempo que fluía por debajo, la corriente en la cual mi otro yo, que ahora me parecía un desconocido, había resuelto la clave, se había puesto de pie, había caminado hasta la repisa y había llenado el 17 vertical.

Me senté en el sofá y observé atentamente el reloj.

Por primera vez en esa noche, Helen hojeaba las páginas de una revista. El cestillo estaba en el anaquel inferior de la biblioteca.

- ¿Vas a seguir viendo esto? - me preguntó. - No es muy bueno.

Volví a la gente del panel. Los tres profesores y la corista seguían jugueteando con la vasija.

En el Canal 1 el hombre de ciencia seguía sentado a la mesa con sus maquetas.

- ...alarma. Estas ondas tienen masa, y creo que podemos esperar muchos efectos ópticos extraños, en la medida en que desvían la luz...

Apagué el televisor.

El salto siguiente sobrevino a las nueve y once. Yo me había alejado de la repisa, había vuelto al sofá y fumaba un cigarrillo.

Eran las nueve y cuatro. Helen había abierto las ventanas del balcón y miraba a la calle.

El televisor estaba encendido, de modo que esta vez resolví desenchufarlo. Arrojé el cigarrillo al fuego; como no recordaba haberlo encendido, tenía la impresión de que era el cigarrillo de otro.

- Harry, ¿te gustaría dar un paseo? - sugirió Helen -. Sería bueno ir al parque.

Cada sucesivo retroceso nos devolvía a un punto de partida distinto. Si conseguía salir con Helen y llegar hasta el extremo de la calle, el próximo salto nos devolvería a la sala, pero probablemente yo habría resuelto ir a tomar algo.

- ¿Harry?

- ¿Que? Lo siento.

- ¿Estás dormido, mi amor? ¿Quieres dar un paseo? Te despejaré un poco.

- De acuerdo - dije. Ponte algún abrigo.

- ¿Tú no tendrás frío así como estás?

Helen entró en el dormitorio.

Di vueltas por la sala y me convencí de que estaba despierto. Las sombras, la solidez de las sillas, todo era demasiado definido.

Las 9:08. Normalmente Helen tardaba diez minutos en ponerse el abrigo.

El salto ocurrió casi en seguida. Las 9:06.

Yo seguía en el sofá y Helen se había agachado a recoger el cestillo.

Esta vez, al fin, el televisor estaba apagado.

- ¿Llevas algo de dinero? - preguntó Helen. Hurgué mecánicamente en mis bolsillos.

- Sí. ¿Cuánto necesitas?  
Helen se quedó mirándome.  
- Bueno, ¿cuánto pagas por tomar algo? Sólo beberemos un par de copas.  
- Ah, ¿vamos a tomar algo?  
- Querido, ¿te sientes bien? - se me acercó. - Pareces sofocado. ¿Esa camisa te aprieta mucho?  
- Helen - dije, incorporándome -. He tratado de explicártelo. No sé por qué ocurre, tiene algo que ver con esas ondas de gas que irradia el sol.  
Helen me miraba boquiabierta.  
- Harry - balbuceó nerviosamente -. ¿Qué te pasa?  
- Me siento bien - le aseguré -. Sólo que todo sucede muy rápido y no queda mucho tiempo.  
Observé otra vez el reloj, y Helen siguió mi mirada y se acercó a la repisa. Lo, dio vuelta sin dejar de mirarme y oí el sonido del péndulo.  
- No, no - grité. Aferré el reloj y lo empujé contra la pared.  
Un salto nos devolvió a las 9:07.  
Helen estaba en el dormitorio. Me quedaba exactamente un minuto.  
- Harry - dijo -. ¿Quieres o no?  
Yo estaba junto a la ventana de la sala, murmurando algo.  
Había perdido todo contacto con las actividades de mi yo auténtico en el canal de tiempo normal. La Helen que ahora me hablaba era un fantasma.  
Era yo, y no Helen y los demás, quien giraba en el tiovivo.  
Salto.  
9:07.15.  
Helen estaba de pie en la puerta.  
- ...vamos al... al - decía yo. Helen me observaba, inmóvil. Quedaba una fracción de minuto.  
Eché a caminar hacia ella.  
a caminar hacia ella  
cia ella  
la  
Salté de la trampa como un hombre catapultado por una puerta giratoria. Estaba tendido en el sofá y un dolor agudo me atravesaba la cabeza, desde la coronilla hasta el cuello, pasando por el oído derecho.  
Miré la hora. 9:45. Helen se paseaba por el comedor. Me quedé en el sofá mientras todo se ordenaba otra vez, y a los pocos minutos ella entró con una bandeja y un par de vasos.  
- ¿Cómo te sientes? - preguntó, ofreciéndome un alka-seltzer.  
Lo dejé disolver y me lo tragué,  
- ¿Qué sucedió? - pregunté -. ¿Sufrí un desmayo?  
- No exactamente. Mirabas la obra. Parecías algo mareado así que te propuse salir a tomar algo. Temblabas de pies a cabeza.  
Me levanté con lentitud, frotándome el cuello.  
- Por Dios, no pude soñarlo todo Es imposible.  
- ¿Qué era?  
- Una especie de tiovivo, algo enloquecedor. - El dolor me apretaba el cuello. - Me acerqué al televisor y lo encendí. - Es difícil explicarlo con coherencia. El tiempo estaba... - Tuve una nueva punzada de dolor.  
- Siéntate y descansa - dijo Helen -. Vendré a hacerte compañía. ¿Quieres un trago?

- Gracias. Un whisky.

Miré la pantalla. En el Canal 1 se veía la señal, en el 2 unos músicos, en el 5 un estadio iluminado y en el 9 un show de variedades. No había señales de la obra de Diller ni de la vasija.

Helen trajo el whisky y se sentó a mi lado en el sofá.

- Empezó cuando mirábamos la obra - expliqué, masajeándome el cuello.

- Oh, ahora no me digas nada. Tranquilízate.

Apoyé la cabeza en el hombro de Helen y miré el cielo raso, escuchando la música del show. Reflexioné sobre cada vuelta del tiiovivo, preguntándome si todo podía haber sido un sueño.

- Bueno - dijo Helen diez minutos más tarde -, no estuvo muy bien, y van a repetirlo. Por Dios.

- ¿Quiénes? - pregunté. Observé cómo el resplandor de la pantalla le temblaba en la cara.

- Ese equipo de acróbatas. Los Hermanos algo. Uno de ellos hasta resbaló. ¿Cómo te sientes?

- Bien. - Volví la cabeza y miré la pantalla.

Tres o cuatro acróbatas con torsos musculosos y mallas de piel se apilaban unos sobre otros. Luego llevaron a cabo otra prueba, más arriesgada: lanzando al aire una muchacha vestida con pantalones de piel de leopardo. El aplauso fue ensordecedor. Pensé que eran discretamente aceptables.

Dos de ellos iniciaron lo que parecía ser una demostración de tensión dinámica, oponiéndose entre sí como un par de toros catatónicos, con los cuellos y las piernas trabadas, hasta que uno se deslizó hasta el suelo.

- ¿Por qué siguen? - dijo Helen -. Ya lo hicieron dos veces.

- Me parece que no - dije -. Este número es un poco diferente.

El hombre pivote se estremeció, aflojando una poderosa masa de músculos, y todo el cuadro se derrumbó y se incorporó de un brinco.

- La última vez resbalaron - dijo Helen.

- No, no - me apresuré a señalar -. Antes se sostenían con las manos. Aquí estaban estirados en el suelo.

- No estabas mirando - dijo Helen. Se inclinó hacia adelante -. Y bien, ¿a qué juegan? Es la tercera vez que lo repiten.

Para mí el número era totalmente nuevo, pero no intenté discutir.

Me incorporé y miré el reloj: 10:05.

- Querida - dije, abrazándola -. No te sueltes.

- ¿Qué dices?

- Estás en el tiiovivo. Ahora te toca a ti.

**FIN**

## Raphael A. Lafferty - ENTRA EN UNA LATA

He aquí mis notas acerca del fastidioso asunto. No las escribo a modo de protesta, lo cual sería inútil. Holly ya no existe, y los Shelni, si es que todavía queda alguno, habrán desaparecido para siempre dentro de uno o dos días. Esto es sólo una simple constancia.

Holly Harkel y yo, Vincent Vanhoosier, obtuvimos fondos y autorización para grabar el folklore de los Shelni por intermedio del viejo correlator John Holmberg. Fue un gesto inesperado. Todos los investigadores del folklore hemos considerado siempre a John como nuestro peor enemigo.

- Al fin y al cabo, hemos incurrido en gastos fabulosos para grabar hasta el último detalle los gruñidos de los cerdos y los ruidos de las lombrices de tierra - me dijo Holmberg -, y hemos registrado los chillidos y cuchicheos de centenares de especies de roedores orbitales. Poseemos verdaderas bibliotecas de los gorjeos y cacareos de todos los pájaros y seudoorninos. Pues bien, agreguemos los Shelni a nuestra lista. Yo no creo que sea música lo que hacen cuando aporrean las raíces de los árboles o soplan sus cántaros de calabaza. Tampoco creo que su sonsonete sea más un lenguaje que el chirrido de una puerta. A propósito, hemos grabado los chirridos de más de treinta mil puertas. Y hemos hecho cosas peores. Grabemos a los Shelni, entonces, si eso excita vuestros corazones. Pero tendrán que darse prisa. Los Shelni están a punto de irse.

»Y permítaseme decir con todo sentimiento que alguien que tenga la cara y el cuerpo de la señorita Holly Harkel merece ver realizados todos los anhelos de su corazón. Esto es pura, justicia, nada más. Los gastos también correrán por cuenta de la Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor. De vez en cuando a estas empresas les pica la puta del remordimiento, y entonces se sienten obligadas a echar unas monedas en algún fondo de beneficencia, para ver si eso les trae suerte. Pero en realidad nunca son muchas las monedas, y el bicho que les pica nunca es demasiado grande. Sin embargo, si lo estiran, podrían hacerlo alcanzar para cubrir vuestro proyecto, Vanhoosier.

Así recibimos nuestra asignación y nuestro viaje la señorita Holly y yo.

Holly Harkel se había desprestigiado más de una vez por haber sostenido que comprendía el lenguaje de las más diversas criaturas. Sus afirmaciones de que era capaz de entender a los Shelni provocaron la más terrible indignación. Debo decir que eso fue raro. El capitán Charbonnett no sufrió ningún desprestigio por afirmar que entendía a los simios planetarios, y si hubo alguna vez una afirmación falsa fue la suya. Tampoco se desprestigió Meyrowitz por haber pretendido descubrir significados esotéricos en los dibujos de los excrementos de los ratones campestres. Pero parecía que había algo de inverosímil en la cara de duende de Holly Harkel cuando afirmaba que no sólo era capaz de entender instantánea y completamente a los Shelni sino que ellos no eran en modo alguno viles bestias de carroña y sí un genuino pueblo duende, que ejecutaba música de duendes y cantaba canciones de duendes.

Holly Harkel tenía un corazón y un alma demasiado grandes para su cuerpo enano, y un cerebro demasiado grande para su extraña cabecita. Eso, supongo, era lo que la hacía caer como una piedra en todas partes. Era puro amor y devoción y alegría, y muchas de esas cosas le abultaban en la escueta figura. Una de las cosas insólitas era su fealdad, y creo que ella gozaba entregándola a

los mundos. Había amado a víboras y sapos, había amado a monos y engendras. Llegaba a parecerse misteriosamente a todos ellos cuando los estudiábamos. Fue una víbora cuando estudiamos las víboras, un sapo cuando los sapos fueron nuestro tema. A cada criatura Holly la estudiaba desde adentro. Y aquí, hasta para ella había una semejanza nada común.

Holly adoró instantáneamente a los Shelni. Se convirtió en un Shelni, y no le costó mucho. Se movía, correteaba y trepaba igual que un Shelni. Bajaba de los árboles de cabeza lo mismo que un Shelni o una ardilla. A mí siempre me pareció que era algo distinto de lo humano. Y ahora estaba ansiosa por grabar las cosas de los Shelni... «antes de que se vayan»

En cuanto a los Shelni mismos, algunos científicos los clasificaron como humanoides, y tuvieron luego que defenderse de gritos y golpes. Si eran humanoides, eran por cierto los humanoides más inferiores y más raros que hubo jamás. Pero nosotros, los estudiosos del folklore sabíamos intuitivamente qué eran. Eran duendes, pura y simplemente; y no empleo las palabras como mera fórmula. Los más altos medían menos de noventa centímetros; los más viejos tenían menos de siete años. Eran, tal vez, las criaturas más feas del universo, pero de una fealdad agradable. Los científicos que los estudiaron insisten en que no había en ellos inteligencia alguna. Eran demasiado cordiales y demasiado abiertos en realidad, pues se dejaban fascinar, para su desgracia, por todas las cosas humanas. Pero no eran más humanos que un hada o un ogro. Menos, menos, menos que un mono.

- Aquí hay una de sus cuevas - adivinó Holly ese primer día (que fue anteayer)  
- Aquí abajo ha de haber toda una guarida repleta de Shelni, y la puerta está ahí, más abajo, entre las raíces de este árbol. Cuando obtuve mi doctorado en música primitiva nunca me imaginé que vendría a visitar a estos duendes debajo de las raíces de los árboles. Tal vez nunca me atreví a soñar nada semejante. Hubo tantas cosas que no nos enseñaron. En una época hasta dejé de creer en los duendes.

Esta última parte no la creo.

De improviso, Holly se metió de cabeza por un agujero del suelo, como un topo, como una ardilla, como un Shelni. Yo la seguí, pero entré con cautela, y no de cabeza. Yo tendría que estudiar a los Shelni desde afuera. Nunca podría meterme dentro de sus verdes pellejos de duende, nunca podría croar o gorjear con sus lenguas de rana, nunca sentiría lo que hacía saltar sus ojos saltones. Yo ni siquiera sería capaz de descubrir desde afuera sus guaridas.

Y en el fondo del agujero, a la entrada de la guarida misma, tuvimos un encuentro que mientras lo veía y lo oía me pareció inverosímil. Fue una conversación que escuché con mis propios oídos, que por el momento se habían vuelto trascendentes. Una conversación en el idioma croarrana de los Shelni, entre Holly Harkel y el Anciano de cinco años que custodiaba la guarida; sin embargo era una especie de inglés, y lo entendí:

- Toco, toco. - Esta era Holly.
- Cocoroco. - Este era el guardián.
- Golly-Golly.
- ¿Qui-so? ¿Holly?
- ¿Qué te muele?
- Entrarhuele.

Y nos hicieron entrar. Pero si usted cree que podrá entrar en una cueva Shelni sin antes rimar con el Anciano de cinco años que la custodia, entonces no cabe



duda de que nunca estuvo en uno de esos lugares. Y aunque los filólogos dicen que el «lenguaje» de los Shelni es un croar sin ningún significado, nunca dejó de tenerlo para Holly y, por momentos, para mí. Eso era lo que en secreto sospechaba Holly.

Holly había insistido en que los Shelni hablaban inglés dentro de las limitaciones de su aparato vocal. Y en esa primera sesión, ellos le dijeron que nunca habían tenido idioma propio «porque nadie nos lo inventó, jamás»; por eso usaron el inglés tan pronto como lo oyeron.

- Les pagaríamos por usarlo si tuviésemos algo con que pagar - dijeron. Es inglés croarrana, pero sólo el puro de oído logra entenderlo.

Yo puse en marcha el grabador y Holly puso en marcha a los Shelni. Al poco rato ya tocaban esas flautas en forma de cántaros que tienen. Música de ranas. Gorjeos de sionnach inefablemente tristes. Una melódica riña-de-grajos-arrendajos-y-corvajos. Eran pequeñas piezas musicales, extrañas y encantadoras, y sonaban como si las estuviesen tocando debajo del agua. Sería difícil imaginar, en todo caso, que no las estuviesen tocando por lo menos bajo tierra.

Las tonadas eran cortas como lo son todas las tonadas de los niños. No había verdadera orquestación, aunque con siete flautas diversamente encantaradas y armonizadas, hubiera sido posible. Y sin embargo, había en ellas verdadera melodía: una melodía breve, completa, cerrada, de una enana perfección. Eran fugas subterráneas, llenas de sangre de gusanos y frescas como zumo de raíces. Eran una estridencia de cigarras, grillos y matracas.

Luego, mientras los cantaroflautas cloqueaban, Holly hizo que uno de los Shelni más ancianos contara cuentos. Estos son los dos que grabamos ese primer día. Otros que hoy los escuchan dicen que no son nada más que graznidos. Pero yo lo escuché con Holly Harkel, ella me ayudó a interpretarlos, y puedo escucharlos y entenderlos perfectamente en inglés croarrana.

¡Tómalos, Terrible Posteridad! No estoy seguro de que merezcas ni siquiera esto de los Shelni.

El Shelni que perdió el diente funerario

Lo cuentan así.

Hubo una vez un Shelni que perdió el diente funerario antes de morir. Todo Shelni empieza a vivir con seis dientes, y pierde uno cada año. Entonces, cuando es muy viejo y sólo le queda un diente, se muere. Ese último diente debe dárselo al Skokie enterrador para pagar su entierro. Pero este Shelni o bien había perdido dos dientes en un año o había vivido hasta una edad muy avanzada.

Se murió. Y no tenía diente con que pagar el entierro.

- Si no tienes diente para pagarme, no te entierro - le dijo el Skokie enterrador -. ¿Acaso voy a trabajar por nada?

- Entonces yo mismo me enterraré - dijo el Shelni muerto.

- Tú no sabes - le dijo el Skokie enterrador -. No conoces los sitios que están libres. Verás que todos los lugares están ocupados. Tengo un convenio por el cual todo el mundo debe decir a todo el mundo que todos los lugares están ocupados, así sólo el enterrador puede enterrar. Es mi trabajo.

A pesar de todo, el Shelni muerto salió en busca de un lugar donde enterrarse. Cavó un pequeño foso en la pradera, pero por donde cavaba encontraba que todos, los lugares estaban ya repletos de Shelnis o Skokies o Ranas muertas.

Cavó fosos en el valle y le ocurrió lo mismo. Cavó fosos en la montaña y le dijeron que también la montaña estaba colmada. Entonces se alejó llorando porque no podía encontrar un sitio donde descansar.

Les preguntó a los Eanlaith si podía quedarse en su árbol. Y ellos le dijeron que no, que no podía. No querían que ningún muerto viviese en su árbol.

Les preguntó a los Eise si podía quedarse en su laguna. Y le dijeron que no, que no podía.

No querían gente muerta en su laguna.

Les preguntó a los Sionnach si podía dormir en su madriguera. Y le dijeron que no, que no podía. Cuando estaba vivo lo habían querido mucho, pero es difícil que una persona muerta pueda tener amigos.

Así, pues, el pobre Shelni muerto anda aún errante, y no consigue encontrar un sitio donde apoyar la cabeza.

Seguirá errando para siempre, a menos que encuentre otro diente funerario para pagar su entierro.

Así lo contaron.

Un comentario acerca de este cuento fúnebre: A los Shelni los entierran con especial cuidado. Pero las criptas funerarias las cavan no los Shelni seisdedos, sino simplemente los Skokie sietegarras. El Skokie enterrador debe tener materia. Además, los Skokie, pese a estar un peldaño más arriba que los Shelni en la bajísima escala animal no entierran a los suyos.

Otro detalle: no hay restos Shelni que daten de más del equivalente de unos treinta años. No hay despojos diseminados al azar, ni fósiles Shelni, pese a que tales restos son comunes aquí para todas las otras especies.

El segundo cuento (del primer día).

El Shelni que se convirtió en árbol. Así es como lo cuentan.

Había una mujer que no era ni Shelni ni Skokie ni Rana. Era una Mujer del Cielo. Un día llegó con su hijo y se sentó debajo del árbol Shelni. Cuando se levantó, dejó a su hijo, que estaba durmiendo, y se llevó, por error, a un niño Shelni. Más tarde, la mujer Shelni fue a buscar a su hijo y lo miró. No supo qué era lo que había pasado, pero aquel niño era un niño del Cielo.

- ¡Oh, tiene la piel rosada y ojos chatos! ¿Cómo puede ser? - preguntó la mujer Shelni. Pero se llevó el niño a su casa y todavía vive con los Shelni y todo el mundo ha olvidado la diferencia.

Nadie sabe lo que pensó la Mujer del Cielo cuando se llevó a su casa al niño Shelni y lo miró. Sin embargo, se quedó con él y el niño creció y fue más hermoso que cualquiera de ellos.

Pero cuando llegó el segundo año y el joven Shelni hubo crecido, se marchó a los bosques y dijo:

- No me siento una Persona del Cielo. Pero si no soy una Persona del Cielo, entonces, ¿qué soy? No soy un Pato. No soy una Rana. Y si soy un Pájaro ¿qué clase de Pájaro soy? No quedan más posibilidades. Lo que debe de suceder es que soy un Árbol.

Había razones para que pensara eso. Nosotros, los Shelni, nos parecemos un poquito a los árboles y nos sentimos un poquito árboles.

Entonces el Shelni echó raíces y desarrolló una corteza y trabajó con empeño para ser un árbol. Soportó todas las penurias que constituyen la vida de un árbol. Fue roído por cabras y gobnius; fue chupeteado sin piedad por vacas y crows, fue

infestado por las babosas y ensuciado por el animal sin nombre. Además le cortaron algunas partes para hacer leña.

Pero desde los dedos de los pies hasta el pelo seguía sintiendo trepar la música cantarina, y sabía que esa música era lo que siempre había estado buscando. Era la misma música cantarina y chirriante que ahora escuchamos.

Entonces un pájaro le dijo al Shelni que él no era en realidad un árbol, pero que ya era demasiado tarde para que dejase de crecer como árbol. Tenía a sus hermanos y hermanas y parientes en la cueva debajo de las raíces, le dijo el pájaro, y si el Shelni dejaba de ser árbol ellos se quedarían sin hogar.

Este es el árbol que constituye el techo de la cueva donde estamos ahora. Este árbol es nuestro hermano que se perdió y se olvidó que era un Shelni.

Así es como siempre lo contaron.

El segundo día, el parecido de Holly con un Shelni era ya asombroso. Ella siempre conseguía parecerse a todas las criaturas que estudiábamos juntos, Holly insiste en que los Shelni poseen inteligencia, y yo concuerdo con ella a medias. Pero el último párrafo del manual básico de este mundo está contra nosotros.

«...una tendencia a atribuir a los Shelni una inteligencia que no poseen, debido tal vez a su imaginaria semejanza con los humanos. En los laberintos son decididamente inferiores a los roedores. En la manipulación de llaves y cerrojos son menos hábiles que el mapache o el rojón de los asteroides. En el manejo de utensilios y en la mímica propiamente dicha están lejos de igualar a los simios. En el pillaje simple y en el instinto de supervivencia están muy por debajo de los cerdos y los harzl. El mneme, el necesario preludio de la inteligencia, están más o menos a la par de las tortugas. Su «lenguaje» carece de la verosimilitud del de las aves parlantes, y su «música» es inferior a la de los insectos. Son malos perros guardianes y espantapájaros inadecuados. Pareciera que la moción de prohibir la shelnifagia, aunque acaso sincera, es desacertado. Al fin y al cabo, como dijo un primitivo astronauta, ¿para qué otra cosa sirven?»

Bueno, tenemos que reconocer que los Shelni no son tan inteligentes como las ratas, los cerdos o los harzls. Sin embargo yo, debido sin duda a la influencia de Holly, siento una mayor afinidad con ellos que con las ratas, los cerdos, los mapaches, las cornejas o lo que sea. Pero ninguna criatura es tan desvalida como el Shelni.

¿Cómo se las arreglarán para juntarse?

Los Shelni tienen muchas clases de canciones, pero no tienen ninguna canción romántica en el sentido nuestro. Después de todo, son niños pequeños hasta que se mueren de viejos. Sus relaciones sexuales parecen caracterizarse ya por una inconsciencia total, ya por una timidez extrema.

- Ni siquiera entiendo cómo se las arreglan para procrear, Vincent - me dijo Holly el segundo día (que fue ayer) -. Están aquí así que han de haber nacido. Pero ¿cómo estos cincoañeros cortos de genio y de entendederas harán para juntarse y procrear? Yo, en sus leyendas y en sus normas de comportamiento, no pude encontrar absolutamente nada, ¿y tú?

»En sus leyendas, todos sus hijos son niños encontrados. Nacen o los descubren debajo de una zarzamora (mi traducción de spionam). O alternativamente, y en otros ciclos, aparecen debajo de un árbol de la vida o en un sembrado de pepinos. De acuerdo con el sentido común, debemos suponer que los Shelni son placentarios y vivíparos. Pero ¿cabe aplicar el sentido común a los duendes?

»También tienen una leyenda de que son fungoides y brotan en el suelo por las noches lo mismo que los hongos. Y que si una mujer Shelni desea tener un hijo, debe comprarle un trocito de hongo a un Skokie y plantarlo en la tierra. Entonces, a la mañana siguiente, tendrá justo a su hijo.

Pero Holly estaba deprimida ayer por la mañana. Había visto una hoja impresa por nuestros patrocinantes, la Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor, y eso la alarmó:

«¡Cerdo Cantor! ¡Deleita a los Niños! ¡Personajes de Cuentos Infantiles en las latas, para su conveniencia! ¡Carne Genuina de Duendes Verdaderos! Sin grasa y sin huesos. Si su lata tiene un número de la suerte, usted recibirá gratuitamente un facsímil de la cantaroflauta de los Shelni. Sea el primero de su manzana en servir Cerdo Cantor, la carne de duende verdadero. Enriquecida con almidón de maíz y aromatizado.»

Oh, bueno, no era más uno de esos avisos que utilizaban allá, en el Mundo. Nosotros teníamos que hacer nuestra grabación.

- Vincent, no sé cómo llegaron hasta aquí - me dijo Holly -, pero sé que no se quedarán mucho tiempo. ¡Date prisa, date prisa, tenemos que registrar todo! De algún modo conseguiré que se los recuerde. Ese segundo día (que fue ayer) Holly les hizo tañer los tenedores. El día anterior, dijo, hubo un impedimento. Parece que no le pueden tañer a uno los tenedores hasta el segundo día de relación. Los Shelni no tienen instrumentos de cuerdas. Los reemplazan por tenedores, los vibrantes y cantantes tenedores. Tañen esos armónicos tenedores de muchos dientes como si fueran arpas, y usan como caja de resonancia las raíces de los árboles, para que hasta las hojas más altas, suspendidas allí arriba en el aire, participen un poco de la música. Los tenedores, esos tenedores, también son de madera, de una cierta madera muy dura pero liviana que aguzan con pedernal y con polvo de cal. Son madera, creo, en un primer estado de petrificación. La música del tenedor sigue habitualmente a la música del cantaroflauta, y en las baladas que entonan al son de ese instrumento hay una tristeza onírica que desmiente la pueril simplicidad de los textos.

He aquí otros dos de esos cuentos baladas que grabamos el segundo día (que fue ayer).

El Skokie que perdió a su mujer. Lo cuentan así.

Un Skokie oyó una noche el cantareo de una cantaroflauta Shelni.

- Si de algo estoy seguro - dijo el Skokie - es de que ésa es la voz de mi mujer. Siempre la reconocería.

El Skokie subió a los pozos en busca de su mujer. Bajó al agujero del suelo de donde venía la voz de su mujer. Pero todo cuanto allí encontró fue un Shelni tocando la cantaroflauta.

- Ando en busca de mi pobre mujer perdida - dijo el Skokie -. Acabo de oír su voz saliendo de esta cueva. ¿Dónde está?

- Aquí no hay nadie más que yo - dijo el Shelni -. Estoy solo aquí, sentado, tocando la flauta a las lunas cuya luz baja por las paredes de mi cueva.

- Pero yo la oí aquí - dijo el Skokie -, y me la quiero llevar.

- ¿Cómo era su voz? - preguntó el Shelni -. ¿Así? - Y cantareó en la flauta una música cantarina.

- Sí, es mi mujer - dijo el Skokie -. ¿Dónde la tienes escondida? Es su mismísima voz.

- No es la voz de la mujer de nadie - le dijo el Shelni al Skokie -. No es nada más que una pequeña melodía que yo inventé.

- Tocas con la voz de mi mujer, así que has de habértela tragado - dijo el Skokie -. Te desarmaré y veré.

- Si me tragué a la mujer de alguien, lo siento mucho - dijo el Shelni -. Adelante.

Entonces el Skokie desarmó al Shelni y desparramó las piezas por toda la cueva y algunas por afuera, en el pasto. Pero no encontró a su mujer.

- Me equivoqué - dijo el Skokie -. ¿Quién hubiera pensado que alguien que no se había tragado a mi mujer podría hacer su voz con la flauta?

- No importa - dijo el Shelni - siempre y cuando vuelvas a armarme. Yo recuerdo en parte cómo soy. Si tú te acuerdas del resto, entonces podrás volver a armarme.

Pero ninguno de los dos recordaba muy bien cómo era el Shelni antes de que lo desarmaran. El Skokie se equivocó al armarlo. Le faltaban piezas para algunos sitios, y para otros le sobraban.

- Déjame que te ayude - dijo una Rana que estaba allí -. Yo recuerdo dónde van algunas de las partes. Además, creo que fue a mi mujer a quien se tragó. Era la voz de mi mujer la que tocaba con la flauta. No era la voz de un Skokie.

La Rana ayudó, y todos recordaron lo que pudieron, pero no resultó. Hubo partes del Shelni que no pudieron volver a encontrar, y algunas no encajaban. Cuando lo terminaron, el pobre Shelni estaba muy dolorido y apenas si podía moverse, y no se parecía mucho a un Shelni.

- Hice todo lo que pude - dijo el Skokie -. Tendrás que quedar así. ¿Dónde está Rana?

- Estoy adentro - dijo Rana.

- Tendrás que quedarte allí - dijo el Skokie -. Ya estoy harto de los dos. Harto, y estas piezas que sobran me las llevaré. Tal vez con ellas pueda hacer a alguien más.

Así está todavía el Shelni, mal armado. En esa forma que no es su forma recorre la comarca por las noches, pues le da vergüenza salir de día. Algunas gentes que no conocen la historia se sobresaltan al verlo. Aún toca la cantaro-flauta con la voz de la mujer del Skokie y la voz de la Rana. ¡Escuchen, ahora mismo la pueden oír! Y el Shelni sigue triste y acongojado, porque nadie sabe cómo armarlo correctamente.

El Skokie nunca encontró a su mujer perdida.

Así es como lo cuentan.

Y luego estaba el segundo cuento que grabarnos ayer, el último cuento Shelni que grabaríamos jamás, aunque entonces no lo sabíamos:

Los Cerdos Cantores. Así es como lo cuentan.

Tenemos el viejo cuento de los cerdos cantores que cantan tan alto que vuelan al cielo sobre la cola de su propia canción. Y ahora nosotros mismos, si podemos cantar las flautas lo bastante fuerte, si podemos tañer los tenedores lo bastante profundo, llegaremos a ser los Cerdos Cantores de nuestro propio cuento. Muchos se han marchado ya como Cerdos Cantores.

Vienen los hombres, campaneros con sus carros de música. Tocan música del Cielo, ¡tachín patachín! Vienen por amor a nosotros. Y si nos damos prisa, podremos, cuando vengan, marchamos con ellos, podremos entrar en una lata y volar por encima del cielo.

¡Bong! ¡Bong! Así hace ahora el campanero con su carro de música.

¡De prisa, todos los Shelni! Este es el día en que podéis marcharnos. Venid, todos vosotros, Shelni de los valles y de los ríos, y saltad al carro que aquí tenéis un viaje gratis. Venid todos los Shelni de los prados y los bosques. Subid desde las raíces de los árboles y las cuevas subterráneas. ¡Los Skokie no pueden ir, las ranas no pueden ir, sólo los Shelni pueden ir!

Llorad si el carro está demasiado lleno y no podéis ir hoy, mas no lloréis demasiado tiempo. Los campaneros dicen que volverán mañana y todos los días hasta que no quede un Shelni.

- Venid todos vosotros pequeños Sheini-Cerdos-Cantores - grita un campanero -. ¡Venid a buscar vuestros viajes gratuitos en las latas rumbo a la Tierra! Eh, Ben ¿qué otro animal salta al carro del matadero al solo tañido de una campana? Adelante, adelante pequeños Shelni-Cerdos, hay lugar para diez más en este carro. Basta ya, basta ya. Mañana volveremos con muchos carros más. ¡Os llevaremos a todos, a todos! Eh, Ben, ¿oíste alguna vez llorar a los cerditos cuando ya no queda sitio para ellos en los carros del matadero?

Estas son las nobles y bondadosas palabras que pronuncia un campanero por amor a nosotros. No tener ni siquiera que dar un diente funerario u otro diente para pagar el viaje. Las Ranas no pueden ir, los Skokie no pueden ir. ¡Sólo los Shelni pueden ir!

¡Ahora vienen las cosas maravillosas! Del carro, los Shelni deben pasar a un lugar donde les quitan todos los huesos. Esto jamás les ocurrió antes a los Shelni. En otra sala, se los hierva hasta que quedan reducidos a la mitad de su tamaño, pequeños como un niño Shelni. Y entonces todos tienen que participar del juego y gatear y meterse en las latas. Luego obtienen el viaje gratuito, el largo viaje en latas, rumbo a la Tierra. ¡En una lata!

Secad las pegajosas lágrimas de vosotros, por que perdéis el carro musical de hoy. Id a dormir temprano esta noche y levantaos temprano mañana. Cantad entonces con toda la fuerza de vuestra voz, para que los campaneros sepan dónde ir a buscaros. Cantaread mañana vuestras flautas con toda vuestra fuerza, haced vibrar hondamente vuestros tenedores, gritad ¡arme! ¡arme! aquí estamos, campaneros.

Todos ríen cuando se marchan con los campaneros en el carro musical. Pero hay un cuento de que un día una mujer Sheini llorará en vez de reír cuando se la lleven. ¿Qué le puede pasar a esa mujer para que llore? Ella gritará: ¡Malditos, esto es un asesinato! ¡Ellos son casi personas! ¡No pueden llevárselos! Son tan personas como yo. ¡Malditos dos veces, no pueden llevarme a mí! Yo soy humana. ¡Oh, oh, oh! Y esta es la parte más rara del cuento, la cosa profética.

Oh, oh, oh, dirá la mujer. oh, oh, oh le harán eco las cantaroflautas. ¿Qué le pasará a la mujer Shelni que llora en vez de reír?

Este, donde lo cuenten, es nuestro último cuento. Cuando se cuente por última vez, ya no habrá aquí más cuentos, no habrá más Shelni. Quien puede entrar en una lata ¿Para qué necesita de cuentos y de música de cantaroflautas?

Así es como fue contado.

Entonces salimos (Por última vez) de la cueva de los Shelni. Y, como siempre, hubo la rima con el Anciano cincoañero que custodiaba el lugar:

- ¿Qué te niete?
  - Salir de boquete.
  - A la Holly malaguero,
- ¡Compañero!

- Fuera ojalá otro gusano,  
¡Hermano!  
- Holly llora.  
Cantinela voladora,  
Cantareando, gimiendo.  
- Saliendo.

Esto sí que fue extraordinario. Holly Harkel lloraba cuando salimos de la madriguera por (la que resultó ser) última vez. Lloraba grandes lagrimones de duende. Yo casi esperaba que fuesen verdes.

Hoy no hago más que pensar en la forma asombrosa en que la difunta Holly Harkel había llegado a parecerse a los Shelni. Era un Shelni.

- Ahora todo me da lo mismo - me dijo esta mañana. - ¿Sería amor acaso si ellos se fueran y yo me quedase?

Es un asunto fastidioso. Yo traté de protestar, pero esa gente seguía repicando la campana y salmodiando: - Todos vosotros, pequeños Shelni-Cerdos-Cantores, saltad al carro. ¡Entrad en una lata y viajaréis a la Tierra! ¡Eh, Ben, mira cómo saltan al carro del matadero!

- Fue imperdonable - les dije -. Con seguridad ustedes saben diferenciar a un humano de un Shelni.

- No a ésa - dijo un campanero -. Le digo que todos saltaron al carro voluntariamente, hasta esa, la rara que iba llorando. Claro que puede quedarse con los huesos, si consigue reconocerlos.

Tengo los huesos de Holly. Nada más. Nunca existió otra criatura como ella. Y ya todo ha acabado.

¡Pero no todo ha acabado!

¡Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor, cuidado! ¡Habrá venganza!

Se ha dicho.

**FIN**

## Stephen Vincent Benet - UN LUGAR DE LOS DIOS

El Norte, el Oeste y el Sur son buenos terrenos de caza, pero está prohibido ir al Este. Está prohibido ir a cualquiera de los Lugares Muertos excepto para buscar metal, y en tales casos el que toca el metal tiene que ser un sacerdote o el hijo de un sacerdote. Después, el hombre y el metal tienen que ser purificados. Esas son las normas y las leyes; y están bien hechas. Está prohibido cruzar el gran río y contemplar el lugar que fue el Lugar de los Dioses. Está severamente prohibido. Ni siquiera podemos pronunciar su nombre. Allí es donde moran los espíritus, y los demonios. Allí se encuentran las cenizas del Gran Incendio. Esas cosas están prohibidas; han estado prohibidas desde el principio de los tiempos.

Mi padre es un sacerdote. Por tanto, yo soy el hijo de un sacerdote. He estado en los Lugares Muertos con mi padre. Al principio, estaba asustado. Cuando mi padre entró en la casa en busca de metal, me quedé de pie junto a la puerta, sintiéndome débil y pequeño. Era la casa de un hombre muerto, la casa de un espíritu. No tenía el olor del hombre, aunque en un rincón había huesos humanos. Pero el hijo de un sacerdote no puede dar muestras de temor. Contemplé los huesos en la sombra y mantuve mi voz firme.

Luego salió mi padre con el metal: un trozo grande, impresionante. Mi padre me miró con los dos ojos, pero yo no eché a correr. Me dio el metal para que lo sostuviera. Lo cogí y continué viviendo. De modo que mi padre supo que yo era realmente su hijo y que cuando me llegara la hora sería un sacerdote. Eso fue cuando yo era muy joven. Sin embargo, mis hermanos no lo habían hecho, aunque eran buenos cazadores. A partir de entonces, me cedieron el mejor trozo de carne y el rincón más caliente junto al fuego. Mi padre velaba por mí; estaba muy contento porque sería un sacerdote. Pero cuando fanfarroneaba o lloraba sin motivo, me castigaba con más severidad que a mis hermanos. Y era justo que lo hiciera.

Pasado un tiempo, recibí autorización para ir a las casas muertas en busca de metal. De modo que aprendí cómo eran aquellas casas, y los huesos dejaron de asustarme. Los huesos son ligeros y viejos; a veces se deshacen en polvo si los toco. Pero esto es un gran pecado.

Aprendí los cánticos y los sortilegios. Me enseñaron a contener la sangre de una herida, y muchos secretos. Un sacerdote tiene que saber muchos secretos: eso era lo que mi padre decía. Si los cazadores creen que lo sabemos todo acerca de los cánticos y los sortilegios, pueden creerlo; no les perjudica. Me enseñaron a leer libros antiguos y a escribir la antigua escritura. Era difícil y me costó mucho aprenderlo. Mis conocimientos me hacían feliz; eran como fuego en mi corazón. Lo que más me gustaba era oír hablar de los Tiempos Antiguos y las historias de los dioses. Me hacía a mí mismo muchas preguntas que no podía contestarme, pero el formularlas era bueno. Por la noche, me gustaba permanecer despierto y escuchar el ruido del viento. Me parecía la voz de los dioses mientras volaban a través del aire.

Nosotros no somos ignorantes como el Pueblo de los Bosques. Nuestras mujeres hilan la lana en la rueca, y nuestros sacerdotes llevan túnicas blancas. Nosotros no comemos raíces, ni hemos olvidado la antigua escritura, aunque es muy difícil de comprender. Sin embargo, mis conocimientos y mi falta de



conocimientos ardían en mí. Deseaba saber más. Cuando, al fin, fui un hombre, me dirigí a mi padre y le dije:

- Ha llegado el momento de que emprenda mi viaje. Dame tu permiso.

Me miró durante largo rato, acariciándose la barba, antes de contestar:

- Sí, ha llegado el momento,

Aquella noche, en la casa del sacerdocio, pedí y recibí la purificación. El cuerpo me dolió, pero mi espíritu era una roca fría. Mi propio padre me interrogó acerca de mis sueños.

Me ordenó mirar el humo del fuego y ver. Vi, y dije lo que vi. Era lo que siempre había visto: un río y, más allá del río, un gran Lugar Muerto, por el que paseaban los dioses. Siempre había pensado en eso. Los ojos de mi padre tenían una expresión severa cuando se lo dije; ya no era mi padre, sino un sacerdote. Dijo:

- Este es un sueño fuerte.

- Es mío - dije, mientras el humo se dispersaba y mi cabeza se sentía más ligera.

En la cámara exterior estaban entonando el canto de la Estrella, que era como un zumbar de abejas en mi cerebro.

Mi padre me preguntó cómo iban vestidos los dioses, y yo le dije cómo iban vestidos los dioses. Nosotros sabemos cómo van vestidos por los libros, pero yo les había visto como si estuvieran delante de mí. Cuando hube terminado, dejé caer las tamaras tres veces y las estudió mientras caían.

- Este es un sueño muy fuerte - repitió - Puede devorarte.

- No tengo miedo - dije, y le miré con los dos ojos. Mi voz sonó muy débil en mis oídos, pero eso era a causa del humo.

Mi padre me tocó en el pecho y en la frente. Me dio el arco y las tres flechas.

- Tómalas - dijo -. Está prohibido viajar hacia el Este. Está prohibido cruzar el gran río. Está prohibido ir al Lugar de los Dioses. Todas esas cosas están prohibidas.

- Todas esas cosas están prohibidas - dije, pero la que hablaba era mi voz, y no mi espíritu.

Mi padre volvió a mirarme.

- Hijo mío - dijo -, en mi juventud también tuve sueños. Si tus sueños no te devoran, puedes ser un gran sacerdote. Si te devoran, continuarás siendo mi hijo. Ahora, puedes emprender tu viaje.

Me puse en marcha rápidamente, como ordena la ley. El cuerpo me dolía, pero no mi corazón. Cuando amaneció, me encontraba fuera de la vista de la aldea. Oré y me purifiqué a mí mismo, esperando una señal. La señal fue un águila. Volaba hacia el Este.

A veces, las señales son enviadas por espíritus malos. Esperé de nuevo sobre la roca plana, sin tomar ningún alimento. Estaba muy quieto. Podía sentir el cielo sobre mi cabeza y la tierra debajo de mi cuerpo. Esperé hasta que el sol empezó a hundirse. Entonces, tres ciervos cruzaron el valle, dirigiéndose hacia el Este; no me olfatearon ni me vieron. Entre ellos había un cervatillo blanco: una señal muy grande.

Los seguí a distancia, esperando lo que sucedería. Mi corazón estaba turbado por aquella marcha hacia el Este, pero yo sabía que tenía que ir. Mi cabeza estaba muy débil a causa del ayuno; ni siquiera vi la pantera que saltaba sobre el cervatillo blanco. Pero, antes de que pudiera darme cuenta, el arco estaba en mi mano. Disparé, y la pantera cayó en pleno salto. No es fácil matar a una pantera con una sola flecha, pero la que yo disparé le penetró por el ojo y se alojó en su

cerebro. Entonces supe que tenía que ir hacia el Este. Supe que ése era mi viaje. Cuando se hizo de noche, encendí una fogata y asé carne.

Hay ocho soles de viaje hasta el Este, y un hombre pasa por muchos Lugares Muertos. El Pueblo de los Bosques les teme, pero yo no. Una vez encendí mi fogata al borde de un Lugar Muerto, por la noche, y a la mañana siguiente, en la casa muerta, encontré un buen cuchillo, muy poco oxidado. Era pequeño para lo que llegó más tarde, pero animó a mi corazón. Siempre que buscaba algo que cazar, lo encontraba delante de mi flecha. Por dos veces me crucé con grupos de cazadores del Pueblo de los Bosques sin que me vieran. De modo que supe que mi magia era fuerte y mi viaje despejado, a pesar de la ley.

Cuando iba a ponerse el octavo sol, llegué a las orillas del gran río. Estaba a medio día de viaje después de que hube dejado el camino de los dioses. Ahora no utilizamos los caminos de los dioses, ya que están deshaciéndose en grandes bloques de piedra. El bosque es más seguro. Desde muy lejos, había visto el agua a través de los árboles, pero los árboles eran muy tupidos. Al final salí a un espacio abierto, en la cima de un farallón. Debajo estaba el gran río, como un gigante tendido al sol. Es muy largo, muy ancho. Puede beberse todos los arroyos que nosotros conocemos y quedarse con sed. Su nombre es Ou-dis-sun, el Sagrado, el Largo. Ningún hombre de mi tribu lo ha visto; ni siquiera mi padre, el sacerdote. Era mágico, y oré.

Luego alcé mis ojos y miré hacia el Sur. Allí estaba: el Lugar de los Dioses.

¿Cómo puedo decir el aspecto que tenía? No lo comprenderíais. Estaba allí, a la rojiza claridad del crepúsculo. Aquellas cosas eran demasiado grandes para ser casas. Estaba allí, bañado por la luz roja del crepúsculo, poderoso y en ruinas. Supe que los dioses no tardarían en verme. Me cubrí los ojos con las manos y me arrastré hasta el bosque.

Desde luego, hacer lo que había hecho y continuar vivo era suficiente. Desde luego, pasar la noche sobre el farallón era suficiente. Los del Pueblo del Bosque no se atrevían a acercarse tanto. Sin embargo, a lo largo de toda la noche, supe que tendría que cruzar el gran río y llegar al Lugar de los Dioses, aunque los dioses me devoraran. Mi magia no me serviría para nada, y sin embargo había un fuego en mis entrañas, un fuego en mi mente. Cuando salió el sol, pensé: «Mi viaje ha sido despejado. Ahora regresaré, dando por terminado mi viaje». Pero, mientras lo estaba pensando, sabía que no lo haría. Si iba al Lugar de los Dioses, seguramente moriría, pero si no iba, no volvería a haber paz en mi espíritu. Y, si se es sacerdote y el hijo de un sacerdote, es preferible perder la vida a perder el espíritu.

No obstante, mientras construía la balsa, las lágrimas brotaron de mis ojos. Los hombres del Pueblo de los Bosques podían haberme matado sin lucha, de haber llegado en aquel momento, pero no se presentaron. Cuando la balsa estuvo hecha, recité los adagios de los difuntos y me pinté a mí mismo para la muerte. Mi corazón estaba frío como una rana y mis rodillas parecían de agua, pero el fuego que ardía en mi mente no me hubiera permitido reposar. Mientras empujaba mi balsa río adentro, empecé mi canto fúnebre. Tenía derecho a él. Era un canto muy bonito. Canté:

«Soy John, hijo de John. Mi pueblo es el Pueblo  
de las Colinas. Ellos son los hombres.  
Voy a los Lugares Muertos, pero no soy asesinado.  
Cojo el metal de los Lugares Muertos, pero no soy maldecido.

Viajo por los caminos de los dioses y no tengo miedo.  
¡Eh-yah!  
He matado la pantera. ¡Eh-yah!  
He venido al gran río. Nadie había llegado hasta aquí antes.  
Está prohibido ir hacia el Este, pero yo he venido;  
prohibido ir al gran río, pero yo estoy aquí.  
Abrid vuestros corazones, vuestros espíritus, y escuchad el canto.  
Ahora voy al Lugar de los Dioses; no regresaré.  
Mi cuerpo está pintado para la muerte, y mis piernas tiemblan.  
Pero mi corazón es grande mientras voy al Lugar de los Dioses.

No obstante cuando llegué al Lugar de los Dioses estaba asustado, muy asustado. La corriente del gran río es muy fuerte; agarraba mi balsa con sus manos. Aquello era magia, ya que el río es ancho y tranquilo. Pude sentir los espíritus malos a mi alrededor en la radiante mañana; pude sentir su aliento sobre mi nuca mientras me deslizaba corriente abajo. Nunca había estado tan solo. Traté de pensar en mis conocimientos, pero en mis conocimientos no había ya ninguna fuerza, y me sentí pequeño y desnudo como un pájaro recién salido del cascarón... solo sobre el gran río, el siervo de los dioses.

Sin embargo, al cabo de un rato mis ojos se abrieron y vi. Vi las dos orillas del río; vi que en otra época habían habido caminos de los dioses a través del río, aunque ahora estaban rotos y caídos. Eran muy grandes y habían quedado rotos en la época del Gran Incendio, cuando cayó fuego del cielo. Y la corriente me llevaba cada vez más cerca del Lugar de los Dioses, y las enormes ruinas se erguían más altas delante de mis ojos.

No conozco las costumbres de los ríos; nosotros somos el Pueblo de las Colinas. Traté de guiar mi balsa con la pértiga, pero empezó a girar. Pensé que el río quería llevarme más allá del Lugar de los Dioses y sumergirme en las Aguas Amargas de las leyendas.

Entonces me enfurecí; mi corazón se sintió fuerte. Dije en voz alta: «Soy un sacerdote y el hijo de un sacerdote» Los dioses me escucharon; me enseñaron cómo tenía que remar con la pértiga en un lado de la balsa. La corriente cambió por sí misma; me acercó cada vez más al Lugar de los Dioses.

Cuando estaba muy cerca, mi balsa chocó contra algo y volcó. Yo puedo nadar en nuestros lagos; nadé hasta la playa. Había un gran espigón de metal oxidado que se hundía en el río; me arrastré hasta él y me senté allí, jadeando. Había salvado mi arco, y dos flechas, y el cuchillo que había encontrado en el Lugar Muerto, pero eso era todo. Mi balsa se alejaba remolineando hacia las Aguas Amargas. La miré, pensando que si estuviera montado en ella, al menos tendría una muerte segura. Sin embargo, cuando hube secado y tensado la cuerda de mi arco, eché a andar hacia el Lugar de los Dioses.

Notaba el suelo bajo mis pies; no me quemaba. No es cierto - como dicen algunas leyendas - que el suelo, allí, queme siempre, ya que a mí no me quemaba. Aquí y allá había las huellas del Gran Incendio en las ruinas, es verdad. Pero eran unas huellas muy antiguas. No es cierto, tampoco, como dicen algunos de nuestros sacerdotes, que el Lugar de los Dioses sea una isla cubierta de nieblas y sortilegios. No lo es. Es un gran Lugar Muerto... mayor que cualquiera de los Lugares Muertos que conocemos. Está Cruzado Y entrecruzado por caminos de los dioses; aunque la mayor parte de ellos están agrietados y rotos. En todas partes hay las ruinas de las altas torres de los dioses.

¿Cómo diré lo que vi? Avancé cautelosamente, con el arco en la mano, atento a la menor señal de peligro. Tenía que haber oído los lamentos de los espíritus y los alaridos de los demonios, pero no oí nada. Todo estaba silencioso y bañado por el sol. El viento y la lluvia y los pájaros que dejaban caer semillas habían hecho su obra; la hierba crecía en las grietas de la piedra rota. Es una hermosa isla; no me extraña que los dioses la escogieran para establecerse en ella. Si yo hubiese llegado allí como un dios, hubiera hecho lo mismo.

¿Cómo diré lo que vi? Las torres no están todas rotas; aquí y allí se yergue una, como un gran árbol en un bosque, y los pájaros anidan en lo más alto. Pero las torres tienen un aspecto tenebroso, porque los dioses no moran ya en ellas. Vi a un pez-halcón, cazando peces en el río. Vi una pequeña danza de mariposas blancas sobre un montón de piedras y columnas rotas. Avancé y miré a mi alrededor; vi una piedra labrada, con unas letras grabadas, partida por la mitad. Puedo leer letras, pero no pude entender aquéllas. Decían: UBTREAS. Había también la destrozada imagen de un hombre o un dios. Había sido hecha de piedra blanca y llevaba el pelo largo y echado hacia atrás, como el de una mujer. Su nombre era ASHING, como leí en un trozo de su roto pedestal. Pensé que sería prudente rezarle a ASHING, aunque yo no conocía a aquel dios.

¿Cómo diré lo que vi? Ni la piedra ni el metal olían a hombre. Ni había muchos árboles en aquel páramo de piedra. Había muchas palomas, que anidaban en las torres: los dioses debieron amarlas mucho, o quizás las utilizaban para sus sacrificios. Había gatos salvajes de ojos verdes, que vagabundeaban por los caminos de los dioses sin temer al hombre. Por la noche aullaban como demonios, pero no son demonios. Los perros salvajes son más peligrosos, ya que cazan en manadas, pero no los encontré hasta más tarde. En todas partes hay piedras labradas, que tienen grabadas cifras y palabras mágicas.

Avancé hacia el Norte; no traté de ocultarme. Cuando un dios o un demonio me viera, moriría. Pero no tenía miedo. Mi hambre de conocimiento ardía en mí; había demasiadas cosas que no podía comprender. Al cabo de un rato, el que estaba hambriento era mi estómago. Podía haber cazado, pero no lo hice. Es sabido que los dioses no cazaban como nosotros; obtenían su alimento de cajas y tarros encantados. A veces se encuentra alguno en los Lugares Muertos. En cierta ocasión, cuando era un chiquillo, abrí uno de aquellos tarros, probé su contenido y lo encontré dulce, pero mi padre me descubrió y me castigó severamente; ya que a menudo, aquel alimento es mortal. Ahora lo había superado todo en materia de prohibiciones, y entré en las torres más bonitas, buscando el alimento de los dioses.

Lo encontré finalmente en las ruinas de un gran templo en el centro de la ciudad. Tenía que haber sido un templo importante, ya que el techo estaba pintado como el cielo nocturno con sus estrellas: pude apreciarlo claramente, a pesar de que los colores estaban muy desteñidos. Descendía hacia unas grandes cuevas y túneles: tal vez guardaban aquí sus esclavos. Pero, cuando empecé a bajar, oí el chillido de las ratas, de modo que no bajé. Las ratas son asquerosas, y allí tenía que haber muchas tribus de ratas, a juzgar por los chillidos. Pero encontré comida en el centro de unas ruinas, detrás de una puerta que estaba abierta. Comí solamente las frutas de los tarros; tenían un sabor muy dulce. Había bebida, también, en botellas de cristal; la bebida de los dioses es fuerte, y se sube a la cabeza. Cuando hube comido y bebido, dormí encima de una piedra, con el arco al alcance de mi mano.

Al despertarme, el sol estaba bajo. Vi a un perro sentado. Su lengua colgaba fuera de su boca; parecía que estuviera riéndose. Era un perro grande con un pelaje de color gris oscuro, tan grande como un lobo. Me incorporé de un salto y le grité, pero no se movió; continuó allí sentado, como si se estuviera riendo. Aquello no me gustó. Cuando cogí una piedra para tirársela, se apartó rápidamente de la trayectoria de la piedra. No me tenía miedo; me miraba como si yo fuera carne. Desde luego, podía haberle matado con una flecha, pero ignoraba si había otros. Además, se estaba haciendo de noche.

Miré a mi alrededor. No lejos de allí había un ancho y agrietado camino de los dioses, que conducía hacia el Norte. Las torres eran bastante altas, aunque no tan altas como otras y si bien la mayoría de las casas muertas estaban derruidas, algunas se mantenían en pie. Avancé hacia aquel camino de los dioses, manteniéndome en las alturas de las ruinas, mientras el perro me seguía. Cuando llegué al camino de los dioses, vi que había otros detrás de él. De no haberme despertado tan a tiempo, me hubieran sorprendido durmiendo y me hubieran hecho trizas. De todos modos, me tenían atrapado; no se apresuraban. Cuando entré en la casa muerta, permanecieron vigilantes en la entrada. Indudablemente, pensaban tener una buena caza. Pero un perro no puede abrir una puerta, y yo sabía, por los libros, que a los dioses no les gusta vivir al nivel del suelo, sino en las alturas.

Acababa de encontrar una puerta que pude abrir cuando los perros decidieron atacar. ¡Ja! Quedaron sorprendidos al cerrarles la puerta en las narices; era una buena puerta, de metal fuerte. Pude oírles ladrar ferozmente, pero no me detuve a contestarles. Estaba a oscuras. Encontré una escalera y empecé a subirla. La escalera daba muchas vueltas, y mi cabeza empezó también a darlas. En lo más alto había otra puerta; encontré el tirador y la abrí. Entré en una pequeña cámara. En uno de los dos lados había una puerta de bronce que no podía ser abierta, ya que no tenía ningún pomo. Tal vez había una palabra mágica para abrirla, pero yo no conocía la palabra. Me dirigí hacia la puerta de la parte opuesta de la pared. La cerradura estaba rota, de modo que me limité a empujarla y a entrar.

Dentro, había un lugar de grandes riquezas. El dios que vivió allí debió de haber sido un dios poderoso. La primera habitación era una pequeña antesala. Esperé allí durante algún tiempo, diciéndoles a los espíritus del lugar que llegaba en son de paz y no como un ladrón. Cuando me pareció que habían tenido tiempo de oírme, continué avanzando. ¡Ah, qué riquezas! Todo estaba tal como había sido. Las grandes ventanas que se abrían sobre la ciudad no habían sufrido ningún daño, aunque estaban cubiertas con el polvo de muchos años. Había alfombras en los suelos, cuyos colores no estaban demasiado desteñidos, y las sillas eran blandas y hondas. Había cuadros en las paredes, muy raros, muy hermosos. Recuerdo uno de un ramillete de flores en un jarrón; si uno se acercaba a él, no podía ver nada más que manchas de color, pero si retrocedía unos pasos, las flores podían haber sido cogidas el día anterior. Experimenté una extraña sensación al mirar aquel cuadro, y al mirar la figura de un pájaro, esculpida en alguna arcilla dura y ver que era tan parecido a nuestros pájaros. En todas partes había libros, la mayoría en lenguas que no pude leer. El dios que vivió allí tuvo que haber sido un dios sabio.

Sin embargo, era muy raro. Había un lugar para lavarse, pero sin agua; quizás los dioses se lavaban con aire. Había un lugar para cocinar, pero sin leña, y aunque había una máquina para cocer comida, no había ningún lugar para poner fuego. Tampoco había velas ni lámparas. Había cosas que parecían lámparas,

pero no tenían aceite ni mecha. Todas aquellas cosas eran mágicas, pero yo las toqué y continuaba viviendo; la magia había desaparecido de ellas. Permittedme decir una cosa muy rara. En el lugar para lavarse, una cosa decía «Caliente», pero no era caliente al tacto; otra cosa decía «Fría», pero no estaba fría. Esto debió de haber sido una poderosa magia, pero la magia había desaparecido. No comprendí nada... y me hubiera gustado saberlo.

La casa del dios estaba cerrada y seca y polvorienta. He dicho que la magia había desaparecido, pero eso no es cierto; había desaparecido de las cosas mágicas, pero no había desaparecido del lugar. Sentía los espíritus a mi alrededor, pesando sobre mí. Hasta entonces no había dormido nunca en un Lugar Muerto y, sin embargo, aquella noche tenía que dormir allí. Al pensar en ello, mi lengua se secó en mi garganta, a pesar de mi deseo de adquirir más conocimientos. Estuve a punto de bajar y enfrentarme con los perros. Sin embargo no lo hice.

No habla recorrido todas las habitaciones cuando cayó la oscuridad. Entonces, regresé a la gran habitación que se abría sobre la ciudad y encendí fuego. Había un lugar para hacer fuego y una caja llena de leña, aunque no creo que cocinaran allí. Me envolví en una alfombra y dormí enfrente del fuego.

Ahora contaré lo que es una magia muy poderosa. Me desperté en medio de la noche. Cuando me desperté, el fuego se había apagado y yo tenía frío. Me pareció oír susurros y voces a mi alrededor. Cerré los ojos para acallarlos. Alguien dirá que volví a dormirme, pero yo no creo que me durmiera. Pude sentir a los espíritus arrastrando a mi propio espíritu fuera de mi cuerpo, del mismo modo que un pez es arrastrado fuera del agua.

¿Por qué tendría que mentir acerca de ello? Soy un sacerdote y el hijo de un sacerdote. Si existen espíritus, como ellos dicen, en los pequeños Lugares Muertos próximos a nosotros, ¿qué espíritus no habrá en aquel gran Lugar de los Dioses? ¿Y no desearían hablar después de tan largos años? Sé que me sentí arrastrado del mismo modo que un pez es arrastrado fuera del agua. Me había salido de mi propio cuerpo; pude ver mi cuerpo dormido enfrente del fuego apagado, pero no era yo. Me habían arrastrado para que contemplara la ciudad de los dioses.

Tenía que haber sido oscuro, ya que era de noche, pero no había oscuridad. En todas partes había luces: líneas de luz, círculos y manchas de luz... Diez mil antorchas no hubieran iluminado tanto. El mismo cielo estaba intensamente iluminado; apenas podían verse las estrellas a causa del intenso resplandor del cielo. Pensé: «Esto es magia poderosa», y temblé. En mis oídos había un rugido semejante al de la torrencial crecida de los ríos. Luego, mis ojos fueron acostumbrándose a la luz y mis oídos al ruido. Supe que estaba viendo la ciudad tal como había sido cuando los dioses estaban vivos.

¡Sí, era un gran espectáculo! No hubiera podido presenciarlo con el cuerpo: mi cuerpo hubiera muerto. Por todas partes andaban los dioses, a pie y en carruajes; había dioses en número incontable y sus carruajes bloqueaban las calles. Habían convertido la noche en día para su placer; no se acostaban con el sol. El ruido de su ir y venir era el ruido de muchas aguas. Lo que podían hacer era mágico; lo que hacían era mágico.

Miré a través de otra ventana; los grandes puentes de sus ríos habían sido reparados, y los caminos de los dioses iban de Este a Oeste. ¡Y los dioses eran incansables, siempre estaban en movimiento! Excavaban túneles por debajo de los ríos; volaban por el aire. Con herramientas increíbles, realizaban obras

gigantescas; ninguna parte de la tierra estaba a salvo de ellos, ya que, si deseaban una cosa, la pedían al otro extremo del mundo. Y siempre, mientras trabajaban y descansaban, mientras se divertían y hacían el amor, había un redoble en sus oídos: el pulso de la ciudad gigante, latiendo y latiendo como el corazón de un hombre.

¿Eran felices? ¿Qué es la felicidad para los dioses? Eran grandes, eran poderosos, eran maravillosos y terribles. Al contemplarles, a ellos y a su magia, me sentía como un niño. Un poco más, me parecía, y pondrían sus manos sobre las estrellas. Les veía dotados de sabiduría más allá de la sabiduría, y de conocimientos más allá del conocimiento. Y, sin embargo, no todo lo que hicieron estuvo bien hecho, y a pesar de su sabiduría no consiguieron la paz.

Entonces vi lo que les había sucedido, y fue algo indescriptiblemente espantoso. Cayó sobre ellos mientras andaban por las calles de su ciudad. He estado en las luchas contra el Pueblo del Bosque: he visto morir a los hombres. Pero cuando los dioses guerrean contra los dioses, utilizan armas que nosotros no conocemos. Fuego que cae del cielo y una niebla que envenena. Aquella fue la época del Gran Incendio y de la Destrucción. Corrían como hormigas por las calles. ¡Pobres dioses, pobres dioses! Luego, las torres empezaron a caer. Unos cuantos escaparon... sí, unos cuantos. Las leyendas lo cuentan. Pero, incluso después de que la ciudad se hubo convertido en un Lugar Muerto, durante muchos años el veneno estuvo todavía en el suelo. Lo vi todo; vi morir al último de ellos. En la ciudad destrozada la oscuridad era completa, y yo lloré.

Vi todo esto. Lo vi tal como lo he contado; aunque no con el cuerpo. Cuando me desperté por la mañana estaba hambriento, pero no pensé en mi hambre, ya que mi corazón estaba perplejo y aturcido. Conocía el motivo de la existencia de los Lugares Muertos, pero no comprendía por qué había sucedido. Me parecía que no tenía que haber sucedido, con toda la magia que poseían. Recorrí toda la casa buscando una respuesta. En la casa había muchas cosas que no pude comprender, a pesar de ser un sacerdote y el hijo de un sacerdote. Era como estar a orillas del gran río por la noche, sin ninguna luz para mostrar el camino.

Entonces vi al dios muerto. Estaba sentado en su silla junto a la ventana, en una habitación en la cual no había entrado antes, y, en el primer momento, creí que estaba vivo. Luego vi la piel del dorso de su mano: era como cuero reseca. La habitación estaba cerrada, caliente y seca; indudablemente, esto le había conservado tal como era. Al principio tuve miedo de acercarme a él; luego, el temor desapareció. Estaba sentado, contemplando su ciudad; iba vestido con las ropas de los dioses. No era ni joven ni viejo; no pude calcular su edad. Pero en su rostro había sabiduría, y una gran tristeza. Era evidente que no había querido huir. Se había sentado junto a su ventana, para ver morir a su ciudad; después, también él había muerto. Pero es preferible perder la vida que perder el espíritu; y por el rostro de aquel dios podía asegurarse que no había perdido su espíritu. Sabía que, si le tocaba, se desharía en polvo; y, sin embargo, en su rostro había algo inconquistado.

Y esto es todo, ya que entonces supe que el muerto era un hombre. Supe que todos habían sido hombres, ni dioses ni demonios. Este es un gran conocimiento, difícil de decir y de creer. Eran hombres. Recorrieron un oscuro camino, pero eran hombres. Después de eso no tuve miedo. No tuve miedo de regresar a mi hogar, aunque tuve que luchar dos veces con los perros y me vi perseguido durante dos días por el Pueblo del Bosque. Cuando vi de nuevo a mi padre, oré y fui purificado.

Mi padre tocó mis labios y mi pecho. Dijo:

- Te marchaste siendo un muchacho. Has regresado convertido en un hombre y en un sacerdote.

Dije:

- ¡Padre, eran hombres! ¡He estado en el lugar de los Dioses y lo he visto! Ahora, mátame si es la ley, pero yo sé que eran hombres.

Me miró con los dos ojos.

- La ley no tiene siempre la misma forma - dijo -. Has hecho lo que has hecho. Yo no pude hacerlo en mi época, pero tú has llegado detrás de mí. ¡Cuenta!

Hablé, y él escuchó. Después, quise contárselo a todo el pueblo, pero mi padre me disuadió de hacerlo.

- La verdad es un ciervo difícil de cazar - dijo -. Si comes demasiada verdad de una vez, puedes morir de una indigestión de verdad. Nuestros antepasados no obraron caprichosamente al prohibir los Lugares Muertos.

Tenía razón; es mejor que la verdad llegue poco a poco. Yo he aprendido esto, siendo un sacerdote. Quizás en los tiempos antiguos comieron el conocimiento demasiado de prisa.

De todos modos, ha sido un comienzo, ahora no vamos a los Lugares Muertos sólo en busca de metal; allí hay libros, y herramientas. Los libros resultan difíciles de leer, y las herramientas mágicas están rotas, pero podemos examinarlas e interrogarnos. Al menos, ha sido un comienzo. Y, cuando sea Sumo Sacerdote, iremos más allá del gran río. Iremos al Lugar de los Dioses - al lugar Nueva York -, no un solo hombre, sino una compañía. Andaremos por las calles agrietadas y pronunciaremos sus nombres en voz alta, sin temor.

Buscaremos las imágenes de los dioses y encontraremos el dios ASHING y los otros: los dioses LICOLN y BILTMORE y MOSES. Pero los que edificaron la ciudad eran hombres; no eran dioses ni demonios. Eran hombres. Recuerdo el rostro del hombre muerto. Eran hombres que estuvieron aquí antes que nosotros. Tenemos que volver a edificar.

**FIN**



## Juan José Plans - LA MANCHA

- Un poco más y me hubiera sentado en las escaleras. Estoy desfallecida.
- Parecemos caracoles. Llevamos la casa encima en cuanto salimos de vacaciones. No sé para qué complicarnos la vida de esta forma.
- Elena frota sus manos doloridas y profiere un gemido.
- ¡Oh, una ampolla!
- César se limpia el sudor de la frente con un pañuelo, después de dejar las maletas casi al lado de la puerta.
- A ver... No es nada, mujer.
- Achaques de la vejez.
- Cuando seas realmente una anciana, no lo dirás...
- Aquí hace demasiado calor; abriré la ventana. ¡Y huele a pintura!
- Ya no recordaba que antes de irnos habíamos pintado las habitaciones. No han quedado mal, ¿verdad?
- No, no...
- Ya que estás dispuesto a trabajar, abre también la del dormitorio.
- Como ordene la señora. ¡Con tal de mandar!
- No seas exagerado. Si vieras a otras cómo se portan. Por ejemplo, ¿sabes lo que...
- Prefiero no enterarme.
- César entra en el dormitorio. Elena, mientras tanto, se sienta cómodamente en un butacón y enciende un cigarrillo. Habla como para sí misma:
- Adiós al sol y al mar... ¡Lástima que todo hay finalizado!
- El regresa a la sala y se sienta al lado de ella.
- ¿Decías algo?
- Nada de particular. Estoy tan cansada que acabaré durmiéndome aquí mismo.
- Elena se quita los zapatos ayudándose con los pies.
- ¡Quién pudiera contemplar el mar desde el hotelito!
- Vale más olvidar; le entra a uno el mal humor. Mañana, a las nueve en punto, a la oficina. Lo que más odio es tener que fichar. Es como si a uno le convirtieran en autómatas.
- Y yo tendré que limpiar todo esto. ¡Vaya trabajo! El próximo año, ¿volveremos?
- ¡Pero si aún apenas hemos regresado!
- Bueno, no te excites.
- Los dos se quedan en silencio.
  
- Un agudo silbido, que les obliga a taparse los oídos, les despierta.
- ¿Qué ha sido? - pregunta Elena.
- ¿También tú lo has escuchado? Creí, creí... que se trataba de una pesadilla.
- Vaya, nos hemos quedado dormidos...
- ¿Y el silbido?
- No tengo ni la menor idea.
- ¿Algún choque?
- No es ruido de accidente.
- César se levanta y se asoma a la ventana.

- ¿Ves algo?
- Lo de siempre. Es como si el tiempo se hubiera detenido mientras estuvimos fuera.
- ¿Y en el cielo?
- Miles de estrellas.
- Pero esa especie de silbido ha venido de alguna parte...
- Desde luego. Sería, no sé, algún escape de... ¡Cualquier cosa! ¿Y si desalojamos las maletas?
- ¡Por favor! Mañana; hoy no, te lo ruego.
- Los trajes se arrugarán demasiado.
- Yo los plancharé; por eso no te preocupes. El que llevas puesto te sirve para ir a la oficina. Un día es un día.
- ¡Si no queda otro remedio!
- César la toma por una mano y la levanta. Ambos entran en el dormitorio. El enciende la luz.
- Veo montañas de trabajo por todas partes - dice Elena.
- César se fija en algo que hay en la pared.
- ¡Estos pintores! ¡Mira lo que han dejado!
- Una mancha... Pues no me había dado cuenta al marchar.
- Por culpa de las prisas. Mañana les avisaremos, por muy amigos que sean. A la hora de cobrar fueron bien exigentes.
- ¿No habrá salido a causa de tener cerrada la habitación?
- Supongo que no.
- ¿Y por humedad?
- ¿En este tiempo? Además, aquí no padecemos de ese mal.
- César pasa la mano por la pequeña mancha. La retira alarmado.
- ¿Qué ocurre?
- Ha sido una extraña sensación...
- ¡Estás pálido!
- No esperaba esa viscosidad.
- Déjame a mí...
- ¡No la toques!
- Pero si yo...
- Es demasiado desagradable.
- Siempre has sido muy aprensivo.
- No se trata de una mancha corriente.
- Pues no parece otra cosa.
- Hace un mes que hemos salido de vacaciones. Tenía que estar seca, como el resto de la pintura.
- Anda, descansa.
- Además, ¿no se mueve?
- ¡Qué tontería!
- César estudia detenidamente la mancha mientras se desviste.
- Llamaré al pintor - dice - por pura curiosidad.
- Ya es bastante tarde...
- Las once. Estará despierto.
- Si así dejas de contemplar la mancha como un papamoscas, llama.
  
- ¿Diga?
- Oye, soy César...

- Se acabaron las vacaciones, ¿eh?
  - Sí, ya sabes...
  - ¡Qué suerte tienen los que van sin los días contados! ¿Para qué me llamas, a todo esto? ¿No te ha gustado la pintura?
  - ¡Oh sí, por supuesto! Pero, atiende, me he encontrado en el dormitorio con una mancha en la pared. Una mancha no muy grande y de un color... de un color como el de la sangre...
  - La habitación está pintada de verde...
  - Es raro, ¿no? Y no se encuentra seca.
  - Entonces, amigo, eso no es una mancha.
  - ¿Qué opinas?
  - Yo sólo entiendo de pintura. Si lo deseas, puedo pasar mañana.
  - Muchas gracias, será lo mejor. Adiós.
- César cuelga el auricular con gesto pensativo. La voz de Elena le hace volver a la realidad.
- ¿Has acabado?
  - Voy, voy ahora mismo.
- Elena, cuando César entra en el dormitorio, ya está acostada.
- Quiero dormir...
  - Joaquín me ha dicho que pasará mañana.
  - Muy bien.
- El mira nuevamente la mancha. Frunce las cejas.
- ¡Juraría que ha crecido de tamaño!
  - Apagaré la luz.
- César se acomoda en el lecho.

Las cortinas de la ventana son mecidas por el viento. Algunos anuncios luminosos, intermitentes, destacan por encima de los tejados. Los débiles rayos de la luna penetran en la habitación, recortando los objetos.

En la cama, Elena duerme profundamente abrazada a la almohada. A su lado, César apoya la cabeza en las manos. Está despierto y fuma un cigarrillo. Procurando no molestar a Elena, se levanta. Ante la mancha, susurra:

- Palpita, palpita...
- Duda si tocarla nuevamente. Lo hace y siente la misma sensación que la vez anterior. Sale con cuidado de la habitación. Y marca una cifra en el teléfono.
- ¿Esteban?
  - ¿A quién diablos se le ocurre...?
  - Soy César. Ya sé que son las dos de la madrugada...
  - Algo es algo...
  - Déjame explicarte antes de que me cuelgues: en mi dormitorio hay una mancha que... vive.
  - ¿Una mancha que vive? Has tomado el sol, ¿no tendrás fiebre?
  - ¡Me encuentro perfectamente, no te burles!
  - Te escucho, te escucho...
  - La mancha... ¡Crece!
  - No comprendo absolutamente nada.
  - Ni yo. ¿Has visto en tu vida algo semejante?
  - Claro que no. ¿Y por qué me llamas a mí?
  - Como eres biólogo he pensado que...

- Los biólogos y las manchas de la pared, como comprenderás, tenemos muy poco en común.

- ¡Si se mueve!

- Mañana tengo que levantarme temprano. Así que te ruego...

- Está bien. Perdona si te he molestado...

- Tal vez te visite... ¡Uf!

César oye cómo Esteban cuelga con brusquedad. Da unos cuantos pasos, sin saber hacia dónde ir.

- Tal vez yo reaccionara de la misma manera...

- Primero, un agudo y extraño silbido; después, la mancha... ¿Puede haber algo de común entre ambos fenómenos?

Sus ojos contemplan las estrellas.

- Una noche demasiado... silenciosa. ¿Dónde podría encontrar la respuesta?

Del portal de la casa sale un hombre encorvado. César lo llama.

- ¡Doctor!

El hombre mira distraídamente hacia otras partes.

- ¡Señor Canal, aquí arriba!

- ¡Caramba! Buenas noches, vecino. Apenas le he oído.

- Es que, si grito más, despertaría a Elena.

- ¿Y cómo a estas horas despierto?

- No acabo de conciliar el sueño.

- Tome una de esas pastillas que le he recomendado; le irán bien.

- ¿Qué pastillas?

- Entonces, ¿no ha sido a usted? ¡Siempre tan distraído!

- Doctor, ¿podría subir un momento?

- ¿Se encuentra mal su mujer?

- Todo lo contrario. Es que...

- ¿Diga?

- Hay una cosa rara en la pared, como una mancha... Pero no es una mancha.

- Hijo, acaban de llamarme urgentemente para ir a un parto. El niño no se presenta en buena posición... César, ¿qué puedo hacer?

- Es que esa cosa... ¡palpita!

- Interesante. ¿Le parece bien que entre cuando regrese?

- Se lo agradecería. Crece. Ya ha aumentado de tamaño varias veces.

El doctor consulta su reloj.

- ¡Se está haciendo tarde!

- Hasta luego... ¡Y no se olvide!

- Haré todo lo posible... Ya sabe que mi memoria...

El doctor desaparece por una esquina. César se acerca a la mancha, que ya le falta poco para ocupar casi toda la pared. César mira angustiada a Elena. Después de un momento de duda toma un candelabro entre sus manos. Lo levanta y da a la mancha con él. El candelabro, rebota. La mancha ha quedado intacta. En cambio el candelabro, ante el asombro de César, se ha roto.

- Es imposible...

Elena se remueve. Pregunta entre sueños:

- ¿Qué haces?

- ¡Oh... he... he tropezado! No acabo de poder dormir y fumo.

- Bien...

César espera a que la respiración de Elena le indique que duerme de nuevo. Deja el candelabro y pasa a la sala de estar. Su frente está bañada en sudor, así como las palmas de las manos.

Ninguno de los libros de la biblioteca le puede informar. Lanza el último de los consultados, con rabia. Se sienta.

- ¿Y si no es nada? Parece una pesadilla, una cruel pesadilla. En cambio, estoy seguro de que algo ocurre. ¿Por qué esta noche tan silenciosa? Suposiciones mías. Esa mancha vive... ¿Qué es? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Tal vez el silbido fuera....

La mano de Elena en su hombro, le sorprende. Ella parece un tanto nerviosa.

- César... he visto esa mancha. Ocupa la pared... ¿Le has dado algún golpe?

- ¿Por qué lo dices?

- El candelabro...

- Sí, le he dado un golpe. Pero se quedó impertérrita. Ni un gemido, ni un movimiento... El candelabro, roto...

- Me parece que no te has fijado muy bien.

- ¿Mas sucesos?

- El candelabro... se funde.

- ¿Eh?

César corre precipitadamente hacia el dormitorio.

Encima de la mesa, el candelabro se deshace entre una nube azulada. César se acerca a la mancha.

- ¡Monstruo! ¡Di, qué ser se esconde en esas palpitaciones! ¡Quién eres! ¡Qué deseas de nosotros! ¡Habla! ¡Contesta!, ¡Criatura de los infiernos!

Elena le toma por el brazo.

- Salgamos de aquí...

César se deja llevar. Elena cierra con llave la puerta del dormitorio.

- ¿Te enciendo un cigarrillo? - le pregunta.

- Sí... sí... Pero, ¿qué es?

- Tampoco yo lo sé. Algo sucede en nuestra casa. Tenías razón, esa mancha no es corriente. Es...

- ¡Un ser vivo!

- No habla, no escucha, no le importa nuestra presencia.

- ¡Se ha instalado en la habitación y somos incapaces de destruirlo! El candelabro... ¿Cómo puede hacer eso, qué poder tiene?

- Llama a la Policía.

- ¿A la Policía? ¿Lo creerán?

- Al menos se acercarán hasta aquí.

- Buenas noches. Servicio Nocturno.

- Algo grave está ocurriendo en mi hogar...

- ¿Sí?

- Es... difícil de explicar. Se trata de algo que se ha adherido a la pared y que crece... Era como una mancha de pequeñas dimensiones. Y ahora, gigantesca...

- ¿Ha robado? - se oye con cierto deje de ironía.

- ¡No! ¡Se limita a crecer! ¿Es que le parece poco?

- Una mancha viva...

- Exacto, exacto...

- Atendiendo a lo que me acaba de decir, yo le recomendaría llamar a los Bomberos. Si no ha cometido ningún delito y se trata tan sólo de una mancha, que crece y palpita, nada podemos hacer nosotros.

- ¡Estoy seguro de que es un ser, una amenaza!

- No se excite...

- ¡Todos igual!

César cuelga malhumorado el teléfono. Elena, que ha seguido la conversación, lo abraza.

- ¿Vendrán?

- Me dice que llamemos a los Bomberos.

- ¿No piensan ayudarnos?

- No es de incumbencia de ellos. Me han preguntado, si molesta, si roba... ¡Ridículo! Ridículo mundo. Nadie piensa en nadie. En cuanto le cuentas a uno un problema, lo único que desea es que acabes pronto para poderse ir. Tal vez el doctor venga pronto; he hablado con él desde la ventana. Tenía que asistir a un parto... Pero, tan solo, «tal vez» como el pintor y mi amigo el biólogo...

- ¡Llama a los Bomberos! ¡Llama a todas las partes! Alguien... alguien nos atenderá.

- ¿Tú crees?

Elena no contesta.

- Bien, probaremos.

- ¿Dónde está el fuego?

- Calma, se trata de...

- ¿No hay fuego? ¿Es una broma?

- Fuego, fuego... ¡Algo peor!

- Un derrumbamiento... ¿Peor que el fuego? No es posible.

- Han de venir urgentemente para acabar con una mancha que hay en la pared. ¡Espere, no es una mancha!

- Le advierto que si piensa divertirse a costa nuestra le costará caro.

- Hablo en serio, señor, demasiado en serio. ¡Y estoy cansado de que nadie me haga caso!

- O sea, que ya se ha dirigido a otros organismos.

- Sí.

- Y le han tomado por un loco...

- Pues... exactamente...

- ¡Lo está!

- Se lo ruego, un momento. Yo...

Pero el bombero ya ha colgado. Mira desesperado a Elena.

- Me ha dicho... que estoy loco.

- Tampoco ellos. Y ahora, ¿a quién?

- ¿Y si estamos locos? ¿Será todo producto de alucinaciones nuestras?

- ¡Eso no es cierto! Lo que han visto nuestros ojos existe.

- Nadie nos comprende.

- Lo mejor será irnos. A un hotel.

- Tengo clavada aquí esa criatura - señala la cabeza -. No me iré sin saber qué es.

Elena, al oír la llamada, abre la puerta. Aparece ante ella el doctor, que busca aparatadamente las gafas por sus bolsillos.

- ¡Ajá! Ha sido un buen parto... un buen parto. Me siento feliz. Un nuevo ser siempre hace feliz a un doctor. Y hasta es guapo. Eso sí, un chico guapo. Ehhh... ¿preocupados?

- ¿No se acuerda? - le pregunta César.

- La verdad es que me he dado cuenta, de pura casualidad de que había quedado en pasar por aquí. Pero ¡qué distraído soy!... en estos momentos...

- Una mancha que crece, que crece, ¡que crece!

- ¡Ah, ya! Veamos de qué se trata.

La mancha se extiende ya por el suelo y por el techo.

- ¿La ve? ¡Es monstruosa! Y ahí, en su centro, palpita.

- Me pondré las gafas... Ando bastante mal de la vista. El doctor se acerca a la mancha y la va a tocar.

- ¡No lo haga! - exclama César.

- Joven, usted tiene la virtud de asustarme.

El doctor toca la mancha. Retira la mano con un gesto de asco.

- ¡Viscosa!

- Ya le advertí...

- Parece viva...

- ¿Qué podemos hacer?

- Un animal...

- ¡Qué cosas, doctor! Un animal...

- Elena, rocíe un trapo con gasolina.

Ella se va. César le susurra:

- Doctor, estoy asustado.

- ¡No sea ingenuo! Esto ha de tener una explicación sencilla, lógica, natural...

¿O cree en fantasmas?

- Al menos los fantasmas son incorpóreos.

- Debe ser resistente.

- ¡Y tanto!

- Vamos, vamos..., tenga paciencia.

- Me trata usted como a un enfermo.

- En el fondo, todos estamos enfermos de algo...

Elena entra con el trapo. El doctor lo prende y lo arroja al centro de la mancha.

- ¿Y qué consigue así? - le pregunta César.

- Esto acabará con la mancha.

Pero el fuego se apaga y la mancha prosigue palpitando.

- ¡Qué terca es la Naturaleza algunas veces! - exclama el doctor -. curioso, curioso. Si se tratara de un ser vivo hubiera tenido que dar muestras ante el fuego...

- ¿La Naturaleza? Esto es antinatural... Algo nuevo, distinto, diferente...

La mancha llega a los pies del doctor.

- ¡Cuidado! - grita Elena, dando un empujón al hombre.

El doctor retrocede y se la caen las gafas.

- ¡Qué contrariedad! Están rotas... Sin gafas soy incapaz de hacer nada, absolutamente nada.

- Dígame a mí...

- Mañana, mañana será todo más lúcido. ¡Qué pena de gafas!

- ¿Va a dejar esto así, conformándose con haberle lanzado un trapo ardiendo?

- No hay peligro... ¿O quiere que le tome el pulso?

- ¡Es usted médico!  
- Miren, lo más prudente es que descansan.  
- ¿Con esa criatura?  
- Dejen la puerta cerrada. En cuanto amanezca compraré unas gafas. Y ya veremos qué se puede hacer.  
- Mañana, Mañana... Mañana se reunirán aquí un puñado de gente... ¡Pero mañana puede ser tarde!  
- ¡No sea melodramático!  
César cierra la puerta tras el doctor con evidente enojo.  
- Despertarás a los vecinos - le dice Elena.  
- ¡No importa!  
- Puede ser que el doctor tenga razón, que lo que necesitamos es descansar. Así, nos agotaremos en vano. César, te lo repito, vámonos de aquí.  
- ¿Por qué nos habrá caído a nosotros esta desgracia? ¡Acabará con esa mancha, con esa bestia, con esas criaturas. Abre un mueble y saca un hacha.  
- ¡No entres, es...!  
- Una locura, no te lo calles.  
César abre la puerta del dormitorio lentamente. Desaparece tras de ella. Elena se queda en la sala paralizada, presa de angustia. Y escucha los golpes. Uno, otro...

Esteban llama repetidamente a la puerta. Por las escaleras, el doctor vacila en cada peldaño.

- Perdona, ¿usted sabe si están los señores Rodríguez?  
- Me he dormido, me he dormido estúpidamente. ¿Eh, eh?  
- Si sabe si están los señores Rodríguez?  
- Pues... ¿Ha llamado?  
- No contestan.  
- Habrán salido. Son jóvenes como usted... La vida por delante. Por cierto... yo, ayer, por la noche... ¡Ah, sí! ¡Qué torpeza qué torpeza! Sí, estuve con ellos...  
- A mí me llamó César. Que si una mancha en la pared...  
- ¡Recuerdo, recuerdo! Eso, una mancha en la pared. ¿Sabe? Es curioso, curioso. Si no están es que ha desaparecido...

Esteban llama otra vez.

- No contestan. Vaya con lo que me supuso encontrar un poco de tiempo en el laboratorio para acercarme aquí.

- ¿Se va?  
- Sí, claro.  
- Entonces ayúdeme a bajar las escaleras. Es que se me rompieron las gafas... ¿Dónde se me rompieron? Qué cabeza, qué cabeza...  
- Le acompañaré con mucho gusto...  
A los pocos meses, el mundo fue una mancha roja, que palpitaba.

**FIN**



## Ward Moore - EL SEGUNDO VIAJE A MARTE

Hasta que su informe fue conocido, se consideraba a la expedición a Marte que Murphy, Gobiniev, Langois, Alameda y Mutsuhara llevaron a cabo en 2002 como la primera realizada con éxito. La verdad es que el primer viaje lo consumió de modo completamente accidental, en 1887, el año de las bodas de oro de la reina Victoria, un tal Humphrey Beachy-Cumberland.

Su nombre completo era Humphrey Howard Clarence Beachy-Cumberland, y era pariente lejano -muy lejano- de los Churchill, a quienes consideraba más bien como advenedizos. El no tenía título, y alimentaba sobre la dignidad de par ideas muy poco halagüeñas.

Había habido Beachy en Agincourt y Cressy, y Beachy-Cumberland fue nombre distinguido en Naseby y Ramillies, Prestonpans y Salamanca. No estaba dispuesto a cambiarlo por un lord Fulánez o un conde de Nosédónde. A los veinticinco años -había nacido uno después de la muerte del príncipe consorte- poseía ya sólidos principios. Tenía un marcado interés por el progreso (mejores casas de vecinos, clases gratuitas para obreros...) y un alto sentido de la responsabilidad (inspección de alcantarillas, pensiones para los sirvientes ancianos...)

Es el progreso, y en modo alguno la afinidad, lo que explica su interés por Oiles Pundershot. Pundershot era un vulgar en todos los sentidos: de humilde cuna, colocaba mal la h, pedía dinero sin cuidarse de devolverlo, leía las cartas ajenas, seducía criadas y llevaba la corbata de un colegio al que no fue nunca. Llegada la oportunidad, hubiese sido muy capaz de cazar zorros a tiros. Era también un genio de primera magnitud, un físico tan por delante de su época que ninguna universidad toleraba que se mencionase su nombre ni ningún tratadista de viso se molestaba en refutarle. Humphrey le daba una libra a la semana, habitación en el ala de la servidumbre y una razonable cuenta abierta en una fundición de hierro de la que era director. Le concedió también un ayudante de jardinero y medio acre de terreno para la construcción de una máquina voladora. Tanto Humphrey como Pundershot estaban seguros de que el vuelo de los más pesados que el aire sería posible antes de 1900.

La máquina voladora de Pundershot seguía concepciones revolucionarias. Era, en realidad, un proyectil... un proyectil sin cañón.

- Magnetismo - explicaba Pundershot -, atracción y repulsión. Antigraedad, en una palabra. Repele la Tierra.

- ¿De veras? - preguntó Humphrey cortésmente.

- Lo malo es si la repele con excesiva brusquedad. Sí no me equivoco, volará a trescientas millas por segundo.

- Demasiado - comentó Humphrey - Demasiado a todos los efectos.

- Dieciocho mil millas por minuto - dijo Pundershot -. Un millón de millas por hora. Semejante velocidad no sirve para nada.

- Eso parece - asintió Humphrey.

- Bueno - dijo Pundershot, sombríamente satisfecho -, supongo que tendré que deshacerlo y volverlo a montar.

Humphrey parecía abrigar ligeras dudas. Sabía al penique cuánto le había costado el proyectil, y la experiencia enseñaba que el segundo costaría al menos cuatro veces más caro.

- ¿Qué hay por dentro? - preguntó, aplazando el momento de aprobar el nuevo experimento de Pundershot.

- Nada que pueda entender un aficionado. Falsas paredes, superpuertas y rellenas; un tanque de oxígeno -el vehículo es estanco- y controles magnéticos: «Marcha» y «Parado». Todo un poco apretado, a causa del mecanismo de absorción de choques que va entre las paredes. Apenas queda sitio para una persona, y está todo oscuro. ¿Quiere echarle una mirada?

Humphrey no tenía especial curiosidad, pero el tacto (¿acaso no se ofendería Pundershot si no mostraba interés?) y la desconfianza (después de todo, con semejante tipo, a lo mejor resultaba todo de cartón) le hicieron asomarse por la abierta portezuela.

- Entre sí quiere - invitó Pundershot -. No podrá ver mucho, pero algo notará.

- Bueno - dijo Humphrey vacilante -; probaré.

La descripción del interior que había hecho Pundershot era más bien optimista. Humphrey no vio nada; tan sólo sintió una como premonición del ataúd, y trató de volver sobre sus pasos.

- ¡Cuidado! - exclamó Pundershot. Mire lo que hace. El cierre automático está junto a su brazo.

Naturalmente, Humphrey movió el brazo. Tropezó con un botón; y la portezuela metálica se cerró de golpe. Lanzó una exclamación y luchó por volver a abrir el cilindro. En vez de conseguirlo, entró en contacto con el invisible botón «Marcha». El proyectil repelió la gravedad de la Tierra con absoluta repugnancia. A cuarenta y ocho millones de millas, metro más o menos, el planeta Marte lanzaba sus rojos destellos. La nariz de la máquina apuntó exactamente hacia él.

El último pensamiento de Humphrey Beachy-Cumberland mientras desgarraba la envoltura gaseosa de la Tierra fue que había dejado una pensión para Pundershot en su testamento. Bien se arrepentía.

Los marcianos que le rodearon cuarenta y ocho horas más tarde habían vuelto a la barbarie hacía miles de generaciones. Sus grandes ciudades yacían en el polvo, y el saber había degenerado en fábula y magia, tras fallar los delicados resortes de equilibrio de una sociedad completamente libre, igualitaria y sin violencia. Pequeñas tribus, tan bárbaras que su jefatura no era hereditaria, sino asumida por el más fuerte o el más astuto, guerreaban perpetuamente entre sí, ansiosas de nuevas victorias. A pesar de ello, Humphrey estaba de suerte; prácticamente, todos los marcianos habían abandonado el canibalismo.

Miró hacia arriba, a los rostros impasibles, todos los marcianos le sacaban, por lo menos, la cabeza y percibió las ropas toscamente tejidas, las pálidas pieles, los amplios torsos y la profusión de hachas y cuchillos.

- ¡Agua..., por favor! - boqueó.

Uno de los marcianos emitió algunas sílabas agudas. «Vaya», pensó Humphrey «tendré que enseñarles inglés. ¡Qué lata! ».

Los ininteligibles sonidos debían tener algo de humorístico, pues los demás rieron brevemente. Siniestramente. Humphrey se llevó un imaginario vaso a los labios. Al no observar el menor indicio de comprensión, puso sus manos en forma de cuenco e hizo exagerados ruidos ingurgitatorios. El marciano del chiste sacó un horrible cuchillo de hierro.

- ¡Eh! - se apresuró Humphrey -. Guarde eso. Puede hacer daño a alguien.

Nunca le había gustado el humor negro. Se volvió hacia el otro lado, repitiendo su pantomima. El del cuchillo se detuvo.

- ¡Agua! - repitió Humphrey, alzando la voz a pesar de la sequedad de su garganta, seguro de que los extranjeros siempre se las arreglan para entender, si se les habla bien alto y muy despacio.

Mucho más tarde, y tras haber sido amenazado con la mutilación o la muerte por los más ingeniosos procedimientos -evitados por el de mirar al supuesto asesino y asegurarles fríamente que ése no era modo de comportarse- Humphrey estaba de rodillas al borde de un canal increíblemente ancho, calmando su sed con el agua oscura y nauseabunda. Sus captores se hallaban junto a él, en modo alguno intimidados por aquella increíble criatura que parecía desconocer el miedo -y el sentido común- y que no hablaba como todo el mundo. No estaban intimidados, pero sí confundidos.

Humphrey paseó su mirada a través del canal, y después arriba y abajo, hasta donde desaparecía en el horizonte. «Supongo que no habrá auténticos ríos. Bien, por algún sitio hay que empezar; llamaré a esto el Támesis. Canal del Támesis».

Se volvió a los marcianos.

- Támesis, dijo claramente. - Taaa-mesis. Ca-nal.

Y señaló la obra de ingeniería construida por sus antepasados hacía sesenta mil años.

- Fenutch Gubra - articuló un marciano.

- No, no - Dijo Humphrey -. Támesis. Canal del Támesis.

Volvió a acercarse al agua para lavarse cara y manos... «Tengo que hacer algo para conseguir un baño decente. Los malditos tienen hierro; no será difícil fabricar alguna especie de barreño».

Los baños diarios eran una necesidad, pero otras exigían inmediata precedencia. Juzgaba a sus huéspedes lo bastante primitivos para dormir a la intemperie, conducta que no se proponía imitar. La incomodidad endurece al hombre, le hace más apto, pero la intimidad es la base de la civilización. Y Humphrey no pensaba abandonar ésta, ni siquiera bajo las presentes críticas circunstancias.

- Bien - dijo bruscamente -, no puedo estar así todo el día. ¿Qué tal ahora un poco de comida? Comida. ¿Entienden? Co-mi-da...

Humphrey se sintió desolado al descubrir la realidad del atraso marciano. Tras el infantilismo de amenazar a un extranjero con bestiales torturas, ya no esperaba la cultura de Manchester o Birmingham; no buscaba refinamientos como los paraguas o el Punch. Pero es que ellos ni siquiera conocían la institución familiar. Las tribus vivían divididas con arreglo al... ¡hum...! género. Los niños permanecían junto a las mujeres hasta alcanzar la edad de intervenir en la interminable guerra con otras tribus, de la que sólo regresaban con... propósitos carnales. Todo de una completa inmoralidad.

Peor aún, no había herencia, mayorazgo ni vinculación. Humphrey no podría cruzarse de brazos ante tal estado de cosas sin que pareciese concederles su aprobación.

Sus captores pugnaban todavía por animarse a matarlo, pero el simple intento era algo más difícil cada día. Resultaba completamente absurdo y no poco indecente violar de ese modo la costumbre y código fundamentales -«no dejaréis con vida a ningún extranjero»-, pero nunca extranjero alguno se había mostrado tan opuesto a cooperar. Se negaba a asustarse de las hachas blandidas o los cuchillos enarbolados. Ni siquiera podía acabarse con él durante el sueño; los

intentos de aproximación subrepticia al burdo cobijo que había construido tropezaban siempre con un alerta y desconcertante preguntón.

El caso es que mientras hubiesen faltado a lo establecido al no saltarle los sesos o cortarle el cuello de un modo inmediato, Mister -esto era cuanto de «Mr. Beachy-Cumberland» juzgaban conveniente pronunciar- corría el riesgo de ser despachado en cualquier momento. Entre tanto, ahora que comprendían algunas de sus palabras, quizá pudiesen sacarle algunos trucos para vencer a las tribus vecinas.

Humphrey no tenía intención de serles útil en este aspecto. Luchar por la reina y el país era una ocasional, desagradable -y gloriosa- necesidad. Pero no había necesidad ni gloria en aquellos choques aborígenes. Eran simplemente repugnantes.

No obstante, sin querer aumentó el poder de la tribu y su propio prestigio. En aquellas regiones, al menos, no había árboles ni animales -como amante del rosbif con puding de Yorkshire, lamentaba la ausencia de vida animal-; tan solo abundante variedad de vegetación anual junto a las orillas del canal. Por ello, las armas, que en semejante estadio de desarrollo deberían haber sido de madera o de hueso, eran burdamente forjadas con el hierro oxidado que se hallaba en abundancia en las arenas. También el carbón era abundante.

Humphrey había, como accionista y director, estudiado concienzudamente la siderurgia. Sin ser un técnico, podía fabricar cok del carbón para conseguir un metal más fuerte y ligero que el que los marcianos utilizaban en sus primitivas herramientas. Trabajando al principio en solitario, y después con los pocos que creyeron divertido imitarle, produjo cuchillos que cortaban en vez de serrar; azadas para el cultivo, a fin de conseguir mayores cosechas de alimentos y fibras más fuertes para tejer; y palas y picos para excavar nuevas reservas metalíferas.

Los marcianos vieron las ventajas de sus métodos y se construyeron mejores hachas de guerra. Humphrey consideraba las hachas de guerra contrarias al progreso.

- Escucha - dijo a un joven marciano que había sido de los primeros en imitar sus métodos de fundición y forja -. Esto no puede ser. ¿Por qué os empeñáis en estar siempre peleándoos?

- Co-mer - articuló trabajosamente el marciano -. Mu-jer.

- Sí - reflexionó Humphrey -. Claro. Naturalmente. - Le consideró con ojo crítico -. ¿Te llamas Tom Smith, creo?

- Mogolum Tu.

- Eso no es un nombre, es un galimatías para trombón de varas. Créeme, te va mucho mejor Tom Smith. Y pasemos a lo de la comida y... ¡eh...! las mujeres. Ya veis qué fácil es conseguir plantas más grandes utilizando mejores herramientas. Ahora podemos construir un arado - no hay animales por desgracia -; y sembrando en vez de confiar en la suerte, se obtendrá más de lo que esta tribu puede comer, aunque haga fiesta todos los días. Sobrará alimento para todas las tribus. En cuanto a... las mujeres, también podría hacerse mejor.

Y delicadamente explicó las ventajas del matrimonio monógamo.

El problema que preocupaba a Humphrey no tenía nada que ver con la noria de hierro que ahora chirriaba y rechinaba en el canal del Támesis para proporcionar agua a arenas incultas durante milenios. Tampoco con los telares mejorados para conseguir mejores tejidos, ni con las negociaciones con otra nueva tribu que pretendía unirse a la pacífica y próspera federación. Ni siquiera se refería al grupo

de disidentes capitaneado por Henry Green -antes Thottho Gor- que protestaban de que Tom Smith y Mister estaban yendo demasiado lejos y con prisa excesiva.

El problema de Humphrey era de orden sacro. Nada beato, sabía poca Teología, y había pensado siempre que esos asuntos eran cosa del vicario. La frase «sucesión apostólica» flotaba en su ánimo: no puede uno iniciar a nativos seleccionados en los secretos del Breviario -del que recordaba largos pasajes- y ponerlos a administrar los sacramentos. Sólo pensarlo ya olía a inconformismo. Pero, ¿cómo regularizar los matrimonios que había arreglado? Ciertamente incluso la monogamia irregular era preferible a las condiciones antes reinantes, pero no por ello dejaba de ser irregular. ¿Y qué hacer con los bautismos y los entierros? Cuando a él mismo le tocaba bajar a la Tierra -a Marte, exactamente- quería que sobre su cuerpo se leyesen, en debida forma, las oraciones de rigor.

Entretanto, mantenía a un creciente grupo de ayudantes en constante ocupación. Tom Smith seguía siendo su discípulo preferido, pero estaba siempre atareadísimo llevando a cabo los proyectos de Humphrey, explicando, aplacando, persuadiendo... Para sus nuevas reformas e invenciones, Humphrey dependía de hombres que acababan apenas de abandonar la caza de sus semejantes. Le maravillaba la rapidez con que comprendían ideas y teorías, a menudo aún nebulosas en su mente, y las llevaban a la práctica. Sabía que podía obtenerse papel reduciendo a fibra las pulpas de madera; ellos encontraron la planta más adecuada y discurrieron los medios de producción. Indicó la manera de obtener y utilizar los tipos, y ellos organizaron una imprenta. Poseía ligeras nociones sobre vidrio y cemento; y pronto hicieron cristales y vasijas que eran, cuando menos, traslúcidos, y fabricaron hormigón y mortero que prometían conservar su dureza.

A regañadientes aceptó un compromiso en cuanto a las órdenes sagradas. Un capitán de barco, argumentaba, une matrimonios válidos y envía cuerpos al abismo. ¿Por qué no ha de hacerlo el capitán de un planeta más lejano que los mares terrestres? Sabía que su lógica se hacía más frágil a medida que la estiraba, pero algo había que arbitrar. Tranquilizó su conciencia diciéndose que no estaba ordenando clérigos, sino tan sólo delegando funciones; y hacía que sus alumnos se llamasen «vicario diputado» o «cura en funciones». Ahora, si algo le ocurría -y no olvidaba que la facción anti-Mister de Henry Green había crecido peligrosamente desde la extensión de la civilización a las tribus que habitaban más allá de los canales Serpentine y Avon-, quedaría alguien para enseñar a los jóvenes e infundir decoro a unas gentes cuyo comportamiento podría de otro modo llegar a ser escandaloso.

En 1897 botaron el primer buque a vapor en el canal del Támesis. Humphrey había elaborado un calendario marciano utilizando los años terrestres. Su defecto residía en la incertidumbre sobre la fecha exacta de su llegada; de modo que nunca estaba muy seguro en la celebración del cumpleaños de la reina, y el día de Navidad era clara cuestión de azar. Pero la botadura tuvo lugar incuestionablemente en 1897, diez años después del aterrizaje del proyectil.

El buque era pequeño, saltarín y de poco calado, con una caldera sospechosa y ruedas de palas poco eficaces; pero llevó a los emisarios de Humphrey a extraños lugares donde crecían plantas exóticas y el cobre y el tungsteno abundaban tanto como el hierro; donde Mister era sólo un nombre de una vaga leyenda, y donde su mensaje de progreso encontró tan a menudo nubes de proyectiles como coros de oyentes.

Fue el mismo año en que se grabaron los billetes de banco y los marcianos aprendieron a apreciar las ventajas de la propiedad y a vender las cosas por ocho

chelines y seis peniques y medio en vez de regalarlas. Y así, con los salarios, los bienes raíces, el comercio, los beneficios, los dividendos y el paro... Todas las bendiciones de la civilización.

El problema de Henry Green y los descontentos que le seguían no podía ser demorado por más tiempo. Humphrey había impreso carteles explicando el sistema parlamentario, la responsabilidad gubernativa y el imperio de la constitución. A las primeras elecciones, Tom Smith recibió la investidura por Nueva Brighton, en el canal del Tweed; y resultaron elegidos los suficientes partidarios suyos para permitirle formar un gobierno en el que era primer ministro y canciller del Exchequer, con Robert Janes, nacido Poromby Lusu, como primer lord del Almirantazgo. Henry Green era, naturalmente, el jefe de la oposición.

Uno de los primeros actos del nuevo Parlamento fue prohibir el matrimonio con la hermana de la esposa difunta, otro creó un servicio postal, y un tercero decretó que jueces y abogados llevaran peluca. Una Ley de Defensa del Reino fue vigorosamente combatida por Green, alegando que acabaría con los últimos vestigios de las antiguas libertades. («¿Hemos de plegar nuestras costumbres a las visionarias teorías de un extranjero de un planeta inferior?». Gritos de «¡Muy bien! ¡Muy bien!» en la oposición, y de «¡Qué vergüenza! ¡Salvaje! ¡Calumnias!» desde el banco azul.) Se suspendieron las sesiones y el primer ministro apeló al país.

Nueva Brighton on Tweed volvió a elegir a Tom Smith, pero el partido de Green obtuvo mayoría de actas. Durante el escrutinio, esta posibilidad había engendrado oscuras profecías; pero el nuevo gobierno conservador -que así llamaba Green a su partido- se hizo cargo del país sin fricciones, e inmediatamente aprobó una Ley de Defensa del Reino, entre las amargas protestas de los liberales de Smith.

Asentada la situación política, florecientes las condiciones económicas y religiosas, Humphrey pasó a ocuparse de la cultura,

Un Times semanal presagió otro diario: se inauguró una public school, y se proyectó una Enciclopedia, Marciana. Mientras se discutía la conveniencia de una Sociedad Filosófica y una Academia de Bellas Artes, se dieron los pasos para formar una Orquesta Filarmónica. Humphrey tuvo el melancólico placer de enfocar el primer telescopio hacia la Tierra y la pura alegría de comer el primer crumpet marciano.

Tenía solamente cincuenta y cinco años en 1917, cuando las últimas tribus salvajes resignaron su independencia. Fue en ese año cuando Tom Smith dimitió finalmente la jefatura liberal a favor de Herbert Nora. La influencia de Humphrey en la cuestión del cambio de nombre se iba debilitando. El clero lo apoyaba en cuanto a los nombres de pila: pero creció la tendencia a conservar los antiguos apellidos marcianos. Fue también el año en que Humphrey empezó a construir Cumberland House y a dar forma a los floridos jardines que desde ella descendían hasta el canal del Severa.

Aunque los cincuenta y cinco era una edad ridículamente temprana para pensar en el retiro, cada vez encontraba menos que hacer. Todo se hallaba en buenas manos. Sin dejar de mirar con recelo algunas de las obras de sus protegidos, no podía negar que los marcianos pisaban ya terreno firme. Había en ellos buena madera.

Viajaba poco; cuando se ha visto un canal marciano se han visto todos. Revisó y amplió los planos de Cumberland House; vigilaba a albañiles y vidrieros y

mantenía en constante ocupación a los jardineros. Dedicó algún tiempo a recopilar una edición del Anuario de Hacendados Marcianos.

Pero sobre todo pasaba sus días charlando de los viejos tiempos, a menudo con los mismos que entonces planearon su asesinato. El personal de Cumberland House se componía de hombres que no se habían adaptado bien a los nuevos modos o los habían posteriormente abandonado. Humphrey recordaba con ellos el pasado, y unos y otros, por diferentes razones, disfrutaban así.

Un cinco de noviembre estaba sentado a la mesa, vestido de punta en blanco para la cena y de excelente humor. Su mayordomo acababa de servir un plato de caldo de líquen y ya se retiraba, cuando Humphrey llamó.

- ¡Espere! Yo...

El hombre se precipitó a recoger el cuerpo que se derrumbaba; pero, antiguo guerrero, conoció la muerte apenas verla.

Lo enterraron en sus jardines; y pusieron sobre su tumba la lápida que él había hecho grabar:

HUMPHREY HOWARD CLARENCE BEACHY-CUMBERLAND SQUIRE  
NATURAL DE BUCKINGHAMSHIRE

Recordó siempre a su país.

Sean McDairmuid Murphy, un americano, dirigía la expedición interplanetaria de las Naciones Unidas del año 2002, en la medida en que los demás nacionales que la formaban -la excepción era Yasu Matsuhara- reconocían alguna jefatura. Más exactamente, el doctor Murphy era el decano de los científicos que viajaban en la WAC Field Marshal, y su antropólogo.

Sergei Gobiniev, el etnólogo, se hallaba en abierta contienda con el filólogo, Hyacinthe Langois, sobre sí la Civilización marciana tendría analogías con la terrestre. El geólogo, Luis Alameda, estaba convencido de que no hallarían ni rastro de seres humanos.

El doctor Matsuhara creía que Alameda sufría deformación profesional; en cambio, él tenía un espíritu abierto para cuanto no fuese la botánica y el béisbol. Estaba tan seguro de que encontraría bambú, o algo parecido, como de que San Francisco ganaría el doble campeonato en 2003. O, todo lo más, en 2004.

La expedición debió incluir a un sexto miembro, sir David Rabinovits. Pero desde que el Reino Unido se retiró, en 1990, de la Commonwealth canadiense-australianoafricano-indiooccidental, Westminster había mostrado escaso interés por nuevos horizontes. Sir David fue eliminado y la expedición partió sin biólogo.

- Mejor - dijo Langois -. Quién sabe lo que puede esperarse de la pérdida Albión.

- Sí, pérdida - masculló Gobiniev -. Nos mandaban a un cosmopolita desarraigado, hechura de un corrompido e imperialista gobierno laborista. Sin duda habría recibido órdenes para trabajar contra las democracias populares. Como los lacayos de la sedicente Quinta República.

- Tonterías - dijo Sean Murphy -. Habría mucho que decir de Johnny Bull - la prueba es que Irlanda sigue dividida -, pero el utilizar a David Rabinovits como agente no entraría en sus cálculos. No han pagado el viaje de David porque no les importan Marte ni la ONU ni nada que no sea esa estúpida conmemoración que celebran este año.

El WAC Field Marshal realizó un hermoso aterrizaje a menos de diez millas del lugar donde el proyectil de Humphrey había levantado la arena. Aquello era ahora un parque planetario, conservado intacto en su primitivo estado.

- Desierto - graznó el doctor Alameda -. Desierto estéril.

Langois sacudió la cabeza con aire obstinado, mientras escrutaba el arenal con sus gemelos de campaña. A lo lejos surgió una nube de polvo, que al fin se resolvió en un revuelo de gente.

- ¿Qué les decía? ¡Hombres! Y también mujeres, espero.

- Aquellas manchas de color parecen banderas - dijo Matsuhara.

- Imposible - sentenció Murphy -. Será algún capricho evolutivo.

- Son Unión Jacks - identificó Alameda.

- ¡Un complot! - exclamó Gobiniev -. ¡Una trampa para desacreditar a la URSS! Una locomotora con grandes ruedas de hierro lanzaba nubes de humo blanco a la cabeza de un vagón cerrado y con múltiples puertas. Se detuvo cerca del WAC Field Marshal, y la muchedumbre de a pie se arremolinó a su alrededor. Las puertas del vagón se abrieron y descendieron los marcianos, vestidos con pantalones de tubo y levitas cruzadas. Uno de ellos, sombrero de copa en la mano izquierda, levantó su diestra.

- ¿Son ustedes de la Tierra, supongo?

- No puede ser - decía Murphy -. No puede ser.

- ¿Cómo no hablan ruso? - les increpó Gobiniev.

- ¿Son ustedes rusos? - preguntó fríamente el marciano -. Crimea y Turquestán... El oso que camina como un hombre...

- Sólo uno - explicó Alameda -. Yo soy del Uruguay.

- Ah, la Banda Oriental... «El país que perdimos». ¿Supongo que habrá también un francés? ¿E incluso un americano?

Matsuhara dijo tímidamente:

- Nos sorprende que su idioma sea el inglés.

- ¿De veras? En cambio a nosotros no nos sorprende que ustedes lo utilicen. Pero vayamos por orden. Yo soy Austen Aboxu, primer ministro y secretario de Estado para la Defensa. Bienvenidos - ahora oficialmente - a Marte. Cuando los divisamos, estábamos celebrando una recepción en el ayuntamiento de Nueva Oxford. Vengan como están - ¡je, je! -. Supongo que no les será fácil vestirse de otro modo.

Una expedición ligeramente aturdida escuchó la oferta, llena de disculpas, de llevarlos en su vagón de ferrocarril.

- Es un tanto primitivo; no estamos muy adelantados en vehículos terrestres. En cambio, en barcos... bueno, ahí sí nos sentimos orgullosos. «Impera en las olas» y todo eso, ya saben.

Guardias marcianos con morriones de piel de oso de imitación fueron colocados en torno al VAC Field Marshal, y ellos subieron al vagón.

- Naturalmente, nos desilusionó que la expedición no fuese británica - dijo el primer ministro -. Pero espero que habrá una en cualquier momento. Todavía no se han despertado. Inglaterra pierde todas las batallas menos la última.

- Eso dicen ellos - masculló Murphy.

- Ahora permítanme que les dé una idea de lo que va a pasar en el ayuntamiento. En primer lugar, hablará el arzobispo interino de Marte; me temo que lo encuentren pesado. El deán es peor. Pero hay que respetar al clero. Espero que ahora nos envíen personas apropiadas, ordenadas y con todos los requisitos.



- Qué duda cabe - dijo Murphy por decir algo.

- Después, el jefe de la oposición procederá a despacharse a su gusto. Me pondrá de vuelta y media por no darles la bienvenida como él lo hubiese hecho si las últimas elecciones parciales hubiesen tenido otro resultado. No hagan caso; son cosas del oficio y yo haría lo mismo sí él fuese el muy honorable y yo tan solo el diputado por Nueva Basingstoke. Encontrarán también a los caballeros pertigueros de la Negra Vara, al guardián de los Cinco Puerto, al lord lugarteniente de los Polos Marcianos...

Y allí estaban, efectivamente, todos ellos y muchos más, cada cual con su larguísimo discurso de bienvenida a los intrépidos exploradores de «nuestro amado planeta». Entre discurso y discurso, se aplicaban al filete de hierbas marcianas, las coles de Marte a la Gladstone y las canalgas aux pommes de Mars. Al fin, Sean Murphy pidió permiso para hablar. Cuando le fue concedido - con gran desilusión del primer editorialista del Times, que se disponía a colocar su ingenioso discurso- Murphy comenzó, vacilante:

- He sido comisionado por las Naciones Unidas para tomar posesión de este planeta en nombre de la ONU...

El primer ministro Aboxu le detuvo con un gesto de la mano.

- Me temo que no pueda hacerlo.

- Bien - dijo Murphy -. Ya veo que están civilizados; no es lo mismo que ocupar un mundo vacío. Pero acaso deseen ustedes adherirse a la ONU...

- Creo que no lo ha comprendido - dijo el primer ministro con suave entonación -. No somos una nación. Al menos, no en el sentido en que ustedes utilizan esa palabra. Debemos nuestra primera y plena lealtad a la Corona. Al fin y al cabo, constituimos el Dominio de Marte, y corresponde por entero a Su Majestad - obrando por mi consejo - el decidir si hemos de incorporarnos a esas... Naciones Unidas.

- El cuarto Imperio británico - masculló Sean Murphy -. ¿Es que no hay justicia?

- Mañana - prosiguió el primer ministro, ignorando cortésmente al editorialista del Times - será una gran fiesta. Habrá un desfile por la mañana y un partido de criquet antes del té; y, por la noche, una reconstrucción de Pinafore. Tenemos las canciones, pero la letra está un poco en esqueleto. Espero que disculpen nuestros fallos coloniales; pero hay cosas que tenemos gran ansiedad por saber. Ante todo, la reina, Su Majestad, ¿ha... muerto?

- No, que yo sepa - respondió descuidadamente Murphy.

- Pero... si parece imposible. Es tan vieja...

- ¿Vieja? No, no mucho, para lo que ahora se vive.

El señor Aboxu se sentía confundido. La Corona era inmortal... ¿pero la reina? No, no: recordaba demasiado bien su historia. ¿Viva todavía? Comprendía la diferencia entre los años terrestres y marcianos, incluso con la confusión de un calendario marciano basado en la rotación terrestre, y normalmente podía hacer el cálculo de memoria; pero las emociones de la jornada y su breve pero expresiva defensa de la dignidad de la Corona le confundían. Parecía que Su Majestad debía tener unos doscientos años, pero quizá los cómputos del tiempo habían cambiado desde los días de Míster. ¡No, no era posible! Ah, pero la ciencia... Míster lamentaba siempre no poseer más ciencia y hablaba de la época en que los descubrimientos alargarían considerablemente la vida.

- Es cierto. Tiene usted razón.

Langois rebuscó en su memoria para complacer a sus anfitriones.

- En Inglaterra hay fiestas este año. Es el jubileo de la reina.

- ¿El jubileo? ¡Pero si fue el año en que llegó Mister! Las bodas de plata, y el cincuenta aniversario de su reinado. Este debe ser... el ciento sesenta y cinco. Sin duda se trataba de alguna significación especial que Mister había olvidado mencionar.

- Claro... el jubileo. También lo celebramos aquí.

El maestro de ceremonias taconeaba impaciente.

- El oportuno, por favor. Sé que todos están deseando brindar por nuestros visitantes.

- Ah... - suspiro Gobiniev.

- Ante todo, nuestro brindis acostumbrado. Señor primer ministro...

El señor Aboxu se puso en pie y alzó su copa. Todos los comensales, exploradores incluidos, le imitaron.

- Caballeros - dijo con voz ligeramente temblorosa el muy honorable Austen Aboxu, PC, MP, miembro de la Real Sociedad Marciana para la Difusión del Saber -, ¡por la reina!

Bebieron, y rompieron los tallos de sus copas para que nunca fuesen profanadas con brindis menos dignos. En esto, como en tantas otras cosas, hacían lo que Humphrey les había enseñado. Y ahora todo adquiría nuevo significado; ahora cuando, por vez primera desde los tiempos de Mister la Madre Patria parecía tan próxima.

**FIN**

## Robert Barr - LA RUINA DE LONDRES

### 1. La arrogancia del siglo XX.

Confío en estar lo bastante agradecido porque se me haya hecho gracia de la vida hasta haber llegado a ver la época más brillante en la historia del mundo: mediados del siglo XX. Resultaría inútil que algún hombre menospreciase las enormes realizaciones de los cincuenta años últimos; y si me atrevo a llamar la atención acerca del hecho, ahora aparentemente olvidado, de que la gente del siglo XIX logró llevar a cabo muchas cosas notables, no se debe imaginar que pretendo con ello desestimar en medida alguna los inventos maravillosos de la era actual. Los hombres han tenido siempre cierta inclinación por considerar con cierta condescendencia a quienes vivieron cincuenta o cien años antes que ellos. Esta me parece la debilidad particular de la era actual; un sentimiento de arrogancia nacional, que, cuando existe, se debe, por lo menos mantener lo más subordinado que sea posible. Asombrará a muchos saber que tal era también el vicio de la gente del siglo XIX. Imaginaban vivir en una era de progreso; y si bien no soy tan tonto como para tratar de probar que hicieron alguna cosa digna de recordar, cabe que cualquier investigador objetivo admita que sus inventos fueron, por lo menos, escalones para llegar a los de hoy. Si bien el teléfono y el telégrafo, y todos los demás aparatos eléctricos, no se encuentran ya más que en los museos nacionales o en las colecciones privadas de aquellos pocos hombres que se interesan algo por las actividades del siglo pasado, de todas maneras el estudio de la ahora anticuada ciencia de la electricidad condujo al descubrimiento reciente del éter vibrátil, que se ocupa tan satisfactoriamente del manejo del mundo. Los del siglo XIX no eran tontos, y si bien tengo plena conciencia de que esta afirmación será recibida con desdén, si alguien llega a prestarle alguna atención, quién puede decir que el progreso en la próxima mitad del siglo no llegará a ser tan grande como el de la que acaba de terminar, y que la gente del siglo próximo no nos considerará con el mismo desdén que sentimos nosotros por quienes vivieron cincuenta años atrás.

Por viejo, soy tal vez un rezagado que habita el pasado más que el presente; de todas maneras, me parece que un artículo como el que apareció hace poco en Blackwood, salido de la pluma del talentoso profesor Mowberry, de la Universidad de Oxford, resulta absolutamente inexcusable. Procura, bajo el título de «¿Mereció su suerte la población de Londres?», demostrar que el eclipse simultáneo de millones de seres humanos fue un acontecimiento benéfico y cuyos buenos resultados seguimos disfrutando. Según él, los londinenses eran tan obtusos y estúpidos, tan incapaces de mejorar, estaban tan hundidos en el vicio de hacer dinero por hacerlo, que no cabía más que su extinción total, y la ruina de Londres había sido, en lugar de una catástrofe espantosa, sencillamente una bendición. Sostengo, a pesar de la aprobación unánime con que la prensa recibió este artículo, que tal declaración es inmerecida, y que se puede argumentar en favor del Londres del siglo XIX.

### 2. Por que Londres, advertida, estaba desprevenida.

La indignación que sentí al leer el artículo de referencia perdura en mí y me ha hecho escribir estas líneas para dar alguna razón de lo que debo seguir considerando, a pesar del escarnio a la era actual, el desastre más terrible que haya alcanzado alguna vez a una parte de la raza humana. No me empeñaré en poner ante los lectores una crónica de las realizaciones correspondientes a la época en cuestión. Aunque me gustaría decir algunas palabras acerca de la supuesta estupidez de la gente de Londres por no prepararse para un desastre respecto del cual habían tenido avisos constantes y reiterados. Se la ha comparado con los habitantes de Pompeya, que se divertían al pie de un volcán. En primer lugar, las nieblas eran tan comunes en Londres, en especial en invierno, que no se les prestaba mayor atención.

Se las consideraba sencillamente cosas fastidiosas que entorpecían el trámite y perjudicaban la salud; pero dudo que alguien haya considerado posible que una niebla se convirtiese en un enorme colchón asfixiante presionando sobre toda una metrópoli, extinguiendo la vida como si la ciudad entera padeciera de una hidrofobia incurable. He leído que era así cómo se hacía para acabar con sus sufrimientos a las víctimas de los perros rabiosos, aunque dudo mucho que se llegara a eso, a pesar de las acusaciones de barbarie salvaje que se hacen ahora contra la gente del siglo XIX.

Es probable que los habitantes de Pompeya estuviesen tan acostumbrados a las erupciones del Vesubio que no consideraran siquiera la posibilidad de que su ciudad fuese destruida por un temporal de cenizas y una inundación de lava. Llovía con frecuencia sobre Londres, y de haber continuado lo suficiente la lluvia con seguridad habría inundado la metrópoli, pero no se tomaban precauciones contra una inundación a partir de las nubes. Por qué cabría esperar entonces que la gente se preparase para una catástrofe a partir de la niebla, catástrofe tal que no hay experiencia de otra similar en toda la historia del mundo. La gente de Londres estaba lejos de constituir los budoques perezosos que quieren presentarnos los escritores de hoy.

### 3. La coincidencia que acabó por presentarse.

Dado que se ha eliminado la niebla tanto en tierra como en el mar, y como son pocos los de esta generación que han visto una, puede no resultar fuera de lugar dedicar algunas líneas al tema de las nieblas en general y a las nieblas londinenses en particular, que, a raíz de peculiaridades locales, diferían de todas las demás. Niebla era simplemente vapor de agua que se levantaba de la superficie pantanoso de la tierra, o del mar, o que se condensaba en nube a partir de la atmósfera saturada. En mis tiempos las nieblas constituían un gran peligro en el mar, ya que entonces las personas viajaban en barcos a vapor que navegaban por la superficie.

Londres consumía a fines del siglo XIX cantidades enormes de un carbón bituminoso, con el propósito de calentar habitaciones y cocer alimentos. Miles de chimeneas liberaban por la mañana y durante el día nubes de humo negro. Al levantarse por la noche una masa de vapor blanco, aquellas nubes de humo caían sobre la niebla, la presionaban hacia abajo, se filtraban lentamente a través de ella y aumentaban su densidad. El sol hubiese absorbido la niebla de no ser por la capa de humo gruesa que yacía sobre el vapor e impedía que le llegaran los rayos de aquél. Una vez que prevalecía este estado de cosas, únicamente alguna brisa, proveniente de cualquier parte, podía limpiar Londres. La ciudad

tenía con frecuencia nieblas de siete días, y a veces calmas de siete días, pero esas condiciones no llegaron a coincidir hasta el último año del siglo. La coincidencia significó, tal como lo sabe todo el mundo, muerte, muerte en tal escala que ninguna guerra conocida por la tierra llegó a dejar a su paso tal carnicería.

Para entender la situación no hay más que imaginar la niebla tomando el lugar de las cenizas de Pompeya y el humo de carbón como la lava que la cubrió. El resultado fue en ambos casos exactamente el mismo para los habitantes.

#### 4. El norteamericano que quería hacer una venta.

Yo era por entonces secretario confidencial de una firma de Cannon Street, la casa Fulton, Brixton & Co. que comerciaba principalmente con productos químicos y aparatos para química. A Fulton no llegué a conocerlo; murió mucho antes de mi tiempo. Sir John Brixton, elevado a la nobleza por servicios prestados a su partido o por haber sido funcionario municipal durante algún desfile real a lo largo de ella, ya no recuerdo por cuál de las dos cosas, era mi jefe. Mi pequeña oficina estaba junto a la suya grande, y mi deber principal consistía en ocuparme de que nadie entrevistase a Sir John a menos que fuese una persona importante o llegara para tratar algo importante. Sir John era un hombre difícil de ver y un hombre difícil de tratar cuando se lo veía. Tenía escaso respeto por los sentimientos de la mayoría de los hombres y ninguno por los míos. Si permitía entrar a su oficina a un hombre que hubiese debido ser atendido por uno de los miembros menores de la compañía, Sir John no ponía empeño alguno en ocultar su opinión respecto de mí. Un día, en el otoño del último año del siglo, se hizo entrar en mi oficina a un norteamericano.

No quería saber de nada más que una entrevista con Sir John Brixton. Le dije que era imposible porque Sir John estaba extremadamente ocupado, pero que, si me planteaba el asunto que lo traía, yo lo expondría a Sir John en la primera oportunidad propicia. El norteamericano vaciló y terminó por aceptar lo inevitable. Dijo ser el inventor de una máquina que revolucionaría la vida en Londres, y que quería que Fulton, Brixton & Co. fuesen los concesionarios de la misma. La máquina que tenía con él en una valijita y era de metal blanco, y estaba diseñada de manera tal que haciendo girar una aguja emitía diferentes volúmenes de oxígeno. Según entendí, el gas estaba almacenado en el interior en forma líquida, a gran presión, y duraría, si es que recuerdo bien, seis meses sin necesidad de recarga.

Había también un tubo de goma con una boquilla acoplada Y el norteamericano dijo que si un hombre aspiraba diariamente unas cuantas bocanadas experimentaría resultados benéficos. Ahora bien, yo sabía que no tenía sentido alguno mostrar la máquina a Sir John porque nosotros comerciábamos con aparatos británicos tradicionales y jamás con ningún inventor yanqui recién aparecido. Además, Sir John tenía prejuicios contra los norteamericanos, y yo estaba seguro de que el hombre aquel lo exasperaría, ya que era un espécimen en extremo cadavérico de la raza, de entonación en extremo nasal y pronunciación deplorable y muy dado a frases de tono lunfardos y mostraba además cierta conducta de familiaridad excitada respecto de las personas para las cuales era completamente desconocido. Me resultaba imposible permitir que un hombre así llegara a presencia de Sir John Brixton, y cuando regresó, algunos días después, le expliqué, confío que cortésmente, que el principal de la firma

lamentaba mucho no poder considerar la propuesta respecto de la máquina. El ardor del norteamericano no pareció disminuir en nada ante el rechazo. Dijo que yo no podía haber explicado convenientemente a Sir John las posibilidades del aparato; lo calificó de gran invento, y dijo que significaba una fortuna para quien obtuviese la concesión del mismo. Sugirió que otras firmas londinenses famosas estaban impacientes por conseguirla, aunque él, por razones que no dio, prefería tratar con nosotros. Dejó algunos folletos referentes al invento, y dijo que regresaría.

##### 5. El norteamericano ve a Sir John.

Son muchas las veces en que he pensado desde entonces en aquel norteamericano persistente, y me he preguntado si salió de Londres antes del desastre o fue uno de los miles sin identificar que se enterraron en tumbas sin nombres. No se le ocurrió para nada a Sir John, cuando lo expulsó con alguna aspereza de su presencia, que estaba rechazando una oferta de vida y que las palabras acaloradas que usaba eran en realidad una sentencia de muerte que pronunciaba contra sí mismo. En lo que mí concierne, lamento haber perdido la paciencia y haber dicho al norteamericano que su manera de tratar las cosas no me resultaba plausible. Tal vez esto no le llegó con toda su fuerza; por cierto que estoy seguro de que no, ya que, sin saberlo, me salvó la vida. Sea como fuere, no mostró ningún resentimiento, sino que me invitó inmediatamente a ir a tomar una copa con él, oferta que me vi obligado a rechazar. Pero estoy adelantándome en el relato. Por cierto que, falto del hábito de escribir, me resulta difícil exponer los acontecimientos en su justa secuencia. El norteamericano volvió a verme varias veces después de que le dije que nuestra firma no podía hacer negocio con él. Tomó la costumbre de llegar sin anunciarse, lo que no me gustó para nada, aunque no di órdenes respecto de sus intrusiones, porque no tenía idea de los extremos a los que estaba evidentemente preparado a llegar. Un día, mientras él estaba sentado leyendo un diario cerca de mi escritorio, fui requerido momentáneamente fuera de la oficina. Cuando regresé, pensé que se había ido, llevándose su máquina, pero un momento después me escandalizó oír su entonación nasal en la oficina de Sir John, alternando con la entonación profunda de la voz de mi jefe, la que aparentemente no ejercía tanto espanto sobre el norteamericano como para quienes estaban más habituados a ella. Entré inmediatamente en la oficina, y estaba a punto de explicar a Sir John que el norteamericano no estaba allí por mediación alguna por mi parte, cuando mi jefe me pidió que permaneciera en silencio Y, volviéndose hacia el visitante, le solicitó ásperamente que prosiguiese con su interesante relato. El inventor no necesitó una segunda invitación, sino que continuó con su charla fluida e informal, mientras Sir John fruncía cada vez más el ceño y la cara se le ponía más roja bajo la orla de pelo blanco. Cuando el norteamericano hubo terminado, Sir John le pidió secamente que se mandase mudar y se llevase con él su execrable máquina. Dijo que era un insulto que una persona con un pie en la tumba se presentara con un supuesto invento para la salud ante un hombre robusto que no había estado enfermo un solo día de su vida. No sé por qué escuchó tan largamente al norteamericano cuando estaba decidido desde el principio a no tratar con él, a menos que fuese para castigarme por haber permitido inadvertidamente que entrase un desconocido. La entrevista me angustió sobremanera, mientras permanecía allí impotente, sabiendo que Sir John se enfurecía más y más a cada

palabra pronunciada por el desconocido; pero al fin conseguí llevarme al inventor y su obra a mi propia oficina y cerrar la puerta. Tuve la sincera esperanza de no volver a ver al norteamericano, y mi deseo fue concedido. Insistió en poner en marcha la máquina y dejarla en un estante de mi oficina. Me pidió que la metiese en la oficina de Sir John en algún día de niebla y observase el efecto. Dijo que regresaría, pero nunca lo hizo.

#### 6. De cómo el humo contuvo la niebla.

Fue un viernes cuando la niebla cayó sobre nosotros. El tiempo estuvo excelente hasta mediados de noviembre durante aquel otoño. La niebla no parecía tener nada de insólito. Yo había visto muchas nieblas peores de lo que parecía serlo aquélla. Pero a medida que un día seguía al otro la atmósfera se fue haciendo más densa y más oscura, a causa supongo, del volumen en aumento de humo de carbón que se le añadía. Lo peculiar de aquellos siete días fue la calma intensa del aire. Estábamos, aunque no lo sabíamos, bajo un dosel a prueba de aire, y agotábamos lenta aunque seguramente el oxígeno vital que nos rodeaba y lo reemplazábamos con letal ácido carbónico. Los hombres de ciencia han demostrado desde entonces que un sencillo cálculo matemático Podría habernos dicho con exactitud cuándo se consumiría el último átomo de oxígeno, aunque resulta fácil hablar después que han sucedido las cosas. El cuerpo del matemático más grande de Inglaterra se encontró en el Strand. Llegó aquella mañana desde Cambridge. Había siempre durante una niebla un aumento señalado en la proporción de muertes, y en aquella ocasión el aumento no fue mayor que el habitual hasta el sexto día. Los diarios estaban llenos de estadísticas sorprendentes en la mañana del séptimo día, aunque no se advirtió en el momento de entrar en prensa el significado absoluto de las cifras alarmantes. Yo vivía entonces en Ealing, suburbio occidental de Londres, y llegaba todas las mañanas a Cannon Street con cierto tren. No había experimentado hasta el sexto día inconveniente alguno a causa de la niebla, y ello se debió, estoy convencido, al operar inadvertido de la máquina norteamericana. Sir John no vino a la ciudad el quinto y el sexto días, pero estaba en su oficina en el séptimo. La Puerta entre la suya y la mía estaba cerrada.

Poco después de las diez oí un grito en su oficina seguido por una pesada caída. Abrí la puerta y vi a Sir John boca abajo en el suelo. Cuando acudía presuroso hacia él, sentí por primera vez el efecto letal de la atmósfera desoxigenada, y antes de llegar caí, primero sobre una rodilla y después a lo largo. Me di cuenta de que mis sentidos me abandonaban, y me arrastré instintivamente de regreso a mi propia oficina, donde desapareció al momento la opresión y me puse otra vez en pie, boqueando. Cerré la puerta de la oficina de Sir John por creerla llena de emanaciones letales, como por cierto lo estaba. Grité muy alto pidiendo ayuda, pero no hubo respuesta. Al abrir la puerta que daba a la oficina principal me encontré otra vez con lo que pensé, que era el vapor nocivo. A pesar de la rapidez con que cerré la puerta, me impresionó el silencio intenso de la oficina habitualmente atareada, y vi que algunos de los empleados estaban inmóviles en el piso y otros con las cabezas sobre sus escritorios, como dormidos. Aun en aquel momento espantoso no me di cuenta de qué lo que veía era común a toda Londres y no, como lo imaginaba, un desastre local, provocado por la rotura de algunas damajuanas en nuestro sótano. (Estaba lleno con toda clase de productos químicos, de cuyas propiedades yo era ignorante, por ocuparme, como

lo hacía, de la parte contable Y no de la científica de nuestro comercio.) Abrí la única ventana de mi oficina y grité otra vez pidiendo ayuda. La calle estaba callada y oscura en la ominosamente inmóvil niebla, y lo que me paralizó entonces de horror fue encontrar la misma atmósfera letal, asfixiante, de las oficinas. Al caer atraje conmigo la ventana y dejé afuera el aire ponzoñoso. Volví a reanimarme, y el estado real de las cosas empezó a aparecérseme. Estaba en un oasis de oxígeno. Conjeturé al punto que la máquina de mi estantería era responsable por la existencia de aquel oasis en un vasto desierto de gas letal. Tomé la máquina del norteamericano, temeroso al moverla de que pudiese dejar de funcionar. Apreté la boquilla entre los dientes y reingresé en la oficina de Sir John, esa vez sin sentir efectos perjudiciales. Mi pobre patrón estaba más allá del auxilio humano. Era evidente que en el edificio no había con vida nadie más que yo. Fuera, en la calle, estaba callado y oscuro. El gas se había apagado, pero aún ardían fantasmalmente aquí y allá en tiendas, las luces incandescentes, dependientes, como era el caso, de acumularse y no directamente de fuerza motriz. Me dirigí automáticamente hacia la estación de Cannon Street, por conocer el camino hasta allá aun con los ojos vendados; fui tropezando con cuerpos tendidos en el suelo, y al cruzar la calle choqué con un ómnibus espectral inmóvil en la niebla, con los caballos muertos yacentes al frente y sus riendas pendientes de la mano enervada de un conductor muerto. Los fantasmagóricos pasajeros, igualmente callados, estaban sentados muy rígidos o doblados en actitudes horriblemente grotescas sobre las barandas laterales.

#### 7. El tren con su estela de muerte.

Si la facultad de raciocinio de un hombre estuviese alerta en una situación así (confieso que la mía estaba inactiva), sabría que no podía haber trenes en la estación de Cannon Street, ya que si no había en el aire oxígeno suficiente para mantener con vida a un hombre o una luz de gas, con seguridad que no la habría para que pudiese arder el fuego de una locomotora, aunque el maquinista conservara energías suficientes para atender a su tarea. El instinto es a veces mejor que la razón, y así fue en aquel caso. El ferrocarril llegaba en aquellos tiempos de Ealing por un profundo túnel bajo la ciudad. Cabría suponer que el ácido carbónico encontraría su primer refugio en ese pasaje subterráneo, a causa de su peso, pero no era ese el caso. Imagino que una corriente a lo largo del túnel traía desde los distritos suburbanos un suministro de aire relativamente puro que, durante algunos minutos después del desastre general, mantuvo la vida humana. Sea como fuere, los largos andenes de la estación subterránea de Cannon Street presentaban un espectáculo horrendo. Había un tren en el andén descendente. Las luces eléctricas ardían espasmódicamente. Aquel andén estaba atiborrado de hombres que luchaban entre sí como demonios, aparentemente sin razón, puesto que el tren estaba todo lo repleto que podía llegar a estarlo. Cientos yacían muertos, y cada tanto llegaba por el túnel una bocanada de aire viciado, con lo que cientos más abrían las manos crispadas y sucumbían. Los supervivientes luchaban sobre esos cuerpos, en filas que raleaban constantemente. Me pareció que la mayoría de los del tren estaban muertos. A veces un grupo de combatientes desesperados trepaba por sobre lo que yacían en montones, abrían a tirones la puerta de un vagón, sacaban de igual manera a los pasajeros que estaban dentro y ocupaban, boqueando, sus lugares. Los del tren no ofrecían resistencia y yacían inmóviles donde los arrojaban o rodaban impotentes bajo las



ruedas. Me deslicé como pude a lo largo de la pared hasta la locomotora, preguntándome por qué no partía el tren. El maquinista yacía en el piso de su cabina y los fuegos estaban apagados.

El hábito es una cosa curiosa.

La turbamulta que se debatía, que luchaba salvajemente por lugares en los vagones, estaba tan acostumbrada a que los trenes llegasen Y partiesen que aparentemente no se le ocurría a nadie que el maquinista era humano y estaba sometido a las mismas condiciones atmosféricas que ellos. Puse la boquilla entre sus labios purpúreos y, conteniendo mi propio aliento como un hombre bajo el agua, logré reanimarlo. Dijo que si le daba la máquina llevaría el tren hasta donde lo permitiera el vapor que había aún en la caldera. Me negué a hacer eso, pero subí a la locomotora con él, y le dije que nos mantendría la vida a los dos hasta llegar a un aire mejor. Expresó su acuerdo de manera hosca y puso en marcha el tren, pero no jugó limpio. Se negó cada una de las veces a devolverme la máquina hasta que me encontraba en estado desfalleciente de contener el aliento y terminó por derribarme al piso de la cabina, imagino que la máquina rodó fuera del tren cuando caí y que él saltó tras ella. Lo notable es que ninguno de los dos la necesitaba, porque recuerdo que apenas nos pusimos en marcha advertí por el vano de la puerta de hierro abierta que el fuego de la locomotora se encendía súbitamente otra vez, aunque yo estaba por entonces en un estado de demasiado aturdimiento y espanto como para comprender lo que significaba. Había empezado a soplar una galerna del oeste: una hora demasiado tarde. Aun antes de dejar Cannon Street aquellos que todavía sobrevivían estaban relativamente a salvo, ya que se rescataron ciento sesenta y siete personas de aquel espantoso montón del andén, aunque muchas murieron un día o dos después y otras no recobraron nunca la razón. Cuando recobré el sentido después del golpe que me dio el maquinista, me encontré solo y con el tren corriendo a través del Támesis cerca de Kew. Traté de detener la locomotora, pero no lo logré. Sin embargo, al hacer el intento, conseguí hacer funcionar el freno neumático, que contuvo en alguna medida el tren, y disminuyó el impacto cuando se produjo el choque en la terminal de Richmond, salté al andén antes de que la locomotora alcanzase los amortiguadores de choque y vi pasar junto a mí como una pesadilla la horrible carga ferroviaria de muertos. La mayor parte de las puertas estaban abiertas y todos los compartimientos repletos, si bien, según me enteré más tarde, habían ido cayendo cuerpos todo a lo largo de la línea a cada curva o sacudida del tren. El choque en Richmond no estableció diferencia alguna para los pasajeros. Aparte de mí, se sacaron vivas del tren solamente dos personas, y una de éstas, con las ropas arrancadas por detrás en la lucha, fue enviada a un asilo, donde no llegó a decir quién era, y tampoco llegó a reclamarla nadie.

**FIN**

## Luisa Axpe - RETOÑOS

Había en aquella casa un ventanal de marcos blancos dividido en pequeños rectángulos, por donde el sol llegaba hasta todos los rincones, en verano e invierno. También había, contra el ventanal, un asiento mullido con almohadones redondos y un gato blanco que parecía un almohadón. La cocina estaba llena de sabrosos presagios: frascos de vidrio con ramas de canela o vainilla, tarros de crema casera, galletas de chocolate que se deshacían al mirarlas. Había casi siempre olor a mermelada de frambuesa, y un pastel de manzanas que se horneaba lentamente a pesar del agua en la boca. El gato a veces bostezaba, y eso parecía una señal para que el piano sonara en la sala con un aninado teclear de estudio vespertino. La escalera que llevaba a los dormitorios tenía las barandas torneadas, Y uno podía sentarse allí y ver todo como recortado por un molde, curva arriba y curva abajo, dibujando la sala y sus alrededores en una simetría silenciosa y perfecta. Casi todas las habitaciones tenían las paredes cubiertas por un papel floreado, de dibujos muy pequeños que hacían cosquillas en los ojos a la hora de apagar el velador.

Era una delicia, aquella casa. Mis hermanos y yo la habíamos querido así.

Tenía también una gran chimenea para el invierno, y una alfombra redonda formada por aros de colores que parecía tejida a mano y un altillo repleto de cosas divertidas, y muchos rincones para escondernos mis hermanos y yo. Pero eso no era lo más extraordinario que tenía la casa. Lo importante es que aquella casa, que era como siempre la quisimos, había brotado.

Empezó a brotar una mañana de agosto, cuando todavía el frío nos dejaba del lado de adentro de las ventanas, en nuestro viejo hogar. Una mañana, mientras hacíamos crujir la escarcha en el pasto del fondo, vimos un cuadrado de ladrillos que se asomaba entre dos arbustos que no conseguían esconderlo del todo. Era la chimenea, lo supimos después. A la semana ya habían salido diez centímetros, sin que pudiéramos saber de qué se trataba. Cuando salieron otros diez centímetros empezamos a sospechar que aquello era, en verdad, una chimenea.

Sin estar totalmente seguros de que a continuación vendría la casa, mis hermanos y yo empezamos a regarla.

Para la primavera ya había comenzado a brotar parte del techo, y empezamos a pensar en mudarnos. Los mayores hicieron todo lo que había que hacer, y sin pensarlo más fuimos todos a parar a una pieza alquilada, a dos cuadras de casa.

La casa vieja pronto se vendría abajo, empujada por la nueva. Era tan vieja; ni los escombros podrían aprovecharse. Sacamos todas las cosas que servían, y la dejamos morir en paz.

Gracias a nuestros riegos la casa nueva despuntaba cada día con mayor vigor. Las tejas relucían, y hasta los ladrillos de la chimenea parecían más nuevos y más rojos que al principio. Entonces mis hermanos y yo empezamos a pensar cómo queríamos que fuera.

Cuando asomó la ventanita del altillo nos atropellamos para mirar; pero adentro todo estaba aún muy oscuro.

- Tengo miedo - dijo un día mi hermano menor.
- ¿De la casa que brota? - pregunté.

- No; tengo miedo de que ellos también estén tratando de hacer que la casa sea como ellos quieren.

Hablaba de papá y mamá, por supuesto.

- Pero, ¿cómo podrían ellos conseguir que la casa fuera para ellos?

- Igual que nosotros. Pensando - dijo. Y se quedó callado, y nosotros también.

Para entonces ya no regábamos más alrededor de la casa, que estaba muy grande; hubiera sido como regar un árbol viejo.

Antes que el sol pudiera alumbrar adentro nos conseguimos una linterna, y sin decir nada fuimos a escudriñar aquellos interiores nacientes. La luz de la linterna era más débil que nuestra curiosidad, pero igual pudimos ver que el altillo era como lo habíamos pensado: tenía vigas con ganchos para colgar viejas lámparas, varios arcones, una escalera de mano, una silla de montar, una colección de sombreros de explorador y muchos libros y revistas formando tentadoras pilas sobre una cama marinera.

Nos pasamos el resto del día tratando de imaginar qué habría dentro de los arcones. Esa casa que estaba creciendo parecía una caja de sorpresas.

En pocos días más empezaron a salir las ventanas del primer piso, y aunque todavía estaba muy oscuro pudimos descubrir cuál era la de nuestro cuarto, por las tres camas iguales. La de arriba era la que más se veía. Enseguida empezamos a pelearnos por ella. Finalmente me tocó a mí, no por ser la única mujer sino porque lo echamos a suertes. Ese cuarto igual prometía: podía adivinarse una soga con nudos, y una escalera de ésas que hay en los gimnasios, para colgarse y jugar a los monos. Y mucho, mucho lugar...

Mientras la casa crecía íbamos adivinando todo lo que no podía verse desde las ventanas, pero que sabíamos que allí estaría. El baño con la mampara de estrellas, los espejos del pasillo, los grandes armarios para guardar nuestras cosas, la escalera que nos llevaría como un tobogán a costa de nuestros pantalones, la chimenea llena de brasas donde se asarían las papas y batatas en las vacaciones de invierno...

Cuando por fin pudimos entrar en la casa crecida, no nos causó demasiada sorpresa ver la mesa de la cocina pintada de blanco, tal como la habíamos imaginado, o las puertitas gateras, como las de los dibujos animados; ni siquiera nos sorprendió el gato que, desparramada su indolencia sobre la alfombra, nos recibió con un bostezo. Al parecer, papá y mamá tampoco se sorprendieron demasiado. ¿Lo habrían conseguido?, nos preguntamos en silencio.

Pero no, no lo habían conseguido. La casa era enteramente nuestra. Estaba de nuestro lado. Velaba nuestros sueños, encubría nuestras picardías y vigilaba los pasos que nos rondaban. Por ejemplo, si el entusiasmo de algún invento milagroso nos había llevado a la cocina en busca de los ingredientes necesarios, hacía que el ruido de las pisadas de mamá fuera más fuerte, para darnos tiempo a guardar todo. O cerraba alguna puerta indiscreta con un golpe de viento apropiado, ocultando a los adultos la escena transgresora.

A ellos todo les parecía natural: tenían su dormitorio con mucha luz por la mañana, un sillón en la sala para sentarse frente al fuego, el piano para nuestros estudios... Pero los encantos de aquella casa eran sólo visibles a nuestra mirada. De noche nos acunaba con un suave murmullo de vigas de madera, llevándonos por sueños abrigados y fantásticos a la vez. De día hacía que nuestras horas de juego fuesen una aventura inefable, con la cual soñábamos en el banco de la

escuela. Nuestros amigos habían aprendido también a amar aquella casa espaciosa, aunque no, claro está, con la misma pasión.

En el segundo verano mis padres decidieron que iríamos a las montañas un mes entero. Nosotros no queríamos. Era demasiado tiempo, y había tanto que jugar en la casa, tantos rincones aún inexplorados, que preferíamos quedarnos. Nuestros padres no entendían por qué no nos entusiasmaba la idea de viajar; no podían comprender nuestro amor por la casa. Convencidos de que se trataba de un capricho más, siguieron haciendo los preparativos, con la clara convicción de que ya se nos pasaría. Mamá iba de un lado para otro con ropas y valijas, ignorando nuestras caras largas. Entonces la casa intervino.

Con un bolso en una mano y un par de botas de abrigo en la otra, mamá pisó el primer escalón para bajar. La madera pareció perder estabilidad: se curvó primero en forma apenas visible para luego balancearse de izquierda a derecha. Totalmente mareada, mamá cayó rodando por la escalera.

Traumatismo de cráneo, dijo el doctor. Por supuesto, no pudimos irnos. Mamá tuvo que permanecer bastante tiempo quieta en la cama, y papá tenía que hacer la comida. Ellos se quedaron sin sus montañas aburridas, y nosotros nos quedamos con la casa.

Cuando se casó el primero de mis hermanos la casa se puso triste: estaba más oscura que de costumbre, y hasta el piano parecía sonar sin brillo entre aquellas paredes sensibles. Así fue cada vez que uno de nosotros se iba, aunque fuera por un tiempo. Cuando quedamos solamente papá y yo -a mamá la habíamos despedido hacía un año- la casa empezó a envejecer. Habría que hacer unos arreglos, decía papá. Pero él y yo sabíamos que todo quedaría igual.

Durante su larga enfermedad la casa me ayudó a cuidarlo con todo el silencio de que era capaz. Al casarme, mi marido aceptó sin preguntar demasiado que viviéramos en la casa despoblada. Allí nacieron nuestros tres hijos, y allí vivimos hasta que el mayor cumplió diez años, cuando no pudimos soportar más la humedad y las grietas

Hoy hace tres meses que nos mudamos a otra casa, y he comenzado a sentir una antigua inquietud. Sé que algo va a cambiar. Es como si la historia se repitiera, como esos cuentos que se cuentan siempre de la misma manera, a través de los años y los años. Lo sé, ante todo por el brillo especial que he visto en la mirada de los chicos durante toda esta semana. Y estoy preocupada. Al principio no le daba importancia, pero ahora sí. A medida que pasan los días se hace más evidente. Esta mañana salieron a dar una vuelta en bicicleta, y casualmente se acercaron a la casa vieja. «Tendrías que venir uno de estos días, mamá. El ciruelo se está cubriendo de flores.» Nada más; y todo el tiempo ese brillo en los ojos. No hay duda: en el fondo de la casa ha comenzado a brotar una chimenea.

**FIN**

## Carlos D. J. Vázquez - REPUESTOS, REPUESTOS

El Mundo Real ya no lo es  
Cibermundo Unlimited

Agazapado junto a la viga, esperó oculto entre las largas sombras de las chimeneas. Tenía los miembros entumecidos y el frío comenzaba a calarle los huesos. Encendió el protector térmico del traje y unos segundos después se sentía mucho más cómodo, reconfortado. La luna, detrás del humo y las nubes, lo espiaba desde un charquito olvidado por la última lluvia.

Transcurrieron tres horas antes de que pasara algo. Una sombra abrió la puerta que daba a la escalera del edificio y con tranquilidad se dirigió al pequeño vehículo que lo esperaba levitando unos metros sobre la azotea. La esfera luminiscente que llevaba en sus manos alcanzaba a acariciar su rostro con un brillo espectral. El siguió esperando, conteniendo la respiración para no delatarse. Cuando ese alguien estuvo lo suficientemente cerca, disparó. La descarga envolvió al ladrón, que se sacudió espasmódicamente hasta quedar inmovilizado.

Avanzó y le quitó la esfera. En su interior había lo suficiente como para vaciar la bitloteca. Buscó entre las ropas del ratero. Ninguna documentación, ninguna marca especial. Sólo sus manos de cuatro dedos indicaban que se trataba de un Leechee. Habían evolucionado muchísimo desde su primitiva forma de muy pocas instrucciones, y ya casi no se los podía distinguir de las réplicas virtuales de los humanos. Con un tiro certero en el medio de la frente decidió que este ya no molestaría, ni volvería a reproducirse.

Cuando le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la escalera, sintió el tenue pitido, casi imperceptible, y lo reconoció al instante. Corrió hacia el cadáver y manoteó su muñeca. No tenía nada. Giró la mano y encontró la cosa. El artefacto palpitaba lentamente en la palma como un ojo asombrado, titilando al ritmo del sonido. Conseguiría un buen precio por él... si lograba desactivarlo. Intentó sacárselo pero fue imposible, las conexiones lo aferraban a la piel y lo ligaban a ella como una sola cosa. Sin perder tiempo, tomó su navaja y mutiló la mano. Ningún cambio. Corrió hacia la escalera. Entró, trabó la puerta con todas sus fuerzas y huyó escalones abajo tratando de refugiarse. La explosión, algunos segundos después, voló el acceso y lo arrojó contra la pared opuesta, a la misma altura donde había estado hacía sólo un par de segundos, rebotando y cayendo sobre sus espaldas. Estuvo un momento tirado, luego reaccionó y comenzó a quitarse los escombros de encima. Se paró, pero su inestabilidad lo tiró nuevamente sobre los escalones. Tardó un buen rato en recuperar el equilibrio, y los oídos seguían zumbándole alocadamente. Se había golpeado la cabeza contra los peldaños por cubrir la bola con ambos brazos, y ahora la cabeza le latía al ritmo del corazón bombeante. Tenía un corto y profundo tajo sobre la ceja izquierda, del que manaba un pequeño pero constante hilito de sangre. Suspiró y bufó, pensando que quizá se arriesgaba demasiado. Pero no. Lo hacía por Ella, nada más que por Ella. Era la única que lo hacía sentir entero. Y eso justificaba cualquier sacrificio. Debía demostrarle que podía lograr cuanto quisiese.

Bajó el resto de la escalera apoyándose en la pared, apenas visible bajo el brillo de la esfera, la que -notó- le brindaba cierta seguridad. Conseguiría una buena recompensa por el rescate.

Ingresó a la sala oscura, tratando de encontrar el interruptor de la luz o la puerta de salida. Pero no le dieron tiempo.

Alguien pateó la puerta de entrada a la sala.

- ¡No se mueva! - gritó. Vestía el mameluco gris sin costuras ni aberturas del Comando Antivirus. El sólo atinó a levantar la vista y ver al guardia de seguridad que le apuntaba. Trató de ponerse a salvo y proteger la esfera, pero el disparo se le clavó en la frente.

Haz lo que más te Gusta  
Cibermundo Unlimited

Jano Standup se sacó las lentes y los sensores con el único brazo que le respondía. Se sintió molesto, terriblemente molesto. Era la tercera vez que le pasaba, y no podía permitirselo. Debía aprovechar al máximo lo que el cibermundo le ofrecía. Ahora la habitación se sentía sofocante, sucia y oscura. Angustiante. Entonces desconectó la consola y oprimió el joystick de la silla con la seguridad que su mano buena le proporcionaba. Luego de quince horas sin salir de la máquina se sentía vacío, hambriento y con una sed abrasadora.

Abrió el refrigerador para sacar algo que comer, y sólo encontró un trozo de queso viejo y pan en rebanadas. Tendría que conformarse con el agua de la canilla, tibia, arenosa y con gusto a lavandina. Había olvidado hacer los mandados de la semana. Es que el mundo verdadero le llevaba tanto, tanto tiempo... También había descuidado el engrase de las ruedas, rechinaban demasiado. ¡Qué fastidio, tener que gastar tanto dinero en cosas materiales cuando debería comprar otro bitlocuerpo! Pero debía hacerlo, necesitaba ambas cosas para sobrevivir.

Bebió largos sorbos directamente del grifo, sin darle importancia al sabor del agua, y comió un par de bocados. Allí mismo inclinó la silla y durmió algún tiempo, tratando de recuperar fuerzas.

Antes dormir le daba miedo. Había un sueño que se repetía casi siempre. Una y otra vez soñaba con su cuerpo lúcido, respondiendo a su pedido de movimientos, corriendo a lo largo y a lo ancho de una vasta pradera. El sol brillaba y se ocultaba de a ratos, cediéndole paso a una fina llovizna que refrescaba su cuerpo sudado. Y él saltaba, corría y hacía cabriolas, colmado de dicha. Hasta que el cielo se encapotaba, tenebroso, y unas garras se le clavaban en los tobillos y lo sujetaban, tirándolo al piso para que otras garras saliesen de la tierra y lo aferrasen dejándolo inmóvil. Y llegaba el verdugo con su capucha negra de mueca ¡JA JA JA! bordada y su enorme hacha brillante ¡NO POR FAVOR POR FAVOR NO POR FAVOR NO! que caía una y otra vez entre las risas del gigante y su imploración sin sentido, con las gotas de su sangre que teñían el cielo de nubes carmesí, quitándole lo que tanto apreciaba, marchándose alegremente con su botín no sin antes comerse ante sus ojos su brazo verdaderamente vivo.

Despertaba sudoroso, agitado, con las lágrimas viajando sin sentido por su torso inerte. Y se daba cuenta que lo que más le sacudía no eran los golpes del verdugo, sino la entrañable imagen de su cuerpo sano, activo, sensible. Intacto.

La tercera vez que se repitió el sueño había intentado una locura, clavándose cuchillos en varias partes, haciendo fuerzas con su única mano para rasparle al hueso alguna sensación. Y fue como cortar una enorme y ajena res. La mujer que hacía la limpieza lo halló cuando apenas había perdido la conciencia, casi desangrado, empapado en rojo.

Una fría cirugía de emergencia recuperó tejidos y tendones, salvándole la vida con su lógica insana. Un juez lo condenó a un manicomio, y la terapia lo conectó con el mundo virtual, aprendiendo a sentir propio un cuerpo programado. El verdugo jamás volvió a presentarse; ahora soñaba con soles de neón, vivía en praderas de electrones.

Súbete al Mundo Moderno  
Cibermundo Unlimited

Al despertar revisó el nivel de mugre de su silla. Estaba completísimo, lleno de excrementos y orín. Debería ser un poco más cuidadoso y calcular el tiempo que le llevaba atiborrar el receptáculo. Aunque ya habían pasado años no terminaba de acostumbrarse a no sentir nada del cuello hacia abajo, salvo -gracias a quien sabe qué- el brazo. Con mal humor fue hasta el baño, se acomodó sobre la letrina modificada y programó la descarga y limpieza del recipiente. Decidió que no debía sentirse tan molesto, después de todo era mejor que andar revisándose los pañales a cada rato.

Volvió a la máquina, la encendió y se conectó. Revisó su cuenta bancaria y notó que sólo contaba con algunas chirolas. Lo importante era conseguir dinero, y a cualquier precio. Vendería su cuerpo si era necesario para poder estar con Ella, la necesitaba tanto como salir de esta realidad de pesadilla. Buscó entonces en la bolsa de ofertas. Lo hizo durante horas, revisando en los bancos de órganos de la ciudad y de las ciudades cercanas. A la madrugada encontró lo que buscaba:

COMPRA: Pierna derecha blanca, largo entre ochenta y cinco y noventa y cinco centímetros, sin fracturas ni problemas físicos importantes, completa. Muy buena paga. Instituto Privado de Traumatología y Ortopedia.

Apresurado, ordenó a la consola que se conectase lo más rápidamente posible. Debía lograrlo, nadie debería ganarle de mano y quitarle su salvación inmediata. Buen dinero, el Instituto siempre pagaba muy bien las piezas de recambio. Había gente que podía darse esos lujos.

El paisaje automático que aparecía en el visor cada vez que hacía un llamado se difuminó y cedió paso a un corto pasillo. Al final, una puerta transparente dejaba ver la elegante oficina. Para ponerse a tono, tomó la forma de un hombre alto, vestido con un moderno traje de aire distinguido. Esta apariencia le saldría algo más cara que la término medio, pero tenía la corazonada de que esta vez todo marcharía a la perfección. Sí, así sería. Al entrar, tras un refinado escritorio oval de madera oscura, la bella recepcionista le dirigió la mirada.

- ¿Señor? preguntó ésta, inclinándose en su dirección con un mohín que mostraba sensualidad y cortesía.

Intentó en vano parecer seguro.

- Vengo... vengo por el aviso.

- Ah... ¿Cuál de todos? - preguntó la hermosura.

- El de la pierna - contestó -. La pierna derecha.

La mujer cambió de semblante, mirándolo de la cabeza hasta los pies.

- Usted no parece el tipo de persona que necesite vender sus miembros - dijo en tono de burla.

El la miró, pensando que su bello rostro y sus senos opulentos tampoco deberían responder a su físico real, aunque seguramente esta imagen virtual era tan coqueta y quisquillosa como la de carne y huesos. Decidió no decir nada,

admirando el escote y el relieve de los pezones que se dejaban ver tras la fina seda de la blusa.

- No es para mí - explicó sonriente, tratando de demostrar que lo anterior no había hecho mella en él -. Es para un amigo que no puede comunicarse.

Ella se irguió en su asiento, ofuscada.

- Vea, señor - dijo tras una seca sonrisa -. Lamento decirle que las ofertas sólo se tratan con el interesado, sin intermediarios. Si su amigo no puede comunicarse con nosotros, déjenos su dirección o su número de terminal, hablaremos con él cara a cara en caso de necesitarlo.

Presionó un botón en el pequeño tablero y le extendió un lápiz óptico.

Jano tomó el lápiz y observó el formulario que apareció en la simulada superficie del escritorio.

- No... Creo... Creo que me he expresado mal - se disculpó, turbado.

Ella levantó su cabeza y lo miró con sorna.

- Yo... Yo soy el interesado.

- Está bien - suspiró tras una mueca -. Vea, debe presentarse personalmente en el Instituto para ver en qué estado se encuentra el miembro requerido. Hoy miércoles, alrededor de las ocho de la mañana y en ayunas. Y ahora, llene esto.

Apretó otro botón y el formulario de la pantalla cambió al instante.

Jano llenó los datos y se despidió.

- Gracias. Hasta luego.

La hermosa señorita ya estaba observando su cabello en el espejo de mano.

Volvió a quitarse los sensores y las antiparras. Su corazón redoblaba como una batería furiosa. Agradecía tanto haber pensado en el gimnasio automático, así que después de todo no había sido una mala inversión cuidar de su cuerpo aunque a él no le sirviese para nada. Contento, se dirigió hacia el aparato, se puso en posición y presionó el botón verde. El brazo neumático lo levantó con suavidad y lo acomodó sobre el mullido bastidor. Automáticamente, la maquinaria comenzó con los masajes y los movimientos. El conectó la sonda a su costado y acomodó el casquete sobre su cabeza. Mientras su cuerpo se sometía a diálisis y hacía ejercicio, él dormiría otra siesta.

Disfruta tu Estilo

Cibermundo Unlimited

Cuando se presentó en el Instituto Privado de Traumatología y Ortopedia vio que no era el único en responder el aviso. Y notó que llevaba todas las de perder. El primero era un viejo bastante mayorcito de edad, demasiado para andar ofreciendo partes. Por eso éste no era el problema. Había otro, un atlético muchacho de entre veinte y veinticinco años. ¡A la mierda, eso sí que era un verdadero desperdicio!

Decidió acercarse al viejo e ignorar al otro, así se sentiría mucho menos acomplexado.

- Buenos días - saludó, tratando de sonar cordial.

- Buenos días muchacho - le respondió el viejo con voz gastada. - ¿Viene por el aviso?

- Ajá - asintió.

El viejo cabeceó pensativo. - Se mantiene en muy buena forma a pesar de la...

- ¿De la silla? Sí, me he cuidado. Siempre supe que comprar un autogimnasio no era una mala elección.



- No. No lo ha sido.

- Además - agregó - tengo un colchón de aire que impide que se me formen escaras.

Ambos se quedaron un momento en silencio, uno sacándose una pelusa de la ropa y el otro mirando la nada.

- ¿Por qué lo... - dijeron ambos al unísono.

El viejo sonrió y contestó primero.

- Hace ya dos años que me quitaron la jubilación. Estuve tratando de averiguar el por qué, pero nunca pude enterarme de nada. Usted sabe como son estas cosas. A uno lo joden sin derecho y después no puede ni protestar.

Jano vio que el otro los estaba observando. Trató de mirarlo a la cara, pero éste giró sus ojos, disimulando.

Unos segundos después, cuando iba a confiarle al viejo las causas que lo habían arrastrado a esta situación, apareció la secretaria. Por suerte, no se veía demasiado diferente a su imagen virtual. Quizá su busto fuese un poco más chico, pero seguía siendo irremediabilmente sugestivo. Al verlo, llamó por el intercomunicador.

- El señor Standup ya está aquí - informó.

- Perfecto - dijo la voz desde el otro lado -. Que pase el primero.

Hizo señas al anciano. - Pase por aquí, abuelo.

- ¡Abuelo! - protestó el anciano. - ¡Yo no soy su abuelo, a lo sumo puedo ser su padre!

Jano acomodó su silla en un costado y se quedó mirando a la secretaria, esperando su turno.

Un rato después el viejo salía de la oficina, amargado.

- ¡No les sirvo porque se me hinchan las venas! Al final no me queda otra que morirme - se lamentó -. ¡Ya no aguanto ni un día más durmiendo en las calles y comiendo de limosnas!

- Es su turno - dijo la secretaria haciéndole un gesto con la cabeza. Tenía las manos muy ocupadas haciendo no se sabe qué en el tablero.

- Pero... El señor... - dijo señalando al muchacho atlético.

- ES SU TURNO, señor - repitió ella impacientándose.

Consternado, tomó el mando de su silla y sin decir más se dirigió hacia la oficina. Al entrar vio que era mucho más amplia y rica que la sala, tanto cualitativa como cuantitativamente. Las paredes estaban forradas de diplomas y pergaminos, todos enmarcados con el mismo tipo de borde de oro. Varios focos iluminaban a medias el ambiente, destacando en un rincón el holograma animado de una osamenta que giraba flotando a unos centímetros de la base. Lo hacía lentamente, posando siempre de la manera que mostrase mejor sus huesos, imitando a un descarnado fisicoculturista. Detrás, una pantalla panorámica que cubría la pared de punta a punta dejaba ver la noche desde un acantilado costero.

- La verdad, así no me lo imaginaba - dijo una vocecita nasal desde atrás del escritorio, sobresaltándolo.

Un tipejo pequeño de barba rala pero prolijamente cortada y peinado engominado salió de la media luz que lo protegía y se adelantó hacia él. Vestía un traje costosísimo, de hilo verdadero, y en su solapa llevaba prendido el distintivo que indicaba su alto rango en el escalafón médico.

- Soy el Doctor Remigio González Ochoa, Director de este establecimiento - dijo mientras le daba la mano -. Por su informe supuse que se encontraría en mejores condiciones - dijo mientras le palpaba los músculos.

Por un instante un escalofrío recorrió su cervical y se sintió perdido, pero logró reponerse a la primera embestida descalificadora.

- No he dejado ni un día de hacer ejercicio.

- Se nota, se nota - dijo divertido el hombrecito, mientras se apoyaba en el borde del escritorio y entrelazaba sus manos. - Sus músculos están bien trabajados, pero no sé en qué estado se encontrarán las terminales nerviosas.

Replicó al instante, ahora ya preparado para responder cualquier cosa.

- En mi informe puse todo lo de mi enfermedad. En todo caso, en el archivo comunal, en mi historia clínica...

- Sí, ya la he leído detalladamente. Vea usted - hizo una pausa y se dirigió hacia el esqueleto. - ¡Detente! - ordenó, y la imagen cesó su giro. Apuntando con el extremo de la lapicera, le explicó. - El problema suyo es que no sabemos en qué tramo de su sistema nervioso está el inconveniente. Los hospitales públicos no tienen el instrumental necesario para saberlo. El daño puede estar por aquí - recorrió el espinazo con la pluma -, aquí - la nuca -... o aquí, en algún lugar de su cerebro. La cuestión es saber exactamente dónde.

- ¡Sigue! - y el holograma reanudó sus movimientos. Entonces volvió al lugar donde había estado antes, acariciando a su paso la madera lustrosa con la punta de los dedos. - Pero no se preocupe, le realizaremos de inmediato los estudios pertinentes.

Primero le sacaron una muestra sanguínea y le realizaron una tomografía computada de cuerpo entero. Luego lo desinfectaron y llevaron ante una compleja maquinaria, acostándolo sobre la camilla. Un sujeto alto y de mirada completamente profesional le bañó el cuerpo con una sustancia abstergente y le conectó cientos de electrodos, clavándole las agujas en el nervio de los músculos con la precisión de un cirujano. Aunque no las sentía en lo más mínimo, el sólo verlas desaparecer bajo la piel le produjo náuseas.

- Háganlo con cuidado - ordenó el jefe del equipo -, no queremos dañar la mercadería.

Una vez hecho esto, el hombre se dirigió a una consola y comenzó a manipular el teclado. Al instante, sus músculos comenzaron a moverse espasmódicamente, reaccionando a la descarga. El tipo de la consola le dirigió una mirada satisfactoria.

#### La Única Forma de Ser Cibermundo Unlimited

- Bien - dijo el hombrecillo bien trajeado, nuevamente en su oficina -. Muy bien.

El esqueleto había desaparecido y en su lugar Jano vio una imagen tridimensional de su propio cuerpo desnudo. Nunca antes había podido observar la delicada y paradójica armonía de su musculatura.

- Ha hecho un buen trabajo con ellos, pero observe esto. Como dice el viejo chiste, tengo dos noticias para darle, una buena y otra mala. Le daré primero la mala.

A un mandato de su voz la piel desapareció, dejando las vísceras a la vista.

- Como puede ver, sus órganos están dañados irreparablemente. No creo que pueda sobrevivir por mucho tiempo, aún con los mejores tratamientos que podamos ofrecerle. Es una pena derrochar así sus extremidades.

Jano hizo un gesto desconsolado.

- ¡Pero amigo! - dijo el otro abriendo los brazos -. Aún no le he dado la buena. Repuestos, repuestos... eso es lo que mi empresa necesita. Y usted necesita vivir.

Hizo una larga pausa mientras caminaba de un lado al otro de la oficina, parándose delante del ventanal simulado para mirar la luna llena que crecía en el horizonte.

- Puedo proponerle un trato. El costo de lo que puedo ofrecerle es muy alto, pero eso puede solucionarse de varias maneras. Quizá tenga usted algunos bienes, los que de cualquier modo sólo le servirán en el corto plazo, si usted muere... Además - prosiguió -, tengo un amigo, un alto funcionario que quizá pueda brindarle un empleo, bastante cómodo si lo comparamos con lo que hay en el mercado.

Sacó un pequeño objeto de su bolsillo. Al apuntar sobre la pantalla, el control remoto trasmutó el paisaje en la imagen fija.

- ¿Sabe de qué se trata?

- Más o menos.

- Juegan un papel muy importante en la Comunidad. Aparte de esto, pueden dedicarse a lo que quieran. Usan el bitlespacio cómo y cuánto se les dé la gana. Juegan todo el día, se dedican a deportes... Hacen lo que quieren. El Estado se encarga de alimentarlos y mantenerlos en buena forma. ¿Pero sabe una cosa? Hay veces que se producen vacantes, pues algunos se cansan de esa vida. ¿No le parece ridículo?

Es obvio - pensó Jano -, observaron mi expediente hasta en el último detalle. Saben que me he pasado días enteros dentro de la computadora. Saben lo de mi intento de suicidio, de mi adicción, y que he perdido mi imagen virtual.

Volvió a apuntar con el control y la luna brilló nuevamente en la pantalla. Se dio media vuelta y lo miró de manera penetrante.

- Tómese su tiempo. Ahora - agregó - quiero que conozca a alguien.

Se dirigió al intercomunicador y la imagen de la recepcionista se mostró en la pequeña pantalla. - Hágalo pasar.

- Sí señor - respondió la joven obedientemente.

La puerta se abrió y el muchacho que lo observaba en la sala de espera entró a la oficina. El anfitrión se adelantó a saludarlo.

- ¡Mi querido señor Potranco, qué gusto el verlo!

- ¿El será el que...?

- Aún no lo ha decidido. Pero no se haga problema, le conseguiremos la pierna.

El muchacho miró a Jano, alarmado.

- No se preocupe - dijo González Ochoa para calmarlo -, el señor es de confianza, nunca diría nada. Ahora vaya y descanse, nosotros nos comunicaremos con usted cuando todo esté listo.

El hombre lo miró detenidamente durante un breve lapso y luego saludó con la cabeza y se marchó por donde había venido.

- Es el hijo del Embajador - dijo el doctor confidencialmente -. El pobre perdió la pierna en un accidente mientras esquiaba en Las Leñas. Yo estaría muy contento si alguna parte de mi cuerpo lo acompañara. Es un buen chico, muy sensible, y no quiere que nadie se entere de su pérdida porque cree que muchos de los amigos que tiene se alejarían al saber lo de un implante artificial.

Sonrió y se sentó en su mullido sillón forrado en cuero natural, tras el escritorio. Se reclinó y comenzó a hamacarse levemente mientras miraba el enorme anillo que brillaba en su anular izquierdo.

- Aunque quizá esté todo solucionado - dijo para sí mismo.

Los Mejores Momentos son Electrónicos  
Cibermundo Unlimited

Un breve murmullo resonaba en lo más profundo de su mente, pero no le dio importancia. Siguió mirando las olas que por primera vez había visto en el lejano consultorio de su benefactor. El sol lo acariciaba con su cálida y sedosa mano acompañado por la sutil brisa marina. Se recostó boca abajo en la reposera y se puso a jugar con la arena seca que se le escabullía entre los dedos. Sintió sed y tomó el trago helado que estaba sobre la mesa, bajo la sombrilla. Bebió un sorbo y el gusto a frutas le refrescó la boca y la garganta. Así reconfortado, se levantó y marchó a quitarse el calor y el aburrimiento entre las olas atlánticas.

Allí estuvo un largo rato, a veces saltando y jugando con el agua, otras buscando piedras y caracoles bajo la superficie. Cuando se sintió cansado salió del agua y marchó hacia la cabaña, apenas visible entre las palmeras. Penetró en ella y, luego de darse una ducha a fin de quitarse la sal de la piel, se recostó desnudo sobre la amplia y cómoda litera. Estiró su brazo y puso a funcionar el ventilador de techo. Mientras observaba el apaciguado andar de las aspas, recordó la imagen que había visto en el consultorio del Instituto, cuando el doctor le mostró aquellos estantes llenos de cerebros. La Memoria de la Comunidad, el mayor biobanco de datos del mundo. El también estaba allí, en alguno de los nichos, y una parte de su mente estaría allí, manipulando archivos, legajos y cuentas bancarias, pero... ¿cuál era el problema?

Entonces sintió unos pasos que se acercaban por el blando camino de arena. Su programa del sensex preferido estaba desarrollándose a la perfección. La morena tendría algo más de dieciséis años y un cuerpo deslumbrante.

- Al fin lograste llegar a mí, picarón - dijo con la voz y la risa de los ángeles.

Se acercó a él y, luego de convidarle con un pequeño trozo de manzana, le besó la boca. Sintió sus labios perfumados y su lengua traviesa.

En la penumbra de la choza ella se quitó la levísima ropa que cubría sus formas y se inclinó sonriendo sobre él, poniéndole los pechos a la altura de su boca.

- ¡Ah... Esto sí que es vida! - pensó. Y se puso a jugar succionando, lamiendo, mordiendo suavemente, mientras sus manos recorrían las mejores partes del cuerpo de su acompañante a la vez que la penetraba.

**FIN**

## Howard Fast - RAZON VITAL

Lógicamente, el mensaje redactado en oscuros términos modernos, fue difundido en los Estados Unidos por los tres grandes canales de radio y televisión, en Inglaterra por la BBC, y en todos los demás países por los canales con mayor alcance. Los millones de millones de personas que corrieron a consultar la Biblia encontraron una copia exacta bastante razonable en Éxodo 32, versículos 9 y 10: «Y dijo el señor a Moisés: Veo que este pueblo es de dura cerviz. Déjame solo, que se encarnice mi saña contra ellos y que los deshaga»

El anuncio emitido por radio y televisión decía, simplemente: «Es necesario manifestar una razón que impida la destrucción de los habitantes de la Tierra» La firma era igualmente simple y directa: «Soy vuestro Dios y Señor».

El anuncio se oía una vez por día, a las once de la mañana en Nueva York, a las diez en Chicago, a las siete en Honolulu, a las dos de la madrugada en Tokio, a la medianoche en Bangkok, y así sucesivamente en el resto del globo. La voz era profunda, resonante, y hablaba en el idioma del lugar donde se hacía el anuncio. La voz era de una intensidad tal que se oía por encima de cualquier otro programa que se estuviera pasando en ese momento.

La primera reacción fue inevitable y esperada. Los rusos denunciaron a los Estados Unidos, afirmando que como los Estados Unidos, según ellos, habían cometido todos los pecados posibles en el nombre de Dios, ahora se metían a interceptar las transmisiones de radio y televisión. Los Estados Unidos le echaron la culpa a los chinos, y éstos al Vaticano. Los árabes culparon a los judíos, y los franceses a Billy Graham, los ingleses a los Rusos, mientras que el Vaticano conservó la calma iniciando una serie de investigaciones.

Las dos primeras semanas desde el comienzo del anuncio fueron dedicadas exclusivamente a las acusaciones. Todo grupo, organismo, secta o nación que tuviera acceso al poder fue acusado, mientras los técnicos de radio se afanaban por encontrar el origen de la señal. Poco a poco las acusaciones fueron desapareciendo en todos los diarios y en todos los debates de la radio y la televisión, mientras seguía sin hallarse el origen del mensaje. Las discusiones públicas que se suscitaron esas dos primeras semanas son de dominio público, no así las privadas, lo que hace que los siguientes extractos sean de interés histórico:

### EL KREMLIN

Reznov: - No soy técnico de radio. El camarada Grinowski es técnico de radio. Si yo fuera el camarada Grinowski, volvería a la universidad diez años más. Es preferible eso, a diez años en Siberia.

Grinowski: - El camarada Reznov habla seguramente como experto en radios.

Bolov: - La insolencia, camarada Grinowski, no reemplaza a la competencia. El camarada Reznov es un marxista, y eso le permite llegar al fondo del asunto.

Grinowski: - Usted también es marxista, camarada Bolov, y al mismo tiempo comisario de comunicaciones. ¿Por qué no ha llegado usted al fondo del asunto?

Reznov: - No discutamos más. Usted tiene a su disposición todos los recursos de la ciencia soviética, camarada Grinowski. No se trata simplemente de que intercepten nuestras transmisiones. Es un ataque contra nuestra filosofía básica.

Grinowski: - Se han utilizado todos los recursos de la ciencia soviética.

Reznov: - ¿Qué ha descubierto?

Grinowski: - Nada. No sabemos dónde se originan las señales.

Reznov: - ¿Qué quiere usted entonces, camarada Bolov, ante la declaración del camarada Grinowski?

Bolov: - Se puede fusilar al camarada Grinowski, o pedir la colaboración del Metropolitano, o ambas cosas. Los del Metropolitano están esperando afuera.

Reznov: - ¿Quién los llamó?

Grinowski (con una sonrisa): - Yo.

#### LA CASA BLANCA

Presidente: - ¿Dónde está Billy? íbamos a empezar a las dos. ¿Dónde está?

Secretario de Estado: - Lo llamé personalmente. Mientras tanto, podríamos oír al profesor Foster, del MIT.

Presidente: - Quiero que Billy oiga lo que tiene que decir el profesor Foster.

Profesor Foster: - Mi declaración es muy breve. Tengo varias copias. Puedo darle una copia a Billy o volverla a leer.

Fiscal: - Yo creo que la CBS es responsable de todo esto. La CIA está de acuerdo conmigo.

El comisionado general de comunicaciones: - La CBS no tiene nada que ver con esto. Creo que debemos oír la declaración del profesor Foster. Ha estado trabajando con nuestros mejores expertos.

Presidente: - ¿Por qué diablos no ha llegado Billy?

Ministro de Defensa: - Podríamos oír la declaración del profesor Foster. Si es breve, la puede repetir para Billy.

Presidente: - Está bien. Pero debe leerla de nuevo para Billy.

(Se abre la puerta. Entra Billy).

Billy: - Buenas tardes a todos. Que Dios los bendiga.

Fiscal: - ¿Está seguro que representa a Dios?

Presidente: - El profesor Foster tiene una declaración que hacer. La semana pasada se ha reunido varias veces con mi comisión ad hoc de científicos. ¿Quiere leer la declaración, profesor?

Profesor Foster: - He aquí mi declaración. A pesar de todos los esfuerzos realizados, no nos ha sido posible descubrir el origen de la señal.

Presidente: - ¿Eso es todo?

Profesor Foster: - Sí, señor. Eso es todo.

Fiscal: - Maldición, señor, usted está obligado a saber de dónde viene la señal. ¿Viene de más allá del espacio? ¿De la tierra? ¿De Rusia?

Profesor Foster: - Eso es todo lo que tengo que decir.

Presidente: - Bien, hemos aquí con esta orden de dar una razón. Billy, no espero nada de los rusos o los chinos. ¿Podemos nosotros dar una razón?

Billy: - He estado pensando en eso.

Presidente: - ¿Sí o no? (Silencio).

#### JERUSALEN

Primer Ministro: - Siguiendo la sugerencia del profesor Goldberg, he invitado al rabino Cohen a esta reunión.

Ministro de Relaciones Exteriores: - ¿Por qué? ¿Para complicar más aún este lío?

Primer Ministro: - ¿Por qué no escuchamos al profesor Goldberg?

Profesor Goldberg: - No sólo hemos estado trabajando en este asunto día y noche, sino que también hemos estado en contacto con los norteamericanos. Ellos tampoco pueden hallar el origen de la señal. Me parece que debemos escuchar al rabino Cohen.

Primer Ministro: - Lo que hagan los gentiles, rabino, es asunto de ellos. Para nosotros es algo mucho más personal, ya que, como todos sabemos, nuestra gente ya ha tenido que hacer frente antes a este problema. Estamos ante una orden que nos exige dar razones. ¿Podemos dar alguna razón?

Rabino Cohen: (Con tristeza) - Temo que no.

#### WHITEHALL

Jefe de Inteligencia: - He puesto a cuatro de nuestros mejores hombres a cargo de este asunto. Están al norte de la frontera de Afganistán.

Primer Ministro: - ¿Qué han informado?

Jefe de Inteligencia: - Hemos perdido contacto con ellos.

Primer Ministro: - Creo que deben ponerse al habla con el Arzobispo.

Jefe de Inteligencia: - Voy a encargar a uno de mis mejores hombres de ese asunto. (Silencio meditativo).

#### EL VATICANO

Primer Cardenal: - No puedo creerlo. Después de dos mil años de labor.

Segundo Cardenal: - Labor agotadora.

Primer Cardenal: - Ni una palabra de agradecimiento. Sólo la exigencia de una razón.

Segundo Cardenal: - ¿Se ha puesto en contacto con el Departamento de Asuntos Legales?

Primer Cardenal: - Sí, por supuesto que sí. Pero me informaron que el Señor está en todo Su derecho.

Estos extractos que acabamos de transcribir no son más que ejemplos de lo que ocurría en los altos círculos de todos los gobiernos de la tierra. Tanto el Vaticano como Israel, debido a la naturaleza tan especial de sus antecedentes, intentaron investigar a fondo durante un período fijo de tiempo, y por lo menos en cuatro ocasiones distintas se puso a su disposición todo el equipo de la Voz de América, tanto onda corta como larga, pero la pregunta frenética que hacían, «¿Cuánto tiempo nos queda?» fue ignorada. Día tras día la voz resonante y majestuosa exigía a los habitantes de la tierra que dieran una razón, exactamente a la misma hora, sin un segundo de diferencia.

Hacia la tercera semana, Rusia, China y sus respectivos países satélites hicieron una declaración pública en la que decían que la voz era una broma burguesa de mal gusto dirigida contra la integridad moral de las naciones amantes de la paz. Si bien reconocía que aún no se conocía el origen de la señal, aseguraban que averiguarlo sólo era cuestión de tiempo. Pero los esfuerzos realizados por Moscú no tuvieron éxito, y por último China acusó a Moscú de

formar parte de la conspiración occidental para imponer su concepto primitivo y antropomórfico de un Dios bíblico en el mundo civilizado.

Mientras tanto, los distintos sectores de la raza humana reaccionaron de todas las maneras posibles, desde el desdén al pánico, pasando por la indiferencia y el enojo. El presidente de los Estados Unidos sostuvo una larga y sincera discusión en su estudio con su amigo Billy. Como sólo se conocen los resultados de la conversación, hay que deducir el contenido, pero es dable suponer que fue más o menos así:

- He leído tu declaración, Billy, y debo decir que no es muy convincente - dijo el presidente.

- ¿No? Bueno, a mí tampoco me parece gran cosa.

- Podrías haber hecho algo mejor.

- Tal vez. Tal vez no. Nunca me gustó este asunto de dar razones, me parece que no es constitucional exigirlos.

- Sí que lo es - le aseguró el presidente -. Tuve una larga discusión con el presidente de la Suprema Corte. Él dice que es perfectamente constitucional.

- Quiero decir, en sentido general. No debemos ser demasiado provinciales en este asunto.

- Uno se acostumbra - confesó el presidente -. Hay que admitir que siempre hemos estado en el bando de Dios.

- La pregunta es: ¿está Él de nuestra parte?

- ¿No estarás perdiendo la fe, Billy?

- Existe el problema de dar una razón.

- Debe estar de nuestra parte - insistió el presidente -. El procedimiento, por ejemplo. Nuestro país ha sido pionero en la utilización del requerimiento de dar razones en el campo legal. Antes que nadie en el mundo pensara en ello, ya nosotros lo utilizábamos para poner fin a huelgas subversivas. En lo que respecta a nuestra defensa, ¿qué otro país del mundo tiene un sistema de vida tan libre y pródigo como el nuestro?

- Eso no me parece pertinente.

- Nunca te he visto así, Billy Yo hubiera jurado que eras el hombre más creyente de la tierra. ¿Quieres que te exima de esto y se lo dé al fiscal? Tiene un equipo legal excelente, y si la piensan entre todos, se les puede ocurrir una buena defensa.

- No es eso. Él hace una pregunta específica. Hay que decir la verdad.

- Hemos tenido que decir la verdad en varias oportunidades anteriores, y siempre hemos quedado bien parados.

- Esta vez es distinto.

- ¿Por qué?

Billy miró al presidente y el presidente miró a Billy, y después de un largo silencio, el presidente asintió.

- ¿No hay esperanzas?

- Se me ocurrió algo - dijo Billy.

- ¿Qué? Pongo todos los recursos del país a tu disposición.

- Pensándolo bien - dijo Billy -, es la razón la que presenta la gran dificultad.

Una cosa es predicar en el gran estadio de Houston, pero si uno pronuncia el mismo discurso en las Naciones Unidas, por ejemplo, nadie se lo traga.

- Claro que no.

- Excepto Inglaterra y Guatemala, pero ¿dónde está la mayoría que teníamos hace diez años?



- No estamos peor que ningún otro país y muchísimo mejor que los comunistas.
- Ése es el problema - dijo Billy.
- Dijiste que se te había ocurrido algo.
- Sí. Se trata de esa enorme computadora que tienes en Houston. Podemos empezar a programarla. Le pondremos de todo, bueno y malo. Conseguiremos los mejores hombres en la especialidad para su programación y haremos que constantemente la alimenten, durante una semana o diez días.
- No sabemos cuánto tiempo tenemos.
- Debemos presumir que Él sabe lo que estamos haciendo. Y mientras sepa que estamos tratando de hallar una respuesta, esperará.
- ¿Podemos confiar en eso, Billy?
- Yo diría que es más que una suposición. Por Dios, tiene todo el tiempo del mundo. Él lo inventó.
- Empecemos con los de la IBM, entonces. Pueden utilizar varias computadoras y hacer un equipo que puede dejar chica a la de Texas.
- Si el gobierno paga. No sé cómo lo verán los de la IBM.

El proyecto de la IBM se materializó por fin. Como tenían campo libre para utilizar sus propios centros de computación y los que habían instalado en el Ministerio de Defensa, a las dos semanas ya empezaron a programar. Continuamente alimentaban de datos a las gigantescas computadoras, no una sola persona, sino más de trescientos expertos. El trabajo quedó completado exactamente en treinta y tres días de trabajo. El equipo de computadoras tenía todos los datos que se pudieron conseguir acerca del rol de la especie humana en la tierra.

Eran las tres de la mañana cuando el último dato entró en la inmensa máquina. En Control Central aguardaban un insomne presidente, su gabinete y un par de docenas de luminarias locales y representantes de países extranjeros. Billy esperaba junto a ellos. Y el mundo entero esperaba.

- ¿Y, Billy? - preguntó el presidente.
- Tiene el problema y los datos. Ahora queremos la respuesta. - Se volvió al ingeniero principal de IBM -. Ahora les toca a ustedes.

El ingeniero asintió y apretó un botón. El gigantesco complejo de computadoras cobró vida, zumbó, palpitó, se apagaron y encendieron lucecitas, tardó sesenta segundos en digerir la información y luego diez segundos más en imprimir la información en un pedazo de cinta.

Nadie se movía.

El presidente miró a Billy.

- Mejor usted, señor - dijo Billy.

El presidente se dirigió lentamente hasta llegar a la máquina, cortó las seis pulgadas de cinta escrita, la leyó, luego se volvió hacia Billy y le entregó la cinta en silencio.

La cinta decía: «Harvey Titterson»

- Harvey Titterson - dijo Billy.

El fiscal se acercó y tomó la cinta de las manos de Billy.

- Harvey Titterson - repitió.
- Harvey Titterson - dijo el presidente -. Hemos gastado un billón de dólares en construir el complejo de computadoras más grande de la tierra, y, ¿qué sabemos?
- Harvey Titterson - dijo el secretario de Estado.
- ¿Quién es Harvey Titterson? - preguntó el embajador de Gran Bretaña.

¿Quién era? Dos horas después el presidente de los Estados Unidos y su amigo Billy estaban sentados en la Casa Blanca frente al rostro de bulldog del viejo director del FBI.

- Harvey Titterson - dijo el presidente -. Queremos que usted lo busque.

- ¿Quién es? - dijo el viejo director del FBI.

- Si supiéramos quién es, no tendría que buscarlo usted - explicó el presidente lenta y respetuosamente, porque siempre le hablaba con mucho respeto al viejo director del FBI.

- ¿Es peligroso? ¿Lo aprehendemos vivo o muerto?

- Usted no tiene que aprehenderlo, señor - le explicó Billy con mucho respeto, porque, igual que todos los demás, siempre le hablaba con mucho respeto al viejo director del FBI -. Sólo queremos saber quién es. En lo posible, no queremos que se alarme o que se lo moleste en lo más mínimo. En realidad, sería mejor si no se diera cuenta de que se lo observa. Sólo queremos saber quién es y dónde está.

- ¿Han buscado su nombre en la guía de teléfonos?

- Hemos consultado con la compañía telefónica - respondió el presidente -. Quiero aclararle que no teníamos ninguna intención de pasar por encima suyo. Pero como sabemos la inmensa cantidad de trabajo que tiene su departamento, pensamos que la compañía telefónica podía simplificar nuestra tarea. Harvey Titterson no tiene teléfono.

- Podría ser un número que no figura en guía.

- No. La compañía telefónica nos prestó una colaboración valiosísima. No tiene teléfono.

- Ya encontraremos algo, señor presidente - dijo el viejo director del FBI -. Pondré a doscientos de mis mejores hombres en el trabajo.

- El factor tiempo es esencial.

- Sí, señor. El factor tiempo es esencial.

Como tributo al FBI y a la agudeza de su viejo director es preciso destacar que a los tres días había un informe sobre el escritorio del presidente. La inscripción del sobre decía: «Confidencial, reservado, restringido al uso especial del presidente de los Estados Unidos».

Antes de abrir el sobre, el presidente llamó a Billy.

- Billy - le dijo con mucha seriedad -, esto es para ti. Yo me las he visto con Rusia y China Roja, pero esta área diplomática está dentro de tu terreno. La leeremos juntos.

Entonces abrió el sobre, y los dos leyeron:

«Informe especial y secreto sobre Harvey Titterson, edad veintidós años, hijo de Frank Titterson y de Mary Bently de Titterson. Nacido en Plainfield, estado de Nueva Jersey. Concurrió a la escuela secundaria de Plainfield y a la universidad de California en Berkeley. Se especializó en filosofía. Fue arrestado dos veces por posesión de marihuana. La primera vez le suspendieron la sentencia. La segunda vez lo condenaron a treinta días de cárcel. Actualmente vive en el número 921 de la Calle 8 Este en la ciudad de Nueva York. Ocupación actual, desconocida»

- Ese Harvey Titterson, entonces - dijo el presidente -. Extraña es la obra de Dios.

- Yo no lo culparía a Él - dijo Billy -. Harvey Titterson salió de la máquina IBM.

- Quiero que tú te ocupes de esto, Billy - dijo el Presidente -. Quiero que lo sigas hasta el fin. Tienes carta blanca. El fuerza aérea 1 está a tu disposición, si la necesitas. Mi helicóptero personal también. Esta es tu misión, y no necesito especificar que con ella se juega el triunfo o el fracaso.

- Haré todo lo que pueda - prometió Billy.

Dos horas más tarde, un automóvil negro del gobierno, manejado por un chofer, se detuvo frente al número 921 de la calle 8 Este, que resultó ser una vieja casa de inquilinato, de las que carecen de agua caliente, y Billy descendió del auto, trepó los cuatro tramos de escaleras, y golpeó la puerta.

- Entra, hermano - dijo una voz.

Billy abrió la puerta y entró en un cuarto cuyo mobiliario consistía en una mesa, una silla, una cama, y una alfombra. Sobre la alfombra estaba sentado, con las piernas cruzadas, un hombre joven, vestido con viejos pantalones vaquero y una remera. Tenía barba y bigote, de color rojizo, pelo del mismo color que le caía sobre los hombros, y ojos azules y brillantes. Billy notó que se parecía mucho a quien lo había nombrado.

Billy lo miró fijamente, y el joven le devolvió la mirada y dijo con voz agradable:

- Se nota que no eres de la policía y no eres el dueño de casa tampoco, así que es casi seguro que te has equivocado de lugar.

- ¿Eres Harvey Titterson? - preguntó Billy.

- Así es. Por lo menos, hay momentos en que así lo creo. La búsqueda de identidad es algo complejísimo.

Billy se identificó, y el joven sonrió apreciativamente.

- Estás en el asunto, hombre - dijo.

- Permíteme ir al grano - dijo Billy -, porque el tiempo es un factor esencial. Acudo a ti por el dilema básico en que nos encontramos.

- ¿Te refieres a la guerra en Vietnam?

- No, me refiero al pedido de una razón justificativa.

- Hombre, me confundes. ¿A qué te refieres?

- ¿No lees los diarios? - preguntó intrigado Billy.

- Nunca.

- Debes escuchar la radio... o mirar la televisión.

- No tengo.

- Debes hablar con gente. En tu trabajo. Todo el mundo habla...

- No trabajo.

- ¿Qué haces?

- Hombre, eres preguntón - dijo Harvey Titterson -. Fumo marihuana y medito.

- ¿Cómo vives?

- Tengo padres ricos. Me sostienen.

- Pero hace varias semanas que empezó este asunto. Debes haber salido de aquí, ¿no?

- Hace días que medito sin salir.

- ¿Eres un fanático religioso? - preguntó Billy, con cierto respeto en la voz.

- No, nada de eso.

- Permíteme entonces que te ponga al día. Hace algunas semanas, exactamente a la misma hora en todo el mundo, se oyó una voz en los canales y estaciones más importantes y dijo: «Es necesario manifestar una razón que impida la destrucción de los habitantes de la Tierra. Soy vuestro Dios y Señor». Eso dijo.

- Cósmico - dijo Harvey -. Absolutamente cósmico.

- Se repite todos los días. La misma voz, las mismas palabras.

- Absolutamente cósmico.

- Te podrás imaginar los resultados - dijo Billy.

- Debe haber habido un revuelo terrible.

- En China, en Rusia... en todo el mundo.  
- Fuera de lo común - dijo Harvey.  
- El presidente es amigo mío...  
- ¿Sí?  
- Sucede que lo convencí que no había ninguna respuesta sencilla que dar. Me consulta a mí en todas estas cosas. Es un gran honor, pero esto es terrible.  
- Absolutamente cósmico - dijo Harvey.  
- Se me ocurrió una idea y se la propuse. Equipamos el complejo de computadoras más grande que haya existido, y le dimos todas las informaciones que tenemos. Todo. Y cuando le hicimos la pregunta, la respuesta fue tu nombre.  
- Me estás tomando el pelo.  
- Te doy mi palabra de honor, Harvey.  
- Esto me confunde y me emociona.  
- Te darás cuenta de lo que esto significa para nosotros, Harvey. Tú eres la última esperanza que tenemos. ¿Puedes darnos una razón?  
- Muy, pero muy complicado.  
- ¿Quieres tiempo para pensar?  
- No se necesita tiempo - dijo Harvey -. Si hay una razón, la hay.  
- ¿La hay?  
Harvey Titterson cerró los ojos durante un rato largo, luego miró a Billy y dijo, simplemente:  
- Somos lo que somos.  
- ¿Qué?  
- Somos lo que somos.  
- ¿Nada más? - medita.  
- Hombre, eso te toca a ti. Piensa.  
- Éxodo tres, catorce - dijo Billy -. «Y Dios le dijo a Moisés: Soy lo que soy».  
- Exactamente.  
Billy miró el reloj. Eran las once menos tres minutos. Casi sin decir gracias, salió corriendo del cuarto, bajó las escaleras a la carrera y se metió en el auto.  
- ¡Enciende la radio! - ordenó al chofer -. 880 del dial.  
El chofer buscó la estación con nerviosidad.  
- 880 ¿qué pasará?  
- Ésta es la Columbia - se oyó -, CBS en la ciudad de Nueva York. A esta hora suspendemos la transmisión para escuchar un anuncio especial. - Silencio. Un silencio prolongado. Pasaban los minutos, y silencio.  
Luego se oyó la voz del anunciante:  
- Aparentemente, hoy no habrá interrupción...  
En el cuarto piso de la casa de inquilinato, Harvey Titterson lió un cigarrillo de marihuana, aspiró una vez, y lo dejó de lado.  
- Una locura - dijo suavemente.  
Y luego se preparó para continuar su meditación.

**FIN**

## Harry Harrison - RATAS ESPACIALES DEL CCC

Eso es, compadre, acerca un taburete, sí, ese mismo. Echa a Phrnnx en el suelo para que la duerma, hasta que se le pase. Ya sabes que los Krddls no aguantan la bebida, y mucho menos si beben flnnx, y encima fuman esa endemoniada hierba krmml. Bueno, deja que te sirva un trago de flnnx. Ay, siento haberte mojado la manga. Cuando se seque puedes rascarlo con un cuchillo. A tu salud y por que tus propulsores no te fallen cuando las hordas kpnz te persigan.

No, lo siento, pero nunca había oído tu nombre hasta ahora. Demasiados hombres buenos vienen y se van, y los mejores son los que mueren antes, por desgracia. ¿Yo? No, nunca has oído hablar de mí, tampoco. Llámame sencillamente Viejo Sarge, es un nombre tan bueno como otro cualquiera. Hay hombres buenos, como te digo, y el mejor de todos ellos era... bueno, le llamaremos el Caballero Jax. También tenía otro nombre, pero hay una jovencita esperando en un planeta que podría nombrar, una jovencita que espera y contempla las estelas hirvientes de las astronaves, cuando llegan, porque está esperando a un hombre. Así que en honor a ella le llamaremos el Caballero Jax; a él también le gustaría este nombre, estoy seguro. Aunque la jovencita debe de estar ya canosa, o tal vez calva y medio artrítica de tanto esperar, allí sentada; pero esto es otra historia y no me corresponde a mí contarla. Por Orión que no me corresponde contarla. Bueno, sírvete tú mismo. Un buen trago, anda. Ya sé que es normal que los buenos flnnx exhalen humo verde, pero será mejor que cierres los ojos cuando bebas, si no quieres quedarte ciego en una semana, ja, ja, por el sagrado nombre del profeta Mrddll

Claro que sé lo que estás pensando. Lo que estás pensando es qué demonios hace una vieja rata como yo en un agujero como éste, aquí, al final de la galaxia, donde las estrellas marginales parpadean descoloridas y los fotones cansados viajan lentamente. Pues voy a decírtelo. Lo que estoy haciendo es emborracharme más, si cabe, que un planizzian pfrdffl, eso es lo que hago. Se dice que bebiendo se olvidan las cosas y por el Cisne que yo tengo un montón de cosas de las que no quiero acordarme. Estás mirando las cicatrices que tengo en las manos. Pues cada una de estas cicatrices es una historia completa, compadre, lo mismo que las que tengo en la espalda y en... bueno, ésa es una historia diferente. Voy a contarte algo; algo que es totalmente cierto, por el nombre sagrado de Mrddl, aunque tal vez cambie un nombre o dos, ya sabes, a causa de esa jovencita que espera.

¿Has oído alguna vez hablar del CCC? Ya veo, por como abres los ojos y por como palidece el bronceado espacial de tu piel, que sí que has oído hablar de ello. Pues para que lo sepas, tu seguro servidor aquí presente, el Viejo Sarge, fue una de las primeras ratas espaciales del CCC, y mi compadre entonces era el hombre al que llaman el Caballero Jax. Que el Gran Kramddl maldiga su nombre y borre la memoria de aquel primer día negro en que le vieron mis ojos...

- ¡Atención! ¡Firmes!

La voz del sargento restalló como un latigazo en los oídos expectantes de los cadetes matemáticamente alineados en filas sucesivas. Bajo el impacto de aquel latigazo acústico, clarín de la fatalidad, ciento tres pares de botas relucientes chocaron los talones con un solo golpe seco y los ochenta y siete cadetes

quedaron en posición de firmes, tan rígidos como si fuesen de acero. (Habría que explicar ahora que algunos de ellos procedían de otros mundos y por eso tenían un número diferente de piernas y otras cosas.) No se oía respirar a nadie, ni se podía percibir el menor parpadeo mientras el coronel Von Thorax echó a andar por delante de las filas, examinándolos de arriba abajo, clavando en ellos su ojo de cristal desde detrás de su monóculo. Llevaba su pelo gris, duro como el alambre, cortado a cepillo, un uniforme negro, impecable, de tejido suave, y los dedos de acero de su brazo izquierdo ortopédico sostenían un cigarrillo de hierba krmml. La mano derecha, ortopédica como el brazo que la sostenía, se levantaba rítmicamente en rígido saludo hasta el borde de su gorra de visera con un movimiento perfecto, mientras de sus pulmones artificiales, que ronroneaban tenuemente, brotaba la energía necesaria para modular la voz estentóreo con que daba sus órdenes.

- ¡Descanso! Ahora escuchadme bien. Vosotros sois el grupo de hombres, y de cosas, naturalmente, que han sido escogidas entre los mundos civilizados de la galaxia. Para el primer año de entrenamiento fueron admitidos seis millones cuarenta y tres cadetes, la mayor parte de los cuales han ido causando baja de una forma u otra. Muy pocos alcanzaban el nivel exigido. Algunos fueron fusilados por maleantes, después que tuvimos que expulsarlos. Otros creían en toda esa demagogia liberaloide con que el comunismo se disfraza de tintes rosados para proclamar que la guerra y la matanza no son necesarios, y también hubo que expulsarlos y fusilarlos. A lo largo de los años se fue eliminando a todos los blandos y sólo quedó lo más duro del Cuerpo: ¡Vosotros! ¡Los militantes de la primera promoción de graduados del CCC! Listos y a punto para llevar los beneficios de la civilización a las estrellas. ¡Preparados para descubrir al fin lo que representan y defienden las iniciales CCC!

Un enorme clamor ascendió desde la masa de gargantas; un grito ronco de entusiasmo viril que retumbó en ecos sonoros contra las paredes del estadio. A una señal dada por Von Thorax se conectó un interruptor y una gran plancha de imperviomita se deslizó a modo de techumbre sobre el espacio abierto y lo dejó completamente sellado, protegido de toda mirada curiosa y de todo posible rayo de espionaje. El raucó clamor ascendió de tono con entusiasmo alucinante, y más de un tímpano se rompió aquel día. Sin embargo, a una señal del coronel, al levantar su mano, se hizo un silencio instantáneo.

- Vosotros, militantes del CCC, no estaréis solos cuando partáis para extender las fronteras de la civilización hacia las estrellas bárbaras. ¡Oh, no! Cada uno de vosotros llevará un compañero fiel a su lado. ¡El primer hombre de la primera fila, que dé un paso al frente para encontrar a su fiel compañero!

El hombre que había sido designado dio un paso rápido hacia delante y se detuvo con un fuerte taconazo que fue respondido por el «clang» metálico de una puerta al abrirse y, sin poder evitarlo, sin premeditación, todos los ojos se volvieron simultáneamente hacia aquel punto, hacia aquella oscura entrada de la que salió...

¿Cómo describirlo? ¿Cómo describir el torbellino que os envuelve, la tormenta que os azota, el vacío que os asfixia? Aquello que salió de allí era tan indescriptible como una fuerza natural desencadenada.

Era una criatura monstruosa que mediría unos tres metros hasta la cruz de los hombros y unos cuatro hasta la enorme y fea cabezota, cuya boca babeaba entrechocando los dientes. Semejante a un ciclón avanzó la bestia sobre sus cuatro patas como pistones, con grandes pezuñas anguladas que desgarraban a

su paso la dura superficie del suelo del estadio, hecho de impervitio. Un verdadero monstruo nacido de una pesadilla, que se encabritó sobre sus patas traseras al negar frente a los militantes y dejó escapar un horrisono bramido que congelaba el alma.

- ¡Aquí lo tenéis! - tronó a su vez el coronel con voz estentóreo, echando saliva salpicada de sangre por entre sus labios -. Este es vuestro fiel compañero, el mutacamel, una mutación extraordinaria conseguida a partir de la noble bestia de la Antigua Tierra. El mutacamel, símbolo y orgullo del CCC. O lo que es lo mismo, del Cuerpo de Camellos de Combate. ¡Soldados, os presento a vuestro camello!

El militante que había sido seleccionado antes dio un paso al frente y levantó la mano para saludar a la noble bestia, que rápidamente le cortó el brazo de un mordisco. Su grito de dolor se mezcló al jadeo de sus otros compañeros, que observaban la escena sin demasiado interés, mientras los guardianes del camello, protegidos por vestimenta de cuero con hebillas metálicas, hacían retroceder a la bestia a golpes de porra y la conducían de nuevo a su chiquero.

Un médico le puso al hombre un torniquete en su muñón ensangrentado y se lo llevó a rastras, desvanecido.

- Esta es vuestra primera lección en camellos de combate - gritó el coronel con voz hosca -. Nunca le levantéis la mano. Vuestro compañero, con su nuevo brazo ortopédico, estoy seguro, ja, ja, de que no olvidará esta lección. ¡El siguiente, y su siguiente compañero!

De nuevo el remolino de la tempestad desencadenada y aquel horrible bramido espumeante del camello de combate al iniciar su carga, a toda carrera. Esta vez el soldado no levantó el brazo. Entonces lo que hizo el camello fue cortar la cabeza de un bocado.

- No creo que se puedan poner cabezas ortopédicas - dijo el coronel mirando maliciosamente a su formación -. Guardemos un minuto de silencio por nuestro compañero que se ha ido al gran cohete de reposo en el cielo. Bien, ya basta. ¡Atención! Luego vendréis al campo de entrenamiento de los camellos para aprender cómo tenéis que manejar a vuestros fieles compañeros. Sin olvidar nunca que todos ellos tienen una dentadura completa hecha de imperviumita, y uñas de la misma sustancia, tan afiladas como cuchillas de afeitar. ¡Rompan filas!

Los cuarteles de los cadetes del CCC eran famosos por su carencia absoluta de coquetería, o más bien por su decorado glacial y su falta de comodidades. Las camas eran unas simples losas de impervitium -nada de colchones blandos que pudieran reblandecer las vértebras- y las sábanas, de tejido de saco muy fino. Desde luego no había mantas; ¿qué falta hacían, con una sana temperatura constantemente mantenida a cuatro grados centígrados? El resto de la instalación correspondía al mismo criterio, de modo que fue una enorme sorpresa para los graduados encontrarse, al volver de la ceremonia y los entrenamientos, con algunas innovaciones inesperadas. Había una pantalla en cada una de las bombillas, antes desnudas, colocadas junto a las camas para leer. Y un buen almohadón suave de dos centímetros de grosor, además. Estaban recogiendo ahora los beneficios de todos aquellos años de trabajo.

Entre todos los alumnos el mejor era, con gran ventaja sobre el resto, uno llamado M. Hay ciertos secretos que no se pueden revelar, algunos nombres que son importantes para sus seres queridos y sus vecinos. Por lo tanto voy a dejar la capa del anónimo sobre la verdadera identidad de este hombre llamado M. Bastará con que le llamemos «Acero», puesto que ése era el sobrenombre que le puso alguien que le conocía muy bien. Acero tenía por aquel entonces un

compañero de cuarto llamado L. Más tarde, mucho más tarde, sería conocido por algunos como «el Caballero Jax», de modo que así le nombraremos nosotros para el propósito de esta narración: Caballero Jax, o simplemente Jax. Jax venía inmediatamente después de Acero en lo que se refiere a marcas escolares y deportivas, y los dos eran muy buenos amigos. Habían sido compañeros de cuarto durante todo el último año de instrucción y ahora estaban los dos allí, con los pies en alto, saboreando el inesperado confort del nuevo mobiliario, tomando a sorbos un tazón de café descafeinado, que se llamaba Kofe, y dando hondas chupadas a los cigarrillos desnicotinizados que fabricaba la misma escuela, y que se llamaban Denikcig, de acuerdo con el nombre que les había dado el fabricante. Los estudiantes del CCC, sin embargo, les llamaban «jadeadores» o «revientapulmones».

- Échame un reventador, ¿quieres, Jax? - dijo Acero, desde su cama, donde estaba tumbado con los brazos por detrás de la cabeza, soñando despierto en lo que le esperaba, ahora que ya tendría su propio camello muy pronto -. ¡Ouh! - exclamó al sentir que el paquete de cigarrillos arrojado por su amigo le daba en un ojo. Sacó uno de aquellos cilindros blancos y delgados, lo encendió, después de darle unos ligeros golpecitos contra la pared, y luego aspiró una profunda bocanada de humo refrescante - Aún no puedo creerlo - dijo echando humo mezclado con palabras.

- Pues es cierto, por Mrddl - dijo Jax sonriente -. Somos graduados. Ahora devuélveme el paquete de jadeadores para que yo también pueda echar unas bocanadas.

Acero le arrojó el paquete, pero lo hizo con tanto entusiasmo que fue a dar contra la pared e inmediatamente se encendieron todos los cigarrillos y el paquete estalló en llamas. Un vaso de agua acabó con la conflagración, pero, mientras aún humeaba, se iluminó la pantalla de comunicación con un tenue parpadeo rojo.

- Mensaje de alta prioridad - masculló Acero, mientras apretaba el botón de conexión. Los dos jóvenes saltaron de la cama y se quedaron en rígida posición de firmes al mismo tiempo que el rostro de hierro del coronel Von Thorax cubría la superficie entera de la pantalla.

- M, L, a mi despacho a toda velocidad - las palabras caían de sus labios como si fuesen goterones de plomo fundido.

¿Qué podía significar aquello?

- ¿Qué crees que pasa? - preguntó Jax mientras los dos amigos se dejaban caer por el conducto de descenso casi con rapidez de la gravedad.

- En seguida vamos a saberlo - contestó Acero mientras se dirigían a la puerta del «viejo» y pulsaban el botón anunciador.

Activada por algún mecanismo oculto, la puerta se abrió de par en par y ambos entraron en la estancia, no sin cierta inquietud. Pero... ¿qué era aquello? No era posible. El coronel los miraba sonriendo. Sonriendo. Una expresión que nunca hasta entonces habían visto en aquel rostro de granito.

- Poneos cómodos, muchachos - dijo, indicando con un gesto de la mano dos sillas muy confortables que brotaron del suelo al apretar él un botón -. Encontraréis cigarrillos en los brazos de esas servosillas, y también vino de Valumian o cerveza Snaggian.

- ¿No Kofe? - preguntó Jax con la boca abierta, y todos se echaron a reír.

- No creo que realmente queráis tomar Kofe - susurró el coronel a través de su laringe artificial -. Bebed, muchachos, ahora sois Ratas Espaciales del CCC. Vuestra juventud queda ya atrás. Y ahora, mirad esto.



Esto era una imagen tridimensional que se materializó en el aire delante de ellos cuando el coronel apretó un botón, la imagen de una nave espacial como nunca habían visto. Era tan esbelta como un pez espada, tan fina de alas como un pájaro, tan sólida como una ballena y tan armada como un caimán.

- ¡Kolon benditos! - exclamó Acero con la boca abierta de admiración -. ¡Eso es lo que yo llamo un pedazo de cohete!

- Algunos de nosotros preferimos llamarle el Invencible - dijo el coronel, no sin un cierto toque de humor.

- ¿Esto es la nave? Algo habíamos oído...

- Muy poco podéis haber oído, porque hemos tenido envuelto y bien envuelto este bebé desde sus comienzos. Tiene los motores más poderosos que se han fabricado hasta ahora, nuevos MacPherson perfeccionados, del último modelo, manipuladores de conducción Kelly perfeccionados también hasta tal punto que no los reconoceríais y también unos propulsores Fitzroy de doble fuerza que hacen que los antiguos parezcan juguetes para niños. Y aún me reservo lo mejor para el final...

- Nada puede ser mejor que lo que ya nos ha contado - interrumpió Acero.

- ¡Eso es lo que tú crees! - exclamó el coronel, echándose a reír, no sin cierta cordialidad, pero con un tono de voz como el de una lámina de acero al rasgarse -. La mejor noticia de todas es que tú, M, vas a ser el capitán de esta nueva superastronave, con el afortunado L como jefe de máquinas. - El afortunado L se sentiría mucho más feliz de ir como capitán, en lugar de como rey de las calderas - murmuró Jax, y los otros dos se echaron a reír ante lo que consideraban un buen chiste.

- Todo está completamente automatizado - prosiguió diciendo el coronel -, de modo que basta con una tripulación de dos. Pero debo advertiros que lleva una buena cantidad de aparatos a prueba, que hay que experimentar, de manera que los que vuelen con ella tienen que ser voluntarios...

- ¡Yo me presento voluntario! - gritó Acero.

- Yo tengo que ir a los lavabos un momento - dijo Jax levantándose de su asiento. Pero volvió a sentarse en el acto al ver cómo el desintegrador saltaba automáticamente de su funda a la mano del coronel -. ¡Ja, ja! Era sólo una broma. Claro que me presento voluntario.

- Ya sabía que podía contar con vosotros, muchachos. El CCC produce hombres. Camellos también, naturalmente. De modo que esto es lo que vais a hacer. Mañana, a las 0304 horas saldréis disparados por el éter con rumbo al Cisne. En dirección a un cierto planeta.

- Déjeme que intente adivinarlo - dijo Acero hoscamente y con los dientes apretados -. No estará pensando en enviarnos al mundo lleno de larshniks de Biru-2, ¿verdad?

- Pues sí. Esa es la primera base larshnik, el centro operacional de todo tráfico de drogas y de juego, el sitio donde descargan a los esclavos blancos, la sede de las destilerías de flnxx y el refugio de las hordas piratas.

- ¡El ideal para quien le guste la acción! - dijo Acero, con una mueca.

- No creas que es una broma eso que dices - convino el coronel -. Si yo fuese más joven y tuviese unas pocas piezas menos de repuesto en mi organismo, es la clase de oportunidad que me encantaría.

- Puede ir como jefe de máquinas - sugirió Jax.

- Silencio - dijo el coronel -. Caballeros, buena suerte, porque con vosotros va el honor del CCC.

- ¿Pero no los camellos? - preguntó Acero.

- Quizá la próxima vez. Existen, bueno... algunos problemas de ajuste. Hemos perdido cuatro graduados más mientras estamos sentados aquí. Es posible incluso que tengamos que cambiar de animales. Convertir el Cuerpo en el CPC.

- ¿Con perros de combate? - preguntó Jax.

- Perros o asnos. O tal vez recetales. Pero ése es mi problema, no el vuestro. Lo que os toca a vosotros es ponerlos en ruta y abrir en canal a Biru-2. Estoy seguro de que podéis hacerlo.

Si los aludidos no estaban tan seguros como el coronel se lo guardaron para sí, porque de este modo es como se hacen las cosas en el Cuerpo.

Así que, cumpliendo con su deber, a la mañana siguiente se metieron en el Invencible y a las 0304 horas precisas se lanzaron al espacio. Los trepidantes motores MacPherson transmitieron quintillones de ergios de energía a los reactores de propulsión, hasta que se encontraron al fin fuera del campo de gravedad de la madre Tierra.

Jax trabajaba en los motores, echando transvestita en la boca abierta del horno hambriento, hasta que Acero le indicó desde el puente que había llegado el momento del «cambio». A partir de entonces activaron los propulsores Kelly, devoradores de espacio. Acero apretó el botón que los ponía en marcha y la enorme aeronave dio un gran salto hacia las estrellas a siete veces la velocidad de la luz.

Como los propulsores eran totalmente automáticos, Jax fue a refrescarse un poco en el aseo, mientras su ropa era lavada automáticamente en la lavadora. Luego subió al puente.

- Bueno - exclamó Acero, levantando las cejas - no sabía que tuvieras esos gustos. Vaya con tus calzoncillos a lunares...

- Es lo único que tenía limpio. La lavadora ha disuelto el resto de mi ropa.

- No te preocupes. ¡Son los larshniks de Biru-2 los que tienen que preocuparse! Entraremos en su atmósfera justo dentro de diecisiete minutos, y he estado pensando todo el tiempo en lo que vamos a hacer a partir de ese momento.

- Bien, me alegro de que alguien haya estado pensando. Yo no he tenido tiempo de respirar siquiera, y menos aún de pensar.

- No te preocupes, amigo; estamos metidos en esto juntos. Tal como yo veo la cosa, tenemos dos opciones. Irrumpir directamente con los cañones disparando, o deslizarnos con sigilo.

- Ah, ¿realmente has estado pensando?

- No te lo tomaré en cuenta porque estás cansado. Nosotros vamos bien armados, pero creo que sus baterías de tierra son aún más potentes. De modo que sugiero la segunda solución: entrar con sigilo, sin que nos descubran.

- ¿No resulta eso un poco difícil yendo como vamos en esta nave de treinta millones de toneladas?

- Normalmente, sí. Pero ¿ves este botón que dice Invisibilidad? Mientras estabas cargando el combustible me explicaron cómo funciona. Es un nuevo invento, que no se ha utilizado hasta ahora, y que nos hará invisibles e indetectables por cualquiera de sus instrumentos.

- Así ya lo veo un poco más claro. Sólo nos quedan quince minutos. Debemos de estar ya bastante cerca. Conectemos el dispositivo de invisibilidad.

- ¡No hagas eso!

- Ya está hecho. ¿Qué es lo que pasa ahora?

- No mucho. Excepto que este aparato experimental de invisibilidad no dura más que trece minutos antes de consumirse por completo.

Y por desgracia, así fue. A una altura de cien kilómetros por encima de la yerma y agrietada superficie de Biru-2, el Invencible se materializó de nuevo.

En la mínima fracción de un milisegundo el poderoso sonar espacial y el superradar del planeta se habían cerrado en torno a la aeronave invasora y las subluces enviaban sus señales secretas, en espera de una respuesta correcta para asegurarse de que el intruso era uno de los suyos.

- Enviaré una señal, para entretenerlos un poco. Estos larshniks no son excesivamente inteligentes - dijo Acero, sonriendo. Apretó el botón del micrófono y lo conectó a la frecuencia de emergencia interestelar. Luego habló con voz sorda, carraspeante -: Agente X-9 a la primera base. Hemos cruzado fuego con la patrulla, me han quemado mis libros de código, pero me cargué a todos esos hijos de perra, ja, ja, ja. Regreso a casa con un cargamento de ochocientas mil toneladas largas de la demoníaca hierba kmmml.

La respuesta larshnik fue instantánea. Las bocas abiertas de miles de cañones desintegradores vomitaron rayos abrasadores de energía que desgarraban hasta la textura del espacio. Aquellos rayos corrosivos explotaron contra las pantallas defensivas de la nave espacial, penetraron a través de la coraza del viejo Invencible, que no estaba destinado a hacerse mucho más viejo, e incendiaron las planchas de su casco. La pura materia de que estaba hecho no era capaz de resistir la fuerza destructiva, consumidora, que nacía de las mismas entrañas del planeta y era vomitada por sus cañones contra el invasor. Así que las paredes impenetrables de la nave, hechas de imperialita, se vaporizaron instantáneamente y se convirtieron en gas muy fino, que a su vez se descompuso en los meros electrones y protones (y neutrones también) de que estaba compuesto.

La carne y la sangre no podían resistir tampoco tales fuerzas. Pero en los pocos segundos que tardó la nave en volatilizarse los dos valientes astronautas se habían lanzado ya al espacio dentro de sus corazas especiales. ¡Bien a tiempo! Los restos de lo que momentos antes había sido la poderosa astronave chocaron contra la atmósfera y segundos más tarde contra el suelo venenoso de Biru-2. Para un observador casual aquello era el fin. La poderosa astronave no volaría ya más, puesto que no quedaba de ella sino un montón confuso de restos humeantes, doscientas toneladas de chatarra retorcida, sin el menor signo de vida para los reptadores de superficie que salieron de una escotilla cercana, disimulada en la roca, y se arrastraron hasta los restos ardientes, detectando en todas direcciones con sus sensores activados al máximo.

«¡Informen!», transmitió la emisora de radio. «Sin señal de vida hasta quince decimales», respondió el maldiciente operador de los rastreadores, antes de indicarles que regresaran a su base. Sus patitas metálicas resonaron chirrientes contra la superficie desnuda del suelo y luego desaparecieron. Lo único que quedó allí fueron los restos aún humeantes de la astronave, siscando bajo la lluvia venenosa que caía como llanto sobre el metal caliente.

¿Habían muerto los dos amigos? Pensé que no ibas a preguntármelo nunca. Pues no, no habían muerto. Una milésima de segundo antes de que se estrellase la nave, dos armaduras espaciales casi indestructibles habían sido proyectadas en el vacío por el eyector con muelles de estilita, que los envió volando hacia el lejano horizonte, donde descendieron, sin ser detectados por los técnicos larshnik, tras un espolón de roca. Por pura casualidad este espolón de roca era el que disimulaba la escotilla por la que habían salido los rastreadores con sus aparatos

de detección para su inútil búsqueda, y a la que habían vuelto siguiendo las órdenes de su maldiciente operador de radio, el cual, entontecido con la demoníaca hierba kmmml, no percibió la ligerísima vibración de la aguja del detector cuando los rastreadores volvieron a su refugio bajo tierra, trayendo con ellos un nuevo cargamento que no llevaban cuando salieron.

- ¡Lo hemos conseguidos! ¡Estamos dentro de sus defensas! - se regocijó Acero -. Y no gracias a ti precisamente, pulsando aquel maldito botón de invisibilidad...

- ¿Cómo iba yo a saber...? - protestó Jax -. De todas formas, ya no podemos contar con la astronave, pero podemos contar con el elemento sorpresa. Ellos no saben que nosotros estamos aquí, pero nosotros sí sabemos que están ellos.

- Muy bien pensado. Sssh... - dijo Acero -. No te muevas. Estamos llegando a algo.

Los rastreadores habían entrado en una inmensa cámara, tallada en la roca, y que estaba llena de poderosas máquinas de guerra.

Lo único humano allí, si es que podía llamársele humano, era el operador de radio, cuyos dedos sucios intentaron apretar el control de los cañones tan pronto como percibió la presencia de los intrusos. Pero no tuvo tiempo. Los rayos de dos desintegradores hicieron diana en su cuerpo, y en una milésima de segundo no era más que un montón de carne carbonizada sobre su asiento. La justicia del Cuerpo estaba por fin llegando a la guarida larshnik.

Justicia era, impersonal y abstracta, imparcial y destructora, porque en aquella guarida no había «inocentes». Los rayos implacables de la venganza civilizada iban barriendo todo lo que se les ponía por delante, mientras los dos compañeros avanzaban por los corredores de la infamia disparando sus mortíferos cañones.

- Este es el Número Uno - dijo Acero, con una mueca, cuando llegaron frente a una inmensa puerta de impervialita contrachapado de oro ante la que se apiñaba una escuadra suicida, que realmente cometió suicidio bajo el fuego implacable de los dos amigos. La última resistencia débil, que no fue mucha, quedó pronto aniquilada y reducida a humo entre el estruendo de aquella lluvia de fuego. Los dos hombres penetraron triunfantes en el último reducto, el reducto central, manejado ahora por una sola figura de pie ante el panel de controles. La figura de Superlátigo en persona, cabeza secreta de todo el imperio del delito interestelar.

- Ha llegado tu hora - dijo, torva, la voz de Acero, al tiempo que encajonaba con su arma aquella figura vestida con su túnica negra y su opaco casco espacial -. Quítate el casco o mueres en un segundo.

La única respuesta fue un rugido acongojado de rabia impotente, y durante unos instantes las manos de la figura temblaron sobre los mandos de los cañones. Luego alzó los brazos lentamente, llevó las manos al casco y empezó a darle vueltas para quitárselo, levantándolo despacio...

- ¡Por el sagrado nombre del profeta Mrdd! clamaron los dos amigos al unísono, sin poder contenerse al ver lo que estaban viendo.

- Sí, ahora ya lo sabéis - dijo Superlátigo entre sus dientes apretados -. Pero, ja, ja, estoy seguro de que nunca lo sospechasteis siquiera.

- ¡Usted! - exclamó Acero, rompiendo por fin el helado silencio que les había dejado mudos un instante -. ¡Usted! ¡Usted! ¡USTED!

- Sí, yo mismo, el coronel Von Thorax, comandante del CCC. Nunca sospechasteis de mí, y yo, ¡cómo me reía de vosotros mientras tanto!

- Pero... - exclamó Jax -. ¿Por qué?

- ¿Por qué? La respuesta es obvia para cualquiera que no sea un puerco democrático interestelar, como lo sois vosotros. Lo único que los larshniks podían temer era algo del tipo del CCC, una fuerza que no se inclinase nunca ante ningún soborno exterior ni ante ninguna sedición interna, una fuerza ennoblecida por su fe en la causa del deber. Tipos como vosotros podíais habernos dado muchos problemas. Por eso, precisamente, nosotros fundamos el CCC y durante largo tiempo yo he sido el jefe de ambas organizaciones. Nuestros reclutas nos aportan lo mejor que los planetas civilizados pueden ofrecer, y ya me ocupo yo de que sean brutalizados, moralmente destruidos, agotados físicamente y sus espíritus aplastados para que de allí en adelante no representen ningún peligro. Naturalmente, algunos llegan hasta el fin, a pesar de que yo me esfuerce en hacerlo repugnante. Cada generación tiene su porcentaje inevitable de supermasoquistas. Pero ya me ocupo yo de que sean eliminados rápidamente, por un sistema o por otro.

- ¿Como la de enviarles en misiones suicidas, por ejemplo? - preguntó Acero con ironía.

- Es una buena manera.

- Una misión como ésta a la que nos envió usted. ¡Pero no dio resultado! ¡Ahora ya puedes ir diciendo tus oraciones, cochino larshnik, porque estás a punto de ir a encontrarte con tu creador!

- Mi creador? ¿Oraciones? ¿Habéis perdido la cabeza? Todos los larshniks somos ateos hasta el fin...

Y así llegó el fin, entre una ardiente nube de vapor. La muerte con aquellas palabras heréticas todavía en sus labios. No merecía otra cosa.

- Y ahora, ¿qué? - preguntó Acero.

- Ahora, esto - respondió Jax, disparando el arma que llevaba al brazo y dejándole inmovilizado bajo los efectos del rayo paralizador -. Ya no va a ser el segundo puesto para mí, contigo en el puente y yo en la cámara de calderas. De ahora en adelante soy yo quien lleva la batuta.

- ¡Estás loco! - susurró apenas Acero.

- Al contrario, estoy muy cuerdo, por primera vez en mi vida. El Superlátigo ha muerto. Viva el nuevo Superlátigo. Es mía, la galaxia entera es mía.

- ¿Y qué ocurre conmigo?

- Debería matarte, pero sería demasiado fácil. Y además, compartiste tus barras de chocolate conmigo. Será a ti a quien culpen de toda esta catástrofe. De la muerte del coronel Von Thorax y de todo lo demás que ha ocurrido aquí en la primera base. Todos se volverán contra ti, y te verás convertido en un paría que tiene que escapar, para salvar la vida, a las más remotas avanzadillas de la galaxia, donde vivirás por siempre en el terror.

- ¡Acuérdate de las barras de chocolate!

- Ya me acuerdo. Las únicas que me tocaron eran las que estaban rancias. Ahora... ¡Vete!

¿Aún quieres saber mi nombre? El que te di, de Viejo Sarge, es suficiente. ¿Mi historia? Sería demasiado para tus tiernos oídos, muchachito. Llena los vasos otra vez, así, y brinda conmigo. Es lo menos que puedes hacer por un pobre viejo que ha visto ya mucho en su vida. Un brindis de mala suerte, que sería mejor decir: el Gran aniquilamiento,

Krammdl maldiga para siempre al hombre que algunos conocieron como el Caballero Jax. ¿Qué si tengo hambre? Yo no... ¡no! ¡Una barra de chocolate, no!

**FIN**

## Alfonso Linares - ¿QUO VADIS?

- Atención... atención Houston. Solicito comunicación. Cambio.
  - Aquí Houston. Lo escucho, Atlantis. Confirme solicitud: clave, oficial a cargo. Cambio.
  - Clave Redstone 61 actualizada. Le habla el Comandante Schirra. Espero verificación. Cambio.
  - Houston al habla. Solicitud verificada. Buenos días, Comandante. Le habla el operador Hauck. El General McDivitt no ha llegado al Centro todavía. Sin embargo, lo comunicaré con el Teniente Elías. Cambio.
  - Comprendido, Houston. Cambio.
  - Comandante, le habla el Teniente Elías. Estoy autorizado a recibir su informe preliminar DEORBIT. Utilice el Eurovisor. Iniciaremos la grabación cuando usted confirme. Cambio.
- La gigantesca pantalla del Centro de Operaciones Espacial desdibujó instantáneamente el mapa del mundo junto con la trayectoria del Atlantis para convertirse en un gigantesco monitor donde apareció la figura del Comandante Schirra, sentado de frente, vistiendo aún las ropas térmicas de experimentación, algo inusual a una hora tan temprana de la mañana. Parecía sereno, tal vez ignorante del efecto que provocaría su informe.
- Eurovisor encendido. Espero verificación de señal. Cambio.
  - Señal nítida, Comandante. Comience su informe cuando quiera. Cambio.
  - Les habla el Comandante Schirra, en nombre de los seis tripulantes del transbordador espacial Atlantis y en el mío propio... Es mi deber informarles que hemos cancelado todas las secuencias DEORBIT que se habían implementado desde hace dos días, como también las previstas para hoy. Debo informar también que hemos bloqueado el Sistema Secuenciador de Tierra (SST), como también los receptores radiales de control a distancia...
- El Teniente Elías y el Operador Hauck se miraron por un momento las caras. Once personas más se encontraban en la sala. Había silencio.
- Se encuentra conmigo en estos momentos - continuó el Comandante - el resto de la tripulación. Todos están al tanto de las medidas adoptadas y las aceptan...
- El Teniente Elías comenzaba a impacientarse. Los científicos en la sala empezaban a movilizarse para confirmar lo que acababan de escuchar. El Operador Hauck encendió un cigarrillo.
- No sabía que fumaba - comentó Elías, distrayendo por un segundo la mirada del Eurovisor.
  - No lo hago.
  - ...los resultados de los experimentos de Proto-Plasma AQ, así como los de aislamiento centrífugo del virus HV-8, serán transmitidos a través de la computadora matriz. Informaremos convenientemente qué código será utilizado... Creo que de momento no hay nada más que agregar. Cambio.
- El Teniente Elías se preparó para tomar la palabra. Hauck se le acercó y le confirmó con un gesto que absolutamente todo lo que había dicho era verdad.
- Comandante... Me parece que la situación no es muy clara... ¿Acaso consideran usted y su tripulación que no están dadas las condiciones mínimas de seguridad para el aterrizaje de mañana? Cambio.

- No, Teniente. Las condiciones son favorables. Cambio.
- ¿Los sistemas de direccionamiento abortaron las secuencias primarias? Cambio.
- Negativo. Sistemas favorables a DEORBIT. Cambio.
- Comandante, tengo en mis manos la confirmación escrita de todas las maniobras que describió usted. Creerá que estoy loco, pero cualquiera diría simplemente que no quieren... bajar. Cambio.
- Hubo un silencio prolongado en la pantalla. El Comandante Schirra bajó la mirada por un momento. Luego sonrió levemente y dijo:
  - ¿Para qué?
- La señal del Eurovisor desapareció y enseguida regresó el mapamundi. Hauck dejó caer el cigarro. Elías se incorporó al instante.
  - Localicen al General McDivitt - ordenó -. Esto es serio.
- La reunión comenzó a las 10:45 a.m. de ese mismo día. De Washington habían viajado de inmediato dos funcionarios cercanos al Presidente. Además del General McDivitt se encontraban William Haise, Coordinador del Programa Espacial, y Leonard Roosa, jefe encargado de la misión.
- Los dos funcionarios eran el Consejero de Seguridad Nacional, John Mullane, y Brian Coats, Asesor Presidencial.
- El señor Roosa tomó la palabra:
  - Caballeros, me parece que todos estamos conscientes de la gravedad de la situación. El General McDivitt les ha dado todos los detalles de la última comunicación realizada con el Atlantis, más específicamente con su Comandante.
  - Señor Roosa, no quiero que me malinterprete - interrumpió Mullane -, pero considero que tal vez existan algunos detalles que hayan sido omitidos por su gente.
  - ¿Como cuáles? - preguntó de inmediato el General McDivitt, sintiéndose claramente aludido.
  - Verá, General - intervino Coats -. Nuestra misión es mantener al Presidente lo más informado posible en relación a este singular asunto. Cualquier información pertinente que justifique la demora en el aterrizaje nos será muy útil.
  - Señor Coats, si hubiera algo que justificara este retraso no me hubiera molestado en llamar al Presidente y ustedes no estarían aquí.
  - Tan vez usted está llevando el secreto militar más allá de la misión, General - sugirió Mullane con ironía.
  - No me gusta su actitud, Consejero. Conozco los procedimientos y no necesito que un civil venga a decirme cómo manejar mis asuntos.
  - Caballeros, por favor, no hay que perder la calma - intervino Haise -. La situación es delicada, no la compliquemos más. El General McDivitt no ha omitido nada. La tripulación ha aislado por completo al transbordador de cualquier intento de forzar un aterrizaje dirigido desde tierra. No hemos tenido comunicación con ellos desde esta mañana y no responden a nuestros llamados. Inferimos del último informe grabado que por el momento no piensan aterrizar...
  - ¿Cuándo lo harán? - preguntó Coats.
  - De la evidencia desprendida de la grabación... aparentemente nunca. Pero es muy prematuro afirmar eso - opinó Roosa -. Debemos esperar una nueva comunicación. Tal vez tengan alguna petición. No lo sé.
  - ¿Qué le dirán a la prensa? - preguntó Mullane -. Esto no puede trascender.
  - Ya tomamos las medidas pertinentes. Las personas que se encontraban en la sala esta mañana estarán bajo estricta vigilancia. Restringiremos el acceso del



personal y el señor Roosa prepara ya una declaración atribuyendo el retraso a una falla en las computadoras - concluyó McDivitt.

Finalmente alguien preguntó, tal vez interpretando la sensación de impotencia que brotaba de aquel círculo de «poder»:

- ¿Cuál será el próximo paso?

El General McDivitt sacó un habano, lo encendió con tres aspiraciones, dio una bocanada y dijo:

- Esperar...

Tres líneas curvadas atravesaban las inmensas siluetas de los continentes delineadas en la gigantesca pantalla. Una serie de coordenadas aparecían intermitentemente a medida que una señal triangular avanzaba a lo largo de las líneas. Era el Atlantis en su eterna órbita, recorriendo la pantalla por décima vez desde su última comunicación. La atmósfera del Centro de Operaciones era de expectación tensa. Sólo cinco personas se encontraban ante los terminales, en constante alerta a la menor señal de comunicación. Del personal original que se encontraba cuando se recibió la última transmisión, sólo se encontraban Elías y Hauck.

- No se comunicarán... No lo harán.

Hauck miró a Elías con aire de incredulidad ante lo que acababa de decir.

- ¿Por qué no?

- Ya lo habrían hecho. Han pasado ocho horas. El plazo para comenzar el descenso terminó hace dos horas. Pasará una semana antes de que se pueda reprogramar DEORBIT, además del aterrizaje.

- Oí decir al señor Roosa que los cálculos se podrían hacer en menos tiempo.

- Aunque lo logran... ¿qué pasará si se rehúsan a bajar otra vez?

- No pueden rehusarse. No pensarán quedarse allá arriba para siempre...

Esta vez fue Elías quien miró a Hauck con incredulidad:

- ¿No?

- Atención... Atención, Houston. Solicito comunicación. Cambio.

- Aquí Houston, Atlantis. Mantenga frecuencia, iniciamos acceso. Cambio.

- Avisen al General - gritó Elías al tiempo que ocupaba un lugar frente a un terminal.

Rápidamente llegaron de una habitación contigua los miembros del alto mando reunido aquella mañana, con excepción de los funcionarios de Washington.

- Iniciamos activación de Eurovisión, Atlantis. Cambio.

- Comprendido. Cambio.

- Ya lo tenemos en la pantalla, General.

- Muy bien, conecte Eurovisión simultánea. Quiero que me vea cuando le hable.

- Entendido.

La imagen se fue formando lentamente. Se distinguía al Comandante Schirra y al Mayor Cernan en un primer plano y al fondo el resto de la tripulación. El General McDivitt se situó delante del terminal con la cámara para visualización simultánea, el número 14.

- Comandante Schirra, nos ha tenido a todos muy preocupados aquí abajo. Ha sido muy difícil comunicarse con ustedes.

- Hemos estado muy ocupados aquí arriba, General.

- Al parecer usted y su tripulación han decidido trabajar horas extras, Comandante. El descenso debió haber comenzado hace horas. Los objetivos de

su misión fueron cumplidos hace ya tres días, y no ha habido órdenes de tierra para prolongar su órbita... ¿Me equivoco?

- No, señor.

Hubo una pausa. El General McDivitt pareció sentirse un tanto aliviado. Más dueño de la situación.

Estaba errado.

- La reprogramación total de las rutinas DEORBIT tomará cinco días, Comandante. Como usted bien sabe, las reservas de oxígeno de la nave durarán tres semanas más, así que no existe peligro inmediato. Yo no me ocupo de esos aspectos técnicos, lo demás lo puede discutir con el señor Roosa.

- General... - lo interrumpió Schirra -. Al parecer no fue informado de nuestra última transmisión.

- Tenía la esperanza de que todo fuera un error, Comandante.

- No hay ningún error... Hemos decidido permanecer voluntariamente... en órbita. Tengo a mi lado al Mayor Cernan. El le confirmará nuestra decisión y si así lo desea podrá hablar con todos los miembros de la tripulación.

- Comandante, no creo que todo esto tenga mucho sentido. Sus reservas de oxígeno no durarán mucho. ¿Qué pretenden, Dios mío?

- Estamos conscientes de las consecuencias de nuestro acto, pero estamos dispuestos a afrontarlas - intervino el Mayor Carl Cernan.

El General McDivitt había perdido el habla. Se acercó a la pantalla el señor Roosa.

- No estoy muy seguro de eso que acaba de decir, Mayor. Se enfrentan a una muerte segura, una muerte innecesaria. ¿Han pensado en sus familias? ¿Qué les diremos?

El Mayor Cernan titubeó por un momento. Pareció afectado, pero finalmente dijo:

- Ellos entenderán.

- Iniciaremos la transmisión de los resultados experimentales a través del satélite CENCOM-2 - agregó Schirra -. Utilizaremos sus dos bandas alternas, así que solicitamos que sean liberadas si desean recibir los datos.

- ¡Olvídense de los malditos datos! - gritó McDivitt, ya irritado -. ¡Aterricen esa nave cuanto antes!

Schirra lo contempló como si estuviera en la misma habitación y no a kilómetros, con una expresión casi de lástima y sin perder su serenidad. Parecía que los condenados a muerte segura fueran los otros.

- Liberen las bandas... - dijo.

- Es todo. Cortaron la transmisión - informó Hauck.

- Maldición - susurró McDivitt.

Nadie se atrevió a replicar.

La actividad en el Centro Espacial Lyndon B. Johnson se incrementó violentamente desde aquel momento. La situación fue declarada de extrema emergencia, que en su terminología técnica era la más grave. Desde el accidente del Challenger, en 1986, no había sido necesario recurrir a tal estado de alerta, y ahora, después de ocho años, la temida emergencia era anunciada en las tres filas de terminales del Centro de Control de Misión.

La segunda reunión empezó a las 8:15 a.m. del siguiente día. De nuevo el alto mando del Centro Espacial se encontraba reunido con los representantes del Gobierno, y había una persona más.

El Consejero Mullane inició la discusión.

- Señor Haise, creo que es más que evidente que la situación está escapando de nuestro control. El Presidente está muy preocupado por el efecto que podría tener este contratiempo en la opinión pública.

- Señor Mullane, mi intención no es alarmar al Presidente, pero esto ya pasó de ser un simple «contratiempo».

- ¿Cuál es nuestro margen de maniobra? - preguntó Coats.

- Cero - contestó secamente el señor Roosa.

- Se han aislado por completo de nosotros. En estos momentos se están compilando los datos de los experimentos realizados durante la misión. El hecho de que nos los envíen es signo evidente de que no piensan aterrizar - informó el señor Haise.

- ¿Qué me dice del satélite? - preguntó Mullane.

- El satélite está en orden - intervino el General McDivitt, que hasta ahora se había mantenido pensativo, casi ausente de la reunión -. Entrará en funcionamiento dentro de cinco días. Por fortuna fue puesto en órbita mucho antes de este «motín».

- Señor Haise, independientemente de que esta misión tenga un final afortunado o no, creo que no necesito recordarle que en estos momentos se discute en el Congreso la aprobación del presupuesto para la segunda fase de la estación espacial FREEDOM. El Presidente ha sido su aliado en la defensa del proyecto, pero las críticas se incrementan, la opinión pública está presionando y cada vez hay más sectores en contra de la conclusión de la Estación Orbital. Alegan que en los últimos tiempos hubieron demasiadas misiones mientras el Sur es devastado. Ayer hubo un nuevo terremoto en África, y la gente empieza a simpatizar con las causas humanitarias.

- No creo que una cosa tenga que ver con la otra, señor Coats. Las tragedias que están azotando el Sur no tienen por qué afectar el Programa Espacial. Me parece que el Presidente sabrá reconocer la prioridad de nuestro trabajo ante cualquier otra necesidad.

- No podemos perder la delantera. Los europeos ya están prácticamente en la Luna y los japoneses están apuntando hacia Venus - agregó Roosa.

- Caballeros, no creo que esta sea la hora de discutir prioridades o caridad. La vida de siete personas se encuentra en juego en estos momentos y aún no tenemos una forma de rescatarlos - interrumpió McDivitt.

- Tal vez sí.

Las miradas fueron dirigidas al final de la mesa, donde el nuevo integrante de la reunión había permanecido en silencio hasta el momento. Roosa se puso en pie, y se dispuso a presentarlo.

- Señores, permítanme presentarles al doctor Layce Irwing. El doctor Irwing es el encargado de realizar las pruebas psicológicas a nuestros astronautas. Ha estado trabajando en nuestro Programa Espacial durante diez años, como jefe de la Sección Psicofisiología.

- Doctor Irwing, me pareció oírle decir que existe una posibilidad.

- Sólo dije «Tal vez», General. Caballeros, buenos días. El señor Roosa me ha informado de la situación y el resto lo ha escuchado ahora. Al parecer la tripulación del Atlantis ha decidido permanecer en órbita sin motivo aparente. De acuerdo a lo que me han dicho, ninguno parece forzado a aceptar la decisión y todos se observan muy serenos. Creo que todos están dispuestos a morir, aunque ése no sea su objetivo.

- ¿Y cuál es su objetivo?

- Verán, señores, durante todos estos años he tratado a decenas de astronautas antes y después de sus misiones. Un gran porcentaje de ellos presentan lo que es conocido como el «Síndrome de Cooper». El mayor Gordon Cooper, tripulante de la misión Mercury-Atlas 9, en 1963, fue el primero en presentarlo. Al parecer los astronautas adquieren una perspectiva diferente de sus vidas y del mundo al encontrarse en el espacio.

- Explíquese.

- Al regresar, y después de cierto tiempo, muchos han rechazado a sus esposas. Un gran porcentaje de ellos se dedica a participar activamente en la Iglesia y a predicar el Evangelio. Otros han buscado el aislamiento total del mundo exterior. Me estoy entrevistando constantemente con muchos de ellos, los he conocido antes y después de las misiones, y créame que ninguno regresa como era antes. Pareciera que ante la belleza del espacio descubrieron una perspectiva más religiosa de sus vidas.

El clima de la sala de reuniones era de perplejidad. Nadie se atrevía a preguntar nada. El doctor Irwing continuó:

- En mi opinión estamos frente a una especie de anticipación del Síndrome, una aberración causada, tal vez, por lo prolongado de la misión, que ha inducido en los tripulantes del Atlantis un falso sentimiento de bienestar.

- ¿Podría ser un poco menos técnico, doctor?

- Están viviendo un espejismo. Tal vez piensen que están en el Cielo.

- ¡Jesús! - exclamó el Consejero Mullane.

- ¿Usted habló de una posibilidad? - preguntó Coats.

- Podría intentar hablar con ellos. Si es eso lo que está pasando, tal vez los pueda convencer de que aterricen. No es seguro, pero se puede intentar.

- Tiene que ser eso, ¿qué más puede ser?

- Señor Haise, ¿existe la posibilidad de una misión de rescate? - preguntó Coats.

- Las plataformas principales están ocupadas con los preparativos del FREEDOM I. No garantizaría otros antes de tres semanas. Sería demasiado apresurado. No asumiré el riesgo.

- Creo que ahora todo depende de usted, doctor Irwing.

Más que una orden era un voto de confianza. El doctor Irwing se levantó de la mesa y abandonó la sala de reuniones de inmediato. El tiempo era ahora un enemigo.

- ¿Qué le diremos a la prensa? - preguntó el señor Roosa.

Mullane y Coats se miraron. La respuesta era necesaria.

- La verdad.

La verdad, ¿pero cuál era la verdad de todo? La gente no iba a aceptar tal explicación. Aun a ellos mismos les costaba aceptarla. El mundo estaba particularmente sensibilizado, aunque no lo suficiente, ante los constantes desastres naturales que habían estado sacudiendo el hemisferio sur del planeta en los últimos diez meses, precisamente en los continentes más pobres y más abatidos por el hambre. La muerte era aceptada como algo cotidiano, latente en el desarrollo habitual de aquellos países distantes, lejos, hacia el sur. Pero de improviso se encontraban ante las imágenes de una tripulación que abordaba una nave, una tripulación que saludaba desde el espacio en los primeros días de su misión, y que ahora, de acuerdo al narrador de las noticias, había decidido permanecer en el espacio, enfrentando la muerte, aceptando la muerte voluntariamente, sin una razón lógica. Era algo impresionante. ¿Pero acaso no

tan impresionante como las imágenes de un maremoto en Qatar, o un tifón en Brasil? ¿Es que el hecho de que las imágenes estén personalizadas le da mayor horror a la tragedia? No, claro que no, mucha gente se dio cuenta de ello. ¿Era acaso la paz, la tranquilidad lograda desde hacía dos años, el fin de las alianzas militares, la reducción sistemática de los armamentos, lo que había sumido a la Humanidad en el Sueño Espacial, en una carrera por las estrellas, buscando el progreso? ¿El Progreso? ¿A qué precio? ¿Es que no se hace nada por esos pobres países del sur? ¿No hay ayuda?

Los rebeldes fueron reconocidos de inmediato como héroes, protagonistas de un acto único en la historia. Sacrificaban sus vidas con un propósito: demostrar a la Humanidad su indiferencia, su indiferencia ante el dolor, ante la muerte, tomando con ellos el orgullo de su desarrollo tecnológico, quitándoles súbitamente todo cuanto pudiera haber sido un mérito en la conquista del espacio. La NASA y todas las agencias espaciales del mundo eran vistas ahora como entes criminales. Aquella gloriosa tripulación orbitaría el mundo como símbolo de una causa, una causa que, a diferencia de ellos, no moriría nunca: la de la humanidad, la verdadera humanidad.

Todo esto sucedía a un tiempo, al mismo tiempo que el doctor Irwing tenía interminables entrevistas con los miembros de la tripulación, tratando de escrutar en sus mentes las razones de su decisión. Ninguno parecía asustado o vacilante. Aun el Especialista de Misión Sean Cunningham, que había mostrado cierta aversión a la permanencia prolongada en el espacio exterior en los tests preliminares, se veía tranquilo, hasta de buen humor. Las entrevistas fueron posibles gracias al Comandante Schirra, que accedió para demostrar que nadie era forzado a la decisión común. Después de entrevistar al último miembro de la tripulación, el doctor Irwing decidió enfrentarlos con sus familias: esposas, hijos, padres. Todo fue inútil. Era un encuentro innecesario. Se mantenían firmes aun ante las lágrimas. Luego hubo silencio por una semana. El terminal número 14 fue trasladado a una habitación cerrada donde la única persona con acceso era el doctor Irwing. El movimiento de personal se había reducido drásticamente. En el Centro de Control permanecía sólo el personal necesario ante cualquier cambio de situación, como esperando un milagro. Un milagro que no llegaría.

- Aquí el Atlantis. Cambio.

El doctor Irwing se levantó de inmediato de la cama que le habían dispuesto en la habitación aislada. Junto con un escritorio y la pantalla-cámara, el Eurovisor, era el único mobiliario.

- Aquí el doctor Irwing. Enciendo el Eurovisor. Cambio.

La pantalla parpadeó por unos momentos hasta estabilizarse. En primer plano se encontraba el Comandante Schirra. Nadie más se observaba a su alrededor.

- Buenas noches, doctor. Espero no haberlo despertado.

- Buenas noches, Comandante. En realidad sólo descansaba. Últimamente he tenido problemas para conciliar el sueño.

- Tal vez ha estado bajo mucha presión.

- Tal vez... No teníamos noticias de ustedes desde hace una semana.

- Mientras más alejados permanezcamos de todo, será más fácil.

- ¿Fácil? ¿Considera usted que esta situación se puede hacer más fácil simplemente ignorándola? Sólo podrán facilitar esto si acceden a justificar de alguna manera esta locura; y si no, regresando a Tierra.

- Usted no se da por vencido, doctor.

- Sólo quiero ayudarlos.

- ¿Ayudarnos a qué? ¿A regresar? ¿Es que acaso no se han percatado todavía de nuestra felicidad aquí arriba? ¿Necesitará mil exámenes más para llegar a una conclusión tan obvia?

El Comandante Schirra parecía exaltado. Se observaba en sus ojos un brillo de alegría intensa. Un fuego interior parecía devorarlo. Su mirada irradiaba una revelación, un misterio, un secreto develado, y al mismo tiempo desesperación. Recobró su compostura lentamente.

- Lo llamé porque necesito que me haga un favor.

- Claro.

- Mi segundo hijo nacerá en dos meses. Sé que esto es una tontería, pero quiero que le diga a mi esposa que no lo bautice con mi nombre. Nunca me gustó mi nombre.

Hizo una pausa. Era la primera vez que se lo veía realmente afectado.

- Dígale que lo llame como su padre; ella siempre quiso eso.

El doctor Irwing simplemente asintió. No podía articular palabra.

- Me hubiera gustado conocer a mi hijo, doctor, pero así pasa; nosotros no escogimos, fuimos escogidos.

La imagen se difuminó lentamente hasta que la oscuridad invadió por completo la pantalla. El doctor Irwing permaneció inmóvil, contemplando la pantalla, pensativo.

¿Fueron escogidos?

La investigación que siguió en los días subsiguientes fue extensa, completa, ininterrumpida. El doctor Irwing analizó uno por uno los informes grabados que fueron enviados periódicamente desde el inicio de la misión. Revisó con cuidado los detalles de cada uno de los experimentos que realizaron en el espacio. Aunque entendía poco de los procedimientos científicos que implicaban los experimentos, y mucho menos de su interpretación, el doctor Irwing continuaba su búsqueda, aun sin saber a ciencia cierta qué era lo que buscaba. Los informes grabados presentaban normalidad durante los primeros nueve días de la misión; luego había una interrupción atribuida a una falla del satélite EUROSTAR, encargado de transmitir la parte visual. No hubo informes en los dos días siguientes, cosa que fue considerada normal por el Centro de Control de Misión, pues lo único importante que faltaba comunicar era el informe preliminar al aterrizaje, denominado DEORBIT. Los experimentos no presentaban una relevancia mayor; sólo un experto en microbiología podría interpretarlos bien. Por último, el satélite espía, que el General McDivitt había tenido la precaución de mantener al margen, representaba una obsolescencia, algo inútil en un mundo desmilitarizado casi en su totalidad. ¿Fueron escogidos? El doctor Irwing concluyó que el cambio ocurrió entre el noveno y el décimo día de la misión. Fue algo repentino. ¿Pero qué?

El lunes 23 de Mayo de 1994 se cumplieron los 42 días de estadía en el espacio. De acuerdo a los cálculos, las reservas de oxígeno ya habían llegado a su fin. Fueron dados por muertos exactamente a la doce del mediodía del día anterior, y el mundo entero les rindió un homenaje póstumo la mañana de aquel lunes. El Presidente de los Estados Unidos daba un discurso ante miles de personas que se habían congregado alrededor del monumento a Lincoln, como una despedida final. Oficialmente todo había terminado.

Sólo una persona permanecía en su lugar, vigilando el terminal número 14, tres días después de haber recibido la orden de abandonarlo todo.

- Tienen que llamar. Tienen que hacerlo...

Sólo en su corazón persistía la esperanza, tal vez absurda, de que el Atlantis llamaría, no para salvar sus vidas, pero sí para redimir su acto. ¿O ya estaban redimidos?

- Doctor Irwing, ¿está usted ahí?

Nunca sabría si la imagen que vio en esos momentos en la pantalla era de este mundo, ni siquiera intentó grabar la transmisión. No pensó, sólo contestó instintivamente.

- Aquí estoy, Comandante Schirra.

El Comandante se veía más delgado, pálido, su cara denotaba un cansancio de días enteros, fatiga, pero aún conservaba ese brillo, esa vida en sus ojos. Su respiración era dificultosa, jadeante. Una mascarilla de oxígeno era su único vínculo con este mundo.

- Creo que se acerca el final. Ya todos se han ido y ya me queda poco a mí. - Se colocó un momento la mascarilla y respiró -. Pero necesitaba saber, necesitaba saber antes...

Parecía que por momentos perdía el conocimiento. El doctor Irwing cerró un puño.

- Comandante...

- Estoy bien. - Hizo una pausa y respiró -. ¿Qué piensa el mundo de nosotros?

- Son unos héroes. Han sido cancelados los programas espaciales de casi todos los países desarrollados. Se está ayudando al Sur con esos recursos. Ustedes lo lograron. Es un cambio total de rumbo.

El Comandante Schirra sonrió, casi con sorpresa. Pareció tomar un segundo aire; no pudo disimular su felicidad.

- ¿Lo entiende ahora, doctor? Es el quo vadis de la Humanidad. Alguien tenía que hacer la pregunta, y de una manera que no pudiera ser ignorada.

- Usted y su tripulación nunca hubieran podido predecir este cambio. Ni siquiera sabía, hasta hace unos momentos, la consecuencia de su acto.

- Doctor...

- En unos días no pudieron tener una evolución tan drástica de sus perspectivas del mundo. Nunca sabrían a ciencia cierta lo que iba a pasar. En su quinto informe bromea y habla de cosas que hará al regresar. Algo pasó allá arriba, algo los hizo cambiar. ¿Qué, maldición, qué?

Fueron sólo unos segundos entre el momento en que había terminado de hablar y el instante en que la imagen del Comandante desapareció de la pantalla. A veces no recuerda qué fue primero. Lo único que se escuchaba era la voz de Schirra, cada vez más apagada.

- Sucedió en la madrugada del noveno día de misión. Cernan había salido a reparar un deflector del ala izquierda. El lo vio primero, luego nos avisó.

La pantalla presentaba estática constante. En ese momento se vio una grabación, una grabación del circuito interno del Atlantis. En la esquina superior derecha se podía leer la fecha y la hora, con los segundos avanzando sin interrupción. La perspectiva mostraba la parte izquierda del fuselaje del Atlantis, al fondo la silueta cortada de la Tierra y muy lejos, atrás, el brillo del sol. ¿El sol? ¿Pero por qué aumentaba de tamaño? ¿Se estaba acercando? ¿Era el sol?

No podía darle crédito a sus ojos. Pensó por momentos que era la estática, pero ésta desapareció. Aquella luz se acercaba más y más, y adquiría forma, forma humana.

- Observe el aura, doctor. ¿La ve?

Ya aquella luz llenaba por completo el campo visual de la pantalla. Disminuyó lentamente de intensidad y entonces se pudieron distinguir las alas, doradas como el oro, aquel vestido de blancura luminosa y el rostro más inimaginablemente hermoso que ser humano alguno haya visto. El doctor Irwing sintió que se le formaba un nudo en la garganta ante esa visión celestial, ante aquel Ángel bondadoso que ahora volteaba muy lentamente hacia la cámara. No se pudo contener, las lágrimas invadieron sus ojos y deseó, deseó con toda su alma estar en el Atlantis.

- Vea cuando sonrío, doctor. ¿Lo vio?... ¿Lo vio?

**FIN**



## Alfred E. Van Vogt - PROCESO

Bajo la brillante luz de aquel lejano sol, el bosque respiraba y estaba vivo. Era consciente de la nave que acababa de aparecer, tras atravesar las ligeras brumas de la alta atmósfera. Pero su automática hostilidad hacia cualquier cosa alienígena no iba acompañada inmediatamente por la alarma.

Por decenas de miles de kilómetros cuadrados, sus raíces se entrelazaban bajo el suelo, y sus millones de copas se balanceaban indolentemente bajo miles de brisas. Y más allá, extendiéndose a lo ancho de las colinas y las montañas, y más allá aún, hasta el borde de un mar casi interminable, se extendían, otros bosques, tan fuertes y poderosos como él mismo.

Desde un tiempo inmemorial el bosque había guardado el suelo de un peligro cuya comprensión se había perdido. Pero ahora empezaba a recordar algo de este peligro. Provenía de naves como aquella que descendía ahora del cielo. El bosque no llegaba a determinar exactamente cómo se había defendido a sí mismo en el pasado, pero sí recordaba claramente que aquella defensa había sido necesaria.

A medida que iba siendo más y más consciente de la aproximación de la nave a través del cielo gris-rojo que había sobre él, sus hojas susurraron un eterno relato de batallas libradas y ganadas. Los pensamientos recorrían su lento camino a lo largo de canales de vibraciones, y las ramas madres de cientos de árboles temblaron imperceptiblemente.

Lo vasto de tal temblor, afectando poco a poco a todos los árboles, creó gradualmente un sonido y una tensión. Al principio fue casi impalpable, como una suave brisa soplando a través de un verdeante valle. Pero aumentó de intensidad.

Adquirió substancia. El sonido llegó a envolverlo todo. Y la totalidad del bosque aguardó, vibrando su hostilidad, esperando la cosa que se le acercaba a través del cielo.

No tuvo que esperar mucho.

La nave aumentó de tamaño mientras seguía la curva de su trayectoria. Su velocidad, ahora que estaba más cerca del suelo, era mayor de lo que había parecido al principio. Planeó amenazadora, por encima de los árboles más cercanos, y descendió aún más, sin preocuparse de las copas. Algunas ramas se rompieron, algunos vástagos se incendiaron, y árboles enteros fueron barridos como si se tratara de seres insignificantes, sin peso ni fuerza.

La nave prosiguió su descenso, abriéndose camino a través del bosque que gritaba y gemía a su paso. Se posó, abriendo un profundo surco en el suelo, tres kilómetros después de que tocara el primer árbol. Tras ella, la senda de árboles tronchados se estremecía y palpitaba bajo la luz del sol, un recto sendero de destrucción que - recordó repentinamente el bosque - era idéntico al que se había producido en el pasado.

Empezó amputando los sectores alcanzados. Hilo refluir su savia, y cesó su vibración en el área afectada. Más tarde enviaría nuevos brotes a reemplazar a aquellos que habían sido destruidos, pero ahora aceptó aquella muerte parcial y sufrió por ella. Conoció el miedo.

Era un miedo teñido por la rabia. Sentía la nave yaciendo sobre los troncos partidos, en una parte de sí mismo que aún no estaba muerta. Sentía la frialdad y la dureza de aquellas paredes de acero, y el miedo y la rabia aumentaron.

Un susurrar de pensamientos pulsó a lo largo de los canales vibratorios. Espera, decían, hay un recuerdo en mí. Un recuerdo de un lejano tiempo en el que vinieron otras naves parecidas a ésta.

El recuerdo se negó a precisarse. Tenso pero vacilante, el bosque se preparó a lanzar su primer ataque. Empezó a crecer alrededor de la nave.

Mucho tiempo atrás había descubierto el poder de crecimiento que poseía. Había sido en un tiempo en el que ocupaba una extensión mucho más limitada que la que cubría ahora. Y entonces, un día, se dio cuenta de que estaba muy cerca de otro bosque como él mismo.

Las dos masas de árboles en crecimiento, los dos colosos de entremezcladas raíces, se acercaron mutuamente lenta, prudentemente, en una creciente pero cautelosa sorpresa y maravilla de que otra forma de vida similar a la suya hubiera podido existir todo aquel tiempo. Se acercaron, se tocaron... y lucharon durante años.

Durante aquella prolongada lucha casi nada creció en las regiones centrales, que se detuvieron. Los árboles dejaron de desarrollar nuevas ramas. Las hojas, por necesidad, se robustecieron y afirmaron sus funciones para períodos mucho más largos. Las raíces se desarrollaron lentamente. Toda la energía utilizable del bosque fue concentrada en los procesos de defensa y ataque.

Auténticas murallas de árboles se levantaban en una noche. Enormes raíces cavaban túneles en las profundidades del suelo penetrando kilómetros y kilómetros, abriéndose paso entre rocas y metales, edificando una barrera de madera viva contra el invasor crecimiento del bosque extranjero. En la superficie, las barreras se cerraron en una línea de un kilómetro o más de árboles situados tronco contra tronco. Y, bajo estas bases, la gran batalla se detuvo finalmente. El bosque aceptó el obstáculo creado por su enemigo.

Más tarde, luchó con las mismas armas contra un segundo bosque que lo atacaba desde otra dirección.

Los límites de estas demarcaciones empezaron a ser tan naturales como el gran mar salado del sur, o las heladas cúspides de las montañas que se cubrían de nieve una vez cada año.

Y como había hecho en su batalla contra los otros dos bosques, el bosque concentró toda su fuerza contra la nave invasora. Los árboles crecieron a un ritmo de treinta centímetros cada pocos minutos. Las plantas trepadoras escalaron los árboles, se proyectaron por encima de la nave. Los incontables filamentos reptaron por encima del metal, y se anudaron por sí mismos alrededor de los árboles del otro lado. Las raíces de aquellos árboles se enterraron profundamente en el suelo, y se anclaron en un estrato rocoso más resistente que ninguna nave jamás construida. Los troncos se ensancharon, y las lianas engrosaron hasta convertirse en enormes cables.

Cuando la luz de aquel primer día dejó paso al grisor del atardecer, la nave estaba enterrada bajo cientos de toneladas de madera, y oculta bajo un follaje tan denso que ninguna parte de ella era visible.

Había llegado el momento de pasar a la acción para la destrucción final.

Poco después de oscurecer, pequeñas raíces comenzaron a tantear por debajo de la nave. Eran infinitésimamente pequeñas; tan pequeñas que en su estadio inicial no tenían más que unas pocas docenas de átomos de diámetro; tan

pequeñas que el aparentemente sólido metal parecía casi vacío para ellas; tan increíblemente pequeñas que penetraron sin ningún esfuerzo en el duro acero.

Fue en aquel momento, como si hubiera estado aguardando a que llegara aquel estadio, que la nave reaccionó, pasando a la acción. El metal empezó a calentarse, luego quemó, después se puso al rojo vivo. Era todo lo que necesitaba. Las minúsculas raíces se contrajeron y murieron. Las raíces más grandes cerca del metal ardieron lentamente a medida que el creciente calor las alcanzaba.

En la superficie se inició otro tipo de violencia. Chorros de llamas surgieron de un centenar de orificios en la superficie de la nave. Primero las lianas, luego los árboles, empezaron a arder. No era el estallido de un incontrolable fuego, ni el feroz incendio saltando de árbol en árbol en una furia irresistible. Desde hacía mucho tiempo, el bosque había aprendido a controlar los fuegos iniciados por los rayos o por la combustión espontánea. Se trataba únicamente de enviar grandes cantidades de savia al área afectada. Cuanto más verde era el árbol, cuanta más savia lo permeaba, más intenso tenía que ser el fuego para mantenerse.

El bosque no pudo recordar inmediatamente haberse hallado nunca frente a un fuego que pudiera arrasar al mismo tiempo toda una hilera de árboles dejando que cada uno de ellos derramase un líquido viscoso por cada una de las resquebrajaduras de su corteza.

Pero este fuego sí podía. Era distinto. No tan sólo poseía llama, sino que era también energía. No se alimentaba tan sólo de madera, sino que vivía con una energía contenida en sí mismo.

Finalmente, este hecho despertó los recuerdos asociativos del bosque. Era un recuerdo agudo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librar, a él y a su planeta, de una nave como aquella.

Comenzó por retirarse de las inmediaciones de la nave. Abandonó su intento de aprisionar aquella estructura alienígena con un andamiaje de madera y hojas. A medida que la preciosa savia se retiraba a los árboles que ahora debían formar la segunda línea de defensa, las llamas adquirieron amplitud, y el fuego se hizo tan brillante que toda la escena adquirió una tonalidad irreal.

Pasó cierto tiempo antes de que el bosque se diera cuenta de que hacía rato que los rayos de fuego ya no surgían de la nave, y que toda la incandescencia y el humo que aún quedaban eran producidos por la madera ardiendo.

Esto también coincidía con sus recuerdos de lo que había ocurrido en la anterior ocasión.

Frenéticamente, pero con reluctancia, el bosque inició lo que ahora se daba cuenta que era el único medio de librarse del intruso. Frenéticamente porque se sentía terriblemente convencido de que la llama emitida por la nave podía destruir bosques enteros. Y reluctantemente porque el método de defensa traía consigo el sufrir quemaduras de energía apenas menos violentas que las que pudiera producirle la máquina.

Decenas de miles de raíces crecieron hacia las profundidades en busca de formaciones que habían evitado cuidadosamente desde que había llegado la última nave. A pesar de la necesidad de apresurarse, el proceso en sí mismo era lento. Pequeñísimas raíces, estremeciéndose ante lo que tenían que hacer, se obligaron a sí mismas a abrirse camino hacia las profundidades, se enterraron en determinados estratos minerales, y a través de un intrincado proceso de ósmosis arrancaron granos de metal puro de las capas naturales de metal impuro. Los granos eran casi tan pequeños como las raíces que habían penetrado en las

paredes de acero de la nave, tan pequeños como para poder ser transportados hacia la superficie, suspendidos en la savia, a través del laberinto de gruesas raíces.

Muy pronto hubo miles de granos moviéndose a lo largo de los canales, luego millones. Y, aunque cada uno de ellos era en sí mismo pequeñísimo, el suelo donde fueron depositados brilló muy pronto a la luz del agonizante fuego. Cuando el sol de aquel mundo ascendió por sobre el horizonte, el plateado reflejo formaba un círculo a treinta metros alrededor de la nave.

Fue poco después del mediodía cuando la máquina alienígena dio señales de comprender lo que estaba ocurriendo. Una docena de escotillas se abrieron, y algunos objetos flotaron fuera de ellas. Se posaron en el suelo, y comenzaron a absorber aquella mancha plateada con cosas terminadas en una boquilla que chupaban el polvo finísimo en forma ininterrumpida. Trabajaban con grandes precauciones; pero una hora después de oscurecer habían recogido más de doce toneladas del finamente disperso uranio 235.

A la caída de la noche, todas las cosas provistas de dos patas desaparecieron en el interior de la nave. Las escotillas se cerraron. La larga nave en forma de torpedo se elevó suavemente del suelo y se dirigió hacia el cielo, donde el sol brillaba aún débilmente.

La primera consciencia de la nueva situación le llegó al bosque cuando las raíces debajo de la nave informaron de un súbito descenso de la presión. Pasaron varias horas antes de que llegara a la conclusión de que la nave enemiga había sido echada. Y varias horas más antes de que se diera cuenta de que el uranio que permanecía aún en el suelo debía ser retirado. Sus radiaciones se estaban extendiendo peligrosamente.

El accidente se produjo por una razón muy simple. El bosque había tomado aquella substancia radiactiva de las rocas. Para librarse de ella, necesitaba tan solo introducirla de nuevo en las más cercanas capas rocosas, particularmente las del tipo de roca que absorbía la radiactividad. Para el bosque, la situación era tan obvia como esto.

Una hora después de que iniciara la realización de su plan, la explosión lanzó su hongo hacia el espacio abierto.

Era algo que estaba mucho más allá de la capacidad de Comprensión del bosque. Ni vio ni escuchó aquella colosal silueta portadora de muerte. Lo que experimentó fue sin embargo suficiente. Un huracán arrasó kilómetros cuadrados de bosque. Las ondas de calor y de radiación provocaron incendios que requirieron horas para ser extinguidos.

El miedo se apagó lentamente cuando recordó que también había ocurrido lo mismo la otra vez. Pero más aguda que este recuerdo fue la visión de las posibilidades que abría lo ocurrido... la naturaleza de tal oportunidad.

Poco después del amanecer del día siguiente, lanzó su ataque. Su víctima era el bosque que - Según su desfalleciente memoria - había invadido originalmente su territorio.

A lo largo de todo el frente que separaba a los dos colosos, entraron en erupción pequeñas explosiones atómicas. La sólida barrera de árboles que formaban las defensas exteriores del otro bosque se derrumbó ante los sucesivos ataques de tan irresistible energía.

El enemigo, reaccionando normalmente, puso en marcha sus reservas de savia. Cuando estaba plenamente dedicado a la gigantesca tarea de edificar una nueva barrera, las bombas empezaron de nuevo a actuar. Las explosiones

resultantes destruyeron completamente las reservas de savia. Y el enemigo, no pudiendo comprender lo que estaba ocurriendo, estuvo perdido desde aquel momento.

En la tierra de nadie donde habían actuado las bombas, el bosque atacante lanzó una oleada de raíces. Cada vez que se manifestaba una resistencia, estallaba una nueva bomba atómica. Poco después del siguiente mediodía una titánica explosión destruyó el centro sensitivo de árboles del otro bosque... y la batalla finalizó.

Se necesitaron meses para que el bosque creciera en el territorio de su derrotado enemigo, arrancando sus agonizantes raíces, arrasando en su empuje los indefensos árboles que habían quedado, y tomando posesión plena e indiscutida de su nuevo territorio.

Una vez terminada la tarea, se volvió como una furia contra el bosque que lo franqueaba por el otro lado. Una vez más, atacó con el trueno atómico, e intentó abrumar a su adversario con una lluvia de fuego.

Fue respondido con igual fuerza. ¡Explosiones atómicas! Su conocimiento se había difundido a través de la barrera de entrelazadas raíces que formaba la separación entre los dos bosques.

Los dos monstruos se destruyeron mutuamente casi por completo. Cada uno de ellos se convirtió en un vestigio, que tuvo que iniciar de nuevo el doloroso proceso de su crecimiento. A medida que pasaban los años, el recuerdo de lo que había ocurrido se fue desvaneciendo. Pero tampoco tenía importancia. Actualmente, las naves venían muy a menudo. Y de todos modos, aunque el bosque hubiera recordado, sus bombas atómicas no podían estallar en presencia de una nave.

La única forma que había de echar a las naves consistía en rodear cada nave alienígena con un círculo de fino polvo radioactiva. Entonces, la nave absorbía el material y se retiraba apresuradamente.

La victoria del bosque fue desde entonces tan simple como eso.

**FIN**

## Clifford D. Simak - PARAÍSO

La cúpula era una forma aplastada y extraña que no armonizaba con las nieblas purpúreas de Júpiter, una estructura que parecía encogerse, asustada, en el planeta macizo.

La criatura que había sido Kent Fowler se detuvo, tiesamente.

Un objeto extraño, pensó. Porque pasé tanto tiempo lejos de los hombres. Pero no es nada extraño. Es el lugar en que he soñado, proyectado, vivido. Es el lugar de donde salí, con miedo. Y el lugar al que vuelvo, forzado, y con miedo.

Forzado por los recuerdos de los que eran como yo, antes que yo fuera lo que soy, antes que conociese la intensidad de la vida, y la armonía y el placer posibles si uno no es un ser humano.

Towser se agitó junto a él, y Fowler sintió el cariño del que otrora había sido un perro, el cariño expresado, y la camaradería y el amor que habían sentido siempre, quizá, pero no habían conocido cuando eran perro y hombre.

Los pensamientos del perro entraron en el cerebro de Fowler.

- No puedes hacerlo, compañero - dijo Towser.

La respuesta de Fowler fue casi un gemido.

- Pero tengo que hacerlo, Towser. Para eso salí de aquí. Para descubrir cómo es Júpiter realmente. Y ahora ya lo sé, ahora puedo decirlo.

Pudiste haberlo hecho hace mucho, dijo una voz dentro de Fowler, una voz humana, que venía de lejos, y que trataba de invadir su ser Joviano. Pero eras un cobarde, y no lo hiciste. No lo hiciste. Escapaste porque temías volver. Temías volver, y ser otra vez un hombre.

- Me sentiré muy solo - dijo Towser. Pero no lo dijo de veras. Por lo menos no había palabras. Se trataba más bien de una sensación de soledad, un llanto de despedida. Como si, por un instante, Fowler hubiese entrado en la mente del perro.

Fowler guardaba silencio, mientras la repulsión crecía en él. Repulsión ante la idea de ser transformado otra vez en un hombre, en eso tan inadecuado que eran la mente y el cuerpo humanos.

- Te he acompañado hasta aquí - dijo Towser -, pero no lo soporto más. Prefiero morir antes que volver. Yo ya estaba casi acabado, recuérdalo. Era un viejo comido por las pulgas. Tenía los dientes estropeados y mis digestiones eran atroces. Y me consumían las pesadillas. Cuando era cachorro yo solía cazar conejos, pero últimamente los conejos me cazaban a mí.

- Espérame - dijo Fowler -. Volveré.

Si por lo menos logro que entiendan, pensó. Si por lo menos logro eso. Si logro explicarlo.

Alzó la maciza cabeza y miró las cimas de las montañas envueltas en la niebla rosada y purpúrea. Un relámpago serpenteó en el cielo, y las nubes y vapores se encendieron en un fuego estático.

Fowler se adelantó lentamente, con repugnancia. Un vaho de aroma bajó con la brisa, y Fowler bañó su cuerpo en él. Y sin embargo aquello no era un aroma, pero no había otra palabra con qué designarlo. En los años venideros la raza humana desarrollaría una nueva terminología.

Cómo podía uno, se preguntó, explicar aquellas nieblas que flotaban sobre la tierra y aquel delicioso aroma. Entenderían otras cosas. El hecho de que no tuviesen que comer, ni dormir, de que la gama de neurosis depresivas que parecían alimentar al hombre hubiesen terminado para siempre. Comprenderían estas cosas que podían explicarse con términos muy simples, con el vocabulario común. ¿Pero qué ocurriría con las otras cosas, los factores que exigían un lenguaje nuevo? Emociones que el hombre no había conocido nunca. Capacidades que no había soñado. La claridad mental, y la comprensión; la posibilidad de utilizar todo el cerebro. Cosas que uno conocía y podía hacer instintivamente, y que los hombres ignoraban pues sus cuerpos carecían de muchos sentidos.

- Las escribiré - se dijo a sí mismo -. Lo pensaré y las escribiré.

Pero la palabra escrita, reflexionó, era una pobre herramienta.

El lente de un televisor surgió de la cúpula, y Fowler se adelantó, vacilante. Unos hilos de niebla condensada corrían por el lente. Fowler se enderezó para mirar directamente el cristal.

No es que pudiese ver algo, pero los hombres de la cúpula lo verían a él. Los hombres que se pasaban las horas mirando, los ojos clavados en la brutalidad de Júpiter, las ráfagas rugientes y las llamas de amoníaco, las nubes de metano mortal que cruzaban el cielo. Pues así veían los hombres a Júpiter.

Alzó una pata y escribió rápidamente en la humedad del lente: con letras invertidas.

Tenían que saber quién era, para que no se cometiesen errores. Tenían que saber cómo usar las coordenadas. De otro modo le darían un cuerpo equivocado, utilizando una matriz equivocada, y se convertiría en algún otro: el joven Allen, por ejemplo, o Smith, o Pelletier. Y eso podía ser fatal.

La lluvia de amoníaco corrió sobre el lente emborronando el nombre, y lo hizo desaparecer. Fowler volvió a escribir.

Entenderían. Sabrían que uno de los hombres transformados en Jovianos había regresado.

Dio media vuelta enfrentándose con la puerta que conducía a la cámara de conversión. La puerta se movió lentamente, abriéndose hacia afuera.

- Adiós, Towser - dijo Fowler, suavemente.

Un grito de advertencia le resonó en el cerebro:

- No es demasiado tarde. No estás adentro todavía. Puedes cambiar de idea. Aún puedes volverte y escapar.

Siguió adelante, decidido, apretando mentalmente los dientes. Sintió el piso de metal bajo sus pies, sintió que la puerta se cerraba a sus espaldas. Percibió un último pensamiento fragmentario de Towser, y luego no hubo más que oscuridad.

La cámara de conversión se encontraba ante él, y Fowler subió por la rampa.

Un hombre y un perro, pensó, habían salido de allí, y ahora un hombre volvía.

La conferencia de prensa había llegado a buen término. Había cosas satisfactorias que informar.

Sí, Tyler Webster les dijo a los periodistas, las dificultades en Venus se han solucionado. Bastó con que las partes se decidiesen a hablar. Los experimentos biológicos en los fríos laboratorios de Plutón progresaban. La expedición a Centauri saldría muy pronto tal como se había convenido, Y a pesar de los rumores. La comisión de comercio lanzaría nuevas normas monetarias para varios productos, anulando unas pocas diferencias.

Nada sensacional. Nada para grandes titulares. Nada.

- Y John Culver me pidió - dijo Webster - que les recuerde, caballeros, que hoy se celebra el ciento veinticinco aniversario del último crimen cometido en el sistema solar. Ciento veinticinco años sin una muerte violenta y premeditada.

Se inclinó en la silla y sonrió mostrando los dientes, ocultando sus temores, pues sabía que la pregunta no tardaría en llegar.

Pero todavía no estaban preparados para hacer preguntas. Lo observaban. Y Webster estaba acostumbrado a que lo observaran. Agradablemente acostumbrado.

El corpulento Stephen Andrews, jefe de prensa de Noticias Interplanetarias, carraspeó como si fuese a hacer un importante anuncio, y pregunto con lo que parecía ser una gravedad mortal:

- ¿Y cómo está el muchacho?

Una sonrisa estalló en el rostro de Webster.

- Iré a pasar el fin de semana a casa - dijo - Le llevo un juguete. - Se inclinó hacia adelante alzó el tubito del escritorio -. Un juguete antiguo. De antigüedad garantizada. Una compañía acaba de lanzarlos al mercado. Se mira dentro de él, se lo hace girar y se ven unas bonitas figuras. Vidrios de colores que cambian de posición. Se llama...

- Calidoscopio - dijo rápidamente un periodista -. He leído algo acerca de eso. En una vieja historia sobre los usos y costumbres de comienzos del siglo veinte.

- ¿Lo ha probado usted, señor secretario? - preguntó Andrews.

- No - dijo Webster -. Para decir la verdad, no lo he hecho. Lo he comprado esta tarde y he estado demasiado ocupado.

- ¿Dónde lo consiguió, señor secretario? - preguntó una voz -. Quiero llevarle uno a mi chico.

- En la tienda de la esquina. La juguetería. Los recibieron hoy.

Ahora, se dijo Webster, había llegado el momento de que se fueran. Un poco de charla amable y se levantarían para irse.

Pero no se irían. Webster sabía que no. Lo supo al oír un susurro repentino y el crujido de unos papeles.

Y en seguida Stephen Andrews hizo la pregunta que Webster estaba temiendo. Durante un instante Webster se alegró de que fuese Andrews el que preguntaba. Andrews había sido siempre un hombre amable, generalmente hablando, y Noticias Interplanetarias daba una información objetiva, sin esas disimuladas tergiversaciones a que eran aficionados algunos periodistas.

- Señor secretario - dijo Andrews -, nos han dicho que un hombre que fue convertido en Júpiter ha vuelto a la Tierra. Queremos preguntarle si la noticia es cierta.

- Es cierta - dijo Webster tiesamente.

Los periodistas esperaban, y Webster esperaba, inmóvil.

- ¿Desea hacer algún comentario? - preguntó Andrews al fin.

- No - dijo Webster.

Recorrió con la vista la habitación, examinando las caras. Eran caras en tensión, que adivinaban en parte la verdad detrás de su clara negativa a discutir el asunto. Caras divertidas que ya estaban pensando cómo podrían alterar las pocas palabras que había dicho. Caras de enojo de hombres que escribirían ultrajados comentarios acerca del derecho de información.

- Lo siento, caballeros - dijo.



Andrews se incorporó lentamente.

- Gracias, señor secretario.

Webster se sentó y los miró irse, y cuando se quedó solo sintió la frialdad y el vacío de la sala.

Me crucificarán, pensó. Me colgarán en la plaza pública y nadie podrá salvarme. Nadie.

Se levantó, cruzó la habitación, se asomó a la ventana y miró el jardín a la luz de la tarde.

¡El paraíso! ¡El cielo al alcance de todos! ¡Y el fin de la humanidad! El fin de todos los ideales y sueños humanos, el fin de la raza misma.

Una luz verde brilló y chispeó sobre el escritorio y Webster volvió a cruzar el cuarto.

- ¿Qué pasa? - preguntó.

La pantalla se encendió y apareció una cara.

- Los perros acaban de informar, señor, que Joe, el mutante, fue a su casa y Jenkins lo dejó entrar.

- ¡Joe! ¿Estás seguro?

- Eso dijeron los perros. Y los perros nunca se equivocan.

La cara desapareció y Webster se sentó pesadamente.

Buscó con dedos entumecidos en el panel, y movió una llave.

La casa se alzó en la pantalla, la casa erigida en lo alto de la colina barrida por el viento. Un edificio que tenía casi mil años. Un sitio donde varias generaciones de Websters habían vivido, y soñado, y muerto.

Todo estaba bien, o así parecía. La casa dormitaba a la luz de la mañana, y en el jardín se alzaba la estatua de aquel lejano antepasado que había desaparecido camino de las estrellas. Allen Webster, el primero en salir del sistema solar, en viaje hacia Centauri. La expedición ahora en Marte partiría dentro de un día o dos.

Nada se movía en la casa, nada parecía moverse.

Webster extendió una mano y tocó la llavecita. La pantalla se apagó.

Jenkins es hábil, pensó Webster. Quizá más hábil que un hombre. Al fin y al cabo ha almacenado en su coraza metálica mil años de sabiduría. No tardará en llamar y me lo dirá todo.

Volvió a alargar la mano, y movió la llave.

Esperó varios segundos antes que la cara apareciese en la pantalla.

- ¿Que pasa, Tyler? - preguntó la cara.

- Acaban de informarme que Joe...

John Culver hizo un signo afirmativo.

- A mi también. Estoy investigando.

- ¿Cuál es su opinión?

En el rostro del jefe de Seguridad Mundial apareció una mueca estrambótica.

- Se están, ablandando quizá. Hemos sometido a Joe y los otros mutantes a una presión bastante dura. Los perros han hecho un trabajo magnífico.

- Pero no había nada que hiciese esperar esto - protestó Webster -. Nada permitía prever este cambio.

- Escuche - dijo Culver -. En los últimos cien años no han hecho nada que nosotros no hayamos sabido. En nuestros archivos está todo, en blanco y negro. Hemos interceptado todos sus movimientos. Al principio pudieron creer que era mala suerte, pero hoy ya no. Quizá han terminado por comprender y han decidido aceptar la derrota.

- No estoy seguro - dijo Webster, solemnemente -. Será mejor que usted no se descuide.

- Estaré atento - dijo Culver -. Y lo tendré al tanto.

La pantalla se apagó transformándose en un cuadrado de vidrio. Webster se quedó mirándolo, pensativamente.

Los mutantes no estaban derrotados, de ningún modo. Él lo sabía, y Culver también. Y sin embargo...

¿Por qué Joe se había dirigido a Jenkins? ¿Por qué no se había comunicado con el gobierno, aquí en Ginebra? Para esconder la cara, quizá. Por eso había tratado con un robot. Al fin y al cabo Joe conocía a Jenkins desde hacía muchísimo tiempo.

De pronto, Webster sintió una oleada de orgullo. Orgullo de que fuera así. De que Joe buscara a Jenkins. Pues Jenkins, a pesar de su coraza metálica, era también un Webster.

Orgullo, pensó Webster. Éxitos y errores. Pero siempre algo de valor. Todos, a lo largo de los años. Jenkins que hizo perder al mundo la filosofía de Juwain. Y Thomas, que había dado al mundo el principio de la nave interestelar, principio que acababa de ser perfeccionado. Y el hijo de Thomas, Allen, que había tratado de ir a las estrellas, sin éxito. Y Bruce, que había concebido las civilizaciones gemelas del perro y el hombre. Y ahora, finalmente, él mismo, Tyler Webster, secretario del Comité Mundial.

Se sentó al escritorio, juntó las manos, y miró la luz de la tarde que entraba por la ventana.

Esperaba, reconoció. Esperaba la señal que diría que Jenkins estaba llamando para hablarle de Joe. A no ser que...

A no ser que pudiera llegarse a un entendimiento. Si por lo menos hombres y mutantes pudiesen trabajar juntos. Si pudiesen olvidar por lo menos esta guerra fratricida. Podrían ir muy lejos, los tres unidos: hombres, perros, y mutantes.

Webster sacudió la cabeza. Era mucho esperar. La diferencia era excesiva. Las sospechas del hombre y la divertida tolerancia de los mutantes los mantendría apartados. Pues los mutantes eran otra raza, un vástago que había ido demasiado lejos. Hombres que se habían transformado en verdaderos individuos, que no necesitaban de la vida social, de la aprobación de los hombres, que carecían de ese instinto de rebaño que había unido a la raza.

Y a causa de los mutantes humanos el grupito de perros mutantes había sido hasta ahora de escaso valor para sus viejos hermanos, los hombres. Pues los perros, durante este último siglo, no habían hecho más que vigilar a los mutantes, se habían convertido en una fuerza policial.

Webster echó hacia atrás la silla, abrió un cajón del escritorio, y sacó unos papeles.

Sin quitar la vista de la pantalla del televisor, golpeó con un dedo una llave y llamó a su secretaria.

- Sí, señor Webster.

- Voy a llamar al señor Fowler - dijo Webster -. Si recibo otro llamado...

La voz de la secretaria tembló levemente.

- Sí, señor. En ese caso me pondré en contacto con usted.

- Gracias - dijo Webster.

Volvió a golpear la llave.

Ya lo saben, pensó. Todos en este edificio están ansiosos, esperando las noticias.

Kent Fowler estaba echado en una silla, en el jardín de su cuarto, observando el pequeño terrier que cavaba furiosamente persiguiendo a un presunto conejo.

- Vamos, Rover - dijo Fowler -. No trates de engañarme.

El perro dejó de cavar, miró por encima del hombro con una amplia sonrisa, y ladró excitado. Luego volvió a cavar.

- Te vas a equivocar un día de estos - le dijo Fowler -, y dirás una palabra o dos, y ya te arreglaré entonces.

Zorrito del diablo, pensó Fowler. Más listo que una avispa. Webster lo ha azuzado contra mí, y él ha interpretado muy bien su papel. Busca conejos, no respeta los árboles, y se rasca las pulgas. La imagen perfecta de un perro perfecto. Pero no me engaña. Ninguno de ellos me engaña.

Se oyó una pisada en el césped y Fowler alzó la vista.

- Buenas tardes - dijo Tyler Webster.

- Me he estado preguntando cuándo vendría - dijo Fowler, cortante -. Siéntese y dígamelo rápido. No me cree, ¿no es así?

Webster se instaló en la segunda silla y puso sobre sus piernas los papeles que traía en la mano.

- No puedo entender cómo se siente - dijo.

- No creo que pueda - comentó Fowler -. Vine con noticias que me parecían muy importantes. Ignora usted el precio de ese informe. - Se inclinó hacia adelante - ¿No comprende que cada hora que paso como ser humano es una tortura mental?

- Lo siento - dijo Webster -. Pero tenemos que estar seguros. Tenemos que examinar su informe.

- ¿Y hacer ciertas pruebas?

Webster hizo un signo afirmativo.

- ¿Como Rover, aquí presente?

- No se llama Rover - dijo Webster con suavidad -. Si ha estado llamándolo así, lo ha ofendido. Todos los perros tienen nombres humanos. El de éste es Elmer.

Elmer había dejado de cavar y venía hacia ellos. Se sentó junto a la silla de Webster y se pasó por los sucios bigotes una pata cubierta de barro.

- ¿Qué hay de nuevo, amigo Elmer? - preguntó Webster.

- Es un ser humano, sí - dijo el perro -; pero no humano del todo. Tampoco un mutante. Otra cosa.

- Era de esperar - dijo Fowler -. He sido un Joviano cinco años.

Webster movió afirmativamente la cabeza.

- Ha retenido usted parte de su personalidad anterior. Es comprensible. Y el perro lo siente. Son muy sensibles a esas cosas. Psíquicos, acaso. Por eso vigilan a los mutantes. Pueden olfatearlos no importa donde estén.

- ¿Me cree entonces?

Los papeles crujieron en las rodillas de Webster y éste los alisó con cuidado.

- Temo que sí.

- ¿Por qué lo teme?

- Porque - dijo Webster - es usted la mayor amenaza que haya tenido hasta hoy la humanidad..

- ¡Amenaza! ¿Pero no entiende? Le estoy ofreciendo... le estoy ofreciendo...

- Sí, ya sé - dijo Webster -, el paraíso.

- ¿Y tiene miedo de eso?

- Terror - dijo Webster -. Trate sólo de imaginar qué ocurriría si se lo dijéramos a la gente y la gente lo creyera. Todos querrían ir a Júpiter y convertirse en Jovianos. El solo hecho de que los Jovianos vivan miles de años bastaría. Y aún hay otras razas.

»Todos nos pedirían que los enviásemos en seguida a Júpiter. Nadie querría ser hombre. Y al fin no habría hombres. Todos serían Jovianos. ¿Ha pensado en eso?

Fowler se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

- Claro que sí. Lo esperaba.

- La raza humana desaparecería - dijo Webster, con lentitud -. Desaparecería del todo. El progreso alcanzado después de miles de años no tendría sentido. Y ocurriría eso en el umbral de nuestras mejores posibilidades.

- Pero usted no sabe - protestó Fowler -. No puede saber. Nunca ha sido un Joviano. Yo sí. - Se golpeó el pecho -. Sé lo que es.

Webster sacudió la cabeza.

- No lo discuto. Estoy dispuesto a reconocer que es mejor ser Joviano que hombre. Pero no admito que eso justifique la muerte de la raza humana, que debamos cambiar lo que hemos hecho y deseado por lo que ellos son. La raza humana tiene grandes destinos. Quizá no tan agradables ni tan brillantes como el de sus Jovianos. Pero creo que a la larga iremos más lejos. Tenemos una herencia racial que defender, y un destino racial que no podemos olvidar.

Fowler se inclinó hacia adelante.

- Escúcheme - dijo -. He sido honesto. He venido directamente aquí, al Comité Mundial. Pude haberlo dicho a la prensa y la radio, y obligarlos a ustedes a tomar una decisión. Pero no lo hice.

- Quiere decirme - sugirió Webster - que el Comité Mundial no tiene el derecho de decidir. Sugiere usted que el pueblo debe dar su opinión.

Fowler, con los labios muy apretados, hizo un signo afirmativo.

- Francamente - dijo Webster -. No creo en el pueblo. Obtendría usted reacciones de rebaño. Respuestas egoístas. No pensarán en la raza, sino en sí mismos.

- ¿Me está usted diciendo que tengo razón - preguntó Fowler - pero que nada puedo hacer?

- No exactamente. Tenemos que arreglarlo de algún modo. Quizá Júpiter pueda ser una especie de asilo de ancianos. Cuando un hombre ha vivido una existencia útil...

Fowler lanzó un bufido.

- Un premio - dijo -. Como llevar un caballo viejo al campo. El paraíso como concesión especial.

- De ese modo - apuntó Webster - salvaríamos la raza humana y no perderíamos a Júpiter.

Fowler se puso de pie, con rapidez y brusquedad.

- Estoy harto de esto - gritó. - Le he traído a usted algo que quería saber. Algo en que se han gastado billones de dólares, y centenares de vidas. Instaló usted en Júpiter docenas de estaciones de conversión y de allí salieron docenas de hombres que no regresaron y usted pensó que habían muerto, y sin embargo envió a otros. Y ninguno regresó, porque no querían regresar, porque no soportaban la idea de volver a ser hombres. Yo regresé, ¿y de qué me ha servido? Mucha charla elevada, muchas averiguaciones, muchas dudas y preguntas. Luego, al fin, dicen que tengo razón, pero que he cometido el error de

volver. - Dejó caer los brazos y echó los hombros hacia adelante. - Soy libre, supongo. No tengo por qué quedarme aquí.

Webster movió afirmativamente y con lentitud la cabeza.

- Claro que es libre. Siempre lo ha sido. Sólo le pedí que se quedara para examinarlo.

- ¿Puedo volver a Júpiter?

- En vista de la situación - dijo Webster - sería una buena idea.

- Me sorprende que no me lo haya sugerido usted - dijo Fowler amargamente -. Sería una solución. Podrían archivar el informe, olvidarlo, y seguir dirigiendo el sistema solar, como niños que juegan en el piso de la sala. Su familia ha estado cometiendo error tras error, durante siglos, y la gente permitió que volviese otro de ustedes a seguir equivocándose. Un antepasado suyo privó al mundo de la filosofía de Juwain, y otro bloqueó los esfuerzos de los hombres para cooperar con los mutantes...

Webster lo interrumpió bruscamente.

- ¡No meta a mi familia en esto, Fowler! Se trata de algo más importante que...

Pero Fowler gritaba ahora cubriendo las palabras del secretario.

- Y no voy a permitir que lo estropee. El mundo ya ha tenido bastante de ustedes, los Webster. Hay que cambiar eso. Voy a hablarles a las gentes de Júpiter. Hablaré a la prensa y la radio. Lo gritaré desde los techos de las casas...

Se le quebró la voz y le temblaron los hombros.

Webster habló fríamente, con una ira repentina.

- Lucharé contra usted, Fowler. Lo golpearé de veras. No puedo permitir que haga una cosa semejante.

Fowler había dado media vuelta y se dirigía ya hacia la puerta del jardín.

Webster, helado en su silla, sintió la pata que le rascaba la pierna.

- ¿Lo alcanzo, amo? - preguntó Elmer -. ¿Voy y lo alcanzo?

Webster sacudió la cabeza.

- Déjalo ir - dijo -. Tiene tanto derecho como yo a hacer lo que quiera.

Un viento frío atravesó el cercado del jardín y movió la capa con que Webster se cubría los hombros.

Unas palabras le resonaban en la cabeza. Palabras que habían sido dichas aquí, en el jardín, pocos segundos antes, pero palabras que venían de siglos atrás. Un antepasado suyo privó al mundo de la filosofía de Juwain. Un antepasado suyo...

Webster apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

Un mal de ojo, pensó. Eso somos. Un mal de ojo para la humanidad. La filosofía de Juwain. Y los mutantes. Pero los mutantes han tenido esa filosofía, durante siglos, y no la han utilizado.

Quizá, pensó Webster, tratando de consolarse a sí mismo, esa filosofía no era importante. Si lo fuese, los mutantes la hubiesen utilizado. O quizá, sólo quizá, los mutantes han estado alardeando sin motivo. Quizá no saben más de esa filosofía que nosotros.

Una voz metálica carraspeo suavemente y Webster alzó la vista. Un pequeño robot gris se habla detenido en la puerta.

- El llamado, señor - dijo el robot -. El llamado que usted esperaba.

La cara de Jenkins apareció en la pantalla, una cara vieja, fea, y pasada de moda. No esa cara lisa y animada de los últimos robots.

- Lamento molestarle, señor - dijo Jenkins -, pero se trata de algo insólito. Joe vino aquí y me pidió el televisor para llamarlo a usted. No me quiso decir qué quería, señor. Dijo que era sólo una charla con un viejo vecino.

- Llámalo - dijo Webster.

- Algo insólito, señor - persistió Jenkins -. Vino, se sentó, y charló conmigo durante una hora o dos antes de hablarme del televisor. Le diré, señor, si me lo permite, que todo esto es muy raro.

- Ya sé - dijo Webster -. Joe tiene muchas cosas raras.

La cara de Jenkins desapareció de la pantalla y apareció otra cara: la de Joe, el mutante. Era una cara dura, de piel arrugada y correosa, y ojos parpadeantes de color gris azulado. En las sienes aparecían las primeras canas.

- Jenkins no me tiene confianza, Tyler - dijo Joe, y Webster sintió que la risa que acechaba detrás de las palabras le erizaba la piel.

- En cuanto a eso - replicó secamente, yo tampoco.

Joe chasqueó la lengua.

- Pero cómo, Tyler. Nunca lo hemos molestado. Ni un solo minuto. Ninguno de nosotros. Nos ha vigilado usted, y se ha preocupado por nosotros, pero nunca le causamos dificultades. Nos hizo espiar por tantos perros que tropezábamos con ellos cada vez que nos dábamos vuelta, y organizó archivos para clasificarnos, y nos estudió y habló hasta aburrirse.

- Los conocemos a ustedes - dijo Webster, torvamente. - Sabemos acerca de ustedes más que ustedes mismos. Sabemos cuántos son, y los conocemos personalmente a todos. ¿Quiere saber qué hacía alguno de ustedes en cualquier momento de estos últimos cien años? Pregúntemelo a mí.

Un trozo de manteca no se hubiese derretido en la boca de Joe.

- Y durante todo ese tiempo - dijo - hemos estado pensando amistosamente en ustedes. Pensando en cómo podríamos ayudarlos.

- ¿Y por qué no lo hicieron? - estalló Webster -. Al principio estábamos dispuestos a trabajar con ustedes. Aun después que usted le robara a Grant la filosofía de Juwain...

- ¿Robar? - preguntó Joe -. Creo, Tyler, que le han informado mal. Me la llevé para corregirla. En su estado original era inservible.

- Y eso se le ocurrió seguramente tan pronto como puso las manos en ella - dijo Webster, inexpresivo -. ¿Qué estaba esperando? Si nos la hubieran ofrecido, hubiésemos comprendido en seguida que estaban ustedes con nosotros, y hubiésemos cooperado con ustedes. Hubiésemos retirado los perros, aceptándolos a ustedes.

- Es gracioso - dijo Joe -. Nunca pareció preocuparnos que nos aceptasen o no.

Y volvió a oírse aquella risa, la risa de un hombre que se bastaba a sí mismo, para quien los esfuerzos de la comunidad humana eran una broma increíble. Un hombre que andaba voluntariamente solo, que veía en la raza humana algo divertido, quizá un poco peligroso, y más divertido aún porque era peligroso. Un hombre que no necesitaba la hermandad de los hombres, que rechazaba toda hermandad como algo gracioso, patético, similar a las sociedades de fomento del siglo veinte.

- Muy bien - dijo Webster con un tono cortante -. Tenía la esperanza de que nos ofreciese usted alguna especie de pacto, la posibilidad de una conciliación. No nos gustan las cosas tal como están. Al contrario, nos gustaría que cambiasen. Pero depende de ustedes.

- Vamos, Tyler - protestó Joe - no pierda los estribos. Creía que le gustaría conocer la filosofía de Juwain. Quizá lo haya olvidado, pero hubo un tiempo en que todo el sistema solar vivía pendiente de ella.

- Muy bien - dijo Webster - explíquemela.

El tono de su voz parecía decir que sabía que Joe no iba a hacerlo.

- Esencialmente - dijo Joe - ustedes los humanos viven solos. Nunca conocen a sus semejantes. No pueden conocerlos; carecen de puntos comunes. Cultivan amistades, pero basadas en simples emociones, nunca en una comprensión real. Persiguen fines similares, es cierto. Pero más por tolerancia que por afinidad. Abordan los problemas de mutuo acuerdo; un acuerdo aparente que es sólo el triunfo de los más fuertes sobre la oposición de los más débiles.

- ¿Y qué se pierde con eso?

- Pero, cómo. Todo - dijo Joe -. Con la filosofía de Juwain podrían entenderse.

- ¿Telepatía? - preguntó Webster.

- No exactamente - dijo Joe -. Nosotros, los mutantes, conocemos la telepatía. Esto es algo distinto. La filosofía de Juwain hace posible ponerse en el punto de vista de otro. No sólo se sabe de qué está hablando el otro, sino también qué siente. En la filosofía de Juwain se acepta la validez de las ideas ajenas. No sólo las palabras, sino el pensamiento que esconden esas mismas palabras.

- ¿Semántica? - dijo Webster.

- Si le gusta a usted el término - dijo Joe. - Pero no sólo se entiende el significado intrínseco, sino también el implícito. Casi telepatía, pero no del todo. Algo casi mejor.

- Joe, ¿qué asimilaron ustedes de todo eso? ¿Qué...?

Volvió a oírse aquella risa.

- Pruébelo un poco, Tyler. Piense cuanto necesita esto. Luego quizá podamos hablar como mercaderes.

Joe hizo un signo afirmativo.

- Un señuelo también, imagino - continuó Webster.

- Un par de ellos - dijo Joe -. Cuando lo descubra, hablaremos de eso, también.

- ¿Qué pedirán ustedes?

- Muchas cosas - dijo Joe -. Pero quizá valga la pena.

La pantalla se apagó y Webster se quedó mirándola sin ver. ¿Un señuelo? Claro que sí. Un señuelo evidente.

Webster apretó los ojos y sintió la sangre que le golpeaba el cerebro.

¿Qué se había atribuido a la filosofía de Juwain en aquellos lejanos días? Que haría adelantar a la humanidad cien mil años en el espacio de dos generaciones. Algo parecido.

Quizá se la había sobreestimado un poco. Una pequeña exageración, pero justificada. Nada más.

Los hombres se entenderían, aceptarían todas las ideas. Todos verían el sentido oculto detrás de las palabras. Verían las cosas como las veían los demás, y aceptarían los conceptos ajenos como propios. Harían suyos esos conceptos y podrían aplicarlos al problema más inmediato. No más incompreensión, prejuicios, engaños, tergiversaciones, sino una aprehensión completa de distintos ángulos del problema. Podría aplicarse a todo, a cualquier tipo de conducta humana. A la sociología, la psicología, la ingeniería: todas las facetas de la civilización. No más discusiones, no más peleas, sino una apreciación sincera y honesta de ideas y hechos.

¿Cien mil años en dos generaciones? Quizá no tanto.

¿Un señuelo? ¿Querían realmente los mutantes hacer partícipes a los hombres de esa filosofía? ¿Por cualquier precio? Quizá un cebo que bailaba ante los ojos de los hombres mientras los mutantes, escondidos, se retorcían de risa.

Los mutantes no habían recurrido a eso. Naturalmente, pues no lo necesitaban. La telepatía bastaba para sus propósitos. Seres individualistas no tenían por qué servirse de algo para entenderse, pues no les interesaba entenderse o no. Si se agrupaban y toleraban ciertos contactos era sólo para salvaguardar sus intereses. Pero nada más. Trabajaban juntos para conservar el pellejo, pero no encontraban en eso ningún placer.

¿Una oferta honesta? ¿Un cebo, un reclamo para atraer la atención del hombre hacia determinado lugar mientras en otro se preparaba una trampa? ¿Una simple broma? ¿O un regalo envenenado?

Webster sacudió la cabeza. No era posible saberlo. No había cómo entender la conducta de un mutante.

Caía la noche y una luz suave bañaba las paredes y techos del estudio. Y la luz automática y oculta crecía a medida que aumentaba la oscuridad exterior. Webster lanzó una ojeada por la ventana, un cuadrilátero de oscuridad, matizado por los pocos anuncios que brillaban y chispeaban en el cielo. Webster se incorporó, movió una llave y habló con la secretaria.

- Siento haberla retenido. Perdí la noción de la hora.

- No es nada, señor - dijo la mujer -. Hay alguien aquí que quiere verlo. El señor Fowler.

- ¿Fowler?

- Sí, el señor de Júpiter.

- Ya sé - dijo Webster, cansadamente -. Hágalo entrar.

Casi había olvidado a Fowler y sus amenazas.

Miró distraídamente el escritorio, y vio el calidoscopio. Un curioso juguete, pensó. Bonita idea. Algo simple para las mentes simples de antes. Pero el chico enloquecerá de alegría.

Alargó una mano. Alzó el calidoscopio y se lo llevó a un ojo. La luz dibujaba unas figuras de curiosos colores, una pesadilla geométrica. Hizo girar el tubo y la figura cambió. Y otra vez...

Sintió de pronto que algo le apretaba el cerebro, y el color de las figuras ardió en el interior de su angustiada cabeza como una tortura.

El tubo cayó ruidosamente sobre el escritorio. Webster se tomó con ambas manos del borde del mueble y se incorporó con lentitud.

Y en su mente nació una idea horrible. ¡Qué juguete para un chico!

La molestia se desvaneció y Webster volvió a sentarse, rígidamente, respirando otra vez con regularidad.

Qué raro, pensó. Qué raro que cause un efecto semejante. ¿O pudo haber sido otra cosa y no el calidoscopio? Un malestar físico. Algo del corazón quizá.

Se abrió la puerta, y Webster alzó la vista.

Fowler cruzó lentamente la habitación y se detuvo ante el escritorio.

- ¿Sí, Fowler?

- Me enojé - dijo Fowler -, y no quería hacerlo. Usted debió haber entendido, pero no entendió. Me sentí trastornado, compréndame. Llegué a Júpiter, sintiendo que todos los años pasados en las cúpulas estaban al fin justificados, que toda la angustia que había sentido al ver salir a los hombres, estaba pagada. Traía noticias, entiéndalo, noticias que el mundo aguardaba con ansiedad. Yo creía que no podía haber nada más maravilloso. Pensé que la gente se daría cuenta. Era



como si les estuviese diciendo que el Paraíso estaba del otro lado de la calle. Pues se trata de eso, Webster. - Fowler apoyó las manos abiertas en el escritorio y se inclinó hacia adelante, murmurando -: Usted entiende, ¿no es cierto, Webster? Usted entiende un poco.

A Webster le temblaban las manos y las dejó caer en las rodillas, apretándolas hasta dolerle los dedos.

- Sí - susurró. Sí, creo entender.

Pues entendía.

Entendía más allá de las palabras. Sabía de la angustia, y los anhelos, y el amargo desengaño que había detrás de las palabras. Era como si él mismo hubiese dicho esas palabras. Casi como si él fuese Fowler.

La voz de Fowler estalló alarmada:

- ¿Qué pasa, Webster? ¿Qué ocurre?

Webster trató de hablar y las palabras tenían la sequedad del polvo. La garganta se le hizo un nudo de dolor.

Trató de hablar otra vez y las palabras surgieron débilmente y forzadas.

- Dígame, Fowler. Aprendió muchas cosas allá. Cosas que los hombres conocen de un modo imperfecto. Como telepatía, quizá, o...

- Sí - dijo Fowler -, muchas cosas. Pero no las traje conmigo. Cuando volví a ser hombre, fui sólo eso. Un hombre. Nada me quedó. Sólo unos recuerdos borrosos y... bueno, podría decirse una nostalgia.

- ¿Quiere decir que carece de las habilidades de los Jovianos?

- Exactamente.

- No puede entonces hacerme entender algo que quiere que yo entienda. Hacerme sentir como usted se sentía.

- No, no puedo - dijo Fowler.

Webster alargó una mano, y empujó suavemente el calidoscopio con un dedo. El tubo rodó sobre el escritorio y se detuvo.

- ¿Por qué ha vuelto? - preguntó Webster.

- Para reconciliarme con usted - dijo Fowler -. Para decirle que no estaba enojado realmente. Se trataba sólo de una diferencia de opinión, eso es todo. Pensé que por lo menos nos despediríamos dándonos la mano.

- Ya veo. ¿Y está aún decidido a hablarle a la gente?

Fowler movió afirmativamente la cabeza.

- Es necesario, Webster. Usted debía entenderlo. Es para mí... como una religión. Algo en que creo. Tengo que decirles a todos que hay un mundo y una vida mejores. Tengo que mostrarles el camino.

- Un Mesías - dijo Webster. Fowler se endureció.

- Me temía eso. Burlarse no...

- No me burlaba - dijo Webster, casi con gentileza.

Recogió el calidoscopio y frotó el tubo con la palma de la mano, reflexionando. No todavía, pensó. No todavía. ¿Querré que me entienda tan bien como lo entiendo a él?

- Escúcheme, Fowler - dijo -. Deje pasar un día o dos. Luego hablaremos.

- Ya esperé demasiado.

- Pero quiero que piense en esto: Hace un millón de años apareció el hombre, un simple animal. Desde entonces ha ascendido escalón por escalón. Poco a poco, trabajosamente, desarrolló sus costumbres, una técnica, una filosofía. Ascendió en progresión geométrica. Hoy es más que ayer. Mañana será más que hoy. Por primera vez en la historia humana el hombre comienza realmente a

acertar. Acaba de iniciar el camino. Adelantará mucho más en el futuro próximo que en todo pasado.

»Quizá nuestra vida tenga poco valor comparada con la de Júpiter. Pero es la vida del hombre. Es su lucha. Es lo que ha hecho de sí mismo. Es el destino que ha forjado.

»Odio pensar, Fowler, que ahora que estamos bien encaminados vayamos a cambiar nuestro destino por uno que no conocemos, y del que no podemos estar seguros.

- Esperaré - dijo Fowler -. Sólo uno o dos días. Pero se lo advierto. No cambiaré de parecer.

- No le pido más que eso - dijo Webster. Se incorporó y extendió una mano -. ¿Amigos?

Pero mientras estrechaba aún la mano de Fowler, Webster supo ya que todo sería inútil. Con o sin la filosofía de Juwain, la humanidad iba a ajustarse las cuentas. Y sería peor, quizá, a causa de esa filosofía. Pues los mutantes no hacían inversiones vanas. Si esto era una broma, si esto era un modo de librarse de los hombres, no descuidarían ningún detalle. A la mañana siguiente hombres, mujeres y niños habrían mirado un calidoscopio. O alguna otra cosa. Nadie podía saber qué.

Observó a Fowler hasta que éste cerró la puerta. Luego cruzó la habitación y miró por la ventana. En el cielo brillaba un anuncio nuevo, que nunca había estado allí. Un anuncio muy raro que lanzaba figuras de colores a la noche. Figuras que aparecían y desaparecían como si alguien hiciese girar un calidoscopio.

Webster lo miró con los labios apretados.

Debía haberlo supuesto.

Pensó en Joe con una furia creciente. Aquel llamado había sido como un chisme susurrado al oído, un ademán cómplice para hacerle saber al hombre de qué se trataba, para hacerle saber que la Meta era inaccesible, y que nada se podía hacer.

Debimos haberlos matado a todos, pensó Webster, y se sorprendió ante la calma fría de su pensamiento. Debimos librarnos de ellos como de una enfermedad peligrosa.

Pero el hombre había olvidado la violencia. Durante los últimos ciento veinticinco años nadie había luchado violentamente contra nadie.

Cuando Joe me llamó, la filosofía de Juwain estaba ahí, en el escritorio. Sólo tenía que extender la mano para tocarla, pensó Webster.

Se endureció al comprenderlo. Sólo tenía que extender la mano. ¡Y eso es lo que habla hecho, justamente!

Algo más que telepatía, más que adivinación. Joe sabía que tomaría el calidoscopio. Tenía que haberlo sabido. Precognición... la capacidad de ver el futuro. Sólo una hora o dos, quizás, pero eso bastaba.

Joe, y los otros mutantes, por supuesto, habían sabido de Fowler. Con las sondas de sus mentes telepáticas podían enterarse de cualquier cosa. Pero esto era algo distinto.

Miró, a través de los vidrios, el anuncio luminoso. Miles de personas, lo sabía, estaban mirándolo. Mirándolo, y sintiendo ese impacto súbito y enfermizo.

Webster frunció el ceño, preguntándose de qué modo absorberían los hombres aquellas figuras. Un choque psicológico contra ciertos centros cerebrales, quizá.

Un sector del cerebro que no había sido hasta ahora utilizado, y que en su debido momento, en el curso de la evolución humana, debería entrar naturalmente en funciones. Una función que ahora aparecía artificialmente.

La filosofía de Juwain, ¡al fin! Algo que los hombres habían deseado durante siglos, y que ahora al fin se revelaba. Llegaba a las manos del hombre en el momento más inoportuno.

Fowler había escrito en su informe: «No puedo decirlo todo, pues no hay palabras para ciertas cosas». Todavía carecía de esas palabras, naturalmente, pero tenía algo mejor; un auditorio capaz de entender la verdad y la grandeza ocultas detrás de las palabras. Un auditorio capaz de entender algo de lo que Fowler quería decir.

Joe lo había planeado todo. Había esperado este momento. En sus manos la filosofía de Juwain había sido un arma contra la humanidad.

Pues con la ayuda de la filosofía de Juwain, el hombre iría a Júpiter. Contra toda la lógica del mundo, iría a Júpiter. Para mejor o peor, iría a Júpiter.

La única posibilidad de triunfo había sido la incapacidad de Fowler de describir lo que había visto, decir lo que había sentido, comunicar a sus semejantes lo que pensaba. Con el simple lenguaje humano el mensaje de Fowler hubiera sido algo vago y borroso. Las gentes lo hubiesen aceptado, quizá, en un principio, pero luego, sacudidas en su fe, hubiesen atendido a otros argumentos.

Pero ahora esa posibilidad ya no existía, pues las palabras ya no eran vagas y borrosas. La gente sabría, con tanta claridad como Fowler, cómo era Júpiter.

La gente iría a Júpiter, iniciaría otra vida.

Y el sistema solar, todo el sistema solar, con excepción de Júpiter, quedaría a merced de los mutantes, que podrían desarrollar cualquier clase de cultura... una cultura muy alejada de las normas humanas.

Webster se apartó bruscamente de la ventana, y volvió al escritorio. Abrió un cajón, buscó en su interior, y sacó algo que nunca había soñado usar... una reliquia, una pieza de museo que había guardado años antes.

Con un pañuelo frotó el metal del arma, y probó el mecanismo con dedos temblorosos.

Fowler era la clave. Si Fowler moría...

Si Fowler moría y se cerraban las estaciones de Júpiter, los mutantes serían derrotados. Los hombres retendrían la filosofía de Juwain, y su destino. La expedición a Centauri partiría a las estrellas. Los experimentos biológicos continuarían en Plutón. El hombre seguiría la ruta que se había trazado a sí mismo.

Más rápido que nunca. Con una rapidez inimaginable.

Dos fuerzas. La renuncia a la violencia. La comprensión que nacía de la filosofía de Juwain...

Dos fuerzas que acelerarían la marcha del hombre, cualquiera fuese la meta.

La renuncia a la violencia y...

Webster miró el arma que tenía en la mano y oyó algo así como un viento que rugía en su cabeza.

Dos grandes fuerzas. Y ya había decidido acabar con la primera.

Durante ciento veinticinco años ningún hombre había matado a otro. Durante mil años el asesinato no había sido factor determinante de los asuntos humanos.

Mil años de paz y una sola muerte lo destrozaría todo. Un tiro en la noche derribaría la estructura, haría retroceder al hombre a su pasado animal.

Webster mató, ¿por qué no hacer lo mismo? Al fin y al cabo hay hombres a los que habría que matar. Webster hizo lo que debía, pero no hay por qué detenerse. ¿Van a colgarlo? Deberían darle una medalla. Comencemos con los mutantes. Si no hubiese sido por ellos...

Así hablarían los hombres.

Eso, pensó Webster, es el viento que ruge en mi cabeza.

El resplandor del anuncio de raros colores se reflejaba fantásticamente en el techo y las paredes.

Fowler lo está viendo, pensó Webster. Lo está viendo, y si no, aún tengo el calidoscopio.

Lo invitaré y nos pondremos a charlar. Hablaremos.

Volvió a guardar el arma en el escritorio, y fue hacia la puerta.

**FIN**

## Arthur C. Clarke - **NO HABRÁ OTRO MAÑANA**

- ¡Esto es terrible! - exclamó el Científico Supremo -. ¡Seguramente podremos hacer algo!

- Sí, Su Conocimiento, pero será sumamente difícil. El planeta se halla a más de quinientos años luz, y es difícil mantener el contacto. Sin embargo, creemos poder establecer una cabeza de puente. Por desgracia, no es éste el único problema. Hasta ahora no hemos logrado comunicarnos con seres. Sus poderes telepáticos son sumamente rudimentarios... tal vez inexistentes. Y si no podemos hablar con ellos, no podremos ayudarles.

Hubo un largo silencio mental mientras el Científico Supremo analizaba la situación y llegaba, como siempre, a la respuesta correcta.

- Una raza inteligente ha de poseer algunos individuos telepáticos - murmuró -. Tendremos que enviar a cientos de observadores, sintonizados para captar el primer atisbo de pensamiento. Cuando hallen una sola mente sintonizada, que concentren en ella todos sus esfuerzos. Hemos de transmitirles nuestro mensaje.

- Muy bien, Su Conocimiento. Así se hará.

Al otro lado del abismo, al otro lado del golfo que la misma luz tardaba quinientos años en cruzar, los intelectos inquisitivos del planeta Taar extendieron sus tentáculos del pensamiento, buscando desesperadamente a un solo ser humano cuya mente pudiera percibir su presencia. Y, afortunadamente, encontraron a William Cross.

Al menos, en el primer momento lo consideraron una suerte, aunque después ya no estuvieron tan seguros. De todos modos, no les quedaba otra elección. La combinación de circunstancias que abrieron la mente de Bill a ellos sólo duró unos segundos, y no es fácil que vuelvan a ocurrir en este lado de la eternidad.

El milagro constó de tres ingredientes, y es difícil decir si uno fue más importante que el otro. El primero fue el accidente de posición. Un frasco lleno de agua, al incidir encima la luz del sol, puede convertirse en una lente tosca, concentrando la luz en una pequeña zona. A escala muchísimo mayor, el núcleo denso de la Tierra hacía converger las oleadas procedentes de Taar. En la forma ordinaria, la radiación del pensamiento no queda afectada por la materia, ya que aquella pasa a su través con la misma facilidad con que la luz atraviesa el cristal. Pero en un planeta hay mucha materia, y toda la Tierra actuó como una lente gigantesca. Al parecer, esto situó a Bill en su foco, allí donde los débiles impulsos mentales de Taar se concentraban a centenares.

No obstante, otros millones de hombres estaban igualmente bien situados, pero no recibieron ningún mensaje. Claro que no eran ingenieros de cohetes ni habían pasado años pensando y soñando con el espacio, hasta formar esta idea parte de su propio ser.

Ni estaban, como Bill, totalmente borrachos, vacilando ya en el último borde de la conciencia, tratando de escapar de la realidad a un mundo de ensueños donde no existiesen desalientos ni fracasos.

Naturalmente, comprendía la opinión del Ejército. - A usted le pagan, doctor Cross - había señalado el general Potter con un énfasis inútil -, para planear cohetes, no... ah... naves espaciales. Haga lo que quiera en sus horas libres, pero he de rogarle que no utilice los instrumentos de nuestro establecimiento para sus

caprichos. A partir de ahora, yo mismo comprobaré todos los proyectos de la sección de cálculo. Nada más.

Naturalmente, no podían despedirle; era demasiado importante. Pero él no estaba seguro de querer quedarse. En realidad, no estaba seguro de nada, salvo del trabajo que le habían asignado y de que Brenda se había largado definitivamente con Johnny Gardner... para poner los sucesos en su orden de importancia.

Tambaleándose ligeramente, Bill apoyó la barbilla entre sus manos y miró la pared de ladrillos encalados al otro lado de la mesa. El único intento de adorno era un calendario de la Lockheed, y una foto seis por ocho de un aeroplano mostrando el «Li'l Abner Mark I» efectuando un atrevido despegue. Bill miraba tristemente el espacio comprendido entre ambos adornos y vació su mente de todo pensamiento. Las barreras cayeron...

En aquel momento, los intelectos de Taar lanzaron un inaudible grito de triunfo, y el muro que Bill tenía delante se disolvió lentamente en una arremolinada niebla. A Bill le pareció estar mirando dentro de un túnel que se alargaba hasta el infinito. Y esto es lo que hacía en realidad.

Bill estudió el fenómeno con escaso interés. Era una novedad, aunque no llegaba a la altura de alucinaciones anteriores. Y cuando la voz empezó a hablar en su mente, resonó algún tiempo antes de que entendiera algo. Incluso bebido, Bill poseía un prejuicio anticuado respecto a conversar consigo mismo.

- Bill - murmuró la voz -, oye atentamente. Tenemos grandes dificultades para contactar con vosotros y esto es extremadamente importante.

Bill dudaba de esta declaración sobre principios generales. No hay nada tremendamente importante.

- Te hablamos desde un planeta muy distante - prosiguió la voz en tono amistoso -. Tú eres el único ser humano con el que hemos logrado entrar en contacto, de modo que has de comprender lo que decimos.

Bill se sintió algo inquieto, aunque de manera impersonal, puesto que ahora la resultaba más difícil concentrarse en sus propios problemas. A veces uno está muy grave si empieza a oír voces. Bueno, era mejor no excitarse. «Doctor Cross, se dijo, puedes tomarlo o dejarlo. Lo tomaré hasta que resulte molesto.»

- De acuerdo - repuso con indiferencia -. Adelante, háblame. Aunque sea largo, siempre que resulte interesante.

Hubo una pausa. Luego, la voz continuó en forma algo preocupada.

- No entendemos. Nuestro mensaje no es sólo interesante. Es vital para toda vuestra raza y debes notificarlo inmediatamente a tu gobierno.

- Estoy esperando - asintió Bill -. Esto me ayuda a pasar el tiempo.

A quinientos años luz de distancia, los taars conferenciaron apresuradamente entre sí. Parecía pasar algo intempestivo, pero ignoraban exactamente qué era. No había duda de que habían establecido contacto, más no era ésta la reacción que esperaban. Bien no tenían más remedio que proseguir y esperar mejor.

- Escucha, Bill. Nuestros científicos han descubierto que vuestro sol está a punto de estallar. Esto sucederá dentro de tres días a partir de hoy... dentro de setenta y cuatro horas, para ser exactos. Nada puede impedirlo. Pero no tenéis que alarmaros. Nosotros podemos salvaros, si hacéis lo que diremos.

- Adelante - repitió Bill.

La alucinación era ingeniosa.

- Podemos crear lo que se llama un puente... una especie de túnel a través del espacio, como éste por el que ahora miras. Es difícil explicar una teoría tan complicada, incluso para uno de tus matemáticos.

- ¡Un momento! - protestó Bill -. Yo soy matemático, terriblemente bueno, incluso cuando estoy sereno. Y he leído todas estas cosas en las revistas de ciencia ficción. Supongo que te refieres a cierta clase de atajo a través de una dimensión más elevada del espacio. Esto ya era viejo, en la época anterior a Einstein.

En la mente de Bill se introdujo una sensación de enorme sorpresa.

- No sabíamos que estuvierais tan avanzados científicamente - respondieron los taars -. Pero ahora no hay tiempo para discutir esa teoría. Sólo esto importa: si te introdujeses por la abertura que hay delante de ti, instantáneamente te hallarías en otro planeta. Como dijiste, es un atajo, en este caso, a través de la dimensión treinta y siete.

- ¿Y esto conduce a vuestro mundo?

- Oh, no, no podrías vivir aquí. Pero en el universo hay muchos planetas como la Tierra, y hemos hallado el que os conviene. Estableceremos cabezas de puente como ésta en toda la Tierra, de modo que la gente sólo tendrá que entrar en ellas para salvarte. Claro está, tendrán que volver a forjar una civilización en su nueva patria, pero ésta es su única esperanza. Tienes que transmitir este mensaje y decirles qué han de hacer.

- Ya les veo escuchándome - rezongó Bill -. ¿Por qué no habláis vosotros con el Presidente?

- Porque sólo hemos podido entrar en contacto con tu mente. Las otras están cerradas para nosotros; aunque no entendemos por qué.

- Yo podría contároslo - repuso Bill mirando la botella vacía que tenía delante.

Ciertamente, valía lo que costaba. ¡Qué notable era la mente humana! Naturalmente el diálogo no era original, y era fácil ver de dónde procedía la idea. La semana anterior había leído un relato sobre el fin del mundo, y todos estos pensamientos respecto a puentes y túneles a través del espacio era sólo una compensación para todo aquel que llevaba cinco años luchando con los recalcitrantes cohetes.

- Si el sol estalla - preguntó Bill bruscamente, tratando de pillar por sorpresa a su alucinación -, ¿qué sucederá?

- Vuestro planeta se fundirá instantáneamente. En realidad, todos los planetas hasta Júpiter.

Bill tuvo que admitir que ésta era una concepción grandiosa. Dejó que su cerebro jugara con la idea y cuanto más la consideraba, más le gustaba.

- Mi querida alucinación - observó piadosamente -, si te creyese, ¿sabes qué diría?

- Tienes que creernos - fue el grito desesperado a través de quinientos años luz.

Bill ignoró el grito. Estaba gozando con el tema.

- Te diré una cosa. Sería lo mejor que podría ocurrir. Sí, ahorraría muchos pesares. Nadie tendría que preocuparse por los rusos, la bomba atómica o el elevado índice de la vida. ¡Oh, sería maravilloso! Es justamente lo que todos anhelan. Gracias por habérmelo dicho, y ahora vuélvete a casita y llévate ese puente.

En Taar reinó la consternación. El cerebro del Científico Supremo, flotando como una gran masa en su tanque de solución nutritiva, amarilleó ligeramente por

los bordes... cosa que no había ocurrido desde la invasión Xantil, cinco mil años atrás. Al menos quince psicólogos sufrieron desquiciamientos nerviosos, y jamás se recuperaron. La principal computadora de la Facultad de Cosmofísica empezó a dividir cada número de sus circuitos de memoria por cero, y no tardó en estropear todos sus fusibles.

Y en la Tierra, Bill Cross exponía sus puntos de vista.

- Mírame - decía apuntando su pecho con un dedo vacilante -. He pasado muchos años intentando construir cohetes que fuesen útiles para algo, y ahora me dicen que sólo puedo diseñar proyectiles dirigidos, a fin de poder destruimos unos a otros. El Sol podrá, entonces, hacerlo mejor y más de prisa, y si nos entregaras otro planeta, volveríamos a empezar con el mismo afán destructor.

Hizo una triste pausa, acariciando sus morbosos pensamientos.

- Y Brenda se ha marchado de la ciudad sin dejarme ni una nota. De modo que has de perdonar mi falta de entusiasmo por tu amable oferta.

Bill comprendió que no podía pronunciar la palabra «entusiasmo» en voz alta. Pero aún podía pensarla, lo cual era un interesante descubrimiento científico. A medida que se emborrachara tal vez sólo acertase a pensar palabras monosílabos.

En un intento final, los taars enviaron sus pensamientos por el túnel formado entre las estrellas.

- ¡No puedes hablar en serio, Bill! ¿Todos los seres humanos son como tú?

Vaya, una pregunta filosófica muy interesante Bill la consideró atentamente... o al menos con la atención de que era capaz en vista del cálido y rosado resplandor que empezaba a envolverle. Al fin y al cabo, las cosas podrían ser peores. Podía hallar un nuevo empleo, aunque sólo fuese por el placer de decirle al general Potter lo que podía hacer con sus tres estrellas. Y en cuanto a Brenda... bueno, las mujeres eran como los tranvías: cada minuto pasa uno.

Pero lo mejor era que había una segunda botella de whisky en el cajón de MÁXIMO SECRETO. ¡Oh, maravilloso día! Se puso en pie con dificultad y se tambaleó por la habitación.

Por última vez, los intelectos de Taar se comunicaron con la Tierra.

- ¡Bill! ¡Todos los seres humanos no pueden ser como tú!

Bill se volvió hacia el túnel del tiempo. Era extraño... parecía iluminado por puntos estrellados... era realmente magnífico. Se sintió orgulloso de sí mismo; pocas persona podían imaginar tal cosa.

- ¿Como yo? - repitió -. No, no lo son.

Sonrió a través de los años luz, al tiempo que la marea creciente de euforia apagaba su desaliento.

- Pensándolo bien - añadió -, hay muchos individuos mucho peores que yo. Sí, creo que, a pesar de todo, yo aún soy uno de los felices.

Parpadeó levemente sorprendido, ya que el túnel acababa de replegarse sobre sí mismo y allí estaba de nuevo la pared encalada, exactamente igual que siempre. Los taars sabían que estaban derrotados. - Adiós, alucinación - musitó Bill -. Veamos cómo será la próxima.

En realidad, no hubo ninguna más porque cinco segundos más tarde perdió el conocimiento, mientras estaba marcando la combinación del cajón del archivo.

Los dos días siguientes resultaron vagos e inyectados en sangre, y Bill olvidó todo lo referente a la alucinación.

Al tercer día algo empezó a atosigarse la mente, y hubiera recordado la advertencia de los taars de no haber vuelto Brenda, pidiéndole perdón.



Naturalmente, no hubo un cuarto día.

**FIN**

## Dean R. Koontz - NOSOTROS TRES

Jonathan, Jessica y yo empujamos a nuestro padre, haciéndole rodar por el comedor y a través de la coquetona cocina estilo inglés antiguo. Nos costó bastante trabajo pasarle por la puerta trasera, porque se había puesto muy rígido. Y no me refiero a su carácter, aunque siempre que le venía en gana había actuado como un tirano. Ahora estaba rígido, sencillamente, porque el rigor mortis había endurecido sus músculos. Pero no nos arredramos por ello. Le dimos unas cuantas patadas hasta que se dobló por el medio y pudimos hacerle pasar por el marco de la puerta. Luego, lo arrastramos por el porche y los seis escalones de la entrada hasta dejarlo sobre el césped.

- ¡Pesa una tonelada! - exclamó Jonathan, resoplando y jadeando mientras se secaba el sudor que resbalaba por su frente.

- Nada de una tonelada - dijo Jessica -. En realidad, menos de ochenta kilos.

Somos trillizos y nos parecemos en un montón de cosas, pero también nos diferenciamos en muchos pequeños detalles. Jessica, por ejemplo, es la más pragmática de los tres, mientras que Jonathan tiende siempre a la exageración, a la fantasía... y a soñar despierto. Yo estoy, en cierto modo, entre los dos extremos. ¿Una especie de soñador pragmático, tal vez?

- Y ahora, ¿qué vamos a hacer? - preguntó Jonathan, arrugando la nariz con disgusto y mirando hacia el cadáver que yacía sobre la hierba.

- Quemarlo - contestó Jessica. Sus labios finos marcaban una línea roja en la parte inferior de su rostro. Sus cabellos rubios resplandecían bajo el sol de la mañana. Era un día maravilloso, realmente, y Jessica lo más bello de aquel día -. Quemarlo completamente.

- ¿No sería mejor traer aquí a madre también, y quemarlos a los dos juntos? - preguntó Jonathan -. Nos ahorraría un montón de tiempo.

- Si hacemos una pira demasiado grande las llamas van a subir muy alto - objetó Jessica -. Y alguna chispa perdida podría prender fuego a la casa.

- Podemos elegir entre todas las casas que hay en el mundo - dijo Jonathan extendiendo los brazos y abarcando con el gesto todo el contorno veraniego y más allá Massachussets, y detrás de Massachussets, la nación entera... y todo el resto.

Jessica le miró fijamente, con una mirada penetrante.

- ¿No tengo razón, Jerry? - preguntó Jonathan volviéndose hacia mí -. ¿No tenemos el mundo entero para nosotros? Me parece que es una solemne tontería preocuparse de esta vieja casa.

- Tienes razón - dije yo.

- A mí me gusta esta casa - replicó Jessica.

Y porque a ella le gustaba esta casa precisamente, nos apartamos unos cinco o seis metros del cadáver, que yacía allí, espatarrado, nos quedamos mirándolo, invocamos el fuego con el pensamiento y padre comenzó a arder en el mismo instante. Las llamas brotaron solas y envolvieron su cuerpo en un sudario rojo-anaranjado. Siguió ardiendo bien, se ennegreció, reventó, sus gases se escaparon en siseos y por fin quedó reducido a cenizas.

- Pienso que tendría que sentir tristeza - dijo Jonathan.

Jessica hizo una mueca.

- Bueno, al fin y al cabo, era nuestro padre - insistió él.

- Estamos por encima de los sentimentalismos fáciles - replicó Jessica, volviendo sus ojos hacia nosotros dos, primero Jonathan y luego yo, para asegurarse de que lo comprendíamos así -. Somos una raza nueva, con nuevas emociones y nuevas actitudes.

- Supongo que tienes razón - dijo Jonathan, pero no parecía muy convencido.

- Vamos ahora en busca de madre - dijo Jessica.

Aunque sólo tiene diez años - seis minutos más joven que Jonathan y tres minutos más joven que yo -, es la que posee más fuerza de carácter. Generalmente se sale con la suya.

Volvimos a entrar en la casa y arrastramos a madre.

## 2

El Gobierno había asignado a nuestra casa un contingente de nueve hombres de la infantería de marina y ocho agentes vestidos de paisano.

En teoría, la misión de estos hombres era la de protegernos y evitar que nos ocurriese nada malo. Pero la realidad era que estaban allí para vigilarnos y evitar que nos escapásemos. Cuando hubimos acabado con madre, fuimos sacando todos los otros cuerpos al césped y quemándolos uno tras otro.

Jonathan estaba exhausto. Se sentó entre dos esqueletos que todavía humeaban y se limpió el sudor y las cenizas del rostro.

- Tal vez hayamos cometido una gran equivocación - dijo.

- ¿Equivocación? - exclamó Jessica. Inmediatamente se puso a la defensiva.

- Tal vez no deberíamos haberlos matado a todos - insistió Jonathan.

Jessica dio una patada en el suelo. Los bucles rubios de su pelo ondearon al aire.

- ¡Eres un verdadero idiota, Jonathan! Sabes perfectamente lo que iban a hacernos. Cuando se dieron cuenta de lo lejos que podía llegar nuestro poder y de lo rápidamente que íbamos desarrollando nuevas capacidades, comprendieron muy bien el peligro que suponíamos para ellos. Estaban dispuestos a matarnos.

- Podíamos haber matado sólo a unos cuantos, como demostración - dijo Jonathan -. ¿Era necesario acabar con todos?

Jessica dejó escapar un suspiro.

- Escucha, eran como hombres del Neanderthal, comparados con nosotros. Somos una nueva raza con nuevos poderes, nuevas emociones, nuevas actitudes. Somos los niños más precoces de todos los tiempos; pero ellos disponían de una cierta fuerza bruta, no lo olvides. No nos quedaba más remedio que actuar rápidamente y sin previo aviso. Hicimos lo que teníamos que hacer.

Jonathan miró en tomo, pasando la vista por las manchas negras de hierba quemada.

- Va a ser un trabajo enorme. Nos ha llevado toda la mañana acabar con estos pocos. No terminaremos nunca de limpiar el mundo entero.

- Muy pronto habremos aprendido a levitar los cuerpos - dijo Jessica -. Ya siento un presagio de este nuevo poder. Quizá incluso aprendamos a teletransportarlos de un sitio a otro. Todo será más fácil entonces. Además no vamos a limpiar el mundo entero, sino tan sólo aquellas partes del mundo que queramos usar durante los próximos años. Para entonces, el tiempo y las ratas habrán completado la tarea.

- Seguramente tienes razón - admitió Jonathan.

Pero yo estaba convencido de que tenía muchas dudas al respecto, y compartía con él algunas de ellas. Era indudable que estábamos más alto en la escala de la evolución de lo que nadie había estado antes de nosotros. Podemos ver la mente y el porvenir bastante bien, y somos capaces de multitud de experiencias extracorporales. También dominamos ese truco del fuego, el poder de transformar la energía del pensamiento en un verdadero holocausto. Jonathan es capaz de controlar el curso de los arroyos y pequeños regueros de agua, un truco con el que suele divertirse mucho cada vez que trato de orinar. Aunque pertenece a la nueva raza, todavía le gusta jugar como un niño. Jessica puede predecir el tiempo con gran exactitud. Y yo tengo un poder especial sobre los animales. Los perros vienen a mí, y lo mismo ocurre con los gatos, los pájaros y con toda clase de vertebrados. Aparte de esto somos capaces de poner punto final a la vida de cualquier animal o planta con sólo pensar en su muerte.

Como pensamos en la muerte de todo el resto de la humanidad.

Quizá, teniendo en cuenta las teorías de Darwin, estábamos destinados a destruir a todos esos nuevos neanderthales, una vez que desarrollásemos suficientemente esta habilidad. Pero no puedo librarme de la duda. Presiento que, de una forma u otra, nosotros también sufriremos con la destrucción de la vieja raza.

- Eso es un pensamiento retrógrado - dijo Jessica. Había leído mi mente. Sus talentos telepáticos son más fuertes y están mejor desarrollados que los de Jonathan y los míos -. La muerte de estas gentes no significa nada. No podemos sentir remordimiento. Nosotros somos la raza nueva, con nuevas esperanzas, nuevas emociones, nuevos sueños y nuevas reglas de conducta.

- Desde luego - dije yo -. Tienes razón.

### 3

El miércoles bajamos a la playa y quemamos los cadáveres de los bañistas muertos. A todos nosotros nos gusta el mar, y no queremos quedarnos sin un buen espacio abierto de arena no contaminada. Los cuerpos putrefactos ensucian mucho la playa.

Cuando hubimos terminado nuestra tarea, Jonathan y yo estábamos muy cansados. Pero ella quería hacer el amor.

- Los niños de nuestra edad no somos capaces de hacer eso - objetó Jonathan.

- Pues claro que somos capaces - contestó Jessica -. Perfectamente capaces. Y yo tengo ganas. Ahora.

De modo que hicimos el amor. Primero Jonathan. Luego yo. Ella quería más, pero ninguno de nosotros dos podíamos con un segundo round.

Jessica se tumbó sobre la arena, desnuda, y su cuerpo, aún sin formas definidas, resplandecía blanco sobre la arena.

- Esperaremos un poco - dijo.

- ¿Esperar a qué? - preguntó Jonathan.

- A que los dos estéis listos de nuevo.

### 4

Cuatro semanas después del fin del mundo, Jonathan y yo estábamos solos en la playa, tostándonos al sol. Jonathan permaneció en silencio durante un buen rato, como si tuviese miedo de hablar. Por fin dijo:

- ¿Crees que es normal que una chica de diez años sea tan insaciable?
- No es insaciable - repliqué yo.
- Pues no nos deja en paz ni a ti ni a mí.
- Lo que pasa es que tiene un gran apetito.
- Es más que eso.

Jonathan tenía razón. Yo sentía lo mismo que él. Jessica tenía la misma obsesión por el coito que un alcohólico tiene por la botella, aunque rara vez parecía gozar con ello...

5

Dos meses después del fin del mundo y la quema de nuestros padres, cuando tanto Jonathan como yo empezábamos a hartarnos de la casa Y queríamos escapar lejos, en busca de lugares más exóticos, Jessica nos dio la gran noticia:

- No podemos irnos aún - dijo. Su voz denotaba una gran excitación -. No podremos irnos en varios meses. Estoy embarazada.

6

Nos dimos cuenta de aquella cuarta conciencia entre nosotros cuando Jessica estaba en el quinto mes de su embarazo. Nos despertamos todos en mitad de la noche, bañados en sudor y sintiendo náuseas, al percibir claramente la presencia de aquel nuevo ser.

- Es el bebé - dijo Jonathan -. Un niño.

- Sí - respondí yo, parpadeando ante el impacto de la novedad -. Y aunque está todavía dentro de ti, Jessica, tiene conciencia. Aún no ha nacido, pero es ya totalmente consciente.

Jessica se retorció de dolor y gimió desconsoladamente.

7

- El bebé será nuestro igual, no nuestro superior - insistía Jessica -. Y no quiero oír más esas tonterías que dices, Jonathan.

Era todavía una niña y sin embargo estaba hinchada con nuestro hijo. Cada día que pasaba su aspecto era más grotesco.

- ¿Cómo puedes saber que no es superior a nosotros? - le preguntó Jonathan -. Ninguno de nosotros puede leer su mente. Ninguno de nosotros puede...

- Las nuevas especies no evolucionan tan de prisa - dijo ella.

- ¿Y qué dices de nosotros?

- El viene de nosotros - contestó Jessica. Por lo visto pensaba que esta verdad denegaba la hipótesis de Jonathan.

- Nosotros vinimos de nuestros padres. Y ¿dónde están ellos ahora? - replicó Jonathan -. Escucha, imagina que nosotros no somos la nueva raza. Imagina que somos sólo un paso intermedio, muy breve, como el estado de crisálida entre el gusano y la mariposa. Quizá el bebé será...

- No tenemos nada que temer del bebé - insistió ella, acariciándose el vientre con las dos manos -. Aunque sea cierto lo que tú dices, nos necesitará. Para la reproducción.

- Te necesitará a ti - dijo Jonathan -. Pero no a nosotros.

Yo permanecía allí sentado, escuchando la discusión y sin saber qué pensar. Realmente me resultaba un tanto divertido, pero al mismo tiempo me asustaba un poco. Traté de hacerles ver el lado cómico del asunto:

- Tal vez no lo hemos entendido bien. Quizá el bebé representa el Segundo Advenimiento.

Ninguno de ellos lo encontró gracioso.

- Nosotros estamos por encima de todas esas supersticiones - dijo Jessica -. Somos la nueva raza, con nuevas emociones, nuevos sueños, nuevas esperanzas y nuevas normas de conducta.

- Se trata de una verdadera amenaza, Jerry - dijo Jonathan -. No es para tomarlo a broma.

Y de nuevo se pusieron a discutir, gritándose el uno al otro. Lo mismo que solían hacer madre y padre cuando se presentaban problemas en el presupuesto de la casa. Hay cosas que no cambian nunca.

El bebé nos despertaba muchas veces durante la noche, como si gozara en interrumpir nuestro sueño y tenernos inquietos. Durante el séptimo mes del embarazo y cerca ya del alba, nos despertamos todos sobresaltados ante el trueno de energía de pensamiento que brotó del nuevo ser, todavía enclaustrado en el vientre de Jessica.

- Creo que estaba equivocado - dijo Jonathan.

- ¿En qué? - le pregunté yo. Apenas si podía distinguir su rostro en la oscuridad de la habitación.

- Es una niña, no un niño.

Forcé mi mente intentando conseguir una imagen de la criatura. No pude, porque se me resistía con fuerza, lo mismo que se resistía a las tentativas psíquicas de Jonathan y de Jessica. Pero, a pesar de todo, estaba seguro de que se trataba de un macho, no de una hembra. Así lo dije.

Jessica se incorporó en la cama y se quedó con la espalda apoyada en la cabecera, con las dos manos sobre su vientre, que palpitaba.

- Os equivocáis los dos. Creo que se trata de un niño y una niña. O tal vez no sea ni una cosa ni otra.

Jonathan encendió la lamparita de noche, en aquella casa junto al mar, y se quedó mirando a Jessica.

- ¿Qué quieres decir con eso?

Jessica contrajo el rostro al sentir los fuertes golpes que la criatura daba contra sus paredes abdominales.

- Yo estoy más en contacto con él que ninguno de vosotros dos. Yo puedo sentirlo. No es como nosotros.

- Entonces tenía yo razón - dijo Jonathan.

Jessica no dijo nada.

- Si es bisexual, o asexuado, no necesita de ninguno de nosotros - murmuró al cabo de un momento Jonathan, y apagó de nuevo la luz.

No había nada que hacer.

- Quizá podríamos matarlo - dije yo.

- No, no podemos - dijo Jessica.

- ¡Jesús! - exclamó Jonathan -. ¡No podemos siquiera leer su mente! Si es capaz de mantenernos a los tres a raya de esta manera, seguro que es capaz de protegerse a sí mismo. ¡Dios mío!

En la oscuridad, mientras la invocación resonaba aún en el aire, se oyó la voz de Jessica:

- No uses esa palabra, Jonathan. Está por debajo de nuestro nivel. Nosotros estamos ya por encima de todas esas viejas supersticiones. Somos la nueva raza. Tenemos emociones nuevas, creencias nuevas, reglas nuevas.
- Durante un mes más, o cosa así - dije yo.

**FIN**

## William F. Temple - UN NICHO EN EL TIEMPO

Este vez tenía que ser un pintor. Mi clase de pintor.

Tengo inclinación a lo universal, pero con una especial preferencia: música, literatura, poesía, teatro, arquitectura y escultura. Todo son escaleras para mi espíritu, sendas por las que remontar y pendientes del Parnaso.

Sin embargo, para mí, la máxima ambición significa sólo esto: una cierta magistral disposición de los colores, de luz y sombras, que suscita una fulgurante exaltación.

Tenía que ser Van Gogh.

En lo que concernía a otros, existía, por lo común, la duda respecto al exacto Momento a elegir. Para mí, personalmente, el Momento de Vincent fue cuando pintó «La casa amarilla», su obra maestra. Para la empresa que me proporciona el trabajo, la Universidad, Departamento de Historia, Sección E.A. (Estímulo Activo), el Momento se hallaba en el Borinage, durante el período de mayor desaliento de Van Gogh. El Sínodo había declarado que era un predicador de lo más insatisfactorio y lo había expulsado.

Van Gogh no sabía qué hacer. Por este motivo, lo visité.

Poco después escribió a su hermano Theo: «Decidí volver a tomar el lápiz y empezar a dibujar de nuevo. A partir de este momento, todo me pareció diferente».

Yo fui el hombre de ese «momentos» y esta es mi tarea, puesto que soy un visitador.

Este es un trabajo de responsabilidad y la tensión de tener que decir lo adecuado en la ocasión oportuna, puede atacar los nervios de cualquiera. Así, la Universidad, aunque a veces es incomprensible, pero a menudo no, me permite, de vez en cuando, un viaje de puro placer, unas pequeñas vacaciones.

En una de estas ocasiones deseé ver a un pintor. Mi clase de pintor. Decidí visitar de nuevo a Vincent, ocho después del Borinage... Ocho años de su época, desde luego. Un día en que la pintura del lienzo «La casa amarilla» está fresca todavía...

En mi excitación calculé mal y, en vez de aparecer en el parque arbolado, estacioné la cronocabina en el centro del prado de la plaza Lamartine. Sin embargo, no había nadie por los alrededores que fuese testigo de mi salida de la nada. Como siempre, yo iba disfrazado. Esta vez de labriego francés, con la cara y brazos de color nogal.

No se debe llamar nunca la atención del populacho.

Allí me encontraba yo, en la esquina. Y allí estaba la misma casa amarilla, con su puerta verde. El sol la bañaba. Pero el amarillo era intenso, falto del meloso empaste cálido del pincel de Vincent. El cielo, arriba, era puro cobalto, exento también del mágico ingrediente negro que Vincent ponía en su cielo. Se precisaba ser un maestro para mejorar la Naturaleza.

Más allá, a la derecha, el fascinante Café de Nuit, polvoriento, destartado y prosaico a la plena luz del día y también veíanse los dos puentes del ferrocarril. Y atravesando precisamente el más próximo ¡un oportuno regalo del Tiempo!, un lento tren, tiznado y humeante.

Ya más consciente a, cada precioso matiz, anduve lentamente sobre el pardo césped.



Esta vez no tenía necesidad de explicar que yo era un Visitador. Nunca resulta fácil hacerlo y era agradable descansar. Vincent Van Gogh tenía todavía dos años más, dos años terribles, de vida y no había nada que yo pudiera realizar en lo que a él le concernía. Su dolencia estaba profundamente arraigada ya en su cerebro.

Mi francés era mucho mejor que el suyo y éste fue el motivo de que me tomase por un súbdito galo.

Aunque, desde luego, por un tipo singular: un labriego que conocía algo de la técnica de la pintura. Pero Vincent vivía ya en un mundo de fantasía y me convertí para él, simplemente, en una porte de aquel mundo.

En mi primera visita, la cosa había sido más difícil. Vincent acababa de ser humillado de un modo muy grave y temía que yo fuera algún agente de la Comisión Evangelizadora. También era yo, a la sazón, un excelente lingüista, pero el holandés no constituía mi punto fuerte. Él había enseñando, y predicando, en Inglaterra, por lo que hablamos en Inglés en aquella ocasión.

Y entonces lo hice volver a Inglaterra... en la cronocabina.

Londres. Pleno invierno de 1948. Un oscuro día gris sobre el oscuro Támesis. Una incesante llovizna caía de un brumoso cielo. Llegamos por detrás de una cabina telefónica, cuyo color rojo era la única salpicadura de color visible, a una calle apartada.

Le indiqué que doblásemos una esquina y allá en la acera, pacientes bajo la lluvia, había una hilera de más de mil personas que iban entrando, con lentitud, en la Tate Gallery. Y, mientras el gran edificio iba tragándose las primeras gentes de la fila otras personas se unían al final de la cola, manteniéndola en una longitud continua.

- Así ocurre cada día - le manifesté -. De esta manera pasó ayer, sucederá mañana, pasado y el otro. Mil personas a todas horas, cada hora. Las marcas de asistencia a una exposición de arte han sido superadas por ésta. Esas gentes, hastiadas, abatidas por una prolongada guerra, anhelan sol y calor. Afluyen en masa para saciar sus espíritus con el festín de la obra de un gran artista.

- ¿Acaso Rembrandt? - aventuró Vincent inocentemente, contemplando el tráfico de la calle con mirada asombrada pero cauta.

El tránsito no era excesivo aquel día, pero yo ya lo había previsto.

- No. Es por usted... por Vincent Van Gogh.

Se quedó pasmado. Incapaz de pronunciar una palabra. Sus ojos azul pálido de exaltado mirar giraron alocados en sus órbitas. Temí que pudiera acometerlo uno de sus ataques, pero el temblor de su cuerpo se debía sólo a la excitación que le había causado aquella evidencia de su increíble éxito.

Nos pusimos en la fila, para que él pudiese contemplar por sí mismo las fulgurantes flores y los huertos anegados en el sol de su futuro estilo...

Y ahora, en ese futuro suyo, en Arlés, en mi segunda visita, me hallaba de nuevo contemplando alguna de aquellas obras; no colgadas, despreciadas e invendibles.

El espeso empaste de «La casa amarilla» estaba todavía húmeda como la crema dental; él acababa de entrarla de la calle. En teoría, yo pudiera haber impreso mi pulgar en la pintura para la posteridad.

Me extasié ante este momento histórico.

Me imaginé aquella casita cuando el mistral aullaba en torno a ella, haciendo entrechocar las ventanas, batiendo las puertas y crispando los hipersensibles nervios de Van Gogh.

Contemplé el amasijo de pintura caída en el suelo y las salpicaduras que decoraban las paredes. Vincent no tardaría en limpiarlo todo enjalbegando de nuevo los muros, ya que su héroe, Gauguin, iba a llegar para quedarse algún tiempo en su compañía.

Pero un día durante la estancia de Gauguin, el suelo de tilo rojo enrojecería aún más con la sangre de Vincent, y las salpicaduras de las paredes se tornarían de un tono carmesí.

Eché una ojeada a su oreja derecha y volví a experimentar el antiguo terror de Némesis. En efecto, la cronocabina era como una mosca que zumbara a través de la ruta de un camión sin frenos.

Acaso el universo estuviera loco. En este caso, lo más que uno puede hacer es dar ánimos a la gente para que pueda afrontarlo.

Y si alguien necesitaba aliento, ese alguien era Vincent. Tomad al azar un instante de su vida y podréis, razonablemente, considerarlo como el Momento. Por ejemplo, aquí y ahora, en Arlés. Seguía sin vender un solo cuadro. En toda su vida vendería uno únicamente y por menos de cuatrocientos francos. ¿Valdría la pena que le dijese que en París, en 1957, uno de sus cuadros sería vendido por el equivalente de doscientos cincuenta mil de aquellos mismos francos? ¿Y que, en aquel período, su producción total iba a ser evaluada en treinta millones de francos? Vincent necesitaba dinero y alimentos ahora. Con toda probabilidad lo amargaría el saber que los marchantes de arte (de la misma ignorante casta que los que le habían menospreciado durante toda su vida) amasarían fortunas a su costa una vez él muerto.

En consecuencia, no se lo dije.

De todas formas en esta ocasión yo no tenía autoridad alguna con la que respaldar tal afirmación. La primera vez, revelé mi identidad y la demostré. Luego, acabada mi misión, borré las huellas electrónicamente, basándome en el procedimiento normal. Este vez, yo era tan sólo Francois, un campesino que sabía valorar el arte, que deseaba aprender la técnica de un indiscutible maestro.

Como esperaba, el solitario Vincent -Privado de toda comunicación sobre el tema, excepto en sus cartas a Theo- se mostró ávido de desahogarse.

Al cabo, se instaló en la cama fumando y hablando sin cesar, en tanto que yo ocupaba la silla de anea que él habría de hacer famosa, embriagado en sus palabras, en la conversación del héroe, del genio el que me había sido dado el privilegio de ayudar, mientras él se explicaba a él mismo y me describía su trabajo a mí personalmente en un caluroso atardecer en Arlés. Muy lejos en el tiempo y en el espacio...

Fue algo inolvidable. No obstante, tuve la precaución de transcribirlo, gracias a la cinta magnetofónica, inmediatamente después de mi regreso. Fue, en realidad, un monólogo de dos horas.

¿Desean conocer lo que me explicó Vincent Van Gogh? No tienen más que seguir leyendo.

- Mi mente es puramente la de un artista - dijo -. Tantea su camino a través de una especie de bruma coloreada. Razona con pobreza; no ve nada preciso y claro en blanco y negro. Las matemáticas siempre me confundieron. No puedo captar los tecnicismos científicos. Simplemente aprendo la forma, la tonalidad, las sombras...

¿Cómo pudieron nombrar Visitador a una persona como yo? Bueno. Estoy restringido al campo de las artes, del mismo modo en que mi colega Blum se halla limitado al de las ciencias. A veces envidio su mente aguda y exacta. Su tarea consiste en alentar a los genios científicos durante las épocas en que la superstición, la incredulidad o los prejuicios emboten su creatividad.

Por lo menos puede ofrecer una explicación lógica de cómo pasado, presente y futuro no son meramente interdependientes, sino un todo inmutable. Y cómo un hombre no nacido todavía, puede contribuir en algún punto de la corriente humana y añadir su granito de arena al platillo de la balanza, cuando un desesperado creador está vacilando entre reanudar la lucha o renunciar para siempre a su empresa.

Cuando mis particulares bebés de la inmortalidad me piden que explique la aparente paradoja del tiempo, comienzo a titubear. Y me repliego en mí mismo. Insistiendo: «Bien, así es, porque aquí estoy. Si queréis mayores pruebas, os llevaré a través de tiempo hasta mi mundo, que también es el vuestro, pues vosotros lo habéis conquistado.»

Y desde luego, una vez que han paladeado la futura forma -a menudo póstuma-, nunca reinciden en su pregunta. Esta podría echar a perder el sueño. Cuando han visto sus cuadros o esculturas en el Louvre, oído auditorios que vitorean sus óperas o piezas teatrales o han contemplado, en las bibliotecas, muchas y manoseadas ediciones de sus libros, entonces se han sentido renacer.

El hosco Beethoven, por ejemplo, amargado por el general abandono y angustiado por su creciente sordera, tras su visita a la sala de conciertos Carnegie Hall se tornó tan afable y alegre como su propia Sinfonía Pastoral. Era la alegría de la fe vindicada.

Otra paradoja. El hombre nunca deja de tener fe. Cree siempre. Aunque un hombre diga que ha perdido la fe, tiene todavía fe... en su misma creencia de que la ha perdido. A pesar de todo, esa pérdida de fe puede causar un colapso espiritual. Es como la trampa remolineante de un torbellino, en la que el alma de un hombre puede seguir girando inútilmente hasta la muerte.

Expliqué a Ludwig von Beethoven, que la misión de un Visitador era la de echar un cabo a tales almas atrapadas, a lo que contestó de su modo característico:

- No soy el único. Sé de amigos...

- No puedo ayudar a sus amigos - respondí -. Aun cuando lo intentase, no podría darles lo que el destino les ha negado. Tienen talento, pero no genio. La experiencia ha demostrado que el genio se impone y el talento no. No puedo hacer nada por ellos.

Esto condujo a una discusión sobre la naturaleza del genio.

La opinión de Beethoven venía a ser...

Podéis conocer el punto de vista de Beethoven acerca del genio y no os costará nada, seguid leyendo.

Analizad los versos más excelsos de la poesía y hallaréis que son evocaciones del inexorable paso del tiempo.

Pero siempre, tras de mí,

Aproximarse, raudo, el carro del tiempo.

O bien:

Mana del aire el resplandor

Las reinas han muerto jóvenes y bellas.

El polvo ha cerrado los ojos de Helena.

Y también:

Ninfas y pastores, ya no dancéis más.

(Este verso hacía siempre llorar a Housman).

Shakespeare, desde luego, fue, de todos modos, el que tuvo mayor sentido del Tiempo y a éste se refiere de diversas maneras, como «El relojero, el calvo sepulturero... Ese viejo árbitro común... Un tiovivo... Un huésped de buen tono... El rey de los hombres... Devorador de la juventud... Un enorme monstruo de ingratitudes... Envidioso y calumniador Tiempo».

Y nos propone:

Ved los minutos como corren...

Y nos pregunta:

¿Qué mano puede detener sus rápidos pies?

¿Quién puede evitar su deterioro de la belleza?

Y aduce:

Pero ¿por qué no tienes un medio más poderoso para luchar contra ese sangriento tirano del tiempo?

Y manifiesta:

El tiempo, que inspecciona a todo el mundo, debe tener un límite.

Sus sonetos son un largo desafío al Tiempo devorador. Constantemente repite que, aunque el Tiempo lo devorará a él, sus poemas se impondrán el Tiempo.

Ni el mármol, ni los dorados monumentos de los príncipes sobrevivirán a esta poderosa rima.

Esto nos conduce a un misterio. Tras su retirada a Stratford no intentó publicar ninguna de sus obras teatrales, que se habrían perdido para siempre a raíz de su muerte de no haber guardado sus amigos algunos viejos ejemplares.

¿Se había resignado, por fin, Shakespeare a la inevitable victoria del Tiempo o, simplemente, le sacaba la lengua con desdén?

Me agradecería visitarlo en su retiro y resolver este misterio. Algún día lo haré.

Tengo que oír de nuevo aquella voz hermosa y dulce, recitando sus estrofas con aquel fascinante acento del condado de Warwick que nunca perdió. Los hombres se extrañan de que, cosa rara, nunca tachó un verso en sus manuscritos. Claro que no. Era un actor. Tenía, por ello, la costumbre de recitar sus versos en voz alta muchas veces, hasta lograr que sonaran debidamente. Luego, el transcribirlos, era una simple tarea de amanuense y tan natural que como observaron Heminge y Condell: Su mente y su mano iban al unísono.

Yo habría pensado que su Momento, para el tratamiento E.A., resultaba demasiado tardío en su vida, es decir, cuando en su amarga desesperación ante la ingratitud humana, escribió el cáustico «Timón de Atenas». Pero los jefes del Departamento sostenían que esta obra pertenecía a alguna época del período de los sonetos, cuando se hallaba afligido por el caprichoso desaire de la Dama Oscura.

Tal vez tenían razón. De todos modos, entonces le visité oficialmente.

La misteriosa Dama Oscura, era sin duda una femme fatal. Como ejemplo tenemos al pobre Fortesque que, por su causa, se arrojó desde el antiguo Puente de Londres.

Ella era...

Quizá ya sabéis quién era. También puede ser que, como quienes se han afanado por espacio de cuatro siglos en descubrir su identidad, estáis asimismo

«in albis», como vulgarmente se dice. Pero no es preciso que permanezcáis en la ignorancia. En la última página de este folleto encontraréis la clave que os permita abrir la puerta, no sólo de este misterio, sino además, a otros muchos de esta historia.

Era la noche del 3 de marzo de 1875, la del estreno de «Carmen» en la Opera Cómica de París.

El auditorio se mostró frío como un témpano de hielo. No supo comprender aquella obra por cuya razón se aburrió como una ostra. Cayó el telón en medio de un coro de silbidos y siseos, como si el teatro entero fuera un nido de serpientes.

Según una noticia muy difundida, repetida por Bruneau, Bizet estuvo vagando por las calles de París hasta el alba del día siguiente, histérico a causa de la afrente y la desesperación. Posteriormente, Halévy pudo dar testimonio de que no era tal el caso, ya que, tras la representación, Bizet regresó con él a su alojamiento. Y eso es verdad; yo lo sé porque me fui tras ellos.

En ciertos aspectos, ésta fue la más singular de todas mis misiones. Aunque condenada al fracaso, estaba escrito que había de intentarlo.

Lo esencial de la vida consiste en que todos tenemos que intentar las cosas.

Lo que nunca comprenderé es cómo el aliento dado «después» de que un trabajo está creado, puede ayudar a su creación. Blum me dice que debo dejar de pensar en el tiempo uni-dimensionalmente, como una línea ininterrumpida. Deberé representármelo tri-dimensionalmente; como un cubo, pongamos por caso.

La mente consciente del hombre se mueve de un punto a otro sobre las superficies del cubo. Pero su mente subconsciente se mueve bajo esas superficies, con relampagueante rapidez, surcando el interior del cubo. Puede alcanzar puntos de tiempo en cualquier parte del cubo, mucho antes de que lo haga la atención consciente.

No es que éste sea ningún descubrimiento nuevo, puesto que ya a finales del siglo XIX y comienzo, del XX, los experimentadores confirmaron, con claridad meridiana, el fenómeno de la precognición.

De todos modos, subsiste el hecho de que el subconsciente se percata del Momento del Estímulo Activo y es esta sería la causa de que en ese momento permanezca en el futuro o pasado consciente, pues su creación es del subconsciente de donde procede.

Bizet estaba solo en su habitación cuando lo visité de madrugada. Todavía vestido de etiqueta, se hallaba sentado a la mesa con una botella de champaña y una copa a medio llenar. Había bebido poco y aún estaba completamente sereno.

Su rostro permanecía impassible... y, recordándolo, todavía me obsesiona. Acababa de recibir un brevísimo golpe moral. Pero su autodomínio era casi sobrehumano. Lo respeté como hombre más que a cualquier otro que haya conocido en el pasado o en el presente. He pintado su retrato de memoria. Representa simplemente a un hombre de hermoso cabello y barba, que aparece pensativo... y gentil. (Esta es una definición poco satisfactoria, pero es la única algo aproximada a lo que observé.)

En mi imagen, me fue imposible captar la verdadera esencia de Georges Bizet. Debo intentarlo de nuevo.

Me presenté y lo manifesté la razón de mi presencia. Pareció creerme sin más explicaciones, casi como si hubiera estado esperándome.

Le dije:

- En 1880, Tchaikowsky profetizará públicamente, que en el plazo de una década, «Carmen» se convertirá en la ópera más popular del mundo. Y me alegra asegurarle que su predicción será exacta.

Sonrió y sirviéndome una copa de champaña me dijo.

- Bebamos entonces a la salud de Tchaikowsky.

- No - repuse yo, alzando mi copa -. A la salud de Bizet.

- Gracias. Es usted el único que brinda por mí este noche. En estos momentos, todos los críticos están afanados en destrozarme mi ópera «Carmen» con las puntas de sus plumas.

- ¡Críticos! En las pocas ocasiones en que sus opiniones coinciden por unanimidad, las razones que exponen son totalmente diferentes. Ignórellos. Usted escribió «Carmen» para el público; no para ellos.

Bizet tomó un sorbo de su copa.

- Así es, en efecto. Y el público la ha rechazado.

- Venga conmigo - dije mientras me ponía en pie -. Vamos a ir al teatro de la ópera. Nos trasladaremos al año 1905, a la noche de la 1000 representación de «Carmen»

Naturalmente, esperamos que estos breves extractos del famoso «Diario de Jon Everard», estimularán su interés hacia toda esta maravillosa historia. Podéis pedir Podéis pedir ejemplares de los dos magníficos volúmenes encuadernados en lujosa tela. Para ello, sólo tenéis que llenar el boletín al pie de página. NO REMITÁIS DINERO hasta que hayáis examinado esta formidable adquisición para toda la vida, a vuestro gusto y en vuestro propio domicilio.

Huid de las largas veladas invernales, en luminosos viajes a través del tiempo, con Jon Everard, para encontrarse, frente a frente, con muchos de los más grandes hombres que jamás existieron.

Cuando acabó de leer el brillante folleto, Jon Everard frunció los labios y lo puso sobre su escritorio.

Miró al visitante, el cual esperaba con impaciencia un tanto nerviosa, su comentario.

- Una selección deficiente - dijo -. Lo siento, Mr. Bernstein. No son, en verdad, los mejores de mis pasajes. El equilibrio es pobre. Y ese cursi oropel que tiene por objeto atraer al posible cliente, es francamente deplorable.

Bernstein pareció abatido y con la cabeza gacha respondió:

- Desde luego. Algunos de mis escritores de propaganda tienden a la falta de gusto, Mr. Everard. Pero su misión es procurar vender el libro al mayor público posible. Tienen que andar con la vista puesta hacia abajo... Y, al parecer, en esta ocasión no anduvieron con mucho tacto, ¿no es así? Estoy echándolo todo a perder. Creí que sería una buena idea lanzar este folleto. En una sola ojeada soy capaz de demostrarle que usted podría convertirse en el diarista más famoso y popular que ha existido desde Pepys. Tal vez debiera haberle traído una de las ediciones en piel.

- No. Está bien - interrumpió Everard -. Usted lo hizo bien. Dispense mi modo quisquilloso de censurar. Últimamente he tenido una excesiva excitación nerviosa.

- Sí, ya lo sé. Creo que yo soy su mayor admirador, Mr. Everard. Conozco su diario casi de memoria. Por el tono, puedo decirle que hacia este período tenía usted una gran depresión nerviosa, aún cuando no lo registrara con tantas palabras.

- Se notaba, ¿eh?

- A mí me pareció que usted estaba obstinado en medirse con todos estos grandes hombres en su propio perjuicio. Estaba perdiendo el sentido de su propia valía. Por ello elegí ese período para demostrarle que, probablemente y de manera por completo inconsciente, estaba usted escribiendo una obra maestra. Ninguno de sus sucesores ha logrado realizar una cosa semejante. Yo sé que, en lo que a mí concierne, no podré jamás alcanzarle, aun cuando también yo lleve un diario. Estoy poco preparado todavía en esta tarea. Con franqueza: esperaba obtener algunas confidencias suyas, tal como lo hizo usted con Van Gogh.

Jon Everard asintió.

- ¿Es esta visita una de sus elecciones de vacación?

- Sí. La primera. La Universidad desconfiaba de que necesitara usted del estímulo y rehusó sancionar un viaje oficial. Ya sabe lo que cuestan estas cosas. Siempre hay discusiones sobre los gastos.

- Entonces, no debo aumentar su cuenta insistiendo en que vaya a inmiscuirse en su mundo. De todos modos, parece ser el mismo y viejo mundo. Gracias por su visita, Mr. Bernstein.

Bernstein comprendió, con desconsuelo, que se le estaba despidiendo. Vaciló...

Everard adivinó sus pensamientos y lo dirigió una amable sonrisa.

- Me gustaría poder ayudarle, pero nada de cuanto pudiera decirle le sería de utilidad. Esta es una tarea muy personal, en la que el adentrarse en ella, el abordar a cada personaje, ha de ser diferente, según la propia naturaleza de cada uno. La experiencia es la única maestra. Así que, concéntrese en la evolución del primer Bernstein, mejor que en la del segundo Everard. Esto acrecentará su confianza en sí mismo. Le diré una cosa: en ninguno de mis viajes he sido recibido con frialdad... ¿Qué marca su cronómetro?

Bernstein se sobresaltó primero: luego examinó la esfera.

- Veintiún minutos, treinta y cinco segundos.

- Bórrelo y después haga una vuelta de veinticinco en el borrador - aconsejó Everard.

Bernstein rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y luego se sonrojó.

- Verdaderamente debo ser tonto. He olvidado traerlo. Estaba tan ansioso por conocerle que salí a toda prisa... Ahora habré de volver para recogerlo.

- ¿Y añadir otros quince mil a la cuenta?

- Cerca de los cuarenta mil, en estos tiempos... Quiero decir en mi tiempo - dijo con tono melancólico Bernstein -. Los administradores se van a enojar conmigo por haber hecho una majadería como ésta, sobre todo en un viaje de favor. Sin embargo, de cualquiera de las maneras, jamás lamentaré el haberlo efectuado.

- No necesitan enterarse - sonrió Everard -. Puede emplear usted mi borrador.

Fue a su cronocabina que, estacionada en la esquina, más parecía una cabina telefónica, pues presentaba adrede este aspecto para evitar el llamar la atención o despertar la curiosidad. Jon Everard era el primer Visitador oficial y, por entonces, sus informes se hallaban en la Lista Restringida.

Abrió la puerta de la cabina y dio una palmada a una funda de cuero sujeta en la parte interior.

- De todos modos aquí hay un repuesto. Tenga siempre su borrador guardado en su cronocabina. De esta forma, no lo podrá abandonar en cualquier descuido.

- Gracias. Así lo haré, Mr. Everard.

Everard sacó de su funda la especie de pistola que era el borrador. La esfera de su extremo despidió un destello al captar la luz. Everard giró un botón de rosca para poder fijar la manecilla.

- Veinticinco minutos - dijo, tendiendo a continuación el instrumento a Bernstein.

- Bien - asintió éste, una vez lo hubo comprobado,

Everard regresó a su escritorio y tomó asiento de nuevo en su cómoda butaca.

- Debe ser un alivio para usted el poder evitar esta vez la explicación - dijo -. Yo la considero siempre una dura prueba. En ocasiones están tan asustados, que cualquiera diría que fuera uno a matarlos. Asegúrese de reemplazar ese borrador en mi cronocabina... No se lo meta en el bolsillo, llevándoselo con usted. Bien, ya estoy relajado. Dispare en cuanto esté preparado.

Cerró los ojos como con un fin deliberado.

Bernstein pensó:

«No desea verme por más tiempo. Acaso él no haya soportado nunca una fría acogida, pero yo he tenido recibimientos mucho más calurosos que éste. Ni siquiera un apretón de manos como despedida. Y eso que le dije que era mi ídolo... Pero no le ha importado nada... Es, en verdad, bastante honesto. Pero yo había supuesto que tendríamos una amplia conversación sobre el particular, aunque hubiera tenido que permanecer aquí todo el día. Pero... ¡veinticinco minutos!»

Se colocó detrás de la butaca de Everard, apretó la punta del cañón del borrador contra su nuca y, con el pulgar, apretó el gatillo en forma de botón.

La potencia energética de un borrador constituye un bloque en el área prefrontal del cerebro, eliminando las huellas impresas en las neuronas, registradas conscientemente en cada período de encajamiento. El subconsciente conserva los recuerdos adecuados, los cuales, sin embargo, no pueden nunca resurgir a la conciencia, teniendo en cuenta que los puentes están destruidos.

No hubo reacción visible por parte de Everard, pero era lo acostumbrado. El embotamiento mental persiste, por lo común, tres o cuatro minutos después del golpe psíquico. Un artista, pongamos por caso, despertaría en el diván de su estudio e imaginaría haberse quedado dormido. Lo mismo daba que hubiese sido privado de unas horas de trabajo por el sueño natural, que por el originado por el borrador. Su vida en el sueño habría sido enriquecida de todas formas y su labor, su obra, sería el sueño hecho realidad, encarnado.

Bernstein se metió en el bolsillo el folleto y echó una ojeada a través de la ventana, hacia el mar bañado por el sol. Mentalmente, se había imaginado paseando a lo largo de la playa en compañía de su antiguo héroe, discutiendo sobre la vida y sobre qué es lo que hace a un hombre superior a otros y hablando hasta el momento en que aquellas aguas occidentales quedaran teñidas de sangrienta tonalidad por el ocaso del sol. Pero esta puesta de sol estaba aún lejana y ya tenía que abandonar a Everard y su mundo, para volverlos a encontrar tan sólo en las páginas impresas de un libro.

Suspiró, mientras dirigía una última mirada de despedida el rostro sereno e inmóvil. Luego avanzó hacia un rincón, que se hallaba junto a la elevada estantería llena de libros y... desapareció. Fue como al hubiera atravesado una puerta invisible y penetrado en otra dimensión. En realidad, esto era lo que había sucedido. Una invisible proyección de su cronocabina estaba situada allí.



Reapareció cinco segundos más tarde, abochornado y en extremo disgustado. Se precipitó a la bien visible cronocabina de Everard, metiendo en su funda el borrador.

«Esto es una majadería sentimental, pues destruyendo mi concentración puedo malograr ahora este tarea», se increpó a sí mismo.

Una leve sonrisa se dibujó fugazmente en los labios de Everard, para desaparecer apenas esbozada.

Bernstein otra vez en su cronocabina se fue también. Everard, que lo esperaba así, oyó el cómo el suave zumbido aumentaba en intensidad hasta culminar, de modo brusco, con un restallido semejante al de una cuerda de violín que se rompe.

Abrió los ojos. En ellos, empero, no se reflejaba ni el agrado ni el recreo. Pasó la mano por sus cabellos y, acodado en la mesa, permaneció cavilando.

Había hecho trampa también con el Borrador. Su batería estaba descargada. Antes tuvo la idea de renovarla en su próximo viaje. Sin embargo, no se acordó hasta el momento en que Bernstein quiso utilizarlo.

¿Por qué, pues, fingió desvergonzadamente estar inconsciente? ¿Por qué no se había excusado simplemente, reemplazando la batería?

¿Era el orgullo, el encubridor de que el gran Jon Everard, el afamado perfeccionista, pudiera incurrir en errores tan elementales como cualquier novato de la clase de Bernstein?

¿Era consideración... a fin de librar al joven de las dificultades subsiguientes?

¿Era oportunismo... para hacer uso de su presciencia?

¿Era egotismo... con el objeto de poder regocijarse sobre tu venidera elevación al Olimpo de la fama?

No, no se trataba de ninguna de estas razones. Todas resultaban absurdas. El se hubiese sentido mucho más satisfecho y feliz sin el recuerdo de los veinticinco minutos pasados. Deseaba la fama. Sí, y la alcanzaría... sería suya... Pero por una razón bien distinta, equivocada. La ambición de toda su vida era la de llegar a ser un gran pintor. Su alma entera estaba volcada en la pintura.

Bernstein no había hecho mención alguna de Everard como pintor. Tampoco decía nada del folleto. Por este motivo, su obra no produjo impresión. Había fracasado. Estaba condenado el fracaso.

Y él carecía de la energía moral de Georges Bizet.

Mientras cavilaba, empezó a comprender, poco a poco, el porqué de haber resuelto permanecer consciente. La visita de Bernstein sólo había logrado imbuirle una sensación de malogramiento e insuficiencia. De haber funcionado el Borrador, hubiese dejado su mente inconsciente lleno de desaliento, lo contrario a lo que Bernstein pretendió conseguir. Y jamás hubiese sabido el porqué de sentirse de aquella manera.

El instinto de conservación lo había inducido a fingirse dormido.

La conciencia de el mismo le demostraba que no estaba encadenado a la servidumbre de la subconciencia. Aún poseía la facultad de elegir. Tenía que intentar alcanzar un valor semejante a Bizet y aceptar la situación tan filosóficamente como lo hiciera el francés.

Y esa conciencia de el mismo le daba a entender que existía una gran diferencia: nada había fallado en su interior.

Tenía que ajustarse, amoldarse simplemente. Debía saber cambiar el pincel por la pluma y convertirse en otra clase de artista.

Tomando su pluma, abrió su Diario. Todavía no estaba concluido el relato de su encuentro con Georges Bizet.

Entonces escribió: El quid de la vida consiste en que todos hemos de intentar el éxito.

Hizo una pausa recordando las palabras. Aquel folleto, a fin de cuentas, lo estaba ayudando. Sin embargo... estaba marcado por el destino también. El futuro sustenta al pasado el tiempo que el pasado sustenta el futuro. Causa y efecto eran como los dos lados equilibrados de un arco gótico. Resultaba una tontería pretender que uno iba primero».

Aún disfrutaba de la facultad de elección. Pero, no obstante, no tenía dónde elegir, puesto que el destino de su futuro mismo ya lo había trazado.

El tiempo es algo así como un edificio de una sola pieza; algo semejante a una vasta catedral, arquitectónicamente perfecta. Arco tras arco, numerosos arcos intercalados, encajados, trabados, entrelazados...

«Pronto - se dijo - he de ir a visitar a un arquitecto.» Por ejemplo a Christopher Wren, cuando los comisionados para la reconstrucción de Londres, tras el gran incendio, estaban realizando todo lo que les era posible para desbaratar los planes del trazado final de la catedral de San Pablo...

**FIN**

## Gerard F. Conway - NAVE MENTAL

Hacia tres semanas que habíamos salido de Centauro cuando saltó nuestro Fusible.

Era un hombre delgado, casi escuálido; las arrugas y las huellas de la edad le surcaban la piel, tan fina como un papel, pero era un hombre joven, como podía verse por la forma en que se movía, con soltura, deslizándose con ese impulso irrefrenable de los que son todavía nuevos en el espacio, ese tipo de voltereta desequilibrada que lo hace a uno tragarse las paredes, golpearse la cabeza contra las compuertas bajas y quedar lleno de moretones y tajos después del primer viaje. Se agitaba como una mosca en el agua, girando en todas direcciones, batiendo sus alas transparentes. De vez en cuando sonreía y, cuando la sonrisa llegaba, se quedaba un solo instante en los labios, tímida, como esperando que la soplaran. Si tuviera que elegir una palabra, una sola, para describirlo, diría «joven».

Como todos los Fusibles, era un Sensitivo. Se notaba por el modo en que sus manos aleteaban sobre su regazo cuando se sentaba en el salón de descanso, por el modo en que tocaban y se posaban sobre los brazos del sillón, descansaban sobre sus rodillas, seguían viaje para quedar atrapadas debajo de los codos. Los dedos eran largas velas cetrinas, ahusadas e iluminadas por una fuente de luz interior, siempre pálidos y secos, rosados en las puntas, donde solían estar las uñas. Cuando hablaba, las manos saltaban y se zambullían, tejiendo tapices en el aire impregnado de café del salón donde nos desperezábamos, charlando y escuchando cuentos deliberadamente archisabidos. Cuando hablaba, la voz era calma, discreta, amable; bajaba la vista y se miraba las manos. A veces las miraba fijo, como si fueran algo ajeno a él, pájaros color carne que hacían nido en su regazo. Conozco esa mirada.

Tres semanas después, en nuestra tercera vuelta, saltó. Tuvimos suerte en poder volver al puerto; quiero decir: nosotros tuvimos suerte. La suya se acabó cuando subió a bordo del Charter.

No se puede pensar objetivamente en uno mismo; al menos eso es lo que me pasa a mí. No puedo juzgar: es demasiado fácil acallar los aspectos más sobrios de la personalidad y sacar a relucir el demonio que uno lleva adentro; demasiado fácil. Todos tendemos a considerarnos mártires.

Yo era capitán del charter cuando descendimos en Endrim. La mitad de la tripulación había salido despedida después de la última sacudida al doblar hacia la Región Posterior. El anterior Capitán había sido uno de los primeros en caer, naturalmente, y después de convertirme en el Primero, me hice cargo de todos, completé la travesía, hice que descendiéramos y mantuve a todo el mundo Afuera. Los mejores recursos, los más ingeniosos. Y con todo perdimos la mitad de la tripulación.

Para cuando llegamos a Endrim éramos un montón de lisiados de una nave mental mutilada. Hasta el Maquinista estaba a punto de saltar. En algún momento de la segunda incursión, nuestro Fusible (un anciano que ya había pasado la tercera juventud, una cáscara arrugada, gris y rosa, que se las había arreglado para mantener las cosas en su lugar durante seis vueltas, con algunos ajustes menores, muy pero muy distinto del Fusible que nos colocamos en Endrim) sufrió

un colapso y empezó a manipular los controles de las cápsulas en la enfermería de la nave; no sé como golpeó un eyector de módulos salvavidas y se precipitó desnudo a la Gran Nada. Jamás lo encontramos, aunque en ese momento estábamos demasiado ocupados para ponernos a buscar a un Sensitivo casi senil. Tal vez debimos enviar una cápsula en su busca. Después que él saltó, todo pareció desmoronarse en los bordes, que empezaron a carcomerse hacia el centro, como la herrumbre en una lámina de zinc de mala calidad. Fue entonces cuando el Maquinista empezó a quejarse de tensiones en los ejes laterales, y fue entonces cuando la mitad de la tripulación saltó en pedazos y cayó, gritando, en la locura líquida.

Un Fusible es algo muy útil en una nave mental: sin él, la tripulación tiende a disolverse en su propia locura.

Cuando llegamos a Endrim fijé como Prioridad Uno encontrar un nuevo Fusible.

En un puerto, en cualquier puerto, ya sea que está del lado de la luz o en la zona oscura de la espiral principal, se pueden encontrar tres tipos de distritos: los de placer, donde se reúnen los menos distinguidos, los «exclusivos para residentes locales», y las comunidades. Es en este último lugar donde hay que buscar cuando se quiere encontrar a un Sensitivo, y fue allí donde encontré al nuevo Fusible.

Yo estaba con el Cocinero. Él iba adelante; empujó la puerta y se inclinó para mantener separados los batientes y dejarme pasar; pasé agachado por debajo de la cortina y entré en un ambiente de humo dulce mezclado con un olor, menos perceptible, a polvo y el sabor seco, a veces sofocante, de la tierra envasada. Estaba oscuro, aunque clareaba un poco en los rincones, donde velas y lámparas de aceite hacían esfuerzos inútiles y desgastados por disminuir la oscuridad. Pestañeeé para defenderme del aguijón que hería los ojos y miré hacia las formas inmóviles que se recortaban en ese resplandor opaco.

- ¿Aquí?

- Claro que sí. Le juego cualquier cosa.

- Usted es mano.

Enderezándome, miré a mi alrededor, esperando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad; a mi lado el Cocinero barajaba posibilidades, buscando obviamente una cara familiar. Con tal que pudiera ver alguna cara... Endrim era su puerto natural; no había nacido allí, pero cuando pensaba en un lugar como hogar pensaba en Endrim. Había sido algo así como mi guía, aunque tenía la impresión de que algunas zonas del puerto le eran tan desconocidas como a mí. Una de las siluetas se movió, y se desplegó en la forma de una araña que recordaba vagamente a un hombre. El Cocinero se adelantó, levantó un brazo y le hizo señas de que se acercara al dueño de casa. Hablaron en voz baja mientras yo me recostaba contra una pared llena de grietas, para dar la impresión de que estaba tranquilo; pero estaba tenso. Era un capitán novel; éste era mi primer viaje y ésta mi primera selección de personal. No había duda, estaba tenso.

Se me acercaron; el dueño de casa se movía despacio, con un andar encorvado y deslizante: un Espacial. Lo miré y lo vi, en la oscuridad, el perfil izquierdo, arrugado, retorcido, surcado por un río subcutáneo color escarlata en el lugar donde se le había roto una red de capilares: un Fusible que había saltado..., uno que había estallado a tanta distancia que sus fragmentos se habían esparcido

como arena en polvo. Sus ojos me encontraron, vio mi mirada y sonrió: una curva de los labios que apenas se desviaba de la línea general del rostro.

- No soy yo su hombre, Capitán. Tenemos un muchacho tranquilo, volvió como nuevo, fresquito, sin cicatrices, ya va a ver.

Su voz sonaba confusa, borroneada por la presión de los músculos destrozados en el cuello,

- Vamos a verlo.

- Ya vuelvo. Espere. Tenga paciencia.

Se volvió y se deslizó hacia las sombras. Miré al Cocinero; no parecía verme.

¡Dios mío!

Después el ex Fusible volvió, y detrás de él venía otro hombre. Perdón, un muchacho. Y así nomás, con un hombre que venía hacia mí desde la oscuridad, exploté, no en la superficie sino adentro, tan profundo, tan adentro que entonces no lo sentí, ni tal vez tampoco más tarde, cuando todo se precipitó afuera. Pero fue entonces, precisamente entonces, cuando exploté. Allí tomé mi primera decisión equivocada, cometí mi primer asesinato - el mío, el de ese Fusible -, intangible, no palpable, pero real e indeleble en mi mente en cuanto cobrara conciencia de su verdadero significado.

Sus manos se movían nerviosas a los costados del cuerpo y finalmente se detuvieron en los ojales del gabán, jugueteando con los alamares de cuero. No me hablaba a mí, hablaba hacia donde yo estaba y respondía suavemente a mis preguntas. Traté de comportarme como un profesional avezado.

- ¿Nombre?

Me lo dijo.

- ¿Es de Endrim?

Sacudió la cabeza y mencionó un lugar justo en el Centro.

- ¿Cómo llegó hasta aquí?

Con pasaje. Eso me alarmó: el pasaje del Centro a la periferia difícilmente resultaba barato, y había muchos antiguos Espaciales capturados en la periferia que habían nacido abajo, hacia el espacio terrestre y que no podían volver para morir. Ni siquiera un comerciante habría tomado a un ex espacial después de su cuarta juventud, y esos ancianos estaban prácticamente desacreditados; a veces un charter otorga un pasaje gratis, pero no sucede a menudo, porque, cuando uno lo hace, el anciano se convierte en un esclavo de galeras de mala muerte y por lo general trabaja todavía más de lo que trabajó durante toda su vida espacial. Para colmo, el viaje espacial a la periferia es sólo de ida, es el último viaje, el salto final antes de la muerte... y aquí había un hombre que era casi un muchacho con un pasaje para el vaciadero de almas de la galaxia. Era raro, rarísimo.

Eso fue lo que le dije, y él se encogió de hombros mientras sus manos retorcián los alamares del gabán.

- ¿Tiene experiencia?

Había estado en una vuelta y lo habían despedido cuando la nave perdió la licencia; era una nave trasbordadora, que hacía el servicio entre mundos del sistema de Endrim: poco más que un juego de niños. No tenía experiencia; habría sido una variante masoquista y suicida de mi parte tomarlo.

- Contrátelo - le dije al Cocinero.

Me volví, me abrí camino hasta la puerta de la comunidad y salí al frío aire nocturno de Endrim.

Cuando nos cortamos usamos cuchillos pequeños.

(No quiero mirar en el interior de mi alma: allí las preguntas son más oscuras que las respuestas; no quiero tener que saber, tener que verme, entender. Así que espero. Me muevo, rebano y recorto los pedazos de carne que tienen más importancia para mí, y al rebanar, corto a otros. ¿O es al revés? No se. No quiero saber.)

Era bastante buen Fusible. Con el tiempo y una experiencia que solventase su instinto, habría llegado a ser realmente bueno. Tenía un sentido natural de la calma, una manera de ser tranquila que hacía que uno se sintiese bien, relajaba los músculos tensos y aliviaba las ansiedades hasta dejarlas reducidas a un nudo en la garganta en lugar de un dolor lacerante. Era un Sensitivo: el sólo hecho de hablar con él tranquilizaba el espíritu.

Cuando estábamos en Marcha, se lo encontraba en todas partes, hablando, apaciguando, tranquilizando, ayudándonos a relajarnos: una mente entre nuestras mentes, una válvula de escape de nuestras tensiones combinadas, un alivio, un Fusible.

Durante esas semanas de nuestra primera vuelta como charter completo bajo mi mando, lo observé a medias; parecía estar siempre sólo a unos pocos metros de distancia, un factor constante de estabilidad por simple familiaridad. Cuando yo programaba una ruta o revisaba los planos y las líneas de la estructura mental que dirigía la nave, él estaba siempre allí: una presencia suave como la de un cordero, una actitud que no había manifestado ninguno de los anteriores Fusibles que habíamos tenido con el otro Capitán. Mientras los otros eran enormes, poderosos, absorbentes, él era pequeño, un desagüe subterráneo para nuestras frustraciones, y, sin embargo, presente en forma abrumadora; canalizaba la suciedad y la locura de nuestras mentes, manteniéndonos a todos en esa cuerda floja, en esa línea fronteriza entre el equilibrio y la alienación.

He oído describir a los Fusibles como imágenes maternas, como regazos psíquicos hacia donde se arrastran las mentes rectoras de la nave en los estados de tensión para que las acunen y las amen (para que las desagoten). Los venenos de las mentes enfermas que dirigen el vehículo mental tienen que ser eliminadas por absorción: el Fusible era la válvula que nos desagotaba.

Digo «nos»; eso incluye al Capitán. Sobre todo al Capitán. No hay ninguna mente realmente sana a bordo de una nave mental, sería una contradicción flagrante: las mentes sanas no proveen la cantidad de energía necesaria para retorcer el espacio o enviar un charter a la región Posterior. Las mentes sanas son las que compran pasaje, no la tripulación; las mentes sanas son inútiles cuando de espacio se trata.

Pero si hay alguien que tiene que ser sano en algún grado, dentro de un vehículo mental, esa persona es el Fusible; si él salta, todos saltan.

Y ese sí que es un verdadero pasaje de ida.

No lo volví a ver desde aquel día en la comunidad hasta cuando ya estábamos a dos semanas de Endrim, rumbo al Centro. Por supuesto que había sido consiente de su presencia, pero hay una diferencia entre ese tipo de conciencia y un encuentro frontal: la primera es nebulosa, algo que tiene una vaga repercusión; el segundo es total, real, tangible. La diferencia es importante y lo fue para mí.

Había fijado las coordenadas y dispuesto los grados del descenso por el pozo hacia el Centro; en la Región Posterior, en la zona ubicada a un lado del espacio real, el pozo de gravedad actúa sobre la nave mental como una bomba de succión: provee todo el impulso necesario para llegar hasta el Centro, de modo

que todo lo que se necesita es un sistema de vectores y una cuadrilla de vigilancia que observe las burbujas en los continúos. Subir desde el Centro es algo totalmente distinto: ahí sí que hay que luchar todo el tiempo, poner en funcionamiento corrientes luminosas mientras se abre uno el camino inverso por ese pozo negro, nadando hacia estrellas transparentes diseminadas en la niebla espectral del hiperespacio. Todo es lucha en el viaje hacia afuera, y es allí donde el Fusible soporta la peor carga. Eso explica por qué lo encontré en el salón de descanso, tomando algo y escuchando a los tranquilos componentes de la tripulación intercambiar cuentos sobre otros viajes, en otros tiempos. Los observaba y, al mismo tiempo, sus ojos tenían esa mirada extrañamente lejana que revela al Fusible como Sensitivo. En el viaje hacia adentro podía permitirse abandonar su puesto; en el viaje hacia afuera no habría tenido tiempo para mostrarse sociable. De modo que estaba allí sentado, bebiendo y escuchando con una mirada distante y pasiva.

Me acerqué a él.

Charlamos un poco: una charla insustancial y tranquila, entre un Capitán y uno de sus oficiales. Mostraba cierta reticencia al hablar sobre los momentos de su vida anteriores a su llegada a Endrim; cuando le pregunté, al pasar, por su primera época, antes de que abandonara el Centro, se volvió más taciturno. Parecía encerrarse en sí mismo, con una leve tensión en los tendones del cuello... nada definido, nada demasiado evidente, sólo un retraimiento repentino. Sus respuestas seguían siendo suaves, no había rastros de tensión en la voz, pero evadió el tema de plano con una sola frase, haciendo recaer la conversación en mi persona y en mi pasado. Cosa extraña, ese cambio no me pareció abrupto entonces; tal vez yo quería hablar de mí mismo y sólo había estado haciendo tiempo a la espera de las inevitables preguntas de su parte. Era algo amable, superficial, o al menos eso parecía.

Hablé entonces de mi vida en mi mundo natal, un planeta desértico. El Fusible escuchaba y su atención parecía actuar como una válvula, haciendo salir de mi pasado cosas que había dejado sedimentar durante años y otras de las que había sido consciente pero que había mantenido sepultadas y no había vuelto a examinar desde aquel tiempo.

Estar solo durante una tormenta de arena, agachado en un oscuro rincón de acero frío mientras el viento azotaba las paredes exteriores con una lluvia de arena seca; ver morir a un amigo y ser demasiado chico, demasiado joven para ayudarlo; estar solo años después, pero deseoso de no estarlo nunca más, y dejar el mundo rumbo al espacio, donde las paredes seguían siendo de acero helado, donde otros vientos azotaban los exteriores con arena seca, pero donde uno no estaba solo, donde había otros que conjugaban sus mentes con la de uno; hablar de la necesidad visceral de estar adentro, lejos de la desnuda extensión de vacío y polvo, de ocultarse dentro de una estructura de acero reconfortante, recorriendo los espacios. Le hablé de una caja que había visto una vez, que tenía dentro otra caja, que llevaba otra adentro, capa tras capa, hasta desembocar en un cubo final que no se podía abrir. Le hablé de todo esto con tonos lánguidos, y pensaba entonces que no era más que una charla ociosa entre el Capitán y uno de sus oficiales.

Él prestaba atención, con las manos bailoteando en las extremidades de sus brazos: independientes, animadas con una vida propia. O tal vez no tan ajenas al resto de la persona.

No volví a hacerle preguntas sobre su vida; ese tema parecía lejano, sin importancia.

Después de un rato me fui.

Hicimos el trayecto hacia el Centro por debajo de la línea. Habíamos trazado la carta de la mayor parte del espacio coordinado que se nos había asignado en momentos en que el Charter zarpó, cuatro vueltas atrás, bajo el mando de otro Capitán y de una tripulación en parte diferente. Dos vueltas más y abandonaríamos. La vuelta siguiente nos llevó a través del plano central de la espiral; cinco semanas sin ningún incidente fuera de la nave y con un único incidente adentro.

Fue el Cocinero el que me lo advirtió. Acababa de abandonar el control cuando se me acercó y me tiró del saco.

- Hay que hacer algo, rápido, rápido. El Fusible. Se va, tal vez salte ¿eh?

- ¿Qué?

- Está sentado. No le habla a nadie. Algo malo pasa. Me juego que algo pasa.

Sacudí la cabeza y un mechón de pelo renegrido le descubrió los ojos por un instante y volvió a cubrirse después. Lo miré fijo, tratando de entender lo que me había dicho. El Fusible.

- ¿Dónde está?

- En el comedor. Está sentado y nada más, no habla, está sentado ahí, bebiendo.

Malo, malo. Bajé por el vestíbulo, dándome cuenta de que iba al trote, llegué a la barra y bajé tres niveles hasta el comedor donde la tripulación compartía el rancho.

Estaba sentado solo, acababa de volver del mostrador donde se servía el café y bebía sorbos de una taza humeante, mirándose con insistencia las manos.

- ¿Qué le pasa?

- Nada.

Se encogió de hombros y ensayó una sonrisa tibia. Me deslicé a un lugar frente al que él ocupaba, manipulé nerviosamente el control remoto que había en mi mesa y esperé que me preparasen café caliente. Los músculos de mis tobillos palpitaban con espasmos rápidos (un tic que tengo). Miré al Fusible.

Tenía los ojos clavados en sus manos y de tanto en tanto tomaba un sorbo de café.

- El Cocinero dice que algo pasa.

Dijo que no, que no pasaba nada.

Me sentí incómodo allí sentado con él. Todo lo que emanaba de él era tranquilo, amable, y sin embargo yo me sentía incómodo. Me di cuenta de que prácticamente lo había evitado con toda deliberación desde aquel día en el salón de descanso. Estar cerca de él me hacía sentir incómodo, no sabría explicarlo.

- ¡Carajo! Diga algo.

Lo hizo. Empezó a hablar, suavemente, sobre nada en particular, comentando primero la serenidad de la marcha, las actitudes de la tripulación, quién tenía relaciones con quién, cuánto le gustaba la nave, lo contento que estaba de tenerme por Capitán, cómo admiraba mi calma y mi sensatez, cómo le gustaba el Maquinista, cuánto se alegraba de gustarle a todos los demás, divagando, hablando sin decir nada. Las manos se deslizaban sobre la superficie de la mesa, acariciándola suavemente, como quien alisa las arrugas de una sábana, deteniéndose a tomar la taza, sosteniéndola, volviendo a colocarla sobre la mesa. Él seguía hablando y yo dejé de prestar atención. No quería prestar atención, en



realidad no quería ni siquiera oírlo. Finalmente me levanté de la mesa. Dejé de hablar y levantó la mirada hacia mí.

- ¿Pasaba algo?

- No - contesté con cansancio -. No. Está todo muy bien. Todo perfecto, Lo veo después.

Salí, sintiéndome débil. Había algo que me machacaba en lo más profundo de la conciencia, pero lo hice a un lado, como hice a un lado el recuerdo del Fusible allí sentado, mirándome salir, con los ojos vacíos e inexpressivos. Aparentemente.

(¿Qué era lo que había esperado de él? ¿Por qué me sentía herido e impulsado a herirlo al ver frustradas mis expectativas? ¿Qué pretendía de él, además de que fuera un buen Fusible? ¿Por qué lo había elegido entre tantos? ¿Por qué a él?)

Lo vi vagar por los pasillos de la nave; se movía lentamente por los salones, cabizbajo cuando seguía un rumbo errante por el borde de la nave mental, donde actuaba la gravedad. Moviéndose como un pobre fantasma, parecía siempre absorto en sus pensamientos, aunque sabíamos que esa mirada triste era característica de un Sensitivo que está en contacto. Suscitó comentarios diversos entre la tripulación. Algunos pensaron que estaba un poquito loco, otros que era el más cuerdo de todos nosotros y estaba perdido en nuestra locura. A mi modo de ver tanto unos como otros se equivocaban. Era diferente, estaba solo, separado del resto. Podría haberse dicho que era un desapasionado, pero no es verdad. Lo vi a veces cuando creía estar solo y se sacudía hacia atrás y hacia adelante, murmurando algo en una voz muy baja y rítmica entre jadeos. Me habría parecido una conducta extraña en cualquiera que no fuera un Fusible, pero los métodos que utilizan los Fusibles para mantener su salud mental suelen ser más extraños que la locura misma.

Eso fue lo que pensé en ese momento. Ahora comprendo que en realidad yo no quería entenderlo, no quería ver cómo se estaba desmoronando por dentro. No quería verlo. Él era simplemente el Fusible.

Así siguió la cosa. Él prestaba atención, hablaba algo, muy poco, de sí mismo (nada de importancia, nada esencial) y, cuando estaba en su puesto, se hacía cargo de nuestras locuras.

Y en nuestra tercera vuelta, a tres semanas de distancia de Centauro, nuestro Fusible saltó.

Control mental:

Estaba lejos de la nave, lejos del globo de luz formado por redes de potencia y de energía, cien globos de mente que ruedan sobre sí mismos como las olas sobre una playa fangosa, revolviendo hollín y suciedad y regresando luego a la negrura gris verdosa, formando espumosas serpentinas de potencia. En el centro mismo de la silenciosa tempestad de locura brillaba como una gema el prisma de luz del campo mental del Fusible, que parecía absorber como en un remolino la oscuridad de la locura apenas comenzada a generarse, enviando lejos del vehículo esa riqueza de ébano con un impulso de vibrante zafiro, que empujaba al Charter hacia la Región Posterior, dejando una estela blanca y azul, una hélice de fuerza.

Más allá de la nave estaban los astros: opacos, algo fuera de foco, como vistos a través de un velo de lino; al frente, la oscuridad abovedada del espacio sombrío se veía salpicada con manchitas de oro y carmesí: la corriente hiperespacial.

Estaba fuera de la nave y lo guiaba con cautelosas cargas de potencia a lo largo de los ejes laterales, a lo largo de los planos, a lo largo de los vértices estrechos. Estaba fuera de la nave, dentro de mi mente, vigilando la conducción.

Cien almas enfermas derramando la suciedad de su locura, que el Maquinista retorcería, curvaría y haría pasar por un embudo; cien almas enfermas filtradas a través de una única alma cuerda, la válvula de seguridad: el Fusible.

La corriente de energía era un flujo vibrante e incesante.

Podía sentir cómo el Centro me atraía con su pesa, me tironeaba de los bordes de mi perspectiva, la misma sensación que se tiene cuando uno se trepa a una torre muy alta con un fardo pesado atado a la espalda: uno se siente en posición oblicua. Compensé el tirón, la nave se desvió y nos movimos lentamente a través de la corriente.

Imágenes:

Torsión...

Agachado al sol, sudando por los poros abiertos, el líquido corre por el interior de mis brazos, baja por los costados, por la cintura... sofocándose, muriendo, esperando que alguien venga y no viene nadie. Se fue; es mi culpa. Se fue. Mundo desértico. (Pensamientos agradables de la joya: frescor, alivio, desagote de la memoria.)

Torsión...

Una habitación oscura y fría me rodea por completo, sonidos palpitantes en mis venas, en mi cráneo estoy solo, muerto de miedo, de pánico...

(Sus manos llegaron hasta mi mente y arrancaron la locura, dedos de seda de la gema que barre mis pensamientos... frío)

Torsión...

Caos en la sala de control: incendios, consolas y pantallas que se destruyen, la respiración afanosa de un loco en el tablero de control del Capitán, le sale sangre negra de la nariz y traza un río escarlata hasta el mentón. Gritando, lo saqué de un empujón de la silla, vi el cuerpo plegándose sobre sí mismo como un papel arrojado al fuego, indefenso, minúsculo, una muñeca de trapo tirada. Me encaramé el equipo del Capitán y encontré los alambres...

(Y el Fusible hizo drenar los venenos de mi mente y quedé limpio, purificado... )

La nave continuó su marcha.

Estaba en la sala de control y me caí hacia adelante cuando algo sorprendió al charter y lo sacudió.

Las paredes se ladearon a mi alrededor. Caí deslizándome desde el equipo y agarrándome el brazo antes de que los alambres me desgarraran la piel. A lo lejos sonaron las alarmas.

De algún modo volví a instalarme junto al tablero, me coloqué los cinturones de seguridad alrededor del pecho y los aseguré alrededor de mis pies. Un nuevo sacudón arrojó la nave hacia adelante. Golpeé contra las correas y reboté.

- Maquinista... informe acerca de la situación.

Calma. Brotes de calma jugueteaban con las sombras de pánico que seguían germinando en mi conciencia. Me aferré al brazo del sillón, forzándome a relajarme.

Forzándome...

Interrumpí el discado de la sala de máquinas.

- ¿Dónde está el Fusible? Quiero que venga a la sala de control de inmediato.

- Sí, señor.

Pulsé una tecla que había a la izquierda del tablero y estudié el aspecto exterior de la nave. Se veía una oscuridad gris que se curvaba a cada lado, sin otra marca en la pantalla que la masa congelada del centro muerto de un negro vibrante.

- No está en su puesto, señor.

- Búsquelo, entonces.

No estaba en su puesto. La nave iba rumbo a casa y se precipitó.

Clavé los ojos en la pantalla, sin ver la imagen. No estaba en su puesto.

- ¿Señor?

- ¿Qué pasa?

- Lo encontramos, señor.

- ¿Dónde?

- En el... en el comedor, señor. Tomando café. ¡La puta que lo parió!

- Mándelo arriba.

- Sí, señor.

El vehículo volvió a tambalearse hacia adelante y la imagen de la pantalla titiló, se redujo, volvió a crecer. Emití impulsos para contrarrestar el golpe.

Un silbido neumático a mis espaldas indicó que el Fusible había entrado en la habitación.

- ¿Dónde mierda estaba?

Empezó a darme explicaciones pero lo interrumpí.

- No importa. A partir de este momento su puesto está aquí; quiero que esté cerca cuando intentemos abrirnos camino por ese agujero.

No respondió. Yo volví a mi trabajo, corrigiendo, alimentando las computadoras que había a lo largo de las paredes de la sala de control, transmitiendo las decisiones y los ajustes a lo largo de los circuitos mentales que comunicaban las distintas partes de la nave.

Hice una pausa y le eché una ojeada.

Se hallaba a punto de saltar.

Estaba en la posición adecuada, sentado con desgano, desmoronado sobre la mesa de máquinas que conducía hacia el tablero de control del Capitán, con los hombros echados hacia atrás, un haz de músculos temblorosos. Las manos se estremecían sobre los botones de su gabán, tratando de apresar el broche de un cierre relámpago, más nerviosas de lo que las había visto nunca. Tenía los ojos ensombrecidos y no pude encontrarle la mirada, No era nada nuevo... pero sólo entonces parecía cobrar un significado. Antes...

- ¡Dios mío!

No pareció oírme.

Si me hubiese ocupado un poco lo habría visto venir. Tal vez con un poco más de atención...

Es inútil.

Manoteé la ranura que había debajo del brazo izquierdo del sillón y encontré la jeringa cargada que se guardaba allí para uso exclusivo del Capitán. Lo agarré de un brazo y se la clavé. No pareció sentir nada.

No respondió. Ni siquiera pareció oírme.

Lo dejé solo, hice las conexiones para comunicarme con el timón mental y apagué las luces.

Negro:

Gritos:

Retorciéndome y vivo:

Luz.

Una gran llaga ulcerosa, color ébano, se encrespó desde afuera, parecía venir de todas partes y nos envolvió.

Impulsé el vehículo hacia adelante, apartando y rasgando las capas del hiperespacio...

...cajas que tienen dentro otras cajas y (una forma fantasmal vino hasta mí y me sacó el miedo absorbiéndolo en su interior)...

...golpeando contra el pozo de gravedad que nos tragaba, chocando contra las olas de un mar de fuerzas, mientras el sol candente brillaba alrededor, la Región Posterior consumida por el calor, la estructura de hiperespacio arrugándose en una tormenta de energía al rojo vivo, y la fibra que se inclinaba, se retorció y se nos caía...

Torsión...

El sol candente, la locura de bronce dorado que salta cada vez más lejos, en círculos más y más amplios...

(Llegaron manos de sombra y se llevaron nuestra locura)

(Manos débiles, suaves, frágiles... como un tejido) (Un tejido en una maelstrom) (Rompiéndose)

Cien almas enfermas derramaron su locura, y el desagüe tragaba el licor que supuraba, y nos impulsaba hacia adelante, encauzando la potencia como por un embudo, guiándonos.

La mancha negra hizo erupción delante de donde estábamos.

Hice que la nave diera un rodeo, alejándose... la enderecé nuevamente y después la hice andar a toda marcha.

Estábamos perdidos, atrapados en una corriente lateral, atascados en el espacio lateral, fluctuando entre lo real y lo irreal, entre adentro y afuera... perdidos.

Donde hablamos estado floreció la mancha negra, creciendo y derramándose como tinta... y después se secó

La nave se deslizó a través de un pliegue del espacio, y emergió a la medianoche rojinegra de afuera. Avanzamos por una calma repentina. Las estrellas eran tizas brillantes sobre un cielo de terciopelo pintado.

Silencio.

Silencio en todas partes...

...no.

Desde algún oscuro rincón de nuestra conciencia colectiva llegó un quejido apenas perceptible, no el grito descarnado que provoca el sufrimiento físico... sino un gemido mental plañidero.

El Fusible.

Volví a la sala de controles, me arranqué las correas de seguridad, me quité el equipo de Capitán... y encontré al Fusible tirado sobre el piso a pocos centímetros de mis pies, con los brazos extendidos como tratando de atrapar algo que todavía estaba fuera de su alcance.

Su mente se había extraviado, se había perdido en algún momento de la tormenta de locura que yo le había obligado a drenar. Yacía hecho un ovillo a los pies del tablero, enroscado en posición fetal, con su cabello claro cayendo en

desorden sobre sus ojos clavados en el aire, sin pupilas. En algún momento del vuelo se había mordido la lengua y un surco de sangre rojinegra goteaba de los labios hasta el piso, donde se había empezado a coagular. Tenía las ropas hechas jirones y le sangraban los brazos. Gemía cuando me acerqué a él, un gemido gorgoteante que escupía coágulos de sangre. Me incliné sobre él de inmediato, quité los alambres retorcidos que tenía en la frente, lo ayudé a incorporarse. Era un cuerpo inerte que se me desplomaba entre las manos; los huesos parecían estar saliéndose de la piel como palos secos. Lo miré con atención y después de un momento lo dejé nuevamente en el suelo para que gimiese solo, en silencio.

Nos cortamos con cuchillos pequeños. Un viejo no importa tanto, pero con un muchacho es distinto: el viejo es algo que vamos a llegar a ser... el muchacho es algo que fuimos.

¿Por qué contraté a un Fusible novato? No fue sólo porque también yo era un novato; claro que no fue sólo por eso: algo oscuro en mi interior me impulsó a lastimarme a mí mismo, a lastimar al Fusible... a golpear un montón de odios y frustraciones que no habría podido tocar antes de liberarme de ellos... Algo relacionado con un planeta de arena... Pero sigo sin poder tocar. Nunca podré hacerlo.

A veces pienso en ese Fusible, en lo que le hice. A veces tengo pesadillas en las que estoy atado a una mesa y la gente me clava cuchillos y alfileres, y me agujerea con asuntos privados, y yo grito, no por mí, sino por ellos. A veces son el desagüe de otro hombre y me doy cuenta de que todos somos sanguijuelas.

A veces estoy un poco loco.

Pero no dura mucho tiempo.

Enseguida vienen los dedos de seda y se llevan el dolor...

**FIN**

## Sergio Gaut Vel Hartman - NAUFRAGO DE SI MISMO

Había vivido en ese cuerpo durante más de sesenta años, por lo que me resultaba muy difícil aceptar el nuevo estado, el de un envase vacío, inútil, que se descarta después de usado.

- ¿Qué van a hacer con... él? - no sabía cómo nombrarlo; habíamos sido uno tanto tiempo... El biotécnico se encogió de hombros; seguramente contestaba a la misma pregunta varias veces por día.

- Los metemos en el depósito de usados. Eventualmente se utiliza algún órgano, aunque no creo que éste sea el caso. ¿Cómo andaba del hígado? ¿Fumaba?

- ¿Quiere decir que los congelan? - no sólo no contesté a las preguntas directas (de hecho me resultaban ofensivas): mi ignorancia acerca del tema encendía una luz roja. Temía saber. Las imágenes de frizers con forma de ataúd, apilados en naves sin luz, me acribillaban sin piedad desde el día posterior a la transferencia.

- ¿Congelarlos? - El hombre me miró, desconcertado. ¿Para qué nos tomaríamos ese trabajo? Los conectamos a los tubos y los dejamos ahí hasta que se les termina la cuerda.

¡Se les termina la cuerda!, una metáfora bella y despiadada.

- Siguen viviendo - suspiré.

La idea de que mi viejo cuerpo se pudría en un depósito maloliente mientras yo iniciaba una nueva vida tenía algo de insano. ¿En qué clase de monstruo me estoy convirtiendo?, pensé.

- Viviendo, lo que se dice viviendo... Es aventurado. En principio no, pero las funciones vegetativas no se extinguen con la transferencia; quedan chispazos de memoria y los recuerdos juveniles no terminan de borrarse. Están bastante vivos, supongo, aunque como usted sabe ya no son personas, oficialmente.

- Bastante vivos - repetí - Como "un poco embarazada". ¿Lo suficiente como para merecer respeto, apoyo, consuelo y cariño?

- ¡Usted está completamente loco! - exclamó el biotécnico -. En vez de disfrutar el nuevo cuerpo se dedica a lamentar la suerte del viejo. ¿Se apega así a cada botella de Coca cola que vacía? Le aclaro que por ese camino se va al carajo.

Inspiré profundamente y apreté los puños:

- Eso mismo pensaba yo hasta hace un momento, antes de enterarme de que mi viejo cuerpo sigue viviendo.

- ¿Hubiera preferido que lo matáramos? Porque hasta donde yo sé, los cuerpos no mueren sin la ayuda de un cáncer, o un paro cardíaco, o un edema, o un...

Dejé al tipo hablando solo y me perdí en el dédalo de pasillos de Korps. Caminé así durante horas, reflexionando acerca de la segunda transformación crucial de mi vida.

Había necesitado varios días para aceptar mi nuevo cuerpo y de repente, cuando empezaba a parecerme natural tener treinta años, alguien que podría ser mi abuelo emergía de la nada para reclamar el pago de una factura. ¿Factura en pago de qué? ¿Qué había roto? No tiene derecho a exigir nada, reflexioné, vivió lo que se suele vivir. Y yo viviré hasta que tenga ganas de morir.

Entré al depósito inadvertidamente y no descubrí la magnitud de mi error hasta que fue tarde para corregirlo. Lo que en un primer momento tomé por una

habitación para guardar instrumental en desuso y muebles estropeados resultó ser el lugar de los cuerpos descartados. Todos ellos, la mayoría pertenecientes a viejos decrepitos, carcomidos por enfermedades visibles, yacían en reposaras de lona, de cara a la puerta. Había cien, mil reposaras apenas distinguibles en la penumbra del depósito, dispuestas con displicencia, preparadas para un infinitamente demorado salto al vacío. Los rostros, agostados por la espera infructuosa, apenas agitados por temblores, delataban el fluir de la sangre. Había caído en medio de una pesadilla ajena.

Contemplé con repugnancia los tubos de plástico conectados a las tráqueas y las cánulas hundidas en las venas de los antebrazos. Esos despojos parecían estar haciendo fuerza para liberarse de sus ataduras, aunque no debía existir una buena razón para hacerlo. Aun en aquellos en los que las razones de la transferencia no se dibujaban en manchas y arrugas, se advertía la resignación, una apática mansedumbre ante el mundo perdido.

Vencido el primer impulso de fuga, y dispuesto a aceptar mi rol en el proceso de cambio de cuerpo al que me había sometido, busqué con la mirada al que había sido yo. Me resultaba imposible pensar en él como otro, alguien separado, diferente, ajeno. Tal ver por esa misma razón demoré una eternidad en identificarlo; mis ojos habían pasado de largo, ciegos a la silueta inerte, indistinguible de las otras que poblaban el depósito.

Me acerqué lentamente, temiendo que un movimiento brusco pudiera desencadenar una marea de protestas, pero lo cierto fue que los cuerpos me ignoraron y sólo unos pocos expresaron un sordo fastidio ante la intrusión moviendo las manos con torpeza y enredándolas en las sondas. Por fin, cuando logré sortear todos los obstáculos que me separaban del cuerpo y pude mirarlo cara a cara, mi mente quedó en blanco.

Intenté sin éxito decirle que lo sentía, elaborar unas frases de disculpa. La rigidez del cuerpo, su impasible serenidad me inhibían de tal modo que, para mi desconcierto, tuvo que ser él quien quebrara el silencio.

- Te esperaba - dijo mi ex cuerpo con voz débil.

- ¿A mí? - No lograba imaginarme esperando sin fe ni sueños, en el ocaso, al responsable del sufrimiento gratuito al que se me estaba sometiendo. También me sentí culpable porque mi presencia allí era pura casualidad.

- No viniste por casualidad - dijo él, como si fuera capaz de leer mis pensamientos - y no leo tus pensamientos; de alguna manera seguimos siendo la misma persona.

Las palabras quedaron colgadas, tintineando. Estaba claro que se sentía más yo que yo mismo; era memoria, pero también, cuerpo, el cuerpo original que me había contenido, condenado al descarte por efectos de un gambito siniestro, de una jugada que él, y no yo, había urdido. Pero cuando traté de objetar ese razonamiento las palabras se negaron obstinadamente a ser pronunciadas. Sabía lo que él estaba pensando; había esperado, paciente, imperturbable para demostrar que controlaba mi destino, que lo seguía controlando. La escena se parecía peligrosamente a otra, vivida años antes, cuando mis padres decidieron que debía despedirme de un abuelo moribundo y desconocido. En aquella oportunidad el viejo me hizo sentir que yo era responsable de su muerte, que mi ofensiva juventud operaba, de algún modo, como disparador de su partida.

El grito lúgubre de otro cuerpo, reptando a ras de suelo, vino providencialmente en mi auxilio. Es así como se van, pensé, con un gemido que se estira y adelgaza mientras descubren que esa vez no serán rescatados.

- Me iré con un sonido así - dijo mi primer cuerpo -. Todos lo hacemos. Es como la sirena de un barco que parte.

Tampoco esta vez fui capaz de replicar. ¿Quién es el náufrago? ¿Acaso el barco pasó frente a la isla sin advertir las señales?

Contemplé los tubos de alimentación que unían el cuerpo con los tanques y reprimí el deseo de arrancárselos. Es preferible ahogarse que aguardar el rescate sin esperanzas. Mi ex cuerpo, una vez más, desnudó mis pensamientos.

- Tal vez el náufrago no sea yo - dijo.

- Tengo toda la vida por delante - alegué -. Empiezo de nuevo, ¿no? - la endeble convicción de mis palabras se reflejó en un gesto torpe e incompleto de mi mano, como una caricia que aborta en un ramalazo de bronca.

Él, indiferente, se encogió de hombros y abarcó con la mirada a los otros cuerpos que morían a nuestro alrededor.

- Empezar de nuevo - dijo - pero no desde cero. Los que vienen a despedirse de su cuerpo descartado cargan para siempre con las imágenes que pueblan este depósito.

- ¿Es un reproche? - me invadió un repentino asco por la actitud de mi viejo cuerpo. ¿En qué trataba de enredarme? Estaba condenado: es cuestión de días, semanas a lo sumo, dijeron los médicos. No había otra salida que la transferencia, me había puesto a la defensiva; una red invisible entorpecía mis razonamientos, me inmovilizaba.

- No estabas obligado a venir - dijo el cuerpo -. ¿Por qué no disfrutar directamente de la libertad, del cuerpo sano por primera vez en mucho tiempo? Hubiera sido lo más lógico. Pero no. Sentiste el impulso de pagar la deuda para no tener que recriminarte en el futuro. Me parece bien. Yo hubiera hecho lo mismo. - Las últimas palabras pusieron al descubierto una mordacidad de la que siempre me enorgullecí. ¿Sería capaz de conservarla en mi relación con los amigos de toda la vida? Como en un juego: comenzaban a plantearse demasiadas opciones y no estaba nada claro el sistema que utilizaría para manejarlas. Dejar mis ámbitos, conocer gente nueva, abandonar el planeta...

- Vine por casualidad - repetí desanimadamente.

- Sí - consintió mi cuerpo. Había perdido el interés en la conversación. O el dolor que soportaba sin gestos había reaparecido. Yo sabía mucho acerca de ese dolor. Sonó otro quejido. La agonía circulaba como corriente eléctrica entre los cuerpos. Esta vez el sonido fue gris, chato, y se esfumó sin fuerzas en la atmósfera pesada del depósito.

No había nada más. Nada más que decir. Nada más que hacer. Nada más que pensar. Nada más que sentir. Era hora de salir de ese lugar.

Pero no lo hice. El cuerpo había aceptado mi irresponsabilidad con una palabra hueca, adecuada para desarticular cualquier argumentación futura. Fue tal la tensión creada por ese sí de compromiso que sólo pude romper el equilibrio cuando extendí la mano y toqué la mejilla seca con la punta de los dedos. Mi antiguo cuerpo se estremeció, como si una descarga hubiera emanado de las yemas.

- ¿Qué hiciste? - dijo apartando el rostro, aprensivo.

- Nada. Trataba de ser amable, creo.

- Tenés miedo, mucho miedo.

La acusación era severa, trascendía el mero diagnóstico. Pero se oyeron dos lamentos: uno bajo, siniestro, el otro agudo como el trino de un ave. Hay muchas formas de morir.



- ¿Miedo? ¿De qué?

- Hay infinitas formas de morir - replicó mi ex cuerpo usando las mismas palabras de un modo oblicuo. Pasé por alto la observación. De todos modos yo ya no sabía a qué aludíamos en nuestro diálogo; había perdido el hilo, y tal vez hasta el interés. Me descubrí hipnotizado por los colores de los tubos de plástico: rojo, azul, verde.

- No soy yo el que está conectado a los tubos - dije.

- Son falsos - dijo el cuerpo - una ficción para impresionar a los visitantes. Sin una adecuada puesta en escena el efecto sobre la psique del transferido sería débil, pobre.

- ¿Falsos? Pensé que los alimentaban a través de los tubos.

- Eso hacen - replicó -. Son falsos porque da lo mismo que nos alimenten o nos dejen morir de hambre. No volveremos a salir de aquí; han dejado de suministrarnos la medicación y sólo entran al depósito a recoger los cadáveres tres veces por día.

Era una crueldad, pero no había otra forma de hacerlo. Se lo dije.

- No es posible esperar la muerte del primer cuerpo; en ese caso la transferencia no podría llevarse a cabo.

- Claro, claro. - dijo el cuerpo con un tono que no distinguía entre la pena y la rabia.

- Ahora somos como especies diferentes. - Buscaba febrilmente una excusa para seguir hablando, y cada palabra provocaba el efecto contrario al propuesto.

- Es el precio del progreso. Antes la gente se moría y listo. Ahora se violan las leyes de la naturaleza, se juega con fuego.

- Nunca fui creyente - exclamé - ¿La vecindad de la muerte te hace desear la vida eterna?

- La inminencia de la muerte me forzó a transferirme, nada más - replicó con actitud. O te forzó... o nos forzó. Como ves, eso ya no importa.

Un coro de ayes se desplazó por el contorno de las últimas palabras de mi ex cuerpo y terminó por ahogarlas. Las puertas del depósito se abrieron, los auxiliares entraron, desconectaron los tubos de una docena de cadáveres, los cargaron en un ridículo carro eléctrico con económicos movimientos, y salieron dejando el lugar impregnado con su desinterés, una dramática falta de emociones. Minutos después regresaron con una docena de cuerpos descartados en transferencias recientes y repitieron sus movimientos sin sentido inverso. Por docenas, como huevos.

- No me vieron - atiné a decir.

- No les interesas.

- Podría ser un ladrón, un maniaco.

- Nuestros órganos no les sirven ni a los perros. Los experimentos biológicos se hacen con carne fresca, cultivada en tanques; los cuerpos enfermos no sirven para nada. - Se agitó en la reposera, incómodo. Tuve miedo de que se muriera en ese mismo momento. Él lo advirtió - Quédate tranquilo - dijo, anticipándose una vez más -. Todavía falta.

- ¿Cuánto? - la pregunta, inesperada hasta para mí, lo conmovió.

- ¿Cuánto? No sé. Horas, dos días, una semana, seis meses. ¿Quién puede predecir con cuánta ferocidad se aferra un cuerpo a la vida, aun un cuerpo despojado de su alma?

Yo no me sentía el alma de nadie, menos de ese cuerpo obstinado, aunque debía reconocer que hablaba con buen criterio. Los médicos habían sido

terminantes en todo lo que se refería mi sobrevivencia en el cuerpo viejo. Pero los médicos no tienen un compromiso fatal con los pronósticos. ¿Alguien conoce a un médico castigado por errarle a una predicción? La puerta del depósito, cerrada tras la partida de los auxiliares con su macabro cargamento, me devolvió al mundo real. Mi primer cuerpo observaba sin demasiado interés, el marco de luz y las partículas de polvo en suspensión. El depósito se sumía en las tinieblas. Me resultaba imposible determinar cuánto tiempo hacía que estaba en este lugar.

- Debo irme - dije.

- Es cierto - dijo él.

- Antes de que sea demasiado tarde. - La puerta no está cerrada con llave. - Puedo regresar.

- Depende de vos. Si te interesa hacerlo...

- Quiero decir: tiene sentido si vas a estar aquí cuando vuelva.

Se encogió de hombros, casi despectivo - Sí o no. ¿Quién, sabe? ¿Soy Dios para conocer el instante exacto? Si bien mis razones para seguir vivo se han extinguido no tengo coraje para terminar por mi mano lo que empecé con la cabeza, cuando decidí transferirme. Tal vez me aferro a la vida porque los cuerpos son entidades independientes, que obran por su cuenta.

- Los cuerpos obran por su cuenta - repetí tontamente -. Podrías aprovechar tus últimas horas escribiendo un tratado: Teoría de la Razón Vegetativa.

- Los cuerpos obran por su cuenta - repitió una vez más -. Tu cuerpo lo está haciendo en este mismo momento. ¿Por qué no te vas de una buena vez? Escupió las palabras con irritación, desafiándome.

- No soy una bestia; puedo esperar hasta que te calmes.

- Excusas, pretextos - dijo él -. Tus razones para permanecer en este lugar, junto a mí, esperando mi muerte, no tienen ningún valor. Te transferiste para liberarse de mí, no para cargar conmigo. No soy tu padre inválido. ¿Ves a otros haciendo eso? Los cuerpos mueren solos; está bien que sea así - la voz de mi ex cuerpo se había ido haciendo más y más aguda a medida que la pasión del discurso lo embargaba. Eso hizo que el contraste con el último suspiro de uno que se iba a pocos pasos de donde estábamos fuera muy marcado.

- No conozco otra forma de proceder - dije sin convicción -. Puedo esperar unos minutos. He comprendido que somos parte de un todo indivisible, y que mi deber será llorar, sentir dolor.

- ¡Qué cursi! Pero aprecio tu gesto, aunque los dos sabemos que no sirve para nada.

Bajé la cabeza. El suelo del depósito estaba sucio de polvo y excrementos por todas partes, excepto donde los cuerpos descartados movían impacientes los pies. Allí el piso estaba lustroso y la oscuridad luchaba tratando de ganar la batalla contra los brillos furtivos que se descolgaban desde fuentes invisibles. Empecé a esperar, ansioso, la siguiente ronda de los auxiliares. Hice un cálculo mental de los muertos y traté de establecer reglas de frecuencias basándome en los gemidos, pero abandoné enseguida desanimado, pesimista. Cada vez me era más difícil determinar los motivos de mi permanencia en el lugar, de mi incapacidad para salir, simplemente salir. Estaba en una trampa que yo mismo había construido y cebado. El cuerpo captó mi estado de ánimo y trató de ser constructivo.

- Creo que no voy a morir hoy.

- Podría volver mañana - dije estúpidamente.

- Es una buena idea. Pero tampoco sé si mañana...

El marco de luz se extinguía, por lo que el depósito ya estaba sumido en un mar de oscuridad. Los puntos de referencia habían desaparecido y lo mismo podía hallarme en el depósito de cuerpos descartados que en el corazón de una pesadilla. Me alenté, con la idea de que es posible despertar de la peor pesadilla, pero la voz quebrada de mi primer cuerpo me devolvió a la realidad.

- ...caminando hacia donde apunta ahora tu nariz...

Era ahora o nunca. Me puse en marcha y antes de dar el tercer paso la ira de su cuerpo demostró que no sería una tarea sencilla.

- Que imbécil, fíjese por dónde camina y respete a los que se están muriendo.

- Perdón. Quiero salir de este lugar.

- ¿Salir? - dijo, el cuerpo se rió ofensivamente -. De aquí sólo se sale muerto.

Era la confirmación de lo que había empezado a sospechar: la trampa, funcionando con eficacia, me dejaba del lado incorrecto.

- Soy un recién transferido - dije -. Vine a despedirme. - Busqué aferrar con las manos al moribundo, pero éste me eludió, burlón. Cuando volvió a hablar supe que no era el mismo, que otro ocupaba su lugar. El juego empezaba a despertar el interés de los condenados.

- Mi transferido no vino a despedirse. Desgraciado. Me deja solo en estas circunstancias tan dolorosas...

- El mío firmó una autorización para que me inyectaran algo para acelerar el asunto - dijo otro. Un grito destemplado cortó una nueva protesta. Los quejidos y lamentos brotaban ahora de todos los rincones del depósito; los viejos cuerpos morían a mi alrededor, o simulaban hacerlo para mortificarme.

- ¿De qué sirve? - aulló una voz femenina - ¿nos hace diferentes, nos mejora en algún sentido? si la muy puta viniera a despedirme.

- ¡Se arrepentiría! - completó un coro destemplado. Los cuerpos descartados se mecían en sus reposaras de lona produciendo sonidos de textura rugosa, mínimos estertores de madera y polvo; el silencio roto se había esparcido por todo el volumen del depósito reflejando imágenes ciegas de la muerte, la muerte verdadera, la muerte cierta y absoluta, la que no podemos eludir con artificiosos saltimbanquis cambiando la cáscara.

- ¿Por dónde? - rogué - No veo la salida.

- Hacia adelante, con energía - insistió mi primer cuerpo - atropellando sin asco; vamos a morir de todos modos.

Arremetí con furia, ciegamente, pero la reacción de los cuerpos no se hizo esperar. Probablemente en un ilógico arrebato, se habían levantado de las reposaras y me rodeaban, cerrándome el paso. Llegué a sentir la presión de algo duro, metálico que buscaba mi carne y la ferocidad de una dentadura incompleta mordiéndose el brazo mientras, perdida toda moderación, yo golpeaba con los puños apretados en todas direcciones. Era inútil: la ruta hacia la salida, en la oscuridad y cercado por cuerpos sin futuro, se había clausurado para mí.

Sigue un lapso de recuerdos confusos. Tal vez caí, fui pisoteado por los cuerpos enfurecidos, recibí un golpe en la cabeza. Quizá no. Es imposible reconstruir los hechos que conducen a mi situación actual. Sólo tengo la certeza de un despertar en la oscuridad y el silencio del depósito, de los tubos de plástico que me conectan a sustancias nutritivas, de los centenares de cuerpos descartados que me rodean.

- Era la única salida - dijo una voz familiar desde muy cerca, en un repliegue de las sombras -. Estaba en garantía. Si bien ninguna herida fue mortal...

- No quiero que me compadezcas - lo interrumpió - y andate antes de que sea tarde.

- Necesito que aclaremos algunas cosas - dijo.

- No hay nada que aclarar - repliqué -. Es peligroso - pude verlo por primera vez: éramos idénticos, por supuesto, el mismo modelo de cuerpo -. Sólo una pregunta: ¿el primer cuerpo... murió?

- Estoy aquí - respondió el primer cuerpo con la voz llena de grietas, desde algún lugar próximo, a la derecha de donde yo estaba.

- La casa está en orden, entonces.

- Me incorporé para que el nuevo cuerpo supiera que me dirigía a él -. Ahora voy a contar hasta diez, y cuando termine estaré afuera de este lugar de mierda, viviendo.

Moví la cabeza con obstinación. Comprendí que la trampa volvía a estar cebada y quién sabe cuántos caeríamos en ella antes de aprender el truco que permitía burlarla.

- Parece - dijo el cuerpo original alzando la voz en la atmósfera cargada de podredumbre - que el que escribió nuestro final se resiste a modificar una sola línea.

- Quizá sea un Griego - repliqué, con ironía -, un aficionado a imaginar el Destino con mayúscula.

- ¿De qué están hablando? - dijo el cuerpo nuevo, desconcertado -, ¿Se burlan de mí? ¿Así pagan mi simpatía? De cualquiera manera voy a quedarme hasta obtener algunas respuestas. No tengo necesidad de explicarles...

Dejé de escuchar sus palabras, aunque las oía mezcladas con el zumbido de las máquinas y el latir de los corazones de los cuerpos. Me costaba imaginar qué heridas habían obligado a realizar una segunda transferencia en tan poco tiempo, por lo que empecé a inspeccionar el cuerpo con cuidado, minuciosamente. Una fea costura me cruzaba el pecho y, al presionar, descubrí un dolor agudo en el costado izquierdo. ¿Tanto me habían dañado los casi muertos? Korps, en defensa de su reputación, había actuado de oficio y el nuevo cuerpo avaló el procedimiento al despertar. Cerraba perfectamente.

Se abrió la puerta y entraron los auxiliares. Curiosamente no había cuerpos sin vida, por lo que permanecieron perplejos unos segundos, vacilando entre dos mundos, pero no tardaron en retomar sus rutinas, trayendo cuerpos recién descartados a los que ubicaron en reposaras de lona, conectando los tubos de plástico a las venas de los pobres desgraciados.

- ¡Llévenselo! - grité a voz en cuello -. No tiene nada que hacer aquí. - el dolor se intensificó, perdí fuerzas; mis gritos sonaban apagados, incapaces de alcanzar su objetivo.

- No registran a los descartados - dijo mi primer cuerpo.

- Ahorren fuerzas - dijo el cuerpo nuevo -. Los voy a sacar de esta pocilga. Mis cuerpos no son basura.

- Somos basura - dijo el primer cuerpo.

- Te suplico: andate de este lugar antes de que sea tarde. - sonó melodramático, pero no se me ocurría otra forma de hacerlo reaccionar -. Vas a quedar atrapado, prisionero, como nosotros...

El cuerpo nuevo se sobresaltó. Los auxiliares habían cerrado la puerta y el depósito quedó en penumbras una vez más. En la oscuridad creciente los gemidos de todos nosotros, los cuerpos descartados, y las protestas del recién transferido se mezclaron hasta hacerse indistinguibles.

**FIN**

## Cordwainer Smith - NANCY

Dos hombres observaron la entrada de Gordon Greene a la oficina. El joven ayudante no era importante. El general, en cambio, sí lo era.

El imponente general se sentó donde correspondía, en su escritorio, que estaba ubicado de frente. La infinita cortesía del general se reflejaba en el hecho de que las persianas estaban bajas, impidiendo que la luz diera directamente en los ojos del entrevistado.

En ese momento el General era Wenzel Wallenstein, el primer hombre en aventurarse en lo más profundo del espacio. No había alcanzado ninguna estrella, hasta ese momento nadie lo había logrado, pero él había ido más lejos que cualquier otro.

Wallenstein era un hombre mayor, aunque no tanto. Tenía algo menos de 90 años en la época en que la mayoría de los hombres vivía hasta los 150. Lo que hacía que Wallenstein aparentara más edad era el sufrimiento proveniente del agotamiento mental, no el proveniente de la ansiedad y la competencia ni el proveniente de alguna enfermedad.

Era algo más sutil, una sensibilidad causante de su propio dolor.

Sin embargo era real.

Wallenstein era tan estable como podía serlo cualquier otro hombre, y el joven teniente se sorprendió al descubrir, en su primer encuentro con el comandante en jefe, que su reacción emocional era un sentimiento de compasión hacia aquel hombre que comandaba toda la organización.

- ¿Su nombre?

- Gordon Greene - contestó el teniente.

- ¿Es un seudónimo?

- Sí, señor.

- ¿Cuál es su nombre verdadero?

- Giordano Verdi.

- ¿Por qué lo cambió?, Verdi también es un gran nombre.

- Es difícil de pronunciar señor. Lo cambié por el mejor que pude encontrar.

- Yo conservé mi nombre - agregó el viejo general -, supongo que es cuestión de gusto.

El joven teniente levantó su mano izquierda con la palma hacia afuera, el nuevo saludo inventado por los psicólogos. El general sabía que este saludo significaba que debía dejarse de lado por el momento la cortesía militar y que el oficial subordinado estaba requiriendo permiso para hablar de igual a igual. Conocía este saludo. Sin embargo, en estas circunstancias, no le inspiraba confianza.

La respuesta del general no se hizo esperar. Repitió el gesto, mano izquierda, palma hacia afuera.

La sombría, cansada, sabia, agotada vieja cara del general no había cambiado de expresión. Estaba alerta. Amigable de un modo mecánico, examinaba al teniente. El teniente estaba seguro de que no existía nada detrás de esos ojos, excepto un sinnúmero de problemas internos.

El teniente volvió a hablar, pero esta vez en actitud confidente.

- General, ¿es esta una entrevista especial? ¿Tiene algo en mente para mí? De ser así, señor, permítame prevenirlo de que me declararon psicológicamente

inestable. El Departamento de Personal no comete errores, pero debieron mandarme aquí por error.

El general sonrió. La sonrisa fue mecánica. Fue un manejo de los músculos, no una revelación de emoción humana.

- Teniente, en cuanto hablemos usted sabrá lo que tengo en mente. Vendrá otro hombre que le dará alguna idea de lo que le deparará la vida. Como sabemos, usted solicitó ir al espacio profundo, y hasta donde yo sé ha conseguido que lo enviemos. Ahora la pregunta es: ¿De veras lo desea? ¿Quiere aceptar? ¿Eso era todo lo que quería aclarar?

- Sí, señor - contestó el teniente.

- No tenía por qué solicitar la señal de cortesía. Me podría haber preguntado aún dentro de los límites del servicio. No seamos tan psicológicos.

De nuevo, el general le sonrió al teniente en forma inexpresiva.

Wallenstein hizo un ademán al ayudante, quien se inclinó en señal de atención, y le dijo:

- Hágalo pasar.

El ayudante contestó:

- Sí, señor.

Los dos hombres esperaron. Entró un extraño teniente con paso firme, vivo y rápido.

Gordon Greene nunca había visto a alguien como él. El teniente era mayor, casi tan mayor como el general. Su expresión era jovial y sin arrugas. Los músculos de sus mejillas y frente revelaban felicidad, relajación y una visión segura de la vida. El teniente lucía las tres condecoraciones más altas de su rango. No existían otras más altas, y sin embargo ahí estaba él, un hombre viejo y todavía teniente.

El teniente Greene no lo podía entender. No conocía a este hombre. Era común que un hombre joven fuera teniente, pero no un septuagenario u octogenario; a esa edad ya eran coroneles, o se habían retirado, o abandonado, o habían vuelto a la vida civil.

El espacio era un juego para hombres jóvenes.

El general se levantó de su asiento en señal de cortesía. El teniente Greene se asombró. Esto también resultaba extraño. El general no debía violar las normas de cortesía.

- Siéntese, señor - dijo el extraño viejo teniente.

El general se sentó.

- ¿Qué quiere de mí ahora? ¿Quiere hablar una vez más de la rutina Nancy? - dijo el recién llegado.

- ¿La rutina Nancy? - preguntó el general, molesto.

- Sí, señor. La misma historia que le conté antes a esos otros jóvenes. Usted la escuchó, yo la escuché, no tiene sentido fingir.

Dirigiéndose al otro, el extraño teniente dijo:

- Mi nombre es Karl Vonderleyen. ¿Escuchó alguna vez hablar de mí?

- No, señor - contestó el joven teniente.

- Ya oirá.

- No lo haga difícil, Karl - dijo el general -. Muchos otros tuvieron problemas además de usted. Yo fui e hice las mismas cosas que usted y soy general. Me debe, por lo menos, la cortesía de enviarme.

- No lo envidio, general. Usted tiene su vida y yo la mía. Usted sabe lo que perdió o cree que lo sabe, y yo sé lo que tuve, y estoy seguro de saberlo.

El viejo teniente no le prestó más atención al comandante en jefe. Se dirigió al joven y le dijo:

- Irá al espacio y nosotros representaremos un vaudeville para usted. El general no encontró ninguna Nancy. No la requirió. No requirió ayuda. El salió hacia Arriba-y-Afuera durante tres años. Tres años que se asemejan a tres millones de años, supongo. Fue al infierno y volvió. Obsérvelo, es un éxito. Un maldito éxito, sentado allí, agotado, cansado y al parecer hasta herido. Míreme. Míreme con cuidado, teniente. Soy un fracaso. Soy teniente, y el Servicio del Espacio no hace nada para cambiar mi situación.

El comandante en jefe no dijo nada, así que Vonderleyen siguió hablando.

- Supongo que cuando llegue el momento me retirarán como general. No estoy listo para retirarme ahora. Podría seguir en el Servicio del Espacio o podría hacer cualquier otra cosa. No hay mucho más que deba hacer en este mundo. Yo logré todo.

- ¿Lograr qué, señor? - se atrevió a preguntar el teniente Greene.

- Encontré a Nancy, algo que él no pudo. Tan simple como eso.

El general intervino en la conversación.

- No es tan malo, pero tampoco es tan simple, teniente Greene. Parece que algo no anda bien hoy en el teniente Vonderleyen. Tenemos que contarle una historia y usted debe decidir. No hay otra manera de hacerlo.

El general miró incisivamente al teniente Greene.

- ¿Sabe lo que hicimos con su mente?

- No, señor.

- ¿Oyó hablar del virus Sokta?

- ¿Qué cosa, señor?

- El virus Sokta. Sokta es una palabra antigua que proviene del Chosen-mal, el idioma de la Vieja Corea, que era un país occidental ubicado cerca de Japón. Significa «tal vez», y es lo que introducimos en su cabeza. Es un cristal pequeñito, más que microscópico. Está allí. En la nave hay una máquina no muy grande, porque no podemos ocupar más espacio, que resuena para detonar el virus. Si usted detona a Sokta, será igual a él. Si no lo hace, será como yo. Suponiendo que usted viva. Usted puede no vivir y entonces no regresar, en cuyo caso estamos hablando en forma teórica.

El joven se animó a preguntar:

- ¿Qué es lo que me hace eso? ¿Por qué hacen eso?

- No podemos contarle mucho más. Una de las razones es que no tiene demasiado sentido hacerlo.

- ¿Quiere decir, señor, que usted realmente no puede?

El general meneó su cabeza con tristeza.

- No, yo la perdí, y él la encontró, sin embargo esto traspasa los límites de lo narrable.

Mientras mi primo me contaba la historia, muchos años después, a esta altura de la narración le pregunté:

- Bueno, Gordon, si te dijeron que no puedes hablar de eso, ¿cómo puedes hacerlo ahora?

- Ebrio, hombre, ebrio - dijo mi primo -. ¿Cuánto tiempo te piensas que me llevó llegar a este momento? Nunca lo volveré a contar. Eres mi primo, aunque de todas formas no tiene importancia que lo sepas. Además, le prometí a Nancy que no se lo diría a nadie.

- ¿Quién es Nancy? - le pregunté.



- Nancy lo es todo, es la historia en sí misma. Eso era lo que ellos trataban de decirme en la oficina, aunque no lo sabían. Uno de ellos la había encontrado, el otro no.

- ¿Nancy es real?

En ese momento me contó el resto de la historia. La entrevista fue áspera pero clara, estricta, sencilla, directa. Las alternativas, simples. Estaba bien claro que Wallenstein quería que Greene regresara vivo. La política actual del comando espacial era que era preferible traer al hombre como un fracaso vivo que dejarlo como un héroe muerto. Los pilotos no eran fáciles de encontrar. Aún más, el ánimo sería peor si se les decía a los hombres que intervenían en operaciones suicidas.

Todo era psicológico, y después de que Greene salió de la oficina estaba más confundido que antes.

Ellos siguieron contándole, aunque de diferente manera - el general feliz, el teniente no - que todo esto era serio. El viejo general sombrío estaba alegre, el feliz teniente siguió siendo compasivo.

Greene se preguntaba por qué sentía tanta compasión hacia el comandante general y se sentía despreocupado ante el viejo teniente fracasado. Sus sentimientos debían ser al revés.

Mil quinientos millones de millas después, o cuatro meses más tarde, hablando en tiempo normal, o cuatro vidas después para el tiempo que él había sufrido, Greene descubrió de qué estaban hablando. Era una vieja enseñanza de la psicología. Los hombres morían si se los dejaba completamente solos. Las naves se diseñaban para proteger a los hombres de la soledad. Había dos hombres por nave. Cada nave estaba provista de muchas cintas, de algunos animales innecesarios. En ese caso se había incluido en la nave una pareja de hámsters. Por supuesto que habían sido esterilizados para evitar el problema de tener que alimentar a las crías, pero aún así constituían una pequeña familia, una representación en miniatura de la felicidad de la vida en la Tierra.

La Tierra estaba muy lejos.

El copiloto había muerto.

Todo lo que había amenazado a Greene se volvió real de repente.

Se dio cuenta de qué era de lo que habían estado hablando.

Los hámster eran su única esperanza. Acercaba su cara a la jaula y conversaba con ellos. Trataba de compartir su vida con la de ellos como si se tratara de seres humanos, como si él fuera parte del mundo de los vivos y no estuviera allí con un estridente silencio más allá de la delgada pared de metal. No había nada por hacer, excepto corretear como un animal encerrado en una maquinaria que nunca comprendería.

El tiempo borró sus perspectivas. Sabía que estaba loco, pero entrenándose podía sobrevivir con esa locura parcial. Incluso se dio cuenta de que la inestabilidad de su personalidad, que le había hecho pensar que no serviría para el Servicio Espacial, probablemente contribuyó a la confianza que lo hizo unirse al servicio.

No dejaba de pensar en Nancy y en el virus Sokta.

¿Qué era lo que habían dicho?

Ellos le habían contado que podría despertar a Nancy, quienquiera fuera Nancy. Nancy no era un apodo. De una manera u otra el virus no descansaba. Sólo necesitaba girar su cabeza hasta cierto punto, presionar el botón de

resonancia en la pared y su misión fallaría, pero sería feliz y volvería sano y salvo a casa.

No podía entender qué lo llevaba a tomar esa decisión. Parecía que habían pasado tres mil millones de años desde que había dictado su último mensaje al Servicio del Espacio. No sabía qué sucedería. Obviamente el viejo teniente, Vonderleyen o como se llamara, seguía vivo. Igual de obvio era el hecho de que el general también seguía vivo. El general pudo superarlo. El teniente no.

Y ahora, el teniente Greene, a mil quinientos millones de millas en el espacio exterior, debía tomar una decisión. Su decisión fue fallar.

Pero deseaba, como cuestión de disciplina, hablar a favor del hombre que estaba fallando, y dictó un mensaje simple que concluía con una apelación de justicia. Estaría en la grabadora de la nave al llegar a la Tierra.

- «...y así, caballeros, decidí activar el botón. No sé lo que significa Nancy, o lo que el virus Sokta hará además de hacerme fallar. Por esta razón estoy muy avergonzado. Lamento que la debilidad humana me lleve a esto. Pero ella, y ustedes, caballeros, lo han permitido. No soy yo quien está fallando, sino el Servicio del Espacio por autorizarme a fallar. Caballeros, olviden la amargura con la que les digo adiós ahora, pero debo decirlo.»

Paró de dictar, parpadeó, miró por última vez a los hámster - ¿qué sería de ellos después de que el virus Sokta comenzara a trabajar? - y presionó el botón y se reclinó.

No pasó nada. Presionó el botón nuevamente.

La nave se inundó de un olor extraño que no podía identificar, no sabía qué era.

De repente le pareció que era pasto recién cortado, con un suave dejo de geranios y hasta rosas tal vez. Era un aroma igual al de la granja a la que había ido un verano, años atrás. Era el aroma de su madre parada en el porche, llamándolo a comer, y el de él mismo, el aroma que le basta a un hombre para reconocer a la mujer que hay en su propia madre, que le basta a un niño para contestar feliz a una voz familiar.

- Si esto es todo lo que el virus significa - se dijo -, no tengo por qué dejar todo, puedo seguir trabajando con eficacia. Mil quinientos millones de millas de distancia, acompañado por dos hámster, durante años de soledad. Algunas alucinaciones no me harán daño.

La puerta se abrió.

No podía abrirse, sin embargo se abrió.

En este momento conoció el miedo más terrible que alguna persona haya sentido alguna vez. Repitió «Estoy loco, estoy loco» y miró hacia la puerta abierta.

Entró una muchacha.

- Hola - dijo - ¿me conoces?

- No, señorita, no, ¿quién es usted?

La muchacha no contestó, sólo le sonrió.

Ella tenía una pollera azul de sarga con anchas rayas verticales, una linda cinturita, un cinturón del mismo material de la pollera y una blusa sencilla. No le resultaba extraña y tampoco parecía una criatura del espacio.

Era alguien que conocía y muy bien. Tal vez alguien amado, sólo que no la podía ubicar, no en ese momento y en ese lugar.

Ella seguía mirándolo.

De repente se dio cuenta. Por supuesto, era Nancy. No la mujer de la que ellos hablaron, sino su Nancy, la Nancy que había conocido desde siempre y nunca había visto.

Trató de recomponerse y le dijo:

- ¿Cómo es que te conozco si no te conozco? Eres Nancy, te conozco de toda la vida y siempre quise casarme contigo. Eres la mujer de la que siempre estuve enamorado y nunca te había visto. Es ridículo, Nancy, muy ridículo. No lo entiendo, ¿y tú?

Nancy se acercó y le acarició la frente con su mano. La pequeña mano era real y su presencia querida y muy grata.

- No es fácil de entender, toma su tiempo - dijo -. No soy real para nadie, sólo para ti. Y aún así soy más real para ti que cualquier otra cosa. Esto es lo que hace el virus Sokta. Soy yo, soy tú.

La miró sorprendido.

Debía sentirse desdichado, pero no, estaba feliz por tenerla allí.

- ¿Qué quieres decir? ¿El virus Sokta te hizo? ¿Estoy loco? ¿Es una alucinación?

Nancy meneó su cabeza y sus lindos rulos bailaron.

- No, no lo es. Soy la muchacha que siempre quisiste. Soy la ilusión que siempre quisiste, pero yo soy tú porque estoy en lo más profundo de tu ser. Soy todo lo que tu mente jamás encontró. Todo lo que podrías tener miedo de desenterrar. Estoy aquí y voy a quedarme. Todo el tiempo que estemos en la nave con la resonancia, nos llevaremos bien.

Mi primo comenzó a llorar. Tomó una botella de vino y sirvió una copa llena de Dago Rojo. Lloró por un rato. Apoyando su cabeza en la mesa, me miró y dijo:

- Pasó mucho, mucho tiempo, y aún recuerdo cómo me hablaba. Y ahora veo por qué dicen que no se puede hablar de ello. Un hombre tiene que estar muy borracho para contar su propia vida, sobre la hermosa vida que tuvo, y permitir que se haya acabado, ¿no es cierto?

- Sí, así es - dije para darle ánimo.

Nancy transformó la nave, cambió de lugar los hámster, varió la decoración, revisó los archivos. El trabajo se realizó mejor que antes.

El hogar que ella había preparado para ellos era diferente. Tenía aroma a comidas, olor a viento, y hasta algunas veces él sentía llover aunque la lluvia más cercana se hallaba a 2.400 millones de kilómetros y no existía nada más que el irritante silencio frío del metal frío en el exterior de la nave.

Vivieron juntos. No les llevó mucho tiempo llevarse bien.

El era Giordano Verdi y tenía limitaciones.

Llegó el momento de estar muy unidos, más que amantes. El dijo:

- No puedo tenerte, querida. No es la forma en que podemos hacerlo, aunque estemos en el espacio, aunque no seas real. Eres lo suficientemente real para mí. ¿Te casarías conmigo por medio del libro de plegarias?

Sus ojos brillaron y una centelleante sonrisa se dibujó en sus incomparables labios.

- Por supuesto - contestó ella.

Lo abrazó. El acarició los huesos de sus hombros, sintió sus costillas, sintió los mechones de su pelo acariciando sus mejillas. Eso era real. Era más real que la vida misma aunque un tonto le había dicho que era un virus, que Nancy no existía. Si esto no era Nancy, ¿qué era?

La apartó y, lleno de amor y alegría, leyó el libro de plegarias. Le pidió que respondiera.

- Supongo que soy el capitán y nos hemos casado.

El matrimonio anduvo bien. La nave recorrió una órbita igual a la de un cometa. Fue muy lejos, tan lejos que el sol se convirtió en un punto lejano. La interferencia del sistema solar no causó efectos en los instrumentos.

Nancy un día le dijo:

- Supongo que ahora sabes por qué eres un fracaso.

- No - respondió él.

Lo miró con seriedad.

- Pienso con tu mente. Vivo en tu cuerpo. Si mueres en esta nave, yo muero también. Viviré el tiempo que vivas. ¿No es curioso?

- Curioso - dijo él, y un nuevo viejo dolor se apoderó de su corazón.

- Puedo decirte algo que conozco con la parte de tu mente que uso. Sé que sin ti existo. Supongo que reconozco tu entrenamiento técnico y lo percibo de alguna manera; aunque no siento su falta. Tuve la educación que pensaste que tendría y que querías que tuviera. Pero ¿te das cuenta de lo que está pasando? Estamos trabajando con nuestra mente casi a la mitad de su poder en lugar de un décimo de poder. Toda tu imaginación se utiliza para crearme. Todos tus pensamientos están en mí. Los quiero como quiero que me ames pero no hay lugar para pensar en alguna emergencia, y no queda nada para el Servicio del Espacio. Estás haciendo lo mínimo. Eso es todo. ¿Lo valgo?

- Por supuesto que sí, querida. Eres todo lo que un hombre puede pedir de su enamorada y de su amor, de una esposa y de una verdadera compañera.

- Pero, ¿no te das cuenta? Estoy sacando lo mejor de ti. Cuando la nave regrese a casa ya no existiré.

De un modo extraño él se dio cuenta de que la droga estaba funcionando. Pudo ver lo que le estaba sucediendo y miró a su bienamada Nancy con su cabellera brillante y notó que su cabello no necesitaba peinarse. Miró sus ropas y comprendió que ella usaba ropas para las cuales no había espacio en la nave. Y ella se cambiaba de ropa de un modo delicioso, alegre, atractivo, día tras día. Comía cosas que sabía no podían estar en la nave. Nada lo inquietaba. Ahora ni siquiera podía preocuparlo el pensar que perdería a Nancy. Cualquier otro pensamiento podía haberlo borrado de su subconsciente y podía haberse entregado a la idea de que no era una alucinación después de todo.

Esto era demasiado. Acarició su cabello.

- Sé que estoy loco, querida, sé que no existes.

- Pero existo. Soy tú. Soy parte de Gordon Greene con tanta seguridad como que me casé contigo. No moriré hasta que tú mueras, porque cuando llegues a casa, querido, me retiraré a lo más profundo de tu mente, pero viviré allí tanto tiempo como tú vivas. No me puedes perder, no puedo dejarte y no puedes olvidarme. Nadie me conocerá excepto por lo que digan tus labios. Por esto es tan raro.

- Ahí es donde sé que estoy equivocado - insistió Gordon tozudamente -. Te amo y sé que eres un fantasma, que te irás, sé que estamos llegando a un final pero no me preocupa. Seré feliz estando a tu lado. No necesito beber. No tomaría ninguna droga. Aún así la felicidad está aquí.

Continuaron con las tareas domésticas. Revisaron gráficos, guardaron las cintas, grabaron algunas tonterías en la grabación permanente de la nave. Luego asaron malvaviscos delante de un gran fuego. El fuego era, en realidad, un hogar

que no existía. Las llamas no podían arder pero ardían. No había malvaviscos en la nave, sin embargo ellos los asaron y se divertieron haciéndolo.

Así continuaron sus vidas, llenas de magia, pero esta magia no poseía espinas o durezas, no poseía enojos, o desesperanza ni desesperación.

Eran una pareja muy feliz.

Los hámster así lo sentían, permanecían limpios y rechonchos, comían de buena gana. Se sobrepusieron a la náusea espacial. Lo espiaban. Permitió que uno de ellos, el de nariz marrón, correteara por la habitación. Dijo:

- Eres un personaje real del ejército. Pobrecito. Naciste para el espacio y estás sirviendo aquí.

Sólo una vez más Nancy retomó la cuestión del futuro.

- Sabes que no podemos tener niños. La droga Sokta no lo permite. Tú puedes tenerlos pero será gracioso que te cases, permaneciendo yo siempre en el trasfondo. Porque ahí estaré.

Regresaron a la Tierra.

Al salir de la nave, un coronel médico severo y tedioso lo miró y dijo:

- Creemos que sucedió.

- ¿Qué cosa, señor? - dijo el teniente Greene obeso y radiante.

- Encontró a Nancy.

- Sí, señor. La traje conmigo.

- Vaya a buscarla - dijo el coronel.

Greene volvió al cohete. No había señales de Nancy.

Volvió sorprendido, aunque no molesto.

- Coronel, no la veo, pero estoy seguro de que está por ahí.

El coronel le brindó una sonrisa singular, compasiva y fatigada.

- Ella siempre estará merodeando, teniente. Ha realizado el trabajo mínimo. No creo que debamos desanimar a personas como usted. Se dará cuenta de que quedará fijo en su grado actual. Será condecorado, Misión Cumplida. La misión fue un éxito, fue más lejos que otros. Vonderleyen dice que lo conoce. Está esperándolo por allí. Tendremos que hospitalizarlo para asegurarnos de que no sufrirá un shock.

- En el hospital - dijo mi primo - no hubo ningún shock.

No extrañó a Nancy. ¿Como podía extrañarla si no se había ido? Ella siempre estaba a la vuelta de la esquina, atrás de la puerta, unos minutos adelantada. Durante el desayuno sabía que la vería en el almuerzo. En el almuerzo, sabía que ella vendría a la tarde. Al atardecer, sabía que cenaría con ella.

Sabía que estaba loco.

Sabía muy bien que no existía ninguna Nancy y que nunca la había habido. Pensaba que debía odiar al virus Sokta por haberle hecho esto, pero en cambio lo aliviaba.

El efecto de Nancy fue una inmolación a la esperanza perpetua, la promesa de algo que nunca se perdería, y una promesa de algo que no puede perderse es mejor que una realidad que puede ser perdida.

Eso era todo lo que había. Le pidieron que testificara en contra del virus Sokta.

- ¿Yo? ¿Traicionar a Nancy? No sean ridículos.

- Usted no la tiene - dijo alguien.

- Eso es lo que usted cree - contestó mi primo, el teniente Greene.

**FIN**

## Alice E. Jones - MISS FOUR

Elsa Hornos dijo en el teléfono:

- Miriam, siento tanto que no puedas ir... Sí, será divertido. Y no te preocupes por Julia. Miss Four la cuidará.

Espió hacia donde la sirvienta estaba sentada, cosiendo con su cabeza doblada sobre el vestido de la niña.

- ¿Qué?... ¡Oh, es maravillosa! Maravillosa con Julia, sí. Ha estado con nosotros casi un mes. Justo después de que te fuiste al bungalow... ¡Sí, por supuesto, un nuevo vestido! Azul... - Le habló amistosamente a la sirvienta: - La luz no es buena, miss Four. Se arruinará los ojos.

- La luz es completamente adecuada, señora - dijo con precisión la señorita Four, mirando a Elsa. Era una mujer pequeña, delgada y pálida, muy gentil, de ojos y cabello incoloros. Llevaba un vestido negro con cuello blanco, un broche blanco lechoso como un ojo ciego, y medias y zapatos negros -. Puedo ir a la otra habitación, si lo prefiere - dijo cortésmente, con una voz algo fría.

Elsa enrojeció.

- Oh, no, miss Four, no quise decir eso... Sí, todavía estoy aquí, Miriam. Quédese donde está, miss Four.

- Sí, señora. - La cabeza de la señorita Four volvió a inclinarse; sus finos dedos remendaban el vestido con habilidad.

- ¿Te veo el viernes, Miriam, en lo de Elena?... Bien. Y pienso que es una pena que la señora Gómez no haya podido.

- Si me perdona, señora - dijo la señorita Four -, no pude evitar oír. ¿La señora Gal tiene dificultades para hallar alguien que se encargue de sus chicos?

Sorprendida, Elsa se dio vuelta, dejando el teléfono.

- Un minuto, Miriam... ¿Qué dijo, miss Four?

- Perdóneme, señora - dijo la sirvienta, inclinando la cabeza en una breve imitación de reverencia -, si le parezco entrometida. Estaba por sugerir que, si la señora Gal trae sus chicos esta tarde, me daría mucho gusto cuidarlos. Podrían inclusive quedarse toda la noche, señora.

Elsa sonrió con deleite.

- ¡Miss Four, qué amabilidad de su parte! La señora Gal le estará muy agradecida. ¿Pero no será demasiado para usted?

- No, señora, en absoluto.

- Se lo diré, entonces... Miriam, la miss Four se ofrece a cuidar de los chicos... sí, aquí. Podrían quedarse hasta mañana... ¿sí, no es cierto? ¿No te lo dije?... la señora Gal quiere hablar con usted, miss Four.

La sirvienta dejó la costura y caminó hacia el teléfono. Tenía un andar extrañamente silencioso y rígido, sus piernas la cargaban como si fuera un paquete. La conversación fue breve, consistente mayormente en «sí, señora», «perfecto, señora» y «gracias, señora».

- ¿Cuelgo, señora? - preguntó la señorita Four, girando hacia Elsa.

- Sí, por favor... Miss Four, es realmente una gentileza.

- No es nada, señora.

- Sí, lo es. Gracias. Muchas gracias... ¿Podrá tener lista la cena más temprano esta noche? ¿Alrededor de las ocho? Tengo que vestirme.

- Como quiera, señora. A las ocho.

Durante el primer intervalo en el baile del country, los Hornos y los Gal se sentaron juntos en el porche, tomando tragos y charlando.

- ¡Elsi, esto es precioso! - dijo Miriam Gal, reclinando hacia atrás su cabeza oscura y mirándola con suavidad -. Tu miss Four es muy fina. Pero también es... - dudó, frunciendo el ceño - No piensas que hay algo... No, voy a parecer desagradecida, olvídame.

- Es algo rara - coincidió Elsa, y sonrió. Se veía excepcionalmente bonita en su vestido azul oscuro, que destacaba su pelo rubio -. Es muy eficiente, no obstante, y muy buena con Julia.

- Es realmente delicado de su parte hacerse cargo de tres chicos desconocidos en tan poco tiempo - dijo Raúl Gal.

- Oh, los conozco - dijo Miriam -. Volvieron ayer de lo de Julia colmados de la maravillosa miss Four.

- Le gustan los chicos - dijo Jorge Hornos con su sólida y confortable voz -. Otra vuelta, mozo.

- Tenemos suerte en tenerla - le dijo Elsa a Miriam, gravemente -. Y ella me gusta.

- No querrás decir que tú, en realidad... - Miriam se detuvo y comenzó de nuevo -. Los chicos dicen que les cuenta cuentos.

- ¿Cuentos, querida?

- No cuentos, el cuento - dijo Jorge -. Los chicos lo dejaron bien en claro. Les cuenta el cuento. ¿Seguro que no estás cansada, Elsi?

Ella sonrió con afecto. - No, Jorge. Ya no estoy inválida.

- ¿Qué tipo de cuento? - preguntó Raúl ociosamente; era morocho y delgado como su mujer, los Hornos eran rubios.

Elsa rió. - Nunca lo oí - dijo -. Es un secreto entre ella y los chicos. La música vuelve a empezar. Baila conmigo, Raúl.

Los cuatro chicos estaban sentados en sus camas, en el dormitorio de Julia. La cama de Julia era doble y la compartía con Carla Gal. Ambas tenían siete años, una era rubia y la otra morocha, ojos grandes, el pelo acomodado en trenzas.

Lucas y Marcos Gal, los mellizos de cinco años, tenían catres traídos del desván. Sus cabezas se movían arriba y abajo. No podían soportar estar quietos, sobre todo en el momento de acostarse.

Cuatro pares de ojos estaban fijos en la señorita Four, que estaba cerrando ventanas y persianas. Se movía con suavidad alrededor del dormitorio, con su raro caminar, su cara pálida y sosegada, sus manos expertas. Cuando terminó, se sentó a los pies de la cama de Julia.

- Ahora cuéntenos el cuento, miss Four - pidió Julia.

- Sí, miss Four, cuéntenoslo ahora - gritó Carla.

- Cuéntelo, cuéntelo - cantaron los mellizos, saltando en sus catres.

- Muy bien, chicos - dijo la señorita Four quedamente -. Ahora les contaré el cuento. Marcos, Lucas, vengan aquí, así pueden ver.

- Está cansada - le dijo Elsa gentilmente a la señorita Four, que estaba sentada a la mesa de la cocina, puliendo la platería -. No haga eso ahora.

- Ya casi termino, señora - dijo la señorita Four, atareada con la crema pulidora -. No estoy cansada.

Elsa le sacó la crema de las manos.

- Sí, lo está - le dijo -. Se la ve exhausta. La platería no importa. Vaya y descanse.

La señorita Four la miró. Sorpresivamente, un pálido color apareció en sus mejillas.

- Muy bien, señora, si lo desea.

Abandonó la cocina casi corriendo.

- Y todo lo que escuché de mis dos chicos - dijo Elena Taglio hacia el final de una tarde de scrabel - fue «miss Four». ¿Qué tienes en tu casa, Elsi... un flautista mágico?

Miriam dijo:

- ...y uno son dieciocho - empujando dos fichas -. Elena, por cierto, ha captado algo. - El scrabel es un juego muy exacto, y Miriam deseaba a medias haber sugerido que jugaran canasta.

- Ha conseguido la perfecta doméstica y la perfecta niñera - dijo Celia Harris, un poco envidiosa -. ¡Nuestra aristocrática amiga!

- Tenía que hacerlo - dijo Elena en tono de disculpa. La gente siempre se disculpaba con la pelirroja Celia, de afilados ojos y afilada lengua -. Treinta, Elena... Tenía que hacerlo, después de que... después de que perdí el chico.

- Cállate, Celia - dijo Elena con calma, mientras escribía «30» en la columna de Elsa. Firme, brusca Elena... nunca se disculpaba con nadie -. Elsa puede tener sirvienta si quiere y puede pagarla. ¿«Baca», Elsi? No creo que exista.

Elsa sonrió.

- Es la parte de atrás de un carruaje, Elena. ¿Quieres apostar?

- No, te conozco demasiado, déjalo. Te digo, Elsi, es un espécimen raro esta miss Four tuya.

Miriam tuvo un escalofrío.

- Me da frío. Lo siento, pero me pasa eso.

Celia dijo:

- Me sacaste la palabra de la boca. Oí que trabajaba por la avenida Libertador. ¿Qué está haciendo aquí?

- No en la avenida Libertador - dijo Elsa tímidamente; Celia siempre la ponía nerviosa -. Tenía un trabajo en la Capital, con una tal señora Bergés. Era demasiado para ella. Necesitaba un lugar más chico. Los Bergés dieron referencias excelentes.

- Supongo que las verificaste - dijo Elena.

- Lo iba a hacer, pero el resto de las que respondieron al aviso eran tan horribles y ella parecía tan... tan respetable, y yo me sentía... Bueno, en cuanto estuvo dos días con nosotros me di cuenta de que no podríamos estar sin ella. - Miró alrededor de la mesa, casi desafiante. - Y de verdad no podemos.

- Bueno, es tu casa, y son tus asuntos - dijo Miriam -. ¿Piensas jugar, Celia?

- No me apuren, no me apuren.

- Estoy haciendo su cheque, miss Four - dijo Jorge Hornos, levantando la vista de los papeles sobre el escritorio -, y tengo que llenar estos formularios. ¿Tiene su número de jubilación? ¿Puedo ver el carnet?

- Lo lamento, señor, pero perdí el carnet y no recuerdo el número - dijo la señorita Four.

- Está bien, miss Four. Cuando tramite el nuevo me lo trae. - Le sonrió -. No creo que le hayamos dicho cuánto nos gusta tenerla con nosotros.



Elsa dijo: - Cuánto apreciamos lo que usted hace. - Añadió impulsivamente: - ¡Cuánto nos agrada usted!

La señorita Four los miró con una extraña expresión en sus ojos sin color, pero dijo solamente: - Gracias, señor. Gracias, señora. Y ahora, si me disculpan...

- Y la manera en que habla - dijo Miriam, mientras la llevaba a su casa desde la reunión con las maestras -. ¡No pierde una s, no dice una palabra fuera de lugar! ¿Será extranjera? Four... suena inglés, o norteamericano.

- No lo sé, realmente no lo sé, Miriam - dijo Elsa lentamente.

Miriam sacó los ojos del camino el tiempo suficiente como para mirarla con intensidad. - Elsi, está viviendo en tu casa. Cuida de tu hija. Yo me ocuparía de saber algo acerca de ella.

Elsa dijo con calma:

- Yo no. Sabes, Miriam, algunas veces actúa como si tuviera miedo de nosotros.

Miriam alzó las cejas.

- ¿Pero por qué?

- No lo sé - dijo Elsa pensativamente -. Trabaja demasiado duro. Hace cosas innecesarias. Mi casa está tan limpia que es ridículo. Pero cuando tratamos de agradecerle, o decirle que no se lo tome tan en serio, ella... huye de nosotros, se autohumilla, sale de la habitación. ¿Por qué, Miriam?

- Porque es falsa - dijo la otra con convicción.

- Sabes - siguió Elsa, frunciendo ligeramente el ceño -, una vez hizo algo, no me acuerdo bien qué... Oh, ya sé, la mesa para el cumpleaños de Julia estaba preciosa. Recuerdo que le dije «puede estar orgullosa», y me miró de una manera... Te juro que no quise hacerlo, pero quizá le parecí condescendiente... Realmente no la entiendo, Miriam.

Miriam frenó bruscamente para evitar un gato que cruzó el camino.

- ¡Maldito gato estúpido!... Te lo repito, Elsi, si fuera tú me preocuparía por saber más acerca de ella. Vas de compras a la Capital la semana próxima, ¿no? ¿Por qué no pasas a ver a esa señora Bergés y le preguntas?

Elsa dijo rápidamente:

- Miriam, no podría hacerlo.

- Llámala, entonces. O escríbele.

- Bueno, quizá lo haga. Tan solo para probarte que estás errada. - Rió súbitamente -. Miss Four... señorita Cuatro.

El sábado en que Elsa iba a la Capital, la señorita Four llevó a los chicos a un picnic. A todos los chicos del barrio... una buena cantidad. Caminaron a través de los árboles hasta la Pradera de Palmer, una enorme pastura que había formado parte de la chacra de Palmer, abandonada desde hacía mucho tiempo. La Pradera era usada frecuentemente para picnics. Sobre el final del verano era un lugar placentero, adormecido por el sol, silencioso y fragante. La señorita Four era una flautista formal y remilgada en su vestido negro, con los chicos retozando tras ella.

Jorge se encontró con Elsa en la estación, al atardecer. Se la veía perturbada, y su rostro estaba más pálido de lo que debería.

- Jorge - le dijo mientras entraba al auto -, no hay ninguna señora Lucía Bergés Masur en la Capital.

Jorge estaba teniendo dificultades para subir la barranca con el Peugeot. Dijo distraídamente: - Me temo que está acabado, Elsi. Vamos a entregarlo como parte de pago y retiramos otro.

- ¡Jorge, escúchame! - la voz de Elsa era tensa -. Te dije que no hay ninguna señora Lucía Bergés Masur. No está en la guía. Pregunté a Informaciones por ese número de teléfono y no existe.

Jorge consiguió llegar hasta la cima de la barranca.

- Elsi, lo que dices no tiene sentido.

- ¡Escúchame, Jorge! No podía creerlo, así que tomé un taxi, le dije al chofer que me llevara allí, y el lugar no existe.

Jorge la miró y frenó. - Elsi, empieza desde el principio.

- Bueno, dame un cigarrillo. - Fumó nerviosamente -. Estaba comprobando lo de miss Four; más que nada para tapparle la boca a Miriam... Bueno, de cualquier manera pensé en verificar las referencias. ¡Y son falsificadas, Jorge... Totalmente falsificadas!

La cara de Jorge estaba seria.

- ¿Estás diciendo que no existe ninguna señora Bergés? ¿Y que no existe tampoco la dirección de la carta?

- No, Jorge. En toda la Capital.

Jorge dijo lentamente:

- No nos apresuremos, Elsi.

- Y el carnet de jubilación - dijo Elsa súbitamente -. Nunca nos lo mostró. ¡Jorge, tengo miedo! - Empezó a llorar.

El la rodeó con el brazo.

- De cualquier manera, lo del carnet no probaría nada - dijo sensatamente -. Cualquiera puede sacar uno, y cualquiera puede perderlo.

- Debería haber comprobado - sollozó Elsa -. ¡Si sólo hubiera comprobado!

- No te pongas nerviosa, Elsi - dijo Jorge, palmeándole el hombro -. La señorita Four es una buena sirvienta, ¿no es cierto? Y no te olvides de que Julia la quiere... todos los chicos la quieren. Eso es lo principal. No puede ser demasiado malo alguien a quien los chicos quieren tanto. Probablemente hay una explicación simple para todo el asunto. No llores, Elsi. Le vamos a preguntar cuando vuelva del picnic.

Los chicos estaban sentados en un estrecho semicírculo alrededor de la señorita Four, en la Pradera de Palmer... tres filas, arrodillados, acuciados, agachados, con sus caritas expectantes.

- Cuéntenos el cuento, miss Four... cuéntenos.

- Muy bien, chicos - dijo la señorita Four calurosamente -. Les contaré el cuento.

Miró alrededor del círculo. Los chicos estaban silenciosos, con sus caritas impacientes y alborotadas. La señorita Four se sacó el broche que parecía un ojo ciego y lo sostuvo en sus manos.

- Miren, chicos - dijo suavemente -, miren.

Comenzó a hablar y su voz cambió. Tenía color ahora, todos los colores del mundo. Sus ojos cambiaron, y ellos también tenían todos los colores del mundo.

- Hay un lugar, chicos - dijo -, distinto a cualquiera que hayan visto. Es una ciudad, una ciudad de joyas, una ciudad de luz... miren, chicos, miren la ciudad.

Movió el broche lentamente en semicírculo, una vez por abajo y otra más alto, de manera que hasta los de la última fila pudieran ver.

- Cuéntenos de las torres, miss Four - dijo soñadoramente Julia Hornos, y su voz se repitió como un eco alrededor del círculo -. ¡Cuéntenos de las torres!

- Las torres son altas y esplendentes - dijo la señorita Four -. Los esclavos las levantaron durante mil años, y muchos perdieron sus vidas en la construcción. Las torres están hechas de ónix y ámbar y calcedonia. De amatista y ópalo y pórvido y jade. - Su voz cantaba las palabras que ellos no entendían -. Y las paredes de la ciudad son de rubí, rojas como el fuego; y las puertas son de zafiro y marfil y oro.

Hizo una pausa y movió nuevamente el broche.

- Vean, chicos... ¿lo ven?

Su voz los dominaba. No eran las imágenes, no eran las palabras, era la voz. Sentados en el soñoliento prado, la voz los encantaba, como lo había hecho tantas veces antes.

- ¡Lo vemos, lo vemos, miss Four!

- Parte de las paredes está cubierta por bajorrelieves tallados en la piedra - dijo la señorita Four -. Muchos esclavos quedaron ciegos tallándolos. - Sonrió ligeramente -. Nadie le dice a un esclavo: ¡Se arruinará los ojos!

Los chicos aguardaron, pacientes, expectantes.

- El cielo es de un color que nunca han visto - dijo la señorita Four -, y las calles están llenas de música. Las flores son de cristal, y brillan como el arcoiris. Los esclavos las atienden.

- Cuéntenos de la gente, miss Four. ¡Cuéntenos de la gente!

El broche relampagueó de nuevo.

- La gente es bella - dijo la señorita Four -, con los ojos como diamantes y cabellos como oro. Se mueven al compás de la música de un millar de flautas, de un millar de cuerdas. Los esclavos tocan música durante toda la noche.

- ¿Toda la noche, miss Four? ¿No se cansan?

- Sí, se cansan. Nadie le dice a un esclavo vaya y descanse.

- ¿Pero no duermen?

- Sí, duermen. Duermen para reponer su cuerpo y poder hacer el trabajo que se les ordena. Así es la ley. Ya se los conté, chicos.

- A la gente no le gustan los esclavos - dijo Julia, dudando.

La señorita Four dijo lentamente:

- Nadie le dice a un esclavo Cuánto nos agrada usted. La ciudad pertenece a la gente, chicos, y los esclavos pertenecen a la gente.

Estaban nuevamente impacientes; olvidaron a los esclavos.

- ¡Cuéntenos qué feliz es la gente, miss Four! Cuéntenos qué hace. Cuéntenos.

La señorita Four hizo una larga pausa, y cubrió el broche con sus manos. Un suspiro de decepción surgió del círculo.

- ¡Muéstrenos, miss Four... Muéstrenos!

- Pronto, chicos... Chicos, el cuento cambia. Esta parte nunca la han oído. Escuchen, escuchen con atención.

Los chicos se quedaron como piedras, el calor del sol sobre sus cuerpecitos, sus caritas en trance, anhelantes.

- La gente está triste - dijo la señorita Four, y su voz plañía como el doblar de una campana -. La gente llora en las torres, la gente llora en las calles.

Un lamento de pena desesperanzada recorrió el círculo.

- ¿Por qué, miss Four?

- Porque - su voz tembló y se lamentó -... porque no hay comida. Porque... no... ha... quedado... comida.

- ¿No hay comida?

- Es tan poco lo que hace falta... tan poco, y sin embargo tanto. Y casi no hay tiempo. No hay comida en la ciudad, chicos. Tampoco fuera de ella. Y la gente muere de hambre. La... gente se... muere... de... hambre.

Los chicos gimieron.

- Pero hay esperanza. - En la voz había esperanza, y la hubo en los chicos. Levantaron sus caritas al sol, las lágrimas se secaron.

- Los esclavos están rastreando en otros lugares, lejos de la ciudad... ¡Lejos, chicos, lejos! Buscando el alimento, buscando la vida, como se les impuso. Se les impuso con... hay algo que se les hace a los esclavos.

Se detuvo. Los ojos de los chicos se clavaban en ella, cegados por el amor, la maravilla, el temor.

- Ellos buscan comida en todos y cada uno de los lugares - dijo la señorita Four por último -. Y uno de ellos la ha hallado. Sólo uno.

Los chicos gritaron:

- ¡Muéstrenos, miss Four, muéstrenos!

- Pronto, chicos... El esclavo ha hallado el alimento que no se compra en los negocios, que no se toma con las manos, que no se sirve en el plato, que no se come con la boca. Sólo queda llevarlo a la ciudad. Rápido, porque el tiempo se ha acabado. Humildemente y con temor, pues nadie le dice Gracias a un esclavo... ¡Miren chicos!

La señorita Four descubrió el broche y lo mantuvo en alto. Los chicos miraron. Era un resplandor, era un fuego, eran todos los colores del mundo, colores nunca vistos. Eran súbitamente los ojos de la señorita Four, era una puerta.

La señorita Four sostuvo el broche y miró brevemente a los chicos. El sol los bañaba gentilmente, el pasto se sacudía bajo la brisa, no había ningún ruido.

La señorita Four dijo súbitamente:

- ¡No regresaré! ¡Que la ciudad perezca! - Y a los chicos: - ¡Cubran sus caras!

Giró y arrojó el broche. Hubo un sonido agudo, como el quebrarse de un cristal, y un relámpago. La señorita Four cayó y quedó inmóvil en el piso.

Por un minuto los chicos quedaron conmocionados e inmóviles. Luego empezaron a moverse, a pararse, y algunos de los más pequeños a llorar. La señorita Four no se movió.

- Miren... oh miren - dijo Carla, y corrió hacia ella.

Los chicos se apelotonaron a su alrededor, sollozando.

- Miss Four... Miss Four...

Sus voces agudas se quebraron, mientras tironeaban de su manga.

La señorita Four abrió brevemente sus ojos sin color, y los volvió a cerrar. Dijo con suavidad, con voz también incolora:

- Vayan a casa, chicos. Serán bondadosos con ustedes, como lo fueron conmigo. No fui esclava aquí. Un esclavo no tiene orgullo, y yo estoy muy orgullosa ahora.

La señorita Four agregó quedamente, mientras la vida la abandonaba:

- Chicos... vayan a su hogar.

**FIN**

## Angélica Gorodischer - SENSATEZ DEL CIRCULO

*Encore n' y, a il cliemin qui n'aye son issue.  
Montaigne*

¿Han visto esas casas del boulevard Otoño, sobre todo las que miran al este, esas casas secas, frías, serias, pesadas con rejas pero sin jardines, con a lo sumo un patio embaldosado como la vereda? En una de esas casas vive Ciro Vázquez Leiva, Cirito. Excelente tipo, un poco cansino, pasablemente rico, casado con una mujer abrumadora y exasperante, Fina Ereñú. Cada vez que Fina se va a Salta a ver a la hija y a los nietos, y por suerte se va lo suficiente a menudo como para que él no enmudezca del todo, Cirito deja de ir a la noche al jockey y ahí es cuando algunos amigos de esos que interpretan correctamente las señales, van a la casa fría y seca y juegan al póker en el comedor, Reuniones exclusivamente masculinas y hasta un poco solemnes en las que se toma whisky con moderación y uno que otro café o litros de café si está Trafalgar Medrano como el jueves pasado.

No es que yo haya estado allí porque como les digo las mujeres sobran, pero Goro suele encontrarse en lo de Raúl con el Payo Gamen que sí estaba. Cirito tiene una suerte infernal. Por lo menos eso es lo que dicen los amigos que no quieren reconocer que lo que pasa es que obligado por las circunstancias ha desarrollado un infinito sentido de la oportunidad y una habilidad infinita para distorsionar la verdad lo necesario, apenas lo necesario. Y esa noche a pesar de que juegan con tanta moderación como toman whisky, ganó montones de plata. Sobre todo a costa de Payo y del doctor Flynn, el médico, no el abogado. Trafalgar Medrano que es más circunspecto, salió mano a mano. Después de una revancha catastrófica el Payo dijo basta y Flynn dijo sos un animal Cirito, y Trafalgar Medrano dijo ¿no hay más café? Había. Los otros se sirvieron whisky y Cirito acomodaba las cartas. El Payo dijo que al día siguiente él iba a llevar un naipes nuevo y alguien propuso que fuera español a ver si al truco Cirito seguía arrasando con todo.

- Traé el naipes que quieras - dijo Cirito que estaba contento -, español o chino o lo que sea.

- Los naipes son chinos - dijo el Payo.

- Puede ser - dijo Flynn que es culto -, pero fueron los árabes los que los trajeron a occidente. Viterbo dice que a fines del siglo XIV los árabes los llevaron a España y que se llamaban naib.

- Y ese Viterbo quién es - preguntó el Payo.

- Y que - siguió Flynn - los oros son la burguesía, las copas el clero, las espadas el ejército y los bastos el pueblo.

- Como siempre y como en todas partes - dijo Cirito.

- Conocí a unos tipos que eran todos todo eso y nada al mismo tiempo - dijo Trafalgar.

- Sé - dijo el Payo -, ¿y entonces quién hacía las revoluciones, eh?

- No había - dijo Trafalgar -. Ni revoluciones ni nada.

- Contá - dijo Cirito.

Observación retórica porque a Trafalgar, cuando empieza a contar algo así despacito y como quien no quiere la cosa, no hay quien lo pare.

- ¿Alguno de ustedes estuvo en Anandaha-A?

Nunca nadie como era de esperar. No es fácil andar por los lugares por los que anda él.

- Es horrible - dijo -. El mundo más horrible que se puedan imaginar. Cuando es de día parece que es de noche y cuando es de noche uno prende la luz más potente que tiene y apenas si alcanza a verse las manos porque la oscuridad se lo traga todo. No hay árboles, no hay plantas, no hay animales, no hay ciudades, no hay nada. El terreno es ondulado, con montañitas chatas. El aire es pegajoso; hay algunos ríos finitos y haraganes y la poca gente que vive allí, y a primera vista uno duda de que se le pueda llamar gente, saca unas hojas grises o unos gusanos, no sé, del fondo de los ríos, los machaca entre los dedos, los mezcla con agua y se los come. Un asco. El suelo es frío y húmedo, como de barro apisonado. Nunca hay viento, nunca llueve, nunca hace frío, nunca hace calor. Un sol color borravino hace siempre el mismo recorrido en el mismo cielo sucio sin que a nadie le importe, y no hay lunas.

- Te habrás divertido una barbaridad - dijo el Pavo Gamen.

- Bastante - confesó Trafalgar -. Hace un par de años yo había ganado un vagón de guita vendiendo bombitas de luz en Prattolva donde acaban de descubrir la electricidad y como algo sabía del sol inútil de Anandaha-A, se me ocurrió que podría ganar otro vagón vendiéndoles lámparas, linternas, esas cosas que se comieran la oscuridad. Pero claro que lo que yo no sabía era que los tipos ésos no tenían intención de comprar nada pero nada. Fui a Prattolva con otra carga y al volver bajé en Anandaha-A cerca de lo que parecía una ciudad chica y que no era una ciudad ni chica ni grande sino un campamento pero algo es algo. El recibimiento no pudo ser más efusivo, los del campamento habían empezado a aburrirse como pingüinos y yo era la gran novedad. No sé por qué a la gente se le da por estudiar cosas tan desagradables. A menos que sea lo de siempre: la esperanza de ganar algo, actitud a la que adhiero y que me parece muy loable. Y así era como había en el campamento doce o quince personas todas con títulos rimbombantes y que por suerte también se daban maña para cocinar, arreglar una canilla, tocar la armónica o contar cuentos verdes. Y simpáticos y corteses todos. Estaba este geólogo sueco, Lundgren, que se desilusionó mucho cuando supo que yo no jugaba al ajedrez pero que se le pasó cuando le dije que le iba a enseñar las tres variedades del sintu, la combativo, la contemplativa y la fraternal que se juegan en el sistema de Ldora, una en cada uno de los tres mundos. Al lado de eso el ajedrez parece tatetí. Y se las enseñé y me ganó un solo partido, a la combativo. Yo prefiero la fraternal. Estaba el doctor Simónides, un griego chiquito y calvo que hacía de todo, hasta psicoanálisis, y que se divertía con todo. Había un químico, no sé muy bien para qué, el doctor Carlos Fineschi, especialista en aguas fluviales, decime vos. Un ingeniero, Pablo María Dalmas. Una antropóloga, Marina Solim. Un sociólogo, un astrofísico, ingenieros mecánicos, todo eso. La Liga de las Naciones, tanto como para tratar de convencerlo a Dios Padre que somos buenos y nos queremos. Y estaba Veri Halabi que no sé de qué nacionalidad era pero qué cosa tan linda, por favor. Casi tan linda como las matriarcas de Veroboar pero con el pelo negro. Experta en lingüística comparada, no hay derecho. A los cinco minutos uno se daba cuenta que todos estaban metejoneados con ella y Fineschi más que todos porque lo que es Marina Solim que es eficiente y maternal y simpática como ella sola, no tiene para nada un físico que invite a los ensueños eróticos. Pero entre que la Halabi era macanuda pero no te las mandaba decir y que el doctor Simónides los

arrinconaba y los convencía de cualquier cosa, la gente se llevaba bien y estaba tranquila. Y si habían empezado a aburrirse era porque habían terminado lo que tenían que hacer o lo que faltaba podía hacerse acá en los gabinetes de la universidad o sobre la mesa de la cocina de casa. Menos Veri Halabi que seguía descubriendo cosas pero que no sabía lo que significaban, pobre chica.

Y Trafalgar enchufó la cafetera eléctrica otra vez y se quedó esperando. El es así: cuando le contó a Páez el asunto de las máquinas para hacer el amor casi lo vuelve loco y eso que el Gordo es más bien pachorriento. Después volvió a la mesa y se tomó el café y los otros ni chistaban esperando el próximo capítulo.

- El primer día nomás me quisieron sacar del mate la idea de vender algo. No les hice caso porque los doctores sabrán mucho de ciencia, no digo que no, pero de vender y comprar nada, viejo, nada. Marina Solim me agarró y me contó que los habitantes de Anandaha-A eran prácticamente una especie extinguida, desgraciadamente según ella, aunque con franqueza era difícil entender qué les veía pero si es por eso también fue difícil entender lo que pasó después. Me dijo Marina que eran de un primitivismo lindante con la bestialidad. No construían herramientas, vivían a la intemperie, se habían olvidado del fuego si es que alguna vez habían sabido prender fuego, ni siquiera hablaban. Se vestían, hombres y mujeres iguales, con unas fundas astrosas abiertas a los costados que las sacaban, eso creía Marina, a los muertos, porque tejerlas no las tejían ellos. Comían, dormían tirados en cualquier parte, hacían sus cosas y hasta se acoplaban a la vista de todos, casi no habían chicos ni mujeres preñadas, y se pasaban el día echados sin hacer nada. Y bailaban.

Flynn se sorprendió con eso del baile y dice el Payo que intentó una conferencia sobre el baile como expresión refinada, así mismo dijo, refinada, de un sistema de civilización etcétera, pero que Trafalgar no lo dejó hablar mucho.

- Si querés - le dijo - te doy la dirección y el teléfono de Marina Solim. Es chilena pero vive en París y trabaja en el Museo del Hombre. Vas y le preguntas y te vas a caer de espaldas con lo que te cuente.

- Yo lo único que digo es - empezó Flynn.

- Eran como animales, yo los vi - dijo Trafalgar -. Los del campamento, que no se llamaba campamento sino Unidad Interdisciplinaria de Evaluación, decían que eran feos, pero a mí me parecieron muy bellos. Claro que yo he visto muchas más cosas que los doctorcitos y las doctorcitas y sé qué es lo feo y qué es lo lindo. No hay casi nada que sea feo, en eso Marina y yo estamos de acuerdo. Muy altos y muy, flacos, de piel blanca y pelo negro, caras afiladas y ojos muy grandes, muy abiertos. Ojos de sapo decía Veri Halabi que los odiaba. Los otros no los odiaban; peor, les eran indiferentes, menos a Marina Solim. Al principio, me contó el doctor Simónides, habían tratado de hablar con ellos, pero ellos como si no los vieran ni los oyeran. Después se habían dado cuenta que o no tenían o habían perdido la capacidad de comunicarse y empezaron a tratarlos como animalitos: les llevaban comida y les hacían chasquidos con la lengua y los dedos. Pero los tipos nada: ni miraban, ni olfateaban, ni daban vuelta la cabeza cuando ellos se acercaban, ni comían y eso que Dalmás hacía unos chupines de locura. Entonces decretaron que eran bestias y se desentendieron de ellos. Hasta Marina Solim se descorazonó un poco porque lo único que podía hacer era sentarse cerca de ellos y pasarse las horas mirando lo que hacían que no hacían nada.

Vivir nada más, si vivir es respirar y comer y cagar y acoplarse y dormir.

- Y bailar - dijo Flynn.

- Y bailar. Hasta que en una de esas Lundgren y Dalmas que a veces trabajaban juntos encontraron algo. ¿Sabes lo que encontraron? Un libro, eso encontraron.

- Ya sé - dijo el Payo -, las Memorias de una Princesa Rusa.

- Qué imaginación tenés, ché. No. Algo muy distinto aunque claro que tampoco era un libro.

- En qué quedamos - dijo Flynn que ya les dije que es culto pero que también es impaciente.

- Algo como un libro. Unas hojas muy delgadas, casi transparentes, de un metal que parecía aluminio brillante, perforadas en uno de los lados más largos, el izquierdo y sujetas allí con aros del mismo material pero grueso, filiforme y soldado no se sabía cómo o tal vez cortados de una sola pieza. Y cubiertas de algo que cualquiera podía darse cuenta que era escritura. Lo encontraron cavando al pie de una colina. Revolvieron alrededor buscando algo más pero no había nada. Y ahí a Lundgren que él sí tiene imaginación porque si no no hubiera podido aprenderse las tres versiones del sintu y hasta ganarse un partido a la combativo el muy cretino que todavía me pregunto cómo hizo porque en el sintu no hay casualidades, se le ocurrió cavar directamente en la colina. Casi se mueren todos: no eran colinas, eran ruinas. Cubiertas desde hacía miles y miles de años por el barro duro de Anandaha-A. Ni tiempo de festejar tuvieron, ocupados en sacar cosas. Cada colina era una casa o mejor un complejo de varias casas que se comunicaban. Había no sólo utensilios sino aparatos, máquinas, muebles, más libros, vajilla, vehículos, adornos. Bastante fané estaba todo pero reconocible aunque no identificable. Se dieron la gran panzada sobre todo Marina Solim y la preciosidad de la Halabi. Dalmas y los ingenieros mecánicos se rompieron las cabezas estudiando las máquinas y los artefactos pero no sacaron nada en limpio. Clasificaron todo y lo acondicionaron para traerlo y Marina empezó a reconstruir una civilización como decía ella, prodigiosa, y la única que seguía en banda era Veri Halabi que por muy experta que fuera en lingüística comparada no entendía nada. Trabajaba mañana tarde y noche y se ponía de mal humor y Simónides le daba palmaditas en el hombro, literales y figuradas. Solamente pudo descifrar el alfabeto, los alfabetos porque había cinco aunque todos los libros según Fineschi que les hacía la reacción de nosé quién, eran de la misma época. Les aviso que eso de la misma época para ellos significaba cuatro o cinco siglos. En fin, dejaron de revolver en las colinas salvo para sacar los libros que Veri Halabi decía que necesitaba, porque las cosas se repetían más o menos en todas y ellos ya no podían abarcar más. La chica seguía trabajando, los demás hacían lo que podían o lo que les daba la gana y ahí llegué yo.

Parece que se acordó del café y ofreció a los demás pero el único que aceptó fue el Payo porque Flynn tenía un vaso con whisky y Cirito es poco lo que toma.

- A todo esto Marina dividía su atención entre la civilización prodigiosa y los monos flacos que bailaban. El día que oyeron por primera vez la música casi se infartan porque no se la esperaban y fueron a ver qué pasaba. Armados, por si acaso. Todos menos Veri Halabi que de entrada les había tomado repugnancia y que dijo que esa música era irritante. Y cada vez que la oía cerraba todo y se quedaba adentro y si le parecía que oía algo se tapaba los oídos. Eso me lo contó Simónides después. Para cuando yo llegué estaban acostumbrados a la música y al baile y les gustaba. Me contó Marina que de repente, no todos los días sino de vez en cuando y a intervalos irregulares, sin que hubiera ninguna señal ni pasara



nada, sacaban palos, cuerdas, unos instrumentos muy simples que ella describió y que yo vi pero ni me acuerdo, y algunos tocaban música y todos los demás bailaban. Bailaban horas y horas sin cansarse y era increíble la resistencia que tenían, tan flacos y arruinados, alimentados a gusanos molidos y agua. Pero bailaban a veces todo el día, a veces toda la noche. ¿Ustedes han probado bailar una noche entera sin parar? Bueno, ellos podían. Bailaban en la oscuridad más completa, sin verse, sin empujarse, sin caerse. O bailaban de día, eso que era día bajo el sol púrpura. O bailaban parte del día y parte de la noche. Y de pronto, porque sí, la música se terminaba y se tiraban por ahí mirando vaya a saber qué y se quedaban sin hacer nada horas o días. Impresionante. Les juro que era impresionante.

A esa altura de la noche y del cuento a nadie le parecía necesario seguir tomando nada pero Trafalgar no abandonaba la cafetera eléctrica. Hacía frío y Cirito se levantó a prender la calefacción mientras Flynn y el Payo esperaban y Trafalgar pensaba a lo mejor en los días oscuros de Anandaha-A.

- El baile también me gustó, como me gustaban ellos aunque no les haya podido vender nada - siguió cuando lo vio entrar a Cirito -. Y a los del campamento también les gustaba. No digo a Marina Solim que es una tipa dispuesta a que todo le guste, ni a Lundgren que aprendió el sintu y eso ya habla en favor de la buena disposición de cualquier individuo, ni al sociólogo que acepta lo que venga y, compone un cuadro sinóptico en segundos y que no me acuerdo cómo se llama pero sí que se pasa las horas fumando Craven A y escribiendo a máquina. A todos les gustaba y cada vez que oían la música se iban a mirar. Todos menos Halabi.

La música era aguda, áspera, casi hiriente y con un ritmo que si la oyen los rockeros se suicidan de la envidia. Era... la pucha, no es fácil describir una música. No era inhumana. Miren, creo que si alguien la tocara en una de esas confiterías bailables los mocosos se pondrían a bailar encantados de la vida. Eso. Era una música que transformaba todo en música, aunque Lundgren decía que era trágica y sí, era trágica. Parecía que era la primera vez que te dabas cuenta que estabas vivo y que habías estado vivo mucho antes y que quizás ibas a volver a estarlo pero te ibas a morir en cualquier momento y tenías que bailar para que las piernas y los brazos y las caderas y los hombros no se te confundieran en un solo cuerpo rígido, inmóvil. Pensé que era por eso que ellos bailaban. En vez de fabricar cosas, bulones o ciudades o sistemas filosóficos, bailaban para darse cuenta y decir que estaban vivos. Se lo pregunté a Simónides y me dijo que ésa era justamente una de sus teorías sobre el baile. Las otras eran que el baile era un lenguaje, que era un rito de adoración, que era la memoria de algo perdido. A raíz de eso último, como el sociólogo y como Marina Solim, él se había preguntado si estos habitantes de ese mundo oscuro y casi muerto no se reían de los descendientes de los que habían construido y habitado eso que ahora estaba en ruinas. Pero Veri Halabi se había puesto furiosa. Violenta, inexplicable y desproporcionadamente furiosa, me dijo Simónides, y había dicho que pensar que esas bestias pertenecían a la misma raza que los dueños de los alfabetos era casi sacrílego. La dejaron en paz porque sabían que la tensión de un trabajo que no podía resolver la tenía a mal traer. Pero no Simónides. El doctorcito calvo no se engañó nunca. En ese momento no sabía lo que pasaba, no podía saberlo, pero sí sabía que ahí se cocinaba algo más que el amor propio de una experta en lingüística comparada, linda y quisquillosa.

A lo mejor e gustaban los tipos que bailaban y no lo quería confesar - dijo el Payo Gamen.

- Payo, sos un genio - dijo Trafalgar.

- ¿Le gustaban? - preguntó Cirito alarmadísimo.

- Gustarle - dijo Trafalgar -. Ahora les cuento cómo pasaron las cosas. Lo primero que le había llamado la atención a Simónides fue que la Halabi dijo que la música era irritante y que no quisiera ir a ver que era ya aquella primera vez. Y se había quedado sola en el campamento zurciendo medias me imagino o memorizando el capítulo cuarto de algún tratado de lingüística comparada porque todavía no habían encontrado los libros. El doctor almacenó el dato en su cerebritito chismoso porque ese era su oficio: fijarse en lo que hacían y decían los demás, juntarlo todo, sacar conclusiones y mantener una charla con su víctima para explicarle que tenía que elaborar sus frustraciones o cualquiera de esas cosas que dicen estos tipos. No digo que no sea útil, al contrario, y la prueba está en que todo andaba como la seda, hasta el pobre Fineschi que aparte de babearse cuando la miraba a la morochita, estaba razonablemente contento. Y fuera del trabajo que tenía que hacer cada uno, el baile era la atracción principal. El único inconveniente era que había función muy de vez en cuando. Y cuando había la Halabi se ponía nerviosa así que empezó a encerrarse apenas se oía la música y los otros se iban a ver. En eso encontraron las ruinas y todos se pusieron a laburar como enanos y ella más que todos. Las cosas se fueron resolviendo, menos lo de la escritura, y para cuando yo llegué los tipos de Anandaha-A habían empezado a bailar cada vez más seguido. Cuando vi el espectáculo me quedé embozado y creo que hasta soñé y de ahí en adelante no me perdí uno. Simónides me contó sus teorías, Marina también, jugué al sintu con Lundgren que para mí que hizo trampa aunque en el sintu no se puede hacer trampa, me tiré discretos lancecitos verbales, como todos, con la Halabi que si uno la sacaba de la lingüística y de su odio por los nativos era muy sociable y sonriente, y me resigné a no vender nada pero me quedé.

El comedor estaba tibio y lleno de humo y el Payo se sacó el saco. Cirito tenía puesto un suéter viejo roto en los codos, que si Fina lo ve se nos muere. En la sala que da a la calle el reloj dio las tres pero ellos no lo oyeron.

- Una vez - dijo Trafalgar - nos pasamos casi todo el día viéndolos bailar. Había solamente dos músicos, uno que soplabla y otro que raspaba y golpeaba. Todos los demás bailaban. Era una obsesión: no nos podíamos mover de donde estábamos. Fuimos a almorzar muy tarde y Marina que fue a verla nos dijo que la Halabi dormía encerrada en su cuarto. Me pareció raro y a Simónides también porque últimamente la chica dormía muy poco. enloquecida como estaba por descifrar los libros. Volvimos a seguir mirando el baile y cuando no dimos más nos fuimos a dormir y ellos seguían bailando y el cuarto de Veri Halabi seguía cerrado y tenía la luz apagada. Simónides se asomó y me dijo que sí, que dormía pero que estaba muy inquieta. Me contaba algunas cosas el doctor, no sé por qué; será porque ellos también necesitan alguien que los oiga. Al día siguiente, a pesar de haber dormido tanto, la mina tenía unas ojeras hasta acá y estaba pálida y demacrada. No digo que estaba fea porque para eso hacía falta mucho, pero estaba menos linda. Ese día no hubo baile. Al otro no pudo más y le contó a Simónides que había soñado horas y horas con los textos y Simónides le dijo que claro y que no tenía nada de raro. Que no le entendía, dijo ella, con los textos descifrados y traducidos. Pero que no, que no podía ser, que todo era un disparate y se empezó a poner histérica. Simónides se la llevó a la cama, no con

intenciones libidinosas sino terapéuticas, lo que es la ética profesional, mi Dios. La estuvo charlando un rato y la tranquiliza y entonces ella le dijo que encerrada y todo seguía oyendo la música y que tapándose los oídos seguía oyendo la música y que casi se había puesto a bailar. Y que para no bailar se había acostado y, se había dormido enseguida y había soñado adivinen con qué, acertaron, con la música y los tipos bailando. Y que como pasa en los sueños los tipos bailando se habían convertido en las letras desconocidas de los cinco alfabetos solamente que el sueño ella las conocía y las podía leer. Simónides le dijo lo que le hubiera dicho cualquiera: que a veces, pocas veces pero sucede, soñando uno encuentra la solución a un problema en el que ha pensado tanto que ya ni siquiera lo puede ver claramente mientras está despierto. Pero ella le dijo, ella a él fijense, que estaba loco y que abriera el cajón de su escritorio, el de ella. El doctor lo abrió y se encontró con un montón de papeles escritos por la Halabi: era la traducción que ella había soñado y que al despertarse había ido corriendo a anotar no sabía por qué si total estaba convencida que no era más que una pesadilla. Simónides no alcanzó a leer todo, una lástima. Se acordaba de algunas cosas nomás. Había por ejemplo la descripción de un círculo.

- ¿La descripción de qué? - saltó Flynn.

- De un círculo.

Flynn le quiso tomar el pelo:

- Figura geométrica formada por los puntos interiores de una circunferencia si no me equivoco.

- Lamento comunicarte que te equivocas. Te voy a decir lo que es un círculo según el protocolo de la sensatez de Anandaha-A.

Aquí interrumpieron todos porque nadie entendía eso del protocolo de la sensatez. Pero Trafalgar Medrano no sabía lo que quería decir. Simónides tampoco y en ese momento Veri Halabi tampoco. Estaba en los textos y eso era todo.

- Un círculo - dijo Trafalgar - se forma en el reino cuando el candil se apaga en el juego sensible.

- Momento, momento - dijo Flynn -. Si en un mundo oscuro como ése vos prendés una luz, en cierto, modo se forma un círculo, pero no se forma cuando apagás la luz, ¿estamos?

- ¿Me dejás terminar? Yo no te estoy explicando nada. Te cuento lo que decían los textos que leyó Simónides y que eran la traducción que hizo en sueños Veri Halabi en base a un alfabeto quíntuple que ella no conocía.

- Qué tío - dijo el Payo.

- Un círculo - empezó de nuevo Trafalgar - se forma en el reino cuando el candil se apaga en el juego sensible de cada recinto lejano. Como el cuarzo ignora el aullido del animal salvaje y si llueve sobre el páramo es improbable que las raíces lo sepan, todos los recintos vienen a tocarse por las aristas hasta que el conocimiento borra lo construido. Su medida depende no de las rocas sino del torrente.

- Y eso qué quiere decir - preguntó Cirito.

Flynn se sirvió más whisky.

- No sé - dijo Trafalgar -. Simónides tenía una teoría, él siempre tenía teorías para todo y creo que, a veces, no se equivocaba. Casi triunfante me dijo que Anandaha-A era un mundo de símbolos. Yo me permití sugerirle que todos los mundos funcionan a símbolos así como todos los triciclos funcionan a pedal pero él me dijo que hay mucha diferencia entre de símbolos y a símbolos. Me parece

que tiene razón. Y decía que apagar el candil es dejar la mente en blanco, no pensar en nada, y que eso es algo que se dice muy fácilmente pero que es difícil de hacer como que es nada menos que eliminar lo consciente y dejar paso a lo inconsciente, qué tal. Que el reino es la calidad, la esencia de ser hombre, y el juego sensible es la conciencia y cada recinto lejano es cada individuo. Cuando el candil está prendido los recintos están lejos unos de otros, cada uno está solo. Lo del cuarzo y el animal salvaje y la lluvia y el páramo y las raíces significa, según Simónides, que aunque el universo funciona aparentemente dividido en partes infinitas o no tan infinitas según se mire, es todo único y uno, indivisible y el mismo en todos sus puntos. ¿Entienden?

- No.

- Yo tampoco. Sigo. Entonces, como el universo es uno y único en todos sus puntos si cada individuo deja en suspenso la conciencia y apaga el candil, todos se encuentran, no están solos, se unen y lo saben todo sin necesidad y a pesar de las grandes creaciones intelectuales. Y el saber es tanto más profundo cuanto más total sea el esfuerzo de cada individuo y no cuantos más individuos haya. Eso vendría a ser lo de la medida.

- Ingenioso - dijo Flynn.

- Mierda - dijo el Payo -, no entiendo un pito.

Cirito no dijo nada.

- Y así por el estilo - siguió Trafalgar -. Había un texto sobre cómo proyectar estatuas pero Simónides no sabía si era proyectar en el sentido de dibujo previo a la tarea de esculpir o proyectar a través del espacio. También un diálogo entre Dios y el hombre en el cual por supuesto el único que hablaba era el hombre. Una lista de las voluntades nocivas: no me pregunten, Simónides tampoco sabía lo que era y si tenía una teoría se olvidó de contármela. Teoremas, un montón de teoremas. Un diario de viaje. Un método para doblar pero no sé doblar qué. Y pilas de cosas más. Pero todo eso se perdió. Simónides anotó lo poco que recordaba y por ahí debo tener una copia que me regaló. Por que mientras él leía a Veri Halabi le dio el gran ataque, se levantó y empezó a romper papeles y hasta le quitó a Simónides los que él tenía en la mano y los hizo trizas.

- Qué loca - dijo el Payo.

- Ajá - dijo Trafalgar -, eso es lo que uno piensa cada vez que alguien hace algo que uno no entiende. Pero esperate un poco y decime después si estaba loca. El doctorcito largó todo y se ocupó de ella y le dio algo para dormir. Me comentó que no había habido tal ataque, que simple y desdichadamente en ese momento el juego sensible había terminado de invadirla y ella había abandonado el reino. Preferí no pedir explicaciones pero le pregunté si no era posible reconstruir los textos y me dijo que no, que eran papel picado y que de todos modos no eran textos que corrieran el peligro de perderse. También le pregunté si él creía que eran la traducción correcta de los libros de metal y me miró como si yo le hubiera preguntado si él creía que dos más dos son cuatro y me dijo que claro que sí. Y que les cuento que al día siguiente la Halabi se levanta fresca como una lechuga y se dedica a seguir trabajando en la traducción.

- ¡Pero cómo! - dijo el Payo -. ¿No la había hecho ya y la había roto? ¿Otra vez la hacía?

- No. Era la misma vez. Ella no quería creer que lo que había roto fuera la traducción, y despierta, trabajaba haciendo funcionar la lógica, el razonamiento, la información, es decir fuera del reino, en el juego sensible, sin saber ya y sin tratar de formar un círculo. Entonces la vida sigue como siempre y aquí no ha pasado

nada y durante dos días no hay bailes. Al tercero a Romeo Fineschi Montesco se le ocurre proponernos a todos que demos un paseo. Un paseo en ese mundo de porquería, imaginensé. Pero claro que si va y la invita a Julieta

Halabi Capuleto sola, se queda de araca porque ella le dice que no. Fuimos. Dalmas, Lundgren, Marina, Simónides, yo, Fineschi, la Halabi, otros dos ingenieros y hasta el sociólogo. Muy divertido no fue porque ya les dije que las atracciones naturales de Anandaha-A son lamentables. Hablábamos pavadas y Simónides describía monumentos y parques imaginarios con voz de guía de turismo hasta que se cansó porque mucho apunte no le llevábamos. El único que la pasaba posta era Fineschi que charlaba hasta por los codos con la Halabi supongo que de temas tan románticos como el grado de saturación salina del agua del Danubio inferior. íbamos volviendo cuando empezó la música y Veri Halabi gritó. Fue un grito como para poner los pelos de punta, de bestia acorralada como dicen los escritores de ciencia ficción.

- Y otros que no escriben ciencia ficción - acotó Flynn.

- No lo dudo. Yo aparte de ciencia ficción y policiales no leo más que Balzac, Cervantes y el Corto Maltés.

- Muy lejos vas a llegar con esa mescolanza absurda.

- ¿Dónde absurda, dónde? Son de los pocos que tienen todo lo que se le puede pedir a la literatura: belleza, realismo, diversión, qué más querés.

- Acabená, ché - dijo el Payo -. ¿Por qué gritó la mina?

- Se grita por dolor o miedo o sorpresa - dijo Flynn -. Con menos frecuencia por alegría. Aunque creo que no era éste el caso.

- No era. Gritó. Un grito largo que parecía que le venía de los talones y que le raspaba la garganta. Se quedó un momentito parada ahí como una estaca con la mandíbula que le llegaba a las rodillas y los ojos como el dos de oros y después salió corriendo para el lado del campamento. La música sonaba muy aguda, urgente, pero nosotros en vez de ir a ver la seguimos, Fineschi al trote y los demás caminando apurados. Simónides fue a verla y la encontró sentada en la cama como idiotizada. Esta vez no se había encerrado ni se tapaba los oídos. El doctorcito lo echó a patadas a Fineschi, que no hacía más que joder tratando de hablar con ella, la miró un rato, le tomó el pulso, hizo esas cosas que hacen los matasanos y la dejó sola. Ella, como si nada. Todos estábamos un poco apabullados y la música seguía y algunos se fueron a ver. Los otros nos quedamos y comimos. Fineschi se paseaba y fumaba una pipa que se apagaba cada dos por tres. Los demás volvieron, comieron y todos nos sentamos en una especie de sobremesa tétrica.

De vez en cuando Simónides iba a verla y al volver no decía nada. En eso, cuando estábamos por ir a acostarnos, apareció ella en la puerta. La música seguía y la chica se puso a hablar. La macana fue que no entendimos nada. Hablaba y hablaba en un idioma desconocido en el que había muchas más vocales que las que parece que tiene que haber. La escuchábamos sin movemos y cuando Fineschi quiso acercársela, el doctorcito no lo dejó, habló durante toda la noche.

- No puede ser - dijo Flynn.

- Vos qué sabés. Habló durante toda la noche y nosotros la escuchamos durante toda la noche. Fineschi lloraba de a ratos. Marina Solim estaba sentada al lado mío y me agarraba del brazo y no me soltó hasta que no se le acalabró la mano. Cuando amaneció, que eso sí es una figura literaria como para meterla en este cuarto porque ahí no amanece, se levanta el solcito violeta y está menos

oscuro y eso es todo, cuando amaneció la música seguía sonando y ella seguía hablando. Y de repente dejó de hablar pero la música no paró. Yo estaba entumecido y hasta tenía frío y seguro que los demás también, pero cuando Veri Halabi salió nos levantamos y nos fuimos detrás de ella. Caminaba como si tuviera que ir a depositar gaita al banco y fueran las cuatro menos un minuto y nosotros atrás, para donde estaba la música. Allá al pie de una de las colinas cavadas, junto al río negruzco, los tipos de Anandaha-A bailaban con tantas ganas que parecía que acababan de empezar. Y Veri Halabi corrió y se metió entre ellos y bailó y mientras bailaba se arrancaba la ropa y sacudía la cabeza hasta que el pelo negro le tapó la cara como a todos y ya no la podíamos distinguir. Pasó una hora más y locos de sueño y de cansancio y con la sensación de que había pasado algo más inevitable que la muerte, retrocedimos hasta el campamento. Simónides y Dalmas tuvieron que arrastrar lo a Fineschi que no quería irse. Nos acostamos y nos dormimos todos, Simónides el último porque anduvo repartiendo pastillas y te dio una inyección al Montesco. Yo dormí diez horas y fui uno de los primeros en despertarme. Marina Solim se puso a hacer café y el sociólogo fumaba pero no escribía a máquina. Después apareció Simónides y de a poco todos los demás. Tomamos café y comimos sandwiches de salchichas. Y la música que había seguido sonando y no se por qué porque dormí como un tronco, yo sabía que había sonado todo el día, la música se apagó con la última miga de la comida. Fineschi anunció que iba a buscarla a la chica y allá fuimos de nuevo todos en procesión pero fue inútil.

- ¿No estaba? - preguntó el Payo.

- Sí que estaba. Al principio no la vimos. Los nativos se habían sentado o tirado por ahí como siempre mirando fijo a alguna parte. Era difícil distinguirla. Ahora estaba vestida con una funda abierta a los costados y sentada en el barro con las piernas cruzadas, entre dos mujeres y un hombre, tan parecida a ellos, con los ojos muy abiertos, sin pestañear, muda y más bella que antes porque se había vuelto bella como los señores de Anandaha-A, miraba frente a ella pero no nos veía. La llamamos y yo estuve seguro de que nos estábamos portando como unos estúpidos. No nos oía. Simónides agarró al sociólogo y a Lundgren y fue a buscarla. Yo lo sujeté a Fineschi. En cuanto le pusieron las manos encima empezó otra vez la música y todos se levantaron y bailaron, ella también, y bailando rechazaron a los tres hombres que salieron a reculones del torbellino y ya la perdimos de vista. En tres días hicimos cinco intentos más. No hubo caso. Finalmente fue Fineschi, y eso me sorprendió, el que dijo que teníamos que darnos por vencidos.

El Payo dijo no ves que estaba loca y Cirito dijo quién sabe y Trafalgar tomó más café.

- No estaba loca - dijo -. Había vuelto a su casa, al círculo. Vean, si lo pienso mucho no tengo más remedio que decir que sí, que se volvió loca. Pero si me acuerdo de ella bailando, diciéndonos bailando que la dejáramos en paz porque había dejado de buscar, de resistirse, de estudiar, pensar, escribir, razonar, acumular y hacer, reconozco con algo de satisfacción, una satisfacción triste porque yo no llevo el prodigio en mi sangre, que ella había atravesado el reino de punta a punta y nadaba fresca y linda en el torrente. Simónides lo explicó de otra manera y Marina Solim lo apoyó con datos muy concretos. Los tipos que bailaban eran de veras los descendientes de los que habían dejado las ruinas. Anandaha-A conoció quizás una estrella amarilla y caliente y un cielo limpio y una tierra fértil y allí se fabricaron cosas y se escribieron poemas mucho antes que nosotros nos

diéramos el lujo del estegosaurio y el escafites. Tal vez tuvieron joyas, conciertos, tractores, guerras, universidades, caramelos, deportes y material plástico. Deben haber viajado a otros mundos. Y llegaron tan alto y tan hondo que cuando la estrella murió ya no les importaba nada. Después de visitar mundos muertos, vivos o por nacer, después de dejar su simiente en algunos de ellos, después de curiosearle todo y saberlo todo, no sólo dejaron de interesarse por la muerte de la estrella sino por el resto del universo y les bastó con la sensatez del círculo. No conservaron más que la música que bailaban y que era todo lo que Simónides había supuesto y mucho más. No sabemos qué más pero si alguien nos lo dijera no lo entenderíamos. Y Veri Halabi reconoció a los suyos pero la luz del juego sensible le impedía verlos y entrar en el reino donde hay posibilidad de apagar el candil, y tironeada entre la luz y la urgencia nostálgica de algunas de sus células que tenían el sello de los argonautas de Anandaha-A, los odiaba. Cuando la luz se apagó a fuerza de música y ella habló todas las palabras de su raza, las que había aprendido en sueños, ya no los odió ni los amó ni nada. Le bastó con volver.

Dice el Payo que se quedaron callados todos. Incluso Flynn que es discutidor y le gusta llevar la contra, no encontraba nada que decir. Cuando Cirito comentó que Fina había llamado por teléfono para avisarle que se quedaba en Salta una semana más y hablaron de otras cosas y tomaron más whisky y Trafalgar más café, Flynn admitió que Trafalgar podía tener razón, que el asunto, si se lo pensaba bien, parecía descabellado, pero que él tenía la impresión de que no era tan extraño. Cirito dijo:

- Me gustaría ir a Anandaha-A.
- Te lo regalo - dijo el Payo.
- ¿Era tan linda Veri Halabi? - preguntó Flynn.
- Ahora es más linda - dijo Trafalgar.

**FIN**

## Robert Sheckley - LA SÉPTIMA VÍCTIMA

Sentado ante su escritorio, Stanton Frelaine se esforzaba en aparentar el aire atareado que se espera de un director de empresa a las nueve y media de la mañana. Pero era algo que estaba más allá de sus fuerzas. Ni siquiera conseguía concentrarse en el texto del anuncio que había redactado el día anterior; no lograba dedicarse a su trabajo. Esperaba la llegada del correo... y era incapaz de hacer nada más.

Hacía ya dos semanas que tendría que haberle llegado la notificación. ¿Por qué la Administración no se apresuraba un poco?

La puerta de cristal con el rótulo: Morger & Frelaine, Confección se abrió, y E. J. Morger entró cojeando, un recuerdo de su vieja herida. Era un hombre cargado de espaldas, pero eso, a la edad de setenta y tres años, suele tener poca importancia.

- Hola, Stan - dijo -. ¿Dónde está esa publicidad?

Hacía dieciséis años que Frelaine se había asociado con Morger. Tenía por aquel entonces veintisiete años. Juntos habían convertido la sociedad «El Traje Protector» en una empresa cuyo capital alcanzaba el millón de dólares.

- Echa una ojeada al proyecto - dijo Frelaine, tendiéndole la hoja de papel. Si tan sólo el correo llegara un poco antes, pensó.

Morger acercó el papel a sus ojos y leyó en voz alta:

- «¿Tiene usted un Traje Protector? El Traje Protector Morger y Frelaine, de corte insuperable en el mundo entero, es el atuendo del hombre elegante - Morger carraspeo, echó una ojeada a Frelaine, sonrió y prosiguió -: Es a la vez el traje más seguro y más chic. Se presenta con un bolsillo para revólver especial extraplano. Ningún bulto aparente. Sólo usted sabrá que va armado. El bolsillo para revólver, fácilmente accesible, le permitirá aventajar fácilmente a su contrincante sin la menor incomodidad.»

Levantó de nuevo los ojos.

- Excelente - comentó -. Sí, muchacho: excelente.

Frelaine inclinó la cabeza sin excesiva convicción.

- «El Traje Protector Especial - continuó leyendo Morger - posee un bolsillo para revólver eyector, la última palabra en defensa individual. Una simple presión sobre un botón disimulado, y el arma salta a la mano de su propietario, con el seguro fuera, lista para hacer fuego. ¿Qué espera usted para informarse en nuestro concesionario más próximo? ¿Qué espera usted para afianzar su propia seguridad?»

Dejó el papel sobre la mesa.

- Excelente - repitió -. Muy bueno, muy conciso. - Reflexionó por unos instantes, tironeándose su canoso bigote -. ¿Pero por qué no precisar que el Traje Protector se fabrica en varios modelos, recto o cruzado, con uno o dos botones, entallado o no?

- Sí, es cierto. Lo había olvidado - Frelaine tomó el borrador e hizo una anotación al margen. Se levantó, tironeando de su chaqueta para disimular su incipiente barriga. Tenía cuarenta y dos años, un poco más de peso del requerido, y un pelo que empezaba a clarear. Era un hombre de apariencia agradable, pero su mirada era gélida.

- Relájate - dijo Morger -. Llegará con el correo de hoy.



Frelaine hizo un esfuerzo por sonreír. Sentía deseos de echar a andar de un lado a otro, pero se contuvo y se sentó en una esquina de su escritorio.

- Cualquiera diría que es mi primer homicidio - dijo con forzada ironía.

- Sé lo que es eso - le tranquilizó Morger -. Cuando yo aún no había renunciado, pasaba a menudo más de un mes sin poder pegar ojo por la noche mientras esperaba mi notificación. Comprendo en qué estado te sientes.

Los dos hombres callaron. El silencio llegó a hacerse insoportable, hasta que la puerta se abrió y un empleado depositó el correo sobre la mesa.

Frelaine se arrojó sobre las cartas y las fue pasando febrilmente. Por fin halló la que tanto deseaba... el largo sobre blanco de la O.C.P., lacrado con el cuño oficial.

- ¡Por fin! - exclamó, con un suspiro de alivio -. Aquí está.

- Felicidades - dijo Morger. Y su tono era sincero.

Morger estudió el sobre con ojos ávidos, pero no le pidió a su socio que lo abriera. Hubiera sido una falta de educación, y además estaba prohibido por la ley. Nadie podía conocer el nombre de la Víctima, a excepción del Cazador.

- Te deseo buena caza - dijo Morger.

- Eso espero - respondió Frelaine, con convicción.

La oficina estaba al corriente y en orden. Lo estaba desde hacía una semana. Frelaine tomó su cartera portadocumentos.

- Un buen homicidio te hará un gran bien - dijo Morger, palmeando su enguatado hombro -. Has estado tan febril últimamente.

Frelaine sonrió y estrechó la mano de Morger.

- Pagaría lo que fuera por tener cuarenta años menos - dijo Morger, mirando divertido su pierna impedida -. Verte así me hace sentir deseos de descolgar mi revólver.

Frelaine agitó la cabeza. Morger había sido un famoso Cazador en su juventud. Diez homicidios superados con éxito le habían abierto las puertas del muy exclusivo Club de los Diez. Y puesto que, naturalmente, tras cada uno de ellos había tenido que jugar diez veces el papel de Víctima, su palmarés era de veinte asesinatos en total.

- Espero que mi Víctima no sea alguien que tenga tu temple - hizo notar Frelaine, medio en serio, medio en broma.

- ¡Ni pienses en ello! ¿Por cuál vas ahora?

- Por la séptima.

- Es una buena cifra. ¡Vamos, anda! Muy pronto te abriremos los brazos en el Club de los Diez.

Frelaine hizo un gesto con la mano y se dirigió hacia la puerta.

- Pero ándate con cuidado - advirtió Morger -. Un solo error, y me veré obligado a buscar un nuevo socio. Si no tienes ningún inconveniente, preferiría conservar el que tengo ahora.

- Iré con cuidado - prometió Frelaine.

En vez de tomar el autobús, regresó a su casa a pie. Necesitaba tiempo para calmarse. ¡Era ridículo comportarse como un chiquillo que va a cometer su primer homicidio!

Se obligó a mantener los ojos fijos ante él. Mirar a alguien equivalía prácticamente a una tentativa de suicidio. Cualquier persona a la que mirara podía ser una Víctima, y había Víctimas que disparaban sin pensárselo contra

cualquiera que posara sus ojos en ellas. Había tipos muy nerviosos... Prudentemente, Frelaine mantuvo su mirada por encima de las cabezas de los transeúntes.

Observó un gigantesco anuncio. Era una oferta de servicios de J.F.Donovan. «¡Víctimas!», proclamaba con enormes letras, «¿por qué correr riesgos? Utilicen los servicios de nuestros Rastreadores acreditados. Nosotros nos encargaremos de localizar al homicida que le ha sido asignado. ¡Usted no pagará nada hasta después de haber dado cuenta del Cazador!»

Por cierto, pensó Frelaine, tengo que llamar a Ed Morrow apenas llegue.

Apresuró el paso. Se sentía terriblemente nervioso. Ardía en deseos de estar ya en su casa para abrir el sobre y conocer el nombre de su Víctima. ¿Sería alguien diabólicamente astuto o un simple estúpido? ¿Alguien rico como su cuarta presa, o pobre como la primera y la segunda? ¿Estaría rodeado de un equipo de rastreo organizado, o se las arreglaría por sus propios medios?

La excitación de la caza era algo maravilloso, que hacía hervir la sangre en las venas y aceleraba los latidos del corazón. De repente oyó el resonar de unas lejanas detonaciones. Dos disparos rápidos y luego, tras una pausa, el tercero. El último.

- Ese ha terminado con el suyo - se dijo a sí mismo Frelaine, en voz alta -. ¡Felicidades!

¡Era tan maravilloso sentirse vivir de nuevo!

Lo primero que hizo al entrar en su casa fue llamar a Ed Morrow, su rastreador. Morrow trabajaba en un garaje en sus horas libres.

- ¿Ed? Aquí Frelaine.

- Oh, buenos días, señor Frelaine.

Frelaine observó en la pantalla el rostro de su interlocutor: un rostro obtuso, manchado de grasa, de protuberantes labios casi pegados al aparato.

- Me voy de caza, Ed.

- Buena suerte, señor Frelaine. Supongo que desea usted que esté preparado.

- Exacto, Ed. No creo estar fuera más de una o dos semanas. Probablemente recibiré mi designación como Víctima dentro de los tres meses siguientes a mi regreso.

- Puede usted contar conmigo, señor Frelaine. Le deseo buena caza.

- Gracias, Ed. Hasta pronto.

Colgó. Garantizarse los servicios de un rastreador de primera clase era una buena medida. Cuando hubiera cometido su homicidio, Frelaine pasaría a ser a su vez Víctima... y entonces, una vez más, Ed Morrow sería su seguro de vida.

Era un magnífico rastreador. De acuerdo: de hecho, Morrow era un ignorante, un idiota; pero tenía ojo clínico. Descubría a los extraños al primer golpe de vista. Tenía una habilidad diabólica para preparar una emboscada. Era un hombre indispensable.

Echándose a reír ante el recuerdo de algunos de los retorcidos trucos que Morrow había inventado para sus clientes, Frelaine sacó el sobre de su bolsillo, hizo saltar el sello, lo abrió, y examinó los documentos que contenía.

Janet-Marie Patzig.

Su Víctima era una mujer.

Se levantó, y paseó arriba y abajo por la habitación. Volvió a tomar la carta. Leyó: Janet-Marie Patzig. No había ningún error: se trataba de una mujer. Los

documentos anexos contenían tres fotografías, el domicilio del sujeto y los informes habituales que permitían identificarlo.

Frelaine frunció el ceño. Nunca había matado a una mujer.

Tras vacilar unos instantes, tomó el teléfono y marcó el número de la O.C.P.

- Aquí la Oficina de Catarsis Pasional - dijo una voz masculina -. ¿Dígame?

- Acabo de recibir mi notificación - dijo Frelaine -. Me ha correspondido una mujer. ¿Es eso normal? - Dio al empleado el nombre de la Víctima.

El hombre verificó sus archivos microfilmados.

- Todo está en regla - dijo tras unos instantes -. Esta persona nos presentó una solicitud, actuando con pleno conocimiento de causa. En términos legales, goza de los mismos derechos y los mismos privilegios que un hombre.

- ¿Puede decirme cuántas muertes tiene en su activo?

- Lo lamento, señor, pero las únicas informaciones que está usted autorizado a obtener son la situación legal de la Víctima y la información descriptiva que le han sido remitidas.

- Comprendo. - Frelaine reflexionó unos instantes, y luego preguntó -: ¿Puedo solicitar me sea adjudicada otra Víctima?

- Naturalmente, dispone usted de la posibilidad legal de rechazar la caza que le ha sido propuesta, pero no le será adjudicada otra Víctima hasta después de que lo haya sido designado usted mismo. ¿Desea declinar la oferta que se le ha hecho?

- Oh, no, por supuesto - se apresuró a responder Frelaine -. Le he preguntado esto tan sólo por pura curiosidad. Muchas gracias.

Colgó, se hundió en el más mullido de sus sillones, y se soltó el cinturón. Aquello precisaba un poco de reflexión.

- ¿Qué buscan esas malditas mujeres queriendo inmiscuirse siempre en los asuntos de los hombres? - rezongó para sí mismo -. ¿Por qué diablos no pueden quedarse tranquilamente en sus casas?

Pero eran también ciudadanos libres. Aunque Frelaine encontrara aquello demasiado poco... femenino.

De hecho, la Oficina de Catarsis Personal había sido creada originalmente para los hombres, y exclusivamente para ellos. Había nacido al término de la Cuarta Guerra Mundial... o de la Sexta, según la cuenta de un cierto número de historiadores.

Por aquella época, se hacía sentir imperiosamente la necesidad de una paz duradera, de una paz permanente. Por una razón práctica. Una razón tan práctica como la inspiración de los hombres que crearon las bases de la prolongada paz.

Una razón muy sencilla: el mundo estaba al borde de la aniquilación.

En el transcurso de las guerras anteriores, la amplitud, la eficacia y la potencia destructiva de las armas empleadas habían ido en aumento. Los soldados, que se habían acostumbrado a ellas, vacilaban cada vez menos en utilizarlas.

Hasta alcanzar el punto de saturación.

Un nuevo conflicto bélico pondría definitivamente fin a todas las guerras, y esta vez de una forma absoluta: no quedaría nadie para poder iniciar la siguiente.

Era preciso pues que aquella paz fuera una paz eterna. Pero los hombres que la organizaron no eran soñadores. Eran conscientes de que siempre existen tensiones, desequilibrios, que son el caldero donde bullen las guerras futuras. Y se preguntaron por qué hasta entonces nunca había existido una paz duradera.

- Porque a los hombres les gusta luchar - fue la respuesta.

- ¡Oh, no! - exclamaron los idealistas.

Pero aquellos que establecieron la paz se vieron obligados, muy a pesar suyo, a tener en cuenta el postulado según el cual una fracción importante de la humanidad es movida por la violencia.

Los hombres no son seres celestiales. Tampoco son monstruos infernales. Sencillamente, son seres humanos que manifiestan un elevado grado de agresividad, de combatividad.

Con los conocimientos científicos y los medios de que disponían en aquellos momentos, los hombres con mentalidad práctica hubieran podido eliminar esta característica de la raza humana. De hecho, ahí es donde muchos pensaban que residía la solución.

Pero los hombres con mentalidad práctica no eran de esta opinión. Consideraban que la competencia, el amor a la lucha, el valor frente al adversario, eran valores positivos. Creían incluso que representaban virtudes admirables y la garantía de la perpetuación de la especie. Sin ellos, la raza terminaría fatalmente degenerando.

El gusto por la violencia, descubrieron, estaba inextricablemente unido a la ingeniosidad, a la adaptabilidad, al dinamismo humanos.

Los datos del problema, pues, eran los siguientes:

- a) organizar la paz, una paz que les sobreviviera, y
- b) impedir a la raza humana que se destruyera a sí misma, sin amputar por ello las características que hacían de los hombres unos seres responsables.

Para ello, se decidió que era necesario canalizar la violencia, proporcionarle una válvula de escape, una posibilidad de exteriorizarse.

El primer paso fue la autorización legal de los combates de gladiadores, combates reales, donde la sangre era derramada. Pero aún era insuficiente. La sublimación es válida sólo hasta cierto punto. La gente quería otra cosa más que derivados.

No existe ningún derivativo para el homicidio.

Así pues, el homicidio fue institucionalizado, sobre una base estrictamente individual, y únicamente para aquellos que realmente desearan matar. Los gobiernos fueron invitados a crear sus respectivas Oficinas de Catarsis Pasional.

Tras un período de ensayo, se instauró una reglamentación única:

Cualquier ciudadano deseoso de cometer un homicidio tenía la posibilidad de inscribirse en su O.C.P. Tras aceptar y firmar un dossier que comportaba un cierto número de advertencias y compromisos, se le garantizaba una Víctima.

La persona que presentaba legalmente una solicitud de asesinato debía a su vez aceptar el papel de Víctima unos meses más tarde... si sobrevivía.

Este era el principio fundamental. Un individuo dado podía cometer tantos homicidios como quisiera, pero, entre cada uno de sus homicidios, era designado a su vez obligatoriamente como Víctima. Si la Víctima conseguía matar a su Cazador, podía o retirarse de la competición, o proponer su candidatura para un nuevo homicidio.

Al cabo de diez años, se calculaba que un tercio de la población civilizada del mundo había solicitado cometer al menos un homicidio. Más tarde, la proporción se estabilizó en un veinticinco por ciento.

Los filósofos clamaban al cielo, pero los hombres con mentalidad práctica estaban satisfechos. La guerra había dejado de ser un problema colectivo: ahora era un asunto individual, tal como convenía.

Por supuesto, la institucionalización del homicidio se ramificó y se complicó. Una vez autorizado, como sucede con todas las cosas, el homicidio se convirtió en un negocio y una fuente de beneficios. Inmediatamente se crearon organizaciones, tanto para ofrecer sus servicios a las Víctimas como a los Cazadores.

La Oficina de Catarsis Pasional elegía el nombre de las Víctimas al azar. El Cazador disponía de dos semanas para cometer su homicidio, y debía actuar solo y sin ayuda. Se le proporcionaban el nombre, el domicilio y la descripción de su Víctima; tenía derecho a utilizar una pistola de calibre standard; le estaba prohibido llevar ningún tipo de protección corporal.

La Víctima era avisada una semana antes que el Cazador. Simplemente, se le comunicaba su designación. Ignoraba el nombre de su Cazador. Estaba autorizada a utilizar cualquier tipo de protección corporal, así como los servicios de los rastreadores que creyera necesarios. Un rastreador no podía matar, ya que el homicidio era privilegio de la Víctima y del Cazador. Pero un rastreador podía detectar la presencia de un extraño en el círculo de la Víctima, o descubrir a un tirador nervioso.

La Víctima podía planear todas las emboscadas que deseara con el fin de abatir a su Cazador.

Matar o herir a alguien por error - cualquier otro tipo de muerte estaba prohibido - era sancionado con una gravosa indemnización; el homicidio pasional estaba castigado con la pena de muerte, al igual que el homicidio por interés.

Lo más admirable de aquel sistema era que la gente que sentía deseos de matar podía hacerlo, y aquellos que no sentían el menor deseo - de hecho representaban la mayor parte de la población - no se veían obligados a convertirse en homicidas. Por fin ya no había ninguna guerra, ni siquiera la amenaza de una guerra. Tan sólo pequeñas, muy pequeñas guerras... centenares de miles de guerras individuales.

La idea de matar a una mujer no cautivaba en absoluto a Frelaine. Pero había firmado. No podía hacer nada. Y no sentía el menor deseo de renunciar a su séptima caza.

Consagró el resto de la mañana a aprenderse de memoria los datos que le había proporcionado la O.C.P. acerca de su Víctima, y luego archivó la carta. Janet Patzig vivía en Nueva York. Frelaine se sentía feliz por ello: le gustaba cazar en una gran ciudad, y siempre había sentido deseos de visitar Nueva York. No le precisaban la edad de su Víctima, pero, a juzgar por las fotos, no debía tener mucho más de veinte años.

Reservó por teléfono una plaza en el avión, se duchó, se vistió su Protector Especial cortado especialmente para aquella ocasión, eligió una pistola de su arsenal, la limpió escrupulosamente, la engrasó, la deslizó en el bolsillo especial del traje, y luego preparó su equipaje.

Se sentía tan excitado que parecía que su corazón quisiera saltársela del pecho. Es extraño, pensó: cada nuevo homicidio me produce un estremecimiento distinto. Es algo de lo que uno no se cansa nunca: como la repostería francesa, las mujeres, las buenas bebidas... Es algo siempre nuevo y siempre distinto.

Cuando estuvo listo, examinó su biblioteca para elegir los libros que se llevaría consigo. Poseía todas las mejores obras que trataban del tema. No iba a necesitar aquellas destinadas a las Víctimas, como La táctica de la Víctima de Fred Tracy, que insistía en la necesidad de un medio ambiente rigurosamente

controlado, o ¡No piense usted como Víctima!, del doctor Frish. Aquellos manuales le interesarían dentro de unos meses, cuando le llegara su turno de ser, una vez más, la presa. Por ahora necesitaba libros de Cazador.

La obra clásica y definitiva era Estrategia de la Caza del Hombre, pero se la sabía ya casi de memoria. El Acecho y la Emboscada no era muy adecuado para las actuales circunstancias.

Escogió La Caza en las grandes ciudades de Mitwell y Clark, Rastrear al Rastreador de Algreen, y La Táctica de Grupo de la Víctima del mismo autor.

Todo estaba a punto. Dejó unas líneas al lechero, cerró su apartamento y tomó un taxi hacia el aeropuerto.

En Nueva York, escogió un hotel céntrico no muy lejos del barrio donde vivía su víctima. El trato sonriente y lleno de atenciones del personal del hotel le puso nervioso: le intranquilizaba ser reconocido tan fácilmente como un homicida recién llegado a la ciudad.

Lo primero que vio al penetrar en su habitación fue, cuidadosamente colocado en su mesilla de noche, junto con la bienvenida de la dirección, un folleto titulado: Cómo sacarle el máximo partido a la Catarsis Pasional. Frelaine sonrió mientras lo hojeaba.

Puesto que se trataba de la primera vez que venía a Nueva York, ocupó el resto de la tarde en pasear por el barrio de su Víctima y en contemplar escaparates.

Martinson & Black le fascinó.

Visitó el Salón de la Caza, donde se exhibían chalecos antibalas ultraligeros y sombreros blindados para uso de las Víctimas. Se interesó en la vitrina donde se presentaban los últimos modelos calibre 38. Un cartel publicitario proclamaba: «¡Empleen el Malvern de tiro directo, aprobado por la O.C.P.! Cargador de doce balas. Desviación garantizada inferior a 0,02 milímetros en un blanco situado a trescientos metros. ¡Acierte a su Víctima! ¡No arriesgue su vida teniendo a su alcance la mejor arma! ¡Malvern es seguridad!»

Frelaine sonrió. Era una buena publicidad, y el pequeño revólver pavonado daba una impresión de eficacia total. Pero el Cazador estaba contento con su propia pistola.

Existían también en el mercado falsos bastones que albergaban cuatro balas listas para ser disparadas. La publicidad los anunciaba como algo disimulado, práctico y seguro. Cuando era joven, Frelaine se había sentido apasionado por todas aquellas novedades que se sucedían de año en año, pero ahora estimaba que los viejos métodos tradicionales eran generalmente los que prestaban un mejor servicio.

Cuando salió del Salón, cuatro empleados del servicio de limpieza se alejaban con un cadáver aún caliente. Suspirando, Frelaine lamentó no haber estado allí para contemplar el espectáculo.

Cenó en un buen restaurante, y se acostó temprano.

A la mañana siguiente se paseó por los alrededores del domicilio de su Víctima, cuyos rasgos estaban profundamente grabados en su memoria. No miraba a nadie, y avanzaba a paso rápido, como si se dirigiera a un lugar muy concreto. Era así como actuaban los Cazadores experimentados.

Entró en un bar a beber algo, y reanudó su camino en dirección a Lexington Avenue.

La vio al pasar ante la terraza de un café. Era imposible equivocarse: se trataba de Janet. Sentada ante una mesa, con los ojos perdidos en el vacío, ni siquiera levantó la cabeza cuando él pasó cerca de ella.

Frelaine continuó hasta la esquina, sin detenerse. Allí, se detuvo y dio media vuelta. Sus manos temblaban. Exponerse así, sin ninguna protección... ¡Aquella chica estaba loca! ¿Acaso creía que gozaba de una protección sobrenatural?

Detuvo un taxi, y ordenó al conductor que diera la vuelta a la manzana. Cuando volvió a pasar por delante ella seguía en el mismo lugar. Frelaine la examinó atentamente. Parecía más joven que en las fotografías, pero era difícil hacerse una idea precisa de su edad. De todos modos, no tendría mucho más de veinte años. Su negro cabello, peinado con raya en medio y enrollado a cada lado formando como una concha sobre sus orejas, le daban el aspecto de una monja. Frelaine se estremeció al darse cuenta de que su expresión era de tristeza y resignación. Se preguntó si estaba dispuesta a hacer algún gesto para defender su vida.

Frelaine pagó al conductor y se metió en un drugstore. Había una cabina telefónica libre. Entró y llamó a la O.C.P.

- Están seguros de que una Víctima llamada Janet-Marie Patzig ha recibido su notificación? - preguntó.

- Un momento, por favor.

Frelaine tamborileó nerviosamente el cristal de la puerta mientras el funcionario buscaba la microficha correspondiente.

- Sí, señor. Tenemos su acuse de recibo. ¿Alguna impugnación?

- Oh, no. Tan sólo quería verificar.

Después de todo, se dijo, si aquella chica no quería defenderse, allá ella. Eso no era asunto suyo. El tan sólo estaba autorizado a matarla. Era su turno de caza.

De todos modos, decidió aplazarlo todo hasta el día siguiente e irse al cine. Cenó, regresó a su habitación, leyó el folleto de la O.C.P., y se acostó. Todo lo que tenía que hacer, pensó, con los ojos fijos en el techo, era meterle una bala en el cuerpo. Tomar un taxi, y disparar a través de la ventanilla.

- Pero así no es muy emocionante - se dijo tristemente antes de dormirse.

Al día siguiente, por la tarde, Frelaine regresó al mismo lugar. Llamó a un taxi y le dijo al conductor:

- Dé la vuelta a la manzana, pero muy lentamente.

- De acuerdo - respondió el hombre, con una sonrisa tan sardónica como perspicaz.

Desde su asiento, Frelaine se esforzó en descubrir algún rastreador. Aparentemente, no había ninguno. La joven tenía las manos ostensiblemente apoyadas sobre la mesa.

Un blanco fácil, inmóvil.

Frelaine rozó uno de los botones de su chaqueta cruzada. Una raja se abrió en la tela, y no tuvo que hacer más que cerrar su mano sobre la culata del revólver. La hizo bascular, comprobó el cargador, deslizó una bala en la recámara.

- Despacio - dijo al conductor.

El taxi pasó a velocidad de paseo ante el café. Frelaine apuntó cuidadosamente. Su dedo se crispó en el gatillo. Lanzó una maldición.

Un camarero acababa de interponerse entre la joven y el cañón del arma, y Frelaine no sentía el menor deseo de herir a nadie.

- Dé otra vuelta a la manzana - ordenó.

El conductor sonrió de nuevo y se retrepó en su asiento. ¿Se sentiría tan alegre si supiera que me dispongo a matar a una mujer?, se dijo Frelaine.

Esta vez no había ningún camarero en su campo de tiro. La chica estaba encendiendo un cigarrillo, con sus apagados ojos clavados en el encendedor. Frelaine apuntó a la frente de su víctima, exactamente entre los dos ojos, y retuvo el aliento.

Pero agitó la cabeza, bajó el arma y la metió de nuevo en su bolsillo para revólver.

¡Aquella idiota estaba impidiendo que extrajera todo el provecho de su catarsis!

Pagó al conductor, bajó del taxi y echó a andar.

Es demasiado fácil, se dijo a sí mismo. Estaba acostumbrado a cazas auténticas. Sus seis homicidios anteriores habían sido complicados. Las Víctimas habían intentado todos los trucos posibles. Una de ellas había contratado al menos una docena de rastreadores. Pero Frelaine había ido modificando su táctica de acuerdo con las circunstancias, y los había descubierto a todos. Una vez se había disfrazado de lechero, otra de cobrador. Se había visto obligado a seguir a su sexta Víctima hasta Sierra Nevada. Había sudado con ella, pero al fin la había conseguido.

¿Qué satisfacción podía extraer de una Víctima que se le ofrecía? ¿Qué pensaría de ello el Club de los Diez?

Encajó los dientes ante la idea del Club de los Diez. Quería formar parte de él. Incluso si renunciaba a matar a aquella chica, debería enfrentarse obligatoriamente a un cazador. Y, si sobrevivía, necesitaría añadir aún cuatro Víctimas más a su palmarés. ¡A aquel ritmo, jamás podría presentar su candidatura al Club!

Se dio cuenta de que estaba pasando ante el café. Obedeciendo a un súbito impulso, se detuvo.

- Buenos días - dijo.

Janet Patzig lo miró con unos ojos desbordantes de tristeza, pero no respondió.

Frelaine se sentó.

- Escuche - dijo -. Si la molesto, no tiene más que decirlo, y me iré. No soy de aquí. He venido a Nueva York para asistir a un Congreso. Y siento la necesidad de una presencia femenina junto a mí. Ahora bien, si la aburro, yo...

- No importa - dijo Janet Patzig con voz neutra.

Frelaine pidió un coñac. El vaso de su compañera estaba aún medio lleno.

La observó con el rabillo del ojo, y su corazón empezó a latir fuertemente. Tomar unas copas con su propia Víctima... ¡eso al menos era algo emocionante!

- Me llamo Stanton Frelaine - dijo, sabiendo que revelar su identidad no significaba nada.

- Yo, Janet.

- ¿Janet qué?

- Janet Patzig.

- Encantado de conocerla - dijo él, con un tono perfectamente natural -. ¿Tiene algo especial que hacer esta noche?

- Seguramente esta noche estaré muerta - dijo ella con voz suave.

Frelaine la contempló atentamente. ¿Acaso no comprendía quién era él? Como menos, debería estarle apuntando con un revólver por debajo de la mesa. Apoyó un dedo en el botón que accionaba la extracción de su arma.

- ¿Es usted una Víctima?



- Esa es la palabra exacta - dijo ella irónicamente -. En su lugar, yo no me quedaría aquí ni un segundo más. ¿De qué sirve recibir una bala perdida?

Frelaine no podía comprender cómo estaba tan tranquila. ¿Acaso pretendía suicidarse? Quizá se estaba burlando de todo. Quizás estaba deseando morir.

- ¿No tiene usted rastreadores? - preguntó, con el tono justo de sorpresa en su voz.

- No - ella le miró directamente a los ojos, y Frelaine se dio cuenta de algo en lo que hasta entonces no se había fijado: era muy hermosa. Hubo una pausa.

- Soy una estúpida - dijo finalmente ella, en tono intrascendente -. Un día me dije que me gustaría cometer un homicidio, y me inscribí en la O.C.P. Y luego... luego no pude hacerlo.

Frelaine asintió con simpatía.

- Sin embargo, el contrato es inflexible - continuó ella -. No he matado a nadie, pero pese a todo debo jugar mi papel de Víctima.

- ¿Por qué no ha contratado usted a ningún rastreador?

- Soy incapaz de matar a nadie. Absolutamente incapaz. Ni siquiera tengo revólver.

- ¡Y sin embargo, para salir así, como lo hace usted, se necesita una condenada dosis de valor! - en su fuero interno, Frelaine se sentía asombrado ante tanta estupidez.

- ¿Y qué quiere usted que haga? - dijo ella con indiferencia -. Una no puede ocultarse cuando es perseguida por un Cazador... un auténtico Cazador. Y no soy lo suficientemente rica como para desaparecer.

- Yo, en su lugar... - comenzó Frelaine.

- No - le interrumpió ella -. He reflexionado mucho sobre ello. Todo esto es absurdo. El sistema entero es absurdo. Cuando tuve a mi Víctima ante mi punto de mira, cuando vi que podía tan fácilmente... que podía... - se interrumpió y sonrió -. ¡Bah! No hablemos más de ello.

Frelaine se sintió impresionado por su deslumbrante sonrisa.

Hablaron de muchas cosas. El le habló de su trabajo, y ella le habló de Nueva York. Tenía veintidós años. Era actriz. Una actriz que nunca se había visto favorecida por la suerte.

Cenaron juntos, y cuando ella aceptó su invitación a un combate de gladiadores, Frelaine se sintió inundado de absurda alegría.

Llamó a un taxi - tenía la impresión de que pasaba todo su tiempo en taxi desde que había llegado a aquella ciudad -, y le abrió la puerta. Tuvo un instante de vacilación mientras ella se sentaba. Le hubiera podido disparar una bala en el corazón. Hubiera sido tan fácil.

Pero no lo hizo. Esperemos, pensó.

Los combates eran los mismos que podían verse en cualquier parte, y los gladiadores no exhibían un mayor talento que en cualquier otro lugar. Las reconstrucciones históricas eran las habituales: el tridente contra la red, el sable contra la espada. Por supuesto, la mayor parte de los duelos eran a última sangre. Hubo combates de hombres contra toros, de hombres contra leones, de hombres contra rinocerontes, seguidos de escenas más modernas: barricadas defendidas por arqueros, encuentros de esgrima sobre la cuerda floja.

Fue una agradable velada. Frelaine llevó a la joven a su casa. Las palmas de sus manos estaban húmedas por el sudor. Nunca había experimentado una tal atracción hacia una mujer. ¡Y debía matarla!

No sabía qué actitud tomar.

Ella le propuso que subiera a tomar una copa. Se sentaron en el diván. Ella encendió un cigarrillo con un enorme encendedor y se recostó en el mullido respaldo.

- ¿Se quedará aún mucho tiempo en Nueva York? - preguntó ella.

- No lo creo - dijo él -. mi Congreso termina mañana.

Hubo un largo silencio. Finalmente, Janet dijo:

- Lamento que tenga que irse.

Callaron de nuevo. Luego, la joven se levantó para preparar las bebidas. Frelaine la siguió con la mirada mientras se alejaba hacia la cocina. Este era el momento. Se irguió, apoyó la mano en el botón... Pero no, el momento había pasado... irrevocablemente. Sabía que no iba a matarla. Uno no puede matar a quien ama. Y él la amaba.

Fue una revelación tan brusca como conmovedora. Había venido a Nueva York para matar, y en cambio...

Ella regresó con la bandeja y se sentó, con ojos ausentes.

- Te quiero, Janet - dijo él.

Ella se volvió a mirarle. Había lágrimas en las comisuras de sus ojos.

- No es posible - musitó -. Soy una Víctima. No voy a vivir mucho.

- Vivirás. Yo soy tu Cazador.

Ella le estudió unos instantes en silencio, luego se echó a reír nerviosamente.

- ¿Vas a matarme?

- No digas tonterías. Quiero casarme contigo.

Repentinamente, ella se refugió en sus brazos.

- ¡Oh, Dios mío! - Sollozó -. Esta espera... Tenía tanto miedo...

- Todo ha terminado. Date cuenta de lo irónico de la situación: ¡Vengo para asesinarle, y regreso casado contigo! Es algo que habremos de contar a nuestros hijos.

Ella le besó. Luego se echó hacia atrás en el diván y encendió otro cigarrillo.

- Apresúrate a hacer tus maletas - dijo Frelaine -. Quiero...

- Un momento - interrumpió ella -. No me has preguntado si yo te amo a ti.

- ¿Qué?

Ella seguía sonriendo, con el encendedor apuntando hacia él. Un encendedor en cuya base había un negro orificio... un orificio cuyo diámetro correspondía exactamente al calibre 38.

- No te burles de mí - dijo él -, levantándose.

- Estoy hablando en serio, querido.

Por una fracción de segundo, Frelaine se sorprendió de haberle calculado veinte años a Janet. Ahora que la veía bien - ahora que podía verla realmente -, se daba cuenta de que estaba rozando la treintena. Su rostro reflejaba una existencia febril, tensa.

- Yo no te amo, Stanton - dijo ella en voz muy baja, con el encendedor apuntando todavía hacia él.

Frelaine tragó saliva. Una parte de sí mismo permanecía aún fríamente objetiva y se maravillaba de las extraordinarias dotes de actriz de Janet Patzig. Ella lo había sabido desde un principio.

Apretó compulsivamente el botón, y el revólver saltó en su mano, listo para disparar.

El impacto le alcanzó en pleno pecho. Con aire de intenso asombro, se derrumbó sobre la mesa. El arma escapó de sus manos. Jadeando

espasmódicamente, semiinconsciente, la vio apuntar cuidadosamente para el golpe de gracia.

- ¡Por fin voy a poder entrar en el Club de los Diez! - dijo ella. Su voz reflejaba todo el éxtasis del mundo.

**FIN**

## Fausto Cunha - ULTIMO VUELO A MARTE

Marz, benamed planid,  
Ker di Terra i Galax,  
Marz, halt mi plás an tid.  
Vol somrevirn' an pax.

(De «Canción de los Proxores de Campo Vhur», milenio 69. Citada por Shorne Gheorg.)

- Están viendo y oyendo a Hiox, A-11, directamente desde Campo Vhur, en Marte. La evacuación está tocando a su fin. Algunos marcianos van a quedarse. Ya no queda ningún terrestre en el planeta. Tras casi un millón de años, la historia se repite. No había hombres en Marte. Ya no hay más hombres en Marte.

«Este es Marte, el planeta amado. Marte, sus montañas, sus mares congelados, sus volcanes extintos, su viento infatigable. Vamos a realizar nuestro último reportaje en esta segunda patria del hombre.

«Visitemos primero a algunos de los viejos marcianos que han preferido quedarse. Según los científicos, dentro de muy poco tiempo Marte ya no podrá albergar ninguna forma de vida, excepto algún líquen, algún anaerobio. La permanencia de formas superiores será cada vez más costosa, y finalmente imposible. Podemos incluso decir que en los últimos siglos, en los últimos milenios, contando a partir de los grandes dislocamientos de glaciares, Marte llevaba una existencia artificial. Hablando con mayor exactitud, los terrestres nunca pudieron vivir aquí fuera de las ciudades-cúpulas. Para los propios marcianos, la llegada del hombre fue la redención de una raza que iba fatalmente a desaparecer. Vamos a descender un poco y a hablar con ese viejo habitante. ¿Cómo se llama, por favor?

- Ghoz.

- Perfectamente, Ghoz. ¿Por qué decidió quedarse? Usted ya sabe que esas cúpulas no resistirán muchos años. Ni siquiera los subterráneos resistirán mucho tiempo la presión del hielo.

- Siempre extraños esos marcianos. Milenios de contacto con nosotros, y continúan siendo casi iguales que en el período del Desembarco. Ghoz está diciendo que un viejo sueño de sus antepasados era ver Marte como era antes de la llegada de los hombres. El no tiene nada contra nosotros, y supone que nuestras equivocaciones fueron cometidas por el ansia de mostrarnos buenos con ellos. Ahora que se presenta una oportunidad de quedarse nuevamente solos, aún con la certeza de una muerte próxima, quieren aprovecharla. Dice que millones y millones de marcianos murieron y fueron sepultados aquí. Cuando el lienzo de hielo cubra el planeta y ninguna forma de vida perturbe ya la Paz Superior, entonces los Zenghiis - los Altos Espíritus - bajarán para explicarles a los que duermen bajo tierra su destino. Ghoz estará entre ellos. Muchas gracias, Ghoz. Y Paz Superior a nuestros hermanos dormidos.

- Están viendo y oyendo a Hiox, A-11, directamente desde Campo Vhur, en Marte. Vamos a telementalizar hacia Arcturus IV, donde se encuentra el profesor Shorne, de la Universidad Galáctica. ¿Profesor Shorne? Profesor Shorne, ¿quiere

explicarnos el origen de la expresión «Marte, planeta amado»? Están viendo y oyendo, a través de Hiox, A-11, al profesor Shorne Gheorg, de la Universidad Galáctica, en Arcturus IV. Es uno de los mayores aerógrafos actuales.

- Hiox, el origen de esa expresión es controvertido y, para emplear un antiguo lugar común (lo cual queda bien, en un paleólogo), puede decirse que se pierde en la noche de los tiempos. En un documento del año 68.275, que tuve oportunidad de reproducir en mi trabajo Marte como Constante Cultural Galáctica, ya encontramos este geosintagma. Como se sabe, Marte fue el primer planeta visitado por el hombre. Pese a las dificultades materiales, los colonos se adaptaron tan bien que no quisieron regresar a la Tierra. Luego, Marte se convirtió en una especie de eje de los viajes interplanetarios, principalmente en el campo de las transmisiones. De esa época quedó una canción infantil, hoy naturalmente olvidada, que decía más o menos esto:

Hasta Marte voy riendo, amada mía.  
Después, reza por mí...

«Realmente, lanzarse al espacio más allá de Marte era una aventura imprevisible, de esas de cerrar los ojos y rezar...

- ¿Rezar? ¿Qué palabra es esa?

- Es una palabra muy antigua, Hiox. Significa dirigirse a Dios.

- ¡Esos arqueólogos! Siempre descubriendo novedades. Prosiga, profesor Shorne, por favor.

- Bueno, Hiox. ¿Dónde estábamos? Ah, sí... Cuando nos establecimos en otros sistemas, Calixto y Titán hicieron que disminuyera un poco la importancia estratégica de Marte, pero esto no ocurrió hasta un milenio más tarde. Mientras tanto, el planeta Marte había sido ocupado por una élite, porque desde un principio se comprobó que allí no había nada que pudiera tentar la codicia humana. Hubo también, al parecer, un movimiento religioso o místico-filosófico...

- Profesor, tal vez nuestro público no entienda esa terminología tan especializada.

- ...llamado juwainismo, que hizo de Marte una especie de patria espiritual. Sus oyentes no se sentirán decepcionados si les digo también que mucha gente fue a Marte para curarse de ciertas dolencias. Existía la leyenda de que el clima de este planeta curaba el llamado «cáncer del espacio», aquella terrible... Hiox, me temo que va a tener usted que desmentalar. Cuando empiezo a hablar me olvido del tiempo... ¡y usted sabe muy bien lo que es el tiempo en Arcturus IV!

- Puede hablar tranquilamente, profesor Shorne. Quiere decir usted que, habiendo sido Marte el primer peldaño del hombre en la conquista del Universo...

- El primer peldaño fue la Luna. Y yo no diría conquista, sino conocimiento.

- ...en el conocimiento del Universo, el hombre siguió viendo en Marte un símbolo, ¿no es así?

- No exactamente, Hiox. Yo diría que en Marte el hombre halló su verdadera naturaleza. Marte le dio una filosofía. El hombre comenzó a comprender la vida como un don sagrado, incorruptible.

- Muchas gracias, profesor Shorne Gheorg. Les habló el profesor Shorne, de la Universidad Galáctica, en Arcturus IV. Regresemos a Campo Vhur, en Marte. No creo que ninguno de nosotros pueda ni siquiera imaginarse los rudimentarios medios de que se servían los primeros astronautas para llegar aquí. Eran naves lentas que no ofrecían la menor seguridad... cohetes les llamaban en aquellos

tiempos. Hoy, cualquier niño construiría por diversión una nave centenares de veces más segura y más rápida que aquellas. Pero fueron gente valerosa, para quienes no existía el peligro, en esas imperfectas máquinas, quienes sembraron la huella del hombre por el espacio. Arriesgaron su vida para legarnos un rudo pero precioso camino al Universo. Abrieron la Gran Senda, y todo eso que para nosotros es hoy simple rutina era para ellos un sueño cósmico, un sueño en el que soñaban casi sin esperanza...

- Vamos ahora a telementalizar con el doctor Monti-Hauser, en Ganímedes... ¿Doctor Monti-Hauser? Muchas gracias. Están viendo y oyendo al doctor Charlx Monti-Hauser, primer proxor-sness de las Oficinas Generales en Ganímedes. Doctor Monti-Hauser... no, por supuesto, puede entrar en su propia banda, a fin de cuentas yo soy A-11... Si pudiera apartarse un poco más de ese transmisor borgatrónico la recepción llegaría mejor... Doctor Monti-Hauser, ¿cómo describiría usted las primeras naves interplanetarias?

- El estudio de la prehistoria de la navegación interestelar fue mi especialidad. Todo lo que sé es que el hombre se aventuró a una travesía espacial en condiciones tan precarias que hoy no conseguimos reproducirlas en laboratorio, porque no disponemos de elementos suficientemente primitivos. Debieron realizar miles de experiencias, seguidas de miles de fracasos, y seguramente de igual número de muertes. Sabemos, por ejemplo, que en épocas remotas los hombres utilizaban para el transporte interno un rudimentario vehículo de locomoción aérea, un avión o algo así, que caía o estallaba con frecuencia. Las primeras naves parece que eran propulsadas por combustible, debían tener forma cilíndrica, terminada en un cono, aunque sabemos que las hubo también circulares o esféricas. Aceptaban la inercia y la caída libre, y preconcebían un espacio lineal, estando subordinadas a una noción de tiempo material externo. Debían contener un verdadero bosque de engranajes y de pequeños instrumentos de vuelo. Ese atraso en el diseño astronáutico fue tanto más espantoso cuando se sabe que data de esas remotas épocas el descubrimiento de las ondas sness y de la ley del espacio-energía de Appel-Muliro. No consigo imaginar cómo no les fue posible interpretar la constante AM como nuestra constante bítica y no previeron la hipomagnetización de los cuerpos que se dislocan en segmentos de espacio sometidos a la ley de Ruick, que no es más que una reversión buto-enantiomórfica progresiva. Si tomamos, por ejemplo...

- Les habla Hiox, A-11, directamente desde Campo Vhur, en Marte. Vamos a sobrevolar por última vez el querido planeta, contemplar por última vez los puntos donde edificamos nuestras ciudades, donde durante milenios convivimos con nuestros hermanos los marcianos. Muchos de ellos partirán también de su patria condenada... están, como nosotros, dispersos por toda la Galaxia, pero parece que nuestro sufrimiento es mayor. Irse de Marte es para ellos una aventura, una fatalidad. Para nosotros es una renuncia. Ahí está la cordillera donde, según la tradición, se posó el primer cohete terrestre. Esa sábana de hielo cubre lo que un día se llamó Nueva Moscú. Eso es lo que queda del río Nilo, que los marcianos llamaban de Rogh-Ezrat, o sea de «la Canción Errante». Muchos creen que Pharr es una palabra marciana; pero Pharr fue fundada por un astronauta que le dio el nombre de su pequeña ciudad en la Tierra. Brasil, nombre que recuerda uno de los países que dominaron la Tierra... ¡cuando aún estaba dividida en países! Nueva Roma, Nueva Tokio, Nueva Londres... la eterna vanidad humana. Esa enorme cúpula, la mayor de la Galaxia, alberga la vanidosa Nueva París, un día incendiada por los juwainistas, «el más hermoso monumento a la flaqueza

humana», según la famosa definición de Rondiwar. París culta, París maldita, París abandonada. La tumultuosa Nueva París se viste ahora con el luto de la soledad. Las luces continuarán encendidas, los jardines seguirán floreciendo, por muchos años persistirá la ilusión de que París está viva. Duerme, ciudad ardiente, ahora que cesó tu fragor. Despídetes de tus luces y de tus flores, de tus pecados y de tus glorias... fantasma luminoso, a la espera del último glaciar.

- ¿Hipnessor Levin? Les presentamos al Hipnessor Levin Wilk, de la Universidad Solar, en Australia. Hipnessor Levin, estamos telementalizando la evacuación del planeta Marte, aquí desde Campo Vhur. Habla Hiox, A-11, banda ilimitada. Entre libremente... Mientras sobrevolamos los restos de toda una civilización construida por dos mundos hermanos, deseáramos que nos hablase de la filosofía de los Descubridores.

- Yo no hablaría, Hiox, de los restos de una civilización. Diría más bien la primera etapa de una civilización que, en realidad, no sabemos hasta dónde nos conducirá. Tal vez seamos nosotros quienes llevemos la antorcha hasta el inicio del verdadero camino.

- Puede permanecer en la banda, Hipnessor. Disponemos de algunos minutos.

- Creo que me ha invitado porque la modestia del doctor Shorne... sí, estaba presenciando su telementalización... no le permitió hablar de lo que llamó «una nueva filosofía».

«Hoy la filosofía es nuestra ciencia básica, con muy pocos puntos en común con lo que tenía ese nombre en los primeros albores de nuestra civilización. En un remotísimo pasado hubo de hecho algunos filósofos, que podríamos llamar geniales, dado el material de que disponían. Algunos nombres fueron conservados por la tradición: Platón, Occam, Spinoza, Kant... Todos ellos vivieron más o menos en la misma época, y aunque sus escritos se han perdido, podemos deducir que eran simples especulaciones. Hubo también una figura llamada Cristo, que ejerció una prolongada influencia. Fueron esas figuras, y tal vez algunas otras, las que modelaron la conciencia del hombre e hicieron que con él llegasen hasta nosotros dos principios básicos: EL HOMBRE NO ES EL SEÑOR DEL UNIVERSO, y LA VIDA ES SAGRADA. Debe causarnos admiración el hecho de que estos postulados hayan sido formulados por seres que no podían construir sin primero destruir, ya fuera un animal o un simple átomo. Me gustaría darle un ejemplo aterrador: ¿sabe? destruían los árboles para hacer fuego o para construir casas, objetos.

- ¿Destruir un árbol para hacer fuego? ¿Para qué querían el fuego, si hay tantos otros medios de producir calor?

- Desgraciadamente, ese era su modo de pensar: hacer las cosas más sencillas por los métodos más complicados. Su concepto de la vida no comprendía más que la vida humana. Mataban a los animales, mataban a las plantas, sabemos incluso que mataban a otros hombres.

- Hipnessor, no espere mucha credulidad por parte de sus oyentes.

- Podría ir aún más lejos, Hiox. Tengo pruebas de que mataban a otros hombres. Había guerras. Una guerra es como si usted destruyera su casa y la casa de su vecino para que después alguien le pudiera vender un cepillo. Pero los primeros hombres en Marte comprendieron que no podían lanzarse a una campaña de exterminio contra los marcianos, aunque al inicio se produjeron muertes, provocadas más por el miedo que por la maldad. Comprendieron que debían depender de los marcianos en Marte, de las plantámbulas en Venus, que

los hombres no podían ir matando por el Universo entero, y que la única manera de establecer un contacto armonioso con los demás seres era que todos los hombres poseyeran una única filosofía, adoptaran una única actitud - de comprensión, de respeto -, hacia todas las formas de vida. La Filosofía liberó al hombre de su primario instinto de defensa y de su terror ante lo desconocido. Debe adaptarse o retirarse, jamás destruir. Quien está en su propio suelo no puede ser nunca un enemigo.

- Recuerdo que tuvimos en SG-1909 un planeta cubierto del llamado «hongo de la lepra», y riquísimo en monóxido. Pienso principalmente en Cisne 61 y en Rigel. Pienso también en Venus en el tiempo de los primeros desembarcos, con sus plantámbulas pirofóricas que nos costaron tantas vidas, y que hoy nos son tan útiles.

- Creo que la filosofía contribuyó también a desarrollar los poderes mentales del hombre, quiero decir su capacidad de percepción y proyección extrasensoriales.

- Es posible. Antiguamente, el hombre se paraba delante de un ser desconocido sin saber lo que este iba a hacer ni cómo entrar en contacto con él. Entonces, simplemente, mataba.

- ¡Pero los árboles! ¿Qué necesidad había de matar los árboles?

- La ignorancia, Hiox, es como una locura...

- Hiox, A-11, directamente desde Campo Vhur, en Marte. Aquí cerramos nuestra telementalización de la última etapa de la evacuación de Marte. Mientras proyectábamos las operaciones, pudimos traer a nuestra banda algunos nombres conocidos y admirados como el profesor Shorne de Arcturus IV, el doctor Hauser, la historiadora Bluma Yomandar de la Universidad Galáctica, el marcianólogo Jonq Kardouzu...

«Marte. ¿Es un planeta que muere? ¿O es un planeta que nace para la verdadera vida de los planetas, la soledad y el silencio? La respuesta es poesía. Nunca más se posarán aquí nuestras astronaves. Marte será para nosotros una advertencia de que el hombre no puede permanecer quieto en el Universo. Marte, el planeta amado, el planeta muerto. Desde la Tierra podremos ver, a través de nuestros telescopios, la lenta agonía de esa querida tierra. Sí, tierra, como la nuestra. Los marcianos tienen una palabra para designar su suelo, pero para nosotros siempre fue tierra, la tierra.

«Vamos a regresar a bordo. ¡Ah, una sorpresa! Son los muchachos de Rogh-Isrohro, la vieja asociación de música marciana. Van a ser los últimos en embarcar. Ellos, con sus tradicionales instrumentos marcianos: el gólgar, el rintzuhl, el volvenine, el tólbarr y la vieja gaita marciana, el rohro. Están ejecutando una vieja canción conocida de todos, una canción de despedida que ahora será para siempre. Aquí se despide Hiox, A-11, y lo que están oyendo es algo que sé que resonará en nuestros corazones a través de los siglos. Una canción que nuestros hijos también cantarán, con los ojos llenos de lágrimas:

Adiós, Marte, planeta amado.

Adiós tierra querida,

Tierra de arena azul y rojas montañas.

**FIN**



## J. G. Ballard - TRECE A CENTAURO

Abel sabía

Tres meses antes, justo antes de cumplir dieciséis años, lo había adivinado, pero se había sentido demasiado inseguro de sí mismo, demasiado abrumado por la lógica de su descubrimiento, para mencionárselo a sus padres. En ocasiones, cuando yacía semidormido en su litera, mientras su madre canturreaba para sí alguna de las viejas canciones, reprimía deliberadamente la idea; pero siempre volvía, fastidiándolo con su insistencia, forzándolo a echar por la borda todo lo que durante largo tiempo había considerado como el mundo real.

Ninguno de los otros jóvenes de la Estación podía ayudarlo. Estaban inmersos en los entretenimientos del Cuarto de Juego, o mordiendo lápices mientras hacían sus pruebas y deberes

- Abel, ¿qué te pasa? - lo llamó Zenna Peters, desde atrás, mientras él se dirigía distraídamente hacia el depósito vacío de la Cubierta D. - Pareces triste otra vez.

Abel vaciló al contemplar la sonrisa cálida y perpleja de Zenna, luego deslizó las manos en los bolsillos y se escabulló, saltando la escalera de metal para asegurarse de que ella no lo siguiera. Una vez Zenna se había escurrido subrepticamente en el depósito sin invitación y él había arrancado la bombita del enchufe, haciendo añicos casi tres semanas de condicionamiento. El doctor Francis se había puesto furioso.

Mientras se apresuraba por el corredor de la Cubierta D, escuchó con atención buscando trazas de la presencia del doctor, que últimamente no le quitaba los ojos de encima, vigilándolo con astucia por entre los modelos plásticos del Cuarto de Juego. Tal vez la madre de Abel le hubiera contado de su pesadilla, de cuando él se despertaba empapado de sudor y de terror, con la imagen de un opaco disco ardiente fija ante sus ojos.

Si al menos el doctor Francis pudiera curarlo de ese sueño.

A intervalos de seis metros, mientras avanzaba por el corredor, debía trasponer una compuerta hermética, y sus manos tocaban vanamente las pesadas cajas de control ubicadas a ambos lados de la puerta. Desenfocando con deliberación la mente, Abel identificó algunas de las letras que aparecían encima de los interruptores

M-T-R SC-N

pero se confundieron en un borrón tan pronto como trató de leer la frase completa. El condicionamiento era demasiado poderoso. Después de que él había atrapado a Zenna en el depósito, ella pudo leer algunos de los rótulos, pero el doctor Francis se la había llevado con tanta presteza que ni siquiera tuvo tiempo de repetirlos. Horas más tarde, cuando Zenna volvió, no recordaba nada.

Como siempre que entraba al depósito, esperó algunos segundos antes de encender la luz, mientras veía frente a él el pequeño disco de luz ardiente, que en sus sueños se expandía hasta llenar su cerebro como mil luces de arco. Parecía interminablemente distante, aunque de algún modo misterioso, potente y magnético, y despertaba adormecidas zonas de su mente, muy próximas a las que respondían a la presencia de su madre.

Cuando el disco comenzó a expandirse, oprimió el interruptor.

Ante su sorpresa, el cuarto siguió sumido en la oscuridad. Manipuló torpemente el interruptor, y un leve grito surgió de sus labios contra su voluntad.

De pronto se encendió la luz.

- Hola, Abel - dijo el doctor Francis con soltura, mientras su mano derecha colocaba la lamparita en su lugar - Ha sido todo un shock.

Se apoyó contra una canasta de metal

- Pensé que podríamos tener una charla sobre tu trabajo de composición.

Extrajo una carpeta de su traje de plástico blanco, en tanto que Abel se sentaba con rigidez. A pesar de su sonrisa insulsa y de sus ojos amistosos, había algo en el doctor Francis que hacía que Abel se pusiera en guardia.

¿Tal vez el doctor Francis también lo sabía?

- La Comunidad Cerrada - leyó el doctor Francis en voz alta -. Es un extraño tema para una composición, Abel.

Abel se encogió de hombros.

- El tema era a elección. ¿Acaso no se espera que elijamos algo inusual?

El doctor Francis hizo una mueca.

- Es una buena respuesta. Pero en serio, Abel, ¿por qué elegiste un tema como éste?

Abel deslizó los dedos sobre los cierres del traje. No tenían ninguna utilidad, pero soplando a través de ellos era posible inflar el traje.

- Bien, es una especie de estudio de la vida en la Estación, de cómo son las relaciones entre nosotros. ¿Sobre qué otra cosa se puede escribir?... No me parece que sea un tema tan extraño.

- Tal vez no lo sea. No hay motivo para que no escribas acerca de la Estación. Los otros cuatro también lo hicieron. Pero titulaste tu trabajo «La Comunidad Cerrada». La Estación no es cerrada Abel... ¿O sí?

- Es cerrada en el sentido de que no podemos ir afuera - explicó Abel con lentitud -. Eso es todo lo que quise decir.

- Afuera - repitió el doctor Francis -. Es un concepto interesante. Debes haber meditado mucho sobre el tema. ¿Cuándo empezaste a pensar de este modo?

- Después del sueño - dijo Abel. El doctor Francis había malentendido deliberadamente su uso de la palabra «afuera», y Abel buscó algún medio de ir al grano. Palpó en su bolsillo la pequeña plomada que siempre llevaba con él.

- Doctor Francis, tal vez pueda explicarme algo. ¿Por qué gira la Estación?

- ¿Gira? - el doctor Francis lo miró, interesado -. ¿Cómo lo sabes?

Abel se estiró y ató la plomada al puntal del techo.

- El espacio entre la bola y la pared es aproximadamente un octavo de pulgada mayor en la base que en la cúspide. La fuerza centrífuga la desvía hacia afuera. He calculado que la Estación gira a alrededor de sesenta centímetros por segundo.

El doctor Francis asintió pensativamente.

- Es casi correcto - dijo con naturalidad. Se puso de pie. Acompáñame a mi oficina. Parece que ha llegado el momento en que tú y yo debemos tener una seria conversación.

La Estación tenía cuatro niveles. Los dos inferiores contenían los alojamientos de la tripulación, dos cubiertas circulares de cabinas que albergaban a las catorce personas a bordo de la Estación. El clan de mayor categoría era el de los Peters, encabezado por el capitán Theodore, un hombre grande y severo, de carácter taciturno, que salía de Control en contadas ocasiones. A Abel jamás se le había permitido entrar allí, pero Matthew, el hijo del capitán, le había descrito a

menudo la silenciosa cabina en forma de cúpula llena de diales luminosos y luces centelleantes, el extraño zumbido musical.

Todos los miembros masculinos del clan Peters trabajaban en Control: el Abuelo Peters, un viejo de cabello blanco y ojos jocosos, había sido capitán antes de que Abel naciera, y junto con la esposa del capitán y Zenna, constituía la élite de la Estación.

Los Granger, sin embargo, el clan al que pertenecía Abel, eran en muchos aspectos más importantes, tal como Abel había empezado a advertir. El funcionamiento cotidiano de la Estación, la minuciosa programación de ejercicios de emergencia, órdenes del día y menús para la proveeduría eran responsabilidad de su padre, Matthias, y sin su mano firme pero flexible los Bakers, que limpiaban las cabinas y estaban a cargo de la proveeduría, no hubieran sabido qué hacer. Y solo gracias a la deliberada confusión de horarios de Recreación que su padre había planeado se reunían los Peters y los Baker, pues de otro modo ambas familias hubieran permanecido indefinidamente en sus cabinas.

Por fin, estaba el doctor. Francis. No pertenecía a ninguno de los tres clanes. A veces Abel se preguntaba de dónde había venido el doctor Francis, pero su mente siempre se obnubilaba ante esta clase de preguntas, pues los bloques de condicionamiento aislaban como muros de contención las etapas de sus ideas (la lógica era una herramienta peligrosa en la Estación). La energía y la vitalidad del doctor Francis, su permanente buen humor -en cierto sentido, era la única persona de la Estación que hacía bromas alguna vez- no condecían con el temperamento de los demás. A pesar de lo mucho que le disgustaba el doctor Francis algunas veces por su costumbre de andar husmeando y por ser un sabelotodo, Abel se daba cuenta de que la vida en la Estación sería espantosa sin él.

El doctor Francis cerró la puerta de su cabina e indicó una silla a Abel. Todos los muebles de la Estación estaban asegurados al piso, pero Abel advirtió que el doctor Francis había desatornillado su silla para poder inclinarla hacia atrás. El enorme cilindro a prueba de vacío del tanque en el que dormía el doctor Francis sobresalía de la pared, con su masiva estructura de metal que podía soportar cualquier accidente que sufriera la Estación. Abel aborrecía la idea de dormir en el cilindro -afortunadamente, todos los alojamientos de la tripulación eran a prueba de accidentes- y se preguntaba por qué motivo el doctor Francis habría elegido dormir solo en la Cubierta A.

- Dime, Abel - comenzó el doctor Francis - ¿se te ha ocurrido preguntarte alguna vez por qué está aquí la Estación?

Abel se encogió de hombros.

- Bien - dijo - está proyectada para mantenernos con vida, es nuestro hogar.

- Sí, es verdad; pero obviamente tiene algún otro propósito además de nuestra supervivencia. En primer lugar, ¿quién crees que la construyó?

- Supongo que nuestros padres, o nuestros abuelos. O sus abuelos.

- Bastante correcto. ¿Y adónde estaban antes de construirla?

Abel luchó con esta reductio ad absurdum.

- No sé - dijo - ¡deben haber estado flotando en el aire!

El doctor Francis unió su risa a la de él.

- Una idea maravillosa. En realidad no está muy lejos de la verdad. Pero no podemos aceptarla así como así.

La serena actitud del doctor Francis le dio una idea.

- ¿Tal vez vinieron de otra Estación? - dijo Abel -. ¿De una Estación aún mayor?

El doctor Francis asintió estimulándolo.

- Brillante, Abel. Una deducción magnífica. Muy bien, supongamos eso: en alguna parte, muy lejos de nosotros, existe una enorme Estación, quizá cien veces más grande que ésta, tal vez mil veces mayor. ¿Por qué no?

- Es posible - admitió Abel, aceptando la idea con sorprendente facilidad.

- Bien. Ahora recuerda tu curso de mecánica avanzada... el imaginario sistema planetario, con cuerpos en órbita, que se mantienen unidos por medio de su mutua atracción gravitacional... ¿lo recuerdas? Bien, supongamos aún más, que ese sistema existe en realidad... ¿está bien?

- ¿Aquí? - dijo Abel con rapidez -. ¿En su cabina? ¿En su cilindro para dormir?

El doctor Francis se recostó en su silla.

- Abel, se te ocurren cosas sorprendentes. Interesante asociación de ideas. No, el sistema es demasiado grande para estar aquí. Trata de imaginarte un sistema planetario girando en una órbita alrededor de un cuerpo central de tamaño absolutamente enorme, cada planeta un millón de veces más grande que la Estación.

Cuando Abel asintió, el doctor prosiguió.

- E imagina que la gran Estación, la que es mil veces más grande que ésta, estuviera unida a uno de esos planetas, y que sus tripulantes decidieron ir a otro planeta. De modo que construyen una Estación más pequeña, del tamaño de la nuestra, y la lanzan a través del espacio. ¿Tiene sentido?

De algún modo muy extraño, los conceptos completamente abstractos le parecían menos irreales que lo que había esperado. En las profundidades de su mente se agitaban desvaídos recuerdos, relacionados con lo que ya había adivinado acerca de la Estación. Miró con fijeza al doctor Francis.

- ¿Está insinuando que eso es lo que está haciendo la Estación? - preguntó -. ¿Qué el sistema planetario existe?

El doctor Francis asintió.

- Casi lo habías adivinado antes de que te lo dijera. Inconscientemente, lo has sabido desde hace años. Dentro de unos minutos voy a quitarte algunos bloques de condicionamiento, y cuando te despiertes, dentro de un par de horas, comprenderás todo. Entonces sabrás que la Estación es en realidad una nave espacial, que vuela desde nuestro hogar, el planeta Tierra, donde nacieron nuestros padres, hacia otro planeta a millones de millas de distancia, en otro sistema orbital. Nuestros abuelos siempre vivieron en la Tierra, y nosotros somos las primeras personas que emprenden un viaje así. Puedes sentirte orgulloso de estar aquí. Tu abuelo, que se ofreció voluntariamente para el viaje, era un gran hombre, y nosotros tenemos que hacer todo lo que podamos para que la Estación siga en marcha.

Abel asintió con rapidez.

- ¿Cuándo llegaremos allí... al planeta hacia el que nos dirigimos?

El doctor Francis se miró las manos y su rostro se ensombreció.

- Jamás llegaremos, Abel. El viaje es demasiado largo. Este es un vehículo espacial multigeneracional: solo nuestros hijos llegarán allí, y para entonces, ya serán viejos. Pero no te preocupes, seguirás pensando en la Estación como en tu único hogar, y es deliberado, para que tú y tus hijos sean felices aquí.

Se dirigió hacia la pantalla del monitor de TV por medio del cual se mantenía en contacto con el Capitán Peters, y sus dedos jugaron con los botones de

los controles. Repentinamente, la pantalla se iluminó y un relámpago de intensos puntos de luz estalló en la cabina, arrojando una brillante fosforescencia sobre las paredes y salpicando las manos y el traje de Abel. Atónito, Abel contempló los enormes globos de fuego, aparentemente petrificados en medio de una gigantesca explosión, suspendidos en el aire y formando vastos dibujos.

- Esta es la esfera celeste - explicó el doctor Francis - el campo estelar donde se mueve la Estación.

Señaló una brillante mancha de luz en la mitad inferior de la pantalla.

- Esto es Alfa del Centauro, la estrella alrededor de la cual gira el planeta en el que la Estación se apoyará algún día.

Se volvió hacia Abel.

- Recuerdas todos estos términos que estoy empleando, ¿no es cierto, Abel? Ninguno te parece extraño.

Abel asintió, y las fuentes de su memoria inconsciente inundaban su mente a medida que el doctor Francis hablaba. La pantalla de TV quedó en blanco para luego revelar otra escena. Aparentemente, contemplaban desde arriba una enorme estructura en forma de trompo, desde cuyo centro sobresalían los flancos de una torre metálica. En el fondo, el campo estelar rotaba lentamente en la misma dirección que las agujas del reloj.

- Esta es la Estación - explicó el doctor Francis - vista desde una cámara montada en el cabezal de proa. Todos los controles visuales deben hacerse en forma indirecta, ya que de otro modo la radiación estelar nos cegaría. Justo debajo de la nave verás una estrella sola, el Sol, de donde partimos cincuenta años atrás. Ahora es apenas visible a causa de la distancia, pero el disco ardiente que ves en tus sueños es un profundo recuerdo heredado de él. Hemos hecho lo posible para borrarlo, pero todos lo vemos a nivel inconsciente.

Accionó el interruptor del aparato y el brillante diseño de luces vaciló y se esfumó.

- La estructura social de la nave es mucho más compleja que la mecánica, Abel. Hace ya tres generaciones que la Estación partió, y los nacimientos, matrimonios y otra vez nacimientos se han sucedido exactamente de acuerdo con lo programado. Como heredero de tu padre, se te demandará mucha paciencia y comprensión. Cualquier desunión provocaría un desastre. Los programas de condicionamiento solo están equipados para darte un esbozo general del curso a seguir. Lo más importante quedará a tu cargo.

- ¿Usted estará siempre aquí?

El doctor Francis se puso de pie.

- No, Abel. Ninguno de nosotros vivirá para siempre. Tu padre morirá, y también el capitán Peters, y yo mismo.

Se dirigió hacia la puerta.

- Ahora iremos a Condicionamiento. Dentro de tres horas, cuando despiertes, descubrirás que eres un hombre nuevo.

De regreso a su cabina, el doctor Francis se reclinó cansadamente contra la mampara, palpando con los dedos los pesados remaches, un poco descascarados en los lugares donde el metal se había oxidado. Fatigado y desalentado, encendió el aparato de TV y contempló con mirada ausente la última escena que le había mostrado a Abel, la vista frontal de la nave. Estaba a punto de seleccionar otro cuadro cuando advirtió una sombra oscura que oscilaba sobre la superficie del casco.

Se inclinó hacia adelante, para examinarla, frunciendo el ceño con fastidio cuando la sombra se alejó

lentamente hasta perderse entre las estrellas. Oprimió otro botón y la pantalla se dividió en un gran tablero de ajedrez, de cinco cuadros de longitud por cinco de ancho. Control aparecía en la hilera superior, la cubierta principal de navegación y pilotaje iluminada por el atenuado resplandor de los paneles de instrumentos; el capitán Peters, impasible, estaba sentado ante la pantalla de navegación.

A continuación, contempló cómo Matthias Granger comenzaba su inspección vespertina de la nave. La mayoría de los tripulantes parecían razonablemente felices, pero sus rostros carecían de vitalidad. Todos pasaban al menos dos o tres horas diaria bajo la luz ultravioleta que inundaba la sala de recreación, pero la palidez persistía, tal vez como manifestación de la convicción inconsciente de que habían nacido, y estaban viviendo, en el lugar que también sería su tumba. Sin las continuas sesiones de condicionamiento y la reanimación hipnótico de las voces subsónicas, ya se habrían convertido en autómatas despojados de voluntad.

Apagando el receptor, el doctor Francis se aprestó a introducirse en su cilindro de dormir, la toma de aire tenía un metro de diámetro, a la altura de la cintura. El obturador temporal estaba en cero, y lo movió hasta que marcó doce horas, ubicándolo de tal modo que solo pudiera abrirse desde adentro. Cerró la toma de aire y gateó sobre el mullido colchón; cerró la puerta de golpe.

Tendido bajo la débil luz amarilla, deslizó los dedos por el enrejado de ventilación de la pared trasera, conectó el enchufe, y lo giró con fuerza. En algún lado, un motor eléctrico zumbó brevemente, la pared terminal del cilindro se abrió con lentitud como la puerta de una cripta, y la brillante luz del día entró a raudales.

Rápidamente, el doctor Francis salió a una pequeña plataforma de metal que sobresalía de la parte superior de una enorme cúpula blanca recubierta de amianto. A quince metros por encima de ella se alzaba el techo de un gran hangar. Un laberinto de caños y cables atravesaba la superficie de la cúpula, entrelazándose como los vasos sanguíneos de un gigantesco ojo congestionado, y una angosta escalera permitía el descenso al piso. La cúpula completa, de unos cuarenta y cinco metros de diámetro, giraba lentamente. Al otro extremo del hangar había cinco camiones detenidos junto a los depósitos, y un hombre de uniforme marrón lo saludó con la mano desde una de las oficinas de paredes de vidrio.

Cuando llegó al pie de la escalera, saltó al piso del hangar, ignorando las miradas curiosas de los soldados que descargaban los camiones. A mitad de camino estiró el cuello para mirar la masa giratoria de la cúpula. Un lienzo negro, perforado, de quince metros cuadrados, que semejaba un fragmento de planetario, colgaba del techo por encima de la cúspide de la cúpula, con una cámara de TV directamente por debajo de él, y una gran esfera de metal a un metro y medio de las lentes. Una de las sogas de sostén se había cortado, y el lienzo estaba ligeramente caído hacia un lado, revelando un pasadizo que corría por el medio del techo.

Le señaló el problema a un sargento de mantenimiento, mientras se entibiaba las manos en una de las salidas de ventilación de la cúpula.

- Tendrá que volver a atar esa cuerda. Algún tonto andaba por el pasadizo, proyectando su sombra directamente sobre el modelo. Lo pude ver con claridad en la pantalla de TV. Afortunadamente, nadie más lo vio.

- Muy bien, doctor, me ocuparé de eso - rió entre dientes, con amargura -. Sin embargo, hubiera sido gracioso. Les hubiéramos dado algo para preocuparse de verdad.

El tono del hombre fastidió a Francis.

- Ya tienen mucho de qué preocuparse, tal como están.

- No lo sé, doctor. Alguna gente de aquí piensa que lo tienen todo servido. Tranquilos y calentitos allí adentro, sin otra cosa que hacer más que sentarse y escuchar los ejercicios hipnóticos -. El hombre paseó una mirada desolada por el aeropuerto abandonado que se extendía hasta la fría tundra que rodeaba el perímetro, y se levantó el cuello.

- Nosotros - dijo - los muchachos de la Madre Tierra somos los que hacemos todo el trabajo. Sí necesita algún otro cadete para el espacio, doctor, no se olvide de mí.

Francis se las arregló para sonreír, y entró en la oficina de control, esquivando a los empleados sentados ante las mesas de caballete, frente a las gráficas de evolución. Cada una de éstas ostentaba el nombre de uno de los pasajeros de la cúpula y un análisis tabulado de su evolución en los tests psicométricos y en los programas de condicionamiento. Otras gráficas consignaban las órdenes del día, que eran copia de las que Matthias Granger había despachado esa mañana.

En la oficina del coronel Chalmers, Francis se sentó con gratitud en el tibio ambiente, describiendo los rasgos sobresalientes de sus observaciones diarias.

- Querría que pudiera entrar ahí y moverse entre ellos, Paul - concluyó -. No es lo mismo que espiarlos a través de las cámaras de TV. Tiene que hablarles, enfrentarse con gente como Granger y Peters.

- Tiene razón, son hombres muy interesantes, como todos los demás. Lástima que estén desperdiciados allí.

- No están desperdiciados - insistió Francis -. Cada dato será inmensamente valioso cuando parta la primera nave.

Ignoró el murmullo de Chalmers: «Si es que parte», y continuó:

- Zenna y Abel me preocupan un poco. Creo que será necesario adelantar la fecha de su matrimonio. Sé que muchos lo desaprobarán, pero la joven está tan madura ahora, a los quince años, como lo estará dentro de cuatro años. Además ejercerá una influencia beneficiosa sobre Abel, le impedirá que piense demasiado.

Chalmers sacudió la cabeza, dudando.

- Parece una buena idea... ¿pero una chica de quince con un muchacho de dieciséis? Provocará una explosión, Roger. Técnicamente, son menores bajo tutela, todas las ligas de la decencia se alzarán en armas.

Francis, fastidiado, hizo una mueca.

- ¿Tienen necesidad de enterarse? Tenemos un verdadero problema con Abel, el muchacho es demasiado inteligente. Casi había deducido por sí solo que la Estación es una nave espacial, simplemente que carecía del vocabulario para describirlo. Ahora que comenzamos a levantar los bloques de condicionamiento, querrá saberlo todo. Será arduo impedir que sospeche que hay gato encerrado, especialmente por la negligencia con que funciona este lugar. ¿Vio la sombra en la pantalla de TV? Fue una condenada suerte que Peters no sufriera un ataque cardíaco.

Chalmers asintió.

- Ya he solucionado eso. Es lógico que se cometan algunos errores, Roger. La tripulación de control que trabaja alrededor de la cúpula tolera este condenado

frío. Trate de recordar que la gente de afuera es tan importante como la que está adentro.

- Por supuesto. El verdadero problema es que el presupuesto está absurdamente descotolizado. Solo lo revisaron una vez en cincuenta años. Tal vez el general Short pueda despertar el interés oficial, consiguiéndonos un nuevo presupuesto. Parece un tipo muy activo.

Chalmers frunció la boca, como si dudara, pero Francis prosiguió:

- No sé si las cintas se habrán desgastado, pero el condicionamiento negativo no funciona tan bien como antes. Probablemente tengamos que corregir los programas. He comenzado por aumentar la graduación para Abel.

- Sí, lo vi en la pantalla de aquí. Los muchachos de control de aquí al lado se fastidieron bastante. Uno o dos de ellos son tan entusiastas como usted, Roger, han estado programando con tres meses de anticipación. Lo que usted hizo significa para ellos que han malgastado su tiempo. Creo que debería consultar conmigo antes de tomar decisiones como ésta. La cúpula no es su laboratorio privado.

Francis aceptó la reprimenda.

- Lo siento - dijo sin convicción - fue una de esas decisiones de emergencia. No podía hacer otra cosa.

Con suavidad, Chalmers reprobó el argumento.

- No estoy tan seguro - dijo -. Creo que exageré bastante el aspecto de la duración del viaje. ¿Por qué se salió de lo programado para decirle que jamás llegará a otro planeta? Eso solo sirve para aumentar su sentimiento de aislamiento, haciéndonos más difíciles las cosas en caso de que decidamos acortar el viaje.

Francis lo miró con sorpresa.

- ¿Pero no hay probabilidades de que eso suceda, verdad?

Chalmers hizo una pausa y quedó pensativo.

- Roger, de verdad le recomiendo que no se comprometa demasiado con el proyecto. Repítase a sí mismo que ellos no viajan a Alfa del Centauro. Están aquí, en la Tierra, y si el gobierno lo dispusiera, los dejarían salir mañana mismo. Sé que la corte tendría que sancionarlo, pero esa es solo una formalidad. Hace cincuenta años que se inició este proyecto y un gran número de personas influyentes sienten que ha seguido adelante durante demasiado tiempo. Más aún desde que los fracasados programas espaciales de las colonias de Marte y de la Luna fueron interrumpidos. Creen que el dinero se malgasta aquí, para que se entretengan algunos psicólogos sádicos.

- Usted sabe que no es cierto - dijo Francis - Puedo haber actuado apresuradamente, pero en general este proyecto ha sido escrupulosamente conducido. Sin exagerar, en caso de que se enviara una nave multigeneracional a Alfa del Centauro, no habría otra cosa que hacer más que duplicar lo que ha ocurrido aquí, hasta el último estornudo. ¡Si la información que hemos obtenido hubiera estado disponible, las colonias de Marte y de la Luna no habrían fracasado jamás!

- Cierto. Pero irrelevante. Usted no comprende: cuando todo el mundo se hallaba ansioso por ir al espacio, estaban preparados para aceptar la idea de que se encerrara a un pequeño grupo en un tanque durante cien años en especial porque la tripulación original se ofreció voluntariamente. Ahora que el interés se ha evaporado, la gente ha comenzado a sentir que hay algo obsceno en este zoológico humano; lo que comenzó como una gran aventura con el espíritu de



Colón, se ha transformado en una espeluznante broma. De algún modo hemos aprendido demasiado: la estratificación social de las tres familias es una clase de información no muy bien recibida, que no favorece en absoluto al proyecto. Tampoco lo favorece la absoluta tranquilidad con que los hemos manipulado, haciéndoles creer todo lo que hemos querido.

Chalmers se inclinó sobre el escritorio.

- Confidencialmente, Roger, el general Short ha tomado el mando solo por una razón: para clausurar este lugar. Puede llevar años, pero le advierto que se hará. Ahora el trabajo será sacar a esa gente de allí, no mantenerlos encerrados.

Francis miró a Chalmers con fijeza, desolado.

- ¿De verdad lo cree?

- Francamente, Roger, sí. Este proyecto no debería haberse puesto en práctica jamás. No se puede manipular a la gente como lo hacemos: los interminables ejercicios hipnóticos, los forzados casamientos entre niños; fíjese en usted: hace cinco minutos pensaba seriamente en casar a dos adolescentes con el solo objeto de impedir que siguieran usando sus cerebros. Todo eso degrada la dignidad humana, todos los tabúes, el creciente grado de introspección, hay veces en que Peters y Granger no hablan con nadie durante dos o tres semanas, el modo en que la vida en la cúpula se ha hecho tolerable, aceptando una situación descabellada como si fuera normal. Creo que la reacción contra el proyecto es saludable.

Francis miró en dirección a la cúpula. Un grupo de hombres cargaba la llamada «comida comprimida» (en realidad, alimentos congelados a los que se le había quitado la etiqueta) en la escotilla de la proveeduría. La mañana siguiente, cuando Baker y su esposa digitaran el menú preestablecido, las provisiones se enviarían con rapidez, aparentemente desde la bodega de carga. Francis sabía que, para alguna gente, el proyecto podía parecer un completo fraude.

- La gente que se ofreció voluntariamente aceptó el sacrificio - dijo suavemente -. ¿Cómo se las va a arreglar Short para que salgan? ¿Abriendo la puerta y silbándoles?

Chalmers sonrió con cansancio.

- Short no es tonto, Roger. Está tan sinceramente preocupado por el bienestar de esa gente como usted mismo. La mitad de la tripulación, en especial los más viejos, se volverían locos en cinco minutos. Pero no se sienta decepcionado, el proyecto ya ha probado su valor.

- No, no hasta que «aterricen». Si el proyecto se interrumpe, el fracaso será nuestro, no de ellos. No podemos racionalizado diciendo que es cruel o desagradable. Se lo debemos a las catorce personas de la cúpula, les debemos que el proyecto siga funcionando.

Chalmers lo miró astutamente.

- ¿Catorce? ¿Usted quiere decir trece, no es verdad, doctor? ¿O usted también está en el interior de la cúpula?

La nave había dejado de rotar. Sentado en Comando ante su escritorio, planeando los ejercicios de simulacro de incendio del día siguiente, Abel advirtió la súbita ausencia de movimiento. Durante toda la mañana, mientras caminaba por la nave - ya no usaba más el término Estación - había advertido una fuerza que lo atraía hacia adentro, como si tuviera una pierna más corta que la otra.

Cuando se lo mencionó a su padre, éste solo le respondió:

- El capitán Peters está a cargo de Control. Deja que él se preocupe de lo concerniente a la navegación.

Esta clase de consejo no significaba nada para Abel. Durante los dos meses anteriores, su mente había atacado vorazmente todo lo que había a su alrededor, explorando y analizando examinando cada faceta de la vida en la Estación. Un enorme vocabulario - antes suprimido - de términos y relaciones abstractas subyacía en latencia debajo de la superficie de su mente, y nada le impediría aplicarlo.

Durante la comida, interrogó sin pausa a Matthew Peters acerca de la ruta de vuelo de la nave, la gran parábola que los llevaría a Alfa del Centauro.

- ¿Qué sucede con las corrientes que se originan dentro de la nave? - preguntó -. La rotación estaba destinada a eliminar los polos magnéticos producidos con la construcción original de la nave, ¿Cómo va a compensar eso?

Matthew, parecía perplejo.

- En realidad, no estoy seguro. Probablemente los instrumentos se compensen en forma automática.

Se encogió de hombros ante la sonrisa escéptica de Abel.

- De todos modos - agregó el capitán - mi padre lo sabrá mejor que yo. No hay duda de que estamos en el curso correcto.

- Eso espero - murmuró Abel para sí. Mientras más interrogaba Abel a Matthew acerca de los procedimientos de navegación que él y su padre llevaban a cabo en Control, más obvio aparecía que su función era realizar verificaciones ordinarias de instrumentos, y que su papel se limitaba a remplazar las luces quemadas de los pilotos. La mayor parte de los instrumentos funcionaban automáticamente, así que el capitán y su padre bien podrían haber estado observando consolas repletas de lana de colchón.

¡Qué gran burla si era cierto!

Sonriendo para sí, Abel advirtió que lo que había pronunciado no era, probablemente, más que la verdad. Era poco probable que la navegación se confiara a la tripulación, ya que el más ínfimo error humano podía hacer que la nave se descontrolara irremisiblemente, lanzándose contra alguna estrella fugaz. Los que planeaban la nave habían sellado los pilotos, poniéndolos fuera del alcance de la tripulación, a la que habían confiado algunas tareas livianas de supervisión que creaban una ilusión de control.

Esa era la verdadera clave de la vida a bordo de la nave. Ninguna de las funciones de los pasajeros tenía la jerarquía que aparentaba tener. La programación de cada día, de cada minuto, que él y su padre llevaban a cabo era meramente una serie de variaciones de un esquema preestablecido; las permutaciones posibles eran infinitas, pero el hecho de que pudiera enviar a Matthew Peters a la comisaría a las 12 en vez de a las 12:30, no le confería ningún poder real sobre la vida de Matthew. Los programas maestros impresos por las computadoras seleccionaban los menús del día, los ejercicios de seguridad y los períodos de recreación, y una lista de nombres para elegir, pero el pequeño margen de elección permitido, los dos o tres nombres extra, eran solo en caso de enfermedad, no para ofrecer a Abel ningún tipo de libertad de elección.

Algún día, se había prometido Abel, se programaría a sí mismo para revertir las sesiones de condicionamiento. Astutamente, adivinó que el condicionamiento aún bloqueaba mucho material interesante, que la mitad de su mente seguía sumergida. Algo de lo que sucedía en la nave le sugería que...

- Hola, Abel, parece estar muy abstraído - el doctor Francis se sentó a su lado - ¿Qué te preocupa?

- Solo estaba calculando algo - explicó Abel con rapidez -. Dígame, suponiendo que cada miembro de la tripulación consume alrededor de un kilo y medio de alimentos diarios, es decir aproximadamente media tonelada por año, el peso total de la carga debería ser de unas 800 toneladas, sin contar los suministros para después del aterrizaje. Debería haber alrededor de 1.500 toneladas a bordo. Un peso considerable.

- No en términos absolutos, Abel. La Estación es solo una pequeña fracción de la nave. Los reactores principales, los depósitos de combustible y las bodegas pesan en conjunto más de 30.000 toneladas. Ellos producen la atracción gravitacional que te sujeta al suelo.

Abel sacudió lentamente la cabeza.

- Difícilmente, doctor. La atracción debe provenir de los campos gravitacionales estelares, o el peso de la nave debería ser de alrededor de  $6 \times 10^{20}$  toneladas.

El doctor Francis miró pensativamente a Abel, consciente de que el joven le había tendido una trampa muy simple. La cifra que había citado era casi la masa de la Tierra.

- Son problemas muy complejos, Abel. Yo no me preocuparía demasiado por la mecánica estelar. Es responsabilidad del capitán Peters.

- No intento usurpársela - le aseguró Abel - sino simplemente extender mis conocimientos. ¿No cree que valdría la pena apartarse un poco de las reglas? Por ejemplo, sería interesante comprobar los efectos del aislamiento continuo. Podríamos seleccionar un grupo pequeño, someterlo a estímulos artificiales, incluso encerrarlos aparte del resto de la tripulación y condicionarlos para que crean que están de regreso en la Tierra. Podría ser un experimento realmente valioso, doctor.

Mientras esperaba en la sala de conferencias que el general Short concluyera su discurso de apertura, Francis se repitió la última oración, preguntándose ociosamente qué hubiera pensado Abel, con su ilimitado entusiasmo, del círculo de rostros derrotados que rodeaba la mesa.

«...lamento tanto como ustedes, caballeros, la necesidad de interrumpir el proyecto. Sin embargo, ahora que la decisión proviene del Departamento Espacial, es nuestro deber implementarla. Por supuesto, la tarea no será fácil. Lo que necesitamos es un lento repliegue, una readaptación gradual de la tripulación que los hará descender a la Tierra con tanta suavidad como un paracaídas»

El general era un hombre brusco, de rostro agudo, de alrededor de cincuenta años, con una espalda poderosa pero ojos sensibles. Se volvió hacia el doctor Kersh, responsable de los controles dietéticos y biétricos a bordo de la cúpula.

- Por lo que me dice, doctor, es probable que no tengamos tanto tiempo como desearíamos. El joven Abel parece ser un problema serio.

Kersh sonrió.

- Estaba observando la comisaría cuando oí sin querer que Abel le decía al doctor Francis que le agradecería hacer un experimento con un pequeño grupo de tripulantes. Un ejercicio de aislamiento, créase o no. Ha calculado que los dos tripulantes de proa podrían estar aislados durante dos años o más antes de que sea necesario reabastecerlos.

El capitán Sanger, a cargo del control técnico, añadió:

- También ha estado tratando de evitar sus sesiones de condicionamiento. Ha usado unos tapones de algodón debajo de los audífonos, perdiendo así el noventa por ciento de la voz subsónica. Lo advertimos cuando registramos la cinta de su electrocardiograma, y vimos que no había ondas alfa. Primero pensamos que el cable se habría cortado, pero cuando hicimos una verificación visual en la pantalla, vimos que tenía los ojos abiertos. No estaba escuchando.

Francis tamborileó sobre la mesa.

- No tiene importancia - dijo -. Era una secuencia de instrucción matemática, el sistema antilogarítmico de cuatro cifras.

- Me alegra que lo haya perdido - dijo Kersh con una carcajada -. Tarde o temprano averiguará que la cúpula viaja en una órbita elíptica a 93 millones de millas de una estrella enana de la clase espectral G.

- ¿Qué hace usted ante este intento de evadir el condicionamiento, doctor Francis? - preguntó Short.

Cuando Francis se encogió de hombros vagamente, Short agregó:

- Creo que debernos considerar el asunto con mayor seriedad. De ahora en adelante, nos atenderemos a lo programado.

- Abel retomará el condicionamiento - dijo Francis sin entusiasmo -. No hay necesidad de hacer nada. Sin un contacto diario y regular, pronto se sentirá perdido. La voz subsónica está compuesta por los tonos vocales de su madre; cuando no la escuche más, se sentirá desorientado, completamente abandonado.

Short asintió con lentitud.

- Bien, esperemos que así sea.

Se dirigió al doctor Kersh.

- En términos generales, doctor, ¿en cuánto tiempo calcula que podremos traerlos de regreso? Considerando que deberá darles completa libertad, y que todas las cadenas periodísticas y televisivas los entrevistarán cien veces.

Kersh eligió con cuidado sus palabras.

- Obviamente, será una cuestión de años, general. Todos los ejercicios de condicionamiento deberán revertirse en forma gradual, tal vez tengamos que introducir una colisión con un meteoro para suplir alguna deficiencia... yo diría que de tres a cinco años. Tal vez más.

- Muy bien. ¿Y cuál es su cálculo, doctor Francis?

Francis jugó nerviosamente con su secante, tratando de considerar la pregunta con seriedad.

- No tengo idea. Traerlos de regreso. ¿Qué quiere decir, general? ¿Traer de regreso qué? Irritado, espetó:

- Cien años.

Las risas invadieron la mesa, y Short le sonrió amistosamente.

- Eso sería el doble del proyecto original, doctor. Su trabajo allí no debe haber sido muy bueno.

Francis sacudió negativamente la cabeza.

- Está equivocado, general. El proyecto original era que llegaran a Alfa del Centauro. No se dijo nada de traerlos de regreso.

Cuando las risas se dispararon, Francis se maldijo por su torpeza: fastidiando al general no ayudaría a la tripulación de la cúpula.

Pero Short parecía impasible.

- Muy bien - dijo - es obvio que llevará algún tiempo.

Y echando una mirada a Francis, añadió mordazmente.

- Debemos pensar en los hombres y mujeres de la nave, no en nosotros; si necesitamos cien años, esperaremos cien años, ni uno menos. Tal vez les interese saber que el Departamento Espacial cree que serán necesarios quince años. Como mínimo.

Hubo un revuelo de interés alrededor de la mesa. Francis miró a Short con sorpresa. Muchas cosas podían suceder en quince años, incluso la opinión pública podía volver a favorecer los viajes espaciales.

- El Departamento recomienda que continuemos con el proyecto como antes, con cualquier disminución presupuestaria que podamos hacer, detener la cúpula es solo el comienzo y que condicionemos a la tripulación para que crean que han comenzado el regreso, que su misión ha sido meramente de reconocimiento, y que traen información vital de regreso a la Tierra. Cuando desciendan de la nave, se los tratará como héroes, y aceptarán la extrañeza del mundo que los rodea.

Short paseó se mirada alrededor de la mesa, esperando que alguien respondiera. Kersh se miraba las manos con expresión dudosa, y Sanger y Chalmers jugaban mecánicamente con sus secantes.

Cuando Short estaba a punto de proseguir, Francis se rehizo, advirtiéndole que se enfrentaba con su última oportunidad de salvar el proyecto. Aunque los demás no estaban de acuerdo con Short, nadie intentaría discutir con él.

- Mucho me temo que eso no servirá, general - dijo Francis - aunque de todos modos aprecio la previsión del Departamento y su comprensivo punto de vista. El plan que usted ha delineado parece plausible, pero no funcionará.

Francis se inclinó hacia adelante, y prosiguió, con voz precisa y controlada.

- General, esta gente ha sido entrenada desde la infancia para aceptar la idea de que formaban un grupo cerrado, y que jamás tendrían contacto con ninguna otra persona. A nivel inconsciente, a nivel de sus sistemas nerviosos funcionales, no existe nadie más en el mundo; para ellos, la base sistémica de la realidad es el aislamiento. Jamás conseguirá entrenarlos para que inviertan todo su universo, tal como jamás conseguirá enseñarle a volar a un pez. Si usted trata de interferir con los esquemas de sus psiquis, producirá la misma clase de bloqueo mental absoluto que se aprecia al tratar de enseñarle a un zurdo a usar su mano derecha.

Francis echó una mirada al doctor Kersh, que asentía.

- Créame, general, contrariamente a lo que usted y el Departamento Espacial suponen, la gente de la cúpula no quiere salir. Si les dieran a elegir, preferirían quedarse allí, del mismo modo que un pececito prefiere quedarse en la pecera.

Short hizo una pausa antes de replicar, evidentemente para evaluar a Francis.

- Tal vez esté en lo cierto, doctor - admitió -. ¿Pero a qué nos conduce eso? Tenemos solo quince años, tal vez veinticinco.

- Hay una única posibilidad - explicó Francis deje que el proyecto continúe, exactamente como antes, pero con una diferencia: impídales que se casen y tengan hijos. Dentro de veinticinco años, solo quedará con vida la actual generación joven, y en cinco años más todos estarán muertos. El promedio de vida en la cúpula es apenas superior a los 45 años. A los 30, Abel será probablemente un viejo. Cuando comiencen a morir, nadie se preocupará ya por ellos.

Hubo más de medio minuto de silencio, y luego Kersh habló.

- Es la mejor sugerencia, general - dijo -. Es humanitaria, y al mismo tiempo satisface el proyecto original y las órdenes del Departamento. La ausencia de niños sería solo una ligera desviación del condicionamiento. El aislamiento básico

del grupo se intensificaría, en vez de disminuir, así como la conciencia de que ellos jamás llegarán a ver el descenso en otro planeta. Si eliminamos los ejercicios pedagógicos y le restamos importancia al vuelo espacial, pronto se transformarán en una pequeña comunidad cerrada, no muy diferente de cualquier otro grupo aislado en vías de extinguirse.

- Otra cosa, general - interrumpió Chalmers -. Sería mucho más sencillo, y también más barato, si pudiéramos ir clausurando progresivamente la nave a medida que murieran los tripulantes, hasta que finalmente, no quedara más que una cubierta habilitada, incluso unas pocas cabinas.

Short se puso de pie y caminó hasta la ventana, mirando a través de los vidrios cargados de escarcha, en dirección a la gran cúpula en el interior del hangar.

- Suenan como una perspectiva terrible - comentó - Completamente descabellada. Aunque como dicen, puede ser la única salida.

Moviéndose sigilosamente entre los caminos estacionados en el hangar en sombras, Francis se detuvo un momento para mirar las ventanas iluminadas de las oficinas de control, donde dos o tres miembros del personal nocturno vigilaban la hilera de pantallas de TV, ellos también semidormidos mientras observaban a los dormidos ocupantes de la cúpula.

Francis salió de las sombras y corrió hacia la cúpula, subiendo la escalera que conducía al punto de acceso, nueve metros más arriba. Abriendo la escotilla exterior, entró gateando y la cerró a sus espaldas, luego destrabó la cerradura del acceso interno y salió del cilindro de dormir para emerger en su cabina silenciosa.

Una sola luz amortiguada brilló en la pantalla del monitor de TV cuando reveló a los tres empleados de la oficina de control, reclinados en medio de una bruma de humo de cigarrillos a dos metros de la cámara.

Francis aumentó el volumen del intercomunicador, luego lo golpeó fuertemente con los nudillos.

Con la chaqueta desabotonada, los ojos aún nublados por el sueño, el coronel Chalmers se inclinó hacia adelante en la pantalla, con sus asistentes detrás de él.

- Créame, Roger, no está probando nada. El general Short y el Departamento no reconsiderarán su decisión, en especial ahora que se ha sancionado una ley especial de autorización.

Como Francis lo miró escépticamente, añadió:

- Lo único que conseguiré será ponerlos en peligro.

- Me arriesgaré - dijo Francis -. Demasiados convenios se han roto en el pasado. Aquí podré vigilar las cosas de cerca.

Trató que su voz sonara fría y desapasionada; las cámaras estarían registrando la escena y era importante producir una impresión adecuada. El general Short sería el más interesado en evitar el escándalo. Si decidía que no era probable que Francis saboteara el proyecto, tal vez lo dejara permanecer en la cúpula.

Chalmers buscó una silla; y en su rostro había una expresión grave.

- Roger, tómese un poco de tiempo para reconsiderarlo todo. Tal vez usted sea un elemento más discordante de lo que se imagina. Recuerde, nada sería más fácil que sacarlo de allí: un niño podría abrirse paso a través del casco oxidado con un abrelatas romo.

- No lo intente - le advirtió Francis con tranquilidad -. Voy a trasladarme a la Cubierta C, así que si vienen a buscarme, todos lo sabrán. Créame, no trataré de interferir con los planes de clausura. Y no programaré ningún matrimonio entre

adolescentes. Pero creo que la gente de aquí me necesitará por más de ocho horas diarias.

- ¡Francis! - dijo Chalmers -. ¡Una vez que entre no volverá a salir jamás! ¿No se da cuenta de que se está enterrando en una situación totalmente irreal? Se está encerrando deliberadamente en una pesadilla, lanzándose en un viaje sin retorno a ninguna parte.

Secamente, antes de apagar por última vez el aparato, Francis replicó:

- A ninguna parte no, coronel: a Alfa del Centauro.

Sentándose en la estrecha litera de su cabina con un sentimiento de agradecimiento, Francis descansó un momento antes de encaminarse a la comisaría. Durante todo el día había estado cifrando las cintas perforadas de la computadora para Abel, y los ojos le ardían por el esfuerzo que significaba haber estampado manualmente cada una de las miles de perforaciones. Durante ocho horas había estado sentado sin interrupción en la pequeña celda de aislamiento, con electrodos sujetos a su pecho, codos y rodillas, mientras Abel medía sus ritmos respiratorio y cardíaco.

Los tests no guardaban ninguna relación con los programas diarios que ahora Abel hacía para su padre, y a Francis le estaba resultando difícil conservar la paciencia. Inicialmente, Abel había comprobado su habilidad para seguir un conjunto de instrucciones prescritas, produciendo una función exponencial infinita, luego una representación digital de pi elevado a miles de potencias, por fin, Abel lo había persuadido de que cooperara en un test más difícil: la tarea de producir una secuencia totalmente arbitraria. Cada vez que repetía en forma inconsciente una progresión simple, como sucedía cuando estaba fatigado o aburrido, o un posible fragmento de una progresión mayor, la computadora que controlaba sus progresos hacía sonar una alarma en el escritorio y él debía recomenzar. Después de unas pocas horas, el zumbador roncaba cada diez segundos, mordiéndolo como un insecto malhumorado. Finalmente, Francis había tropezado hasta la puerta, enredándose con los cables de los electrodos, para descubrir con fastidio que la puerta estaba cerrada con llave (ostensiblemente, para prevenir una interrupción de las patrullas contra incendios). Luego, a través de la pequeña tronera, vio que la computadora del cubículo exterior funcionaba sin que nadie la controlara.

Pero cuando los violentos golpes de Francis alertaron a Abel, que se hallaba en el otro extremo del laboratorio continuo, el muchacho se había mostrado irritable con el doctor por querer interrumpir el experimento.

- Maldición, Abel, hace ya tres semanas que estoy perforando estas cosas.

Hizo un gesto de dolor cuando Abel lo desconectó, arrancando bruscamente las cintas adhesivas.

- Tratar de producir secuencias arbitrarias no es nada sencillo; mi sentido de la realidad comienza a evaporarse. (A veces se preguntaba si Abel no esperaría secretamente que esto sucediera). Creo que me merezco tu agradecimiento.

- Pero, doctor, habíamos convenido que la prueba duraría tres días - señaló Abel -. Sólo después de ese plazo empiezan a aparecer los resultados valiosos. Lo más interesante son los errores que usted comete. El experimento ya no tiene sentido.

- Bien, probablemente jamás lo haya tenido. Algunos matemáticos sostenían que es imposible definir una secuencia arbitraria.

- Pero podemos suponer que sí es posible - insistió Abel -. Solo estaba permitiéndosela que practicara antes de que empezáramos con los números trasfinitos.

En este punto Francis se rebeló.

- Lo siento, Abel. Tal vez ya no esté en las mismas condiciones que antes. Y de todos modos, tengo otros deberes que cumplir.

- Pero no le llevan mucho tiempo, doctor. Realmente, ahora no tiene nada que hacer.

Tenía razón, y Francis se vio forzado a admitirlo. En el año que había pasado en la cúpula, Abel había simplificado notablemente la rutina diaria, suministrando a Francis y a sí mismo un exceso de tiempo libre, en particular porque el doctor jamás iba a condicionamiento. (Francis temía a las voces subsónicas. Chalmers y Short intentarían sacarlo sutilmente, tal vez demasiado sutilmente).

La vida a bordo había sido para él una carga mayor que lo que había previsto. Encadenado a las rutinas de la nave, limitado en sus recreaciones y con escasos pasatiempos -no había libros a bordo- le resultaba cada vez más difícil conservar su antiguo buen humor, comenzaba a hundirse en el mortífero letargo que había invadido a la mayor parte de los miembros de la tripulación. Matthias Granger se había retirado a su cabina, satisfecho de dejar la programación en manos de Abel, y pasaba el tiempo jugando con un reloj descompuesto, en tanto que los dos Peters apenas si salían de Control. Las tres esposas eran completamente inertes, y se sentían satisfechas de tejer y murmurar acerca de las otras. Los días pasaban imperceptiblemente. A veces, Francis se decía a sí mismo con ironía que casi creía estar en camino hacia Alfa del Centauro. ¡Esa sí que hubiera sido una broma para el general Short!

A las 6:30, cuando fue a la comisaría para su comida vespertina, descubrió que había llegado con quince minutos de retraso.

- Esta tarde cambió el horario de su comida - le dijo Baker, cerrando la escotilla -. No tengo nada preparado para usted.

Francis comenzó a protestar, pero el hombre no cedió.

- No puedo alterar los horarios de la nave solo porque usted no miré las Ordenes de Rutina, ¿no es cierto, doctor?

Cuando salía, Francis se encontró con Abel, y trató de convencerlo de que diera una contraorden.

- Podrías haberme avisado, Abel. Maldición, he estado toda la tarde metido en tu equipo de experimentos.

- Pero usted volvió a su cabina, doctor - señaló suavemente Abel -. Para llegar allí desde el laboratorio, tiene que haber pasado frente a tres avisos de OER. Recuerde que debe mirarlos siempre. En cualquier instante se pueden producir cambios de último momento. Mucho me temo que ahora deberá esperar hasta las 10:30.

Francis regresó a su cabina, sospechando que el súbito cambio no había sido más que una venganza de Abel por haber interrumpido el experimento. Tendría que mostrarse más conciliador con Abel, el joven podría convertir su vida en un infierno, matarlo literalmente de hambre. Ahora era imposible escapar de la cúpula: había una sentencia de 20 años de prisión para todo el que entrara sin autorización en la nave simulada.

Después de descansar alrededor de una hora, salió a las 8 de su cabina para cumplir con sus verificaciones habituales de los obturadores de presión ubicados junto a la Pantalla de Meteoros de la Cubierta B. Siempre fingía leerlos,



disfrutando de la sensación de participar en un viaje espacial que este ejercicio le producía, aceptando deliberadamente la ilusión.

Los obturadores estaban montados en el punto de control situado a un intervalo de diez metros del comienzo del corredor perimetral, un angosto pasadizo que rodeaba al corredor principal. Solo allí, escuchando el sonido breve y zumbante de los servomecanismos, se sintió en paz dentro del vehículo espacial. «La Tierra misma está en órbita alrededor del Sol», meditó mientras verificaba los obturadores, «y todo el Sistema Solar se mueve a 40 millas por segundo en dirección a la constelación de Lyra. El grado de ilusión existente es una compleja cuestión.»

Algo interrumpió su ensoñación.

El indicador de presión oscilaba ligeramente. La aguja se movía entre 0,001 y 0,0015 psi. La presión interior de la bóveda era ligeramente superior a la atmosférica, con el objeto de que el polvo pudiera ser expelido a través de grietas refractarias (aunque el objeto principal de los obturadores de presión era poner a la tripulación a buen recaudo en los cilindros de emergencia a prueba de vacío en caso que la cúpula fuera dañada y se necesitara realizar reparaciones desde el interior).

Por un momento Francis sintió pánico, y se pregunta si finalmente Short habría decidido venir a buscarlo: la lectura que había hecho indicaba que, por insignificante que fuera, se había abierto un brecha en el casco. Luego el indicador volvió a cero, y se oyeron pasos que resonaban en el corredor radial, acercándose en ángulo recto más allá de la siguiente mampara.

Rápidamente, Francis se ocultó en las sombras. Antes de morir, el viejo Peters había pasado mucho tiempo vagando misteriosamente por ese corredor, tal vez ocultando algunos víveres detrás de los paneles oxidados.

Se inclinó hacia adelante cuando los pasos cruzaron el corredor.

¿Abel?

Miró cómo el joven desaparecía al bajar una escalera, luego se internó en el corredor radial, palpando el revestimiento gris, en busca de algún panel retráctil. Inmediatamente contigua a la pared terminal del corredor, contra la pared exterior de la cúpula, había una pequeña cabina de control de incendios.

Había un mechón de fibras blanco-pizarra en el piso de la cabina.

¡Fibras de amianto!

Francis entró a la cabina, y en unos pocos segundos localizó un panel flojo que había perdido sus oxidados remaches. Era un rectángulo de veinticinco centímetros por quince, y se deslizó con facilidad. Más allá estaba la pared exterior de la cúpula, al alcance de la mano. Allí también había una plancha floja, mantenida en posición por un tosco gancho.

Francis vaciló, luego levantó el gancho y retiró el panel.

¡Estaba mirando directamente hacia el hangar!

Abajo, una hilera de camiones estaba descargando suministros sobre el piso de cemento a la luz de un par de reflectores, un sargento gritaba órdenes al escuadrón de trabajo. A la derecha estaban las oficinas de control, Chalmers cumplía en su oficina el turno de la noche.

El agujero estaba directamente por debajo de la escalera, y los sobresalientes peldaños metálicos lo ocultaban de los hombres del hangar. Las fibras de amianto habían sido deshilachadas cuidadosamente para que ocultaran el panel retráctil. El gancho de alambre estaba tan oxidado como el resto del casco, por lo que

Francis calculó que la ventana habría estado en uso durante más de treinta o cuarenta años.

De modo que era prácticamente seguro que el viejo Peters había mirado regularmente a través de la ventana, y sabía a la perfección que la nave espacial era un mito. No obstante, había permanecido a bordo, advirtiendo tal vez que la verdad destruiría a los demás, o había preferido ser capitán de una nave artificial antes que exponerse como una curiosidad en el mundo exterior.

Presumiblemente, había transmitido el secreto. No a su taciturno y desolado hijo, sino a la única otra mente ágil, a la que guardaría el secreto y lo aprovecharía al máximo. Por sus propios motivos, él también había decidido permanecer en la cúpula, advirtiendo que pronto sería el único capitán real, y que estaría libre para proseguir sus experimentos de psicología aplicada. Incluso era probable que no hubiera percibido que Francis no era un verdadero miembro de la tripulación. Su confiado manejo de los programas, su pérdida de interés por los procedimientos de control, su despreocupación acerca de los dispositivos de seguridad, todo señalaba algo...

¡Abel sabía!

**FIN**

## José María Aroca - TRAIADOR

Le cogieron en París.

Los seres misteriosos habían desaparecido. Pero unas cuantas chozas de brillante metal en la tundra siberiana daban mudo testimonio de que no había sido una pesadilla.

En realidad, podía haber sido una pesadilla. Una pesadilla durante la cual la Tierra había permanecido indefensa, incapaz de resistir o de huir, mientras las extrañas formas aleteaban sobre sus verdes campos y sus hermosas ciudades. Y el despertar no había aportado la convicción de que todo había sido un mal sueño. No, había sido una espantosa realidad. Y los terrestres no habían sido capaces de resistir a los seres misteriosos, del mismo modo que un chiquillo no es capaz de matar al ogro de su cuento favorito.

Un curioso parangón, porque lo que finalmente había salvado a la Tierra había sido un cuento infantil. Una fábula.

La antigua fábula del león y el ratón. Cuando el león hubo agotado su orgullosa ciencia contra los invencibles e inmortales invasores de la Tierra, el ratón atacó y los venció.

El ratón, en este caso, fueron los microbios, una de las formas de vida más diminutas: como en el cuento de Wells, los seres misteriosos no estaban inmunizados contra las infecciones bacterianas. Sus monstruosos cuerpos fueron fácil presa de las enfermedades que sus poderosas inteligencias desconocían, y los pocos que sobrevivieron emprendieron una precipitada fuga en su ingenio espacial y desaparecieron definitivamente.

Si el traidor hubiera sabido el efecto que las bacterias iban a tener sobre ellos, les hubiera advertido, desde luego. Les habría informado de todo lo demás, cuando le recogieron en una calle de una gran ciudad como ejemplar de ser humano destinado a la experimentación. Una medida imprescindible antes de efectuar la gran invasión.

Habían escogido bien. A cambio de la recompensa que le ofrecieron, el traidor estaba dispuesto a vender a toda la raza humana. No era un hombre culto, pero era inteligente. Y les dijo todo lo que querían saber acerca de la probable reacción de la humanidad ante una situación con la cual no se había enfrentado nunca. Les dijo todo lo que sabía, sin que tuvieran que presionarle lo más mínimo. Por la recompensa que le habían ofrecido, hubiera sido capaz de cualquier traición.

Le cogieron en París. La multitud lo arrancó de manos de la policía, que no puso demasiado entusiasmo en impedirlo: su traición era del dominio público.

Cuando la multitud hubo saciado un poco su furor y el traidor había perdido la mayor parte de sus vestidos y el dedo pulgar de la mano derecha, le arrojaron al Sena y le mantuvieron debajo de las aguas grises con unas largas pértigas, como si fuera un venenoso reptil.

El traidor se tumbó tranquilamente sobre el lecho del río y sonrió con malignidad mientras un centenar de miles de personas se retorcían en la agonía de la muerte. Luego, el traidor ascendió a la superficie y echó a andar por las desiertas calles de París hasta que llegó al edificio de las Naciones Unidas. Allí se dio a conocer a un teniente de los servicios de vigilancia, diciéndole que había ido a entregarse voluntariamente y que estaba dispuesto a someterse a juicio en cualquier lugar del mundo que desearan.

Sonreía, convencido de su superioridad, de la eficacia de los poderes ultraterrenos que le habían conferido los seres misteriosos. El aparato de seguridad de las Naciones Unidas se hizo cargo de él.

El juicio fue una farsa legal. El acusado se reconoció culpable de haber traicionado al género humano, pero no permitió que le interrogaran. Cuando un abogado insistió, ante sus amables negativas, cayó repentinamente al suelo como herido por un rayo, muerto.

A continuación, el traidor se dirigió al Presidente del Tribunal y le dijo que estaba dispuesto a aceptar cualquier condena que le impusieran, excepto la de muerte. No podían matarle, explicó. Aquello era una parte de la recompensa que los seres misteriosos le habían concedido. La otra parte era él quien podía matar o inmovilizar a cualquier persona desde cualquier distancia.

Cuando terminó de hablar y volvió a sentarse, era evidente que el traidor se sentía muy satisfecho de sí mismo.

Uno de los abogados se puso en pie y se encaró con él.

Si lo que acababa de decir era cierto, preguntó, ¿por qué no habían utilizado aquel poder los seres misteriosos? ¿Por qué no habían matado a todos los habitantes de la Tierra para ocupar después el planeta vacío?

El traidor contempló sus dedos y se encogió de hombros. El dedo pulgar que le había sido arrancado por la furiosa multitud unos días antes empezaba a crecer de nuevo.

- Necesitaban esclavos - respondió.

- ¿Y al final, cuando algunos de ellos estaban todavía sanos?

El traidor miró fijamente al abogado, el cual se sentó bruscamente, dando por terminado su interrogatorio. Pero el hombre que había traicionado a su propia raza sonrió y le permitió seguir viviendo.

Incluso terminó la pregunta por él, y la contestó.

- ¿Por qué no mataron entonces? Tenían otra cosa en el cerebro: ¡bacterias!

Y el traidor rió estruendosamente su macabro chiste.

Los azules ojos del abogado se clavaron en su rostro y el traidor dejó de reír. Casi afablemente, dijo:

- Es una verdadera lástima que yo no sea uno de aquellos seres misteriosos. ¡Las bacterias me hubieran destruido!

Y se echó a reír de nuevo, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

El Presidente del Tribunal aplazó entonces la sesión, y el traidor fue conducido de nuevo a su confortable prisión, por un grupo de aterrorizados policías.

Aquella noche, el abogado no durmió. Permaneció horas enteras sentado en una butaca, contemplando las blancas paredes de su despacho. Se alegraba de que los seres misteriosos no le hubieran concedido también al traidor el don de la telepatía.

Había descubierto su talón de Aquiles.

Las parálisis, las muertes a distancia, eran actos de una voluntad consciente. El mismo había admitido que si su cerebro era destruido, sus poderes quedarían también destruidos. Los seres misteriosos no habían pensado en vengarse, porque sus mentes estaban enteramente ocupadas en la tarea de salvarse a sí mismos.

Pero el abogado se daba cuenta de lo inútil de su descubrimiento. No había medio de atacar el cerebro del traidor sin que él lo supiera.

Posiblemente podían anular su conciencia drogándole, o propinándole un fuerte golpe en la cabeza, pero el intentarlo equivaldría a un suicidio colectivo. Al

traidor le bastaría una fracción de segundo para matar a todos los seres humanos. No iba a permitir que le operasen el cerebro, convirtiéndole en un idiota para el resto de su vida. Para siempre, rectificó inmediatamente. Pero luego pensó en aquel pulgar que volvía a crecer después de haber sido arrancado... No, extirparle el cerebro no serviría de nada, puesto que volvería a crecerle.

Era inútil seguir pensando en el asunto. No podían hacer absolutamente nada contra su invencibilidad. Aunque...

El abogado consultó su reloj. Eran las cuatro de la mañana. Se puso en pie y se dirigió a la cocina; salió casi inmediatamente, y a continuación se encaminó, a través de las calles silenciosas, hacia el hotel donde se hospedaba el traidor en calidad de prisionero. Al llegar allí, tomó el ascensor hasta el sexto piso.

Dos soñolientos policías se pusieron en pie de un salto al verle llegar. El abogado se llevó un dedo a los labios, recomendándoles silencio, y empujó la puerta de la habitación, que no estaba cerrada. Entró de puntillas, y se acercó a la cama donde reposaba el hombre que era invencible e inmortal... y humano. Humano, y sujeto a la involuntario inconsciencia que la naturaleza exige a todos los hombres.

El traidor estaba durmiendo.

El abogado sacó de su bolsillo una larga aguja de acero, que utilizaba normalmente para pinchar la carne en la cocina de su casa. Sin que le temblara el pulso, la hundió en uno de los cerrados ojos del traidor y la hizo girar una y otra vez, hasta que el cerebro del durmiente quedó convertido en una informe pulpa.

El juicio continuó celebrándose normalmente. El acusado había perdido su aire insolente. Ahora miraba enfrente de él con una expresión vacua, y todos sus movimientos tenían que ser dirigidos. Pero estaba vivo, y su dedo pulgar había vuelto a adquirir su tamaño normal.

El abogado tuvo en cuenta el detalle y no dejó de señalarlo al Tribunal. El dedo pulgar se había regenerado por completo en el período de seis semanas: tenían que partir de la base de que su cerebro se regeneraría en un plazo de seis semanas.

Los jueces deliberaron por espacio de cuatro días. El problema era muy peliagudo, ya que la inmortalidad al servicio del mal estaba más allá de toda posible solución humana. No se trataba de imponer una pena justa a un delincuente: se trataba de proteger a la raza humana de un aniquilamiento repentino. Un problema insoluble... pero que tenía que ser resuelto. El hecho de que el juicio se celebrara en Francia facilitó la solución.

El traidor fue condenado a prisión perpetua - nunca mejor aplicado el término -, pero la sentencia contenía una cláusula especial.

Mientras viviera, el condenado sería guillotinado una vez al mes.

**FIN**

## Angélica Gorodischer - TRAFALGAR Y JOSEFINA

*a la memoria de mis tías Paula, Rosario, Elisa y Carmencita.  
a mis tías Laura, Manena, Virginia y Pilar.*

Vino mi tía Josefina a visitarme. El que no conoce a mi tía Josefina no sabe lo que se pierde, como dice Trafalgar Medrano. Trafalgar dice también que es una de las mujeres más bellas y encantadoras que ha conocido y que si él hubiera nacido en 1893 no se hubiera casado con ella por nada del mundo. Entró, mi tía, recorrió la casa y preguntó por los chicos, quiso saber si alguna vez me iba a decidir a mudarme a un departamento en el centro, y cuando le dije que no, que nunca, dudó entre dejar o no el saco por allí y decidió llevarlo porque quizás en el jardín más tarde corriera un poco de viento. Ochenta y cuatro años tiene; el pelo ondulado color acero, unos ojos castaños incansables y brillantes como dicen que fueron los de mi bisabuela criolla, y una figura envidiable: si quisiera, si llegara a admitir que esas cosas burdas y desagradables merecen usarse como prendas de vestir, podría ponerse los jeans de Cecilia. Dijo que el jardín estaba precioso y que iba a quedar mucho mejor cuando hiciéramos podar los fresnos y que el té estaba riquísimo y que le encantaban los scones pero que quedaban mejor con un solo huevo.

- Tomé un té muy bueno el otro día. Sí, voy a tomar un poco más pero media taza, está bien, no te entusiasmes. ¿No estará demasiado cargado? Una gotita apenas, de leche. Eso es. Y me sirvieron unas tostadas muy bien hechas, con manteca y no esa margarina rancia que te dan ahora en todas partes, yo no sé cómo te puede gustar. En el Burgundy. Y estuve con un amigo tuyo.

- Ya sé - dije -. Trafalgar.

- Sí, el hijo de Juan José Medrano y la pobre Merceditas. Que no me explicó cómo permitió que le pusieran ese nombre estafalario a su único hijo. Bueno, siempre sospeché que Medrano era masón.

- Pero Josefina, qué tiene que ver la masonería con la batalla de Trafalgar.

- Ah, no sé, m'hijita, pero no me vas a negar que los masones les ponían a propósito a sus hijos nombres que no figuraban en el santoral.

- A lo mejor el doctor Medrano era admirador de Nelson - dije poniendo todas mis esperanzas en la inclinación del viejo de Trafalgar por los grandes hechos de la historia.

- Lo que te puedo asegurar - dijo mi tía Josefina - es que Merceditas Herrera era una santa, y tan fina y discreta.

- Y el doctor Medrano, ¿qué tal era?

- Un gran médico - abrió otro scone y le puso mermelada de naranjas -. Buen mozo y simpático además. Y muy culto.

Hubo un silencio de un cuarto de segundo antes de la última afirmación: en mi tía Josefina la palabra culto es resbalosa y hay que andarse con cuidado.

- Trafalgar también es un buen mozo y simpático - dije -, pero no sé si es culto. Sabe un montón de cosas raras.

- Eso sí, es simpático, muy simpático y amable. Y muy considerado con una vieja como yo. Ahora, eso de buen mozo me parece una exageración. Tiene la nariz demasiado larga como la de la pobre Merceditas. Y esos bigotes no me digas que no son un poco ridículos. Un hombre queda mucho más pulcro

completamente afeitado, menos mal que a tus hijos se les pasó eso de la barba y los bigotes. Pero tengo que reconocer que es elegante este muchacho: tenía un traje gris oscuro muy bien cortado y camisa blanca y una corbata seria, no como algunos de esos amigos extravagantes que tienen ustedes que parecen. Ni sé lo que parecen.

- ¿Quieres un poco más de té?

- No, no, por favor, si ya me has hecho tomar demasiado, pero estaba tan rico que me he excedido. Eso fue el jueves o el viernes, no estoy segura. Entré en el Burgundy porque estaba desfalleciente: venía de una reunión de comisión directiva de la Sociedad Amigos del Museo, así que era el jueves, claro, porque el viernes fue el compromiso de la chica de María Luisa, y vos sabes que los jueves a la tarde Amelia tiene salida y francamente no tenía ganas de ir a casa y ponerme a hacer el té. Había poca gente y me senté lejos de la puerta donde no hubiera corrientes de aire, y cuando me servían el té entró este muchacho Medrano. Se acercó a saludarme, tan amable. Al principio no lo ubiqué y estaba por preguntarle quién era cuando me di cuenta que era el hijo de Mercedes Herrera. Me daba no sé qué verlo ahí parado junto a la mesa, pero aunque yo tengo edad suficiente como para hacer ciertas cosas, vos comprendes que una señora no invita a un señor, aunque sea tantísimo más joven que ella, a sentarse a su mesa.

- ¿Ah, no? - se me escapó.

Mi tía Josefina suspiró, casi diría que resopló, y los ojos de la bisabuela me pararon en seco.

- Yo ya sé que las costumbres han evolucionado - dijo -, en algunos pocos casos para bien, y en otros muchos desgraciadamente para mal, pero hay cosas que no cambian y vos deberías saberlo.

Me sonreí porque la quiero mucho y porque espero saber llegar a los ochenta y cuatro años con la misma confianza que ella y aprender a manejar los ojos como ella aunque los míos no sean ni la décima parte de lindos:

- ¿Y lo dejaste ir al pobre Trafalgar?

- Pero no. Estuvo muy correcto y me pidió permiso para hacerme compañía si yo no estaba esperando a nadie. Le dije que se sentara y llamó para pedir café. Qué espanto cómo toma café este muchacho. No sé cómo no se enferma del estómago. Yo hace años que no pruebo el café.

Tampoco fuma, claro. Y toma un cuarto de copa de vino clarete con cada comida y otro cuarto de copa pero de champagne extra seco, en navidad y año nuevo.

- ¿No te dijo si iba a andar por acá?

- No, no me dijo, pero me parece difícil. Se iba, creo que al día siguiente no sé muy bien adónde, será al Japón me imagino, porque dijo que iba a comprar sedas. Lástima que se dedique al comercio y no haya seguido la carrera del padre: fue una desilusión para la pobre Mercedes. Pero le va muy bien, ¿no?

- Le va regio. Tiene vagones de guita.

- Espero sinceramente que no uses ese lenguaje fuera de tu casa. No queda bien. Claro que lo mejor sería que no lo usaras nunca pero por lo visto es inútil. Sos tan cabeza dura como tu padre.

- Sí, mi viejo, quiero decir mi padre, era cabeza dura, pero era un caballero.

- Cierto. No sé cómo hablaría cuando estaba entre hombres, eso no importa, pero jamás dijo una inconveniencia en público.

- Si lo oís hablar a Trafalgar te da un ataque.

- No veo por qué. Conmigo estuvo de lo más agradable. Ni amanerado ni relamido, no hay necesidad, pero muy cuidadoso.

- Es un cretino hipócrita - eso no lo dije, lo pensé.

- Y tiene. - dijo mi tía Josefina - un encanto especial para contar las cosas más disparatadas. Qué imaginación.

- ¿Qué te contó?

- Claro que tal vez no todo sea imaginación. Impresiona como si estuviera diciendo la verdad pero tan adornada que a primera vista podés pensar que es una gran mentira. Te diré que pasé un rato entretenidísimo. Cómo será que cuando llegué a casa Amelia ya había vuelto y estaba preocupada por mi tardanza. La pobre había hablado a lo de Cuca, a lo de Mimí y a lo de Virginia a ver si yo estaba allí. Tuve que empezar a los telefonazos para tranquilizarlas.

Me puse seria: estaba muerta de envidia como cuando Trafalgar va y les cuenta cosas al Gordo Páez o a Raúl o a Jorge. Pero lo comprendí porque Mi tía Josefina sabe hacer bien muchas cosas; por ejemplo, escuchar.

- ¿Qué te contó?

- Pero nada, disparates sobre sus viajes. Claro que habla tan bien que es un gusto, un verdadero gusto.

- ¿Qué te contó?

- M'hijita, qué insistencia. Además no me acuerdo muy bien.

- Sé, contame que no te acordás.

- Se dice «sí» y no «sé». Parecés un carrero y no una señora.

No le hice caso:

- Cómo no te vas a acordar. Vos te resfriás con asiduidad digna de mejor causa y tenés el estómago un poco frágil, pero arterioesclerosis no me contés que no te creo.

- Dios me libre. ¿La has visto a Raquel últimamente? Un espanto. Estaba en lo de las Peña, yo no sé para qué la llevan, y no me reconoció.

- Josefina, mirá que me voy a volver loca de curiosidad. Sé buena y contame lo que te contó Trafalgar.

- A ver, esperate, no sé muy bien.

- Seguro que te dijo que acababa de llegar de alguna parte.

- Eso es. Debe ser uno de esos países nuevos de África o Asia, con un nombre rarísimo que no he oído nunca y tampoco he leído en los diarios. Lo que me extrañó fue que estuvieran tan adelantados, con tanto progreso y tan bien organizados, porque siempre se vuelven salvajes: mirá lo que pasó en la India cuando se fueron los ingleses y en el Congo cuando se fueron los belgas, ¿no? Tu amigo Medrano me dijo que era un mundo, un mundo, así decía él, muy atractivo cuando se lo ve por primera vez. Serprabel, ahora me acuerdo, Serprabel. Me parece que debe quedar cerca de la India.

- Lo dudo pero en fin, seguí.

- Sin embargo casi seguro que sí, que debe ser por la India, no solamente por el nombre sino por lo de las castas.

- ¿Qué castas?

- ¿No hay castas en la India?

- Sí, sí hay, pero qué tiene que ver.

- Si me dejás que te cuente ya te vas a enterar, ¿no era que estabas tan apurada? Y sentate bien, cómo se ve que están acostumbradas a usar pantalones ustedes. Ya no hay mujeres elegantes.

- Decime, y en Serprabel, ¿hay mujeres elegantes?



- Sí, según este muchacho Medrano, hay mujeres espléndidas, muy bien vestidas y muy educadas.
- No me extraña, aunque no haya más que una, él se la encuentra.
- Lástima que no se haya casado.
- ¿Quién? ¿Trafalgar? - me reí un rato.
- No veo qué tiene de gracioso. No digo con una extranjera y de tan lejos, que puede ser muy buena persona, pero tener otras costumbres, sino con alguien de su círculo. No te olvides que es de una familia muy bien relacionada.
- Ese va a morir solterón: le gustan demasiado las mujeres.
- Hmmmmm - hizo mi tía Josefina.
- ¡No me digas que a Medrano padre también! - salté.
- Sé discreta, m'hijita, no hables tan fuerte. En realidad yo no te puedo asegurar nada. Se dijeron algunas cosas en su momento.
- Me imagino - dije -, y Mercedes era una santa. Y en Serprabel Trafalgar anduvo de romance, lo mismo que hubiera hecho su papá.
- Pero cómo se te ocurre. No anduvo de romance, como decís vos. Y si hubiera andado no me lo hubiera contado. Se ve que es un muchacho muy correcto. Lo que hizo, o lo que él dice que hizo porque a lo mejor todo no fue más que un cuento para hacerme pasar un rato entretenido, lo que hizo fue tratar de ayudar a una pobre mujer, muy desdichada por muchos motivos.
- Ay - dije y volví a pensar que Trafalgar era un cretino hipócrita.
- Y ahora qué te pasa.
- Nada, nada, seguí.
- Fijate que parece que allí se mantiene, según esas religiones orientales, ¿no?, el sistema de castas. Y hay nueve. A ver, dejame que piense: señores, prestes, guerreros, estudiosos, comerciantes, artesanos, sirvientes y vagabundos. Ah, no, ocho. Son ocho.
- Y todo el mundo tiene que estar dentro de una casta.
- Claro. No me digas que no es una ventaja.
- Ah, no sé. ¿Qué hace uno si es artesano y tiene vocación de comerciante como Trafalgar ¿Rinde un examen?
- Por supuesto que no. Cada uno vive dentro de la casta que le corresponde y se casa con personas de su misma casta.
- No me lo digas: y sus hijos nacen dentro de esa casta y se mueren dentro de esa casta y los hijos de esos hijos y así para siempre.
- Sí. Así que nadie tiene pretensiones y todos se mantienen en su lugar y se evitan desórdenes y revoluciones y huelgas. Le comenté a Medrano que me parecía, paganismo aparte, un sistema extraordinario, y él estuvo de acuerdo conmigo.
- Ah estuvo de acuerdo.
- Claro, si hasta me dijo que en miles de años no había habido ningún desorden Y habían vivido en paz.
- Qué bien.
- Ya sé que a vos te debe sonar un poco anticuado, pero dice Medrano que es impresionante el progreso en todo, televisión en colores y líneas aéreas y teléfonos con pantalla visora y centros de computación, me extraña que no hagan más propaganda para atraer turismo. Yo misma, si estuviera dispuesta a viajar a mi edad, iría de visita con mucho gusto. Fijate que dice que los hoteles son extraordinarios y la atención es perfecta, la comida exquisita, y que hay museos, y teatros y lugares de visita y paisajes espléndidos, pero espléndidos.

- A mí eso de las castas no me gusta. Yo no voy ni a cañones.
- Yo tampoco, no creas, no me entusiasma un viaje tan largo en avión. Y lo de las castas no es para tanto, si cualquiera puede gobernar.
- ¿Qué dijiste?
- Que cualquiera puede gobernar. Por encima de todos está una especie de rey que vive en el centro de la capital, porque la ciudad es un círculo y en el medio está el Palacio que es todo de mármol y oro y cristal, En fin, eso dice tu amigo. Será, no lo dudo, algo muy lujoso, pero no tanto.
- ¿Y cualquiera puede llegar a ser rey? Quiero decir, ¿todo lo demás es hereditario y eso precisamente no?
- Así me dijo Medrano. Ya ves que si la autoridad máxima puede ser elegida, todo es muy democrático. El rey se llama el Señor de Señores y gobierna por períodos de cinco años y cuando termina no puede ser reelegido, se vuelve a su casa y entonces los Señores eligen a otro.
- Momento, momento. ¿Cómo los Señores? ¿Entonces los demás no votan?
- Nadie vota, m'hijlta. Los Señores se reúnen cada cinco años y eligen a un Señor de Señores y fijate vos qué bien, casi siempre, o siempre, lo eligen entre las castas inferiores, ¿te das cuenta?
- La flauta si me doy cuenta. ¿Y el Señor de Señores los gobierna a todos?
- Supongo, porque para eso lo eligen. Aunque tu amigo Medrano dice que no, que no gobierna.
- Me parecía.
- Ah, claro, si lo dice él ha de ser palabra santa.
- Bueno, pero qué es lo que dice.
- Otra de las virtudes de mi tía Josefina es que no puede mentir:
- Dice que es una marioneta de los Señores que son los que en realidad gobiernan, para tener contento a todo el mundo con la ilusión de llegar ellos o alguien de su casta a ser rey, pero que el Señor de Señores es el último de los esclavos, un esclavo que vive como un rey, come como un rey, se viste como un rey, pero sigue siendo esclavo.
- Y uno de sus defectos consiste en creer mas que lo que le gusta creer:
- Vos te das cuenta que no puede ser. Seguramente los Señores forman una especie de Concejo o Cámara o algo así y tu amigo tomó una cosa por otra. O a lo mejor los inventó para hacer más sabroso el cuento.
- Y, a lo mejor nomás. Te aviso que Trafalgar es capaz de cualquier cosa.
- También me dijo, eso ya me parece más razonable, que las castas inferiores son las más numerosas. Señor de Señores hay uno solo. Señores hay poquitos, creo que me dijo que hay cien. Prestes un poco más, bastantes más, creo que como trescientos. Guerreros muchos más y Estudiosos más todavía, no me dijo cuántos. Comerciantes, Artesanos y Sirvientes muchísimos, sobre todo Sirvientes. Y parece que hay millones de Vagabundos. Debe ser un país muy poblado. Y cualquiera de cualquier casta, menos el Señor de Señores, claro, puede ser Dueño o Desposeído.
- ¿Que tiene plata y que no tiene plata? Ricos y pobres digamos.
- Más o menos: el que tiene tierras es Dueño; el que no tiene es Desposeído. Y dentro de cada casta el que es Dueño es superior al Desposeído.
- ¿Y uno puede pasar de Desposeído a Dueño?
- Sí, así que ya ves que no es tan espantoso como te parecía. Sí uno junta plata suficiente, compra tierras, que son muy caras, como en todas partes. Parece un país muy rico.

- ¿Los Vagabundos también pueden comprar tierras?
- No, no. Los Vagabundos son vagabundos. Ni casa tienen, yo no sé cómo la gente puede vivir así.
- No me explico. Ahora contame qué le pasó a Trafalgar en Serprabel.
- Hace un poco de fresco, ¿no te parece?
- ¿Querés que vayamos adentro?
- No. Pero ayudame a ponerme el saco sobre los hombros - no es que mi tía Josefina necesite ayuda para ponerse el saco -. Así, gracias. Según él le pasó de todo. Fue allí a vender alhajas y perfumes. Dice que con los perfumes no le fue muy bien porque tienen una buena industria química y flores, vieras las flores que me describió, muy perfumadas con las que hacen extractos. Pero que como no hay yacimientos de piedras preciosas, vendió muy bien las que llevaba. Cierto que tuvo algunos inconvenientes, no vayas a creer, porque todo el que llega a Serprabel tiene que entrar a formar parte de una casta. A él lo consideraron Comerciante y tuvo que usar vehículos para Comerciantes e ir a un hotel para Comerciantes. Pero cuando se enteró que había castas superiores con mejores hoteles y más privilegios, protestó y dijo que también era Estudioso y Guerrero. Hizo bien, ¿no es cierto? Claro que como allí no se puede pertenecer a más de una casta, hubo que hacer una especie de audiencia presidida por uno de los Señores que tenía un nombre de lo más raro, de eso sí que no me voy a poder acordar, y allí él explicó su caso. Ay, me hizo reír tanto contándome cómo lo había desconcertado y comentando que sentía mucho no haber podido decir que era Señor, y que también le hubiera gustado decir que era Preste que es la segunda casta. Lo malo era que no conocía nada de la religión y no tiene inclinaciones místicas. Aunque creo que se educó en un colegio religioso.
- Eso de que no tiene inclinaciones místicas está por verse. ¿Y en qué quedó?
- En que aceptaron que en otros lugares había otras costumbres y llegaron a un acuerdo. Sería un Guerrero pero de los más bajos, de los de Tierra, aunque Dueño, y con permiso para actuar como Comerciante.
- ¿Qué es eso de los de Tierra?
- Es que cada una de las cuatro castas superiores tiene categorías. Por ejemplo, a ver, cómo era, los Señores pueden ser de Luz, de Fuego y de Sombra, creo que ése era el orden. Los Prestes pueden dedicarse a la Comunicación, a la Intermediación o al Consuelo. Los Guerreros actúan en el Aire, el Agua o la Tierra. Y los Estudiosos se dedican al Conocimiento, a la Acumulación o a la Enseñanza. Los otros son inferiores y no tienen categorías.
- Qué lío. ¿Y cada uno además puede ser Dueño o Desposeído y eso influye en su posición?
- Sí. Es un poco complicado. Me decía Medrano que un Señor de Luz y Dueño es el rango más alto. Y que un Guerrero de Aire pero Desposeído es casi igual a un Preste dedicado al Consuelo pero Dueño, ¿entendés?
- No mucho. La cosa es que a Trafalgar le dieron un rango bastante pasable.
- El estaba muy satisfecho. Lo llevaron a un hotel muy superior y eso que dice que el de los Comerciantes era muy bueno, y le pusieron cuatro personas para atenderlo exclusivamente a él, aparte de los empleados del hotel. También debe haber influido eso de que llevara alhajas para vender, porque son un verdadero lujo. Dice que fue una delegación de Comerciantes a verlo y que aunque no pudieron entrar al hotel que era solamente para Guerreros, hablaron en el parque y le ofrecieron un local muy bien ubicado para que pusiera en venta lo que llevaba. Algunos querían comprar una que otra alhaja para venderla ellos pero

eran muy caras y los Comerciantes aunque no son precisamente pobres, tampoco son ricos. Solamente uno de ellos, que era Dueño y de muchas tierras, podía haberle comprado algo, pero Medrano no quiso venderle ninguna; hizo bien porque para qué hacer un viaje tan largo y terminar repartiendo con otro las ganancias. De todos modos tuvieron que darle el local aunque muy amigos no quedaron, porque cada casta tiene sus leyes, y entre los Comerciantes uno no puede echarse atrás una vez que ha ofrecido algo de palabra o como fuera, y sobre todo de palabra. Otra ley para todas las castas que francamente no sé qué resultado dará porque me parece bastante tonta, dice que nadie puede repetir ni los de su casta ni a los de otras castas algo que ha oído decir a alguien de otra casta, aunque si puede repetir lo que han dicho los de la suya. Claro que eso es difícil de controlar, y nadie habla con gusto con alguien de otra casta sino por obligación, pero de vez en cuando pescan a un infractor y los castigos son terribles; en fin, no sé si de veras será para tanto.

- Pero escuchame, eso más que tonto es peligroso porque es muy vago, no tiene límites. Si se toma al pie de la letra nadie puede hablar con personas de otras castas.

- Algo de eso hay, como te digo. Pero como los Señores, que son muy inteligentes y muy justos, ofician de jueces, no hay abusos. Lo que está sucediendo es que de casta a casta el idioma va siendo cada vez más diferente. Me olvidé de preguntarle a Medrano qué idioma hablan y si él lo entendía. ¿Será algún dialecto hindú? De todas maneras, con un poco de inglés uno se hace entender en cualquier parte del mundo.

- Trafalgar habla un inglés estupendo. Supongo que vendió las alhajas.

- A los Señores, claro. Los locales de venta, las tiendas, éstos son lugares públicos a los que todos pueden ir, menos los Vagabundos que no pueden ir a ningún lado, pero cuando entraba un Señor o varios Señores, los demás tenían que salir. Los que no son Señores, porque los que son pueden quedarse. De todas maneras desfiló un mundo de gente para ver lo que Medrano había llevado.

- Me juego los sueldos de un año a que vendió todo.

- No sé de qué ibas a vivir porque no vendió todo. Le quedó un collar de perlas.

- No te creo. No. Imposible. jamás.

- En serio. Claro que fue por todo eso que pasó y de todos modos fue él el que decidió dejarlo, pero no lo vendió.

- No entiendo nada, pero me parece muy raro en Trafalgar.

- Es que el Señor de Señores que gobernaba en ese momento, y que hacía menos de un año que había sido elegido por los Señores, era un hombre muy poco apropiado para el cargo. Fijate que había sido Vagabundo, qué horror.

- ¿Y por qué? ¿No es que eligen a los de las castas inferiores para rey?

- Sí, claro, pero pocas veces Vagabundos que son analfabetos y no saben comer ni comportarse. Pero dice Medrano que lo habían elegido porque tenía cara y prestancia de rey.

- Flor de chantas estos Señores.

- M'hijita, qué grosería,

- No me digás que no son unos chantas y algo peor también.

- No creo, porque por lo que me contó Medrano es gente intachable. Y me parece muy democrático elegir un Vagabundo como rey. Incluso un poco novelesco.

- Cuentos chinos.

- La cuestión es que los pobres Señores se equivocaron. Claro, una persona inculta, sin educación, qué podés esperar.

- Los dejó como la mona.

- Se enamoró, decime vos, de una mujer casada.

- ¿Una Vagabunda?

- No, creo que los Vagabundos ni siquiera se casan. Peor, se enamoró de la mujer de un Estudiante de los mejores, de los dedicados al Conocimiento y que por eso frecuentaba mucho la corte. Y eso Medrano lo supo porque oyó hablar a los Señores que discutían lo que había que hacer, en la joyería que había instalado. Pero como él no sabía que no se puede decir lo que han dicho los de una casta que no sea la de uno, y él era, por lo menos mientras estaba allí un Guerrero, lo comentó con un Estudiante con el que estuvo conversando. No me acuerdo de qué categoría era, pero dice Medrano que había estado mirando las alhajas y que era un hombre muy interesante, que sabía muchísimo de filosofía, de matemáticas, de música, y que valía la pena oírlo hablar. El no podía comprar nada: solamente los Señores se habían llevado muchas cosas, porque los precios eran muy altos para los de las otras castas, pero se quedó hasta tarde, y como estaban los dos solos y habían hablado del tallado de las piedras y de orfebrería y de música, empezaron a hablar de otras cosas también y Medrano ponderó el país y la ciudad y el otro le preguntó si conocía los jardines del Palacio y hablaron del Señor de Señores y allí tu amigo cometió una indiscreción.

- Dijo lo del lío del Señor de Señores con la mujer.

- Dijo que había oído a los Señores comentar eso y no se dio cuenta que había hecho algo que no debía: solamente se extrañó cuando el Estudiante se puso muy serio y dejó de conversar y se despidió muy fríamente y se fue.

- Trafalgar se las da de canchero pero no aprende nunca. Siempre mete la pata.

- Mirá qué manera de hablar.

- Prometo ponerme fina o por lo menos tratar, pero decime qué le pasó.

- Cuando querés podés hablar correctamente. La cuestión sería que quisieras siempre. Ese día no le pasó nada. Al siguiente vendió lo que le quedaba, siempre a los Señores, menos un collar de perlas que tiene que haber sido una belleza, una verdadera belleza: un hilo muy largo de perlas rosadas todas del mismo tamaño. Perlas naturales, como te imaginarás. Debe haber costado una fortuna.

- ¿Ese fue el que dejó?

- Sí, pero esperate. Cuando no le quedaba más que ese collar y estaba a punto de venderse a un Señor, entró la policía y se lo llevó preso.

- Por lo visto hay policías en Serprabel.

- ¿Por qué no? Son de la casta de los Sirvientes. Y lo llevaron directamente al Palacio del Señor de Señores. Allí tuvo que esperar, siempre custodiado, con el collar en el bolsillo, hasta que lo hicieron entrar, dice que a los empujones, qué desagradable, a un tribunal. Como repetir cosas dichas por alguien de otra casta es un delito grave, el juez no era un Señor cualquiera sino el Señor de Señores. Claro que asistido por dos Señores. El que hacía de fiscal era otro Señor, que expuso la acusación.

- ¿Y defensor? ¿Tenía defensor?

- No, tenía que defenderse solo. Te diré que no me parece justo.

- Nada justo. Una chanchada, disculpá el término.

- Será un poco fuerte, pero tenés razón. Lo acusaron y él se defendió como pudo. Pero fijate que había que decir de qué se trataba, qué era lo que había

repetido Medrano. Y se trataba nada menos que de los amores non sanctos del mismo rey que presidía el tribunal.

- Pobre tipo, mi Dios.

- Realmente este muchacho las pasó muy mal.

- No, yo digo el Señor de Señores.

- Se lo tenía merecido, y no creas que no lo compadezco. Pero una persona de calidad no cae en esas cosas.

- Ah, no, claro, por qué no los lees a Shakespeare y a Sófocles.

- Para el teatro eso estará muy bien pero en la vida real es inconveniente. Y las cosas se pusieron peor cuando después de la acusación y la defensa, el fiscal detalló el delito de Medrano, y el Señor de Señores que hasta entonces había estado muy en su papel, muy serio y digno y quieto en su trono, se paró y empezó a hablar. No era la conducta que se espera de un rey porque todo el mundo y sobre todo los Señores, me explicó Medrano, todo el mundo se escandalizó tanto que nadie atinó a nada. Se quedaron helados y con la boca abierta mirándolo.

- ¿Y qué dijo?

- Un discurso.

- ¿Un discurso?

- Una parodia de discurso. Dice Medrano que ni hablar sabía, que balbuceaba y pronunciaba mal las palabras y repetía frases.

- ¿Y qué esperaban éstos? ¿El Demóstenes de los bajos fondos -, Pero algo se le entendería, supongo.

- Dijo ahí delante de todo el mundo porque los juicios son públicos, dijo que todo eso era verdad, mirá vos qué mal gusto ponerse a hablar de esas cosas no sólo privadas sino ilícitas. Dijo que él estaba enamorado de esa muchacha y ella también de él y que no veía por qué no se iban a querer y que él iba a dejar de ser rey y se iba a ir con ella a andar sin ropa y descalzos por el campo y a comer frutas y tomar el agua de los ríos, qué cosa tan disparatada. Qué disgusto debe haber sido para los Señores ver al mismo rey que ellos habían elegido lloriqueando y babeando como una criatura caprichosa delante de la gente a la que se supone que tenía que gobernar. Como será que nadie se movió ni dijo nada cuando el Señor de Señores se bajó del trono y se sacó los zapatos que eran de un cuero finísimo con hebillas de oro y se sacó el manto todo bordado y la corona y quedó solamente con una túnica de hilo blanco y se fue caminando hasta la salida.

- ¿Y nadie hizo nada?

- Los Señores sí que hicieron algo. Los Señores reaccionaron y dieron orden a la policía para que lo agarraran y lo llevaran de vuelta al trono. Pero qué cosa tan rara, nadie obedeció y el Señor de Señores siguió caminando y salió del tribunal y llegó a los jardines.

- Pero ¿y Trafalgar? ¿Qué hacía Trafalgar que no aprovechaba para escaparse?

- ¿Qué no? M'hijita como si no lo conocieras bien. En cuanto el Señor de Señores empezó a hablar y todos a mirarlo, él retrocedió y se puso fuera del alcance de los guardias y cuando el rey salió y algunos Guerreros y los Señores gritaron y salieron corriendo, él también corrió.

- Bien hecho, me gusta.

- Pero no fue muy lejos.

- ¿Lo agarraron de nuevo?

- No, por suerte no. En los jardines de Palacio, en donde siempre había mucha gente, se armó un revuelo cuando lo vieron aparecer descalzo y en ropa interior. Y en eso, Medrano alcanzó a verlo bien todo, en eso una mujer muy joven y muy bonita se le abrazó llorando: era la mujer del Estudioso, la de los amores Culpables.

- Ay Josefina, qué frase de novela por entregas.

- ¿Es así o no? Una mujer casada que tiene amores con un hombre que no es su marido, es culpable, y no me digas que no porque eso no te lo admito.

- No nos vamos a pelear, sobre todo ahora que me dejás colgada con todo el mundo en un momento tan fiero. ¿Hizo algo Trafalgar además de mirar?

- Bastante, pobre muchacho, estuvo muy generoso. Equivocado pero generoso. Los Señores y los Guerreros y los Estudiosos, los Prestes no porque no había ninguno allí, llevan una vida más retirada, como corresponde; trataron de llegar hasta el Señor de Señores y esa mujer, pero todas las personas de las otras castas que había en el jardín y los que entraban de afuera o salían del Palacio a ver, sin saber muy bien por qué, porque muchos no habían estado en el tribunal, por rebeldía y resentimiento nomás me imagino, se pusieron a defenderlos. Claro, eso se convirtió en un campo de Agramante y hubo una pelea terrible. Los Guerreros y los Señores tenían armas, pero los de las castas inferiores destrozaron los jardines, qué pena, sacando piedras, hierros de los bancos, pedazos de mármol y de cristal de las fuentes, ramas, enrejados de glorieta, cualquier cosa, para atacar y darles tiempo a escapar al Señor de Señores y la mujer.

- ¿Y se escaparon?

- Se escaparon. Y tu amigo Medrano detrás de ellos. El dice que su avión particular, no le dice avión particular, ¿cómo le dice?

- Cacharro.

- Eso es. Dice que su avión particular no estaba muy lejos y él quería llegar hasta allí, muy prudente me parece, y levantar vuelo en seguida. Pero en eso los Señores y los Guerreros se organizaron, llamaron soldados, que creo que son de la casta de los Guerreros también pero que están haciendo el aprendizaje, y persiguieron al Señor de los Señores y a la mujer. Fue entonces cuando Medrano los alcanzó y los arrastró con él hasta el avión.

- Menos mal. Ya me estaba asustando.

- Asustate nomás, que ahora viene lo peor.

- Ay, no, no me contés más.

- Bueno, no te cuento más.

- No, sí, contame.

- En qué quedamos.

- Josefina no, te aseguro que no fue en serio.

- Ya sé, y de todos modos ahora no puedo dejar de contarte. Casi llegaban al avión, con los Señores y los Guerreros y los Estudiosos y los soldados persiguiéndolos y detrás todos los de las castas inferiores que tiraban piedras pero ya no se animaban a acercarse porque los Guerreros habían matado a varios, casi llegaban cuando los Señores se dieron cuenta adónde iban y que estaban a punto de escapar y dieron orden a los soldados para que tiraran. Tiraron, y lo mataron al Señor de Señores.

No dije nada. Josefina comentó que estaba oscureciendo y fui adentro y prendí las luces en el jardín.

- Medrano - dijo mi tía Josefina - vio que le habían atravesado la cabeza de un balazo y agarró a la mujer y la subió al avión. Pero ella no quería irse, ahora que el Señor de Señores estaba muerto y peleó tanto que consiguió soltarse y se tiró del avión. Medrano quiso seguirla y volver a llevársela arriba, pero los Guerreros y los Señores ya estaban encima y seguían tirando, y tuvo que cerrar la puerta. La mataron a ella también. De una muerte horrible dijo Medrano pero no explicó cómo y yo no le pregunté nada. El siguió encerrado, en tierra pero listo para levantar vuelo, y vio que ya no le hacían caso. Finalmente, para ellos no era más que un extranjero al que le habían comprado alhajas, que posiblemente no entendía nada de las costumbres del país y por eso había hecho cosas que no estaban bien. Se fueron y dejaron ahí los dos cadáveres. A los de las castas inferiores hubo que obligarlos a retroceder a punta de bayoneta porque a toda costa querían acercarse aunque ya no tiraban piedras ni nada. Y entonces fue cuando Medrano dejó el collar de perlas. Cuando vio que estaba solo baló del avión, con mucho riesgo me parece a mí pero estuvo muy valiente y muy conmovedor, bajó del avión y le puso a la mujer, a lo que quedaba de ella me dijo, el hilo de perlas. Después volvió a subir, se encerró, se lavó las manos, prendió un cigarrillo y despegó.

- Qué horror.

- Sí. Siempre que sea cierto - dijo mi tía Josefina. No sé qué pensar. ¿No será nada más que un cuento de hadas para una vieja que esta sola tomando el té?

- Trafalgar no cuenta cuentos de hadas. Y vos no sos vieja, Josefina, qué vas a ser.

**FIN**



## Italo Calvino - TIEMPO CERO

Tengo la impresión de que no es la primera vez que me encuentro en esta situación: con el arco apenas flojo en la mano izquierda tendida hacia adelante, la mano derecha contraída atrás, la flecha F suspendida en el aire a casi un tercio de su trayectoria y, un poco más allá, suspendido también en el aire y también a casi un tercio de su trayectoria, el león L en el acto de saltar sobre mí con las fauces abiertas y las garras extendidas. Dentro de un segundo sabré si la trayectoria de la flecha y la del león vendrán o no a coincidir en un punto X atravesado tanto por L como por F en el mismo segundo  $t_x$ , es decir, si el león se desplomará en el aire con un rugido sofocado por el borbotón de sangre que le inundará la negra garganta atravesada por la flecha, o si caerá incólume sobre mí derribándome con un doble zarpazo que me desgarrará el tejido muscular de los hombros y del tórax, mientras su boca, cerrándose con un simple golpe de mandíbulas, me separará la cabeza del cuello a la altura de la primera vértebra.

Tan numerosos y complejos son los factores que condicionan el movimiento parabólico tanto de las flechas como de los felinos, que no me permiten por el momento juzgar cuál de sus eventualidades es más probable. Me encuentro pues en una de esas situaciones de incertidumbre y espera en las que no se sabe realmente qué pensar. Y el pensamiento que se me presenta es éste: me parece que no es la primera vez.

No quiero referirme aquí a otras experiencias mías de caza: el arquero, apenas cree que ha adquirido experiencia, está perdido; cada león que encontramos en nuestra breve vida es diferente de cualquier otro león; guay si nos detenemos a hacer confrontaciones, a deducir nuestros movimientos de normas y presuposiciones. Hablo de este león L y de esta flecha F que han llegado ahora a casi un tercio de sus respectivas trayectorias.

Y tampoco puedo ser incluido entre los que creen en la existencia de un león primero y absoluto, del cual todos los diversos leones particulares y aproximativos que nos saltan encima son sólo sombras o apariencias. En nuestra dura vida no hay lugar para nada que no sea concreto y captable por los sentidos.

Igualmente extraña me es la opinión del que dice que cada uno lleva en sí desde su nacimiento un recuerdo de león que amenaza en sus sueños, heredado de padre a hijo, y así cuando ve un león se dice en seguida: ¡vaya, el león! Podría explicar por qué y cómo he llegado a excluirlo, pero no me parece que sea éste el momento oportuno.

Básteme decir que por «león» entiendo sólo esta mancha amarilla que emerge de un matorral de la sabana, este bufido ronco que exhala olor de carne sanguinolento, y el pelo blanco del vientre y el rosa bajo las zarpas, y el ángulo agudo de las uñas retráctiles como las veo ahora cerniéndose sobre mí en una mezcla de sensaciones que llamo «león» por darle un nombre, aunque está claro que no tiene nada que ver con la palabra león ni tampoco con la idea de león que uno podría hacerse en otras circunstancias.

Si digo que este instante que estoy viviendo no es la primera vez que lo vivo, es porque la sensación que tengo es como de un ligero desdoblarse de imágenes, como si al mismo tiempo viera no un león o una flecha sino dos o más leones y dos o más flechas superpuestos con un corrimiento apenas perceptible, de modo que los contornos sinuosos de la figura del león y el segmento de la flecha

resultan subrayados o mejor aureolados por líneas más sutiles y de color más esfumado. El desdoblamiento sin embargo podría ser solamente una ilusión con la cual me represento una sensación de espesor de otro modo indefinible, por la cual león flecha matorral son algo más que este león esta flecha este matorral, es decir, la repetición interminable de león flecha matorral dispuestos en esa precisa relación con una interminable repetición de mí mismo en el momento en que apenas he aflojado la cuerda de mi arco.

No quisiera sin embargo que esta sensación como la he descrito se asemejase demasiado al reconocimiento de algo ya visto, flecha en esa posición y león en aquella otra y recíproca relación entre las posiciones de la flecha y del león y de mí plantado aquí con el arco en la mano; preferiría decir que lo que he reconocido es solamente el espacio, el punto del espacio en que se encuentra la flecha y que estaría vacío si la flecha no estuviera, el espacio vacío que ahora contiene al león y el que me contiene ahora a mí, como si en el vacío del espacio que ocupamos, o mejor atravesamos - es decir, que el mundo ocupa o, mejor, atraviesa -, algunos puntos me hubieran resultado reconocibles en medio de todos los otros puntos igualmente vacíos e igualmente atravesados del mundo. Y que quede bien claro: no es que este reconocimiento suceda en relación, por ejemplo, con la configuración del terreno, con la distancia del río o de la selva; el espacio que nos circunda es un espacio siempre diverso, lo sé, sé que la Tierra es un cuerpo celeste que se mueve en medio de otros cuerpos celestes que se mueven, sé que ninguna señal, ni en la Tierra ni en el cielo, puede servirme de punto de referencia absoluto, tengo siempre presente que las estrellas giran en la rueda de la galaxia y las galaxias se alejan una de la otra con velocidad proporcional a la distancia. Pero la sospecha que me ha asaltado es justamente ésta: haber llegado a encontrarme en un espacio que no me es nuevo, haber vuelto a un punto por el cual ya habíamos pasado. Y como no se trata sólo de mí sino también de una flecha y de un león, no es el caso de pensar que sea un azar: aquí se trata del tiempo, que continúa recorriendo una huella que ya ha recorrido. Podría pues definir como tiempo y no como espacio ese vacío que me ha parecido reconocer al atravesarlo.

La pregunta que ahora me hago es si un punto del recorrido del tiempo puede superponerse a puntos de recorridos precedentes. En este caso, la impresión de espesor de las imágenes se explicaría como la palpitación repetida del tiempo en un instante idéntico. Podría también darse, en ciertos puntos, un pequeño corrimiento entre un recorrido y el otro: imágenes ligeramente desdobladas o desenfocadas serían el indicio de que el trazado del tiempo está un poco desgastado por el uso y deja un sutil margen de juego en torno a sus pasajes obligados. Pero aunque no se tratase de un momentáneo efecto óptico, queda el acento como de una cadencia que me parece oír palpar en el instante que estoy viviendo. No quisiera sin embargo que lo que he dicho hiciese pensar que este instante está como dotado de una especial consistencia temporal en la serie de instantes que lo preceden y lo siguen: desde el punto de vista del tiempo es exactamente un instante que dura como los otros, indiferente a su contenido, suspendido en su carrera entre el pasado y el futuro; lo que me parece haber descubierto es su recorrer puntual en una serie que se repite cada vez idéntica a sí misma.

En una palabra, todo el problema, ahora que la flecha traspasa el aire con un silbido y el león se arquea en su salto y no se puede prever todavía si la punta embebida en el veneno de serpiente traspasará el pelo leonado entre los ojos

desorbitados o si errará el blanco abandonando mis vísceras inermes al desgarrón que las separará de la urdimbre de huesos donde están ahora ancladas y las arrastrará dispersas por el suelo ensangrentado y polvoriento hasta que antes de la noche los cuervos y los chacales hayan borrado la última huella; todo el problema para mí es saber si la serie de que forma parte este segundo está abierta o cerrada. Porque si, como me parece haber oído sostener alguna vez, es una serie finita, si el tiempo del universo ha comenzado en cierto momento y continúa en una explosión de estrellas y nebulosas cada vez más enrarecidas hasta el momento en que la dispersión alcance el límite extremo y estrellas y nebulosas vuelvan a concentrarse, la consecuencia que debo sacar es que el tiempo volverá sobre sus pasos, que la cadena de los minutos se desenrollará en sentido inverso, hasta que se llegue de nuevo al principio, para recomenzar después, todo esto infinitas veces - y no está dicho, entonces, que haya tenido un comienzo: el universo no hace sino pulsar entre dos momentos extremos, obligado a repetirse desde siempre -, así como infinitas veces se ha repetido y se repite este segundo en que ahora me encuentro.

Tratemos pues de ver claro: yo me encuentro en un punto espaciotemporal intermedio cualquiera de una fase del universo; al cabo de centenares de millares de billones de segundos he aquí que la flecha y el león y yo y el matorral nos hemos encontrado como nos encontramos ahora, y este segundo será de inmediato tragado y sepultado en la serie de los centenares de millares de billones de segundos que continúa, independientemente del resultado que tenga de aquí a un segundo el vuelo convergente o corrido del león y de la flecha; después en cierto momento la carrera invertirá su sentido, el universo repetirá su curso a la inversa, de los efectos resurgirán puntuales las causas, e incluso de estos efectos que me esperan y que no conozco, de una flecha que se clava en el suelo levantando una nube amarilla de polvo y menudas astillas de sílex o que traspasa el paladar de la fiera como un nuevo diente monstruoso, se regresará al momento que ahora estoy viviendo, la flecha volviendo a empulgarse como chupada en el arco tenso, el león cayendo detrás del matorral sobre las zarpas posteriores contraídas a resorte, y todo el después será poco a poco borrado segundo por segundo por el retorno del antes, será olvidado en el descomponerse de los miles de millones de combinaciones de neuronas dentro de los lóbulos de los cerebros, de modo que nadie sabrá que vive en el reverso del tiempo como ni siquiera yo ahora estoy seguro de cuál es el sentido en que se mueve el tiempo en que me muevo, y si el después que espero no ha sucedido ya en realidad hace un segundo, llevando consigo mi salvación o mi muerte.

Lo que me pregunto es si, considerando que a este punto de todos modos se ha de volver, no es cosa de que yo me detenga, que me detenga en el espacio y en el tiempo, mientras la cuerda del arco apenas aflojada se curva en la dirección opuesta a aquella hacia la cual había estado anteriormente tendida, y mientras el pie derecho apenas aliviado del peso del cuerpo se levanta en una torsión de noventa grados, y de que esté así inmóvil esperando que de la oscuridad del espaciotiempo vuelva a salir el león y a disponerse contra mí con las cuatro zarpas altas en el aire, y la flecha vuelva a insertarse en su trayectoria en el punto exacto en que está ahora. ¿Para qué sirve en realidad seguir si antes o después tendremos que encontrarnos en esta situación? Da lo mismo que yo me conceda un descanso de unas decenas de miles de millones de años, y deje que el resto del universo continúe su carrera espacial y temporal hasta el fin, y espere el viaje de retorno para saltar de nuevo dentro, y después volver atrás en la historia mía y

del universo hasta los orígenes, y después recomenzar otra vez para encontrarme aquí de nuevo - o que deje que el tiempo vuelva atrás por su cuenta y después vuelva a acercárame mientras yo estoy siempre quieto esperando -, y ver entonces si la vez es buena para decidirme a dar el otro paso, para ir a dar una ojeada a lo que me sucederá dentro de un segundo, o si no me conviene detenerme definitivamente aquí. Para eso no es necesario que mis partículas materiales sean sustraídas a su curso espaciotemporal, a la sanguinaria efímera victoria del cazador o del león: estoy seguro de que una parte de nosotros queda de todos modos envasada en cada intersección del tiempo y, del espacio, y por lo tanto bastaría no separarse de esa parte, identificarse con ella, dejando que el resto gire como debe girar hasta el final.

Se me presenta, en suma, esta posibilidad: constituir un punto fijo en las fases oscilantes del universo. ¿Debo aprovechar la ocasión o mejor dejarla pasar? Detenerme, quizá me detendría no yo solo, cosa que, me doy cuenta, tendría poco sentido, sino yo junto con lo que sirve para definir este instante para mí, flecha león arquero suspendidos así como estamos para siempre. Me parece en realidad que si el león supiera claramente cómo están las cosas, de seguro también él estaría de acuerdo en permanecer como se encuentra ahora, a casi un tercio de la trayectoria de su salto furioso, y en separarse de aquella proyección de sí mismo que dentro de un segundo irá al encuentro de los rígidos espasmos de la agonía o de la masticación rabiosa de un cráneo humano todavía caliente. Puedo hablar, pues, no sólo por mí, sino también en nombre del león. Y en nombre de la flecha, porque una flecha no puede querer sino ser flecha como lo es en este rápido momento, y aplazar el destino de desperdicio como que le espera, cualquiera que sea el blanco en que dé.

Establecido, pues, que la situación en que nos encontramos ahora yo y león y flecha en este instante  $t_0$  se verificará dos veces para cada vaivén del tiempo, idéntica las tres veces, y así ya se había repetido tantas veces cuantas el universo ha repetido su diástole y su sístole en el pasado - si es que tiene sentido hablar de pasado y de futuro para la sucesión de estas fases, cuando sabemos que no tiene ninguno en el interior de las fases -, queda siempre la incertidumbre sobre las situaciones en los sucesivos segundos  $t_1$ ,  $t_2$ ,  $t_3$ , etcétera, así como parecía incierta en los precedentes  $t-1$ ,  $t-2$ ,  $t-3$ , etcétera.

Las alternativas, mirándolo bien, son éstas:

o las líneas espaciotemporales que el universo sigue en las fases de su pulsación coinciden en todos sus puntos;

o bien coinciden sólo en algunos puntos excepcionales, como el segundo que estoy viviendo, para diverger después en los otros.

Si esta última alternativa es la justa, desde el punto espaciotemporal en que me encuentro parte un haz de posibilidades que cuanto más avanzan en el tiempo más divergen en cono hacia futuros completamente diferentes entre sí, y a cada vez que me encuentre aquí con la flecha y el león en el aire corresponderá un diferente punto X de intersección de sus trayectorias, cada vez el león será herido de manera diferente, tendrá una agonía diferente o encontrará en medida diferente nuevas fuerzas para reaccionar, o no será herido y se arrojará sobre mí cada vez de una manera diferente dejándome o no dejándome posibilidad de defensa, y mis victorias y mis derrotas en la lucha con el león se revelan potencialmente infinitas, y cuantas más veces sea yo despedazado tantas más probabilidades tendré de dar en el blanco la próxima vez que me encuentre aquí de nuevo dentro de miles de millones de años, y sobre esta situación mía de

ahora no puedo emitir ningún juicio porque en caso de que yo esté viviendo la fracción de tiempo inmediatamente anterior a la garra de la fiera, éste sería el último momento de una época feliz, mientras que si lo que me espera es el triunfo con que la tribu acoge al cazador de leones victorioso, esto que estoy viviendo es el colmo de la angustia, el punto más negro del descenso a los infiernos que debo cumplir para merecer la apoteosis. De esta situación, pues, me conviene huir sea como fuere lo que me aguarda, porque si hay un intervalo de tiempo que no cuenta nada es justamente éste, definible sólo en relación con el que le sigue, es decir, en sí mismo este segundo no existe, y no hay ninguna posibilidad no sólo de detenerse en él sino de atravesarlo lo que dura un segundo, en suma, es un salto del tiempo entre el momento en que el león y la flecha han emprendido su vuelo y el momento en que un chorro de sangre irrumpirá de las venas del león o de las mías.

Añádase que si de este segundo parten en cono infinitas líneas de posibles futuros, las mismas líneas provienen oblicuas de un pasado que es también un cono de posibilidades infinitas, por lo tanto el yo mismo que se encuentra ahora aquí con el león que se le desploma desde lo alto y con la flecha que abre su camino en el aire, y un yo mismo cada vez diferente porque el pasado la edad la madre el padre la tribu la lengua la experiencia son diferentes cada vez, el león es siempre otro león aunque sea exactamente así como lo veo cada vez, con la cola que en el salto se ha replegado acercando el mechón al flanco derecho en un movimiento que podría ser tanto un latigazo como una caricia, con las crines tan abiertas que tapan a mi vista gran parte del pecho y del torso y sólo dejan surgir lateralmente las zarpas anteriores levantadas como preparándose para un abrazo jubiloso pero en realidad prontas a hundirme las uñas en los hombros con todas sus fuerzas, y la flecha está hecha de una materia siempre diferente, aguzada con diferentes instrumentos, envenenada con disímiles serpientes, pero siempre atravesando el aire con la misma parábola y el mismo silbido. Lo que no cambia es la relación entre yo flecha león en ese instante de incertidumbre que se repite igual, incertidumbre cuya apuesta es la muerte, pero es preciso reconocer que si esta muerte inminente es la muerte de un yo con diferente pasado, de un yo que ayer por la mañana no ha estado recogiendo raíces con mi prima, es decir, mirándolo bien, otro yo, de un extraño, quizá de un extraño que ayer por la mañana estuvo recogiendo raíces con mi prima, por lo tanto de un enemigo, aunque aquí en mi lugar las otras veces en cambio de estar yo había otro, no es que me importe ya mucho saber si la vez antes o la vez después la flecha dio o no en el león.

En este caso entonces queda excluido que el detenerme en  $t_0$  por todo el curso del espacio y del tiempo tenga para mí interés. Se mantiene siempre sin embargo la otra hipótesis: así como en la vieja geometría bastaba que las líneas coincidieran en dos puntos para que coincidieran en todos, así puede darse que las líneas espaciotemporales trazadas por el universo en sus fases alternas coincidan en todos sus puntos y entonces no sólo  $t_0$  sino también  $t_1$  y  $t_2$  y todo lo que vendrá después coincidirán con los respectivos  $t_1$ ,  $t_2$ ,  $t_3$  de las otras fases, y así todos los segundos precedentes y siguientes, y yo estaré reducido a tener un solo pasado y un solo futuro repetidos infinitas veces antes y después de este momento. Cabe sin embargo preguntarse si tiene sentido hablar de repetición cuando el tiempo consiste en una serie única de puntos tales que no permiten variaciones ni en su naturaleza ni en su sucesión: bastaría entonces decir que el tiempo es finito y siempre igual a sí mismo, y por lo tanto puede considerarse

como dado contemporáneamente en toda su extensión formando una pila de estratos de presente; es decir, se trata de un tiempo absolutamente lleno, en cuanto cada uno de los átomos en que es descomponible constituye como un estrato que está continuamente presente, inserto entre otros estratos también continuamente presentes. En resumen, el segundo  $t_0$  en el que están la flecha  $F_0$  y un poco más allá el león  $L_0$  y aquí el yo mismo  $Q_0$  es un estrato espaciotemporal que permanece detenido e idéntico para siempre, y junto a ese se dispone  $t$ , con la flecha  $F$ , y el león  $L$ , y el yo mismo  $Q$ , que han cambiado ligeramente sus posiciones, y, allí al lado está  $t_2$  que contiene  $F_2$ ,  $L_2$  y  $Q_2$  y así sucesivamente. En uno de esos segundos puestos en fila resulta claro quién vive y quién muere entre el león  $L_n$  y el yo mismo  $Q_n$ , y en los segundos siguientes seguramente se están desenvolviendo: o los festejos de la tribu al cazador que vuelve con los despojos del león, o los funerales del cazador mientras a través de la sabana se difunde el terror al paso del león asesino. Cada segundo es definitivo, cerrado, sin interferencias con los otros, y yo  $Q_0$ . aquí en mi territorio  $t_0$ , puedo estar absolutamente tranquilo y desinteresarme de lo que contemporáneamente está sucediendo a  $Q_1$ ,  $Q_2$ ,  $Q_3$ ,  $Q_n$ . en los respectivos segundos vecinos míos, porque en realidad los leones  $L_1$ ,  $L_2$ ,  $L_3$ ,  $L_n$  no podrán jamás ocupar el lugar del notorio y todavía inofensivo aunque amenazante  $L_0$ , mantenido a raya por una flecha en vuelo  $F_0$  portadora aún en sí de esa potencia mortífera que podría revelarse desperdiciada por  $F_1$ ,  $F_2$ ,  $F_3$ ,  $F_n$ , en su disponerse en segmentos de trayectoria cada vez más distantes del blanco, ridiculizándome como el arquero más chambón de la tribu, o mejor ridiculizando como chambón a aquel  $Q_0$ , que en  $t-1$  apunta con su arco.

Sé que la comparación con los fotogramas de una película, se impone espontáneamente, pero si he evitado hasta ahora hacerla he tenido mis razones. Es cierto que cada segundo está encerrado en sí mismo y es incomunicable con los otros exactamente como un fotograma, pero para definir su contenido no bastan los puntos  $Q_0$ ,  $L_0$ ,  $F_0$ , con los cuales lo limitaremos a una escenita de caza del león, todo lo dramática que se quiera pero desde luego no muy vasta de horizontes; lo que ha de tenerse en cuenta contemporáneamente es la totalidad de los puntos contenidos en el universo en ese segundo  $t_0$ , no uno exclusivamente, y entonces el fotograma es mejor quitárselo de la cabeza porque no hace más que confundir las ideas.

De modo que yo ahora que he decidido habitar para siempre este segundo  $t_0$  - y si no lo hubiera decidido sería lo mismo porque en cuanto  $Q_0$  no puedo habitar ningún otro - tengo toda la comodidad para mirar a mi alrededor y contemplar segundo en toda su extensión. Aquel abarca a mi derecha un río negreante de hipopótamos, a mi izquierda la sabana blanconegreante de cebras y esparcidos en varios puntos del horizonte algunos baobabs amarillonegreantes de tucanes, cada uno de estos elementos contramarcado por las posiciones que ocupan respectivamente los hipopótamos  $H(a)_0$ ,  $H(b)_0$ ,  $H(c)_0$ , etcétera, las cebras  $C(a)_0$ ,  $C(b)_0$ ,  $C(c)_0$ , etcétera, los tucanes  $T(a)_0$ ,  $T(b)_0$ ,  $T(c)_0$ , etcétera. Aquel comprende además aldeas de caballas y almacenes de importaciones y exportaciones, plantaciones que ocultan bajo tierra millares de semillas en momentos diversos de su proceso de germinación, desiertos interminables con la posición de cada granito de arena  $G(a)_0$ ,  $G(b)_0$ ...  $G(n)_0$  transportado por el viento, ciudades de noche con ventanas iluminadas y ventanas apagadas, ciudades de día con semáforos rojos y amarillos y verdes, curvas de la productividad, índices de precios, cotizaciones de bolsa, propagaciones de enfermedades infecciosas con

la posición de cada uno de los virus, guerras locales con ráfagas de balas  $B(a)0$ ,  $B(b)0$ ,  $B(n)0$ , suspendidas en su trayectoria que quién sabe si herirán a los enemigos  $E(a)0$ ,  $E(b)0$ ,  $E(n)0$  escondidos entre las hojas, aeroplanos con racimos de bombas que han de, ser soltadas, guerra total implícita en la situación internacional ISO que no se sabe en qué momento se convertirá en guerra total explícita, explosiones de estrellas supernovas que podrían cambiar radicalmente la configuración de nuestra galaxia...

Cada segundo es un universo, el segundo que vivo es el segundo en que habito, the second I live is the second I live in, tengo que habituarme a pensar mi razonamiento contemporáneamente en todas las lenguas posibles si quiero vivir extensivamente mi instante-universo. A través de las combinaciones de todos los datos contemporáneos podré alcanzar un conocimiento objetivo del instante-universo  $t0$  en toda su extensión espacial yo incluido, dado que en el interior de  $t0$  yo  $Q0$  no estoy determinado por mi pasado  $Q-1$   $Q-2$   $Q-3$  etcétera sino por el sistema constituido por todos los tucanes  $T0$ , balas  $B0$ , virus  $V0$ , sin los cuales no podría establecerse que yo soy  $Q0$ . Más aún, dado que ya no me preocupa qué le ocurrirá a  $Q1$ ,  $Q2$   $Q3$  etcétera, no es cosa de que siga adoptando el punto de vista subjetivo que me ha guiado hasta aquí, puedo identificarme tanto conmigo como con el león o con el granito de arena o con el índice del costo de la vida o con el enemigo o con el enemigo del enemigo.

Para hacer esto basta establecer con exactitud las coordenadas de todos esos puntos y calcular algunas constantes. Podría por ejemplo poner de relieve todas las componentes de suspensión e incertidumbre que valen tanto para mí como para el león la flecha las bombas el enemigo y el enemigo del enemigo, y definir  $t0$  como un momento de suspensión e incertidumbre universal. Pero esto no me dice todavía nada de sustancial sobre  $t0$  porque admitiendo que se trata de un momento de todos modos terrible como me parece ya probado, podría ser tanto un momento terrible en una serie de momentos de terribilidad creciente como un momento terrible en una serie de terribilidad decreciente y por lo tanto ilusoria. En otras palabras, esta firme pero relativa terribilidad de  $t0$  puede asumir valores completamente diferentes, por cuanto  $t1$ ,  $t2$ ,  $t3$  pueden transformar la sustancia de  $t$ . de manera radical, o mejor dicho son los varios  $t$ , de  $Q1$ ,  $L1$ ,  $E(a)$ ,  $N(a)$  los que tienen el poder de determinar las cualidades fundamentales de  $t0$ .

Aquí me parece que las cosas comienzan a complicarse: mi línea de conducta es encerrarme en  $t0$ , y no saber nada de lo que sucede fuera de este segundo, renunciando a un punto de vista limitadamente personal para vivir  $t0$  en su global configuración objetiva, pero esta configuración objetiva se puede captar no desde el interior de  $t0$  sino sólo observándola desde otro instante-universo, por ejemplo desde  $t0$ , o desde  $t2$ , y no desde toda su extensión contemporáneamente sino adoptando decididamente un punto de vista, el del enemigo o el del enemigo del enemigo, el del león o el de mí mismo.

Resumiendo: para detenerme en  $t0$  debo establecer una configuración objetiva de  $t0$ ; para establecer una configuración objetiva de  $t0$  debo desplazarme a  $t1$ ; para desplazarme a  $t1$ , debo adoptar una perspectiva subjetiva cualquiera, por lo tanto da lo mismo que tenga la mía. Resumiendo una vez más: para detenerme en el tiempo debo moverme con el tiempo, para llegar a ser objetivo debo mantenerme subjetivo.

Veamos ahora cómo comportarme en la práctica: quedando establecido que yo como  $Q0$  conservo mi residencia fija en  $t0$ , podré entre tanto hacer una escapada lo más rápida posible a  $t1$ , y si no basta, continuar hasta  $t2$  y  $t3$  identificándome

provisionalmente con Q1, Q2 y Q3, todo esto naturalmente en la esperanza de que la serie Q continúe y no sea prematuramente truncada por las uñas combadas de L1, L2, L3, porque sólo así podré darme cuenta de cómo se configura mi posición de Q0 en t0, que es la única cosa que debe importarme.

Pero el peligro que corro es que el contenido de t1, del instante-universo t1, sea tanto más interesante, tanto más rico que t0 en emociones y sorpresas no sé si triunfales o ruinosas, que yo esté tentado de dedicarme todo a t1, dando la espalda a t0, olvidándome de que he pasado a t1, sólo para informarme mejor sobre t0. Y en esta curiosidad por t1, en este ilegítimo deseo de conocimiento por un instante-universo que no es el mío, al querer darme cuenta de si hago realmente un buen negocio permutando mi estable y segura ciudadanía en t0 por esa porción de novedad que es t1, puede ofrecerme, podré dar un paso hasta t2, cosa de tener una idea más objetiva de t1; y ese paso a t2, a su vez...

Si las cosas son así, ahora me doy cuenta de que mi situación no cambiaría en nada ni siquiera abandonando las hipótesis de las cuales he partido, esto es, suponiendo que el tiempo no conozca repeticiones y consista en una serie irreversible de segundos uno diferente del otro, y cada segundo suceda de una vez para siempre, y que habitarlo en su duración exacta de un segundo quiera decir habitarlo para siempre, y que t0 me interesa solamente en función de los t1, t2, t3 que le siguen, con su contenido de vida o de muerte como consecuencia del movimiento que ha cumplido disparando la flecha, y del movimiento que ha cumplido el león dando su salto, e incluso de los otros movimientos que el león y yo haremos en los próximos segundos, y del miedo que por toda la duración de un interminable segundo me tiene petrificado, tiene petrificado en vuelo al león y a la flecha a mi vista, y el segundo, t0 fulmineo como ha llegado fulmineamente ahora se dispare en el segundo sucesivo, y trace sin más dudas la trayectoria del león y de la flecha.

**FIN**



## Elvio E. Gandolfo - EL TERRON DISOLVENTE

Yo casi me había olvidado de Fiambretta. Pobre tipo, con un apellido así. Pero Rodríguez estaba hablando de los viajes que hace por el interior, cuando en medio de los datos sobre restaurantes de la ruta, sobre aventuras totalmente inverosímiles con mujeres "casadas" (como solía agregar, con un dejo reverenciar inútil a esta altura del partido), de los pueblos y pequeñas ciudades que recorría, a lo largo de la ruta 9, mencionó a Fiambretta. Lo corté en seco:

- ¿Fiambretta, dijiste?

- Sí, él. ¿Te acordás? Ahora vive en las afueras de Cañada de Gómez.

Cómo no me iba a acordar. Siempre consideré que cargar con el apellido había impedido que él, Fiambretta, llegara a la fama, a la consagración que tanto se merecía. Habíamos hecho Biología juntos, y aun después de que yo abandoné para dedicarme al curro de los rulemanes, nos seguíamos viendo. Uno de nuestros entretenimientos favoritos era ir a ver una película a un cine de Corrientes (detestábamos Lavallo) y después quedarnos charlando hasta la madrugada en un boliche de Callao, lleno de mesas de billar, hasta que salían los diarios.

De lo que más hablábamos era del cosmos, de la vida aquí y en otros mundos, de los misterios de la célula. O sea que el que hablaba era Fiambretta, no yo. Para darles una idea del talento del hombre: una noche (y recuerdo como si fuera hoy que era en 1952), Fiambretta, en medio de un delirio sobre el efecto de las enzimas, me dice, como al pasar:

-... porque en el código está todo, ¿entendés?, todo, en una doble hélice. Fijate - y me la dibujó en una servilleta.

Años después dos giles (o tres, nunca recuerdo bien) iban a sacarse el Nobel con lo que él había descubierto de taquito, desinteresado, con el pucho colgando de la boca como cortada a cuchillo, y las manos caídas entre las piernas, en el pequeño laboratorio que había instalado en el altillo de la casa de la tía, en Caballito. Eso para que tengan una idea de lo que valía Fiambretta. Un crack, realmente un crack.

Así que cuando el gordo Rodríguez lo nombró, lo corté en seco. Me contó que el flaco estaba muy gastado, viviendo en una especie de casa solariega abandonada, en la que había ocupado dos piezas.

- Después de todo creo que el flaco está mejor que nosotros - dijo Rodríguez, quejumbroso -. Se asoma a las ventanas ¿y qué ve? Un maizal (o un trigal, no me acuerdo bien) que se pierde en el horizonte. ¿Te das cuenta, viejo? ¿Acá qué ves si te asomás a la ventana? Caños de escape, pibes que te manguean, y una que otra mina bastante bien, no te lo voy a negar.

En medio del aburrimiento de la mesa, donde temas como las mujeres, la política, el último aumento de transporte o de las tarifas se sucedían con la regularidad de las fases lunares, oír hablar de Fiambretta me hizo recordar con nostalgia las interminables charlas de Callao, donde palabras como "big-bang", "esteroides" o "remolino cuántico" nos mantenían con los ojos abiertos como platos hasta que salía el sol. Le dije a Rodríguez que cuando fuera por Cañada de Gómez (que para mí era como decir Venus) le mandara un abrazo a Fiambretta.

Tres semanas después Rodríguez entra al boliche, mete la mano en el portafolios lustradito que siempre lleva, y me da un sobre.

- De parte de Fiambretta - me dice -. Le dio un alegrón al flaco que te acordaras de él. Antes de Cañada de Gómez, pasé por Roldán: voy a ver a un cliente y en vez de él, me abre la mujer. Estaba sola...

Mientras Rodríguez me acunaba con los cuentos eternos, abrí el sobre, usando la parte de atrás de la cucharita del café. La carta del flaco era breve:

"Querido Pancho:

Tenés que venir. Sos el único que puede entenderlo. A mí no me dan las ganas ni la plata para ir a Baires. Vení. Estoy siempre. Un abrazo.

Fiambretta"

Me conmovió, les juro, me conmovió. "Sos el único que puede entenderlo", decía. Tenía razón el flaco. ¿Quién iba a entender, en un lugar como Cañada de Gómez, viejo? ¿Alguien podía haber oído hablar alguna vez de aceleradores taquiónicos? A lo más que llegarían era a leer La Chacra, los que tuvieran guita.

Pensé en largarme a Cañada de Gómez esa misma noche. Total, era viernes. Pero preferí demorar un poco, saboreando el recuerdo de Fiambretta. El sábado de noche me fui a ver una película solo, después me metí en el bar de Callao. Antes de entrar me compré la última Muy Interesante. La hojeé pensando qué habría dicho Fiambretta sobre cada uno de los artículos. Cuando llegaron los diarios, compré Clarín y me fui a casa. Al salir el sol me dormí como un bendito.

Durante la semana se me dieron bien las ventas. Así que el viernes me tomé un ómnibus en Retiro y me fui para Cañada de Gómez, contento realmente. Por las dudas le llevaba el Muy Interesante a Fiambretta. El viaje me puso eufórico. Cada cosa que veía me dejaba sin respiración. Cuando ya estábamos llegando a Cañada, ¿qué veo por la ventanilla? Un chancho, un chancho enorme, negro, vivo, lo juro. En mi puta vida había visto un chancho fuera de las ilustraciones de Billiken. Cuando me bajé en Cañada, me sentía al borde del éxtasis.

No me costó casi nada encontrar la casa de Fiambretta. Todos sabían dónde vivía "el flaco raro". Cuando llegué estaba regando las lechugas de un canterito. Soltó la regadera por el aire (no sé si aluciné, pero el chorro al saltar hizo un pequeño arcoiris), caminó hacia mí, y me abrazó, un poco parco, un poco reticente. Era el mismo Fiambretta de siempre, un poco más calvo, y con el pelo que le quedaba blanco del todo, pero con el mismo pucho colgando de los labios, con el humo haciéndole cerrar un ojo.

Cuando entramos le di la revista. Como si yo no existiera, la hojeó página por página, por arriba, mientras murmuraba:

- Superconductores... Biochips... Boludos... No aprenden más.

Después me agradeció. A su modo, me agasajó: trajo queso picante y un salame grueso de la cocina, y una botella de vino suelto. Comimos, bebimos, charlamos. Hacia la noche, mientras me limpiaba las muelas con un piolín, empecé a sentirme cansado. No sabía bien si irme o quedarme, Fiambretta no había hablado del asunto. A esa altura tenía los ojos como platos, como en el bar de Callao, pero en la noche silenciosa de Cañada de Gómez, o más bien de los suburbios de Cañada de Gómez, con apenas un par de grillos haciendo barullo afuera, el flaco me daba un poco de miedo.

Entró a la cocina a hacer un poco de café. Cuando volvió, me animé:

- Oíme, Fiambretta - le dije -. ¿De qué hablabas en la carta?

- ¿Qué carta?

- La que le diste a...

- Ya sé, a Rodríguez, a Rodríguez. Sí... - se quedó petrificado, con un ojo cerrado y el otro dirigido al techo - ¡Ah, ya sé! Lo que sólo vos podés entender... je-je, je-je, ya vas a ver, mañana.

Después del café me dijo que tenía un catre ("limpito, nuevo, no lo usó nadie", aclaró delicadamente) y me invitó a dormir en su casa. Acepté: total podía irme el sábado a mediodía y estar de regreso antes de la última vuelta de los cines.

- Mañana te despierto bien temprano - dijo Fiambretta mientras me tendía un par de sábanas y una frazada gruesa -. Es la mejor hora.

Confieso que dormí poco. El catre era estrecho, los dos grillos seguían compitiendo afuera y yo me preguntaba qué me esperaba al amanecer. ¡Cantaron gallos, al amanecer cantaron gallos, como en las películas! Casi lloro, viejo, eso me mató. Y al ratito nomás entró Fiambretta.

Traía unos panes con grasa recién hechos y un mate listo. Desayunamos, mientras el sol despuntaba. Después Fiambretta limpió las migas, guardó el mate en la cocina y me miró, serio:

- Pancho, ahora vamos a ir al laboratorio - me dijo, como si hablara de ir a la iglesia. Hizo una pausa, después movió la mano - Seguime - dijo.

La casa era amplia, chata, llena de cuartos, la mayoría estaban abandonados. Pero hacia el fondo de un largo y ancho corredor se veía una puerta pintada al aceite, destacándose en la luz lechosa que dejaba entrar el techo de vidrio. Fiambretta sacó una llave, empujó, y me hizo espacio para que entrara. No era nada del otro mundo. Más grande que el altillo de la tía, pero con muchos objetos idénticos: el microscopio y el telescopio, los tubos de ensayo, los diales indicadores de tres o cuatro aparatos. Todo estaba limpio y ordenado.

Fiambretta no tocó nada. Se dirigió a un escritorio de madera en el que se veían libretas de notas y varios tipos de marcadores y bolígrafos.

Se sentó, y me indicó una silla.

- Pancho, lo que te voy a decir te va a sonar a locura, pero no me cortes hasta que termine - dijo -. Y después te hago una prueba para demostrarte lo que te digo.

Lo que me dijo Fiambretta era totalmente demencial. Que nosotros, Cañada de Gómez, Buenos Aires, el bar de Callao y hasta las películas, no existían. Que vivíamos engañados, drogados. "Mirá, Pancho", dijo Fiambretta, "no sé si estará en el agua o en el aire, pero todos aquí nacemos con una especie de LSD que se nos asienta en los receptores de serotonina en el momento mismo de nacer, ¿entendés?". Yo no entendía un carajo. Por suerte Fiambretta hablaba tranquilo, sin alterarse, así que prestarle atención no me costaba nada. Me dijo que no se atrevía a afirmar que ocurriera lo mismo en Estados Unidos, o en Java, "eso es asunto de ellos y yo no te puedo afirmar lo que no investigué". Y siguió enumerando todo lo que era falso, inexistente según él: la Bombonera y el Monumental, radichetas y peronistas, Gardel y Monzón. A esa altura yo pensaba: "Este parece Borges", y medio me estaba durmiendo.

Pero Fiambretta hizo un gesto dramático, terminando la enumeración: "¿La central atómica de Atucha? Tampoco existe, viejo". Al parecer, para él eso era definitivo. Dio dos pasos, corrió una cortina, y la luz del sol, ahora bastante fuerte, inundó el laboratorio. Parpadeé. Era como había dicho Rodríguez: un maizal maduro que se extendía hasta el horizonte. Me quedé con la boca abierta: era hermoso, en mi vida había visto tantos choclos juntos. Pero Fiambretta seguía con su rollo. Me di cuenta de que sostenía un frasquito en la mano, y terminaba una frase:

... inhibe la acción del LSD genético, o lo que sea. Ves la realidad como es, y no como te la pintan tus sentidos, Pancho.

En la otra mano tenía un terrón de azúcar. Dejó caer dos gotas sobre él, me lo tendió.

- El efecto dura apenas treinta segundos, hasta ahora no pude lograr más - se avivó de que yo tenía miedo de que me envenenara -. Tomá, tomá, no seas cagón.

Apoyé el terrón sobre la lengua, sentí cómo se disolvía: al mismo tiempo, afuera, se fue disolviendo el maizal. Lo que se perdía hasta el horizonte, un instante después, era un mar de pequeños tallos metálicos, articulados, que cliqueteaban, cliqueteaban como una fábrica de rulemanes. El cielo era bajo, como un techo, y creaba una perspectiva extraña, sofocante. Con el rabillo del ojo capté el marco de la ventana, y era de algo vivo, pardo, que latía. "La puta que lo parió", pensé, aterrado. Hubo algo que no quise hacer: mirarme las manos, o mirar a Fiambretta. Seguí con los ojos fijos en el ex-maizal: por lo menos el cliqueteo me sonaba familiar. Siempre he tenido una conciencia muy nítida del tiempo: "nueve... ocho...". Cuando se terminó de disolver el terrón, en un pase que no podría describir, reapareció el maizal, sentí el sol calentándome la mano, el cielo sin fondo. Solté el aire. Fiambretta se reía:

- Te cagaste, Pancho, ¿eh? je-je, je-je. Viste la realidad, Pancho, qué le vas a hacer.

No tenía ganas de ponerme a discutir con Fiambretta. Le aguanté la charla un rato más. No le planteé que el líquido podría ser el LSD, que a lo mejor lo que vi en los treinta segundos era una alucinación segunda. Tenía ganas de borrar, cuanto antes. Lo que más me jorobaba era que le creía al flaco. Seguimos charlando hasta el mediodía, Fiambretta siempre con el pucho colgando, sin darle importancia a nada, contándome los otros experimentos en que estaba metido. "El de la alucinación quería que lo vieras vos nomás, porque los demás pueden rayarse fiero, ¿entendés?, y no quería terminar en cana. Pero lo viste, ¿eh?, lo viste je-je." Le dije que sí con un movimiento de cabeza.

Me acompañó hasta la ruta, a parar el ómnibus que me llevaba a Rosario. Ahí podía hacer combinación. Ya cuando lo veíamos a lo lejos, sobre la plateada cinta del camino, como en las películas de Chaplin, le hice a Fiambretta una pregunta que me seguía jodiendo desde la mañana:

- Oime, Fiambretta - le dije -. Suponete que es como vos decís, que lo que vimos es la realidad, que ahí somos distintos, y todo es distinto.

- Sí, te sigo - dijo Fiambretta.

- Ahí, el maizal, el sol, lo que se mueve, ¿sigue siendo Argentina? ¿Ahí seguimos siendo argentinos, Fiambretta?

Fiambretta me miró como sin entender. Apartó el ojo abierto hacia la ruta, calculando la distancia a la que había llegado el ómnibus.

- Yo que sé, Pancho - me dijo, con voz neutra. Y alzó la mano para parar el ómnibus, mientras me daba una palmada en la espalda.

Cuando estuve acomodado en el asiento, viendo desfilan los árboles y los campos, después las casas y el puente de Cañada de Gómez, me dije que ése era el problema de esta época, el desinterés, el desánimo, la falta de emociones, viejo.

**FIN**

## Norman Spinrad - LO QUE TE COME

Esta es la ciudad. Los Angeles California. Siete millones de personas. Algunas de ellas todavía eligen jugar con los naipes que les tocaron. Demasiadas de ellas no. Tarde o temprano, algún meme se enloquece y se esparce como hongo de vestuario en el sudoroso cuerpo político. Cuando eso sucede, es mi trabajo.

Me llamo Friday.

Soy polizante.

Joe Friday es el meme ideal para las tareas policiales. Nunca esboza una sonrisa, nunca mete las manos en la mercadería, José Ley en persona, jamás soñaría con nacionalizarse.

No es que no se hayan intentado personificaciones más drásticas, entienda.

Mike Hammer, por ejemplo, parecía el meme ideal para tratar con el Simio Heavy Metal cuando éste andaba por las calles, pero las cosas se fueron un poquito de las manos cuando La Flor y Nata de Los Angeles se puso a reventar a los ciudadanos decentes por cruzar la calle a mitad de cuadra. Después de lo cual pusieron por escrito a Roy Rogers y su fiel ladero Doc Holliday, pero se vieron forzados a reconsiderarlo cuando esos memes comenzaron a actuar como un Lagartocuero birifle y un Nietzsche con Espuelas y comenzaron a circular por el carrocarril de Selma.

- Eres lo que comes - asegura el teniente en el escuadrón -. Esta mercadería viene directamente de los tanques de cultivo del Departamento de Policía de Los Angeles, y les garantizamos que el antídoto los devolverá a su propia y querida integridad.

Pero la calle es más sabia, y tú también, seas quien seas en ese momento, una vez mezclados tus propios naipes.

- Eres lo que te come - admite libremente el traficante del callejón, mientras agita su alfilerero Baskin-Robbins, para deleite de las masas de mala entraña.

El asunto es que a Mike Hammer, que no se queda atrás de Mack el Cuchillo, le gusta mucho estar fuera del armario, y debe ser arrastrado, pateando y aullando, hasta la estación de policía para recibir su higienización diaria.

Porque, a pesar de lo que puedan decirte el teniente y el traficante, diseñar estos virus de confección es un arte, no una ciencia.

¿Cuál es el ángel que baila en la punta del alfiler que tienes en la mano? Para verlo tienes que pagar, y cuando lo haces ya hay algún otro mirando. Algún meme cuyos anzuelos moleculares se dirigen a tus centros de placer, con garantía, por lo tanto y aunque más no sea, de que te agrada mucho su nido de tordos cerebral.

Esa es la tecnología básica. Así es el núcleo más o menos estándar. Migra por el torrente sanguíneo hasta el cerebro, penetra en las células, maximiza las endorfinas, y se multiplica.

El Sr. Natural, como decían los traficantes, eras "tú, pero más". Supercargaba tu química cerebral, aceleraba tus reflejos, turbocargaba tu equipo sensorial, bombeaba esas endorfinas, y lo único que necesitabas comprar era un solo alfiler. ¿No lo harías?

Por supuesto que lo hacías.

No es que el Jefe Parker Porker adoptara lo que se llamaría una actitud reservada en aquel momento. Como era tradicional, el Jefe del Departamento de

Policía de Los Angeles estaba planeando candidatearse para un cargo en el gobierno estatal según la plataforma usual Atila el Huno, y el Sr. Natural era el perfecto envoltorio paranoico. Willy Horton en un alfiler.

No digamos que no hubiera motivos para estar paranoico. "Si entra basura, sale basura", solían decir los viejos hackers, en tiempos en que el software era el filo del cuchillo de los forajidos. Pero el software funciona dentro del hardware, y cuando se bombea un virus no-personificado a través del viejo carneaware cerebral lo que se obtiene a la salida es, sin duda, lo que promete el traficante: "tú, pero más".

Y si el "tú" es un artista robabolsos, un asaltante, un Sangriento, un Deforme, o simplemente un villano callejero normal, el "pero más" no encajará precisamente dentro del perfil ideal del ciudadano decente.

Así que lo que el Departamento de Policía de Los Angeles se encontró enfrentando fue una epidemia de Rambos bajo los efectos de la metedrina, Supermanes dirigiéndose al lado oscuro de la Fuerza, maniáticos sexuales turbocargados e infractores de tránsito con los reflejos y los modales de Ayrton Senna en la pista, que convirtieron las calles y carreteras en el Gran Premio Guerra Mundial.

Para no mencionar el cálido sentido de seguridad que esta situación infundió en el electorado. Pero mejor mencionarlo en voz alta y a menudo, como lo hacía nuestro futuro Senador Porker, tan seguro como los déficits y los impuestos.

Hace muchos jefes de policía con botas hasta el muslo atrás, el Departamento de Policía de Los Angeles estaba siendo castigado, como de costumbre, por recurrir excesivamente a las pistolas, obligando al patán en jefe de aquel momento a defender su presupuesto para municiones ante el Concejo Deliberante. "¿Dicen que mis muchachos disparan demasiadas balas?", les dijo. "Ningún problema. Entréguennos balas dum-dum. Con un solo disparo volaremos a los malandrines y los convertiremos en carne de perro. Podremos liquidar dos veces más delincuentes con la mitad de cartuchos. Si no cumplimos, no apoyen mi campaña para Vice-Gobernador".

"Sí", replicó el Concejo luego de una ardua deliberación, "eso tiene sentido", y así lo hicieron.

Los memes, como todos sabemos ahora, son patrones de personalidad en software, moviéndose por el hardware cerebral, pero tendemos a olvidar que ya existía una pléyade de personalidades de la variedad demente en el charco genético de la psiquis, mucho antes que los tipos de sombrero negro y chaqueta blanca se las ingeniaran para adosar sus propias versiones artificiales a nuestros virus cerebrales básicos.

El meme Parker ya había habitado en varias generaciones de jefes de policía, y el meme Concejal no había mutado mucho desde que Sam Yorty escribiera la personificación, así que cuando el Jefe Porker exigió al Sr. Natural para las Fuerzas de la Ley y el Orden, también se lo dieron.

Por cierto, las cosas se estabilizaron a un nivel más alto de frenesí, es decir que mientras crecía el conteo de cadáveres, el Departamento de Policía de Los Angeles al menos pudo llevar la proporción toma y daca hasta la cifra que había mantenido por mucho tiempo, más-menos tres por ciento.

Entonces, algún avisado empezó a escribir personificaciones en los virus. Hay cierta disputa en cuanto a qué fue lo que entró primero al mercado - Mambo, el Hombre Macho, el Simio Heavy Metal -, pero no hay disputa en cuanto a que la

mercadería salió de los laboratorios clandestinos de los grandes traficantes, y no del Pentágono o de la CIA, como dicen algunos mentecatos.

Desde el punto de vista del bajo fondo, el Sr. Natural era un producto espantoso. Vendían uno y perdían permanentemente al cliente. ¿Esa es forma de llevar adelante el Negocio de los Narcóticos?

Por supuesto que no. Lo que se necesitaba era una mercadería que obligara al cliente felizmente infectado a comprar otro alfiler. Y otro, y otro. Puesto que la necesidad es la madre del ingenio, tarde o temprano alguien debía desarrollar la técnica para darle un patrón de personalidad al virus de los alfileres.

"¿Tú, pero más?", podían ahora deslizar los traficantes. "¿Por qué conformarse con eso? ¿Por qué no ser exactamente lo que quieres ser? Y si eres demasiado estúpido o descerebrado para darte cuenta de lo que quieres, eh, no hay problema, cómprate uno de estos alfileres y diviértete con tu nueva cabeza. ¿Qué tienes que perder? Si no te gustas, bueno, te vendemos otro, y otro, y otro, hasta que encuentres tu propio ideal personal".

Una vez que la merca llegó a Hollywood, donde hay varios miles de guionistas de TV sin trabajo en cualquier momento dado, fue inevitable que el negocio de los virus se transformara en negocio del espectáculo, con los adulteradores de patrones haciendo batidos de personalidades imaginarias y rusticoides más rápido de lo que los técnicos podían fijarlas en los núcleos. Siendo la TV lo que es, esos memes no eran lo que se dice sutiles, puesto que Proust no es precisamente un favorito del hombre de la calle y que los guionistas de personificaciones eran de los que creían que Moby Dick era una enfermedad venérea.

El resto es lo que queda de la historia, o sea cuando el Centro Parker presentó la inevitable solicitud de personificaciones policíacas a medida, y el Concejo Deliberante respondió con el inevitable jawohl.

Hay policías que todavía recuerdan los días en que entraban al escuadrón sin saber quiénes serían la próxima vez que salieran a la calle. En aquellos días probaban de todo. Mike, Roy, el Doc, el Duque, Kojak, Wyatt, Sonny, el Sargento Preston y quién se acuerda qué más.

¿Quién, por cierto?

Seguramente no Joe Friday. Así son las cosas, señora. Mi nombre es Polizonte y soy un viernes, ¡qué alivio! Mi fría sangre azul se entibia cuando pienso en lo que mi corpus actual llevó a cabo cuando por mis sinapsis pululaban esos conceptos de Hollywood. Cuando alguno de esos viejos engramas policíacos reaparece para contaminar los fluidos vitales de la memoria, me siento urgentemente tentado a ahogar mi vergüenza en malteadas de chocolate.

El concepto que tenía Doc Holliday del control de las multitudes era disparar contra el Corral. OK. Mike Hammer era gravemente remiso a leerles a los perpetradores sus derechos antes de romperles las rótulas, y el viejo y noble Duque no veía nada anti-norteamericano en el hecho reventar en pedazos cualquier cosa que perturbara su paz momentánea.

Fue un proceso de eliminación, de los cuales hubo muchos en esa época, pero ahora me llamo Friday, soy el polizonte, igual que cualquier Flor y Nata de Los Angeles que usted encuentre por las calles. Si Joe Friday se enoja realmente, puede hacerlo objeto de una honesta reprimenda moral y tres minutos de falta de aire, pero eso es mejor que Mike Hammer rompiéndole la cabeza con una botella, ¿no es cierto, señora?

Estábamos trabajando en el turno noche de la División Bionarcóticos. El jefe es el habitual futuro Vice-Gobernador con anteojos espejados. Mi compañero es Joe Friday, ¿quién otro?

En alguna parte de la tierra de nadie entre Hollywood y el este de Los Angeles parecía estar operando un taller minorista, y la ciudad tenía una buena razón para estar nerviosa.

Mientras que el productor ilegal de alfileres de nivel profesional posee fábricas con importante respaldo bancario, equipos de primera línea y una dotación rebosante de técnicos y escritores de personificaciones, el taller minorista es una operación estrictamente rusticoide y de escaso capital manejada por los descerebrados restos de la clientela.

Sus equipos son los que se las ingeniaron en robar de ciertas fuerzas que gozosamente los vaporizarían en el acto de reexpropiación, instalados en sótanos que habían disfrutado por última vez de la cohabitación de seres no-roedores durante la administración del Gobernador Moonbeam.

Despojados de equipamiento financiero y mental para la producción coherente de software molecular, estos zombies piratean memes preexistentes, por el método de clavar alfileres al azar en las nalgas de muestras humanas de las calles, y luego recombinándolas con una batidora de huevos y vendiendo como producto el cieno resultante.

La primera pista sutil de que estaba operando un taller minorista apareció cuando un hombre que vestía cuero negro y cota de malla de cromo, y lucía una hilera de antiguas hojas de afeitar de filo simple cementadas a lo largo de la línea media de su cráneo afeitado, entró en el supermercado de Ralph, en el Boulevard Sunset, armado con una Uzi y una enorme espada de samurai. Después de decapitar al guardia de seguridad, al gerente y a tres cajeros, y de reventar un número aleatorio de clientes, convenció a los sobrevivientes de donar el contenido de las cajas registradoras a la causa.

Para entonces, sin embargo, el disturbio ya había atraído la atención oficial, y cuando el perpetrador emergió en el estacionamiento se encontró con un equipo SWAT que había sido transportado por aire al lugar de la escena, con órdenes de capturar vivo al espécimen. Lo cual consiguieron inmediatamente, destrozándole las rótulas con balas dum-dum.

Ya en la central, bajo la influencia de la escopolamina, de los dispositivos de bio-realimentación y de los típicos manguerazos, el sospechoso se identificó como Satán, pero no pudo ser inducido a suministrar mayores informaciones de utilidad.

Dieciocho horas más tarde, en la esquina de Hollywood y Vine, arrestaron a una sospechosa que estaba arrancándoles las cabezas a un hato de gatitos a mordiscones y escupiéndolas a los carromatos que pasaban. Estaba completamente desnuda, manchada con manteca de maní y sangre, y se necesitaron doce oficiales para someterla.

Poco después, una pandilla de Hare Krishnas armados con motosierras y bates de béisbol, liderados por un bestial muchacho empapado de pintura de paredes color azul que declaraba ser Shiva, invadió el Centro de Cientología del Boulevard Hollywood. Recién se pudo restablecer el orden cuando aterrizó en la azotea un minicóptero del Escuadrón Táctico y bañó el edificio con gas vomitógeno.

Cuando los tipos del laboratorio estudiaron la materia gris de estos perpetradores bajo los ciberscopios, su informe resultó un tanto perturbador.



Las personificaciones eran el habitual guiso de material pirateado de los talleres minoristas, incapaz de cohesionar en algún meme plausible de sustentar un control consistente del organismo, resultando en una criatura que exudaba algo parecido a la estática sináptica, como el Abraham Lincoln de Disneylandia con algún surco reescrito por William Burroughs.

Sin embargo, el núcleo viral que estaban usando habría sido materia para el FBI o para agencias federales más drásticas, si Parker hubiese estado dispuesto a compartir la cancha con los encapuchados de Washington. ¿Cómo era posible que un rusticoide taller minorista hubiese puesto sus grasientos tentáculos en este trozo de sesoware militar?

Pregunta estúpida.

Habían clavado alguno de sus alfileres, por casualidad, en el culo de algún portador. Habían pinchado a algún espía en misión en la escalera mecánica del Beverly Center. Sin siquiera saberlo, habían muestreado a algún agente del Servicio Secreto desempeñándose en control de multitudes. Algún comando Marine había salido de licencia, para un fin de semana de borrachera y putas, y ellos lo habían capturado en el excusado.

Por el medio que fuera, el núcleo viral birlado que este taller minorista estaba revistiendo con su pútrido pegote molecular era un virus militar ultrapesado, diseñado para emplearse a corto plazo en situaciones de combate. Desconectaba los centros del dolor, y enloquecía el metabolismo, los reflejos y las neuronas sensoriales hasta el límite, pasando la línea roja, para producir una unidad militar pasada de revoluciones, capaz de atravesar las paredes durante aproximadamente doscientas horas antes de agotar sus reservas protoplásmicas.

En la aplicación militar aprobada, este núcleo era personificado con algún meme militar adecuado, dependiendo del rango y la misión. Hornblower, Flynn y Lee para inspirar al personal de mando; G.I.Joe y el Oficial Auxiliar para los leales lanceros rumiabalas. El meme de mando seguiría la directiva primordial de la misión, y las tropas se autoconsiderarían hijos heroicos de futuras madres condecoradas.

Sin personificación militar que lo civilizara, este núcleo producía algo así como un feraz guerrero vikingo después de aspirar cocaína, un organismo sobrehumano que funcionaba en un software cerebral fortuito decididamente subhumano.

Peor todavía, los rusticoides del taller minorista estaban personificando este núcleo con un emplasto base compuesto por los memes recombinados de muestras selectas, generalmente obtenidas de alfilereros humanos.

Los acontecimientos subsiguientes no fueron tranquilizadores. Un tipo vestido como el Hombre Araña pero de cuero negro se escabulló hasta la terraza del edificio de la Compañía Discográfica Capitol, para estupor de los mirones, y luego se lanzó en clavado sobre éstos, dejando un cráter de impacto bastante ensangrentado. Un travesti que semejava una Mujer Maravilla prehistórica secuestró a mano armada un camión de gasolina, y lo condujo hasta salir volando de la rampa del cruce de carreteras de Santa Mónica, en dirección al sur por la autopista a San Diego.

Hasta ahora, eran los únicos hechos que encajaban con el *modus operandi*.

Esa era la buena noticia. Al menos por el momento, parecía que estos aficionados no sabían lo que tenían en su poder, o si lo sabían, ningún traficante pesado les había expropiado sus bienes aún. Es decir que todavía teníamos tiempo de desbaratar la operación, antes de que sucediera lo inevitable.

La mala noticia era lo que pasaría si no lo lográbamos. Desde el punto de vista policíaco-profesional, este alfiler podía ser un callejón de pesadilla, pero desde el punto de vista de los traficantes adinerados, sería la época de las vacas gordas. Lo único que tenían que hacer era despojar al núcleo militar de todo el pegote, personificarlo con memes como el Simio Heavy Metal, el Sedicioso del Ejército Muerto y Mike Rompehuelgas, y obtendrían un alfiler que todos los pendencieros mala entraña de los bares y todos los perpetradores profesionales cabeza de chorlito clamarían por clavarse. Que la clientela acabara cerebralmente muerta unos días después era una advertencia que, muy probablemente, no aparecería escrita en algún lugar muy visible del envoltorio.

Hay gente mala allá afuera, señor. Por eso Dios inventó a los polizontes. Piénselo.

Alguien de la central de seguro lo pensó, después de lo cual el Centro Parker comunicó al escuadrón que a menos que la operación fuese exterminada antes de tener que incluir en la fiesta a los agentes federales, el Jefe Porker accedería a los deseos de la ciudadanía y aplicaría un meme más drástico en reemplazo del Sargento Friday. Por ejemplo Heinrich Himmler, Bull Corner o el Angel Guardián.

El quid de la cuestión era: "Si para el domingo que viene no has desbaratado ese taller minorista, Friday, te encontrarás no encontrándote en absoluto".

Bueno, Joe Friday no es más que un meme humano, señora, no desprovisto de un software que le da sentido de auto - conservación, además de verse atormentado, de cuando en cuando, por pantallazos de sus desabridos habitantes previos que lo dejan sin deseos de ser reemplazado por todavía más actualizaciones gatillofáciles de la misma calaña.

De modo que los Fridays de la fuerza hicimos lo que mejor sabíamos.

Iniciamos la pesquisa.

Vigilamos. Entrevistamos soplones. Seguimos a los chicos malos. Tarde o temprano encontraríamos un cabo suelto que nos conduciría hacia algún sitio. O arrestaríamos al tipo correcto. O nos encontraríamos con otro demonio de taller minorista que capturar.

Créame, hasta a Joe Friday lo tenía sin cuidado contemplar ese detalle. Siendo un buen polizonte que sabe trabajar en equipo, no tenía deseos de obtener la gloria de ese arresto en particular. Que un colega tenga el honor, preferiblemente alguno que esté bien seguro dentro de un transporte blindado de personal.

Resultó no ser así.

A los hechos, señora.

Estábamos circulando por el Boulevard Hollywood, varios coches atrás de un conocido traficante cuya Excalibur de armazón de neón no precisamente obstaculizaba nuestra vigilancia. Siendo jueves por la noche, el tráfico se movía libremente y las aceras estaban bastante tranquilas, es decir que, aparte de los habituales contingentes de Cleopatras con Tapado de Piel, Lagartocueros y Surfistas Nazis Adolescentes Mutantes, no estaba ocurriendo nada de interés profesional.

Esto es, hasta que mi compañero me llamó la atención sobre los acontecimientos que tenían lugar en las sombras de un puesto de tacos cerrado, en la esquina de Las Palmas. Un surfista de rubia melena con pantalones jeans recortados arrojó a una prostituta contra las persianas y estaba a punto de hundirle los dientes en el hombro.

- ¿Qué piensas, Joe?

- A mí me parece sospechoso.

- Mejor revisemos - decidí, extrayendo la General Dynamics arribabajo, que en aquellos tiempos había reemplazado a la tradicional de repetición calibre doce. El arma tenía la opción de un lanzacable capaz de dejar a un gorila neurológicamente discapacitado, o la de municiones dum-dum disparadas semiautomáticamente que podían convertir a un elefante en hamburguesas. Polizonte bueno, polizonte malo, todo en una sola empaquetadura de plástico y titanio.

- Departamento de Policía de Los Angeles, señor - anuncié claramente, disparando un dardo lanzacable en la nalga izquierda del sospechoso. El voltaje del cable habría derribado al Increíble Hulk, pero el sospechoso ni siquiera pareció notarlo hasta que llevé el reóstato al nivel donde la garantía del fabricante no cubre la mortandad.

En este punto, dejó caer a la víctima y se me vino encima escupiendo sangre. Mi compañero lo cableó en el cuello y nuestras corrientes combinadas fueron suficientes para inmovilizar al perpetrador, lo que es decir que éste se quedó donde estaba, petrificado y vibrando, pero que no cayó al piso.

- Queda usted arrestado, tiene el derecho a permanecer callado... - Procedí con la lectura de los derechos mientras mi compañero llamaba una ambulancia para la prostituta.

El sospechoso era un hombre rubio caucásico. Vestía un par de Lee Wranglers recortados. Sus señas particulares incluían un tatuaje de Elvis en el pecho, un arete nasal hecho con una anilla de lata de cerveza y una boca llena de dientes limados.

- Encaja con el modus operandi, Joe. Mejor llevémoslo a la central.

Transportar al sospechoso hasta el auto resultó ser algo así como un problema logístico. Nuestros lanzacables tenían, entre los dos, suficiente jugo como para mantenerlo inmóvil, pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a arriesgarse al contacto físico que implicaría el hacerlo caminar manualmente.

- Mejor pidamos refuerzos, Joe. Tal vez el helicóptero grúa.

- Tengo una idea mejor, Joe - le dije, mientras hacía bajar lentamente el flujo de corriente de mi lanzacable -. Si tenemos cuidado, quizás podamos hacer caminar a este zombi.

Los ojos inyectados en sangre del sospechoso parecieron enfocar un poco. Sus músculos faciales se crisparon y retorcieron y luego avanzó un paso, tambaleándose. Disminuí el voltaje un poquitín más.

- ¿Qué pasa, amigo? - lo animé -. Todo sería mucho más fácil para usted si cooperara.

- ¡Sangre humana me como tu corazón con dientes animales!

- Pésima actitud, señor - le dije, aumentando la corriente.

- Un verdadero avispa, ¿no es cierto, Joe?

- Dénos alguna identificación - dije, aflojando de nuevo.

Tal vez fue una serie de secuencias al azar, o tal vez todavía existía en él algún tipo de sustrato capaz de responder de manera cruda a la pregunta.

- ¡DRÁCULA! ¡REY VAMPIRO DEL SUPERMERCADO PANTANO DEL HEAVY METAL! ¡ESTA NOCHE HAY SURF EN TRANSILVANIA TRANSEXUAL!

- ¿Drácula, eh? Bueno, pórtese bien, Conde, y le permitiremos que nos lleve hasta su ataúd. De lo contrario, flambearé unos ajos bajo sus uñas a la luz del amanecer.

Las palomas no tienen un cerebro anterior mucho más funcional que el que tenía el sospechoso en cuestión, pero se las puede motivar con sistemas sencillos

de premio y castigo. Por lo tanto, con nuestros dardos lanzacable firmemente implantados en su carne, y con una larga serie de refuerzos negativos, logramos establecer un cierto control limitado del sujeto.

Cumpliendo con nuestra obligación, señor. ¿O es que usted prefiere a los detectives de mala muerte y sus mangueras de goma?

- ¿Dónde consiguió el alfiler, amigo? - inquirí, disminuyendo el voltajugo.

- ¡Pequeñas vidas, amo, zarigüeyas, gorgojos, camareras patinadoras altamente perturbadas, carne para el monstruo, id y multiplicáos con el primer mordisco de mi amanecer!

Zap.

- ¡Los maricones de las hojas de afeitar me obligaron a hacerlo!

Zap.

Aunque tal vez no había nada de coherencia significativa en el asiento del conductor, los datos parecían persistir. Y, con los fragmentos de memes revueltos en una conectividad aleatoria, cada descarga de corriente era suficiente para liberar una nueva explosión en algún sitio.

Como lanzarse a través de sesenta y cinco canales de TV con el control remoto en busca del informe meteorológico, señora. A veces el trabajo de la policía es como caminar en la niebla, señor.

- ¡Las Chicas del Gulag se Vuelven Locas! ¡Esclavas Sexuales del Ayatollah! ¡Cerdozombis Vampiros del Espacio Exterior!

- ¡Joe, no cambies de canal!

- ¿Tienes algo?

- Es la función triple de esta semana en el Cine Sexray de la calle Western, Joe. Lo vi cuando iba a la cervecería.

Puede que no fuera mucho para empezar, pero era la única pista que teníamos. Con el lanzacable, condujimos al Conde Drácula hasta el interior del patrullero, y nos dirigimos a la calle Western, una lonja de la frontera hollywoodiana no-yuppificada, invadida por los puestos de tacos turcos, los garitos coreanos, el tráfico nocturno para drogadictos comebasura, cervecerías con exposiciones ginecológicas y casas de películas porno.

Si la-la-landia hubiese tenido vías de ferrocarril, este sector habría estado indiscutiblemente del otro lado de ellas.

Observamos que el sospechoso, sin embargo, respondía con entusiasmo a lo que parecían ser sus guaridas familiares. "Doble porción de queso, sin anchoas y poca salsa de pescado", gritó por la ventanilla cuando pasamos por una pizzería camboyana.

Se puso maniáticamente agitado cuando estacionamos en Western, frente al Cine Sexray. Se le dieron vuelta los ojos, babeó espuma y comenzó a azotarse contra el asiento al punto de que fue necesario un incremento de corriente para someterlo.

- ¡Hogar es horror para la tierra de los libres y el conducto de la tumba! ¡La cucarachita vive deslizándose entre los tulipanes! ¡Por favor, señor, quiero otro!

El Cine Sexray, abierto toda la noche, tres películas XXX y un cortometraje clásico del Superman Cubano en continuado, tenía una desgastada marquesina en donde el neón púrpura latía en una frecuencia de pánico, y en el siglo anterior había sido pintado de un pálido rosa pastel. Sus húmedas paredes de estuco en vías de desmoronarse tenían una costra de graffitti que ofrecía un salpiporno mutado y observaciones obscenas en catorce idiomas diferentes, ninguno de los cuales será identificado jamás.

- ¿Y ahora qué, Joe, vigilancia?

Miré el reloj.

- Sólo faltan dos horas para el final del turno. Sabes cómo se han puesto los contadores de la central en lo que respecta a las horas extras no autorizadas. Ni siquiera nos pagarán el gasto de las rosquillas.

- Entonces creo que mejor entramos a revisar. ¿Qué hacemos con el Conde?

Entrar en las instalaciones con el estorbo del sospechoso parecía ser un procedimiento policial cuestionable. Nos veríamos impedidos de usar los lanzacables, ya que cualquier disminución adicional del circuito, que por ahora evitaba que el tipo se pusiera a devorar el protoplasma más cercano a su disposición, resultaría sin duda en su desafortunada liberación.

Resolvimos el dilema conectando al Conde con el encendedor de cigarrillos. En la batería tenía que haber suficiente voltaje para mantenerlo quieto hasta que terminara el turno.

Como no teníamos orden judicial o causa probable, nos vimos forzados a pagar la entrada y a obtener, con considerable dificultad, un recibo para que los miserables de contaduría nos reconocieran el viático, que nos fue entregado por el empleado de la boletería blindada, un individuo afro-norteamericano del tamaño y el comportamiento aproximados de un rinoceronte lobotomizado, quien nos arrojó el cambio sobre el mostrador al ritmo selvático de su propio y distante tamborilero.

El vestíbulo estaba iluminado por un solo reflector de luz negra reciclado de un burdel hippie. Lo único que quedaba en el abandonado puesto de comida era una máquina de palomitas de maíz tostado, llena de cucarachas intostadas y ahogadas en aceite rancio. Desde la oscura escalera que descendía hasta los excusados llegaba un aroma ácido a orina muerta y a luchadores vivos.

Se oían vagamente unos gruñidos embozados y unos baboseos indescriptibles que partían de la banda sonora de la película que estaban dando adentro, pero parecía preferible exponerse a cualquier cosa antes que ir a investigar a las criaturas de la verde letrina.

Subimos por un tramo de escalera oscura, atravesando un revoltijo de vida animal, y entramos en el sector del palco. En la pantalla deshilachada y veteada de gris los órganos latían en primer plano, y media docena de agentes de viaje, desparramados en las butacas, hacían lo propio bajo sus chaquetones.

Logramos llegar a la primera fila, tomamos asiento y echamos un vistazo abajo, a la platea. El público de allí consistía en alrededor de treinta individuos similares, quizás la mitad de ellos conscientes. Se escuchaban ocasionales murmullos sudorosos y gruñidos malsanos, pero los sujetos parecían pacíficos y no involucrados en actividad ilegal alguna.

- ¿Y ahora qué, Joe?

- Esperemos el espectáculo en vivo.

Nos quedamos sentados hasta que finalizó "Las Chicas del Gulag se Vuelven Locas". Después de diez minutos de comenzada "Cerdozombis Vampiros del Espacio Exterior", media docena de figuras oscuras se introdujeron en la platea desde atrás y comenzaron a alfiletear al público.

- ¡Están entrando!

- ¡Vamos a agarrarlos!

Corrimos a la salida y bajamos por la escalera, donde para entonces las ratas y las cucarachas lanzaban aullidos ultrasónicos en contrapunto con los horribles sonidos que brotaban de la platea, ahogados por la mampostería divisoria hasta

quedar convertidos en algo no más feroz que una festichola en un criadero de martas.

Llegamos al vestíbulo justo cuando el último escuadrón minorista desaparecía en la oscuridad de la escalera que bajaba al excusado. La idea de descender por el orificio anal de Calcuta tras ellos era algo que no hacía mucho por incentivar nuestra devoción al cumplimiento del deber.

Miré el reloj. Cincuenta y un minutos para el final del turno. ¿Que tal vez serían mejor aprovechados entregando multas por mal estacionamiento en Wilshire?

- ¡OJOS ANIMALES HERVIDOS EN SANGRE!
- ¡YO SOY EL CAPRICHO!
- ¡EL PUEBLO AL PODER DE LA SEXOMAQUINA DE HIERRO!
- ¡CHUPEN TRIPAS DE POLLO!

El contenido recombinao del Cine Sexray hizo erupción en el vestíbulo, aullando, farfullando y desgarrándose unos a otros, pálidos holgazanes de pornoteatro transformados en una manada de Godzillas sedientos de sangre. Hicieron añicos el vidrio del puesto de comida, despedazaron a golpes la máquina de palomitas de maíz y comenzaron a introducirse su contenido en las babeantes bocotas, lloriqueando y bufando de la manera más impúdica, mientras el movimiento browniano los arrastraba más o menos en dirección a las tiernas calles de la - la - landia.

De inmediato, la discreción se transformó en la madre del valor, ya que nuestro movimiento, decididamente más concentrado en un punto, nos llevó velozmente a descender por las escaleras del excusado hasta perdernos de vista. Hay veces en que resulta muy lógico trocar una jaquica terminal por un estómago revuelto.

El pasillo estaba iluminado con una bombita de 40 watts, apenas suficiente para revelar los teléfonos públicos destrozados y el gato momificado que estaba crucificado con jeringas hipodérmicas contra la puerta del baño de hombres. Bajo la puerta del baño de damas había una trémula línea de luz pálida y amarillenta que denotaba la posible presencia de los perpetradores.

Cautelosamente, tanteé la puerta con el hombro.

- Está cerrada con llave.
- ¿Procedemos según el manual, Joe?
- ¿Qué otra cosa nos queda?

Apuntamos nuestras General Dynamics hacia la ofensiva puerta.

- ¡Departamento de Policía de Los Angeles - anuncié, rapeando elegantemente -, abran en nombre de la ley!

Cuando esto no provocó nada más que unos gruñidos poco cooperativos del lado de adentro, retrocedimos unos pasos y disparamos dos descargas dum - dum más o menos a quemarropa.

La puerta explotó hacia adentro en una nube de astillas voladoras y humo de cordita, bajo cuya protección nos introdujimos en el local.

- ¡Quietos!
- ¡Quedan arrestados!
- Tienen derecho a permanecer callados...
- Tienen derecho a consultar...

Las puertas de los retretes individuales habían sido arrancadas de sus goznes. Los inodoros aparecían ubicados en hilera, y el emplasto amarillento y grumoso que se apreciaba en su interior nos proveyó de la evidencia circunstancial de que los mismos estaban siendo utilizados como tanques de cultivo del virus.

Por cierto, un individuo de raza blanca ataviado únicamente con pantaloncitos de jockey y una gorra de los Dodgers con la visera hacia atrás, en posición de catcher, estaba dedicándose a sumergir un carnoso puñado de alfileres dentro de uno de los inodoros.

Había otros seis sospechosos presentes. Un sujeto afro-norteamericano vestido con botas hasta los muslos y una ensangrentada túnica de Hare Krishna. Un Lagartocuero con un destornillador Philips atravesado desprolijamente en el lóbulo de la oreja izquierda. Un Cowboy del Boulevard Hollywood succionando ávidamente del pescuezo de una paloma decapitada. Un individuo que no tenía puesto más que la mugrienta parte superior de un disfraz de gorila. Algo enorme y cubierto de pelo, barba y bolsas plásticas de lavandería, que tenía aferrado un bate de béisbol tachonado de hojas de afeitar.

Sentada sobre las baldosas blancas manchadas de orina y rodeada de harapientas planchas de embalaje de espuma, en posición de medio loto y bien erizada de alfileres, había una criatura esquelética con ojos como platillos voladores y trenzas grises que hacía mucho tiempo habían sido entrelazadas con rabos de ratas en descomposición. Lucía una manchada remera de Bart Simpson sobre cuya impronta se habían garrapateado con sangre, crudamente, las palabras "¡Charlie Vive!". Sus piernas huesudas y fibrosos brazos estaban repletos de lo que parecían ser alfileres del producto.

- ¡Bienvenidos a la Jaula Darwiniana de los Monos del Aullido de Hierro! - nos farfulló en jerigonza, enterrándose otro alfiler en el glúteo.

- ¿Qué piensas, Joe?

- A mí me parece que es la Gran Enchilada.

- ¡Soy los Hijos de la Noche!

- Seguro, amigo - dije, sacando prontamente las esposas.

- ¡Hombre de la puerta trasera! ¡La gente come lo que las ratas no entienden!

- Puede contárnoslo todo en la central, señor.

- ¡A troche y moche, mis corazoncitos! ¡Chupen sangre de cerdo! - chilló, agarrando un puñado de alfileres y clavándoselos en la parte superior de la cabeza.

Se nos vinieron encima, desvainando oxidados cuchillos de monte, ganchos de estibador, barretas de hierro, botellas rotas de Perrier, media tonelada de carne cruda y más, bamboleándose, tambaleándose, tropezándose y brincando hacia nosotros con indudables intenciones ilegales.

No disparamos balas innecesarias. Teníamos causa probable de presunción de resistencia al arresto, Teniente, está todo en el informe.

Sin implicar un aval a productos ilegales, señora, hay que reconocer la eficiencia de la General Dynamics en esta situación táctica.

El Lagartocuero explotó en una nube voladora de mercadería selecta de McDonald's. El disfrazado de gorila, después de que le volamos la cabeza contra la pared del retrete, se balanceó hacia adelante varios pasos para luego caer al piso contorsionándose, sacudiéndose y manando coágulos. El Hare Krishna alcanzó el sushi satori en la mitad de un mantra. El Cowboy de Hollywood llegó al Paraíso de las Hamburguesas. Le di al fanático de los Dodgers cuando salía del retrete y envié la mitad de su cuerpo de vuelta al interior del inodoro.

El monstruo de las bolsas de lavandería, no obstante, había retirado la parte superior del cráneo de mi compañero con su bate de béisbol tachonado de hojas de afeitar, y se encontraba escarbándolo con la lengua y los dedos.

A nadie le gusta un mata-polizontes, señor, y la ineptitud de los jueces a la hora de emplear la cámara de gas en casos semejantes, como Dios manda, no ayuda a fomentar un excesivo autocontrol en tales circunstancias, señora. Está todo en el informe, Teniente. Le inserté el caño de mi arma entre las nalgas y le volé el culo.

El excusado estaba ahogado en humo químico. Unos glóbulos de sangre primorosamente divididos aún estaban atravesando el proceso de precipitación desde la atmósfera en Primera Etapa de Alerta de Smog. El cuarto reverberaba como el interior de un tambor jamaicano. Toda clase de partes de cuerpos, depositadas en icorosas charcas rojas, despedían sangre a chorros y sufrían espasmos. Sesos e intestinos se escurrían por las paredes.

El supuesto cabecilla todavía estaba sentado en su lugar, enterrando puñados de alfileres en su anatomía y farfullando incoherencias, aparentemente indiferente a los restos de sus colegas que le chorreaban por el corpus como cerveza Heinz extra-espesa.

Un panorama repugnante, Teniente, pero era el único arresto de la ciudad, y no había otro que lo hiciera.

Las esposas quedaban definitivamente contraindicadas, viendo cómo los puños del sospechoso agitaban varias docenas de muestras gratis surtidas de los mismos alfileres que habían precipitado esta intervención policial. En consecuencia, mantuve una distancia adecuada y le disparé un lanzacable en el plexo solar.

Elevé el voltajugo hasta el nivel hacha, a fin de dejar al sospechoso en coma mientras regresaba al patrullero para asegurarme la presencia de un camión frigorífico y refuerzos, pero él no perdió el conocimiento. En cambio, sus ojos empezaron a dar vueltas asincrónicamente al tiempo que algunos músculos temblaban y se sacudían al azar, mientras continuaba desvariando.

- ¡Alfileres a las pústulas del lagartoware del cementerio! ¡Convoco a los monos mueleorgones recombinados de la máquina de agujeros negros para que lo consideren como la evolución en acción!

Cada pocos fonemas, la voz del sospechoso variaba de timbre, tono, volumen, ritmo y cadencia, produciendo el efecto de una cotorreante multitud de maniáticos babosos inyectados con púas de tocadiscos al azar.

No había duda de que esta era precisamente la naturaleza de la bestia, con el carneaware completamente infectado de memes fragmentados y recombinados al punto de que el único sistema operativo del tablero de control era la voz del remolino neurológico que hacía chasquear las sinapsis sin ton ni son en la gama de los bajos.

Aun así, se me ocurrió que sería posible obtener del sospechoso alguna frase coherente, empleando el método utilizado para interrogar al Conde. Puesto que ya le habíamos leído sus derechos, el testimonio adquirido resultaría admisible en la corte.

- Muy bien, amigo, ¿quiere hablarme de eso? - dije, aplicándole una carga de corriente que le hizo despedir humo por las orejas -. No puedo prometerle un jardín de rosas, pero será mejor considerado en la corte si el informe dice que usted cooperó.

- ¡El caos es el enemigo del orden! ¡Haz lo que yo! ¡Deja que tus memes caminen al ritmo de la música de las esferas colectivas de Belcebú! ¡Inclínate ante Elvis!



- ¿Está usted tratando de decirme que este es sólo otro culto loco de la-landia, señor?

- ¡Obligamos al Diablo a hacerlo! ¡La Fuerza está con nosotros! ¡Considérenlo como la fabricadora de salchichas de la evolución en acción!

- No me venga con toda esa farsa prigogenética, amigo - le dije, poniéndole otra descarga -. No me venga con esa cháchara sobre el estado superior de conciencia que emerge al remezclar el equipo neurológico de Mandelbrot. Soy un oficial de policía profesional, señor, y todo eso ya lo escuché antes.

Por supuesto que lo había escuchado. De boca de todos los clavalfileres de los bajos fondos que alegaban ser los agentes secretos de la evolución. Sólo cumplo con mi deber, oficial. ¡No se puede hacer una evolución sin romper algunos huevos milenarios!

Incluso he oído que tales villanos callejeros presumen de sugerir que el mismísimo Joe Friday no es más que un meme con placa y cachiporra que mantiene un orden inestable en las cazuelas de sesos de la fuerza policial, cuyo carneware ya está absolutamente saturado de restos de programas de personalidad anteriores.

"Mike Hammer, Wyatt the Kid, Bull Tracy, y toda la dotación sobrehumana del Palacio Porker son los fantasmas de tu máquina, Friday", tuvo la temeridad de mofárseme uno de estos malandrines antes de ser silenciado con un tiro breve y certero. "La policía encuentra sus propias aplicaciones".

Aun así, había algo acerca de su modus operandi que parecía requerir mayores investigaciones. Los sospechosos habían alfileteado al público de la platea sin que existiera transferencia de papel moneda. ¿Esa era forma de llevar adelante una operación de alfileteado? Que sus genes patrióticos no se sientan ultrajados, señor, pero esto tenía visos de... bueno, comunista.

- ¿No será usted alguna clase de agente secreto bolchevique, contaminando nuestros fluidos vitales cerebrales, para convertir al cuerpo político en una diluida sopa lumpenproletaria y servírsela a sus amos secretos del Instituto Pavlov, verdad, amigo? - inquirí, dándole una sacudida que dejó a su cuerpo con el mal de San Vito y aceleró hasta un chillón y sincopado 78 el giradiscos de su balbuceo.

- ¡Eres lo que te come tú pero más soldados vampiros del primer terror del amanecer canto el Batiubermensch con sabroso baño de azúcar cerebral! ¡Toda tu vida has esperado la llegada de este momento!

Ciertamente, no de ese momento, señor, cuando algo me agarró por detrás y, gruñendo y babeando, me hundió los colmillos en la nuca.

- Te dolerá solamente por mil años de garras al rojo vivo - prometió el cabecilla -, y después... ¡Cuchilla Eterna!

Giré a la derecha, arrancando el cuello de las pinzas ofensivas, no sin perder un succulento bocado de mi propio protoplasma personal, empuñando la General Dynamics para hacer efectivo el procedimiento policiaco terminal.

- ¡EL PEQUEÑO ASESINA AL AMO! ¡UN MORDISCO ME AGRANDA UN MORDISCO TE DEJA POR EL SUELO! ¡PERO LOS SESOS QUE MAMA TE DIO QUEDAN CONTRA LA PARED!

Indudablemente, algún mono engrasado del depósito de patrullas había vuelto a instalar en mi auto una batería espuria reacondicionada, en lugar de la batería ultrapesada multiclima que requerían claramente las especificaciones. El desafortunado resultado ahora se encontraba ante mí, con ira en los ojos y mi sangre en los labios, amén de que ahora yo también iba a tener que empujar el

auto. Escatiman en gastos insignificantes y después derrochan a lo grande, Teniente.

Tratando de agarrarme de nuevo estaba el Conde, liberado de su conexión electrónica con el encendedor debido a la defunción de la batería, babeando mazacotes rojizos de mi propia flor y nata, y evidenciando claramente y a todo pulmón su deseo de mayores intenciones dañinas.

Al mismo tiempo que jalaba el gatillo, me di cuenta de que mis movimientos habían desprendido del cuerpo del cabecilla el lanzacable de mi arma, pero para entonces Joe Friday parecía haber desaparecido, gracias a los ponzoñosos alfileres que el Conde había incrustado en mis tiernas carnes.

A los hechos, señora. El contenido recombinado de los inodoros que chorreaba de los colmillos del Conde había mutado hasta convertirse en algo vampíricamente infeccioso.

Mientras el Conde explotaba en gazpacho, sentí múltiples picaduras de insectos en la espalda. Estiré los brazos y me arranqué un puñado de alfileres.

Al tiempo que lo hacía, sentí otra descarga, y al darme vuelta recibí un beso de alfileres en la boca, todos provenientes de los puñados que me estaba arrojando con ambas manos el único cuerpo caliente que quedaba.

- ¡AHORA ES LA HORA DEL TODO O NADA! ¡ESTE CHANCHITO SE VA A COMPRAR LOS DROGAVINCULOS DE LOS MUERTOS VIVOS! ¡CONSIDÉRALO COMO SESOMURCIELAGOS VAMPIROS EN ACCIÓN!

No sé quién se apoderó de mí, señora. Quienquiera que haya sido, parecía bastante malhumorado, señor, no sin causa probable, entienda, Teniente.

- Gracias, señor, pero acabo de terminar mis labores - le dije -, aunque ahora que lo menciona, me vendría bien una comida caliente.

Así diciendo, pateé al perpetrador en la entrepierna, al tiempo que le disparaba una balacera derecho a la quijada, la cual hizo volar dientes ensangrentados, con la reconfortante sensación de haber lanzado una bola rápida a lo Nolan Ryan, con un fuerte golpe, a la esquina izquierda del campo de juego.

Me arrastré y coloqué mis rodillas sobre su pecho con un encantador sonido a costillas rotas y lo agarré de la garganta con mis garfios de carne, provocando en el sujeto resuellos y gorgoteos mientras le aplastaba la cabeza contra los ensangrentados mosaicos del piso. Estos gargarismos indecorosos, para no mencionar lo que le chorreaba de la nariz y la boca, poco hicieron por sofocar mi ira, señor, y continué quebrándole el coco contra el piso del excusado hasta que despidió su carne y su leche, las cuales comencé entonces a devorar ávidamente.

Es un trabajo sucio, señora, pero alguien tiene que hacerlo. Tuvimos que comernos los corazones y las mentes de la aldea global para salvarla, ¿no es cierto, Teniente? No se puede enseñar a una cotorra los procedimientos policíacos apropiados sin chupar unos huevos.

¿Quién se apoderó de mí? ¿Mike Hammer? ¿Jack el Cuchillo? ¿Mil años de series policiales levantadas de programación? ¿Mensajes espiritistas del Tío Charlie y sus Comandos de la Muerte en Autitos Playeros? Todos somos fortachones sin seso en este ómnibus, señor, hay ocho millones de historias en la ciudad desnuda, y esta fue una de ellas.

¿Usted no?

Sin embargo, cuando la alarma de mi reloj señaló el final del turno, y yo me encontraba engullendo materia cerebral que recogía del piso del baño, Joe Friday consideró necesario enviar a los muchachos de vuelta al cuarto trasero y tomar el control. Hasta La Flor y Nata de Los Angeles tiene sus avispados, y podía

imaginarme las chanzas de las que sería objeto en el escuadrón si me presentaba con esta facha.

Desde luego que los chicos del escuadrón podían llegar a adoptar actitudes diferentes del procedimiento policíaco apropiado si se les otorgaba el beneficio del virus vampiro que ahora latía alegremente en mis venas. Todos vivimos en tu Submarino Blanco y Negro, me dijo un fragmento de personificación, y a los Despreciables Azules también les iba a venir bien brincar un poco entre los tulipanes.

Considérelo como que yo estaba cumpliendo con mi obligación ante lo más granado de la evolución en acción, Teniente. Piense en las madres condecoradas cuya patriótica ensalada cerebral pereció para llenar mis colmillos con las personalidades policíacas más selectas de Los Angeles, un Seleccionado Estrella de legendarios esbirros de la ley.

¿Quedará Mike Hammer fuera de programación para siempre? ¿Jamás volverán Doc y Wyatt a ver otro Corral OK? ¿Sucumbirá el ángel vengador de Bronson bajo el hacha de Nielsen? ¿Acaso Bernie Goetz no asesinó por nuestros blancopálidos pecados liberales?

No tema, señor, contengo multitudes sindicalizadas, y muy pronto las reposiciones de programación encontrarán su fe en mí. La Flor y Nata de Los Angeles, pero más, mucho más, entienda, defendiendo la ley y el orden como Dios manda, suministrándole exactamente lo que usted necesita para dormir plácidamente en su ventajoso condominio cuando el sol rojo sangre se va escurriendo por el banco de smog.

Considérelo un procedimiento policíaco apropiado en acción, señora. Piense en el Sargento Joe Friday, allá afuera, con los muchachos azules de la Noche del Centro Parker.

Es un trabajo sabroso, señora, pero alguien consigue hacerlo.

Esta historia es verdadera.

Su cerebro ha sido alterado para proteger mi inocencia.

**FIN**

## James Tiptree Jr. - Y ASI SUCESIVAMENTE

En un rincón del salón de pasajeros el niño había logrado activar una pantalla de video.

- ¡Rovy! Te han dicho que no juegues con la pantalla durante el Salto. Ya sabes que allí no hay nada, son sólo lucecitas, querido... Ahora, vuelve a jugar.

Mientras la joven matrona-de-clan lo conducía de vuelta a los capullos algo ocurrió. Fue un sacudón muy leve, apenas lo suficiente para llamar la atención de los pasajeros somnolientos. Inmediatamente habló una voz serena, acompañada por el murmullo de la traducción múltiple.

- Habla el capitán. La discontinuidad momentánea que acabamos de experimentar es totalmente normal en esta modalidad del paraespacio. Tendremos una o dos más antes de llegar al complejo de Orión, donde estaremos en un par de unidades de tiempo de a bordo.

Ese episodio menudo estimuló la charla.

- Realmente compadezco a los jóvenes de hoy - la enorme criatura con ropas de mercader tamborileó en su pantalla de Noticias Galácticas, infló confortablemente las bolsas auditivas -. Ya pasaron los buenos tiempos. Diantre, cuando salí por primera vez, todo esto era una región fronteriza. Hacía falta valor para ir más allá de la Cruz del Norte. Uno redactaba el testamento antes del viaje. Aún recuerdo el primer Salto Transgaláctico.

- ¡Qué rápido ha cambiado todo! - se admiró su locuaz pequeño, que añadió, audaz -: Los jóvenes son tan apáticos. Aceptan todas estas maravillas como naturales, la idea del heroísmo les hace gracia.

- ¡Héroes! - refunfuñó el mercader -. ¡No ellos! - paseó una mirada desafiante por la lujosa cabina, lo que provocó gestos de asentimiento; de golpe un capullo giró para enfrentarlo y descubrir a un terráqueo con el uniforme gris de los Caminantes.

- El heroísmo es esencialmente un concepto espacial - dio suavemente el Caminante -. Los héroes se acaban al mismo tiempo que el espacio libre por explorar - se volvió como arrepentido de haber hablado, como un hombre que trata de sobrellevar una aflicción personal.

- Oh, ¿y qué opináis de ser Orfiano? - preguntó un brillante y joven reproductor -. ¡Eso sí que es heroísmo! Atravesó solo el Brazo en una pequeña cápsula - rió, coqueto.

- No es para tanto - murmuró una cultivada voz de Galfad; el lutroide que había estado usando el puesto de referencias se quitó los cables de recepción y le sonrió al reproductor con aire distante -. Tales proezas son apenas un canto de cisne, las sobras de la cosecha, si queréis. ¿Acaso Orfiano se lanzó a lo desconocido? De ningún modo. Simplemente ponía a prueba su capacidad personal. Jugaba al héroe. No - la voz del lutroide adquirió la claridad de un Cronista experto -. La fase primitiva ha concluido. La verdadera frontera ahora está dentro: el espacio interior - se ajustó la forrajera académica.

El mercader había vuelto a su pantalla.

- Pues aquí hay una bonita oferta - gruñó -. Un anillo solar en venta, en el sector Eridani. Hace tiempo que ese sector necesita desarrollo, y las posibilidades son buenas. ¡Si alguno de esos jóvenes iracundos se decidiera a inflar las

branquias y hacer algo... - golpeó al vástago en el hocico y le arrancó un maullido lastimero.

- Pero eso se parece demasiado al trabajo - agregó su interlocutor con un ánimo conciliador.

El Caminante había estado observando con callada hosquedad. Se inclinó hacia el lutroide.

- Habla usted del espacio interior. ¿Se refiere a las investigaciones psíquicas? ¿Exploraciones puramente subjetivas?

- De ninguna manera - dijo satisfecho el lutroide -. Los cultos psíquicos me parecen mero sensacionalismo. Me refiero a la realidad, a esa realidad más simple y profunda que yace más allá del alcance de las metodologías triviales de la ciencia, la realidad que sólo podemos abordar mediante lo que se llama experiencia estética o religiosa, la inmanencia divina, si prefiere...

- El arte o la religión no lo llevarían a Orión - objetó - un perro espacial gris del capullo contiguo -. Si no fuera por la ciencia no estaría usted brincando parsecs en una nave aleph.

- Quizá brincamos demasiado - sonrió el lutroide -. Quizá nuestra capacidad técnica nos hace brincar, como usted dice, sobre...

- ¿Y las guerras del Brazo? - gritó el joven reproductor -. Oh, la ciencia es horrible. Lloro cada vez que pienso en esa pobre gente - los grandes ojos humearon y la criatura se abrazó el cuerpo de manera sugestiva.

- Bien, no se puede culpar a la ciencia por lo que hacen con ella unos sabuesos con poder - masculló el perro espacial volviendo el capullo hacia el reproductor.

- Correcto - dijo otra voz, y el grupo se dispersó.

Los ojos soñadores del Caminante seguían fijos en el lutroide.

- Si usted está tan seguro de esa realidad más profunda de ese espacio interior - dijo serenamente -, ¿por qué casi no tiene uñas en la mano izquierda?

La mano izquierda del lutroide se arqueó y luego se estiró lentamente para revelar las uñas carcomidas. No carecía de disciplina.

- Reconozco el derecho de la orden a que usted pertenece, a hacer comentarios personales impertinentes - dijo con rigidez; luego suspiró Y sonrió -. Ah, desde luego. Admito que soy inmune al angst universal, la falta de nervio. El acechante temor al estancamiento y la decadencia, ahora que la vida ha llegado a los límites de la galaxia. Pero considero esto un desafío a la trascendencia que todos debemos lograr, y lograremos, mediante nuestros recursos interiores. Descubriremos nuestra frontera verdadera - cabeceó -. La vida nunca ha sorteado el desafío último.

- La vida nunca se ha topado con el desafío último - replicó el Caminante, sombrío -. Siempre que una raza, sociedad, planeta o sistema o federación o enjambre se hubo expandido hasta sus límites espaciales, luego empezó a decaer. Primero la paralización, luego una creciente entropía, degradación estructural, desorganización, muerte. En todos los casos, el proceso sólo fue detenido mediante la irrupción interna de nuevos pueblos. Tosco y simple espacio exterior. ¿Espacio interior? Considere a los veganos...

- ¡Exacto! - interrumpió el lutroide -. Eso lo refuta a usted. Los veganos estaban alcanzando los más fructíferos conceptos de realidad transfísica, conceptos que ciertamente debemos reconsiderar. Si la invasión mirmidia no hubiera causado tanta destrucción...

- Generalmente se ignora que cuando los mirmidios aterrizaron - dijo el Caminante en voz baja -, los veganos estaban devorando sus propias larvas y

utilizaban los tejidos de sueño sagrados como adorno. Muy pocos podían cantar, siquiera.

- ¡No!

- Por el Camino.

Las membranas nictitantes del lutroide le enturbiaron los ojos. Al cabo de un momento dijo formalmente:

- Lleve usted consigo la dádiva de la desesperación.

El Caminante susurraba como para sí mismo.

- ¿Quién vendrá a abrir nuestros cielos? Por primera vez la vida toda está cerrada en un espacio finito. ¿Quién puede rescatar una galaxia? Las Nubes son yermos y las zonas más allá no pueden ser cruzadas siquiera por la materia, mucho menos por la vida. Por primera vez hemos alcanzado el límite de veras.

- Pero los jóvenes - dijo el lutroide con serena angustia. - Los jóvenes lo perciben. Procuran inventar pseudofronteras, huidas subjetivas. Tal vez ese espacio interior pueda fascinarles un tiempo. Pero la desesperación cundirá. A la vida no se la engaña. Hemos llegado al fin de la infinitud, al fin de la esperanza.

El lutroide miró los ojos entornados del Caminante, alzando involuntariamente la sobrepelliz académica como un escudo.

- ¿Cree que no hay nada? ¿Ninguna salida?

- Sólo nos aguarda la prolongada e irreversible decadencia. Por primera vez sabemos que no hay nada más allá de nosotros mismos.

Al cabo de un momento el lutroide agachó la cabeza y los dos seres se dejaron amortajar por el silencio. La Galaxia se deslizaba fuera, invisible, vastísima, centelleante: una prisión finita. Sin salida.

En el corredor algo se movió a sus espaldas.

El niño Rovy se deslizaba sigilosamente hacia las pantallas que daban al no-espacio, los ojos intensos y brillantes.

**FIN**

## Damon Knight - SERVIR AL HOMBRE

Los kanamitas no eran muy atractivos, es cierto. Parecían un poco cerdos y un poco hombres, y ésta no es una combinación agradable. Verlos por vez primera era un auténtico shock; éste era su handicap. Cuando una cosa con el aspecto de una fiera viene de las estrellas y te ofrece un regalarlo, te sientes inclinado a no aceptarlo.

No sé cómo esperábamos que fueran los visitantes interestelares..., es decir, los que habíamos pensado alguna vez en ello. Quizá ángeles, o bien algo demasiado extraño para ser realmente espantoso. Posiblemente fue por eso que nos horrorizamos tanto y experimentamos tal repugnancia cuando aterrizaron en sus grandes naves y vimos cómo eran en realidad.

Los kanamitas eran bajos y muy peludos..., con pelos gruesos y erizados de un color grismarrón en todo su cuerpo abominablemente rechoncho. Su nariz parecía una trompa y tenían ojos pequeños, y manos muy gruesas de tres dedos cada una. Llevaban tirantes de cuero verde y pantalones cortos, pero creo que los pantalones eran una concesión a nuestras ideas sobre decencia pública. La ropa estaba cortada a la última moda, con bolsillos verticales y medio cinturón en la parte posterior. Sea como fuere, los kanamitas tenían sentido del humor.

Había tres de ellos en aquella sesión de las N.U., y puedo asegurarles que su presencia en una solemne Sesión Plenaria resultaba muy extraña..., tres rechonchas criaturas con aspecto de cerdos, vestidas con tirantes verdes y pantalones cortos, sentadas a la larga mesa de debajo de la tarima, rodeadas por los bancos atestados de delegados procedentes de todas las naciones. Estaban correctamente erguidos, y miraban cortésmente a todos los oradores. Sus orejas planas caían por encima de los audífonos. Creo que más tarde aprendieron todos los idiomas humanos, pero en aquella época sólo sabían francés e inglés.

Parecían completamente a sus anchas... y esto, junto con su sentido del humor, fue algo que me impulsó a experimentar cierta simpatía hacia ellos. Yo formaba parte de la minoría; no creía que fueran a atacar el mundo. Habían explicado que lo único que querían era ayudarnos y yo les creí. Como traductor de las N.U., mi opinión no importaba, pero me pareció que su venida era lo mejor que había ocurrido jamás a la Tierra.

El delegado de Argentina se puso en pie y dijo que su Gobierno estaba interesado en la demostración de una nueva y barata fuente de energía, que los kanamitas habían realizado en la sesión precedente, pero que el Gobierno argentino no podía comprometerse en cuanto a su política futura sin un examen mucho más concienzudo.

Era lo que decían todos los delegados, pero yo tuve que prestar particular atención al señor Valdés, porque tenía cierta tendencia a tartamudear y su dicción era mala. No tropecé con demasiadas dificultades en la traducción, y sólo tuve una o dos vacilaciones, tras lo cual conecté la línea polaco-inglés para oír cómo se las arreglaba Gregori con Janciewicz. Janciewicz era la cruz que Gregori tenía que soportar, igual que Valdés era la mía.

Janciewicz repitió las observaciones anteriores con unas cuantas variaciones ideológicas, y entonces el secretario general cedió la palabra al delegado de Francia, que presentó al doctor Denis Lévêque, el criminalista, y se procedió a introducir una gran cantidad de complicados aparatos.

El doctor Lévèque hizo hincapié en que la cuestión que preocupaba a mucha gente había sido expresada por el delegado de la URSS en la sesión precedente, al inquirir: «¿Cuál es el móvil de los kanamitas? ¿Qué se proponen al ofrecernos estos regalos sin precedentes sin pedir nada a cambio?» A continuación, el doctor dijo:

- A petición de varios delegados y con el pleno consentimiento de nuestros huéspedes, los kanamitas, mis compañeros y yo hemos elaborado una serie de pruebas con los aparatos que ven ustedes aquí. Ahora las repetiremos.

Un murmullo agitó la cámara. Hubo una descarga de flashes, y una de las cámaras de televisión pasó a enfocar el cuadro de instrumentos del equipo del doctor. Al mismo tiempo, la enorme pantalla de televisión que había detrás del podio se encendió, y vimos las esferas de dos cuadrantes, con sus respectivas manecillas en el cero, y una tira de papel con una aguja inmovilizada sobre ella, los ayudantes del doctor estaban fijando unos alambres a las sienes de uno de los kanamitas, anudando un tubo de goma envuelto en lona alrededor de su antebrazo, y pegando algo a la palma de su mano derecha.

En la pantalla, vimos que la tira de papel empezaba a moverse y la aguja trazaba un lento zigzag a lo largo de ella. Una de las manecillas empezó a saltar rítmicamente; la otra dio una sacudida y se detuvo, oscilando ligeramente.

- Estos son los instrumentos habituales para comprobar la verdad de una afirmación - dijo el doctor Lévèque -. Nuestro primer objetivo, puesto que la fisiología de los kanamitas es desconocida para nosotros, fue determinar si reaccionaban o no a estas pruebas del mismo modo que los humanos. Ahora repetiremos uno de los muchos experimentos que fueron realizados con el fin de averiguarlo.

Señaló hacia la primera esfera.

- Este instrumento registra el latido cardíaco del sujeto. Muestra la conductividad eléctrica de la piel en la palma de su mano, una medida de transpiración, que aumenta con el esfuerzo. Y éste - señalando hacia la tira de papel y la aguja - muestra el tipo de intensidad de las ondas eléctricas que emanan de su cerebro. Se ha demostrado, con sujetos humanos, que todas estas lecturas varían sensiblemente si el sujeto dice la verdad o no.

Cogió dos cartulinas, una roja y una negra. La roja era un cuadrado de un metro de lado aproximadamente; la negra era un rectángulo de un metro y medio de largo. Se volvió hacia el kanamita.

- ¿Cuál de los dos es el más largo?

- El rojo - dijo el kanamita.

Las dos agujas saltaron violentamente, al igual que la línea trazada sobre el papel.

- Repetiré la pregunta - dijo el doctor -. ¿Cuál de los dos es el más largo?

- El negro - contestó la criatura.

Esta vez los instrumentos continuaron su ritmo normal.

- ¿Cómo llegaron a este planeta? - preguntó el doctor.

- Andando - repuso el kanamita.

Los instrumentos volvieron a reaccionar, y un coro de risas ahogadas invadió la cámara.

- Una vez más - dijo el doctor -, ¿cómo llegaron a este planeta?

- En una nave espacial - contestó el kanamita, y los instrumentos no saltaron.

El doctor se enfrentó de nuevo con los delegados.



- Se realizaron muchos de estos experimentos - dijo -, y mis colegas y yo mismo estamos convencidos de que los mecanismos son efectivos. Ahora - se volvió hacia el kanamita - pediré a nuestro distinguido huésped que conteste a la pregunta formulada en la última sesión por el delegado de la URSS, es decir, ¿cuál es el motivo de que los kanamitas ofrezcan estos regalos a los habitantes de la Tierra?

El kanamita se levantó. En inglés, dijo:

- En mi planeta hay un proverbio: «Hay más misterios en una piedra que en la cabeza de un científico.» Los fines de los seres inteligentes, aunque a veces parezcan oscuros, son muy sencillos si se comparan con las complejidades del universo natural. Por lo tanto, espero que los habitantes de la Tierra me comprendan y me crean si les digo que nuestra misión en su planeta es simplemente ésta: traerles la paz y muchas cosas que nosotros mismos disfrutamos, y que en el pasado hemos llevado a otras razas esparcidas por toda la galaxia. Cuando su mundo deje de tener hambre, cuando deje de haber guerras y sufrimientos innecesarios, nos consideraremos recompensados.

Y las agujas no saltaron ni una sola vez.

El delegado de Ucrania se puso en pie de un salto, solicitando que se le cediera la palabra, pero el tiempo había finalizado y el secretario general cerró la sesión.

Encontré a Gregori cuando salíamos de la cámara de las N.U. Su rostro estaba encarnado de excitación.

- ¿Quién ha promovido este circo? - preguntó.

- Las pruebas me han parecido veraces - le dije.

- ¡Un circo! - exclamó con vehemencia - ¡Una farsa de segundo orden! Si eran veraces, Peter, ¿por qué se ha suprimido el debate?

- Seguramente mañana habrá tiempo para el debate.

- Mañana el doctor y sus instrumentos estarán de vuelta en París. Pueden ocurrir muchas cosas antes de mañana. En nombre del cielo, ¿cómo es posible que alguien confíe en unos seres que parecen alimentarse de niños?

Me sentí un poco molesto. Repuse:

- ¿Estás seguro de que no te preocupa más su política que su aspecto?

El repuso, «Bah», y se alejó.

Al día siguiente empezaron a llegar informes de todos los laboratorios gubernamentales del mundo donde la fuente energética de los kanamitas estaba siendo verificada. Eran tremendamente entusiásticos. Yo no entiendo de estas cuestiones, pero parecía que aquellas pequeñas cajas de metal proporcionarían más energía eléctrica que una pila atómica, por casi nada y para casi siempre. Y se decía que eran tan baratas de fabricar que todo el mundo podría tener una. A primeras horas de la tarde se sabía que diecisiete países ya habían empezado a edificar fábricas para elaborarlas.

Al día siguiente, los kanamitas mostraron los planos y muestras de un aparato que incrementaría la fertilidad de cualquier terreno cultivable de un sesenta a un ciento por ciento. Aceleraba la formación de nitratos en el subsuelo, o algo parecido. Ya no se hablaba de otra cosa más que de los kanamitas. Al día siguiente de esto, lanzaron su bomba.

- Ahora ya disponen de energía potencialmente ilimitada y mayor suministro alimenticio - dijo uno de ellos. Señaló con su mano de tres dedos hacia un instrumento que se encontraba sobre la mesa que había junto a él. Era una caja colocada encima de un trípode, con un reflector parabólico en la parte anterior -.

Hoy les ofrecemos un tercer regalo que, por lo menos, es tan importante como los dos primeros.

Hizo señas a los cámaras de la televisión para que tomaran un primer plano del aparato en cuestión. Entonces cogió una gran cartulina cubierta de dibujos y rótulos en inglés. Nosotros lo vimos en la pantalla de encima del podio; todo era claramente legible.

- Nos han informado de que esta emisión se transmite a todo su mundo - dijo el kanamita -. Deseo que todos los que tengan equipo apropiado para tomar fotografías de la pantalla de televisión, lo utilicen.

El secretario general se inclinó hacia delante y formuló vivamente una pregunta, que el kanamita ignoró.

- Este aparato - dijo - proyecta un campo en el cual ningún explosivo, sea de la naturaleza que fuere, puede estallar.

Reinó un silencio expectante.

El kanamita dijo:

- Ya no puede ser suprimido. Si una nación lo tiene, todas deben tenerlo.

Como nadie pareciera comprender, explicó bruscamente:

- No habrá más guerras.

Esta fue la mayor novedad del milenio, y resultó perfectamente cierta. Sucedió que los explosivos a los que se refiriera el kanamita incluían las explosiones de gasolina y diesel. Hicieron simplemente imposible que se armara o equipara un ejército moderno.

Naturalmente, hubiéramos podido volver a los arcos y flechas, pero esto no habría satisfecho a los militares. Y mucho menos después de tener bombas atómicas y todo el resto. Además, no habría ninguna razón para hacer la guerra. Todas las naciones tendrían pronto de todo.

Nadie volvió a dedicar otro pensamiento a los experimentos con el detector de mentiras, ni preguntó a los kanamitas cuál era su política. Gregori se sintió desconcertado; no tenía nada con qué probar sus sospechas.

Abandoné mi empleo en las N.U. unos meses después, porque preví que de todos modos tendría que acabar haciéndolo. En aquel momento, las N.U. estaban en auge, pero al cabo de uno o dos años no tendría nada que hacer. Todas las naciones de la Tierra estaban en camino de bastarse a sí mismas; no iban a necesitar mucho arbitraje.

Acepté un puesto de traductor en la Embajada kanamita, y fue allí donde volví a tropezarme con Gregori. Me alegré de verle, pero no pude imaginarme lo que estaba haciendo allí.

- Pensaba que estabas en la oposición - le dije -. No irás a decirme que te has convencido de la bondad de los kanamitas.

Me pareció avergonzado.

- Sea como fuere, no eran lo que yo creía - dijo.

Viniendo de él, esto era una verdadera concesión, y le invité a bajar al bar de la embajada para tomar una copa. Era un lugar muy íntimo, y él se puso confidencial al segundo daiquiri.

- Me fascinan - dijo -. Aún detesto instintivamente su aspecto..., esto no ha cambiado, pero me sobrepongo. Evidentemente, tú tenías razón; no querían hacernos más que bien. Pero ¿sabes? - se inclinó por encima de la mesa -, la pregunta del delegado soviético no fue contestada.

Me temo que solté una carcajada.

- No, hablo en serio - prosiguió -. Nos contaron lo que querían hacer... «traerles la paz y muchas cosas que nosotros mismos disfrutamos». Pero no dijeron por qué.

- ¿Por qué los misioneros...?

- ¡Tonterías! - exclamó airadamente -. Los misioneros tienen un motivo religioso. Si estas criaturas tienen una religión, nunca han hablado de ella. Te diré aún más, no enviaron a un grupo de misioneros, sino a una delegación diplomática... a un grupo que representaba la voluntad y política de todo su pueblo. Ahora bien, ¿qué tienen que ganar los kanamitas, como pueblo o como nación, con nuestro bienestar?

Yo dije:

- Cultura...

- ¡Qué cultura ni qué bobadas! No, es algo menos evidente, algo oscuro que pertenece a su psicología y no a la nuestra. Pero confía en mí, Peter, no existe una cosa tal como el altruismo completamente desinteresado. De una forma u otra, tienen algo que ganar...

- Y ésa es la razón de que estés aquí - dije -, intentar averiguarlo, ¿verdad?

- Exacto. Quería formar parte de uno de sus grupos de intercambio con destino a su planeta natal, pero no pude; el cupo estaba lleno una semana después de que hicieran el anuncio. En lugar de eso, estoy estudiando su idioma, y ya sabes que el idioma refleja las características básicas de las personas que lo utilizan. Ya domino bastante bien su jerga lingüística. No es muy difícil, la verdad, y me está proporcionando algunos indicios. Algunas expresiones son muy parecidas a las nuestras. Estoy seguro de que no tardaré en encontrar la solución.

- Todo es cuestión de estudio - dije, y volvimos a trabajar.

A partir de entonces vi a Gregori con frecuencia, y me mantuvo informado de sus progresos. Un mes después de aquella primera entrevista lo encontré enormemente excitado; dijo que había conseguido obtener un libro de los kanamitas y que estaba intentando descifrarlo. Escribían en ideogramas, peores que los chinos, pero estaba decidido a desentrañarlo aunque le costara años. Quería que yo le ayudara.

Bueno, me interesó a pesar mío, pues sabía que sería una larga tarea. Pasamos algunas tardes juntos, trabajando con material extraído de los tabloncillos de anuncios kanamitas y sitios por el estilo, así como del diccionario inglés-kanamita extremadamente limitado que proporcionaban al personal. Al principio me remordía la conciencia acerca del libro robado, pero gradualmente fui sintiéndome absorbido por el problema. Al fin y al cabo, los idiomas son mi fuerte. No pude evitar sentirme fascinado.

Desciframos el título a las pocas semanas. Era *Cómo servir al hombre*, evidentemente un manual que distribuían entre los nuevos miembros kanamitas del personal de la embajada. Ahora llegaban continuamente, un cargamento una vez al mes; estaban abriendo toda clase de laboratorios de investigación, clínicas y así sucesivamente. Si en la Tierra había alguien que desconfiaba de ellos aparte de Gregori, debía encontrarse en el Tíbet.

Era asombroso ver los cambios que se habían forjado en menos de un año. Ya no había ejércitos permanentes, ni escasez, ni desempleo. Cuando cogías un periódico no veías las palabras «BOMBA H» o «V-2»; las noticias siempre eran buenas. resultaba difícil acostumbrarse a ello. Los kanamitas estaban trabajando en bioquímica humana, y en nuestra embajada corría la voz de que estaban a punto de anunciar métodos para hacer nuestra raza más alta, más fuerte y más

sana -prácticamente una raza de superhombres- y ya tenían una cura potencial para las enfermedades cardíacas y el cáncer.

Estuve quince días sin ver a Gregori después de haber descifrado el título del libro; me fui de vacaciones a Canadá. Al volver, me quedé impresionado al observar el cambio que había experimentado.

- ¿Qué ha pasado, Gregori? - le pregunté -. Pareces el demonio en persona.

- Bajemos al bar.

Fui con él, y se tomó un escocés de un solo trago como si lo necesitara.

- Vamos, hombre, ¿qué es lo que pasa? - apremié.

- Los kanamitas me han incluido en la lista de pasajeros de la próxima nave de intercambio - dijo -. A ti también, de lo contrario no estaría hablando contigo.

- Bueno - dije -, pero...

- No son altruistas.

Intenté razonar con él. Le hice notar que habían convertido la Tierra en un paraíso comparándola con lo que era antes. El se limitó a menear la cabeza.

Entonces le pregunté:

- Bueno, ¿qué hay de las pruebas realizadas con el detector de mentiras?

- Una farsa - replicó, sin calor -. Ya te lo dije en su momento. Sin embargo, en aquella ocasión dijeron la verdad.

- ¿Y el libro? - pregunté, molesto -. ¿Qué hay de ese... Cómo servir al hombre? Eso no te lo dieron para que lo leyeras. Está escrito en serio. ¿Cómo puedes explicarlo?

- He leído el primer párrafo de ese libro - dijo -. ¿Por qué crees que llevo una semana sin dormir?

- ¿Por qué? - inquirí yo, y él esbozó una extraña sonrisa.

- Es un libro de cocina - repuso.

**FIN**

## Robert Silverberg - BUENAS NOTICIAS DEL VATICANO

Esta es la mañana que todos estuvimos esperando: por fin el cardenal robot va a ser elegido Papa. Ya no caben más dudas acerca del resultado. Hace varios días que el cónclave está estancado debido a la puja entre los obstinados partidarios del cardenal Asciaga de Milán y los del cardenal Carciofo de Génova, y se está difundiendo el rumor de que se busca un candidato de transición. En este momento todas las facciones coinciden en propiciar la candidatura del robot. Esta mañana leí en el *Osservatore Romano* que la mismísima computadora del Vaticano intervino en las deliberaciones, apoyando en todo momento y fervorosamente la candidatura del robot. Supongo que no es de sorprender esta lealtad entre máquinas. Tampoco es un motivo para que nos desmoralicemos. Decididamente, no debemos desmoralizarnos.

- Cada época tiene el Papa que se merece - observó un poco sombríamente el obispo FitzPatrick durante el desayuno -. ¿Quién puede dudar de que el Papa más adecuado para nuestros tiempos es un robot? En algún futuro no muy lejano puede llegar a ser deseable que el Papa sea una ballena, un automóvil, un gato o una montaña.

El obispo FitzPatrick tiene una estatura que sobrepasa holgadamente los dos metros y la expresión habitual de su rostro es mórbida y apesadumbrada. De modo que resulta imposible determinar si ciertas cosas que dice reflejan angustia existencial o plácida aceptación. Muchos años atrás fue la estrella entre los jugadores del equipo de básquet de la cofradía de la Santa Cruz. Ahora está en Roma para investigar la biografía de San Marcelo el Justo.

Estuvimos observando el desarrollo del drama de la elección papal desde la terraza de un café a varias cuadras de la Plaza de San Pedro. Ninguno de nosotros esperaba que las vacaciones nos redituaran un espectáculo como éste: el Papa anterior tenía fama de gozar de buena salud y no había razón para sospechar que hubiera que elegirle un sucesor en el curso del verano.

Todas las mañanas llegamos en taxi desde nuestro hotel en Vía Véneto y nos instalamos en nuestros lugares habituales alrededor de «nuestra» mesa. Desde donde estamos ubicados vemos con claridad la chimenea del Vaticano, por donde sale el humo que echan las papeletas al arder: humo negro si no se eligió Papa, blanco si el cónclave tuvo éxito. Luigi, propietario y maitre del local, nos trae automáticamente nuestras bebidas preferidas: Fernet Branca para el obispo FitzPatrick, Campari con soda para el rabino Mueller, café a la turca para la señorita Harshaw, jugo de limón para Kenneth y Beverly y pernod con hielo para mí. Nos turnamos para pagar la adición, aunque hay que decir que Kenneth no pagó ni una sola vez desde que empezó nuestra vigilia. Ayer le tocó a la señorita Harshaw, y en el momento de pagar vació el monedero y se encontró con que le faltaban 350 liras; no tenía ni un peso más, sólo un cheque de viajero. Los demás miramos a Kenneth intencionadamente pero él siguió bebiendo con toda tranquilidad su jugo de limón. Después de un instante de tensión el rabino Mueller sacó una moneda de 500 liras y con un gesto bastante violento arrojó la pesada pieza de plata sobre la mesa. El rabino es famoso por sus pocas pulgas y su vehemencia. Tiene veintiocho años, suele andar vestido con una elegante casaca escocesa y anteojos de sol plateados, y a menudo se jacta de no haber celebrado ninguna bar mitzvah para su congregación, que está en el condado de Wicomico,

en Maryland. Considera que es un rito vulgar y obsoleto, e indefectiblemente contrata para todas sus bar mitzvahs a una organización de clérigos ambulantes que tienen la concesión y se ocupan de esos asuntos a cambio de una comisión. El rabino Mueller es una autoridad en ángeles.

Nuestro grupo tiene opiniones divididas en cuanto a las bondades de la elección de un robot como nuevo Papa. El obispo FitzPatrick, el rabino Mueller y yo apoyamos la idea. La señorita Harshaw, Kenneth y Beverly se oponen. Es interesante puntualizar que nuestros dos caballeros con hábito religioso, uno ya mayor y el otro muy joven, dan su aprobación a este desvío de la tradición, en tanto que nuestros tres contestatarios se oponen.

No estoy seguro de por qué me alinee junto a los progresistas. Soy un hombre de edad madura y de conducta bastante moderada. Y jamás me preocupó por los asuntos de la Iglesia Romana. No estoy familiarizado con el dogma católico ni estoy al tanto de las nuevas corrientes del pensamiento eclesiástico. Sin embargo, estoy deseando que elijan al robot desde que comenzó el cónclave.

Me pregunto por qué. ¿Acaso porque la imagen de una criatura de metal en el trono de San Pedro estimula mi imaginación y gratifica mi gusto por lo incongruente? En otras palabras ¿es una cuestión puramente estética mi apoyo al robot? ¿O es más bien el resultado de mi cobardía moral? ¿Acaso tengo la secreta esperanza de que este gesto nos libre de los robots? ¿Acaso me digo para mis adentros: «Dénles el Papado y tal vez no pidan otras cosas por algún tiempo»? No. No puedo creer algo tan indigno de mí mismo. Es posible que esté en favor del robot porque soy una persona de una sensibilidad poco común frente a las necesidades de los demás.

- De ser elegido - dice el rabino Mueller - ya tiene planeado un acuerdo inmediato con el Dalai Lama, y una conexión recíproca con la programadora principal de la Iglesia Ortodoxa Griega. Y eso es sólo el comienzo. Según dicen, también habrá una apertura ecuménica hacia el rabinato, algo realmente deseable para todos.

- No me cabe duda que habrá muchos cambios en las costumbres y las prácticas de la jerarquía eclesiásticas - declara el obispo FitzPatrick -. Se supone que se introducirán mejoras en las técnicas para recoger información, dado que la computadora del Vaticano va a desempeñar un papel fundamental en las operaciones de la Curia. Fíjense, por ejemplo, lo que sucede con...

- La sola idea me resulta repugnante - dice Kenneth. Es un hombre joven, llamativo, de cabello blanco y ojos rosados. Beverly es su hermana o su esposa, rara vez habla. Kenneth hace la señal de la cruz con una brusquedad grosera y murmura:

- En el nombre del Padre, del Hijo y del Autómata Santo.

La señorita Harshaw se ríe pero se detiene cuando ve mi cara de desaprobación.

Abatido pero haciendo caso omiso de la interrupción, el obispo FitzPatrick continúa.

- Fíjense, por ejemplo, en lo que sucede con estas cifras que obtuve ayer por la tarde. Leí en el periódico Oggi que, de acuerdo con un vocero de las Misiones Catholicae, el número de los miembros yugoslavos de la Iglesia habían pasado de 19.381.403 a 23.501.062 en los últimos cinco años. Pero resulta que el último censo oficial, el del año pasado, arroja un total de población de 23.575.194 habitantes para toda Yugoslavia. Eso dejaría un resto de sólo 74.132 para yugoslavos pertenecientes a otras religiones o a ninguna. Como estoy al tanto de

que hay una importante población musulmana en Yugoslavia, sospeché que había algún error en las estadísticas publicadas y consulté con la computadora de San Pedro, que me informó... - el obispo hace una pausa y saca una larga hoja impresa que despliega sobre la mesa, cubriéndola casi por entero -.. que el último censo de fieles yugoslavos realizado un año y medio atrás, arroja un total de 14.206.198 católicos. Es decir que se incurrió en una exageración de 9.294.864. Lo cual es absurdo. Y además se difundió el error, lo que ya es condenable.

- ¿Cómo es él? - pregunta la señorita Harshaw -. ¿Alguien tiene idea?

- Es como todos los demás - dice Kenneth -. Una reluciente caja metálica con ruedas abajo y ojos arriba.

- Usted no lo ha visto, - interrumpió el obispo FitzPatrick - y no creo que tenga derecho a suponer que...

- Son todos iguales - dice Kenneth -. Una vez que se vio uno se los vio todos. Cajas relucientes, Ruedas. Ojos. Y voces que salen de sus estómagos como eructos mecánicos. Por dentro son puras ruedas dentadas y engranajes. - Kenneth se estremece suavemente. - Es demasiado para que yo pueda aceptarlo. ¿Qué les parece si pedimos otra vuelta?

- En cambio da la casualidad que yo lo vi con mis propios ojos - dice el rabino Mueller.

- ¿Usted lo vio realmente? - salta Beverly.

Kenneth hace una mueca de disgusto. Luigi se aproxima trayendo una bandeja con más tragos para todos. Le alcanzo un billete de cinco mil liras. El rabino Mueller se saca los anteojos de sol y empaña con el aliento las pulidas superficies espejadas. Tiene ojos pequeños, de un gris acuoso, y un marcado estrabismo.

- El cardenal fue el orador principal en el Congreso Mundial del Judaísmo que se celebró el otoño pasado en Beirut. Su tema fue «Ecumenismo cibernético para el hombre contemporáneo». Yo estuve allí. Puedo asegurarles que Su Eminencia es alto y distinguido, que tiene una hermosa voz y una sonrisa amable. Hay una melancolía natural en su expresión, que me recuerda mucho a nuestro amigo el obispo, aquí presente. Sus movimientos son armoniosos y su ingenio agudo.

- Pero está montado sobre ruedas ¿no es cierto? - insiste Kenneth.

- Sobre cadenas - corrige el rabino, echándole a Kenneth una mirada fulminante y terrible y concentrándose nuevamente en sus anteojos de sol -. Cadenas, como las de un tractor. Pero no creo que, desde un punto de vista espiritual, las cadenas sean inferiores a los pies o a las ruedas, que para el caso da lo mismo. Si yo fuera católico me enorgullecería de tener a semejante hombre como Papa.

- No es un hombre - interviene la señorita Harshaw. Su voz tiene un dejo de frivolidad siempre que se dirige al rabino Mueller. - Es un robot, no un hombre ¿recuerda?

- Semejante robot como Papa, entonces - dice el rabino Mueller, encogiéndose de hombros ante la corrección. Levanta su vaso. - ¡Por el nuevo Papa! ¡Por el nuevo Papa! - exclama el obispo FitzPatrick.

Luigi sale corriendo del local. Kenneth le indica con la mano que no hace falta que venga.

- Un momento - dice Kenneth -. La elección todavía no terminó. ¿Cómo pueden estar tan seguros del resultado?

- El Osservatore Romano - le digo - señala en la edición de esta mañana que ya está todo resuelto. El Cardenal Carciofo consintió en retirar su candidatura y

darle su apoyo al robot a cambio de una mayor asignación de tiempo real cuando se sancionen las nuevas horas de computación en el consistorio del año próximo.

- En otras palabras, ya está todo cocinado - dice Kenneth.

El obispo FitzPatrick sacude tristemente la cabeza:

- Planteas las cosas en forma demasiado áspera, hijo mío. Hace tres semanas que estamos huérfanos de un Santo Padre. Es la Voluntad de Dios que tengamos un Papa; el cónclave, incapaz de elegir entre las candidaturas del cardenal Carciofo y el cardenal Ascigua, pone obstáculos a esa Voluntad; es necesario, pues, hacer ciertas concesiones a las realidades de los tiempos para que no siga frustrándose Su Voluntad. Prolongar la politiquería del cónclave se convierte en algo pecaminoso en estos momentos. El cardenal Carciofo sacrifica sus ambiciones personales, pero no en un acto egoísta como parece sugerir.

Kenneth sigue atacando los móviles del pobre Carciofo para retirar su candidatura. Beverly aplaude de vez en cuando sus crueles humoradas. La señorita Harshaw reitera una y otra vez su decisión de no seguir siendo miembro activo de una Iglesia cuyo jefe sea una máquina. Yo encuentro la discusión desagradable y aparto mi silla de la mesa para poder ver mejor el Vaticano. En este momento los cardenales están reunidos en la Capilla Sixtina. ¡Cómo me gustaría estar allí! ¡Qué espléndidos misterios estarán celebrándose en esa sala magnífica y sombría! En este momento los príncipes de la Iglesia están sentados, cada uno en un pequeño trono cubierto por un dosel color violeta. Sobre los escritorios que hay frente a los tronos brillan gruesos cirios, Los maestros de ceremonias se desplazan solemnemente a través de la vasta habitación, llevando las vasijas de plata en las que reposan las papeletas vacías y que depositarán sobre la mesa que hay frente al altar. Uno a uno, los cardenales avanzan hacia la mesa, recogen la papeleta y vuelven a sus escritorios. Luego levantan sus lapiceras de pluma y comienzan a escribir: «Yo, el cardenal... elijo para Supremo Pontificado al Muy Reverendo Señor mi Señor el Cardenal...» ¿Qué nombre colocan? ¿El de Carciofo? ¿El de Ascigua? ¿El de algún oscuro y marchito prelado de Madrid o de Heidelberg, la desesperada alternativa de último momento para la facción contraria a los robots? ¿O acaso están escribiendo el nombre de él? El sonido de las plumas que rasgan el papel resuena profundamente en la capilla. Los cardenales están completando sus votos, sellando las papeletas en los bordes, doblándolas, volviéndolas a doblar una y otra vez, llevándolas al altar, dejándolas caer en el gran cáliz de oro. Eso es lo que han venido haciendo todas las mañanas y todas las tardes, día tras día, mientras estuvo estancado el cónclave.

- Leí en el Herald Tribune hace un par de días - dice la señorita Harshaw - que una delegación de 250 jóvenes robots católicos de Iowa está esperando en el aeropuerto de Des Moines las noticias de la elección. Tienen un charter listo para salir y, si llega a ganar su candidato, piensan viajar a Roma para pedir que el Santo Padre les acuerde la primer audiencia pública.

- No cabe la menor duda - asiente el obispo FitzPatrick - que esta elección atraerá a gran cantidad de gente de origen sintético al seno de la iglesia.

- Y alejará a mucha gente de carne y hueso - dice con acritud la señorita Harshaw.

- Lo dudo - dice el obispo -. Claro que algunos de nosotros nos sentiremos perturbados, deprimidos, ofendidos, despojados, en un primer momento. Pero todo eso pasará. La natural bondad del nuevo Papa, a la que hizo alusión el rabino Mueller, terminará por imponerse. También creo que esta elección



estimularía a los jóvenes de todo el mundo interesados en la tecnología a unirse a la Iglesia. En todas partes se despertarán impulsos religiosos irresistibles.

- ¿Pueden ustedes imaginarse a 250 robots haciendo sonar sus pasos metálicos en el interior de San Pedro? - preguntó la señorita Harshaw.

Contemplo el Vaticano a lo lejos. La luz matinal es brillante y ennegecedora, pero los cardenales reunidos en asamblea, separados del mundo por un muro, no pueden disfrutar de su alegre resplandor. Ya todos han votado. Los tres cardenales elegidos por sorteo como encargados del escrutinio de esta mañana están de pie. Uno de ellos levanta el cáliz y lo sacude, mezclando las papeletas. Luego lo ubica sobre la mesa que está frente al altar; otro saca las papeletas y las cuenta. Se asegura de que el número de votos sea igual al número de cardenales presentes. Las papeletas son transferidas a un ciborio, que es un copón usado de ordinario para guardar las hostias consagradas de la misa. El primero de los tres saca una papeleta, la despliega, lee lo que está escrito; la pasa al segundo, que también la lee; luego le es entregada al tercero que lee el nombre en voz alta. ¿Asciuga? ¿Carciofo? ¿Algún otro? ¿Él?

El rabino Mueller está discutiendo sobre ángeles:

- Y después tenemos los ángeles del Trono, conocidos en hebreo como orelim u ophanim. Hay setenta en total, y su virtud principal es la constancia.

»Entre ellos están los ángeles Orifiel, Oiphaniel, Zabkiel, Jophiel, Ambriel, Tychagar, Barael, Qelamia, Paschar, Boel y Raum. Algunos de éstos ya no están en el cielo y se encuentran entre los ángeles caídos en el Infierno.

- Supongo que debido a su constancia - se burla Kenneth.

- Luego, también están los Angeles de la Presencia - prosigue el rabino -, que aparentemente fueron circuncidados en el momento de su creación. Son Miguel, Metatron, Suriel, Sandalphon, Uriel, Saraqael, Astanphaeus, Phanuel, Jehoel, Zagzagael, Yefefiah y Akatriel. Pero creo que mi favorito de todo el grupo es el Angel del Deseo, que es mencionado en el Talmud, Bereshit Rabba 85, del siguiente modo: que cuando Judá estaba por pasar...

Ya habrán terminado de contar los votos, con toda seguridad. Una inmensa multitud está reunida en la Plaza de San Pedro. El sol brilla sobre cientos, tal vez miles, de cráneos forrados de acero. Este debe ser un día maravilloso para la población robot de Roma. Pero la mayoría de los que están en la plaza son criaturas de carne y hueso: viejas vestidas de negro, carteristas jóvenes y delgados, chicos con cachorros, rubicundos vendedores de salchicha y un conglomerado de poetas, filósofos, generales, legisladores, turistas y pescadores. ¿Cuál será el resultado del recuento? Dentro de poco lo sabremos. Si ningún candidato obtuvo la mayoría, mezclarán las papeletas con paja húmeda antes de arrojarlas en la estufa de la capilla, y de la chimenea saldrán volutas de humo negro. Pero si se ha elegido Papa, la paja estará seca y el humo será blanco.

El sistema tiene cálidas resonancias. Me gusta.

Me produce la satisfacción que suelen producir las obras de arte impecables: el acorde del Tristán, digamos, o los dientes de la rana en la Tentación de San Antonio del Busco. Espero el final con vehemente interés. Estoy seguro del resultado; ya empiezo a sentir que se despiertan en mí irresistibles impulsos religiosos. Aunque también experimento una extraña nostalgia por los días en que los papas eran de carne y hueso. Los periódicos de mañana no traerán entrevistas con la anciana madre del Santo Padre, que vive en Sicilia, ni con su orgulloso hermano menor, que vive en San Francisco. Y además, ¿volverá a celebrarse alguna vez más esta magnífica ceremonia de elección?

¿Necesitaremos alguna vez otro Papa considerando que éste que tendremos dentro de poco puede ser reparado tan fácilmente?

¡Ah, humo blanco! ¡Llegó el momento de la verdad!

En el balcón central de la fachada de San Pedro emerge una figura, despliega un manto tramado en oro y desaparece. El resplandor de la luz contra el tejido ciega la vista. Me hace recordar acaso la luz de la luna que roza con su frío beso el mar de Castellamare o tal vez, más aún, el resplandor de mediodía que reverbero desde el seno del Caribe sobre la costa de San Juan.

Aparece en el balcón una segunda figura, vestida de armiño y púrpura.

- El cardenal archidiácono - susurra el obispo FitzPatrick.

La gente ya empezó a desmayarse. Luigi está de pie, junto a mí, siguiendo el desarrollo de los hechos en una radio portátil.

- Ya está todo cocinado - dice Kenneth.

El rabino Mueller le chista, ordenándole silencio.

La señorita Harshaw empieza a sollozar. Beverly recita quedamente el Padre Nuestro y se persigna. Es un momento maravilloso para mí. Tal vez el momento más auténticamente contemporáneo que me haya tocado vivir.

La voz amplificada del cardenal archidiácono grita:

- Les traigo el anuncio de una dicha infinita. Tenemos Papa.

¡El clamor nace y crece en intensidad a medida que el cardenal archidiácono le comunica al mundo que el Pontífice recién elegido es, efectivamente, ese renombrado cardenal, esa noble y distinguida persona, ese individuo melancólico y austero, cuya elevación al Trono Sagrado deseamos todos con tanta intensidad y desde hace tanto tiempo.

- Ha adoptado - dice el cardenal archidiácono - el nombre de...

El nombre se pierde en medio de los vítores. Me vuelvo hacia Luigi:

- ¿Cómo? ¿Qué nombre?

- Sisto Settimo - me dice.

Así es, y ahí está él, el Papa Sixto Séptimo, como debemos llamarlo de ahora en adelante. Una figura diminuta, envuelta en las vestiduras papales de oro y plata, que extiende sus brazos a la multitud, y ¡sí! la luz del sol relumbra sobre sus mejillas y en su encumbrada frente hay un fulgor de acero bruñido. Luigi ya está de rodillas. Yo me arrodillo a su lado. La señorita Harshaw, Beverly, Kenneth, el mismo rabino, todos se arrodillan. Porque éste es indiscutiblemente un acontecimiento milagroso. El Papa se asoma al balcón. Está por impartir la tradicional bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

- Nuestra esperanza radica en el Nombre del Señor - declara solemnemente.

Acciona los reactores de levitación que hay debajo de sus brazos; aún desde aquí puedo ver las dos columnitas de humo. Humo blanco otra vez. Empieza a elevarse en el aire.

- El que creó el Cielo y la Tierra - dice -. Que Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo os bendiga.

Su voz nos llega majestuosa y arrolladora. Su sombra se extiende por encima de toda la plaza. Sube más y más hasta perderse de vista. Kenneth palmea a Luigi:

- Sírvenos otra vuelta - dice, y pone en la mano del dueño del café un billete de los grandes.

El obispo FitzPatrick llora. El rabino Mueller se abraza con la señorita Harshaw. El nuevo Pontífice empezó su reinado bajo signos auspiciosos, según creo.

**FIN**

**Libros Tauro**  
<http://www.LibrosTauro.com.ar>